Obras completas
de
José Sánchez Rojas

Tomo II

Edición de
Gerardo Nieto Arias y
Jesús María García García

El fervor teresiano de José Sánchez Rojas se hace patente en este segundo tomo de sus obras completas que recoge en un capítulo monográfico un considerable número de sus escritos relativos a Santa Teresa, a quien nuestro autor leía con asiduidad –«Abro cualquier libro de Teresa», decía. «Hacinados los tengo en la mesa de trabajo de mi cuarto, en el destierro»– y por quien sintió siempre una gran fascinación.

Igual ocurre con Miguel de Unamuno, maestro y amigo del escritor albense, al que admiraba, incluso en aquellas ocasiones en las que la relación entre ambos atravesó por momentos de distanciamiento. Es don Miguel el protagonista de algunos de sus artículos que también se agrupan en un capítulo relativo a él.

En este segundo volumen, dedicado casi exclusivamente a personajes históricos y contemporáneos del autor, encontraremos numerosas semblanzas, algunas de las cuales pueden considerarse excelentes retratos psicológicos, de celebridades de todo tipo: políticos, artistas, escritores, parlamentarios..., además de una serie de artículos directamente relacionados con la mujer, la enseñanza y la prensa.

Obras completas
de
José Sánchez Rojas
Tomo II

Obras completas de José Sánchez Rojas

Tomo II

Edición de Gerardo Nieto Arias
y Jesús María García García

Edición digital

Alba de Tormes (Salamanca), 2025
Publicación no venal

Diseño de la cubierta: Gerardo Nieto Arias y Jesús María García García
Maquetación: Gerardo Nieto Arias y Jesús María García García
© Gerardo Nieto Arias y Jesús María García García.
Licencia CC BY-NC-SA 4.0. Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/

José Sánchez Rojas en el año 1906

ÍNDICE

PERSONAJES 19

SANTA TERESA DE JESÚS 21

Sor Teresa 21
El centenario de Santa Teresa 22
En el locutorio de la Santa 23
En casa de Teresa de Jesús 24
Visión de Ávila 26
La Salamanca de Teresa de Jesús 27
Santa Teresa, Doctora 28
La muerte de Teresa de Jesús 30
Páginas del centenario teresiano 31
A propósito del centenario de Santa Teresa de Jesús 31
Noche de ánimas 36
Páginas del centenario teresiano 38
El jardín de la Santa 39
Teresita de Jesús 40
Las murallas de Teresa 43
Santa Teresa en Sevilla 44
El 15 de octubre de 1582 muere Santa Teresa de Jesús 46
Teresa de Jesús 49
Teresita de Jesús 50
Santa Teresa de Jesús 52

UNAMUNO 55

Comentando un artículo 55
Unamuno en Barcelona 56
Hablando con Unamuno 57
Miguel de Unamuno 59
Unamuno, cesante 61
Unamuno, concejal 62
Miguel de Unamuno 64
Un paseo con Unamuno 65
Unamuno dice… 66
La estética y la estática 67
Unamuno en Palacio 69
Unamuno en el Ateneo 69
Miguel de Unamuno 71
Una impresión sobre Unamuno 72
Unamuno, profesor 78
Elegía, en Salamanca 79
Mi excursión a Hendaya 81

Unamuno y Salamanca 82
Unamuno, candidato… 83
POLÍTICOS 85
Crónica ligera 85
Hablando con Mirat 85
Bullón en Bilbao 86
El señor Burell 86
Luis de Zulueta 87
Nuestro diputado 88
Soriano y Lerroux 88
El discurso de Canalejas 89
Don Dalmacio 90
Oliva, director 91
Juanín 91
Don Melquíades 92
Cándido López Chaves 93
Eustaquio Ávila 94
Nicolás Oliva 94
Clemente de Velasco 95
Cipriano R. Arias 96
El señor director 97
Luis Maldonado 98
Zancadita 98
Lerroux 99
Canalejas 99
Moret 100
El Conde 101
Julián Sánchez Ruano 102
Lo que representa el Sr. García Prieto 103
Luis de Zulueta 107
El conde de Romanones 107
Acotaciones 108
El feudo de D. Abilio 109
Pío, Felice, triunfador Abilio 110
Cambó 111
Un viaje triunfal de Don Abilio 112
Margarita Nelken 113
Don Julián Besteiro Fernández 114
Don Melquiades y el ruiseñor 121
Basilio, presidente 122
Nuestro casi jefe 123
Seguridad ¿eh? 124
El regaño de Don Abilio 125
José Caillaux 125
Luis de Zulueta en Salamanca 126
Víctor Manuel Orlando 128
Los dos muertos 129
Cecilia Núñez 130
La casita de Moríñigo 131
La sombra de Costa 132
Camo 133
Un deportado en Pamplona 133
José Mazzini 134
Manolico Abad 135
Pedro Sainz Rodríguez 135
Don Francisco de Asís Cambó 136
Dos hombres 137

Dos viejos 138
Elogio de Gustavo Stresemann 139
Lo pasado 140
Hablando con Sbert 140
Maciá en Ávila 142
Una ofrenda de Prieto 143
El discurso de D. José Ortega y Gasset 144
España desde Piedrahíta 145
SILUETAS PARLAMENTARIAS 147
Los nuevos Diputados 147
Pablo Iglesias 147
Rodríguez Arias. El acta de Béjar 147
Los nuevos diputados 149
Emiliano Iglesias 149
Los nuevos diputados 149
Álvaro de Albornoz 149
Eloy Bullón 150
Antonio Palacios 150
Figuras del Parlamento 151
Alfonso Castelao 151
Teodomiro Menéndez 151
Duelo a muerte 152
Figuras del Parlamento 152
Alomar 152
Martín del Arco 153
Figuras del Parlamento 153
Tamboril, en Santa Marta 153
¡«Ezte» Antoñito!... 154
En los pasillos 154
Figuras el Parlamento 155
Suárez Picallo 155
Evocación de Palencia 155
En los pasillos 156
Figuras del Parlamento 156
García Valdecasas 156
Amador Fernández 157
Ventura Gassol 157
Figuras del Parlamento 158
Dimas Madariaga 158
Manuel Martínez Risco 159
Figuras del Parlamento 159
Luis Araquistáin 159
José María Sbert 160
Primitivo Santa Cecilia 160
Figuras del Parlamento 161
Fernando Valera 161
César Gusano 162
Figuras del Parlamento 162
Basilio Álvarez 162
Ángel Galarza y Gago 163
Figuras del Parlamento 164
Emiliano Iglesias 164
Joaquín García Hidalgo 164
Figuras del parlamento 165
Luis Bello 165
Francisco Barnés 166
Emilio Palomo 166

Figuras del Parlamento 167
Isidoro Vergara 167
Filiberto Villalobos 167
Isaac Abeytúa 168
Figuras del Parlamento 168
Nicasio Velayos 168
Pedro Sáinz Rodríguez 169
Juan Simeón Vidarte 169
Figuras del Parlamento 170
Manuel Portela Valladares 170
Luis Recasens Siches 170
Cándido Casanueva y Grijón 170
Figuras del Parlamento 171
Gabriel Franco y López 171
Francisco Estébanez Rodríguez 171
Miguel de Unamuno y Jugo 172
Figuras del Parlamento 172
Luis de Zulueta 172
Abilio Calderón Rojo 173
Figuras del Parlamento 174
Ángel Torres Alonso 174
José María Lamamié de Clairac 174
Luis de Tapia 175
Figuras del Parlamento 175
Indalecio Prieto 175
Santiago Alba y Bonifaz 176
Antonio Royo Villanova 176
Figuras del Parlamento 176
Clarita Campoamor 176
Victoria Kent 177
Margarita Nelken 177
Figuras del Parlamento 178
Ángel Ossorio y Gallardo 178
Álvaro de Figueroa y Torres 178
Figuras del Parlamento 179
Joaquín Pérez Madrigal 179
José Antonio Balbontín y Gutiérrez 180
Francisco Maciá Llussá 180
FAUNA GERMANÓFILA 181
Spagna germanofila? 181
¿España germanófila? (TRADUCCIÓN) 182
La fauna germanófila 183
Mella 183
Schneider 184
Los críticos germanófilos e Italia 185
José Mª Salaverría 186
La fauna germanófila 188
Jacinto Benavente 188
Don Torcuato Luca de Tena 189
La fauna germanófila 190
Antonio Azpeitúa 190
La Condesa de Pardo Bazán 191
La fauna germanófila 192
De Madrid: Pío Baroja 192
De mi Pueblo: En la botica 193
Ricardito León 194

Gómez Hidalgo 196
Niceto Alcalá Zamora 196
Armando Guerra 197
Tres, eran tres… 199
Epílogo 200
Ilusiones monstruosas 201
Hasta el fondo de la cloaca 202
ARTISTAS 205
Tina di Lorenzo 205
Julita Fons 206
Cecilia Sorel 206
La ideal Chelito 207
Julita 207
Ricardo Marín 209
Amparito F. Villegas 209
María Fernanda… 210
Mademoiselle Marcelle 211
En el estudio de Juan Cristóbal 212
Spaventa y las damas 213
Rosario Pino 214
Jesús Basiano 216
Julio Antonio 216
Una evocación de Margarita 217
Isabelita Ruiz 218
El homenaje a Rusiñol 219
Hablando con Eugenia Zúffoli 220
Bartolomé Esteban Murillo 221
Romero de Torres 222
Rafael Romero Barros 223
Cómo ensaya Miguel Fleta 223
ESCRITORES 225
José María Gabriel y Galán 225
Luis Maldonado 226
Luis Romano 227
Curros Enríquez 228
Enrique Díez-Canedo 229
Hablando con Azorín 230
Apóstol ruso 231
Maeztu en el café 233
Maeztu y “El Mundo” 233
Azorín 233
Maeztu el objetivo 234
La sombra de Clarín 235
La estatua de Ganivet 235
La mocedad de Leopardi 236
Martínez Sierra 238
Eduardo Marquina 238
El Instituto 239
La tumba de Maragall 241
La juventud de Leopardi 242
Gabriel y Galán 244
Vicente W. Querol 245
Pío Baroja 247
Armando Palacio Valdés 248
Juan Maragall 250
Giosué Carducci 252

Las cartas de Leopardi 254
De la acera de enfrente 256
Don Benito Pérez Galdós 256
Azorín 257
Don Ramón del Valle Inclán 258
Luis Antón del Olmet 259
José Francés 260
Luis Araquistáin 260
La huella de Jorge Manrique 261
Armando Palacio Valdés 263
D'Annunzio conde de Fiume 264
Maragall, poeta 265
Don Ventura 266
Don Juan Valera 267
El centenario de Valera 268
"Azorín" en la Academia 269
Papini, el filósofo 269
Apostillas a una conferencia 271
Más sobre D. Juan Valera 272
Eugenio de Castro 273
Más de Ángel Ganivet 274
Una evocación de Valencia 275
Otra vez, Querol 276
Silvio Pellico 278
Jovellanos en Salamanca (I) 278
Jovellanos en Salamanca (II) 280
Sobre Bretón de los Herreros 281
Discutamos sobre el amor 281
Juan Maragall, español 282
Gustavo de Maeztu, íntimo 284
Juana de Ibarbourou 285
Luis Bello, o de la pureza 287
Galerías fotográficas 288
Músico y poeta 288
La vida de Dostoyewski 290
Más sobre la vida de Dostoyewski 291
Homenaje a Luis Bello 292
La política de Rubén Darío 293
Antonio Machado 294
Antonio Machado (TRADUCCIÓN) 295
Barrés y el secreto de Toledo 296
El marqués de Santillana 297
Los ríos de Fr. Luis 298

PERSONAJES LITERARIOS 301

Esclavitud 301
Ana María 302
Dolores 302
Maximina 303
Las mujeres en el teatro de Benavente 304
Azorín 308
Don Luis Mejía 311
La bella guantera 312
De la leyenda y de la historia del Cid 313
La sombra de Calixto 314

OBITUARIO 317

El P. Cámara y Alba 317
Mis recuerdos del P. Cámara 317

La muerte de Galán ... 318
Sobre la muerte de Edmundo de Amicis ... 319
La muerte de un amigo ... 320
Don Joaquín Costa ... 321
La muerte de Costa ... 322
Maragall ... 323
D. Francisco Jarrín ... 323
Pedro Dorado Montero ... 324
La Fornarina, en el gramófono ... 325
Enrique Nogueras ... 326
Aranaz Castellanos ... 327
Ángel Ganivet ... 328
Responso a Ganivet ... 329
Ramón Cuesta ... 329
El alcalde ha muerto ... 330
Dos Hombres ... 331
Pablo Iglesias ... 331
Antonio Maura ... 331
Enrique de Mesa ... 332
Maragall ... 333
Eduardo Gómez de Baquero ... 334
Ha muerto… ... 335
"In memoriam" ... 336
Julio Romero de Torres ... 337
En recuerdo del gran artista ... 338
A los ochenta años muere en Barcelona Narciso Oller ... 339
Don Miguel Villanueva, paladín de la libertad ... 340
Don Jaime de Borbón ... 341
OTROS PERSONAJES ... 343
D. Mamés ... 343
El viejecito venerable ... 344
Nuevo catedrático ... 344
Arístides Briand ... 345
Andrés Ovejero ... 345
El señor Macías del Real ... 346
El secretario de don Amós ... 346
Un devoto de Shopenhauer ... 347
Eusebio Díaz, orador ... 347
Moret ... 348
D'Annunzio ... 349
Ismael Calvo ... 349
Marqués de Puerto Seguro ... 350
Julia de Lespinasse ... 350
El reverendísimo señor Arzobispo de Tarragona ... 356
Luis Bagaría ... 357
La cátedra de Dorado ... 359
Coplas de pie quebrado ... 360
La muñeca de "Bon" ... 361
En Villa Rosa (I) ... 362
En Villa-Rosa (II) ... 364
Antoñito Casero ... 365
En Villa-Rosa (III) ... 366
Raquel Mussolini ... 367
En el aniversario de Lenin ... 368
Don Pedro Dorado Montero ... 369
Los sueños de "Bon" ... 371
Mi amigo Pitouto ... 372
Dorado Montero y D'Ors ... 372

Un liberal aragonés ... 373
Carmencita Mirat ... 374
San Isidro, labrador ... 375
Colón y Sevilla ... 376
Jiménez e Iglesias ... 377
Don Gutierre de Vargas y Carvajal ... 378
Dámaso Ledesma ... 379
Trotsky en España ... 380
María Rasputín ... 381
"Bon", el caricaturista bohemio ... 382
Dos tumbas cordobesas ... 383
Cordobeses ilustres ... 384
Averroes ... 384
Juan de Mena ... 384
Ambrosio Morales ... 385
Carlos Rubio ... 385

MUJER ... 387
En torno a la mujer ... 389
En torno a la mujer ... 390
Elecciones feministas ... 391
Despedida a la Guerrero ... 391
A las muchachas de Ciudad Rodrigo ... 392
Provincianas y madrileñas ... 394
A "una lectora" ... 395
Tarde de otoño ... 396
Retratos de mujeres: Prólogo ... 397
Retratos de mujeres: María Luisa ... 397
Retratos de mujeres: Asunción ... 398
Retratos de mujeres: Conchita ... 399
Retratos de mujeres: Pastora Imperio ... 399
Retratos de mujeres: Pepita ... 400
Retratos de mujeres: Julia ... 401
Retratos de mujeres: Lola ... 402
Retratos de mujeres: Carmen ... 403
Retratos de mujeres: La Encarna ... 404
Retratos de mujeres: Mercedes ... 405
Retratos de mujeres: Epílogo ... 406
La Musa ... 407
Mujeres españolas ... 409
Ojos azules... ... 411
Bondad, inteligencia ... 412
Feminismo ... 413
Un mi amigo de Italia ... 414
Diálogo de la perfecta novia ... 416
Elogio de Teresita ... 417
Emilia ... 418
Divagaciones sobre la bella España ... 419
Diálogo acerca del amor ... 420
María Isabel, en Córdoba ... 422
Elenita Cánovas o una teoría sobre la mujer madrileña ... 422
Provincianas y madrileñas ... 423
Mujeres y hombres ... 424
Las modistas de Italia ... 425
Dos mujeres ... 426
Feminismo ... 427
Por qué se casan ellas ... 428
Pilarín ... 429

Mi nueva sobrina 430
Lolita, o de la amistad 431
Pepita, de paseo 432
Una glosa a Maragall 432
Charito 434
Elogio de Carmen Rivas 435

PRENSA 437
Crónica ligera 439
Tristes comentarios 439
Infancia 441
La Buena Prensa 441
La Noche 442
Los dos Mundos 443
De la vida social 443
El libro del periodista 444
De la Prensa, del público y de los periodistas 445
La crisis del periódico 446
Más sobre la sentencia 447
La crisis del periódico 448
El extraordinario de "ABC" 449
Señor censor… 450
La censura previa 451
Sobre el periodismo 452
"Crónica" 453
Adelita Tejero 454

ENSEÑANZA 457
Impresiones sobre la enseñanza universitaria en España 459
Los Exámenes 461
Pedagogía y otras zarandajas 461
La Universidad Ibero-Americana 462
El compañerismo 463
Sobre el 2 de Abril 464
El Doctor Don Quijote Moliner 465
Sobre el legado del señor Conde del Val 466
Fiesta académica 466
Las becas de Salamanca 467
Del congreso escolar 469
Un discurso Universitario 470
Principio de curso 471
Glosas a un discurso 472
El pleito estudiantil 474
La región y la escuela 475
Apertura de curso 477
Apertura de curso 478
Un aula y una lección 479
El patrimonio universitario 479
Sobre la reforma del bachillerato 480
Apertura de curso 481
Apertura de curso 482
España e Italia 483
Reformas de la República 484

PERSONAJES

SANTA TERESA DE JESÚS

Sor Teresa

La madre Teresa de Jesús, achacosa, débil, fatigada, acaba de comulgar. Están casi sin luz los lindos ojos negros; el cuerpo encorvado, como roble herido por el rayo, se inclina a la tierra, presintiendo su reposo vecino. La color del rostro es blanca como la toca; el mechoncito negro del bonete presta gracia y majestad a la figura de la Madre. Sus manos, blancas, acarician la correa carmelitana que pende de la cintura. No sabemos qué cosa otea su nariz, recta y firme. Desde la capilla del convento de la Anunciación, de Alba de Tormes, dirígese la Madre, a pasitos quedos, por el refectorio, a su celda, desde cuya ventana el manso Tormes se columbra.

Abre Teresa la ventana de su celda. Una mañana de Octubre, limpia, transparente y fresca. Unos pinos bordean las orillas del río, que han cantado poetas y troveros galanamente. El puente está lleno de viandantes: gañanes, canteros, soldados ociosos y aburridos que pasan todo el día contemplando el río, rompiendo su mansedumbre de lago con una piedra, viendo cómo se forman rápidamente círculos y más círculos que se ensanchan, que desaparecen, que tornan a formarse.

Teresa contempla la vega del manso Tormes. Vibra su espíritu con el paisaje. Resucita de nuevo, ante sus ojos, toda la vida pasada. Es el alma de Castilla su alma; es el paisaje limpio de la vega su castillo interior; es como el roble su ánimo templado, viril. Leyó, de niña, libros de caballerías Teresa; en empresas de caballerías empleó toda su vida andariega y agitada; a la hora de morir –dentro de unos días– morirá como Don Quijote, ella, la dama andante del ideal cristiano. Traerále la visión de la vida la contemplación de la muerte; querrá más ajetreos, más padeceres por el Amado, su alma encendida. «¡Aut pati, aut mori!» ¡O padecer o morir por el Ideal, por la Cruz, por el Esposo que la recogerá a la hora de la muerte!

Es el corazón de Teresa el corazón de mi Castilla. Paréceme, cuando contemplo la vega de mi pueblo –la ermita blanca, los álamos y negrillos, el quieto remanso, el Tormes, el telón lejano de Sierra– que anda por allí flotando el alma de Teresa.

Y mis ojos de artista enamorado contemplan la ventana de la celda de la Madre. Y allí la veo recostada. Los ojos negros ya no tienen luz; la color del rostro es blanca como la toca; el mechoncito negro del bonete presta gracia y majestad a la figura de la Madre…

Y desde la ventana veo escribir a Teresa de Jesús todos los días; como corriente del río que brama por la pesquera, sin artificio alguno, compone sus libros la Madre. Libros graciosos, gráficos, que más que escritos parecen hablados en digresión de charla de intimidad. Su alma, como el cielo que espeja el río, no tiene nubes; a veces, el tono azul del cielo se enciende de un tinte cárdeno, rojo, como el lenguaje de Teresa en éxtasis, en arrobamiento, en comunión con el Esposo Amado, fuente de toda alegría. Y todo lo comprende Teresa porque lo ama todo. Más grande que la perspicacia de la mente es la sutileza del corazón, amigos míos. Mayor que el universo de las ideas es el firmamento del amor. Por el entendimiento sabemos por qué se mueven el sol y las demás estrellas, «il sole e l'altre stelle», pero ya el Dante nos dijo que era Amor quien las movía.

Amor de Teresa: ¡Cuájalo en tu Castilla que es también la mía; en el pueblo que fue tu tumba y fue mi cuna! Inunda de ideales, de sueños, de locuras a las gentes. No les digas, como el drama-

turgo escéptico que asistió al derrumbamiento y a la puesta de sol de nuestro espíritu castellano, que la vida es sueño, sino que el sueño es vida. ¡Sea el crepúsculo nuncio de aurora para España, Teresa mía! «!Aut pati, aut mori!» ¡O padecer o morir!

Doctora: Te veo todas las mañanas asomada a la ventana de tu celda. ¡Te veo y te saludo, Doctora del Amor!

La Correspondencia Gallega (02-04-1913)
El Correo Español (Ciudad de México) (08-05-1913)

El centenario de Santa Teresa

Han comenzado las fiestas del Centenario de Santa Teresa de Jesús, en Ávila de los Caballeros, cuna de Teresa, y en Alba de Tormes, donde reposa su cuerpo. Pocas figuras más simpáticas que la de Teresa de Ávila. Un espíritu libre, simpático, alegre y bonachón se filtra en la literatura española. Santa Teresa es todo sencillez y todo alegría. Escribe con la misma naturalidad que el agua corre por un regato. Inunda de humanidad y de gracia el catolicismo español del siglo XVI. No es la monjita boba, de decir acicalado y artificioso, que vacía en un estilo añoñadito deliquios de mística indescifrable. Es la mujer valiente y enamorada que se funde en fuego y en amor, y que discurre con el corazón, y en él hace su morada interior, cerrada a cal y canto a los pobres debates del mundo.

«Entre pucheros anda el Señor», decía la Santa. He aquí una frase que es la mejor autobiografía de la Reformadora del Carmelo. No solamente escribe la Santa. Anda de aquí para allá, en mula, a caballo, oyendo al pueblo, fundando monasterios, revolviendo el quieto y dormido espíritu castellano que ya husmea y presiente la catástrofe final. Hace cuentas, monta y deshace proyectos, agita la opinión, remueve a las gentes la andariega Teresa de Cepeda. Y después escribe. Sin artificio, corrientemente, con los modismos populares de aquel entonces, escribe una lengua rica, plástica, que es un manantial inagotable de belleza viva. Y no tiene dificultades jamás. Contempla la valla y la salta graciosamente. Amor es su razón, y su fuerza, y su obra, y palpitan las entrañas de la mujer debajo del ropaje de la monja.

¡Ay, sí! «Entre pucheros anda el Señor». Se vive la religión y se vive el amor en todas las horas de una vida que es verdaderamente vida. Se reza en el templo, y en la calle, y en la llanura abierta al sol, y en la posada, donde la monja tiene que convivir con arrieros y pícaros y escolares, y entre negociantes que ponen precio al entusiasmo y se aprovechan de él. Y se reza yendo a matar moros, y viendo la puesta del sol en el valle de Amblés del pueblo nativo, y en la vega fina y señoril de Alba de Tormes. El espíritu de Teresa absorbe toda su personalidad y la convierte en llama de luz. No es una metáfora lo de su transverberación, que aquella mujer sintió de veras el dardo del Serafín.

Teresa es el misticismo castellano. Vive en la tierra para las cosas de la tierra, y sabe encararse con la princesa de Éboli en Pastrana, y alterna con aldeanos en rústicos yantares, y sabe reírse de las compañeras bobitas que no aciertan a pegar ojo durante la noche de Ánimas en Salamanca. Pero tiene castillos interiores de oro para sus ensueños y moradas de cristal para sus ideales. Y ahí se encastilla, y se hace fuerte, y sabe arrobarse ante el dardo del Serafín, y sabe decir a su Esposo:

> No me mueve, mi Dios, para quererte,
> El cielo que me tienes prometido,

que el toque del amor está en eso: en amar sin castigo ni recompensa, en amar por amar, por el placer de amar, por el dolor de amar, por vivir la vida del Amor.

Y Teresa de Cepeda, que leyó libros de caballerías y que fue Dama Andante de lo Divino, desfacedora de entuertos como el manchego hidalgo, es castellana y práctica, y ve al Esposo en el templo y en la cocina. ¡Ah, sí, entre pucheros anda el Señor! Y el que tiene espíritu hondamente religioso, esto es, enamorado, como la Santa lo tenía, sabe oír en el hervor de los pucheros el murmullo santo de la plegaria.

La Actualidad (09-05-1914)

En el locutorio de la Santa

Y en Valladolid recibí la siguiente carta que me escribía la Reformadora del Carmelo, Reverenda Madre Teresa de Jesús, que decía literalmente lo que sigue: "Jesús sea con vuesa merced, carísimo hermano en Él. Por la presente os digo que recibí el pliego de vuesa merced, fechado el día de la Candelaria en la ciudad de Toledo y con gusto os invito a platicar en el locutorio deste Monasterio reformado de la Anunciación de Alba de Tormes, si es que mi indignidad, mi ruin caletre y mis pocas luces os sirvieran algo para vuestras gacetas y papeles. Sierva de vuesa merced en Dios Nuestro Señor Crucificado, y pobre Carmelita, Teresa de Jesús".

Y he venido a Alba a platicar con la Madre Teresa. Somos viejos amigos. La buena Madre no echa a mala parte, como el párroco del lugar, mis cacareadas heterodoxias. Al contrario, quiere encenderme en el fuego en que ella arde y pide a Dios Nuestro Señor que un Ángel me atraviese el corazón de parte a parte, con un dardo de fuego. Vine, pues, a Alba, llegué con la aurora a la estación, pasé por el puente romano, me deleitó la visión de la dulce vega, me acosté un rato, fui al casino a ver qué decían los amigos de Unamuno y de Pérez Oliva, y a las tres en punto, salí desde casa al Monasterio. En el locutorio de la izquierda, pobre, encalado, humilde, con un cuadro borroso y las rejas llenas de clavos puntiagudos, me esperaba Teresa:

– ¡Ave María Purísima! –me dijo la Madre, a guisa de saludo.

– ¡Ave María Purísima, Madre Teresa! –contesté, con fervor. –¿Y cómo se encuentra vuesa Reverencia?

– ¡Mal, hijo, mal! Anoche, el físico del convento me dijo que estaba harto demacrada y doliente. Y yo le doy las gracias al Esposo y le pido que acabe presto con este barro mortal, que ansí volará mi alma al cielo, libre destas ligaduras terrestres que al mundo me sujetan. Y ante la esperanza de la muerte canto, que siento ante ella el gozo del pájaro cuando va a gozar del espacio. Compuse una coplilla, digo, con estos pesares míos que dice desta guisa:

¡Dulce Jesús mío!
¡Dulce Jesús bueno!
¡Véante mis ojos!
"Muérame yo luego.

¿Te place a ti que sabes de humanidades más que una pobre lega como esta ruin pecadora?

Hablaba Teresa dulce, lentamente. Sus ojos negros lucían allá en la sombra. Su voz era grave y llena. Se había despojado del velo para platicar. Poco a poco iba viendo entre las sombras. La faz de la madre era descarnada, seca; había perdido su prestancia graciosa de años anteriores; se la veía despegada de este mundo.

– Linda trova la de vuesa Reverencia, Madre –repliqué–; linda, y dulce, y fervorosa, y llena de unción y de gracia como todo cuanto brota de vuestra pluma. Escribís como salta el agua por el arroyo; con libertad y con desenfado. ¿Me permite vuesa Reverencia copiarla?

– Haga, hijo, lo que sea de su mayor gusto y conveniencia. ¿Y de qué quisiéredes platicar?

– De política, Madre.

– ¿Y qué sé yo de tales cosas del diablo, hijo mío? Dicen que anda revuelta la Corte. Que eligen nuevos Procuradores. Que los capitanes de los tercios están soliviantados. Que hay un Nuncio nuevo, menos cargante que el que a mí me molestó tanto por esos mis palomarcicos del Señor. Y no sabe más esta monja. Doña María de Colón y Henríquez, la Duquesa mi señora, no gusta platicar de tales cosas, linaje de gusto que no se me alcanza, que si el marido anda en lances de guerra y cortesanos, de corte y de guerra debe curarse la esposa para darle gusto en temas que le plazcan. La mujer, Pepe amigo, debe ser reflejo del esposo y más debe curar de las complacencias espirituales que de los deleites de la carne. ¿No podríamos hablar de otras cosas?

– Sí. ¿De Religión, Madre? ¿Qué opinión tiene vuesa merced de las Órdenes Religiosas, de los Obispos, de los Nuncios, de los Jesuitas?

– ¡No preguntas tú poco, hijo! Mis carmelitas son un poquito... un poquito modorros. Se llevó Juanito[1] toda la sal del ingenio de la orden y así se han quedado ellos sin ella. Desde que fundé mis monasterios, no me ha salido por ahí un Carmelita de poste. Un Padre Ludovico anda en Barcelona que platica bien, que tiene fervor y que es amigo de los pobres. ¡Los otros, cortedicos, pobretucos! De mis monjitas no hablemos; quasi no me leen; prefieren esos discursitos acaramelados de los jesuitas que saben a arrope y como él se pegan a los dedos.

[1] San Juan de la Cruz

– ¿Y los franciscanos, Madre Teresa?

– ¡Cómo está Paco de Asís con ellos! El tan humildico, con su hermano lobo, y su hermana agua, y su hermano el sol, dice que le van convirtiendo en un Santo de opereta sus frailotes zafios, bastotes, rudos, intransigentes y nocedalinos. Está peor que yo de gente. Dice Paco con razón que sus menores debieran arder en amor de caridad, ser hermanos andantes del pobre, y del mendigo, y del preso, y ellos... pensando en un trabuco para matar liberales. Claro está que si volviera Paco al mundo lo mataban, digo yo, si es que no le metían en la cárcel por maniático y por no tomar en serio las ordenanzas municipales.

– De los obispos, Madre, ¿qué piensa vuesa Reverencia?

– ¡Sujeto delicado y resbaladizo es el tuyo, carísimo hermano en Jesús, amén! Pues de los obispos te diré que los hay de tres clases, castas o linajes. Los hay decorativos: el de Madrid-Alcalá, el de la Diócesis esta, el de Vitoria; los hay austeros y pesadotes, el de Soria, el de Burgo de Osma, el de Sigüenza; los hay cortesanos y zalameros, Guisasola, el paisano que tienes de Cardenal en Sevilla; los hay diplomáticos, políticos, ministeriales y dinásticos; tantos son los de esta categoría que necesitaríamos índice de diócesis para citarlos a todos. A la cabeza, figura el Arzobispo de Valencia, que es de cien academias, que escribe con papel del Senado y que preside cien tribunales para que no se cuele por el pajar de la ciencia la aguja de la incredulidad. ¡Está bueno el Reverendo Salvador y Barrera! Y los hay de buen humor como Antolín, el de Tarragona. Ya habrás visto que se ha hecho francófilo, ¿eh? En cambio, Guisasola está neutral. De germanófilo rabioso está el de Soria. Venza quien venza, el clero no perderá. Está bien situado.

– ¿Y de los seculares no dices algo, Madre?

– ¡Bah! Saben de latín como mis monjas, igual. Con jugar al tresillo, leer a "Armando Guerra", echar la mañana a galgos y procurarse la amistad del cacique, creen cumplir su misión sacerdotal. No me sale fervoroso. A este bobito de Valdecarros[2] que puso una casa de caridad para que todos los pobres pudiesen dormir sobre colchones al pernoctar en el pueblo, lo ha largado el Obispo por rebelde de su feligresía. El párroco de aquí[3] ya ves lo que hace; como no le mandan los cuatro duros anticipados, no casa a nadie. Por su codicia hay en Alba gente abarraganada. No hablemos nada de los abades de Galicia, de los curitas de Plasencia, de Toledo o de Ávila. Van a los mercados en mula con el alma en las ancas. "Del obispo y del sol cuanto más lejos mejor", dice un refrán eclesiástico y esas diócesis largas...

Sonó la esquilita. La Madre se retiraba al coro. Por el torno me dio un escapulario del Carmen para mi madre. Y me prometió mandar una tortilla del Carmelo para yantarla el Miércoles de Ceniza...

La Publicidad (16-02-1918)

En casa de Teresa de Jesús

Y sonamos la esquila del convento de la Santa.

– ¡Ave María Purísima! –exclama el lego desde adentro, agitando un manojo de llaves antes de franquearnos el portón.

– ¡Sin pecado concebida! –respondemos, a la vieja usanza, ganándonos el corazón del guardián.

– ¡Pase, hermano, pase! –Nos dice empujándonos hacia el vestíbulo interior. –¿Por quién pregunta usted?

– Por el Padre Simón de la Cruz –respondemos. –¿Está en el convento el Padre Simón? ¿Está el Padre José Luis?

– El Padre Simón, sí. El Padre José Luis está fuera de la casa; salió de despedidas. No sé si usted sabrá que hubo estos días gran trasiego con motivo del Capítulo Provincial de nuestra Santa Orden. El Padre Sebastián ha sido nombrado provincial de Castilla. En Toledo ya no está el Padre Gregorio: mandáronle a Salamanca de prior. Alba ha vuelto a convertirse en Priorato después del castigo de agosto de 1915; de allá vino esta mañana el Padre Lino, tan famoso como siempre. El Padre José Luis marchará a Cuba dentro de unos días. Usted es de Alba ¿verdad?

[2] Luis González Huertos, cura párroco de Valdecarros, fundador e impulsor del Asilo para pobres transeúntes erigido en el año 1916 en aquella localidad y director de *El Mendigo de Valdecarros*, publicación mensual y órgano de expresión de la citada institución benéfica.

[3] Matías Monzón González (1868 – 1949). Párroco y arcipreste de Alba de Tormes.

Respondo que sí y el lego me deja solo. Quedo en el vestíbulo oyendo el címbalo de la catedral, más sonoro, más solemne que otras tardes, que no en balde es el Jueves de la Ascensión. Un grato silencio y un manso olor a humedad envuelven la casa natal de Teresa de Cepeda… Contemplo unos cuadros que cuelgan de los muros. Uno es el santoral de la Orden; otro, un mapa con los conventos de la gran familia carmelitana. Una puerta me trae el rumor de pasos mujeriles en la iglesia; otra, allá en el fondo, el de esa pisadita queda, arrastrada, de la sandalia contra la madera del pavimento. Y cuando más embebido estoy repasando los conventos de la provincia de San Joaquín, oyendo el rumor de las botas de días de fiesta en el templo y de las sandalias en los pasillos largos, adivinados mejor que vistos, un manojo de nervios, envuelto en el amplio hábito café, con las manos en las mangas, me agarra por las solapas, me mira y me remira y me dice al fin, familiarmente:

– ¿Cómo por aquí, chico?

– A verles a ustedes. He venido cien veces a Ávila y no se me ha ocurrido pasar una tarde entera en casa de Teresa de Jesús. Porque usted me lo enseñará todo ¿no es cierto?

– ¡Claro que sí, hombre! Te advierto que tienes aquí a un compañero tuyo del colegio, el Padre…, que en el mundo se llamó… ¿Te acuerdas?

– ¡Sí! ¿Y es fraile?

El Padre Simón no me contesta. Me va dando palmaditas en el hombro a lo largo de un corredor; llama quedamente con los nudillos en la puerta de una celda; una voz conocida nos invita a entrar. Una pobre tarima alza dos palmos del suelo, a la derecha; en un rincón, junto a un cántaro de barro, luce una pobre aljofaina desportillada; un estante de pino sin barnizar y una mesita con libros componen el resto del ajuar.

Nos abrazamos los dos amigos. El Padre está gordito; ha desaparecido su atractiva y risueña movilidad nerviosa de la primera juventud; ahora se produce apaciblemente, sin sobresaltos, hablándome de los caminos que el Señor pone en la vida de los hombres. Platica mi amigo con humildad, con llaneza, sin fuego en los ojos, como varón para quien el negocio de la salud del espíritu es antes achaque de prudencia que ardor inflamado que arrasa las fibras del corazón. Poco a poco me voy poniendo a tono con estos buenos teresianos y les dejo disertar, en el quieto reposo de esta casa, sobre la alegría, el optimismo, la franqueza y la generosidad de la Santa Madre Fundadora.

– ¡Vamos a las Ermitas! –desliza el Padre Simón

Es el jardincillo de los padres de la Santa. En el jardín, ante la vista de los manchones blancos de la sierra de Gredos, hundiendo los ojos pardos en el seno mimoso del valle del Amblés, la niña Teresa de Cepeda departía con su hermano Rodrigo de las glorias del Señor, de los pecados de los infieles y de las penas del purgatorio. Con los terrones de la tierra apelmazada y esponjosa fabricaba ermitas la elegida. Y todo su pequeño jardín, donde florecían unas rosas antes marchitas que abiertas, estaba lleno de ese piadoso pasatiempo, como llenó años más tarde, de mujer, las resecas y áridas llanuras de palomares místicos. Y hay en verdad, en este pobre jardín abulense, algo de la fragancia de aquel espíritu abierto a todas las alegrías del corazón y a todas las zonas más complejas de la actividad.

Por el subterráneo del monasterio subimos a las murallas. Este quieto, limpio, bruñido paisaje casa a maravilla con el temperamento de Teresa. Hasta el airecillo sutil, que en pleno mes de mayo nos hace abrigar, causándonos, sin embargo, una aguda sensación deleitosa, parece como que corre vivo y desenfadado por el hechizo donairoso de su estilo, suelto y agilísimo. Un raro secreto de ponderación, de equilibrio, de optimismo franco, de alegría sana, hace no ya atractivas, sino únicas, en nuestra literatura, las páginas de Teresa de Jesús. La lengua se flexibiliza y se hace apta para la expresión de los más sutiles estados interiores; el artificio literario desgrana su cáscara ante el zumo gustoso que brota del interior de la fruta; los modismos populares, hablados, son las perlas que forman el collar expresivo, agudo, donairoso de la monjita.

Sin hablar de la Santa, todos pensamos en ella.

– Me parece –le digo a mi condiscípulo– que no se conserva del todo la tradición de alegría de Santa Teresa y que se va haciendo de ella una santa demasiado tiesa, demasiado doctoral.

– No lo creas –me interrumpe–. Nuestras Madres conservan intacta su tradición. Se dedican a las mayores expansiones de alegría casi de ordinario. Un convento conserva una zambomba; otro, un pandero; otro, unas castañuelas, de la Madre Teresa. Y estos vestigios de la alegría ruidosa de nuestra Santa Madre conciertan con la alegría interior de los conventos. En ellos se da caza a la bobería como a una lepra. Vosotros, los que vivís en el mundo, ¿qué sabéis de estas cosas?

Me enseñan, uno por uno, todos los rincones de la casa y todos los recuerdos de la Madre; la sandalia, el bastón, el rosario, el crucifijo de camino, la Dolorosa que llevaba consigo en todas sus fundaciones.

El palito de la eterna peregrina y de la enamorada eterna despierta en mí la evocación de los lugares que ella hollara: de Palencia, con sus telares ruidosos; de Medina del Campo, con el estruendo y el griterío de los mercados en sus plazas; de Salamanca, con el toro de piedra en el puente y la bullanga de la escolaresca; de Alba, con su alfóndiga, y su castillo, y su vega; de la Mancha, con las espadañas de las torres de sus iglesias perdidas en los surcos infinitos.

Una vez la Santa marchó a Beas, al camino salieron a recibirla un padre anciano y un novicio. Dejó la Santa el palitroque y se sentó a la vera de la calzada, en medio de sus hermanos; cuando era más viva la plática entre el padre anciano y la Madre, ya nada moza, el pobre novicio roncaba, descansando su cabeza sobre las rodillas de la Madre.

– ¡Habrase visto profanación! –exclamó el anciano.

– ¿De qué profanación habla vuesa reverencia? –preguntó Teresa.

– De la de este mancebo descansando sobre vos.

– Hace bien –respondió la Santa–. ¿Dónde puede descansar mejor que en mi regazo?

Ponderación, equilibrio, castellanía, pragmatismo, que diríamos hoy. "Entre pucheros anda el Señor." Cuando abandono la casa de Teresa, esta tarde del Jueves de la Ascensión, se me antoja que he platicado con ella, y que esta sencillez, esta austeridad de su casona hidalga se pegan al corazón, calmando los nervios más encabritados y revoltosos.

El Sol (04-06-1918)

Visión de Ávila

En estos días, simultáneamente, en pueblos tan castizos y castellanos como Ávila, Salamanca y Alba de Tormes, han comenzado a celebrarse, con gran esplendor, las fiestas del tercer Centenario de la Canonización de Santa Teresa de Jesús. El lector ha de consentirme que evoque, en días sucesivos, tan gratos rincones de nuestra España, que por ser paisajes teresianos, debieran estar presentes en la retina y en el corazón de todos los españoles.

Ávila ha variado muy poco desde los días aquellos en que Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada construía ermitillas de barro en el huerto de su casa, y se escapaba de ella a descabezar infieles con su hermano Rodrigo, a la mayor gloria de Dios. Ávila, tierra de cantos y de santos, continúa desposada hogaño como antaño, con el silencio y con la eternidad. Sus murallas siguen encinchándola y abrazándola amorosamente. Los templos –San Pedro, San Vicente, San Juan, la Encarnación– son los mismos que conociera Teresa los tiempos en que era novia de Jesús. Y el valle del Amblés, que se riega con el Adaja, con las sierras zarcas de Piedrahíta y del Barco a lo lejos, es, también el valle de las correrías de niñez de nuestra Teresa, cuando marcha a Becedas a reponerse de sus quebrantos temporales, y a Castellanos a iniciarse en sus ejercicios de amor divino, y a Medina del Campo, a Madrigal, a Alba, a Salamanca y a Valladolid, a la fundación y fecundación de los palomares místicos en la árida y ancha meseta de Castilla.

Estos paisajes de la niñez de Teresa, ensoñados después muchas veces en la edad madura; el *tono* de la ciudad de los cantos y de los santos; las murallas; los torreones y los cubos de su Ávila de los Caballeros, están siempre presentes en los libros y en la imaginación de la santa fundadora. Junto a la vega, "que sirve de harta recreación", funda su palomar de Alba; oyendo el murmullo del Carrión, puebla su morada mística de Palencia. Teresa, fuera de la ciudad, cara a los surcos pajizos de la llanura, lleva sus monjitas a meditar amores con Jesús, en Salamanca. Los parajes de río, de vega, de pinos, de chopos de negrillos, deleitan y enhechizan a la singular mujer. Elige siempre parajes prominentes y de perspectiva ideal la Fundadora. Ama el espacio y la luz, la que no puede detener nunca la palomica de su fantasía y de su amor. Y es Ávila, es este silencio, esta paz, esta majestad de Ávila, sorbido plenamente por los pulmones de su espíritu en la edad en que mejor se fijan las impresiones, los que siempre persisten y perduran en Teresa, a pesar de sus ajetreos, de sus peregrinaciones, de sus caminatas, de sus empresas, de sus fundaciones y de sus aventuras de dama andante, que leyó, de moza, libros de caballerías.

Y tengo para mí que también las murallas abulenses influyen no poco en las imágenes, siempre frescas, y en las metáforas, lozanas y graciosas, de su misticismo soñador y enamorado. Leyendo las Moradas, veo delante de mis ojos siempre a una niña hermosa y morena mirar el cielo,

y al buen Jesús más allá de los cubos y de los torreones de las murallas de la vieja y santa ciudad de los hidalgos. Recordad que Teresa nos habla a todas horas de su "castillo interior". Y en las imágenes espirituales, en los momentos en que mejor y más anchamente vuela por los espacios del ideal su fantasía, describe, recuerda, traza, pergeña siluetas de estos muros, estampas de estas puertas y almenas, y fosos, y contrafosos. El cielo de Teresa es Ávila, con murallas hechas cielo. Más de una vez, sumiendo meditaciones preñadas de paz en Ávila, he dado en la flor de cavilar que Ávila de los Caballeros es la Jerusalén celestial de la elegida. Y del mismo modo que pasando por el Puente Viejo de Florencia, sobre el Arno, en la Toscana, remembramos necesariamente la figura de Beatriz, blanca y pura, levantando tempestades en el cerebro y hogueras en el corazón del gibelino Alighieri, así también, paseando junto al Alcázar, yo evoco la figura de Teresa, loca de amor por su Jesús, y la veo suspirar junto a San Pedro, y encararse con el cielo, y decir dulcemente con los labios del alma aquellas palabras de amor no superadas jamás en nuestra lírica:

¡Dulce Jesús mío,
dulce Jesús bueno:
véante mis ojos,
muérame yo luego!

¡Peregrino lector que vas estos días a Ávila de los Caballeros: la figura de Teresa es inseparable de la traza de esta ciudad, hecha para la plegaria y para el silencio! Oye, en este silencio, la voz de la elegida: suave como el agua que corre por un regato, de pura, fresca y cristalina que es.

Y en San Vicente, en Santo Tomás, en San Pedro, flotan todavía las salves que rezó de niña Teresa a la Virgen María, cuando perdió a su madre, y pedía a la Virgen que la prohijase, para no ser huérfana dos veces.

La Esfera (08-04-1922)

La Salamanca de Teresa de Jesús

La Salamanca de Teresa de Jesús no es la opulenta y sensual Salamanca del Renacimiento. Es la Salamanca de las murallas romanas, de la puerta de Aníbal, del calvario junto a la puente, del torito de piedra, que hace pensar tretas y diabluras al Lazarillo pícaro de Tejares; la Salamanca estudiantil de los mesones y de las posadas. Y los amigos de la Santa no se reclutan tampoco entre los sabihondos de la Universidad, letradetes de crédito y caballeros principales y conocidos. El amigo de Teresa, en Salamanca, es un pobre hombre, llamado Nicolás Gutiérrez, que se ha arruinado y que llevó con gran paciencia y mansedumbre su infortunio. Los compañeros de Teresa, cuando esta pasa por el Arrabal a sus fundaciones o de retorno de ellas, son, asimismo, arrieros, chalanes, ganaderos, gañanes y aquel bendito Siervo de Dios, medio bobo, que lleva siete relojes en los bolsillos, todos concertados. Las amistades de Teresa en Salamanca son populares. Sólo conoce al maestro Fr. Luis de León y a la vieja duquesa de Alba, Dª María de Colón y Henríquez, entre las personas de excepción y respeto.

No es difícil, para el que está familiarizado con los escritos y con el espíritu de la Santa, el itinerario y hasta la fisonomía de la Salamanca teresiana. La Santa llega por primera vez a Salamanca, de Alba de Tormes. La calzada de antaño es casi la misma carretera de hoy. La Fuente de los Perales, con el recordatorio gracioso y humilde de un busto de la fundadora, Terradillos, La Maza, Arapiles, son los jalones o escalas de este itinerario. En Santa Isabel, detrás de la calle de Zamora, se aposenta, mientras funda su palomar carmelitano, la virgen de Castilla. Funda su monasterio, sin poner «en él al Santísimo Sacramento», en una posada de estudiantes que le ha proporcionado la solicitud de Nicolás Gutiérrez. Y ocurre la primera noche que pernocta Teresa en el caserón estudiantil la anécdota más graciosa y ocurrente de su vida peregrina.

El caserón es destartalado, ancho, sonoro. Silba el viento en el desván. Duerme Teresa, al lado de una monjita de más edad que ella, sor María del Sacramento, tan excelente y tan boba, «que me dan hartas ganas de reír». Los estudiantes han salido malhumorados y a contrapelo de la casona. Sor María, que ve visiones, al apagar la luz no percibe más que sombras de estudiantes por todos lados. Y comunica su inquietud a Teresa. Doblan a muerto las campanas de Salamanca, que es noche de ánimas; silba el viento en el desván; el Tormes rima sordamente su canción con el viento. En la muerte piensa sor María la cuitada. Una cruel idea agita al pensamiento de la pobre mujer. Si Teresa muriera de repente, ¿qué sería de esta pobre sor, que se ahoga en un

dedal? Y la mísera comunica su turbación a la madre, que está envuelta en una manta que la ha regalado la caridad.

– Si eso fuera, proveeríamos –contesta–. ¡Ahora calle, hija, y déjeme dormir!

¡Déjeme dormir! ¡Pobre esposa del Dulce Jesús bueno, y a qué aventuras y riesgos te llevan tus amores con el elegido de tu espíritu, en libertad de amor! Hace cuatro noches que no pega los ojos Teresa; ha venido de Medina la del Campo por Carpio, por Campillo, por Cantalapiedra, por la Carolina, oyendo las frases soeces de la turba, que se ríe siempre de las aventuras y de las enamoradas, aunque sea a lo Divino, como nuestra Teresa. ¡Déjame dormir y calla, hija mía! Calla; el corazón en las tinieblas, dialoga mejor con el Esposo; la fantasía teje mejor sus hilos de oro en el silencio. ¡Calla, hija mía, para que hable mi corazón!

La Salamanca del río, la del Arrabal, la de la Peña Celestina, la de la puerta de Aníbal, la de las murallas, la del torito de piedra, es la Salamanca de Teresa de Jesús. Y es también, lector, la mía. Va para tres años que una mañana, viajando en automóvil con el fin de acometer una empresa en la que puse yo también todos mis amores y que fue para mí semillero de tristezas, de las que el tiempo me ha curado ya, vi salir el sol desde el arrabal. La estampa de Siena, de Florencia, parecía Salamanca en aquella hora y sazón. Salamanca se tiñó de rojo a los primeros besos del sol. Se encendieron como ascuas de oro las Catedrales, la Clerecía, la Merced, y comenzaron a tañer las campanitas monjiles su plegaria mañanera. El silbato de un tren rasgaba también el silencio, allá por los cerros de Arapiles. Atrás habíamos dejado nosotros, sumidos en la sombra y en la modorra, Alba, la señora feudal del orgulloso Castillo de sus duques, y Peñaranda con sus paneras y su Juzgado. Íbamos a tierras del Duero, fronterizas con el mimoso Portugal. ¿A qué? ¿Recordáis amigos? Y rimando con nuestra esperanza, tañía también el cimbalillo universitario, el que nos despertaba años atrás a los pensares del aula con Dorado Montero y a los amores de nuestra reja de estudiantes, y el tañido sonaba a Sábado de Gloria, a mañana de Abril, en nuestro pobre corazón de luchadores.

Aquella mañana de Junio vi y sentí la Salamanca de Teresa de Jesús como nunca la viera ni la sintiera antes. Y al remate de tres años no cabales, florece en mí este recuerdo con tal pujanza y con tal frescura, que yo lo deposito a los pies de la mujer más pura, más delicada, más risueña, más enamorada, más rica en matices y en emociones que jamás pariera mi Castilla, tan estéril en frutos de bendición: ¡a los pies de Teresa de Jesús!

La Esfera (22-04-1922)

Santa Teresa, Doctora

Uno de estos días se celebrará en la Universidad de Salamanca una extraña ceremonia. Los doctores –algunos doctores– de aquel claustro pondrán el birrete y la muceta doctorales en los hombros monjiles y carmelitanos de la virgen de Castilla, Teresa de Jesús. Santa Teresa será, pues, oficialmente doctora por la Universidad de Salamanca. Se paseará la imagen por los claustros; los pollos bien y los doctores guapos de aquella casa, a la que llamó el mal educado Carlyle[4] «asilo y fortaleza de la ignorancia», se pasearán ufanos con sus mazas de plata, se hará una mojiganga cívico-académico-religiosa, y la mujer peregrina tendrá que achicarse demasiado para tolerar tal compañía o los doctores encaramarse muy mucho para ponerse a la altura de la neófita que hacen compañera suya, a su imagen y semejanza.

Nadie me gana a mí en cariño, en devoción y en hondo y consciente respeto a Santa Teresa. Por estas razones quiero protestar públicamente del crimen de leso teresianismo que va a perpetrarse en Salamanca. Teresa no es doctora, ni académica, ni silogística, ni universitaria, ni lectora de manuales ni de compendios, porque es mujer y muy mujer. No es tampoco una erudita, afortunadamente para ella. Con el «Abecedario de Osuna», algunos libros de caballerías y la lectura de los Padres de la Iglesia, principalmente de San Pablo y San Agustín, tiene despachadas todas

[4] Thomas Carlyle (1795 – 1881). Historiador, crítico social y ensayista escocés.

sus lecturas. No es sabihonda la Santa –repetimos–, es una autodidacta, una intuitiva, o como reconoce la Iglesia en el proceso de canonización, una inspirada por el Espíritu Santo. ¿Para qué necesita Teresa la muceta doctoral?

El estilo, su estilo repleto de localismos, de provincialismos, de giros plásticos y graciosos, no huele a escuela ni a tres leguas a la redonda. Huele a mesón de posada, a venta del camino, a plática libre, desenvuelta, desenfadada y naturalísima. La pluma de la santa es una pluma que habla. Y que habla con llaneza, sin afectación, porque habla para monjitas humildes y para espíritus sencillos y cándidos. No sabe Teresa, ni maldita la falta que le hace, de cánones literarios y de artificios de estilo. Corre su pluma con la misma naturalidad que salta el agua por el regato. Odia el silogismo, el entimema, los sorites, todos los chirimbolos lógicos la Santa, porque ella no razona solo como las almas ruines, sino que ama como los espíritus superiores y antiuniversitarios. Su ciencia es la ciencia del amor, que no se aprende en ninguna Universidad, sino que se olvida en ella. Para dialogar con el Amado que ha elegido su corazón, Teresa no necesita saber de humanidades. ¿Para qué quiere Teresa el birrete doctoral sobre su cabeza, que desdeña toda disciplina humana, porque está desleída, quemada por las llamas del Amor vivo?

Imaginaos, por un momento, a Teresa de Jesús por los ruidosos y alegres patios de las escuelas salmanticenses. Ella no puede disimular el goce íntimo de su unión con Jesús. Tan enamorada está la sutil y despejada monjita, que no puede sosegar en el reposo de los libros. Es una mala estudiante la Santa. Si acaso, entiende a Fr. Luis de León, su amigo y su devoto, y la interpretación del libro de Job y del Cantar de los Cantares; lo único que molesta a la Universidad es lo único que se incorpora con rapidez y eficacia al patrimonio espiritual de la gran escritora. Pero todo lo demás, lo lógico, y lo mezquino, y lo rectilíneo, y lo accidental, y lo subalterno, repugna a su espíritu hecho para el sueño y para la divagación. Las matemáticas no la interesan, ni la física, para quien todo es metafísica; ni la astrología, para quien sabe dónde está el trono del Amado; ni el derecho procesal, para quien nada tiene que pleitear en el bajo mundo. Santa Teresa, digámoslo de una vez, es el espíritu antiunivesitario, antiescolástico y antisalmantino por excelencia, de la Universidad, de la escolástica y de la Salamanca cominera y ridícula del siglo XVI, que lleva a la cárcel del Santo Oficio al único que tiene libertad espiritual en ella, al dulce autor de Los mundos de Cristo, amigo de Santa Teresa.

En un libro que preparo para la «Biblioteca Minerva», con el título de «Misticismo y picardía», creo demostrar suficientemente que el místico –como el pícaro, su hermano espiritual, en muchos respectos– es incoercible y retuso a toda clasificación y escuela. En el místico habla la ciencia del amor, que no se aprende en los libros ni se cierne en las aulas, ciencia de libertad y ciencia puramente de intuición. En el pícaro, la ciencia de la necesidad, que es academia de listezas y de soluciones desconcertantes, e intuitivas también. Toda la obra de la Santa es una diatriba formidable contra la razón, como lo es todo anhelo místico y toda sed de eternidad. Todos los actos del picarísmo son también cabriolas y saltos mortales contra la razón tiesa, agotada y universitaria. Los místicos aman y luego viven. Los picaros viven y después filosofan, y si viven filosofan para vivir, al revés de los doctores que neciamente viven para filosofar. Para Santa Teresa todo lo que no es amor es vana ciencia. Para Lázaro, o para el Buscón, o para la buena madre Celestina, todo lo que no es vivir, gozar, pasarlo bien, es calentarse los cascos.

«Aut pati, aut mori» ¡O padecer o morir! Es el divino lema de Teresa. «Primun vivere, deinde filosofare» es el mote o leyenda de nuestra muy castiza y simpática picaresca nacional. Y la Universidad –la de ahora, cuanto más la del siglo XVI– es la matadora de todo anhelo espiritual y de toda satisfacción puramente edonística. Fabrica bachilleres. Que no son santos, ni picaros. Son algo peor: son memos.

Los doctores de la Universidad de Salamanca, si fueran discretos, suprimirían, desde luego, esa mojiganga que preparan, tan poco respetuosa para el sentido de la obra de Teresa de Jesús. Ella se queja continuamente de que los letrados de tal escuela no son letrados. Por no serlo, cambia de confesor a cada paso la Madre, quejándose de tales mudanzas, que tanto perturban la marcha de su corazón y de su piedad. Santa Teresa no necesita de birretes, ni de mucetas, ni de togas, para ser quien es, la estrella más luminosa del cielo de nuestra mística. Y la Universidad de Salamanca no le añade prestigio. Verdad es que tampoco puede restárselo.

«Quod natura non dat, Salmantica non prestat», dice el adagio escolar de la época. Teresa de Jesús lo tenía todo –corazón con emociones suyas, cerebro con ideas suyas–, y la Universidad de Salamanca no puede prestarla nada; pero nada.

Suponemos que el vicerrector, Sr. Unamuno, y el obispo, reverendo señor Alcolea, saldrán al paso de unos cuantos aturdidos para no tolerar esa sandez cívico-académico-religiosa, que Santa Teresa no les agradecerá, seguramente.

Heraldo de Madrid (29-04-1922)

La muerte de Teresa de Jesús

¡Aut patí, aut mori!

Teresa de Jesús, la ingenua novia que en Ávila coquetea con el Señor hasta rendirse a Él sin condiciones, no por razones que son siempre miserables, sino por «amor de amar»; la Esposa de Jesús, que en plena sazón y madurez de ingenio se cobija en su Castillo interior, cuyo acceso no pueden prohibirla sus confesores y superiores; la Reformadora del Carmelo, harto achacosa y quebrantada está ya así de ánimo como de cuerpo. Con ser muy simpática, muy francota, muy alegre y muy dicharachera Teresa de Jesús, es lo cierto que no la quieren bien, ni el Nuncio de Roma, ni una pobre Priora que la ha denostado en público, ni un vocero, que la ha llamado correntona y liviana, ni la plebe de Medina del Campo, que ha apedreado la diligencia en que viajaba, ni los graves y doctos calzados, a quienes la Reforma ha traído no pocos quebraderos de cabeza...

Teresa, achacosa y enferma, viene a Alba, con licencia de su superior, que su amiga, la vieja condesa de Monterrey, la reclama con tesón. En la intimidad de las piezas del Castillo, departen ambas viejecitas con amargura. Asomadas a la ventana del torreón del homenaje contemplan la verdura de la vega con deleite, la vega de "aquella tierra de Alba, tan mentada", que cantaba Garcilaso, el caballero y trovador toledano.

Teresa piensa en sus ajetreos, en sus fatigas, en sus peregrinaciones, fundando palomares carmelitanos por la seca paramera de Castilla. Ha corrido casi toda España la Esposa del Señor; ha llegado a Sevilla y a Granada, fundando Monasterios; ha pasado el Guadarrama en el invierno; ha estado a punto de ahogarse en un regato, con rumbo a Burgos y a Palencia. Ha sufrido mucho Teresa, porque ha amado mucho. Pero ha gozado más de lo que ha sufrido. Si ella se llama Teresa de Jesús, su Jesús la ha dicho que se llama Jesús de Teresa.

Ha conocido la viejecita, morena y graciosa, todos los éxtasis, todos los delirios, todos los arrobamientos del amor de amar. El Esposo ha tenido para ella todas las preferencias, todos los mimos, todas las ternuras:

Dulce Jesús mío,
dulce Jesús bueno:
¡véante mis ojos,
muérame yo luego!

Y ahora que va a morir, va a liberarse. La muerte es en Teresa una liberación, una fusión de su espíritu con el espíritu divino. La muerte es la vida, y solamente se muere de verdad, viviendo. La muerte es desatadura de la carne, vuelo del alma a los espacios altos, retorno del corazón a su patria natural. *¡Aut pati, aut mori!* ¡O padecer, o morir! ¡O padecer, o morir; esto es: gozar de la presencia, de la posesión, de la confusión con el Esposo del Cantar de los Cantares de Teresa!

Por eso Teresa, cuando muere, está más bella, más hermosa que nunca. Un resplandor celestial baña su frente, según nos afirman las monjitas de la Anunciación de Alba de Tormes. Sus ojos despiden luz vivísima, como si fueran soles en la oscuridad de su celda. En el momento del tránsito a la Eternidad, estas pobres e inocentes carmelitas oyen música de serafines, coros de la orquesta celeste con que es recibida la Mujer en los Alcázares del Esposo.

El cuerpo todo de Teresa –siguen contándonos– despide un deleitoso perfume...

Y sucede más en el Monasterio de la Anunciación, junto a la vega y al puente romano, donde muere Teresa de Jesús. Sucede que un almendro seco y estéril, que no florecía nunca en el huerto del Monasterio, se cubre de repente, al morir Teresa, de flores blancas, que esparcen por toda la casa un aroma que enhechiza los sentidos. Y sucede, en fin, que el cuerpo de Teresa, que no es de tierra, sino de pétalos de rosa y de jazmín, no se corrompe nunca. Yo lo he visto así. En una capa blanca de raso está encerrado el cuerpo de la Virgen. Y sobresale su frente –la frente que concibió *Las Moradas*–, y sobresalen los pies –los pies que se llenaron de abrojos y de espinas en el ajetreo de las fundaciones carmelitanas–.

La Esfera (13-05-1922)

Páginas del centenario teresiano

Para alusiones

«El Siglo Futuro»[5] me ha hecho el honor de dedicar, hasta la hora presente, más de tres editoriales, que continuarán, a lo que parece, rebatiendo lo que yo dije en estas mismas columnas acerca del doctorado de Santa Teresa. El articulista me abruma a silogismos, sorites, dilemas y demás manifestaciones de la arqueología filosófica. Tiene toda la razón, que yo le concedo de buen grado, con tal de no discutir con él en silogismos en bárbara. Somos, desde luego, liberales, protervos, reaccionarios y todo lo que «El Siglo Futuro» quiera llamarnos.

Pero el articulista me atribuye de continuo cosas que yo no he dicho positivamente

Así, por ejemplo, yo no dije que Santa Teresa y fray Luis de León fueran personalmente amigos, sino que ambos ingenios eran espíritus gemelos. Tampoco llamé yo memos a Nebrija, ni a Arias de Montano, ni a los doctores de ogaño, sino a los hombres doctorales, secos y estirados. Tampoco he dicho yo –¿cómo iba yo a decirlo?– que Santa Teresa fuera ignorante, sino autodidacta, improvisadora e intuitiva, y, claro está, que en su elogio lo decía. Pero me someto a los varapalos del dómine con el mayor de los respetos, abrumado por la cascada de su lógica.

Lo que quiero decir hoy es que sé de muy buena tinta que la Santa de Ávila no fue jamás integrista. Los integristas de antaño dieron buenos disgustos a Santa Teresa. Y los de ogaño, envenenaron la vida de aquel famoso prelado teresiano que se llamó el padre Cámara, y pusieron de su parte todo lo posible para que su proyecto de Basílica Teresiana pereciese. Y el pobre padre Cámara falleció ante el ataque integrista, acompañado de las injurias y calumnias de rigor en este género de ataques a casta.

Heraldo de Madrid (23-05-1922)

A propósito del centenario de Santa Teresa de Jesús

I. La escritora

En el pasado mes de abril celebró la Iglesia Católica el cuarto centenario de la Canonización de Santa Teresa de Jesús; la Iglesia echa, naturalmente, las campanas a vuelo; también el Estado, y en su defecto, las Corporaciones Municipales y Provinciales de Ávila, de Salamanca, y la totalidad de las diócesis españolas, preparan grandes fiestas –solemnidades religiosas, certámenes literarios, concursos, peregrinaciones a los lugares teresianos– para conmemorar el fausto acontecimiento de la elevación a los Altares de la Virgen del Carmelo.

Pocas figuras, en verdad, dentro y fuera de España, más sugestivas y más simpáticas que la de Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada. Vista con ojos humanos, aún apartándose del dogma y de la moral católicos, Teresa es uno de los primeros escritores de lengua castellana. Es la escritora de la gracia, de la naturalidad, del candor. Su lengua, repleta de modismos, de provincialismos gráficos y graciosos, es la espontaneidad y la sencillez hechas carne y estilo. Habla la Santa, cuando escribe, como hablan las gentes del pueblo del siglo XVI. Jamás se apura Teresa ante un giro difícil, ante una locución de doble sentido, ante un obstáculo natural y obligado. Dice la palabra justa, emplea el giro corriente y popular, salta graciosamente la valla que le sale al paso. Y así, sus obras tienen hoy la estimación, para el filólogo, para el historiador de nuestra lengua, el valor plástico de documentos hablados del modo popular de decir, corriente y moliente, de la centuria en que viviera y muriera la escritora.

Y cuidado que Santa Teresa no es una escritora en el sentido estrecho, profesional, del voquible ese. En un libro mío he escrito recientemente[6] que la señora Condesa de Pardo Bazán no puede contar a nuestra Santa como uno de sus precedentes más gloriosos. Porque Santa Teresa no está formada literariamente, ni tiene pretensiones de sabidora en humanidades, ni su cultura pasa de lo corriente y normal de la mujer de su estado y condición sociales de la época.

[5] Se refiere a "Los 'memos' salmantinos" (03-05-1922), "La altura de la neófita" (09-05-1922) y "Misticismo y Picardía" (15-05-1922) por el cura y rector de un seminario que firmaba como Mundaiztarra en *El siglo futuro*. En contestación del suyo "Santa Teresa, Doctora" en *El Heraldo de Madrid,* 29-04-1922 (O.C. Tomo II, página 28). Y finaliza la polémica con un "Punto Final" (27-05-1922) del sacerdote.

[6] Vid. J. Sánchez Rojas. Paisajes y cosas de Castilla.– Editorial América, Madrid, 1919.– Capítulos Las moradas y El estilo de Teresa (Nota del autor)

Santa Teresa escribe, primeramente, por obediencia, por seguir los mandatos y órdenes de sus confesores y consejeros, y después, por desfogo natural de un alma comunicativa por excelencia. Pero en ningún escrito suyo se advierte la preocupación por quedar bien. No se sujeta, ni quiere sujetarse jamás a los cánones literarios. Jamás es una pluma que habla como esos «oradores por escrito» de los que tan sagazmente ha disertado Miguel de Unamuno. Es, por el contrario –y en eso estriba precisamente su fuerza– una pluma que habla, que habla como el arriero, como el estudiante, como el soldado bisoño, como la dueña, como el capitán, como la monja. Con más compostura que la monja, y el capitán, y la dueña, y el soldado, y el estudiante, y el arriero, pero con los mismos giros, con las mismas palabras, con la misma espontaneidad, y con la misma, absolutamente con la misma ausencia de afeites, academiquerías, requilorios y penachos literatescos y profesionales. Santa Teresa no hubiera entendido eso –o lo hubiera entendido demasiado para desdeñarlo– de las cadencias cortas y de las cadencias largas.

El caso de esta mujer peregrina es sencillamente portentoso, y no es con palabras, sino con metáforas, como hay que explicarlo, analizarlo y definirlo. «A fin de decir, sin emplear muchas (palabras), algo digno de esta mujer –escribe don Juan Valera[7]– sería necesario, aunque fuese en grado ínfimo, poseer una sombra siquiera de aquella inspiración que la agitaba y que movía a escribir su mente y su mano; un asomo de aquel astro celestial de que las sencillas hermanas, sus compañeras, daban testimonio, diciendo que la veían con grande y hermoso resplandor en la cara, conforme estaba escribiendo, y que la mano la llevaba tan ligera que parecía imposible que naturalmente pudiera escribir con tanta velocidad, y que estaba tan embebida en ello que, aún cuando hiciesen ruido por allí, nunca por eso lo dejaba ni decía le estorbasen.» Advertid que Valera es un escéptico de tomo y lomo y que su espíritu es retuso del todo o casi del todo a la emoción religiosa. Pero sus palabras, fiel y rectamente interpretadas, tienen una exégesis precisa. La Santa es una inspirada. Se da en ella el caso de la autosugestión, o lo que es igual, de la inspiración, o lo que vale lo mismo, de la emoción. Por eso lleva la mano tan ligera cuando escribe; por eso, sus monjitas afirman, sin mentir, que tiene un resplandor en la frente cuando escribe; por eso, en fin, las gentes campesinas de Ávila, de Salamanca y de Alba de Tormes se representan gráficamente a la Fundadora de la Descalza Carmelitana con una palomica –el Espíritu Santo– que le dicte altas y nobles palabras, y hondos y profundos conceptos al oído, mientras pergeñe en sus Monasterios las páginas de *la vida*, de *las fundaciones*, de *los avisos a las monjas* y, sobre todo, de *las Moradas*. Todavía remacha más el concepto el señor Valera para que nadie se llame a engaño, ni le confundan a él –que debe, sin embargo, a los candorosos y a la par complejos místicos españoles las páginas más limpias y castellanas de su *Pepita Jiménez*– ni le comprendan a él, digo, tan devoto de la escritora y de la mujer, con un creyente católico a la general usanza. Y prosigue así don Juan[8]: «No traigo aquí esta cita como prueba de milagro, sino como prueba candorosa de la facilidad, del tino, del inexplicable don del ciclo con que aquella mujer, que no sabía gramática ni retórica, que ignoraba los términos de la escuela, que nada había estudiado, en suma, adivinaba la palabra más propia, formaba la frase más conveniente, hallaba la comparación más idónea para expresar los conceptos más hondos y sutiles, las ideas más abstrusas y los misterios más recónditos de nuestro íntimo ser».

Advierta, de pasada, el lector conmigo, que don Juan Valera, al tratar de aclarar y de explicar conceptos, los enmaraña y obscurece un tanto. Pero no puede ser, en rigor, de otra manera. Sin la emoción religiosa, sin el puro sentimiento cristiano –y Valera estaba desviado de él con sus paganismos griegos y latinos– resulta totalmente inexplicable el caso de Teresa de Jesús. Hay que creer literalmente en la palomica, en la «paloma de Teresita», de «Santa Teresita» que dice el cantar del pueblo:

Santa Teresita tiene
una paloma al oído,
paloma que dice y dicta
los concetos más bonitos,

hay que creer en esa paloma, como creen nuestras madres y nuestras novias, para explicarse este asunto de facilidad y agilidad, de naturalidad, de gracia, de buen gusto. Sí; es la paloma del Amor la mensajera de esos conceptos, de esos giros, de esas palabras. Yo vi muchas veces, de niño, esa

[7] Juan Valera.– Discursos académicos.– Obras completas, tomo 1.– Elogio de Santa Teresa, páginas 330-331. (Nota del autor)

[8] Juan Valera.– Discursos académicos.– Obras completas, tomo I.– Elogio de Santa Teresa, pág. 331. (Nota del autor)

paloma, en la Iglesia de Madres Carmelitas de mi Alba de Tormes, y con la fe de la niñez, con el candoroso optimismo del que aún no se había asomado para nada a los ventanales del desengaño, la sentía dictar a «Santa Teresita» y hoy, ya de hombre desengañado y harto desengañado quizás, torno a verla, escarbando el pabellón de la oreja derecha de la Santa, dictándole los tres grados de la oración y los síntomas del arrobamiento y del deleite místicos.

II. La Santa

Ocúrrele a la Santa lo que a la escritora: no tiene enemigos personales. Los tiene en vida, y muy fuertes y desalmados –la Priora de Valladolid, el Nuncio, el vocero de Medina que la injuria en un pleito de familia, y tantos y tantos otros– pero todos ellos deponen sus enconos ante Teresa muerta, sabedores, tal vez, de que un almendro ha florecido en el patio del monasterio carmelitano, durante el tránsito de la madre. España entera la diputa desde luego como una de sus glorias más excelsas, y de buenas a primeras, sus incontables devotos se atreven a despojar del Patronato nacional a Santiago Matamoros. Los profesores de Salamanca solicitan de la Santa Sede permiso para doctorar en ciencias místicas y teológicas a la mujer enamorada de su Jesús. No hay santa más simpática que Teresa en el santoral, y los templos de Ávila y de Alba de Tormes, se llenan de exvotos, y los peregrinos acuden a millares a su tumba, y los milagros menudean, según narran concienzudos y graves Padres Carmelitas, veinte, treinta, cuarenta años posteriores a Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada.

Teresa es una santa popular, simpática. Se teje una leyenda en torno a ella. Corren anécdotas de buena ley y abiertamente falsas, en la leyenda que teje el vulgo, pero la leyenda se abre paso. Lo merece ciertamente. Santa Teresa es la amiga de los humildes y de los pobres; ha viajado en los caminos y calzadas con los arrieros, con los soldados, con los estudiantes; ha llegado –como nadie llegará jamás– a las entrañas de su castillo. Cada pueblo tiene su tradición teresiana.

Si Ávila está recluida con su hija porque esta se sacude el polvo de las sandalias al abandonar su pueblo natal, en Becedas recuerdan que llevó a la buena senda al clérigo escandaloso abarraganado que regentaba la parroquia. Y en la dehesa de Castellanos de la Cañada, hoy propiedad de los Marqueses del mismo título, os muestran el pajar donde se retiró en oración muchas noches la Virgen Castellana antes de profesar y tomar el hábito del Carmen, y en Palencia os exhiben las panderetas y zambombas con que la Priora regocijaba a sus buenas hijas. Y en Ávila su bastón de camino.

Santa Teresa ha dejado, en todos estos lugares, huellas del paso de su vida y de su espíritu. Mil veces he recorrido yo –andariego impenitente como ella– los mismos pueblos que ella recorrió y hasta por un itinerario parecido. Hablo de Ávila, Arévalo, Becedas, Medina del Campo, Peñaranda, Salamanca, Alba de Tormes. Pues en todos estos lugares hay su tradición teresiana que se transmite cuidadosamente de unas generaciones a otras. Los de Peñaranda están malhumorados y cariacontecidos porque nos dice la Santa que pasa hambre en este lugar pequeño e inhóspito. Salamanca tiene la graciosísima tradición que la misma Santa narra con todo su donaire en las fundaciones, de la noche de ánimas pasada con la bendita Madre María del Sacramento, que no puede conciliar el sueño pensando en los estudiantes que acaban de abandonar a la fuerza la casa que Teresa ha convertido en Monasterio. Los de Ávila cuentan que yendo de camino Teresa con un novicio y un grave Padre, aquél se quedó dormido, rendido el pobre de fatiga, en el regazo de ella. Sulfuróse el grave Carmelita, tratando de corregir la liviana inadvertencia del neófito, pero la madre le volvió al sosiego diciéndole:

– ¿Qué cosa mejor puede hacer un chico que refugiarse y dormir en el regazo de su madre?

Los de Alba, en fin, también tienen sus anécdotas. Tan familiarizados están con la Santa los naturales de la villa de los Álvarez de Toledo, que las cuentan hasta irreverentes y abiertamente falsas. Como un día –cuentan, por ejemplo– Santa Teresa anduviese mal de cuartos, cosa que de ordinario le acaecía, acertó a pasar por la portería del convento un proveedor a presentar por quinta o sexta vez sus cuentas.

– ¿No me cobro? –preguntó a la Madre.

– Paréceme difícil –replicó esta.

– De buena gana le daría un beso y partida perdonada.

– Pues, provea y no pida más.

Cuento esta anécdota aun siendo abiertamente impropia de una mujer tan pudorosa y discreta como nuestra monja, porque quiero llegar en seguida a la conclusión de que el vulgo, con certero instinto, ha visto en la Santa un caso genuino de gracia, de espontaneidad, de llaneza, de simpatía, en fin. Teresa es, por antonomasia, la Santa española. Mística y práctica a la vez; embe-

bida en sus arrobamientos y pendiente de los resultados de una suma para no dejarse robar de los carpinteros o de los albañiles; llena de gracia y de ponderada discreción; amena y grave; hembra muy de su tiempo y de su lugar.

En Teresa, creo yo que las gentes adivinan el retrato perenne y constante de la mujer, y más concretamente de la mujer española, y más concretamente aún, de la mujer castellana. No hay más que leer devotamente la vida para asomarse a este gran corazón que sus monjiles suponen transverberado por un ángel con un dardo de fuego. «Entre pucheros anda el Señor», nos dice cierta vez la futura administradora y Rectora celosísima de la Reforma del Carmen. Siempre que sueña, se asusta de su ensueño esta mujer... para aborrecer la tierra y remontarse a lo alto. Una vez, cuando duda acerca de si su verdadero estado va con el claustro o con el siglo[9], se asusta de las razones y las moteja de torpes movimientos que no resuelven nada si no van con amor aparejados. Teresa no es, bajo ningún respecto, hermana espiritual de Antoñita Quijano, la sobrina de don Quijote, de don Alonso Quijano el Bueno. No; es la dama andante, la hermana, la protectora y la defensora del buen caballero. Castilla, que no ha dado nunca el héroe puro –el Cid conquista para casar a sus hijas con los Condes de Carrión, Pizarro y Hernán Cortés por llevarse la bolsa, Felipe II por fanatismo, etc.–, intuye vagamente que Teresa es su ejemplar único de desinterés, de abnegación. Y por eso la bendice y la estima tanto.

III. El escenario teresiano

Las fiestas, que comenzaron oficialmente en el pasado mes de marzo con la visita de los Reyes a los lugares consagrados por la tradición teresiana, se circunscriben a Ávila, Salamanca y Alba de Tormes. La razón es obvia, porque en Ávila de los Caballeros está la cuna y en Alba de Tormes el sepulcro de Teresa. Salamanca es el punto estratégico obligado porque es el paso preciso de la primera a la última de las ciudades señaladas aquí. En esta España actual nuestra, corroída y dominada por la inconsciencia colectiva, es de temer que no se abran, con este motivo, los ojos de la cara y de la inteligencia a las bandadas de peregrinos que visitan estos pueblos, cuando su visión es como un resumen preciso, vigoroso y plástico, no ya del espíritu de la Santa, sino de la fisonomía de Castilla y hasta de España.

Ávila, con su silencio, con su reposo, con su majestad, con su quietismo, nos explica mejor que cien volúmenes gordos de nutrida lectura, la niñez de Teresa y hasta la niñez espiritual de España. En Ávila, querían los nobles la efigie de aquel pobre Enrique IV, el impotente, y en Ávila trata de fugarse Teresa con su hermano Rodrigo a padecer el martirio por amor de Dios. El que en Ávila no se sienta despojado de lo transitorio, de lo accidental y de lo subalterno, puede apreciar que no tiene ojos en la cara ni en la inteligencia. Una dosis de misticismo y otra de picardía entran, casi por igual, en la formación de todo carácter español. Segovia, Toledo, Madrid, nos han dado y nos dan aún la sensación de picardía; la del misticismo está reservada a Ávila. Encinchada entre murallas y cubos medioevales, esta ciudad está como despegada de lo terrenal. Ávila es un inmenso templo que tiene un cielo abierto que se abraza a la superficie en toda su extensión y por lecho ese hermosísimo valle del Ambles, regado por el Adaja, lleno de poesía serena, limpio de detalles que impidan ver la majestad del conjunto. Ávila se ha hecho para rezar y para soñar. Las mujeres que en su niñez lean libros de caballería forman después palomares místicos al servicio del Señor. Teresa no puede ser más que de Ávila. La luminosidad de su paisaje tiene el estilo teresiano; la frescura de la prosa de Teresa es manantial de sierra que baja de las cumbres, nieve purificada que canta al caer por los pedregales. Y los muros avileses, en fin, ¿no son originariamente, la idea fundamental, central de Las Moradas? La sensación plástica de la nueva Jerusalén de Teresa es la ciudad de su niñez, vista desde lejos, en las horas tempestuosas y en las horas plácidas.

Salamanca, aun descontando su tradición teresiana, que no es muy abundante ni muy precisa –las selecciones de Santa Teresa con el bueno de Nicolás Gutiérrez, sus amistades con doña María de Colón y Enríquez, Duquesa de Alba y Condesa de Monterrey, etc., etc.–, tiene el encanto de ser la ciudad semecentista[10] por excelencia en la llanura. Pueblo de la Arcadia y del burgués, de los Árcades bobos del siglo XVIII que aman a las Filis y a las Cloris, es también el pueblo de Fray Luis, y el de la Celestina, y el del Lazarillo pícaro del ciego, y el del esplendor universitario. Una rápida visita, dentro de Castilla, a esta ciudad tan poco castellana, rompe un poco la tradición li-

[9] Vida civil o mundana, en oposición a la vida religiosa.

[10] Así en el original periodístico, es posible que sea una errata y quiera decir setecentista, relativo al siglo XVIII por la referencia a él inmediatamente posterior.

bresca y postiza que dan a la Castilla de hogaño algunos ingenios de eso que han dado en llamar, un poco arbitrariamente, la generación del 98. Me refiero concretamente a la Castilla que se han imaginado ver, recorriendo un poco de prisa los alrededores y aledaños de Madrid, algunos escritores como *Azorín* y Pío Baroja. Salamanca no tiene nada que ver, como Palencia, Burgos y León en parecidos respectos, con esa Castilla pelada, árida, seca, polvorienta y uniforme que aquí nos han dado como tópico y como lugar común. Y es que, en puridad, no hay paisajes, como no hay tampoco caracteres regionales. Se ha generalizado demasiado el ambiente de Toledo, y el de Illescas, y el de Torrijos, que es el de estas poblaciones exclusivamente, pero no el de Castilla. Porque Castilla tiene oasis en Zamora y en Salamanca, y en Ávila, y en Segovia, y en todas partes, que desmienten ese insigne lugar común, de torpe y vaga generalización, de su sequedad, pobreza, uniformidad y monotonía. Pecados que yo perdono a *Azorín*, porque, a cambio de una visión material falsa, nos ha dado una visión espiritual pretérita, acabada, de los valores castellanos, pero que no perdono a Pío Baroja, porque no deja en pos de sí más que una pobre labor de folletinista anticlerical, sin emoción estética ni religiosa.

Alba de Tormes, en fin, es la meta del itinerario teresiano en estas fiestas. Su torreón, su castillo, su vega –la vega de remanso y de silíceo[11], los pastores de las Églogas de Garcilaso– se dan también de cachetes con esa Castilla árida e inespiritual de nuestros ciegos caballeros de la generación del 98. En este pueblo donde murió Teresa, después de fundar sus monasterios y de dotar al Carmen de un sentido humanamente religioso, lleno de buen sentido práctico, muere también todo contacto espiritual con el siglo, del cual se encuentra desligado. Villa es esta que carece, como casi todas las Villas, habitadas por rentistas desocupados y melancólicos, del sentido de la relatividad y del matiz. Espiritualmente, no ha adelantado un paso desde que Teresa de Cepeda la habitara. Las casas viven al cobijo de las iglesias y las iglesias al cobijo del castillo. Lugar teresiano, por lo demás, que tiene el encanto, la placidez del tránsito de la madre a la morada de Jesús.

IV. Las fiestas

Para estas fiestas se preparan concursos, certámenes literarios, juegos florales. ¿Con espíritu o sin él? ¿Con verdadera orientación teresiana o sin ella? Yo no lo sé, pero temo mucho que sin orientación teresiana y sin espíritu. Sonetitos con flores de trapo para las señoritas de las cortes de amor, temas graciosamente amplios y desdibujados que redacta el Presidente de la Diputación Provincial en un momento de excelente buen humor, glosas ñoñas e inexpresivas a las consabidas glorias de nuestra Patria y de nuestra Fe.

Con Santa Teresa, y con este motivo, y aprovechando esta ocasión del tercer centenario de la Canonización Pontificia, debe hilarse más delgado, ya que las Juntas y las Comisiones que funcionan en las tres ciudades teresianas –Ávila, Salamanca y Alba de Tormes– disponen de dinero, y de organización, y de publicidad, todo ello copiosamente y sin tacañerías, para hacer algo y digno, muy nuevo, muy español y muy teresiano.

El estudio de los modismos y de los provincialismos de la Santa está todavía, que yo sepa, por hacer. Muchachos hay hogaño en el Centro de Estudios Históricos que puedan estudiar el tema, concretamente y sin divagaciones ociosas e impertinentes. He aquí un tema a estudiar, que debe premiarse espléndidamente y sin apuros de tiempo. Si la comisión de Ávila, que preside el señor Conde de San Juan de Piedras Albas, estudioso historiador teresiano, no ha redactado todavía su programa, yo le suplico encarecidamente que acoja con toda benevolencia esta indicación afectuosa.

Un itinerario teresiano falta también en la bibliografía contemporánea. ¿Por qué no escribir *La ruta de Santa Teresa*, como un peregrino ingenio compuso, años ha, la del Caballero de la Triste Figura? Ávila, Toledo, Beas, Granada, Sevilla, Palencia, Segovia, Alba de Tormes, Salamanca, Medina, escenario de los ajetreos y de los apuros y de las andanzas y de los deliquios de Santa Teresa de Jesús, con sus paisajes y sus ermitas, y sus calzadas, y sus mesones, y sus gentes, ¿no merecen hoy ser revisados y glosados, contrastando la emoción actual con la que nos da Teresa en sus narraciones de fundadora? He aquí otro tema a estudiar en estos momentos.

Una edición popular, abreviada, concisa, en lenguaje de hoy, de las obras de Santa Teresa, es labor que, bien hecha, puede contribuir eficazmente al conocimiento directo de los valores espirituales de nuestra heroína. Ya sé yo que con raro tacto ha comenzado una labor análoga un benemérito Padre Carmelita del Convento de Burgos; pero yo hablo de una edición popular,

[11] Creemos que se trata de una errata y que en realidad debería decir –la vega de Nemoroso y Salicio…

hecha pensando en el público grande y en su limitación mental. Sería, tal vez, monstruoso –si no tocaban buenas manos el pandero– podar a troche y moche *Las Moradas*, pero con *La Vida*, *Las Fundaciones, Los Avisos* y las *Cartas*, si puede intentarse, discretamente hecho y pensado, este trabajo. Los Cetros[12] de la Santa, escritos con la mente y el estilo hablado del siglo XVI, no pueden ser hoy entendidos ni gustados por el pueblo. El estilo está lleno de lañas, de paréntesis de digresiones sabrosísimas para el que tiene un conocimiento cabal del instrumento de la lengua, pero inasequibles para la buena gente religiosa ignara. Tal es la verdad.

Por eso tengo para mí que si en estas fiestas hay verdadero fervor teresiano –fervor de razonamiento y fervor de corazón, conocimiento y sensibilidad en una pieza– pueden dejar huella profunda en los estudios teresianos. Y es hora ya, de que en torno a la figura de Santa Teresa, surja un comentarista español que escriba algo que pueda parangonarse a las páginas que los ingleses –la señora Cunningan Graham[13]–, los franceses –Luis Rousselot–, los italianos –Giovanni Papini, Soffici, Croce–, los belgas –una monjita Carmelita de Lieja ha publicado una lindísima edición popular– han consagrado a la vida, a las andanzas, a las fundaciones y a los escritos de la Reformadora del Carmelo.

Cosmópolis (Junio 1922)

Noche de ánimas[14]

(De las Fundaciones. Cap. XVIII)

Salamanca no es austera y grave, como Ávila; es opulenta y risueña. Es la ciudad que ha puesto el Renacimiento en Castilla para alegría de los ojos y del corazón. Por el lado que tú entras en ella, peregrino, es muy fea. Pero vista desde el puente, o mejor aún, más allá del puente, por la carretera de Madrid, es de una hermosura que enhechiza. Yo te aconsejo, peregrino, que para ir a Alba abandones el ferrocarril y tomes en el Arrabal el automóvil que te pone en treinta minutos en la villa de los Duques y de Teresa.

Mira desde el Arrabal Salamanca. Parece una estampa de una vieja y noble ciudad italiana. Te recuerda Siena, te recuerda Florencia; también te recuerda Tarragona y Coimbra. El sol besa las torres en un beso rojo. E incendia de púrpura sus piedras, y las enciende y las ilumina, y las abrasa en festival de luz. ¡Salamanca, mi Salamanca de mis sueños y de mis tristezas, Salamanca de Teresa de Jesús! Teresa cruzó muchas veces este Arrabal de casitas achaparradotas y pintarrajeadas que tú ves ahora en compañía de los arrieros, sus amigos, y de aquel frailecillo bobo, portero del monasterio de Duruelo, que llevaba hasta siete relojes de arena, concertados todos, en los bolsones de su hábito café.

¡Mira Salamanca desde aquí, lector! Oyes seguramente la canción mansa del claro Tormes –el río de Juan de la Encina, de Garcilaso, de Fray Luis, del Lazarillo, de la Celestina, de los árcades bobos del siglo XVIII, que se fingen Batilos y aman a las Cloris, también fingidas–, y contemplas la torre panzuda de la catedral nueva, y su hermana, la del Gallo, la del campanil románico, limpio y sobrio, de la vieja catedral; y te deleita, más a la izquierda, el torreón de la Merced, espejándose en el río, asilo de aquel Tirso de Molina, tan humano y tan zumbón, y aciertas a percibir, a la derecha de la Merced, entre ella y las catedrales, la torrecilla triangular de la Escuela, que tañe como címbalo todas las mañanas, cortando la pereza de los escolares, y que despertó al bachiller Rojas, a Hurtado de Mendoza, a Cervantes, a San Juan de la Cruz, a Fray Luis, a Juan de la Encina, a Nebrija, a Cantalapiedra, que despierta a Unamuno y rompió el ensueño de nuestros abuelos y de nuestros padres, y el nuestro de mocedad, y romperá también el de nuestros hijos; y la torre de la Clerecía, presuntuosa y llena de majestad postiza, más atrás; y a la derecha, Santo Domingo, el de Colón, y Calatrava, con los dominicos que pasean y meditan en el alto huerto, y el colegio de los Blancos, hoy triste morada de dementes, abandonados por la inconsciencia de una administración provincial, y Santo Tomé, y las Claras, y la Magdalena, y la Peña Celestina, y las huertas de la Vega, y el Puente Nuevo, y el metálico del tren más allá, y los oteros del Carpio

[12] Errata de imprenta por *Libros*.

[13] Gabriela Cunninghame Graham, escritora inglesa, esposa del político, escritor y periodista Robert Bontine Cunninghame Graham y autora de la biografía, en dos volúmenes, «Santa Teresa: Her Life and Times» (1894).

[14] Posteriormente, en octubre de 1929, Sánchez Rojas publicaría otro artículo con este mismo título, aunque distinto contenido, en el diario salmantino *El Adelanto* (O.C. Tomo I, página 194).

y de los Arapiles, y la mancha blanca de la sierra bejarana, estrechando, abrazando esta llanura romántica, académica y renacentista, pueblo de sabios graves y de estudiantillos más enamorados de unos ojos negros que de las Pandectas y del Digesto.

Esta es Salamanca, peregrino; la Salamanca que llega a prestar lo que Naturaleza niega; la Salamanca «de altas torres» del cantar charro; la de la Flecha, la de la Arcadia y la del Zurguén; la que enhechiza a Cervantes y abre los tesoros del conocimiento a San Juan de la Cruz, el santito de Fontiveros; la Salamanca de Espronceda y de lord Byron, de Ruiz de Aguilera, de Gabriel y Galán y de Unamuno. ¡Alégrate, peregrino! Salamanca presta deleite a la prosa de Cervantes cuando describe el bullicio de los colegios y patios de la revuelta escolaresca; Salamanca sirve de cañamazo a Teresa para bordar las rosas más frescas de su donaire; Salamanca es tierra de mozos con mocedad perenne en el corazón.

Recorrámosla. Tienes poco tiempo, ya lo sé: que te espera Alba; pero la veremos a gusto prescindiendo de lo accidental y lo subalterno. ¡A las catedrales, cochero! La plaza, ¡sí, muy bonita; es un patio veneciano lleno de simetría y decoro! ¡La catedral vieja! ¿Te descubres? Los epitafios sabrosos, la reja de Anaya, la Doña Mafalda que finó por casar, el sepulcro de D. Jerónimo, el obispo guerrero, compañero de Rodrigo Díaz de Vivar. Y la catedral nueva. Opulencia, liturgia, rito, esplendor. Poco tiempo, ¿verdad?

La Escuela. También te descubres y haces bien… ¡En cambio, yo, que tengo ya una vieja familiaridad con ella…!

Sí, la cátedra de Fray Luis: lo del «decíamos ayer» no parece cierto, pero merecía serlo; la capilla con su sagrario de ágata, la solitaria biblioteca con tanto infolio, el precioso techo del ala izquierda del patio superior, la opulenta escalera de los Reyes Católicos, la rana de la fachada ¡Ten cuidado, que dice Unamuno que muchos no ven la fachada por la rana!...

¿Dónde vamos ahora? ¿A Monterrey? Bien. ¡Qué gallardía en las torres de la fachada, que graciosa sencillez la de los muros; Monterrey es nuestra perla! Mira esas galerías con sus arcos rasgados, con sus columnas de capiteles primorosos. ¡Que sí, hombre, que sí! Este encaje de atletas, dragusas y quimeras di conmigo que desafía a la limpidez del cielo.

… ¡Acaso, acaso sí! Es más que probable, seguro, Santa Teresa conoció, visitó este palacio. Recuerda que fue gran amiga de la duquesa vieja, doña María de Colón y Henríquez; que esta señora habitó aquí siendo condesa de Monterrey, que por asistir a doña María muere casualmente la santa en Alba.

No tienes tiempo, ya lo sé. ¡Es fatal esta combinación de horas! Sí, te leo el pensamiento. Vamos a la casa de la santa. Está muy cerca; aquí es. Esa portada ancha, ese arco semicircular, esos vítores rojos de la fachada. Unas monjitas la habitan ahora. Te ríes. «A medio día –escribe Teresa– llegamos a la ciudad de Salamanca. Desde una posada procuré saber de un buen hombre de allí, llamado Nicolás Gutiérrez, harto siervo de Dios, que había ganado de su majestad con su buena vida una paz, y contento en los trabajos, grande, que había tenido muchos y vístose con gran prosperidad, y había quedado muy pobre, y llevábalo con tanta alegría como la riqueza.»[15] Este buen Nicolás es el amigo de Teresa en Salamanca. Nicolás lleva a nuestra monja a una casa no muy «desembarazada» –ésta donde estamos– «que no había podido acabar con los estudiantes que saliesen della». Momentos antes de tomar posesión de la casa la Fundadora salen los alegres escolares de su guarida. Y Santa Teresa entra en ella, siendo el primer monasterio «que fundé –agrega– sin poner el Santísimo Sacramento.»

Al día siguiente, 1º de Noviembre de 1570, se dice la primera misa; Teresa manda por monjitas a Medina la del Campo. Pero la noche de Animas solo duermen en la destartalada casuca Teresa y su compañera, sor María del Sacramento, «una monja –refiere graciosamente la santa– de más edad que yo, harto sierva de Dios que me dan ganas de reír!» «La casa –continua la donosa moradora– era muy grande y desbaratada y con muchos desvanes, y mi compañera no había quitársele del pensamiento los estudiantes, que como se habían enojado tanto los que salieron de la casa, que alguno se había escondido en ella; ellos lo pudieron muy bien hacer, según había en dónde»[16]. Las monjitas se encierran en una estancia, donde hay paja, con dos mantas que les presta la caridad. Sor María del Sacramento no sosiega ni duerme, mira con temor a uno y otro lado, no deja en paz a su compañera.

– ¿Qué mira vuesa merced? –la dice Teresa.

[15] *Las Fundaciones*, 19, 2
[16] Ibidem. 19, 4

Y la pobre sor María, que se ahoga en un dedal de agua, replica:

– Madre, estoy pensando si ahora me muriese yo aquí, ¿qué hariedes vos sola?

Fuera doblan las campanas de la ciudad. Seguramente, antaño como hogaño, sopla el viento furiosamente en ese día.

– Hermana, de que eso sea ya pensaré lo que he de hacer; ahora déjeme dormir.

Dice, se sonríe y apaga. La pobre Teresa ha llevado dos noches malas, viniendo de Medina por Fresno, por Cantalapiedra, por La Carolina y por Moriscos. Y duerme tranquila, alegre, satisfecha, en paz y en gracia de Dios en esta quieta Salamanca, donde todos duermen a estas horas menos los escolares enojados con sus libros de texto, con sus apuros económicos a plazo fijo, con sus novias que les esperan anhelantes en la reja de la calle de los Libreros, de la calle de Traviesas o de la plazuela de San Millán, la Salamanca de la reja, de Dorado Montero, de la voz de Unamuno:

> ¡Oh!, Salamanca, entre tus piedras de oro
> aprendieron a amar los estudiantes
>
> ———————
>
> Allí Teresa, Soledad, Mercedes,
> Carmen, Olalla, Blanca, Pura y Lola,
> nombres que fueron miel por los labios,
> brasa en el pecho[17].

¡La Salamanca de los pensares y de los sentires! ¡Dios te bendiga, Salamanca de Teresa, Salamanca mía!

La Libertad (15-08-1922)

Páginas del centenario teresiano

Pito, tamboril y pandereta

El 24 de Agosto de 1562 se abre al culto, en Ávila, la primera casa de la Reforma del Carmelo, el Monasterio de San José. «Rinconcito de Dios y paraíso de su deleite» llama Teresa a este su primer palomar místico. Una esquilita de tres libras tañe alegremente en el frescor de la mañana; en la ciudad mística y silenciosa se advierte una singular agitación. El Monasterio que acaba de fundarse no tiene rentas; las Carmelitas vivirán de la caridad pública, en el locutorio no habrá conversaciones deshonestas y mundanas, ni se hará música, ni se platicará de amor. Las monjitas no probarán la carne y dormirán en una estrecha y dura tarima de madera.

Y la esquilita de tres libras anuncia la buena nueva a los hijos de Ávila. Acaba de exponerse el Santísimo Sacramento en el altar de San José. El obispo, D. Álvaro de Mendoza, es decidido partidario y un devoto amigo de la madre Teresa. Con las cuarenta libras de oro que ha mandado a este su hermano Lorenzo, tesorero general de la provincia de Quito, en las Indias, ha realizado el milagro de la primera reforma. Silban los pitos, repican los tamboriles, manos diestras y femeninas tañen las panderetas cuando el Cordero Inmaculado toma posesión del altar de San José y del corazón de sus esposas, las monjitas. Teresa, que está en el coro, tiene su cara, siempre alegre y graciosa, como iluminada por un vivo resplandor. Un angelito, caribobo y risueño, hiere su corazón con el primer dardo de fuego...

Y de la calle penetra en el coro un sordo rumor de protesta y de escándalo. Los devotos y edificantes abulenses no quieren oír hablar de la reforma. En el Mercado Viejo, en la calle de Don Pedro, junto a la Catedral, hay grupos de mujeres y de hombres que vocean indignados. Surgen oradores espontáneos en la calle, «Esas monjitas –dicen al pueblo– quieren vivir sin rentas; robarán, por lo tanto, el dinero de los pobres». Van y vienen los exaltados de San José a la Encarnación, desde la Encarnación a la casa del corregidor. El corregidor interviene. Pero lejos de calmar a los revoltosos, les excita más y más a la violencia. Las turbas llegan hasta San José. Han forzado la puerta y tratan de expulsar a las monjitas. Una novicia les detiene: «¡En el nombre de Dios –les dice–, repórtense hermanos míos! ¡Temed la justicia de nuestro Rey Don Felipe en la tierra y de nuestro Señor en el cielo!»

[17] "Salamanca", vv. 105 – 108.

La arenga contiene a los perseguidores. Pero el celoso corregidor congrega a las «fuerzas vivas» de la ciudad para que tomen acuerdos. Y el hombre, formalmente, sin la menor ironía, muy seriamente, como corresponde a todo corregidor de antaño y de hogaño, sostiene estas proposiciones irregulares: «Debe ser sospechosa para nosotros esta fundación, porque es una novedad. La fundadora es una mujer que se dice asistida de las revelaciones de Dios; desconfiemos, por lo tanto, de ella.» Este argumento de fuerzas vivas produce honda impresión en la asamblea. Las monjas van a ser expulsadas de San José; Teresa será huésped de los calabozos del Santo Oficio... Una voz, una sola voz se oye en defensa de Teresa: la del padre Báñez. «Tened en cuenta –dice, retando a los prestigios de la ciudad– que no es este pleito de fuero civil, sino de jurisdicción eclesiástica. El obispo es el llamado a resolver.»

La asamblea recoge sus protestas. Se disuelven los notables. Pero acuerdan ejercer presión sobre el obispo, sobre el nuncio, sobre el mismo Papa. Don Álvaro de Mendoza contiene a las fuerzas vivas; el nuncio nada entre dos aguas; a Roma no llega la pretensión de los piadosos justicias. Y la esquilita de tres libras sigue tañendo en la mañana fresca. Y silban los pitos, repican los atambores y tañen alegremente los panderos cuando el dulce Jesús –¡tan amado, tan lindo, tan pobre!– toma posesión, a la hora de los oficios, del tabernáculo del altar de San José.

El Carrito

El carrito en que viaja la madre Teresa es un pequeño monasterio. Una imagen del Niño Jesús preside el interior. Una pila de agua bendita está colgada detrás del cortinón de entrada; una esquilita señala las horas de oración y las horas de silencio; un reloj de arena sirve para fijar, para regular las horas de los ejercicios. El carrito es la capilla ambulante y el altar ambulante de las monjitas andariegas. Ellas no hablan con los viandantes, soldados, escolares, arrieros y mendigos. Para comunicarse con los de fuera está la portera de turno...

¡Carrito de mulas cansinas y escuálidas, carrito teresiano, que sabes hollar las calzadas y las carreteras de mi Castilla polvorienta y pajiza: los caminos de mi niñez! Este carrito es popular en toda España. Se ha librado de la embestida de unos toros que van a lidiarse el día de la Asunción en Medina del Campo; ha estado a punto de caer en un regato, cerca de Burgos; ha hollado la paramera reseca de los palentinos; ha sentido la frescura del Tormes, del Adaja, del Duero, del Esgueva, del Tajo, del Guadiana, del Arlanzón y del Guadalquivir; ha atravesado el Guadarrama, la llanura manchega, las calles, los montes, los oteros y los puertos de serranía; se ha detenido ante las ventas y mesones en busca de un coscurro de pan; conoce Toledo, Sevilla, Granada, Madrid, Pastrana, Malagón, Veas [sic], Villanueva de la Jara, Salamanca, Segovia, Palencia, Medina, Alba de Tormes. Se ha detenido, pidiendo limosna, en Madrigal de las Torres y en Peñaranda de Bracamonte. Ha sido escoltado por hampones y mozas de partido; por Juan de la Cruz y por Fr. Antonio, el portero del Duruelo; por los lacayos de Monterrey, y de la casa de Alba, y de la Princesa de Evoli [sic], y de los Duques de la Cerda; ha sido silbado y apedreado por toda la chiquillería. ¡Carro, carrito teresiano, morada ambulante del buen Jesús, carrito de la dama andante, de la gracia y de la humildad!...

Asoma este carrito un día en la Mancha, dando vista a Almodóvar del Campo.

Las monjitas no llevan de comer.

La madre, a la cabeza de sus hermanas, pide una limosna a un hacendado para no perecer de hambre:

– ¡Por la gracia de Dios, hermano! –musita alegremente la hija pequeña de D. Alonso Sánchez de Cepeda.

– ¡Pide por la gracia de tu cara, hermosa! –replica el aludido.

– ¡No, no! Pido por la gracia de tu corazón, que me darás el doble.

Y el hacendado, prendado del ingenio de la mujer singular, deja en su diestra su bolsón repleto de monedas de oro.

La Esfera (16-09-1922)

El jardín de la Santa

El jardín del matrimonio Sánchez de Cepeda y Ahumada, los padres de Teresa de Jesús –muy cerca de la puerta y de la espadaña del convento del Carmen– mira al Adaja, a las cumbres serra-

nas de Gredos, al valle del Amblés, al puente y a los molinos. En este jardín, Teresita hace con el barro ermitillas y conventos. Su hermanito Rodrigo la acompaña en estas niñerías. Esta tarde, unos amigos y yo hemos contemplado el jardín con embeleso, acompañados de un lego carmelita gruñón que me ha tachado a mí –¡teresiano impenitente y devoto!– de heterodoxo. Y besando los lirios, las malvas reales, los pensamientos y las rosas del jardín, mis ojos han volado a ensoñar el panorama de las fundaciones carmelitanas.

¡Dios mío, y que rato de evocación debo a las andanzas de tu hija y de tu amiga muy devota, Teresa de Jesús! Este panorama austero y limpio del río Adaja, con los picachos de La Mujer Muerta y el Caballo; con las calzadas de Arenas de San Pedro, de Piedrahíta y de Peñaranda de Bracamonte, con las espadañas de las ermitillas arrabaleras, este panorama obsesiona siempre a Teresa en la elección de las fundaciones de sus palomares místicos. Ella quiere siempre aire y luz para que vuele la imaginación de sus monjitas.

En Alba de Tormes, el convento de la Anunciación mira al Tormes, a la ermita del Santo Cristo del Otero[18] y a la calzada salmanticense. En Medina, la fundación contempla el castillo de la Mota y la altiplanicie de las dos Castillas; en Salamanca se encara con el campo, con la llanura parda y amarilla y descubre los altozanos de la Armuña; en Palencia, lejos del ruido de los telares, se asoma tímidamente a los juncales y bardales del Carrión y al panorama dantesco que tiene por eje la ermita del Cristo, descubriendo las verduras de Calabazanos, de Villamuriel y de San Isidoro de Dueñas; en Toledo se enfila con el Tajo, con las ruinas del palacio del conde de Benavente y con las tintas ocres y grises –tan gratas al pincel del Greco– del Hospital de Afuera; en Burgos se deleita con la visión de los negrillos y de los olmos y con la marcha lenta de las aguas del Arlanzón y con la ringlera de las casonas hidalgas de los nobles burgaleses.

El paisaje que hemos absorbido, saboreado durante nuestra infancia, lo incorporamos, desde luego, a nuestro organismo espiritual y nos acompaña siempre durante el transcurso de nuestra vida. El que columbramos hoy desde el jardín de la casa de nuestra amada Teresita, la niña avilesa que construye ermitillas con el barro y que se solaza con la lectura de los libros de caballerías, es el paisaje teresiano por excelencia, el que le hace exclamar en Alba «¡es de harta recreación mirar la vega!», el que le familiariza con las ventas, mesones, calzadas y caminos muertos de media España; el que la mueve a construir su carrito teresiano con una pila de agua bendita y con una estampa del buen Jesús en el interior; el que la familiariza con toda suerte de giros, modismos y licencias populares; el que la lleva a sus expresiones gráficas, a sus explosiones de zumba y de buen humor; el que la hace soportar hambres, desfallecimientos y contrariedades de todo linaje; el que la encara con la acción para refrenar el éxtasis y el que la distrae de los ensimismamientos con los ajetreos y trajines de las fundaciones de las Descalzas del Carmen.

Nos han regalado unos pensamientos del deleitoso jardín teresiano. Hemos aspirado su fragancia; luego, asomados al torreón de San Segundo, a la puesta del sol, hemos vuelto a contemplar el valle del Amblés, poblado por las primeras sombras de la noche, al mismo tiempo que las campanas de la ciudad mística recordaban en la víspera la solemnidad del día de fiesta, santificado por el efluvio –más primaveral que veraniego– que perfumaba el valle.

Heraldo de Madrid (13-09-1924)

Teresita de Jesús[19]

Ávila es una de las ciudades más recogidas y discretas, más henchidas de sabor y de silencio de la vieja Castilla. Ávila de los Caballeros la llaman nuestros ascendientes por el número y la calidad de sus linajes. «Tierra de santos y de cantos» la titula el vulgo. De cantos porque la superficie pedregosa y fría está cuajada de ellos. De santos dice también el vulgo que es la tierra de Ávila de los Caballeros, porque el misticismo y la santidad son las flores espontáneas de su espíritu grave y religioso.

¡Recógete un momento en Ávila, lectora! En sus calles, en sus plazas, dentro de sus templos, a la vez de sus murallas, puedes soñar sin que el ruido exterior se atreva a perturbar tu ensueño. Y aquí, en este altozano del Calvario, a las orillas del Adaja; contemplando ese manchón zarco y lejano de la sierra de Piedrahita; oyendo el ruido monótono de los molinos y de las tenerías;

[18] En realidad, *ermita de la Virgen de Otero*

[19] Existe otro artículo, con el mismo título y distinto contenido, publicado en *Crónica* el 22-12-1929 (O.C. Tomo II, página 50).

ante estas torres, y estos cubos, y este campanario que sorbe la paz y que se desposa con lo eterno, piensa un momento conmigo, mujer discreta y española, en la niñez de Teresita Sánchez de Cepeda y Ahumada.

Nace Teresita en este pueblo en 1515. Sus padres son nobles, aunque humildes de riquezas y de patrimonio. Tienen que trabajar para vivir. Pero son «caballeros»; don Alfonso [sic][20] es un hombre varonil y guapo. Caritativo con los pobres y piadoso con los enfermos. Teresita nos dice también de él que ama a sus sirvientes y que «jamás se pudo acabar que él tuviese esclavos». Y es prolífico don Alfonso, porque tiene doce hijos, frutos de dos nupcias.

Puedes reconstruir conmigo, lectora, si te place, la casa de Teresita. Nada ha variado en esta ciudad desde el siglo XVI. El paisaje es el mismo y el mismo el ambiente; las casas anchas, comodonas, señoriles, frías, las mismas también. A don Alfonso, el padre, le conoces ya; la madre es una grave señora de Castilla, discreta, callada, afectuosa, buena. Es muy dulce y de buen ver la noble matrona. Pues Teresita hereda de sus padres el sentido práctico, la ponderación, la caridad natural y la gravedad discreta. No la hagamos caso –tampoco se lo ha hecho la Iglesia para elevarla a los Altares– cuando en su vida nos cuenta Teresita defectillos y nonadas de mocedad. Lee –nos cuenta Teresita –vidas de santos y, ¡horror!, libros de caballerías. Pero ¿es que los santos no son caballeros, y caballeros de subidos quilates, como nos dice justamente Alonso Quijano el Bueno? ¿Y el espíritu caritativo, religioso, piadoso de la niña no la mueve, por ventura, al ensueño en su casita, junto a la muralla, cerca de la torre de San Severo? ¿Cómo no soñar teniendo, ante los ojos del cuerpo y del espíritu, los manchones zarcos de Piedrahita? ¿Cómo no ha de pensar en aventuras esta damita del ideal, ante este sereno paisaje avilés, ante este paisaje encantador, que se encara con la extensión de los cielos, que sabe espejar en sus aguas claras, pardas y frías?

Teresita se acusa también de ser coqueta. ¡Bah! No lo tuvo en cuenta su esposo Jesús, para que nosotros en cuenta lo tengamos. «Era muy curiosa de su belleza» seguramente porque era bella; un grave religioso, tan lleno de juicio como el Padre Rivera, así nos lo afirma sencillamente. «Era de muy buena estatura, y en su mocedad hermosa, y aún después de vieja, parecía harto bien. Fray Luis, el pagano purificado por l*os nombres de Cristo* y redimido por las cárceles del Santo Oficio, lo afirma también del mismo modo. Y cuando se ha querido echar en cara al pobre y bobo Juan Miseria lo legañosa y fea que dejó a Teresita en su retrato, con las protestas consiguientes de la misma interesada, no faltan escudriñadores y eruditos de fiar como Ángel María de Barcia, que dejan bien en claro, para siempre, las bellezas y perfecciones físicas de la virgencita de Ávila, que casan y conciertan con sus calidades morales, más hermosas y limpias todavía.

¿Coqueta y amiga de los Amadises y Esplandianes, Teresita Sánchez de Cepeda y Ahumada? No, no; Teresita es otra cosa; tiene lo que la gente del pueblo llama ahora ángel; es inquieta y es dominante, tal vez, la tunantuela. ¿Pues no le mete a su hermanito Rodrigo, bobalicón y dócil, en la aventura de marcharse los dos, solos y sin blanca, a tierra de infieles para ser descabezados de los moritos?

Teresa, la inquieta, la andariega fundadora de años después, choca con el silencio, con la paz, con la monotonía de su ciudad nativa. En el jardín de su casa hace ermitas con las piedras que luego se la caen. Y reparte además la niña limosnas a los menesterosos, como puede «y puede poco». Y busca soledad para sus rezos, en especial para el rosario, del cual es también muy devota su madre. Y cuando enreda la juguetona Teresita con sus vecinitas y compañeras, niñas de la Puerta del Carmen, gusta mucho «de hacer monasterios, como que éramos monjas». ¡Mira cómo asoman ya la vocación, el fuego del ideal y el desposorio con la inquietud en la pequeña!

Y muere la madre de Teresita, cuando Teresita tiene doce años. «Afligidamente la pobre huérfana fuime a una imagen de Nuestra Señora, y supliquela fuese una madre con muchas lágrimas». La Virgen oye, naturalmente, a Teresita. ¡Adiós galanteos, cintajos, libros de caballerías, ermitas en el jardín y juegos místicos y monacales con las amiguitas! «¡La Virgen –dice– me ha tornado así!» La ha tornado así a los doce años. Y en Teresita hay ya, desde entonces, la semilla de la Santa, de la Mujer, de la Escritora que todos admiramos y queremos.

Tornemos nuevamente a la ciudad. La niña viste de negro. Es modosa, discreta, llana, corriente, como nuestras madres, como nuestras mujeres; es la flor del carácter castellano Teresita Sánchez de Cepeda y Ahumada. Imagínatela aquí, en Ávila, alta, donairosa, morena, con sus lunares en la sotabarba y sus ojos negros y reidores, llorando, arrodillándose ante estos Cristos y estas Vírgenes, de iglesia en iglesia, madrugando con el alba y acostándose con las gallinas. Aquí, en San Juan, detrás de la plaza del Mercado la bautizan. ¿En qué altares de la Catedral reza Tere-

[20] Error tipográfico por *Alonso*.

sita? ¿Qué rincón prefiere de San Vicente? Y en el Alcázar, en la iglesia románica de San Pedro, frente a la puerta del Alcázar, ¿cuántas veces llora Teresita su orfandad? ¿Y cuántas, amiga mía, se inunda de paz su corazón, sube al altozano del calvario a contemplar su ciudad mística, plantel de santos y de caballeros, nuestra Teresita de Cepeda? ¿No te das cata en esta ciudad, plácida y fría, del carácter de la nena? ¿No la sientes cruzar por estas plazas anchas y solitarias? ¿No sueñas tú como yo, lectora amiga, con *materializar*, con fijar la huella viviente del paso de la figura y del espíritu de Teresita, por esta ciudad dormida en la paz, pero no muerta?

Teresita ha hecho un alto en el dolor dejando de ser niña en apariencia, aunque en espíritu y en verdad lo es siempre, siempre –y por eso mismo es Santa– la Virgencita del Carmelo. Habla ya gravemente con religiosas en sus ratos de ocio, que son los muy escasos intervalos que las horas de piedad le dejan libre. Sor María de Briceño es la gran amiga de Teresita. Es Sor María muy discreta y santa y hólgase mucho Teresita escuchándola, «más bien hablaba de Dios». Y al contacto de Sor María, la jovencita se cura del Evangelio, «muchos son los llamados y pocos los escogidos», y destierra las costumbres que la han hecho tan mala, y pone en su pensamiento el deseo de las cosas eternas, y, sobre todo, «le quita algo la gran enemistad que tenía con ser monja». Vacilaciones, dudas, devaneos de la fantasía de la rapaza, pero gana Jesús la partida después de algunas escaramuzas, difíciles y obscuras, que todo hay que decirlo. Pero Teresita tiene «buenos pensamientos de ser monja» –¿qué otra cosa que Esposa del Señor puede ser una mocita discreta e inteligente en Ávila?– y cae enferma de algún cuidado de tanto cavilar la pobre niña. Abandona entonces Teresa Ávila por primera vez. Es huésped de su hermana María y del marido de ésta Martín de Guzmán y Barrientos. Y marcha a Castellanos de la Cañada, lugarejo entre Alba de Tormes y Piedrahita, que hoy ha desaparecido adhesándose [sic][21], como tantos otros en esta pobre y desolada Castilla.

En Castellanos se perfila, se decide y se completa la vocación de Teresita. Razones no le faltan a la ya casi novia de Jesús. Por trabajos y penas que tenga una monja, nunca serán tantos como los del Purgatorio, y Teresita nos asegura –aunque no lo creemos– que ella merece nada menos que el Infierno, «lugar donde viven los que no aman». Pero desaparecen las razones, las torpes y miserables razones, en esta génesis del proceso de la vocación en Teresita, para dar paso al amor. Razonando, «mas me parece –dice la enamorada– me servía con temor servil que con amor». Y se desata de las ligaduras y cadenas del entendimiento Teresita para querer con todas sus fuerzas, para querer sin pensar en premios y castigos de lo alto, para amar por amor puro a su dulce y buen Jesús:

> Aunque no hubiera cielo, yo te amara,
> aunque no hubiera infierno, te temería.

Cuando torna a Ávila Teresita sin haber perdido con los achaques corporales su gracia, su alegría y su espontaneidad, su hermano Antonio, religioso dominico, profeso en Santo Tomás, le enciende como nunca el corazón en la llama del amor divino, que ha de abrasarla después. Y, enferma siempre, sale otra temporada a Becedas, pueblecito que está junto a los valles del Barco, cerca del Tormes, en la fragosidad de la sierra de Béjar. Allí conoce Teresita a un clérigo obsceno que tiene barragana y lleva idolillos de oro colgados al cuello. Sepárale de su lascivia Teresita con su inocencia y le lleva al buen camino. Y en Avila, de nuevo, elige la mocita de medianero al Patriarca San José, y padece hondas dislocaciones espirituales, y se aparta de la oración, hasta que Dios fortalece sus virtudes, y le da gran luz en las tinieblas, y le llena de mercedes, y familiariza con lo natural y extraordinario, y conoce los tres grados de oración, y después, finalmente, el arrobamiento.

La novia es ya esposa de Jesús. Monjita novicia, Priora de la Encarnación, piensa en reformas la elegida. Y Ávila es ya estrecha para sus proyectos y correrías.

Lectora atenta y devota: en esta ciudad se deslizan suavemente, como las aguas del Adaja por su cauce, la niñez, la adolescencia y la primera juventud de Teresita. ¿No adviertes esas huellas? Descúbrelas por ti misma, pasea por esas calles, sube a los castilletes de la muralla –a todas horas nos habla Teresa del castillo interior y de la fortaleza de su fe, espiritualizando paisajes de la infancia–; reza en la Catedral y despósate con el silencio y con la meditación. Y por ti misma descubrirás lo que yo no quiero ni debo describirte, porque es algo inefable, delicado e íntimo que no sabrá descifrar a tu gusto mi pluma pecadora, familiarizada con la torpeza, ni mi espíritu, cautivo del afán diario y terrenal, ni mi

[21] Adehesándose, convirtiéndose en dehesa.

amor a Teresa, bien arraigado en mi corazón, para ser necio e indiscreto. Pero en Ávila de los Caballeros tienes la clave de esto que yo callo adrede.

La Moda Elegante (01-10-1924)
La Libertad[22] (23-08-1922)

Las murallas de Teresa

Estas murallas de Ávila, con sus puertas del Mercado, de la Harina, de San Vicente, del Mariscal, del Carmen, del Puente, del Matadero y del Rastro, son familiares, desde la infancia, a esta muchacha morena, graciosa, alta y discreta, que hoy se llama Teresita Sánchez de Cepeda y Ahumada, que ha de ser conocida, algunos años más tarde con el nombre de Teresa de Jesús. Pegando a las murallas tiene su casa Teresita, en Ávila; al lado de la puerta del Carmen y no lejos de la del Puente, vive con sus padres y con sus hermanos nuestra heroína. Desde su cuarto, por la espalda, hacia el jardín, ve todas las mañanas Teresita la almena de San Segundo, el curso limpio y claro del Adaja, la espadaña del Carmen, los calvarios, las calzadas de Arenas y de Piedrahíta, que van a perderse hacia Gredos; los manchones de encinares que se esfuman en la lejanía. Ama estos muros, y estas almenas, y estos cubos, y estos fosos y contrafosos de su ciudad la niña. Toda su ciudad se le antoja –y es, en realidad– a Teresita una fortaleza. Hasta la misma Iglesia Mayor es un castillo ¡Como que ha nacido al cobijo de la muralla, no para guarecerse en ella, sino para defenderla y ampararla! Más de una vez se han hecho fuertes en su torre los obispos y los canónigos. En sus remates hay huecos para arcabuceros y ballesteros. Y San Vicente se le antoja a la niña otro castillo. Y el mismo Santo Tomás. Y tal vez San Pedro. Y en el espíritu de la nena se mezclan las cosas de guerra con las cosas de religión, y Ávila es la fortaleza murada de los cristianos, de los amigos de su amado Jesús y las fronteras de los moros y de los herejes comienzan cándidamente para Teresita más allá del Puente, más allá de los Calvarios, pero casi a las puertas de su casa.

Teresita no ha de olvidar nunca las murallas de Ávila. A los siete años, en 1522, las abandona valientemente con su hermano Rodrigo, porque quiere ganar el martirio en tierra de infieles. Más tarde, cuando ya es una mocosuela de catorce abriles, no encuentra, como es natural, lectura más sabrosa en Ávila que la de los libros de caballerías. Dentro de estas murallas solo pueden soñarse las aventuras de los Esplandianes y Amadises. Y cuando ya ha sorbido Teresa el espíritu guerrero y caballeresco de su ciudad, se desgarra de ella como una gran aventurera que es y corre aventuras por amor en esta seca y pelada paramera de Castilla.

Estas murallas, que son de oro durante el día y de plata alumbradas de noche por la luz lunar; estas recias, y fuertes, y graciosas murallas medioevales, estas puertas, y estos fosos, y estas almenas de la Catedral que sirven de castillo, han de incorporarse luego definitivamente al paisaje espiritual de nuestra escritora: Miope será de corazón y de cabeza quien no vea en la intuición de Teresa la luz cruda del valle de Amblés, y en sus giros y modismos la gracia de los campanarios y espadañas del pueblo natal, y en la sutileza y profundidad de sus conceptos amorosos y de sus disquisiciones teológicas la huella que ha dejado en el recuerdo la contemplación de sus murallas. *Tratado del Castillo Interior*, llama Teresa a su libro de las *Moradas*. Sus comparaciones y sus metáforas son siempre evocaciones de las murallas de su ciudad. Son muy hermosas, desde luego, pero la ausencia y el dolor del destierro, y las espinas del camino, y las incidencias de su amorosa aventura con Jesús, las ha hecho limpias y cristalinas como el agua saltona de los regatos. El Castillo de nuestra Teresa "tiene –nos dice ella misma– muchas moradas: unas, en lo alto; otras, en bajo; otras, a los lados y en el centro, y mitad de todas estas tiene la más principal, que es donde pasan las cosas del mundo secreto entre Dios y el alma." ¡Delicadísima ternura! Esto quiere decir que Teresa no encuentra paraje más gustoso para hablar a solas con Jesús que los alcázares dorados que envuelven las murallas de su ciudad. Exageración de enamorada, que ha contagiado el buen sentido de los castellanos. A impulsos de amor, por contagios del amor, con unas piedras guerreras hemos formado los hombres, todos los hombres, una estampa graciosamente mística. Hasta que no se lo descubrimos a Teresa de Jesús no sabíamos que estas murallas de plata y oro encerraban en su cerco la Jerusalén celestial de nuestra España.

Estampa (28-02-1928)

[22] En este periódico se publicó con el título «Visión mística»

Santa Teresa en Sevilla

Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada, la graciosa reformadora del Carmelo, recuerda siempre con horror su viaje desde Caravaca a Sevilla –Mayo de 1575– con seis monjitas animosas y sus buenos compañeros de viaje «Julián de Ávila y Antonio de Gaytán y un fraile Descalzo». Los amigos de Teresa conocemos personalmente a tres, por lo menos, de los personajes de esta pobre y poco lucida caravana. María de San José, la ex doncella de Dª Luisa de la Cerda, que ha de quedar en Sevilla de priora, es una de las seis monjitas. Julián de Ávila escribe, con Teresa, la crónica del viaje. Antonio de Gaytán, caballero salmantino, regresará de Sevilla pidiendo dinero prestado. El carrito donde caminan es un verdadero espanto. «Yo os digo, hermanas –recordará Teresa en *Las Fundaciones*– que como había dado todo el sol a los carros, que era entrar en ellos como en un Purgatorio». No se detienen nuestros viajeros en las ventas ni en los ventorrillos, y cuando se detienen es para lamentarlo. A la salida de Veas [sic][23] aprieta el calor, descompone la comida y se pasan dos días sin probar bocado. Teresa lleva una gran bota llena de agua; pero el agua se acaba, y por esta tierra apunta Julián de Ávila que vale mucho más que el vino. «Cada jarrito bien pequeño costaba dos maravedís; era más caro que no el vino.» En un ventorro, gente beoda o incivil injuria al bendito Descalzo fray Gregorio, y después se hiere y acuchilla entre sí. Doce, catorce días de viaje, atravesando los pueblos de Murcia, y de Jaén, y de la serranía cordobesa, hasta dar vista a la deliciosa y feracísima vega sevillana. Pero Teresa sabe consolarse de los peligros y trabajos de las terribles jornadas carreteriles. «Unas veces con pensar en el infierno; otras veces pareciendo se hacía algo y padecía por Dios, iban aquellas hermanas con gran contento y alegría.»

A Sevilla llega Teresa quebrantada y febril. Sufre una recia calentura, de tal magnitud que «parecía tener modorra, según iba enajenada». Las hermanitas, a la vista de Sevilla, echan jarricos y más jarricos en el rostro moreno y risueño de la dama errante; pero el agua «caliente de sol» quema y abrasa, y sirve de nuevo tormento a la sin ventura. En una posada de mala estampa, la doliente ocupa una camarilla sin ventana que se llena de sol a todas horas. El camaranchón donde pretende reposar Teresa de su fiebre delirante es digno de tal hospedaje. Bajo por un lado, alto por el otro, parece de «piedras agudas». En Sevilla, en fin, el día 26 de Mayo de 1575. El resol desvanece a la madre a cada paso. Su casita de la calle de Armas –hoy de Alfonso XII– es harto estrecha y miserable. La influencia del clima enervante y perezoso deshace misteriosamente los resortes de su voluntad. Teresa se encuentra desconocida en Sevilla, esto es, pusilánime e inquieta. No sabe qué resolución ha de adoptar en sus trabajos.

¡Pobre Teresa! El arzobispo, D. Cristóbal de Rojas y Sandoval, no quiere saber de monjas pobres. Antonio de Gaytán pide dinero prestado para marchar de Sevilla con el P. Julián. Las monjitas imploran la caridad para vivir. Del dinero traído de Caravaca ha restado exactamente «una blanca». El equipaje se reduce a la ropa que traen puesta las mujeres «y a dos mulas[24] más». En Sevilla pasan las inexpertas aventureras hambres más atroces que en Toledo. Ellas callan y callan dichosas de padecer por su Jesús, y apenas si tienen más apoyo que el del curita sevillano Garci-Álvarez, que las dice misa sin emolumentos, y las regala él, más pobre que las ratas, cestitas con legumbres y pescado frito de cuando en cuando. Otra dama caritativa se acuerda también de Teresa y sus hermanas; pero confía los socorros a una beata urraca que se queda con lo mejor entre las uñas, hasta que la señora sevillana provee directamente para evitar los intermediarios que en toda clase de negocios han sido siempre harto peligrosos. Hasta que Lorenzo de Cepeda no llega de las Indias en auxilio de su hermana, la pobre Teresa tiene bastante que sufrir. Después de ocho, de diez meses de terribles amarguras, se decide a comprar la casa de la calle de Pajería, hoy de Zaragoza. La engañan en el trato; el fiador Lorenzo está a punto de dar por tramposo con sus huesos en la cárcel de los Remedios, y Teresa, que ya comienza a sentirse «gastada y vieja», tiene que refugiarse en la lealtad de su gran amiga María de San José y en los hechizos de su sobrina Teresita, que cura sus melancolías en su cárcel de la calle de las Armas. «Ya está ella acá con su hábito –exclama la tía– que parece duende de casa y todas gustan mucho della; y tiene una condicioncita como un ángel, y sabe entretener bien en las recreaciones, y contar de los indios y de la mar, mejor que yo lo contara.» Pero el Señor ha de sonreírla, al fin, en Sevilla. La casita de la calle de Zaragoza se prepara, al fin, para recibir al sacramento. Entre las invenciones, que al palomar sevillano llevará el bueno de Garci-Álvarez, contaremos «una fuente, que el agua era

[23] Beas del Segura
[24] Posible errata, por *mudas*

de azahar, sin procurarlo nosotras, ni aun quererlo, aunque después mucha devoción nos hizo» –contará sobriamente nuestra Teresa–. Ya tiene agua de azahar su Jesús; las monjitas han llenado de tiestos y de macetas todos los pasillos y todas las celdas de la casa. Al anochecer, las calles estrechas morunas, entoldadas en este caluroso día de verano –3 de Junio de 1576– se aderezan para ver pasar la procesión.

El arzobispo en persona, que después de haber platicado largamente con la Madre ha quedado prendado para siempre de su recato y donosura, lleva el Sacramento; un viejo paisano de Teresa, el prior de las Cuevas, acude también a la procesión. Hay música y menestriles en el barrio, que pasa la Divina Majestad.

¡Sí! Hay música. Y tracas. Y vítores. Y tiros de artillería. La Madre, con su capa blanca, va la última al pie del Sacramento y a la vera del Arzobispo. Y va llorando. Al entrar Jesús, su Jesús, en el Sagrario nuevo, se arrodilla ante D. Cristóbal y prorrumpe en sollozos. Pero los sevillanos presencian un espectáculo nuevo, que alza gran rumor en toda la clerecía. El arzobispo levanta a la Madre del suelo, y es él el que se planta de hinojos ante la Madre, pidiéndola mil perdones por no haberla comprendido desde el principio. ¡Momento singular! El curita Garci-Alvarez, el viejo prior de las Cuevas, María de San José, se miran conmovidos y espantados. Los sevillanos siguen jugando la pólvora. Y se prende el arco del claustro que tenía los arcos cubiertos con unos tafetanes, pero los tafetanes no padecen con el fuego, a pesar «de ser amarillos y de carmesí». Lo curioso es –¿quién no ve el milagro?–, lo curioso es que la piedra que estaba en los arcos, debajo de los tafetanes, quedó negra del todo, y los tafetanes que estaban encima «sin ninguna cosa; más si no hubiera llegado allí el fuego». Todos dan gracias al Señor por la maravilla. Las monjas le alaban también porque..., «porque –dirá Teresa, ya repuesta de la emoción que la ha causado el gesto de D. Cristóbal de Rojas– no tienen que hayar otros tafetanes»

Once años dura el monasterio en lo que es hoy morada espléndida y sevillanísima del Sr. Soto en la calle de Zaragoza. En 1587 –a los dos años escasos de muerta la madre en Alba– María de San José, la primera priora sevillana tan amiga y devota de Teresa, encuentra otro palomar muy sencillo, muy limpio, muy gracioso, muy sevillano, para sus monjitas. El Carmen, como siempre, ha de escoger el paraje más gracioso, y «las Teresas», instaladas en lo que fue palacio de un gran señor moro, añadirán un matiz nuevo en la Sevilla de San Clemente, de Santa Paula y de Santa Clara. En el barrio de Santa Cruz, en lo que ha sido hasta hace poco "alhamía" o judería de la ciudad hechicera, en el recinto que limitan las puertas de la Mezquita y del Candilejo y de la Carne, María de San José, aconsejada por Teresa, ya reconciliada con Sevilla, edificará la morada del Esposo, blanca y sencilla como el alma de sus pobres hijas.

Y «las Teresas» conservan toda su gracia. A la derecha de su compás lleno de flores está una cruz que en sus muros colocará fray Juan de la Cruz, el encendido y mágico poeta de Fontiveros.

Las monjitas de hoy, andaluzas, valencianas, conservan la «ronquita», esto es, la campanilla que traía en su carro Teresa por esos caminos polvorientos y soleados. La madre priora –¡Dios se lo pague!– la ha puesto esta tarde en nuestras manos pecadoras, y nosotros hemos besado a la «ronquita» con emoción. Además, guardan ellas, como oro en paño, una alpargata rota de la madre, tres cartas, papeles de cuentas, el autógrafo de *Las Moradas,* recuerdos de Juan de la Cruz y del Padre Gracián, y de María de San José, olvidada en su destierro portugués de Buerta. El retrato de fray Juan de la Misericordia, que pintó a la Madre –bien que con su protesta consiguiente– «vieja y legañosa» se conserva también en «las Teresas». A través del torno, respirando el aroma de los tiestos del compás, bien regados por una niña pizpireta y encantadora que cuida con sus padres de la portería del Monasterio, charlando esta tarde de rosas teresianas con la priora de hoy –una dama valenciana con dejo asevillanado– hemos percibido, en oleadas de emoción creciente, la huella imborrable que dejara Teresa en Sevilla. Sus hijas son hoy casi unas pobretucas de solemnidad, y a las veces las amenazan con pleitos y querellas porque el palacio moro comienza a quebrantarse y a resquebrajarse. El diablo, venido de Cantillana, es posible que ande en el empeño. Pero no podrá borrar nunca el aroma sencillo y humildoso de este carmen andaluz, que tanto diera que hacer a Teresa, y, que, al fin, fue colocado adrede, por estas misteriosas intuiciones del arte y de la fe –siempre novios en Sevilla– dentro de la fragancia y del silencio del barrio de Santa Cruz.

La Esfera (18-08-1928)
El Adelanto (17-04-1930)

El 15 de octubre de 1582 muere Santa Teresa de Jesús

De Salamanca a Alba

Bien lejos está la madre Teresa de sospechar que ha de acabar su gloriosa existencia, que ha de realizar su tránsito de la vida de sombras y de apariencia a la del Amor, fuente de la vida perdurable, en esta quieta y pacífica villa, solar de los Álvarez de Toledo, donde ella fundara años antes, con los buenos oficios de Francisco Velázquez y de Teresa Layz, el monasterio de la Encarnación[25] cara a la vega y cara al manso Tormes, amado de los poetas desde que Garcilaso lo cantase en sus «Églogas». Una epístola de su amiga la condesa de Monterrey y duquesa vieja de Alba, doña María de Colón y Enríquez, nieta del almirante, induce a Teresa a visitar Alba por postrera vez. Cuatro horas largas dura la jornada desde Salamanca en asno o caballería menor. Por esta vez la madre, ya un poco vieja y achacosa –ha cumplido los sesenta y nueve años–, viaja cómodamente en una litera de los duques. Hace el camino por la calzada real. La aldea del Arapil a la derecha; luego, encinares y más encinares. La Maza, Valdesantiago. Un puebluco más, mesón rodeado de casucas de adobes, y las luces de la villa espejándose en el río a la caída de la tarde. Muchas torres. Las de San Martín, la de Santa María de los Pajes, la de Vera Cruz, la de la Encarnación, la de San Juan, la de San Pedro, la de San Miguel, la de San Francisco; los anchos muros del palacio ducal rematados a un lado por la torre del homenaje y al otro por el castro o por el castrillo: carroceras, plazoletas, jardines... El paisaje es harto familiar a Teresa de Jesús. En el puente romano descansan sobre el repecho o barandil los pecheros. Suena la campanita de San Martín rasgando el silencio de la vega. Y la madre se dirige por la cuesta que va desde las tenerías al rollo, a la puerta de la torre, que la permite penetrar en el palacio.

Los primeros fríos de octubre, las primeras nieblas. 11 de octubre de 1582. La duquesa recibe gentilmente a su amiga la fundadora. Alguna vez, en «Las moradas», ha descrito Teresa las estancias, cuadros y aposentos de este palacio maravilloso que ha visitado varias veces, así como el de Monterrey, no lejos de su monasterio y del que levantara para las hijas de Santa Úrsula el arzobispo Alonso I de Fonseca, allegado a la duquesa. Hay frescos de Ricci en los muros de este palacio, y estatuas traídas de Arapiles y de Milán, y un precioso oratorio donde se solazan los juglares, y un maravilloso jardín con soportes de alabastro donde descansan leoncitos melenudos... Teresa se encuentra forastera en tanta holgura. Cumplida su visita, realizadas ciertas diligencias con la duquesa joven que está recién parida, Teresa torna a su convento de la Anunciación.

Cerca del palacio ducal está el convento. Hay que atravesar apenas el barrio de los Pajes, ocupado por los dependientes subalternos de los señores, y la casa solariega de los Garcías con su escudo de pizarra, tan frecuente en el lugar, «de García para arriba nadie diga», y la amplia explanada de Santa María. La madre se para a departir con muchos conocidos. A la hora de la queda, entra Teresa en el convento, de donde no ha de salir nunca más[26].

En el convento

La madre Ana de San Bartolomé es la priora del monasterio de Descalzas[27].

La fundadora tiene reservada su humilde celda, que mira a la vega, y por un momento se asoma a la ventana. Anochece. Apenas son las cinco y media de la tarde. Tose. Se encuentra cansada, abatida, enferma, la madre Teresa. Se ahoga. Apenas si puede respirar. Necesita aire, luz. Frente a la ventana, la ermita de la Guía; después, entre arbolado, la ruinosa calzada salmantina, espalderas, lomas, oteros, el altozano de la huerta del duque. Chopos y negrillos junto al Tormes; más atrás, encinares; allá lejos, la mancha azulenca de la sierra de Gredos. Hogueras en las cumbres. Y a la derecha, la dehesa comunal, y el monasterio de San Jerónimo, con su campanil gótico y los paredones enormes de sus bodegas y despensas. Unas cuestas y un puebluco: Navales. Luces que tiemblan más allá de Galiana, en la noche.

[25] En realidad, monasterio de la Anunciación.

[26] Sorprende el escaso rigor histórico con el que Sánchez Rojas recrea este último viaje de Santa Teresa: En él se modifica su verdadero itinerario –entre Medina del Campo y Alba de Tormes– por otro imaginario que parte desde Salamanca; se hace referencia a una fecha –11 de octubre de 1582– que en aquel año, en el que se produjo el cambio del calendario Juliano al Gregoriano, realmente no existió ya que al 4 de octubre le siguió el día 15, y, por último, difícilmente podría haberse embellecido el castillo de los duques de Alba con estatuas llevadas desde Arapiles, dos montes pelados en medio de la planicie salmantina, o, a lo sumo, la "aldea", como así la define el autor, que se levanta en sus inmediaciones.

[27] En realidad, Ana de San Bartolomé no era la priora del monasterio albense, sino que acompañaba –y asistía como enfermera– a Santa Teresa en su viaje.

¡Cuánto ama Teresa este paisaje! Mil veces, en borricos, en el carro de las fundaciones con su esquila ronquita para llamar a la oración, con su pila de agua bendita, con su estampa de papel de la Madre de Dios, lo ha atravesado en todas direcciones. Es como el eje o el centro de su vida de viajes y de andanzas por la ancha Castilla. La sierra de Gredos le recuerda su ciudad mística, y sus murallas de plata, y su cubo de San Segundo, y su calvario, y la escapatoria a tierra de infieles cuando de rapaza huye con Rodrigo, su hermanito, y San José, y San Pedro, donde reza de huerfanita, y el convento de la Encarnación después. Y en un recodo de la sierra está Becedas, donde ella aparta del mal camino a un clérigo con barragana que lleva idolillos al cuello. Y un poco más acá de la sierra, Castellanos, donde vive su cuñado Martín Barrientos y ella duerme en un pajar para acostumbrar el cuerpo a las molestias de la tarima carmelitana. La calzada salmantina es Salamanca, con Nicolás Gutiérrez, y Palencia con el obispo Rojas, que luego ha de ser su mejor amigo en Sevilla, donde compone villancicos y letrillas para las hermanas en la noche de Navidad, y Madrid, y la princesa de Éboli, y los enojos que la proporciona el nuncio, y Valladolid, con la lentitud del Santo Oficio. De aquel paisaje salen caminos para todas partes. Por Béjar, a Córdoba, donde ha de encontrar ancha casona hidalga para su palomar místico, y Sevilla, que ha de familiarizarla con las hambres y los ayunos, que a eso equivale el pescado frito comido tres veces por semana, y la fundación de Beas. Y San Martín lleva a Medina.

Teresa, fatigada, enferma, se ahoga. Siente fuerte presión en la cabeza; se halla mareada; el frío de la calentura comienza a batir sus huesos. Avisada sor Ana dispone una cama con sábanas, con colchones, en la celda. Doña María envía el físico de palacio. El físico mueve tristemente la cabeza. La madre, ya acostada, comienza a delirar.

Y la campana conventual llama a coro a las monjitas.

Los delirios de Teresa

Una hermana lega –de un pueblecito, Beleña, en los aledaños de Alba– queda cuidando a la enferma. Las monjitas –todas las monjitas– están asustadas. En el coro, los coros canónicos son plegaria para que la madre Teresa sane. El físico no se aparta del lecho. Ni la lega de Beleña, cuyo nombre no ha querido guardarnos la riquísima tradición oral teresiana tampoco.

La madre delira. ¿Con quién ha de delirar Teresa sino con Jesús? Habla de la muerte –redentora– a cada paso. Quiere morir. Porque no puede morir, no vive. No hay mayor angustia que la de vivir sin morirse. Temen la muerte los pecadores vulgares, mas búscanla los enamorados y los escogidos. La muerte es el cielo, y el cielo es la presencia de Jesús, del Esposo, del Amado. Teresa, en su calentura, recita versos que se han oído muchas veces en los palomares de la Descalcez:

Vivo sin morir en mí;
y tan alta vida espero
que muero porque no muero.[28]

Pero ahora del ansía de morir, del querer morirse, del anhelo tantas veces acariciado de morirse, morirá Teresa de Jesús. Morirá: ¡qué gusto! Sus mejores sueños de monjita moza, de novicia, van a realizarse

Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno;
véante mis ojos,
muérame yo luego!

En el Alcázar azul los ojos negros de Teresa sondearán los ojos del Amado.

El físico mueve tristemente la cabeza. ¿Qué saben los físicos de cierta suerte de delirios? La fiebre no remite; la enferma está cada vez más postrada. Y sonríe. Sonríe siempre. Las monjitas han tornado ya a la celda desde el coro. Ana de San Bartolomé y Ana María de Jesús velan aquella noche a Teresa. La misma postración. Algo cede la fiebre en la mañana del 12. En la tarde, vuelta al recargo, y así la noche. En el 13, en un momento de serenidad, limpio de fiebre el cuerpo de la madre, pero no de amor su espíritu, pide perdón a sus monjitas por su vida poco ejemplar y relajada:

–No aprendan vuesas mercedes de mis liviandades nunca –viene a decirles con estas o las otras palabras Teresa–, sino de mi liviandad saquen partido vuesas mercedes, hermanas mías, para no

[28] Existe un error –o errata– en la primera estrofa del verso, que, en realidad, dice: Vivo sin vivir en mí;

imitarme luego. Sean buenas todas, sean alegres; aprendan que la oración, como el amor, es cosa de todos los oficios. «Entre pucheros anda el Señor», y en los pucheros con diligencia podemos encontrarlo mejor que en el coro con abandono. Recen, hermanas, por esta pecadora ruin y por esta criada vuestra, para que el Señor la perdone los muchos pecados, que hizo, y el mal ejemplo que dio, y los pasos de amor que por Él no supo dar, y sigan no mi conducta liviana, sino mis consejos de hermana flaca en las adversidades y luchas con el Malo.

Las monjitas lloran. La madre, que ha cesado de hablar, cae en un sopor letárgico. En esta noche del 14 –por la corrección gregoriana del calendario el 15[29]– entrega su espíritu, la Dama Andante del Ideal.

El tránsito

Y entrega su espíritu Teresa. Las monjitas depondrán su testimonio ante las autoridades eclesiásticas años después. Una monjita, siendo de noche, siente que es de día. Un vivísimo resplandor brota de lo alto y un coro de arcángeles y de serafines trae una corona de luz que ciñe a las sienes de la muerta. Los ojos negros de la madre se animan. Del lecho surge una palomita blanca que es un espíritu y que asciende, como un globo, a un mar de soles. La monjita asegura que dice toda la verdad.

Otra monjita oye armonías inefables de órganos, de arpas, de flautas celestiales. En la hora precisa de entrar en la agonía Teresa, oye esta música la testigo. Es incapaz de repetir esta las inefables armonías que ha escuchado, pero todavía la tienen absorta, y anonadada, y suspensa. La orquesta celestial tiene músicos y tiene cantores. Las vírgenes cantan con voz dulcísima los amores del Esposo; los niños mártires cantan a la vera de las vírgenes; los profetas y los confesores tienen, en cambio, voces graves, que tiemblan, bajo las bóvedas del Cielo, con aleteos de emoción.

A diario cantan el «¡Gloria in excelsis!» en presencia del Señor de los Señores, que oye complacido, desde su trono, el coro de delicias. A diario entonan niños, y vírgenes, y profetas y mártires, y confesores alabanzas del Señor, al que confiesan y reconocen como Rey en todos los momentos. Cuando el espíritu de Teresa, trocado en palomita blanca, asciende a los altos Cielos, el tono de las armonías celestiales semeja a los litúrgicos, solemnes laudes del «te, Deus, laudamus» [sic][30].

Pero el testimonio de la jardinera del monasterio es el más original y el más conmovedor. En el patio había hasta ayer un almendro helado y estéril; durante la noche le han brotado flores blancas al almendro. No hay más que verlo y rendirse ante la evidencia. La noche en que ha muerto Teresa ha sido helada y cruel como pocas. No se recuerda otra igual desde los fríos marceños. Y ahí está el almendro, floreciente y blanco, desde anoche, cuando ha surgido la palomita del corazón de la madre, cuando los ángeles y serafines le han colocado una corona de luz bajo las sienes, cuando han sonado armonías celestes con unos órganos, unas arpas y unas flautas que traían sus sonidos desde lo alto, rompiendo el silencio de la noche fría, en esta vega del Tormes, donde antes se dijeran sus confidencias Silicio [sic][31] y Nemoroso.

El milagro vivo

El cuerpo de la madre se expone en la pequeña iglesia de la Anunciación, que era entonces apenas la tercera parte de lo que es hogaño. Hay exequias que costean los duques; exequias que costea el Concejo; exequias, en fin, más humildes y familiares de la Familia Carmelitana. De Salamanca acuden a ellas varios maestros de la Escuela. Se dice que el cuerpo va a ser trasladado a Ávila de los Caballeros, cuna de Teresa. Los duques escriben a la corte para evitar el desafuero. Una monjita, la monjita de Beleña que le ha servido de enfermera en los tres días de postración de la madre en el lecho, ha hecho más. Con un cuchillo de matanza ha arrancado el corazón del cuerpo y lo conserva, secretamente, en dos platos, bajo llave...

No nos asustemos de esa profanación. En los cadáveres de los que mueren en olor de santidad se cometen entonces los mismos desaguisados. Los enfermos de Alba han reclamado trozos del hábito de la madre; los pedacitos se guardan, se conservan, se despedazan, como una santa reliquia que son. Muchos milagros han obrado ya estos trocitos de estameña sobre los enfermos.

[29] Modificación del calendario decretada por el papa Gregorio XIII, que entraría en vigor el día 4 de octubre de 1582, al que seguiría el día 15 de ese mismo mes y año, para corregir el desfase de 10 días con el año trópico acumulados durante la utilización del calendario Juliano, al que sustituyó. En este caso se aprecia un error, o errata, al confundir el día 4 con el 14.

[30] Te Deum laudamus: A ti, oh Dios, te alabamos

[31] Por *Salicio*.

Un padre carmelita de Alba, coetáneo de la santa, que escribe una ingenua biografía de la madre pocos meses después de morir esta, nos refiere los más salientes y conocidos. Sanan niños, sanan mujeres, sanan ancianos al contacto de estas reliquias.

Y como la ropa, se despedaza también el cuerpo gallardo y gracioso de la madre. A mano derecha del presbiterio, del lado del Evangelio, en un altarcito oscuro que sirve de comulgatorio a la Comunidad, se cava el primitivo enterramiento. Todavía se conserva este delicioso paraje, en la penumbra, con su rejita conventual erizada de pinchos para esquivar las importunidades de los cucharones y de los ociosos. Del cuerpo se quita el brazo izquierdo, que se guarda, como el corazón, en un relicario. Y una pierna que se divide en mil fragmentos. A los mejores templos de la Cristiandad llegan estos miembros del cuerpo de la gloriosa Andariega.

Hoy

Hoy el cuerpo se custodia en una preciosa caja de plata, de cinco fondos. En la parte alta del presbiterio de la iglesia está. Recientemente, hace quince años –en los últimos días del mes de agosto de 1914–, se descubrió el cuerpo de la fundadora. Olía a jazmín, y estaba cubierto con una ancha pieza de riquísimo raso blanco. Los representantes de los reyes, del Pontífice, de los duques de Alba, del obispo de la diócesis, de la Orden carmelitana en la persona de su general, un vecino del pueblo de Alba, guardador del tesoro, y el notario de la villa, D. Dionisio de Benito Izquierdo, procedieron a la apertura de las urnas. El ojo derecho –negro– estaba semiabierto; un piececito de la andariega sobresalía de la ancha sábana de raso. El pueblo oyó rumor de martillos en el camarín del sepulcro; el pueblo se sublevó. El motín se generalizó prestamente, porque corrieron voces de que el cuerpo había sido llevado en secreto a Ávila, y los Carmelitas Descalzos estuvieron a punto de ser víctimas del furor de las turbas. No quedó otro expediente para tranquilizar al pueblo que exponer el cuerpo de la madre Teresa a la vista de los devotos, en el trascoro de la derecha del presbiterio, que sirve de sala capitular a la Comunidad de monjitas.

Al lado del monasterio, por el lado del puente, se ha destruido todo un barrio de la villa para levantar una nueva basílica gótica. Fue el autor del proyecto el arquitecto don Enrique Repullés y Vargas y el obispo que asumió la iniciativa el agustino fray Tomás Cámara y Castro. Los Carmelitas no han sido nunca grandes partidarios del templo en construcción. Prefieren la preciosa iglesia actual, con su aire íntimo y familiar y su humilde perfume de viejo incienso teresiano. La basílica se va levantando lentamente, muy lentamente. Se diría que la piedad carmelitana posee bastante con esta preciosa iglesia de la Anunciación, que tiene una preciosa portada plateresca, una deliciosa penumbra, dos enterramientos de alabastro muy notables, buenos cuadros de Ricci en los altares y joyas y ropas del más subido valor, que todos los años aumentan de consuno la piedad sencilla de los fieles.

El Heraldo de Madrid (15-10-1929)

Teresa de Jesús

El 15 de Octubre, víspera de la corrección gregoriana del calendario, muere en Alba de Tormes Teresa de Jesús, Reformadora del Carmelo. Las monjitas que rodean su lecho afirman que han oído las arpas de los serafines y las trompas de victoria de los arcángeles. Y ha ocurrido otro milagro, cuya noticia se desparrama por la villa de los duques en las primeras horas de la mañana el día 15: había un almendro estéril en el patio del convento que mira a la celda donde murió la madre; esta noche ha dado flores blancas el almendro por primera vez…

A Salamanca llegan las tristes nuevas al mediodía. La condesa de Monterrey, doña María de Colón y Enríquez, nieta del navegante y grande amiga de Teresa, dispone su viaje a la villa. En Santa María de los Pajes se celebran exequias por el alma de Teresa al mismo tiempo que en el convento de la Anunciación. El corregidor de la villa, pariente de los Layz, que contribuyeron con sus tierras de Tordillos a la fundación, asiste, en nombre del pueblo, a la misa funeral, con todos los servidores del duque. Y ya se habla de milagros realizados por la madre que ha muerto en loor de santidad[32]. Un padre carmelita, coetáneo de la Santa, refiere estos milagros en una biografía ingenua publicada en las postrimerías del siglo XVI. A la Santa se la entierra provisio-

[32] Así en el original por "olor de santidad" como es lo correcto.

nalmente en un altarcito lateral, al lado de la Epístola, donde estaba entonces el comulgatorio de la comunidad. Ávila de los Caballeros reclama los restos; pero los duques se oponen tenazmente a las pretensiones de la ciudad vecina. Hay, sin embargo, un momento de vacilación: el obispo de Ávila es muy poderoso. Entonces, una monjita, con un terrible cuchillo de matanza, arranca el corazón del cuerpo de Teresa. Por eso se conserva el corazón en un relicario aparte, al lado izquierdo del presbiterio del legendario y típico convento de las Descalzas de Alba.

En Salamanca, sobre todo, la muerte de Teresa produce gran consternación en la Escuela. Teresa era buena amiga de los estudiantes, a los que echó de su posada de los Ovalles para la primitiva fundación. Pero se lo han perdonado generosamente. Fray Luis de León, que pasa largas temporadas en el convento de San Felipe Neri, en Madrid y en el convento de Agustinos de Madrigal de las Altas Torres, donde ha de morir años después, una tarde de Agosto, celebrando un capítulo de la Orden, vive apartado de su cátedra. Mas en el Arrabal del Puente quedan huellas del paso de la madre, montada en un borriquillo, en la grata compañía de María del Sacramento y de otras animosas mujeres. En el convento de las madres del paseo de Carmelitas, que Teresa funda, trasladando el Santísimo desde la casa próxima de los Ovalles, queda el milagro vivo de un palomar carmelitano. En el palacio de Monterrey, morada salmantina de los duques de Alba, recuérdanse a cada paso los consejos de la Santa Madre a los próceres y nobles de la ciudad. El influjo social de la Santa en la ciudad gana, como el aroma de los vinos generosos, con el tiempo. Los estudiantes y los doctores envían embajadas a Roma para la canonización, los duques se unen a la petición universitaria; fray Luis anda escribiendo un prólogo a las obras de la Santa, donde dice que el lenguaje de la Madre es la «*mesma hermosura*», y que los censores no saben lo que tachan en sus escritos, porque no se pueden decir las cosas mejor de lo que Teresa las dice siempre. En Roma hacen honda huella las observaciones de la Universidad…

Y pasan los años. Muere Dª María de Colón. Fray Luis acaba sus días tristes en Madrigal, el mismo día que muere en Baeza San Juan de la Cruz[33]. Los restos del hermano de Teresa son trasladados a Segovia, y la urna se conserva hoy mismo en el convento de descalzos de la calle de Zamora, en Salamanca. El traslado del Santo desde los olivares andaluces a la ciudad del Alcázar da lugar al curioso episodio de los clérigos encamisados a los que arremete D. Quijote. ¿Recordáis? Mes de Marzo de 1614. Se inicia y se aprueba felizmente el proceso de canonización en Roma. Alba celebra grandes fiestas, costeadas por los duques. Un estudiante de Salamanca, llamado Miguel de Cervantes y Saavedra, lleva una mención honorífica en el certamen literario, donde se cantan las virtudes de la Santa andariega y donairosa[34].

Mundo Gráfico (16-10-1929)

Teresita de Jesús[35]

Teresita Sánchez de Cepeda y Ahumada –a la que pocos años después de su muerte venera la Iglesia en los altares con el nombre de Santa Teresa de Jesús– nos cuenta ella misma, con la mayor y más encantadora sencillez, los primeros años de su vida. Algunos biógrafos de Teresita nos relatan también con emoción estos primeros pasos de Teresita por la senda del heroísmo y de la virtud. Nos la pintan como una chiquilla morena, guapa, alta y llena de gracia y de donosura. Nace en Ávila, de padres sencillos y cristianos y nobles. El padre, D. Alonso, es muy buena persona, y la madre, una señora muy guapa y muy devota. La pequeña es el encanto de la casa. El padre es tan bueno que no consiente el servicio de esclavos a su vera. Aunque noble, sus bienes de fortuna son escasos, y hace todo el bien callado que puede a los pobres y desvalidos. «Mas podía poco» –cuenta la hija, recordando la caridad paterna–, y ella se asocia de buen grado siem-

[33] San Juan de la Cruz muere en Úbeda, y no en Baeza, como erróneamente afirma S. Rojas, el 14 de diciembre de 1591, coincidiendo en el año, que no en el día, con el fallecimiento Fray Luis de León (23-agosto-1591).

[34] En realidad, se trató de un certamen poético celebrado en Madrid, concretamente en el Convento de Carmelitas Descalzos de San Hermenegildo, con motivo de la Beatificación, que no Canonización, de Santa Teresa. A él concurrió Miguel de Cervantes con una Canción a los éxtasis de nuestra B.M. Teresa de Jesús.

[35] Semblanza firmada por Jorge de Alba, seudónimo ocasional de Sánchez Rojas. Pertenece a la Sección de la revista *Crónica* dirigida al público infantil desde la que pretendía resaltar "los vivos ejemplos que en la infancia mostraron las grandes figuras históricas de nuestra patria".

Existe otro artículo, con el mismo título y distinto contenido, publicado en *La Moda Elegante* el 01 de octubre de 1924 (O.C. Tomo II, página 40).

pre, con el ejemplo, a la práctica de la caridad. Teresita comparte sus primeros juegos con los hermanitos, y es tan dominante y tunantuela la nena, que ella lleva siempre la voz cantante en la iniciativa de estos juegos. En el jardín de la casa, que pega con las murallas de Ávila, con piedrecitas y barro, se entretiene en hacer iglesias, ermitas y conventos, que «luego se le caen», como es natural. La que ha de fundar, en sus años de madurez, los conventos de la Reforma Carmelitana en toda España, atravesándola, bien en carro, bien graciosamente montada en un borrico, juega, en sus primeros años, con la mayor seriedad, a lo que después ha de ser su actividad sobresaliente y bienhechora. Aprende pronto y bien a leer y escribir, y los libros disparatados y llenos de aventuras absurdas y entretenidas son su mejor ocupación en estos primeros años.

Lecturas y juegos ocupan las horas de Teresita en estos primeros años de la niñez. Y es muy aficionada también a que la cuenten relatos de las Indias y de sus gentes. Ella, que ha de ser gentil narradora después, escucha, con el alma en un hilo, llena de interés, la descripción de los viajes de Colón, de los Pinzones, de los Cosa y de nuestros primeros exploradores y viajeros.

Y todavía la queda tiempo para lavotearse, perfumarse y estar siempre guapetona y limpia. Ella ha de decirnos, al recordar estos días luminosos, que se iba haciendo harto coqueta; pero sus lectores nos hemos empeñado en no creer a Teresita y en asegurar que el decoro de su cuerpo era fiel reflejo de la limpieza y de la blancura de su alma. Los que conocen a Teresita de nena nos aseguran que la niña tiene ángel. Ella se lleva las simpatías de todos los que la conocen. A veces abusa la picaruela de estas preferencias porque es dominante, y enérgica, y la gusta siempre salirse con la suya.

De los relatos que escucha de los viajes a América deduce Teresita que hay muchas tierras con infieles sin bautizar y que es preciso padecer algo por el amor de Dios, exponiéndose a los fríos e inclemencias de los viajes. Teresita concibe la misión de redimir y rescatar los pobrecitos infieles, que no han tenido la suerte de limpiar con el bautismo la mancha original, como una empresa guerrera y heroica. Por algo es España el pueblo de Santiago Apóstol, de la batalla de Clavijo y de las Cruzadas; por algo en aquellos días está organizando sus milicias de Cristo San Ignacio de Loyola; por algo Ávila es una preciosa ciudad guerrera, rodeada de murallas, con fosos y contrafosos, que no pueden abatir las flechas de los moros. Teresita piensa que ella debe ser un guerrero más en esta empresa, y dueña de las voluntades de su hermano Rodriguito, le mete en la empresa de escaparse de casa para ir a evangelizar infieles y moros. Los dos niños arden en deseos de servir a Dios. Dicho y hecho. Un buen día se escapan de casa, llegan hasta el río, y cuando los familiares han notado la ausencia de los niños, sale un tío de ellos en busca suya, encontrándoles más allá del río, por los Calvarios. Una pequeña reprimenda y lleva las ovejitas al redil. Teresita torna llorosa y angustiada; pero no quiere que castiguen a Rodriguito, y ella se declara la autora de la fuga. Los papás, ante la alternativa de castigar o de besar a los pequeños, optan por besarles, como es natural. Pero el ansia de viajes, de ver tierras, de recorrer España de punta a punta, está aquí, en embrión. Teresita ha de encontrar pequeña su ciudad para sus trotes y correrías, cuando sea mayor.

La niña va perfilando, poco a poco, su carácter. A los diez, a los doce años, ya es una completa mujercita. No dice nunca mentiras. Es una apasionada amiga de la verdad, y todos, padres, hermanos y amigos, confían siempre en la palabra de Teresita. Hace limosnas secretas y calladas, y, amiga de conversar y comunicarse con todos, hace pronto amistades con todo el mundo. De una de sus amigas, María Briceño, hace Teresita grandes elogios. Muere su mamá cuando ella tiene doce años, y entonces cambia para la niña el sentido de la vida. Oye misas en sufragio de la mamá, y, huerfanita, pide a la Virgen que no la abandone. La Virgen la escucha, y oye, naturalmente, su rendida súplica. «La enemistad que tenía de ser monja» se le va quitando, poco a poco, y ella se va enamorando, poco a poco, del Niño Jesús. Va, poco a poco, olvidando las lecturas profanas, y no se cuida tanto como antes de las galas y afeites con que adornar su figurita morena y española. Pasa una temporada en Becedas, pueblecito situado en los alcores o estribaciones de la Sierra de Béjar, famoso por sus riquísimas frutas, y las conversaciones con María Briceño la van encendiendo ardorosamente en el deseo de consagrarse a Jesús. Se mortifica con ayunos y penitencias; cae enferma; pero no pierde nunca su humor, alegre y despejado. El noviazgo con Jesús es el único de su vida, y a él consagrará todos sus pensamientos. La que ha de ser luego Teresa de Jesús no ha de sentir más vacilaciones en su vida.

Y aquí tenéis cómo su niñez ha de mostrarnos lo que ha de ser Teresita andando los años. La niña que hace jugando conventos y monasterios, llenará después de iglesias del Carmen los pueblos de nuestra España. La misionera que se escapa de casa para ir en busca de infieles y convertirlos a Nuestro Señor, es la Reformadora, en embrión, que ha de familiarizarse después con

las incomodidades de los viajes, atravesando toda la Península, sobrándola todavía tiempo para escribir libros preciosos, que han de ser monumentos insignes de piedad y gloria –por su ingenio y donaire y sencillez– de nuestras letras y de nuestro espíritu castellano.

Crónica (22-12-1929)

Santa Teresa de Jesús[36]

Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada nace en Ávila de los Caballeros el día 28 de Marzo de 1515, de padres pobres, pero hidalgos. Ella misma nos relata en su vida graciosamente el linaje y la antigüedad de su familia. La madre, doña Beatriz de Ahumada, es harto hermosa y modesta. El padre, don Alonso Sánchez de Cepeda, es de suave y tierna condición y muy amigo de los pobres y desvalidos. La madre muere en la adolescencia de Teresa, y esta, que es harto aficionada a galas, afeites y perfumes, las abandona para consagrarse al retiro y a la oración. De niña, Teresa, acompañada de su hermano Rodrigo, abandona la casa paterna para buscar el martirio en tierra de infieles; pero más allá del Adaja, en el risueño valle de Amblés, que circunda la ciudad amurallada, es sorprendida por un familiar, que la devuelve a los padres. Sus juegos domésticos consisten en levantar altarcitos y monasterios en el jardinillo de su casa. Y en leer libros de caballerías, que la daban gusto y alegría. «Era tan en extremo –nos cuenta ella misma– lo que esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parecía tener contento». El amor humano acaso pasa por el corazón de Teresa, que es muy guapa e ingeniosa, pero no roza ni mancha las alas de su corazón.

Con la adolescencia comienza en Teresa el noviazgo con su Jesús. Su amiga, María Briceño, con sus virtudes y su conversación sobre cosas altas y elevadas, va depurando, poco a poco, las inclinaciones naturales de Teresa. Enferma, pasa una temporada con sus cuñados en Castellanos de la Cañada, pueblecillo de la provincia de Ávila, hoy desaparecido, como tantos otros, y después, en Becedas, al abrigo de la sierra de Gredos, y en ambos lugares se perfecciona y afina su vocación. Teresa será monja.

En el Convento de la Encarnación, monasterio de Carmelitas Calzadas, hace Teresa sus primeras armas, con la oposición de su padre, que solamente cede después de una lucha tenaz de muchos meses.

Teresa frisa en los veintiún años. Profesa al año, y abandona el convento para atender su salud.

A él vuelve con la regla purificada y reformada del Carmelo. Muy pocos la alientan en sus sueños de austeridad religiosa; pero ella cuenta con el consejo favorable de sus confesores y con el apoyo del rey. El Padre Álvarez, San Francisco de Borja y San Pedro de Alcántara, paisano suyo, son sus defensores más leales. Y con unas mujeres humildes y fervorosas, y con unos frailes entre los cuales descuella San Juan de la Cruz, empieza su epopeya de ir poblando de palomares místicos los pueblos de Castilla, de la Mancha y de Andalucía.

¡Admirable labor la de esta mujer singular, que, achacosa y enferma, deja su huella en todos los caminos de España, acompañada de arrieros, mercaderes y estudiantes! En estos caminos aprende los hechizos de su lenguaje, poblado todo él de giros expresivos y populares. En un carro hace todas sus caminatas; una estampa de la Virgen María y una pila de agua bendita lo decoran; una esquilita, que hoy conservan con gran veneración las monjas sevillanas, llama a la oración y al retiro a los pobres caminantes, que así se abstienen del ocio del camino. Abandona Ávila para fundar Medina del Campo. Desde Medina se traslada a Malagón. En Valladolid, Toledo, Pastrana, Salamanca, Alba de Tormes y Segovia funda también monasterios reformados del Carmen. En un verano calurosísimo, atraviesa Murcia y la Mancha para dotar a Sevilla de una morada teresiana. No acaban aquí sus peregrinaciones. Beas, Caravaca, Burgos y Palencia reciben también a las buenas monjitas descalzas. Y aún tiene tiempo para ayudar a sus frailes en una labor análoga, contribuyendo a la fundación de Duruelo, de La Peñuela, de Almodóvar, de Baeza y de tantos monasterios más, que llevan el espíritu de la contrarreforma al claustro español.

Estos viajes y los libros han dado un valor inconfundible a la figura de nuestra monja en la historia literaria. Jamás interrumpe, al lado de sus ocupaciones materiales enojosísimas, el cultivo de la mente y del corazón. La Vida es un dechado de gracia y de donaire. Las Moradas es un alto tratado místico y de amor, donde Teresa, empleando la frase más llana y más derecha, alumbra

[36] Artículo firmado como Jorge de Alba.

rincones insospechados del espíritu. Sus cartas tratando de las incidencias de su vida de fundadora son ya clásicas en nuestra antología. La sorprende la muerte cumpliendo sus deberes de fundadora. De Medina del Campo se traslada a Alba, llamada por la duquesa vieja, doña María de Colón y Enríquez; en Alba cae gravemente enferma. Ana de San Bartolomé, la célebre priora de Sevilla, la sirve de enfermera. En sus brazos muere, en el convento de la Anunciación. Era el 15 de Octubre de 1582.

Crónica (11-10-1931)

UNAMUNO

Comentando un artículo

Con absoluta serenidad de ánimo, con el espíritu libre de preocupaciones y de apasionamientos, lee el cronista detenidamente los artículos que, con el epígrafe «Unamuno y Castilla», está publicando en *El Adelanto* el redactor de dicho periódico don Fernando Felipe[37]. No tiene el autor da estas líneas reparo alguno en afirmar que jamás ha sido santo de su devoción literaria el señor Felipe, y que si el título de la serie de artículos que publica dicho señor no fuera atractivo e interesante, acaso el cronista no hubiera pasado por ellos la mirada.

Yo siento tener que hablar del asunto, francamente, diciendo todo mi pensamiento. Prescindo de que el señor Unamuno sea uno de los escritores que más me agradan; no quiero acordarme tampoco de los ataques injustos, nunca recíprocos, con que me ha mortificado el señor Felipe. Supongo que mis opiniones, acerca de la patria y de otras cuestiones con la patria relacionadas, son diametralmente opuestas a las consignadas por el señor Unamuno, en su interesante articulo "La crisis actual del patriotismo español" publicado en la revista *Nuestro Tiempo*, y reproducido por varios periódicos de Vizcaya, Guipúzcoa, Cataluña y Madrid. Prescindo, repito, de toda clase de personalismos, para manifestar mi extrañeza de que haya periodista alguno capaz de censurar los conceptos emitidos en un artículo, del cual sólo conoce pequeños fragmentos. Esto ha hecho el señor Felipe con el zarandeado estudio del Rector de la Universidad salmantina. Pudo haberse enterado el redactor de *El Adelanto*, hará cosa de un mes, del trabajo del señor Unamuno.

Y si entonces no le interesaba el asunto, ahora, que está publicando sus artículos, ha debido enterarse de todo el estudio, de todos los conceptos emitidos en él, no de unos cuantos, para que su crítica fuera más razonada y más seria. El Sr. Felipe –él mismo lo ha dicho– conoce, no el trabajo integro publicado en la *Revista Nuestro Tiempo*, sino algunos fragmentos que reproduce *La Voz de Guipúzcoa*.

Hay, además, otra cosa que asombra verdaderamente. Quiero suponer que las ideas acerca de la crisis del patriotismo que sustenta el Sr. Unamuno, son verdaderas atrocidades y que en todo lo que dice se equivoca de un modo lastimoso. Lo que yo sé es que en estos tiempos de cobardía, es estos momentos de impaciencia y de lucha en el espíritu nacional, sólo los señores Alas y Unamuno han hablado sinceramente, poniendo denuedo y valentía en sus palabras. Repito que se pueden haber equivocado, yo no lo sé. Pero han hablado, convencidos, lenguaje de verdad y de nobleza.

El Sr. Felipe es muy dueño de pensar como le plazca. No critico el valor intelectual y cómico de sus arremetidas, sino que pongo en duda la legitimidad de las armas que emplea para

[37] Fernando Felipe Martín (1874 – 1947). Redactor del diario salmantino El Adelanto donde publicaría (02-02-1906, 06-02-1906 y 08-02-1906) una serie de artículos críticos con el previamente publicado por Miguel de Unamuno en una revista literaria con el título «La crisis actual del patriotismo español». Sánchez Rojas sale en defensa de su maestro con este que aquí reproducimos iniciando una polémica con Fernando Felipe a quien nuevamente rebate desde El Castellano el 12-02-1906 con «Adulaciones necesarias» (artículo que lamentablemente no hemos logrado localizar) y 3 días más tarde con «El fin de una polémica» (O.C. Tomo I, página 316).

combatir. Cuando la víctima es un escritor, cree el cronista que sólo es lícito acudir a los libros, folletos, estudios, discursos, artículos expositivos y de polémica del escritor a quien se ataca, pero de ninguna manera es admisible que se acuda al terreno personal, a la charla del paseo, a los comentarios del café y de la tertulia…

El Castellano (07-02-1906)

Unamuno en Barcelona

Hasta ayer no se conoció en Madrid íntegramente, el discurso que ha pronunciado don Miguel de Unamuno, en el teatro de Novedades de Barcelona. Los comentarios totalmente injustos y apasionados de *España Nueva*, la actitud de franca hostilidad en que se suponía colocados a los elementos anarquistas de la capital del Principado, y, sobre todo, el general interés que inspira siempre sobre lo que piensa el ilustre Rector de la Universidad de Salamanca, todas estas cosas, y, sobre todo la última, me indujeron a estudiar el hermoso discurso del maestro, que transcribe, taquigráficamente, *La Publicidad* llegada ayer a esta Corte.

Y no hay en el discurso, ni afirmaciones clericales, ni ataques al Conde de Romanones, ni ninguna de estas cosas chicas, de actualidad política, que han supuesto gratuitamente los redactores o el corresponsal en Barcelona de *España Nueva*. Lo que hay en el discurso es un enorme vigor espiritual y un canto hermoso a nuestra madre común, la Patria, y a su cimiento único: la verdad.

Existe en el complejo organismo mental del señor Unamuno, algo que no solamente desasosiega, sino que también irrita a los espíritus vulgares, a todos esos discutidores de café, que reflexionan unilateralmente: la inquietud. No comprenden los pobres que el pensamiento es algo vivo, que está en completa formación siempre, y que es, además, producto de sensación, de impresiones del momento. La sinceridad del señor Unamuno, como la de todos los agitadores de almas, estriba precisamente en las evoluciones internas de su propio pensar. La sinceridad no es quietud sino desasosiego, no es agua pantanosa sino cristalina, como espíritu de apostolado y la misma sed de patriotismo que trajeron al señor Unamuno al teatro de la Zarzuela, le llevan ahora a Barcelona, ciudad donde se arrincona el último ideal ibérico, que no es egoísta, sino expansivo, que no se traduce en fórmulas ni en conclusiones arancelarias, porque ha surgido de los cantos de los grandes poetas de Cataluña. El pueblo catalán tiene honda fe en su propio esfuerzo colectivo, y Unamuno, que lo sabe muy bien, ha ido a Barcelona a levantar más y más este espíritu, esta fe colectiva, este anhelo de resurgimiento que, ojalá, se propague a todas las regiones españolas, para que unas y otras se influyan recíprocamente. El regionalismo quiere Unamuno que sea ofensivo, de imposición mutua; si Cataluña puede catalanizar el resto de la Península, hágalo enhorabuena. «Cuando uno se siente dentro de casa, el hermano mayor, –dice en su discurso–, y la casa va mal gobernada, no se marcha, impone su voluntad y exclama: ¡aquí mando yo!»

Alrededor de las dos grandes cuestiones nacionales, la económica y la religiosa gira el discurso del señor Unamuno, el cual no hace otra cosa sino repetir acerca de ellas lo que ya tiene diseminado por sus escritos y conferencias anteriores. Pero hay algo que interesa muy directamente al articulista por escribir para el público salmantino, y este algo lo constituyen las afirmaciones del conferenciante acerca de la cuestión agraria que cada vez se encona más en esta provincia. «Lo que preocupa allí, –dice Unamuno–, no es una cuestión de aranceles, sino de rentas. Estas han triplicado, han cuadruplicado; el valor de la tierra ha subido mucho más todavía y así veis que cada día son más los campos que se encuentran incultos».

«Un gran propietario, –continúa–, que no distingue el trigo de la cebada y que así como caza las liebres con perros, caza a los renteros con administradores; un gran propietario de esos limita la población, impide que en el pueblo suyo haya más de tantos vecinos; a veces los va echando, y en más de una ocasión, los expulsa todos de una vez. Yo he visto desaparecer dos Municipios convertidos en un solo rentero. Es claro: desde el punto de vista social, ello es un daño grande, pero al propietario le conviene más tener un rentero con mil cabezas de ganado, que no diez con ciento cada uno».

Y en virtud de los latifundiosos, de esta cruel utilización del *jus abutendi*[38] entre los propietarios, ha comenzado el éxodo terrible, la emigración de familias de nuestros campesinos. En

[38] Expresión latina con la que se designa el derecho del propietario de un bien a disponer plenamente de él.

Asturias, en las Vascongadas, en Galicia misma, el emigrante vuelve a su pueblo natal en busca de una compañera, y se establece en él. "Detrás de los hombres, –presiente Unamuno–, irán los ganados. Aquellas tierras se convertirán en cotos de caza, y así se dará uno de los casos más tristes: ¡los hombres huyen delante de las ovejas y de las liebres!" La pordiosería, la mendicidad, como institución genuinamente nacional, inspiran a Unamuno los más duros apóstrofes. Recuerda, a este propósito, aquella anécdota que cuenta Vivanti del gran Carducci.

Dos poetas alemanes pidieron al excelso poeta un sitio, en el carruaje de este, para entrar, a su lado, en Italia. Carducci accedió satisfecho. Ya en Lombardía, mendigos de toda clase comenzaron a asaltar el carruaje, pidiendo una limosna *per caritá*.

Los alemanes sacaron de los bolsillos varias monedas de cobre, diciendo que encontraban todo aquello pintoresco y hermoso. Pero Carducci, rojo de vergüenza, lleno de indignación, mandó parar su carruaje y expulsó de él a los dos turistas alemanes. "Cada vez que un aburrido venga aquí a preparar juergas gitanas, –exclama Unamuno–, si hubiera dignidad se le diría ¡fuera! y a pedradas se le echaría. No puede degradarse un pueblo, recogiendo los ochavos que de limosna le echan los desocupados". La última parte del discurso la dedica el conferenciante al examen de la cuestión religiosa. Y aquí dice precisamente lo contrario de lo que aseguran los telegramas de *España Nueva*. La irritación de los báculos ante la R. O. reciente del Ministro de Gracia y Justicia le sugieren estos sabrosos comentarios: "Exigir de un católico, por medio de una penalidad civil, de consecuencias civiles, el cumplimiento de un sacramento, es una impiedad manifiesta. Las cosas espirituales no pueden ni deben tener más sanción que la espiritual, y el poder espiritual que no tiene fe en su fuerza, es que se entrega."

El señor Unamuno habla a continuación del sentimiento religioso y de su símbolo artificial: la bandera. «Cuando he visto ondear vuestra bandera de las cuatro barras, –dice a los catalanes–, siempre he visto en ella una bandera española duplicada; son dos banderas españolas hermanadas y juntas».

Y concluye: «Castilla fue fuerte hacia fuera cuando pudo imponerse e impuso sus ideales; ella, cuando fue fuerte, descubrió y conquistó para España toda, para vuestra Cataluña, un Nuevo Mundo... Sed fuertes vosotros y conquistad otro nuevo mundo, el mundo del espíritu universal contemporáneo, y conquistadlo para España...».

«Con un viva quiero concluir este mi acto. Alguien podrá creer que sea un viva España en lengua catalana un *visca*; no, no es en mis labios, donde esa lengua florece y no es de ella de donde debe salir. Es un viva más universal y más duradero; es un viva a lo que en España está muerto y su muerte nos mata a todos. ¡Viva la verdad!»

Esto es lo que para el articulista, tiene de más saliente el patriótico discurso del señor Unamuno.

El Castellano (19-10-1906)

Hablando con Unamuno

Miguel de Unamuno ha pasado unas horas en Madrid, iba de predicador laico a Valencia y permaneció en la villa del oso y del madroño –más del oso que del madroño– el tiempo que media entre la llegada del tren de Cáceres y la salida del ferrocarril para Valencia: media hora escasa. A saludarle fuimos a la estación de Atocha los tres o cuatro amigos más queridos que tiene el ilustre profesor en Madrid.

– Hola, querido D. Miguel –dijimos, y apretamos con efusión la diestra nervuda y coloradota del robusto bilbaíno.

– Este Madrid es repugnante –nos dijo sin resollar, al bajar del cochecillo de punto.

– Por Dios, D. Miguel, no tenga usted manías. Ayer con Barcelona y Tartarín; el otro día con Buenos Aires; ahora con esto –le replicamos.

– Sí y sí, y ustedes están putrefactos, podridos, condenados sin remedio.

– ¡Atiza! –respondemos un poco asustados, encontrándonos perfectamente de cuerpo y de alma, y con un poco de barro en el calzado, porque la noche era lluviosa.

– ¡No, no y no! –interrumpe el maestro con firmeza. Eso –y señala pontificalmente hacia el Ministerio de Fomento, tomándolo, sin duda, como símbolo– está podrido. Todo huele a podrido en Dinamarca. No hay más que memez, oquedad, miseria, mentira. No creo en los viejos ni en los mozos. Y salgo a disgusto de casa. ¡En aquella Salamanca se goza de un sosiego!

Suena la campanilla; el maestro se acomoda confortablemente, nos tiende la diestra con sequedad, para no perder la costumbre, pero con efusión, y Unamuno se prepara a predicar a los valencianos sobre su fin eterno...

Desde hace tiempo, se inicia en provincias una campaña contra Madrid que es perfectamente injusta. Un día es Alomar, acostumbrado a los ascensores y a los timbres eléctricos catalanes, el que nos habla con terror del Manzanares y de la Bombilla, como sí aquél, y sobre todo esta, no tuvieran también sus encantos. Otro, es un poetilla de Cabezabellosa el que dice horrores de la gente de melenas y de endecasílabos, porque no le han publicado en Madrid un soneto que dedicaba a la novia. Otro es un pobre señor con seis hijas –todas feas– el que se desata contra Lacierva y su *entourage* porque no casa los vástagos, sube la cuenta del panadero y la levita comienza a deshilacharse. Hoy, Unamuno, con toda la autoridad y con todo el prestigio que tiene su desatada vehemencia, es el que nos echa un jarro de agua fría a unos cuantos muchachos que le queremos, pero que también queremos Madrid, y el Retiro, y la Moncloa, y el Paraíso del Real, y las mujeres guapas, y San Francisco el Grande, y el Museo del Prado, y la deliciosa independencia de este Madrid alegre y candoroso, que no se ocupa de nada, y que ve la vida con resignación y sin malicia.

Porque hay dos Madriles perfectamente definidos. Uno el de los pasillos de las cámaras, el de los negociados de los ministerios, el de las redacciones de los periódicos, el de los opositores, pedigüeños, cesantes, toreros de invierno, características sin contrata, suegras mestizas, ateneístas, oradores, poetas sin editor y pintamonas de toda laya. Ese Madrid –¡duro con él, querido Unamuno!– está totalmente, absolutamente invadido de provincianos. Los que conocemos un poco ese Madrid sabemos demasiado que no encontramos en él un madrileño para un caso de urgencia. Y ese Madrid bullanguero, todo espuma, todo ruido, sin consistencia, sin alma y sin bondad, es el que vocea en los cafés de camareras, el que surte los teatros por horas, el que se extasía en Eslava, el que compra los periódicos sicalípticos, el que deja sus ahorros entre las garras de los prestamistas, el Madrid podrido, el que debe sacudirse la villa y corte si no quiere que Barcelona, Valencia y la misma Zaragoza, le den un disgusto serio en ocasión oportuna.

Pero ¿el otro Madrid, el grande, el hermoso, el buen Madrid, el que se deja envolver, atropellar, maltratar por el otro? A ese no se le puede describir, de un tirón, con cuatro brochazos de mal gusto. Tengo para mí –y cuenta lector amigo que hablas con un provinciano irreductible– que no hay gente más candorosa, más noble y de mejor sentido práctico que la gente de Madrid. Preguntar, en esta edad prosaica, a un hombre cuánto gana, es preguntar a una mujer, ya pasadita, los años que tiene. Pero aquí te dicen el sueldo justo, y el descuento justo, y sus apurillos, y sus esperanzas. Y hay muchachitas vivarachas y despiertas que no pueden disponer de un sombrero más que cada cinco años, y familias enteras que resisten nuestra economía social extravagante con una dignidad sobrehumana, heroica. Y por debajo, en el hondón de la copa, hay una juventud laboriosa y honrada que se sobrepondrá a la actual de bloquistas, danzantes y taurómacos. Ese es el otro Madrid, el que no es de cartón, sino de roca viva.

¿Qué la villa de Carlos III es sucia, estrecha, mal oliente? Aparte de que en París no hay buen olor más que en los sitios céntricos –y en los bulevares, a ratos, unas esencias baratas que apestan– aparte de que en Roma ocurre lo propio, y no digamos en Lisboa, Lyon, Londres, Milán, etc., esa es cuenta de los barrenderos y concejales, que, por lo general, no son madrileños nunca. ¿Qué el Madrid verdadero calla? ¡Pero si no le dejan hablar! ¡Pero si los periódicos, los mitins, los discursos, las intrigas menudas, las subastas, se hacen por los otros y para los otros! ¡Si la masa española, está como todas, es la que calla, aguanta, llora y paga los vidrios rotos! No sé a qué viene hablar de democracia aquí donde primero tenemos que hacer pueblo. Ni a qué conduce hablar mal de la corte confundiendo la artificiosa con la natural, con la de carne y hueso.

Señor Unamuno, cuando usted se reconcilie con Madrid, venga conmigo. Nada de Ateneos, ni de hombres públicos, ni de pasillos, ni de bastidores. Museo por la mañana. También hay madrugadores en Madrid. Unas muchachas ganan el pan haciendo copias. Yo conozco un pobre vejete que sostiene ocho diablejos copiando Murillos para las iglesiucas de aldea. De allí, a la Biblioteca Nacional. Mozos desmelenados, con un traje reluciente de usado pero limpio: nuestra futura juventud, la que amará y vencerá. A la Universidad luego ¿no? Muchachos que estudian, que dividen el tiempo entre el derecho civil y la ventana de la chiquilla que adoran. Y en un si-

món, a Recoletos. Niños rubios que juegan al diávolo, amas de cría, soldados, un tranvía que pasa con gente ocupada, un pobre diablo que nos aborda pidiéndonos para café y bollo. No hagamos aspavientos; démosle para el bollo y para el café. A lo mejor es un hombre que se hundió en la batalla; a veces, un ratero despreciable. ¿Qué más da? Se lucha con la cabeza y con las manos. Las que no escriben como las nuestras, tienen agilidad para introducirse en los bolsillos ajenos. La vida no ruega; impone con brutalidad. En un crimen hay a ratos un gesto de ternura; en una acción socialmente recomendable, una mueca vil y repulsiva.

Y el *vermouth*. Vamos a la *Maison Dorée*, si usted lo prefiere. El sitio es agradable. San José tiene unas devotas bonitas y buenas; también las Calatravas. Y la mujer bonita –a mis años por lo menos– me preocupa más, hoy por hoy, que mi fin último, maestro. Y tengo tanto de pagano, como usted. Pero mi deber es el amor y la alegría y la bondad; la vida, maestro, que me sonríe y me acaricia. Esas mujeres serán nuestras esposas y ellas nos darán mañana hijos. Y nosotros retoñaremos en ellos sin macas. Y usted, amigo, y los suyos serán los viejos, y los conservadores, los de pedestal intangible y los de escalafón cerrado. Y esos hijos nos besarán y enjugarán, con sus pucheritos, nuestras horas de tedio. Y después de luchar brezaremos sus cunas con una canción nueva. Y nos pagarán estos sobresaltos, estos aturdimientos, estas inquietudes de ahora. Nos las pagarán en Madrid. A Madrid vendremos todos a renovarlo, a removerlo, a sanearlo para siempre. Y Madrid será el eje de la España futura, de la que vendrá, no de esta pobre patria de ahora que se nos deshace entre caricias alquiladas a bajo precio, porque la explotamos y la escarnecemos todos.

Finalmente, maestro: vamos a almorzar. Nada de Fornos, ni de Inglés, ni de Ideal Room, ni de Italianos. Uno de esos restaurantes económicos de la Red de San Luis, de la calle de la Aduana. Ni un diputado, ni un escritor, ni un banquero conocido. ¿Ve usted? A ese le quitaron la cátedra dos veces y sigue soñando. Come su tortilla francesa, su *bifsteak* con patatas, su naranja y se va. Ese otro, guapo, callado, está en el Crédito Lionés; de su sueldo manda dieciocho duros a su madre, todos los meses, y la vieja bendice a su hijo ausente. Cuando gane diez o doce durillos más, tendrá también para la mujer y para lo que venga. ¿Vamos? Todo, tres cincuenta. Y no hemos comido mal.

Y ahora, al Retiro. El Retiro es el alma de Madrid. En el Retiro quisimos por vez primera, contemplamos un atardecer espléndido, nos acordamos de que éramos mozos y de que un presentimiento grato tomaba cuerpo en nuestro corazón A un lado peones; del otro caballos y caballeros. ¿No le dicen nada estas caritas finas, nacaradas, un poco paliduchas, de mirar ingenuo, desganado y triste a un tiempo? ¿Y esas otras caras? ¿Esa *cocotte* pintada; ese senador que echa humo por las narices embutido en el *landeau*; esa niña relamida con su cortejo al lado, husmeando dotes; ese chico de bigote fiero, tenorio de delegación y árnica, atropellando viejas con el automóvil? ¡He aquí los dos Madriles! Guardemos para el uno nuestras cortesías, pero demos al otro, maestro, nuestra alma, toda nuestra alma y no hablemos nunca mal de él…

Nuevo Mundo (11-03-1919)

Miguel de Unamuno[39]

Miguel de Unamuno es un hombre fuerte, recio, membrudo: no ha llegado al medio siglo, tiene la color sana de los aldeanos, las barbas y la cabeza blancas. Unos ojitos vivos y llenos de luz se esconden, cansados y tristes, detrás de las gafas y su enorme cráneo, algo saliente, se destaca vigorosamente en un semblante grave.

Lleva dos chalecos cerrados y el traje azul invariablemente. Cubre su cabeza con un sombrero pavero y en sus terribles paseos cuelga de la diestra un bastón nudoso y recio –poco cortesano– como su prosa.

[39] Sánchez Rojas dedicaría otros dos artículos, con este mismo título, aunque distinto contenido, a la figura de Miguel de Unamuno, que publicaría en la revista *Iberia* y en *El Hogar* (O.C. Tomo II, páginas 64 y 71).

Unamuno, que en su infancia fue un niño paradito y silencioso, grave, charla hoy enormemente.

Unos desarrollan su actividad escribiendo, pintando, haciendo política, callando; el arma de combate de Unamuno es la palabra. Habla oportuna e importunamente; habla por el gusto de hablar y para que se molesten los que le escuchan; habla con el más leve pretexto y sin pretexto alguno habla también. Su palabra es vigorosa, caliente, concreta, ruda, tosca, primitiva, amena, llena de sugestión y hechizo; juega con las ideas como sus paisanos los pelotaris juegan con la pelota; se cubre con el yelmo de la paradoja y sus tajos van derechos a la cabeza y al corazón. Hurga por el placer de hurgar. Su afán es despertar a las gentes, mover su curiosidad, tener en tensión los espíritus, suscitar emociones, hacer vibrar intensamente el corazón de los que le rodean. La primera de las obras de misericordia es, para Unamuno, despertar a los dormidos.

Este hombre, a quien se le tacha torpemente de difuso, de abstracto, de amar las vaguedades y las nieblas, de no querer precisar los contornos de las cosas, tiene, sin embargo, el amor de lo concreto, de lo anecdótico y de lo plástico. Hay que ver lo derechamente que llegan sus palabras al corazón de los estudiantes y al corazón del pueblo.

Ahora predica Unamuno por las aldeas y pueblecillos de la provincia de Salamanca, donde vive. Estas propagandas son de problemas agrícolas, ni socialistas ni anarquistas como han susurrado miedosamente los grandes terratenientes.

Cada orador lleva su receta, su anhelo, su esperanza, su generosidad; Unamuno, no. Unamuno les habla del catecismo, o del hambre de ser, o de las caricias de la gloria, o de la eternidad del amor, de algo, en suma, que está fuera de programa, y estos labriegos que han pasado todo el día, en el campo, mano a la esteva, dando al aire sus cantos de angustia para que el aire se los lleve apriesa, sienten su liberación ante la palabra de este hombre que despide fuego de la mirada y que hiere mortalmente con un gesto de desden. «Lo que liberte al rico de su riqueza –les dice– tiene que libertar de su pobreza al pobre». Y al aldeano, que oye la dulce melopea, llega el anhelo de lo misterioso, que por serlo, oprime con quietud el ánimo. Este Don Miguel tiene algo de apostólico. Yo le llamo, entre chanzas y veras, más de veras que de chanza, el Padre Miguel de la orden de Predicadores, orden laica naturalmente que nada tiene que ver con la de los hijos de Santo Domingo de Guzmán, y no en balde es de la raza de Iñigo de Loyola, a quien Unamuno se jacta parecer –y así es, en efecto– su fisonomía.

¿Qué es, qué representa Unamuno en nuestra España? Llamarle literato es llamarle demasiado poco; Unamuno subraya con ironía la palabreja esta; pudiera serlo en el sentido de hombre de letras, de enamorado de las humanidades, pero más que de lo humano está enamorado de lo divino Don Miguel de Unamuno. ¿Escritor entonces? No, escritor tampoco. No tiene el sentido de la medida, de la ponderación y de la justeza; tan subjetivo es el hombre que eleva su problema a problema universal humano y sus combates interiores le remueven tanto que, no sabiendo encerrarse en su vida interna, quiere que todas las cosas de fuera le tengan a él por eje y que se muevan con su permiso.

¿Pensador? Pero el pensador es frío, unilateral, sereno; se encierra en el castillo de su observación, y desde él, sin mezclarse con las gentes que luchan en la plaza fuerte, vigila y precisa sus movimientos para deducir el resultado. Unamuno tiene la pasión, hasta el fanatismo de la idea y en él las ideas son elementos cordiales y los sentimientos elementos lógicos y razonadores. ¡Qué gritos de angustia se esconden en sus disquisiciones! ¡Cuántas quejas hay en sus razonamientos y cuántas ideas en una simple exclamación! Hablando Unamuno de De Maistre y de sus discursos sobre la necesidad del verdugo, decía una tarde, de paseo:

– Me subleva este hombre. ¡No tiene más que inteligencia!

Cuando vengo a Salamanca, en estas mañanas serenas, claras y limpias del invierno, paso por el patio de Escuelas, cuyas piedras rojas reciben, a todas horas, besos de sol, en festival de luz. Unamuno sale de su cátedra a las once, atraviesa el patio, abandona sin tornar la vista, el bordado de piedra de la estupenda fachada plateresca y se dirige a la Rectoral a resolver esos embrollados expedientes del Magisterio. Allí está el hombre firmando, recibiendo visitas, haciendo gorros o pajaritas de papel los ratos de ocio. Y al verle, revivo toda mi vida moza. El que quiera aprender, que vaya a Salamanca –decían nuestros abuelos–. El que quiera conocer al Unamuno de carne y hueso, que vaya a Salamanca. Porque estas piedras rojas, porque estas mañanas limpias, porque este poema de piedra que sabe deletrear el más torpe en esta sede del Renacimiento castellano, han dicho a Unamuno, muy quedamente, en las horas fecundas del silencio, los secretos de su intimidad.

Y el vasco rudo, que ningún parentesco espiritual quería con los latinos, se ha dejado enhechizar –como Cervantes se dejara enhechizar antaño– de la terrible exaltación mística de la raza. Y eso es Unamuno sencillamente: el último místico que nos queda.

El buen padre Miguel...

La Vanguardia (14-02-1914)

Unamuno, cesante

Ha sido destituido del cargo de Rector de la Universidad de Salamanca el ilustre pensador Don Miguel de Unamuno. El Real Decreto es una breve y lacónica orden de cese. En el mismo número de la *Gaceta* donde se consigna esta disposición aparece otro Real Decreto donde queda sin efecto el ingreso a los estudios de Facultades de dos estudiantes americanos[40]. Ha demostrado el señor Unamuno, con el texto legal a la vista, breve y claro como pocos, que procedía el ingreso a Facultad de estos dos estudiantes. El señor Bergamín que trataba de explicar de esta guisa provisionalmente la destitución, se reserva dar explicaciones amplias en el periódico oficial sobre los móviles que le han impulsado a separar al señor Unamuno del Rectorado de la Universidad de Salamanca.

Salamanca entera ha protestado del cese del señor Unamuno. Han comprendido las gentes instintivamente que el pensador glorioso y la escuela son una misma cosa, y que la orden del señor Bergamín vale tanto como el descabezamiento de la Universidad. Catorce o quince años llevaba de Rector el señor Unamuno; el centro burocrático se había convertido en un grato hogar del espíritu; generaciones vigorosas de estudiantes, sacudidas por el brío mental de su Rector, habían dado tono a la insigne escuela; el Paraninfo se había democratizado, y al perder su aire de solemnidad y de tiesura, se había reconciliado con la calle, y la Universidad era el punto obligado de cita para todo aquel que tenía que exponer o que refutar alguna cosa. Poco a poco, Salamanca, por la obra perseverante de su Rector, había reanudado la graciosa tradición popular de su Escuela y era esta un organismo vivo dentro de la ciudad, que alejada de las contiendas caseras y en un plano superior a ellas, no las desdeñaba, sin embargo, e influía directamente en la solución y en el estudio de los problemas que salían al paso, en el grato vivir de la ciudad dorada que se espeja en el Tormes.

No han sido solamente los intelectuales los que han protestado del cese del señor Unamuno y pedido su pronta reposición en el alto cargo académico que, para honra de España, ha venido desempeñando durante varios años. Esa petición contiene millares de firmas de mujeres, de obreros, de industriales, de gente sencilla y recta que se ha dado cuenta de la importancia que para Salamanca encierra la destitución del señor Unamuno. El que no conozca la compenetración orgánica de la ciudad con su escuela, no podrá explicarse satisfactoriamente hasta qué punto trunca la normalidad salmantina el Real decreto que acaba de poner a la firma regia el señor ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes. El cargo de rector venía, hasta ahora, separado de los vaivenes de la política; el rectorado era un coto cerrado a las ambiciones y juegos de los profesionales, y he aquí que, de pronto, se interrumpe la buena costumbre, en virtud de la cual, desde la Revolución de septiembre hasta la fecha, Salamanca no había tenido más que dos rectores: el señor Esperabé y Lozano, de grata memoria, y el señor Unamuno…

Porque la gente ha dado en la flor de sospechar que el cese del señor Unamuno obedece a motivos inconfesables. Recientemente, en las últimas elecciones senatoriales, alguien quiso confundir el censo doctoral con los rebaños electoreros de muñidores al uso, tratando de desviar la opinión de los claustrales con dádivas y promesas, que fueron unánimemente rechazadas[41]. Los preferidos iniciaron desde entonces una campaña de violencias, como si la Universidad de Salamanca fuera un concejo rural, accesible a los humores del que tiene, allá en los pasillos y covachuelas del gobierno civil, poder bastante para aprobar las cuentas y amordazar a los rebeldes monterillas.

[40] La causa era que Unamuno dio de paso los títulos de bachiller expedidos en Santa Fe de Bogotá y que el hecho fue denunciado por el diputado Portela en el Parlamento.

[41] La universidad eligió a Luis Maldonado, siendo derrotado el candidato gubernamental Ismael Calvo Madroño. También debieron influir las campañas agrarias que Unamuno llevó a cabo por esas fechas.

Esas maniobras en la sombra han dado como fruto una campaña, absolutamente injusta, contra la Facultad de Medicina. La destitución del señor Unamuno, si en ella se descubriera la misma grosera manaza, sería entonces verdaderamente intolerable, porque la independencia universitaria vendría a cristalizar forzosamente en la persona del ilustre comentarista de Don Quijote y no sería el caso del señor Unamuno el de una venganza personal, sino el de un atentado a la Universidad, realizado por aquellos que no distinguen de matices y que confunden los estrados de un Paraninfo con las desnudas banquetas de una secretaría municipal, donde se impone la tributación de los consumos con arreglo a las amistades y odios de los confeccionadores.

El sillón rectoral de Salamanca está vacío. Unamuno ha llegado a ser, más que el cerebro, el espíritu y la poesía de esa escuela, en los bancos de cuyas aulas los inquietos escolares graban a navaja, temblonamente, el nombre de sus amadas.

El rector cesante que tiene una inquietud muchacheril muy simpática, ha conseguido, con su inteligencia, con su esfuerzo, con su constancia, nada menos y nada más que reanudar el florecimiento de la pretérita edad de oro, que se reanuda ahora. Contra este hecho, nada valen las afirmaciones tendenciosas contra una Universidad que no es asiento de patrones, ni plantel de inválidos, sino mansión generosa de la tolerancia y del espíritu. Si el señor Bergamín se empeña en cerrar los ojos a toda evidencia, peor para él.

Fuera de las posiciones rectorales, Unamuno seguirá rigiendo los destinos de su Escuela, y mientras no se aclaren las razones de tan violenta resolución, la misma forma en que ha sido notificada a la opinión pública hará desconfiar de su procedencia. El señor Unamuno ha pedido que se abra un expediente para que se depuren las responsabilidades en que haya podido haber incurrido, y su gesto gallardo es el reverso de la medalla de ese otro en que se le destituye, cuando la preocupación pública vive pendiente de las derivaciones de la guerra y cuando el Parlamento no puede aquilatar las razones que ha tenido el ministro para separar el cuerpo de la Universidad de Salamanca de la personalidad prestigiosa que ha seguido y seguirá siendo, a pesar de todo, su espíritu: el espíritu de su tolerancia, de su mocedad y de su poesía.

La Vanguardia (06-09-1914)
El Adelanto (11-09-1914)

Unamuno, concejal

Hace dos años...

El Sr. Unamuno acaba de ser elegido concejal, como candidato de la Federación Obrera, por el distrito llamado de la Alamedilla, de Salamanca. Con el Sr. Unamuno ha obtenido también los sufragios populares un distinguido tipógrafo salmantino, D. Primitivo Santa Cecilia, socialista, muchacho de gran agilidad mental, que ha estado preso, como tantos otros, por los sucesos de la fecunda y gloriosa huelga de Agosto. Los Sres. Unamuno y Santa Cecilia representarán a los obreros en el Concejo salmantino, con D. Abelardo Lucas, también socialista y votado por la Federación Obrera. Las izquierdas adquieren en total doce puestos.

No es la primera vez que el Sr. Unamuno ha sido elegido concejal en Salamanca. Ya lo fue en otra ocasión con los Sres. Dorado Montero, Vida, Gil Robles y otros catedráticos. Unamuno ha sido también de la Junta de asociados. Tomó su intervención tan en serio que no hubo modo de colar matute[42] por entre las redes de un presupuesto de cartón,

Y hace dos años, finalmente, D. Miguel de Unamuno fue derrotado en el mismo colegio electoral que le ha elegido ahora. Luchó contra el Sr. Zúñiga, llamado *Pepe el Hornero,* que gastó veintidós mil pesetas que le habían tocado a la lotería, en derrotar a D. Miguel. Una gracia, de los *soi-disants* liberales salmantinos, que dirige el Sr. Esperabé y Arteaga, automovilista y catedrático de los de la hornada de Burell.

Con motivo de la derrota de Unamuno, hace dos años, los liberales se reunieron en un banquete para glorificar al hornero triunfante, el de las 22.000 pesetas. En aquel banquete se habló, en tono de menosprecio, de los intelectuales. Orador hubo que celebró los pucherazos, las mañas electorales y las impurezas de la realidad. El romanonismo salmantino, que no ha tenido

[42] Pasar algo clandestinamente, a escondidas.

nunca grandes escrúpulos en la selección de sus prohombres –tal vez por debilidades del Sr. Pérez Oliva, hombre bondadoso y honrado a toda prueba– se definió a sí mismo recreándose en la derrota de Unamuno.

Claro está que D. Miguel no se mordió la lengua. Dijo cuanto se le vino a la boca en la primera ocasión que se le ofreció propicia. En el fondo del fondo, la hostilidad del romanonismo local al Sr. Unamuno era más que explicable. No se distinguen los amigos del Conde en mi ciudad por su talento: las cosas claras. Y Unamuno iba a perturbarles su digestión progresista, sus murmuraciones casineras, su espíritu tamaño como un comino, con sus paradojas imprevistas y restallantes como látigos.

El ciudadano

Don Miguel de Unamuno es muy interesante desde el punto de vista salmantino. El querido ex rector está compenetrado con su pueblo adoptivo. Ha influido sobre la ciudad y la ciudad ha influido sobre él. En ella han nacido sus hijos de la carne y sus hijos del espíritu. Por toda la provincia, diseminados, en aldeas obscuras y pequeñas, andan médicos, abogados, licenciados en filosofía y ciencias, sobre los que Unamuno ha hincado el santo yerro de la inquietud espiritual. Han recibido la influencia directa de Unamuno hasta los que más dicen aborrecerle y rechazarla.

D. Miguel ha estado siempre al pie del cañón. Sus conferencias sobre temas locales han sido acaso las más sugestivas. Contra el hampa de los *croupiers,* de los holgazanes, de los señoritos estériles, contra esa *gente de orden* –¡Dios nos libre de sus caricias!– ha vibrado siempre la indignación de D. Miguel. Muchas de las cosas que aquí en Madrid publica nuestro maestro y nuestro amigo tienen su clave únicamente para los de fuera, que los de casa estamos en el secreto de ella. D. Miguel convierte las ideas en personas para meterse con ellas e idealiza estas para abstraerse a otros mundos más elevados. Pero mi ciudad dorada le da la substancia que le nutre en sus polémicas, la inquietud de sus plegarias y hasta el sentimiento que se desborda en este tremendo pasional que hay en él.

D. Miguel está desposado espiritualmente con Salamanca. Y hasta su eternidad de él no la concibe lejos de la ciudad del Tormes. Quiere morir en ella:

Del corazón en las honduras guardo
tu alma robusta, cuando yo me muera,
guarda, dorada Salamanca mía,
tú mi recuerdo.
Y cuando el sol al acostarse ascienda
el oro secular que te recama,
con tu lenguaje, de lo eterno heraldo,
di tú que he sido.

Así cantó a Salamanca el nuevo concejal de la Federación Obrera, Miguel de Unamuno.

Concejal y pensador

La prensa de Salamanca no se explica a don Miguel «persiguiendo a los lecheros». Así ha escrito el director de *El Adelanto* de aquella ciudad, limitando a tan pobres oficios de persecución la labor concejalesca de un pueblo que tiene su historia mental, larga y gloriosa. Pero los obreros de la Federación, que conocen a Unamuno como su presidente honorario que es, piensan de otro modo bien distinto. Saben que Unamuno, además de pensar, suma, resta, divide, multiplica y hasta extrae raíces y raigones. Saben que tiene los pies bien firmes sobre el suelo. Saben que su moral es de una transparencia cristalina. Y saben, además de lo que es y significa dentro de la ciudad, lo que significa y es para la nación.

Las izquierdas llevan al Concejo al Sr. Unamuno. No haga chistes de dudoso gusto mi amigo el director de *El Adelanto,* no sea que tenga que arrepentirse, como otras veces. Porque estos poetas…

Estos poetas son tremendos. Ahora, por ejemplo, estoy yo releyendo con bastante atención las *Obras completas* de Josué Carducci, profesor boloñés que tantos puntos de contacto tiene con el profesor salmantino, además de una influencia bien marcada sobre éste. (Léase, por ejemplo, *Miramare,* de Carducci, y la oda a *Salamanca,* del Sr. Unamuno.) Pues Carducci no dejó títere con cabeza, cuando fue concejal en Bolonia, rompiendo la placidez mansa de la ciudad de los pórticos y de la terracota. Hacienda local. Instrucción pública. Beneficencia, Higiene; de todo se ocupaba concretamente Carducci. De esta cuerda es también Unamuno. Maneja un arma poderosa contra los imbéciles, la del desdén, y su esgrima es de mazazo limpio. La gente lo sabe

y la pantalla aquella de hace dos años de *Pepe el Hornero,* la plantearon los hábiles de siempre contra el ingenio.

D. Miguel se ha ido definiendo, a medida que se han ido definiendo las izquierdas. Ya nos ha dicho su convicción republicana. Lo que piensa sobre el momento actual de España nos lo cuenta a cada momento y en todas partes este fecundo escritor. En Salamanca deslindará los campos, que no es poco; no nos riamos con los graciosos de *La Acción,* que se morirían de puro gusto por concejalear en la Corte. El deber más sagrado de todo español de hoy es acudir al remedio de lo que tiene cerca y más a la mano. Concejal antes que diputado; diputado antes que ministro. Los cargos concejiles los han glorificado, desde el pasado domingo, 11 de Noviembre, cuatro hombres sin adjetivos que viven en un penal. El cargo de ministro, desde el 3 de Noviembre, se ha puesto tan al alcance de cualquiera –el Sr. Alcalá Zamora no me dejará mentir– que es un signo de buen gusto no llevar uniforme, ni frac usado, a la antecámara de Palacio.

Unamuno, concejal, es, después de todo, un símbolo y una realidad consoladora. Y a mí me llena de santa alegría que sea mi pueblo –ese pueblo donde he recogido el espíritu de D. Miguel, según confesión suya

Fe, paz y fuerza,

el que lo ha llevado a su Concejo, para contrarrestar la flatulenta garrulería del oficio. Y como Bolonia guarda recuerdo de Carducci, Burdeos de su alcalde Miguel de Montaigne, y la Provenza de Mistral, Salamanca se vanagloriará mañana de haber cobrado conciencia de su espíritu al elegir entre sus concejales al Sr. Unamuno.

España (22-11-1917)

Miguel de Unamuno[43]

Discutía, en cierta ocasión, el señor Unamuno sobre la guerra, en un casino de la provincia de Salamanca. Unamuno habla mucho, y cuando habla, lo hace con las manos, con la boca, con los ojos, con los dientes, y hasta con los pies. *Honny soit qui mal y pense!*[44] Su interlocutor se metía con Inglaterra. Era un pobre hipopótamo gordo, seboso, con unos ojos feroces y un pastorejo que llaman en mi provincia los pastores de cabrón. Al hipopótamo no le convencían las paradojas del señor Unamuno. Movía la cabezota, machacando a silogismos al querido ex rector. Y este, aburrido, exasperado, dio un terrible puñetazo en la mesa, retemblaron los vasos, se vaciaron las tazas, y le dijo desdeñosamente:

– ¡Bueno; usted es un *troglodita*! La frase la llevó luego a los diarios el mismo señor Unamuno. Tuvo una fortuna loca. Se ha convertido en un modismo popular. Las chulas llaman a sus chulos trogloditas; trogloditas llamamos nosotros a los sapos que croan en la charca del Príncipe de Ratibor[45]; un redactor de *La Nación*, el señor Rodríguez de la Peña, ha aceptado con gusto, para usarlo de taparrabos, el eufemismo de troglodita que aplicamos a los boches y se aplican los boches a sí mismos. Unamuno, aplicador y hasta creador, a veces, de vocablos, ha tenido por esta vez la suerte que deseamos fervorosamente para sus empresas todas y para sus sueños de español y de Quijote.

¿Cómo es el señor Unamuno? ¿Qué ha hecho, qué significación ideológica tiene en el momento actual de nuestra España? Poeta, pensador, crítico, polemista, filólogo, ¿no es un roble corpulento que se destaca entre los arbolillos tísicos de nuestra flora espiritual? Solamente, con la osadía o la mala fe de cualquier Vicente Gay, o con esa sensibilidad de jamona solterona y parida de Jacinto Benavente, podemos aplicar al señor Unamuno los calificativos corrientes y molientes con que aquí designamos a los que escriben, haciendo que piensan y haciendo que poetizan. Unamuno ha puesto una gran cantidad de ideas en nuestro mercado. Unamuno nos ha espoleado a todos los anhelos y las inquietudes que llevamos dentro. Unamuno, con sus estupendos *Comentarios a la vida de Don Quijote Sancho*, y con su *Sentimiento trágico en la vida y en los pueblos*[46], ha hecho un hondo breviario, una glosa recia y sutil –al mismo tiempo– de nuestra

[43] Existen otros dos artículos con este mismo título, pero distinto contenido, firmados por Sánchez Rojas y publicados en *La Vanguardia* y en la revista argentina *El Hogar* (O.C. Tomo II, páginas 59 y 71).

[44] *Que la vergüenza caiga sobre aquel que piense mal de ello.* Lema de la Orden de la Jarretera inglesa.

[45] Príncipe Max de Ratibor y Corvey, embajador de Alemania en España.

[46] El libro se tituló *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* (Madrid, 1913).

locura quijotesca, aliada con el buen sentido del escudero que enloquece de locura de amor cuando el amo torna a su cordura en el lecho de la muerte. Unamuno...

No os extrañe que este artículo se vaya convirtiendo en un artículo apologético lleno de fervor. Me gustará hablar de don Miguel con perfecto objetivismo, como dice Quintiliano Saldaña, el profesor de la Central –que está furiosísimo conmigo– y otros distinguidos colegas suyos en trogloditismo. La objetividad está bien para aquellos que son viejos, no esperan nada de las mujeres y se acuestan temprano, con un ponche y un par de huevos pasados por agua, para curar el catarrito. Unamuno fue mi maestro. Cuando mis sueños florecían, sus frutos maduraban. En aquella dorada Salamanca nuestra, cosechaba ampliamente sus pensares don Miguel, comunicando la buena nueva de sus hallazgos a los mozos que con él departíamos a todas horas. Tal vez nosotros –todos nosotros– le hicimos poeta. Don Miguel entró en la Escuela de Rector cuando nosotros entrábamos en ella de escolares. Y leíamos sus libros después de platicar a la reja...

Unamuno nos perfumaba el corazón y nosotros le devolvíamos su regalo envuelto en la fragancia sutil de nuestros sueños. Y hoy, este pensador y este poeta ¿dónde ha de estar? Luchando contra los sables y contra los lorenes. Es casto y es bueno y es puro, y no rinde vasallaje más que a la fortaleza del corazón y de la inteligencia.

Iberia (09-02-1918)

Un paseo con Unamuno

(Diálogo imaginario)

Lugar de la escena

Salamanca. Las Torres de Monterrey se destacan a lo lejos sobre el balcón. Un viejo ciprés asoma su copa por encima de unas tapias. Tarde soleada; piedras rojas. Un despacho grande con libros, muchos libros. Libros en el suelo, y en los aires, y en los muros, y sobre los muros y dentro de los muros. Mesas con libros, con revistas, con papeles, con grabados. Un señor de edad madura, con unos ojos sellando fuego e inteligencia detrás de unos lentes, con chaleco cerrado, con terno invariablemente azul, obscuro. Tiene una hermosa frente, y unos bigotes canosos, y un rostro insultante de salud gañanesca. Se parece un poco el caballero a San Ignacio de Loyola y otro poquito a la estatua de Santa Cruz que hay frente a la Casa de la Villa de los Madriles.

Hemos saludado al caballero y nos ha rogado que le perdonemos un momento mientras acaba una tarjeta postal para Benedetto Croce. Curioseamos, por ende, los estantes. En los muros hay retratos de Guerra Junqueiro, de Carducci, de Maragall, de amigos y discípulos suyos. La librería es tan rica, que no sabe uno por dónde comenzar.

Cogemos al azar "Il canti", de Leopardi. Navegamos ya en pleno dolor:

E il naufragar m'è dolce in questo mare [47].

cuando...

El diálogo

Don Miguel.– Hola, ¿qué hay?

El cronista.– Poca cosa. Quería verle. Y hasta interviuvarle.

Don Miguel.– ¡Atiza! ¿Para qué?

El cronista.– Pues, para que me dijese usted algo. Debe estar usted furioso con la derrota.

Don Miguel. –¿Usted lo cree?

El cronista.– Es un decir

Don Miguel.– ¡Al revés! ¡Me he divertido! No hay animal más parecido al hombre que el candidato. He tomado a mis adversarios como conejillos de Indias para la vivisección. ¡Qué regocijados son. Dios mío! No hablemos de Pérez Oliva, porque es buen amigo de Vd., y no quiero indisponerles. Pero sus amigos son tan tontos, tan tontos, tan tontos! Unos tontos elevados al cubo. Usted los conoce.

El de las derechas, es decir, el de la morralla, el de los usureros, el de la gentuza de la ciudad, el de la chusma de la policía honoraria, se ha gastado sus miles de pesetas en... "derrotarme". ¡Usted calcule! He pasado días muy regocijados: de veras.

[47] "y naufragar me es dulce en este mar." Giacomo Leopardi. Idilli. "L'Infinito".

El cronista. – ¡Ya le he visto mitineando, ya!

Don Miguel.– Sí. Pero los diarios de Madrid han dicho lo que don Evilasio, es decir, el gobernador civil que padecemos en Salamanca y que nos han mandado facturado de Palencia, tierra de mantas y de caciques, ha querido que yo diga. Dije que no era el Régimen lo malo, sino la persona. Que eso del Régimen que siempre es accidental, aquí se ha trocado en fundamental por ciertas frivolidades hereditarias y patológicas. Dije que me jactaba de ir del brazo con la gente que había estado en agosto en la cárcel.

El cronista.– La verdad –le interrumpo– es que hizo usted entonces méritos, pero ¡nada! Fue usted de hecho más inviolable no siendo diputado que nuestro amigo Marcelino Domingo con serlo. A usted le respetaron los mismos que jugaron con Marcelino como pelota en raqueta. ¿Para qué le hace falta a usted, en resumen, ser diputado?

Don Miguel.– ¡Para nada, amigo Rojas, para nada! Además, ya ejercito el oficio de la ciudadanía en el Concejo. Una experiencia muy sabrosa. ¡Piff! (El señor Unamuno hace un gesto muy suyo que parece un silbido.) Voy a ver si destierro la oratoria parlamentaria del Ayuntamiento salmantino. Yo me hago siempre un pequeño lío al tener que decir Su Señoría. Pero la tarde es clara y radiante. Vamos de paseo.

Salimos de paseo. En el Casino tropezamos con queridos amigos de ambos: Cándido Rodríguez Pinilla, el exquisito poeta ciego, a quien sirve casi siempre de lazarillo el glorioso señor Unamuno, o el "Padre Miguel", como yo le llamo familiarmente; Pascual Menen, el profesor de árabe, con la testa al sol, andando a grandes zancadas y diciendo siempre las cosas en voz alta y con ademanes pintorescos; Enrique Nogueras, el profesor de Enfermedades de la Infancia, un mozallón risueño, simpático, inteligente y sutilísimo, a fuerza de inteligencia y de corazón, que ha sabido disminuir la mortalidad infantil en Salamanca.

Departimos todos. El que crea que el señor Unamuno es un ogro, un pedante o cosa por el estilo, no sabe lo que se dice. Es humano, demasiado humano el querido maestro, sobre todo, en Salamanca. Fuera de la ciudad dorada, desentona un poco. En Salamanca rima con el oro de las piedras, con la gracia del Renacimiento, con la paz de la ciudad, con los surcos quebrados del llano que encinchan la gloriosa urbe. Es otro monumento salmantino don Miguel. Quedó viuda la Escuela cuando le destituyeron, y los escolares más inteligentes quedaron también como huérfanos. Su sucesor es un pobre viejo lleno de malas pasiones, y el que aspira a suceder a su sucesor, es un historiador de la Universidad de Salamanca, que hace tomos gordos con documentos que le descifran otros y con censuras al apostolado glorioso de don Miguel.

Del Casino salimos al paseo de costumbre, calle de Zamora arriba, por la carretera de Vigo. Casi siempre lleva la voz cantante don Miguel. Todas sus preocupaciones de hogaño son ahora fundamentalmente políticas y ciudadanas; yo me asusto pensando a veces que un pesimismo inicial lleva al maestro a esta saturación de propaganda y de proselitismo.

Predica como se agarra un náufrago a un clavo ardiendo. Y en un hombre tan arraigadamente pasional como éste, las ideas más abstractas toman forma y color, y saben, y huelen, y danzan, y brincan, llenas de vida y de vigor.

Y recordamos a Abilio Guerra Junqueiro, el poeta de perfil judío, que parece un viejo Cristo rudo de nuestras Catedrales. Tornamos lentamente a la ciudad, que celebra a todas horas sus desposorios con el sol. Las piedras se encienden a su abrazo. El crepúsculo es lento y largo en la llanura. Salamanca, al toque de oración, al recogerse, enciende también de luces sus ventanas, y los estudiantes, hurtos de la ciencia estéril de los siglos, beben –como dijo don Miguel en su oda a la ciudad– de labios frescos y rojos de muchachas, agua de manantial de perenne sabiduría, que no logran marchitar luego todos los libros.

La Publicidad (28-02-1918)

Unamuno dice...

En esta hora velada del Mediodía, las claras y bellas torres de Monterrey, que ha cantado el Maestro, se destacan, a lo lejos, sobre el balcón. El alero de una casa frontera sobresale de la línea. Unas beatas enlutadas, de mantilla, salen de la iglesia de los Jesuitas. Un añoso ciprés asoma su copa por encima de unas tapias. Hay un grato silencio y llovizna dulcemente. Estoy en el despacho de don Miguel, esperándole. Curioseo libros en los estantes. Haubert, Leopardi, Shakespeare... Parece que los libros han ido cuajando en este despacho un silencio de eternidad; parece

que en él la reflexión surge espontáneamente y que el donaire brota de estos muros que mañana serán históricos y sagrados para la juventud. Este despacho no tiene la frialdad del laboratorio de un erudito, sino la grata confianza del hogar de un espíritu que a todas horas se interroga en alta voz... Aparece don Miguel, alto, fuerte, maduro, rojo. Dice que ha estado enfermo en Aragón, pero no se le conoce. Y comienza su monólogo:

– Sí. He pasado unos días por tierras aragonesas, por las tierras altas de Huesca. Una tierra dura, fuerte, violenta, agria.

– Sí; he leído unos comentarios que hacía Samblancat a algo que ha escrito usted por allá de Camo y de Costa.

– ¿Camo, Costa? ¡Ah, sí! Y hay que hablar con algún respeto de aquel cacique, a quien se debe del todo la formación de Costa. Costa, sin Camo, no hubiera existido. Camo era uno de esos hombres que apenas bostezaba un alcalde, como me decía un mosén de aquellos, se apresuraba a telegrafiarle diciéndole Jesús. Dio aquel boticario lo que tenía que dar: carreteras, beneficios materiales, lo que pueden dar los caciques. Y dio vida a la indignación de Costa; será siempre el cacique de Costa. A Costa... ¡hum!... a Costa no le quería la gente. Era un hombre soberbio y de un carácter insufrible, tal vez mal educado.

– Recuerdo, don Miguel, haber leído que fue a saludarle una comisión de aldeanos a Zaragoza. Y no se descubrieron. «Hacen ustedes bien en no destaparse –les dijo– porque debajo de la cabeza no tienen nada».

– Pues, sí... De Camo hay que hablar con respeto; Samblancat, que es de por allá, sabe mejor que yo que no hizo sólo barbaridades aquel hombre.

Seguimos charlando de otras cosas:

– ¿Ha visto usted? Ya no escribe Armando Guerra. Estos honrados trogloditas son de una castiza cobardía. No saben aguantar los primeros desastres. Ahora todos hablan de paz. Aquí hemos estado nosotros aguantando inconmovibles un chaparrón de cuatro años. Estos trogloditas, como todo lo fían al éxito material, han vivido completamente desprevenidos...

Recuerdo, mientras habla el maestro de estas cosas, al querido *Fabián Vidal*, manteniendo su línea íntegra contra todos, sin ceder un ápice en los momentos de mayor desenfreno de la fuerza bruta.

– De Italia: ¿sabe usted algo? –me pregunta don Miguel.

– Sí. Recibo, de tarde en tarde, periódicos, cartas, con un enorme retraso. Por cierto, que han comentado allá el artículo de usted de Iberia.

– No lo he visto; no lo he recibido.

–Pues, sí; lo han comentado por allá favorablemente, a pesar de...

– Sí; me dolía oírles hablar el año pasado, antes de la catástrofe de Caporetto, que limpió el alma nacional de torpezas imperialistas, o mejor aún austriacantes, me dolía oírles hablar con desdén de las nacionalidades pequeñas. Hablando de Grecia, de Serbia, decían invariablemente: «*C'è finito*». Al fin han reconocido su error. Serbia, por ejemplo, es un gran pueblo, con una épica que les daría derechos de nación, libre y gloriosa si no los tuvieran por otra parte … … … … … … … … … … … … … … … … … [C E N S U R A D O] …

Iberia (28-09-1918)

La estética y la estática

Este querido y admirado padre espiritual, Fray Miguel de Unamuno, de la orden de Predicadores y Caballero Andante de la Inquietud y de la Emoción; este hombre tan dinámico, tan efusivo, que convierte a veces en preocupaciones de cultura sus propios movimientos pasionales y en luchas de pasión las más puras y serenas armonías ideológicas, anda un poco inquieto y sobresaltado con los vientos que soplan desde el litoral a la meseta. Sobre todo –grita el querido Padre Miguel, O. P.– el recio dominico vuelto del revés, el flamante Savonarola de hogaño, ante todo y sobre todo, la unidad. Después de la unidad, la patria. Nada de regiones y de cosas intermedias. Él es español y luego, o al mismo tiempo, vecino de Salamanca. Eso de castellano, de catalán, de gallego, o de andaluz, no lo entiende del todo el Sr. Unamuno. Castilla es las naciones que hablan el Castellano; Galicia y Andalucía son nuevas provincias de esta unidad lingüística. Cataluña…

Bien; don Miguel quiere intensamente a Cataluña. A nosotros nos hizo amar, de mozos, a Cataluña este hombre a través de Maragall –¡cómo nos recitaba «La vaca ciega» en su despacho rectoral!– a través de Verdaguer, el curita místico que, lo mismo que Santa Teresa, sentía como los ángeles en [el] idioma de la tierra. La Cataluña de ahora de don Miguel es, meramente, el señor Puig y Cadafalch, el del mensaje a Benedicto XIII. Y los lligueros. Y los poetas novecentistas, delicuescentes y superfirolíticos. Nada más. Y esa Cataluña unamunesca de hoy es aquella misma que tanto le cargaba de las fachadas, de los aplecs[48] de protesta y de los pañuelitos blancos.

Seréis siempre unos niños levantinos;
¡os ahoga la estética![49]

Y al margen de esa Cataluña queda; por lo visto, todo lo demás: Pedro Corominas, y Amadeo Hurtado, y Clará, y Turró. Y esa Cataluña de lligueros y de poetas ¡bah, bah, bah!, es una cosa estética, de la estética del charco –¡pobre mar azul!–, de la estética de la Lliga –Ventosa que se mete con los acaparadores y trigueros «lladres», Cambó– de la estética de los novecentistas y delicuescentes... Estética, estética y estética... Ramón Lull, Villanova, Muntaner... Niñerías levantinas de pañolitos blancos y de aplecs de protesta...

Tan absoluto es el señor. Unamuno en sus afirmaciones como su paisano Ignacio de Loyola, que no hay modo de hurtarse a sus invectivas por ningún resquicio. Y así los castellanos –aunque él ya ha convenido que no hay tales castellanos, ni cosa que los valga– debemos estar quietecitos, oyendo como sopla la tormenta, bien arropados en nuestra choza; porque primero es la unidad y luego la patria, porque aquí no hay más que un pleito lingüístico, y porque los vascongados –si es que existen vascongados y no hay más que vecinos de Bilbao, Vitoria y San Sebastián– hablan una cosa donde no cabe expresar las emociones e inquietudes de la hora actual.

Y mientras a los levantinos les ahoga la estética, no le importa por lo visto, cosa mayor, al querido don Miguel, que [a] nosotros nos ahogue algo peor: la estática. La estática y la inercia y la modorra. La estática de tumbarnos al sol, sobre los rastrojos, hasta que pase el cadáver de nuestro vecino. La estática de ir dejando vivir a los caciques y de ver cómo van sorbiendo el jugo de nuestra propia vida colectiva. La estática de dejar que unos cuantos grotescos diputadetes provinciales, tocados de levita y de castora, de medallita simbólica y de no menos simbólico cordón, voceen y confeccionen unos ridículos estatutos, para acogotar [a] los Municipios y conseguir que campen por sus respetos organismos como las Diputaciones provinciales.

A la larga, los nuevos y vibrantes sermones del señor Unamuno paralizan la acción y llevan el desconcierto a unos cuantos hombres de buena voluntad que serían capaces de aliarse hasta con el Moro Muza con la garantía de que esto cambiase en un sentido o en otro, con tal de que cambiase de alguna manera. Dese o no cuenta de ello el gran profesor de la Universidad de Salamanca su recelo es, en estos momentos, freno y no espuela, narcótico y no revulsivo. No hay estadista del Pisuerga, ni albista de mayor o menor monta, ni amigo de este *statu quo* de muerte, que no agradezca al señoir Unamuno su actitud y que no la interprete con la peor de las intenciones y la más plebeya de las entendederas. Al llegar desde la cumbre al llano el grito personalísimo del señor Unamuno, croan alegremente todos los sapitos de la charca, encantados de seguir en el légamo, esquivando las pedradas de los pasajeros debajo de las piedrecitas que hay en el fondo de las aguas quietas y estancadas.

Pero nosotros, entre la estática y la estética, nos quedamos, sin vacilar, con la estética. Los italianos; maestros del bello gesto y de la palabra bella, se han encargado de sublimarla recientemente. D'Annuncio supo pasar de *posatore* a héroe y a hombre de acción. Los levantinos llevan camino de ganar la mayor edad, jugando una hermosa pasada al tutor caduco que se olvida de los impulsos naturales de la mocedad. Lo feo es la estática, la resistencia, la inacción de la meseta. Afortunadamente, un hombre de espíritu tan dinámico como el señor Unamuno, renegará, más pronto o más tarde, de la interpretación que los esteparios están dando a sus murrias de vasco mal avenido con todos –castellanos y catalanes–, elogiará la estética que es muchas veces fuente de acción, de dolor y de sacrificio, y escribirá algún día con el corazón helado por el frío de las almas que le rodean:

Seréis siempre unos muertos, castellanos.
¡Os ahoga la estética...!

[48] Reuniones reivindicativas en territorios de la lengua catalana.

[49] Miguel de Unamuno. "La catedral de Barcelona", poesía publicada en *La Vanguardia* el 23 de noviembre por Joan Maragall

¡Y aquel día habrá dicho una gran verdad el maestro y habrá movido a la protesta a muchas almas pusilánimes…!

La Correspondencia de Valencia (16-02-1919)
La Publicidad (14-02-1919)
Renovació (23-02-1919)

Unamuno en Palacio

Escribo estos renglones con una honda amargura que no quiero disimular. He convivido con el señor Unamuno; paseé con él todas las tardes durante mis años de escolar en Salamanca; celebré sus triunfos; le debo delicadezas y varapalos que no sabré olvidar nunca; ha influido mucho en mi formación literaria y espiritual. Por eso mismo escribo estos renglones, cumpliendo con un áspero deber de publicista, lleno de dolor.

El señor Unamuno, rector de Salamanca, fue monárquico; cantó en un discurso –1905 o 1906– las excelencias de la monarquía y las personales de Alfonso XII; acompañó al Rey actual y aceptó de él una gran cruz; buscó senadores romanonistas –Calvo Madroño, Pulido– por aquella escuela; fue candidato a senador bergaminista por Málaga, en 1915; como rector, nunca fue partidario de la autonomía. Destituido en agosto de 1915, no por las razones que se han dicho, sino por otras muy distintas, cambió de posición espiritual; atacó al Rey porque este no le recibió en Palacio, en octubre del 15; se enemistó con Bergamín; dijo crudezas del conde de Romanones; se ha debatido desde entonces en una lucha estéril, y al final ridícula, contra la persona concreta de Don Alfonso de Borbón y Austria porque Don Alfonso de Borbón y Austria no le hacía personalmente caso. Y ha estado esquinado con él y con los amigos que no celebraban esa campaña suya personalísima y de mal gusto, porque ningún hombre digno puede descender a injuriar a un semejante del que se han aceptado mercedes y favores.

Hoy entra el señor Unamuno en Palacio. Entra el mismo día que publica en "El Mercantil Valenciano" un furioso ataque personal contra el Rey. ¿Solicitado? ¡No, no, no! El solicitante ha sido él. Ha ido a estrechar la mano de un hombre a quien ha agraviado, a cuya madre, a cuya esposa –dignas ambas de los mayores respetos de todo adversario político– ha agraviado también. ¿Ha ido a pactar? A Palacio no va nadie a pactar; ha ido a someterse. ¿En qué condiciones? Pero, ¿qué importan estas o las otras condiciones? Ese nuevo Eróstrato[50] de Bilbao, henchido, no de anhelos de gloria, sino de torpes afanes de vanidad provinciana; don Miguel de Unamuno ha ido a Palacio a realizar una pirueta más de saltimbanquis, un gesto más de histrión, que a nosotros no nos sorprende, pero que lamentamos, por él, por su prestigio, por su talento, por su decoro, por su ética, por su renombre, por su formalidad, hondamente contristados y amargados. Y hasta por la Monarquía lo lamentamos también. Sinceramente. Y por el conde de Romanones, a quien no queremos mal; él lo sabe.

La Monarquía, naturalmente, no se fiará de este hombre, porque su postura no ha sido hidalga. El señor Unamuno concierta sus convicciones políticas siempre con las necesidades y apetitos de su situación personal ante la vida. Y el señor Unamuno, a la vez, no puede sentirse muy satisfecho de la explicación oficiosa del señor Sánchez Guerra, que encuentra muy natural que se conceda una audiencia… ¡a los siete años de haberse solicitado! "¡Risum teneatis…!"[51] ¡Y yo reiría la gracia del andaluz, si la pirueta no fuera trágicamente histrionesca, de las que repelen y escandalizan por su linaje!

La Publicidad (11-04-1922)

Unamuno en el Ateneo

El espectáculo daba pena. Unamuno hablaba ante el silencio hostil de estos muchachos; Unamuno hablaba y no convencía a nadie. Pero ¿a quién podía convencer Unamuno? Y era el Sansón

[50] Eróstrato o Heróstrato. Pastor de Éfeso responsable de la destrucción del templo de Artemisa, cuyo incendio provocó para adquirir fama y renombre.
[51] Máxima latina que podría traducirse como "Contened la risa".

sin cabellos que había cedido a las sugestiones de Dalila, el león viejo, sin garras y sin caninos, que dormía perezosamente en la jaula, a la vista del público, sin devorar y sin rugir. De veras que el espectáculo daba pena…

Ya no decía "él", aquel él despectivo, sino el cortesano "Su Majestad". Se nos presentaba don Miguel como "Regente del Reino", como "personero de los agravios públicos", como nuevo Cromwell este hombre que apenas dispone de 40 votos en el distrito primero de la Plaza de Salamanca, que no ha sido nunca diputado, que no tiene masas ni gentes detrás de él. Porque los muchachos que tenía detrás lógicamente se le marcharon. Y se le marcharon, asqueados.

Don Miguel nos dijo que él era "el Rey de España en América" y que acaso "Don Alfonso XIII le acompañase a él a Unamuno) a la Argentina". ¡Puro erostratismo unamunesco! Porque es un ex rey en el destierro de su vanidad personal, de su soberbia patológica y de sus pasiones mezquinamente pueblerinas. Le oímos con la honda pena; las lágrimas se nos saltaban de los ojos; aquel maestro amado, aquel querido don Miguel de los soleados días de nuestra inquieta adolescencia, no sabía sobrevivirse a sí mismo y desposarse con la eternidad, sino con la anécdota que pesa y muere con el día.

Don Miguel no cree en la República. Teme una República de timba y de bacanal. Pero ¿es que Marquet[52] se ha hecho republicano? ¿Y Martín Veloz[53]? ¿Se disolvió la Real Compañía de Recreos del Reino con la visita de Unamuno al Alcázar? ¡Singular flaqueza de memoria la de este ex ilustre ex pensador! Y Unamuno habla vacilante, temeroso, tímido, torpe de palabra y torpe de concepto, ante la frialdad colectiva de los que le quieren, de los que han creído en él, de los que han dejado de creer en él. ¡De veras, amigos, que daba pena el espectáculo!

Hace ya ocho años, estando yo en Barcelona, la Universidad de Salamanca celebró una velada conmemorativa en honor de un hombre de mi familia, de mi sangre: del integérrimo republicano, decoro del Parlamento español y secretario que fue de las Cortes Constituyentes, Julián Sánchez Ruano. Unamuno fue la nota disonante. Agravió las cenizas de un hombre que no conocía, de un hombre que no aceptó carteras, que sumió a sus hermanos –a mi pobre abuelo paterno, uno de ellos– en la pobreza, a un hombre, que, ante la candidatura de Amadeo de Saboya al trono español, votó fieramente: "República".

Dejé de saludar a Unamuno por entonces, no por lo que dijera, sino por haber tan ligera y tan aviesamente molestado uno de los cultos familiares de mi padre. Anoche pensaba en lo que hubiera dicho Sánchez Ruano, con su ironía elegante y risueña, de Unamuno. A Sánchez Ruano le ofrece Amadeo la cartera de Gobernación y Sánchez Ruano, fieramente replica "que él ha nacido para presidente de la República o para nada": Unamuno vende su primogenitura por el plato de las habas negras de una rectoral de Real orden. Sánchez Ruano muere a consecuencia de un duelo derivado de un incidente parlamentario: Unamuno deja la navaja albaceteña del agravio a los demás por el incensario de la cortesanía y del impudor. Sánchez Ruano en plena juventud –muere a los treinta y dos años– elegido diputado al día siguiente de licenciarse en derecho, acusa rudamente, restándose popularidad, a unos bandoleros que han mancillado en un robo vulgar la pureza de su República blanca y coronada de rosas: Unamuno barre con una falta épica de consecuencia de croupier los garitos que producen nuestros periódicos actuales. Sánchez Ruano depone sus pasiones políticas para acompañar personalmente a un enemigo, al vizconde de Revilla, ante la súplica de dos señoras isabelinas: Unamuno ofende a un hombre en la persona de su madre y en la persona de su esposa… ¿Qué hubiera dicho Sánchez Ruano de Unamuno, con su ironía elegante y cáustica?

"En nombre de Dios, largo de aquí" decía Cromwell a los parlamentarios ingleses. Y Unamuno añadía: "Y yo diré al Rey: largo de aquí, Señor, si hace falta". Y así concluyó este hombre. Así concluyó… Pero antes, nosotros, los inquietos, los que no tenemos otro patrimonio que nuestra pluma y nuestras ilusiones, nosotros, los doscientos o trescientos publicistas que seguíamos a

[52] Georges Marquet (1886 – 1947). Prestigioso hostelero belga propietario, entre otros lujosos hoteles europeos, de los madrileños Ritz y Palace.

[53] Diego Martín Veloz (1875 – 1938). Militar y político español, nacido en Cuba y afincado en Salamanca por cuya capital obtuvo acta de diputado al Congreso en dos ocasiones y una más por el Distrito de Peñaranda de Bracamonte. Personaje de carácter violento, mantuvo una mala relación con Sánchez Rojas, quien fue detenido, aunque puesto en libertad poco tiempo después, a instancias suyas. Fue un matón y pendenciero de la Unión Patriótica y después del franquismo.

Unamuno, no por lo que este tenía de antialfonsista, sino por lo que fingía tener de austero, de íntegro, de pasional, de caldeado, de vibrante, le hemos dicho: "¡largo de nuestro corazón, don Miguel! Usted nos ha sorprendido: usted nos ha engañado". Y nos ha dolido la defección, lectores, como la traición de la mujer amada en día de bodas.

¡De veras que daba pena el espectáculo de anoche en el Ateneo!

La Publicidad (18-04-1922)

Miguel de Unamuno[54]

El reverendo padre Miguel de Unamuno, de la orden de Predicadores –como yo le llamo cariñosamente– está sentado en su despacho de la calle de Bordadores, en Salamanca. Libros, más libros, todavía libros. Veinte, veinticinco, treinta mil volúmenes en su despacho; ¡fotografías de Croce, de Carducci, de Teixeira de Pascoaes, de Guerra Junqueiro, de Eugenio de Castro; revistas, cuartillas, papeles, siempre papeles.

El reverendo padre y maestro está sonriente, contento: sus ojillos, ahora plácidos –que no tempestuosos como de costumbre– se mueven guasonamente detrás de los quevedos; su mujer, de pie, a su lado, le limpia cuidadosamente la mesa de trabajo. Y un pequeñito, el bebé de los Unamuno le dice, batiendo palmas:

– ¡Papá, papá, papá!

Y papá le besa sonoramente en los mofletes, en las mejillas, en los ojos, con amor, con ruido, con gula.

– ¡Hola, señora! ¡Hola, don Miguel! ¡Hola, pequeño!

– ¡Hola, hombre! –Y don Miguel me tiende su mano ancha, vascongada, recia–. ¿Qué hay?

– ¡Lo que usted cuente!

Y don Miguel cuenta:

– Estoy haciendo esta novela. –Y me lee unas cuartillas–. Usted conoce al hombre... ¿Se acuerda de don Roque, el empleado de Pósitos, el amigo del doctor Noguerol? Aquel hombre debía a la patrona unos veinte meses y no le pagaba nunca. La patrona iba a echarle de casa y don Roque enfermó. Entonces, a Noguerol y a mí se nos ocurrió un expediente muy sencillo: como don Roque iba a morirse, debía casarse con la patrona para que esta cobrara la viudedad. Dicho y hecho; los casamos in artículo mortis; Noguerol y yo fuimos testigos de la trágica ceremonia. Pero los sacramentos resucitaron a don Roque hasta ponerse bueno del todo. La patrona estaba frenética. Como don Roque era ya marido, no pagaba. Como estaba enfermo y sus hermanos venían a visitarle, estos, como hermanos políticos, tampoco pagaban a la patrona: a la cuñada. ¿Ha visto usted algo más cómico, más bufonesco, más gracioso?

Y el reverendo padre Miguel de Unamuno ríe con todas sus ganas. Y reímos todos. El dolor de la buena patrona, por no cobrar sus intereses, es de un cómico tan subido y tan gracioso que no nos hartamos de reír.

Y vamos de paseo. Don Miguel, como la Catedral, como las Agustinas, como el Patio de Escuelas, es un edificio salmantino más, sin grietas, como los otros. Está rozagante y lleno de salud el mozo. No le hemos conocido enfermo nunca. Nuestro amigo, Enrique Nogueras, afirma que lo estuvo una vez en Aragón, en Jaca, pero eso de Jaca es tan remoto y la fecha es tan imprecisa, que no creemos del todo en la indisposición de don Miguel en país extraño. Unamuno, como Maura, es un roble, que no se abate, sino que se yergue, más y más, con las tempestades.

De paseo, en esta querida, y dulce, y tibia, y soleada Salamanca. Con Unamuno es imposible dialogar; él se lo dice todo. Unamuno no habla; piensa y siente en alta voz. A las veces, Rodríguez Pinilla, el querido poeta ciego, le sale a los amenes, pero don Miguel continúa inalterable; a veces, Nogueras le sale al paso con una estocada de fondo, pero el maestro, sin tiempo para restañarse la herida, continúa impertérrito, su monólogo interior. Solamente el paisaje le hace callar al reverendo padre y maestro... Allá, lejos, Salamanca, hecha un ascua de oro, quiebra las líneas de sus torres en el espejo del claro río; en los curvos surcos de sus tierras paniegas, florecen las primeras amapolas rojas; los picachos nevados de la sierra de Béjar limitan y coronan el paisaje austero, limpio y crudo de luz. Unamuno, entonces, calla, medita y reza. Reza tal vez. Con el corazón cuando hay gente, y con los labios, como todo mortal creyente, cuando está solo.

[54] Previamente, Sánchez Rojas habría publicado otros dos artículos con este mismo título y contenido diferente en *La Vanguardia* y en la revista *Iberia* (O.C. Tomo II, páginas 59 y 64).

¡El paisaje de Castilla y Unamuno! Él lo ha vivido, sorbido, lo ha hecho carne de su espíritu, le ha dado lengua, nos lo ha hecho ver a los demás. Gabriel y Galán, sin Unamuno, no hubiera escrito el "Ama"; nosotros, sin el contacto diario de este hombre, no hubiéramos sabido verlo ni reflejarlo jamás. Amiel escribió que el paisaje es un estado de espíritu... Unamuno, más sutil, no ha escrito, pero seguramente ha pensado que el espíritu es un momento del paisaje... ¿Por qué no? La obra de Dios es una sola; las cosas son reflejo de nuestra sensibilidad; nosotros proyectamos, sin pretenderlo, sin saberlo y sin quererlo, nuestra alegría y nuestra tristeza sobre las cosas que nos rodean. Y sobre este austero y noble paisaje de mi tierra, don Miguel ha puesto todo el calor de su fantasía y de su corazón y de su inteligencia y de su magisterio.

Tornamos a la ciudad, al anochecer. Unamuno se acuesta con las gallinas y se levanta cuando los jilgueros. Le despedimos hasta el día siguiente. Unamuno, apenado, triste, melancólico, ante el espectáculo de esta España que nos duele como una llaga dentro del corazón a los españoles y a los liberales que no sabemos adularla porque le queremos como a nuestra madre, nos ha puesto tristes y apenados. Nos despedimos de él y nos despedimos todos. Salamanca, pedazo de España al fin, se nos aparece entonces, en toda su tristeza; vive domeñada por un guapo; tocan las campanas del Ángelus, la ruleta del Casino acaba de señalar el 5, encarnado...

El Hogar (26-06-1922)

Una impresión sobre Unamuno

I

La Revista SILUETAS me encarga trazar la de D. Miguel de Unamuno, catedrático de Salamanca, poeta, novelista, político a su modo y uno de los hombres más combatidos y admirados de la España actual. La empresa no es ciertamente de las llanas y asequibles a todos, porque Unamuno, que tiene sus puntas y ribetes de erizo, que siempre ha puesto su inteligencia verdaderamente vigorosa al servicio de sus pasiones, buenas y malas, no es hombre al que puede despacharse con cuatro tópicos y generalidades, para salir del paso a salga lo que saliere. Yo que le he conocido y tratado mucho, durante mis años de estudiante en Salamanca, que presencié de cerca cómo fue formando su renombre y su personalidad en el mundo del espíritu, que le debo buen número de sugestiones y de orientaciones, tengo para mí que no sé muchas veces cómo juzgarle y cómo reaccionar ante la agilidad y rapidez de sus piruetas desconcertantes y de sus evoluciones y cabriolas verdaderamente temerarias.

Unamuno es un hombre de lucha, de combate y de pasión, con un dinamismo espiritual que no le permite altos ni descansos en el sendero. Toda su vida es de una perfecta contradicción vista desde lejos y de una perfecta unidad vista desde cerca y desde dentro. Así puede combatir a Don Alfonso XIII y aguantar no sé cuántos procesos de lesa majestad, al mismo tiempo que acepta una gran cruz de la monarquía y un cargo de la absoluta confianza de los gobiernos. Así puede combatir a los conservadores españoles y sufrir una derrota en Málaga, presentándose como candidato conservador a senador por aquella provincia en abril o mayo de 1914, meses antes de su destitución de Rector de la Universidad de Salamanca. Así puede emplear las más violentas diatribas contra la cultura francesa y declararse amigo de los aliados inmediatamente que se inician las hostilidades de la gran guerra. Así puede combatir el espíritu mezquino y tenderil de los republicanos españoles e ir del brazo con ellos a las elecciones, solicitando sus votos y sufragios. ¿Cálculo, intereses subalternos, cuquería? ¡Ah, no, no! Unamuno es un hombre que vive más allá del bien y del mal. Con su sueldo de catedrático, con sus ganancias de publicista, con las rentas familiares de algún viejo caserío vizcaíno, hombre que no tiene vicios, que no fuma, que no bebe, que no es mujeriego, espejo de ciudadanos, de maridos y de padres de familia, los pequeños intereses no rezan con él.

No rezan con él porque un ambicioso de su caletre no puede sentir los ramalazos ni los estímulos de la cochina codicia. Sus armas no son las del odio, sino las del desdén. Don Miguel de Unamuno, que en la vida corriente es un pequeño burgués, que se levanta y se acuesta todos los días a la misma hora, que no ha servido nunca de pasto a la murmuración de sus convecinos, está siempre agitado, removido por los más terribles terremotos y sacudimientos espirituales. Otea todas las posiciones, y las abandona siempre después de oteadas, sencillamente por el gusto de hacer ejercicio y de probar a todas horas y de convencerse a sí mismo de su agilidad espiritual. Juega con las ideas del mismo modo que sus paisanos, los pelotaris, juegan a la pelota. Cuando ha destripado una sensación, una metáfora, una idea, un punto de vista, se pasa a la orilla opuesta, sin importarle un ardite de la contradicción. Con sus libros puede probarse siempre lo que a uno

se le ocurra y lo contrario de lo que a uno se le ocurra. Da lo mismo. Unamuno pone siempre las ideas al servicio de su persona y no al contrario.

Porque su única preocupación, su religión, su culto, es su yo y su personalidad. Todo lo demás le importa, sencillamente, un comino. Cuando es Rector, defiende la dictadura del Estado en la enseñanza, y puesto en su papel de delegado del Gobierno, se burla de los claustros y juega con ellos sin piedad y con donaire. Destituido, devuelto a su cátedra de griego, predica la autonomía de los claustros y de las Universidades, se separa de la vida de relación con sus compañeros, porque el sucesor le llama despectivamente *intelectual*, y no cesa hasta que el Claustro le nombra vicerrector, cargo que acoge con la misma infantilidad que un chiquillo se apodera de un juguete caro y de mecánica complicada.

Toda la vida espiritual de Unamuno es una defensa a posteriori de su conducta, y como él es hombre inquieto, un panegírico de la inquietud y de la contradicción. No hay tienda, a lo largo de su vida, que no haya visitado el ilustre pensador. Su curiosidad no le permite detenerse ante el umbral de ninguna parte; necesariamente ha de forzar la llave y husmear lo que pasa dentro del recinto. Ha iniciado todos los senderos, pero sin seguirlos, por el temor de tener que renunciar a los demás.

Unamuno es retuso, por eso, a toda suerte de clasificaciones, que rezan bien con los bicharracos muertos de un museo zoológico, pero no con los hombres vivos, como él, con los hombres de carne y hueso. Siendo en la vida un catedrático, de su pluma han salido las más violentas diatribas contra esos «burros de noria» (léase *La enseñanza superior en España*, uno de sus más vigorosos ensayos juveniles), que están toda la vida dando la vuelta al pozo de las conjugaciones y de las declinaciones, de la sintaxis y de la prosodia. Sospechando que las buenas gentes pueden motejarle de sabio, se revuelve contra la nomenclatura, dice mil lindezas de ellos y de sus compañeros los eruditos, y proclama la primacía de la imaginación sobre la inteligencia y de la fantasía sobre el raciocinio. Hombre que hace una veintena de años era incapaz de pronunciar dos palabras seguidas en público, teniendo que acudir al socorrido recurso del auxilio bienhechor de las cuartillas, se las ha arreglado de tal suerte que se ha trocado en pocos años en un orador formidable, lleno de sugestiones y de posibilidades.

Hombre sin oído, para quien la música debe ser como para Napoleón el ruido más agradable, a fuerza de paciencia, de calma, de sudores y de trabajos, ha logrado ya cierta facilidad en la rima. Pero como la oratoria y la poesía no le bastaban, ha ensayado las novelas en *Paz en la guerra*, en *Doña Tula*, en *Abel Sánchez*. Y celoso de los éxitos de teatro, andará en continuas querellas con cómicos y compañías, hasta que logre imponer, sea como sea, su nombre en los carteles anunciadores.

Hoy, la gran preocupación del maestro es la preocupación política. De una cuestión personal con el Rey, de una pequeña molestia recibida en Palacio por las dificultades que le puso la etiqueta a cierta visita suya a la Cámara regia en octubre del 14, D. Miguel se ha desviado a una incompatibilidad histórica entre la nación y la dinastía. ¡Siempre, siempre la defensa de su yo! Unamuno, celoso de dejar su nombre en la historia, de sobrevivirse, sugestionado por las andanzas de su gran amigo el poeta portugués, recientemente fallecido, Abilio Guerra Junqueiro con D. Carlos de Braganza, no sabe cómo atraer la atención de las gentes hacia su actuación, y no ha tenido reparo alguno en hacer la famosa visita a Palacio en abril del año pasado, después de una serie de vicisitudes verdaderamente novelescas y de un alto interés psicológico. ¿Para arrepentirse fue D. Miguel a Palacio? Sus artículos son cada día más violentos y más recios. ¿A qué fue entonces D. Miguel a la Cámara regia? *Chi lo sà*? Necesitaba seguramente estímulos de hostilidad D. Miguel para continuar su tarea, estaba molesto porque de su nombre comenzaba a hacerse un símbolo, le enojaba tal vez la compañía de los ingenuos republicanos; era una pirueta más para declararse libre y para sentirse solo. Y aguantó una vez más el chaparrón de los denuestos, y Romanones, el hombre más tímido, y en el fondo, más asustadizo y candoroso de nuestros liberales, que actuó de preceptor, de consejero de un chiquillo de tanta travesura, debió de convencerse que los hombres de letras no tienen atadero posible nunca.

II. D. Miguel, ciudadano

En la dorada y plácida Salamanca, besada por el sol a todas horas, D. Miguel es un monumento más como la Casa de las Conchas, como la Catedral vieja y como la Plaza Mayor. Con su sombrero pavero, su garrote en la diestra y su chaleco cerrado, charlando a todas horas en monólogo inacabable, preñado de graciosas ocurrencias y de paradojas desconcertantes, rodeado de estudiantes y de amigos, le veréis, todas las tardes, carretera de Vigo adelante, pensando en alta

voz sobre los temas más variados o murmurando concienzudamente como la más desenvuelta de las comadres.

Don Miguel ha realizado una gran labor en la quieta ciudad del Tormes; acaso, ha sido la más provechosa y fecunda de todas las suyas. Maestro de dos generaciones, ha llevado a ellas los gérmenes de su inquietud y de su emoción ante las cosas.

Libertándoles de los lazos y ataduras de la torpe docencia universitaria de hogaño, les ha abierto, de par en par, los ventanales del espíritu con toda suerte de lecturas.

Y como ciudadano, D. Miguel se ha desposado espiritualmente con Salamanca. Ciudadano ejemplar, oráculo de las clases obreras que le han llevado al Concejo, despertador de los amodorrados y látigo permanente de los perezosos y de los distraídos, es para Salamanca D. Miguel, algo así de lo que fue Josué Carducci para Bolonia. A su cátedra acuden mozos de las más distintas procedencias y a su comercio espiritual gentes de toda condición y estado. En su cátedra, el *causeur*[55] amenísimo, gracioso, profundo, original, que es siempre D. Miguel; en la calle, el hombre lleno de sugestiones, afectuoso a pesar de su frialdad aparente, discreto a pesar de sus tentaciones diabólicas, tolerante a pesar de sus desdenes para con la pobre fauna humana, con la que tiene que convivir a todas horas.

Sus años de Rector, al frente de la Escuela salmantina, se recuerdan con emoción por todos los estudiantes que han venido sucediéndose en aquella ciudad desde 1901. Aquel Unamuno, mozo de treinta y tantos años, chorreando salud e inteligencia, escribiendo sus ensayos de la *España Moderna* y sus comentos y glosas al *Quijote*, adoctrinando a los chicos en aquellas sus pláticas inolvidables desde el Paraninfo universitario, compartía con otro catedrático, muerto ya, con Dorado Montero, el apostolado y el magisterio de la ciudad académica. Su elevación a la suprema jerarquía universitaria, acogida con toda clase de hostilidades entre sus colegas, fue impuesta en la ciudad por los escolares, sus mejores amigos y sus confidentes más leales. La rebeldía contra la rutina, contra el tópico, entre la grey escolar, obra fue de Unamuno, que prohijaba mentalmente, no ya solamente a sus discípulos oficiales de griego, sino a los despiertos e inteligentes de todos los estudios y facultades. Por un momento parecía que se remozaba la Escuela y que tornaba a las mejores horas de su pretérito esplendor.

En la Universidad y en aquellas veladas estudiantiles se fue formando, poco a poco, el Unamuno conferenciante, el *causeur* exquisito que se resuelve en digresiones líricas, en pensamientos llenos de densidad y de hondura, en frases felices y en aceradas imprecaciones de violencia. Lo mejor del espíritu de Unamuno, el alma y la raíz de él, acertó a volar dentro del recinto de aquellos muros, hechos ya a la armonía y al decoro con *Los nombres de Cristo* y con las odas del inquieto agustino. Este Unamuno que se conoce en Madrid, fiel a su divisa de *épater le bourgeois*, en el pasillo de retratos del Ateneo o en los divanes del Gato Negro, no es sino un remedo, y a las veces, una caricatura de aquel otro Unamuno paternal, apasionado con las cominerías locales y con las grandes preocupaciones del espíritu, que yo conocí en los albores de mi mocedad.

A la altura del maestro estaba el ciudadano. No había problema salmantino que no inquietase al Rector, ni llaga social a la que no aplicase el cauterio, ni iniciativa feliz que no contase con su ayuda y con su consejo. Se le temía y se le adoraba a la vez. Los caballeros de industria, los barateros, hacían de la ciudad su arrabal y la posada de sus cambalaches y de sus maquinaciones. Unamuno, en una lucha de muchos años, ha logrado acabar con esa plaga. Porque puede haber y hay, en efecto, violencias, parcialidades, injusticias, en las escaramuzas de este hombre, pero vive siempre alentado por un espíritu de justicia y de alto desinterés, que no suele reconocerse íntegramente y sin regateos ni reservas mentales de ninguna clase, como yo me complazco en reconocer aquí. Tiene sus defectos enormes, eso sí, pero están siempre presididos por una virtud fundamental: la de la buena fe; su amor a la verdad es siempre oro de ley y de subidos quilates. En el fondo es un iluminado.

Porque sus querellas todas con el ambiente son trasunto y espejo de sus tempestades interiores, de su hambre de ser, de su anhelo de inmortalidad. No veáis jamás vanidad, bambalinas de farsa, gestos de comediante en Unamuno, que eso es no pasar de la superficie. Ved en él otra cosa: miedo a la muerte, al silencio, al vacío, a no rebasar el rasero común, a perderse entre la turbamulta de logreros y de cagatintas. Por esa preocupación trágica, y religiosa y cristianísima en el fondo, Unamuno no puede seguir la línea recta, lo que aquí llaman consecuencia. Por eso, tampoco se le da una higa de resolver los problemas, que vale tanto como matarlos, sino de plantearlos, de hurgarlos, de agitarlos, de enmarañarlos, porque eso le hace vivir horas intensas de meditación y de lucha.

[55] Conversador, en francés.

III. Unamuno, místico

Si bien se ve, Unamuno no es ni más ni menos que un creyente que no quiere creer, unas veces, y otras, un fanático al que su razón se complace en arrojarle jarros de agua fría para tornarle a la serenidad. Este temperamento singularísimo explica perfectamente todas sus contradicciones, rectificaciones, caídas, aciertos, exaltaciones, desfallecimientos y desmayos. Ya nos ha dicho él en una de sus poesías que es un nuevo Job, cansado de luchar con el Señor cuando el alba le sorprende. Y, como Job, tiene, sin duda, en el fondo de su conciencia, el convencimiento íntimo de que es un profeta y un enviado a este bajo mundo, donde acaso no vive, sino duerme, y donde sólo espera la hora de la liberación y de la vida plena en el seno de la divinidad. Y cuando actúa, actúa, tal vez, al dictado de un mandato supremo que le impone su actuación. Por lo menos, él lo cree honradísimamente así. Y como se siente bulto entre sombras y hombre dolorido entre fantasmas, como se siente solo, íntimamente solo, cobra fortaleza de su soledad, y tal es su fortaleza que no entiende de habilidades, recurso solamente de débiles, para quienes la justificación no es otra cosa que su acoplamiento con el ambiente.

Unamuno se hace fuerte, como la Santa de Ávila, en su castillo interior, que es también su fortaleza de fuera, su ambiente externo, su mundo de relación para con las gentes. Unamuno no refleja las cosas, sino que las refracta. Y no recoge de las gentes sino lo que necesita. Y no dialoga con ellas, sino que les hace confidentes de sus pleitos personalísimos. Este egoísta, que se ve solo ante Dios el día del juicio en el valle de Josafat, imaginándose acaso, ante la magnitud de su angustia, que no cabe su alma en aquel valle, es, sin embargo –¡oh paradoja!–, un alma pura, un alma sencilla, un *poverello*, como San Francisco, que, aterrado de su destino, no puede curarse del ajeno ni un solo minuto.

A Unamuno se le tacha de ser un hombre poco o nada cordial, poco o nada afectivo. Yo mismo, muchas veces, ante un latigazo suyo, he reaccionado, haciéndome esa consideración. Y, sin embargo, ese reproche es absolutamente gratuito. Hay un niñote vasco en el corazón de este erizo y un fondo de timidez y de infantilismo en el espíritu del hombre de las grandes audacias y de las grandes complicaciones. Asombra su falta de mundo, de cuquería, de habilidad. Él dice, para darse tono, que tiene un zorro dentro, y otras veces se envanece de su paisanaje, de su parecido físico y hasta de no sé qué parentesco espiritual con San Ignacio de Loyola. Ilusiones infantiles del buen señor. El zorro no deja huellas de su paso cuando torna de matar el hambre, y Unamuno, que da siempre sensación de hartura, no deja precisamente más que huellas en el sendero. Que, por lo demás, Unamuno es incapaz de fundar una compañía, porque es la suya personal precisamente la que menos resiste. Y de organizador, de capitán, ¿cómo va a servir un hombre que no puede ni siquiera ser diputado, no por otra cosa sino por no descender al cacique ni entender el lenguaje del muñidor?

IV. Unamuno, poeta

Y mientras va cayendo la tarde y el cielo se ilumina de un resplandor rojizo, Unamuno nos dice gravemente que acaba de componer una oda, una oda a Salamanca.

Y comienza el maestro de Salamanca la lectura de sus sáficos a campo abierto y en pleno atardecer. Recítalos en un tono salmodioso, litúrgico, un tanto extraño. Mueve la diestra en ondulaciones pintorescas; recita con todo el cuerpo y con toda el alma ruda, nerviosamente, y nosotros, que contemplamos su facha exótica, sus vestidos de pastor protestante, que sentimos cómo aquellos sus pensamientos van tejiendo en nuestras almas mozas, comenzamos a interesarnos vivamente en la lectura.

Y recita Unamuno imperturbable:

> Al pie de tus sillares, Salamanca,
> de las cosechas del pensar tranquilo,
> que año tras año maduró en tus aulas,
> duerme el recuerdo.
> Duerme el recuerdo, la esperanza duerme
> y es el tranquilo curso de tu vida
> como el crecer de las encinas, lento,
> lento y seguro.

Continúa su oración... El poeta ha prohijado a Salamanca; siéntese en sus versos padre de la ciudad toda, y sabe cantarla con paternal amor. Después de todo, él ha concluido con su modorra de ciudad muerta; él ha sacudido su pereza inacabable, excitándola con diabólicas paradojas y con extraños embolismos.

Riéndonos por dentro, nos vengamos todos, a nuestras anchas, de Unamuno. Nos dice mil veces que él ha conquistado a Castilla, y ha sido Castilla la que le ha conquistado a él, hombre fuerte, pero no tan fuerte como nuestro pueblo. Cantares de amador viril son las estrofas, cuyos ecos se pierden en el campo durante esta tarde memorable. A lo lejos de la ciudad, los enormes corpachones graníticos de sus monumentos, nos hablan

de fe, paz y fuerza.

Y después de ensalzar a Salamanca paternalmente, habla Unamuno de nosotros, sus estudiantes. Ya sabemos que va a cantar nuestras rebeldías, nuestras intimidades, la imagen que en nuestros ojos, cargados de lecturas soporíferas, ha dejado la visión de una muchacha, cuyo nombre hemos grabado mil veces furtivamente en los pupitres universitarios de las aulas.

Como en los troncos vivos de los árboles,
de las aulas así en los muertos troncos,
grabó el amor por manos juveniles
su eterna empresa.
Allí Teresa, Soledad, Mercedes,
Carmen, Olaya, Concha, Blanca o Pura,
nombres que fueron miel para los labios,
brasa en el pecho.

Y Unamuno concluye la lectura de sus sáficos. Dice que guarda en las honduras del corazón el alma robusta de su ciudad, y pide que Salamanca pregone su nombre en los venideros siglos.

Anochece. Se ha perdido el oro crepuscular en las doradas piedras que vemos desde el campo. Este comienza a cantar su tonada nocturna. Nos han llenado de paz, de una suave y deleitosa paz, los versos del maestro.

Callamos todos. Entramos en la ciudad, cuyas callejas, obscuras y castísimas, semejan, según la oda, los quebrados surcos de un campo urbano. Y de trecho en trecho, rasgando el girón de la neblina pétrea, en una reja luminosa, asoma una mujer. El galán estudiantil, despreciando la proximidad del examen, da rienda suelta a su libertad y a su amor.

Despídese Unamuno de nosotros. Es muy tarde para él –las nueve de la noche–, y Unamuno se acuesta muy pronto, como las gallinas. Odia el trasnocheo, y apenas si conoce a su sereno de la calle de Libreros. Los estudiantes comentamos –¡hace ya veinte años!– en alegre plática las hermosuras de la oda, y más tarde, prosaicamente, la cuestión social del día, el casamiento de Lola y la riña de Concha y de Rodríguez. Luego se retiran a sus deliquios amorosos los más, a la intimidad de sus hogares algunos, a la exégesis grave y docta de las Pandectas los menos.

V. Un recuerdo estudiantil

Cuando entramos en los patios de la vieja escuela salmantina aquella triste mañana del 2 de abril, Unamuno, agitado, nervioso, con el rostro completamente enrojecido por la emoción, nos manda que entremos en el Paraninfo. La situación comienza a ser grave verdaderamente. Los chiquillos continúan apedreando las ventanas del Gobierno civil; los polizontes custodian el edificio, y un orador, que tiene una tremenda semejanza con Kropotkine[56], dice cosas terribles contra aquel pobre Poncio[57] que, por ser débil, fue pecador, y que por no saber manejar cuatro latiguillos retóricos en la plazuela, llenó de luto el corazón de una ciudad tranquila. La Guardia civil, acuartelada, espera un aviso cualquiera para cargar contra nosotros.

Unamuno, frenético, descompuesto el cordaje de sus nervios, rompe a perorar desde las gradas del Paraninfo. Nadie atiende. Unamuno insiste, vocea, chilla, se impone; al fin, habla:

– Queridos estudiantes: contened vuestros arrebatos. Esto no puede ser. Se os hará justicia. Calmaos. Os pido, os suplico que os calméis. Contra la razón de la fuerza oponed vosotros, muchachos, la fuerza de la razón...

¡Plás! Una piedra rompe los cristales, que caen, estrepitosamente, al suelo. Unamuno se entristece y calla. Se vocea por todos; la garganta de la ciudad vomita apóstrofes. Salen los estudian-

[56] Piotr Alekséyevich Kropotkin (1842 – 1921). Pensador político ruso considerado como uno de los principales teóricos del movimiento anarquista cuya doctrina divulgó a través de panfletos, periódicos, conferencias y libros.

[57] Referencia a Joaquín Velasco Rodríguez de Vera, Gobernador Civil de Salamanca en la fecha en que se produjeron los acontecimientos aquí descritos y a quien Sánchez Rojas considera responsable indirecto –como Poncio Pilatos lo fuera de la de Jesús– de la muerte de los dos jóvenes estudiantes.

tes del Paraninfo atropelladamente; la Guardia civil viene a lo lejos. Relinchan los caballos, ansiosos, ¡ellos también!, de sangre. Los estudiantes salen a la plazuela. Unamuno, pálido, brillantes los ojos, cargados de una inmensa melancolía, destroza los grupillos, ordena que abran de par en par las puertas de la escuela; patea, grita... ¡Nada! La mañana es hermosa; los pájaros están de charla en los hilos del telégrafo; un sol dulce ilumina la mañana triste. Hay ganas de retozar:

– ¡Orden, muchachos, orden! Digo que orden. ¡Adentro!

Cogiendo a este por las solapas, a aquel por la cabeza, al otro por las piernas, logra que unos cuantos entren en la Universidad.

– ¡Todos dentro!

La Guardia civil se acerca. Vomitan piedras de las ventanas, del cielo y del abismo. Una calle ha sido desempedrada en menos de un minuto. Aquella expectación es horrible; la muerte nos acecha.

Unamuno impone orden. Una pedrada, que ha cambiado de curso, rompe un botón de la chaqueta rectoral.

Iba a la cabeza; pero el traidorzuelo perdió el tino.

Unamuno se domina con un angustioso esfuerzo: acaso sabe quién ha sido el mal criado. Mas, como antes que él están sus estudiantes, sigue metiendo pelotones de ellos en la escuela. Los guardias apuntan; aquel momento es terrible; entramos de cabeza todos en la escuela; gritan los más pequeños; los mayores, horrorizados, afónicos, perdemos la noción del tiempo y del sitio. ¿Y Unamuno? Unamuno está en su sitio, sereno. La mayor parte de los estudiantes están dentro de la escuela y ya no hay peligro.

Tiros al aire: un bonito espectáculo. Suena el máuser con un sonido seco, cortante, lejano, como una tabla de madera que se raja. Reímos bien encerrados en la escuela. Otra descarga. ¡Bien, bravo! ¡Qué bonita es la pólvora!

Ayes de dolor; los escolares que están en los claustros altos bajan atropellándose. Las paredes de las clases están agujereadas. A la biblioteca, atravesando tres paredes, ha llegado una bala. Los que están arriba, los que no han podido bajar están tumbados a la larga, sobre el pavimento. Están poniendo como nuevas las aulas. ¡Mejor que mejor! Así, mientras las arreglan, hay huelga forzosa...

– ¡Un cura, un médico! Han matado a Federico –grita un fantasma arriba.

Y subimos todos. Un estudiantillo, pálido y delgado que era el sostén de su madre, yace para no levantarse más. Creemos que es una broma. Es un chiquillo con mucho miedo. Y al levantarlo por la chaqueta, horrorizados, vemos que tiene una enorme brecha en el corazón y que nos ha llenado de sangre.

Aquello es doloroso. Estamos rendidos. Queremos llorar y no nos deja la rabia.

– ¡Abajo, en el Instituto, otro muerto! Carreras, herido gravemente. ¡Bajad!

Nueva descarga. Fuego nutrido y cerrado, un inmenso ¡ay! de la ciudad que gime, polvo...

Abajo está Unamuno. Queremos violentar las puertas que miran a la estatua del maestro León.

– Eso no se abre. ¡Esperad! Yo saldré con vosotros.

– ¡Otro muerto arriba, D. Miguel! –decimos todos.

– ¿Otro muerto? Y en sus pupilas centellea la cólera.

Pero, silencioso, vuelve a imponer calma, sosiego:

– ¡Todo sea por Dios! ¡Eso pasó! ¡Evitad lo que venga, quietos!

Y después de dos horas de una mortal angustia, el Rector sale con nosotros. En la ciudad hay un movimiento inusitado. Las muchachas, asomadas a los balcones, lloran; hay madres desoladas en busca de sus hijos; unas camillas de la Cruz Roja son conducidas al hospital, a la sala de autopsias. Se reparte una hoja profusamente, unas líneas que no he podido olvidar todavía; son palabras de un poeta y de un padre:

Estudiantes salmantinos: Hoy es un día de luto para nuestra Escuela atropellada y para la ciudad toda de Salamanca.

La gravedad misma de los sucesos, la sangre derramada y los infelices que han perdido la vida, os exigen la mayor prudencia.

Sobre todo yo, que sólo tengo recibidas de vosotros pruebas de cordura y que he visto esta misma mañana cómo cesabais en vuestra actitud con solo mi presencia, sin más armas que ella, os ruego que depongáis toda actitud levantisca, y que confiéis en nosotros, en vuestros profesores, que como a hijos os consideramos y que tomamos como nuestra la ofensa que habéis recibido

Retiraos a vuestras casas, ya que mañana mismo, Viernes de Dolores, empiezan aquí, por antiquísima costumbre, las vacaciones de la Semana de Pasión, que para vosotros ha comenzado ya.

Esto escribía Miguel de Unamuno el día 2 de abril de 1903.

Siluetas (Agosto-1923)
ABC[58] (02-05-1907)
El Hogar (17-12-1915)
El Pueblo Gallego[59] (02-04-1924)
Paisajes y cosas de Castilla (1919)

Unamuno, profesor

A pesar de cuanto se escribió, en la nota oficiosa del Directorio español, tratando de justificar el confinamiento del señor Unamuno en la isla de Fuerteventura, es lo cierto que don Miguel jamás ha faltado a sus cátedras de Lengua y literatura griega y de Filología comparada del latín y castellano.

Los que hemos estudiado en la Universidad de Salamanca sabemos muy bien que el señor Unamuno era el catedrático más asiduo y cumplidor de sus deberes académicos. Con su chaleco cerrado, su chambergo pavero, y su bastón de nudos, todas las mañanas, a primera hora, se presentaba en su pequeña aula del claustro alto, sonriente y dicharachero, un día y otro día, en otoño, en invierno y en primavera. Los curiosos que llevan las estadísticas de estas cosas aseguran que, en los treinta y dos años que lleva de catedrático el señor Unamuno, faltó a clase cinco veces en que estuvo realmente enfermo. No creo, pues, que haya colega suyo que le supere en amor a la disciplina y al cumplimiento de su deber.

Sus campañas, sus conferencias, coincidían siempre con las tres épocas de vacación escolar: Navidades, Semana Santa o verano. Continuamente ha rechazado las solicitaciones, las presiones oficiales, a las veces, para quebrantar la asistencia diaria a su clase. En el mes de abril de 1918, recuerdo perfectamente que el entonces diputado a Cortes por Bilbao, mi amigo Indalecio Prieto, tuvo especial empeño en que don Miguel asistiera a la conmemoración de los Sitios, que en la capital de Vizcaya se celebra siempre en los primeros días de mayo[60]. Prieto consiguió del que era ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Santiago Alba, no solamente que consiguiese permiso oficial al señor Unamuno, sino que le requiriese con premura por teléfono para que no dejara de asistir a las fiestas de Bilbao. Unamuno replicó que no pedía ni aceptaba jamás favores oficiales, y no hubo modo humano de forzarle a que abandonara su clase ni veinticuatro horas.

Pero la campaña del Directorio tiene sus antecedentes en acusaciones que ha venido lanzando en este sentido el diario "ABC", que dirige el señor Luca de Tena. Y, como ha llegado el momento de decirlo todo, puedo asegurar que el que suministraba esas noticias era don Vicente Gay, profesor de la Universidad de Valladolid y enemigo personal de don Miguel. Yo mismo advertí al señor Gay muchas veces en el Ateneo que sus noticias eran perfectamente falsas, y él me replicó que ya lo sabía, pero que las necesitaba para la campaña tendenciosa que estaba haciendo. He de añadir que el acusador del querido confinado en Fuerteventura, el señor Gay, ha faltado cursos enteros a su clase, sin aparecer por Valladolid, su residencia oficial, y sin explicar una sola lección.

Se conoce mucho al señor Unamuno como periodista, como orador, como poeta, como autor de ensayos y de novelas, pero se le conoce poco o no se le conoce nada como catedrático. Se ha querido dar a las gentes la sensación de que desconoce el griego o poco menos, y que su fuerte dista mucho de ser la filología. Así lo afirmó, hace años, el señor Bergamín, ministro de

[58] Tanto en el artículo de *ABC* como en el libro *Paisajes y cosas de Castilla* su título fue «Unamuno, poeta», en *El Hogar*, sin embargo, se publicó como «Don Miguel de Unamuno». En todos ellos únicamente contenía los capítulos IV y V aquí publicados bajo los epígrafes «Unamuno, poeta» y «Un recuerdo estudiantil».

[59] El artículo de *El Pueblo Gallego*, publicado apenas mes y medio después del destierro de Miguel de Unamuno a la isla de Fuerteventura, tiene la peculiaridad de que en él se sustituyen la totalidad de las referencias al que fuera rector de la Universidad salmantina por "el Ausente"; y versa, únicamente, sobre los sucesos ocurridos en Salamanca en la mañana del 2 de abril de 1903. Su título fue «2 de abril de 1903».

[60] Véase carta de fecha 28 de abril de 1918 de José Sánchez Rojas a Miguel de Unamuno con apéndice autógrafo de Indalecio Prieto (O.C. Tomo VI, página 415).

Instrucción Pública, y así lo acaba de asegurar también, hace unos días, en su carta abierta a "El Liberal", este "general subalterno y majadero" como acaba de llamar Gabriel D'Annunzio al señor Primo de Rivera. Claro está que ninguna obligación oficial tienen ambos señores de saber que el señor Unamuno es maestro, maestro, ante todo y sobre todo, esto es, despertador de espíritus y sugeridor de ideas. Muchos discípulos del señor Unamuno están hoy regentando cátedras universitarias, gracias a su magisterio. De la Universidad de Salamanca se está nutriendo hoy el escalafón del profesorado oficial español. A su cátedra concurren extranjeros que van a Salamanca solamente por oírle y por escuchar sus lecciones.

Yo no las olvidaré nunca. En mis años de escolar, la ventanita de su cátedra daba a la fachada de los Ramos de la Catedral Nueva. Todo evoca en aquella linda plazuela las glorias pretéritas de la ciudad. Un lienzo de ella está formado por el viejo colegio universitario de San Bartolomé, del que copiara Cisneros los estatutos para la Universidad de Alcalá. A lo lejos, el oro mate de las piedras de Santo Domingo casa y concierta a maravilla con el sosiego y con la opulencia de aquel paraje. En aquel ambiente, ante diez o doce mozos llenos de curiosidad, don Miguel comenta con donaire las emociones de Platón, las historias de Jenofonte, los misterios que encierra en sus entrañas cada voquible.

Un día se buscó en los fueros, en las cartas pueblas, en los documentos medioevales, el rastro de la palabra Santander. Santander no es más que la transformación de Sant'Ameterio, y San Emeterio es precisamente el patrono de la ciudad, que guarda su Basílica Mayor, mecida por el Cantábrico. Sant'Ameterio ha pasado por las formas, Satanterio, Santantero y Satandero hasta llegar a su nomenclatura actual. Con la tiza en la diestra, ante el encerado, don Miguel explica, analiza, glosa, la evolución de las palabras, y conocedor de todas las lenguas romances, francés, portugués, catalán e italiano, su curso es una ringlera de sugestiones, de emociones, de atisbos, de perspectivas espirituales que no se otean hasta que no nos acercamos a él.

Unamuno, actualmente, cuenta en Salamanca con la admiración, con el afecto y con la asistencia espiritual de un buen número de colegas suyos, profesores de la Universidad. Pero hubo un tiempo –el de mis años de estudiante– que fue sostenido en el rectorado, contra viento y marea, por el fervor y por el entusiasmo de los estudiantes, que han sido siempre sus mejores amigos y sus partidarios más devotos. Aquel Unamuno de los treinta y tantos años, autor de "Paz en la guerra", de los "Tres ensayos", de "La enseñanza superior en España" y de "Poesías", nos hablaba continuamente desde el Paraninfo en las veladas estudiantiles. Era el "causeur" preñado de emoción, rico de ideas, apretado y denso, que se rejuvenecía y esponjaba el alma a nuestro contacto. Entonces escribe la "Oda a Salamanca". Se considera desposado con la ciudad. En la escuela, en su escuela, dejan más huella los amores que llevan aparejados anhelos de eternidad que las sentencias de Papiniano y los aforismos de Hipócrates. En Salamanca crecen lentamente pero con robustez las ideas; crecen lentas y seguras, como las encinas en los montes. Y, algún día, aquellas piedras que oyeron los sabrosos diálogos sobre los dulces nombres de Cristo, el canto de la fuente que sonríe en la quinta de los Agustinos y las rimas de fray Luis, susurrarán el nombre de don Miguel, el vasco quijotesco, para los venideros siglos.

Por eso, el otro día, al ser separado de su cátedra, toda la población tuvo conciencia de la soledad en que quedaría, y acudió, emocionada, a despedirle a la estación. Don Miguel prometió volver pronto.

Era el único que había sorbido el sosiego de aquel ambiente, y que se lo llevaba fuera.

Así, por la mañana, pudo decir sencillamente a sus oyentes, antes de tenderles la mano:

– ¡Bien, señores, bien! ¡Para mañana, la lección que corresponde!

El Hogar (16-05-1924)

Elegía, en Salamanca

Hoy se remite desde Salamanca a París el mensaje que dirigen a Miguel de Unamuno sus numerosos amigos de aquella ciudad. Por eso nos es grato publicar hoy la glosa a la estela ciudadana que ha dejado en una de las más ilustres ciudades castellanas el glorioso pensador:

1904.– «No os preocupéis, hijos míos, de orientaros, sino de volar –dice el ausente–. Las águilas se orientan después que han remontado los cielos, desde lo alto. Estoy desposado con Salamanca; en ella tengo hijos de carne e hijos de espíritu. A través de vuestras voces he oído yo esta noche la voz de mi corazón.»

1904, mes de abril, velada universitaria... ¿Te acuerdas, corazón? Las confesiones de la reja, de mi reja, a la vera de la casa rectoral, en la calle de Libreros; los paseos con el ausente carretera de Vigo adelante, las intemperancias y los desplantes de mozo bravío en la revista «Gente Joven», la cátedra de Dorado Montero después que nuestros ojos, a prima mañana, al contacto de otros puros, confiados y angelicales, han cobrado ya alegría íntima para toda la jornada. Lecturas de Maragall, de Amiel, de Faustino Domingo Sarmiento, que nos proporciona el ausente. «Entonces –leemos en el «Facundo», edición de Buenos Aires, 1845– se había podido aclarar un poco el problema de España, esa raza rezagada de Europa, que echada entre el Mediterráneo y el Océano, unida a la Europa culta por un ancho istmo y separada del África bárbara por un ancho estrecho, está balanceándose en la balanza de los pueblos libres, va cayendo en la de los despotizados, ya impía, ya fanática, ora, constitucionalista declarada, ora despótica imprudente, maldiciendo sus cadenas, rotas a veces, ya cruzando los brazos y pidiendo a gritos que la impongan el yugo, que parece su condición».

1904, 1905, 1906. La «Oda a Salamanca» del ausente:

¡Oh, Salamanca; ante tus piedras de oro
aprendieron a amar los estudiantes!

La Unión escolar, con el querido Filiberto Villalobos; la Academia de Derecho que yo presido, donde nos burlamos donosamente de los profesores torpes; los primeros artículos de Fernando Íscar, de Federico de Onís. La figura del ausente llenándolo todo, colmándolo todo, administrando el sacramento de su palabra a los que han menester de ella para buscarse y para inquietarse. ¡Oh, dulce Salamanca de mi corazón, roja como las amapolas y como la faz de tus vírgenes, besada por el sol que la circunda de llamaradas de luz! El cerebro se abre a las primeras dudas y el corazón a las primeras fiestas, y el ausente, el esposo, cultiva como un jardinero la divina floración.

1907.– Venimos a Madrid; damos una vuelta por Europa. Aquella noche tibia de septiembre, en el patio de Escuelas Menores, nos despedimos del ausente a la puerta de su casa. Hemos paseado toda la tarde con él, por el altozano del Rollo. Federico, Marcelino, Fernando, Cándido Pinilla, Manolo Rubio. El ausente esta triste y murrioso; nos separamos de él para estudiar el doctorado. El niño grande, el padrazo que hay en el ausente, se destapa aquella noche:

– ¡Que Madrid no os quite las aristas, las esquineces que yo he puesto en vosotros! Tomad una carta para D. Paco Giner, y para Fulano, y para Zutano. ¡Y que os vaya bien y que no os olvidéis de Salamanca ni de mí!

Y nos da la mano. Dejamos a Fray Luis saboreando los dulces nombres del Cristo frente a la casa del ausente. Al día siguiente cogemos la maleta para reírnos a nuestras anchas del aire de pedantería que reina en cierta casona fría, sucia y maloliente de la calle Ancha, de San Bernardo, donde se fabrican sabios y doctores de toda laya... No nos une a ella más lazo de ternura que el de D. Paco Giner.

1924.– Salamanca despide al ausente una tarde fría, de lluvia y de nieve. Le despiden los mozos, los puros y sencillos de corazón. Toda la ciudad le dice adiós, hondamente emocionada. Las ideas no separan nunca a los hombres; los separa la ausencia de ideas, que no es lo mismo. Desde cualquier plano que se juzgue al ausente, el ausente es, sobre todo y ante todo, el esposo de la ciudad, el que la ha fecundado. No hay fruto de bendición en la ciudad que no se le deba.

Salamanca le espera anhelosa porque siente que es su verbo, su entraña y la razón de su existencia. Le espera segura de su retorno y segura de su fidelidad. El ausente lo sabe también. Y así ha dicho este sin petulancia, consciente de lo que decía, a sus alumnos en el momento de estrecharles la mano:

– ¡Bien, señores! ¡Para mañana la lección siguiente!

El Liberal (17-10-1924)
El Pueblo Gallego (14-03-1924)

Mi excursión a Hendaya

Hendaya, los pasaportes, la dulce y bella tierra de Francia. ¡Dios te salve, Francia adorada! Siento una emoción muy honda en este lindo pueblecito costero y vasco; el corazón me lleva a un hotelito que hay muy cerca de la estación. Es humilde. Estudiantil. Casi franciscano. Una muchacha vasca, con lentes, me interroga con la vista:

– ¿Monsieur...?
– Il est sorti.
– Mais... ou est–il? Savez–vous, mademoiselle?
– Il est sorti pour Biarritz ce matin.
– Alors?
– Il reviendrá demain.
– A demain, mademoiselle.
– Votre carte de visite?
– ¡Ah! Voici. ¡Merci bien!

Y me dirijo a la ciudad. Haciendo tiempo. Reponiéndome un poco del susto, paladeando, de antemano, el deleite que sentiré mañana, cuando llegue monsieur. Sí. Hay afectos que no se olvidan; hay deudas de gratitud que no se pagan nunca, nunca. Los maestros son como los padres. Nos han formado el corazón; nos han formado la cabeza... Hemos pensado, hemos sentido con ellos. Figuran, en nuestros amores, a la vera de la madre, a la vera de aquella rubita, de aquella morena, que nos hicieron presentir el cielo, en nuestros años mozos de estudiantes.

¡Querido monsieur! Aquí eres popular, todos te conocen, todos te quieren, todos te estiman.

Pregunto a un joven por el emplazamiento de la ciudad.

– ¿A la izquierda?
– Sí. A la izquierda.
– ¿Sale usted del Hotel Broca?
– Sí.
– Pues monsieur no está. Vuelve a eso de las seis todas las tardes. Las mañanas las pasa escribiendo. Trabaja mucho monsieur. Está muy contento, muy alegre... Se conserva bueno.
– Hoy no está en Hendaya.
– ¿No?
– ¡No! Vuelve mañana.
– ¿Volverá usted?
– Sí.
– ¿No le había avisado?
– ¡No!
– ¿Usted es...?
– Español, discípulo suyo, señor.
– ¿De Salamanca?
– Sí; de Salamanca.

Torno al hotel dos, tres, cuatro veces. No ha vuelto monsieur de Biarritz. Le esperaré. ¡Hasta mañana, querido monsieur! ¡Tan lejos y tan cerca de España! ¡Cuánto la quieres! ¡Cómo nos la has hecho querer tú a nosotros, vasco erizo, vasco rudo, vasco tierno, vasco maestro, vasco de nuestra Salamanca! ¡España nuestra! ¡Pues no puedo acabar de emoción estos renglones!

El Adelanto (19-02-1926)
El Liberal[61] (26-02-1929)

[61] En *El Liberal* se publicaría, unos días más tarde, como «El querido Monsieur» formando parte junto a «Mayu», también publicado previamente en *El Adelanto*, de un artículo titulado «Por el norte». Las escasas variaciones entre ambos consistían, principalmente, en el diálogo inicial que aquí se describe en francés y en aquel se hacía en castellano, y, sobre todo, en el final del artículo (*– ¿De Salamanca? – Sí; de Salamanca. Torno al hotel dos, tres, cuatro…*) que en *El Liberal* fue eliminado por la censura. Resulta curioso comprobar como Miguel de Unamuno, protagonista principal de este artículo y presente en él de principio a fin, no es nombrado en ningún momento por Sánchez Rojas, quien, a buen seguro, pretendía con esta omisión eludir los recortes del censor.

Unamuno y Salamanca

Ha dicho muchas veces don Miguel de Unamuno hablando de Salamanca, su ciudad y la mía, que es su esposa espiritual, donde le han nacido, a la vez que los hijos de la carne, los hijos del espíritu que el glorioso pensador tiene hoy diseminados por toda España. Salamanca le ha recibido como tenía que recibirle. Aquel remanso dorado y plateresco no podía vivir sin este hondero que a pedradas agitaba siempre no solamente la superficie sino las honduras. Este ciudadano ejemplar que ha sido asociado y regidor del Concejo de mi pueblo se moría de angustia lejos de su campo de San Francisco, de su Cándido Pinilla y de sus hijos todos, porque en Salamanca la influencia de don Miguel cala hasta en los que se jactan de haberle rechazado siempre. Salamanca, a su vez, sin Unamuno a la vista, había perdido su conciencia de ciudad y amenazaba con trocarse en tribu durante estos años vergonzosos que hemos soportado pacientemente todos. Pero ha bastado un abrazo, una mirada, un gesto, para que el hombre y la ciudad se comprendiesen y se amasen del todo. Y si Unamuno al llegar a Salamanca ha recobrado su hogar y está en vísperas de recobrar su magisterio, Salamanca al recobrar a don Miguel y al darle el callado abrazo de bienvenida, se ha purificado de las sospechas y sombras que habían recaído sobre la Escuela y sobre la urbe, a las que muchos suponían reos de ese terrible delito de simonía que explican los canonistas y que consiste, como sencillamente ha definido Don Miguel, en otorgar grados a cambio de mercedes.

Porque la verdad escueta es que Salamanca no ha conferido grado alguno, ni ha recibido tampoco merced alguna a cambio de este grado, más o menos honorario, que un día hizo gemir las prensas, ahítas de burla y de coraje. Salamanca ha guardado fidelidad al querido Ausente. La Escuela también ha callado durante la servidumbre. En nombre de las dos han actuado gentes que han sentido la comezón, poco salmantina en verdad, de adular al amo, venga o no venga a pelo, y de marchárseles la mano en estos afanes enojosos de la lisonja y de la domesticidad. El grado se otorgó aprovechando la ausencia de los maestros durante las vacaciones veraniegas y no llegaron a suscribirlo ni el diez por ciento de las que forman su claustro universitario. ¿Necesitaré añadir que el pelotón se reclutó precisamente entre los reclutas de la enseñanza que entraron en ella por las puertas del favor y por los fueros de la ancianidad? En aquella reunión famosa se dio el caso singular de que los tres catedráticos de oposición que acudieron al reclamo, prestigios del magisterio universitario además, se opusieron naturalmente al desaguisado. Cuando se votó representante para la Asamblea Nacional, se repitió el mismo caso. Por una exigua minoría fue elegido un antiguo profesor carlista, nada conocido fuera de su aldea, autor de unos apuntes muy pintorescos, y la mayoría se abstuvo de acudir a las urnas. La Escuela votó, pues, en blanco, lo que equivalía en la práctica a rendir un homenaje a don Miguel. Varios estudiantes salmantinos sufrieron el destierro, y a mí mismo, que tuve la humorada de acompañar a la Tuna Escolar Salmantina por las provincias del Norte en los primeros meses del año 26, me cupo la gloria de sufrir un confinamiento invernal en Huesca, por haber dicho palabras de respeto al magisterio insigne de don Miguel ante los obreros de Eibar. Dos catedráticos salmantinos, ambos de Derecho y muy ilustres, Wenceslao Roces y Alfonso García Valdecasas, tuvieron que abandonar sus cátedras. Y he de recordar, también que acaso en ninguna ciudad española fue tan violenta la represión por los sucesos estudiantiles del año pasado como en Salamanca. Las cárceles de partido de la provincia se llenaron de estudiantes y hubo delaciones vergonzosas y absurdas. La Universidad añoraba siempre al maestro ausente y no tiene en realidad por qué avergonzarse de delitos que no cometió jamás.

Pero había interés en que se creyese lo contrario y los estudiantes, los queridos estudiantes, como siempre, supieron representar el espíritu de la ciudad en todo momento y ocasión. Cuando el agraciado fue por las palmas académicas, por la toga y por la muceta, hubo que proscribir del Paraninfo a la población escolar. Los profesores más insignes y populares recibieron del Poncio que regía aquello la orden de cambiar de residencia durante aquellas ceremonias. Se celebró un banquete en la Escuela, y no pudo pensarse en que fuera lo que tenía que ser, puramente universitario; hubo que llenar las mesas con comensales upetistas[62] y con los regidores y diputados provinciales de complemento. La ciudad no otorgó un solo aplauso al que aceptaba, por causa de honor, una investidura que la Universidad no le había otorgado. Los chicos, los escolares, vitoreaban un nombre que es común al exdictador, al profesor que ha llegado ahora de su destierro y a

[62] Pertenecientes a la Unión Patriótica, partido único de la dictadura de Primo de Rivera.

un célebre cantante que había casado por entonces con una bella salmantina[63]. Con expediente tan ingenioso capeaban el temporal los escolares salmantinos que ahora han soportado diez kilómetros de paseo, sobre la nieve, para salir a recibir a su Rector. Y momentos antes de llegar don Miguel a la Puerta de Zamora aclamado por un pueblo que admira a la vez las calidades públicas y privadas del maestro arrojado de su cátedra, los claustrales celebraban una sesión que acababa como el rosario de la aurora, sobre aquellos polvos y estos lodos de los grados y de las mercedes.

Todos los que regentaban la Escuela, el Rector[64], los dos vicerrectores, los cuatro decanos, han dimitido ante la sola presencia de don Miguel de Unamuno en Salamanca. Dígase lo que se quiera de estas dimisiones, las causas venían de muy atrás. En cuanto se ha abierto un poquitín la válvula nadie quiere cargar con responsabilidades pasadas y nadie se atreve, tampoco a comparecer en público. El claustro pensaba y concretó su pensamiento en una proposición, que la Universidad no podía rendir un homenaje a Unamuno, mientras la dirigieran gentes que encarnan en ella el espíritu que ocasionó la proscripción del maestro. Los escolares festejaban el retorno, llenando hasta los topes todos los autobuses y diligencias de la ciudad, vitoreando a su placer. Luego, diestramente, quitan el nombre de Callejo[65] de un sitio harto visible que da acceso a una plazuela. Los profesores, en su inmensa mayoría, se suman a la manifestación escolar. El Paraninfo se cerraba y la calle se colmaba de gentes de todo estado y condición. Pero el pleito de las dimisiones queda en pie. Nadie quiere responder de lo pasado y ya todos tratan de acoplarse a los cambios y mudanzas del día. Pero la Universidad prepara un homenaje, el homenaje se celebrará. Aquel Paraninfo fue siempre la tribuna entrañable del maestro. En él le conocimos nosotros, de niños. Él era entonces un pollo, lleno de vigor, que regalaba a los estudiantes con las dulces trovas de Querol, aconsejándoles que antes de orientarse por el firmamento de las ideas, planeasen altos sus vuelos, como las águilas reales. Ahora él vuelve con la cabeza blanca y nosotros somos hombres. Pero revivimos nuestros mejores años de estudiantes, cuando a los diez y ocho años librábamos nuestras primeras batallas a favor de Don Miguel, contra el espíritu cominero y provincial del claustro de antaño, que estaba celoso de la perenne mocedad de su corazón y de su cerebro.

La Voz de Guipúzcoa (21-02-1930)
El Pueblo Gallego (22-02-1930)
El Noroeste (22-02-1930)
El Luchador (21-02-1930)

Unamuno, candidato…

Don Miguel de Unamuno no se presenta candidato de las mayorías en la provincia de Salamanca –decir eso de él sería una irreverencia y una impostura–; lo que ocurre es que las mayorías le presentan a él. Sin motajo alguno. Como tal don Miguel sencillamente. Así, como tal don Miguel fue ya elegido concejal el glorioso 12 de Abril, y nombrado dos días después alcalde honorario y perpetuo de la ciudad universitaria.

Y don Miguel ha comenzado ya su magisterio en los pueblos. Nada de mítines. Propaganda serena y reposada, palabra justa y sobria. En definitiva, remoción e inquietud espirituales. Piedra que se lanza al lago, voz recia que dice congojas y esperanzas ante la España que nace. Don Miguel, ante los labriegos, ante las mujeres, ante los niños, cara al cielo limpio y sereno de las tierras salamanquinas, en medio del campo reza ante todos su oración civil, con emoción creciente, abriendo, ante el asombro de los espíritus sencillos, posibilidades infinitas para la patria nueva que ya comienza a balbucir sus primeros deseos.

Don Miguel de Unamuno evoca en estos días en que campan por los Comités de mus y de camilla, la figura de Carducci en Italia, cuando lanzaba sus primeros discursos a los electores de Lugo en la Toscana, y la de Guerra Junqueiro en Oporto, cuando se deshacía para siempre la dinastía de los Braganzas.

Don Miguel no quiere que se voten ideas, sino personas. No cree en programas, sino en conductas. La Patria es un organismo vivo, compuesto de hombres de carne y hueso, que tienen

[63] Se refiere al tenor Miguel Fleta, casado con Carmen Mirat.
[64] Era rector en ese momento Enrique Esperabé de Arteaga; vicerrector, Primo Garrido Sánchez.
[65] Seguramente se refiere a Eduardo Callejo, ministro de Instrucción Pública durante la dictadura.

sus pasiones, no de razonamientos abstractos que deshace siempre la realidad. Don Miguel, un hombre, no cabe en un partido. Ni aun en el de su jefatura, que dentro de él, a todas horas, arman camorras inenarrables las oposiciones extremistas de su espíritu, que le gritan dentro del propio corazón.

Ya es muy antiguo el contacto de don Miguel con el de las masas campesinas de Castilla. Hace ya muchos años, en los primeros de nuestra juventud universitaria, le acompañábamos por aquellos pueblos y por aquellas dehesas, conteniendo los primeros chispazos de la inquietud agraria. Le recordamos una tarde, en el silencio denso de Ledesma, oyendo a lo lejos el rumor del claro Tormes, cuando despedíamos a un luchador. Casimiro González Trilla, que, harto de apechugar con los caciques, se desgarraba del pueblecito para vivir en América. Le recordamos también una tarde, entre las encinas, bajo un sol de fuego, en cotos del duque de Valencia, ante millares de labriegos, que oían, a pie firme, la palabra profética del desterrado de Hendaya. Entonces no les pedía votos; ni ahora –candidato–, tampoco. No es un propagandista; es un maestro. No cambia de profesión, sino de medio. Sale de su cátedra, sale de su despacho silencioso, para cambiar de auditorio y de discípulos. Él dice su lección del día, y desaparece para volver.

Don Miguel, bilbaíno, vasco, ha aprendido acaso a pensar, a hablar y a escribir en Salamanca; y allí se ha trocado lentamente, con el transcurso de los años, en el representante acaso más excelso del espíritu castellano.

Por eso Salamanca le envía ahora de mandatario suyo. Respetado por todas las fracciones que lucharán el domingo, viene como símbolo de la vieja Castilla al palacio de las leyes. El mismo ha dado la interpretación histórica, muy salmantina, a la epopeya del 12 de Abril. Recordaba que el alzamiento de los Concejos contra el Poder real no ha sido cosa de ahora: hace cuatro siglos, Toledo y Zamora, y Medina, y Salamanca, y Segovia, se alzaban también contra el Habsburgo. Perecieron las demandas de las ciudades en Villalar: pero el pleito se ha resuelto cuatro siglos después. ¿Interrumpiremos la Historia? Mejor sería reanudarla hogaño. En los días preñados de sorpresas que vamos a vivir ahora, sería lamentable que olvidáramos que nuestras libertades tienen su estilo y su ritmo propios.

Don Miguel, un vasco, es el castellano de hoy, y el de ayer, y el de mañana: es el castellano eterno, quiéralo o no lo quiera. Y, con los votos del labriego salmantino, dirá en Madrid el sentir de Castilla. Castilla, que hizo España con su sangre y con su lengua, sin tiempo para curarse de sus propias amarguras, extraerá de su pasado independiente y activo las normas para su futura grandeza y para su plenitud futura.

Crónica (28-06-1931)

POLÍTICOS

Crónica ligera[66]

El discurso feroz que soltó Gorki a los admiradores que le aplaudieron en un teatro de Moscou [sic], y del cual tienen conocimiento los lectores de El Castellano, representa, me parece a mí, el estado general de todos los escritores insignes, con los que leen sus libros y escuchan sus peroratas.

Observad a una coqueta guapetona, una de estas reales mujeres que atraen sobre sí las miradas de todos los Tenorios babosos. El exceso de admiración las revienta; desconocen el amor hondo. Gustan de hombres fuertes que tengan su alma correspondiente para decir piropos y... disparates. Siempre ha marcado el incienso.

Los escritores insignes son como... las coquetas... Y Gorki, el escritor contemporáneo de más vigor, el hombre que más sinceramente odia los cintajos y flores de papel, no puede recibir tanto aplauso. Le fatiga la admiración. Gusta de la violencia y no puede escuchar los aplausos sinceros de una muchedumbre inconsciente. Sin duda que es más difícil conquistarse un solo lector, que entusiasmar a un auditorio entero. Pero la muchedumbre que oye es una pobre caballería.

Y Gorki debiera de haber motejado de imbéciles a las gentes que se sintieron entusiasmadas, a su presencia en el teatro de Moscou.

El Castellano (12-05-1904)

Hablando con Mirat[67]

En la Puerta del Sol, a la una de la noche, nos hemos saludado y cambiado impresiones el alcalde de Salamanca y yo.

Hemos hablado, naturalmente, de los Juegos florales; de la futura comisión que ha de invitar oficialmente a la Reina; de Maldonado; de Valencia (Benito María) y demás asuntos de actualidad palpitante.

Y hemos quedado en volvernos a ver.

Mirat, sonriendo, me ha dicho:

– Aquellas fuerzas vivas se mueven que es un gusto.

Yo me he sonreído también.

¡Oh, las fuerzas vivas de mi ciudad! Yo las estimo con toda mi alma. Hay que reformar, que higienizar, que moralizar la ciudad y las fuerzas vivas no aparecen por ninguna parte.

Hay que invitar a una reina, que farandulear, que organizar cabalgatas, y las fuerzas vivas «se mueven que es un gusto.»

[66] Firmado como Jorge de Alba.

[67] Manuel Mirat Domínguez, alcalde constitucional y presidente de la Junta Local de Reformas Sociales de Salamanca.

Mirat está entusiasmado.

Lleva unos días en Madrid que no descansa. Nuestro alcalde –cuya gestión tuve el gusto de aplaudir durante la famosa elección Pérez Oliva-Clairac[68]– es de una actividad incansable y de una absoluta buena fe.

Yo le deseo toda clase de éxitos personales y políticos desde su municipal poltrona.

El Castellano (18-05-1909)

Bullón en Bilbao

¿Es Eloy? ¿No es Eloy? Su bigote, sus lentes, su mirada, su mano que se abandona perezosamente en la diestra de un buen señor, senador por las trazas, de luenga barba blanca y de ojos azules y bondadosos...

– Hola, Rojas. Espera. Voy contigo. Sí. Es Eloy. Un sombrero flexible de color café remoza su fisonomía algo seriota y dura.

– Chico, con el sombrero ese... Dudaba...

Y nos emparejamos y charlamos. Carrera de San Jerónimo arriba, con dirección a la Puerta del Sol.

– Esta noche salgo para Bilbao –me dice el joven diputado por Sequeros.

– ¿Cómo es eso? –pregunto.

– De conferencia. Bilbao se anima. Lerroux, los socialistas, nosotros. Voy a dar una conferencia sobre el partido conservador y su labor social.

Y charlamos sobre el tema. El partido conservador hizo una labor positiva en materia social: esto es indudable.

Ellos dieron la ley tan simpática del descanso dominical, cerraron las tabernas, se metieron con los periodistas, con los taberneros, con la higiene. Conservador fue el ministro que firmó la ley contra la usura. Conservadora fue la ley de accidentes del trabajo. Júzguese como se quiera la etapa conservadora, es indudable que su gestión fue honesta y limpia.

Bullón sabe que separándome un abismo de las ideas de sus amigos, he aplaudido sinceramente sus procedimientos; tan superiores a los de la grey liberal. Y sigue hablándome de un tema que me es grato. Luego, continúa diciendo:

– Lo intolerable de ciertos elementos de mi partido es su apatía. Nosotros no queremos dejar al pueblo en manos de los elementos revolucionarios.

– ¿Pero tú crees que el pueblo puede ser conservador? –le pregunto.

– No lo sé –contesta– lo que quiero es que nos conozcan; lo que quiero es ponernos en contacto con él.

Y nos despedimos.

Él sigue hacia la Puerta del Sol a preparar la maleta; yo subo a un tranvía...

Anoche, *La Correspondencia*, hablando de la conferencia del paisano y del amigo, escribe que ha sido admirable. El cronista, con más elementos de juicio, os hablará, otro día, de la conferencia del ilustre profesor y diputado salmantino.

El Adelanto (12-01-1911)

El señor Burell

Esta tarde he visto en la calle al señor Burrell [sic]. Ya no es ministro de la pública instrucción el buen periodista. Llevaba cierta tristeza en los ojos el hombre de voz recia, profunda y estridente. Acaso, sentía nostalgias del palacio de la calle de Atocha.

Largo fue el testamento del señor ministro. Cuéntase que duró desde las nueve de la mañana del día 31 hasta las dos de la madrugada del primer día del presente año de gracia. Firmó credenciales por cestos; donde no cabía sueldo se ponía gratificación, y donde no cabía gratificación se ponía otra cosa. El periodista, que no tenía sueldo iba a estudiar fuera; el que no podía estudiar fuera, se quedaba dentro.

[68] Se trata de Isidro Pérez Oliva, liberal, y Juan Lamamié de Clairac, conservador, que coincidieron en las elecciones a diputados en Cortes de 1907.

¡Tiene tan buen corazón el señor Burell!

Profesores de idiomas, consejeros de Instrucción, inspectores, pensionados, de todos se acordó el excelente amigo en las últimas horas de su vida ministerial.

Y se cuenta también – ¡en este Madrid se cuentan tantas cosas!– que el quieto, apacible y equilibrado don Amós quiso presentar la dimisión de su cargo al día siguiente de jurar.

Lo del material del año se había gastado ya; los nombramientos se habían extendido con anticipación, para ahorrar molestias al inteligente y rectísimo sobrino de Sagasta. Porque este don Amós es el reverso de la medalla del señor Burell. Es tan meticuloso, tan seriote, que cuando llega a un Ministerio –¡ya se sabe!– se queda sin amigos.

He visto al señor Burell por la calle.

¡Estas glorias del mundo son tan efímeras! La vida ministerial es tan corta como la del héroe de *La vida es sueño*. La vida es corta y los amigos pocos.

No sé si pensaría en el príncipe calderoniano el señor Burell. En Europa es un sueño que un hombre que no es bachiller, unja doctores, licenciados, arquitectos, sabios, oficiales. Pero en este rincón tan idealista, el sueño es la realidad, la realidad única acaso. ¡Eso sí, a lo mejor nos despiertan de nuestra modorra!

Los periodistas son los únicos que siguen soñando. No han hecho más que cambiar de piso y de ministro. ¿Qué más da Rafael que Julio, Fomento que Instrucción?

El Adelanto (13-01-1911)

Luis de Zulueta[69]

Felicítome de que el diputado a cortes por Barcelona Luis de Zulueta, ocupe la tribuna del Círculo Mercantil de Salamanca[70]. El señor Zulueta es uno de nuestros mejores mozos por la robustez de su inteligencia, por la disciplina de su espíritu, por la bondad de su corazón, por su instinto político y por la limpieza de su vida pública. No es un profesional, en la corriente acepción del vocablo, sino un pensador, un solitario metido en los vaivenes de las andanzas parlamentarias, que ha hecho un alto en su vida contemplativa, para consagrarse por algún tiempo a la acción.

Es conocido Luis de Zulueta en Salamanca. Hace cinco años cursó libremente la Facultad de Letras en nuestra Escuela. Se llevó una remesa de sobresalientes, dejó buenos amigos, y tropezó con una sorpresa. El señor Amador y Andreu no halló muy rigurosa la dialéctica del señor Zulueta, que no ha estado más que cuatro o cinco años en Alemania, consagrándose por completo a la filosofía.

En Salamanca rectificó acaso nuestro amigo su impresión sobre Castilla. Amó sus piedras doradas, el bosque de agujas de sus catedrales, sus atardeceres cuando el sol deja huella de sangre en la llanura. Zulueta es catalanista, mas su catalanismo no es absorbente. Quiere que la realidad se imponga a la tramoya y que las demás regiones imiten a Cataluña en su tremenda efervescencia política.

En Salamanca, en una inolvidable excursión a Ledesma con Cándido Pinilla y otros amigos, ¡qué de cosas nos dijo Zulueta rebosantes de amor a Castilla, rebosantes de amor a España!

En el Parlamento, no despierta recelos el bravo mozo. Se le quiere, se le admira, y en los hombres puros de nuestra política, Azcárate, Pablo Iglesias, pesa de veras la opinión, siempre serena y ponderada de nuestro futuro conferenciante.

Muy breve es la historia política de Luis de Zulueta. Tendrá poco más de treinta años el antiguo examinando del señor Amador y Andreu.

Fue concejal de Barcelona nuestro amigo, que vive de su trabajo, modestamente, derrotando a un burgués muy rico. No tomó posesión del cargo. Luego, en *La Publicidad*, hizo política, despertando el espíritu ciudadano de Barcelona. Fue un ferviente, un decidido partidario de *solidaridad*. Afiliado al partido republicano catalanista, Luis de Zulueta resultó elegido diputado por Barcelona, ocupando un puesto de las minorías en las últimas elecciones. En el Congreso, su sólida cultura, el dominio de sí mismo, su juventud moral limpia de máculas, le ha dado una aureola de simpatía y de prestigio. Es un encarnizado enemigo de la conducta política del señor Lerroux.

[69] Existe otro artículo de igual título y distinto contenido publicado en *Iberia* (O.C. Tomo II, página 107).

[70] El 11 de marzo el presidente de dicho Círculo invitó a Luis de Zulueta a dar una conferencia en Salamanca que aceptó gustoso. Se fijó el día 14 de marzo, pero no pudo celebrarse por desgracias familiares del conferenciante.

En Salamanca hará obra de cultura el señor Zulueta, alejándose de toda suerte de tramoyas y de farándulas. Casado con una salmantina muy inteligente y muy buena, doña Amparo Cebrián, Luis Zulueta es paisano nuestro por los afectos de corazón. Y como paisano nos hablará: confidencialmente, sencillamente, como un amigo que torna a la casa solariega, a contarnos, con emoción, lo que ha visto a lo largo de la jornada, en las montañas del pensamiento, y abajo, en los valles de la realidad.

El Adelanto (13-03-1911)

Nuestro diputado

Salgo con el señor Pérez Oliva desde el *Lyon d'or* hasta el Congreso de Diputados. No hay cosa más empachosa y molesta que acompañar al señor Pérez Oliva. Se detiene con un amigo; saluda a otro; escribe dos líneas con su letra infernal para acceder a los deseos de un tercero; abraza a un cuarto. Pero en el tranvía le conoce el cobrador, y en el puesto de simones el cochero, y en el estanco la mocita guapa. En tan breve caminata, desde el café al Congreso, empleamos veinte minutos. Luego, en la casa, en llegar desde la puerta al escritorio, tiene más paradas que el tren de Medina en las noches de frío.

Saluda al presidente, al secretario, al mayor; deja un despacho en el telégrafo; recoge un pase en una oficina; vota; torna a salir del salón. Escribe. Y este es el momento supremo, épico, de nuestro querido amigo el diputado a cortes por Salamanca.

Lleva diez minutos sentado y ya ha escrito veinte cartas. Con él se sientan dos diputados salmantinos y me siento yo.

Encarándose con uno, exclama:

– ¡Vagos a la calle! ¡Pon un sobre a Fulano!

Y a mí:

– ¡Oye, felicita a Zutano, que se me pasó!

Y al otro:

– ¡Arreglado eso de Fomento! ¡Hablé con Rafael!

Escribimos todos nerviosamente. Hay un montón de cartas sobre la mesa. Van cincuenta, sesenta, y se levanta para preguntar a un senador cómo lleva *eso* de las elecciones provinciales. Y le interrumpe otro para preguntarle por una vista contenciosa. Y un tercero le habla de minas. Y el ujier, respetuoso, manifiesta que cumplió su encargo.

¿Cuándo come, cuándo duerme, cuándo reposa Isidro Pérez Oliva? Ninguno de sus amigos lo sabemos. Pero vamos a un Ministerio y topamos con él. Recordamos a un político una cosa, y ya el señor Pérez Oliva se la recordó por la mañana. Asistimos a un estreno, y Pérez Oliva aplaude en las primeras filas, que no es incompatible ¡caramba! la seriedad del cargo con el aplauso a Julita Fons. Hablamos de un libro, y ya Oliva recibió el ejemplar dedicado por el autor que es amigo suyo.

Y no protesta nunca de su vida agitada y tumultuosa. A veces, cuando no puede más, exclama:

– ¡Si no fuera por mis charros!

Pero torna a cargar su pluma estilográfica y sigue escribiendo, escribiendo...

El Adelanto (14-03-1911)

Soriano y Lerroux

Todos los días, cuando llego a casa, me para un vendedor para decirme: "*La Tralla,* con la estafa de Rodrigo Soriano", o bien un golfete conocido me detiene para gritarme: "*La Batalla*, primer número, con el robo de Lerroux". Eso, a voz en grito, por la calle, en calles inundadas del sol, de notas canallescas de organillos, de trajes claros, de mujeres guapas, de autos, de coches, de luz, ruido y alegría.

Y no compro esos periódicos. Y me molesta que se jalee eso y que se diga eso. Estos caudillos ¿son jefes de un partido europeo o de una jarka rifeña? ¿Van a ventilar sus diferencias tirándonos el barro a los transeúntes? Que se maten, si quieren. Pero que no nos den pretexto para censurar semejantes procedimientos por el consabido "más eres tú" tan español y tan casero.

Así no se educa al pueblo. Su candidez republicana se torcerá pronto, no con el conocimiento perfecto de las diferencias –puramente personales y de temperamento– que separan a Rodrigo Soriano de Alejandro Lerroux, sino con todo linaje de reticencias, suspicacias, retorcimientos y falsedades. Ha pasado la era del insulto, que solamente emplean los memos impotentes y envidiosos y los mal nacidos. La ropa sucia se lava en casa. No va a exponerse llena de mugre al balcón para que salpique, manche y enlode a los que pasamos por la acera.

El periódico ha llegado a ser irresponsable en esta tierra. Los directores de los diarios que motejaban de inmorales a Maura, Cierva y Ferrándiz, cuando el asunto de la escuadra, no daban la cara en el Parlamento, ni respondían de sus artículos. Soriano contará, cuando llegue el caso, que *España Nueva* no refleja del todo su pensamiento, y Alejandro Lerroux replicará, por su parte, que él no redacta *El Radical*. Lo que se buscaba, que era el escándalo, se logró con creces. Lo otro, el retorno de las aguas a su cauce, la pacificación del espíritu sectario, la explicación leal, no vendrá nunca.

Y es que Soriano y Lerroux no pueden ir juntos. Soriano es un señorito metido en la política por deporte. Juega a la interrupción, a la frase de mal gusto, detrás de su inmunidad, como los árabes corren la pólvora, porque sí. Lerroux es más dueño de sí mismo; tiene energía y es una voluntad de hierro.

Ha luchado en la vida, siendo, hace veinte años, un empleado modestísimo de *El Imparcial* con 100 pesetas mensuales; ahora, jefe de un partido popular. Se ve a Lerroux más sereno en la contienda que a Soriano. Luego, por discreción Soriano, por habilidad Lerroux, no dirán en el Parlamento más de lo que quieran.

El Adelanto (20-03-1911)

El discurso de Canalejas

Continúa siendo tema de actualidad la oración parlamentaria del señor Canalejas. El discurso del presidente del Consejo me dejó frío.

No admiro a los hábiles y la oración del primer ministro fue un monumento de habilidad. Parecía que no se podía hablar claro; que flotaba algo así como prudencia, como demasiada prudencia, en el ambiente de la Cámara; que Canalejas quería despejar su situación y no quería; que Canalejas quería ser sincero y no quería. El jefe del partido liberal estuvo dando pinetas toda la tarde. Y, con su intervención, desagradó a republicanos, a conservadores, a la misma mayoría, pues ya hemos convenido en que los aplausos tienen un mero valor convencional.

¿Qué piensa del asunto Ferrer el Gobierno? Canalejas dijo que no debía discutir una sentencia. Perfectamente. El poder legislativo debe respetar los fallos, las decisiones del judicial. Pero si no la discute Canalejas, ¿para qué firmó con Moret, con Azcárate, con Iglesias, un documento protestando de la represión conservadora en Cataluña? ¿Por qué vinieron los liberales al poder? ¿A qué se llevó, a Weyler a Barcelona? Siempre el equívoco, el callejón, las tinieblas.

El señor Canalejas no es gallardo. Harto más humana es la actitud del señor Maura, del señor Lerroux o de Pablo Iglesias. Al menos se ve dónde van y dónde vienen. Canalejas ha podido llevar la voz de España, en el asunto, sin dar la razón a los republicanos, sin dársela tampoco a Maura. Ha preferido nadar y guardar la ropa. Ha podido descartar del asunto Ferrer –que no es un asunto Dreyffus, ni un asunto Murri, ni mucho menos– primero, la injusticia radical de la prensa extranjera con relación a la persona, borrosa y mezquina, de Ferrer. Segundo, la leyenda de Montjuitch, desmentida por el procesado, dos horas antes de morir. Tercero, afirmar, en hipótesis, la posibilidad de la revisión. Revisión que puede pedirse dentro de tales y cuales límites según el Código de justicia militar. Cuarto, en el asunto puramente político, el del consejo del indulto al Rey, el señor Canalejas pudo haber mantenido, sus puntos de vista de Octubre de 1909, que para nada merman la autoridad, el prestigio indiscutible, la convicción honrada de los jueces de Ferrer. La facultad de sentenciar es cosa del poder judicial, de los Tribunales civiles o militares. El consejo del indulto, del poder ejecutivo; la concesión, atributo del poder moderador.

Gallardamente, en el caso del Gobierno, hubiera resuelto su actitud cualquier estudiante mediano de Derecho político sin herir susceptibilidades de nadie.

Naturalmente, no es ese mi punto de vista, pero hubiera sido el lógico en el señor Canalejas. Tenemos que deshacer una leyenda. Y las leyendas, lo mismo entre las comadres que entre los pueblos, no se deshacen más que con claridad, firmeza y voluntad enérgica para confundir a los noveleros de toda laya.

Ni España de pandereta ni España de Ferrer. Los liberales eran los llamados a deshacer esos castillos en el aire de los anarquistas europeos, cuyo caballo blanco fue siempre Francisco Ferrer Guardia.

Telón rápido.

Los lectores perdonarán que hoy me deje de comentarios y que me atenga única y exclusivamente a relatar hechos. El Gobierno está en crisis. También está en crisis la opinión liberal del País. En crisis el Parlamento, y la Nación entera en crisis.

El sábado habló Salillas, y luego Cierva. En los pasillos vi al general Luque, al general González Parrado, al general Ríos. Había en el ambiente algo que preocupaba extraordinariamente a los espíritus. Como esas tardes de verano, bochornosas y cálidas, en que nos sentimos torpes para la acción y para el pensamiento, así también se columbraba algo que nadie podía definir concretamente y que todo el mundo mascaba; había en el ambiente una pesadez grave, de electricidad concentrada, que nos privaba del ejercicio normal del raciocinio.

Y hoy, a las tres, llego al Congreso

A la puerta encuentro al señor Rodríguez Arias. En la guardarropía pónese precipitadamente su gabán el alcalde de Madrid y sale a la calle. Se nos dice categóricamente que se ha presentado la crisis total[71]. Suenan los timbres. Se lee la comunicación del Gobierno participando a la Cámara que se halla en crisis. Los republicanos vitorean a la soberanía del poder civil, a la soberanía del Parlamento. Se grita también ¡viva la República! Luego hay comentarios apasionados, violentos, vibrantes.

No comento, no puedo comentar, no quiero comentar. Lerroux sale del salón con los músculos de la cara contraídos en amarga mueca. Pablo Iglesias, lo mismo. Emiliano Iglesias, no tiene calma tampoco.

¿Qué pasará? El telón se ha corrido por ahora. Y no sabemos cuándo comenzará el segundo acto.

El sudario frío de Ferrer nos envuelve a todos. Canalejas ha solucionado rápidamente la grave, la gravísima situación del Gobierno. Y nadie sabe de nada.

El Adelanto (03-04-1911)

Don Dalmacio[72]

Ha vuelto don Dalmacio al Congreso y yo he oído esta tarde a don Dalmacio. Está como siempre. Usa las mismas gafas, la misma abundante corbata negra, la misma voz de flauta y los mismos gestos. Este encantador don Dalmacio ha regocijado mi espíritu, durante media hora, algo abatido por la lluvia constante, por la primera apreciable borrasca de Mayo.

¿Qué ha dicho don Dalmacio? No lo sé. A mí no me importa lo que dice don Dalmacio. Con los radicales tuvo un gesto gallardo. A una interrupción –iba a escribir interjección– del señor Mayner[73], replicó el pollo de la Defensa Social que tenía la seguridad de "que ciertos radicales no se encuentran nunca en las trifulcas".

Suspendo un momento este comentario. Don Dalmacio se ha sentado a mi vera en los escritorios, y aunque es miope, no quiero que me sorprenda. Habla a un diputado de la "falta de tutela moral". A otro le anuncia una interpelación sobre la pornografía y sus terribles estragos. ¡Si nos descubrirá don Dalmacio los banquetes barceloneses a la Chelito sin omitir detalle!

Este hombre terrible es capaz de todo.

Con estos ojos, con esta voz, con esta facha de sacristán, con la petulancia que a sus discursos presta la escolástica clerical, don Dalmacio representa su papel en el Parlamento. Recuerda los

[71] Efectivamente, el día 1 de abril visita Canalejas al rey quien reitera su confianza al presidente de Gobierno y este formará uno nuevo el día 3. La crisis se produjo por no estar de acuerdo los ministros con seguir con la discusión parlamentaria del Caso Ferrer. El rey puso como condición a Canalejas la de seguir el debate de Ferrer y de defender enérgicamente al Ejército.

[72] Dalmacio Iglesias García (1879–1933), periodista y político, se presentó a las Cortes (1910) por Comunión Tradicionalista.

[73] Ramón Mayner Socias (1867-1921), militante republicano, igualmente diputado en las elecciones de 1910.

libros de texto, los profesores que pasan lista y piden la lección al pie de la letra, los argumentos de los predicadores, toda esa gente –que es legión– que sigue pensando como pensaba Platón.

Dalmacio es un vestigio, una huella de épocas pasadas. Con los inquisidores hubiera servido de corchete; con los reyes de bufón; con los castigados por la justicia humana de... cualquier cosa.

Porque no es todo inocencia mental en estos neos. Dalmacio comenzó a discursear de estudiante, en los claustros de la Universidad de Santiago, buscando el acta. Organizaba tramoyas, lucía su oratoria plebeya y su verbalismo abrumador. Vio, luego, que los neos sirven de veras en la vida y tiró por esté lado. A Barcelona fue con un destinillo de Hacienda. La Defensa Social, que caza a los radicales a tiro limpio, le trajo diputado por Gerona. Y aquí vive aguantando cuchufletas, risas, burlas, denuestos. Con un desdén enorme, no se entera de que está en ridículo y sigue hablando, hablando siempre, hablando dos, tres horas, hasta que consume los refrescos, y el agua, y la paciencia de los suyos.

¡Oh, don Dalmacio! Extremeño de cuna, suma su nombre a las glorias regionales: Espronceda, Moreno Nieto, antes Pizarro, hoy Dalmacio Iglesias...

El Adelanto (03-06-1911)

Oliva, director

Y el señor Pérez Oliva ha tomado posesión esta mañana de la Dirección General de Comercio. Los que queremos mucho a Oliva, los que le conocemos y tratamos íntimamente, estamos llenos de un hondo, de un sincero regocijo.

Oliva es muy bueno. Oliva es muy activo y diligente. Oliva no es hijo de X ni sobrino de Z, ni yerno de H. Paso a paso, desde la abogacía, donde Pérez Oliva tiene su fuerte, se ha abierto él solo, a pico, su sendero de flores.

Comenzó escribiendo –¿quién no empieza así?– y tradujo a Ferri, estudió cuestiones de Derecho internacional con profundo sentido jurídico y dejó huella de su paso en el Ateneo como secretario y en la Academia de Jurisprudencia, como secretario tan bien [sic]. Cambió las cuartillas, que producen poco, por el papel de oficio, que produce más, y el nombre de Oliva fue pronto respetado. Si mi amistad con él no atase mi pluma, yo diría hasta qué punto es estimable el diputado de Salamanca.

No va a Penales, donde estaría mejor; va a Comercio, donde no estará mal. De Oliva puede decirse que comienza a subir ahora los peldaños de la escalera política. En los Ministerios se hará insustituible.

De los porteros para arriba, todos pedirán que Oliva no abandone los cargos que ocupe. Tiene el don de hacerse simpático, de no despertar sospechas, de hacerse querer enseguida, de servir a todo el mundo. Recto siempre y enérgico cuando es preciso, Pérez Oliva sabrá tener a raya a los eternos malandrines.

Eso sí, amigo Isidro, le compadezco a usted desde hoy. Tendrá usted que contestar cientos de cartas diarias, que apretar millares de manos, que templar millones de gaitas. Se multiplicará usted como los panes y los peces. Dormirá usted poco. Se despertará temprano. Comerá de pie. Pensará en este y en el otro. Los autógrafos que usted escriba, desde hoy, pasarán a la posteridad como jeroglíficos egipcios. Los indiferentes serán amigos y los enemigos depondrán su actitud.

¡Pícara condición humana, amigo Isidro! Pase por la lisonja como sobre la censura. Y admire un poco las buenas mozas, descanse algo y queme, por lo menos, el noventa por ciento de las cartas que reciba.

El Adelanto (10-07-1911)

Juanín

– Ahí nació Juanín –me dice Rodrigo, señalándome una casa de soberbio balconaje que hunde su mirada en el valle.

– ¿Juanín? ¡No sé! –replico.

– ¡Sí, hombre, Juanín! Juanín Vázquez Fanjul, o dicho en prosa, Juanín Vázquez Mella. Vázquez Mella nació en Cangas, en el mismo Cangas; un comandante muy republicano fue su padre.

Y habla Rodrigo de Juanín.

Fueron juntos a la escuela; ya en ella, apuntó su facundia maravillosa el docto Juanín, que hoy celebramos tanto. El fuerte de Juanín fue la historia. Nacido en las entrañas de la patria, en el pueblo que fuera la vieja corte de don Pelayo, de don Fabila y de don Alfonso I el católico, dejó discurrir sus sueños de grandeza Juanín, junto al puente musgoso, a la sombra de los castaños y de los robledales, viendo caritas de mozas dulces, yéndose a bañar los días de churros[74] a las márgenes del Sella.

En un horizonte cerrado por picachos cargados de niebla, cerrado al mundo, Juanín no se hartaba de soñar con un mundo luminoso y bello, sin el nivel democrático de hogaño que pone sobre las cosas un ligero barniz plebeyo e igualitario. Juanín estudiaba mucho y hablaba más; el viejo dómine le encargaba sus tareas caligráficas; Juanín, con la regleta, trazaba rayas y más rayas. Moceó Juanín. Heredó de su padre algo así como un poco de libertad franca y selvática que duerme siempre en los discursos de Vázquez Mella. Juanín estudió Derecho, corrió mundo, dejó de ver a las mozas de Cangas, "figuró" en Madrid, fue sabueso de archivos, fue orador de grandes vuelos, diputado. Y Rodrigo se acuerda de Juanín con envidia.

La casa de Juanín se alza esbelta y alegre frente a la ventana de mi cuarto. Me es simpática la casona.

La saludo por las mañanas al fregotearme. A mí, ultraliberal, hijo de mi tiempo, alejado tres mil leguas de los tradicionalistas, me es altamente simpática la figura de Juanín. Si no admiro al artista ni al orador, admiro al hombre porque tiene su credo y lo defiende con fe y con calor. Juanín es un hombre demasiado soñador, demasiado romántico; ha podido ser ministro y ha preferido ser un solitario que tiene poco dinero. Por eso y porque ensueña una España grande, imposible para quien no tenga su inocencia mental, podemos dar un abrazo, a las veces, a nuestros mayores adversarios.

El Adelanto (21-07-1911)

Don Melquíades

Cuando habla don Melquíades en la Cámara, entra en los pasillos con el cuello del gabán alzado; cuando no habla, va como todo el mundo. Cuando habla no se despoja del gabán; cuando no habla deja la impedimenta en la guardarropía. Cuando habla, lleva resguardada la garganta con un pañuelo de seda; cuando no habla deja al descubierto su laringe portentosa.

Don Melquíades, como antes Castelar, anuncia sus discursos con dos o tres días de antelación. Elige la hora oportuna, cuando se encienden las luces en el salón, en esa hora santa en que la campana de la oración vibra en las aldeas, despertando el espíritu que en la corte tenemos amodorrado los mortales. A esa hora, el galán ronda a la moza; el ladrón prepara su acecho; el labrador, en el escaño de la cocina, goza del amor de los suyos. En esa hora habla Melquíades Álvarez.

En Oviedo, su pueblo, se vocea, al anochecer, *La Opinión*. De los talleres salen las amplias modistillas ovetenses; los indianos, contertulios de Clarín, se acunan en las mecedoras del casino; los estudiantes acceden a una cita amorosa en el Bombé. Y una neblina intensa borra la silueta de los montes; la niebla llega de los picos de Europa; alrededor del alumbrado, hay manchas grises. Llueve. Y rítmicamente, se oye el traca traca de los zuecos de madera, ya calzando los lindos pies de una damisela, ya los gruesos y pesados de un clérigo rural.

Esa hora es la de Jaurés, en el palacio Borbón y la de Ferri en el Montecitorio[75]. ¿Por qué eligen esa hora de los grandes oradores? Es que la noche recoge el espíritu de las gentes, inclinándonos a la meditación, al silencio.

Es la hora del examen de conciencia, de los recuerdos mozos, la hora del estudio, el momento del amor... Melquíades lo sabe y aprovecha esos momentos...

El Adelanto (29-01-1912)

[74] Al menos en Alba de Tormes, *no asistir a la escuela por picardía*. Más conocido como hacer novillos o pellas.

[75] Ambos, políticos socialistas, diputados de las cortes respectivas de Francia (Palacio Borbón) y de Italia (Palacio Montecitorio). Jean Jaurès fundó y dirigió el famoso periódico socialista *L'Humanité* (1904) y Enrico Ferri dirigió el *Avanti*!, igualmente socialista.

Cándido López Chaves

Es una mañana de sol. Después de las lluvias últimas se impone un paseo mañanero por la Castellana. Antes de almorzar, las muchachas madrileñas visten con cierto descuido, pero con elegancia innata. Un paseo hasta la estatua de Isabel la Católica da agilidad a los músculos. A la vuelta, después de haber contemplado unas cuantas caritas morenas, unas cuantas caritas rubias, me encuentro en la calle de Génova, en frente de la casa del señor López Chaves.

El señor López Chaves, joven y celoso diputado por Ledesma, está en su casa. Me recibe en un despacho de muebles modernistas, frívolos y elegantes. Es muy joven el señor López Chaves; apenas ha traspasado el cuarto de siglo. Su nariz recta, larga, descansa en un bigote cuidado; los ojos se mueven con rapidez. Fumamos. Hablamos un poco de todo. Luego, le pido una interviú, sin subrayarlo mucho, como quien pide un cigarrillo de papel después te haber vaciado su petaca.

El señor López Chaves no se ha orientado todavía en los pasillos del Congreso. Habla con sinceridad y de buena fe. Su juventud le aleja de la cuquería; la carrera política, al principio, está siempre sembrada de flores.

Cándido López Chaves, ante mi pregunta de ¿cuándo se hace usted conservador? sonríe. Y se repone, y me contesta:

– Localmente, estoy identificado y soy amigo leal y decidido del señor duque de Tamames. Entre Viota, Beato y yo también, existe la mejor inteligencia. Políticamente –¡no sea usted cucharón!– políticamente, no me he afiliado a ningún partido político. Acaso así lo exigen los incidentes de mi elección porque soy de todos mis amigos y a todos mis amigos y paisanos me debo. No he de ocultarle a usted, sin embargo, que me inspira profunda simpatía la política de don Antonio Maura.

– ¿Y se trabaja?

El joven diputado me exhibe unos cientos de cartas. Se me antoja que estoy en la Dirección de Comercio, viendo despachar a Pérez Oliva. Separo con horror la vista de los papeles ¡pobres diputados! Y continúa el señor López Chaves.

– Sí, se trabaja. Aquí ando con un replanteo de la travesía de Ledesma. Armiñán ha dado órdenes urgentes para que se haga ese replanteo, ha sido esa mi primera labor y no he de ocultarle que con éxito sincero y franco.

La cuestión del puente me preocupa también; lo compró el Ayuntamiento a los propietarios; ahora el Estado, Fomento, tiene que reembolsar a Ledesma la cantidad que destinó para la compra del puente.

También quiero, para Nochebuena, una subvención para la fiesta del árbol que se prepara en Ledesma. Y no es eso sólo; se trabaja un ferrocarril de Zamora a Cubo del Vino; a Ledesma le interesa enlazar por Huelmos, estación de la Transversal y yo trabajo en este sentido.

– La cuestión de los medios de comunicación –agrega– es capital para Ledesma. Hay pueblos, por ejemplo, Pereña, que están incomunicados en absoluto. En algunos pueblos, Villarino sin ir más lejos, han hecho los particulares la labor que al Estado correspondía. Su alcalde, Pepe Conde, dirigió personalmente las obras de una carretera, creo que a Trabanca; aquella labor mereció los elogios de los ingenieros. ¿Conoce usted Villarino?

Le replico que no, pero que sí conozco Ledesma, y su puente, y los estupendos peñascos de la entrada, y el sabor castizo del hermoso pueblo, hasta el arco mayor de la iglesia de Santa María. Lo que no pude conocer fue sus muchachas. Y de su gente...

– Ricardo Martín, el alcalde –me interrumpe su señoría– es muy simpático y muy modesto. El alcalde anterior, don Francisco Iglesias, era un carácter noble y austero; yo le quiero mucho. Como, en general, le repito, a mi tierra. ¡Ah! También trabajo la creación de una escuela de niñas en Villalba de los Llanos. Todos los pueblos me preocupan por igual.

– ¿Cuándo puedo largarme –le interrumpo– en un par de horas a Ledesma y a Vitigudino?

– Se trabaja en eso–replica–. Se habla de establecer un automóvil; falta hace. Por el momento, no creo que haya nada definitivo, pero se va a una solución próxima. Y hay que desenterrar además ese proyecto del ferrocarril secundario de Salamanca a Ledesma, que acaso se prolongue hasta Vitigudino. Muy simpático Puerto-Seguro ¿verdad?

Le replico que sí, que muy simpático e inteligente.

– Entre todos nosotros reina la mejor armonía –agrega–. Usted tiene ocasión de verlo.

Cada cual en su distrito y Dios en los de todos.

Salimos a la calle. La mañana, primaveral, ha sacado a las gentes de sus guaridas. No nos hartamos de seguir contemplando bellezas en la Castellana. Y al gozar del hermoso día que el

buen Dios nos ha mandado, al contemplar tanto rostro bonito, nos olvidamos un momento de la política y pensamos que la vida vale la pena de ser vivida.

El Adelanto (19-02-1912)

Eustaquio Ávila

A las dos y media, puntualmente, llega el simpático diputado por Peñaranda al café Suizo. El cronista llega antes; antes también del diputado, otros varios amigos de la tertulia, que os presentaré al momento. Dispuesto, como estoy, a pintaros en su vida íntima, en su medio natural, a nuestros diputados y senadores, comienzo por el medio que me es más conocido y familiar.

Raimundo Castro, amigo íntimo de Santiago Alba, es de los asiduos. Hombre discreto y prudente, el señor Castro es un cajón de noticias. Sabe los incidentes de la política y lo que piensa Santiago, Santiago Alba. Álvaro Arés, otro contertulio, un poco añoso ya, sonríe escépticamente. Luego hay otros amigos no tan asiduos; el senador señor Garrote, tan cuidado siempre, tan francamente cordial, el diputado y periodistas señor Royo Villanova, sincero, claro, baturro; los que caen de Salamanca. Ahora con sus amenidades, con sus chanzas, nos deleita el noble caballero don Fernando Fernández de Córdoba.

Eustaquio Ávila llega al café; todos vosotros le conocéis. Sus ojos negros, de fondo triste, tienen un dejo árabe; completan su meridionalismo lo poblado de sus cejas, cierta quietud muscular, cierta constante indolencia, que abandona a veces su fisonomía, para dibujarse con algún vigor el trazo de una risotada sonora. Se caldea la tertulia. Salen a relucir temas políticos; se habla de las noches del Real.

Eustaquio Ávila es un escéptico. Hablando de música, se anima. Hace juicios seguros, personales. De política... De política, Eustaquio Ávila duda, vacila, no cree, no se atreve a afirmar, no lanza profecías. Duda siempre.

La tertulia se prolonga hasta las tres y media. El diputado peñarandino acude al Congreso y comienza a escribir, con su letra clara y firme, cartas y más cartas. Estos forzados de la literatura epistolar que se llaman los representantes en Cortes, tienen que someterse al duro yugo. Eustaquio Ávila se somete también con cierto dejo melancólico. Y luego comenta, charla, sale de la Cámara, sale de paseo.

Y con toda la buena fe de una juventud risueña, con toda la independencia de una posición franca, con la experiencia que ya tiene Eustaquio de los pasillos ministeriales, suele decir, con gesto desdeñoso cuando habla de la cosa pública:

– ¡Bah! ¡No hagas caso! ¡Cosas de la política!

El Adelanto (20-02-1912)

Nicolás Oliva

Hay hombres que no son de su época, y el senador salmantino es uno de ellos. Parece un héroe de la antigüedad clásica. Es uno de esos dioses sonrientes y perezosos del bueno de Epicuro, que desde las alturas del Olimpo contemplan la fragilidad de los mortales, sin interesarse en ella cosa mayor. Nicolás Oliva, desengañado, no tiene esperanzas, ni de esperanzas vive. Cuando nació, su padrino, delante de la pila bautismal, pronunció el "*lasciate ogni speranza voi ch'entrate*"[76], dantesco, y el chico comenzó a gemir, hasta que convenciéndose de que todo era inútil, empezó a callar para que lo mimasen.

Nicolás Oliva no es Nicolás Oliva. Explicaré esta frase, un poco hegeliana. Nicolás Oliva, sin una peseta, rodando por el mundo, teniendo que luchar por el pan nuestro de cada día, hubiera parado en literato y en político, en las dos cosas a la vez. En literato, porque tiene su cultura el mozo y porque acaso le hubiera tentado la gloria efímera de las letras. En político, porque conoce el corazón humano y sabe lo fácil que es abrirse paso entre tanto payaso sin gracia, porque no ignora que en política los cargos más altos suelen darse a los que ocupan más bajos menesteres.

[76] "Abandonad toda esperanza vosotros los que entráis." (en el infierno). De la *Divina Comedia* canto III, verso 9.

Además, no hubiera reparado en los medios; Nicolás Oliva conoce perfectamente los escritos del secretario florentino, su tocayo. Y así, sin luchar, conociendo los éxitos positivos, mercantiles, nuestro senador se ha cansado antes de luchar. Se desinteresa de todo. Tiene frases de desdén para la farándula. Del mundo político, del mundo de las letras, del industrial, de todo lo que es espuma y ruido y tablado de Arlequín, se hastía pronto el senador salmantino. Se le habla de un escritor, y pregunta: ¿Cuánto cobra? De un político, y exclama: ¿Quién es su padrino? De una cantante, y ¿quién la sostiene? Y así, viendo el mundo en toda su crudeza, en toda su bestial desnudez, como es, no como debe de ser, realmente, como lo veía Arelino, como lo veía Bocaccio, como lo veía Marcial –los tres amigos de Oliva– deduce como consecuencia que es preferible tomar el sol y que la luz más discreta es la de un rincón apacible, donde no se moleste y donde no le molesten.

Acaso Nicolás Oliva es un cadáver de sí mismo. Repite, con el Evangelio, que cada día trae su afán y a él no le trae afanes el día. Las tardes lluviosas consulta a Silvio Pellico, y dice que liberta su espíritu en las prisiones del enorme prisionero de Spilberg. Y se sonríe. Y en el fondo de su sonrisa hay una mueca de amargura, como en todos los hombres de donaire y de ingenio, como en todos los hombres donde la inteligencia anda por el cielo y la vida debajo del tejado.

Y este hombre abierto, franco, cordial, efusivo, con sus ojillos despiertos, con su cuidada barba gris, con su cara bañada por la salud, escribe cartas, es senador, soporta los vaticinios de los charlatanes del salón de conferencias, figura en el partido liberal y su nombre no pasará a la historia.

Y luego en Béjar, por los veranos, va al casino, juega a la subasta, gana siempre –diga lo que quiera– y reparte abrazos –nada más que abrazos– a los contertulios de la rebotica de Serapio.

El Adelanto (26-02-1912)

Clemente de Velasco

Llamo al timbre de la puerta del hotel. Abren. Ha cesado de llover y la tierra, fresca, está empapada de agua. Don Clemente de Velasco, con el traje casero, con unas botas recias, sin lentes, alargando el brazo, con unas tijeras de podar, con una navaja de complicado y extraño mecanismo, repoda un árbol del jardín.

– ¡Qué mañana más deliciosa! –me dice con un fuerte, castizo, cordial apretón de manos, de hombre cuyos afectos son tan hondos como poco cómicos.

Clemente de Velasco, físicamente, es un hombre bajito, delgado, ágil como una ardilla y como el esparto recio; lleva con toda dignidad, sin macas ni achuchones, sus cincuenta años corridos.

El espíritu alegre, hondamente alegre, de hombre que tiene sus ideales y sus sueños, merecía un cuerpo mozo. Francamente optimista, el diputado por Ciudad Rodrigo puede creer, como cristiano, que este mundo es un valle de lágrimas, pero su alegría le lleva a considerarle como una cosa linda, como su jardín cuajado de rosas en Mayo, como un coro de niños que canta un viejo romance al anochecer, en una plazoleta, cuando los pájaros cantan sus amores en bandadas por los palos del telégrafo.

Realmente reconforta el espíritu el trato con este hombre. A un mozo le sirve de lastre y a un viejo de alegría. Es uno de esos varones prudentes que no tienen edad, uno de esos hombres que bendice el Evangelio, porque no viven ni juventud vieja ni vejez escandalosa. Quiero decir que vive en cada cosa y que su espíritu asoma con igual intensidad en todos los momentos. Es bueno sin debilidades y serio sin cargantes etiquetas. Su experiencia comprensiva y tolerante, sabe que lo urgente, cuando un hombre ha caído, no es lamentar el porrazo, sino levantarle del suelo.

¿Por qué es político el señor Velasco? ¿Y quién lo sabe? Sin representar nada concreto, y menos que nada, pasiones de banderín, rencillas y predominios locales, es fuertemente representativo, porque su alma es fuertemente castellana, salmantina. En su tierra es mirobrigense y en Madrid es madrileño. Absorbe pronto el ambiente. En otro país, donde la política obedeciera a exigencias reales, el señor Velasco hasta trazaría su programa y trabajaría obscuramente por una idea. Aquí, donde el valor de los políticos no estriba en lo que hacen ni en lo que dicen, sino en lo que se mueve detrás de ellos, sería hasta ridícula, y desde luego estéril, su intervención. Luis Zulueta, por ejemplo, es un talento que medita y Montero Ríos una familia que pide y que no se harta de pedir. Parecería lógico que Zulueta pesase y que a Montero se le despidiese con gesto avinagrado y de mal humor. Y pesa más Montero que Zulueta. Velasco, entre trabajadores, tendría su puesto; entre verbalistas, entre desorientados, es un diputado más.

Hemos paseado por el jardín. Hablamos, no sé cómo, de Fernando Arjona, su sobrino. Acaso lo más hermoso del espíritu de Fernando era creación del tío, con el que convivió íntimamente. Luego, sin hablar de política, el señor Velasco ha abierto la caja del piano, ha jugado con los dedos tocando unas tonadas de la tierra, y después, a petición del hijo mayor, han vibrado las cuerdas, llenas de grandeza, de majestad, de fuerza, de brío, con las Walkirias de aquel gran poeta y amador que se llamó Ricardo Wagner.

El Adelanto (28-02-1912)

Cipriano R. Arias

Fue para mí una sorpresa agradable el conocimiento del señor Rodríguez Arias. Defendió su acta en el Congreso de los arañazos, poco felinos del señor Soriano, la defendió con garbo, con seguridad, con cierto dominio de sí mismo. Gasset dijo a Oliva: –¡Este muchacho tiene talento!– y desde entonces el cronista, un poco observador, tuvo ocasión de tratar muy de cerca, con asiduidad, al joven y simpático diputado bejarano.

Es natural, querido Hernández Gutiérrez, es muy natural y muy humano que la amistad tenga sus reparos, sus exigencias y muchas veces hasta sus quiebras correspondientes. Madrid no es la plaza Mayor de Salamanca; es algo más grande. Ahí los alcaldes, los funcionarios, los periodistas, son más de la plaza que de la ciudad o de la provincia, y no se comprende que muchas veces los desnudos están mejor que al fresco con una bonita hoja de parra, perfectamente admitida en la escultura clásica.

Yo no sé cómo estará el señor Rodríguez Arias desnudo, ni me importa cosa mayor. Los republicanos de Béjar pueden desnudarle, si se atreven a echar el cascabel al gato. A mí, vestido, me parece perfectamente bien. Usa buenos trajes, porque el mozo entiende de paños. Es risueño y efusivo. Tiene una figura simpática, exigua y ágil. Es el Benjamín de la casa. En la maleta de la cultura, lleva varios idiomas. Tiene don de gentes y sabe las operaciones aritméticas. ¿Qué más? Se divierte lo que puede, asiste a las funciones parlamentarias, se deja estrechar la mano, aunque vea las estrellas, por los secretarios rurales; escribe todos los días a Pepe Méndez, el lugarteniente; hace excursiones a Barcelona, dirige el auto, lleva el peso de su casa y ama la política.

Sí; ama la política. Difícilmente, como Esaú, venderá la primogenitura por un plato de lentejas. Acaso, necesita emociones fuertes para llenar su vida, fácil y regalona, y no le asusta la amenaza. Hermana el entusiasmo con la discreción. Ha vivido en Inglaterra sus años más vigorosos, y sin dejar de ver el lado estético, ve antes el lado práctico de las cosas. Aquí, cuando se habla en familia de los abuelos y papás jóvenes de la patria, coincidimos todos en conceder a Cipriano Rodríguez Arias largos años de vida política. El padre fue amigo de Sagasta; el venerable don Jerónimo Rodríguez Yagüe no alcanzó frutos prácticos de su acrisolada lealtad política. El hijo llegará a alcanzarlos. Amigo de los liberales, no se enemistará abiertamente con los conservadores y todos le respetarán el hueco, un poco por tradición, un poco por miedo, un poco por egoísmo. El señor Rodríguez Arias sabe, todos sabemos –no hay secretos para nadie en la vida política de la provincia– que hay revoltosos y traviesos cuya fuerza propia consiste ni más ni menos que en el miedo ajeno. Y esos enemigos son poco terribles. Teniendo paciencia pasarán sus cadáveres por la puerta. Todo consiste en saber esperar.

Y el señor Rodríguez Arias, amigo de deportes, sabe estar en guardia, jugando al florete, tener la fusta en lo alto al guiar una cesta sin castigar a los caballos y hasta parar en seco el auto en medio de una carrera vertiginosa. Hay facultades físicas que, bien estudiadas, se corresponden en la vida espiritual. En este deporte de la política, juguete en manos expertas, lotería de Hamburgo para malos estudiantes de matemáticas, Cipriano cuenta con gran serenidad de espíritu. Por eso es enemigo peligroso.

Además –yo puedo testimoniarlo por mil conversaciones, por el gesto, por lo que se apunta en el abandono de la charla, por mil pequeñeces que sueltas no son nada y juntas son todo el espíritu– Rodríguez Arias tiene un alma profunda, íntima, radicalmente liberal. Hoy, que la cuestión de la forma de Gobierno es cosa baladí y subalterna, no hay razón para ciertos reparos, para ciertas luchas, para ciertos resquemores que, en el fondo, son rencillas de campanario. Y Béjar, liberal, tiene un diputado liberal. Y Béjar, avejentada por la desgracia, por la apatía de todos, por intransigencia de los fuertes y por la soberbia de los débiles, dando fuerza moral a este

muchacho, cobrará algún día fuertes réditos en paz y en bienandanza, que son prenda de justicia y fuente de riqueza.

El Adelanto (01-03-1912)

El señor director[77]

Visitando en Orense, hace años, con mi querido e inteligente amigo el registrador de la propiedad de Vitigudino señor Fernández Feijóo[78], al ilustre periodista y poeta gallego don Valentín Lamas Carvajal, hablamos, naturalmente, de Unamuno, que me había dado una carta de presentación para él. El año antes se habían celebrado unos juegos florales en la ciudad del Miño; Unamuno había sido el mantenedor. Lamas admiraba y quería mucho a Unamuno, como yo le quiero y le admiro. Y me dijo de mi rector estas frases.

– Diga usted a don Miguel que aquí no gustó demasiado y que él solo se tiene toda la culpa. ¡Usted calcule, hombre! Estaba todo el día en la calle, regaló a todo el mundo pajaritas de papel, iba al Liceo, al Casino y hacía bolitas de pan. Y ¡claro! al llegar al teatro ya conocía todo el mundo su virtud y su flaqueza.

Aquí agrada lo inasequible, lo que no se manosea; de eso nace el monterismo pontevedrés y el bullagallismo orensano[79]. Dígale usted a Unamuno cuando usted regrese a Salamanca que, en lo sucesivo, cuando mantenga juegos florales, no salga de la fonda, ni enseñe a nadie su sombrero pavero, ni su chaleco cerrado...

El señor Lamas Carvajal era un hombre de una gran experiencia. Don Eduardo Cobián, el exministro de Hacienda, puede dar, si quiere, testimonio de ella. Y ahora, al trazar el retrato de mi querido amigo don Isidro Pérez Oliva, director general de Comercio y diputado a Cortes por Salamanca, se me ocurre entregarle, como prenda de afecto, estas frases del gran poeta gallego, muerto ya, para que se las reparta equitativamente con el señor rector.

Como el fuego de un cigarrillo de papel, pueden darse a Pérez Oliva y quedarse con ellas Unamuno.

Isidro Pérez Oliva, con toda su bondad, con todo su celo, con todo su talento, con toda su actividad maravillosa, con todo su entusiasmo por Salamanca, peca, sin que él lo quiera, sin que él lo busque, porque así lo impone la fuerza inexorable de las cosas, de una virtud que, políticamente, es un defecto grave; el defecto de la demasiada popularidad. Todos son amigos suyos, todos le tutean, todos le quieren, todos le piden y todos le dan disgustos; para todos es Isidro, a secas Isidro.

Su núcleo electoral, polícromo como un arco iris, multiforme, acéfalo y policéfalo a la vez, variado, rico de tonos y de orientaciones, lleva, acaso, exceso de equipaje. Acaso necesita ese núcleo, como el trigo de las eras, que se le avente y que se le limpie previamente. Ganará en peso y en calidad. Oliva hoy, desde su puesto, no necesita favores; él puede prodigarlos. Luego, la psicología de Salamanca es una condenada psicología; ahí está el señor Lafuente. Aguda en sentido crítico, es torpe y remolona para la acción. Lejos de subir, de empujar a los que están en lo alto, tiende a nivelarlos con el rasero común. Pérez Oliva, director general, debiera hallar toda la fuerza necesaria en Salamanca para ser ministro; tener, detrás de él, todo el pueblo, toda la provincia en masa. Ahí nos entretenemos, desde el café, en poner chinarros en la carretera, con la mejor intención tal vez, pero con los más deplorables resultados.

Y ¡demonio! la cosa es que todos queremos al señor Pérez Oliva, pero todos, por excesiva oficiosidad a las veces, consentimos espectáculos como el último incidente electoral.

Oliva ha conquistado a pulso el corazón de Salamanca. Acaso nos distanciamos de él en ideas, pero le abrazamos con gusto. Hace lo que puede, que es mucho, y se le estorba la labor con peticiones personales de interés para la familia. Acaba de llevarse 267.000 pesetas de obras públicas para carreteras y caminos vecinales. Por él fueron oficiales nuestras Facultades libres. Ahora le trae de cabeza la Granja agrícola. La Dirección es el hogar de los salmantinos en Madrid...

Y Pérez Oliva ha hollado el camino de la política, pudiéndose haber abierto camino en otros. Es un distinguidísimo abogado; en materia contenciosa dicen que vale mucho. Como escritor de asuntos jurídicos, importó en España Ferri, publicó interesantes monografías de Derecho inter-

[77] Existe otro artículo, también publicado en *El Adelanto* (13-05-1911), con este mismo título y distinto contenido (O.C. Tomo III, página 223).

[78] En 1904.

[79] Referencia a los partidarios de los políticos Montero Ríos y Gabino Bugallal.

nacional, fue secretario del Ateneo, hizo un lucidísimo papel en la Academia de Jurisprudencia. Hoy es el charro de los charros. ¡Y buenos sinsabores le cuesta! Bien es verdad que tiene la satisfacción de no encontrar reproches serios por su honradez acrisolada.

El Adelanto (09-03-1912)

Luis Maldonado[80]

Me gusta mucho el político porque es artista; me desconcierta un poco el artista porque es político. Sin embargo, como el señor Maldonado no es del todo un "correcto senador conservador" porque tiene más espíritu que todo eso, cuando Luis Maldonado no merece mis alabanzas, merece, por lo menos, mi respeto.

Luis Maldonado se forjó en la cantera de la charrería. De ella brotan sus virtudes. Ella explica también su fuerza política. Sus virtudes, porque Maldonado es un salmantino corriente y moliente a todo ruedo, que se ha tumbado a la sombra de las encinas, que ha oído el rabel pastoril a la caída de la tarde, que conoce a palmo y tú por tú a todos los charros y ganaderos de la comarca. Cuando los gozquecillos de la política madrileña quisieron, en fecha reciente, coserle a dentelladas y hacerle perder toda la jugada a un naipe, Salamanca, en un movimiento noble, protestó contra el abuso de los caciquillos.

El señorito madrileño que marchó por uvas a Vitigudino, tornó a los Madriles sorprendido, con cartas de Cembrano en el bolso. Maldonado ganó la partida. Dos actas, la de Puerto Seguro y la suya, confirmaron el triunfo. Los caciques son caciques y Maldonado era algo más: nuestro poeta, nuestro cantor, uno de los más limpios y sabrosos cuentistas de lengua castellana.

Sabe ver plásticamente el paisaje. Copia el diálogo de las entrañas de la vida, naturalmente, sin afectación, con la gracia con que corre un hilo de agua por un regatuelo escondido. Su psicologería charra –acepto su voquible tan lígrimo[81]– es acaso demasiado optimista. Claro es que esta es una objeción psicologera, que no cabe dentro del arte. En éste, el mediano dibujante –y Maldonado lo es excelso– vale más que el mejor fotógrafo.

Ahí está Zola, bien muerto.

Por equilibrio, por imposiciones estratégicas, parece que hoy la política activa de la provincia descansa sobre dos ejes, que son Isidro Oliva y Luis Maldonado. Ambos debieran fundirse cordialmente, a pesar de las diferencias doctrinales.

¡Poco quieren a Salamanca los que fomentan corrientes subterráneas, de suspicacia y de recelo, que pueden favorecer ambicioncillas, pero cuya tensión puede pagar Salamanca!

El Adelanto (28-03-1912)

Zancadita

Se da como seguro el nombramiento de subsecretario de la presidencia del Consejo de ministros a favor de Zancada, del amigo Zancada, de Zancadita. Bien merecido lo tiene. Zancadita es una institución. Fiero, erguido, con los mostachos lucientes, con la mirada risueña, sigue, como la sombra al cuerpo, los pasos un tantico zambos y desmayadotes de don José Canalejas. Tiene para todos una mirada protectora; un "¡adiós, querido!" lleno de cordialidad; un efusivo apretón de manos. Si le preguntáis algo, os contesta en el acto. Si le dais el gustazo de creer que él está en los altos secretos del Estado, que él puede soldaros cabos sueltos que vosotros tratáis de atar inútilmente, no esperéis otra respuesta que la de una sonrisa ambigua. El picarón finge no saber nada, literalmente os asegura que no sabe nada, pero deja deslizar por su faz iluminada esa chispa de ironía de los Bismark, de los Cánovas, cuando temían comprometerse bailando un rigodón con alguna embajadora guapetona y curiosa.

Zancadita ha sido siempre el capullo, la crisálida de un grande hombre. Bajo una capa humilde, bajo un gesto afectuoso, sabe ocultar un temperamento de tenacidad y de constancia. No le arredra nada. Clavado en su banco, él inicia los aplausos, las aclamaciones a los discursos

[80] Existe otro artículo con este mismo título, aunque distinto contenido publicado en *El Diario* (O.C. Tomo II, página 226)

[81] En la acepción salmantina de "puro, auténtico".

ministeriales; él subraya con un expresivo movimiento de cabeza una declaración enérgica del presidente; él oye, con cierta pena, los rugidos del jefe de los socialistas; él echa la mano al robusto cuello del señor Lerroux y departe misteriosamente con él por los pasillos; él chupa caramelos con Salaverry y llama ¡"querido don Juan"! a ese viejito pulcro y elegante que rige nuestra Hacienda. Y ante Canalejas, turbado, sonriente, feliz, como un cadete ante su primera novia, apenas levanta los ojos el muy tuno.

Yo deseo que sea nombrado cuanto antes subsecretario. El señor Serrano es tan inexpresivo, tan soso, tan gris. Zancadita, de grande hombre, desplegará todas sus energías, iluminará todas sus sonrisas, dará ejemplo de disciplina en las votaciones, nos saludará –a nosotros, sus viejos amigos del Ateneo– con la más adorable de sus sonrisas, chuparemos con él un caramelo y nos sentiremos orgullosamente fieros de estrechar entre nuestras manos las suyas protectoras, de futuro estadista.

El Adelanto (01-08-1912)

Lerroux

– Si yo fuera Rey –me dice un pacífico señor– ahorcaba a ese hombre.

¡Bah! Es un decir... Como mi amigo no ha de ser Monarca, como los Monarcas son ahora constitucionales, como el indulto, en todo caso, es una hermosa prerrogativa, la enérgica cabeza del señor Lerroux no corre el riesgo de ser laminada por la cuchilla del verdugo. ¡Pobre señor Lerroux y qué mal le quieren!

Toda la facha del hombre respira placidez, abundancia, alegría. Es un burgués tranquilo, metódico, inteligente. Usa corbatas llamativas y tapa sus cabellos con un sombrero democrático cuando va al meeting, con el tubo cuando en la Cámara repican gordo, con la gorrilla de viaje cuando desciende del auto en la estación de Atocha para tomar el rápido de Barcelona.

Cuando pisa, pisa fuerte; su marcha es retadora y marcial; su voz, vibrante y llena; magnífico y amplio su gesto de conquistador. Hombre precavido, no deja que falte ninguna cuerda en su lira radical; tiene bajo su robusta bota inglesa la juventud avanzada con Albornoz, la pesadez sociológica con Salillas, la placidez académica con Giner, la plutocracia holgona con Sánchez, la bravuconería moza con Emiliano, la retadora mueca con Santa Cruz. Y con su cayado dirige las muchedumbres, altanero y feliz, proclamándose modestamente hombre-cumbre, prometiendo venganzas para el día solemne de la revolución, cuando luzca el sol de la justicia y los tronos crujan de espanto...

Lerroux, mientras tanto, hace que excita las iras de los burgueses, pero no las excita; hace que rompe moldes, pero no rompe nada; dice que dirige jóvenes bárbaros, pero estos bárbaros son melenudos tranquilos que discurren tan ricamente por las Ramblas leyendo a *Kropotkine* y asustando a Portela. Don Alejando es cauto. Así como los *condottieri*, después de arrasar una bella ciudad italiana, temblaban de amor en su tienda de campaña buscando una rima gentil para engarzar un soneto a la bella, así también don Alejandro, cuando los suyos esperan una conmoción violenta, se dedica ricamente a ver las pantorrillas de las bañistas en Trouville, u oyendo, en la mesa del casino, el ¡rien ne va plus! que hace detener las miradas en los caballitos briosos de la pista.

¡Ay, no! Lerroux teme la sangre. Su revolución la traerán los discursos de Salillas, el convencimiento de los cerebros progresivos, la fuerza de la cultura, lenta y paulatinamente. La violencia, sí, es una palabra muy bonita para concluir un período, pero un arma innecesaria, un poco vulgar; un poco vulgar, amigos míos, en un conquistador que debiendo vivir, en los épicos días de don Gonzalo de Córdoba y de Hernán Cortés, nació un poco retrasado en la edad de los saludos, de las sonrisas y de los discretos tactos de codo.

El Adelanto (03-08-1912)

Canalejas

Y un diputado anónimo, azul, se levanta del asiento y exclama:

– Tengan en cuenta los señores diputados que es de día.

Canalejas, rápido, nervioso, mirando alegremente detrás de las gafas, replica.

– Sí, en efecto, es de día.

Y otro diputado anónimo, verde, interrumpe, iracundo:

– No es de día. Es de noche.

Canalejas mueve las espaldas, mira a García Prieto y razona:

– En efecto, es de noche. Pero no puede afirmarse en absoluto que es de noche, ni en absoluto puede afirmarse que sea de día. Todo eso depende del movimiento del planeta. Aquí es de noche y en la joven América es de día. Como los señores diputados no han concretado, ambos tienen razón, pero ambos dejan de tenerla. El Gobierno no hace ninguna declaración sobre este particular.

El señor Canalejas, paradoja viviente, es uno de aquellos amenos sofistas de la antigua Grecia, burlones y donosos, que disfrazaban la pobreza del argumento con la elegancia de las palabras y con la aparente sinceridad del gesto. Parece un fervoroso creyente y es un redomado descreído. Los socialistas le creen conservador y de conservador le motejan los socialistas. Abraza democráticamente a un obrero y sonríe, con sonrisita ambigua, ante una dama gentil. Se atreve con el Papa y replica con azoramiento, con protestas enérgicas de feligrés militante, a un senador obispo. Quiere la desaparición de los latifundios y le asusta un pequeño rugido de don Pablo Iglesias. Dice amar la llaneza democrática, y en las escaleras de palacio, ante el golpe de alabardas y la zumba de los cortesanos, camina pendiente del uniforme y es esclavo de la etiqueta.

Amigo de la supresión de la pena de muerte, arma el caramillo de una crisis absurda, porque desbaratan el tablado de un reo en capilla. Se atreve con Maura cuando Maura quiere mancomunar las provincias, y luego, ante una zancadilla de Cambó, de este Cambó misterioso que contempla eternamente las yemas de sus dedos, construye, de prisa, una ley de mancomunidades.

Canalejas se escurre, se escurre siempre. La inteligencia paraliza en él la voluntad, el análisis, la acción, la vida –con sus contradicciones, con sus cambiantes, con sus amenas e imprevistas paradojas– la realización de un programa orgánico, lógico, donde las cosas están trazadas con arreglo a un plan prefijado. Nunca asoma la emoción en su faz de sofista. No advertiréis en él un arranque, una decisión, un paso en firme.

Juega con las ideas como un prestidigitador con los naipes de una baraja; las combina, las une, las desune, las salta, las recoge, las derrama. Es un juego de agilidad y de vista el suyo. Inteligente, despierto, listísimo, el señor Canalejas hará lo contrario de lo que dice, y dirá lo contrario de lo que hace. Y si le replicáis indignados, se encogerá de hombros y os aturdirá de nuevo con su dialéctica bizarra.

Y una vez dueño de vosotros, os sostendrá al día siguiente la tesis contraria con igual ardor, con la misma convicción aparente. Y os convencerá, de paso, de una sencilla verdad, de que la verdad es, en el fondo, lo que nosotros queremos que sea y de que ya es hora, después de haber resistido el aguacero de tres mil sistemas contradictorios de todas las escuelas, de echar por el atajo y de proclamar la voluntad de nuestros nervios como reina y señora de nuestra razón que debe acomodarse siempre a nuestra conveniencia y a nuestro interés.

El Adelanto (09-08-1912)

Moret[82]

Este Moret es tan simpático ahora que no gobierna, ahora que no volverá a gobernar nunca, ahora que parece saber todas las cosas en la proximidad de la tumba. Vedle. Lleva con garbo su ancianidad; viste con la impecable elegancia de un mozo que asiste a una cita de amor; en su sonrisa amable hay su poco de tristeza, de amargura. Su voz vibrante se deja velar por la emoción. En algunos momentos, en muy pocos, combate con furia, con encono, hasta que advierte que perdió el vigor de la mocedad. Entonces es desdeñoso. Se revuelve altivo. Dice los queridos, los manoseados tópicos de toda su vida, gallardamente. Ni un gesto plebeyo, ni una dicción soez, ni una concesión subalterna al enemigo. Canalejas se descompone; reconoce acaso que la fatalidad ha sido un poco dura con este viejo; piensa acaso que no le pertenece su puesto. Y se levanta a contestar al anciano. Advertid cómo quiere atraerle, cómo quiere borrar las distancias con flores.

[82] Con este mismo título, aunque diferente contenido, Sánchez Rojas publicó otro artículo en *El Adelanto* el 18-03-1911 (O.C. Tomo II, página 348).

Moret apenas le mira. Parece un rey destronado que tuviera que discutir con el plebeyo insolente cuándo ha perdido el trono.

El anciano dirige su vista a la presidencia, y cuando sus ojos se han posado sobre el conde, los separa con tristeza. Todos sus antiguos amigos están por la sala diseminados. Alba se atusa la romántica melena en el banco azul. Romanones sonríe, ideando alguna conjura salvadora. Al anciano le rodean anónimos. Mientras él permanece en el desierto, sus amigos disfrutan del suculento festín.

Y rectifica Moret. Es el luchador que va perdiendo fuerzas. Está cansado. El arabesco de su oratoria romántica, de la juventud que creyó en la república, en la libertad y en otras bagatelas, se va tejiendo, con pereza, en el silencio. No se oyen aplausos. Los amigos anónimos cabecean tímidamente; las huestes de Canalejas le oyen con la indiferencia que se oye al que no puede prodigar mercedes; algún viejo parlamentario –don Gumersindo Azcárate, don Vicente Pérez, don Amós Salvador– le sonríe con piedad y con melancolía. Y el hombre remata su oración con un latigazo desdeñoso.

Hay un minuto de silencioso revuelo; después, nada. Los diputados han abandonado los asientos. El anciano ha salido a los pasillos. Sonríe, saluda, rehúye las miradas de las gentes. Y yo os digo que hay una belleza muy triste en el declinar de este hombre hacia la tumba, esa belleza de la puesta del sol en los días fríos y serenos. En aquella contradanza de hombres vulgares y felices, sobresale el gesto señoril de un hombre que ha sido muy débil, muy funesto, todo lo que queráis, pero que recuerda uno de esos favoritos de los Austrias que, dueños un día del poder, concluían su vida, limpios de ambición, en un pueblo castellano. Don Segismundo Moret y Prendergast se revela de vez en cuando contra su suerte; sin asistir al Parlamento, su gesto sería más bello todavía. Debiera retirarse, como el Conde Duque, a un pueblecillo risueño, jugar al tresillo con los pudientes, pescar por las tardes en un huerto, vivir sin violencias, plácidamente.

¡Sería tan dulce este rasgo de humildad en un hombre que ha sufrido tanto y que sabe resignarse a última hora, ante el éxito material de los logreros que infectan la república!

El Adelanto (12-08-1912)

El Conde

– Vente por mi despacho ¿oyes? –dice Oliva.

Y yo no voy por el despacho de Pérez Oliva. Vaya, ya le veré todos los días cuando deje de ser subsecretario. Ahora, positivamente, se le molesta. No le dejan parar. Trae siempre un aire de molestia, de fatiga. Firma las cartas por banastas; recibe las cartas a sacos. "Dile a Álvaro; cuéntale a Álvaro; tu que tienes tanta influencia con Álvaro". Álvaro es el conde, lectores que estáis poco iniciados.

El conde, dicho así, simplemente, el conde por antonomasia, es Romanones.

Realmente, lo mejor es no ser amigo de nadie, ni gozar de influencia, ni que le molesten a uno en todos los correos. Pérez Oliva me causa una sincera, una profunda piedad. Salamanca, donde todos somos amigos, donde ¡ay! todos escriben y piden, es demasiada Salamanca para tres plumas estilográficas y una máquina Yost[83]. Oliva no debe dormir, ni divertirse, ni rascarse. A pesar de su juventud, a pesar de su soltería, Pérez Oliva no debe conocer los placeres sabrosos de callejear, de piropear una buena moza, de gozar de una grata vecindad en el cine, de hacer un poco por la vida. Escribir a Álvaro siempre, siempre, siempre, debe ser una terrible, una pesada, una enojosísima carga.

Apenas veo a Pérez Oliva. Pero siempre que le veo parece falto de sueño, de alegría, de juventud. Vean los señores de la botica de mi pueblo cómo no es todo en el mundo eso de ser subsecretario. El auto, sí, muy bonito. El uniforme, sí, de plata, con galones, no sirve más que para ir a casa de un fotógrafo o lucirlo en la procesión. Pero ¡lo demás, Dios mío, lo demás! Acostarse tarde o no acostarse; madrugar; soportar trescientas visitas, trescientas cartas, trescientos achuchones; apuntar trescientas cosas; navegar entre miles de millones... en papel común, y caer. ¡Caer! Sin auto, sin uniforme, sin fuerzas. ¡Caer! Caer, después de haberse gastado el sueldo mezquino y volver a diputado de oposición siendo ya de influencia, de altura, siendo amigo del conde. ¡Y el conde con tanto amigo, y tantos amigos del amigo, y tantos amigos del amigo del amigo!

[83] Prestigiosa marca estadounidense de máquinas de escribir.

Desde que subió el conde, Isidro Pérez Oliva no debe vivir. No quiero verle no crea que también voy a pedirle la luna. Y yo sé que la luna no pueden darla los subsecretarios. Ni otras cosas más cerca de la tierra tampoco.

En realidad, generalmente no se pide; se hace que se pide; se escribe para que le contesten a uno; el símbolo de la política es hoy una carta con aquello de "tomo nota preferente" que es lo mismo que tomar baños de mar desde la calle de la Rúa.

Tiene sus quiebras eso de ser amigo de Romanones.

Pérez Oliva me causa una honda, una infinita piedad.

Imagino que sueña con montones de cartas, con un montón así como la torre de Santa Cruz, y que al pensar que tiene que contestarlas todas, se despierta sobresaltado y despavorido, llamando a Elices y a Telesforo

"La vida es así", amigos míos. Y así como a mí no me aprovecha el ser amigo de Pérez Oliva, a él tampoco le aprovechará ser amigo del conde. En una situación interina, no hay tiempo de hacer nada. Con los presupuestos, marcharán a su casa estos señores después de haber tomado "mil notas preferentes". La carabina de Ambrosio se maneja que da gusto en los ministerios. Unas veces el presupuesto; otras, la ley; otras, el diablo. Y no es que no se quiera: es que no se puede. ¡Hay tantos, tantos! Y el Estado, sí, es un hospicio, pero no da para tantos asilados.

La política es así. No se puede ¡ea! que no se puede. Aquí donde la política es tertulia de amigos y el conde el amo de la tertulia, no se puede ser un Pérez Oliva, por ejemplo...

El Adelanto (30-11-1912)

Julián Sánchez Ruano

Un compromiso editorial urgente, a plazo fijo, que como las letras no puede protestarse, me dejó el domingo con la maleta hecha y con el corazón deshecho por no poder asistir a la velada[84] que ayer se celebró en nuestra Universidad. Ese compromiso me retendrá ocho o diez días más en Barcelona, además de haber tenido la culpa de que haya sostenido el articulista su correspondencia frecuente con los lectores de este diario, que tornaré a reanudar ahora con el más vivo placer.

Para los que no hayan oído mi discurso, que algún amigo me habrá hecho seguramente la merced de leer[85], mejor que yo mismo lo hubiera hecho, para los que no son muy viejos, el nombre de Julián Sánchez Ruano les habla de discursos en el Congreso y de la revolución de 1868 en Salamanca.

El querido señor Rodríguez Miguel acaba de consagrarle un recuerdo como poeta. Ciertamente hizo versos, y algunos muy lindos, Julián Sánchez Ruano, pero no era la de poeta la modalidad característica de su espíritu. Un homenaje como orador, al orador de las Constituyentes, estaría más en su punto. El escritor adoleció de los defectos de que hoy mismo adolecen los que estudian humanidades con los jesuitas, y no saben sacudir de su espíritu el yugo de la frivolidad literaria, que ahora mismo aconsejan la lectura de ese insoportable literato que se llama Ricardo León, y que escribe los libros de estilo más falso, descolorido, pobre y ramplón que se han escrito en nuestra lengua –*Casta de hidalgos, Los Centauros, El amor de los amores, Alcalá de los Zegríes*–. El político Julián Sánchez Ruano tenía sus maulas y sus tretas, pero dicho sea con todos los respetos habidos y por haber, valía más que toda la fauna política de hogaño. En la intimidad del trato familiar, Julián Sánchez Ruano era un conversador ameno, cáustico, mordaz, burlón y un poco temible; lo llevaba en la sangre; también su antepasado Francisco Sánchez Barbero fue de este linaje. Picó en cosas filosóficas –murió a los treinta y un años–; descubrió *El Fuero de Salamanca*, haciendo, sobre el texto, una labor jurídica muy estimable; escribió de socialismo; se peleó con Campoamor, discutiendo el concepto de lo absoluto; la vergüenza de la esclavitud le inspiró páginas muy hermosas –acaso las mejores que escribiera– con las que prologó un libro de Fermín Hernández Iglesias. El periodista era ingenioso, y suelto, y mordaz, y de una memoria excelente, y de cierta sequedad, que no sabía cubrir con las flores de su retórica. Finalmente, Julián

[84] Un grupo de alumnos de Literatura celebraron una velada en la que se solemnizaba el 297º aniversario de la muerte de Cervantes y se conmemoraba a Marcelino Menéndez Pelayo y al político salmantino Julián Sánchez Ruano.

[85] En realidad, el trabajo de José Sánchez Rojas no se leyó debido a su ausencia. En su lugar intervino el periodista madrileño Antonio Palomero.

Sánchez Ruano fue abogado, y debió de serlo excelente, porque gozó de una clientela numerosa y escogida los dos años que se dedicó a las tareas del foro en la villa y corte.

Hablo de Sánchez Ruano como si no fuera de mi sangre y con la misma serenidad de espíritu he procurado producirme en mi discurso de la Universidad. Precisamente por ser yo pariente muy inmediato del ilustre salmantino, estoy obligado como nadie a que encaje la figura, al pasar de los años, en su marco justo y preciso. Lo que me seduce, sobre todo, de Sánchez Ruano, es el hombre, o dicho de otro modo, su carácter, su voluntad, su firmeza y reciedumbre.

Era ambicioso si los hay. Para sostener su ambición tenía su voluntad, y al servicio de ella, su talento y su conocimiento exquisito del corazón humano en general y del ambiente salmantino que le rodeaba, más particularmente.

No le cedían en talento a Ruano Gil Sanz, ni Madrazo, ni Rodríguez Pinilla, pero Ruano les sobrepujaba en carácter. Era de los que iban derecho a las cosas, sin vacilar, y seguro del éxito que le aguardaba siempre como premio.

Yo no creo, como creyó García Ruiz, que con Sánchez Ruano se hubiera consolidado la república en España. Creo, que de haber vivido más años, al escapar el primero y el último de nuestros Saboyas a Lisboa, Ruano, prudentemente, hubiera entrado en inteligencia con los alfonsinos y hubiera dirigido por ejemplo, después del golpe de Estado de Sagunto, un fuerte partido liberal y democrático en el régimen que inauguró el general Martínez Campos.

Claro está que todos estos cálculos están sujetos a error y que no tienen gran consistencia; me atengo sobre todo a lo que una persona de sus antecedentes hubiera hecho ante la marcha precipitada y un tanto extraña de los sucesos políticos que siguieron a la muerte de Julián Sánchez Ruano. Por lo demás, claro es que el charrito de cuna humilde que a sus veintiocho años –sin apoyo de nadie, con el odio de muchos figurines que antaño como hogaño no tienen más prestigio que hasta llegar a Calvarrasa, donde son muy conocidos en el figón–, llega a Madrid de diputado a Cortes por Salamanca, y es elegido secretario de las Constituyentes, y discute con las primeras figuras parlamentarias en aquellos años donde lo más lucido del país había de florecer en el Congreso, claro es, digo, que nada de extraordinario hubiera sido que Sánchez Ruano llegase a ministro –suprema exhibición de talento para algunos– en este país donde los que entonces eran figuras borrosas y secundarias, Montero Ríos, Sagasta, Vega Armijo, etcétera, llegaron después a los más altos puestos de la vida política española.

Pero fue algo más que una esperanza Sánchez Ruano en su tiempo; fue una lozana realidad. Hablaba muy bien y con extraordinaria concisión Sánchez Ruano. Así como tendía a la ampulosidad escribiendo, hablando la evitaba cuidadosamente. Tenía, además, una conducta pura; ahí, en esa querida provincia de Salamanca, pactaban con él los ministros antes que con diputado alguno, y gozaba, claro es, dé las credenciales que pedía. Pero pidió muy pocas credenciales Julián Sánchez Ruano. Más se ocupó de los intereses generales. En realidad, fue un vocero, un procurador en Cortes que se ajustaba exactamente al romanticismo de la época.

El hombre, en el interior del cual, según dice el Apóstol, habita la verdad, ha sido siempre lo que más ha sugestionado de Julián Sánchez Ruano. Y eso ha sido lo que he querido consignar en mi discurso de la velada del día 23.

El Adelanto (29-04-1913)

Lo que representa el Sr. García Prieto

Prefacio

El Mundo, este simpático diario de la noche, que tan aguda visión suele tener de los problemas más actuales de nuestra política interior –¡lástima grande que publique también crónicas germanófilas y anodinas de un señor comandante B, que nadie conoce, o mejor todavía, que todos conocemos perfectamente!– *El Mundo,* digo, proponía hace pocos días a sus lectores, un concurso singular. Hablaba, sin precisar la cuantía, de conceder un premio a aquel de sus lectores que fijase clara y concretamente la posición política, ideológica, mental, etc., del señor marqués de Alhucemas. La empresa es casi, casi obra de romanos. Pero ya que opto al concurso, a nadie le parecerá mal que encarezca la mercancía y que asegure, bajo mi palabra de honor, que he tenido que consultar en el Congreso muchos tomos de discursos, persiguiendo las huellas del Sr. García Prieto. Y que, además, he tenido que prensarme la mollera para rehacer, con plena, con absoluta objetividad, las etapas de formación de ese carácter que llaman en Astorga Manolín,

en el partido democrático el Marqués por antonomasia, y en Lourizán, en Marín y en casa de Romanones el yerno del ilustre canonista.

Procedamos, pues, con método y sin pasión –propia sólo de los hombres débiles–, comenzando por el principio, esto es, por el ambiente espiritual donde se formó la niñez de don Manuel García Prieto.

Astorga, cuna del héroe

Nosotros hemos ido muchas veces a Astorga. Astorga es una linda ciudad, con una catedral del Renacimiento muy bonita, que tiene un coro estupendo y con una estatua muy fea consagrada a la defensa que hizo el general Santocildes de la ciudad el año 1812. En la Plaza Mayor exhibe su fachada barroca el Municipio; allí, en frente, bajo unos soportales, en una casa levantada a fines del siglo XVIII vino al mundo D. Manuel García Prieto hace ya la friolera de cerca de sesenta años.

Muchos recuerdan todavía la niñez de Manolín en Astorga. Era juicioso, formalito, paradote. Hace pocos años, murió su maestro de primeras letras. Con D. Pío Gullón, el ex ministro liberal, y con Gómez Murías, el dueño de la fábrica de mantecadas de Santa Teresa, que está junto a la estación, forma el Sr. García Prieto la trinidad de astorganos ilustres contemporáneos.

Los sociólogos prudentes estudian con especial empeño el ambiente espiritual en que se desliza la niñez de los grandes hombres. Así, Taine; así, Ferrero; así, De Sanctis; así también Severino Aznar y Cirici Ventallo. El ambiente espiritual de Astorga no ha sufrido alteración alguna desde que, simple *Astúrica,* era capital de la república de los Ausacos. En su atavío, ha sufrido tan sólo una pequeñísima transformación. Gaudí, el arquitecto catalán, está levantando el nuevo palacio del Sr. Obispo sobre las murallas. Esta invasión del arte catalán modernísimo en Astorga explica, andando el tiempo, el abrazo de Francisco Cambó, el barcelonés, y de Manuel García Prieto, el astorgano.

Astorga es una ciudad levítica más en su espíritu que en su facha exterior. Hay zona de reclutamiento –donde no estaría mal de coronel honorario, ya que es esa su ilusión, José María Salaverría– y curas, muchos curas, que disfrutan de beneficios y sinecuras catedralicios, gracias a D. Manuel. No se leen periódicos liberales en Astorga. Los periódicos neos que allí se estampan tienen todos nombres atrayentes y luminosos, para que no se diga: –*La Luz, El Faro, La Antorcha*–. Liberales, carlistas, republicanos, amarillos y verdes, rojos y negros, todos son garciaprietistas. El jefe es un notario eclesiástico, que es el alcalde actual. Los amigos de García Prieto leen *La Mañana* por compromiso y *El Debate* por devoción. Todos son germanófilos. La palabra del partido la lleva el señor maestre-escuela –me parece, y si no otra dignidad– de la catedral y la pluma del partido mejor tajada es la de un hijo del Sr. Gómez Murías.

No es García Prieto diputado por su tierra natal; representa en el Congreso a la vieja colonia romana de Augusta un primo suyo, don Manuel Gullón y García Prieto. Es más: el señor presidente del Consejo de ministros fue derrotado en los comicios natales una vez que tuvo la humorada de presentarse por su pueblo. Y es que no ha hecho nada por renovar las glorias de su patria chica. El emplazamiento de la estación de la línea Plasencia-Astorga, que dio a la población leonesa un valor estratégico enorme –punto obligado de enlace entre la meseta y Galicia y Asturias– fue obra del viejo don Pío Gullón.

Hecho Manolito jefe, las cosas variaron. Todos se trocaron en garciaprietistas. No hay más que dos republicanos en la ciudad: Granell, el de las mantecadas, y el dueño del bar *Gallito.* El partido local tiene una contextura extraña: curas, notarios, eclesiásticos, empleados –el sobrestante, el administrador de Correos, el juez municipal–. Todos son germanófilos y neutralistas. En el Casino se leen en voz alta las elucubraciones de Coópel, *Por la patria y por la verdad.* Nada disuena en la vieja Astúrica, en la augusta colonia romana. Solamente un teniente retirado habla mal de García Prieto, pero *sotto voce,* cuando viene del Parque a la una de la madrugada –¡un escándalo!– porque sopla el aire del lado de Ponferrada.

García Prieto, liberal

Si el hombre es un producto fatal del ambiente, ya conocida la fisonomía interior del pueblo de García Prieto, podemos determinar, a buen seguro, las características de este señor, que es Grande de España y disfruta del Marquesado de Alhucemas desde 1913. Por más volúmenes y volúmenes que consultamos del *Diario de Sesiones* –el pobre empleado de la Biblioteca del Congreso nos mira con terror– no acertamos a encontrar huellas de doctrina constitucional o parlamentaria en los discursos del Sr. García Prieto. Estamos a punto de no concurrir al certamen de *El Mundo.*

Pero... pero en la sesión del 12 de Noviembre de 1912 –cuando estaba aún caliente el cadáver del pobre Sr. Canalejas en Gobernación– el Sr. García Prieto llevó la voz del Gobierno en los funerales parlamentarios, harto menguados y fríos, que se hicieron al ilustre hombre público. Es un documento curiosísimo el breve, vulgarote y nada aristocrático discurso del Sr. Alhucemas en aquella sesión. Una relación reporteril de lo ocurrido, como puede leerse, por ejemplo, en *El Faro,* de Astorga. Una cosa sin emoción, y dicha sin calor ni entusiasmo algunos. «El gran Canalejas –acabó diciendo el Sr. García Prieto– ha muerto cuando a pie y confundido entre la multitud, fijaba su atención en las últimas producciones de la inteligencia. Ha muerto como ha vivido; con sus dos amores de hombre público: entre el pueblo y dedicando a la ciencia sus últimos pensamientos...» El taquígrafo acota: *muy bien.*

Se levanta el Conde

Pero se levanta el Conde –no hay que decir cuál– y se aprovecha de la decepción que en la Cámara ha producido el discurso del presidente interino del Consejo de ministros. Romanones preside aquellas Cortes. Y con voz aguda y estridente protesta «contra los *criminales y sus inspiradores» (Muy bien, muy bien. Grandes aplausos en distintos lados de la Cámara)* y hace saber a estos: «en forma que desvanezca toda duda, que no vencerán, que no pueden vencer, porque, en la sociedad jamás, jamás la maldad y la iniquidad se han abierto paso, ni jamás han podido preponderar frente a la razón, el derecho y la justicia.»

Está planteada la lucha. García Prieto no ha dicho una sola palabra de protesta; el Conde, en cambio, ha dicho demasiadas. Romanones le arranca la jefatura. A los dos meses de muerto Canalejas, vemos nosotros a García Prieto en Barcelona, oyendo misa, confundido entre la multitud devota, elegante, risueño, hecho un pollo, con un traje azul obscuro y un chaleco fantasía.

Astorga y Valladolid

Han pasado cinco años; los boches[86] han hecho una campaña rabiosa contra Romanones; García se aprovecha en la sombra, porque es aún por algo el yerno del eximio canonista. Santiago Alba, que está frenético contra el Conde, discurre un plan sencillísimo. Doctorar a García Prieto –empleamos términos taurinos– para tener él la alternativa a los primeros meses de roce con el Poder. Es un secreto a voces. Los diputados se adhieren a Alba y este manda las listas a García Prieto, que se convierte en prisionero suyo. Los diputados albistas no se recatan en explicar a todo el mundo el alcance de la maniobra; verdad es que resulta tan clara, que no necesita de interpretación alguna.

Y ungen de jefe a García Prieto. La bilis de Villanueva tiene un descanso pasajero. Burell nos cuenta ires y venires, cartas y recados telefónicos, pequeñas menudencias de portería.

Los germanófilos del partido liberal se agrupan en torno al Sr. García Prieto. Y este publica su famosa carta aceptando la jefatura sin decir nada, sin comprometerse a nada, una cosa azucarada y dulzona. Santiago Alba se ríe en la sombra. Tragó el anzuelo el astorgano. Valladolid se lo comió.

¿Qué más? La consulta escrita de García Prieto al Rey está bien reciente. Nada entre dos platos. Cambó transige con Alhucemas porque le ofrece dos carteras y hace carantoñas a los demás –a Sánchez Toca y a Maura– porque le ofrecen una sola. Tal es la verdad cruda en lo concerniente a este Maquiavelo de las Ramblas. Y García Prieto licencia a unas gentes que sabe que van a licenciarle a él. Confesemos que hay cierta habilidad en esta postura de prescindir de los Burell, de los Villanueva, de los Alba. Seguramente que Romanones exclamó cuando vio tan farruco a García Prieto:

– ¡Caramba con Manolo! No ha estado mal.

Lo que estuvo mal fue llamar a D. Niceto Alcalá Zamora. Y exponerse al desaire del señor Alvarado. De este Sr. Alvarado que reñía con Burell por los tiquismiquis esos de llevar la voz cantante de la ex minoría ex democrática en el Congreso.

Conclusiones

1º García Prieto no tiene partido en Madrid, pero lo tiene muy florido en Astorga. El presidente del Consejo de ministros representa, pues, a los liberales astorganos, procedentes de las

[86] Procede de la expresión francesa *tête de boche* ('cabeza dura') aplicada a los alemanes. Se refiere, sin duda, a los germanófilos.

huestes integristas, que compran *La Mañana* por disciplina del ex partido y que leen *El Debate* por devoción a la causa astorgana, *¡Armando Guerra über Alles!*

2º Doctrinariamente, nos ha sido imposible clasificar al Sr. García Prieto. Yerno de Montero Ríos, astorgano y padrino de Alcalá Zamora, podemos inducir de estos tres hechos que su liberalismo es tenue, académico y un poco rancio, como aquel liberalismo italiano de Gioberti de 1848, como el liberalismo francés de Guizot y como el liberalismo de su suegro, el canonista del Código Civil y del Tratado de París.

Sin embargo, el Sr. Elorrieta lleva la representación mental del señor marqués de Alhucemas. El Sr. Elorrieta, profesor de Derecho Político de Salamanca, tiene un concepto de Estado un poco a la romana. En el fondo, no cree el Sr. Elorrieta en un Estado ideal, en una nueva ciudad de Dios. El Sr. Elorrieta, querido amigo nuestro, no entiende aquella frase tan política del Padrenuestro: «venga a nos el tu Reino»; quiero decir, que fía más de las transacciones, de los pactos, de los arreglos que de un progreso eternamente renovador y fecundo. Dicho de otro modo: D. Tomás de Elorrieta y Artázar es un redomado escéptico. Su influencia sobre el Sr. Alhucemas tiene que ser, a la larga, perniciosa.

3º La preferencia otorgada al Sr. Alcalá Zamora nos escama ciertamente. Supone eso una contextura mental en el Sr. García Prieto un poco sospechosa.

Resumiendo, pues –como decía el cuñado de García Prieto, Sr. Vicenti–:

a) García Prieto preside este Gobierno en calidad de yerno ilustre.

b) Doctrinariamente, García Prieto no nos ofrece impugnación alguna.

c) Afectivamente, García Prieto muestra preferencias por los boches y los escépticos.

Y yerno ilustre, Grande de España, condecorado con todo lo condecorable, víctima a ratos y a ratos verdugo, este hombre es el elegido por Cambó para renovarnos.

Postdata

Compuesto ya este artículo, leo las declaraciones que hoy sábado –10 de Noviembre– publica *La Correspondencia de España,* poniéndolas en boca del señor marqués de Alhucemas. El Sr. García Prieto declara que conserva toda su significación política –significación que no hemos logrado adivinar–; que no es partidario de la reforma constitucional, ni, por ende, de unas Cortes Constituyentes y que no acepta, como es natural, sentadas estas premisas, el espíritu de la Asamblea de Parlamentarios. No está mal la burla del ingenio astorgano, que añade, como si dijese alguna cosa, que acepta el programa del Sr. Canalejas.

¡Pobre D. José Canalejas! La vacuidad del yerno de Montero Ríos no puede ser más enorme. Canalejas no pudo tener un criterio sobre las Juntas de Defensa, ni sobre la Amnistía, ni sobre los problemas concretos que la política plantea actualmente desde Agosto acá; pasado mañana hace cinco años que murió D. José Canalejas. Pero en esa declaración, García Prieto descubre su monterismo familiar. De la misma suerte, su suegro, cuando se desgajó del partido liberal con unos cuantos senadores acatarrados que le hacían tertulia, nos dijo que su programa era el del viejo progresismo, anterior a la Revolución de Septiembre.

«Autonomía municipal. –Radical descentralización administrativa. –Amplia intervención del Estado en materia social. –Socialización del Derecho civil en lo que a la mayor participación del Tesoro en las herencias intestadas se refiere –y por qué no en las otras, Sr. Marqués, en todas las herencias, que era el criterio de Canalejas y es hoy el criterio de los socialistas más templados–. Obligación de cultivar las tierras incultas», etc., etc. En resumen: nada. Una lección mal aprendida y cogida con alfileres. Nada de la supremacía del Poder civil sobre los demás poderes y sobre los brazos de la nación –ejército, magistratura, clero, etc.–. Nada de regular más equitativamente la cosoberanía de las Cortés con el Rey. Nada de una orientación concreta de saneamiento en la vida pública. Un programa monterista, con música de Riego y con letra ¡ay! de «¡vivan las *caenas*!»

Ahora ya sabemos lo que representa García Prieto en la vida pública. Hemos hallado la solución para el concurso de *El Mundo.* García representa el alma rediviva de su suegro. Montero Ríos no se hubiera expresado de otra manera. Es Presidente, pues, el Sr. García Prieto en calidad de yerno. No sabemos qué pensará el Sr. Cambó de esas declaraciones. Su alma abogadesca, su sutileza fenicia –que no florentina–, su amor a lo curvo y a lo especioso, deben haber sufrido una sacudida enorme. Solo sabemos lo que piensa D. Santiago Alba. Pero de este, de sus orientaciones futuras, presentes y pasadas, de su postura, hay tema más que sobrado para otro día.

España (15-11-1917)

Luis de Zulueta[87]

La fisonomía de Luis de Zulueta recuerda, si os fijáis bien, la del Pontífice Benedicto XV. Hay algo, en efecto, de pontifical en nuestro amigo, y hasta de eclesiástico, *¡Honny soit qui mal y pensé!* Zulueta parece un cura de levita, un jesuita laico, o cualquier otra cosa por las trazas. Austeridad, sencillez, reserva sin las cualidades sobresalientes de su mentalidad y de su espíritu. Hay en él mucho de cristiano y de fervoroso. En otras edades, hubiera vivido en el silencio de los claustros, tal vez meditando una herejía. Hoy es secretario del partido reformista, excelso pedagogo y excelente hombre de bien.

En Cataluña le conocéis mucho. Barcelona le llevó de diputado al Parlamento en las Cortes del malogrado señor Canalejas. Hizo en ellas un excelente papel. Naturaleza social y ciudadana, ha nacido para la política. Y como en España todo vive fuera de su quicio, este gran político no tiene acta y tiene que vivir al margen de la vida parlamentaria, actuando sobre el público desde el periódico y desde la cátedra.

Luis de Zulueta es uno de nuestros jóvenes más inteligentes, buenos y capaces. Sus artículos, vestidos con gran sencillez, están henchidos de doctrina y de seriedad. Sus libros tienen la emoción del joven que no ha disipado su mocedad en locos devaneos estériles, que ha dado sus flores lozanas a tiempo y que a tiempo comienza a recoger sus frutos. Las palabras democracia, patria, libertad, que en la mayoría de los labios de nuestros prohombres son voquibles sin contenido espiritual alguno, son espigas para Zulueta, repletas de grano rubio y sazonado, que forman el pan de que se nutre. No hay nada de retórico, ni de artificial en este hombre. Administra las palabras como un sacerdote administra los Sacramentos: con unción y con fervor. Este clérigo laico vive lleno de inquietudes. Se retuercen las emociones en su corazón como en el fuego se retuercen los sarmientos.

Es un espíritu *vivo* en medio de tantos cadáveres como aquí se mueven artificiosamente, dando gritos en el desierto.

Conozco a Zulueta hace ya muchos años, cuando yo concluía mi vida estudiantil en aquella dorada Salamanca, repleta de sol y mocedad. Regresaba por entonces de Berlín Luis de Zulueta. Venía ordenadito, metodizado, buscando en las cosas los distingos y los matices. Ante el espíritu, un tanto paradójico e incongruente, de Miguel de Unamuno, se resintió el edificio científico, tan pulcro y sistemático, del buen muchacho catalán. Estaban recientes entonces las algaradas militares de Barcelona y los sucesos del *Cu-cut*[88]. Cataluña comenzaba a vibrar y a desembarazarse del peso muerto que la ahogaba. Luis de Zulueta nos llevó a los castellanos la buena nueva. Le oíamos con veneración, con respeto y con alegría. Vosotros, barceloneses, habéis cometido la enorme injusticia de confundir el alma artificial de Madrid con las provincias de Castilla que padecen de vuestros mismos males, que mueren de vuestros mismos anhelos. A Luis de Zulueta debemos nosotros nuestro sincero amor por Cataluña. Él marchó de nuestro lado, pero los estudiantes recitábamos a Maragall y a Mosén [sic] Cinto, y desde las orillas del Tormes fue una onda de simpatía hacia el Mediterráneo, que vosotros no quisisteis oír entonces, gracias a este buen Luis de Zulueta, que se peleaba cariñosamente con Unamuno y que paseaba con nosotros en aquella ciudad graciosa, mimada por el sol y por el silencio.

Iberia (23-03-1918)

El conde de Romanones

Tengo que congraciarme con el ex diputado a Cortes por Salamanca, mi querido amigo Isidro Pérez Oliva, al que había prometido, tiempo ha, escribir un artículo elogiando a su despierto jefe don Álvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones. Pero la ocasión no llegaba nunca. Tengo la desgracia de que todos los políticos, sin excepción, me fastidian cuando suben al Poder y que

[87] Existe otro artículo de igual título y distinto contenido publicado en *El Adelanto* (O.C. Tomo II, página 87).

[88] Asalto llevado a cabo el 25 de noviembre de 1905 por oficiales del ejército español a la redacción y talleres de la revista satírica *Cu-Cut* y del diario *La Veu de Catalunya* como respuesta a la publicación de una viñeta considerada ofensiva por el estamento militar.

empiezan a gustarme precisamente cuando caen. De esta manera no haré jamás carrera política. Es una fatalidad de la que estoy sufriendo las consecuencias desde que nací. No hay modo de que asiente la cabeza en este respecto... ni en otros muchos. Infinidad de compañeros míos son ya diputados, senadores, subsecretarios, o, cuando menos, redactores-jefes de cualquier Revista. Tienen paciencia –cosa que a mí me falta– como ese *Azorín* que de anarquizante ha pasado a ser el *alter ego* de La Cierva y de las Juntas de Defensa. Escriben un día y otro con la mirada puesta en los talentos de Dato –que yo no acierto a descubrir– o de Alcalá Zamora –que yo niego terminantemente– o de Francos Rodríguez, o del cacique de su pueblo. Y llegan. Y llegan. Y llegan. Y yo estoy siempre en el mismo sitio, porque este elogio al señor conde de Romanones quedará neutralizado con una censura el día que el señor Conde torne a manejar las riendas del Poder.

El señor conde de Romanones es el más listo de los distintos santones que acaudillan los partidos o partidas liberales. Santiago Alba es un talento bastante improvisado. Manolo García no es más que el yerno del señor Montero Ríos. Villanueva es un ciudadano avinagrado con la misma cultura de un notario que ha sacado del núm. 30 para arriba en las oposiciones.

Y no es que sepa de libros Romanones, no. Ni le hace falta. Sabe de la vida lo suficiente para saber que los libros son un mero pasatiempo sin gran transcendencia en la realidad. Conoce perfectamente el italiano, el inglés y el francés. Se educó en el Colegio de San Clemente, de Bolonia. Allí escribió para su laurea un discurso sobre Biología de los partidos políticos, que es un modelo perfecto de observación, de donaire y de sagacidad.

Y en el problema internacional, el señor conde de Romanones ha sido el único político español que ha visto claro y ha visto lejos. El mismo Alba lo ha reconocido explícitamente, afirmando, hará cosa de un par de meses, a un redactor de *Le Temps*, que las acusaciones y calumnias de que era objeto procedían del sector germanófilo, por su profundo amor a la causa de los Aliados. Libre de trabas y de compromisos, el conde de Romanones, al acentuar su aproximación a las izquierdas, se ha descargado del peso muerto de los fantasmones ridículos que formaban su viejo Estado Mayor. Y con los pocos devotos que le quedan, como ya su partido tiene un programa bien marcado en el campo internacional, es capaz de fecundas renovaciones, quedando, hoy por hoy, de único sostén del Régimen, que se va quedando sin sostenes que le defiendan, ayuden y amparen.

El conde de Romanones es, hoy por hoy, una perfecta interrogación. Su rumbo dependerá, naturalmente, del de los acontecimientos. Queremos creer en él; queremos que triunfe; queremos que se deje de maquiavelismos provincianescos y de vivezas pasadas de moda. Está en el buen camino, y así como ha sabido darse perfecta cuenta de que todo amenaza desplomarse, se nos antoja pensar que también conoce el modo de las renovaciones gallardas y rotundas.

Iberia (06-04-1918)

Acotaciones

Fili

Escribe más que el Tostado; en uno de los escritorios, febrilmente, despacha cigarrillos y más cigarrillos; en el extremo de la mesa hay ya apilado un buen montón de cartas. Y llama al timbre, sonríe, avisa a los ujieres y estos que ya están al cabo de la calle, responden reverentes:

– ¡Está bien, Sr. Villalobos! ¡Está bien D. Filiberto! ¿No dispone S. S. otra cosa?

Advertirlo bien; a los quince días de Cortes, ya no es el Sr. Villalobos; es también D. Filiberto y apenas está constituida la Cámara. Dentro de un par de meses, será D. Fili y no Fili a secas, porque estos buenos ujieres, galoneados y tiesos, no se permiten ciertas familiaridades con los padres del país.

Yo no lo sé, pero apostaría de buena gana unas pesetas a que ya los ujieres, confiados en las pijoteras calidades de llaneza de «Don Filiberto», le han confiado sus apuros íntimos y hasta que le han rogado que procure en la Cámara el aumento de sueldo. Ya le conocen todos, altos y bajos.

En este momento, forma una peña Fili con Indalecio Prieto, Araquistain y otros amigos. Carlitos Merino, el nieto de D. Práxedes –querido amigo nuestro– oye a Fili una disertación sobre las crestas bejaranas, llenas de nieve. Recostado perezosamente al muro, se diría que ha nacido Filiberto Villalobos naturalmente adherido a él.

Sabe lo que son votaciones nominales, a qué suenan los timbres, los números de secciones y la hora de reunión de las minorías. Ha nacido diputado. Y si no se marea y sigue el camino recto, Fili será tan popular en los Madriles como en Novelty[89].

El Adelanto (19-04-1918)

El feudo de D. Abilio

Aquello de Carreño

– ¿Y... cómo fue aquello de Carreño? –pregunto a un mozalbete que antaño levantó la masa estudiantil palentina contra la omnipotencia de D. Abilio Calderón Rojo, ministro de Fomento un tanto analfabeto y plebeyote y cacique máximo de la comarca que se extiende desde Venta de Baños hasta Grijota.

– Verá usted, porque la cosa es larga –me replica–. El calderonismo, o sea el señoritismo bien que vive de cortar cupones, es en el fondo, un poco místico, como todos los cacicazgos españoles. Como el *tilingo* de que hablaba Francisco Grandmontagne no tiene más que una fuerte pasión en su espíritu: el odio a la inteligencia. Usted ya sabe quién es D. Abilio; estuvo a pique de pegar a Osma cuando le habló del almojarifazgo palentino, creyendo que esta palabrota es un insulto, disertó ante las cenizas del pobre Ugarte (q.D.h), de los huevos de Colón; confesó paladinamente en un viaje que le reventaban las piedras. Al hombre no le preocupa más que Palencia, lo que se diga de él en Palencia, el juicio que tengan de su poder las gentes en Palencia. A González Carreño le dio el naipe por escribir un libro y lo escribió. D. Procopio Antúnez, un cacique iletrado, pueblerino, vanidosuelo. ¡Ah, no, no! Había que querellarse. Parece que es lo natural, tratándose del delito de injurias que los Juzgadores se atengan a lo escrito, pero Abilio reclutó para la prueba los estómagos agradecidos que no tienen gran costumbre de medir el alcance de sus juramentos.

Aquello fue notable. D. Procopio era feo y D. Abilio, aunque no es la Diosa Minerva, tampoco es de mal ver. D. Procopio era ladrón y D. Abilio hombre de orden, banquero hasta anteayer, no ha cometido, que se sepa, porquerías mayores. Los magistrados dudaban; pensaban en la absolución; los mismos considerandos de la sentencia, que usted ha leído esta mañana, estaban hechos para absolver. Pues..., –en Palencia todo se sabe– se dice que D. Abilio notificó a un magistrado, que él podía alardear de independencia de juicio, si lo estimaba necesario, pero que D. Abilio probaría que esta independencia es un tanto quebradiza cuando los magistrados necesitan cobrar a sus retoños. El buen magistrado tiene un hijo que ha llamado políticamente a las puertas de D. Abilio, y D. Abilio es hombre que conserva las cartas. *Voila tout,* mi amigo.

– He oído antes unas cuantas cosas de un considerando final –interrumpo a mi joven amigo.

– Sí; ese considerando dice, en mala prosa, que como las condiciones físicas y morales de D. Procopio Antúnez, ente de ficción, del libro de Carreño, son notoriamente semejantes, según la opinión pública media de esta población a las de D. Abilio Calderón Rojo, o del señor C. Rojo –como dicen los socialistas que siguen a Zarzosa– fallamos que..., debemos condenar y condenamos.

– Pero ese considerando –replico– es una injuria feroz a D. Abilio.

– Le tiene sin cuidado porque era necesario pasar por eso para condenar al catedrático. ¿Ha comprendido Usted?

– Sí; he comprendido; justicia palentina; servidumbre ante el cacique tenaz y vengativo, un puro asquito, ¿y de ello no protestaron más que los alumnos?

– Nadie más. En Palencia, –Palencia es Castilla– nadie protesta de nada. Parece natural que un cacique abuse; nadie cree en la justicia; todos los ojos están fijos en un destinillo que puede caer a río revuelto el día menos pensado. El destinillo es la varita mágica de que dispone el actual ministro de Fomento para que las gentes le teman, aunque ¡eso sí!, la desprecian en el fondo. En Madrid es ministro el hombre, porque le creen gallo de este corral, y en este corral es gallo, porque en Madrid ha sido gobernador y director general, y ha volcado, liberalmente, el Presupuesto de España, sobre este pueblo. Ahora ya sabe usted que cantan en su honor los canónigos y beneficiadotes un *Te Deum* el 31 de julio, para festejar su ascensión a los consejos de la Corona. Un *Te Deum*. ¿Ha visto usted mayor simpleza? Un *Te Deum,* una lápida en la Diputación, –allí está

[89] Cafetería salmantina, en plena Plaza Mayor, que aún tiene abiertas sus puertas.

bien–. Un banquete popular con cinco mil cubiertos y gastos pagados a los alcaldes que asistan; ¡todo muy espontáneo! Hasta la izquierda liberal de la Diputación se ha asociado, para que no digan, al júbilo público:

Todo júbilo es hoy la gran Palencia,

Los novios sueñan con un destino de plantilla –¡viva D. Abilio!– y los canónigos enronquecen cantando loas y confesando a Dios porque D. Abilio tiene casaca y espadín. De esta hecha, hasta Florentino Pombo, hasta Matías Peñalva[sic], van a creer en serio que D. Abilio es capaz de escribir una carta, de hacer una intervieu [sic] y de contender con Melquíades desde el banco azul.

Seguimos paseando mi amigo y yo por las afueras de la ciudad, comentando el calderonismo. Este, como el clásico, es también empeque[90], teología, mesocracia aristocratizada y ruido de cajas y de alambres; algún día lo definiré. Toda Castilla es Boñigas, en todas partes se cuecen habichuelas y *tutto el mundo e paese*. La servidumbre domina esta pobre meseta que no sabe chillar, que no puede chillar acaso. Mediocridad, incomprensión, miedo, gente atada al cocido y a la preocupación diaria, que no puede entretenerse en ver cómo corretean las estrellas en el cielo, viejos cazurros, abogadillos analfabetos, que para ser diputados provinciales elogian la ética pública del primer tahúr con que tropiezan. Antoñitos Quijanos –¡vuestros sueños, bien muertos y enterrados, de la primera juventud!– que se lamentan de que D. Alonso, su tío, sea caballero andante y no haga jaulas ni ponga cátedras frente al cura. Y al frente de toda esta roña, que limpiará bien pronto la gente campesina para que su redención sea completa, D. Abilio Calderón, llevado en palio, García Prieto el de Astorga, definiendo el aumento liberal; D. Diego Martín Veloz, amparando a morradas los prestigios de una Institución armada a la que no pertenece y que le condenó en Valladolid, aunque la sentencia no se cumpliera.

España (21-08-1919)

Pío, Felice, triunfador Abilio

(Crónica telefónica)
Palencia 31 (12 N.)

A las nueve de la mañana ha entrado el señor ministro de Fomento en sus reales de Palencia; la Guardia civil ha seguido sus pasos; los diputados provinciales –¡castizos, enchisterados, solemnes– han seguido las huellas de la Guardia civil. Charanga local; pocos vítores; mucha gente; una buena moza de Grijota, con una cicatriz en la faz, ha llevado los pliegues de una bandera dedicada a D. Abilio Calderón.

Desfile de notables. En los balcones de la calle Mayor, muchos racimos de muchachas guapas. El alcalde, un hombre dedicado a las especulaciones manuales desde su más tierna infancia, da la derecha a Su Excelencia, satisfecho, orondo y contento de haber nacido.

Recepción en el Concejo. Misa rezada en la Catedral, con D. Abilio a la derecha del presbiterio. Bajo las gallardas bóvedas góticas han sonado dulcemente los cantos del cisne al morir. Al elevar la Hostia el sacerdote en el momento del sacrificio, balan las flautas y los trombones del órgano –¡triste Lohengrin[91]!–, llorando la muerte del ideal de su amor. ¡Ah, Lohengrin; ah, Lohengrin! No pienses que tu reinado es de Grijota, de Gandarillas, de Gusano ni del ministerio de Fomento.

Nueva comitiva. Pío, Felice, triunfador en su pueblo y entre las mujeres que conoció de pequeñito. Don Abilio se quita su gorrilla, nos sonríe y nos saluda. Los de Grijota precédenle siempre con la bandera.

Banquete en el Seminario; "todo por y para Palencia". Coplas impresas que se reparten entre los comensales a falta de rajas de salchichón, versos.

Lo que bien necesita
el noble pueblo español
son ministros que trabajen

[90] Así en el original, tal vez quiere decir empaque.
[91] Protagonista de la ópera del mismo nombre de Richard Wagner

a favor de esta nación
como todos esperamos
del genio de Calderón.

Y sigue la musa implacable

El que sea palentino,
defienda su población,
no tenga el alma mezquina,
que domine la ambición,
verá con gran alegría
ensanchar su corazón
por contar con un ministro
como Abilio Calderón

El poeta González Revilla llegará…

Luego se ha enfadado Matías Peñalba. Muchos grijotanos; los diputados provinciales, con ropa nueva, han asistido a la función de gala, mirando picaronamente los ojos negros de la señorita Villegas. Morano, como siempre, ha abusado un poco del latiguillo. Gandarillas, el alcalde, no ha cesado de mostrar su condecoración. Fuera, la luna besa amorosamente las ojivas de la torre de San Miguel. El cronista vuelve a oír, mirándola el canto del cisne y pide a San Antolín, patrono de esta ciudad, que no le juegue nunca la mala partida de hacerle ministro, para no tener que reírse, piadosamente, por supuesto, de las chisteras empolvadas, de las levitas cortadas en víspera de matrimonio el año 93, de alcaldes condecorados que no se han sentido nunca descontentos de sí mismos, de los orondos diputados provinciales que no aciertan a ver –¡los pobres!– que las Diputaciones son tan inútiles como el bazo, la ortografía y la forma retórica, según decía Zahonero, y como –añadimos nosotros– el barroquismo puntual de ministros que estrenó, ya va para dos meses, ese condenado estilista que se llama D. Joaquín Sánchez Toca.

El Sol (01-09-1919)

Cambó

– ¡Hola, D. Francisco!

Camina como una flecha y se detiene un minuto. Es músculo este hombre; no hay grasa en él. Tiene la cabeza de un pájaro y las manos de una mujer. Es rápido, telefónico, contundente. Va a lo suyo si pararse. Es ya rico. Va camino de poderoso: Madrid, Barcelona, le asfixian, le ahogan. Es inquieto. No se fatiga. Cambó es un signo, un gesto de interrogación –todo él un gesto– cuando inquiere; dos puntos de admiración cuando se pone en contacto con el polo de la inteligencia, un desdeñoso formidable –como Unamuno– cuando la idiotez le detiene el rumbo o le corta el paso. Su paso rápido, ágil, mecánico, de muñeco al que acaba de darse cuerda.

– ¡Hola, D. Francisco!

El señor ministro de Hacienda nos aprieta efusivamente la mano. Iba al salón y se detiene. Y secamente nos interroga:

– ¿Escribe usted?

– Apenas.

– ¡Hace mal!

– ¿Y esto? –pregunto.

Esto es el Congreso, el salón de conferencias, los pasillos, las informaciones políticas. Esto es la ordinariez de Cierva, y la malicia del Conde, y el silencio de Alba, y el conservadurismo de Lerroux, y la crudeza de Besteiro.

– ¿Esto?

Y el hombre pájaro hace un gesto indefinible. Un gesto henchido de ideas, de silencios, de matices, de intimidades. Un gesto que es como Cambó, intraducible.

– Hasta luego ¡eh? ¡Aquí, en el despacho de ministros ¿eh?

– ¿A qué hora? –pregunto infantilmente.

– ¡Hombre, hombre, yo que sé a qué hora me dejarán!

Y sale su frase áspera, cruda, burlona. Y yo que, en realidad, no tengo nada que decirle, marcho al retiro a gozar de la hermosura de la tarde.

Cambó, en su despacho de la calle de Gerona, allá, en el ensanche barcelonés. Hablamos. Pregunta; le contesto. Todo concreto, ceñidito, telegráfico.

– Esta gente política –dice– me carga porque no es violenta. Hace falta pasión en el Parlamento. Aquí nadie vive vida interior.

Oigo y miro. Libros: Maragall, Maeterlinck, Flaubert, Carducci. Poetas ingleses, lindamente encuadernados. Unos butacones cómodos. Sigue hablando.

– Barcelona es ahora muy interesante. No me importa la frecuencia del crimen, sino su impunidad. Esto se lo lleva la trampa. Va usted a presenciar un *crak* de bancos formidables ¿eh? Repercutirá en toda España…

Sí, sí, me gusta Senador; tiene coraje, alma, alma…Unamuno vocea en el desierto… ¿no conoce a Puig? Véalo; vea la Universidad Industrial, el Instituto, todo ¿eh?... Y viene y me dice… Almorzaremos. ¿Día? Espere. Bien, bien; yo le escribiré… ¡Buen chico Vehils!... Nos equivocamos hace dos años, amigo, buscando una inteligencia entre las regiones… Aquí nadie se entiende ni tiene, que es lo peor, cosa sobre qué entenderse…

¡España, España! Por ahí fuera no es valor cotizable; se habla de ella como de Méjico, como de Turquía. Cuando salgo fronteras afuera, vuelvo con el alma lacerada… Me dan ganas de gritar, de decir toda mi fe… ¡No, no crea usted! No hay vibración electoral aquí, porque no hay enemigo en frente.

Cambó en la Lliga:

– En este distrito liquidó Fulano, ¿verdad, Ventosa?... Bájar, Villalobos; sí, ya sé, muy simpático, un buen chico… ¿Ese Óscar, ese Óscar, ese Óscar!... Juanito Caneja, en Palencia, no tiene gente detrás, ¿eh?... Íscar, sí, amigo mío, inteligente, frío, muy frío de espíritu… ¿Burgos? Un páramo. No crea usted nada. En Zamora, se le va Zutano al Conde. Le han sableado los suyos demasiado. ¿Power? Sí, sí, con él, la cosa es tirar contra lo que hay; revolver los posos… ¡Bien, bien! Aquí, puntual, a las nueve ¿eh? ¡Mañana, mañana!...

Y D. Francisco nos alarga su diestra y dilata su faz en una expresión mística… Parece un San Francisco del Greco, vestido de chaquet. Sus manos finas y menudas sonríen y desdeñan, acarician y repelean, sin hablar…

El Adelanto (30-01-1922)

Un viaje triunfal de Don Abilio[92]

¡Bendita sea tu pureza!

Los alegres chicos de la Prensa acompañábamos a D. Abilio en su excursión. Nos habían arrojado flores en la Alberca de Arriba, palomas mensajeras en Cabezacuerno, obsequiado con dulces secos y con puros de veinte en Mataporquera; entrábamos en la corte de los abilienos, calderonianos o calderonistas, que de los tres modos suelen decirlo en Palencia. El señor ministro daba resoplidos de satisfacción. Ya no tendría candidatos en contra para las próximas elecciones; todos aceptarían su mandarinato; aquello era una carrera triunfal, con todas sus consecuencias, para la tranquilidad del acta y del bolsillo.

Don Abilio estaba radiante. Todos los notables de Palencia y de sus aledaños figuraban en la pintoresca caravana. Diputados provinciales, ex alcaldes, tres concejales, un antiguo reformista, toda la gente de pro.

Y el pueblo donde llegábamos era precisamente la meca del calderonismo. Grijota siempre ha sido de rancia cepa conservadora. Los grijotanos han nacido ministeriales, como han nacido rubios los ingleses, y morenitas las trinitarias y percheleras.

Dábamos vista al pueblo. En él se preparaban estampidos de cohetes y bombas reales, una poesía alusiva al Ministerio de Fomento y a la magnífica labor realizada en él por D. Abilio; hasta se preparaba un arco triunfal. Acerca del arco circulaban, por cierto, varias versiones: se había susurrado el día antes en Grijota que no había percalinas *ad hoc* para el decorado; había también

[92] A pesar del tono jocoso del artículo, se trata de un personaje real. Don Abilio Calderón Rojo (1867-1939) nació en Grijota (Palencia) y ocupó varios ministerios, entre otros el de Fomento en 1919.

quien afirmaba que el carpintero, socialista, no había querido prestar las maderas; no faltaban, por el contrario, devotos entusiastas del ministro que aseguraban a tambor batiente que el arco de Grijota sería el mejor de los que cobijaran y saludaran el paso de su excelencia por los pueblos de su distrito.

Llegamos a Grijota. Las hijas de María, en ringlera, ofrecían flores y lilas a D. Abilio. Los chicos de la escuela cantaban a grito pelado el himno que había compuesto el pedagogo:

Saludemos, hijos míos,
cantemos con emoción,
a este genio grijotano
que se llama Calderón.

Allá, a la entrada de la plaza, se veía el arco. Estaba cubierto de percalinas azules y blancas. En el centro había un gran letrero que decía: *¡Bendita sea tu pureza!* El día antes había servido de dosel a la Virgen para la fiesta de mayo.

Solemnes, estirados, pasamos los excursionistas debajo del arco.

Ninguna leyenda más emocionante para D. Abilio Calderón y Rojo. Algunos iniciaban una sonrisa; don Abilio, muy serio, abrazó al alcalde, diciéndole con lágrimas en los ojos:

– ¡Habéis estado muy bien; pero que muy bien!

Bombas reales, cohetes, cuchipanda en el Concejo. Los niños seguían con su himno. La maestra, con las niñas, se creyó obligada a mostrar al diputado los adelantos de su sección.

Y las niñas cantaban:

¡Venid y vamos todos
con flores a María;
cantemos a porfía,
que Madre nuestra es!

Don Abilio escuchaba plácidamente.

A lo lejos venían los niños entonando el consabido himno. Don Abilio puso término a su emoción, con estas confortadoras y lapidarias palabras:

– Grijotanos: no aspiro a más sino a que, cuando me muera, pongan un epitafio sobre mi tumba que diga: «Aquí yace un palentino ilustre».

Buen Humor (30-07-1922)

Margarita Nelken

Margarita Nelken, vive, con su marido y con sus nenes, en una preciosa y soleada casa de la Avenida de Menéndez y Pelayo, detrás del Retiro. Yo visito a Margarita esta desapacible tarde de marzo. Siento por ella, desde hace tiempo, una vivísima estimación literaria –su libro sobre "La condición social de la mujer en España", editado por Minerva, S.A., Aribau, 169, Barcelona, el año pasado, es un libro muy honrado y muy noble– y una profunda y respetuosa simpatía personal porque la señora Nelken es una mujer con pensamiento y con emoción, o dicho más sencillamente, una mujer.

Y he pasado toda la tarde en casa de Margarita. Los lectores de EL HOGAR, que muy pronto conocerán los artículos de arte de Margarita, comprenderán cuando los lean, las razones íntimas de mi estancia en aquel hogar. Porque la señora Nelken tiene hogar, cosa rara en España, donde la palabra inglesa "home" no tiene traducción posible. Nuestros escritores, por regla general, no viven más que en la calle, y de la calle, y para la calle. ¡Y así les salen las cosas a nuestros escritores! Son hombres de galería, o lo que es igual, les faltan muchas cosas para ser hombres.

¿De qué hemos hablado? Ya no lo sé.

De viajes, de libros, de amigos comunes, de lo que redime el trabajo, de lo que es este sacerdocio de la inquietud que se llama periodismo. Margarita ha puesto pasión, pasión redentora, en casi todo lo que me ha dicho. Y de tema en tema hemos hablado –¿cómo no?– de feminismo.

En el Ateneo de Madrid se discute actualmente el feminismo. Margarita interviene con gran fortuna en ese debate.

Mientras los hombres la oímos con agrado, con admiración y con respeto, las mujeres la zahieren con alfilerazos de la aguja del sombrero y de reparar los calcetines. Un psicólogo explicaría muy naturalmente este fenómeno.

Margarita es rubia, guapa y muy mujer. Nuestras feministas españolas son feas, desgarbadas y marimachos. Margarita discurre mujerilmente, esto es, con el corazón, y nuestras orondas feministas sienten con un órgano que llamamos cerebro para designarlo piadosamente. En fin, la señora Nelken tiene emoción, sensibilidad, sentido del vestir, de la "nuance", y nuestras feministas, solteras recalcitrantes o viudas con oposiciones para volver a serlo, enfrascadas como andan en esas estadísticas de las concejales hembras que tiene Yugoeslavia o los diputados que se sientan en los escaños de la cámara de Finlandia, han acorchado su corazón con los anhelos de revancha o con el vaho de fastidio que unos cuantos hombres, en justa reciprocidad, dejaron en su corazón.

Margarita habla y siente como mujer. Pide del hombre mismo, protección, amor; lo que el hombre puede darla. Para Margarita, con amor no hay problema posible. Sostiene, en efecto, que de las reivindicaciones feministas tienen la culpa los hombres y las mujeres. Los hombres con su indelicadeza y con su incomprensión del espíritu de la mujer; las mujeres con su incomprensión –tozuda y tenaz– del alma masculina. Luego la mujer tiene limitaciones psicológicas que no padece el varón. Con amor, que es educación, cultura cerebral y cordial, inteligencia, no hay problema posible. El feminismo es el manantial, para Margarita Nelken, de las lágrimas que el despecho y el pesimismo han dejado en la mujer.

Margarita Nelken tiene una casa muy bonita. Un limpio y crudo paisaje castellano se otea desde la mesita donde trabaja con su marido. El frío, con esta cruda tarde marceña, da relieve al paisaje, áureos paniegos y casitas rojas y achaparradas, y el tono acre, manchego, de los alrededores de Madrid.

Tomamos té. Hojeamos revistas de arte. Yo fumo sin cesar... La nena de la señora Nelken es una nena preciosa y parlera, que se sienta en mis rodillas y se deja acariciar.

Hablamos entonces de la insensibilidad ambiente. Margarita persigue el indulto del doctor Alegre, un médico que mató al monterilla del pueblo porque no le pagaba y porque necesitaba irremediablemente una cantidad para curar a una hija. El monterilla se burló del galeno pobre y el galeno disparó.... Los gobernantes –abogados, por regla general– no oyen.

Y de los nenes hablamos también:

– Yo he perdido ochenta hijos...

– ¿Ochenta? –pregunto asombrado.

– ¡Sí, hombre, ochenta! Dirigí una casita donde había ochenta niños abandonados, la caridad oficial no me ayudó. Yo tuve que dejar aquello, después de entramparme, porqué vivo de mi trábalo y no soy rica.

Y habla de su trabajo con orgullo, con dignidad, serenamente. Se citan nombres de literatos conocidos. Generalmente, hace Margarita un trazo psicológico justo, una advertencia, sabrosa, una glosa discreta y oportuna, dicha siempre sin acritud.

Las horas discurren deliciosamente. He llegado a las cuatro y son las ocho. Me despido ¡y volveré muchas tardes a este hogar de seres que se aman, harto de las posadas y ventas donde fingen que viven seres que se encuentran y que, por inercia o por cobardía, no se separan más en la vida!

El Hogar (04-08-1922)

Don Julián Besteiro Fernández

La biografía no es una silueta.

–No ha dado usted –me dicen– una biografía en la silueta de Unamuno.

No, en efecto. Ni en la de Unamuno, ni en la de Domingo, ni en la de Besteiro, ni en las sucesivas que trace para esta publicación. Una biografía, no es una silueta. Fechas, cargos, honores, vicisitudes de la vida pública de un hombre, nada nos dicen de su fisonomía moral, ni de su ética íntima, ni del gesto con que reacciona ante el ambiente exterior. Julián Besteiro es catedrático de Lógica, pero catedrático de Lógica nada quiere decir al curioso. Colegas hay de Besteiro por el mundo –yo conozco algunos– que muy bien pudieran ser bedeles de la Universidad, sin ofender a los bedeles, o jefes de remonta, o simplemente mecanógrafos de una casa de correspondencia. Afiliado al socialismo, está Julián Besteiro, pero lo importante es no anotar esa filiación política que nadie desconoce, sino advertir el tono, acentuar el matiz que al socialismo español da nuestro hombre en el Parlamento y fuera del Parlamento. Traductor de Abel Rey, autor de un preñado opúsculo sobre "Los juicios sintéticos "a priori" según Kant", comentador de la actuali-

dad política desde las columnas de "El Imparcial", Julián Besteiro es un estudioso procedente de las capas burguesas, pero en fijar el hecho no estriba la silueta, sino en advertir por qué razones espirituales Besteiro permanece al lado del proletariado español.

La biografía no es la anécdota, pero la anécdota es la silueta, porque lo anecdótico es el reflejo del temperamento personal en la vida. La personalidad se reduce, después de todo, a la permanencia del carácter reaccionando sobre el ambiente exterior. Julián Besteiro es un hombre permanente; esto es, un carácter, o lo que llamaría nuestro delicioso cronista Hernando del Pulgar, un "home esencial". Su figura política, que se ha desarrollado en cinco años, desde julio del 18, en que viene a jurar el cargo de diputado a Cortes por Madrid desde el presidio de Cartagena, se destaca desde el primer día, pura y limpia, sin mácula, sobre el rasero de nuestros políticos de oficio. Es la emoción liberal contenida y templada por la lógica; el sentimiento de protesta permanente contra el estado de cosas, aleccionado por la seguridad de que la revolución, antes de prender en el cuerpo social, ha de prender en la cabeza y en el corazón de las gentes; la austeridad, hecha carne, da guerra a los procedimientos y dilaciones abogadiles, que son el pan nuestro de cada día en la mecánica de la política al uso; el odio a la retórica maurista y el culto a la sobriedad y a la cordura; la fe absoluta en su doctrina, que es su vida; el gesto, un poco hosco, adusto, a las veces, que le lleva a declarar, por ejemplo, delante de las narices del propio adversario, "que no le merece respeto alguno el señor Cierva", y que le obliga a sospechar, delante del señor Lerroux, que este caudillo republicano se ha llevado más de una vez "los pelos y algo más que los pelos del lobo de la Monarquía", que el jefe de les radicales se imagina combatir cuando, en realidad, no hace otra cosa que sonreírle.

Besteiro no es un hombre grato a las derechas dinásticas personalmente, como lo es, por ejemplo, Indalecio Prieto. Molesta, hiere sin darse cuenta, no está encajado en la atmosfera artificiosa del Parlamento español. Como todo hombre verdaderamente creyente y profundamente bueno, Julián Besteiro, que podría servirse de los convencionalismos comunes a los parlamentarios, los rechaza como inútiles y, en el fondo, como inmorales.

No es que se produzca poco delicadamente; modelo de corrección, de respeto al contrincante, de justificación ante los movimientos humanos, Julián Besteiro tiene algo de apostólico y de religioso en su actuación política. No quiere ofender, pero tampoco quiere mentir, y al echar por el sendero del medio, sus oraciones ganan en sobriedad y en coraje, en coraje contenido. No es la zona templada del socialismo español, esta le pertenece al caballeroso Fernando de los Ríos; no es tampoco el reflejo callejero de las masas socialista, que esta gloria, el uno con el léxico limpio y abundante, el otro con el balbuciente y novato del neófito, se la disputan Prieto y Cordero[93]; no es la habilidad, la cautela, la táctica del que sabe cultivar su cercado, que en esto no hay nadie que aventaje a Andrés Saborit, del que ha dicho con razón Sánchez Guerra[94]que se ha afinado y pulido en el Congreso, en el fragor de la lucha, de un modo realmente asombroso. Besteiro tiene su personalidad bien definida dentro del grupo de los siete. Es el socialismo de cátedra, si queréis, pero el socialismo de cátedra, hiriente, cortante, rajante, con sus esquinces antidinásticas y anticonservadoras, antimilitarista, culto, desengañado, evolucionista, tolerante y educador.

Ya sé que hoy está de moda entre los comunistas arremeter contra Julián Besteiro y contra su "soi disant"[95] reformismo, pero eso no pasa de ser un tópico vulgar.

… …
… …
… …
… … … … … … … … … … … … … … [C E N S U R A D O] … … … … … … … … … … … … … …
… …
… …

Julián Besteiro, que, cuando tenía que hacerlo, se jugó su vida, su libertad y su cátedra, por el triunfo del proletariado español, advirtió dolorosamente la inutilidad de su esfuerzo generoso, y aleccionado por aquellos sucesos que parecen tan lejanos a la memoria de nuestros comunistas, sabe que hay mucho que destrozar, que cortar, que po-

[93] Indalecio Prieto Tuero (1883 – 1962), Manuel Cordero Pérez (1881 – 1941). Líderes históricos del Partido Socialista Obrero Español.

[94] José Sánchez Guerra y Martínez (1859 – 1935). Político español, figura destacada del Partido Conservador. Diputado a Cortes, alcanzó la presidencia del Congreso de los Diputados y ejerció como ministro de Gobernación, de Fomento y de la Guerra, y también como Presidente del Gobierno durante el reinado de Alfonso XIII.

[95] "Supuesto"

dar, que cultivar, antes de que llegue una oportunidad eficaz para que venza en España un movimiento obrero … [C E N S U R A D O] … … … … … … … … … … … … …

Más trazos.

Y –justo es confesarlo– la simpatía que hoy inspira el socialismo español a casi todos los sectores de la opinión pública se debe en gran parte a Besteiro, porque Besteiro, como el venerable Pablo Iglesias, ha predicado, a lo largo de toda su vida, con el ejemplo. A Besteiro nadie le regatea el respeto a la hora de ahora en la opinión nacional.

Comienza Besteiro su propaganda política en Toledo, cuyo Instituto le cuenta años atrás como catedrático.

A los obreros de la ciudad imperial hemos oído mil veces, charlando bajo los porches de la castiza plaza de Zocodover, bajo el cobertizo del colegio de las doncellas nobles, en las expansiones de los postres de una merienda en la romería de la Virgen del Valle, los primeros pasos políticos de Julián Besteiro:

– Aquí le elegimos concejal y llevó siempre la voz de los obreros en el Concejo. Poco a poco, fue acabando con nuestra típica desorganización administrativa. En los mítines no disfrazó nunca su pensamiento y usted sabe, como nosotros, los riesgos a que se expone el hombre que lleva el alma a los labios en toda ciudad de Castilla. Y si la ciudad tiene las trazas espirituales de la nuestra, …… … … … … … [C E N S U R A D O] … el gesto de Julián Besteiro es el gesto de un héroe y de un mártir a la vez.

Y los obreros contaban también, y no acababan nunca, loanzas de la generosidad y de la largueza de su bolsa:

– Todos entramos a saco en su generosidad, pero su generosidad era más grande que nuestra pedigüeñería. Es un hombre que no ha pensado nunca en su medro personal. Por el contrario, toda clase de sacrificios se le antojaba escasa ante nuestra lucha por la vida. Los obreros, desdeñados en Toledo, fueron, durante la permanencia de este hombre en la ciudad, un factor importante en la vida toledana. Claro es –acababan de referirme con tristeza– que esta semilla ha dejado de rendir fruto, porque las almas de por acá son estériles como las rocas y como los pedregales. Pero el recuerdo de Julián Besteiro nos conforta y nos anima a luchar a los pocos rebeldes que por aquí quedamos.

No son muchos, en efecto, los que se cobijan a la sombra de la torre de nuestra Iglesia Primada; cincuenta, sesenta; quizás más, quizás no tantos. Pero ese puñado de buena gente hace su ofrenda de gratitud cuando llegan las elecciones generales. Cincuenta o sesenta sufragios obtiene, en las urnas, el nombre de Julián Besteiro Fernández, y esos votos, que desdeñan el dinero de los caciques … … … … … … … … … … … … … … …… … … … … … [C E N S U R A D O] … … … … … … … … … … … … … … llevan el perfume del recuerdo de la mocedad del luchador abnegado y generoso.

Los votantes de Besteiro,

Desde Toledo vino a Madrid Besteiro, después de haber ganado por oposición su cátedra de Lógica fundamental, y fue siempre uno de los propagandistas más activos del socialismo español. Este le llevó al concejo de esta villa del oso y del madroño –más de aquel que de este– y él le ha proporcionado molestias sin fin, estancias en la cárcel, persecuciones, registros domiciliarios y toda suerte de fieros males. Pero Besteiro es el estoicismo personificado. Hombre que, de haber abordado a la usanza corriente los escalones de nuestra política, hubiera seguramente conocido las direcciones generales y las titulares de los ministerios, ha preferido siempre la compañía de los pobres y de los desheredados.

Y sin embargo, es curioso observar la psicología de sus votantes. Los hay socialistas y los hay no socialistas. Le votan clérigos, empleados, militares y rentistas. Votan al hombre, no al político. Saben estos hombres por sus hijos, los estudiantes de la Central, que hay en Besteiro todo un caballero afectuoso, noblote, hijo de su deber, que es su culto, y estos hombres llegan a quererlo, a admirarlo, a respetarlo, sobre todo. Pocos hombres públicos han logrado en tan poco tiempo, un fallo tan unánime de la opinión. Con ser hombre muy de su partido, es hombre que hoy está sobre todos los partidos. Cuando la pasión parece que va a salvarle, le pierde la ecuanimidad. Ha heredado, íntegro, el patrimonio de respeto de que gozaba don Gumersindo Azcárate.

Respeto que se acentúa cada vez más. Es de ver como se esfuerza hoy Sánchez Guerra, cuando contiende con Besteiro, en rodearle de consideraciones, de halagos y de respetos a su persona.

El hombre que inventó antaño la infame leyenda de los colchones, el que consintió el pisoteo de la inmunidad parlamentaria en la persona de Marcelino Domingo, arrepentido está tal vez de sus fazañas de jaque andaluz, y la opinión de señoritos bien y de policías honorarios que Sánchez Guerra personificaba en 1917, ha reconocido, al fin, que el respeto al adversario es la primera condición de lealtad en la contienda.

Por eso, Besteiro, con ser una figura socialista, y acaso por serlo exclusivamente, está asistido hoy por la asistencia respetuosa y afectiva de sus vecinos los madrileños.

Los sucesos de 1917.

¿Y quién no los recuerda… …… … … … … … … [C E N S U R A D O] …… … ¿Quién no recuerda la Asamblea de parlamentarios en Barcelona, durante el mes de julio, primer chispazo de la huelga revolucionaria que había de estallar veintitantos días después? Nunca ha dado el pueblo español pruebas más acabadas de la perfecta contrición; nunca nuestra Prensa mostró más rara unanimidad en el anhelo colectivo de cambiar de postura; nunca fue la lengua del pueblo más suelta, ni más libre la glosa, ni más sensible al oído y al corazón el ruido subterráneo que anunciaba el terremoto próximo.

Los socialistas, republicanos, carlistas, regionalistas y lo más sano y honesto de los políticos dinásticos se pusieron a la cabeza del movimiento. Pero pronto comenzaron las defecciones. Cambó[96], comprometido con los nacionalistas de la izquierda a actuar revolucionariamente en Barcelona, se echó fuera momentos antes de estallar el movimiento. Solamente permanecieron en sus puestos Marcelino Domingo con los nacionalistas republicanos, don Melquiades Álvarez –que dio notorio ejemplo de lealtad y de disciplina–, los socialistas de la Casa del Pueblo de Madrid, los republicanos radicales de Barcelona y los sindicalistas, que dieron su sangre generosamente,

La huelga y Besteiro.

El Comité de Huelga de 1917 nació al calor de la Asamblea de Parlamentarios, celebrada en la Ciudad Condal el día 19 de julio de aquel año. Pero aquel Comité no pudo actuar en la fecha señalada. “La causa ocasional de la huelga –dijo Besteiro en el Congreso– fue la huelga ferroviaria provocada por el Gobierno; huelga que el Comité de la Unión General de Trabajadores, naturalmente que no en interés del Gobierno, en interés de la clase trabajadora, hizo lo posible por evitar para que nos diera tiempo a preparar más perfectamente la huelga general proyectada. Pero estalló la huelga ferroviaria y entonces nos vimos obligadas a declarar la huelga general. ¿Por qué nos vimos obligados? Porque si no la hubiéramos declarado entones hubiera ocurrido con ocasión de la huelga ferroviaria algo semejante, pero en mayor extensión, a lo que ocurrió en Valencia con motivo de la Asamblea de Parlamentarios: hubieran estallado movimientos parciales. Porque si el Gobierno no podía contener su impaciencia, y adoptando una posición impropia, y me atrevo a decir que indigna de todos las Gobiernos, provocaba el conflicto, porque sin duda no tenía aquella fuerza de inhibición que es necesaria para maniobrar en medio de la zozobra y pasar las horas difíciles, ¿cómo vais a pedir que día tras día y semana tras semana, y mes tras mes esté el país entero, toda la clase trabajadora del país, dominando su acción, moderando sus ansias, conteniéndose, sin que por un lado o por otro esas ansias se abran paso en movimientos parciales? Y si eso hubiese ocurrido, la responsabilidad que nosotros hubiéramos contraído ante la clase trabajadora y ante el país no nos la hubiésemos perdonado nunca, porque el número de víctimas que hubiesen producido esos movimiento, parciales habría sido enorme y el resultado hubiese sido nulo, y no se hubiese dado sensación de fuerza ninguna por la clase trabajadora, dándose únicamente la sensación de que sus elementos directores no sabían cumplir con su deber, ni arrostrar las responsabilidades debidas en los momentos de prueba.”

He aquí cómo Julián Besteiro, vicepresidente de la Unión General de Trabajadores, explicaba las razones de la táctica socialista en agosto de 1917.

Pero después del famoso manifiesto de los cuatro condenados: Largo Caballero, Anguiano, Saborit y Besteiro[97], del 12 de agosto, la huelga se impuso por los gobernantes cuando acaso no

[96] Francisco Cambó y Batlle (1876 – 1947). Político y abogado español, de ideología conservadora y catalanista. Fundador la Liga Regionalista, diputado a Cortes y ministro de Hacienda y de Fomento en varias ocasiones.

[97] Francisco Largo Caballero (1869 – 1946), Daniel Anguiano Mangado (1882 – 1963), Andrés Saborit Colomer (1889 – 1980), Julián Besteiro Fernández (1870 – 1940). Políticos y sindicalistas socialistas.

había llegado el momento de sazón y de oportunidad de ella. Besteiro –alejado Pablo Iglesias de la dirección efectiva del partido– fue el alma de ella. Ni por un momento rehusó la responsabilidad que pudiera caberle. Pero no creyó suficientemente preparado el movimiento porque los obreros no llevaban armas.

Por qué es socialista Besteiro,

Pero Besteiro –sigo glosando sus propias confesiones parlamentarias–, no hubiese dado armas a todos, sino a los capacitados y a los leales, sencillamente porque éstos tienen una elevación espiritual "que la burguesía no ha sospechado nunca". "Os lo digo yo –añade–, que he nacido en la clase media y que por no poder resistir la vacuidad de algunos de los medios que se llaman ilustrados, he ido buscando espiritualidad y elevación de alma en el proletariado; os lo digo yo que sé que si se quiere encontrar hombres ejemplares con espíritu de sacrificio y al mismo tiempo con espíritu de justicia, no digo que no puedan encontrarse en las otras clases, pero en ninguna con el grado y en la intensidad que en el proletariado organizado y activo".

¡Hermosa confesión de hombre bueno! "Y es que pensando así –sigue diciendo– yo no soy un hombre aislado en el mundo de la civilización, ni soy tampoco un degenerado que retroceda con mis ideas y con mis sentimientos a tiempos pasado, y remotos. Yo estuve, años atrás, en el extranjero, de donde vine con un ansia de progreso y un espíritu de protesta contra las infamias de nuestro país, que no sé si se habrá ido debilitando por los años."

Idearium, la fuerza pública y las huelgas

"Durante mi permanencia de Alemania, en Prusia –sigue refiriendo Besteiro– surgió una huelga bastante grave, una huelga de trabajadores de carbón, en el barrio de Moavit, que es un barrio populosísimo de aquella ciudad. Ocurrieron, desde el primer momento hasta el último, colisiones tremendas entre los huelguistas y los esquiroles, y durante ocho días y ocho noches se dieron en aquel barrio verdaderas batallas que lo dejaran todo arrasado; no había una casa sana, ni las iglesias, nada absolutamente; eso lo he visto yo con mis propios ojos. Para restablecer la tranquilidad no salieron los soldados; salió la fuerza pública, y los guardias de Seguridad, y no dispararon un solo tiro; atacaron con arma blanca y de plano.

Pues bien; la Prensa, que no estaba conforme con la huelga, que no la defendía, al saber que se habían cometido algunos excesos en la represión, pero del género que os digo, se puso inmediatamente del lado del pueblo. Se instruyeron como es consiguiente, los correspondientes procesos, en uno de los cuales se trataba del caso siguiente: un individuo había disparado contra un guardia; no sé si le hirió solamente o le mató; lo que puedo afirmar es que, después de los testimonios que se adujeron, al hacer el presidente del Tribunal de Derecho el resumen, dijo: "Tened en cuenta, jurados, que este individuo no era de los huelguistas ni de los esquiroles, sino un habitante del barrio de Moavit que iba a su casa; tened en cuenta que le sorprendió una carga, que le atacó la fuerza pública y que él entonces disparó". Y añadía aquel juez de Berlín: "Yo declaro que cuando un ciudadano pacífico se ve súbitamente atacado por la fuerza pública, puede hacer uso de las armas para defenderse". … … … … … … … … … … … … … … … … … …
… …
… … … … … … … … ...... … … … … … … [C E N S U R A D O] … … … … … … … … … … … … …
… …
… … … … …. …

Besteiro, mártir

Besteiro, con sus compañeros de prisión, fue entregado a Prisiones militares la noche famosa de la detención del Comité de Huelga. Él iba el último en el furgón porque entró el primero; salió el primero también, y entre bayonetas y oficiales, fue conducido al pasillo que lleva a las celdas de los soldados. …
… …
… …
… …. …
… … … … … … … … … … … … … …
… … … … … … … … ...... … … … … … … [C E N S U R A D O] … … … … … … … … … … … … …
… …
… … … …. …
… …
…. …

Celebrado el Consejo de Guerra y condenado a treinta y cinco años de presidio, pasa unos días hasta noviembre Besteiro en la Cárcel Modelo.

Concedidas las audiencias con el público, este va todas las mañanas en procesiones imponentes a ver a sus amigos. Los cuatro mártires van a Cartagena, esposados, de dos en dos, como malhechores. Hasta los primeros días de mayo pasan en aquel presidio. Amnistiados, tornan a Madrid en un día preñado de emociones. Y los mártires de unos meses, una vez prometido su cargo de procuradores en Cortes, se convierten en los más terribles fiscales de la bárbara represión de 1917.

Besteiro, fiscal.

Por primera vez se produjo parlamentariamente Besteiro en nuestro Congreso de los Diputados el día 18 de mayo de 1918; su oración fue la más recia y brillante que se pronunció con aquel motivo. Requisitoria terrible contra el señor Cambó, contra el señor Sánchez Guerra, del que dijo que la Cámara, en un momento de dignidad, debiera echarle a empellones de su seno, declaración vibrante y sincera de los ideales de toda su vida; por el Congreso pasó una ráfaga pasional que recordaba los buenos días de las Constituyentes.

Aquella huelga, según Besteiro, era un timbre de honor para la clase proletaria española. No luchaban en ella por nada tangible y material los obreros, sino por la liberación de España, por la limpieza ética y el decoro colectiva del país. Y fueron a ella, no de un modo subrepticio, sino dando la cara y el pecho a las amarguras, a las largas contrariedades que el futuro seguramente les deparó.

Fiscal, contra el señor Cambó hizo del sagacísimo político catalán una pintura maestra de sus procedimientos; bien vale esa página los honores de la reproducción: "Una vez –dijo– fue el señor Cambó a la Casa del Pueblo, y con esa especie de majestad olímpica con que proceden la mayor parte de nuestros políticos y parlamentarios, un amigo tuvo la intención de presentarme a él, y nos volvió la espalda. No lo expongo en son de queja, sino para demostrar que nos tenía en muy poco aprecio el señor Cambó y que yo no pretendía ni podía subir a sus alturas.

Pero lo que sí sé es que hasta tal punto pensaba el señor Cambó en la posibilidad y en la necesidad ineludible de la huelga –como que la conocía todo el mundo, como que nosotros no hemos tenido nunca secretos para nada más que para defendernos de las malas artes de los Gobiernos que no nos permiten algunas veces cumplir con nuestro deber–, hasta tal punto el señor Cambó, digo, tenía conocimiento de nuestros propósitos, y en cierto modo los aceptaba, que aquí tengo un dato de un testimonio escrito que, como todos los que yo tengo, pongo a la disposición de todos los señores diputados, según el cual, un compañero nuestro, pasada la Asamblea de Parlamentarios de Barcelona, se presentó al señor Cambó con una carta de nuestro querido amigo Pablo Iglesias, en la que le pedía ejemplares, en cantidad, de la hoja clandestina que había editado la Liga dando cuenta de lo ocurrido en la Asamblea parlamentaria, para destruir las falsedades y las mentiras del Gobierno. El señor Cambó le dio creo que cuatro mil ejemplares, y entonces aquel compañero nuestro le dijo:

–Lo que yo encuentro ahora es una gran dificultad para repartirlas. Si ustedes, con sus Asociaciones de dependientes, lo pudieran hacer…

Y el señor Cambó contestó:

–¿Pues no tienen ustedes preparados a los ferroviarios para una huelga general? Pues utilícenlos."

¿No veis aquí el político realista, que compromete sin comprometerse, que se solidariza con un movimiento quedándose fuera, que escarba de aquel accidentado año de 1917 dos carteras para su Lliga, después de haberse puesto huraño y esquivo con el Poder central, con el aborrecido Poder central, del que había de ser eje, así que se liquidaron las consecuencias de la huelga?

Desde 1917 a la fecha.

En las Cortes del 19, en las del 20 y finalmente en las del 23 –hace seis meses– ha sido reelegido diputado Julián Besteiro, siempre por la circunscripción de Madrid. En todas ellas ha definido el credo de su partido… [C E N S U R A D O] …

En el problema de Marruecos, preconizando el abandonismo completo y absoluto. Pidiendo ahora, recientemente, con motivo del problema de las responsabilidades, justa sanción………………… [C E N S U R A D O] … … … … … … … … … … … … … … … … … … …
Olvidadas las esquineces de 1917 –no se olvide que dejó el traje, para él honrado y noble, de presidiario por la toga de legislador–, Besteiro va afinando y elevando más la puntería contra el

régimen. Hoy, las posiciones recia y netamente republicanas, con la sola excepción de Domingo, Albert[98] y algún otro, se refugian en las tiendas socialistas, y son éstos los únicos que disparan sin piedad contra las alturas.

Por otra parte, dándose cuenta, de la realidad española, Besteiro sabe perfectamente que más logra, hoy por hoy, una educación cívica de las masas obreras que un conjunto de revueltas y de algaradas que no traen, de momento, más consecuencias que el debilitamiento paulatino de los organismos obreros.

No sabemos qué rumbo de táctica empleará el socialismo, pero creemos que está supeditado, hoy por hoy, al problema de responsabilidades y, naturalmente, a la eterna pesadilla de Marruecos. Y muy pronto sabremos si colaborarán nuestros liberales con el socialismo para que éste pierda todo suerte de virulencias o, si apartándole a la fuerza de todo cauce de reivindicación, se trocará de nuevo en un peligro para la monarquía y para el régimen.

Acaso tenga Besteiro, más que cualquier otro correligionario suyo, la clave de la futura actuación del honestísimo partido socialista en sus relaciones con la vida política española. Seguramente heredará, a la muerte del veterano Pablo Iglesias, la dirección del partido, porque Indalecio Prieto no es más que un excelso parlamentario; Fernando de los Ríos, un hombre retuso a la política activa, y Cordero, Saborit, Llaneza[99] y otros; no han llegado aún al punto de sazón necesario para asumir las supremas responsabilidades.

Si hemos de juzgar a Besteiro por lo que ya tiene hecho, su actuación será un modelo de serenidad y de fe conjuntamente. Porque ha logrado este hombre razonar con el corazón y llegar a sentir con el cerebro, y cuando a esta exquisita trastocación de valores se llega en la vida espiritual, puede asegurarse que … … … … [C E N S U R A D O] … … … dirigir no es tanto estar a la cabeza de las gentes como evitar que le salten en un momento de exaltación o que retrocedan en otro de abatimiento.

El socialismo y la monarquía

¿Colaborarán los socialistas con la monarquía? De Besteiro puede asegurarse, que no, a menos que la monarquía realice tales milagros que sea un crimen de lesa Patria negarle su concurso las fuerzas obreras organizadas del socialismo español.

En otro caso… el profesor de Lógica que hay en Julián Besteiro no les permitirá piruetas equivocas y de mal gusto. Nunca ha tenido el partido socialista la tremenda responsabilidad que hogaño; nunca ha llegado a la popularidad que hoy tiene, sobre todo, en Madrid, como se probó en las últimas elecciones del 29 de abril. Besteiro, que tiene sus posos de hombre gubernamental y, al mismo tiempo, sus impaciencias de revolucionario que sabe lo que quiere y conoce donde va, puede ser, ante el imperio de las circunstancias, el hombre aprovechable o el enemigo terrible.

Porque pensar que desertará de sus filas es inferirle una injuria estúpida. Pero afirmar que desconoce la complejidad de sus deberes, será también lanzar una aseveración gratuita que no justifican sus años de política activa y de propaganda constante e invariable.

Sí los políticos quieren limpiarse sus macas de toda laya, seguramente tendrán que conceder al socialismo español algo más que una beligerancia afectuosa; más bien, una hegemonía absoluta. Si persisten en sus tópicos abogadescos, en sus desaprensiones, en sus trampas, en su ignorancia sistemática de los problemas reales que agitan al país, en su sistema de trampa adelante y de vivir la bancarrota, entonces el gesto de 1917, que de modo tan gallardo personificó Besteiro, se reproducirá con inusitada violencia, no sabemos que se llevará en sus colmillos el proletariado español, … … … … … … … … … … … … [C E N S U R A D O] …

Siluetas (Noviembre-1923)

[98] Marcelino Domingo Sanjuán (1884 – 1939), Salvador Albert i Pey (1868 – 1944). Políticos republicanos catalanes. Durante la Segunda República, Marcelino Domingo ocuparía distintas carteras ministeriales (Instrucción Pública; Agricultura, Industria y Comercio; Agricultura; nuevamente Instrucción Pública); por su parte, Salvador Albert ejercería como embajador en Bélgica.

[99] Manuel Llaneza Zapico (1879 – 1931). Político socialista asturiano, fundador del SOMA (Sindicato de Obreros Mineros de Asturias) y alcalde de Mieres.

Don Melquiades y el ruiseñor

Y todas las tardes, al anochecer, paseando por la acera de la calle de Alcalá, me encuentro invariablemente con el mismo querido amigo que, a boca de jarro y a guisa de saludo, me dirige la misma pregunta:

– ¿Has visto a don Melquiades?

Se trata, como sospechará el lector, del ilustre jefe del partido reformista. A las ocho, a las ocho y media, todas las tardes, el Sr. Álvarez, después de pasear unos momentos a pie, acude solícito a su tertulia del Casino. Respondo a mi amigo que he visto o que no he visto pasar a D. Melquiades, que le he saludado o no le he saludado: mi amigo me endilga un elogio –que escucho satisfecho– de las altas calidades espirituales del gran tribuno español, me refiere alguna anécdota de cualquier rasgo del jefe, y desaparece como por arte de encantamiento de mi vera, loando el palmito, los ojos negros o la boca fresca de cualquiera buena moza que contemplemos en el paseo.

Estas loanzas a las bellas forman también parte del idearium del partido reformista, del que dijo otro gracioso amigo nuestro que ingresó en el Poder «diluido y con la zona de las concupiscencias limitada».

El correligionario que todas las noches me pregunta por D. Melquiades es hombre que casi siempre habla en camelo. Cualquiera que no le conozca creerá que se trata de uno de los más fuertes y solidos pilares del reformismo. Los secretos de Estado no lo son para él. El incidente más pequeño, la anécdota más trivial adquieren en su fantasía levantina y mediterránea, proporciones insospechadas. Y tocado mi amigo –hay algo que decir en su disfavor– de cierta manía de grandezas, no se harta de saludar a diestra y siniestra, mirándome de soslayo para que le envidie.

– ¡Adiós, duque!

– ¡A sus pies, marquesa!

– ¡Buenas noches, mi general!

– ¡Siempre a sus órdenes, conde!

Y yo, que me he curado de ese provincianismo insobornable que todos los españoles llevamos dentro, sonrío y me despojo del sombrero a cada paso para hacer coro a las solemnes y ceremoniosas salutaciones de mi amigo.

Ocurrió cierto día…

Ocurrió cierto día que D. Melquiades Álvarez y González salió de propaganda política a provincias, hablando en Lorca y hospedándose en un hotelito de Tomás de Aquino Arderíus, el último primer secretario del disuelto congreso. Don Melquiades cenó, y se acostó, y se durmió. Su alcoba daba al jardín, y los ruiseñores, para festejarle, dieron en la donosa ocurrencia de romper a cantar en las copas de los árboles hasta que le despertaron. De muy mal humor se despertó el hombre, advirtiendo que los ruiseñores no le dejaban en paz. Violentamente tocó el timbre, y un criado solícito entró en la alcoba a recibir órdenes.

– ¿Qué desea el señor?

– Que saques los ruiseñores de la alcoba.

– En la alcoba no hay ruiseñores, señor

– ¿Pues dónde cantan?

– En el jardín

– Que los saquen del jardín. Tengo sueño.

Saberlo mi amigo, el que me pregunta por él todas las noches, conmoverse y apoderarse de un enorme palo, fue cosa de un instante. Sacudió los árboles como si fueran alcornoques, llenó de pánico a los pobres pajaritos, que acudieron con los trinos a otros jardines; tornó el silencio y D. Melquiades pudo dormir a pierna suelta. Este servicio imponderable, prestado al reformismo en la persona de su jefe le ha atado de tal modo a la discreción y a la reserva, que desde entonces, cuando tiene que comunicarme alguna buena nueva de tanta importancia como la de que el general Primo de Rivera no tomó ayer café hasta las cuatro de la tarde o la de que el Sr. Martínez Anido apenas si probó el «consommé» el jueves por la noche, da a sus palabras un aire terrible de misterio, me detiene en seco para transmitírmelas y me añade siempre a guisa de apostilla:

– Si yo pudiera contar… Si tú me guardaras el secreto, Pepillo…

Piensa entonces en Lorca y en la tibia noche primaveral en que los ruiseñores cortaron el sueño de su jefe. Tal vez al reanudarle, D. Melquiades trazó una metáfora, concibió un plan o deshizo una jugarreta de Romanones, gracias, indudablemente, a la cariñosa solicitud de mi amigo, que yo cuento a los lectores de HERALDO DE MADRID para que no permanezca inédita y para que sea celebrada por ellos como merece en los siglos de los siglos. Amen.

Heraldo de Madrid (30-05-1924)

Basilio, presidente

Esta bola de carne, con los labios caídos, la faz variolosa, los pómulos salientes y los ojos sagaces y aldeanos, que se llama Basilio Álvarez, es un mundo de espíritu y un trozo de su tierra orensana. El agua de la "terriña" se ha trocado en Basilio en fuego sagrado, y la "saudade" en indignación, y la ironía en látigo, o mejor todavía, en tralla...

Esta tarde lo encuentro en el "Lyon d'Or". Acaba de ser elegido presidente del Centro de Galicia. Me siento a su vera, porque Basilio es el "causeur" más plástico, más vigoroso que yo conozco. Adjetiva como nadie. Es más gráfico y gesticulero que el napolitano más napolitano, y juega asombrosamente con la metáfora. Su inteligencia, de pedernal, adquiere, en la comunicación, fulgores sagrados, se enciende, se ilumina y esparce zonas de luz en derredor de ella misma. Este querido Basilio es un caso bien español. Iba para apóstol y se quedó en el camino. Puede ser el escritor más intencionado y Basilio no escribe. Puede traer sobre Madrid, a lomo de caballo, todos los campesinos que tienen sed de justicia, arrasarle a sangre y fuego y el hombre se conforma con saborear plácidamente su taza de té, en torno a una mesa, entre amigos y paisanos, aflorando las Burgas orensanas, el San Rosendo celanovés y las silenciosas plazoletas santiaguesas.

Pero Basilio es un hombre. Nada menos y nada más que un hombre. Un hombre que lucha, que se abre el camino, con ternuras o a patadas, pero que lucha. Un hombre fundamentalmente bueno que es además fundamentalmente hombre. En él se da la dualidad espiritual de las almas selectas y escogidas. Hay un Basilio que piensa y obra y otro Basilio que reflexiona y que siente. Toda Galicia llora, ríe, retoza y ruge con él. Hay en Basilio un aldeano aplastado por la barbarie y un abad que se solaza con el soconusco, y un letrado sutil y acuoso que supera toda previsión y aprovecha toda salida, y un rapaz ingenuo que saluda con "aturuxos"[100] la marcha del día que muere.

Por ser así Basilio, ha sido elegido presidente por sus paisanos. Por encima de la lucha –efímera– de las ideas, de todo partidismo localista, de toda facción idiota, por ser tan gallego y tan humilde, nuestro querido amigo ha sido elegido presidente de la casa de sus paisanos. ¿Por qué no celebramos sus amigos el acontecimiento? Podríamos darle un caldillo, bien condimentado, al aire libre, en la Puerta de Hierro, teniendo al fondo los picachos velazqueños del Guadarrama. Una gaita, mientras tanto, iría desgranando en el campo la ternura y melancolía de sus notas. Y para que el día fuese completo, hablaríamos mal de Bugallal[101] y de Ordóñez[102] y recitaríamos versos –con rumores de pinos– de Pondal[103] y rezaríamos una salve por el alma –viviente– de Rosalía.

Yo, castellano corriente y moliente a todo ruedo, pido una plaza en ese galaico yantar. Hasta pido dos minutos –nada más que dos minutos– para un brindis por Basilio en nombre de mi Castilla. Porque así como creo que Basilio representa su tierra mucho más que cuatro senadores y que cinco yernos diputados, yo de mí mismo tengo la exagerada idea de que Castilla habla mucho más en mi boca que la boca de Martín Veloz, de Fernando Merino[104], de Aparicio o del hijo de Villanueva. Yyo diría cuánto debe Castilla, mi Castilla, a la Galicia de Basilio, y cómo Santiago y Salamanca han dado el tono espiritual al norte y a la meseta de nuestra España.

[100] Grito fuerte, agudo y prolongado con que se finalizan ciertas canciones populares del folclore gallego.

[101] Gabino Bugallal Araújo, (1861 – 1932). Político gallego que ocupó, provisionalmente, la jefatura del Gobierno español tras el asesinato de Eduardo Dato.

[102] Mariano Ordóñez García (1874 – 1938). Abogado y político español, ministro de Gracia y Justicia, de Hacienda y de Marina durante el reinado de Alfonso XIII. Entre 1903 y 1923 sería elegido diputado al Congreso por el distrito de Tuy (Pontevedra)

[103] Eduardo Pondal Abente (1835 – 1917). Poeta regionalista gallego. Las primeras estrofas de su poema "Os pinos" son la letra del himno de Galicia.

[104] Fernando Merino Villarino (1860 – 1929). Político liberal de la Restauración, yerno de Práxedes Mateo Sagasta.

Amigos: festejemos en Basilio a Galicia y en Galicia a Basilio. Basilio es un poco el marido de esta viuda silenciosa y esperanzada de su tierra. Y como ha sabido desposarse con ella y fecundarla, esperamos, para muy pronto, flores de ternura y frutos de bendición de esta alianza dulce y amorosa.

El Pueblo Gallego (21-06-1924)

Nuestro casi jefe

Nuestro querido amigo y casi jefe, el señor Conde de Romanones, una de nuestras mayores «debilidades» en el mundo de la política, es hoy, casi, casi, el autor de moda. Su libro sobre las responsabilidades del viejo régimen se ha agotado positivamente en poco más de cuarenta y ocho horas.

Ayer mismo reclamaba yo un ejemplar a mi querido señor Navascués, y me respondió con aire de contrariedad:

– Tendrá usted que esperarse a recibir uno de los primeros ejemplares de la segunda edición, que está terminándose ya en la imprenta.

El éxito de Romanones es más que explicable para los que conocemos bien al sagaz y avisadísimo jefe del liberalismo español. En su espíritu se anima la fineza florentina, en la socarronería de Guadalajara. Es, por instinto, liberal, como otros son, por instinto también, o necios o insoportables.

Amigo de las letras, antiguo ateneísta, su reciente traducción del libro de Luis Barthou[105], que yo mismo he comentado en diarios de Barcelona y de Valencia, le acredita como hombre de positivo gusto. Y como casero, dicen los inquilinos que es un bendito señor que no sube las rentas, y como político, digan lo que quieran los termómetros, pecó siempre por exceso de timidez –¡sí, señores!– de timidez y de prudencia.

Lo que ha ocurrido es que el conde ha sido siempre el hombre de las leyendas. Toda la granujería germanófila de España se lanzó mandíbula en ristre sobre sus carnes para despedazarle, sin conseguirlo. La consigna era entonces injuriar a Romanones, llamarle bandolero y marear al público hablándole de supuestos negocios de contrabando y de exportación de mulas, caballos y granos a la frontera francesa. Cayeron en el garlito muchos inocentes, y sobre el conde se cernió una mala fama, que es de una injusticia y de una estupidez notorias.

Y no me diga el lector que pongo demasiado calor en la defensa personal de un político, porque le suplicaré que mi pobreza y mi independencia de espíritu me ponen siempre a cubierto de toda babosería.

No veía yo jamás al conde cuando actuaba de ministro o de presidente del Consejo; me gustaba departir con él, en cambio, cuando volvía a la oposición en los pasillos del Ateneo. Algo quiere decir que personas de la contextura moral de Clemente de Velasco no hayan sentido nunca tibiezas en el afecto y en la adhesión al conde.

Por lo que particularmente me atañe, me es grato hacer constar que debo a Romanones un favor, no de dinero, no de credenciales, sino de caballerosidad y de delicadeza.

Y que no solamente no me lo ha cobrado, sino que jamás me ha dicho que, en una ocasión, inolvidable para mí, el conde, en su casa, me defendió ardorosamente, alejándome la posibilidad de grandes sinsabores.

Es posible que algún salmantino, lector de EL ADELANTO, recuerde con más precisión una escena que yo no presencié, pero que no olvido, ni olvidaré nunca.

El Adelanto (28-10-1924)

[105] Se refiere a *El Político*, obra original de este político francés que ocupó varias carteras ministeriales, obra traducida y editada por el Conde de Romanones este mismo año de 1924.

Seguridad ¿eh?

Y el escritor ácrata de ayer, el escritor del paraguas rojo y de «Charivari»[106], que es el mismo respetable miembro de la Real Academia Española de hoy, se ha sentado en su mesa de trabajo. Su doncella, pizpireta, murciana, bonita, le ha cambiado las plumas de los mangos, le ha puesto delante un blanco rimero de cuartillas, le ha entornado una ventana para que la luz, un poco cruda, sea más velada, tenue y discreta. Un momento, el escritor ha preguntado por las zapatillas, para calzárselas, y por la boina vasca que le regaló Pio Baroja en Vera de Bidasoa, para encasquetársela gentilmente a la cabeza. El académico, que tiene una cara redonda, de fraile bien nutrido, y unos ojos azules, ingenuos, que miran con asombro infantil los hombres y las cosas, se ha puesto a meditar y a escribir:

– ¿Qué artículo enviare yo hoy a don Torcuato? Este mundo de amigos míos anda hoy un poco revuelto y receloso. A Ortega y Gasset no le perduran mucho sus divagaciones, un poco impertinentes, en torno a la Libertad. Yo mismo tengo una posición poco definida en estos momentos. He sido subsecretario de Instrucción Pública con Cierva, pero he escrito «El chirrión de los políticos».

He dicho pestes de García Prieto; pero me place conversar con este conde tan ducho, tan astuto, tan sagaz, en su hotel de la Castellana, a la hora placida en que le consultan cosas graves Cristóbal de Castro, Joaquinito Salvatella y el general Luque. He sido diputado a Cortes por varios distritos, cuyo emplazamiento geográfico no podría precisar con exactitud, pero he dicho toda suerte de perrerías contra los caciques. Pueden llamarme los maliciosos correligionario del «Ojo de perro», pero he escrito páginas muy bellas contra el brutal aldeanismo que nos invade...

El escritor ha mirado unas preciosas fotografías que cuelgan de los muros de su despacho; unos hidalgos de Toledo –en el entierro del conde Orgaz– elevan sus cabezas amorosamente al cielo; un perrazo hace guardia de honor a las infantitas velazqueñas en la cámara real; el conde de Heredia Spínola recibe, con nobleza de vasco-castellano, con una sonrisa, las llaves de Breda, del pobre flamenco derrotado. El académico pasea sus ojos por estas fotografías, y sigue meditando.

Y se decide a escribir. Escribe sencilla, pulcra, lentamente. Se ha hecho una manera, y la pluma va obedeciendo con toda fidelidad al pensamiento de quien la esgrime. «Libertad. Constitución. Ciudadanos. Palabras. Siempre palabras. Yo no necesito libertad. Necesito seguridad». Y el académico niño sonríe, después de haber escrito esta pequeña tontería y de haber cometido esta mala acción.

«Seguridad». Seguridad ¿eh? Seguridad para que los Bancos sigan arruinando a los infelices que les consagran la custodia de sus ahorros. Seguridad –«el trabajo no es libre»– para que el patrono abuse de su operario, y «Madame» de la modista y de la oficialilla de taller y el editor del productor, y el rico del pobre, y el poderoso del desvalido.

¿Qué es eso de libertad? ¿No dijo ya de ella el rey sabio que «es poderío que ha todo home naturalmente de fazer lo que quisiere»? Pues el hombre quiere estar seguro. Seguro de sí mismo, siendo dueño de la libertad de todos los demás.

Y el académico, el antiguo libertario, respira satisfecho. No está muy seguro de haber dicho nada claro y bello. Pero firma, cierra las cuartillas en un sobre y las envía a don Torcuato, que sonríe también.

El académico sale a la calle al día siguiente. Sus amigos no le felicitan, pero le felicitan sus colegas de Academia, los banqueros, los industriales, los marqueses, los terratenientes. «Azorín», un poco encogido, no sabe qué contestar a tales plácemes.

Ahora sí que está seguro de que ha hecho una sandez y de que ha cometido una mala acción. Porque la Libertad que él amó de joven, intensamente, y a la que ama hoy todavía en su madurez con el amor lejano, tibio y un poco melancólico con que los hombres recordamos a la primera mujer que conocimos, consiste precisamente en acabar con esta seguridad de los poderosos, que es, precisamente, la inseguridad y la servidumbre de los humildes.

El Adelanto (12-04-1925)
El Pueblo (31-03-1925)

[106] Martínez Ruiz, J. (1897). Charivari: crítica discordante. Madrid: Imprenta Plaza del dos de Mayo. Folleto, en forma de diario ficticio a través del cual «Azorín» manifiesta sus duras opiniones sobre el mundillo literario madrileño de la época.

El regaño de Don Abilio

Me han contado que don Abilio Calderón, leyendo en Palencia mi artículo de EL ADELANTO, «Saetas en Castilla», arrugó el entrecejo y dijo entre serio y cariñoso:

–¡A ese Rojitas le voy a contar un cuento! ¿Con que de nazareno y cantándole una saeta al Santo Cristo del Almirante? Ese no se ha dado cuenta de lo que son los sinsabores de un ex ministro de Fomento.

Espero, con alguna impaciencia, el cuento que ha de contarme mi amigo don Abilio. La sangre no ha de enrojecer el Tormes, ni el Carrión. Hasta presumo que nos hemos de poner de acuerdo inmediatamente. Si no sé lo que son los sinsabores de un ex ministro de Fomento, me los presumo y es igual, querido don Abilio. Desde luego, han de ser muy hondos, desde luego han de ser muy amargos. Y en esa Palencia, sobre todo. El ingeniero del Catastro no le saluda demasiado tal vez; el delegado de Hacienda acaso no se levanta del asiento cuando usted le visita; el registrador de la Propiedad no le despacha aquel asientillo provisional de marras; el diputado corporativo por Cervera, por Saldaña o por Carrión de los Condes, no le contesta con la debida rapidez o con la efusión obligada; el director del Instituto pasa de largo el pícaro para que no le pregunte usted por el chico del secretario de Dueñas o por el sobrino del teniente alcalde de Paredes de Navas...

¡Sí, hombre, me hago cargo! Yo le suponía a usted más fuerte que todo eso, mi querido don Abilio; ahora resulta que los exministros del viejo régimen tienen el corazón más blando que un requesón de oveja. ¡Ánimo, querido don Abilio, ánimo! Aprenda usted a desdeñar más intensamente que las mujeres; aprenda usted a desdeñar como los hombres. De mí sé decirle, aunque no soy exministro, que el espectáculo de la pequeñez humana, antes me regocija que me abate. Y que lo comprendo, y que paso por él de largo, sin volver atrás la cabeza ni el corazón.

¡El mundo es así, don Abilio, en Palencia y en Salamanca, en Belchite y en Frades de la Sierra, y hay que ser más fuerte que el mundo! ¡Sí, hombre, que me hago cargo! Su mundo tenía su poesía. El hijo del amigo fiel que se coloca; el camino vecinal que se remata, el estanco a la viuda del amigo leal, y usted, que es uno de los políticos sobre los cuales han circulado leyendas más absurdas, ha sido –y ese fue su error– «el mismo Abilio de siempre para los amigos». Yo le pedí a usted una vez el traslado de un oficial del Catastro de Valladolid a Salamanca, al lado de sus padres, y me sirvió usted telegráficamente. Y yo no me olvido y le doy la mano efusivamente en un momento de contrariedad.

Porque le presumía lleno de ellas –¿y quién no las tiene, señor exministro de Fomento y de Trabajo, mucho más hondas que las de usted?– me lo imaginaba penitente, nazareno y descalzo, en esa linda Palencia de usted, tantas veces decorada por las cinco flores azules de los Rojas, sencillos, rebeldes y señores, que fueron sangre de mi sangre y ayudaron a los pecheros a luchar contra las exigencias del obispo de la ciudad, conde del Valle de la Pernía.

No había en mi alusión la menor sombra de reproche, sino la ratificación franca de un viejo pacto de amistad. ¿No se acuerda usted? Hasta ese terrible socialista de su pueblo habló, en voz baja, del precio, ¡Y cómo nos reímos! No sabía que hay algo insobornable en todo castellano y que ese algo insobornable es, precisamente, el reconocimiento de un error en que yo había caído, juzgándole a usted, a través de relatos de gentes que sentían la necesidad de anticipar su calvario.

– Una vez –me dijo usted– traté de fundar una casa palentina en Madrid y todos querían ser conserjes.

Comprendí, don Abilio, comprendí demasiado. Y para alejarle de esos sinsabores, le proponía yo, sencillamente, que cantase una saeta al Santo Cristo del Almirante, que se venera en el Monasterio de Santa Clara, de su para mí también querida ciudad.

El Adelanto (23-04-1925)

José Caillaux

Repasando la prensa parisién de estos días, me detengo un momento a contemplar la enigmática fisonomía del ministro de Hacienda del Gabinete Pallinvé, José Caillaux. Su frente ancha, sus ojos fríos y escrutadores y su bigote recortado, merecen que nos detengamos un momento en su contemplación. Este hombre, que hoy es el cajero de Francia, fue ayer acusado nada menos que de traidor a su pueblo. Un día se le ocurre un impuesto progresivo sobre la renta, la burguesía se

subleva, «Le Fígaro» le injuria y la esposa del ministro mata bonitamente, de un tiro, a su director, monsieur Gastón Calmette. Clemenceau, durante la guerra, le acusa de estar en inteligencia con el enemigo, y este hombre tortuoso y abogadesco que se llama Poincaré, logra que el Senado le condene. Unos años de destierro; la amnistía. Subida de los radicales socialistas al Poder, y en un momento de apuro, Francia confía su caudal y su crédito al traidor de la víspera y al marido de la matadora del director de «Le Fígaro».

Los hechos son estos, y yo no los interpreto ahora; sencillamente se los cuento al lector para que reflexione sobre los mismos. Los pueblos, como las mujeres, obran así, impulsivamente, por corazonadas, y lo peor, o lo mejor, es lo cierto que algunas veces las mujeres como los pueblos, aciertan.

Francia, con su agudo sentido político, que es una especie de sagaz y agudo instinto femenino, más seguro que todas las reflexiones varoniles, ha acertado ahora. Ha acertado porque ha echado, en un momento difícil, la mano al único recurso posible para salvarse de la bancarrota, a la competencia financiera, y ha acertado también, porque los pueblos deben perdonar siempre, siempre, a sus hijos, cuando son inteligentes. José Caillaux puede levantarse ahora para siempre, o hundirse ahora para siempre también. Pero lo probable es que se desquite. Educado en la escuela del dolor y del destierro, el gesto de este hombre, ya sesentón, no es el mismo que tenía a los treinta y tantos años, cuando por primera vez fue ministro de Hacienda con Waldeck Rousseau. Ya sabe contenerse, ya sabe responder a la injuria encogiendo los hombros y a la calumnia con un silencio que es desdén y es compasión al mismo tiempo. Un hombre que ha visto a su esposa en la cárcel, porque ha matado, cegada por el amor al marido, conoce el prestigio de la fortaleza y el valor de la soledad.

Cuando Caillaux, erguido, pálido y enlutado, penetraba en la Cámara, las derechas le recordaban el nombre de la víctima de su mujer y los apellidos de los sicarios que inventó Poincaré en las horas amargas del proceso.

Caillaux no contestó ni una sola vez. Hubo palos, bofetadas, bastonazos entre sus adversarios y sus amigos, pero él no hizo un sólo gesto de contrariedad, ni movió un sólo músculo de la cara.

Había ya pasado por esas pruebas su dolor. En su breve discurso, explicando el programa financiero del Gabinete habló únicamente de la situación del tesoro. «Yo no he venido, señores –añadió– a contestar alusiones».

Y ya con la voz velada por la emoción, y con el rostro soberanamente pálido, pero con los ademanes sobrios del que todo se lo explica, terminó: «Y soy, señores, el hombre de siempre, el que os hizo votar antaño el impuesto sobre la renta».

Los adversarios no volvieron a mezclar sus mueras a Caillaux con el recuerdo de Calmette y de Bolo Pachá. Las mujeres miraban, con sus impertinentes, desde las tribunas del palacio Borbón, la figura pálida de este hombre inteligente y sufrido. Y Francia espera en él, en su experiencia dolorosa y digna, el puntal que la salve del descrédito y de la ruina.

El Adelanto (29-04-1925)

Luis de Zulueta en Salamanca

Comentando la aparición de la revista salmantina «El Estudiante», que dirige e inspira nuestro amigo Roces, escribía días pasados Luis de Zulueta en «La Libertad»:

«¡Víctor, maestro!

La estudiantil revista encabeza su primer número con una silueta de don Miguel de Unamuno.

No podría yo recordar la preclara ciudad académica sin remembrar también la figura de quien era, en aquel, tiempo, rector de su Universidad, y a la vez espíritu rector de la vida ideal de toda la urbe. ¡Inolvidable don Miguel! Gran escritor, gran pensador, gran español, gran desvelador de almas juveniles.

Le veo de nuevo en nuestros largos paseos, quizás del brazo de Cándido Pinilla, el sincero poeta castellano, acaso en compañía de otros tres muchachos salmantinos de entonces, como Federico de Onís o como Sánchez Rojas, caminando por la orilla del río o por la carretera de Zamora. Le veo en la conventual estancia de su casa rectoral, recitándonos en castellano algunas páginas de libros modernos, o de libros eternos, que él iba al paso, traduciendo del inglés o del latín, del alemán o del griego. Le veo por las antiguas callejas de la ciudad, extendiendo silencio-

samente el brazo mostrarnos un monumento artístico, maravilla de piedra labrada, o una lejanía del paisaje, o bien hablando, en un largo monólogo, sobre lo humano y lo divino –y siempre lo divino con lo humano– en el que la contenida emoción de su alma vulcánica enrojecía, a veces, sus pómulos de vasco e imprimía un leve temblor bajo la aguda, inmóvil nariz, a su barba obscura, en la que ya empezaban a aparecer las canas que hoy la blanquean noblemente».

«¡Vítor, Espíritu!... Vitoreemos, sí, al espíritu, al ideal, al superior anhelar del alma humana. Es un vítor de juventud que los resume todos.»

Hasta aquí, la huella de nuestra Salamanca en los recuerdos de mocedad de Luis de Zulueta.

Pero nosotros también tenemos que evocar... El que ha de ser luego diputado a Cortes por Madrid y por Barcelona, parlamentario insigne, profesor de la Escuela Superior del Magisterio, y «vir bonus» y excelente persona siempre, es, entonces –el año en que nosotros nos licenciamos en Derecho– un muchacho encogidito, austero, delgado, moreno, alto, nervioso, que acaba de seguir sus cursos de filosofía en Alemania y que viene a Salamanca a conocer a don Miguel y a licenciarse en Letras. Le acompaña Federico de Onís. Zulueta es entonces redactor de «La Publicidad», de Barcelona, el periódico catalán, donde nosotros también años enteros, hasta que dejó de publicarse en castellano, hemos ido contando, casi diariamente, nuestra emoción personal ante las personas y ante las cosas. Luis de Zulueta, desde que llega a Salamanca, se relaciona con nosotros. Le damos un banquete en el Hotel Términus, una tarde del mes de Mayo, los amigos. Y en aquel banquete lleva siempre la voz cantante don Miguel.

¿Recordáis, amigos? Son los días esplendorosos de Mayo. «Cantan todos los pájaros y estallan todos los capullos». Don Miguel diserta sobre el «cochino materialismo. «La gente, –dice–necesita ver para creer. Después de pensadas las cosas, las tienen que masticar, que tragar, que deglutir. ¡Qué brutos! Ante una idea preguntan: ¿para qué sirve? Ante un hombre: ¿cuánto vale?» Zulueta quiere replicar, ratificar, corroborar las ideas de don Miguel, pero a don Miguel no hay quien le rompa el monólogo. Salamanca, Mayo, Primavera, Exámenes, «Cantan todos los pájaros y estallan todos los capullos». Son los días de «Gente Joven». Yo estoy a punto de que me procesen los claustrales de Valladolid por un artículo, a todas luces impertinente –veinte años, señor!– en aquel querido semanario. El doctor Alonso Cortés me perdona la vida, Federico de Onís se está doctorando en Madrid. Luis de Zulueta prepara a todo escape sus apuntes de griego, sus terribles lecciones de Metafísica con don Mariano Amador y Andreu.

Mes de Mayo, Salamanca. Cantan todos los pájaros dentro del corazón y revientan todos los botones de la esperanza. A pesar de que tenemos que examinarnos con Requejo y que no sabemos una palabra de Derecho Mercantil, salimos, con Zulueta, de excursión a Ledesma. Vamos a despedir a un rebelde, a Casimiro González Trilla, que se marcha a América. Don Miguel, por no faltar a Cátedra, no nos acompaña. En Ledesma, los «duquistas», a quienes Trilla ha dado más de una vez con la badila en los nudillos, nos hacen el vacío, pero el pueblo nos acompaña. Músicas, cohetes, un banquete más. Hablamos todos de la tolerancia, del respeto mutuo, del amor, de la juventud. A Zulueta se le pega al corazón el silencio de Ledesma.

Y los gratos, los largos paseos a la orilla del río o por la carretera de Zamora, que él recuerda y que nosotros recordaremos también toda la vida. Los exámenes. Requejo está a punto de suspenderme. En mi expediente hay un «aprobado» vergonzoso y misericordioso aquel curso. A Zulueta –¡a Zulueta también!– trata de cogerle las vueltas el doctor Amador y Andreu. ¡por impío, por hereje y por alemán! ¿Recuerda usted, Zulueta, aquel buen señor de patillas, a don Timoteo Muñoz Orea, al caballeroso Muñoz Orea, que, muerto de risa, se pelea con el metafísico a cuenta de la ortodoxia de usted, mientras nosotros, más conocedores que usted de nuestras escaramuzas universitarias, nos reíamos socarronamente? Amigo Zulueta: ¿no me ha perdonado usted todavía? Le estoy a usted oyendo el verano pasado, en «La Libertad», comentar sus apuros escolares de entonces.

Y Onís, y Pinilla, y este y todos ¡se reían! ¡Y yo creyendo que no pasaba de aquel preparatorio! ¡Vaya unos ratos que me dieron! No, no, amigo Sánchez Rojas, no; usted, que estaba en el secreto, debió advertirme...

Y yo, que escribía apresuradamente unos artículos sobre la muerte del pobre Matteotti, continuaba riendo como entonces.

¡Vítor, juventud!

Pero ¡si somos los de ayer! Los mismos. ¡Más ágiles, más muchachos, más niños todavía, querido Luis! Mayo ha vuelto. Siguen cantando todos los pájaros como entonces cantaban; siguen reventando, lo mismo que entonces, todos los capullos; sigue Salamanca como usted la vio «a sol poniente, anaranjada casi, entre campos de trigo y obscuros encinares», como usted la contemplaba desde el Tormes «coronada por las cúpulas de la Catedral, bajo el límpido cielo castellano». Y sigue nuestro ideal indestructible, y más firme y lozana que nunca nuestra esperanza.

Un día de aquel año, el 21 de Septiembre, nos despedíamos de don Miguel, para venir a Madrid a estudiar con Azcárate, con Giner de los Ríos, con Aramburu. A las diez estábamos en la estación, desesperanzados y nerviosos. El mismo día del año pasado, un 21 de Septiembre también, querido Luis, tornábamos a la misma hora a Salamanca, del pueblo de nuestra niñez, después de cuatro años de forzada y de nostálgica ausencia. Salamanca estaba donde siempre, y el maestro no estaba allí. Pero, como en Mayo –y era en otoño– cantaban todas las esperanzas y estaban frescos los amores eternos. Y esperamos, esperamos desde entonces, sin vacilar, serenos, tranquilos y amorosos, con la vuelta del ausente, la de nuestros sueños trocados en flores y en frutos de realidad madura y sazonada.

El Adelanto (16-05-1925)

Víctor Manuel Orlando

Víctor Manuel Orlando, el periodista y político italiano, que tiene una hermosa melena, unos bravos mostachos y una hija muy bonita, extraordinariamente bonita –morena, alta, siciliana, ojos negros, peinado partido en dos crenchas, manos breves y mimosas como las de Eleonora Duse, busto graciosísimo y lleno de majestad y de garbo– Víctor Manuel Orlando acaba de retirarse de la vida política activa de su país. Este hombre tiene dos amores: su patria y su pequeña, su «piccola». Los dos amores en el viejo estadista italiano se iban condensando en uno solo.

Italia era para Orlando una hija más. La consagraba sus libros, sus ocios, sus discursos y hasta sus versos familiares e íntimos. La quería paternal y amorosamente. Llevaba a sus palabras esa emoción un poco melancólica que emplean los hombres maduros en sus tratos con las muchachas candorosas. La suponía siempre capaz de redención y de sacrificio. Y palpitaba en toda su actuación un amor inocente, henchido de ternura y de honestidad.

La hija de Orlando presenciaba diariamente los dulces coqueteos de su viejo papá con la doncella Italia. Le servía de mecanógrafa la hermosísima morena. Traducía y ponía en limpio las cuartillas paternales, ordenaba las notas, coleccionaba los apuntes y las sugestiones tomadas nerviosamente por el ex presidente del Consejo ante un paisaje, un cuadro o una hermosa mujer. Los libros eran, a la vez, hijos del talento de un hombre y de la paciencia de una nena. Sabían a cordialidad, a afecto, a laboreo femenil. Muchas veces se concluirían con un beso, con la promesa de un traje, con el regalo de una excursión por remotas tierras lejanas. Yo les veía crecer bajo la dulce lámpara familiar, y me parecía percibir el ritmo de las teclas de la Underwood[107], y las crenchas negras de la niña, sabiamente acariciadas por los dedos temblorosos de un anciano que consagró sus talentos a la liberación espiritual de su país.

Pero la patria ha sido ingrata con Orlando. No le quiere a él tanto como él a ella. Se retira del Parlamento, del libro, de la conferencia, lleno de dolor. ¿Razones? Son razones del corazón que no convencen más que a los verdaderos amadores. Tiene el pudor de callarlas y de pasar por ellas rápidamente y sobre ascuas. El feo turbión del fascismo se le imagina algo superior a sus fuerzas y algo extraño a su moral. La patria se le va con los jayanes torpes y licenciosos que la cortejan y la prostituyen. Y él no quiere ya nada con Italia y se refugia en brazos de su hija, los únicos brazos que puede acariciar santamente, porque los del hijo los come la tierra, bajo una tumba silvestre, no lejos de Caporetto[108].

¡Pobre Orlando! Esta tragedia desgarradora del viejo liberal italiano, de aquel maestro que me enseñó a soñar, a mi vez, con una España bella y fuerte, en mis horas arriscadas de la primera

[107] Marca de una antigua y conocida máquina de escribir.

[108] Kobarid (en italiano Caporetto). Localidad eslovena famosa por la batalla que en ella tuvo lugar en 1917 –Batalla de Caporetto– entre fuerzas austrohúngaras e italianas.

mocedad, es, poco más o menos, la de muchos españoles que llevamos dentro del corazón la imagen de una patria que no podemos amar a nuestro antojo, libres de trabas, en santa paz de pensamiento y de emoción. Sin libertad no hay patria que valga. Y es triste cosa que se rompan sueños que se acarician en silencio y que nos declaremos vencidos ante una ola de incomprensión, que nos ahoga fatalmente si no sabemos separarnos a tiempo de su alcance.

El Adelanto (14-08-1925)

Los dos muertos

Conocí y traté a Pablo Iglesias poco después del ensayo de huelga revolucionaria de 1917. En él, por mis concomitancias y simpatías con el querido grupo de «España» –Luis Araquistaín, Bagaría, Corpus Barga, Álvaro de Albornoz, Luis de Zulueta– tuve a mi modo, cierta intervención personal en aquellos sucesos. A consecuencia del mandamiento de prisión que había ordenado contra mí el entonces gobernador de Oviedo, general Burguete, estuve escondido más de mes y medio en la finca de un amigo asturiano, y en los últimos días del mes de septiembre ingresé en las Prisiones militares de Oviedo.

Recuerdo de aquellos episodios dos incidentes. Uno, del cabo de la guardia civil que me detuvo. Al esposarme, se lamentó de tener que cumplir con este triste deber de disciplina. Nos hicimos grandes amigos, y no hace aún muchos días que me buscaba en esta Salamanca, porque era paisano mío, de Salvatierra del Tormes. Y otro, mi resolución de ingresar en la Casa del Pueblo al quedarme en libertad.

Con este motivo, a mi vuelta a la corte, conocí al «abuelo». Con Araquistaín, con Albornoz, conmigo, hablaba cordialmente en los pasillos del Congreso, y en su rincón favorito, junto a la guardarropía de la izquierda. Era un hombre bueno, llano, sencillo, austero. No se producía como jefe, sino como camarada. Y cuando hablaba, hablaba con toda su alma, serenamente, con una pasión contenida, que iba dentro de él, como las tempestades se fraguan dentro de las lagunas quietas.

¡Cómo me reía yo cuando en las vacaciones de Alba mis amigos, los contertulios de la botica, me hablaban de los millones y de los hoteles del «abuelo»! No fumaba. No se permitía los placeres más elementales de una taza de café o de un vaso de cerveza en la cantina de la Cámara. Cuando mis amigos y yo le invitábamos, se oponía siempre, entre serio y burlón:

– Soy un pobre. Y no me gustan los licores ni los excitantes. Yo quedo aquí charlando, mientras ustedes van a la cantina a divagar.

Y nos despedía, fraternal y llano, comprendiendo nuestras flaquezas y nuestros pequeños gustos burgueses.

Con don Antonio Maura hablé una sola vez: en el mes de Enero de 1922 o de 1923[109], días antes de celebrarse la velada en honor de Galán en el Ateneo de Madrid, que organizamos Ramiro de Maeztu y yo. Le pedí su intervención personal en la fiesta y me contestó con una bellísima carta autógrafa, llena de delicadas y exquisitas atenciones para mí, que publicó, por cierto, EL ADELANTO de aquella fecha. La reunión de un Consejo de Ministros, completamente inesperada, privó a don Antonio de intervenir en aquel acto. Con el subsecretario de la Presidencia, mi queridísimo amigo José Félix de Lequerica me envió personalmente las más gentiles excusas. Al día siguiente comparecí en la Presidencia del Consejo para darle las gracias personalmente.

No tuve que esperar antesalas. Entré inmediatamente en el despacho. Don Antonio, sonriente y cordial, me tendió la mano, haciéndome sentar.

– He pasado, querido amigo –comenzó diciéndome como si fuéramos viejos conocidos– un rato delicioso. Ha estado aquí a verme Rafael el Gallo. Le felicité por su arte, y él me dijo que el de la política consiste, a su modo, en torear al país. Y me ha dado, con la mímica correspondiente, todo un curso de tauromaquia.

Don Antonio reía del mejor humor; yo también, contagiado de su hilaridad. Yo estaba un poco confuso porque continuamente había escrito contra don Antonio; él, que lo sabía, extremaba por eso, precisamente, sus deferencias.

[109] La velada tuvo lugar el 21 de enero de 1922.

Y pocos días después tuve ocasión de conocer su caballerosidad y su hidalguía. Mi madre me rogaba que averiguase el paradero de un soldado, hijo del veterinario de Zorita de la Frontera. Escribí a don Antonio, desde el Ateneo. A la media hora me telefoneaba Lequerica.

– Don Antonio –me decía éste – pregunta ahora a La Cierva, y La Cierva telegrafía a Mella.

Y aquella noche, por el propio subsecretario, me enviaba un telegrama del alto comisario, señalándome el hospital y la cama que ocupaba el soldadito que creíamos desaparecido, llevando la tranquilidad a una madre que tenía los ojos secos de llorar.

Yo juré no volver a escribir una línea contra don Antonio. He mantenido mi palabra. Hoy recuerdo su jovialidad cuando me refería su diálogo con Rafael y aquel afectuoso, humano, delicadísimo interés, en devolver, por mi conducto, la alegría a una madre de nuestra tierra, que suspiraba por el hijo ausente, al que suponíamos muerto o cautivo en las zahúrdas de los rifeños.

El Adelanto (16-12-1925)
El Socialista[110] (21-12-1925)

Cecilia Núñez

Para Paco Ruipérez, liberal y bueno

Todas las tardes, desde su casa de la calle de las Tahonas, en Piedrahíta, sale de paseo hacia el Risco de la Pesqueruela, nuestro querido amigo el escritor liberalísimo y austero, don José de Somoza y Carvajal...[111] Don José de Somoza ha sido gobernador civil; ha estado a pique de ser ministro; ha querido a muchas damas y no se ha casado con ninguna de ellas; ha escrito muchos libros y no los ha enviado más que a sus amigos, en ediciones familiares y caseras. Don José de Somoza y Carvajal, en estos años que corren de 1828, de 1829, de 1830, es ya casi un setentón. Vive en una casuca vieja, con una criada vieja; tiene a su lado a su sobrina Cecilia, la hija de don Toribio Núñez, el bibliotecario y diputado a cortes por Salamanca, una morenita pizpireta, preciosa, de ojos muy grandes, muy anchos y muy negros, que apadrinó en la pila bautismal y que vive con él, su padrino, desde que la niña cumplió sus catorce años. Diez y nueve cumplirá allá en las vendimias, por San Miguel, este botón de rosa.

Padrino y ahijada salen todas las tardes de paseo por Piedrahita. Visitan primero las ruinas del palacio de los Duques; dan cara después a Santo Domingo; caminan luego por los cerros, decorados de pinos, hasta el risco de la Pesqueruela. Nuestro querido don José lleva una angustia en el alma; no tiene hijos; su nombre no se perpetuará por los siglos, hasta que estos se hundan en el polvo del silencio y del olvido.

Sus amigas de la mocedad, doña Consuelo, doña María, doña Rosario, le olvidaron por otros hombres más prácticos o más decididos. Don José no sabe si llorar o reír. Él amó mucho, mucho, pero no le comprendieron; él fue capaz de los mayores sacrificios, de las más tenues delicadezas, pero ellas, las novias de su juventud, rompieron el mejor día el delicioso ritmo de su espíritu con un gesto vulgar, con un mohín extraño, con un silencio o con una palabra groseros.

En la cumbre de la gloria, deja la gloria don José por Piedrahíta. En Piedrahíta piensa, medita, traduce, lee, escribe, pasea, Somoza y Carvajal.

En Piedrahíta ha refugiado todos sus amores de viejo solterón en Cecilita, la ahijada morena, que le comprende, que le sirve de secretaria y amanuense, que escucha sorprendida sus confidencias, abriendo mucho sus ojazos negros, que le paga sus bondades con unos besos muy largos, muy largos, y con unos silencios preñados de bondad y de poesía.

En las memorias de don José de Somoza y Carvajal, querido Paco, transciende el perfume de la huella de Cecilita... Yo, luchador como mi tocayo y liberal como él, leo estas páginas con

[110] Unos días más tarde *El Socialista* reproduciría bajo el título «El hombre bueno», la semblanza relativa a Pablo Iglesias.

[111] José Somoza y Muñoz (1781 – 1852) hijo de Ignacio Somoza Carvajal y de Juana Muñoz Barrientos. Seguramente Sánchez Rojas tomase los datos de *Al margen de los clásicos* (1915) de Azorín que le dedica un capítulo o de la lectura directa del cuento autobiográfico de Somoza *El Risco de la Pesqueruela* en el que aparece Cecilia. O tal vez conociera la biografía de Benito Vicens y Gil de Tejada, publicada en *Revista Ibérica* (1863) en la que se incluye el cuento o en la que publicara Eugenio de Ochoa, en sus Apuntes para una Biblioteca de Escritores Españoles contemporáneos (Volumen 2º, 1840, pp. 751-758), bajo el título *Somoza, Don José* cuyos apuntes biográficos se elaboraron a partir de una autobiografía del mismo que entregó a sus amigos.

Los restos de José Somoza y Muñoz o Carvajal reposaron en la hacienda de la Pesqueruela, de su propiedad, según su deseo.

emoción y entre lágrimas, querido Paco... «¡Qué rica es!» –dice de pasada nuestro Somoza y Carvajal–. Y en otra parte: «¡Imbécil de mí! Perdí mi juventud. ¡Por amar los ideales no supe hacerme amar de las mujeres!». Y de pasada también –siempre de pasada– exclama, ya viejo y resignado con su esterilidad: «¡Cecilia mía, hija mía! ¡Si yo pudiera confesarme...! ¡Pero no, no! Tú eres niña y yo viejo. Los amores más hondos son siempre los más callados... ¡Cecilia mía!»

Al evocar tú, querido Paco, la memoria de don Toribio Núñez, bibliotecario, diputado a Cortes por Salamanca, condenado a muerte por liberal en los años del abyecto Fernandito y de su viuda la Reina Gobernadora, la mujer de Muñoz, el estanquero, yo recuerdo la huella que dejó su hija en el corazón de uno de los hombres más buenos, más puros, más liberales y más poetas del siglo XIX: de don José de Somoza y Carvajal.

Y no sé por qué, escribiendo estas líneas en un momento de una profunda e intensa alegría interior –tan parecida a la tristeza– evoco las trenzas de ébano, los ojos grandes, la figura graciosa y angelical de Cecilita Núñez, del brazo de su padrino, el solitario de Piedrahita.

El Adelanto (09-01-1926)

La casita de Moríñigo

Leo en galeradas[112] en esta querida Casa de EL ADELANTO, el final del estudio de Francisco Ruipérez, sobre don Toribio Núñez, bibliotecario y diputado a Cortes por Salamanca. En esas páginas, henchidas de viril sinceridad, evoca mi entrañable amigo y condiscípulo, la casita de mis abuelos en Moríñigo, la casita donde nació mi padre, la casita donde nacieron sus ascendientes, los míos, Francisco Sánchez Barbero, el recio político salmantino, gran humanista, que murió en el presidio de Melilla en la grata compaña de Martínez de la Rosa, de don José María de Calatrava, de Maiquez el actor y de otros liberales, y Julián Sánchez Ruano, el representante de Salamanca en las Cortes de la Revolución, y secretario de ellas, muerto en Madrid en Agosto de 1872, a los dos días de haberse batido, a muerte, en un duelo con el diputado por la Isla de Cuba, coronel Pardial.

Visitó Paco Ruipérez conmigo esa casita hace ahora exactamente doce años. Íbamos a presidir el funeral de mi padre. Los parientes, que son todos los labradores de ese pueblecito, estrechaban nuestra mano en silencio, después de besar el trozo de pan simbólico, mientras las campanas de la iglesia, que da frente a nuestra casita, doblaban a muerto en las primeras horas de una desapacible mañana de Enero...

Aquella casita, hoy propiedad de una hermana de mi padre, Victoriana Sánchez Rojas, tiene la entrada por un portalillo saliente de tejaroz, con dos poyos. Encima del zaguán, campean las cinco flores azules de los Pozas o Rojas. A la izquierda de una antesala, está la alcoba donde vieron la luz primera Francisco Sánchez Barbero y Julián Sánchez Ruano. Aún se conservan, con los diplomas de doctor en Derecho, en Filosofía y en Teología de éste, las espadas del duelo trágico. Y un retrato con su frente ancha y noble, sus ojos vivos y punzantes, su barba negra y cerrada y su correcta y severa levita de la época. Y en un arcón de madera, guardan los míos, con emoción, un número de «La Ilustración Española y Americana», con una fotografía del entierro de Julián; un ejemplar del «The Times», comentando su muerte, y una carta de su viuda, que aún vive, la dama salmantina doña Elvira Hortal a mi abuelo, comunicándole la gravedad de la última dolencia de su hermano.

De Sánchez Barbero se conservan algunos libros. Yo, heredero de aquel patrimonio espiritual, no he querido arrancarlo de allí, porque allí, en aquella salita aldeana, con cromos franceses bíblicos de principios del siglo XIX, está en su sitio, dentro de aquella arquita vieja, que mis parientes guardan con veneración y con orgullo.

La casita labradora, muy grande, con cocinas de matanza, cuadras, corralones, se ha dividido hoy en dos, capaces. La que sigue a la del portalillo con tejaroz pertenece a un sobrino carnal de Sánchez Ruano, hijo de su hermano Matías, fallecido recientemente. Su dueño actual, Valentín Sánchez, conserva también, como oro en paño, una reseña con la inauguración de la estatua de Fray Luis de León en el Patio de Escuelas Menores, a cuya fiesta asistieron, vestidas de charras, dos hermanas lindísimas del «deputao», Fidela y Pilar, a las que yo conocí todavía hermosas, viejecitas, alegres, pizpiretas y simpáticas.

[112] Galerada: Impresión de un texto para corregirlo antes de su impresión definitiva

Y con aquella reseña, un papel con los gastos electoreros de las elecciones de 1869; a Julián Sánchez Ruano le costaron sus 28.000 votos –votó toda la provincia– la suma fantástica de mil doscientos reales.

La evocación de la casita labradora de Moríñigo, hecha por uno de mis amigos más queridos y de uno de mis más entrañables compañeros de lucha, ha tenido la virtud de recordarme los días –tan lejanos y próximos a la vez– de mi infancia, al lado de mi abuela paterna, contándome las glorias y las andanzas de los dos grandes liberales y hombres de bien que nacieron en aquella casita.

Y cuando ya de hombre, al lado de Ruipérez también, cuando juntos los dos, en una lucha política inolvidable para crear conciencia ciudadana y liberal entre los campesinos, algún señorito analfabeto me preguntaba por la legitimidad de mis títulos para intervenir en estas contiendas, yo pensaba que la historia del liberalismo salmantino es, sencillamente, la historia de mi familia; y que solamente los Núñez, los Rodríguez Pinilla, los Gil Sanz, los Diego Madrazo y nosotros, podemos hoy certificar, con nuestra pobreza y con nuestra independencia bravía y un tanto silvestre, nuestro amor a las libertades y nuestra contribución a la lucha desesperada de nuestros abuelos por conquistar un patrimonio de integridad y de inteligencia que nosotros no podemos malgastar estúpidamente.

El Adelanto (17-01-1926)

La sombra de Costa

Todas las tardes cuando voy al correo, a las tres, en espera de noticias agradables de esa Salamanca remota y de los nobles amigos de Vasconia, que continuamente solazan mi espíritu con sus confidencias y con sus ofrecimientos, presencio la salida del automóvil de Graus. Graus, fue la cuna de Joaquín Costa; en Graus, escribió este nuevo Jeremías, alto aragonés, sus trinos y sus impresiones; en Graus, amó de mozo; en Graus, peleó, luchó y fue vencido por el ambiente, este titán; en Graus, conoció su mortaja el glorioso pensador aragonés. Saludo el automóvil que sale para Graus, a las tres de la tarde, con amor y hasta me he hecho amigo del recadero, un baturrico «que fue mucho –así me ha dicho– de don Joaquín.».

Y de vuelta al hotel a trabajar, a soñar y a esperar días mejores, evoco la figura del señor Costa. Le conocí ya muy achacoso, en el Ateneo. Era amigo mío, me saludaba abriendo mucho sus ojos llenos de luz y con expresivas cabezadas de su testa, poblada de temporales y de borrascas como el mar. Estaba ya muy enfermo don Joaquín, vivía en la calle del Prado, número 11, en la casa, precisamente que nosotros alquilamos, después de su muerte, para oficinas y dependencias de la revista «España»; en la alcoba donde él vivió tantos años, he dormido yo dos meses, he leído muchos libros y he escrito muchas páginas.

Don Joaquín por aquel tiempo –estudiaba yo el doctorado de Derecho y era discípulo de Azcárate, de Aramburu, de Ureña, de Giner de los Ríos y de Fernández Prida– estaba ya con un pie en la sepultura. La diabetes iba minando aquella roca de su organismo y de su corazón. Y muchas veces, muchas, haciendo alto a unas cartas de muchos pliegos que yo escribía en mi pupitre, junto al de Costa, a la novia de los años mozos, don Joaquín me interrumpía:

– ¡Aproveche usted, querido! ¡Quién tuviera veinte años y una vida por delante! La mía ya se agotó...

Y aquel hombre trataba de levantarse y no podía. Yo le sostenía con amor y con respeto.

– He pasado todo el día trabajando. Me sostengo con café. Me he olvidado de comer.

¡Y eran las siete de la tarde!

Hoy en Huesca, junto a Graus, cerca de este Benasque montañés, donde mi pobre Enrique Nogueras, soñó sueños tan hermosos y tan honrados, oigo de nuevo la voz recia, masculina y potente de don Joaquín, como un trallazo y como un trueno aterrador. «En España –decía aquel gigante, llorando de indignación– no quedan más hombres que las mujeres» ¿Será verdad? ¿Tendremos que pedir temple de espíritu a nuestras madres, a las madres futuras de nuestros hijos?

El Diario de Huesca (07-03-1926)
El Adelanto (02-03-1926)

Camo

– ¿Dónde está, señorita, el teatro Odeón?
– En la plaza de Camo.
– ¿Y el Gobierno civil?
– Junto a la estatua de Camo.
– ¿Dónde cae eso?
– En el Coso Alto,
– ¿A la izquierda?
– Sí; a la izquierda.

Huesca es Camo. Camo, el cacique de Huesca, era un hombre curioso. Estaba en todo. Era un aragonesico ducho, astuto, dúctil y maleable como cierta suerte de metales. Cultivaba la viña por todos los procedimientos habidos y por haber. Tosía un mosén, un curita rural, y Camo, en un telegrama, se apresuraba a recetarle aguas medicinales para curarle el constipado. Se casaba una mocica de algún barbarote que era concejal, y el primer presente de la boda procedía de Camo. Se celebraba un entierro en Ayerbe, o en Jaca, o en Tardienta, y el primero que vertía sus lágrimas copiosas y abundantes era el bueno de Camo. Por eso este hombre tiene plaza junto a la Cárcel, y estatua junto al Gobierno civil, y todo linaje de honores y de prominencias, después de muerto. Camo, en una palabra, era inteligente, por lo mismo que era todo un señor cacique, y los oscenses, reconocidos, han elevado monumentos a su memoria.

Hoy está de moda en Huesca, a lo que me dicen, hablar mal de Camo. Un salmantino inteligentísimo que fue catedrático de matemáticas en este Instituto, cuñado de mis amigos Julián Besteiro y Luis de Zulueta, fue enemigo político de Camo. Aquí armó terribles zancadillas y campañas políticas contra él. No por eso se quebrantó el prestigio ni el predicamento de Camo entre los electores rurales. Camo era un desengañado de la vida y con eso triunfaba. En Huesca fue el amo, y las gentes, sencillas de corazón, continúan recordándole como a un caudillo y a un héroe.

¡El cacique! Yo, apenas, si me atrevo a cantar la memoria del señor Camo. La gente sonreiría piadosamente. No se puede hacer caso de un pobre viajero como yo que no tiene más arma que la pluma para su defensa. Cuando le veo en su estatua de bronce, sentado, gordinflón, sensual y tranquilo, le digo «¡adiós!» como a un viejo amigo, y parece que nos entendemos y que nos sonreímos...

El Adelanto (11-03-1926)

Un deportado en Pamplona

En 1812 fue deportado a Pamplona, por liberal, Francisco Sánchez Barbero; realizó –desde Madrid– un penoso viaje. Al llegar a la capital de Navarra fue encarcelado y vejado el ilustre escritor. Era muy mozo Francisco; apenas si había cumplido veinte y cuatro años; amaba los niños, los libros clásicos, las lecturas selectas y las mujeres guapas e inteligentes. Sus grandes amigas fueron doña María Cayetana de Silva y la esposa de don José María Calatrava... A todos estos placeres renunció Francisco con su deportación; el verdugo quemó sus papeles en la plaza pública; le privaron de la correspondencia de los amigos que le eran dilectos y queridos, el gobernador militar de Pamplona le condenó a la pena capital...

No desmayó por eso Sánchez Barbero. En el calabozo tornó al cultivo de las Musas; en el calabozo escribió su Elegía –sentidísima– a la muerte de la joven y bella duquesa de Frías; en el calabozo preparó cautamente su evasión. Una noche se fuga de la prisión y los carceleros hacen la vista gorda.

Dos años después aparece mi tatarabuelo dirigiendo «El Conciso», en Cádiz; en el teatro de San Fernando están abiertas las Cortes Constituyentes, nuestros legisladores preceptúan, constitucionalmente, que todo español debe ser honrado, bueno y liberal.

Fernandito continúa adulando a Bonaparte en su destierro de Francia; la Virgen del Pilar en Zaragoza, dice que no quiere ser francesa; las armas españolas han vencido en Vitoria, en Bailén, en Torres Vedras y en Arapiles. Gerona, Zaragoza y Ciudad Rodrigo son un montón de escombros... Napoleón, intrigado, pregunta a sus generales qué raza de gente española es esta que pelea, no ya con valentía, sino como loca, abrazándose a la muerte sin remisión.

Sánchez Barbero, Calatrava, Maiquez el cómico, José María Quintana, Francisco Martínez de la Rosa –que años después pierde, ante un matrimonio de conveniencia, los impulsos juveniles,

trocándose en «Rosita la pastelera»– conspiran contra el monarca. Al retorno de Fernando, nuestros amigos visitan el presidio de Melilla.

Allí compone mi tatarabuelo su «Gramática» y su Retórica; allí recibe estoicamente la noticia de que ha fallecido su esposa y de que le han vendido sus cuantiosos bienes de Moríñigo, Babilafuente y Cantalpino; allí –el 20 de Enero de 1820– muere este hombre, cuyos versos estoy leyendo estos días en horas de apretada e íntima alegría interior.

El Noroeste (20-03-1926)
El Socialista (10-03-1926)
El Adelanto (12-03-1926)
El Diario de Huesca (28-03-1926)

José Mazzini

José Mazzini, el forjador de Italia, el espíritu liberalísimo y austero, que dictó normas de amor, de paz y de justicia a los pueblos todos, el hombre bueno que obró siempre, siempre, con absoluta pureza, cumpliendo siempre, siempre, con su deber de hombre, esto es, de patriota y de italiano, está enterrado en un cementerio campesino, donde él quiso que le enterraran. Descansan los restos mortales de José Mazzini, junto a los de su madre, en el cementerio de Staglieno, al lado de Génova, no lejos del mar. Violetas, siemprevivas y pensamientos florecen en su tumba, del mismo modo que su alma florece en los buenos italianos y en los hombres que merecen el nombre de tales.

El epitafio de José Mazzini lo compuso Gosué Carducci, el profesor de Bolonia, el diputado republicano de Lugo, el poeta de «Miramar» y de «Ode barbare». Es muy breve. Tres líneas. «L'uomo –reza– che tutto sacrificóche amó tanto e molto compati e non odió mai». O lo que es igual: «He aquí el hombre que lo sacrificó todo, que amó tanto, que compadeció siempre y no odió nunca.» No se puede definir mejor, en efecto, el alma purísima y santa de José Mazzini.

Estos días se le recuerda mucho en Italia. Estos días le recuerdo yo también a todas horas, releyendo en ratos henchidos de serenidad y de plenitud sus «Scritti editi e inediti», en 18 volúmenes, que me he hecho traer de Milán, para que su compañía alterne con la de estos queridos y noblotes altoaragoneses, que se me han metido bien adentro, bien adentro, en el cogollo del corazón.

Mazzini, que vivió siempre fuera de Italia, en Suiza, en Londres, en tierras de Francia, tuvo a lo largo de su vida solamente dos amores: su patria y su madre. «Como algunos amigos suyos le recomendasen –cuenta su biógrafo B. Kin en su admirable libro «The life of Mazzini»– que siguiera con el cultivo de la literatura, interrumpido desde su juventud, honrando de esta suerte a Italia con su pluma. Mazzini les respondió: «¿Queréis excusarme? El caso es que yo no comprendo del todo vuestras palabras. No sé lo que es Italia; no sé dónde cae Italia. Vamos a crearla primero y la honraremos después».

¡Crear primero la patria para honrarla después! ¿Habéis oído nunca algo más generoso, más noble, más humano y más santo, amigos? Y poco después escribió José Mazzini a su amigo Daniel Stern: «Nada me importa que Italia, con territorio de tantas y tantas leguas cuadradas, coma su pan y sus berzas más baratos; poco me importa Roma si de Roma no ha de surgir una gran iniciativa que sepa conmover a Europa. Lo único que me interesa es que Italia sea grande y buena, moral y virtuosa que venga a llenar una misión en el mundo.»

He aquí el concepto de la patria, puro y simple, de José Mazzini, que supo crear la suya, pariéndola, extrayéndola en bloque de su gran corazón y de su gran inteligencia. ¡Agradable compañero en verdad para los ratos de plenitud y de alegría interiores este purísimo cincelador de patrias que se llamó José Mazzini! A su contacto y a su calor yo os aseguro que mi alma florece como la suya. ¡Cuando torne al suelo sagrado de Italia, donde se formó mi mocedad al rescoldo de los últimos hombres del «Risorgimento», bajo los porches de terracota de Bolonia la doctora, a lo largo del Puente Viejo florentino, donde el Dante suspiró de niño al ver por primera vez a su Beatriz; en las numerosas galerías cubiertas de Milán y de Turín; cuando torne al suelo sagrado de Italia llevaré flores del Pirineo, violetas de esta querida Huesca del Alto Aragón, pensamientos de Graus, a la modesta tumba de Mazzini del camposanto aldeano de Staglieno, a la vera de Génova, cerquita, muy cerquita del «mare nostrum» tranquilo y azul!...

El Liberal (30-03-1926)
El Adelanto (04-04-1926)

Manolico Abad

En un altozano, frente a Huesca, se alza adosada al que fue emplazamiento del cementerio viejo, la llamada ermita de los Mártires. Se dice que la levantó un rey aragonés, creo que Sancho Ramírez, en recuerdo del apretado y duro cerco de la ciudad...

He visto esta tarde la ermita. Y, después, el cementerio. En él pastan y triscan hoy alegremente borriquillos, cabras, ovejas... En el centro se alza un monumento. Es una columna de piedra, sencilla y severa, con unas inscripciones. Allí reposan Manolico Abad y catorce compañeros suyos –entre ellos un vasco y un castellano– fusilados por los absolutos en 1848, siendo gobernador militar de Huesca el general Anglés, de triste recordación. Manolico y sus amigos levantaron una partida en el campo contra los absolutos; en el campo fueron sorprendidos; el gobernador, después de haber prometido clemencia, les fusiló a todos los relapsos. Huesca, indignada, alzó los puños coléricos en un desesperado gesto de impotencia...

Junto a la ermita fueron fusilados aquellos hombres. Manolico dio ejemplo sublime de entereza.

– ¡Creo en Dios y en la libertad! –fueron sus últimas nobilísimas palabras.

Los liberales de la provincia, con una cuota máxima de peseta, levantaron recientemente este sencillo mausoleo a Manolico y a sus locos y generosos amigos. Reunieron catorce mil pesetas. Este año, el 11 de Noviembre, celebrarán un acto en su nombre. Y todos los años, ese día, la gente del pueblo lleva una corona de flores naturales a las gradas del monumento.

Ante él, he pensado un instante en la esterilidad de nuestras luchas. Manolico es el liberal del siglo XIX. Se debate, como sus correligionarios, en compromisos sueltos y aislados. Solo sirve de carne de cañón y de bayoneta. Pero sabe morir sin retractarse.

¡Este año, en Noviembre, pediré a los liberales oscenses que me hagan el honor de dejarme acompañarles a la tumba de Manolico Abad!...

El Noroeste (22-04-1926)
El Adelanto (10-04-1926)

Pedro Sainz Rodríguez

Me pide EL ADELANTO una silueta –muy breve y muy concisa– de Pedro Sainz Rodríguez, catedrático de Bibliografía de la Universidad Central. Físicamente, este muchacho nocherniego, animoso, alegre, con el que nos es grato deambular en las altas horas de la noche por la acera del Suizo, tiene aire grave y doctoral, voz pausada, ademanes lentos, faz frailuna, ojos cargados de lectura y un espíritu enteramente juvenil, que no está por cierto de acuerdo con su atuendo exterior. Estos sabios, que apenas han salido de los umbrales de la mocedad, suelen darnos estos chascos en la vida. Pedro Sainz Rodríguez, a través de sus búsquedas por los libros y manuscritos, ha provocado momentos de confusión en los campos más opuestos a los de las Academias y Universidades. Y se le escucha pensando en las incidencias que puede levantar su discurso.

El conferenciante de anoche tiene ya su figura bien definida dentro del profesorado español. Catedrático de Oviedo primero y de Madrid después, surgió de los pupitres del Ateneo cuando apenas le apuntaba el bozo en la cara, siendo bibliotecario de aquella casa que tanto ha variado hoy por dentro y por fuera.

Una corta ausencia en Asturias y vuelta a sus Madriles –él es un madrileño castizo y auténtico –donde ha intervenido en todas las luchas de nuestra juventud intelectual.

Un día suscribe un homenaje de afecto a los escritores catalanes; otra, se encara con Ramiro de Maeztu y se ríe burlonamente de sus glosas sobre la «Celestina»; otra, define los derechos y hasta los fueros de la ciencia frente a sus enemigos naturales: la violencia y la incomprensión. Y así, Pedro Sainz Rodríguez, que sabe trabajar en la soledad, lleva a la calle, para orearlos, los frutos de su trabajo.

Anoche nos hablaba el joven catedrático del «robinsonismo» español. Él se salva precisamente porque no gusta de las islas desiertas, ni aun en los cursos breves para extranjeros. Porque sabe ser muy de su época y de su tiempo este ilustre escritor, su conferencia inaugural de anoche fue modelo de discreción, de saber ponderado y discreto y hasta de muy oportuno y consolador civismo.

El Adelanto (16-06-1927)

Don Francisco de Asís Cambó

Don Francisco Cambó desembarca en el puerto de Barcelona, de retorno de Buenos Aires. Con aire alegre y juvenil –traje claro, gorrita a cuadros, el guardapolvo en la diestra– atraviesa sólo la cubierta, desciende rápido las pasarelas del puente, toma asiento en una gasolinera, sonríe y estrecha la mano de los cincuenta amigos que le esperan… Los chicos de la Prensa se mantienen a distancia. Barcelona es una masa blanca y soleada; las colinas de Montjuich sonríen al mar; las palmeras bordean las orillas de la playa. Felicitaciones, abrazos, sonrisas. Cambó parece que acaba de llegar de Sitges. Sube en un automóvil, atraviesa las Ramblas, la Plaza de Cataluña… Palmeras, sol, tintineo de tranvías, "noyas" con trajes claros, menestrales de paso presuroso y de cara leal… Don Francisco, que va examinando unos papeles en el coche, se encuentra en su propia casa y sonríe. ¡Dulce Cataluña! Y en una casona flamante, de muchos pisos, desciende como un buen muchacho que es y se dirige, rápido como una flecha, al ascensor.

La servidumbre, el despacho de luz tibia y suave, ringleras de libros, de muchos libros, montones de cartas, de muchas cartas. Jesús le abraza:

– ¡Hola, chicot!

Cambó se baña… Las diez y media. Está trabajando ya. Escribe con letra endemoniada a lápiz sobre un block de cuartillas. Lía pitillo tras pitillo… Da órdenes rápidas, precisas:

– Esto al Banco. Esto a don Juan. Esas cuartillas a "La Veu"… sin perder minuto, ¿eh?

Ya está en España y se dijera que no salió nunca de España. Ya está en Barcelona y nadie diría que acaba de pasar veinte días en el mar. Lee unos periódicos, habla al teléfono con veinte personas, "se hace cargo". Y ya está pensando este formidable trabajador y al mismo tiempo este gozador insaciable de los grandes placeres de la vida –el trato de las mujeres distinguidas, la lectura de los bellos libros, los viajes a las ciudades lejanas, la amistad con los hombres buenos– ya está pensando este gran gozador de la vida en un nuevo viaje. Ese yate está demasiado ocioso. Allá en septiembre, ¿Cómo estará la luz del Bósforo sobre los cuernos de Estambul? ¿Qué tal se vivirá en los nuevos hoteles bolcheviques? ¿Cómo estarán vestidas las berlinesas en la Avenida de los Tilos? Y don Francisco proyecta un nuevo viaje, y trabaja, y sonríe de placer.

Pero está en España. España nos duele a los españoles dentro del corazón. Es una herida que llevamos abierta todos nosotros dentro del corazón. ¡Y cómo duele España, y cómo duele Castilla, y cómo duele Cataluña, querido don Francisco!... Hay que pensar en España. El patriotismo es en unos, ruido de platillos; en otros, silencio y dolor. Cambó, este hombre tan poco comprendido, es por dentro un gran sentimental. Nadie quiere recordar que don Francisco, al frente del Ministerio de Fomento, estudió y acabó un plan completo –nacional– de líneas férreas; que, al frente de la Hacienda, hizo sentir el peso del Estado a los demandados; que con el despertamiento de Cataluña quiso un día que resucitaran las regiones todas y los pueblos todos.

Tenemos frases hechas para todas las cosas. Un día acordamos que Dato es blando y nos quedamos tan tranquilos. Otro sentenciamos que Canalejas es demócrata y nos echamos a dormir. Otro descubrimos que hasta María Guerrero es trágica y miramos por encima de los hombros a la pobre Eleonora Duse. Las leyendas se ciernen sobre los hombres que descuellan, y estos hombres son, al revés, precisamente de como se les dice. De Sagasta, a quien todos echaron en su día la culpa de la perdida de las colonias, sé yo de buena tinta, por su nieto Carlos Merino –el actual Conde de Sagasta–, que lloraba como un niño en su casa, de retorno del Congreso, acariciaba a su nieto y le decía entre sollozos:

– ¡España se acaba, se acaba, Carlitos, y la Prensa nos lleva al matadero! Pues Cambó, que acaba de llegar de Buenos Aires, escribe unas cuartillas. Son precisas y claras. "El proyecto de Constitución –escribe– demuestra que la Dictadura quiere salir del embarazo presente y que trata de dar asentimiento jurídico a los más altos poderes del Estado". En esta situación, lo discreto es dar paso a todas las soluciones. Acordémonos del momento en el cual, después de asesinado Matteotti, Mussolini, quiso pactar con la oposición y cómo, por la intransigencia de esta, subsiste el fascismo. Aquí el proyecto será ley. Esta etapa de la Dictadura –insinúa Cambó– es tal vez la menos interesante de las que ha provocado el proceso político español; otras más valiosas vendrán después.

Tal es, en efecto, la verdad.

Y Cambó no quiere esto. "Es el más encarnizado enemigo de la Dictadura y del retorno a lo pasado". También nosotros. Las revoluciones no se razonan; surgen y estallan como surgió el 13

de septiembre de 1923. El que no sepa ver una relación entre el año 23 y el 17 es tonto de remate y no advierte que estamos extirpando un tumor maligno.

El Adelanto (03-08-1929)
La Veu de Catalunya[113] (07-08-1929)

Dos hombres[114]

Dos hombres que además son políticos militantes, «dos hombres», se consideran hoy por las gentes como el reverso de la medalla. Estos dos hombres de todo mi afecto y consideración son D. Indalecio Prieto y Tuero y D. Francisco de Asís Cambó y Battlle. Prieto es el romántico; para nuestro caso, el doctrinario intransigente e inflexible. «Todo o nada» puede ser el lema, de Indalecio Prieto. Cambó es un hombre de realidades, *pragmático*, flexible y contemporizador. «Del lobo un pelo» puede ser el lema de combate de Cambó. Prieto no quiere saber nada de la dictadura. Cambó se considera obligado a reconocer que existe. «¿Es un bien? ¿Es un mal? ¡Es un hecho!». En este libro, «Las Dictaduras»[115], hay, junto a una doctrina, el vaticinio de una actitud. Cuando llegue la hora de la normalidad no se debe hacer tabla rasa del pasado. Habrá, por el contrario, que dejar subsistente, que aprovechar lo que de bueno tenga la dictadura.

Para Prieto, todas las dictaduras son iguales. Sin opinión pública, sin Prensa, sin Parlamento no concibe Indalecio Prieto la vida política de los pueblos contemporáneos. Para Cambó hay realidades biológicas que crean situaciones políticas distintas. Hay buenas dictaduras y hay dictaduras malas. Para Prieto, tanto monta Portugal como Italia, Turquía como Rusia. Prieto es hombre de principios, y, sobre todo, de emociones. Para Cambó, en cambio, la política es cuestión de matices, de tonalidades. No da lo mismo el clima de Constantinopla que el de Leningrado; hay más de tres días de ferrocarril de Roma a Lisboa. Cambó es un hombre de realidades.

Cambó y Prieto, Prieto y Cambó, resumen en estos momentos dos concepciones irreductibles de la política española. Sería mejor decir dos temperamentos. Cambó es un hombre que gobierna hasta cuando no quiere gobernar. Él tiene la clave de muchos asuntos financieros, de muchos fenómenos bursátiles. Su juicio está siempre influido por su calidad de actor.

Ahora mismo, con la dictadura, se están realizando muchos de sus proyectos cuando era ministro de Fomento. Prieto es un verso suelto. Cuando Romanones le ofreció una cartera le dijo que tenía demasiado vientre para el uniforme. Y rió a carcajadas. Prieto ministro, gobernante, actor, es, hoy por hoy, un contrasentido. Su actitud es crítica siempre; crítica, sin limitación y sin responsabilidad. Él apunta y dispara, por elevación; que los demás recojan las bajas del combate.

No sé si fue en diciembre de 1921 o de 1922 cuando se celebraron unas elecciones generales en Navidad. «¡Quiero ver esto por dentro!», dije a D. Francisco. «¡No vale la pena! estas elecciones no tienen vibración. Todo está descontado», me replicó. Estaba yo entonces en Barcelona. En efecto, no llegaban a 15.000 los votos radicales; pasaban de 22.000, o de 24.000 –no recuerdo bien– los sufragios de la Lliga[116]. Todo estaba descontado y previsto. Las pizarras de la Lliga, momentos después del escrutinio, consignaban cifras que sabían de antemano todos los espectadores.

Cambó, Prieto: dos hombres, dos mundos, dos sistemas, dos temperamentos. La emoción es el reino del ex diputado por Bilbao; la realidad *concreta, española*, la realidad de este momento y no la del anterior ni la del que va a seguirnos, el patrimonio del líder catalán. En este libro, «Las Dictaduras», asoma a todas horas, en el pensamiento, la preocupación de actor de D. Francisco. Prieto, hombre que descubre su corazón a todas horas a fuerza de taparlo y de afirmar que no lo

[113] Reproducido de *El Adelanto* con el título "Un comentari de Castella".
[114] En diciembre de 1925 Sánchez Rojas publicó otro artículo, con este mismo título y distinto contenido, en *El Adelanto* (O.C. Tomo II, página 331).
[115] Cambó, Francisco. *Las Dictaduras*, Madrid, Espasa Calpe., 1929. Se publicó en versión catalana con el título *Les Dictadures*, Barcelona, Llibreria Catalonia, 1929.
[116] Lliga Regionalista. Partido político de la Restauración, de ideología conservadora y catalanista, dirigido durante buena parte de su historia por Francesc Cambó.

tiene, habla, piensa y siente en alta voz. ¿Quién de estos hombres está en sus cabales? «Ai posteri, l'ardua sentenza»[117]. Ya nos lo dirá muy pronto la realidad política española.

Heraldo de Madrid (17-10-1929)

Dos viejos

Luis de Zulueta recuerda, con su sagacidad acostumbrada, que, en dos pueblos tan jóvenes y vigorosos como Francia y Alemania, las gentes se acordaron de dos ancianos para dirigir la guerra: Hindenburg y Clemenceau. El general Hindenburg nos cuenta, en efecto, en sus "Memorias", cómo una buena noche recibió en su retiro del campo, un telegrama del Káiser, rogándole que volviera al servicio activo, y cómo a las tres de la madrugada siguiente, tomaba el tren en una estación cualquiera para incorporarse al Gran Cuartel General. Clemenceau, por su parte, sucede a Painlevé[118] casi ochentón, siendo en la Cámara de Diputados "el Tigre" y en su visita continua, casi diaria, a las trincheras, "el Papá" de los "poilus"[119]. A la larga, el ímpetu juvenil de este buen muchacho vendeano de ochenta primaveras vence a la frialdad matemática y casi viscosa del Mariscal. Y se firma el Tratado de París. Clemenceau, que ha sido el hombre de la guerra, no puede ser el político de la paz y Deschanel[120] le derrota en la antevotación para la candidatura a Presidente de la República. Hindenburg, en cambio, que es el general del cálculo y de la dilación, sube a la Presidencia del Reich, a pesar de sus veleidades monárquicas y kaiserianas. Clemenceau, militar de chaqueta, es despedido en Francia cuando el uniforme es peligroso, e Hindenburg, en cambio, se acopla al nuevo estado de cosas, sustituyendo su Cruz de Hierro por la levita mal cortada en las sastrerías prusianas y e1 bastón de mando, con puño de oro, por la inocente caña de junco de las Indias.

Yo confieso que Poincaré[121] y Clemenceau no fueron nunca políticos de mi devoción. Cuando se haga la historia interna de las corrientes artificiales que dirigieron la opinión pública en Francia, estos dos hombres– y lo digo yo, francófilo convencido y entusiasta en aquellos días– serán universalmente execrados. Para Clemenceau era mal francés aquél que no pensaba exactamente como él quería, y Poincaré, abogado y enredador, aprovechaba las violencias de su Presidente del Consejo, para desembarazarse de sus adversarios políticos. Poincaré vive y va imponiendo, poco a poco, a fuerza de suntuosidad y de cortesía, sus violencias fundamentales. Pero a Clemenceau le salvó siempre su buena fe. Este hombre mordaz e ingenioso, que por construir una frase deshacía una amistad como Unamuno, tenía sin embargo, una madre natural, Francia, y a ella consagró algo más que sus amores: sus ideas. Clemenceau pensaba cómo a Francia le convenía pensar a cada paso. Hizo la guerra como se hace siempre: poniendo el corazón al servicio de la cabeza. Tal vez es el único culpable de que muchos inocentes extranjeros fuesen fusilados bárbaramente en los fosos de Vincennes, pero evitó, en cambio, que el derrotismo campase por sus respetos. En la redada de los lobos, cayó alguna oveja, pero los lobos fueron barridos inexorablemente del suelo de la República. A diario, este hombre singular, visitaba las trincheras, hablaba con los soldados, compartía sus penalidades y aguantaba los fuegos del enemigo. Cometió tantas imprudencias Clemenceau, que no murió providencialmente varias veces en estas visitas. Ya su retorno a París, después de sondear el pensamiento, siempre turbio, de Poincaré, inventaba espías y urdía procesos al lucero del Alba. Malvy, por haber sido amigo de unos días de la Mata-Hari, tuvo que sufrir su destierro en San Sebastián y José Caillaux, conoció los calabozos de la Santé. Las cárceles se tragaban a diario cientos y cientos de ciudadanos sospechosos. Poincaré vengaba sus malos humores y Clemenceau, de buena fe, llegaba a los últimos extremos. El "Tigre", afilaba sus uñas, se lanzaba sobre la presa, la deshacía ante carcajadas sardónicas, y aún le quedaba tiempo para encargar del servicio de información a las muchachitas pintadas de Montmartre, que sabían mentir confidencias entre los besos de los cándidos y las caricias alquiladas de los papanatas.

[117] "A los que vengan, la difícil sentencia". Versos de Alessandro Manzoni en su Oda Il "Cinque de Maggio" dedicados a Napoleón.

[118] Paul Painlevé (1863 – 1933). Político francés, dos veces primer ministro de la Tercera República Francesa.

[119] Peludos. Término utilizado en el argot militar para referirse a la infantería francesa de la Primera Guerra Mundial.

[120] Paul Eugène Louis Deschanel (1855 – 1922). Presidente de Francia entre el 18 de febrero y el 21 de septiembre de 1920.

[121] Raymond Poincaré (1860 - 1934). Político francés, Presidente de la República durante la Primera Guerra Mundial y Primer Ministro de Francia en tres ocasiones.

Clemenceau, con todos sus defectos, era un hombre y un francés. Un buen francés. He seguido con emoción los incidentes de su agonía y comprendo el dolor de las modistillas del Barrio Latino, que ya no pueden jugar con los bigotes blancos del abuelo terrible, amigo de Zola, de Dreufús[122], y –sobre todo– de la Verdad, único pilar de los pueblos, y musa sagrada del espíritu civil.

El Adelanto (01-12-1929)

Elogio de Gustavo Stresemann

Augusto Gauvain, comentando en *Le Journal des Debais* la muerte de Gustavo Stresemann, el ministro de Negocios Extranjeros de la República alemana, es tal vez el único político francés que pone reparos a la obra del ilustre muerto. Pero nadie le sigue, ni aun en Francia, por el camino de los especiosos distingos, y se le elogia abierta y noblemente. Con la Prensa francesa –no hablemos, naturalmente, de la alemana– puede escribirse la apología del hombre de Estado alemán. Así, para Dauville, la política de Stresemann era siempre la del buen sentido. No recurría jamás a la violencia, y lo confiaba todo al tiempo, que es el gran disolvente de las pasiones agudas de los hombres. Bonnefon recuerda que conoció a Stresemann de estudiante, blandiendo su espada ante el príncipe de Bismark. Para Bourgues, la inteligencia con Francia es obra de Stresemann. «Las etapas –escribe– están presentes en el recuerdo de todo el mundo. Acuerdos de Londres y Locarno; admisión del Reich en la Sociedad de Naciones; Thoiry; firma en París del Pacto Kellogg; La Haya, en fin, donde se decide la liquidación de la guerra.» En efecto; toda la política de Stresemann ha sido la supresión gradual y lenta de la serie de enojos y de cargas que pesaban sobre Alemania por el Tratado de Versalles.

Alemania ha carecido de políticos –por eso, sin duda, perdió la guerra–; pero en estos últimos tiempos ha tenido figuras tan relevantes como las de Rathenau y Stresemann. Rota la ingente labor del primero por un asesinato, la del profesor Gustavo Stresemann aparece en estos momentos con toda su maravillosa unidad y con su profundo sentido de ponderación. Los políticos españoles, que han comparado a Stresemann con el canciller de hierro, no saben, como de costumbre, lo que se dicen. El príncipe Bismark, con su rostro antipático de bull-dog, ganó una guerra y perdió una paz; Stresemann, después de una derrota por agotamiento del país, gana la paz más erizada de dificultades que se haya visto jamás en los anales de la historia. Toda su política de cinco años que ha ocupado la cartera del Exterior parece la obra de un avispado secretario del Renacimiento italiano o de un avispado discípulo de Richelieu. El plan Dawes coincide con la toma de posesión de su cartera en 1924; de ese modo, el Imperio obtiene el apoyo de sus mismos acreedores en la estabilización de sus finanzas, a pesar de la brutal política nacionalista de Poincaré; en seguida –un año después– Alemania firma en Locarno, con el mismo honor y con los mismos fueros que las demás potencias signatarias. Hace más en Locarno Stresemann: asegura la frontera alemana y firma tratados de arbitraje con sus antiguos adversarios en la gran guerra.

Y la previsión de Stresemann no para ahí. En 1926, Alemania va a Ginebra con un puesto en el Consejo Permanente de la Sociedad de Naciones. Alemanes, franceses e ingleses se entienden del todo en la ciudad suiza del Lago Leman, en la deliciosa patria chica de Juan Jacobo el cínico y de Enrique Federico Amiel, el abúlico inteligente y desorientador. Alemania, en virtud de esta inteligencia, recobra su predominio en el concierto europeo, e interviene en todos los pleitos e incidentes de política internacional desde dos años a esta parte. En el Pacto Briand-Kellogg no falta la presencia, ni la firma, ni la palabra, discreta y humana, de Gustavo Stresemann. Y de ayer son sus últimos éxitos de la evacuación de la Renania y del Plan Young, que convierte el enojo de las reparaciones en unas sencillas cláusulas comerciales de derecho mercantil público.

Esta es la obra de Stresemann, y no creemos que pueda compararse con la de ningún otro estadista germánico. ¡Ojalá que el diputado populista Curtins, que le sucede, también de procedencia universitaria –es profesor de Economía Política–, siga brillantemente la carrera pacifista y europea, no nacionalista, de su ilustre y llorado antecesor!

Mundo Gráfico (15-01-1930)

[122] Así en el original, por *Dreyfus*.

Lo pasado

Charla con el amigo Sbert[123], muy interesante, en las primeras horas de la mañana. El estudiante mallorquín me cuenta toda su odisea: destierro en Cuenca, treinta y tres días de incomunicación en la Cárcel Modelo, traslado a la Cárcel de Torrelaguna, confinamiento en las de Baleares... Y episodios íntimos que yo conocía mal o conocía desfigurados. Así, por ejemplo, su expulsión de la Escuela de Ingenieros Agrónomos fue orden personal del Marqués de Estella. "Al cabecilla Sbert (no aparece ni apellido español) –escribía el dictador– sobre, darle de baja en la Escuela, póngase de acuerdo con Anido y destierre a Fuerteventura o a Fernando Poo. Madrid, 17 de Marzo de 1929. –M. Primo de Rivera. –Señor Subsecretario de Fomento". Y así otros muchos que ya irán saliendo a la superficie cuando dejen en toda libertad las lenguas y las plumas.

Sbert, en estos momentos, es el símbolo del estudiante español, y el estudiante español ha sido el único ciudadano que ha planteado y ganado batallas a la Dictadura. Si lo que hizo en 1929 y acaba de hacer en 1930, se le ocurre hacer cinco años antes, ni Unamuno hubiera ido a Hendaya, ni Roces[124] ni Valdecasitas[125] –hay que llamar así, Valdecasitas, al simpático e inteligentísimo catedrático de Derecho Civil de nuestra Escuela– hubieran estado un año alejados de su clase, ni Sbert se hubiera hecho la comida ni mullido el mísero colchón en la cárcel de Torrelaguna. Los estudiantes entendieron su papel: el ingenio y la inteligencia contra la arbitrariedad y el silencio. Y vencieron, como era natural. Cuando se escriba la historia íntima de los últimos estertores de la Dictadura en España, sabremos hasta qué punto el gesto de los estudiantes [¿propició?] el cómico final. Sbert parece saberlo demasiado, y nosotros sospechábamos buena parte de lo que ha ocurrido y que tardará en saberlo el pueblo, ingenuo y candoroso. Sbert vuelve de Mallorca con la firme solución de acabar sus dos carreras por el mismo orden con que fue expulsado de las Escuelas respectivas. Es un gesto y es una respuesta.

Charlando con él esta mañana en un hotel cercano a la Plaza de Cataluña, he sentido remozar mi espíritu y he vuelto a sentirme lo que he sido y lo que seré toda mi vida: un estudiante más. Por sentirme estudiante, porque no supe olvidar que debo a don Miguel de Unamuno mis mejores horas de mocedad, también conocí yo los destierros y los confinamientos que me recetó la Dictadura para mi enmienda. Hoy recuerdo esos incidentes con orgullo, precisamente porque yo los provoqué consciente y deliberadamente. ¡Con qué placer recordaré toda mi vida aquel remanso de Huesca! Algún día contaré por qué fui echado de allí y por qué arte de birlibirloque no fui a continuación a una aldea de Ciudad Rodrigo, donde querían prepararme un alojamiento "sine die". Todo se andará y ya iremos descubriendo, poco a poco, la cortinilla que no ha dejado al pueblo ver con sus propios ojos y oír con sus propios oídos.

El Adelanto (15-02-1930)

Hablando con Sbert

En Barcelona, el estudiante Sbert cuenta a CRÓNICA las persecuciones de que fue objeto durante el periodo de la Dictadura que ha concluido.

El 20 de Mayo de 1925, hará muy pronto cinco años –me cuenta Sbert mientras desayuna en la habitación de su hotel su tazón de café con leche–, comenzaron mis primeras diferencias con la Dictadura. Aquel día ingresé por vez primera en la Cárcel Modelo de Madrid. El pretexto fue la conferencia que pronuncié en la Asociación de Ingenieros y Arquitectos, a la que siguieron aquellos incidentes a la puerta de la Escuela de Ingenieros Agrónomos. En la cárcel recibí la orden de mi confinamiento en Cuenca. En el tren, camino del destierro, me entregaron un oficio de

[123] Antoni María Sbert i Massanet (1901 – 1980). Líder estudiantil opositor a la Dictadura, por lo que, en 1925, fue expulsado de la Escuela de Ingenieros Agrónomos de Madrid y desterrado a Cuenca. En 1928 creó la Federación Universitaria Escolar de Madrid (FUE), y en 1929 el Comité Pro Unión Federal de Estudiantes Hispanos. En marzo del 1929 fue detenido, expulsado de la Universidad, y confinado en Mallorca.

[124] Wenceslao Roces Suárez (1897 – 1992). Jurista, historiador, traductor y político español, miembro del Partido Comunista de España, y catedrático de Derecho Romano en la Universidad de Salamanca (1923 a 1936).

[125] Alfonso García Valdecasas (1904 – 1993). Jurista granadino, catedrático de Derecho civil. Fue uno de los fundadores de Falange Española.

la Escuela de Ingenieros Agrónomos, donde se me comunicaba mi expulsión por orden del Sr. Primo de Rivera. Con el oficio, una nota marginal de este, que decía literalmente: «Al cabecilla Sbert (no aparece ni apellido español), sobre darle de baja en su Escuela, póngase de acuerdo con Anido y destiérrelo a Fuerteventura o a Femando Póo. Madrid, 19 Marzo 1925. – *M. Primo de Rivera*.–Sr. Subsecretario de Fomento.» Desde Cuenca fui confinado a la isla de Mallorca. Desde allí entablé recurso contencioso administrativo contra la orden de mi expulsión, prestándose generosamente el Sr. Ossorio y Gallardo, como abogado, a defender mis derechos ante el Tribunal Supremo. En vísperas de substanciarse, se publicó un Real decreto prohibiendo a este Tribunal que conociese en los recursos que se entablasen contra las extralimitaciones del Poder Público. Y así quedé sin reintegrarme a la Escuela...

– ¿Y después? –interrogo a Sbert, que es un muchacho, alto, moreno, de ojos vivos y expresivos, con un bigote negro que se atusa a cada paso. –¿Y después?

– Aproveché mi estancia en Mallorca para estudiar intensamente. Estudié para aparejador, examinándome en Valencia de cinco asignaturas, obteniendo tres sobresalientes. La Escuela de Arquitectura expedía después a mi favor el primer título de aparejador que ha salido de este centro. También en la Escuela de Ingenieros Industriales aprobé quince asignaturas, hasta que se decretó mi muerte civil y mi expulsión de todos los centros académicos de España. En la academia Soto, de Madrid, me ganaba el pan como profesor de Aritmética y Álgebra, y las horas sobrantes las dedicaba a trabajos ingenieriles en una oficina de construcción.

– Y luego vino la nota oficiosa negándole todos sus derechos de ciudadano y de escolar en Marzo del año pasado... ¿no es eso? –interrumpo.

– ¡Sí, señor! ¡Eso es! El 7 de Marzo, día de Santo Tomás de Aquino, se ordenó de nuevo mi detención. Treinta y tres días, con sus noches, estuve rigurosamente incomunicado en los calabozos de la Dirección General de Seguridad y de la Cárcel Modelo. El 4 de Mayo fui trasladado a la cárcel de Torrelaguna, que es una verdadera gañanía. Allí tenía que coserme, que lavar mi ropa, que preparar mi comida, que mullir el pobre colchón donde solamente, de rara en rara vez, lograba conciliar mi sueño. Hasta el día 24 de Junio estuve en la cárcel de Torrelaguna. Y después, de nuevo confinado en Mallorca, donde he permanecido hasta ahora.

– El general Primo de Rivera –digo a Sbert lentamente– ha explicado, en la carta donde contestaba a los escolares, las razones de esta implacable hostilidad contra usted. Dice que usted le abocó con notoria impertinencia en la calle, sosteniendo con él un diálogo irregular. ¿Es cierto?

– No en la calle, sino a la puerta de la Escuela de Ingenieros Agrónomos, ocurrió ese diálogo, que no debió ser muy grave, ya que me ofreció después la presidencia de las Juventudes de la U.P.[126] También me llama en ese documento tránsfuga a sabiendas de que me expulsó de la Escuela de Ingenieros Agrónomos. Por eso fui alumno después de la Escuela de Ingenieros Industriales. También creo que me llama mal estudiante. Aunque he probado todo lo contrario, mi propósito actual es concluir las distintas carreras por el mismo orden que fui expulsado de las Escuelas respectivas.

– ¿Qué va a hacer usted ahora?

–Estudiar, naturalmente, sin olvidar la organización de la Federación de Estudiantes Españoles. Vuelvo el martes a Mallorca, pero regresaré a Madrid del 19 al 20 de Febrero, y después de preparar allí el Congreso de las Federaciones Escolares tornaré a Barcelona para asuntos propios, deteniéndome unos días en Zaragoza. Solicitaremos el oportuno permiso de los Poderes Públicos para la celebración de ese Congreso, y a él invitaremos a las organizaciones portuguesas y la Unión Hispanoamericana que forma parte del Comité de la Federación. Vamos a tratar en él asuntos exclusivamente estudiantiles, y estamos bien seguros de la asistencia y de la simpatía de la opinión pública. Es muy posible que visite con este motivo las Universidades españolas.

– ¡Sin olvidar sus exámenes de Junio! –interrumpo.

– ¡Asegúrelo usted así! La Dictadura nos ha dado a los estudiantes conciencia de nuestra fuerza y de nuestra solidaridad; nunca se lo agradeceremos bastante. Hemos planteado batallas en pro de la libertad de la cátedra y las hemos ganado gallardamente. Las persecuciones de que uno ha podido ser víctima pierden su importancia ante la victoria conseguida. Hemos defendido a los catedráticos más que los catedráticos a nosotros. Y este es el momento de dar un vigoroso impulso a la Federación General de Estudiantes Españoles. ¡Y lo pasado, pasado!

[126] Unión Patriótica (U.P.). Partido político creado por el general Miguel Primo de Rivera con la intención de dar soporte a su dictadura militar.

Dice Sbert, y damos por acabada nuestra entrevista. Salimos del hotel con unos ingenieros agrónomos que han ido a buscarle. Llueve furiosamente y aúlla el viento sobre la Plaza de Cataluña. Más que una ciudad mediterránea, clara y luminosa, parece Barcelona, en esta desagradable mañana de Febrero, una ciudad del Cantábrico. El mar es hoy pardo, y las olas se encrespan furiosamente, formando verdaderas montañas de agua, que se rompen y tornan a formarse con estrépito. Sbert, el estudiante perseguido por la Dictadura, se apodera de un *taxi* para asistir a un vino de honor con que le obsequian los estudiantes barceloneses, que le recibieron triunfalmente al desembarcar en el puerto de las tierras de su largo destierro.

Crónica (16-02-1930)

Maciá en Ávila[127]

Esta Castilla triste y ancha, de la que dijo Juan Maragall que no sabe ver el mar, porque toda ella mira tierra adentro, ha delegado en la ciudad de los caballeros y de los santos la altísima embajada de saludar al santo y al caballero de Cataluña, don Francisco Maciá. Aún a trueque de ofender nosotros el sentido racial de nuestros hermanos los catalanes, nos atrevemos a sostener, con todas las consecuencias, que el pergeño del buen *Avi* es castellano y bien castellano, y si me apuran mucho, abulense o manchego. Los brazos largos de don Francisco hechos para la efusión y la cordialidad, los ojos azules y ensimismados, las cejas blancas y pobladas que subrayan a la terminación de la noble frente la azulez y vaguedad de la mirada intensa, la faz seca y angulosa, la figura y el movimiento de la figura, son neta y completamente castellanos. Se encuentran por los llanos de Montiel, bajo un yelmo, y en los lomos de Rocinante, en el Caballero de la Triste Figura. O en Ávila, en aquella estampa del caballero Don Alonso Sánchez, que criaba doncellas, como Teresita, para el servicio de Dios. Y en nuestros campos de batalla. Y en nuestros monasterios. El *Avi* es un místico más, que tiene su enlace con nuestra tradición castiza, al que reconocerían para hacerle puesto a su vera los comuneros y los frailes que afilaban sus espadas y sus meditaciones a la sombra de las murallas de la ciudad que acaba de aclamarle.

Porque Ávila, ciudad señora, sede natural del misticismo castellano que vivió siempre de la libertad y del ensueño, se ha percatado de su misión histórica en la hora actual, acogiendo hidalgamente a su hermano de raza y de espíritu, don Francisco Maciá. La banda de música, aldeanamente, ha salido a recibir al viajero; las autoridades han extremado sus obsequios; la gente del pueblo, en la plaza del Alcázar y en el Mercado Viejo, y en la calle de San Segundo, ha aclamado y vitoreado al caballero andante. Dentro de la Catedral, don Francisco ha podido hablar en catalán con el obispo, señor Pla y Daniel, y en el magnífico claustro de Santo Tomás, con un monje. En la Catedral contemplaría don Francisco la vieja capilla donde se reunió la Junta Santa en 1509, pidiendo libertad, tierra y concejo a los ministros desaprensivos y rapaces de Carlos I el Flamenco. Aquella Junta acabó trágicamente con la derrota de Villalar y con la pérdida de las libertades castellanas. Y en Santo Tomás, don Francisco sentiría un hondo escalofrío de emoción ante el sepulcro de aquel bello príncipe Don Juan, amado de las mujeres y cantado por los poetas, hijo de los reyes Isabel y Fernando, que, al morir, atrajo sobre el trono de España las dinastías extranjeras que, antes de acogotar la autonomía de los catalanes, extirparon de raíz la de los castellanos, creando un Estado artificial y poderoso, del que Castilla no pudo sacar partido porque ya estaba decapitada y muerta. En Ávila, mejor que en otra ciudad de la meseta, ha podido deshacer el señor Maciá el terrible error de la hegemonía castellana, fuente de tantos equívocos y de tantos recelos entre el litoral y la meseta. La Catedral, que más que templo es una fortaleza, y el castillo natural del recinto amurallado es la tumba que supo levantar Castilla a sus concejos y comunidades. Y las cenizas de Don Juan, que es el Calixto de la tragicomedia de Rojas y Montalbán, el mozo salamanquino que se mira en los ojos verdes de Melibea y sonríe ante los untos y retortas de la buena madre Celestina, son la posibilidad, que no llegó a iniciarse, de un concierto inteligente entre los pueblos hermanos de nuestro suelo peninsular.

Si Ávila ha sentido y comprendido al *Avi*, yo tengo la sensación de que el señor Maciá y sus acompañantes, entre los cuales se encontraba Ventura Gassol, han sentido y comprendido a Ávila, y, por extensión, a Castilla, que ha delegado en la ciudad de sus guerreros y de sus místicos la embajada simbólica de saludar y de abrazar a Cataluña en el hombre que la lleva más dentro del corazón. Los castellanos sabemos muy bien que nuestros trigueros, harineros y agrarios nada

[127] Artículo firmado como Jorge de Alba.

tienen que ver con nuestros sentimientos; pero los de Cataluña no han tenido nunca su representación en los sanchos del Arancel y en los viajantes de comercio, que reducían nuestras relaciones a un liviano pleito de intereses y de ochavos. Cataluña ha dejado oírse cuando ha llevado su voz un Quijote más. Castilla dice su palabra cuando prescinde de los intermediarios que la desfiguran y adulteran. Estas gentes del pueblo castellano que aclaman en Ávila al señor Maciá, sin que nadie las ensaye previamente, son la revelación mejor del estado colectivo por que actualmente está pasando España.

Así, la excursión del *Avi* a Castilla tiene la eficacia de una lección y es el comienzo de una nueva etapa. Nuestros dolores tienen acaso distintos nombres, pero requieren el mismo tratamiento. Era natural que antes fuésemos todos separatistas de un régimen que nos envilecía y que podía sostenerse porque nunca nos permitía iniciar el diálogo. ¡Pero ahora!... Nuestra federación ha de ser auxilio mutuo de hermanos, que ha de levantar una carga común de intereses y de ideales; nunca una separación de fuerzas que aniquilarían una herencia que todos hemos de rehacer. El «¡adeu, Espanya!» perdió ya todo su sentido. De la nueva Cataluña, de la nueva Castilla, vamos hacia otra España mejor y más justa, que puede llamarse Iberia y convertirse en manantial de ilusiones infinitas. Y eso es la Patria: una ilusión que hacemos un poco cada día; no una pesadilla que nos hizo pequeños en un momento de odio y de rencor.

Crónica (23-08-1931)

Una ofrenda de Prieto

Indalecio Prieto, ministro de Hacienda de la Segunda República Española, habló en la inauguración del Museo de Romero de Torres. Imaginad un momento el escenario. En la plaza más cordobesa de todas, en la del Potro, hay un patio de naranjos con una bella fachada gótica. Las enredaderas, cuajadas de rosas y de flores, decoran los muros del patio; sobre los balcones destacan los mantones de Manila; en frente de la fachada que da acceso al Museo del glorioso pintor, las Sociedades obreras de Córdoba han colocado sus estandartes y sus banderas. Un sol andaluz, claro risueño, presta a las cosas una trasparencia de cristal. Apenas si cabemos en el patio. Frente a un macizo, delante de un micrófono que recogerá, difundirá los discursos por Andalucía, Alcalá Zamora, Domingo, Prieto, las autoridades cordobesas, los familiares y los amigos más allegados del llorado pintor, se aprietan como pueden ante la muchedumbre. Reina un silencio sepulcral. Indalecio Prieto comienza su oración por el amigo muerto.

Indalecio Prieto y Julio Romero de Torres. Almas gemelas. Fueron muy amigos. Deambulaban por las callejas de Madrid durante las primeras horas de la mañana; sorprendían las primeras luces del alba y los primeros cantos del gallo y de la codorniz en los patios de la calle de Toledo y de los Mancebos; soñaban los dos, cogidos del brazo, el alba más risueña y más rosada para nuestro pueblo. Indalecio va a evocar estas cosas. Y en el momento preciso de romper a hablar, cuando va a hacerse la primera luz en su palabra –la palabra fue el amanecer del hombre y la palabra fue antes de la creación de las cosas– un lagrimón importuno le cae a lo largo del lado derecho de la faz. En ella se incrusta y en ella se detiene el lagrimón. Yo estoy a su vera, y unas veces tiene los matices de nácar, y otras, las irisaciones verdinegras de la sombra del naranjo que nos cobija. "Julio y yo –dice Prieto–, paseábamos muchas veces durante las altas horas de la noche; a los dos nos preocupaba el momento divino del nacimiento de la luz. Esta mañana he visto, desde el tren, un amanecer en Córdoba y he añorado la figura de mi amigo". El lagrimón subraya y destaca las bellísimas palabras; las palabras de Prieto tiemblan y vibran en el silencio de la placita del Potro: las mujeres contemplan la figura de este ogro que es, en fin de cuentas un sentimental. Indalecio Prieto va diciendo su plegaria con la más honda emoción que hayamos oído nunca. Es un hombre hecho y derecho, que dice su afecto a otro hombre que fue también de una pieza. Es un corazón que muestra lo más íntimo de su cogollo al recuerdo de otro corazón. "Parece que veo a Julio –continúa Prieto– desembozarse de su capa airosa y española y exclamar ante una de esas muchachitas que llevaba a sus lienzos maravillosos: "¡Es una chiquita buena!" Es que Julio era un jirón y un fleco del alma de este pueblo inmortal". El artista y el hombre se han fundido en estos momentos; Prieto ha sido ahora la antena que ha recogido el sentir colectivo de la muchedumbre congregada. Prieto continúa diciendo, o mejor aún, gimiendo y llorando su plegaria. "Los amigos de Julio venimos a este lugar como a un templo".

El remanso de paz los macizos de flores, las enredaderas, los naranjos, han despertado al niño que lleva Prieto en las honduras de su espíritu recio de luchador. No estamos en la Cámara; no

tiene Prieto enemigo en frente; los que le oyen son correligionarios de su culto y beben en el mismo vaso del recuerdo y de la amistad. Pero yo quiero destacar este gesto y deciros el matiz de este lagrimón que le ha rodado de los ojos a la faz al ministro de Hacienda. Este discurso explica otros muchos del formidable polemista; estas palabras dichas aquí, en Córdoba, en esta dulce mañana otoñal, en la plaza del Potro, lugar que señaló Miguel de Cervantes como uno de los más renombrados para la bibria [sic] y para la vicardía [sic], son la mejor glosa del exquisito temperamento político y personal –fuego escondido y soterrado en una tenue capa de nieve y de indiferencia que ven sólo los profanos– de uno de los hombres más puros y excelsos de nuestra España actual.

El Adelanto (05-12-1931)

El discurso de D. José Ortega y Gasset

Un gesto, un hombre, un partido.

(Impresión telefónica de José Sánchez Rojas)

(Madrid, 6, dos t.).– Magnífico discurso el que acaba de pronunciar el insigne pensador don José Ortega y Gasset en el cinema de la Ópera; magnífico de gesto, de palabra –de palabra precisa y sobria– de nobleza política y de entusiasmo patriótico. Magnífico también por la ambición del propósito. Don José Ortega quiere organizar la alegría colectiva bajo la República naciente, dando las normas y las líneas generales para la creación de un gran partido, donde la Nación se confunda con el Estado, dando de lado a los partidos partidistas. Magnífico el discurso como pieza oratoria, como modelo de expresión moderna y rápida, eficaz.

El orador insinuó advertencias y dio consejos a la República. Pide una rectificación, porque se ha creado en ella una posición triste y agria para ciertas gentes. Los errores, en su concepto, han sido inevitables e hijos de la misma buena fe. Estos gobernantes, a los que pide esta pública rectificación, son, sin embargo, unos gobernantes inmejorables que han de dar su rendimiento en el futuro. El comité revolucionario que trajo la República se vio convertido, de la noche a la mañana, en Gobierno nacional, y fiel a los compromisos contraídos, no quiso advertir que estaba relevado de muchos de ellos ante la explosión pública y ejemplar de ciudadanía que trajo el régimen. Les faltaba además a estos hombres, hechos en la oposición, según el parecer de don José Ortega y Gasset, la óptica y el manejo de los que están acostumbrados a empuñar las riendas del Poder en épocas normales. Pero los errores no han sido, ni mucho menos, irreparables, y este es el momento de iniciar el cambio. Ni República burguesa, ni República conservadora. República a secas, con tono y estilo españoles, respetando la formidable marcha ascensional de las huestes obreras, fenómeno que se advierte, con rara y sorprendente unanimidad, bajo todos los climas y en todos los pueblos de Europa.

Hemos cambiado no ya de nomenclatura, sino también de estructura del Estado en los siete meses que llevamos de República; hay que reconocerlo así, saliendo al paso de pesimismos, no siempre sinceros, de determinadas clases que no saben vivir sin los privilegios de toda laya con los que vivieron durante los sesenta años de la Monarquía de Sagunto. Para ser absoluta y completa la renovación del personal político, advertimos, como es de rigor, deficiencias que se borran siempre con el ejercicio del Poder. Ellas pueden rectificarse –seguimos siempre la línea del discurso del señor Ortega y Gasset– con la creación de ese Partido Nacional que preconiza, en el que, fundidos los intereses materiales y morales del Estado, de la Nación, pueda asegurarse la alegría general y el usufructo de los grandes sueños en el porvenir.

Interesantísimo el acto del Cinema de la Ópera, hemos querido dedicarle esta breve impresión telefónica, donde pretendemos reflejar, bien, que muy sintéticamente, el pensamiento del sabio catedrático de Metafísica de la Universidad Central, que es además uno de los cerebros más sólidos y elegantes de la España republicana. En lo que ya no creemos del todo es en la eficacia política del acto. Para insinuar consejos, advertencias y discretos y velados reproches, pero reproches a la postre, a los gobernantes de la República, para preconizar un nuevo partido nacional, donde puedan convivir temperamentos políticos tan poco semejantes como los señores Azaña y Maura, hubiera sido preciso que el conferenciante, repasando todos los problemas políticos hoy en revisión, adelantara sus puntos de vista en torno a ellos. Con discursos de cumbres no se llega con el eco a los valles. El intento es noble y generoso, y el señor Ortega y Gasset añade a su historia intelectual nuevos timbres de prestigio inmaculado.

El Adelanto (08-12-1931)

España desde Piedrahíta

Mayo 1814

En el risco de la Pesqueruela, en un cerrito cercano a Piedrahíta, don José Somoza y Carvajal contempla la puesta del sol ensimismado. Los tejadillos del pueblo son rojos; cae la nieve de los picachos de la sierra de Gredos; el torrente del risco acaba de callar. Allá, en una loma, al lado del palacio de doña María Cayetana, la duquesita de Alba, canta el agua en las tazas de mármol y tañe al Ángelus la campanita de los dominicos.

En el risco de la Pesqueruela, don José Somoza y Carvajal, el que alza a los huertanos contra los ricos y los clérigos en el poyo del mentidero de la parroquia, contempla el caserío de su pueblo con tristeza. Sentado en la cueva de la roca, se fija en una columna de hielo que desciende hasta el estanque; la luna surge de la cumbre de Peña Negra; el viento, de cuando en cuando, sacude las altas copas plateadas de las rocas. Piedrahita ya es un manchón oscuro sobre la blanda alfombra de su valle. Y comienza la noche su canto de fecundidad. Y grita el cuervo en el bosque, y cantan en él las tórtolas enamoradas y mimosas, y el grillo modula también, en la noche, su cantar de pereza.

Don José Somoza y Carvajal ha concluido su paseo en este atardecer de mayo de 1814. No viene con él su ahijada, Cecilia, la niña de ojos negros y de alegre y atropellado hablar. El viejo liberalote, que lee a Voltaire y lo glosa socarronamente en el poyo del mentidero de la parroquia, lleva los ojillos rojos y un poco velados por unas gotas de agua que oculta codiciosamente. No se puede luchar. Por el amor a todos no se curó de sus propios amores el caballero. La ahijada, a quien quiere mucho, no llena del todo su corazón de solitario. Su espíritu, recio y varonil, se tambalea ante la incertidumbre de una España constitucional y nueva. Presiente que su obra de rebelde será estéril.

Los absolutos, los reaccionarios y los neos están jugando una mala partida a don José Somoza y Carvajal, y si Leonarda no toca ayer a rebato la campana de la parroquia llamando a los serranos de la huerta para defender a su señor de las iras de aquellos energúmenos, la chusma hubiera jugado al marro por las calles con la cabeza de don José.

El hombre suspira y torna a sentarse junto al risco de la Pesqueruela. La luna platea la frente arrugada del solitario. Las tórtolas siguen sus querellas de amor en las sombras del bosque que descansa sobre la roca; las nubes ocultan a la luna entre un pelotón de algodones blancos como la nieve. De Piedrahíta llega un rumor que dice: "¡Viva la Inquisición! ¡Vivan las cadenas! ¡Viva el rey! ¡Viva Fernando VII! ¡Abajo los impíos!"

Octubre 1931

Y en el risco de la Pesqueruela leemos los bisnietos de un amigo y compañero de Somoza que murió en el presidio de Melilla por llamarse liberal y español –Francisco Sánchez Barbero– la bellísima *Elegía* que Somoza y Carvajal compuso a los azares y desengaños de su vida inquieta y trafagosa.

Ciento diez y siete años después de haber paseado por estos cerritos el solitario de Piedrahíta, los robles antiguos de la Pesqueruela nos convidan a departir con la soledad, haciendo un alto en nuestra vida de luchadores. "La Patria –subraya este formidable escritor que hay en Somoza y Carvajal–, la Patria es una voz funesta en las habitaciones de los hombres, y que el bueno, para pronunciarla, tiene que buscar el desierto o las cavernas del monte de la Jura." Hoy, en Octubre de 1931, releyendo la *Elegía* que debiera ser lectura obligada para nuestros diputados y nuestros gacetilleros, viendo como desciende el bloque de hielo desde la roca al estanque, la Patria es una voz funesta también, que los hombres no quieren pronunciar por pureza de emoción, como si pronunciaran el nombre de una niña cuyo sueño tenemos que proteger amorosamente.

Octubre 1931. Piedrahíta, Castilla, España, la República. Más allá de esos valles, detrás de esos montes pedregosos decorados por acacias y por pinos, allí donde comienzan las tierras paniegas y los rastrojos, unos hombres que tienen la color de arcilla han tumbado las mieses encima de los surcos y han afilado sus hoces vengadoras a la luz del sol. Releemos la bellísima *Elegía* en prosa, al caer la tarde: "¿Cuándo será que vuelva a nuestras sombras, robles antiguos de la Pesqueruela? ¿Cuándo será que pueda reposar a la amable sombra de los bosques que me han visto nacer? Los hombres son injustos, y la soledad es el único refugio del hombre sincero."

Los hombres son injustos ¡Y que amorosamente cantan las tórtolas en el bosque de Piedrahíta! ¡Y con que placidez platea la luna las cumbres de Peña Negra! "y tú, amable mujer –sigue

murmurando la canción–, que debías enjugar el sudor de mi frente y acercar a mis labios el agua del consuelo, ¿por qué me rechaza tu mano y tus ojos se apartan de mí?"

¿Por qué en estas horas de dolor mudo para Castilla contamos estas confidencias al risco de la Pesqueruela, a la cinta lechosa del arroyo, al silencio del torrente, a la blancura del ventisquero, a las piedras en ruinas que recubre el musgo, a la aspereza de las cumbres serranas? ¿Quiere usted decirme por qué, querido don Miguel de Unamuno?

Mundo Gráfico (27-07-1932)
El Adelanto (07-11-1931)
La Voz de Guipúzcoa (04-11-1931)
El Luchador (04-11-1931
El Sol[128] (08-07-1919)

[128] En *El Sol* su título fue «Elegía en Piedrahíta».

SILUETAS PARLAMENTARIAS

Los nuevos Diputados

Pablo Iglesias

Pablo Iglesias habló en el Congreso. El día anterior, un diputado de la mayoría, el señor Pérez Asensio, llamó *vividor* al jefe de los socialistas españoles. Era injusto el ataque; Pablo Iglesias tenía que defenderse. Y se defendió ayer tarde con energía, con serenidad, elocuentemente, pronunciando un discurso que fue oído religiosamente por toda la Cámara.

Llegué al Congreso cuando se levantaba Pablo Iglesias. El diputado socialista es alto, moreno. Sus ojos, azules, acusan una leve miopía. Su barba en punta, blanca como sus cabellos, cortados al rape, dan una grata impresión de limpieza y de pulcritud. Pablo Iglesias levanta en arco los brazos, habla con voz clara, llena y agradable, argumenta con razones sencillas y breves. No hay en su oratoria, formada de periodos cortos y bien construidos, limpios, el menor asomo de pedantería. Acusa la palabra en este hombre una inteligencia, sino [sic] muy compleja, sí muy firme y sólida. Tal vez no sabe muchas cosas Iglesias, pero las que sabe, las sabe muy bien. Romanones, Canalejas, García Prieto, oyeron con gran curiosidad a Iglesias. Al sentarse, los republicanos aplaudieron al orador.

A mí me agradó mucho y me convenció del todo su discurso.

Iglesias, antes que Jefe de un grupo, es una autoridad moral, alejada de los fáciles acomodos que da la política a los que de ella viven. Iglesias, que es un tipógrafo, recibe 36 duros mensuales de los obreros por redactar semanalmente *El Socialista*, por hacer la propaganda de sus ideales, por estar al habla y corresponderse con los prohombres del socialismo españoles y extranjeros. Y con los 36 duros sostiene modestisimamente una familia en Madrid. No fuma, no entra jamás en un establecimiento de bebidas, no se le ha visto nunca en los teatros; su vida íntima, dicen los que lo saben, que es regularísima y ejemplar. Fue una nota simpática la de ayer. Pablo Iglesias se captó la simpatía personal de sus mismos adversarios.

Este país es el pueblo de las paradojas. Molesta que Iglesias viva de su trabajo de periodista, de organizador de las masas obreras, y a nadie le parece mal que se viva de la política, que los ministros cobren cesantías, que haya diputados que tengan subvenciones de los Ayuntamientos de su distrito, que haya representantes del país sin oficio ni beneficio, que la Prensa cobre de Gobernación, que nos codeemos con empleados que no van a la oficina más que a firmar la nómina a primeros de mes. Iglesias puede hablar claro y puede alzar su voz austera en el Congreso. Pocos más puros y más íntegros que él. Puede discutirse el socialismo, pero su jefe está por encima de todo linaje de insidias personales.

Los que no estamos conformes con el sesgo que alguna vez ha dado Pablo Iglesias a su política, debemos decir que el *leader* merece más que nuestros respetos, nuestro cariño y nuestra simpatía.

Rodríguez Arias. El acta de Béjar

Se discutió el acta de Béjar. Impugnó el dictamen del Tribunal Supremo Rodrigo Soriano. Hizo el diputado radical un discurso poco ceñido a la cuestión. Su interés era atacar al señor Maura, al señor Lacierva y a los magistrados del Supremo, y habló del acta de Béjar como pudo haber

hablado de cualquier otro argumento. Se advertía claramente que Rodrigo Soriano pronunciaba un discurso de encargo y que hablaba, más que por convicción, por cumplir con un deber de disciplina parlamentaria. El señor Soriano progresa grandemente como orador. El Congreso ejercita sobre los espíritus más rebeldes, sobre las inteligencias más claras, una atracción desconsoladora. Se mascan convencionalismos por todas partes; poco a poco se habitúa el diputado al lenguaje retórico de la casa. Cuando se quiere dar en el blanco, se advierte con dolor que el blanco no existe y que es inútil gastar la pólvora en salvas. "Los republicanos –decía certeramente el señor Soriano– somos los comparsas, el coro de las mayorías y minorías dinásticas. Como no se nos oye, como desde el discurso del señor Maura están prejuzgadas las cuestiones en lo que a las actas se refiere, es inútil hablar desde estos bancos". El señor Soriano padece la obsesión del señor Maura; la obsesión es natural; el señor Maura es el más firme y entero de nuestros políticos. Pero "el jefe de conservadores –añadía Rodrigo Soriano– ha dado un pequeño golpe de Estado al Parlamento".

La apreciación es lógica. Por encima del Supremo están las Cortes del país, que fiscalizan las acciones del Gobierno en nombre de los electores. Y no pueden abandonar derechos que son del pueblo, y no pueden mermar su soberanía porque el jefe de un grupo parlamentario sustente una opinión particular.

Ciñéndose a la cuestión concreta del acta de Béjar, Rodrigo Soriano hizo apreciaciones sumamente vagas y generales. Estuvo sumamente cortés con Cipriano Rodríguez Arias. Se advertía en el diputado radical que hablaba por mero compromiso y que estaba convencido, en su fuero íntimo, de la legalidad del dictamen del Tribunal Supremo.

Cipriano Rodríguez Arias salió del paso gallardamente. Habló brevemente, y habló muy bien. Su voz, clara y llena, llegó a la tribuna de la Prensa, donde el cronista se encontraba. Se ciñó exclusivamente a la cuestión; se advertía en Rodríguez Arias que ya se iba entrenando en el ambiente del salón de sesiones, y hablaba "de la Cámara", "de mi digno adversario el señor Casanueva", de "las fuerzas republicanas que desde el año 70 no han conseguido traer a las Cortes un nuevo representante en Béjar", con el aplomo, con la serenidad, con la corrección del que no ha hecho en su vida otra cosa que defenderse y atacar en el Parlamento.

El joven diputado salmantino sorprendió agradablemente al Congreso que lo oyó con interés. Isidro Pérez Oliva, Nicolás Oliva y Clemente de Velasco, que tomaban asiento junto al orador en los escaños de la mayoría, no ocultaron la satisfacción que el discurso de su amigo y correligionario les producía. A los periodistas tan poco respetuosos por lo general con los oradores noveles, oí frases de encomio para Cipriano Rodríguez Arias. No a todas horas se lucha con un polemista tan "temible" como el señor Soriano. El señor Casanueva, que oía a su adversario desde la tribuna de la Prensa, cerca de donde yo me encontraba, no esperaba que Rodríguez Arias saliera tan gallardamente de su novatada en el Parlamento.

Yo recordaba con harta tristeza la figura del pobre Fernando S. Arjona, que hubiera sido, con el tiempo, un orador de fuerza. Y me acordaba de una intervención suya sobre Pósitos, donde advertí, a las primeras de cambio, que era un polemista que sabía atacar con vigor. Y dando rienda suelta a mis recuerdos, pensaba en el gran orador salmantino, en Julián Sánchez Ruano, que no porque esté ligada su memoria a mi familia con vínculos de sangre, deja de tener derecho a mi admiración y a mi orgullo. Quiero, deseo, que salga un político de nuestras llanuras, que hable austeramente del sentir nacional. Quiero, deseo, que de una vez para siempre liquidemos nuestras rencillas locales en bien de la provincia, que seamos todos unos y que seamos todos buenos...

El señor Ruiz Valarino ministro de Gracia y Justicia, rebatió luego las apreciaciones del señor Soriano sobre el Tribunal Supremo. Y quedó proclamado diputado por Béjar el amigo Rodríguez Arias.

Salió del salón el nuevo diputado por Béjar. Oyó felicitaciones de un corro de paisanos que se formó en los pasillos. Pérez Oliva, que parece el papá de Cipriano y de Eustaquio Ávila, no ocultaba su alegría por el triunfo de su compariente. Rafael Gasset se acercó al corrillo que formábamos, y dijo a Isidro:

– ¡Muy bien ese muchacho!

Concluyó la sesión. Los diputados comentaban los incidentes de primera hora: el discurso de Moreno Mendoza y la intervención desdichadísima de Pérez Asencio, un amigo de Canalejas. Apretones de manos, saludos, felicitaciones, caras agrias y rostros satisfechos. Salimos a la calle. Rodaban los coches galoneados y los automóviles. Respiramos a pulmón abierto la frescura del atardecer...

El Adelanto (29-06-1910)

Los nuevos diputados

Emiliano Iglesias

El joven y simpático diputado lerrouxista, de procedencia gallega, no es un desconocido para el público español. Defendió a Ferrer en el proceso de la calle Mayor. Pronunció entonces un discurso vigoroso, modelo de oratoria forense. En Barcelona, ha sido concejal radical.

Durante la ausencia de Lerroux de la capital catalana, él ha dirigido las huestes obreras, que han opuesto al sentido estrecho y exclusivista del catalanismo, la afirmación española y patriótica. Durante los sucesos de Julio, circuló en los periódicos el rumor de que Emiliano Iglesias había sido fusilado. Mas no estuvo en Montjuich. Preso en el cuartel de Atarazanas, Emiliano Iglesias purgó sus entusiasmos en la cárcel durante algunos meses. Hoy, sus sacrificios, su lealtad a Alejandro Lerroux, le han traído al Parlamento.

Es muy joven Emiliano Iglesias. Quizás no pase de los treinta años. Ha debutado con el acta de Yecla. Y ha hablado muy bien.

Su oratoria, agresiva, impetuosa, juvenil, sabe a flor fresca del campo entre las flores de trapo con que por aquí perfumamos nuestras narices.

Alma de combatiente tiene el joven diputado radical. Los ojos negros, el bigote fuerte, el cabello ensortijado, de apostura maja y desenvuelta, mejor estaría Emiliano en las barricadas que en los bancos de la minoría republicana. Yo lamento que los cañones modernos destrocen hoy las barricadas de un soplo, como montañas de papel.

Iglesias, en el 68, hubiera sido un héroe popular. Con el chambergo ladeado, la corbata roja, el rostro entre fiero y risueño, la charla animada y viva. Iglesias se llevaría de calle las muchedumbres. Enemigo de los convencionalismos, de la farsa parlamentaria. Iglesia desbarrará algún día. Espero la ocasión con ansia. Es ya hora de desmontar el tablado y tirar por la borda el mecanismo que mueve los muñecos. Sonará la campanilla del conde, pero oiremos algo sincero, humano, grande, cuando Iglesias se vaya entonando en el ambiente del Congreso.

El Adelanto (04-07-1910)

Los nuevos diputados

Álvaro de Albornoz

Hay una gran expectación en la Cámara por escuchar al joven diputado por Zaragoza.

En pocas palabras he de presentaros al diputado republicano. Albornoz, con Luis de Zulueta, representan el elemento intelectualista de la minoría. Ambos vienen a la política desde los libros. Albornoz, que ha estudiado Derecho en la Universidad de Oviedo, ejerce la abogacía con notable éxito en la capital asturiana. Se ha dado de lleno al publicismo. Las cuestiones político-religiosas le interesan profundamente. Afiliado últimamente a la política lerrouxista, Zaragoza le ha traído de representante a las Cortes españolas.

Albornoz es un elegantísimo, un formidable orador.

Melquíades Álvarez lo elogia con tristeza, viendo en él no solamente al rival, sino al vencedor seguro. Es, sin disputa, el más artístico de nuestros oradores. De Albornoz a los oradores profesionales, hay la misma diferencia que entre el oropel y el oro. Oro puro es la cultura de Albornoz, sólida, intensa, trabada, oro puro su frase elegante, limpia y bella; oro puro su modestia, su llaneza, su labor callada, que ahora tendrán la sanción merecida ante el país.

Tengo el honor de contarme entre los amigos del diputado radical. Su figurilla, agradable, pero algo serio; su bigotillo, que atusa con la diestra constante y nerviosamente; su voz clara, firme y rápida, su escepticismo sobre la misión del Parlamentó, alcázar de desilusiones y de cobardías, le dan un tono inolvidable. Albornoz, que será dentro de unos días, por común asentimiento de todos, una de nuestras primeras figuras parlamentarias, anda hoy por el Congreso como gallina en corral ajeno.

Camina con pasos largos, abiertos, por los pasillos; fuma constantemente cigarrillos; su sombrero negro, flexible, encima de su cabecita menuda, le dan la apostura de un periodista que husmea nuevas sensacionales. Tal vez se encuentra mal allí y añora con fuerza, durante estas tardes bochornosas, su paz de Oviedo, la monotonía de su bufete, la intimidad de sus libros favoritos, la tristeza de sus valles y algún "alalá" que se pierde allá, por las cañadas natales, dicho por labios campesinos, temblorosos de amor.

Albornoz es muy simpático. Acaso estima que un acta no vale la intranquilidad ni los desasosiegos que produce. Pero de tal suerte se va debilitando el pulso de este país nuestro, que hay que pasar del estudio a la vida activa y desde la oposición intelectualista a la réplica viva y a la polémica dura.

El Adelanto (22-07-1910)

Eloy Bullón

Yo no sé si el diputado por Sequeros es un lector de San Agustín o un lector de Rabelais. Por su educación mental, cristiana, parece educado por el obispo de Hipona; por su temperamento rico de sangre, bullicioso, amador de los añejos vinos y de la agradable vida, parece beber en Rabelais. Su cátedra y su acta, sobre todo su acta, le despojan un poco de la franqueza del escritor francés y de la seriedad anhelosa del obispo africano. El amador de la vida, el mozo, es diputado, y por lo tanto, un algo reservón; el catedrático, el hombre de letras, el ateneísta, concede a los negocios políticos la conveniente y adecuada ductilidad.

Eloy Bullón es alto, fuerte, sano. Sus ojos, miopes, se detienen tras unos cristales que les dan un doctoral aspecto. El tórax, robusto, acusa el vigor corporal. La frente, ancha, es la frente del comentador de los filósofos españoles.

La vida íntima de Eloy Bullón es muy sencilla. Tiene algo de cronométrica, de igual, de monótona. Su clase, su Congreso, las oposiciones de las que es juez, las comisiones de las que forma parte. Concede al César lo que es del César sin embargo. En todos los estrenos le veréis en un palco, junto al risueño Cembrano, hablando reservadamente con Isidro de un asunto del distrito. Aprovechando, que decimos los clásicos.

Eloy Bullón hará carrera. Es muy joven y en los pasillos del Congreso vive como el pez en el agua. Además, estos conservadores necesitan temperamentos académicos. Los señores ricos no suelen amar más que la quietud, y el partido conservador necesita una descarga eléctrica si no quiere perecer.

Eloy Bullón dará días de gloria a Salamanca. Laborará por la personal utilidad también. Porque estos hombres, que comprenden a San Agustín y que comprenden a Rabelais, son así, viven especulativa y prácticamente. Y Eloy subsecretario, seguirá disertando sobre Luis Vives en el Ateneo y continuará hablando de Kant con Arenillas en las reuniones trigueras.

El Adelanto (21-02-1912)

Antonio Palacios

Parece que el señor Palacios de la Puente ha conquistado el primer lugar en las elecciones senatoriales cuando mandan los liberales y un seguro puesto de minoría cuando los conservadores dirigen esta pesada carreta del poder.

Todas las cosas tienen en este mundo explicación, y no ha de escapar a la regla común el caso del señor Palacios. Digamos para trazar su retrato físico, que el señor Palacios no es un venerable senador canoso, lleno de gota, de reuma o de otra afección senatorial cualquiera, sino un buen chico guapo, ágil, contento, coloradote, pulcro, peinadito, cuya cabeza contrasta en la Cámara Alta con las respetables calvas curtidas y con los mechones de nieve.

Esta provincia nuestra tiene varios jóvenes en el Senado: Nicolás Oliva, con la cabeza un poco gris; Luis Maldonado, cuyo abdomen va engrosando tan lamentablemente como el de Isidro Oliva. El más joven es el señor Palacios, que forma pendant con Rodríguez Arias y con Ávila en las tertulias del salón de conferencias.

El señor Palacios, que ha representado en el Congreso el distrito de Ciudad Rodrigo, lleva ya unas cuantas legislaturas de abuelo de la patria.

Difícilmente sale del cuadro de la política provincial sino es para la vitalicia. Hubo primero un encontronazo con el señor Arjona al comienzo de su noviciado; luego tornaron las aguas a sus cauces, el campo de Agramante que se anunciaba trocóse en pradera de idilio deleitoso y no hay nubarrones en el horizonte que anuncien próxima y terrible tempestad. ¡Ventajas de la senaduría! La Cámara Alta es asiento de paz; los que en ella se sientan no padecen la gangrena democrática de representar directamente los anhelos populares. Se escriben menos cartas; si Montero

no fuera una momia disecable, no se sudaría nada. El consabido tubo, puesto al desgaire sobre una testa joven, es más elegante que el popular flexible o que el conocido hongo, y tan poco se lleva, que las chicas exclaman:

– ¡Mira un senador, Lola!

Porque los magistrados llevan irremisiblemente mostachos blancos, como afirma mi amigo don Fernando Fernández de Córdoba.

El señor Palacios quiere a nuestra provincia, donde está afincado, y por todas partes ha dejado huella de su actividad y de sus buenas relaciones políticas. Deber de todo cronista es recoger estas figuras. Y en estos retratos, dibujados con la torpeza mía, con mi candorosa inexperiencia del tinglado político, hubiera sido injusto prescindir de la significación personal y política del señor Palacios de la Puente.

El Adelanto (29-03-1912)

Figuras del Parlamento

Alfonso Castelao[129]

Alto, cansado, de luto, con los ojos tristes y pardos moviéndose detrás de los quevedos, el genial caricaturista gallego, flagelador de los caciques y figurones de su terruña, me cuenta alegremente, en constantes explosiones de humor, sus andanzas electorales por Pontevedra. Acompañó a su amigo, el ex director de *Galicia*, Valentín Paz Andrade, en su labor de propaganda, y al final de cuentas, él, Alfonso, salió diputado constituyente, y su amigo y colega, Valentín, se quedó sin acta. ¡Trucos de Emiliano Iglesias! Hablaron los dos amigos en todos los quioscos; dijeron a los campesinos palabras de aliento y de esperanza; soñaron para Galicia días de libertad, sin censos y sin foros, sin caciques ni curiales. Pero cuenta Castelao que don Emiliano –Don Emiliano Iglesias Ambrosio– es el mismo genio de la intriga. Cuando se celebraba el escrutinio en la ciudad del Lérez, surgió un apagón, y los señores candidatos, con los individuos de la Junta Provincial del Censo, se quedaron bonitamente a obscuras. ¡Diablo de hombre, y qué truco más imprevisto! Unos miles de votos aparecieron escamoteados; Alfonso salió diputado por las minorías, y en el puesto de Valentín surgió un señor Salgado. Y por eso está en Madrid este genial y queridísimo Castelao, separado de la hierba fresca de los campos y de los sabrosos mariscos de las rías bajas. Paz Andrade no ha dejado vivir a Salgado con sus reclamaciones ante la Comisión de Actas y Alfonso ha temido por su proclamación en las Cortes. Después del banquete que le dieron sus compañeros de Estadística, y de haber usado papel con relieve de diputado de Pontevedra, y de haberse hecho a la idea golosa de poder usufructuar en unos meses un *carnet* de libre circulación, ha temido –unos momentos– por su acta. Diputado más legitimo no cabe soñar. Alfonso es el humor celta, la inteligencia socarrona y alegre, la dialéctica vital de un pueblo que, al llorar, sonríe y al sonreír esconde una lágrima atropellada y postiza. Alfonso es todo el pueblo gallego: mostaza y miel. ¿Hablará Castelao desde los escaños? Más bien dibujará –¿qué sé yo?– los trazos de una calavera, una mandíbula, dos tibias cruzadas. Y debajo, un nombre: ¿Portela Valladares?

Teodomiro Menéndez[130]

Si Alfonso Castelao es la morriña y es la saudade, Teodomiro Menéndez, Teodomiro a secas –uno de los hombres más simpático, abierto, inteligente y bondadoso del Parlamento–, es Asturias, o mejor, Oviedo; o, mejor todavía, la calle de Uría. La calle de Uría, y Cimadevilla, y los álamos del paseo, y la aguja esbelta de la Catedral. Y las cosas espirituales de la vieja capital de los astures; su humanismo, su gracia, su alegría. Y su ternura también. Teodomiro Menéndez, Teodomiro a secas, hombre del trabajo que se ha labrado su vida en plena austeridad, nada tiene que ver con los borrachines que pasan sus horas en casa de Bango, de Ángela *la Morriña* o de Marica Uría, ni con los ociosos de las terrazas de los cafés; pero es la representación genuina del trabajador, que sabe sacar fruto al ocio y extraer de él la agilidad mental para seguir luchando con ventaja.

En Teodomiro Menéndez todo es asturiano. Su palabra es como el orvallo. Primero, cala, gotea; y después, se trueca en catarata. Suave e impetuoso a la vez, su verbo está henchido de honda

[129] Se presentó por el partido Nacionalista Gallego en las elecciones de 28 de junio de 1931 por Pontevedra, como todos los demás de quienes habla en esta semblanza.

[130] Ya fue diputado por Oviedo en 1919. En estas de 28 de junio de 1931 lo sería también.

emoción humana. Convence primero y gana el corazón después. No hay recovecos ni sombras en su conducta y en su razón. Como su paisano Prieto, Teodomiro piensa siempre en voz alta, y podrá ser alguna vez un equivocado, pero jamás un histrión.

Asturias le ha vuelto a traer de diputado ahora, con motivo de las Constituyentes. A la cabeza de la lista, en el primer lugar, ha venido Teodomiro. Antes que Ramón Pérez de Ayala, el escritor; antes que Leopoldo Alas, el catedrático; antes que Álvaro de Albornoz, el ministro. Asturias le conoce y Asturias le quiere. Podrá tener adversarios; pero no conoce enemigos. Teodomiro es el diputado nato y el mandatario natural del buen pueblo asturiano. Cuando oigo su voz, por las noches, en su cuartel natural de Regina, a la vera de ese otro buen rapaz, Amador Fernández, el silencioso organizador sonriente de los mineros de Mieres, se me antoja que he pasado el puerto de Pajares. La ciudad de Ordoño se esponja de gusto entre el verdor; la agujita de la Catedral araña un cielo plomizo y sombrío; en la tertulia de Cimadevilla, unos socarrones glosan la actualidad, y Teodomiro ríe con todas sus ganas, mientras una lluvia menuda lava las aceras de la calle.

Duelo a muerte

Lugar del combate: el Congreso. Combatientes: un buen mozo, que recuerda el gesto de su padre: Miguel Maura y Gamazo[131], impetuoso y gallardo, y un inválido, que deja sus muletas en el escaño para batirse: Ramón Franco y Bahamonde[132], el aviador. La lucha es desigual desde el primer momento. Maura ganó terreno al adversario, y el adversario se bate siempre en retirada. No se puede vivir políticamente del prestigio, del pasado. Franco colmó su hora, agotándole y dejándole sin contenido. Como no supo dominar la gloria, la gloria le dominó a él. Después de Lindbergh y su mascota, hoy que los pájaros humanos dan la vuelta al planeta en seis días, habría que renovar la hazaña, perdiéndose en el silencio hasta la hora del triunfo definitivo. El pueblo no aguanta siempre al mismo actor en las tablas con papeles distintos. Franco, de agitador, de revoltoso, de amigo de comunistas turbios y de extremistas sospechosos, Franco –gallego– predicando una República libre andaluza de opereta y candidato de Maciá con la Izquierda catalana, desciende de su trono y se convierte en un soldado de fortuna, en el momento preciso en que los soldados de fortuna dejan de ser un peligro para todos.

Así, el duelo tuvo el final desdichado que era de esperar. Maura tocaba con el florete, a cada paso, el pecho de su adversario; Franco, sin advertir que solamente en la atmósfera domina las situaciones, perdía terreno y se trocaba en el niño que niega sus travesuras cuando el papá le regaña en tono mayor. Aprenda esta lección el aviador glorioso; no la olvide nunca. Su puesto es el volante; pero no la dialéctica. El escaño rojo va a parecerle, dentro de poco, una mazmorra. El anda desplazado con su acta, que no le agrega gloria. Si quiere servir a la República, eleve los ojos hacia el azul del cielo, donde Maura no puede competir con él.

Mundo Gráfico (29-07-1931)

Figuras del Parlamento

Alomar[133]

Gabriel Alomar, el señor embajador de la República cerca del Quirinal, esto es, de Víctor Manuel, de Benito Mussolini y de las camisas negras, es un niño grande, ingenuo y mallorquín, que lleva en sus pupilas la luz de su isla y en su corazón el fuego sagrado de la primera mocedad. En Madrid vive encantado con su acta doble de diputado constituyente.

A los pasillos asiste todas las tardes, con su fiel Roselló, desde primera hora. Pregunta, inquiere, comenta, habla de arte y de humanidades, saluda a los amigos, acude a la cantina, torna al salón, sale de él, escribe una carta, apunta una ocurrencia en una cuartilla, se entrega en una onda de efusión y de cordialidad. Alomar es la pasión serena. En continuo monólogo íntimo, se abstrae muchas veces. Y en su escaño, mientras se celebra una votación, mientras se deshace un

[131] Diputado por Derecha Liberal Republicana en las elecciones de 28 de junio de 1931 por Zamora, hijo de Antonio Maura ex presidente de gobierno en distintas ocasiones.

[132] Se presentó por Izquierda Republicana de Cataluña en Barcelona obteniendo acta de diputado y por Sevilla en las mismas elecciones de 28 de junio de 1931 obteniendo acta de diputado en ambas. En esta última provincia fue sustituido por José Antonio Balbontín y Gutiérrez.

[133] Gabriel Alomar Villalonga diputado por Baleares y Barcelona en las listas de la Unión Socialista de Cataluña sustituido en las de Barcelona por Martín Esteve Guau.

discurso necio en el ambiente del Parlamento como se deslíe un terrón de azúcar en un vaso de agua, Alomar sueña sus sueños del futuro.

En las primeras horas de la noche, cuando se acaba la sesión, Alomar, con sus compañeros, los procuradores en Cortes de Mallorca, pasea por las calles de Madrid. Él mismo dirige el gratísimo paseo. El excelso escritor es, desde su mocedad, un enamorado de las calles céntricas de nuestra villa madrileña. Prefiere el trayecto de Alcalá entre el Banco de España y Sevilla, la calle del Príncipe, las rúas que desembocan y nacen en la Puerta del Sol. Se detiene ante los escaparates; el paso de las guapas mozas le arranca una expresión jovial; la luz del anochecer le embriaga y enardece. Es feliz Alomar en esta hora. Descansa caminando y arrancando sus secretos a la calle. Y en este breve ocio de su cerebro y de su corazón, el señor embajador de la República española en el Quirinal sueña con los atardeceres romanos que le esperan y con las auroras florentinas que ha de contemplar, a la vera del Arno, sobre las colinas sagradas de San Miniato.

Alomar: pasión serena, luz mediterránea. Renacimiento. En la Italia de hoy, tan desviada de la Italia eterna e inmortal que tanto amamos, el maravilloso escritor mallorquín podrá dialogar, mano a mano, con Croce, y cuando Mussolini le hable con su sequedad telefónica de recluta iluminado, Alomar sonreirá con su sonrisa de niño grande, pensando en el grato callejeo que le espera, confundido con la multitud, después de la entrevista protocolaria y estirada.

Martín del Arco[134]

Años de juventud en las aulas universitarias. Una ciudad cuyas piedras reciben el beso y el calor del sol a todas horas; un maestro que pide a los muchachos que vuelen, primero, como las águilas, por el espacio azul, para orientarse después. Un muchacho de aspecto campesino, fuerte y recio: cuello alto, corbata negra, traje obscuro, un libraco en la diestra, que recita, como quien dice una salmodia, un poema de Guerra Junqueiro o *El ama*, de Gabriel y Galán.

Martín del Arco... Los amigos –él, Federico de Onís, Paco Ruipérez, Luis Hortal– escribimos Gente Joven. Ataques a los catedráticos; versos a la primera novia, nunca olvidada. Acabamos la carrera; la vida nos separa; regañamos con el cacique y con el diputado provincial. Tornamos a vernos de cuando en cuando. Estamos un poco tristes, un poco cansados; llevamos en las entrañas el dolor de nuestra Castilla; un día soliviantamos a los campesinos contra los amos sin entrañas. Veo a Martín del Arco en una dehesa entre encinas; las sociedades de resistencia nos rodean bajo un sol de fuego; el querido amigo dice palabras de esperanza a los oprimidos. Se oyen, en el campo charro, con dulzaina, con tamboril, las notas de La Marsellesa.

Pasan muchos años. Martín del Arco es catedrático y alcalde de Guadalajara. En el feudo de Romanones organiza la protesta durante la Dictadura; sigue recitando trovas de Guerra Junqueiro, de Eugenio de Castro, de Maragall. Lucha y viene como diputado a Cortes Constituyentes.

Le veo en su escaño, un poco sorprendido de encontrarse allí. Actúa, como soldado de fila, en los escaños socialistas. Yo recuerdo sus primeros pasos en aquellos encinares salmantinos, por los cotos del señor duque de Valencia, a la casa de Fuente de San Esteban. Una tarde de sol, en que la dulzaina, el tamboril, tocaban por primera vez un himno libertador, que ha vuelto a oírse, que ya se oye a todas horas, en la paz de la llanura, sorbiendo la placidez de aquellos mares inacabables de mieses.

Mundo Gráfico (05-08-1931)

Figuras del Parlamento

Tamboril, en Santa Marta

La carretera, las lomas rojas de Babilafuente, las tierras del duque, y el Tormes, y el puente metálico, y el campanario flamante de Encinas. La calle larga de Calvarrasa. La estampa clásica de Salamanca, allá, a lo lejos, con los dos puentes, y las torres de las dos Catedrales, y los muros de la fábrica de Mirat lamiendo el río. Santa Marta. Huertas. Pañuelos verdes junto a los regatos. El molino. Y una casita blanca.

En la casita, el señorito. Cetrino, alto, delgado. Ojos negros y nobles, palabra segura y firme, ademanes de gran señor aldeano. Es el señorito Tomás «el deputao»; como viernes, llega a Santa

[134] Nacido en Cespedosa de Tormes (Salamanca), se presentó por Guadalajara en las elecciones de 28 de junio de 1931 en las listas socialistas.

Marta a descansar hasta el lunes. Libros, papeles de negocios, cartas atrasadas. Tamboril en la tarde del domingo; juego de calva y de pelota; tertulia por la noche, al aire libre; en la era cantan los mozos; una luna, lunera, platea las tierras ya segadas.

El Señorito Tomás –don Tomás Marcos Escribano, diputado a Cortes Constituyentes de la derecha liberal republicana, o del partido republicano progresista o de como se llamen las huestes devotas de don Niceto–, el señorito Tomás piensa melancólicamente en los Madriles. ¡Aquel modo de enfilar la cuestión agraria! ¡Aquellos sabios que lo traducen todo del alemán! Él, modestamente, con los pósitos, desde la Diputación, está libertando a sus convecinos de las garras de la usura; él canta siempre las cuarenta a los administradores tercos y los duquesitos y marquesitos sin entrañas; él no comprende del todo por qué el legislador llama rico al rentero que paga más de quince mil pesetas al señor, cuando, en realidad, esa renta la paga una comunidad, cuya representación ostenta un «cabecero». Así, de hecho, resulta...

El señorito Tomás no comprende del todo que se legisle para Santa Marta desde Madrid. Hay que venir a Santa Marta, ver a los pobres, convivir con ellos, amarlos, sentir sus dolores, oír, desde el poyo casero, el agudo clarín de la dulzaina y el repique del tamboril aldeano. No es que se asuste de nada el señorito Tomás; él sabe que con unas huebras, pocas, de tierra, esta gente, austera y sobria, arrancará su pan bravamente de las entrañas del terrón. ¡Pero esa política, ese Madrid; esos señoritos que saben la legislación de Rusia e ignoran las costumbres de su lugar...

¡«Ezte» Antoñito!...

Antoñito –don Antonio Jaén Morente, diputado por Córdoba–, va de acá para allá, en los pasillos, en el salón de conferencias, en el despacho de los Secretarios, en los escritorios, en la estafeta, al teléfono, siempre ocupado, siempre en movimiento, siempre de prisa. La imagen –para siempre presente en mi corazón– de Julio Romero de Torres, que sonríe, bonachón, ante los ires y venires de su paisano.

–¡«Ezte» Antoñito!

Este Antoñito es el movimiento continuo. No sigue nunca un sendero por el temor de tener que renunciar a los demás. No acaba una cosa porque otras más nuevas reclaman su atención. Antoñito es el proyecto, el anhelo, la aspiración, el dinamismo. Bueno como el pan. Trabajador cuando le peta como una fiera. Perezoso, cuando declara el paro, como un turco. Un día quiere ser catedrático de Historia en la Universidad de Sevilla. Hace las oposiciones y es catedrático, naturalmente. Pero en Sevilla siente la nostalgia de la meseta castellana y vuelve a opositar a cátedras de Instituto. A los dos meses está en Segovia. Pero junto al Acueducto descubre que hace mucho frío y torna a la Giralda, a la calle de las Sierpes, a la Plaza de San Fernando. El casino de la Amistad, de Córdoba, le atrae con su alegre patio andaluz y con sus magníficas butacas. De nuevo a la tierra natal. Decora su casita, en la calle de Juan de Mena, junto a la Plaza de Tendillas. Hace política, habla, escribe una prosa limpia y señoril.

Este Antoñito es un poco el diputado nato de los cordobeses. Lo ha sido siempre. Lo será siempre. Se desvive por los demás. Necesita desplazar en la política, en la cátedra, en el bufete, en el libro, la tremenda carga de sus sueños y de sus proyectos. Yo le recuerdo paseando por el Gran Capitán con Rafael Illescas, con Enrique Romero de Torres, con Vaquero, conmigo. Nos levanta de la terraza del café cuando estamos más a gusto. San Nicolás de Bari; una placita que huele a nardos; rumor de canciones en un patio. La luna platea la ciudad. Vamos por el Potro, por el Rastro, a la vera del río. Antoñito recita un soneto de Góngora y trama, al mismo tiempo, una conspiración contra Primo de Rivera. Romero le contempla con orgullo.

– ¡«Ezte» Antoñito!

En los pasillos

Nada en los pasillos. Semana de espera. Poco a poco se va perfilando la composición de la Cámara. Los socialistas son, en definitiva, el apoyo mejor, el más sereno y consciente de la situación republicana. Los radicales socialistas continúan siendo los buenos guerrilleros. La vieja guardia radical no quiere olvidar que tiene un programa y, sobre todo, un jefe. Ossorio, Romanones, Alba, don Melquíades, viven un poco a la expectativa. Los agrarios, sin programa definido, sin contenido espiritual alguno, todavía siguen en estas alturas con el problema de la tasa del trigo; pleito que, en realidad, interesa únicamente a los harineros.

Los catalanes se preparan para venir a Madrid de un modo un tanto teatral y aparatoso. Se empeñan en perder un pleito que tenían, por las trazas, ganado, y bien ganado. La ausencia de Madrid les perjudica notoriamente. Si ellos se desligan de la suerte de los problemas generales,

no debe sorprenderles mañana que los no catalanes se desentiendan de las incidencias de su Estatuto.

El presidente de la Generalidad es también diputado de la Nación. Su puesto está en los escaños. Venga a Madrid, corazón de España, si quiere que España le asista en Barcelona. Y venga para quedarse, para votar, para intervenir modestamente en todos nuestros pleitos.

Mundo Gráfico (12-08-1931)

Figuras el Parlamento

Suárez Picallo

Hijo de pescadores, de niño lleva la aijada, conduciendo bueyes, con rumbo a la ría. A los siete años, Suárez Picallo –ojos azules, pelambrera rubia, ademanes vivos, vehemente, listo rapaz– tiene que caminar unos cuantos kilómetros para asistir a la escuela. A los quince coge su hatillo de emigrante al hombro y embarca en Vigo para la Argentina.

Son los años románticos de Galicia, aquellos de 1909, de 1910. El regionalismo es un ensueño de poetas. Las dulces trovas de Rosalía, de Manuel Curros Enríquez, de Pondal, están en todos los labios. El emigrante, que lleva los ojos velados tristemente por las lejanías del paisaje natal, hace de todo en la urbe y en la provincia: vende dulces por la calle, machaca sobre el mostrador como mancebo de botica, llega de mozo de comedor a primer repostero en la línea de barcos del rey de la Patagonia, José Menéndez. El galleguito Suárez añora cada vez la dulce tierra lejana: La Coruña, y su calle Real, y las lindas coruñesas –elegantes y parlanchinas–, y los maizales, y el ruido de los pinos, cara al mar. De un cabo al otro de la Argentina, Suárez organiza sindicatos obreros, periódicos donde se exalta el alma de la tierra, sociedades de socorros para el emigrante. A Galicia llegan siempre buenos pesos para una escuela o para una biblioteca. En los años indignos de la Dictadura, Suárez mantiene el fuego sagrado de la rebeldía, y en cierta ocasión solemne interrumpe y desmiente a Ramiro de Maeztu desde una butaca del teatro.

Suárez Picallo, desde Buenos Aires, asiste al despertar de Galicia. ¡Bravo rapaz! El ansia de libertad, el gesto de rebeldía, el odio al cacique, ya no son anhelo de poetas, sino pretensión, exigencia de aldeanos.

Las "irmandades d'a falla"[135] han creado un malestar colectivo. La O.R.G.A.[136] trata de articular la protesta y de hacerla efectiva y eficaz. Estos hombres que se llaman Castelao, Paz Andrade, Otayo[137], Risco[138], Villar Ponte –estos hombres que hoy son diputados en las Cortes Constituyentes– formulan un Estatuto desde el Seminario de Estudios Gallegos. Suárez Picallo, en nombre de los emigrantes, viene a España para participar en su discusión. El 4 de Junio llega a Vigo; el 10 es proclamado candidato; el 28 la circunscripción de La Coruña lo trae al Parlamento.

Ahora nos dicen que Suárez Picallo se ha nacionalizado en la Argentina. Podrá ser; pero no por eso ha dejado de ser gallego. El que se nacionaliza en otra parte para ganarse la vida, sin olvidar nunca el rincón nativo, no pierde su calidad de español. Suárez Picallo, del otro lado de mar, escribiendo, discurseando, enviando pesos para su tierra y para los emigrados de Hendaya, es un trozo vivo de Galicia que vale tanto como decir un trozo vivo de España. Este problema concreto de ciudadanía doble yo lo resolvería no con discursos, sino con abrazos. Este rapaz jamás dejo de oír la música de sus pinos ni de añorar la placidez de sus rías. ¿Quién es el osado que habla de extranjeros entre nosotros?

Evocación de Palencia

Palencia, 1917… Porches de la calle Mayor, cornejales de la Catedral, ojivas de la torre de San Miguel espejándose en el Carrión… Yo vuelvo de Asturias perseguido, y maltrecho, y enfermo. La ciudad de Jorge Manrique y del rabí Don Sem Tob es un remanso para los nervios. Palencia: San Lázaro, y las estatuas orantes de los marqueses de Pozas en Santo Domingo, y las huertas, y

[135] Así en el original por *Irmandades da Fala* (Hermandades del Habla). Organización nacionalista gallega cuyos objetivos eran la defensa y el fomento de la lengua y la difusión de la cultura gallegas.

[136] Organización Republicana Gallega Autónoma (ORGA). partido político gallego de tendencia republicana y autonomista fundado en 1929 por Santiago Casares Quiroga.

[137] Error tipográfico. Se refiere a Ramón Otero Pedrayo

[138] Parece referirse a Manuel Martínez Risco, diputado por Orense por Acción Republicana.

las fuentecillas. Matías Peñalba regresa del campo donde ha vivido oculto unos cuantos días; yo regreso de Asturias, donde he permanecido en Prisiones Militares por el terrible delito de colaborar en la revista España.

Palencia, 1917. En el feudo de don Abilio Calderón y Rojo, Peñalba, con Navarro, el buen doctor, me sirve de cicerone. Peñalba es la protesta viva contra el régimen. A la ciudad de las mantas no han llegado las salpicaduras de la represión. Peñalba, con Zarzosa, con otros amigos, aguarda, esperanzado, la hora de la liberación. Cena de conspiradores en un restaurante; Eduardito Mendaro, el gobernador, está con la mosca en la oreja; Peñalba –maneras suaves, palabra castellanísima, procedimientos lentos, pero eficaces– expone el plan de ataque. Bajo los porches de la calle Mayor, cuando todos duermen, nosotros soñamos una España justa y buena.

Peñalba; tenacidad, liberalismo, ideas claras, corazón abierto y generoso. En la ciudad va sembrando sus inquietudes, poco a poco, este hombre mitad jurista, mitad labrador, pero neta y profundamente palentino, esto es, sensato y circunspecto. No pierde desde entonces su contacto con Madrid Matías Peñalba. En los años de Dictadura, César Gusano siente la emoción de la hora y pasa valientemente el Rubicón. En la tertulia circulan las hojitas anónimas. Una carta de Unamuno ocasiona el destierro a Toro del amigo Olmo y una fuerte multa a don Evasio, el ex gobernador romanonista. Matías Peñalba hace sus escapatorias a Madrid, y en la tertulia de Regina se suma con ardor a sus camaradas de Acción Republicana. Viene la República, y Peñalba va de gobernador a León. Y su provincia, los de Dueñas y los de Carrión, los de Saldaña y los de Astudillo, los de Frechilla y los de Baltanás, traen a este buen hombre a las Constituyentes.

Matías Peñalba. Palencia, 1917… siempre que veo a Matías, evoco gratamente su linda ciudad. Y no sé por qué, este diputado de Acción Republicana me recuerda también al diputado palentino de las constituyentes del 69, a don Eugenio García Ruiz, el famoso unitario que sirvió de dique, con don Julián Sánchez Ruano, al desenfreno de los apetitos localistas. Peñalba, García Ruiz… Ponderación, ecuanimidad, prudencia, en suma, o para decirlo con una palabra grata a Maciá, *seny*, palabra que tiene su traducción y hasta su sede en estos pueblos de Castilla, que no piden nunca nada y que lo dan siempre todo…

En los pasillos

Comentarios para todos los gustos en la proposición del señor Ossorio sobre los derechos individuales. El señor Galarza le sale valientemente al paso. En llorar las calamidades de Ponte, Albiñana y compañeros mártires, están de acuerdo con don Ángel hombres de ideas tan opuestas como el señor Gómez Rojí, sacerdote, y el señor Niembro, federal. Los agrarios se callan, naturalmente, muy buenas cosas. Hay una maniobra bastante clara detrás de las abogacías de don Ángel, que se destruye sin piedad en la misma tarde del martes. El monárquico sin rey, pero con hijos y con gatos, cae en el cepo, a pesar de sus halagos a derecha e izquierdas, proporcionando un éxito al presidente del Gobierno provisional de la República.

El señor García Gallego no tuvo la fortuna de recordar, en su primera intervención, ni a Muñoz Torrero ni a don Vicente Manterola, en la tarde del miércoles. El jueves se consagró la sesión al estudio de las responsabilidades, que trató magistralmente el señor Sánchez Román.

El tema Maciá, en fin, cerró las glosas de esta semana parlamentaria. Que si vino, que si fue, que si almorzó de incógnito, que si llegó sobre nosotros de improviso. La sombra de Tartarín ha cruzado unos momentos por nuestra mente. Con su plumita verde en el chambergo y su pintoresco traje de caza mayor, estamos seguros que no mata a los leones el héroe de Tarascón, y que los leones tampoco le matan a él.

Mundo Gráfico (19-08-1931)

Figuras del Parlamento

García Valdecasas

Alfonso, Alfonsito García Valdecasas –flamante Director del Timbre y diputado a Cortes por la circunscripción de Granada– es, tal vez, el Benjamín de nuestro profesorado universitario. De sus oposiciones notabilísimas a la cátedra de Derecho civil de la Universidad de Salamanca, recuerdo vagamente no sé qué filigranas de un su adversario que tenía el arte peregrino de extraer unas bolitas especiales de la manga de la americana. Y de la toma de posesión de García Valdecasas recuerdo una tarde de verano, un paseo a orillas del Tormes, la visión espléndida del paisaje de

la vega. Los oteros de los Arapiles destacaban sobre la llanura. La mancha hosca de la sierra de Gredos limitaba el horizonte pardo al Mediodía. Valdecasas hablaba con nosotros de Bolonia, de Viena, de sus viajes y de sus estudios. Parecía y parece el rubito granadino un estudiantino más. En Salamanca había quedado lleno de prestigio el apellido con el paso de su buen padre, allá en sus años mozos, profesando la misma cátedra que hoy regenta el rapaz. Valdecasas desaparecía aquella noche para el Extranjero. Sus compañeros –Pepe Valenzuela, Roces, Antón, Ramos Loscertales– quedaban prendados del profesor niño, y se hacían lenguas de su inteligencia y de su discreción.

Eran los años indignos de las Uniones Patrióticas aquellos años de la iniciación profesional de Alfonsito Valdecasas. Un buen día era expedientado y otro renunciaba su cátedra. La espuela del soldado le parecía incompatible –y lo era en realidad– con el birrete del profesor y con la toga del jurisconsulto. Valdecasas venía a Madrid, a la vera de su insigne maestro, don Felipe Sánchez Román. El Gabinete Berenguer le devolvía, meses después, a la cátedra. Y en Salamanca tornaba Alfonsito a su magisterio, henchido de emoción civil.

Ahora, la República le ha traído al Parlamento por la provincia de Granada. Al Parlamento y a la Dirección general del Timbre, donde ha descubierto dietas inconfesables, que se ha apresurado a renunciar.

En la Comisión que ha redactado el anteproyecto constitucional, Alfonsito Valdecasas ha mostrado sus calidades de jurisconsulto, formado allá en Bolonia, bajo los pórticos y a la sombra de la tumba de los glosadores, y en Granada, oyendo las sugestiones de su padre, de Fernando de los Ríos y de Agustín Viñuales. Yo espero que en estas Cortes Constituyentes la figura de Alfonsito Valdecasas sabrá destacarse con todo su relieve y con todo su vigor.

Va despacio porque va lejos, muy lejos, el mozo granadino.

Amador Fernández

Amadorín, como le llaman sus paisanos –Amador Fernández Montes, diputado socialista por la provincia de Oviedo– es un asturianico sonriente, menudo, moreno, callado... Picador minero, al lado del infortunado Manuel Llaneza, de Ramón Peña y de otros hombres beneméritos, Amadorín ha desplegado, durante muchos años, sus admirables talentos e iniciativas de organizador. En Asturias es popular y querida la figura de este hombrín ejemplar que las mata callando, que no se descompone nunca y que ha venido al mundo para templar gaitas y para limar asperezas. No os fiéis mucho de su blandura aparente; Amadorín es de roca viva. Tenaz, está siempre en lo suyo y no se desvía jamás. Él ha ofrendado, sencillamente, sin un gesto teatral, su vida, toda su vida, al servicio de los Sindicatos mineros asturianos, y en Madrid, ahora que es diputado y antes que no lo era, le veréis frecuentemente arreglando las cosas, poniendo en movimiento las ruedas lentas y gastadas del carro de la burocracia, rematando esos terribles expedientes que son el pan cotidiano de toda organización. Amadorín no se cansa. Aparece dos, tres días; pasa el puerto de Pajares, se asoma a Gijón, torna a atravesar Castilla. Y así siempre, en continuo movimiento. Del brazo del buen Llaneza le veíamos nosotros durante los años de la Dictadura, aguantando impasible, sonriente, el temporal de tormentas.

Gerente de la mina de San Vicente, propiedad del Sindicato minero, Amadorín está demostrando a la asustadiza economía burguesa que esa explotación, en manos de trabajadores inteligentes, es mejor negocio que lo fuera bajo el régimen patronal. Con un anticipo del Estado comenzó a vivir la mina, y en muy pocos años, después de levantar todas las cargas, tiene en sus cajas más de trescientas mil pesetas.

Por ahí le tenéis ahora, en los pasillos, a la vera de Teodomiro Menéndez, de Cabello, de Saborit, formalote, atento, observador y callado. No le veréis nunca descomponerse. Jamás alza la voz. Amadorín calla sus buenas cosas. Su fuerte es el trabajo continuo, el comentario ecuánime, la observación justa, el gesto imperturbable.

Ventura Gassol

Se sienta un momento, después de prometer, cerca del Avi, en el banco de esta «Esquerra» catalana donde hay alto-aragoneses, como Samblancat, y gallegos, como Ramón Franco. Frente ancha, melenas discretas de poeta civil en el Poder, boca sensual y grande, corbata de tirilla, chaqueta ancha y desahogada, maneras un poco tímidas y asustadizas. Ventura Gassol: Juegos florales en el Palau de la Música Catalana, sardanas en la plaza mayor de Vich. Suena la copla en el silencio de la tarde. Un, dos, tres...

La sardana es la dansa mes bella
de totes les danses...[139]

¡Eco querido de Maragall! San Gervasio, y el mar «blau», y la montaña, y los Pirineos. Gassol es el poeta oficial del día. Todo su ideario vive, bien clasificado, con sus ficheros respectivos, en esa testa melenuda, en esa boca tristemente sensual que ha conocido el pan amargo del destierro, siempre al lado del Avi.

Este mozo bailará mañana la sardana entre «noyes» sonrientes y macizas, un poco protocolariamente, cuando Casanova pase del todo, en el nuevo «germanor» ibérico, al santoral de la ortodoxia. Solamente ese grupo agrio y esquinado de «nosaltres sols» mirará con recelo al bailarín. Después se vestirá de «conseller» en el palacio de San Jaime. El maestro de ceremonias, con los mozos de escuadra, precederá sus pasos. Habrá Juegos florales. Gassol será nombrado maestro del gay saber. Ofrecerá una rosa de oro a la moza mejor plantada de las Ramblas, y se oirán *Los segadores*, que ya habían perdido toda su estridencia. ¡Y Gassol vaciará todos sus ficheros: cordialidad, comprensión, hecho diferencial, imperialismo castellano!

¡Ah, buenos «noys» de Cataluña! Castilla os mira –¿por qué no?– con la misma ternura paternal que a los chicos ruidosos, que arman a todas horas las más terribles e inocentes trapatiestas en la paz tranquila y ordenada del hogar. ¡Poetas y soñadores de Cataluña, amigos nuestros, hermanos nuestros: tomad ese Estatuto y que la paz sea con vosotros y con nuestro espíritu!

Mundo Gráfico (26-08-1931)

Figuras del Parlamento

Dimas Madariaga

Yo no sé dónde he visto a Dimas Madariaga antes de oír su vozarrón catedralicio y de contemplar su oronda figura de hércules de barraca en los escaños agrarios de las Constituyentes. No sé si ha sido en un compás de Sevilla, en un locutorio de Toledo o en un torno conventual de Talavera de la Reina. Por más que cavilo, no acierto a precisarlo. ¿Habrá sido en algún libro de Galdós donde he topado por vez primera con este compadre de Pantoja, con este primo carnal de doña Perfecta? ¿O ha sido en la antesala de un despacho de un Gobierno Civil en vísperas de huelga? El jefe de la provincia no se da punto de reposo; el Comité de la Casa del Pueblo aprieta con todo linaje de tornillos, los esquiroles, los amarillos, con su gesto más servil, con su media sonrisa más encantadora, con su ropa de cristianar comprada la víspera en los almacenes del Águila, han confiado a don Dimas la seráfica embajada de fastidiar a sus compañeros. Sí; ha sido en la antesala de un Gobierno civil, y en una Sacristía de Toledo, y en una novela de don Benito, donde vi por primera vez, y donde contemplé para siempre, y donde me di cata de la calidad de la ropa sacristanesca de don Dimas de Madariaga, diputado a Cortes católico-agrario monárquico-amarillo por la provincia de Toledo en las Cortes Constituyentes. El hombre, muy siglo XIX, tiene una vida tan rica y tan multiforme que se ha desplazado a nuestra novela de costumbres. Don Benito, en uno de sus viajes a Toledo, paseando tal vez por la calle de la Plata, topó con el tipo, lo llevó a su colección y por ahí anda, en los *Episodios,* adoctrinando beatas, adulando reverendos, andando pasito por las sacristías y casando abogados piadosos con niñas cloróticas los ratos que le dejan libre los albaceazgos y las testamentarías y los arreglos en víspera de huelga.

Dimas Madariaga: ropa hecha, frases hechas, discursos hechos, actitudes y gestos y muecas al dictado. Dimas Madariaga: Toledo, y el cardenal Segura, y don Mateo Múgica, y los energúmenos de Pamplona, y los miembros de la Beneficencia clerical que no beneficia a nadie, y la incomprensión del conservadurismo eclesiástico castellano que se asusta. Eso, y la servidumbre untuosa, y la hipocresía sonriente, y la insidia hecha verbo, y la mentira por como sistema a sabiendas de que es mentira.

En las Constituyentes ha fallecido ya la ética de Dimas Madariaga. Madariaga el malo, para distinguirle del otro, del bueno, de Salvador... El hombre contó el capital a Indalecio Prieto, a sabiendas de que Indalecio Prieto no tiene capital... Los que nos honramos con la amistad del ministro de Hacienda sabemos que este hombre ha puesto al descubierto ciertos defectos que no le conocían las muchedumbres; ha sido poco ecuánime; se ha revelado ante el ataque como

[139] Joan Maragall. *La Sardana,* I.

es en el fondo: un sentimental. Pero, ¡amigo del dinero Indalecio Prieto! A Madariaga le salió la paloma cuco. El hemiciclo no es un sindicato amarillo, para fortuna del hemiciclo, y a Madariaga le desnudaron la intención. Es lo que tiene de mejor vista en ropas menores el seráfico primo de doña Perfecta.

Manuel Martínez Risco

El sabio catedrático de Óptica y Acústica de nuestra Universidad Central y diputado a Cortes, de Acción Republicana por la provincia de Orense, es uno de esos prestigios sólidos de nuestra Escuela que hizo un alto en el camino de la investigación para estudiar los males de la patria y dedicarse a su cura con porfiado empeño. Manolo Martínez Risco, siempre sonriente, siempre caballero, un tanto distraído, pensaba en los problemas de su técnica profesional cuando nos inundó en una ola de memez y de servilismo la dictadura del sable y la oquedad. Martínez Risco, como Honorato de Castro, como García Valdecasas, como Giral, como tantos y tantos compañeros suyos, comenzó a vibrar de indignación. Con motivo del pretendido nombramiento de don Alfonso para doctor honorario de Madrid, después de la vergonzosa mascarada universitaria de Salamanca, Risco votaba en contra y decía su fe republicana en los pasillos del Ateneo. Su óptica y su acústica tuvieron de blanco el panorama espiritual de España y las voces aisladas que surgían del desierto de aquel entonces y se hacía soldado militante y entusiasta. A la lectura de los fascículos científicos sucedía la de los panfletos rebeldes y de las hojitas revolucionarias. Risco alentaba a los jabatos de la F.U.E., se alistaba con los amigos de Azaña en una nueva comunión política y lanzaba sus dardos contra la incultura que se apoderaba de la fuerza.

Risco salía del Ateneo cuando Soto Reguera se entronizaba en él y vagaba por las mesas del Henar soñando con el desquite.

Y el desquite llegó, y Manolo Martínez Risco es diputado por la provincia de Orense. Sus paisanos le han traído a las Cortes en una explosión de cariño y de entusiasmo. En ellas, Risco interrumpe de cuando en cuando, y dice, a todas horas, su opinión en los pasillos con el ardor del neófito más entusiasta. No pierde una sesión el querido ateneísta orensano. Y cuando vaca la Cámara, allá está él en los escritorios, preguntando a los de Allariz por las almendras y a los de Celanova por San Rosendo, añorando un poco las Burgas y el Santo Cristo, y la calle del Progreso, y aquella sorna del pueblo suyo, que él lleva tan a flor de piel, sin descomponerse nunca pero sin entregarse tampoco nunca.

Risco: ciencia, técnica maravillosa, amor a la soledad y a la investigación. Profesión de la cátedra primero en Zaragoza y luego en Madrid, cuando apenas le apunta el bozo. Después, años de fronda en el Ateneo, iniciación política, amigos de la Acción Republicana, intervención eficaz en claustros ruidosos. Hoy, el escaño rojo como deber –cinco horas de sesión, como sí fuera una hora de cátedra– y al final, como grato recreo del espíritu. Risco: bondad, inteligencia, meticulosidad, y al hablar de la tierra, arrogancia. La política le ha desplazado del laboratorio al salón de conferencias, y cuando la fiebre pase, tornará a vestir su birrete y a charlar con los muchachos de esta maravilla de una España moza y ágil, que ha surgido ante Europa, ansiosa de justicia y de libertad.

Mundo Gráfico (09-09-1931)

Figuras del Parlamento

Luis Araquistáin

Luis Araquistáin y Quevedo, subsecretario de Trabajo, diputado a Cortes Constituyentes por las provincias de Vizcaya y de Valladolid... Araquistáin: frente noble y ancha, carota redonda y llena de mozallón montañés, palabra rápida y tajante, letra menuda y clara de escritor profesional. Araquistáin: 1917, un cuartito de la calle del Prado, tertulia –al anochecer– con Luis Bilbao y con Bello, y con Echevarría, y con *Juan de la Encina*, y con Pío Baroja; tertulia en la cervecería de Álvarez. Grupo de la revista España; Mayo; mitin en la Plaza de Toros. Artículos de Domingo, de Albornoz, de Zulueta, de Álvarez del Vayo; Juntas de Defensa. En la redacción se escribe y en la calle y en la tertulia se conspira.

¡Años inolvidables de juventud! Mes de Agosto. En la revista España ya no queda más que el conserje, Nicolás. Araquistáin, después de una vuelta por Asturias, llega a Salamanca para ganar la frontera portuguesa. Bilbao, Bagaría y Corpus Barga son detenidos en Bilbao; a Marcelino

Domingo le meten en un barco y le injurian unos malnacidos; a mi me llevan esposado desde Rivadesella a Oviedo. En España ha nacido la huelga revolucionaria. Consejo de Guerra. Saborit, Anguiano, Besteiro y Largo Caballero son condenados a cadena perpetua; al impresor, Torrens, le llevan a Santoña.

Araquistáin, en su cuartito de la calle del Prado, escribe terribles alegatos contra la Monarquía y las Juntas de Defensa. Prieto, Unamuno, Villanueva, Zuazagoitia, atizan el fuego sagrado desde provincias. Invierno del 17, asamblea de parlamentarios en el Ateneo, campaña pro amnistía. España, la revista, es la conciencia y la estampa de la otra España sedienta de paz y de justicia. Los hombres, doloridos, pero esperanzados, se agrupan en torno al altavoz de la calle del Prado; Araquistáin –conciencia, sensibilidad, contemplación directa de Europa– es el encargado de escribir, semanalmente, las inquietudes de estos grupos que van creando la nueva conciencia, mientras aceleran la descomposición de la fauna política.

El día que se escriba la historia de la vida contemporánea española, nos daremos entera cuenta de que 1931 no puede producirse sin 1917. Pero 1917 fue el anhelo del grupo que pensaba y que escribía España, y el mismo fracaso del movimiento ha servido después de tónica al partido socialista. Araquistáin ganaba su acta doble y la subsecretaría, hace catorce años, en aquella casa donde vivió Joaquín Costa, herido de españolismo y de parálisis progresiva.

José María Sbert[140]

A Sbert se le puede definir sintéticamente como la momia de Maciá. Un cronista parlamentario ha escrito, por su parte, que parece el hermano menor de Luis Bello. Sbert es eso: una rayita negra. Dos gafas. Nada más.

Siete años de Dictadura, riñas, deportaciones, encarcelamientos, notas oficiosas... ¿No recordáis? El hombre hizo varias ediciones de sus desgracias con el Dictador, para quien era el estudiante perpetuo. Cárcel en Colmenar o en Navalcarnero; confinamiento en Cuenca; deportación –al lado de la familia!– en su Mallorca natal. Ires y venires. Apoteosis. Discursos bilingües. Interviús. Yo le hice una[141], y valiéndose de un reporteruelo trasto y mendaz, el hombre, tuvo la osadía de desmentirla, para que yo cayera en el lazo. Con una simple carta particular salí del apuro. Declaraciones políticas. Intentos de cacicazgo en la F.U.E. Pesca de un acta, en fin, como fuera, con la Ezquerra catalana, con la derecha vascongada o con el centro progresista.

Pero la cosa cuajó, y hete a periquito hecho fraile; es decir, a Sbert trocado en diputado. Bien es verdad que toda su ciencia política cabe en un papel de fumar. También es cierto que sus votos son cosa de circunstancias. El estudiante, jaleado por la Prensa en un momento en que parecía simbolizar una protesta, la del estudiante contra la Dictadura, iba para diputado y los escolares le servían para encaramarse en la cucaña, sentarse en un escaño al lado de Grau o de Sediles, usar papel de relieve y utilizar las ventajas de un *carnet* de libre circulación.

Porque Sbert es todo lo que usted quiera, menos joven y menos estudiante. El hombre no ha perdido ripio en estos años pasados para retratarse, para hablar, para hacer de víctima, para convertir un pleito de antipatía personal en malestar de una clase, que, como la nobilísima estudiantil, sueña en algo más que en ganar actas y en recibir saludos de ujieres y de porteros. Federal en Cataluña y... unitario en Cuenca, este hombre, que ya medía sus pasos en la Escuela de Ingenieros cuando se enfrentó con el pobre Primo de Rivera, convirtió el aula en botín y el delicioso aturdimiento de la escolaresca en andamio para encaramarse, así que las aguas revueltas tornasen a su cauce corriente.

Sbert no ha hablado todavía. Contrasta su facundia de ayer con su silencio de hoy. En realidad, es que nada tiene que decir, porque ya lo ha dicho todo el victimario de la rayita negra debajo de unas gafas.

Primitivo Santa Cecilia

Le recuerdo vagamente, cuando yo era niño, de tipógrafo, y después, con certera precisión, durante los años escolares, de contable en una tienda de libros, allá, en la Isla de la Rúa, junto a San Martín, en esa dorada Salamanca que ahora lo ha traído de diputado constituyente. Primitivo Santa Cecilia, bajito, menudo, delgado, tocado casi siempre de boina; impetuoso, tenaz y siempre

[140] Aunque por error –bien de Sánchez Rojas, bien del tipógrafo– figura José María Sbert, en realidad se refiere a Antoni Maria Sbert i Massanet.

[141] Publicada en *Crónica* el 16-02-1930 bajo el título «Hablando con Sbert» (O.C. Tomo II, página 140)

buen hombre hecho y derecho, es la flor y nata del obrerismo salamanquino. En su puesto ha estado siempre. En los años heroicos de Pablo Iglesias, él sostuvo con media docena de brazos las organizaciones obreras. En las elecciones –en todas las elecciones– se presentaba candidato Primitivo contra el candidato de tanda para obtener un buen centenar de votos de la menguada tropa de rebeldes de toda la tierra charra. En el glorioso movimiento del 17, estuvo detenido unos meses. Sus detenciones de menor cuantía apenas si se pueden contar. Pero Primitivo es hombre ecuánime, sensato, razonador, prudente. No promete nunca lo que sabe que no puede dar. Hoy, de modesto empleado en el Instituto Nacional de Previsión, en contacto con obreros y con patronos, realiza una labor silenciosa y eficaz, a la vera del buen doctor Villalobos y del exquisito aunque perezoso escritor don Fernando Íscar Peyra. Con la República, Primitivo Santa Cecilia alcanzó la vara de la Alcaldía; la honoraria recayó en ese espejo de ciudadano y de hombres que se llama don Miguel de Unamuno. En la Alcaldía fue este hombre el buen contable, el hombre meticuloso que ha sido en todas partes.

Hoy, de las organizaciones obreras locales soplan aires de fronda para Unamuno y para él. Cosas de la impaciencia, que no sabe ver con buenos ojos ascensiones justificadas, que son el fruto natural de muchos años de labor obscura y silenciosa. Todas mis simpatías están, sin embargo, con el primer diputado socialista salmantino. Él, con Unamuno y con ese valiente rapaz que se llama Marcos Escribano, uno de los hombres más destacados y completos y, desde luego, el mejor conocedor de la cuestión agraria, que se sienta en la Cámara con el grupo del señor Alcalá Zamora, representan verdaderamente en Madrid: Unamuno, las preocupaciones culturales; Marcos y Santa Cecilia el dolor del campesino, que lleva trazas de redimirse.

Mundo Gráfico (16-09-1931)

Figuras del Parlamento

Fernando Valera

Fernando Valera, oriundo de Extremadura, si no estoy equivocado, hombre que anduvo de la ceca a la meca en su mocedad, es, sin embargo, un producto de exportación valenciana y mediterránea, como la naranja, como la pirotecnia, como la novela descriptiva y como los abanicos de paisaje. Fernando Valera es un trozo de su patria valenciana de adopción. Recuerda a la vez a Vicente Wenceslao Querol y a Blasco Ibáñez, a García Sanchiz y a Faíco. Tiene un poco de todos, y la luz, el color y el aroma del Mediterráneo se le ha pegado a su palabra un poco barroca y un poco sensual. El tropo vegeta lozano en los jardines de su oratoria, y la metáfora alegre, concreta, clara y nítida, tapa los huecos del razonamiento. Pirotecnia, fuegos, regueros de luz en la noche clara, junto al mar, la oratoria de Fernando Valera es como la paleta de Sorolla, y como el abanico intelectual con que refresca Sanchiz sus ideícas-sensaciones ante las damas, y como las traducciones alemanas de Teodoro Llorente, con el fuego, y la unción, y la fe, y la entereza de un predicador al estilo de San Vicente Ferrer.

Eso es, en realidad, Fernando Valera: un San Vicente Ferrer del siglo XX, que ha leído libros de Teosofía, que ha tomado en serio el esperanto y que se ha pasado al partido radical socialista. En Valencia y en la huerta, año tras año, Fernando Valera ha hablado al campesino de los problemas espirituales de España con la unción y el fuego de un iluminado. Buena parte de la educación política de la huerta se le debe a él.

Para que las cosas les pareciesen exactas a los huertanos, Valera las hacía primero bonitas; y aquellos hombres, que tienen una sensación tan plástica de la belleza, le oían absortos y embobados. La República de Valera, como antaño la de Castelar, era tan bonita y tan gentil, que pedía a gritos el piropo y la alabanza. La paseaba del brazo por la huerta; la asomaba al «estudi» de la barraca; sabía lucirla por el campo y junto al mar azul, y Valencia, republicana y artista, sonreía. La testa enmarañada de soñador que tiene Valera se oreaba con el viento y el salitre, y la predicación era su afán diario, y la conferencia, y el discurso, y la arenga, sus medios de propaganda y de acción.

Valera ha hablado ya en el Parlamento. Eligió, sin embargo, una mala tarde; el auditorio estaba un poco fatigado después de las intervenciones de don Santiago Alba y de don Indalecio Prieto. La voz clara y sonora de Fernando Valera dominó el hemiciclo; el eco lejano de San Vicente Ferrer se dejaba escuchar en aquel local cerrado, cuando ciertas palabras han brotado solamente de los labios humanos para las plazas anchas, llenas de luz y de sol. Habló un joven y

habló un creyente. Le faltaba, sin embargo, su auditorio habitual. Acaso por eso faltó el contacto que determina la fusión del orador con su público. Sin embargo, la Cámara espera todavía la palabra de Fernando Valera. En esas filas radicales socialistas, a pesar de Pérez Madrigal y de Baeza Medina, hay sus místicos emboscados que saben de oteros y de altozanos celestiales, como Juan, el de Fontiveros, y como Teresa, la de Ávila.

César Gusano

César Gusano –diputado a Cortes Constituyentes del Partido Republicano Progresista por la provincia de Palencia– es un palentino ducho y sagaz, con sus posos y puntas de zumbón, que sintió, a su hora, la dignidad civil y que comparte con Matías Peñalba la dirección de las izquierdas en la ciudad del Carrión y de las mantas. César Gusano, abogado distinguidísimo de su ciudad, hombre de letras, y de muchas letras, alcalde de Palencia y presidente de la Diputación en los tiempos patriarcales de don Abilio Calderón, viró en redondo el 13 de Septiembre de 1923 y renunció a las posiciones conquistadas. No supo transigir un sólo momento con la Dictadura. Se proclamaba el estado de guerra bajo los porches de la calle Mayor Principal, al mismo tiempo que Gusano aceptaba y proclamaba en su espíritu la doctrina republicana. De jefe de grupo pasaba a soldado de fila; de niño mimado de los caciques se desplazaba hacia el grupo de los descontentos que no sabían soportar sin ira un estado de cosas vergonzoso y abyecto. César Gusano apartaba con asco el ronzal que querían imponerle los analfabetos de la comarca, y decía, con palabra sobria y castellanísima, su nueva fe política, tirando por la borda el presente bien colmado y el porvenir que le hubiera brindado el dictador en aquella tierra palentina que no ha sabido nunca de convulsiones ni de estridencias.

Caso ejemplar el de César Gusano en la política castellana. Elegante, insistimos, además de ejemplar. Abilio Calderón, al perder a Gusano, se hundía lamentablemente por aquellos barrizales de Grijota y de Villarramiel. En Palencia, en torno a este hombre, cobraban carne nueva los corazones de los mozos. En la tertulia del Casino, en aquel caserón de la calle de Don Sancho, ya no se murmuraba ante un presente mezquino; se soñaba con un porvenir espléndido. La Palencia cominera se trocaba en la Palencia rebelde. Los hijos de aquellos pecheros que rendían pleitesía al conde-obispo en los siglos pasados, comenzaban a sentirse libres y añoraban una nueva torre de San Miguel que les sirviera de Bastilla para hacerse fuertes.

Gusano ha sido, durante ocho años, en Palencia, la conducta y el ejemplo. Peñalba dejaba sus tiendas reformistas para construir con sus amigos de Regina el ideario de Acción Republicana; César Gusano tiraba por la borda una posición ventajosa para abrazarse a los sinsabores de una lucha insegura y desigual. Y ahí está con los amigos de ese hombre de bien que se llama don Niceto Alcalá Zamora. Republicano de porvenir más bien que de pasado, con una cultura sólida que le permite no asustarse de ningún avance razonado y prudente, es el buen sentido ponderado de su región, la ecuanimidad y la templanza de esta linda ciudad castellana, que ha vivido siempre tranquila al ruido de los batanes de sus mantas, bañada por las dulces aguas del Carrión, a los pies del otero de la ermita, que separa la huerta del páramo y el valle del terrón sediento y apelmazado.

César Gusano –inteligencia, templanza, castellanía– es de aquellos liberales, gratos a Croce, que aprovechan de los extremistas lo que puede disolverse y fundirse sin violencias en la realidad al calor de la vida y de la historia.

Mundo Gráfico, (23-09-1931)

Figuras del Parlamento

Basilio Álvarez

Basilio Álvarez figura primero en los tiempos prehistóricos de *El Debate* –un diario conciliador, transigente. Bien avenido con la educación y con la Gramática–, y después, con el desgraciado Luis Antón del Olmet, en *El Parlamentario*. ¿Quién no recuerda aquellos terribles, horrendos, mordaces zarpazos del abad gallego? Alguno de ellos alcanzó a Vitórica, el de la valla de la calle de Cedaceros; o, dicho de otro modo, con los motes que la Monarquía ponía de disfraz a ciertos apellidos, al señor conde de los Moriles, Grande de primera clase y gentilhombre de casa y boca –eso de casa y boca me ha hecho sonreír siempre–, y correveidile de la Dictadura, y chófer honorario del 13 de Septiembre de 1923. El zarpazo, que asomó tímidamente en un acto de conciliación, acabó en las gradas del Tribunal Supremo y Basilio fue desterrado de Madrid.

Basilio, organizaciones agrarias; metáforas; palabra llena de color, plástica, viva, que restalla como una fusta o que mima como una caricia femenil. Basilio es uno de los hombres más gráficos y expresivos que hayamos oído. Más que un torrente, es un salto de agua. Más que una tormenta, una caja de truenos. Más que un mundo –el mundo con su verdad fisiológica que todos llevamos dentro– un sistema planetario hecho y derecho. De tan rica como es la sensibilidad de este orensano, parece el caos. Un caos que él solo frena, y dirige, y puede domeñar, dentro de esa frente suya donde se forja el rayo, y debajo de esa pelambrera de miembro de la Convención, y de esas narices siempre al acecho, como la de los galgos de caza, y de esos labios rojos, carnosos y abultados, como los del Arcipreste de Hita, su ilustre hermano mayor.

Al Parlamento de las Constituyentes ha venido Basilio Álvarez, después de no sé cuántos años de labor eficaz y tenacísima en el agro gallego. En los bancos radicales se sienta este cura ejemplar, que tiene tantos precedentes en los anales parlamentarios del siglo XIX. Recordemos los curas doceañistas, los de las Cortes del 37 y del 52, el famoso trío del 69; Montecillo, Cuesta y Manterola, el chantre de Toledo. Pero Basilio no viene por tener sotana; lo que pasa es que nuestro primer agitador campesino viste hábitos talares. Cosa natural, si bien se mira. Aunque todo abad está muy obligado a defender los foros, diezmos y primicias, a pasear con el condesito de los contornos; a tener entrada franca en los pazos comarcanos; a defender la propiedad y a regar con vino del Riveiro los mejores pasteles de lampreas, hay que afirmar que el buen Jesús no se lo manda. Y este Basilio Álvarez, revolucionario, descubrió hace años, en Orense, que se podía creer en Dios y no votar a Bugallal. La que se armó, dura todavía; y los caciques aún quieren hacerse fuertes en la sacristía.

Ángel Galarza y Gago

Angelito Galarza: una silla de mimbres en el portal del Casino, y la graciosa fachada de los Momos en esa Zamora que oye en el silencio los timbales de nuestro romancero. Charla plácida sobre Madrid, y sus políticos, y sus gacetilleros, y sus farsantes de toda laya. Galarza nos informa a nosotros, pobres provincianos que llegamos de Salamanca a pasar unas horas en la ciudad de doña Urraca. Galarza: calle de san Andrés y de Santa Clara; fachada de la Magdalena; lluvia menuda que vela el dulce paisaje, casi lusitano, de Valorio; delicioso soconusco, con el rebojo, a las seis de la tarde. La estampa de la mocedad de Ángel Galarza y Gago, director general de Seguridad y diputado a Cortes por su provincia, va fuertemente unida en nuestros recuerdos a esa linda ciudad leonesa, y a la plaza de Malcornado, y a las "presas" sabrosísimas, y a unas mujeres deliciosas cuyos maridos habrán ascendido ya a delegados de Hacienda o a registradores de primera clase. ¡Gallardas siluetas de la Barrera y de la Parrilla, flor de la zamorana artesanía!

Después situamos a Galarza en Madrid. Leemos sus campañas municipales en *La Voz*; le oímos perorar en los escaños del Ateneo; seguimos sus prédicas revolucionarias en provincias. Más concretamente, y en los años últimos, le vemos del brazo de Miguel Maura en la Academia de Jurisprudencia y en el caserón de la calle del Prado; aparece un momento en Regina, a darle un recado a Prieto; le sabemos metido en todas las grescas para derribar la Dictadura y para derribar la Monarquía. El plácido mozalbete del casino zamorano, que nosotros hemos conocido de escolar, es un rebelde y es un descontento; sus escritos forenses están impregnados de la emoción civil que no saben disimular los buenos españoles; con un candor supino, dentro de la situación Berenguer, Galarza quiere llevar a los Tribunales unas declaraciones atroces de Martínez Anido hechas al *Heraldo de Zamora*.

Tiempos más recientes Galarza asiste al Pacto de San Sebastián. Después, en Diciembre del año pasado, Galarza y Albornoz, atados codo con codo, son conducidos a la Cárcel de Madrid en un vagón de tercera. Luego Galarza esperó en un calabozo el advenimiento de la República, y se trocaba, por este arte de birlibirloque que es el mayor encanto y la razón más fuerte que tienen las revoluciones, de acusado en acusador, y de reo de no sé cuántos delitos de sedición militar en Fiscal general de la República.

En un puesto de peligro está ahora Ángel Galarza y Gago. Aquellas gratas divagaciones, frente a las ventanas plateresca de Juan Rodríguez de Sanabria, han concluido ya. Galarza tiene de enemigos naturales los de la República naciente. Cavernícolas y señoritos extremistas, humanamente descontentos porque no han percibido el importe total de las facturas presentadas al cobro, juegan a importunarle, a desazonarle y a marcarle. No se inquieta demasiado Galarza con tales enemigos. Sobre todo, no se descomponga jamás. Con unos cuantos cocidos bien administrados se acaba con el señoritismo, ese anarcosindicalista que chilla ahora, que debiera callar y que calló vergonzantemente años atrás, cuando la propaganda era peligrosa y comprometida. Los caverní-

colas son ya más peligrosos, por su perfecta ligereza mental. De todos modos, los carros de asalto están bastante menos indicados que las mangas de riego.

Mundo Gráfico (30-09-1931)

Figuras del Parlamento

Emiliano Iglesias

Emiliano Iglesias... Años del doctorado, novia rubita y señoril, cátedras de Azcárate y de Giner de los Ríos, frecuentes visitas, con Don Rafael Salillas, a la Cárcel Modelo. Un muchacho moreno, con terribles bigotazos y gabán a rayas: Emiliano Iglesias. El defensor de Francisco Ferrer Guardia acompaña en sus visitas a la cárcel a una mujer espléndida, Soledad Villafranca. La leyenda envuelve con sus velos la magnífica figura de esta mujer aragonesa, amiga del pedagogo revolucionario, que nosotros contemplamos con notorio deleite en el tranvía.

Así, desde el año 1908, conocemos a Emiliano Iglesias Ambrosio –diputado a Cortes radical por la provincia de Pontevedra–. Al año siguiente cambiamos el saludo, un paisano de Iglesias, galleguito de pro que hubiera dado días de gloria a las letras españolas de no haber desaparecido prematuramente, Víctor Said Armesto, nos presentaba y amigaba. Luego, en el Congreso de los Diputados, durante varias legislaturas, y en Barcelona, en el Ayuntamiento, hemos seguido, paso a paso, la carrera política de Emiliano Iglesias, al lado siempre de don Alejandro Lerroux, su caudillo natural.

Emiliano Iglesias retorna hogaño a las Cortes Constituyentes con el mismo programa españolista de siempre, que nosotros combatimos antaño; pero que hogaño, por razones sentimentales que no queremos ni podemos analizar a vuela pluma, encontramos de perlas y muy puesto en razón. Después de habernos peleado mucho, hoy somos afines y correligionarios. ¿Cataluña, Castilla, Galicia, Extremadura? España simplemente; España ante todo y sobre todo; España sin reservas, ni prejuicios, ni habilidades ni tosquedades de ningún linaje. España. España sin estatutos o con estatutos; España vertiendo su espíritu en los alcores de Montserrat, en la altiplanicie castellana y en las cuencas de los ríos y en las depresiones de los valles. España sin comprensiones de hortera y sin cordialidades de aldeanucos resentidos y orgullosos.

Así, Emiliano Iglesias, el diputado más destacado de esta minoría radical donde entra de todo, como en la romana del diablo, recobra hoy la antigua senda, dando a su palabra la mayor sinceridad y combatiendo el localismo, siempre reaccionario, allí donde lo encuentra. Sus últimas intervenciones parlamentarias han sobresalido por su brío y por su honda sinceridad y hasta por su recio espíritu de combate. Acaso se ha mostrado Emiliano Iglesias un poco rebelde al gregarismo de secta y de parroquia, pero no importa. Si el partido tiene su ideario, Emiliano es un hombre que ha hecho gala del suyo personal, dirigiendo en Barcelona las huestes radicales. Recordemos los tiempos del *Cu-cut*[142] y de los motines y asonadas militares en la ciudad condal. Si cambia la letra, la música aparece inalterable. Por Barcelona –ya hemos tratado de probarlo en otra parte recientemente– no pasan años. Ahora y siempre es un poco aldeana con sus caramellas y sus besamanos episcopales y un poco cosmopolita, con sus bombas y sus sindicatos y su Paralelo infernal. Emiliano Iglesias, soldado de la vieja guardia radical, no se deja engañar de las apariencias y dice hoy su verdad acaso con más emoción y con más juventud que nunca.

Joaquín García Hidalgo

Joaquín García Hidalgo –diputado a Cortes socialista por la provincia de Córdoba– anduvo de la ceca a la meca, de destierro en destierro, durante los años de la Dictadura. No se privó de nada en los años indignos el simpático y un tanto travieso director de *Política*. No sabía callarse, allá, en el casino de su Córdoba natal, con los trogloditas indígenas, y la disputa agria era frecuentemente seguida del bofetón y del varapalo. Joaquín tiene la sangre caliente, como un buen jabato de Puente Genil, y a las pocas horas la Policía le enviaba con viento fresco a una ciudad castellana y también al otro extremo de la Península. En Salamanca le conocimos nosotros. Re-

[142] Popular revista satírica, publicada en catalán en los primeros años del siglo XX, de ideología afín a la Lliga Regionalista. El 25 de noviembre de 1905 su redacción y talleres, junto a los del diario *La Veu de Catalunya*, fueron asaltados por un grupo de oficiales del ejército español en respuesta a la publicación de una viñeta antimilitarista que consideraron injuriosa.

cordamos su excursión a Medina del Campo en busca de Vasconcellos. El coche que le conducía lo lanzó a buena distancia, y el desterrado cordobés, que no podía pasar sin su tertulia diaria con los republicanos, se hacía conducir a ella en un sillón desde el hotel. Enseguida la terraza de Novelty se llenaba de polizontes. ¡Pobres y abnegados funcionarios! El Poncio era un pobre hombre, bastante pintoresco, al que los dedos se le antojaban huéspedes. Joaquín tornó, al fin, a los bares y terrazas del Paseo del Gran Capitán, conspirando de nuevo a la sombra de la Mezquita. No estuvo muchos meses a la vera de sus paisanos. En Zaragoza tornaba yo a encontrarlo al año siguiente, camino de Gerona, a cumplir otro destierro gubernativo. No tenían ciudad más distante donde largarle.

Aquietado ya, fundaba un semanario, y después un periódico, para asustar un poco a los señoritos cordobeses que le hacían la partida diaria a Pepe Cruz Conde.

Joaquín García Hidalgo, brío juvenil, crudeza un tanto descarnada, franqueza, ardor bélico, proselitismo. Su apariencia, y su estampa, y hasta su atuendo de señorito impecable, engañan bastante al observador. Es un perezoso convencional. Rinde en un día el trabajo que otros muchos rinden en el mes; y luego, holgazán, como un gran señor turco, contempla con deleite su propio ombligo. Joaquín García Hidalgo, leader, con Francisco Azorín, del partido socialista cordobés, ostenta la representación de su tierra en los momentos más difíciles y peligrosos. El problema del campo no admite esperas; el bracero no se conforma ya con el gazpacho tradicional con que se alimentaba antaño de sol a sol en los cortijos; los grandes latifundios de los aristócratas están en litigio, y ya la Comisión de reforma agraria ha acordado las expropiaciones, sin indemnización alguna. García Hidalgo, que conserva el fuego en su corazón, tiene que frenar a diario la palabra y la pluma para contener a los hambrientos. Córdoba, que es una inmensa panera, un granero colosal del absentismo andaluz, aparece hogaño removida en sus entrañas. Joaquín García Hidalgo, desde las columnas de *Política*, anuncia virilmente el temporal y sabe capearlo con discreción. Al lado de Jaén y de Vaquero, representa la nota aguda, y harto hace con frenar ese anarquismo inconsciente, aliado con la pereza, del campesino cordobés, que en el fondo no quiere labrar tierras, sino que las labren otros, mientras él, sentado en el poyo, paladea un buen vaso de Montilla, rasgueando la guitarra, diciendo al cielo añil sus amorosos sentires.

Mundo Gráfico (07-10-1931)

Figuras del parlamento

Luis Bello

Luis Bello –diputado a Cortes del partido de Acción Republicana por Madrid– nació en el mismo pueblo claro y diáfano donde yo nací: Alba de Tormes. En ese pueblecito de recia estirpe castellana –fortaleza de los Álvarez de Toledo, solaz de Juan del Encina, remanso amoroso de Garcilaso y de Lope de Vega, destierro de Calderón, sepulcro de Teresa la fundadora–, las aguas claras de su río espejan en toda sazón un cielo claro. Y en otoño y en invierno el aire es de tal transparencia, que las cosas y sus contornos parecen de porcelana y de cristal.

De cristal y de porcelana me han parecido siempre la prosa, y la obra, y la política de este Quijote desgarbadote, seco y melenudo que se llama Luis Bello. No acierto a imaginarlo separado del paisaje de su pueblecito, de nuestro pueblecito natal. Cuanto más quiere separase de su cuna Luis Bello, más apegado me parece a ella. Y veo en el escritor, y en el político, y en el apóstol, un castellano viejo de pasión serena y contenida, que, empeñándose en no ser de parte alguna, descubre su procedencia inconfundible, ora en su estilo, ora en su conducta, ora en su esperanza en una España digna y justa, donde no exista la lepra del analfabetismo y de la miseria.

La República, que es una escuela ante todo y sobre todo, una escuela de bienestar y de justicia, ha elegido diputado a Cortes Constituyentes a este hombre ejemplar que ha sido nada más y nada menos que un escritor. Se le debía esta reparación al acabar con una Monarquía donde se contaban por los dedos los legisladores que supieran escribir. La Dictadura decretó que no bastaba mojar la pluma en el corazón y en el cerebro para tener derecho a un hogar; y el pueblo de Madrid regaló a Bello el techo donde pudiera guarecerse para numerar y llenar sus cuartillas, que son su pan cotidiano. Y en el momento de ser dueño de sus destinos, Madrid lo enviaba al Parlamento, junto a sus colegas de ese elegante grupo que se llama Acción Republicana, a vigilar la escuela que soñamos, a descansar de sus andanzas quijotiles por esos pueblos de Dios y a colaborar con Domingo, con Unamuno, con Marañón, con Ortega, en el proyecto del futuro próximo, de un pueblo que comienza a ser libre y soberano.

Luis Bello, escritor de raza, escritor de siempre, representa en la Cámara el espíritu amplio y generoso de Castilla, que, lejos de perderse para siempre, como quiere *Gaziel*, despierta ahora con nuevas señales de vida, no muy fáciles de describir para los apagaluces de la sociología regional y de la poesía de Juegos florales más o menos de «germanor».

Francisco Barnés

Francisco Barnés –diputado a Cortes radical socialista por la provincia de Ávila y vicepresidente de nuestras Cortes republicanas– es, por su atuendo, por su templanza de maneras, por su barbita gris y puntiaguda, un diputado francés que ha leído a Marx en las soledades de un Liceo de provincias. Pero no os fiéis de las apariencias. Barnés es radicalmente español, y bien español; en Ávila, durante muchos años, bajo los pórticos del Mercado, en la tertulia del café de Pepe las noches de verano, en las mismas barbas góticas de la portada catedralicia o ante los hombros románicos de San Vicente, predicó –suavemente, eso sí– la buena nueva. El buen Nicasio Velayos, desplazado hoy un tantico de sus legítimas fuentes liberales por los republicanos de aluvión, tenía siempre en el catedrático don Paco Barnés su mejor aliado. Y este don Paco, que jamás soñó en la política militante, es hoy el que manda, después de Besteiro, en nuestras Cortes Constituyentes, y este varón ejemplar que jamás se descompuso en la vida, se sienta hogaño a la vera de unos energúmenos, que se encrespan por un quítame allá esas pajas así que advierten un guiño malicioso en las filas de la vieja guardia radical.

Francisco Barnés: un despacho, siempre silencioso y a media luz, lleno de buenos libros; olorosos habanos a la mano; un sillón y las delicias de una charla confidencial y cordialísima. ¿Quién no recuerda aquella casita, viniendo de la estación, junto al Seminario? Francisco Barnés; lecturas de José Somoza al atardecer; resuena el eco de las lamentaciones del afinador y del componedor de paraguas y de platos sobre la calle enchinarrada; las campanas voltean a vísperas jubilosas y atropelladas.

Barnés: el reposo de Ávila en su espíritu de Jacobino, disimulado por el ambiente; la plática meditada y sabrosa; el paseo, al anochecer, por el claustro de Santo Tomás, mientras se van fundiendo los matices del valle de Amblés en un tono verdinegro y gris.

Barnés, discípulo de Giner de los Ríos, es de esa raza de hombres austeros y limpios, que trae a la República la ejecutoria de una vida humilde y de un estudio tenaz y silencioso. Acaso en la Cámara se aburre un poco añorando sus libros, sus zapatillas y su sillón del despacho provinciano... Pero pronto se rehace, y es capaz de estar votando toda la noche y de contemplar a los vascorromanos con el mismo interés con que un botánico clava las alas de las mariposas en sus cartones de estudio.

Emilio Palomo

Emilio Palomo no se comprende sin Marcelino Domingo, ni Marcelino Domingo sin Emilio Palomo, nuestro flamante gobernador civil y diputado a Cortes radical socialista por la provincia de Toledo. Cuando la policía de la Dictadura detiene a Marcelino, Emilio prepara el maletín para la Modelo; cuando Palomo desaparece, se ha perdido la huella de Domingo en la simpática pensión de la Plaza de Bilbao. Estos dos cuerpos tienen una sola alma, y las dos vigilancias un sólo y seguro rastro policíaco. Caso de mayor compenetración entre dos luchadores no se conoció jamás, y en la misma hora del triunfo, si Marcelino es el obispo –vamos al decir– de todos los maestros, hasta de los opositores del 28, para desgracia suya, Emilio Palomo y Aguado es el general de los alcaldes y su dominio se extiende desde los jardines de Aranjuez hasta los pardos encinares de El Escorial.

Palomo: juventud, resistencia a prueba, romanticismo, fe plena en el triunfo de la República. Cuando hablábamos con él en los días aciagos, acababa por convencernos de que la gorda estallaba seguramente al anochecer; de los mismos optimismos participaba ese niño grande, para fortuna suya, que es el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes. Lo de menos era que conspirasen en el despacho de la pensión, en Santa Cruz de la Zarza o detrás de las rejas de la celda; lo interesante, y lo «pedagógico» estaba tentado a escribir, es que acertaron. No siempre los cucos van a cantar victoria; los románticos se permiten ese lujo alguna vez.

Por inteligente, por romántico, por republicano abnegado y a prueba de pruebas, ostenta hoy su fajín Emilio Palomo. ¡La República se lo conserve todo el tiempo que necesite de él!

Mundo Gráfico (14-10-1931)

Figuras del Parlamento

Isidoro Vergara

Isidoro Vergara y Castrillón, diputado constituyente de Acción Republicana por la provincia de Valladolid, flamante subsecretario de Hacienda y perenne contador del Ateneo de Madrid, es un hombre que se ha labrado por sí mismo la propia senda. Desde los primeros pasos le conocemos y estimamos nosotros. Es modesto, y es inteligente, es tenaz, y es laborioso. Nunca se ha propuesto llegar a parte alguna, y, por eso, ha llegado a la meta. Camina siempre despacio, porque va siempre lejos. Sereno y sonriente, no se atosiga nunca. Sabe lo que quiere y sabe dónde puede lograrlo. En este mundo de arrivistas no ha sentido impaciencias, y en este pueblo de logreros, él ha ido ascendiendo, por pasos naturales: el Negociado, el Ateneo, la Cárcel, el Ministerio y a las Cortes.

Castellano por los cuatro costados, Isidoro Vergara es franco, y noble, y decidido, y enterado. En la Dictadura se lo jugó todo; después de la Dictadura, fue uno de los más firmes y eficaces auxiliares del Comité revolucionario. Al triunfar la República, en la noche del 14 de abril, al revisar la lista de los valores nuevos, Isidoro Vergara figuraba, naturalmente, a la cabecera de la lista. No ha cambiado de atuendo, ni de sonrisa, ni de manera de ser, el señor subsecretario. Sigue con su vermouth del «Lyon d'Or» y con su tertulia de «Regina». Usa los mismos trajes que antes y frecuenta las amistades antiguas, que sirven al espíritu de reposo y de solaz. Y Vergara es el mismo Vergarita, amigo de los libros, estudioso, competentísimo, que ha sido siempre y que será siempre.

Vergara es representante de aquella mocedad vallisoletana de hace veinte años que ganaba cátedras e imponía su talento en todas partes. Le recordamos con Andrés Torre-Ruiz, el actual rector vallisoletano; y con Paco Antón, el arqueólogo zamorano; y con Narciso Alonso Cortés, el erudito más formidable de la meseta. Ellos sostenían en el Campo Grande, y en la pecera del Círculo de la calle de Santiago, el espíritu liberal del pueblo de Muro, cuando Alba, aliado con Stampa, tenía los votos, y Oscar Pérez Solís, del brazo de Calillo y de Garrote, contaba efectivamente con las masas.

Más de una vez, al cobijo de la torre de la Antigua, tan armoniosamente elegante, Vergarita soñaba su sueño de una España liberal y justa. Hoy lo vive, con la paz de conciencia del que siempre ha cumplido con su deber, sin una claudicación vergonzosa y sin un desmayo de hombre flojo y pusilánime.

Filiberto Villalobos

En estos tiempos de las deserciones amistosas y de los olvidos imprevistos, Villalobos sigue tan fiel a la política y a la persona de don Melquíades Álvarez como en los tiempos en que el orador asturiano era presidente del Congreso y repartía Gobiernos civiles y sinecuras y prebendas de toda suerte a sus amigos y devotos. El doctor salmantino es un caso único de fidelidad a toda prueba en la política española. Hoy que Royo se ha olvidado de su albismo y que don Abilio Calderón ha perdido la costumbre de sentarse al lado del señor Sánchez Guerra, el ejemplo de Filiberto Villalobos es conmovedor y digno de la mayor alabanza.

Filiberto Villalobos, diputado constituyente del partido republicano democrático por la provincia de Salamanca, republicano de siempre, fue en la dorada Salamanca y en toda la charrería, el sostenedor del espíritu liberal y el apóstol de las medidas agrarias que con toda urgencia venían reclamando los campesinos. Paño de lágrimas de los colonos explotados y de los braceros hambrientos, el fiel amigo del insigne tribuno parlamentario ha realizado años y años, en la Caja de Previsión Social, al frente de su clínica, una obra de apostolado y de liberación del labriego. ¡Lo que rueda el mundo! Ahora tratan de desplazarle unos hombres que no se curan de otra cosa sino de entroncar con herederas ricas, de mejor o de peor estampa, y de sostener sus posiciones ultraconservadoras y reaccionarias sobre la usura, el pacto de retro y la retórica gárrula y sin contenido. Ha tenido que venir la República para que se dé esta paradoja en Salamanca... y en muchos otros pueblos. Cuando Villalobos, con timidez, y Marcos Escribano, con toda franqueza, despliegan una bandera frente al absentista que se lleva todo el grano de las paneras de la tierra para consumo de sus deportes los explotados parecen desdeñarles por unos papanatas, mezcla de señoritos y de seminaristas, que juegan en Madrid y en la provincia el doble juego de la simulación y del engaño.

Villalobos, la Julieta del ex reformismo español, contempla, un poco ausente, el espectáculo. Y bajo los porches de la Plaza Mayor de su ciudad, y frente a los graneros de Monterrey, cuando

se retira a su casa, piensa que la lealtad es la mejor de las virtudes, y la farsa la convención que más presta y fácilmente se descubre.

Isaac Abeytúa

¿No habéis leído, por ventura, los artículos de Isaac Abeytúa, diputado a Cortes Constituyentes del partido radical socialista por la provincia de Logroño? ¿Conocéis páginas más densas, mejor informadas, mejor escritas, en nuestra Prensa española? ¿No da la sensación el gran periodista riojano de que conoce muy bien los problemas políticos de Europa y está en mejores condiciones que otros muchos de orientarse en los de España?

Nosotros recordamos con deleite la actuación periodística de Isaac Abeytúa durante la Dictadura; dirigía ese simpático diario republicano de San Sebastián que se llama *La Voz de Guipúzcoa*: sus informaciones –ágiles, rápidas, nerviosas– eran de las más buscadas y solicitadas. Abeytúa tenía el don de los títulos llamativos y sensacionales. No se le escapaba ningún matiz de las torpezas o botaratadas del gobernante. Y no se limitaba a escribir Abeytúa: en el «topo» marchaba a Hendaya a ver a Unamuno y a los emigrados, con los que vivía en relación constante y cordial. Era el mejor y más seguro propagandista de las hojas clandestinas y los folletos revolucionarios. Después, en el rincón de un café del Boulevard, sabía repartirlos y difundirlos inteligentemente.

Abeytúa: trabajo tenaz y continuo, pluma ágil y despierta, documentación sólida y veraz, copiosa información de cuanto acaece en los Gabinetes y en las Cámaras de Europa. Espíritu universitario diluido en el menester periodístico, prosa elegante y sencilla, atisbos psicológicos nada comunes en nuestras hojas periódicas. Ayer, en *La Voz de Guipúzcoa* y hoy en *El Liberal*, de Madrid, el diputado a Cortes radical socialista de la provincia de Logroño realiza una labor de pedagogía política, útil para las democracias nuevas y jóvenes que despiertan a la vida política en el momento actual de España.

En estas Cortes Constituyentes, donde hay dos o tres docenas de periodistas profesionales, encaja maravillosamente Abeytúa, que es uno de los mejores cronistas políticos de la Prensa española.

Mundo Gráfico (21-10-1931)
El Adelanto[143] (27-10-1931)

Figuras del Parlamento

Nicasio Velayos

Nicasio Velayos ha sido durante treinta años el único liberal de la ciudad de los santos y de los cantos. En Ávila, fortaleza de la fe y casi siempre de la intransigencia y del fanatismo; dentro de aquellas murallas, y de aquellos cubos, y de aquellos fosos, donde la Catedral es la fortaleza que defiende mejor la simetría de los muros; donde San Pedro Arbués, con su alma de acero puede más que Teresa con su espíritu de niña grande, Nicasio Velayos –el abogado de la Plaza del Mercado– dio siempre la batalla al clericalismo. Hizo más: organizó las huestes liberales, adelantó el entusiasmo de los afines, despertó en la quietud de la provincia, desde Arenas hasta Arévalo y desde Cebreros hasta Piedrahíta, la protesta de los rebeldes contra los Amat, los Silvela y los Ortuño, que se repartían el botín político como partija heredada de testamento paternal. En 1917, con ocasión de la gloriosa huelga revolucionaria, la voz de Velayos se dejó oír en el Parlamento, protestando de las bárbaras represalias locales. En la Dictadura, estuvo dignamente en su puesto. Con Berenguer, y desde su diario, ayudó con toda franqueza al advenimiento de la República. Y cuando el nuevo estado de cosas le daba derecho a una dirección moral y material de la política de izquierdas, los neófitos de Abril ponen reparos a su partida de bautismo y a los actos de su gestión durante treinta años.

Pero Ávila supo a qué atenerse, y como diputado por su ciudad ha venido a estas Cortes Nicasio Velayos. De su historia cabe esperar bastante más que de unos Comités improvisados, refugio de incautos y de cucos, que no saben que solo puede servir lealmente a la República quien no dio su brazo a torcer. Nicasio Velayos, cuyo bufete, cuya pluma, cuyo periódico fueron siempre estímulo y acicate de rebelión y de protesta. Cuando las huestes locales republicanas vayan selec-

[143] *El Adelanto* únicamente reproduce las semblanzas de Isaac Abeytúa y Filiberto Villalobos.

cionándose un poco, siendo un poco más transigentes con las fechas y algo menos con la Dictadura, Nicasio Velayos será para todos el abulense ejemplar que tiró la primera piedra en aquel lago de quietud y de inercia. Yo no comprendo la historia del liberalismo de esta provincia sin ese periódico valiente y decidido que se llama *La Voz del Pueblo*.

Pedro Sáinz Rodríguez

Si el diputado agrario, católico, o lo que sea, por la provincia de Santander, don Pedro Sáinz Rodríguez, ex asambleísta de la Dictadura, ex candidato al Ministerio de Instrucción, ex candidato berenguerista por Jaca y ex candidato centrista por la misma ciudad oscense, no tuviera la pretensión de que los que vivimos de la pluma estamos en la obligación de rendirle vasallaje y de compararle con don Marcelino a cada paso, yo no tendría reparo alguno en declarar que el señor Sáinz Rodríguez es uno de los diputados más cultos y avisados de nuestras Cortes Constituyentes. Pero el señor Sáinz Rodríguez, desde aquel banquete del Palace que costó el confinamiento en un castillo a un general de triste recordación, es un joven casi cuarentón que no tiene más que pasado. Por emprender carreras sin aliento y a gran velocidad, se ha quedado quieto y bien quieto en el camino. Nadie se pregunta lo que será, sino lo que pudo ser. La impaciencia ha sido siempre la musa inspiradora del señor Sáinz Rodríguez, que no ha querido darse nunca cata de que el talento, cuando como el suyo es de alta calidad, vence siempre que tiene que vencer, a su hora y en sazón, ni antes ni después de granar y de fructificar del todo

Así, este hombre que ha escrito un buen libro sobre nuestros místicos; que habla bien; que ha inspirado empresas literarias y editoriales; que goza de la amistad y del favor de todos los escritores, en la misma hora en que el entendimiento comienza a tasarse más que la habilidad, apenas si se llama Pedro y apenas si es diputado constituyente. Si sus amigos de antes se llamaban Ossorio, Marañón, Ayala, Ortega, Unamuno, hoy se llaman Beunza, Pildain, Gómez Roji, Estébanez [sic] o Madariaga (don Dimas). Si sus protestas de antaño se comentaban y alababan en los centros literarios, sus hojitas de hogaño fue el pan espiritual de los seráficos trogloditas de Castilla y de los no menos seráficos trogloditas de Navarra o de Guipúzcoa. No es que crea en esto más que en aquello; es que no ve nunca claro el distinguido catedrático de la Universidad Central cuando quiere fijar su posición ante los problemas políticos que se va planteando España.

Por eso no es extraño que no sepamos lo que es todavía.

Juan Simeón Vidarte

Si el señor Sáinz Rodríguez se ha parado en seco, don Juan Simeón Vidarte, diputado a Cortes socialista por Badajoz y secretario de las Cortes Constituyentes de la República Española, no ha cesado ni cesa de correr. En cuatro o cinco años –y no creo que llegue a los treinta– ha saltado a la mesa de la Cámara, precisamente porque no se lo ha propuesto. Organizador de juventudes socialistas, hombre de talento y de palabra, impetuoso, cordial y siempre juvenil, el secretario mozo de la Cámara, señor Vidarte, ha tomado la política en serio, y, naturalmente, la política le ha tomado a él. Su misma acta no es donación graciosa del partido en que milita, sino justo premio de sus paisanos por su labor. El señor Vidarte, oriundo de Llerena, en la Baja Extremadura, venía cultivando el huertecillo natal, porque en él es siempre más linda la flor y el fruto más sabroso, y hoy representa, con plena autoridad, su propia tierra, tan agitada, dentro del credo que ha mantenido tan fervorosamente.

Juan Simeón Vidarte, que debutó en el Parlamento con un discurso lleno de optimismo, pidiendo el acceso a las urnas de todos los muchachos que hubieran cumplido veintiún años, sin percatarse de que los mozalbetes que hoy no llegan a diez y ocho también colaboraron en el advenimiento de la República, pertenece a ese grupo de extremeños avisados, que llegan a la Corte sin demasiadas pretensiones, para ganar así mejor las escalas del renombre y del bienestar. El secretario de la Cámara está pasando, sin embargo, por la más dura prueba. Verdad es que se luce recontando sufragios en las votaciones, leyendo enmiendas y destacando su cuerpo serrano en la tribuna secretarial; pero la tarea de repartir papeletas de invitación para asistir a las sesiones no se resuelve del todo con una sonrisa o con un gesto más o menos dramático de un olvido explicable en un mozo con tanta ocupación urgente. Las señoras, sobre todo las guapas, no entienden tanta sutileza. El perfecto secretario del Parlamento debe olvidar un poco la rigidez por la galantería, y el compromiso del correligionario por la sonrisa de la bella.

Mundo Gráfico (28-10-1931)

Figuras del Parlamento

Manuel Portela Valladares

Don Manuel Portela Valladares, diputado a Cortes por Lugo, fue unas horas ministro del último Gabinete constitucional de la Monarquía española. ¿No recordáis? Pórtela es el inspirador de ese magnífico periódico de Vigo, *El Pueblo Gallego*, que recoge todos los alientos y palpitaciones de libertad y de autonomía de la sufrida y bellísima región gallega. Gracias al dinero de Pórtela Valladares y al talento de sus colaboradores –Fernández Matos, Otero Pedrayo, Castelao, Villar Ponte y otros– Galicia ha creado su plena conciencia política durante estos últimos años. El ex gobernador de Barcelona, dirigiendo esa obra de cultura y de liberación, sufrió sin estruendos ni alharacas las más rudas persecuciones de la Dictadura.

Y ese, y no otro, es el punto de toque para juzgar la vida pública de nuestros gobernantes y parlamentarios. Portela Valladares merece este juicio elogioso que un cronista independiente escribe sin ningún linaje de regateos. La obra de Portela, que nacía precisamente al mismo tiempo que aquel Directorio militar de la primera etapa de tiranía, se ha desparramado ya por las ciudades, villas y aldeas de Galicia, siendo el lazo espiritual que une a todos los buenos gallegos y el hogar de todos los pensadores y soñadores de la tierra de Pondal y de Rosalía de Castro.

Luis Recasens Siches

Luisito Recasens Siches, diputado a Cortes del grupo al Servicio de la República por la provincia de Lugo y Director general de Administración hasta hace unos días, es uno de nuestros profesores universitarios más jóvenes y más ilustres. En Santiago y en Salamanca, antes, y hoy en Valladolid, profesa con grave y graciosa competencia la cátedra de Derecho natural, antes nidal de búhos y de lechuzas, que tenían miedo a la luz, y hoy con Recasens, Ramos Sobrino, Luna Pérez y otros, plantel de modernos y enterados jurisconsultos. Este buen muchacho de Recasens, formado en Alemania y discípulo en Madrid del insigne Ortega y Gasset, siempre con su cartera y sus libros debajo del brazo, tomando apuntes en la Biblioteca del Ateneo o interviniendo en los debates de la Academia de Jurisprudencia, sintió, naturalmente, las preocupaciones de la política española, y al lado de los señores Maura y Alcalá Zamora formuló el ideario de la Derecha liberal republicana. El triunfo de la República le llevó a una de las Direcciones generales más laboriosas y comprometidas, y en ella ha dejado la estela de su talento y de su rectitud.

Deseamos, sin embargo, que se reintegre pronto a su cátedra el señor Recasens Siches, precisamente porque es un catedrático insustituible y precisamente porque uno de los más urgentes menesteres de una prudente política republicana estriba en ir formando espiritualmente generaciones nuevas que incorporen a su patrimonio doctrinal las inquietudes y las angustias del momento que estamos viviendo todos. Cuando las Cortes Constituyentes se disuelvan y con la elección de Presidente de la República empiece para España una etapa fecunda de normalidad política, los catedráticos tienen su puesto natural en el aula, de la cual no se deserta más que en momentos excepcionales. Recasens Siches, desde la Universidad, puede prestar a la República servicios tan relevantes como en el Parlamento y en los altos puestos de la Administración.

Cándido Casanueva y Grijón[144]

Este diputado a Cortes agrario por la provincia de Salamanca, notario de Madrid y antiguo inspirador de *El Imparcial*, es un excelente y probo funcionario que ha ganado todas sus oposiciones con el número uno, que recuerda todavía todos los latines del Digesto y de las Pandectas, que ha sentido desde su niñez el prurito de formar parte de todas las mayorías que en el Parlamento español han sido. Hombre más constante que Casanueva y Grijón no se ha conocido nunca en nuestra política. Hasta que no ha llegado la República él se ha sentado durante una legislatura, y ha pretendido sentarse durante otras tres o cuatro, detrás del banco azul. Morigerado, prudente, ecuánime, amigo del orden, y de la Ley hipotecaria, y de los impuestos del Timbre, siempre se acomodaba a lo existente con una perfecta regularidad, opinando como el Presidente del Consejo y como el Director de la Guardia civil.

Ahora, sin embargo, se muestra un poco belicoso el señor Casanueva, aunque reduce su ofensiva al coto provinciano, ya que el Parlamento para él ha sido de siempre grato paraje de silencio

[144] Así en el original, por *Gorjón*

y de reposo. Este agrario, que siente como propietario neófito y de último cuño las convulsiones que pueden derivarse de la proyectada reforma agraria, se ha salido de sus casillas, atacando al Gobierno, después de pedir el voto a sus electores en nombre de la República y de la Libertad. Lamentamos que los agrarios hayan desertado de su puesto, porque nos privan del gusto de oír al señor Casanueva, número uno de todas las oposiciones en que ha intervenido. Con el señor Gil Robles y con el señor Casanueva tornaríamos a recordar, gozándolos, aquellos apuntes seráficos de nuestra mocedad estudiantil. Y así, por una paradoja singular, al mascullar ellos la hora de la juventud, soñaríamos nosotros, desde la tribuna, con la reja que nos libertaba de aquellas citas indigestas y de aquellos profesores que se incomodaban con Rousseau, Voltaire, Lombroso, Dorado Montero y otros sofistas y librepensadores.

Mundo Gráfico (04-11-1931)

Figuras del Parlamento

Gabriel Franco y López

Gabriel Franco y López, o simplemente Franquito, como le llamamos los que tenemos la fortuna de ser sus amigos, es diputado a Cortes Constituyentes de Acción Republicana por la provincia de León. Ex director del Banco Exterior de España, catedrático de economía Política y de Hacienda Pública de la Universidad de Salamanca, jurista de pro y muchacho simpático y elegante si los hay es, además del Brummel[145] del partido que dirige Azaña, uno de sus valores más positivos y notorios. En la cátedra del Ateneo, debatiendo un tema de finanzas, ganó en buena lid la dirección del Banco que ha dimitido ahora. En el ejercicio diario de su profesión ha sobresalido siempre como hombre ponderado y muy sabedor de los fenómenos económicos de Europa. En el Parlamento se ha revelado ya como orador de fácil y elegante palabra y de razonamientos sólidos y claros. Discípulo de Flores de Lemus, compañero del actual director del Timbre don Agustín Viñuales, Franquito, es uno de los muchachos más inteligentes y elegantes de nuestro mundo universitario.

Tiene otras calidades Franquito que yo disto mucho de tomar a broma; por ejemplo, baila muy bien, seguramente mejor que Azaña y que Honorato de Castro. Tiene, además, gran partido entre las damas y damiselas el insigne astorgano, paisano del general Santocildes y del yerno de Montero Ríos. Como amigo y como profesor, es, además, harto comprensivo y tolerante. Franquito, en una palabra, es una joya...

Y así, en la flor de la mocedad, consume su tiempo divagando con los números, bailando con las bellas y examinando a los chicos. ¡Pocas existencias más ocupadas que la suya! Franquito glosa su existencia con una perenne sonrisa, no se sabe bien si escéptica o pesimista, con la que se ayuda para seguir caminando por esa senda suya, llena siempre de flores olorosas y frescas. Franquito es uno de los ministros de Hacienda que se dibujan en lontananza, con un no muy remoto gabinete republicano. Por primera vez, el amo de los cuartos no será un ogro, ni tendrá el gesto avinagrado, ni dirá cosas bruscas, como don Indalecio, cuando se aburra o trabaje demasiado; danzará un *fox trot* y dirá un bello madrigal al oído de la hermosa que le sirva de pareja…

Francisco Estébanez Rodríguez

Este caballero, diputado agrario, católico, pecuario y otras muchas cosas, por la provincia de Burgos, ha sido nada menos que camarero secreto del arzobispo de Burgos, cardenal Belloch, y su colero mayor o paje de respeto. Todavía circulan por la ciudad del Arlanzón fotografías graciosísimas en las que se exhibe nuestro hombre con un tricornio y con un espadín a la vera del purpurado, iniciando toda suerte de zalemas y de reverencias. Su biografía cabe en un papel de fumar. En el Seminario estudió el *musa, musae*, la Historia de España hasta los Reyes Católicos y las cuatro reglas con el binomio de Newton y la teoría de los graves. Después ahorcó los hábitos para matrimoniar, como el héroe de *La Puchera*. Luego ha andado en la garambaina esa de los Sindicatos para comprar los abonos y los granos a buen precio. Enseguida adquirió las acciones de un periodiquito de bien para administrar la información de las cosas santas a las personas

[145] George Brummell (1778 – 1840), dandy británico, prototipo de persona con estilo y buena apariencia.

honestas y de patrimonio de la urbe de los condes. Figura pintoresca por los cuatro costados, el señor Estébanez, nieto a lo que parece del famoso don Nicolás, ministro de la Guerra de la primera República Española, ha sido siempre, allá en los casinos del Espolón y de la Unión, la nota regocijante y amena de los socios. Ejerció la abogacía a la muerte del cardenal Benlloch, que había dejado en la ciudad una grata estela de costumbres principescas y renacentistas, que borró bien pronto su inmediato sucesor, el doctor Segura. Recientemente, con la ayuda de los fondos de *El Castellano*, su organillo, y de los agrarios carcas de Belorado y de Salas, presentó su candidatura para diputado constituyente, y en el banco de los agrarios está el buen Estébanez, oyendo las sesudas sentencias de Gil Robles, otro paje arzobispal, y de Casanueva, futuro notario eclesiástico, aunque en la actualidad solo ejerza jurisdicción en la fe pública civil.

Estébanez se ha destapado en el Parlamento como orador. Si hemos de creerle, él es el depositario único de la buena doctrina. A él no le importan burlas, porque sabe perfectamente que se halla en posesión de la verdad. Impermeable a la ironía y a la sonrisa, el diputado agrario burgalés será enjuiciado definitivamente el día del Juicio Final, cuando su abuelo surja de la tumba, se encare con él y le envíe a hacer gárgaras, con aquel gracioso repertorio que también fue patrimonio de don Nicolás María Rivero, en las Constituyentes del 69, y del marqués de Vega Armijo, en tiempos más recientes que han llegado hasta nosotros.

Miguel de Unamuno y Jugo

Don Miguel de Unamuno y Jugo, diputado a Cortes unamunista y miguelista por la provincia de Salamanca, no cabe en los estrechos límites de una semblanza. Habría que escribir todo un tratado especial, o mejor aún, una enciclopedia, ampliada y renovada continuamente, para agotar todos los matices y todos los tonos de su riquísima y compleja personalidad. Si lo hacemos aquí en estos momentos es ante el temor de que habiendo renunciado a su acta por el pleito de las incompatibilidades, no tornemos a oír su voz, henchida de toda suerte de emociones y de pensamientos en el recinto de la Cámara. Unamuno no es un partido, como el mismo ha dicho; es un entero. Las discusiones que tiene son íntimas, con su propio espíritu, y como Job, lucha hasta que raya el alba con su propia inquietud. Además, don Miguel no representa a Salamanca, con ser el representante más glorioso y el jefe natural de su Escuela: representa a España. Y es de temer que si él marcha del Parlamento quede muda la voz que dice el sentir de los españoles.

Unamuno ha contribuido como el que más a este nuevo estado de cosas. Ha sido el padre del régimen actual. Supo trocar su incompatibilidad personal con el jefe del Estado en un malestar colectivo, y la República es hija de sus desposorios con el sacrificio y con la violencia. El ilustre desterrado de Hendaya fue, durante la Dictadura, la conciencia de España. Ahora, en estos momentos, su España es una nueva ciudad de Dios, que no resiste preocupaciones aldeanas, ni recelos porque es toda ella sementera de ideales nuevos. Saludemos a don Miguel ante el temor de que abandone el Parlamento por el Rectorado. Es lo mismo: donde él esté, estará siempre la cabecera.

Mundo Gráfico (11-11-1931)

Figuras del Parlamento

Luis de Zulueta

Luis de Zulueta y Escolano, diputado a Cortes por la provincia de Badajoz... Luis de Zulueta; años de 1907, de 1908. Zulueta se licencia en Filosofía y Letras en la Universidad de Salamanca. Es un chico modesto y agradable; acaba de llegar de Berlín; escribe en *La Publicidad*, de Barcelona. Luis de Zulueta; paseo con Unamuno, y con Federico de Onís, y con Martín del Arco, por las orillas del Tormes.

Tardes de Mayo en La Flecha, en la quinta agustiniana, dialogando como Sabino y como Marcelo, a la puesta del sol, sobre los nombres del Cristo:

¡Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por do han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Luis de Zulueta: excursión a Ledesma, una tarde de Junio, víspera de licenciarnos. Luis es un metafísico; su oración es una densa plegaria civil. Su patria es su iglesia. Y su ideal, su religión. Conversa y dialoga con Unamuno, con Dorado Montero. Pasan unos años. Luis es diputado por Barcelona. Su firma comienza a hacerse familiar y prestigiosa. Casa con una dama salmantina. Se consagra a la política con ardor. Da conferencias. Es catedrático en la Escuela Superior del Magisterio. Siempre que nos vemos recordamos la dorada ciudad de los años mozos. Zulueta va siendo el político, el constructor. Es el hombre puro de siempre, casuístico y sutil, que no se deja llevar de las apariencias y que penetra en la entraña de las cosas. Al lado del señor Álvarez, parece el ministro indiscutible de los reformistas para Instrucción Pública. La Dictadura tira todos estos planes por la borda. En ella, Zulueta refresca su vieja filiación republicana, y al llegar la República recobra su ponderación habitual, siendo, por excelencia, el temperamento político, es decir, más eficaz, de estas Cortes Constituyentes.

Zulueta; versos de mocedad con Eduardo Marquina; colaboración en los periódicos de la izquierda catalana de ayer, que no es la «Ezquerra» catalana de hoy; política pedagógica en el Ayuntamiento de Barcelona. Zulueta; austeridad, gracia, líneas de clasicismo y de armonía. Y nimbando la figura de este hombre ejemplar, al que queremos tanto, las torres de oro de Salamanca, los chopos que bordean el Tormes, los diálogos con Unamuno, con Federico de Onís, con Marcelino Martín del Arco, conmigo, recitando versos de Leopardi, de Maragall, de Heine, a la caída de la tarde...

Abilio Calderón Rojo

Agosto, 1919... Don Abilio Calderón, ministro de Fomento, visita, en el *breack* de Obras Públicas, a su amada Palencia. Recepciones en la estación, músicas, discursos. Los aldeanos de Grijota le acompañan bajo los porches de la calle Mayor, hacia la catedral. Las doce. Las dulzainas, rasgando el fino silencio palentino con sus estridencias, y los «puses» de Dueñas, melancólicos y monótonos, y los gigantes, y los cabezudos, y los soldados del Regimiento, y los concejales enlevitados y enchisterados acompañan al ministro en su excursión triunfal. Don Abilio sonríe acariciando el sedoso y descomunal bicornio. Un palio le espera a la Puerta de los Novios de la Basílica, que el caciquismo en la Monarquía tiene consideración de majestad. La misa de doce, plácida, tranquila; ante el trascoro contemplamos nosotros los ojos grandes y azules de una palentina rubia.

Banquete en el Seminario horas atrás. Dos o tres alcaldes se intoxican; alguno fallece. Merienda en el campo; asistimos a ella con deleite. Todas las palentinas guapas se citan en casa de don Abilio. Fiesta en el teatro. Baile de gala. Apoteosis final...

1931, Noviembre, domingo, 8. Don Abilio, agrario, un poco más viejo, pero no más escéptico que antaño. Huelga en Palencia. Don Abilio tiene enfrente a los adversarios de ayer y a muchos aliados. No puede comer en su ciudad natal. Los mineros de Barruelo han ido a cantarle el trágala en Palencia. Están muy cercanos los tiempos del tricornio, del uniforme y del espadín. Juanito Díaz Caneja, más apaciguado que hace doce años, ha sido ya director general; Peñalba es diputado a Cortes y representa la extrema izquierda; Gusano, desplazado voluntariamente en un acto de dignidad de la farsa caciquil, se halla entre dos fuegos, por servir a don Niceto. El retoño mayor de don Miguel de Unamuno, Fernando, presidente de la Casa del Pueblo, dirige a los huelguistas.

Don Abilio, emparedado entre las inexperiencias de un mozalbete como Gil Robles y de las reflexiones maduras de un varón tan poco visionario como Martínez de Velasco, vacila, duda, no sabe tomar el pulso a su ciudad. De noche, cuando se dispone a salir para Burgos con la caravana agraria, advierte uno la elegante silueta de la torre de San Miguel que se refleja en el río. Aquella vieja fortaleza de los pecheros recobra su sentido tradicional en esta fría noche de Noviembre. ¿Serán los agrarios los viejos condes de la Pernía, que sin anillo pastoral y sin báculo quieren aborregar las masas aldeanas de Castilla? ¿Cómo no han tañido a rebato las campanas de San Miguel? Palencia, tierra de mantas, ¿será en adelante tierra de comuneros?

Y este buen burgués que hay en el fondo de don Abilio se sobrecoge una vez más al abandonar Palencia, revuelta y levantisca. En el poder, la tuvo enfrente; en la oposición, también. Don Abilio no quiere entender las cosas que entiende demasiado. Sube en el coche, dormita, recuerda aquellos tiempos en que levantaban arcos a su paso los hijos de Dueñas con las telas blancas y azules que para adornar las flores de Mayo tenían las hijas de María, con una bella leyenda, que rezaba:

Bendita sea tu pureza...
bajo la cual desfilaba solemnemente don Abilio Calderón con todo su acompañamiento.

Mundo Gráfico (17-11-1931)

Figuras del Parlamento

Ángel Torres Alonso

Ángel Torres Alonso, diputado a Cortes Constituyentes por Ávila. Angelito Torres: unas tapias, la ermita de la Cruz, una corraliza. Juegos y cantares infantiles. La dulce imagen de la vega y los bronces de San Pedro tañendo a la oración de la tarde. Ángel Torres: el colegio, y la merienda, y el juego de «a la una anda la mula», y la Ñoña corriendo por las calles, y la vara de don Victoriano, y el colegio de Mosquete[146]. Angelito Torres: un grupo de muchachas muy bonitas: Concha, la del músico; Pepita, la boticaria; Andrea, Luz, María del Carmen...

Angelito Torres: los primeros amores y un manual de cartas. Angelito escribe su primera carta de amor: «No estará –escribe– tranquilo mi intranquilo corazón hasta que no vea tu hermosa y resplandeciente letra.» ¿Por qué no hemos olvidado nunca nosotros estas líneas ingenuas? ¿Por qué la estampa infantil del diputado a Cortes por Ávila va unida a nuestro recuerdo a un barrio desaparecido, a una ermita, a unas tapias con cipreses, a una corraliza, a la Ñoña infeliz, espantando a los descastados que se burlaban de ella?

Angelito Torres: años de Bachillerato y de carrera. Al lado de su buen tío, Alonso Sañudo, Ángel se convierte en un formidable cirujano. Años de internado en el hospital; opiniones francamente liberales en la tertulia del café. Después, la plaza por oposición en la Beneficencia de Ávila, los años esplendorosos de una carrera llena de prestigio y de éxito, las visitas al amigo en el Hotel Jardín, a la vera de San Vicente, en la ciudad de las murallas. Y después, la Dictadura. Ángel no recata su amor a la República; la policía le vigila; los gobernadores le traen sobre ojo; el doctor Torres Alonso –amigo del pueblo– levanta, con Barnes, con Sánchez Albornoz, el espíritu abatido de la ciudad.

Y cuando Ávila le envía al Parlamento, una dolencia pertinaz le retiene en el lecho. Angelito Torres descansa, bien a su pesar, en estas horas de ajetreo y de barullo. Apenas se le ve por el Parlamento; en su cuarto de soltero del Hotel Jardín, entre jarabes y menjunjes, desliza nuestro pobre amigo sus horas de dolor.

José María Lamamié de Clairac

Agrario. Imberbe. Parece, más que un mozalbete, un niño. Pero sólo externamente tiene ese aspecto acusadamente infantil. El diputado a Cortes por Salamanca, de procedencia integrista, es cavernícola por herencia y por temperamento. Y abogado. Es decir, sofista. De las cosas examina los aspectos que le parece y niega las que no quiere examinar. Acomodaticio y tranquilo, tiene, sin embargo, la responsabilidad de los propios juicios. Abogado, y administrador, y gestor de los negocios de la Compañía de Jesús, no pierde jamás el tiempo nuestro hombre. Ha ido al agrarismo por necesidad, en ausencia de un partido netamente ignaciano o de Loyola, y como no puede ver ni en pintura a Gil Robles, el caudillo ocasional de los propietarios cegatosos y de las ganaderas feas de la charrería, el hombre piensa nuevamente en una escisión mansa en cuanto se le depare la coyuntura.

Lamamié: asociaciones católicas, esquiroles, luises, kostkas, procesiones, escapularios, todo A.M.D.G.[147] Bloques agrarios, trigo caro, paneras repletas, trisagios, triduos, novenas bien pagadas. Diputado de clerecía, admite la inspiración del confesor y no admite el voto sin la bendición del ordinario. Todas las armas le parecen buenas para lograr su objeto. Por ejemplo, no tiene reparo alguno en alterar un texto, si la alteración le favorece, o en disimularlo, si en el disimulo logra su propósito. Aunque la finge, no aparece jamás con él la emoción religiosa. Solamente le salta a la vista el instinto conservador. Dice que se alista con Pildain, pero va solamente a que

[146] Nacido en Muñana (Ávila). Vivió en Alba de Tormes (Salamanca) donde conoció a Sánchez Rojas. Efectivamente figura en las listas de estudiantes destacados del colegio del señor Mosquete. Hizo la carrera de ciencias en la Facultad de Ciencias de Salamanca.

[147] Ad maiorem Dei gloriam (A mayor gloria de Dios). Lema de la Compañía de Jesús.

no se rebajen las rentas. Como el héroe de *Pequeñeces,* como aquel marqués de Villamelón, del jesuita jerezano, cree que solamente tripa llena alaba a Dios. Los pobres se le han antojado siempre sus enemigos naturales. Del socialismo, que él confunde con el comunismo, tiene unas ideas también bastante absurdas.

Luis de Tapia

¿Y quién no conoce las coplas de Luis de Tapia? Las hay para todos los gustos y de todos los años. Pero todas son ardorosamente liberales y francamente republicanas. Luisito es el coplero de la República. Alguna vez su musa fue aguijón de avispa que prendió en la carne del tirano. ¿No recordáis aquella famosa cuarteta del 13 de Septiembre de 1923?:

La gente de España es boba,
porque no recapacita
que está más sucia la escoba
que la basura que quita.

Luisito, con ser eternamente joven y soberanamente poeta siempre, es un republicano histórico. Su visión política tiene más en cuenta las luchas del pasado siglo que las del presente. Es furibundamente anticlerical, pongo por caso. Colaboró en *El País* y en *España Nueva,* y en cuantas publicaciones republicanas vieron la luz entre nosotros. Añora *El Motín* y *Las Dominicales.* Es hombre de dicción cáustica y de pensamiento claro. Ama una España laica, irreligiosa, antitradicional. Su gorro frigio no es el acomodaticio de hogaño, sino aquel gorro fuerte de lana que usaban nuestros abuelos detrás de las barricadas.

Al llegar la República, el Gobierno ofreció a nuestro querido poeta la Embajada de Cuba. Luis replicó que su misión ahora precisamente consistía, más que nunca, en dar coplas a diario a los buenos republicanos. Aquel gesto se lo ha compensado el buen pueblo de Madrid llevándole a las Constituyentes. En el Congreso, Tapia interviene breve, pero eficazmente. Toda una historia intachable puesta al servicio de un ideal tiene de patrimonio Tapia para ofrecer a la República.

Mundo Gráfico (24-11-1931)

Figuras del Parlamento

Indalecio Prieto

Indalecio Prieto y Tuero, diputado a Cortes por la provincia de Vizcaya. Un discurso. En Córdoba. En la casa natal de Romero de Torres, a la sombra de los naranjos, en la dulce mañana otoñal. Indalecio, fuerte, gordo, aparentemente inexpresivo; su alma, como ciertas regiones polares, guarda fuego en la nieve. Un discurso de Prieto… "Yo paseaba con Julio –nos dice– hasta el amanecer. A los dos nos preocupaba la luz en el momento divino de su nacimiento. Y esta mañana, desde el tren, viendo amanecer en Córdoba, he añorado a mi amigo." Y al añorarlo, este hombre de lucha deja resbalar un lagrimón por la mejilla derecha. Aquella lágrima es una perla que permanece sujeta en su faz los breves e inolvidables momentos de su plegaria. Un discurso del amigo, del hombre que hay en este formidable niño grande que es el ministro de Hacienda española.

Emoción contenida. Sollozo a flor de labio. Generosidad. Ímpetu. Hombría.

Discurso de Indalecio en Córdoba. En un remanso de paz, este hombre de acción que hay en Indalecio Prieto se repliega sobre sí mismo para recordar y para gemir. "Cuando, de noche, Julio se encontraba con una de esas muchachas que llevaba a sus lienzos –continúa– se desembozaba su capa airosa y castiza y exclamaba: "¡Es una chiquita buena!" Este Julio era como un jirón, como un fleco del alma inmortal de Córdoba." Y el lagrimón no quiere desaparecer de la rellena faz del ministro socialista. Aquí no estamos en el Congreso; Prieto no tiene enemigo enfrente; es un hombre del pueblo que dice sencillamente su afecto por otro hombre. Prieto, sentimental siempre, cordial siempre, rompe, a la sombra de los naranjos, en esta placita cordobesa del Potro, esa cáscara de simulada indiferencia, con la que se guarda de su generosidad afectiva para que no le descubran y para que no abusen de él.

Indalecio Prieto: discursos. Discursos maravillosos, henchidos de emoción y de intuiciones –rápidas, seguras, certeras– de nuestra vida pública. Discursos y, sobre todo, gestos. Ayer, un puntapié. Otro día, una frase, lapidaria, única, la mejor que se ha hecho en las Constituyentes de

1931, aquella de "la jaca del contrabandista". Hoy este lagrimón que ha hecho crujir de gratitud unas cenizas en el cementerio de San Rafael… "¡Gracias, maestro orador!" hemos oído exclamar, con su ceceo, a un muerto, inolvidable para Prieto y para mí.

Santiago Alba y Bonifaz

Santiago Alba y Bonifaz, diputado a Cortes por la provincia de Zamora, su pueblo natal. Más joven, más cuidado, más elegante que nunca. Cuando comenzaba su vida pública, no había pasado más que por Valladolid; ahora, cuando la ha terminado tal vez, vuelve de Europa refinado, tranquilo y sonriente. Santiago Alba, escarbamos en nuestros recuerdos… Subsecretario de Gobernación con Moret; crisis del papelito, que posiblemente fue sin papelito; Ministro de Marina; pita formidable a lo largo de la Carrera de San Jerónimo, una tarde que se presenta en el Congreso un Ministerio tan efímero que solamente vive una horas. Santiago Alba: palabra maravillosamente sobria y elegante. Carrera rápida y segura. Ministro de Hacienda durante la guerra; ministro de Estado después, con visión clara del problema de Marruecos y propósito decidido de hurtar al desbarajuste militarista el gobierno del territorio africano. Las primeras calumnias. Impopularidad artificial, que a los que estamos al cabo de la calle nos hace encoger de hombros y advertir que el panorama político comienza a sacudir las primeras descargas.

Años de la Dictadura; Alba, víctima propiciatoria. Silencio –maravilloso, henchido de desdén– de los primeros años. Luego, tal vez desganas, apartamiento del solar nativo, vida cómoda y fácil en los grandes hoteles y en los grandes bulevares. Falta de resolución, que es el pecado capital de Santiago Alba, en la hora postrera. Conferencia del Meurice, con la misma falta de resolución inicial; los artículos deplorables, a fuerza de serenidad y de ponderación forzadas, de La Nación, de Buenos Aires. Mucha habilidad, demasiado rodeo, en el momento preciso de la decisión grande. Ni quiere marchar con la corriente, ni contra ella. Le faltan remos y le faltan brazos al echarse a nadar. Después, si no se ahoga Santiago Alba, las aguas le llevan donde quieren.

Santiago Alba; talento, ambición, palabra elegante y sobria. Un hombre que ha podido serlo todo y que no ha querido. Un hombre ambicioso que no ha sabido coger el fruto en hora sazonada. Un castellano que se ha pasado de listo. Pudiendo y debiendo haber sido el político de Castilla, este ilustre zamorano, que a la hora de la desgracia tuvo todo nuestro afecto y toda nuestra adhesión sentimental, vive hoy un poco al margen de la vida española, porque no quiso o no supo jugarse a una carta todo su pasado por todo su porvenir.

Antonio Royo Villanova

Don Antonio Royo Villanova, diputado agrario por la provincia de Valladolid, es un eminente catedrático de Derecho Público, que ha tenido siempre sus manías. Una buena mañana cuando paseaba por el Campo Grande y escribía a diario sus artículos para *El Norte de Castilla*, la tomó con las Ramblas y con los hombres que habían tenido la osadía de nacer en Tarrasa o el Castelltersol. Para don Antonio, era nefando todo lo que procedía de Cataluña. Cambó le quitaba el sueño por las noches, y la broma más inocente de *La Publicidad* o de *La Veu de Catalunya* le sacaba de quicio. Aquella manía sistemáticamente anticatalana le costó en más de una ocasión renunciar a la mano de doña Inés. Durante la Dictadura, don Antonio, en cambio, supo vivir las lecciones de Derecho político con una magnífica entereza. ¡Pero después! La consubstancialidad de la Monarquía con la Patria volvió a hurgarle en la cabeza. En el Ateneo confundió los afectos a un hombre con los intereses de España. Don Antonio, baturro maniático, se alió con las derechas más reaccionarias y fue defensor de los intereses más retardatarios de nuestra economía.

Hoy, don Antonio, por la vanidad de ser diputado constituyente, y para serlo, es agrario. No es su coyunda con esa minoría tan sospechosa, canónica ni legítima; la conjunción de espíritus se ha realizado de un modo un tanto tenebroso.

Mundo Gráfico (01-12-1931)

Figuras del Parlamento

Clarita Campoamor

Ateneísta. Abogada. Sufragista, de aquel sufragismo de hace veinte años, agresivo y militante, que veíamos graciosamente ridiculizado en las Revistas inglesas. Clarita Campoamor: muchacha tenaz, voluntariosa, terca y, a su modo, ambiciosa. La diputada a Cortes por la provincia de Ma-

drid, que parece que tiene una historia política muy breve, la tiene muy larga, sin embargo. Esas intervenciones parlamentarias suyas de ahora, cuajadas de tópicos, han sido ensayadas, durante más de veinte años, en el salón del Ateneo. A su modo, se ha estado preparando siempre Clarita para miembro de la Comisión Constitucional. Y los mismos incidentes de su elección nivelan a una mujer que sigue derecha su camino. Vocal del Comité Central de Acción Republicana, Clarita no vio por aquella senda el escaño rojo. Sin más preámbulos, hizo un guiño a Lerroux, que ha sido siempre hombre galante, y don Alejandro picó como un bendito que es nuestro ministro de Estado. Hete así a Clarita hecha legislador o legisladora, disertando en el banco de las Comisiones, soltando citas y más citas de fácil alcance por su boca, discurseando de lo lindo y llenando las tribunas de esas amiguitas suyas, partidarias del divorcio y del voto integrales, que amenizan nuestros ratos de ocio en los pasillos de retratos del Ateneo.

Clarita Campoamor: tópicos y más tópicos. Gestos preciosos de suficiencia. Manotazos de autoridad cuando llega el caso. Acta efímera, venida por arte de birlibirloque, que cree patrimonio vitalicio de su personalidad de sufragista. Retórica barata. Soltería. Esos problemas hondos y vitales de la mujer española –el matrimonio, la maternidad– no los ha vivido Clarita, que representa, a lo sumo, a lo sumo, en nuestras Cortes Constituyentes a las intelectuales del Ateneo.

Victoria Kent

La diputada radical socialista por la provincia de Madrid y directora general de Penales, es muy de otra catadura. Es prudente, y es juiciosa, y es segura en sus comentos y glosas. En los escarceos que ha sostenido en la Cámara con la señorita Campoamor, Victoria Kent tenía toda la razón. La mujer no está todavía capacitada entre nosotros para la vida pública; la mujer no es la señorita del Ateneo, que lee a Mauricio Dekobra, sino la obrera, y la señorita de la clase media, y la tanguista, y la niña pera. Victoria Kent es, además, mujer acaso de muy hondas convicciones, bien disimuladas y tapadas por un gesto razonador y frío. Defendiendo al señor Albornoz hizo un precioso informe forense ante el Consejo de Guerra. Al frente de su Dirección, está, por lo general, bien orientada la señorita Kent. En el Parlamento han sido breves y eficaces sus intervenciones.

Victoria Kent ha vivido su drama, que es el mismo que empiezan a vivir las señoritas universitarias con título académico, que tienen que abrirse a codazos su camino en la vida. Victoria Kent lo ha domeñado ya con éxito, y por eso mismo sabe ser cautelosa y advierte que el problema femenino requiere antes una intensa educación política en las masas. No vamos ahora a disertar en serio de la aportación que al advenimiento de la República han prestado las intelectuales del Ateneo, cuya cabeza visible quiere ser ahora la señorita Campoamor. Sabemos muy bien a qué atenernos respecto al caso. Más firme es la posición de la señorita Kent aseverando la ausencia de la mujer española en el momento presente.

Victoria Kent: cautela, reflexión, dureza aparente que envuelve, sin embargo, una ternura femenina de la mejor ley. Fanatismo agresivo, a las veces; en las propagandas electorales de la señorita Kent en Salamanca dijo cosas feroces que soliviantaron a los aldeanos, hasta el punto de sustituirla en las candidaturas por esos seráficos agrarios que ya hemos retratado en este lugar. La señorita Kent se juega el todo por el todo, y eso es lo alentador y lo político a la hora de ahora.

Margarita Nelken

Rubia, femenina, insinuante, un tantico gestera, la diputada socialista por la provincia de Badajoz ha estado a punto de no ser un diente más en ese rulo socialista que funciona en nuestro Parlamento con la más exacta precisión mecánica. Ese hombre terrible, notario él, radical él, que se llama Diego Hidalgo, la emprendió con la nacionalidad de Margarita, que ha estado a punto de naufragar, con los votos de sus extremeños, a las puertas del salón de sesiones. Lo que hubiera sido una verdadera pena. Margarita, mujer, muy mujer, puede prestar grandes servicios a la mujer. Ni es sufragista, ni vive los problemas de la competencia profesional. Sus problemas, y sus anhelos, y sus ideales, y sus aspiraciones son las aspiraciones, y los ideales, y los anhelos, y los problemas corrientes y molientes de toda mujer que tiene un hogar, un esposo, un hijo. En el Ateneo, hace ya años, frente a los energúmenos de lentes gordos y de sombreros raros, reivindicó los derechos de su sexo con muy graciosa y delicada flexibilidad, y yo sé, y bien, porque conozco a Margarita, y me enorgullezco de su amistad, y sigo siempre de cerca su labor literaria, que piensa como pensaba, partiendo de realidades y no de sueños ni de entelequias.

Hasta como experiencia me interesa la participación de Margarita Nelken en las tareas parlamentarias. El rulo tengo para mí que va a lubrificarse con la presencia de la señora Nelken en

los bancos socialistas. Las razones de Cordero van a quebrar más de una vez ante los aspavientos expresivos de esta simpatiquísima y agudísima mujer. La disciplina del partido, que vista desde fuera parece harto hosca y desabrida, va a tener que sonreír cada vez que Margarita se levante para decir en tono menor; «Señores diputados...»

Siempre que se levante Margarita se levantará la mujer en ella, y sus armas, las femeninas –insinuación, coquetería, disimulo, sarcasmo–, son siempre más terribles, y a la larga más eficaces, que todas las prevenciones de los reglamentos.

Mundo Gráfico (08-12-1931)

Figuras del Parlamento

Ángel Ossorio y Gallardo

Ángel Ossorio y Gallardo, diputado a Cortes constituyentes por la provincia de Madrid. El sólo es un partido un tanto pintoresco, atrabiliario por su nomenclatura; don Ángel es nada menos y nada más que un "monárquico sin rey". Pero un monárquico que se pone al servicio de la República. ¿Qué diríais de un republicano que por no ser amigo del Presidente se pusiera al servicio de un monarca, de la media docena escasa de caballeros coronados que aún ocupan los tronos vacilantes de Europa?

El secreto de todas estas posiciones raras en un jurisconsulto del talento y de la ecuación del señor Ossorio y Gallardo es que el simpático y gran don Ángel ha nacido en el Avapiés[148]. Nos lo decía hace pocas noches, en los pasillos de la Cámara, para justificar una magnífica capa española que estrenaba con una majeza y una gallardía impropias de su volumen. Nacido en el Avapiés, tal vez era don Ángel el más castizo y el más madrileño de todos los diputados. Indalecio Prieto le miraba con gran envidia. No hay prenda mejor para tapar el abdomen que una nueva capa. Nacido en el Avapiés, comprendimos un poco eso de monárquico sin rey al servicio de la monarquía. Todos los castizos son un poco paradojistas.

Más que paradójico, sin embargo, don Ángel es simplemente un deportista de la política. Le interesa el deporte por el deporte, no la ganancia por el provecho. Lo que le importa, en el fondo, a este gran escritor, a este gran orador, a este jurisconsulto ejemplar que jamás ha confundido la toga con unas enaguas, es ejercitar los músculos y divertirse. Para mí ha sido siempre más espectador que actor de la política. Ha jugado a no gobernar o a gobernar con el mayor número de dificultades. Hasta cuando fue ministro de Fomento con el señor Maura se valió de todas las maturrangas que tenía a mano para dejar de serlo. El adagio de "vivir para ver" se ha dicho para los castizos como don Ángel.

Y ahora la visión de las cosas tiene sumamente atareado al señor Ossorio. Está entusiasmado de estas Cortes: de su nobleza, de su candor, de su desinterés. Se le han quitado unos cuantos años de encima así que ha cambiado de piel, echándola nueva, el ya estrecho caserón de la Carrera de San Jerónimo. Este monárquico *sui géneris*, que denunció valientemente las intromisiones personales del ex rey en la vida política española es –ya lo hemos dicho– un castizo y un deportista. Y si no fuera otras cosas también (un gran abogado, un excelente escritor y un buen hombre), sería cosa de enfadarse un poquito con él y de tirarle de la capa. ¡Pero es tan retrechero con ella el diputado constituyente nacido en el Avapiés, que Barriobero, Luis de Tapia y Pedro Rico, a su vera, parecen unos campesinos endomingados llevando al mercado una manada de pavitos!

Álvaro de Figueroa y Torres

Ex conde de Romanones, ex presidente de todas las presidencias, ex ministro de todas las carteras, pero diputado a Cortes todavía por su amada Alcarria, por su fiel provincia de Guadalajara. Es el único monárquico el ex conde. El único. Porque los agrarios se han tapado la pinta, aunque se les ve, y los que se aprovechan de ella, y de la alcarria, y del ex conde, le han dejado solo con don Manuel Brocas. Eso sí: don Álvaro no parece muy enfadado; por el contrario, yo le veo sonreír con más frecuencia que nunca.

¿Cazará ahora más codornices que durante la dictadura? ¿Se habrá dado cata –abuelo de una legión de nenes, que Dios le aumente y le bendiga– que el condado, y la grandeza, y la casaca, y

[148] Antigua denominación del actual barrio madrileño de Lavapiés

el espadín son vanidad y nada más que vanidad? ¿Vería don Álvaro como la hecatombe de todo lo que pasó para no volver era inevitable?

¡A cualquiera le cuenta la verdad de lo que piensa Romanones! Pero ha sido él, el político a quien la aristocracia no le perdonaba sus gestos de graciosa picardía, el único caballero que ha estado al lado del caído a la hora de la desgracia; digámoslo en su honor. Él que pudo ser fiscal, apechugó con las terribles lagunas de una defensa indefendible. Y puso en sus palabras emoción y además gracia, gracia madrileña, porque también el ex conde es un castizo, nacido según él mismo nos ha contado, en lo que es hoy Casa de la Villa, es decir, no lejos del Avapiés. Estuvo muy gracioso, y muy hábil, y hasta muy sincero el señor Figueroa y Torres. Y la Cámara le oyó con respeto, porque sabe muy bien que España le debe que los momentos de paso de un régimen a otro fueran, por su consejo reiterado y constante, apacibles y tranquilos.

Yo recuerdo aquella fotografía del ex conde, sentado en un banco de la estación del Escorial, momentos después de haber partido la ex reina con sus hijos para el destierro. Toda la historia política contemporánea podría leerse en el rostro pálido de aquel hombre aplanado y entristecido. En sus mejillas se veían las huellas de la emoción del día anterior, y en sus ojillos, acerados y grises, de hombre inteligente, la filosófica resignación del jugador que ha perdido y paga religiosamente hasta el último ochavo. Romanones se despedía de la lectura de Maquiavelo para cambiarla –por algo fue colegial de Bolonia– con la más humana y comprensiva de Silvio Pellico, el de *I miei pringioni*[149], y del comercio de los amigos del Comité por las caricias de los nietos en el hogar.

Mundo Gráfico (15-12-1931)

Figuras del Parlamento

Joaquín Pérez Madrigal

Joaquín Pérez Madrigal, diputado a estas Cortes Constituyentes, radical socialista, por la provincia de Ciudad Real, donde se despachó a su gusto en las jornadas electorales de Junio. Pérez Madrigal; espanto de beatas, pesadilla de colegialas ingenuas. Pérez Madrigal; interrupciones continuas, constantes, felices o desgraciadas, oportunas o inoportunas, que tanto monta. Pérez Madrigal; juventud, ímpetu, irreflexión, candor, exceso de temperamento, en suma.

Pérez Madrigal es un buen muchacho, sin embargo; un excelente buen muchacho. Ha vivido estos años en la oposición y en la oscuridad; ha hablado por los codos y ha conspirado sin tasa ni medida; ha trabajado modestamente detrás de la ventanilla de un Banco por el pan de los suyos. Y el desquite ha llegado para él. No hay sesión en la que no tenga que decir algo. Pero no por jactancia, ni por exhibicionismo, ni por vanidad. Él ha nacido para interrumpir; siente en su espíritu una necesidad irrefrenable de interrumpir, y el día que no interrumpiese, Pérez Madrigal se moriría…

Su manera de hacer juego parlamentario es muy curiosa y pintoresca. Joaquín Pérez Madrigal dispara, y después de disparar apunta. Naturalmente, casi siempre tiene que rectificar el tiro. Si no llega al blanco, se pasa lamentablemente de él. Pero él continúa sus disparos. Ocupado en la pelea, las reacciones en su espíritu son un tanto lentas. Se entera del efecto que ha causado con una intervención concreta cuando todos los demás compañeros están al cabo de la calle. Se da perfecta cuenta a la postre, como buen franco tirador que es el ingenuo diputado manchego. Se levanta para afinar puntería; da al gatillo, dispara… Pero surgen nuevas piezas que cobrar… Y el buen Joaquín se enreda de nuevo en una ensalada de disparos que pone espanto en el ánimo más viril.

Cuando voy a esos pueblos de Castilla, las niñas *bien* me preguntan angustiadas por Pérez Madrigal. Le suponen un jabalí silvestre, un oso polar, una hiena terrible y sanguinaria. Yo me sonrío. A Pérez Madrigal le salva siempre y le enaltece siempre la pasión. Y gracias a los Pérez Madrigales de la hora presente, esta Cámara tiene un aire de juventud y de pasión y una dosis de buena fe que la hacen realmente encantadora. Si no hubiera bancos agrarios en el Parlamento, era cosa de pedir que estas Cortes Constituyentes no se disolvieran nunca.

[149] *Le mie prigioni* ("Mis prisiones"), libro donde el italiano Silvio Pellico narra su encarcelamiento por su adhesión a los levantamientos de los Carbonari (1820), sociedad secreta revolucionaria italiana. En el libro cuenta sus actividades político-revolucionarias y su estancia en distintas cárceles.

José Antonio Balbontín y Gutiérrez

Diputado a Cortes, en elección parcial, por Sevilla, y miembro único en la Cámara del P.R.S.R., o lo que es igual, del partido radical socialista revolucionario, fracción que se ha desgajado de las huestes de ese nombre en el último congreso del Partido. Balbontín: poeta de inspiración fácil y espontánea. Balbontín: orador de palabra clara y dura. Buen hombre. Cordialísimo, generoso. Su bufete ha estado siempre a disposición del débil. En el fondo, un muchacho sentimental, que dejó de creer en Dios para creer en Lenin, y que ha pasado de Cristo a Marx, siempre que se deje libre a la pequeña burguesía revolucionaria para preparar el momento de la dictadura roja al hermano trabajador.

Con todo, el ideario de Balbontín es un tanto confuso y un tanto caótico. Nosotros que se lo hemos oído exponer en el salón de actos del Ateneo, hemos quedado, al fin de cuentas, a media miel y sin saber a qué carta quedarnos. Parece que de Albornoz y de Domingo separan a Balbontín mundos de distancia, y no parece clara otra cosa sino una diferencia de táctica. Estos chicos, que han sido piadosos y devotísimos en su adolescencia, no saben cambiar de fanatismo cuando cambian de postura. Balbontín quería que a los tres meses nos hubiéramos merendado todos los presbíteros, y hubiésemos colgado de los faroles de la Puerta del sol a todos los banqueros, y hubiéramos disuelto a todos los guardias –civiles, de asalto, de orden público–, sin advertir que armábamos en paro forzoso un ejército de doscientos mil hombres, a los que había que mantener. En cuanto a los presbíteros, es claro que, sometidos a la ley común gozan de los derechos de todo ciudadano español, y los banqueros son unos pobres hombres que están soportando ahora los años de las vacas flacas. Para Balbontín, esos argumentos son de burgueses empedernidos. Él quiere las cosas rápidas y tajantes, y los procedimientos urgentes y sobre la marcha. Todo lo que no sea eso es traicionar al ideal. Estos seminaristas rojos, estos clericales laicos –perdonadme la expresión– son niños terribles y caprichudos, a los que hay que dejar o administrar una azotaina. Balbontín, en el Congreso, en la compañía del comandante Jiménez (don Antonio), ha comenzado su fuego graneado, a primera hora, a propósito de esos tiquis-miquis de la aprobación del acta, del percibo de las dietas y de la puntual asistencia de los diputados a la sesión. El intento no ha correspondido al esfuerzo. En la política moderna, los partidos lo son todo, y las individualidades, por recias y destacadas que sean, no cuentan nada o casi nada.

Francisco Maciá Llussá

Francisco Maciá Llussá, diputado a Cortes de la Ezquerra por la provincia de Lérida, presidente de la Generalidad de Cataluña, el *avi* de todos los nietos autonomistas y nacionalistas del Principado. Estos días ha pasado por la Cámara el *avi*, del brazo de Campalans y de Ventura Gassol, paseando sus ojos asustados y tímidos por el concurso, hablando catalán fuertemente por los pasillos, votando para Presidente al noble amigo que le ha tendido tantos cables de salvación, buscando la formula de que su "Estatut" salga a mejor vida sin graves detrimentos; exaltando a todas horas su cordialidad por los pueblos peninsulares y exhibiendo sus trajes claros y flamantes de hombre a quien no fatiga demasiado la popularidad.

Para el *avi*, sin embargo, estos días pasados han sido días muy tristes. Tenemos un Jefe de Estado, con plenitud de poderes en completo ejercicio de su función presidencial, y hay en Cataluña otro jefe, él, un tanto in *partibus infidelium*, como ciertos administradores apostólicos de Colegiatas españolas y otros obispos de la curia romana. Maciá y Llussá, un símbolo, advierte que otro más poderoso y real le ha desplazado y prepara su próxima salida, no a los campos de Montiel, como su colega manchego, sino a los campos catalanes, a levantar espíritus y a despertar lenguas dormidas.

Porque, al fin, ha visto las cosas como son. Esos amigos suyos de los escaños no representan del todo la Cataluña actual. Ni son todos los que están, ni están todos los que son. Y a Madrid hay que venir para quedarse, no de paso. Si quiere Maciá que los problemas de Cataluña nos interesen a los hermanos españoles, es natural que pidamos nosotros que los problemas de España sean vigilados amorosamente desde aquí, desde el Parlamento, por nuestros hermanos de barretina y de sardana.

Mundo Gráfico (29-12-1931)

FAUNA GERMANÓFILA

Spagna germanofila?
(Parole di uno spagnolo)

José Sánchez Rojas, noto letterato castigliano, discepolo del pensatore Miguel de Unamuno, dal cui ceppo discende, facendosi portavoce dell'intellettualitá della sua patria, ci comunica la nobile lettera che riportamo, la quale rispecchia l'atteggiamento del popolo del Cid di fronte al conflitto europeo e alla nostra guerra in particolare, Sánchez Rojas è italianofilo nell'anima; egli conosce la nostra regione, dove compiè i sui studi di Diritto e di Lettere; ha tradutto nella sua lingua le migliori overe di Papini, e si occupa incessantemente di noi e della nostra causa, risvegliando l'apatia spagnola coi suoi cibrati articoli e le sue brillanti conferenze. Egli sta ora per licenziare alla stampa un libro che ha per titolo Italia: un'affermazione di latinità, di frinte alle mene dei germanofili, i quali volevano impadronirse della stampa spagnola e quindi dell'opiniones pubblica, per acusare di fratricidio la regiones sorella.

G.B.

Ill. sig. Direttore del «Nuovo Giornale»

Nelle colonne del suo accreditato e diffuso giornale si è pubblicato recentemente una corrispondenza da Lisbona, corrispondenza che alludeva a deerminate manifestazioni dell›ex-ministro di Portogallo, sig, Magalhaes Lima, sul pensiero spagnolo circa la guerra, nell'ora presente. A molti spagnoli hanno procurato una gran tristezza le dichiarazioni del signor Magalhaes. La Spagna non è germanofila, e noialtri non sentiamo che amore per i nostri fratelli di razza e di latinitá, italiani e francesi, i nostri giornali non si sono venduti all'oro tedesco. Mi permetta dunque, signor Direttore, che rettifichi alcuni giudizi espressi nel suo giornale.

Solo certe pubblicazioni che nessuno ha letto sino ad ora –«El Correo Español», «El Siglo Futuro», «El Universo»– si mostrano amiche degli Imperi Centrali. L'«A.B.C.», organo della borghesia non inteligente, incolta e reazionaria, è pure germanofilo. Periodici militario di 2000 copie di literatura, condicidono le idee dei giornali suddetti. Con gli Alleati sta il resto della stampa spagnola. Non cito i giornali, perchè dovrei citarli tutti. In essi Azorin (1) –che fa campagna alleata anche nel tedescofilo «A.B.C.»– Miguel de Unamuno (2), Luis de Zulueta, José Ortega y Gasset, Pérez Galdòs, Alvarez Quintero (3), Manuel Bueno, Pérez de Ayala, Araquistain scrivono fieri articoli sulla nobile causa. L'Italia merita i maggiore elogi sulle labbra spagnole. Unamuno, Pérez de Ayala ed io, principalmente, tutti e tre scrivamo di continuo su codesto paese tanto amato e cosi bello.

Nessuno pensa ad guerra coloniales per stramppare la scogliera di Gibilterra agli ingelsi. Ha detto questo un retorico ignorante che si chiama Vazquez de Mella, prototipo dell'oratore ciarlatano e parolaio. Per`nè Mella, nè i «jaimistas» che egli capitana, hanno efficacia nel paese. Sono tedeschi per odio alla libertà e credono in buona fede che il Papa sia prigioniero in Italia e custodito dai soldati di Vittorio Emanuele. L'opinione, dunque, di questi signori non deve preoccupare gli italiani. Inoltre, essi hanno parlato male della «Kultura» tedesca fino a che non su commesso il delitto del Belgio e non cominciarono a ricevere soccorsi editoriali daquella corruttrice Ambasciata Tedesca che sopportiamo a Madrid.

I capi dei partiti più influenti, Maura, Romanones, Dato, Melquiades Alvarez, Pablo Iglesias, Lerroux, sono favorevoli agli Alleati; essi alimentano lo spirito della Espagna sana. Noto è pure l›atteggiamento di Alfonso XIII.

Il sig. Magalhaes Lima ha commesso un deplorevole errore nel giudicare un popolo che non è il suo nobile popolo portoghese.

Certo è que alcuni capi dell›Esercito –ma non l›esercito;– certo è che vari sacerdoti –ma non il Clero–, simpatizzano con quella Germania... che non conoscono. Ma nè questi militari, nè questi presbiteri, rappresntano la Spagna; c›è di piè, essi non hanno neppur avuto mai la pretesa di rappresentarla!

Con l'Italia, il popolo spagnolo si mostra singolarmente fraterno e generoso; l›Italia e il suo momento attuale interessa tutta la Spagna. Questa è la pura verità. Il pensiero di Benedetto Croce si diffonde nelle nostre Università; i nomi di D›Annunzio, di Carducci, di Pascoli e di altri scrittori contemporanei sono sulle labbra della maggioranza; la letteratura classica italiana fa parte del patro¡imonio spirituale di ogni spagnolo colto. Mi importa, sopratutto, che ciò si sappia in Itali. Papini, Prezzolini, Borgese e tanti altri, tradotti ed intradotte, soglliono trovarsi nelle nostre biblioteche. E non ignoriamo l›opera di Schiff, di Beccari, di Farinelli, di Croce e di altri benemeriti ispanofili d›Italia.

Ogni giono che passa, s›infiltra sempre piè nella coscienza spagnola l›idea che la nostra causa è la vostra causa. Eltre voci isolate e dissonanti non trovano eco nel nostro popolo.

Perfino gli stessi cattolici cominciano a accogersi del grave errore di abbandonare il Belgio.

Tale è la situazione spagnola in queso mese di ottobre in ci scrivo; situazione affatto diversa da quella che si è immaginata, in un momento di errore passeggero, il politico portochese Magalhaes Lima.

Ringraciandola, ilustre Direttore, dell›ospitalità che son certo vorrà accordarmi, mi sottoscrivo di Lei dev. me obb.mo

(1) (2) (3) Celebri autori a noi noti attraverso le versioni di Gilberto Beccari, edite dal Treves, Carabba ecc.

Il Nuovo Giornale (Octubre 1915)

¿España germanófila? (TRADUCCIÓN)
(Palabras de un español)

José Sánchez Rojas, conocido literato castellano, discípulo del pensador Miguel de Unamuno, de cuyo linaje desciende, convirtiéndose en el portavoz de la intelectualidad de su patria, nos envía la noble carta que reportamos, que refleja la actitud del pueblo del Cid hacia el conflicto europeo y nuestra guerra en particular. Sánchez Rojas es un italianófilo de corazón; conoce nuestra región, donde completó sus estudios de derecho y letras; ha traducido las mejores obras de Papini a su idioma, y se ocupa incesantemente de nosotros y de nuestra causa, despertando la apatía [¿simpatía?] española con sus vibrantes artículos y brillantes conferencias. Está ahora a punto de dar a la imprenta un libro que lleva por título Italia: una afirmación de latinidad, frente a las intrigas de los germanófilos, que quieren apoderarse de la prensa española y por tanto de la opinión pública, para acusar a las regiones hermanas de fratricidio.

G.B.

Ilustrísimo Sr. Director de «Nuovo Giornale»

Recientemente se ha publicado en las columnas de su acreditado y difundido diario una carta desde Lisboa, en la que se aludía a ciertas manifestaciones del ex ministro de Portugal, don Magalhaes Lima, sobre el pensamiento español acerca de la guerra, en el momento presente. A muchos españoles les han provocado gran tristeza las declaraciones del Sr. Magalhaes. España no es germanófila, y nosotros no sentimos más que amor por nuestros hermanos de raza y latinidad, italianos y franceses, y nuestros periódicos no se han vendido al oro tudesco. Permítame pues, señor Director, rectificar algunos de los juicios expresados en su periódico.

Sólo ciertas publicaciones que nadie ha leído hasta ahora –"El Correo Español", "El Siglo Futuro", "El Universo"– se muestran amigas de los Poderes Centrales. El "A.B.C.", órgano de la burguesía ignorante, inculta y reaccionaria, es puramente germanófilo. Los periódicos militares de 2000 ejemplares de tirada, comparten las ideas de los periódicos antes mencionados. El resto de la prensa española está con los Aliados. No

menciono los periódicos, porque debería mencionarlos a todos. En ellos Azorín (1) –quien también hace campaña aliada aunque en el germanófilo "A.B.C."–, Miguel de Unamuno (2), Luis de Zulueta, José Ortega y Gasset, Pérez Galdós, Álvarez Quintero (3), Manuel Bueno, Pérez de Ayala, Araquistáin escriben soberbios artículos sobre la noble causa. Italia merece los mayores elogios de labios españoles. Unamuno, Pérez de Ayala y yo, principalmente, los tres escribimos continuamente sobre este país tan querido y tan hermoso.

Nadie piensa en una guerra colonial para arrebatar el Peñón de Gibraltar a los ingleses. Así lo decía un ignorante retórico llamado Vázquez de Mella, prototipo del charlatán orador y parlero. Sin embargo, ni Mella, ni los "jaimistas" que él capitanea, tienen efecto alguno en el país. Son alemanes por odio a la libertad y creen de buena fe que el Papa está preso en Italia y custodiado por los soldados de Víctor Manuel. La opinión, por tanto, de estos señores no debe preocupar a los italianos. Además, hablaron mal de la "Kultura" alemana hasta que se cometió el crimen belga y empezaron a recibir ayudas editoriales de esa corrupta embajada alemana que sufrimos en Madrid.

Los líderes de los partidos más influyentes, Maura, Romanones, Dato, Melquíades Álvarez, Pablo Iglesias, Lerroux, están a favor de los Aliados; alimentan el espíritu de una España sana. También es conocida la actitud de Alfonso XIII.

El señor Magalhaes Lima ha cometido un lamentable error al juzgar a un pueblo que no es su noble pueblo portugués.

Cierto es que algunos jefes del Ejército –pero no el ejército–; cierto es que varios sacerdotes –pero no del Clero–, simpatizan con esa Alemania... que no conocen. Pero ni estos soldados ni estos sacerdotes representan a España; es más, ¡nunca han tenido ni siquiera el derecho de representarla!

Con Italia, el pueblo español se muestra singularmente fraterno y generoso; Italia y su momento actual afecta a toda España. Esta es la pura verdad. El pensamiento de Benedetto Croce se difunde en nuestras universidades; los nombres de D'Annunzio, Carducci, Pascoli y otros escritores contemporáneos están en boca de la mayoría; la literatura clásica italiana forma parte del patrimonio espiritual de todo español culto. Sobre todo, me importa que esto se sepa en Italia. Papini, Prezzolini, Borgese y muchos otros, traducidos y sin traducir, se pueden encontrar en nuestras bibliotecas. Y no ignoremos la obra de Schiff, Beccari, Farinelli, Croce y otros meritorios hispanófilos italianos.

Cada día que pasa, la idea de que nuestra causa es vuestra causa se infiltra cada vez más en la conciencia española. Otras voces aisladas y disonantes no encuentran eco en nuestro pueblo.

Incluso los propios católicos están empezando a aceptar el grave error de abandonar Bélgica.

Tal es la situación española en este mes de octubre en el que escribo; una situación muy diferente a la imaginada, en un momento de error pasajero, por el político portugués Magalhaes Lima.

Agradeciéndole, honorable Director, la hospitalidad que estoy seguro querrá brindarme, se declara devoto y reconocidísimo suyo

(1) (2) (3) Autores célebres que conocemos a través de las versiones de Gilberto Beccari, publicadas por Tréves, Carabba, etc.

Il Nuovo Giornale (Octubre 1915)[150]

La fauna germanófila

Mella[151]

Henos aquí en el Palace Hotel. Sábado; noche de gresca; mujeres pintadas en torno a las mesas del café; pobres muchachitas que hacen contorsiones ridículas en el escenario; señoritos bien que comentan las crónicas de *El Debate*. No nos gusta el Palace. Venimos esta noche, sin saber por qué. Los teatros apenas tienen novedades; Linares Rivas es hermano carnal de ese Tonino que nos ha inventado él en los diarios del Sr. Luca de Tena; Benavente, desde que se ha metido a dramaturgo de cara y boca, tiene el mismo empaque en prosa que Cavestany en verso; los colaboradores en pareja cultivan una astracanada digna solamente de ser escuchada por los novios que no escuchan nunca.

El Palace... Me siento en la primera mesa vacante. Detrás de mí, sentado en un palco, está D. Juan Vázquez de Mella. Los rumores de su conversación llegan hasta mis oídos. D. Juan habla de

[150] Desconocemos el día exacto de su publicación.

[151] Juan Vázquez de Mella y Fanjul (1861 – 1928). Político, escritor y filósofo español, ideólogo del carlismo durante la Restauración borbónica y ferviente partidario de Alemania durante la I Guerra Mundial.

la guerra solemnemente. Unos babiecas le escuchan suspensos y estupefactos. Cultiva Mella la sonoridad del párrafo mientras masca un veguero; hace lo posible para que lo oigan. Yo no soy indiscreto, por ende, ni tengo necesidad de disimular que no escucho. Todos los Maese Pedros necesitan su público para remover su retablo y yo actúo esta noche de público del flaturiento orador asturiano.

¡Y qué cosas dice Mella! Este hombre que no sabe nada, que no estudia jamás, que se levanta a las tres de la tarde y que no es capaz de estarse sentado tres horas seguidas leyendo, habla de sus profecías. La guerra se acaba. Alemania se extenderá por el mundo. *¡Deutschland über Alles!*[152] Esto no lo dice Mella, porque no sabe alemán y apenas bable, pero da una versión aproximada. Ya dijo él, Mella, que la carnicería se acababa en tres años. Francia está exangüe; exangüe Italia; exangüe Bélgica; rollizas, hinchadas, Alemania y Austria. Mella no se detiene, no se ha detenido nunca en barras. Él pronostica, él vaticina, él lee el porvenir desde el Sinaí de los palcos del Palace y de las mesas del Suizo. Los señoritos le escuchan y repiten a intervalos:

– ¡Vaya un hombre!

– ¡Qué elocuencia, Don Juan!

– ¡Bravo, maravilloso, estupendo!

El hombre se deja admirar. No hay jamona de buenas carnes, ni señorito *bien* de la Peña, que no idolatre a este hombre. Es la Madame de Thèbes[153] de la germanofilia sainetesca de que aquí gozamos. En sus palabras no hay jamás una idea. Tiene una tosquedad mental aplastante; carece del sentido del matiz. No se ha dado cuenta nunca de que Europa es una cosa algo más grande que su pueblo nativo: Cangas de Onís. Imagina que Sonnino es una cosa así como Senantes y lord Grey otra cosa como Alcalá Zamora. Sospecha que el mundo se reduce a los pasillos de ese Casino, un poco plebeyo y de mal gusto, de la Carrera de San Jerónimo, que llamamos Congreso. Es más que provinciano, pueblerino. Pueblerino de rebotica, de chisme de comadres, de confidencias de peinadoras...

Mella se levanta; una pobrecilla rubia, oxigenada, anémica, mira con arrobamiento la barriga del gran orador. Está gordito Mella. Y preciso que en su barriga reside el secreto de su oratoria. Que no es, al fin y al cabo, otra cosa que una función digestiva normalizada. Mella se levanta y yo me quedo riendo.

Schneider

¿Schneider? Eso quiere decir sastre, cortador o cosa así ¿no? Schneider, pues, trae a nuestra fantasía la imagen de unas tijeras de redacción, de un frasco de goma, de unas obleas, o en último término, de un puchero de engrudo con una enorme brocha. Y Schneider nos recuerda, a los que leemos periódicos, el pseudónimo de un caballero que surgió al nacer la guerra, como un burgo solitario, en las columnas apostólicas y virginales del *ABC*.

Pero Schneider tiene su historia. Es canario, es joven. Perora en los mítines mauristas. Escribió en los tiempos del pobre Perojo en *Nuevo Mundo*, del que era paisano y creo que protegido. El cortador, *der schneider* de D. Torcuato se llama, digámoslo pronto, Domingo Tejera.

Personalmente es un buen chico este Domingo Tejera. Un poco gris, un poco diluido como la goma que emplea, un poco áspero como el engrudo de que se vale, un poco infantil también por las crónicas que escribe. ¿No las leéis? Yo sí; lo leo todo. Son deliciosas, verdaderamente deliciosas estas crónicas. Son las mismas informaciones oficiales que publica la Embajada Alemana. Las mismas. Irredentismo, Gibraltar, perfidia inglesa, traición italiana, complicidad belga, honradez alemana y lealtad austriaca. El cortador, cuando tiene que cargar la mano en los calificativos y arreglar el texto que le dan, me produce la impresión del hombre que tiene que meterse a héroe por fuerza. Con la poca agilidad mental que tiene el joven maurista que perora en los mítines, se advierte también, escarbando un poco dentro de su prosa de encargo, ¡una desilusión, una ausencia de espíritu, una galbana, unas ganas de mandar al cuerno el ungüento, o el frasco, o las obleas, o las tijeras, o todo junto!

Schneider, el buen Schneider, el excelente Schneider, tiene una placidez espiritual de héroe de balada alemana. Cuando se mete con los ingleses se adivina que entra en la querella como un carretero de mi pueblo al que hicieron concejal. Entró en el concejo con retranca y cuesta arriba. Cuando tiene que decir perrerías de los franceses, se ve que padece el piadoso canario. Cuando

[152] *¡Alemania sobre todo!* Estrofa del himno alemán.

[153] Seudónimo de Anne Victorine Savigny (1845 – 1916), clarividente francesa que cada año publicaba sus profecías en su *Almanac*. Predijo, entre otras, la Guerra de los Boers, la guerra Ruso-japonesa y la I Guerra Mundial.

habla del irredentismo italiano y tiene que descifrar alguna charada geográfica del Véneto, o de la Lombardía, me lo imagino contemplando un mapa y observando con fruición si Trieste está bañado por aguas adriáticas o mediterráneas.

No he hablado con Schneider más que una vez después de la guerra. Repito que personalmente es una persona estimable el cortador de D. Torcuato Luca de Tena. Hablamos un momento de los temas candentes. Estaba yo entonces en un período que aún continúa –alabados sean los dioses del Olimpo– de absoluta, franca y agresiva germanofobia. Dije a Schneider no sé qué cosas relacionadas con un artículo que acababa de publicar. Mi hombre se defendió débilmente:

– ¿Qué quiere usted? –me dijo–.

Y mi hombre sigue cortando, engrudando, pegando las informaciones alemanas para sus artículos. Y luego pegando, engrudando y cortando sus crónicas, ya impresas. Cuando ya tiene una docena, hace el volumen de 14 o 23 de la *Biblioteca Schneider*. ¿No se han enterado ustedes de la existencia de esa Biblioteca? Yo he visto los volúmenes en una librería alemana de la calle de Esparteros. El grueso de la edición va intacto a los sótanos de la Embajada, de la relojería de la calle de Fuencarral o de las cervecerías de la plaza de Santa Ana...

Iberia (10-11-1917)

Los críticos germanófilos e Italia

No conozco a los más de los críticos germanófilos que escriben en España acerca de la guerra. Realmente, no es una desgracia dejar de conocer a tan distinguidos caballeros, pero es el caso que yo me he formado unas imágenes físicas de estos cronistas a mi manera, y de mi cuenta y riesgo, y que lamentaré grandemente que no se ajustan a la realidad física de los aludidos. Porque se trata de unos tipos representativos. Pues tienen admiradores sin cuento, aunque carecen –ellos se imaginan lo contrario–, de detractores. Los que no les admiran, se ríen de ellos naturalmente. Yo pertenezco "ça va sans dire"–, al segundo grupo. Es cosa de estudiar la admiración que despiertan estos hombres entre los estrategas de café, las mentalidades de cabeza de partido y los hombres-cumbres de las reboticas de los pueblos. Y es cosa de estudiar también el efecto cómico, de carcajada, de risotada a mandíbula batiente, que causan en otros, entre los cuales ya he dicho que tengo el honor de contarme.

Decía que yo me imagino a los críticos de guerra germanófilos, personas pequeñitas, gordezuelas y rechonchas. Me los imagino gordos, bien rollizos, bien cuidados, haciendo digestiones lentas y copiosas, porque solo un Talstaff puede discurrir con la formidable salud gañanesca –esto de discurrir es un tropo– esos señores. Y me aparecen risueños, bien avenidos con la vida, sin complicaciones sentimentales ni cerebrales, porque si las tuvieran no tendrían esa gracia, inconsciente, innata, que derrochan a troche y moche desde las columnas de sus flamantes diarios. Hacen sus crónicas de guerra como "don Pío"[154] las revistas de toros.

Lo que explica, psicológicamente, su éxito. Pero tienen más gracia que "don Pío". A ratos –muchos ratos–, son como el Pérez Zúñiga de la estrategia.

A mí me divierten mucho. Un germanófilo, que se sienta a mi lado en el café Candelas, suele darme de cuando en cuando los periódicos germanófilos españoles, después que él los ha saboreado con el deleite con que tragamos unas quisquillas antes de comer. ¿Esos críticos habrán estudiado en algún Seminario sus primeras letras? Es la misma pregunta que me formulo a mí mismo cuando empiezo a leerlos. Tienen de la estrategia la misma idea que un subdiácono de la teología. Parte esta de la verdad revelada y razonada la verdad objetiva, universal, divina y extraña a nosotros con hechos de experiencia y con embarazosos procesos dialecticos.

De la misma suerte, nuestros críticos germanófilos, parten de una verdad revelada por el Kaiser, por Hindenburg, por von Bülow[155] o por quién sea –con tal de que sea alemán,– y casan con los sorites, dilemas y entimemas esa verdad como pueden y sin desviarse de la revelación. Si los franceses pegan, niegan la mayor. Si los alemanes avanzan, nos coge en la gatera de su argumen-

[154] Alejandro Pérez Lugín (1870 –1926). Periodista, escritor, crítico taurino y director de cine, autor, entre otras, de las novelas «La casa de la Troya» y «Currito de la Cruz». Sus críticas y artículos taurinos los firmaba bajo el seudónimo de "Don Pío".

[155] Bernhard Heinrich Karl Martin von Bülow (1849 – 1929). Canciller del Imperio alemán desde 1900 hasta 1909.

tación. Si los alemanes retroceden, el retroceso es una operación estratégica que ellos, los críticos, habían ya previsto desde la nebulosa. Si avanzan, ya lo apuntaron ellos en sus observaciones. Si los alemanes ganasen la guerra, creerían que ellos la habían ganado, emborronando cuartillas en sus periódicos. Si la pierden –que la perderán–, nos saldrán con la ingeniosa donosura de que el Estado Mayor tudesco no ha hecho caso mayor de sus previsiones y vaticinios. ¡Tipos encantadores los de estos estrategas!

Todo cura se parece a un militar como un huevo a otro huevo. Pero los cronistas militares se parecen a los obispos. Escriben como si dijesen misa de Pontifical el día de la Purísima, a los acordes del órgano, bajo las naves de una catedral hermosa. Como los obispos tienen bastón de mando, así también los cronistas militares se ponen mitra y dan a besar a los fieles diocesanos el anillo amatista de sus argumentaciones.

Con Italia –¿pero qué les habrá pasado con Italia a nuestros críticos germanófilos?–, con Italia están feroces, despiadados. Clavan sus banderitas en las orillas del Piave[156] con la misma crueldad con que hinca el asesino su navaja de Albacete en las entrañas de su querida.

Italia es su tema favorito. Desde el púlpito de sus periódicos, ante el templo repleto de fieles, nuestros buenos críticos se encaran un día con D'Annunzio y le dicen tú por tú: "Créame el poeta. Ya que sabe volar no sólo en alas de su imaginación, sino en las de un aeroplano, ponga en marcha el motor de este y véngase hacia acá".

Y cuando el poeta de "Il Piacere", obediente como un doctrino, ha pasado los Pirineos y ha llegado volando, en su gracioso vehículo, le sale al paso uno de esos señores obispos con esta consideración: "Esta es tierra de hidalgos, y los italianos, que no pueden estar de buen talante, pueden dar en la flor de echarle culpas ajenas". Esta tontería jeroglífica –el talante de los italianos echará culpas ajenas–, esta cosa sin sentido descompone, claro es, a Gabriel D'Annunzio; pero nuestros estrategas germanófilos no se irritan y dicen en italiano y en prosa, acentuando mal, con una falta de sintaxis, otra de ortografía y truncado el texto del hermoso terceto dantesco "Nessum maggior dolores che ricordassi del temo felice nella miseria"[157]. Aplicación episcopal, es decir, inoportuna, a la historia italiana, porque los tiempos menos míseros de los italianos –con relación a Austria– son precisamente los actuales.

Otro día uno de nuestros reverendos de la estrategia predica así: "No les dije ya al empezar la guerra que esta lucha era la repetición de la de los Siete Años, con un teatro de operaciones más amplio...?"

Y añade "al grano", digo, "al tiempo". Y continúa así: "No me hicieron caso (los aliados, se entiende). ¡Tiempo perdido!... Pero está de Dios que yo, que nací para ochavo, a cuarto no llegué, y eso que como profeta...". No diréis que este hombre no ha desbancado a Pérez Zúñiga.

"Si Cadorna[158] –dice otro día– sale con bien de este trance, puede dar gracias a la Madona –(con dos n, queridos reverendos)–; a su arte, no; que si creyó, como cuentan, que su marcha hacia Viena iba a ser un paseo militar..." El teólogo y el cronista son maliciosos como ellos solos. Cadorna no pensaba ir a Viena, que sepamos. En cambio, los alemanes querían entrar en París; pero él dijo antaño que él sabía de buena tinta que no. Algunos se cartean con el Kaiser. ¡Enhorabuena! ¡Delicioso! Predicadores, obispos estrategas, profetas, nuncios, payasos, revisteros de toros todo en una pieza, sus crónicas son el pasto mental de nuestros germanófilos. La inteligencia de esos estrategas de a perro chico es el índice de la mentalidad bochera. Regocijada y pintoresca, por las trazas, como acabamos de ver.

La Publicidad (31-11-1917)

José Mª Salaverría

Confieso sin rebozo alguno, que hace años leía con placer, de vez en cuando, las crónicas de viajes de D. José María Salaverría. Tiene cierto encanto, cierta ingenuidad primitiva, cierto in-

[156] Río del norte de Italia con nacimiento en los Alpes Orientales y desembocadura en el mar Adriático, donde tuvo lugar la primera victoria italiana durante esta guerra.

[157] "Nessun maggior dolore / Che ricordarsi del tempo felice / Nella miseria". No hay mayor dolor que recordar la felicidad en medio de la miseria. Dante Alighieri, La Divina Comedia, "Infierno", canto V (versos 121–123).

[158] Luigi Cadorna (1850 – 1928). Mariscal de campo italiano, comandante en jefe de las tropas italianas en campaña entre 1915 y 1917.

fantilismo inocente el distinguido redactor de *ABC*, cuando describe paisajes y cosas exteriores. Pero con los panoramas y horizontes del espíritu, con los paisajes del espíritu, ya no despliega tanta destreza el escritor donostiarra. Por varias razones de las que hablaremos con brevedad y con absoluta, con ruda independencia.

El Sr. Salaverría no tiene procedencia universitaria, lo que no sería grave pecado a nuestros ojos, si en España los que no se forman dentro de las universidades, se formaran fuera y a pesar de ellas. Pero no suele suceder así. Los universitarios tienen un lastre liviano, un eco aproximado, de las cosas que pasan por el mundo. Y eso ya es algo. Si fuera de la Escuela completan su educación mental, miel sobre hojuelas. El Sr. Salaverría, que no fue un buen estudiante ni un estudiante fracasado, figuró en su juventud como delineante en la Diputación Provincial de Guipúzcoa. Buen muchacho, educadito, formal, ordenado, con su compás, su regleta y su tiralíneas, el Sr. Salaverría dedicó sus horas de asueto, no a cortejar las muchachas, sino a hacer novelones.

Muy de prisa todo ello. Fragmentariamente, al buen tun tun, y a salga lo que saliere. Y con este lastre comenzó a escribir crónicas para *La Voz de Guipúzcoa*. Y completado el aprendizaje, D. Torcuato Luca de Tena lo trajo de redactor del *ABC*.

Viajó entonces José María Salaverría. Estuvo en Buenos Aires, si no recordamos mal. Hasta escribió un libro que estaba bien de cosas argentinas, bien cuando describía, mal cuando filosofaba. Y desde entonces comenzó a escribir rabiosamente en todos los periódicos habidos y por haber. El suplicio de Tántalo no es comparable al de este pobre hombre. Escribe de noche, de día, de madrugada. Cuando sueña, debe soñar con un montón de cuartillas. Y Salaverría que tenía realmente muy poco que decir, al diluirse, al multiplicarse, ha tenido que aguar el vino ya de suyo, poco fuerte y reconfortante de su espíritu. Pero el buen delineante –regleta, compás, tiralíneas– se ha hecho de pronto rabiosamente conservador. Su conservadurismo ha coincidido además con cierta acritud suya de expresión en lo formal. Con una visión optimista de las cosas en lo fundamental. Con una gastralgia, a lo que cuentan, en lo fisiológico.

Con esta mescolanza, Salaverría ha logrado lo que vanamente buscaba por otros medios: hacerse popular, casi popular –no exageremos– entre las mentalidades de cabeza de partido.

– España ¿Qué es España? –escribe el optimista–. Pues España es algo fundamental. La nación con contenido. Su porvenir será grande. Destrozados todos, muertos todos los soldados de toda Europa, España tendrá el mejor ejército que se conoce.

Y D. Torcuato aplaude, y los curas le admiran, y los usureros se dan un baño de sociología, y las señoritas germanófilas se conmueven ante el patriotismo del antiguo delineante de la Diputación Provincial de Guipúzcoa.

De chicos, todos soñamos con ser algo: Papas, Reyes, Ministros, o cuando menos, Capitanes Generales. Salaverría, que sigue siendo en el fondo lo que los italianos llaman un *buon ragazzo*, nos dijo hace pocos días en el *ABC*, que su sueño consiste actualmente en ser coronel. Pero yo creo que por tener que mandar el artículo de prisa a la imprenta, Salaverría no completó su pensamiento. Quería decir que su sueño consiste, no en mandar un regimiento, sino en ser coronel de Zona en Cangas de Onís, en Infiesto, en Ciudad-Rodrigo, en Santiago de Compostela. ¿No es eso? Y mandar en la Caja de Reclutamiento, y actuar de Gobernador Militar cuando suspendan las garantías, y ordenar al brigada, con tono imperativo, que cachee a los díscolos y revoltosos que juegan al mus hasta las cuatro de la madrugada y que tiran de la oreja a Jorge en el salón del crimen, allá a la derecha de la escalera, frente al retrete.

Y este coronel honorario se ha trocado también en germanófilo honorario. Hagamos un distingo: el Sr. Salaverría es lo suficientemente honrado para dejarse cazar en el garlito de una solicitación clandestina; a cada cual lo suyo. Seguramente no ha pisado una Embajada bochera. Es germanófilo, no por cazurrería ni por viveza, sino por penuria mental. Y un poco por malignidad: para situarse en frente de Unamuno, de Pérez de Ayala, de Araquistáin, de gentes que sabe que en el fondo no le estiman intelectualmente. Y un poco por envidia. Y un poco también –todo ha de decirse– por la razón sencillísima de que los menos curtidos como él de la servidumbre de las Empresas periodísticas, no tienen inconveniente en coincidir con los dueños de la caja, porque, en realidad de verdad, las oscilaciones administrativas suelen marcar las tonalidades espirituales de los lectores de un diario.

Salaverría, antiguo delineante –compás, regleta, tiralíneas– aspirante a coronel se ha puesto ya las tres estrellas en la bocamanga del espíritu. La de la vacuidad en el centro. A los lados las de la agresión y la impertinencia. Y amontonando malignidades a diario, nosotros los quintos del

cuarto poder, le volvemos las espaldas y nos reímos a mandíbula batiente de sus elucubraciones sociológicas de delineante.

Iberia (17-11-1917)

La fauna germanófila

Jacinto Benavente

Desde que se rompieron las hostilidades, D. Jacinto Benavente y Martínez, dramaturgo, académico de la española y preclaro colaborador de *El Debate*, se declaró germanófilo honorario, en nombre de la virtud y de la disciplina holladas. Los Imperios Centrales se volvieron locos de júbilo con el refuerzo que se les echaba encima. Benavente, contento, ufano de su labor comenzó a decir mil perrerías de los intelectuales y los intelectuales –simbolizados por ese malicioso asturianico de Pérez de Ayala que sabe tantas cosas y que sabe decirlas tan bien– cargaron contra la mentalidad de cosmético, contra el cosquilleo nervioso de este escritor, que aquí puede significar algo, pero que en un país aliado cualquiera –Italia, Francia, Inglaterra– sería un escritor de cuarto o quinto orden.

A mí me sorprendió, al principio, la postura de Benavente, con ser harto posibles todas suertes de posturas en un ingenio como este. Un hombre que sabe muy bien su Shakespeare, que explota tan a la chita callando los autores dramáticos franceses de segunda fila, que sabe de Arlequín, de Pierrot, de Colombina y de Polichinela, era muy extraño que, de pronto, renegase de su abolengo espiritual. Sin las migajas de Francia, de Italia, de Inglaterra, es obvio que Benavente no hubiera pasado de la categoría literaria de un *Fernanflor*[159] o de un Blanco Belmonte. El propio ardor de su propio neofitismo era un poco sospechoso.

Pero… pero muy pronto di en el *quid* del cambio de rotación. Fui una noche al teatro; representaban una cosa muy mala, con parlamentos asaz huecos y largos, que se llamaba *El collar de estrellas*. Los señoritos *bien* aplaudían entusiasmados; las huestes de la Defensa Social proclamaban genio a D. Jacinto Benavente; D. Jacinto Benavente, mientras tanto, se marcaba un garrotín muy ceñido, aunque inofensivo por la familiaridad del trato, con la actriz de tanda.

Y yo me dije: ¡Ecco! Ya surgió la explicación. A Benavente le jalean hoy los que ayer le abandonaron y le abandonan hoy los que antaño vieron en él una gloria legítima del teatro español contemporáneo. En estos parlamentos hay un cosquilleo epidérmico, superficial, de oratoria de tamboril; la emoción de antaño se ha convertido en frase teatral y de artificio; este hombre piensa en la taquilla más de lo que parece. Y ante la enorme fogata de la guerra, se ha iluminado su conciencia. Y se ha dado cate de que es un enorme, un perfecto, un entero reaccionario. Quiere sacudir la tiranía y no puede. Quiere ocultar con una risa amarga el secreto de su tiranía, y no puede. Quiere libertarse de su triste sino y no puede ¡ea! que no puede.

Y por ahí anda, con sus cincuenta y tantos años a las costillas, este ingenio joven, escribiendo prólogos para esa impostura de la *Alianza germano-hispana*, –donde figuran listas de catedráticos que no existen, de banqueros que no existen, de estudiantes que no existen– (Ya hablaré de ello otro día con datos palmarios y evidentes). Y D. Jacinto se asume la representación de la clase media intelectual de las cabezas de partido. Y es el caso que, por su estructura mental, es un símbolo perfecto de esa gente...

¡Pobre D. Jacinto! ¡A qué extremos han venido a parar sus gritos de la pasión contra el deber, de la iniciativa sobre la organización, del amor sobre todas las demás artificiosas convenciones de la sociedad! Y su teatro ¿quién diría que iba a servir de modelo en las preceptivas de los hijos de San Ignacio, en los salones de actos de todas las congregaciones de San Luis Gonzaga habidas y por haber, en las reuniones de las señoritas cursis donde se juega a las prendas?

La guerra ha barrido, ha disuelto el espíritu de este dramaturgo. Su público de hogaño le ha hecho cautivo con grilletes de plata. Ratibor se muere de gusto en el teatro de Lara presenciando los estrenos benaventinos. El viejo rebelde, perfumado, peinadito, con las uñas cargadas de brillantina, con ropita dominguera, sirve de bufón a esta burguesía nuestra que se enriqueció con los bienes de la amortización. Es un retrato velazqueño, he visto un lienzo de un bufón cortesano que tiene la misma mirada –triste y brillante– de Jacinto Benavente.

[159] Pseudónimo del escritor Isidoro Fernández Flórez.

Don Torcuato Luca de Tena

No conozco a Don Torcuato más que de vista. En cambio, él no me conoce ni de nombre. Cuando yo tuve que empezar a vivir de la pluma, caí en la tentación de solicitar un puesto en *ABC*. No pude conseguir ver a D. Torcuato. Le envié un artículo para *Blanco y Negro* y me hizo el honor de devolverlo. Eran para mí muy amargos aquellos días; el Sr. Luca de Tena fue dando largas al asunto y no conseguí ni entrevistarme con él. Las personas que mediaron en aquello me iban enviando sucesivamente cartas del ilustre D. Torcuato, donde hablaba de mí sin conocimiento de causa, como de un Pérez cualquiera que surge del periodismo de Belchite. Aquello me sublevó y el orgullo –sí, el orgullo– me evitó que, aun necesitándolo materialmente, cayese en nuevas insistencias cerca del propietario de *Prensa Española*. Era demasiado fuerte que el Sr. Luca de Tena no supiera si yo lo hacía bien o mal; estaba obligado a ello. Luego supe que el ingreso en *ABC* es una especie de noviciado; después aprendí que en aquella santa casa es obligatorio elogiar al director, aun a sabiendas de que escribe con la misma elegancia que un guarda-frenos; más tarde oteé que era Salaverría, el futuro coronel de zona, quien daba el tono espiritual al órgano de la policía honoraria... Y las cosas se arreglaron, y no volví más a pensar en D. Torcuato y en su periódico *ABC*.

Todos conocéis a D. Torcuato. Escribe solo en las grandes ocasiones, de la misma guisa que los Obispos pontifican únicamente en las fiestas solemnes. Su prosa es abigarrada, pintoresca, de léxico un tanto complicado y primitivo a la par. Matan a Ferrer, en el Extranjero comentan aquello, y D. Torcuato vindica nuestro pueblo de la leyenda negra. Se le ocurre decir a un periodista ilustre y austero –a Luis Araquistáin– la novedad de que los alemanes pagan periódicos españoles, y D. Torcuato sale a la defensa del honor periodístico. Llegan las crisis, ofrecen los políticos carteras a D. Torcuato –hay quienes dudan levemente de tales ofrecimientos– y el Sr. Luca de Tena rechaza los cargos para demostrar que su agencia de publicidad es un sacerdocio más bien que una profesión industrial. Las grandes frases, patria, honor, independencia, hallan eco en la honrada prosa del Sr. Luca de Tena.

Don Torcuato es *ABC* o *ABC* –como gustéis– es D. Torcuato. *ABC* –nos lo dice su fundador– no es francófilo, ni es germanófilo. El que lo dude, puede repasar la colección. Ahora pasa por una crisis el periódico. *Azorín* –subsecretario de Instrucción Pública– no escribe; el saladísimo Julio Camba se ha marchado a la redacción de *El Sol*; Alberto Insúa manda ya sus artículos a *La Correspondencia*. Y como D. Torcuato se encuentra sin francófilos, nos ha descubierto un escritor inglés que informará en adelante a su periódico en sentido aliado.

Boche encubierto es D. Torcuato. En su periódico se ha puesto una careta Ciges Aparicio llamándose *R. Cid*; otra careta Domingo Tejera llamándose *Schneider*; otra careta Javierito Bueno, Bueno el malo, llamándose *Antonio Azpeitúa*; otros no existen como Danubio. Al principio de la guerra también se llamó *Armando* –no hay que decir el sobrenombre que sigue– ese señor comandante que pontifica y excomulga ahora a los italianos desde las reverendas columnas de *El Debate*. ¡Ah! *ABC* no es germanófilo. Repásese la colección, *Azorín* escribe, *Camba* escribe y D. Torcuato consiente que les *pisen* los artículos con rectificaciones, honrados tenderos de ultramarinos. Pero escribe patochadas *Armando Guerra*, desatinos Salaverría, tonterías *Schneider*, cosas oficiosas de legaciones, *Antonio Azpeitúa*, y jamás aparecen rectificaciones a los artículos de estos caballeros. Y José Juan Cadenas escribe verdaderas procacidades –léase su artículo con motivo de la llegada del nuevo Embajador de Francia, Mr. Tierry, a Madrid– y *ABC* no considera preciso advertir que los juicios del arreglador de las operetas vienesas son puramente personales, sin relación alguna con la verdadera tendencia del periódico.

ABC es una industria, Luca de Tena tuvo el acierto de retener en la misma cofradía a blancos y azules, inclinándose más a los azules que a los blancos, por de pronto. La tirada de su diario aumentó al romperse las hostilidades. Pero lo hizo mal. Los alemanes por algo se anunciaban y los franceses por algo dejaban de anunciarse. Cadenas iba a Italia a injuriar el sentimiento purísimo de aquel país, el Sr, Pujol a Viena a ensalzar a nuestros antiguos enemigos de nuestras libertades comuneras; Azpeitúa radiografiaba todos los días los bulos alemanes. Y *Azorín*, *Insúa* y Camba tenían que acomodarse a la buena de Dios, en la pobre angostura que la suerte les deparaba.

Sin peones francófilos ahora, no sabemos qué rumbo tomará D. Torcuato. La empresa empieza a fallarle como empresa. Este sistema de nadar entre dos aguas empieza a ser descubierto hasta por los más miopes. Las capacidades se le van. Los que le quedan –*Salaverría*, Cadenas, *Azpeitúa*, *Schneider*– todos pueden llamarse de tú, sin que se resienta la jerarquía de ninguno. *ABC* –con

estas recientes defecciones– se convierte en lo que quería ser: en el órgano de la clase media española que no piensa; en la voz de la gente bien que habla de las cosas de memoria y al buen tun tun; en el periodiquito bien confeccionado, en lo material, pero sin contenido espiritual alguno; en el diario de los que se deshacen la cabeza, discurriendo jugadas de *pocker* y pensando combinaciones para el Palace Hotel, a la hora del *The Tango*, de la *Motmartrense* y demás cursilerías de esta laya, que se nos han venido encima.

A D. Torcuato, actualmente, le cabe la gloria de llevar la batuta en esta orquesta.

Iberia (01-12-1917)

La fauna germanófila

Antonio Azpeitúa

Javierito Bueno, antiguo redactor de *España Nueva*, muchacho delgadito, afeitado y de ojos vivos y penetrantes, visitó en cierta ocasión en París, a S. A. R. la Infanta doña Eulalia de Borbón. Acababa de publicar S. A. el libro *Au fil de la vie*, que tanto enojo produjo a los Jefes de las Casas Reinantes Europeas. Javierito se retrató al lado de la Infanta. Una revista americana, Mercurio, publicó la fotografía. Javierito Bueno está como asustado, como estático, ante las faldas principescas. La Infanta escribe, y el antiguo redactor de *España Nueva*, de pie, ante la mesa-escritorio de S. A., tiene toda la traza de un *valet de chambre*. Allí se dibuja ya la futura germanofilia espiritual de *Antonio Azpeitúa*.

Germanofilia, no hay que insinuarlo siquiera, de un *valet de chambre*. Su teoría sobre la palabra de honor –a propósito del submarino escapado de Cádiz– es la teoría de un doméstico. Hizo bien en fugarse el comandante teutón porque no había dado palabra de honor de no escaparse a los jefes españoles del Apostadero. Había unas leyes españolas que impedían la fuga, había un pacto de honor tácito, había la prohibición expresa, terminante, consignada en la legislación vigente de un país neutral. Pero un *valet de chambre* no entiende de tales cosas. Si yo robo, que me absuelva el tribunal porque no he dado palabra de no robar. ¡Donosa ocurrencia la de *Antonio Azpeitúa*! Esta teoría, tan alemana, no había tomado carta de naturaleza entre nosotros, hasta que no la ha divulgado el seráfico *ABC*, por medio de su redactor corresponsal en Berlín.

Javierito Bueno, como *Salaverría*, el futuro Coronel de Zona, no fue germanófilo desde el principio de la guerra. Conviene esclarecer este hecho para dejar las cosas como son. Al romperse las hostilidades, estaba Javierito Bueno en París. En la revista española *Mercurio*, que se publica en Nueva-Orleans (Estados Unidos) –Association of Commerce, Bldg. Magacine,– Javierito Bueno escribió crónicas aliadófilas en los meses de Agosto, Septiembre y Octubre de 1914. Simultáneamente, y con el motajo ese de *Antonio Azpeitúa*, comenzó a escribir artículos germanófilos en *ABC.* La duplicidad psicológica de un escritor de esta laya, sería censurable en un país que tuviera fuertes nociones éticas. Mas aquí nadie se sorprende de nada. Siempre estamos todos al cabo de la calle.

Azpeitúa vaticina, profetiza, juzga, resuelve; falla los más arduos problemas de la estrategia. Se adivina siempre que está bien informado. La ofensiva de Italia la anunció él concretamente, días antes de que se llevara a cabo. No le sorprenden jamás a Javierito los acontecimientos. Huele a *rapports* de espionaje y a sueltos oficiosos de Estado Mayor que apesta. No es o no parece un escritor libre que dice su convicción sin trabas; es un mero traductor, un ayudante de secretaría, un *attaché* sin cargo al presupuesto público, de los prusianos. De los prusianos que no siempre le tratan con las consideraciones que un *valet de chambre*, obsequioso, tiene derecho. Ahora, recientemente, no le ha recibido el comandante del submarino que se fugó de Cádiz. ¿Por qué? ¡Terribles arcanos estos de la psicología alemana! ¿Le parecía al señor comandante peor la explicación oficiosa de la fuga que el mismo hecho de la escapatoria? Pero ¿y las consideraciones debidas a un redactor de *ABC*? ¿Es que ha habido una mala inteligencia entre los compadres?

Javierito Bueno pasó por la prensa española fugazmente, como un meteoro. Hizo unas crónicas con un tono subido de malignidad. Los chicos de la prensa comenzaron a llamarle Bueno el Malo, en contraposición al otro Bueno, al elegantísimo y agudo crítico de teatros de *Heraldo de Madrid*. Marchó a París Javierito: cantó entonces el perfume del Boulevard, las cocotas, los apaches, los melenudos, los estudiantes, las grisetas, las *danseuses*, las *chanteuses* del Boulevard. Con esas crónicas comenzó a hilvanar libros, que tenían portadas procaces y sicalípticas. Hembras en camisa y sin corsé, enseñando unos pechos lacios y unos cerquitos morados en torno a los ojitos

de gata; unos bracitos tuberculosos y agostados abrazaban panzudos y rotundos vientres aburguesados. Con estampitas así, el vicio de la lujuria –una lujuria cuaresmal– no ofrecía ciertamente los mejores atractivos.

De sicalíptico ha pasado *Antonio Azpeitúa* a germanófilo. Es una evolución natural y razonable que algún día explicaremos y justificaremos en hechos de experiencia. La fuerza suprema del espíritu no puede revelarse en todo su esplendor, a los que se revuelcan con mujeres flacas de ojeras amoratadas. Estos escritores sicalípticos, estos corruptores de menores, tienen que ser, fatalmente, el último puntal de los sables prusianos y de las palabras de honor de los marinos que se fugan.

La Condesa de Pardo Bazán

La señora Condesa de Pardo Bazán es una germanófila vergonzante, del grupo de las científicas. Doña Emilia que habla de muchas cosas de memoria, desde que la hicieron Profesor de la Central –por algo la señora Condesa pertenece a la hornada de Burell– y antes de que la nombraran, doña Emilia que va llegando a una lamentable chochez espiritual, va dejando de ser eximia. Lo lamentamos por ella, que tenía tal apego al mote este, que a nosotros nos excomulgó una vez por llamarla a secas distinguida. Fue la Condesa a Salamanca a una velada conmemorativa del poeta Gabriel y Galán. En una revista que hacíamos unos cuantos muchachos, *Gente joven*, la llamé distinguida. Ya en el coche-salón mostró su disgusto la autora de *Los Casos de Ulloa*[160], ante la Comisión de fuerzas vivas, apenas hubimos salido de Medina del Campo. Los tres o cuatro días que permaneció doña Emilia en Salamanca me puso un hociquito de cuatro varas. Y al despedirme, ya más reconciliada conmigo porque la preparé un buen recibimiento en Alba de Tormes donde la charanga la saludó a los acordes del pasodoble de Machaquito, la eximia me dijo gentilmente:

–*Ego te absolvo!*

La absolución de la sacerdotisa gallega conmovió mis entrañas, pero sus libros, sus artículos, me gustan cada día menos.

Decía que Doña Emilia –¡*perdón*!– decía que *Madame la Comtesse* –no se apea del título aunque la aspen– es una germanófila vergonzante. Con sus reservas, con sus distingos, pero germanófila al fin y a la postre. Ella parte de ciertos principios biológicos para justificar su postura ante la guerra, como si esta postura no estuviera suficientemente justificada con decir que los periódicos germanófilos pagan mejor su colaboración que los de la acera de enfrente. Así, en *Los Lunes de El Imparcial*, correspondiente al 26 del mes pasado, en un artículo titulado *Dice el doctor*, diserta la señora condesa sobre el instinto, a propósito del libro del Dr. Turró*, Los orígenes del conocimiento.*

Lo único que nos está permitido –escribe Doña Emilia– es encontrar en el libro un pretexto para cribar nuestras ideas personales. Pase la metáfora gañanesca por una vez, pasen las alusiones de la profesora a sus lecciones universitarias; lo que no puede pasar es su aserto de "que la necesidad de nutrirse dio nacimiento a la civilización y al arte". Asoma ya su oreja la señora catedrática. "El hambre –dice con otro motivo– es el estímulo más constante y decisivo para despertar la inteligencia, no ha de dudarse". "La caza nace del hambre, y del hambre también, la guerra".

¿Comprendéis? Demasiado, tal vez, ¿no es eso, Doña Emilia, ante el libro de Turró, que ha entendido a medias allí donde lo ha entendido, trata de cohonestar la posición de los Imperios Centrales, haciendo el elogio de la fuerza bruta, de la ausencia del honor colectivo, del incumplimiento de la promesa hecha, en nombre del instinto, del hambre de territorios, del anhelo de formarse podando a los débiles, porque el instinto es superior a todas las leyes, ya que del instinto surgen y el instinto, el puro instinto, las formula.

Esta Doña Emilia –¡*perdón*!– esta señora Condesa de Pardo Bazán es así: Germanófila, Conservadora, Reaccionaria. Admiradora –aunque ella no lo dice– de Sánchez Guerra en la política, del Marqués de Figueroa –su paisano– y de Cavestany en lo literario, del gallardo y hermoso general Wegler en lo militar. Luego, este ambiente en que se mueve la señora Condesa la va perdiendo sin remedio. La moda es estar con Alemania; además el Príncipe de Ratibor da excelentes comidas en la Embajada. Y Lola la Duquesa, Paquita la Generala, la Álvarez de Arellano de Castilla y

[160] Así en el original por *Los Pazos de Ulloa*.

de Aragón, y la Rodríguez de Córdoba Murcia y Portocarrero son germanófilas. En Palacio no sientan mal ciertas preferencias. Y Jaime su retoño recoge el mismo eco en la Gran Peña, aunque su hijo político, el general de Cavalcanti y de Alburquerque, el héroe de Taxdir, parezca un aliado de tomo y lomo, después de su regreso de Udine, sobre todo.

No nos venga Doña Emilia apedreando con su enorme y cuantiosa labor literaria. La conocemos y la recordamos perfectamente. Doña Emilia ha conocido todos los recovecos y sutilezas del estilo, pero los mundos de la emoción han estado siempre herméticamente cerrados para ella. El precioso vestido recamado y adornado de piedras preciosas alguna vez, ha encerrado bellos cuerpos, pero eran fríos y de mármol; de carne, nunca. No ha vibrado jamás Doña Emilia ante el alma de las cosas. Aun en su época rabiosa de naturalismo, su naturalismo era una inclinación regional, galaica, tolerante con los pecadillos del espíritu, o también un recetario para el arte de escribir novelas, antes que una actitud espiritual adoptada con plena conciencia artística. En cuanto a sus libros de cocina, nos dice un *gourmet* inteligente que en todos sus platos recomienda el ajo, condimento que explica, entre otras cosas, sus amores por los yantares teutónicos, además del origen suevo de los galaicos ¿O será la germanofilia pardobaziana una simple fase del regionalismo gallego? ¿O querrá hacer la competencia a Génova con ese bulo del nacimiento de Cristóbal Colón, *Chi lo sa*?

Lo que sabemos es que en Pontevedra Doña Emilia es nea. Ella no lo sabría y casi, casi, tampoco nosotros antes de estallar la guerra. Pero al fulgor de los resplandores que lanzan los proyectiles con que se destrozan los hombres en el altar de Europa, en su espíritu lucían las hogueras rojas de la Inquisición de los Felipes. Hermoso espectáculo estético: ¿no es verdad, señora Condesa?

Iberia (08-12-1917)

La fauna germanófila

De Madrid: Pío Baroja

Confieso no contarme en el número de los que admiran incondicionalmente a Pío Baroja. Confieso, igualmente, no pertenecer al grupo de aquellos que le denigran sistemáticamente. Pío Baroja me parece, sencillamente, un escritor más, un novelista más, un crítico más, de los que en este país critican, novelan y escriben. No me parece justa la afirmación de *Azorín* cuando asevera que Pío Baroja es, derechamente, el continuador de nuestra literatura picaresca. Pero *Azorín* es una excelente persona, gran amigo de sus amigos, aunque no siempre correspondan a su efecto con absoluta y desinteresada reciprocidad. Tampoco me parece exacta la postura de aquellos que consideran a Pío Baroja como uno de tantos folletinistas. Claro está que Baroja está muy por debajo del Sr. Fernández y González, por ejemplo, pero que está muy por encima del Sr. Cirici Ventalló. Si convenimos en que Baroja es un folletinista, hay que llamarle por lo menos distinguido. *Las Inquietudes de Shanti-Andría*[161] están por encima de los folletines de Carlos Navarro Villoslada y de Enrique Pérez Escrich.

Ahora, como filósofo, Pío Baroja discurre, cuando discurre bien, como un mediocre profesor de Psicología de Calabria, del Sur de Francia o de Andalucía. Nada más y nada menos. Su filosofía es la filosofía de un solitario. No basta carecer de afectividad, convertirse en *poseur*, pasear a largas zancadas por las calles y odiar a la humanidad, para erigirse en definidor de la obscuridad latina y de la claridad alemana. No basta llevar la contraria a los que entienden de las cosas, para que se aplauda, desde luego, una originalidad bastante sospechosa. No basta escribir sin sintaxis, a ratos sin ortografía, y pensar siempre arbitrariamente, para que nos quitemos el sombrero y rindamos pleito homenaje a los señores que carecen del sentido de la lengua y de otros sentidos.

Pío Baroja, es, o dice que es, germanófilo. Araquistain, años ha, en aquella excelente revista Hispania que editaba en Londres el Sr. Pérez Triana, trató de penetrar en las razones de esta germanofilia. Pío Baroja es panadero. Algunas veces, en los motines, la plebe ha asaltado la pa-

[161] Así en el original por *Las Inquietudes de Shanti Andía.*

nadería del folletinista misántropo. Sospechaba Araquistain que cree Baroja que en Alemania no son posibles los asaltos contra las tahonas, explicando así sus furores germanófilos.

Podrá ser exacta esta sospecha, que no es el amigo Araquistain de los que se maman el dedo... Pero con la venia del querido director de España, nosotros sospechamos que hay otras razones ocultas. La pose del escritor de llevarle la contraria al lucero del alba. El culto, más real que aparente, que rinde este escritor a la fuerza bruta. La envidia de no poder ser Baroja tan preciso como un inglés, tan claro como un francés y tan artista como un italiano. El desconocimiento absoluto que tiene este escritor de los valores clásicos y permanentes de estos pueblos, de un Shakespeare, de un Montaigne, de un Dante Alighieri. La falta que se nota en su labor literaria del conocimiento de las humanidades. El deseo de epatar a las buenas gentes con gestos que parecen desconcertantes, y, que, en el fondo, se explica uno fácilmente delante de sus libros. Que no nos parecen, repetimos, una cosa del otro jueves, ni tampoco una labor desdeñable en absoluto. Porque en la historia del folletinismo español no podrá prescindirse de dedicar cuatro o cinco líneas a la obra total de Pío Baroja.

De mi Pueblo: En la botica

He aquí los personajes: Don Jacobo, paralítico, tuerto, jorobadete, con la espina dorsal ladeada, maligno, socarrón, bastante mediocre de mollera, aunque él se imagine otra cosa; don Torcuato, octogenario, carlista, de voz bronca y desagradable; don Cayetano, cieguecito, buena persona, con vida vegetativa como un alcornoque o como un sauce; don Pedro, el cacique, de plática agradable, con aquel barniz superficial que tiene aquel que ha viajado mucho y no ha pensado nada; don Emeterio, maestro jubilado, más listo que todos ellos, y que por no chocar con todos, se callaba muy buenas cosas; don Crescencio, procurador, listo, pero bastante insincero y demasiado complaciente con aquella morralla; don Luis, el boticario, de procedencia liberal, francófilo tibio, pero bastante obsequioso con sus contertulios porque ellos le pagan el alquiler de la botica.

Llego a la tertulia; falto unos años de ella; saludo a don Luis, a don Crescencio a don Pedro, a don Emeterio, a don Cayetano, a todos.

Se habla de los Madriles. Primero del clima, tema importante para catarrosos y valetudinarios. Luego de política, sujeto de charla muy socorrido para los ociosos. Cuento lo que puede estar al alcance de aquella gente.

Sale la huelga de Agosto. Y mi detención.

Don Jacobo, el paralítico, con sonrisa de conejo helado, me dice a guisa de exordio:

– ¿Hubo dinero, eh, Pepito?

– Creo que no –replico.

– ¿Por qué?

– Porque si lo hubiera habido hubiera usted andado en el ajo de tesorero, don Jacobo.

Me miran horrorizados aquellos enmucos[162]. Tienen el alma metalizada, llena de cobre con cardenillo. Son, casi todos –todos no– gentuza despreciable. Gozan con el mal ajeno y el bien del prójimo les interrumpe el reposo. Conocemos a estos esclavos los días de amargura, volviéndonos la espalda, y los días de triunfo, arrastrándose detrás de nosotros como culebras. Son –no hay que decirlo– germanófilos del grupo de los analfabetos, porque el que sabe más de aquellas cosas –quitando a don Emeterio y a don Crescencio– sabe que el Káiser se llama Guillermo II.

Se habla de Unamuno. Unamuno acaba de ser nombrado concejal en la capital de la provincia a que pertenece mi pueblo. El jorobadete tiene un odio feroz a Unamuno. El buen maestro le cantó las cuarenta en cierta ocasión a don Jacobo. Don Jacobo ha sido toda su vida un eterno fracasado. Como leguleyo aconsejaba bribonadas a los tíos. Como concejal, dejaba que su sobrino el Alcalde hiciera una carretera para sus coches, con grave daño de la comunidad. Como hombre rico, presta dinero al cinco por ciento a un usurero rústico para que éste, a su vez, lo preste a los infelices al doce por ciento con hipoteca. Don Jacobo, leyendo el periodiquito de la capital, dice de Unamuno:

– Unamuno está loco.

– Acaso –le replico– otros no pasan de tontos.

– ¿Eso quiere decir algo, Pepito?

– Literalmente lo que usted oye, don Jacobo. –Y es preferible siempre el loco al mentecato.

[162] Tal vez, aunque parece un poco fuerte, quiso decir *eunucos*.

– ¿Pero aquí hay mentecatos?
– Y ¿quién dice que los haya?
– Tampoco dices que no.
– En efecto; tampoco lo digo.

Me divierte molestar, pisar, a aquella vil alimaña de don Jacobo. El boticario, como siempre, se siente conciliador. Don Emeterio, que es pariente mío, procura alejar la tormenta que se viene encima.

Breve pausa.

La guerra. Hindenburg es un tío. Los intelectuales –bien claro está– están al lado de Francia por el dinero.

– ¿Qué, don Jacobo? Más claro.
– ¿Te sientes aludido?
– Naturalmente. Como usted se sintió aludido cuando yo hablé de mentecatos.

El mazazo ha descompuesto a la sabandija. Cambia de tono. Habla humildemente:

– ¡Eso dicen, hombre!
– ¿Quiénes?
– ¡Hombre, *El Debate*!
– ¡Ah! ¿Y usted cree al *Debate*?
– Según...
– Cambó, Rodés y Ventosa roban.

Don Jacobo, que lleva la voz cantante, tampoco puede ver a los catalanes. A mí no me gusta Cambó, pero de eso a lo otro...

– Don Jacobo; Cambó es rico. Lo son Rodés y Ventosa. Mucho más que usted que cree tener cogido a Dios por los pelos con sus doce mil pesetillas de renta anuales. Esos caballeros serán malos políticos, lo son, aunque usted no puede decir eso porque acaban de prestar un buen servicio a los don Jacobos. Pero no son ladrones, ¡caramba! ¿También lo dice *El Debate*?

Don Jacobo se amilana. Está pensando en decirme algo feroz. Yo le espero abierto de capote al gran marrajo. Ya me embistió:

– Pepito, ¿qué tal se está entre guardias civiles?
– Bastante bien, don Jacobo. Pero cuando se va entre ellos por delitos comunes, no sé cómo se estará. Acaso lo sepa alguno de los ascendientes de usted.

Nada. No nos enlanamos[163]. El toro este es de la tierra. A la hora del castigo, hurta el cuerpo bonitamente. Pero no ofendamos a los toros de la tierra; no quise indisponerme con mi amigo el Sr. Marqués de Llén. Son bravos y codiciosos los toros de la tierra: conste.

Las ocho. Días de Pascua. El grato braserillo casero nos reclama al nido familiar. La Plaza está envuelta en una niebla espesa y húmeda. Los germanófilos salen lentamente de la botica; parecen asilados de un Hospicio.

Iberia (15-12-1917)

Ricardito León

No conozco a Ricardito León. Los que le conocen afirman que es una persona excelente y bondadosa a macha martillo. Es pequeñito, modesto, sencillo y miope. Adora a su anciana madre. Es un probo empleado del Banco de España. Empezó a escribir con nosotros en una revista de Madrid que se llamaba *Sagitario* y en otra revista malagueña que se llamó *Gibralfaro*. Vivió en Málaga y en Santander. Un hijo de Amós Escalante, el malogrado escritor montañés, me hizo que me fijase en su prosa. Me fijé en la prosa de Ricardito León, obedeciendo las indicaciones de mi condiscípulo. No pude pasar de la primera página. Intenté leer después *Casta de hidalgos*; no pude pasar del prólogo. Estuve preocupado pensando si yo carecía del sentido de la lengua; pero me tranquilicé después sabiendo que *Azorín* y otros escritores que yo pongo sobre mi cabeza no pudieron tampoco hincar el diente a la novela de Ricardito.

Ricardito es maurista. Fue derrotado en no sé qué elecciones recientes. Admira a Don Antonio Maura y le ha dedicado un soneto, que rima –como diría Bagaría–con la levita, con la prosa y

[163] Popularmente en algunas regiones "enredarse en una disputa, pegarse".

con el gesto del solitario de la calle de la Lealtad. Ricardito, apenas salido de la infancia, comparte sus tareas con Cavestany, Conmelerán y demás inmortales de la Academia. Nació ya académico Ricardito León. Su labor literaria consta de muchos libros que tienen su clientela entre sacerdotes, profesores de literatura, registradores de la propiedad, notarios y señoritas románticas y ajamonadas. Nosotros no hemos leído esos libros, pero hemos oído hablar de ellos a personas, que, aunque no los hayan leído del todo, nos han hecho formar una idea bastante aproximada del temperamento literario del escritor malagueño.

Escritor como Ricardito León es cosa fácil. Es tarea de calco, de taracea, de inistación[164] formal, de revoque externo. Dice, por ejemplo, Cervantes, describiendo irónicamente la salida del sol: «Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos» con todo lo que el lector conoce. Pues Ricardito en *Amor de los amores* dice algo así como esto: «Apenas había la plateada luna tendido sobre las perfiladas torres de la vieja urbe los plateados resplandores de sus cabellos argentados» etc., y está listo. Escribe lo mismo que una señorita aprende el manejo de un piano. Cree mi autor que todo estriba en teclear, y teclear para él consiste en una imitación puramente externa de los clásicos. Y no de los mejores. De lo que es el clasicismo, de su espíritu renovador y fecundo, del estilo como expresión de un temperamento, no ha aprendido nada en Málaga y en Santander Ricardito León.

Y Ricardito es germanófilo. En primer lugar, porque eso se lleva entre la gente bien. En segundo, porque un empleado probo del Banco de España no puede, sin harto riesgo de ser juzgado como un botarate por los señores consejeros, ponerse al lado de esa Inglaterra tan odiosa, de esa Francia del cancán y de esa Italia masónica. Y cuidado que lo del can-can, traducido al castellano, seduce a nuestro autor; es un pillín, que, de cuando en cuando, dispara prosa pseudo-clásica contra Pastora Imperio, la señora (cuyos pies beso) de Rafael el Gallo. Además, es germanófilo Ricardito porque hace papeletas en la Academia y ya hemos convenido que las papeletas vienen de Alemania, como las salchichas de Francfort. Don Antonio ha declarado también que no hemos recibido agravios de Alemania, ya que eso de echar a pique nuestros barcos ha sido prueba palmaria de consideración y afecto a nuestra bandera. Razones todas por las cuales el autor de *Casta de hidalgos* es un firme puntal de la germanofilia corriente y moliente de nuestros días.

Ricardito fue al frente alemán llevado por *El Imparcial*. Fracasó en el empeño. Para hablar con alemanes parece que lo primero que hace falta es saber alemán, y Ricardito no lo sabe. Pero, en fin, los oficiales alemanes suelen saber francés y en francés puede uno entenderse en caso de apuro; ahora, Ricardito León, clásico, no sabe francés. ¡Qué caray! Todavía puede uno no saber ninguna lengua, y tener ojos en la cara, y enterarse. Ahora, Ricardito León es miope. De esta laya, realizó una tarea que podía haber hecho lo mismo, sin moverse de Madrid, al lado del brasero de la camillita de su despacho. El académico fue a Germania a hacer literatura.

Repásese ese libro que se llama *Europa trágica*. Yo no lo he abierto, pero es lo mismo. Abierto al azar basta y sobra para enterarse uno. Abro por cualquier lado: es igual. «Cap. IV.– Hechizado aún por las lágrimas de aquella triste Margarita de Borgoña, llego a Frasee, un pueblecito alegre y pinturero que se apiña, como un rebaño de ovejas. El astro rey que, es pleno solsticio, acaba de remontar las cumbres del Laverón, después de acicalarse en los lagos purísimos y azules de la vertiente opuesta, cunde por la llanura verdega y… El cielo ríe de júbilo...» Otro lado: «esa pálida rubia de los ojos Havos, que, según entendí, se llama Gretchen; esa otra damisela, enfrascada en la lectura de un libro desde que subió al tren…» Al medio: «Monótono y gris, a pesar de sus bosques y jardines inmensos, hallo el paisaje berlinés muy semejante a la enorme villa, sosa y glacial, con todo su esplendor ultramoderno...» Al fin: «Caucho, níquel, oro: he aquí lo que trae por vellocino el *Deutschland*. Pero trae, con todo eso, algo mejor: un triunfo pacífico, una victoria sin sangre que añadir a las glorias modernas de un imperio que sabe resucitar las gestas olvidadas y dar asunto a los poetas nuevos con las hazañas de los Bölke, los Spiegel, los Müller y los König, héroes de nuestro siglo».

Y van roncas las mujeres
Empujando los cañones,
Al pie de libres pendones…

Y en nuestros dominios no se ponía jamás el sol.

---

[164] Así en el original, tal vez por *imitación*.

Por esa labor, me ha dicho un redactor de *El Imparcial* que cobró el Herr Académico cerca de treinta mil pesetas. No es mucho. La misma cantidad cobraba Burell por hacer preámbulos tan malos a sus botaratadas y disparates ministeriales.

Iberia (22-12-1917)

Gómez Hidalgo

El señor Gómez Hidalgo es un muchacho afeitadito, antiguo redactor de *El Liberal*, que ganó mucho dinero con un periodiquito cochino que se llamaba *La Hoja de Parra*. *La Hoja de Parra* –dos o tres números cayeron en mis manos pecadoras– tenía grabados muy malos, de un dibujante llamado Demetrio, que representaban mujeres gordas en corsé, senadores sicalípticos, viejos verdes y estudiantes procaces a los que se les enturbiaba la vista contemplando unas ligas mujeriles. Aquel periodiquito vivió bastante; engordó Gómez Hidalgo, compró dos gabardinas y se retrató en París, en los bulevares, con el torero Vicente Pastor.

De Gómez Hidalgo puede contarse poco literariamente. Es, a lo sumo, un reportero distinguido. Es capaz de escribir un artículo contando las incidencias de un fuego o la muerte de un picador. Nada más. Pero como dirige periódicos, y ahora se halla al frente de ese diario *El Día* que pagan los industriales alemanes señores Manesmann, Gómez Hidalgo se oye llamar ilustre a cada paso. Y lo peor es que se lo ha creído. Más todavía: trata así, con un leve desdén de superioridad, de compasión, a los plumíferos que no se codean con Alcalá Zamora, el troglodita ese, o con Manolito García, el de Astorga, por otro nombre el yerno de Montero Ríos.

La historia periodística de Gómez Hidalgo cabe, no obstante, harto holgadamente, en un papel de fumar. Y no se necesita texto alguno en el papel. Con un grabado, algo tosco, se simboliza mejor. Una camarera enseñando unas ligas, basta. Y debajo: 10.000 estudiantes, soldados de guarnición, cocineras alegres, viejos admiradores de la Chelito y algún pollo bien, de estos que antaño jaleaban a Sánchez Guerra y hoy a La Cierva, amparo, sostén, soporte y barriguda columna de nuestras caras y venerandas tradiciones.

El señor Gómez Hidalgo es germanófilo. Eso se asegura, por lo menos. En *El Día* comenta las operaciones de Hindenburg Fernandito Weyler. *Hispanus*, o lo que es igual *Scheneider*, o dicho de otro modo, Domingo Tejera, lleva el negociado de la política internacional de los Imperios centrales. Don Tomás Elorrieta, un redomado escéptico, que actúa de secretario del señor Presidente del Consejo de Ministros, es el encargado de la alta política y de las *interviews* con los peces gordos. Antoñito de Hoyos y Vinent se cura de la crítica de libros, de la crítica de cuadros y de las piedras de las ciudades viejas. Unamuno, a pesar de su aliadofilia indiscutible, está encargado de la santa misión de administrar inyecciones de brío espiritual al público troglodita de *El Día*, y Gómez Hidalgo, en este concierto peregrino, templa gaitas, suaviza asperezas, lima hierros, se deja llamar ilustre y se entiende con Melgarejo, que, a su vez, se entiende con los Manesmann.

No creo yo que sea muy compleja la germanofilia del señor Gómez. Pertenece a la misma clase que la del boticario de mi pueblo. Si le preguntan a Gómez –es una pregunta como otra cualquiera– qué poblaciones baña, por ejemplo, el Rhin, se verá en el mayor de los apuros. Realmente, no hace falta conocer el curso del río de la leyenda para ganar dinero con una parra y con una hoja.

Si yo lo traigo aquí, a estas columnas, es sencillamente por un exceso de cortesía y de buen humor que nunca me agradecerá bastante.

Iberia (29-12-1917)

Niceto Alcalá Zamora

Recordemos... Recordamos que don Niceto, físicamente, es un abogadete de una cursilería aterradora. Lleva cuello de pajarita, un terno de empleado de Rentas estancadas, un hongo negro y unos ricitos, ¡tan cucos, tan monos, tan retrecheros! Parece un tenor sin contrata, un publicista sin editor o un picapleitos sin clientela. Procede de La Carolina (Jaén), por donde es diputado a Cortes. Era el chico más listo de La Carolina. Cuando el Registrador ponía tres pesetas al 9 rojo en la ruleta, Nicetín se enfurecía y le hablaba de la seriedad de la profesión hipotecaria.

Cuando los chicos de La Carolina hacían el amor a las muchachas, Nicetín empollaba, como un hombre, el programa de oposiciones al Cuerpo del Consejo de Estado. Cuando los aficionados de La Carolina representaban *El tanto por ciento*, en el teatro del Ensanche, Nicetín, la futura gloria del pueblo, pensaba en el espadín, el chambergo con plumas y el uniforme galoneado de ministro de la Corona.

Niceto vino a la corte del oso y del madroño. Se llevó la plaza del Consejo de Estado e intimó con Romanones. Como el Conde no es precisamente un temperamento retórico, las metáforas de trapo viejo del chico listo de La Carolina le llegaron al alma. Y comenzó a protegerle. Le hizo diputado. En el Congreso comenzaron a desesperar a los taquígrafos unos discursos rizaditos, acarameladitos, dulzarrones, azucarados, cursis. Moret tomó en serio al clown de La Carolina y los catalanes comenzaron a desesperarse con *En* Alcalá. El pollo se abrió paso. Tuvo su bufete. Pero Romanones no le hizo Subsecretario y el andaluz riñó con el Conde. Se marchó con García Prieto. García Prieto no pudo hacerle ministro, y Alcalá, con el Barón de Velasco y otros distinguidos tratantes de ganado de cerda, se declaró autónomo.

Tuvo un momento de esplendor Nicetillo. En las Cortes de Canalejas –mayo del 12– el chico más listo de La Carolina pronunció su discurso contra las mancomunidades. Habló después de Fernando Soldevila. No hemos oído nunca –¡en aquella Casa!– más dislates y ramplonerías. Dirigiéndose a los maceros, Nicetillo remató su discurso increpando a los Reyes Católicos. Ni doña Isabel, ni don Fernando se dignaron levantarse de sus tumbas para oír tanta sandez. Nicetillo se arrellenó en su escaño, se atusó los ricitos rebeldes, Canalejas se rio sarcónicamente[165], el Conde se frotó las manos pensando en una zancadilla gitana y estos buenos chicos de la Prensa, que no han leído los Oficios, de Cicerón, y que a duras penas saben quién era Demóstenes, afirmaron que «Nicetillo era un orador de cuerpo entero, que daría días de gloria al Parlamento español.»

Nicetillo es amigo de los boches. Les ha dado el nombre para fundar el diario *El Día*, donde los germanos hacen de caballo blanco. Nicetillo, germanófilo, es todo un símbolo. Abogado, retórico, vacuo, huero, con una ignorancia enciclopédica verdaderamente prodigiosa, *En* Alcalá Zamora hace párrafos resobaditos y rizaditos como una vela de primera comunión o como manteca de Soria preparada en caja de Pascuas. Gómez Hidalgo, naturalmente, le admira. Fernandito, el chico de Weyler, le admira también. Elonieta[166] no le admira, pero finge que le admira. Y todos estos pobrecitos de Dios han armado esta orquesta, dirigida por ese Coppel de *La Patria* y de la *Verdad* y de los relojes malos, por esos Manesmann que matan soldados españoles en el Riff con plomo alemán, por ese Melgarejo encargado de la distribución –no muy pródiga, a lo que tardan en pagar a ciertos colaboradores– de los billetes y plata menuda.

Ahora Nicetín es ministro. Todo llega en este mundo, hasta la cartera de Fomento. Antirregionalista, colabora con catalanistas; enemigo, según dicen, de La Cierva, le quita el sombrero y le limpia las botas de montar sobre el país al entrar en los consejos; enemigo del Conde, sonríe a Jimeno, el encargado de arreglar los barcos; molesto con Alhucemas, se deja presidir por él... A cambio de todo esto, lucirá en La Carolina ante sus amigas de la infancia, ya jamonas, el chambergo, la banda, el espadín y el uniforme de gala.

Este hombre es la impaciencia y la osadía elevadas al cubo. Bochero, botarate, vacío, tránsfuga de todos los campos, Alcalá Zamora es un digno amigo de los teutones que echan a pique barcos españoles en aguas jurisdiccionales. Esperamos una imprecación al Cardenal Cisneros, el día no lejano en que los submarinos vuelvan a matarnos cualquier marinero.

Iberia (05-01-1918)

Armando Guerra

«No me habléis a mí del conflicto de orden moral e ideológico que dicen que plantea la guerra –acaba de escribir este señor en *El Debate*–. ¡Eso es lo mismo que echar margaritas a puer-

[165] Tal vez *sardónicamente*, a no ser que quisiera formar un neologismo con sarcástica + sardónicamente, cosa más improbable a nuestro parecer.

[166] Así en el original. Seguramente se refiera al catedrático de Derecho Político Tomás Elorrieta y Artaza, (1884-1949).

cos!» *Lo riverisco, caro Commandante!* Me ahorra vuesa merced el trabajo de trazar su silueta espiritual, que ya intenté, por otra parte, el mes pasado, desde las columnas de *La Publicidad*, el querido y simpático diario de las izquierdas catalanas. «¡Eso es lo mismo que echar margaritas a puercos!» Vuesa merced reconoce que no tiene el más leve sentido del matiz ¿Conflictos de orden moral e ideológico al señor Comandante Martín Llorente? A otro puerco con ese hueso. Aquí de lo que se trata es de una guerra comercial. Aquí de lo que se trata es de la pérfida Albión, por un lado, y de la rubicunda y pudorosa muchacha de Alemania, por otro. Dinero, dinero y dinero. ¡Si lo sabrá el señor Comandante! Y de una cuestión de riñones, de muchos riñones, de pelotas, pero de muchas pelotas. Belmonte desafiando a Gallito. Y así este buen Armando Guerra[167] es el *Don Pío*, el *Claridades*[168], el *Sobaquillo*[169], el *Barquero*[170] de la estrategia militar. Los belmontistas de la estrategia le adoran. En el casino de Boñigas se leen únicamente *Sol y Sombra*, el *Piripitipi*, las crónicas de *El Debate*. Y yo que me hago unos líos espantosos, cojo el *Sol y Sombra* para empollarme el repliegue italiano y *El Debate* para leer las orejas que acaba de cortar Juanito toreando en competencia con el Gallo cadet.

Yo no quiero mal a *Armando Guerra*. Por el contrario, es el germanófilo militante que más estimo, aunque mi estimación no esté empleada aquí en la acepción catalana del vocablo. Me divierte el hombre, me esfuma el mal humor, me reconcilia con la vida. Me es harto útil el señor Comandante de *El Debate*. Su mentalidad me presta amplios horizontes mentales que no había columbrado antes mi espíritu. Su psicología de academia militar me revela la psicología de la oficialidad de mi patria española. Porque *Armando Guerra* tiene un valor representativo. Admira a los teutones por la misma razón que los salvajes contemplan boquiabiertos a los exploradores europeos que se ponen gafas para defenderse de los rayos del sol africano. Los salvajes advierten que los europeos se ponen las gafas para leer los diarios; los salvajes no saben leer, pero se ponen también las gafas. Así, *Armando Guerra* con los conflictos internacionales. Para orientarse por el dédalo de estas cosas, hay que saber unas cuantas que el señor Martín Llorente no sabe, ni por asomo. Hay que haber viajado un poquitín. Hay que saber alguna lengua más de las que se emplean en el cuartel. Y el hombre simplista como cerebro de un ser inferior, lo reduce todo a un simple pleito de criadillas.

¡Delicioso mi hombre, en verdad! Casi, casi tiene tanto público como *Don Pío*. ¡Y qué público! Abogadillos de cabeza de partido, clérigos de misa y olla, señoritos bien, boticarios de Compostela, oficiales de cuchara, serafines mauristas, croupiers profesionales: ¡todos los que han de reconquistarnos Gibraltar para que Mella pronuncie un discurso frente al Peñón! Por una ley psicológica muy sencilla de explicar, el señor ex profesor de la Escuela Superior de Guerra odia singularmente a los dos pueblos que en este conflicto tienen un contenido espiritual más complejo. Inglaterra e Italia. El conflicto de la dulce Francia, como es más sentimental que otra cosa, lo adivina mejor. En cambio, del papel de los Estados Unidos en la contienda no se le alcanza, naturalmente, un pelo. Los ingleses son unos patosos, los italianos unos tenores, que cantan unas romanzas en el Piave, y los yanquees... ¡Ah, los yanquees! Pero ¿es posible que el alma hispana no arda en indignación ante los choriceros de Chicago? Y mi hombre, en su prosa bizarra de cuartel, canta su alegría, y los cornetines inician la Marcha de Cádiz, y el recuerdo de las décimas de El Dos de Mayo pesa sobre los oídos:

Y van roncas las mujeres
empujando los cañones.
Al pie de libres pendones
el grito de patria zumba
y *Armando Guerra* retumba
y el inglés traidor se aterra,
¡y a Mella le falta tierra
para bailarse la rumba!

[167] Seudónimo utilizado por el militar de Alto Estado Mayor español Francisco Martín Llorente (1869 – 1937) para firmar sus artículos en *El Debate* durante la Primera Guerra Mundial.

[168] Antonio Saiz Navas (1901 – 1972). Periodista colaborador del diario burgalés *El Castellano* donde firmaba sus críticas taurinas bajo los seudónimos *Claridades* o *Don Avellaneda*.

[169] Mariano de Cavia y Lac (1855 – 1920). Periodista especializado en crítica taurina.

[170] Ángel Caamaño Izquierdo (1861 – 1927). Periodista, autor dramático y crítico taurino bajo el seudónimo de *El Barquero* o *El Chiclanero*.

¡*Armando Guerra* regocijado, saleroso, castizo, bravo e indomable Comandante español, cómo me diviertes! Te leo todos los días, por la mañana, a las ocho, al levantarme, al mojar la mantequilla en el pan tostado para sorberme el café. La mañana que me trae la chica tarde *El Debate*, me falta algo. No puedo vivir sin tu prosa. Eres el ariete de Poincaré, de Víctor Manuel, de Saboya, de Jorge V, de Alberto I, de Pedro de Servia, de Mr. Wilson, de Cadorna, de Joffre, de Sir Douglas, de Porro. ¡Pero, en cambio, te leen los turcos, columna de los serrallos; te leen en Berlín, puntal de los prusianos; te leen en las peluquerías, en los garlitos y en los prostíbulos, mi Comandante! Y mantienes el ardor en las filas de los trogloditas. ¡Sus, y a Gibraltar, buena gente! ¿Para cuándo lo dejáis? Oye, Armando: ¿pero tú crees que para Ratibor, y para Cooppel, y para los Manesmann, y para Klöheller, y para las vaporosas rubias vienesas, y para los cafés del Prater y de la Avenida de los Tilos, y para los taurófilos de Koenigsonoterháissen, y para los piojosos de Bulgaria, y para las chicas de los harenes, y para los perros sarnosos de Constantinopla, y para los jóvenes turcos de Stambul, y para el gallo con espolones de la Sublime Puerta, eres algo más que un payaso inapreciable?

Capitán de las huestes, turcófilas
Señor Capitán…

¡Cómo nos diviertes a todos! ¡Tienes un valor cómico verdaderamente colosal! ¡Y tú que no habrás caído en la cuenta! ¡Pero, hombre, digo, comandante, digo, troglodita de mis pecados! Tienes la agilidad del topo y la ligereza de la salchicha muniquense. ¡Que los trogloditas te coronen Emperador y Bulgaria, Turquía y Marruecos te sostengan en tu trono! ¡*Deutschland, Deutschand über Alles*, mi Comandante!

Iberia (12-01-1918)

Tres, eran tres…

«Desde enero del año próximo verá la luz pública, en Madrid, *Renovación Española*. Es una revista de política y de literatura, de economía y de enseñanza, de sociología y de arte; en suma: de dinamismo y de cultura. Consciente del peligro a que se abraza, tiene ella (sobra el ella, señor profesor) la valentía de su estilo». Ya lo vemos, y así reza el prospecto de una nueva revista germanófila con que nos van a amargar los alemanes este año corriente y moliente de 1918, que tan mal comienza con la sargentada.

Redactores son *Xenius*, el hombre de todos los empleos de la Mancomunidad y de todas las planchas; el griego del *Institut del carrer del Bisbe* y el genio malo del *Glosari*; redactor es Perico Martín Robles, un neo de tomo y lomo, que escribe muy bien y que profesa la cátedra de literatura castellana del Instituto de Tarragona; redactor es un galleguito, Eloy Luis André, opositor de oficio, catedrático de Toledo, pesado y macizo como un casco de Prusia; redactor es Quintiliano de Saldaña, el hombre que con Abilio Calderón comparte en Palencia la admiración de sus paisanos, muchachote de cerebro amargado, mezquino y un poco cursi; redactor es, en fin, León Martín Granizo, mozalbete achaparrado, gordezuelo, regordete, con gafas ahumadas, retoño mayor del Habilitado del clero en León, muchacho despejado –¡qué caray!–y no tonto del todo, que ha estado en Sofía y se siente bulgarófilo, porque en el Ateneo nadie puede contradecirle.

Esta *Renovación Española*, que viene a merendarse *España*, como cuenta Saldaña a sus íntimos de *El Correo Español*, parece cosa, principalmente, del profesor palentino y del turista de Sofía. Aquél, para que le publiquen las cosas, funda una Revista, y Granizo escribirá en ella más que el Tostado para vengarse de lo mucho que se aburre en Lens, junto a San Isidro, y quejoso de que el Conde de Sagasta no le considere como hombre de talento, lo cual, después de todo, debía tenerle más alegre que unas Pascuas. Pero Saldaña se educó en un Seminario y Granizo lleva, como su padre, no un cura, sino todo el clero en el bolsillo. La *Renovación* será, pues, de sacristía y a los ignorantes nos apedrearán a todas horas con dilemas, sorites, artimañas y silogismos. Aplastarán, por ende, a *España* revista y a España nación y nos guareceremos del chaparrón bajo las miradas de la indiferencia.

Un poco tenebroso me parece el origen de aquesta Renovación, pero no me atrevo a ser muy claro, porque León Martín Granizo me ha prometido no dejarme hueso sano en su revista y descubrir mis trapicheos con las Embajadas aliadas. Además, tengo cinco libras en el portamonedas y no quiero que mis camaradas se enteren de que llevo oro en el bolsillo. La vida es fácil y amable,

y no es cosa de que me la amarguen con peticiones los poetas líricos que tienen una idea bastante errónea sobre los metales raros y preciosos. Además, el señor Martín Granizo es un polemista terrible, un poco búlgaro, y yo me declaro vencido de antemano.

Perico Robles, el erudito, salmantino, rubiote, delgado y triste, es el *filólogo* de la nueva sociedad renovadora. Mandará en el Negociado de los voquibles y demostrará lo mal que escribimos los metafóricos. Este mes, por consiguiente, nos divertiremos mucho. Nos tiraremos palabrotas, como se tiran los pañuelos las señoritas cursis que juegan a las prendas. Cierva, Niceto, la sección coreográfica del Cómico en pleno y *Armando Guerra* se han subscrito ya a Renovación.

Cuenta la revista con veinte suscripciones quince días antes de salir, lo que ya es suerte.

Iberia (19-01-1918)

Epílogo

Concluimos con este artículo esta fauna tan compleja y varia de la germanofilia española. A un folleto llevamos todos estos ensayos y semblanzas[171]. En seguida, para fiel contraste, comenzaremos, en estas queridas páginas de IBERIA, un estudio, todo lo imparcial y objetivo que nosotros podamos y sepamos hacerlo, de los escritores, publicistas y artistas, que entre nosotros sostienen la noble causa de los Aliados.

Son estas, horas tremendas de lucha para todos. Aún sin hablar de la guerra, hablamos de la guerra y a la guerra nos referimos, nos demos cata o no nos demos cata de ello. En el frente periodístico no es posible, más todavía, es profundamente peligrosa e inmoral la neutralidad espiritual. Y tenemos que pelear con pasión, con coraje, y, a las veces, con injusticia. Defendiendo lo que creemos noble, santo, justo, bueno, nos defendemos a nosotros mismos. Y defendemos una bandera, no un sueldo inconfesable como los de la acera de enfrente.

Escritos estos artículos a vuela pluma, sabemos muy bien que pueden ser injustos, apasionados, violentos. No nos importa.

Adrede no queremos retocarlos. Pagados los gastos de esta edición de dos mil quinientos ejemplares, que proyectamos, el sobrante queremos destinarlo a los hospitales de heridos de guerra de Francia, de Bélgica, de Inglaterra y de Italia. En las Embajadas correspondientes pediremos oportunamente los resguardos que prueben la destinación de nuestro dinero, si tenemos la suerte de agotar, como creemos, nuestra edición. ¡Comprad este folleto de *La Fauna germanófila*, amigos aliados! Muy pronto lo pondremos a la venta. Escrito entre carcajadas aparentes, una lágrima, que asciende desde el corazón a mis ojos temblorosos, arrasa y caldea mis mejillas.

Esta pobre España nuestra ha unido para siempre su enorme problema de salvación al triunfo de los pueblos Aliados. La tendencia germanófila es suicida porque es un desahogo de imbecilidad, de incomprensión y de egoísmo. Unidas Francia e Inglaterra en un cordial, apretadísimo abrazo, nuestro radio de acción política futura no puede desviarse del suyo. Por razones geográficas España es hoy el único pueblo de Europa que no tiene fronteras marítimas ni terrestres con los Imperios Centrales. Por razones morales España no consume lo que necesita espiritual y materialmente. Por consideraciones étnicas Italia nos llama al disfrute del Mediterráneo, de este mar glorioso que nos trajo la gracia, la elegancia y la claridad del espíritu latino. No comprendemos una alianza con Turquía, con Bulgaria, con Austria o con el Imperio alemán.

Esa tradición, cuyo depósito creen tener arrendado vitaliciamente los trogloditas de nuevo cuño, se tornaría airada contra nosotros. ¡Cervantes, Santa Teresa, comiendo pan a manteles con el Gran Turco! De Austria conservamos el recuerdo, bastante aborrecible, de los Reyes de su dinastía, desde Felipe el Hermoso hasta Carlos el cretino. Tronchó Austria las libertades municipales de Aragón y de Castilla, ahorcó a sus comuneros, levantó la horca en las villas y ciudades, sacó el dinero de los arcones concejiles depauperando la raza, perdió la agricultura, la industria y el comercio echando a los judíos[172], explotó a América para empresas imperialistas, y aliada con los trogloditas de entonces, los Álvarez de Toledo y los Santa Cruz, los Fernández de Velasco, contuvo la reforma, ahogó el espíritu de libre examen y nos aisló de Europa.

[171] No hemos encontrado constancia alguna de la publicación de este folleto.
[172] Bien es sabido que no fueron los Austrias los que expulsaron a los judíos. Tal vez quiso decir los moriscos.

Si la historia viva de España ha de continuar, si no queremos perecer en esta hora suprema en que quiebran todos los valores, tenemos que quemar esta paja germanófila que sirve de pasto a los que no tienen cerebro ni corazón, y aventar alegremente al aire sus cenizas. Este folleto es una pequeña contribución a este anhelo, que no sé si sentiremos los más, pero que sentimos, seguramente, los mejores, y los de conciencia limpia y los enamorados de la belleza de los ideales eternos, cristianos y españoles.

Iberia (26-01-1918)

Ilusiones monstruosas

En este pueblo de Toledo, donde estoy reposando de una ruda labor literaria de varios meses, al cobijo de sus piedras de maravilla, de las telas de su Greco atormentado y del bramido del Tajo, que no se consuela de un cauce estrecho, abierto a pico de titán entre peñascos, no veo más que curas gordos.

Naturalmente, este pueblo es germanófilo.

Y con un ambiente así, el cristianismo mío se exalta con mi germanofobia, y pienso, ante estas iglesias, qué dirán Teresa de Jesús, el Greco, sus hidalgos pensativos y clementes, los Cristos rudos de estas ermitas, si vieran la alianza de la sotana con el Gran Turco y con los retoños corrientes y molientes del luteranismo actual.

Pero además de interrogar a los muertos en las primeras horas de la mañana, hablo con los vivos al hacer la digestión en el Casino. Y así me entero de que Paco Gómez Hidalgo, el director de *El Día*, asombro de Torrijos y de la comarca circundante, quiere ser diputado a Cortes nada menos que por la imperial ciudad.

Contra Gómez Hidalgo, el germanófilo amamantado a las tetas abundosas de los Manesmann, de Ratibor, de Alcalá Zamora y de Coopel, el relojero que se anuncia a diario en *ABC*, luchará un señor Layún, maurista, seco, alto y espigado como un Greco, buena persona, a lo que dicen, y dispuesto a gastarse los cuartos, porque Currito, el de *La Hoja de Parra*, dispone desde el Cardenal Guisasola hasta el último capellán de monjitas de la ciudad. ¿Os asombráis? ¿Guisasola, Su Eminencia el Cardenal Guisasola, y el Cabildo de la Primada, y el Capítulo de San Juan de los Reyes, protegiendo a un sicalíptico, antiguo corruptor de menores? Pues así es, como os lo digo.

Su Eminencia tiene aquí un periodiquito, acaramelado, cursi, ñoño, blandengue y medio jesuitante o jesuitante del todo, que se llama *El Castellano*. Ese papelucho protege la candidatura de Curro Gómez. A lo que parece, Currillo, que viene de cuando en cuando en motocicleta a las orillas del Tajo, no a ver Grecos, porque no los comprende, sino a ver curas porque ninguna inteligencia hace falta para tratar con ellos, cuenta con la protección de ese besugo –me molesta compararle a los besugos, que son apetitosos–, a ese besugo, digo, troglodita, picapleitos y orador de puesto de feria que se llama Niceto Alcalá Zamora y que es ministro de Fomento, por cuya razón, por la de ser ministro Niceto, he decidido yo no viajar hasta que le dimitan. Bueno; pues Alcalá concede a Currillo carreteras y subvenciones para cantinas, para reparos de puentes y restauración de iglesias, y *El Castellano* mete a la gente por los ojos estos trabajos del boche, perpetrados en pleno período electoral, contra el mandato terminante de la ley, por un ministro que cree arreglar el problema de los transportes soltando soflamas a los ferroviarios.

Ayer me encontré con Gómez Hidalgo en el hotel donde me hospedo. Estaba el hombre radiante de satisfacción. Me saludó. Por lo visto, no se ha enterado de lo que he escrito sobre él en IBERIA, o, acaso, se ha enterado demasiado, que de todo puede haber. Departimos amablemente:

– ¿Qué hace usted, compañero?

– Sonetos a todo pasto –le repliqué–. Y ello es así, en efecto.

– ¿Y no se presenta usted diputado?

Me limité a contestarle con la pregunta del baturro del cuento.

– ¿Yo? ¿Pa qué?

– ¿Hombre! –me dijo con su espiritualidad castiza–. !Siempre un carnet gratis es un carnet gratis!

– Le diré a usted. Fui abogado de una Compañía, la de M.C.P.[173], que se porta bien conmigo. No me preocupa el carnet: de veras.

– !Pues... yo me presento por aquí!

Me hice el desentendido y me limité a replicarle:

– Hola. ¿Conque esas tenemos?

A mi lado comía un radical toledano, que de boche tiene lo que yo. Currito le hizo varias zalemas.

El radical se mantuvo inexpugnable como el Alcázar de esta ciudad gloriosa, tan sugestiva y tan llena de emoción, para los que no venimos a caza de votos y para los que creemos que el Greco es más interesante que un diputado provincial. Currito charlaba con unos muñidores y nos llamaba a cada paso queridos. Y yo, que estoy de un humor de todos los alemanes por cosas que no le importan mayormente al lector, me reía para adentro, y de vez en cuando, para afuera.

Iberia (02-02-1918)

Hasta el fondo de la cloaca

No creemos que el proceso contra el espionaje esté definitivamente concluido con la prisión, y en su día, con la condena de unos cuantos polizontes desvergonzados, ni que el señor juez, instructor del sumario, se conforme con esta reparación mezquina a la opinión pública, que demanda que se alce un poquito más la puntería y se remuevan las heces, hasta penetrar en el fondo de la cloaca del espionaje alemán. Lo ocurrido en Barcelona no tiene más importancia que la de un mero incidente en un vasto complot, perfecta y sistemáticamente organizado contra nuestra soberanía. Es un hilillo más que de no ser sabiamente manejado no nos dejará ver la trama y la consistencia de la madeja de que forma parte. Además, será verdaderamente vergonzoso encadenar al inducido, dejando las manos libres al inductor.

Las maniobras del señor Brabo Portillo y de sus cómplices[174], denunciadas en realidad hace tiempo, ni son las únicas, ni son, acaso, las más importantes. Son acaso un episodio más de ese inmenso drama del espionaje alemán, que campa por sus respetos desde el principio de la guerra, hasta marzo de 1917 con algunos escrúpulos, y desde esa fecha, valiente y descaradamente, saltando sobre las leyes, interviniendo en la vida pública, comprando la Prensa, encaramándose en la policía para sus trapisondas y buscando el apoyo de los sectores extremos de la política –jaimistas cerriles y sindicalistas canallas–. Eso lo sabe todo el mundo, comenzando por el Gobierno. El actual ministro de Gracia y Justicia sorprendió un radiograma del príncipe de Ratibor a su país pidiendo dos millones de pesetas para derribar el Gobierno Romanones. Y desde entonces, desde la llamada crisis de Ratibor, la intervención de los alemanes en nuestra política interior ha sido tan evidente, tan clara, tan notoria, que se nos impone a todos recobrar los fueros de nuestra soberanía y a los Gobiernos acabar de una vez con ese régimen estúpido del silencio, que les hunde cada vez más en el abismo de la vileza y del deshonor.

Derribado Romanones por la Prensa alemana –que no germanófila– de nuestro país en abril del año pasado, excitadas las izquierdas con aquel pobre mitin de la Plaza de Toros donde Maura tuvo que rendirse ante la idiotez de sus mesnadas germanófilas, los alemanes trataron de impedir la celebración del mitin aliadófilo con toda clase de armas. De la Embajada alemana salió la orden de celebrar una contramanifestación neutralista que prohibió el Gobierno. De las imprentas alemanas salieron billetes falsificados para mezclar entre la muchedumbre chulos de mancebía, armados hasta al cogote, con el santo y seña de silbar a Lerroux y a Melquiades Álvarez. De los agentes alemanes, a cinco duros encargo, salieron asimismo las órdenes para apalear a los oradores a la salida del mitin. La policía madrileña, sabedora de tales manejos, los toleró pacientemente, dejando ocioso al Juzgado de guardia. ¿Quiere el señor juez detalles concretos?

Y en junio, ante el pronunciamiento de nuestros militares, la Prensa germanófila les ayudó, sencillamente para quebrantar la soberanía del poder civil. El error de las izquierdas, iniciando la misma maniobra de la que tanto han tenido que arrepentirse después, les fue sumamente útil

[173] Compañía de los ferrocarriles de Madrid a Cáceres y Portugal (M.C.P.)

[174] Coincide en fecha este artículo con la detención de Manuel Brabo Portillo, perteneciente al Cuerpo de Investigación y Vigilancia en Barcelona y que trabajó para el espionaje alemán durante la I Guerra Mundial. Cometió varios asesinatos que adjudicaban después a los anarquistas para desprestigiarlos. Fue liberado en diciembre.

a los alemanes, que, a río revuelto, comenzaron a reorganizar entonces su ejército de espionaje. ¿Cómo? Sumándose "aparentemente" a la actitud de los socialistas y de los parlamentarios catalanes, si bien con fines muy distintos. Una huelga política interrumpía la exportación a Francia. Una huelga política desviaba la atención pública de los asuntos internacionales y les dejaba las manos libres para maniobrar. En el verano pasado cayeron ya sobre los puertos los espías. Desde Madrid y desde Barcelona, con una organización admirable, los alemanes infiltraban su veneno disolvente sobre el alma nacional. Y al mismo tiempo que la Prensa alemana –que no germanófila– del país afirmaba que la huelga era una maniobra aliada, azuzaba a las masas para mantener la anormalidad a toda costa por reacción de la burguesía, aprovechando la coyuntura para irse apoderando en silencio, ante la pasividad del Gobierno, de los polizontes descocados, de los aristócratas germanófilos arruinados, de los sindicalistas y de toda la pintoresca fauna española que vive de la trampa, del engaño y de la comedia eterna de no poder vivir.

En este año último, los alemanes han manejado todos los resortes y no puede negarse que con éxito. Vivimos mediatizados. Mientras la injuria campa por sus respetos en los campos alemanes, el Embajador de Alemania, convertido en un simple alguacil de juez de paz, trae molidos a los juzgados con denuncias por injurias al Kaiser, a Germania y a su oronda y espiritual figura. Y mientras tanto, se torpedean barcos. Y aparecen boyas misteriosas en las playas solitarias. Y funcionan aparatos radiotelegráficos desde varios Institutos religiosos que conoce el Gobierno. Y se aprovisionan los depósitos que aquí tenemos para sustentación de submarinos. Y los alemanes derrotan en Gijón a Melquiades Álvarez, lanzándose la colonia a la compra de votos con el mayor descaro. Y estalla la tormenta en el campo de los amigos del Kaiser porque sus candidatos en las Cortes españolas gastan el dinero alegremente o se lo guardan más alegremente todavía. ¿Es que el Gobierno tampoco sabe nada de tales cosas?

Con el proceso contra los policías barceloneses, no se cierra, sino que se abre otro mayor, donde un juez, que en este momento simboliza la dignidad de España frente a la deserción del Gobierno, no puede retroceder ante los inductores. Los vendidos ya están en la cárcel, pero y ¿los compradores? Si no logramos darles caza, si el Gobierno no se decide a plantear la batalla frente a una Embajada que no cumple con su deber, vale más que entregue las riendas del Poder a los alemanes. Porque nuestra patria ha dejado de ser tal y avergonzada pide a los jueces lo que no han sabido darla los gobernantes. El señor de Echávarri tiene en sus manos, no ya la libertad de unos hampones, sino sencillamente la vida y la redención de España.

La Publicidad (01-07-1918)

ARTISTAS

Tina di Lorenzo

Radiante y gloriosa la he visto una tarde del brazo de su marido, envuelta en un elegantísimo abrigo rojo, satisfecha, risueña, con sus enormes ojazos dulces estallando de contento. ¡Qué soberana visión aquella! Los rizos negros, de tan negros azules, estaban pegados a las sienes nobles; la lengüecita roja hacía frecuentes y graciosísimos mohines; los senos, exuberantes, marmóreos temblaban en convulsiones rápidas. Tina di Lorenzo reía. Uno de nuestros intelectuales, un amigo sociológico de estos que, cansados de princesas azules y de muñecas parisinas, se convierten en criados de las grandes actrices, en tocadores ambulantes de las cortesanas lindas, en confiterías de las hembras golosas, en el amigo íntimo de las parejas que viven en idilio constante, ofrecía flores a la eminente actriz:

– Tina, estas flores. Para usted. No valen nada, pero son de un admirador sincero, Tina.

Y Tina, subiendo con un saltito rápido a su landó[175], bromeando con su marido, acariciando con su mirada de majestad a cuantos estábamos cerca de ella, tomaba el lindo *bouquet*, exclamando en castellano fusilable.

– *Oh, siñor. Muy amabile. Grasia, grasia. Muy bellas fiores. Parto Piazsa d'Orientt. Addios.*

Tina di Lorenzo, con ser una belleza incomparable digna del pincel del Tiziano y de la pluma de Flaubert, no espolea los sentidos, ni aun enseñándonos todo el repertorio de la galantería picaresca, los escondidos encantos del adulterio y los espasmos del amor carnal. Besa –¡y cómo besa esta mujer en la escena!– abraza, estruja a los amantes de la farsa que representa, y el público, conmovido, rendido ante la ficción maravillosa de la actriz, no prorrumpe en aullidos canallescos. Vencen su gesto señorial, sus ojos prometedores de caricias santas, sus gestos, trágicos en el fondo, arrogantes y únicos. Rodin se haría cien veces más inmortal si grabase uno solo en sus mármoles.

Tina di Lorenzo es la encarnación de nuestros primeros sueños amorosos, de estos primeros recogimientos de los veinte años en que todas nuestras esperanzas toman la forma de una mujer, de esa mujer única que nos habla en sueños y que se difumina y desaparece tan pronto como la luz del sol mañanero nos abre los ojos y nos despereza. Tina di Lorenzo es personalmente conocida de todos los muchachos que son poetas y que son... muchachos. No es la femenil silueta relamida de los decadentes, ni la hembra grosera del mozo lúbrico, ni la gentil muñequita rubia, gata de ojos fosforescentes y malignos, manojo de nervios, galguita corredora, agua fuerte de pintor noctámbulo, no.

Tina di Lorenzo tiene el ademán de una reina, el candor de la hermana, la dulce gravedad de la madre y el arrumaco ingenuo de la novia. Es tan bella como triste, tan soberanamente bella que infunde el miedo del Abismo y la atracción del vértigo y la noción del pecado. Pero sonríen sus ojos, y al sonreír, noblotes y puros los grandes ojazos pardos de la mujer italiana, llevan a nuestra alma el sosiego y la dulzura. He visto a la hermosa actriz en estos papeles espinosos y res-

[175] Coche de caballos, cubierto, de cuatro ruedas.

baladizos que asustan a nuestras castas damas salmantinas, y allí donde quiere aparecer lujuriosa, sus ojos hablan del ideal y del amor.

Ahora se va Tina de Madrid. Acaso no retornará a España hasta la primavera próxima esta mujer primaveral que nos hace olvidar la rigidez académica de María Guerrero, el ademán bello de la Loreto Prado del que tanto gustan las señoritas provincianas –jamás he podido explicarme el por qué de estas preferencias– y la corrección suprema, pero inanimada, de María Tubau. Que vuelva pronto a darnos sensaciones de arte la mujer singular que se nos había revelado en sueños a los diez y ocho años,

Aquí no tenemos más que una gran actriz, Rosario Pino, y esa ya se va marchitando poco a poco...

El Adelanto (13-05-1907)

Julita Fons

Cada día está más guapa Julita Fons. ¿Cuántos años tendrá Julita? De estudiante miraba sus fotografías con delectación; luego, cuando asistía a las sabias disertaciones del señor Ureña, sobre los jurisconsultos árabes, oía, para descansar, los cuplés de *la regadera* de la gentil artista; pasados tres años, la he visto con los modernos trajes parisinos de mujer de Putifar. Ahora, después de un paréntesis de dolor, la he visto de Julieta, de amiga de un bohemio, en la opereta vienesa que nos ha servido en salsa castellana José Juan Cadenas.

Yo no sé cuántos años tiene Julita… Quizás veintiséis, quizás veintiocho, quizás más de treinta. Lo que sé es que cada día está más guapa. Crece en belleza y en picardía la traviesa muchacha. Y es que en el fondo, la linda muñequita es una muñeca apasionada, que sabe rabiar de veras cuando la juegan una mala pasada, que sabe reír con risa fresca y cristalina cuando acierta a triunfar con una nueva donosura.

Es exótica la admirable mujer en su teatro, en el teatro de Eslava. Parece una locuela parisién. Sabe fingir como las francesitas, burlarse como ellas, reírse como se ríen nuestras vecinas. Hasta su voz delgadita, cruel como hoja de acero que rasga las carnes, burlona, sangrienta, no tiene nada de la sinceridad casera y nacional.

Aquí, en *El conde de Luxemburgo*, es una *soubrette* más, una deliciosa chica que endulza las horas de tedio de un bohemio pobre, con unos mimos, con unas caricias, con unos gestos, con un exquisito instinto mujeril. Ahora se dice que se dice de Julita y sus amores. Y las malas lenguas tejen, sin saberlo, alrededor de la bonita cabeza una corona de laurel.

El Adelanto (03-01-1911)

Cecilia Sorel

Digámoslo aprisa; a los españoles, africanos o como quieran llamarnos los parisienses, no nos gusta Cecilia Sorel. Por estos cines de aldea manchega andan ganándose la vida muchachas más lindas que Cecilia; en estas tierras de bandidos, golfos y rameras con navaja en la liga, hemos contemplado cuerpos, si no tan espirituales, mucho más corporales, ágiles y deliciosos que el de Cecilia; en estos teatros, donde desdeñamos un poco a Enry Bernstein y un mucho a Dumas padre y a Dumas hijo por un monsieur Benavente que fabrica piezas hasta los Pirineos, es decir, hasta la frontera de Europa –Europa es Francia para los franceses– hemos dado en la flor de asegurar que algunas actrices nuestras, sin agradarnos mucho, nos agradan bastante más que las francesas. *Du reste*, en Madrid se viste aceptablemente, y donde no llega el gusto, llega el dinero. Nuestras aristócratas actrices y cocottes de rumbo conocen a Faquín, Zuimmermann, Linker –7, Rue Auber– Dukes y demás modistos y modistas de gran circulación y de facturas mucho más grandes que su circulación.

Somos un pueblo tan original, que se nos epata siempre que nadie se proponga epatarnos. Cecilia Sorel, que nos ha anunciado que una dama que no gaste doscientos mil francos anuales en su *toilette*, como ella se los gasta, no es dama elegante, nos ha hecho sonreír estúpidamente. ¿Para qué tanto dinero? ¿No es gana de burlarse de este pueblo de los arreglos, recosidos, tintes y reformas? Después de la estupenda *réclamme*, tenía que venir la consagración unánime. Y, francamente, nos hemos quedado fríos. Porque hay que decirlo todo. Del teatro francés lo que

más nos agrada son los entreactos. Ya no lloramos, como nuestros papás, con *La dama de las camelias*, ni nos conmueve demasiado *La marcha nupcial*. Margarita Sautier no es nuestro tipo precisamente, ni los apaños se concluyen entre nosotros a tiro limpio.

Somos más humanos que los franceses y menos resignados que ellos. ¡Cuestión de ambiente! El Avapiés es una cosa y el barrio Latino otra. Cuando vamos al teatro a contemplar una actriz francesa, a la abuela Sarah Bernardth, con toda aquella leyenda de los monos con los que se acostaba en un ataúd, y a mademoiselle Sorel, con todo su golpe de francos, de brillantes y de trapos, y a madame Pelaire con la historia abracadabrante del negrito neoyorkino–, no se nos ocurre ir a darnos un baño de arte. En el teatro, y sobre todo en el francés, *tutto e convencionale.*

En los versos de Rostand, vemos a un empresario comprometido; en el decorado, a un mueblista que se anuncia; en el vestuario, a un sastre que se arruina; en las perlas del cuello de madame, un joyero que se exhibe. Vamos a ver gestos, nacimientos de piernas, modelos de medias, brazos desnudos, trajes maravillosos, brillantes gruesos con muchos quilates de ley. La Sorel nos ha defraudado un poco. El cutis de la cara también se arregla por estos barrios; las nietas de Carmen también conocen el masaje; en la calle de Sevilla hay una sucursal de una joyería de la Rué de la Paix. Y ante estas desilusiones, con un teatro un poco viejo, con un gesto un poco viejo, con una dicción llena de empaque y de artificio, Cecilia Sorel no ha logrado convencernos del todo a los que sabemos cómo se fabrican las estrellas, entre bombos amigos, empresarios complacientes, nobles primos y públicos papanatas.

El Adelanto (28-04-1911)

La ideal Chelito

La ideal Chelito ha venido a Madrid a mostrar la luz de sus ojos, el fuego de su sonrisa lúbrica y las contorsiones demoniacas de su cuerpo menudo al Royal Kursaal.

Hace tiempo que no veía el cronista a la Chelito. La vez última fue en Barcelona, en la Maison Dorée, en una hora algo intempestiva, entre industriales catalanes que no conseguían avergonzarla y la mamá de la artista, doña Juliana, la coja, figura de tanta y tan merecida popularidad como Romanones, Gaona, Garibaldi o cualquiera otra figura castizamente española.

Y anoche fui a ver, no precisamente a la Chelito, que no es mi tipo, sino al público de la Chelito, el que más sacaba de quicio a Cierva hace tres o cuatro años. El público de la Chelito relincha como los caballos, muge como los bueyes, bala como las ovejas. A ratos, para agotar el repertorio zoológico, rebuzna. Rebuzna a la perfección. La Chelito no ha hecho voto de castidad precisamente y tiene su montón de adoradores anónimos, entre los hijos de las familias tentaculares a que se refería mi amigo Pujol el otro día, entre estudiantes, entre empleados, y lo que es más común, entre viejos repugnantes que luego hablarán en el Senado de la moralidad pública, inscribirán a sus señoras en la Trata de Blancas, y dirán a sus hijos graves y ponderadas cosas sobre la honestidad de las costumbres.

La Chelito, anoche, no viene corregida como las segundas ediciones de los libros de texto, mas como estos, viene aumentada. Ha llegado a la absoluta porquería en sus danzas, al absoluto descoco en sus couplets, a la más total desaprensión con su público.

Como buena conocedora de la barbarie ambiente, trata a zapatazos a sus devotos. Los ídolos son así.

Y el público pedía más y más y más, y la Chelito salió a escena no sé cuántas docenas de veces. El empresario acaso no se avino a complacer a la Chelito en sus expansiones con el público, porque estas expansiones cuestan a lo mejor 500 pesetas de multa. Todos berreaban.

La Chelito, en sus manos cuajadas de brillantes, literalmente cuajadas, estrujaba las energías morales de una juventud que se está incapacitando para toda suerte de nobles y fecundos ideales.

El Adelanto (05-05-1911)

Julita

Aquí, por las noches, en este grato refugió del Reina Victoria, entre bailarinas, figurantas, coristas, muchachas avispadas, traviesas, preciosas, que bullen, que loquean, que gritan, que cantan

la noble canción francesa del Madelón[176]. Consuelito Hidalgo, la reina de la casa; Teresita Saavedra, más fea en las tablas que en la calle. Y este mundo equívoco de marquesitos, de condesitos, a la husma de una cara bonita, de senadores sicalípticos y ministeriales, autorcetes de cuplés.

– ¿Vienes, Mimi?

– ¡Sí, sí!

– ¿Te adoro yo?

– ¡No, no!

– Eres preciosa.

– ¡Ay qué cosa, ay qué cosa bonita eres tú!

Tramoyistas, electricistas, mamás de estrellas, etc., etc.

Aquí, por las noches, en este grato refugio del Reina Victoria, un poco invisible a los mortales, va a comenzar el tercer acto de *El As*. Nosotros dialogamos allá, en las alturas del sexto piso, con dos o tres muchachas. Y desmadejada, lenta, aprisionando y mordiendo con rabia unos guantes de cabritilla, pasa a su cuarto para vestirse la auténtica Magdalena de nuestro querido pintor boloñés Guido Reus.

Los ojos azules están llenos de expresión y de espíritu; los labios son sensuales, rojos y gordezuelos; la cabecita con el pelo corto y una maravilla de línea y de armonía. El perfil de la chiquilla es todo un *amore*, que dicen allá, bajo los pórticos boloñeses.

– ¡Julita! ¡Buenas noches, Julita!

Digo mi impresión a aquellas chicas:

– ¿Quiere usted conocerla?

– ¿Por qué no?

Julita me alarga la mano como una reina. No tiene gana de vestirse; está cansada. Viste una larga túnica desceñida, amplia; los brazos blancos y rollizos, estupendos, aparecen desnudos en toda su magnificencia concertando con el tono de la capita roja en que aprisiona su túnica la deliciosa muchacha.

– ¿Es usted muy joven, Julita?

– Diez y siete años.

– ¿Nació usted?

– En Argel. Soy africana. Hija de francés y de española.

– ¿Y si yo la dijera que conozco a usted?

– Es muy posible. Usted es muy amigo de Julio Romero de Torres, ¿no?

– ¡Ah!

Y Julita se ríe, y me enseña sus dientes pequeñitos de roedora.

Charlamos por los codos. A la media hora somos los mejores amigos del mundo.

Sé donde vive Julita, quién es su novio, por qué ha regañado con él esta tarde. La chica es de una exquisita corrección; habla con elegancia, con abandono y con soltura; reclinada sobre la baranda de la escalera, va desgranando los recuerdos de su niñez en Argel –sol, palmeras, temperatura tibia– a la par que se deleita contemplando la morbidez delicadísima de sus brazos.

A la cuarta., a la quinta llamada, se viste, al fin, Julita, El bermellón, la pintura, el trazo negro y artificial de las cejas, la deforman y estropean.

– ¡Muy fea, Julita, muy fea!

– ¡Ya lo sé, hombre! ¡Esto de pintarse es un asco; pero hay que pintarse!

Llaman a escena; desciende de dos en dos tramos las escaleras, feliz y risueña como un pájaro de alborada.

Y canta el Madelón. Y torna a subir.

Y se limpia precipitadamente el rojo de los labios, la brillantina de los ojos, el carbón de las cejas. Y mirando aquellos ojos azules, hermanos de otros ojos, a través de los cuales vi el mundo cuando era mozo y fabricaba castillos en el aire, yo –un pobre escritor viejo, desengañado y triste– me siento remozado, con veinte años menos en el corazón. Y convido a Julita a chocolate, y la llevo a su casa, y le doy los consejos que dan los tíos solterones a las sobrinillas traviesas, porque a Julita la adopto como sobrina mía desde esta noche, y que les ha caído que hacer a los amigos periodistas, con estos ojos azules grandes, grandes y expresivos, con estos brazos gordezuelos y

[176] La Madelón; marcha militar muy popular entre los soldados franceses durante la Primera Guerra Mundial.

rosados, con esta cabecita loca que desciende, de dos en dos, los tramos de la escalera, como un pajarito madrugón y parlero.

El Adelanto (04-02-1922)

Ricardo Marín

Ricardo Marín, está en Salamanca con su señora. Una señora discretísima e inteligente, de toda mi devoción. Y ante estas piedras doradas, ante estos besos de sol perennes, ante estas fiestas rojas de luz, Ricardo, el dibujante inquieto y nervioso, el que sabe ver las figuras y las cosas todas en su movilidad antes que en su quietud, se emociona y dice sus frases inconexas y atropelladas de los enamorados ante la presencia de la belleza, de la gracia, de la armonía.

– ¡Estupendo! ¡Qué hermoso! Salamanca es una ciudad de maravilla y una ciudad de ensueño.

Ayer, ante la fachada y en el patio de la Casa de las Conchas, ante el bordado de encaje de la Universidad, Ricardo pasa por uno de los momentos de más fuerte emoción estética de su vida.

Ricardo Marín tiene una cultura clásica enorme. Muchas de mis semblanzas de mujeres cervantinas –la Gitanilla, la Generosa– me ha hecho el honor de ilustrarlas maravillosamente en «La Esfera». Ahora, después de un paseo nocturno, él ha de poner toda su riqueza de líneas en juego, y yo la pobreza de mi prosa descolorida y arbitraria para cantar las bellezas y lozanías de aquella Esperanza de «La Tía Fingida», que trajo a mal traer a los escolares del siglo XVII.

Una noticia gratísima para Salamanca. Ricardo intentará muy en breve dar una sensación cabal y completa de esta amada ciudad. Hace falta una «Guía Artística» de Salamanca; no está hecha, él puede hacerla y sabrá hacerla. ¿Texto? Yo le prestaré con gusto páginas mías, para que el lector las olvide al lado de las que Unamuno, Juan Domínguez Berrueta, Maldonado e Íscar Peyra han consagrado a Salamanca.

Pocas visitas más ricas de esperanza que las del genial dibujante y queridísimo amigo. Salamanca es una amante generosa que sabe conceder sus amores y prodigar sus caricias a los artistas que se deleitan en su contemplación.

El Adelanto (13-09-1924)

Amparito F. Villegas

– ¡Hola, paisano!

– ¡Hola, paisana!

La linda actriz salmantina –ojos negros, traviesos y habladores; boquita breve y fresca; expresión inteligente y triste– se prepara para salir a escena en el acto tercero de «La calle de la Montera»[177]. Hablamos unos minutos, de pie, en su cuarto.

Paco Morano, impaciente, nos recuerda que los minutos están contados.

– ¿Se acuerda usted...?

– ¡Sí, Amparito! Fui su caballero en aquellos Juegos Florales de Bretón, organizados por «Gente Joven».

– ¿Y aquellas chicas?

– ¡Se casaron, Amparito; otras enviudaron; alguna murió...!

Amparito hace una mueca, no de tristeza teatral, sino de verdadera tristeza.

– ¿Y cómo encuentra usted Salamanca, Pepe?

– ¡Lo mismo que usted, Amparito!

– Cambiada ¿no es eso?

– ¡Sí; cambiada ella, o, tal vez, cambiados nosotros!

– Los nuestros se fueron…

– Y nosotros nos vamos marchando...

[177] Obra de teatro de Narciso Saénz Díaz Serra (1830 – 1877), dramaturgo y poeta español.

– ¡Siempre el teatro, siempre, siempre...! –grita Amparito.

– ¡Y siempre los artículos, Amparito! Y el ingenio es la cucaña que nos trae el pan y la sal, Amparito.

– ¡Estoy cansada!

– ¡Y yo!

– Callamos un momento. Tal vez Amparito piensa en aquel buen «Zeda»[178], su padre, el salmantino inquieto y trotador, en su venerable tío, el doctor Cebrián –siempre tan pulcro y tan humano, tan hombre– en su infancia, jugando al corro en la Plaza de San Boal. Vestida de charra Amparito, está muy linda y muy triste.

Por las celdillas de su memoria pasan los días dorados de la niñez, los romances cantados, a la caída de la tarde, en el Campo de San Francisco:

Triste estás, Alfonso doce,
triste estás ¡pobre de tí!
…
…
¡Cuatro duques la llevaban
por las calles de Madrid!

Y me despide:

– ¡Hasta que nos veamos en cualquier sitio y el día menos pensado!

– ¿Pero no tiene Paco teatro en Madrid este invierno?

– ¡No!

– Y lo de usted, lo de Apolo ¿cómo va?

– Dice Luna que está acabando la partitura ya.

– ¡Buena suerte, paisano!

– ¡Buena suerte, paisana!

Amparito se dirige a escena; Morano, con su vara de alcalde de casa y corte, mete prisa a su gente. Yo me dirijo a las butacas, recordando aquella noche del teatro Bretón, en que Amparito, hecha un botón de rosa, de mi brazo de estudiante, y a los acordes de la «Marcha Real», lucía su carita morena y sus ojos negros, más risueños que hoy, formando parte de la corte amorosa de su majestad la reina, señorita Matilde Lis.

El Adelanto (17-09-1924)

María Fernanda…

María Fernanda tiene un lindo nombre, nombre evocador y españolísimo, y sonoro, y musical, y aristocrático. María Fernanda puede llamarse una infanta española, del linaje de los Austrias, con mangas arrocadas, jubón acuchillado, cabellera en redecilla y lucido guardainfante. María Fernanda es el nombre de una duquesa, madrileña o granadina, que acosa y derriba toros, que luce su calañés en el prado de San Sebastián, de Sevilla, o su mantilla en la plaza de San Andrés, de Madrid, las tardes del Jueves Santo. María Fernanda, en fin, parece el nombre de la musa de un poeta o de la modelo de un pintor...

María Fernanda, alta, rubia, espigada, esbelta y graciosa, pasa, más de una vez, con sus ojos anchos y azules, con su boquita roja de clavel, por los fugaces momentos líricos de nuestra poesía clásica.

Sus ojos, claros y serenos, son el sueño de Gutierre de Cetina; el óvalo de su rostro niño y delicado inspira versos de oro a Góngora, el cordobés; la delicia de su voz de cristal, el gesto de su mano fina y breve, embelesan a Garcilaso. María Fernanda Ladrón de Guevara es delicada e inmaterial, amasada con lirios, coronada de rosas, como el sueño de un ángel o de un poeta.

María Fernanda, que es una señora, toda una señora, goza las sabrosas mieles de su amor con su esposo, este bravo y excelente actor que se llama Rivelles, que no sabe disimular, ni aun en escena, el gozo que le brinca del corazón. Amor santificado por todos los dolores, María Fernanda supo brevemente de la plena ventura de ser madre… Y en su gesto hay la tristeza infinita de la

[178] Francisco Fernández Villegas, murciano de origen, pero afincado en Salamanca desde niño. Su vida corrió por los mismos derroteros que Sánchez Rojas. Periodista en la ciudad charra hasta que se afincó en Madrid, siempre firmó con el pseudónimo *Zeda* o *Z*. Murió en 1916.

mujer que recuerda al bebé, del artista que, a la hora de la cosecha y de la recolección, presenció como el viento se llevaba los granos del amor y secaba el manantial de la fuente donde los corazones quieren aplacar su sed.

María Fernanda Ladrón de Guevara tuvo, acaso, su primera revelación artística en Salamanca, figurando como damita joven en la compañía de María Guerrero –perdón– de doña María, de la excelentísima señora doña María Guerrero, marquesa de Fontanar, condesa de Bazalote, y más encariñada con los blasones de la sangre azul que con los principados del talento y con el trono de Talía. La entonces Marita Ladrón es la hoy señora de Rivelles. Por María Fernanda, muy joven, casi una niña todavía, ha pasado el amor al teatro, cada vez más depurado, más natural, más ingenuo y más femenino. Hoy, aliada con la emoción, dotada de una voz mimosa y angelical, expresa la emoción que quiere, como quiere expresarla. Yo no sé hacer otro elogio más alto de su talento, que es hermano de su belleza, y de su gracia madrileña, y de su candor grave y ponderado.

El Adelanto (19-09-1924)

Mademoiselle Marcelle

– ¡Adiós, Marcelle!
– ¡Hola, Gojas!
– ¿Dónde vas?
– ¿Y tú?
– Yo, sin rumbo, «ma chére». A tomar chocolate, por ejemplo.
– Pues voy contigo.
– ¡Andando!

En el Colonial, en las primeras horas de la madrugada, en este Colonial tan sabiamente regido por Pineda, un café tan castizo y tan madrileño, que no tiene más inconveniente que la presencia de algunos abencerrajes, vestidos de camareros, que debe haberlos cazado Pineda a lazo del Rif. El día que vuelvan a sus chumberas, el café estará enteramente confortable.

Marcelle, en el Colonial, obtiene un homenaje ruidoso. Los morenos la chicolean y las peripatéticas hacen ese gestecito de compasión dudosa en que envuelven las hembras del montón, a las mujeres más bonitas o más deseadas:

– ¡Pues no está mal esta chica! ¡Realmente, puede mirársela en los ratos de hastío!

Pero Marcelle, que conoce esos gestos, pasa triunfante y mimosa, a sentarse en nuestra tertulia de músicos y autores. Monreal, este músico feliz de «Las cosas del mundo», acoge a Marcelle paternalmente; Tecglen aprueba, calándose las gafas; Candeira sueña con otro tango que tenga tanto éxito como el de «Celitos»; Soriano me hace veinte chistes por minuto, y Rico, el glorioso Rico, el autor de «Vino tinto con sifón», reprende al gracioso:

– ¡Allá! Me parece que vas a acaparar todas las patatas que hay almacenadas en Madrid para nuestro primer estreno.

Reímos. Ríe Marcelle con sus divinos ojos azules, con su talle esbelto y tentador, con su linda, graciosa cabecita, con sus manos breves, que están pidiendo un mimo y una caricia. Rodeamos a nuestra preciosa Marcelle en un ambiente de cordialidad y de camaradería.

– ¡No has ido a verme hoy! –me dice.
– ¡No; estuve en el Cómico!
– ¡Estuve «très bien!»
– ¡Vaya una novedad! ¡Tú siempre estás «très bien, mon amie!»
– «C'est vrai?»
– «Mais, oui, mademoiselle!»
– ¡Hablad en cristiano! –protesta Rico.

Marcelle ríe mientras engulle sus picatostes. Nos habla de París, de su infancia en París, la divina muchacha. Ella se ha ganado siempre la vida, de pianista. El piano, en sus manos, es acariciador e insinuante como ellas. Ruge de dolor, con Chopín, y es idílico y plácido como el panorama de un valle, con Beethoven. Pero... luego:

– ¡Luego… ya ves, Gojas! Haciendo númegos y españoladas en el sirco. La cosa es vivir tú, ¿verdad? Voy a estrenag un mantón de Manila muy lindo, muy lindo,...!

Se apodera Marcelle de unas revistas nuestras; lee devotamente y con cuidado. Tropieza con un nombre: Lamartine:

– ¡Me gusta mucho Lamartine!

¿A quién no le gusta Lamartine? Marcelle hace su profesión de fe, romántica. Ella –nos dice– tiene alma y tiene corazón. Pero estos muchachos de España la escaman un poco. Todo lo quieren de prisa y corriendo; no saben esperar ni gozar del fruto en sazón. Por comer los frutos verdes, padecen de indigestiones. Unos ojos bellos les ciegan; un palmito precioso les atonta; no saben que el amor viene después de la amistad, y la amistad después del conocimiento, del afecto, de la estimación y de la lealtad recíprocas.

Dice todo este pequeño tratado de conducta la linda Marcelle, que es tan inteligente como guapa, y se dispone a salir. La acompañamos.

Miradas de envidia, de lujuria, de simpatía. No saben los pobres hombres que una novia está al alcance de cualquier bolsillo, pero que una amistad plácida y serena con una chica excelente, bondadosa, que sabe ganarse el pan que come, es un regalo que los dioses no suelen prodigar al pobre mortal que no sepa catar estos goces, tan gustosos, tan refinados y ¡ay! tan melancólicos!

El Adelanto (12-10-1924)

En el estudio de Juan Cristóbal

El maravilloso escultor granadino tiene su taller en la calle de don Ramón de la Cruz, cerca de Torrijos y en pleno barrio de Salamanca. Un taxis[179] nos deja en unos minutos en su hotel. Una puerta cochera con una hermosa parra de uvas maduras y sazonadas que da acceso a un hotelito interior, discreto y pulcro. El maestro me espera.

– ¿Eres tú, Pepe?

– ¡Soy yo, Juanito!

– ¿Y no viene nadie, pero nadie contigo?

– ¡No, hijo! Vengo completamente solo.

– ¿De veras?

– ¡De veras, tallamonas!

– Es que… –dice su voz, dentro del estudio.

Y Ortiz de Zárate sale a mi encuentro y me da el permiso sacramental:

– ¡Pasa; dice Juanito que pases!

Paso, y una magnífica modelito desnuda, con una caña en la diestra, posa. El escultor, en mangas de camisa, hace las presentaciones:

– ¡Palas Atenea!

– ¡Dios te salve, diosa de la hermosura, de la sabiduría y de la sagacidad!

Y Palas Atenea, sonriente, me dice con un aire lleno de modestia y de gracia:

– ¡Yo no soy Palas Atenea! Me llamo Juanita González.

– ¡A sus pies, Juanita!

El escultor pide a agrandes voces el café, que nos sirven, humeante y cargado, en unas riquísimas tazas de china.

– ¡Tengo un coñac estupendo!

Palas Atenea, Ortiz de Zárate, Juanito y yo sorbemos lentamente el café. Fumamos. Yo me tumbo en una "chaise-longue", atento a las espirales del tabaco en el estudio velado y penumbroso…

Sigue posando Palas. El escultor me explica:

– Esto es un boceto de boceto. De Palas Atenea. Le destino para el concurso del nuevo edificio del Círculo de Bellas Artes que se está levantando en la calle de Alcalá. Juanita, como ves, es un modelo de una vez. ¿Conoces tú un cuerpo más bonito?

Es verdaderamente bonito. Ancho, ticianesco, italiano, renacentista… Recuerdo a Dante, recuerdo los ángeles dormidos en la tumba de Cosme de Médicis en Santa María de las Flores. Pictóricamente, es un Ticiano Juanita; escultóricamente, un Miguel Ángel.

– ¿Cuándo vamos a Italia? –me dice Juanito.

– Si viene con nosotros tu tocaya, esta noche.

– ¿Me llevan ustedes? –dice batiendo palmas la muchacha.

– Si te haces novia mía –grito en broma del mejor humor–, sí.

[179] Así en el original. Es un error popular muy frecuente.

– Pues, ¡hecho! –exclamó siguiendo la broma la chiquilla.

Juanito nos extiende la bendición. Reímos todos. Sorbemos más coñac…

Vemos el monumento a Gabriel y Galán, el cantor de Castilla, ya concluido. Lo componen cuatro figuras. La del centro y la mejor es la del poeta, con arreos y vestimenta de cazador. Luego, Juan Cristóbal interpreta en el mármol las tres figuras más simpáticas de la obra del poeta, sus mujeres símbolos: *El Ama*, *La Montaraza*, *La Madre* del "Cristu Benditu", o lo que es igual, la madre, la novia, la esposa. El ama salmantina, aquella mujer, que trocó en perenne idilio la vida del hombre bueno y del labrador laborioso, y una bellísima matrona sonriente, dulce. Sus brazos, anchos y musculosos, hechos a amasar el pan, a los quehaceres y tareas de la casa, ejecutan prestamente lo que ordena la mente sosegada y el corazón tranquilo. La montaraza, la mora arisca y sana,

No hay bajo el cielo divino
del campo salamanquino,
moza como Ana María,
ni más alegre alquería
que Carrascal del Camino

es un acierto insuperable. Aquella moza es fuente y es lecho, y es regato, y es manantial de amor. ¡Salamanca, mi Salamanca, hecha mujer! Y la madre del *Cristu* está dando de mamar al niño, que duerme y que sueña que

anda de retorno con los angelinus
en la gloria mesma!

La maternidad es además de ensueño placer físico y material ante la bolita fresca de manteca que reposa.

– Oye –le pregunto a Juanito–: ¿por qué no has mandado aún este monumento a Salamanca?

– Porque no hay dinero, chico. Se agotó el que había. Faltan ocho o diez mil duros que esperamos confiadamente de los españoles ricos que viven en América. Unamuno me ha prometido escribir un artículo para *La Nación* excitando la esplendidez de ellos…

Sigo curioseando. Hay bustos primorosos: el de Indalecio Prieto, el *leader* socialista, con su faz de fraile panochoso, tragón y modorro; el de Julio Camba, burlón, irónico, con los ojillos cargados de inteligencia y de malicia; la cabecita menuda y graciosa de Pilar Millán Astray.

Y un ángel, en éxtasis, con las alas recogidas, me sonríe, en el patio, junto a la parra.

– ¡Este Ángel soy yo! –me dice Juanita vagarosamente.

– ¡No he puesto jamás en duda que usted es un Ángel, Juanita! –exclamo.

Reímos todos. Merendamos uvas recién cortadas de la parra. *Alfonso* dispara su máquina fotográfica contra nosotros. Anochece… Comienza a llover, después de cuatro meses de sequía. La tierra sorbe el agua con delicia. Suenan, a lo lejos, los timbres de los tranvías. *Alfonso*, Juanito, Cristóbal, Ortiz de Zárate y yo salimos a la calle para guarecernos en una cervecería. Los diarios de la noche anuncian noticias graves de Marruecos que no se atreve a disimular el Directorio… Se refleja la angustia en todos los semblantes…

El Hogar (31-10-1924)

Spaventa y las damas

En el Colonial, a las nueve de la noche. Spaventa, este gran muchacho argentino que ha popularizado los tangos más en boga hoy entre nuestras peripatéticas tanguistas y damiselas de alto copete, penetra en el café:

– ¡Hola, che, mi amigo!

– ¡Hola, viejo!

– ¿Qué hay?

– Una porquería, ¿sabes, che? Con anginas, con un flemón, teniendo que ver a todas horas al doctor García Tapia, sin poder cantar. ¿Y tú?

– ¡También con anginas!

– ¿Tomas el vermouth?

– Sí.

– Y luego comes conmigo; ¿no, mi viejo? ¡Hace ya no sé cuántos meses que no nos vemos! ¿Dónde caes? ¿Qué vida haces? ¿Y por qué no vienes por el teatro?

Comemos. Un consomé, un pescadito, huevos, uvas. Y luego té. ¡Como dos viejos efectivos y cansados!

– ¡Espero a Ofelia, che!

– ¡Vendrá por aquí!

– ¿De seguro?

– De seguro. A eso de las diez caerá por aquí. Yo también tengo que verla. ¿Dónde has estado este verano?

– En San Sebastián... ¿Lindo, sabes? Y luego, Bilbao, Vitoria, Logroño, Zaragoza. Siempre con Gregorio y la compañía, y siempre con mis tangos.

– ¿Cuál ha gustado más por ahí?

– «La Mariposa». Lo he cantado ante la reina dos o tres veces en Bilbao. Por cierto que doña Victoria no se acuerda del título y me dice: «Cante usted, Spaventa, el tango de una mujer que quiere a un hombre y ella le olvida.»

– ¡La historia eterna!

– ¿Cómo no? Todas las mujeres son iguales, aquí, y allá ¡todas!

– ¡Pesimista estáis, viejo!

– ¿Cómo no, mi amigo? Por una mujer, que me olvidó, ando cantando. Hasta Marzo cantaré. Y luego, a pasear, no más, una temporadita, a Buenos Aires.

– Y volverás después arrastrado por otra bella española... ¿Qué españolas te gustan más?

– Las sevillanas. Graciosas, lindas, pequeñas, agradables. Y encerradas ¡che!; siempre encerradas en sus patios.

– ¿Has tenido aventuras?

– Sí. Una original. Muy linda. Oye: en San Sebastián me citó una chica; la contesté que no acudo jamás a citas de mujeres que no conozco. Me envió una esclava, me envió bombones. Al fin, nos vimos en Biarritz. Toda su preocupación era que se trataba de una chica bien, muy original, pero soltera. ¡Y che, mi amigo! En el casino me presentaron a un señor y el señor a la señora. ¡Era –fíate– la de la esclava y la de los bombones! ¿Qué dices?

No digo nada, porque llega Ofelia de Aragón, con el tiempo tasado.

– ¿Hablabais de mujeres? –pregunta la gentil diva aragonesa.

– Sí.

– ¿Qué decíais?

– Nada; tomábamos té plácidamente.

– Este Spaventa –comento– anda malucho.

– Y tú –me dice baturramente Ofelia– tienes cara de desenterrado.

– ¡Así es!

– ¡Pues a la cama, moñacos!

Y salimos todos; Ofelia al teatro; nosotros, a nuestras casas.

– ¡Oye! ¿Y ese «pericón»?

– ¡Bueno!

– Pero ¿y la letra?

– Espera; ¡la haremos aquí!

– ¡Siempre igual! –dice con un gesto avinagrado Ofelia. ¡He de cantarlo el sábado, hombre!

Salimos todos, Spaventa, muy abrigado, con su preciosa garganta muy tapada, me obliga a subir a un coche. Me deja y me encierra en casa:

– ¡No vuelvas a salir, che! ¡Estás febril como yo!

Y ¿quién no está febril? Ya comenzamos a pagar el tributo a este Guadarrama, más desigual que el carácter de las mujeres, que tienen de cabeza a mi bravo amigo, el delicioso cantor de «La mariposa» y de «La provincianita»...

El Adelanto (22-11-1924)

Rosario Pino

Anoche, gracias a la generosidad de esa buena muchacha y de esa excelente actriz catalana que se llama Margarita Xirgú, se presentó en el Español con «La Cristalina», de los Quintero, la pobre Rosario Pino, que anda de la ceca a la meca, buscando una tranquilidad de espíritu que no sabe conseguir. La bellísima mujer de antaño y la sempiterna bohemia de siempre, ha contado sus cuitas a todo el que ha querido escucharla. Los amigos de los días del amor y del triunfo la vuelven hoy la espalda, en los momentos de vejez y de miseria. Esta pobre mujer ha

conocido ahora aquel terrible «magior dolore», de recordar en el infortunio los días felices. Hasta Benavente la retiró; en Buenos Aires, a ella –la maga y la musa– sus obras del cartel. Y anoche, con los ojos espléndidos de hace quince años, un poco más apagados y con la voz musical de entonces, algo más opaca y grave, sin embargo, Rosario quiso vanamente evocar sus puros y maravillosos momentos de arte.

Vanamente escribimos, y lo escribimos con tristeza. Cuando nosotros éramos niños era ya la Pino una mujer hecha y derecha, arrogante y hermosísima, y hoy que somos ya maduros, la actriz malagueña, con el cabello gris, es un crepúsculo, lento, demasiado lento, de una maravillosa puesta de sol. No vuelven las noches de «Rosas de otoño», de «Al natural», de «La señora ama». No vuelven aquellas veladas de la Comedia cuando nosotros, estudiantes, ebrios de entusiasmo, compartíamos nuestra admiración entre dos mujeres que actuaban en géneros bien distintos: la Pino y la Fornarina. La Pino era la gatita inteligente y sagaz, mimosa, ducha en achaques de amor, que nos hacía entrever a nosotros, en las tablas, sueños sin contornos de ventura. La Fornarina, la pícara «divette», compañera del escritor, del dibujante, del novelista, que alegraba con sus risotadas cristalinas los ratos de mal humor y de pobreza... No vuelven aquellas horas y es trágica la lucha de Rosario Pino por revivirlas y por resucitarlas.

La Pino fue. Su público se ha disuelto en los afanes corrientes de la lucha por la vida. El mismo Benavente, su autor favorito, ya no sabe interesarnos con sus farsas y comedias. Aquel Madrid de las casonas solariegas de la calle de Santa Isabel, de la Plaza de Santo Domingo, del apartado y silencioso barrio de Argüelles, se ha olvidado ante las nuevas avenidas y los flamantes parques. Gloria Laguna pasó con sus chocarrerías, no siempre del mejor gusto, al mar del olvido, y hoy nos interesa más la mecanógrafa de la redacción, la cajerita del Banco o la modelito del pintor o del modisto. La sociedad madrileña de «avant guerra» es ya una cosa tan lejana como «Fernanflor» o Cavestany. Todo ha cambiado, y es inútil que Rosario Pino quiera resucitarse a sí misma, que vale tanto como resucitar lo que murió.

Las actrices coetáneas de Rosario se han retirado a tiempo y han hecho mutis en la penumbra del hogar. Retiradas hoy tienen su hotelito en la Ciudad Lineal, cuidan de sus gallinas y se han comprado un gramófono o una pianola para luchar, a brazo partido, con el hastío. Rosario derrochó sus tesoros a manos llenas cuando eran joven y bonita, y pretende vivir del favor del público, hoy que va dejando de ser bella y hoy que ha dejado de ser joven.

He aquí la terrible tragedia de esta mujer. El público, desinteresado de su labor, no la comprendió anoche. Estos muchachos que saben de los pelotazos del «foot ball» y estas señoritas de la decadencia, encuentran más graciosa una astracanada de Perico Muñoz Seca o una novela cursi de Perico Mata. Y los que hace diez o doce años éramos devotos incondicionales de la gran actriz, hemos pasado por tales pruebas durante estos últimos años de guerra, que ya no nos interesa su teatro.

Ni su teatro ni su figura. Rosario –toda ella– es una evocación, pero nada más que una evocación. La belleza es el don más precioso que los dioses conceden a los mortales, pero su reinado es efímero y pasajero como el de la felicidad. Nos atraen unos ojos mientras son bellos y una boca nos excita al madrigal mientras es fresca y es linda. El talento, la gloria, la fortuna, son calidades que siempre ceden ante la calidad de la belleza, y todos los humanos nos rendimos a su imperio. Rosario –y ya concluyo– nos recordaba a nosotros esas mujeres que amamos durante nuestros años mozos, y que, al cabo del tiempo, hemos vuelto a ver del brazo de sus maridos, deformadas, gruesas y de las que apartamos la mirada con melancolía. Y no por ellas sino por nosotros.

No sabemos perdonarles que nos recuerden que también nosotros hemos perdido el divino tesoro de la juventud y que a todas horas tenemos que remozar y refrescar el espíritu, para no sumarnos a la caterva de esos cadáveres ambulantes que no sienten ya los latidos de la emoción dentro del pecho y la inquietud de las ideas dentro de la cabeza:

Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver;
cuando quise llorar, no podía,
¡y ahora lloro sin querer![180]

El Adelanto (04-02-1925)

[180] Rubén Darío. "Canción de Otoño en Primavera".

Jesús Basiano[181]

– Tengo que presentarte –me dice «Bon»– al mejor discípulo de Regoyos, a un vasco, a un bilbaíno, Jesús Basiano, que quiere ir a pintar a Salamanca. Tú le hablarás de aquello y le dirás lo que puede hacer.

Y al día siguiente, en el «Heraldo», me presenta a su amigo, que es un vasco hecho y derecho. Inocente, niño grande, lleno de salud y de energía, Basiano me habla con entusiasmo de su pintura. Está tocado, sencillamente, de boina, y nos habla con la efusión y con la cordialidad del amigo que nos hubiera conocido desde la infancia. Él ha nacido en Navarra, pero se ha criado en Bilbao. ¿Conozco yo Bilbao, por ventura? Cuando le digo que sí, y mucho, el hombre ingenuo e infantil que hay en Basiano se desata en alabanzas de su tierra...

Charlamos de los amigos comunes: Ricardo Power, Serafín Menchaca, Indalecio Prieto, el marqués de Buniel, Lequerica, Zuazogoitia, Monslane[182] Michelena, Braoz, gente ¿eh? ¿Y las bilbaínas? ¡Diablo con las bilbaínas! Sin rebajar el mérito de las madrileñas, Basiano las encuentra lindas, interesantes, guapas, elegantísimas y un poco tímidas, ¿Está conforme el amigo? ¿Las ha visto en el Arenal, o frente a San Nicolás, una tarde dominguera, un día de concierto? ¿Y el paisaje? Aquellos tonos verdes, aquellos matices que se van diluyendo en la niebla ¿no le hablan mansamente al corazón? Le digo que sí a todo al amigo Basiano.

Basiano es la inocencia personificada en el diálogo y con el pincel. Da la misma sensación de una canción de Guridi, de un cuadro de los Zubiaurre, de una página de Antonio de Trueba, de una conjura política de Unamuno, de un discurso de Alzola, de un chalet de las Arenas o de una romería en Begoña. Basiano sabe encararse con la naturaleza y sorprenderla ingenua y candorosamente. Hay en su visión una frescura, una gracia y una honradez de procedimientos que enhechizan y subyugan.

Basiano, como buen artista bilbaíno, es fundamental, honrado. No sabe de trucos de «metier» ni de recovecos de técnica. Pinta lo que ve, sin tratar de interpretarlo, pero lo ve tan bien, con tan exquisita conciencia, que será, con el tiempo, uno de nuestros primeros coloristas.

Salamanca –me dice Basiano– me interesa tanto, que voy a hundirme en su tierra a pintar durante una buena temporada.

Me han hablado mucho de la ciudad, de Ledesma, de la Alberca, de Ciudad Rodrigo y de la Sierra bejarana. Así que me envíen ciertas telas que estoy esperando, me pondré en camino para Salamanca. Madrid me pesa demasiado. ¿Por qué no viene usted conmigo?

Le replico que, desde Diciembre, estoy con el anhelo de unos meses de reposo y que, con unos meses de retraso, coincidiré en Salamanca con el ingenuo y estupendo pintor, que ya me he ganado el afecto y la voluntad para siempre.

En el fondo, vascos y castellanos nos entendemos a la perfección. Ellos nos crean el alma como las mujeres ingenuas y como los niños, y nosotros les hacemos a ellos el efecto de gente un poco vieja y sobria que no come demasiadas angulas y que no bebe demasiado chacolí.

El que dijo que el vasco era el alcaloide del castellano, bien supo lo que se dijo. Acaso el porvenir de ambos pueblos estribe en su fusión futura. El castellano necesita de cierta ingenuidad para andar por la vida, y el vasco olvidar sus sellos y salir de sus montañas para encararse con la llanura infinita e interrogarla a solas y en silencio.

El Adelanto (12-02-1925)

Julio Antonio[183]

Hoy se celebra el aniversario –creo que el sexto– del glorioso escultor Julio Antonio. Desde el Sanatorio del Rosario, entre ministros, directores generales, actrices guapas, banqueros y fantasmones de toda suerte que no hicieron caso de él más que en los días de gloria para envenenarle con el triunfo, acompañé al amigo entrañable desde el sanatorio del Rosario hasta el cementerio del Este. Hoy ya saben todos que Julio Antonio ha sido uno de los más grandes escultores de todos los tiempos. Sería una oficiosidad imperdonable escribir ahora un artículo crítico. Lo que

[181] Jesús Basiano Martínez Pérez (1889 1966), pintor navarro.
[182] Pedro Mourlane Michelena (1885 1955). Director del diario bilbaíno *La Noche*.
[183] Antonio Rodríguez Hernández (1889- 1919), tarraconense, de nombre artístico Julio Antonio.

quiero es recordar al pobre amigo y escribir hasta qué punto la gloria, en la que él creía ciegamente, le comió, con el cuerpo, el corazón en pocos meses.

Julio Antonio pasó de la admiración callada y sabrosa de unos cuantos amigos que sabíamos todo su valor a la popularidad máxima con motivo del monumento funerario de Lemonnier. Los encargos fueron entonces regulados y magníficos, y el pobre muchacho, que había conocido días terribles de hambre y de abandono, comenzó a gastar del capital de su vida, cuando apenas si podía tocar a la escasa renta de ella. Y el amor, aquel amor en que soñaba siempre el escultor de Tarragona, se le ofreció de la manera más tentadora, entre gasas, joyas, sedas y perfumes, por las profesionales de la caricia fácil.

Julio Antonio, que no conocía los ardores simulados y las pasiones alquilonas, tomó por oro de ley lo que era oralina de la peor especie. Una muchacha preciosa, a la que Julio Antonio adoraba, sencilla y modesta, se apartó de él porque creyó que la gloria fatalmente mataría en Julio los amores fuertes e imborrables de los días de lucha, ¡trágico error! Julio, atribuyendo a coquetería imperdonable lo que era generoso renunciamiento de mujer, dolorido, aturdido, con el corazón sangrando por la llaga abierta de su pena infinita, se convirtió en el «artista de moda» entre las mujeres. Y ellas le sorbieron el seso y la vida. Una tuberculosis le llevó a la tumba en pocos meses. El generoso doctor Marañón, con los puños crispados por la ira, se declaró impotente para combatirla.

¡Pobre Julio Antonio! Como todos los hombres inteligentes de veras, el joven escultor catalán, era un perfecto niño, un alma de oro, un corazón lleno de rectitud y de generosidad. Ni los días de lucha quebraron su espíritu, ni los días de gloria le hicieron conocer la vanidad. Pasó por la vida sin comprenderla, jugando con su buril, y cuando se entregó sin reservas, pródigamente, en lugar de convertirla en esposa, la hizo impúdicamente su querida, y así se vengó ella de él…

No olvidaré la tarde de su entierro; estaba yo en Madrid de paso con una comisión de Alba de Tormes, gestionando unos caminos vecinales y un material escolar. Luis Bagaría lloraba, sin consuelo, a mi vera. Baldomero Argente, entonces ministro de Subsistencias en un Gabinete presidido por Romanones y después queridísimo director del «Heraldo», consolaba al compañero y paisano inseparable del escultor. Y yo no quise ver sus despojos, porque quince días antes, ante unos amigos –Luis Bello, Araquistain, Fernando de los Ríos, Indalecio Prieto– me hablaba Julio Antonio de su horror a la muerte.

Julio Antonio ha ganado, por derecho propio, su derecho a la eternidad. Hay que remontarse a los buenos tiempos de Berruguete para encontrarse con otro escultor, de tanta fibra como él. Pero su vida fue un continuo tormento y un anhelo infinito de venturas. Algunas veces veo pasar por la calle a una muchacha que me saluda desde lejos. Sus grandes ojos negros están empañados por la niebla de una tristeza infinita. Recuerda y recuerdo, al tropezarnos, la misma persona, sin que ninguno de los dos hablemos. Trata de sonreír y yo recuerdo que su sonrisa la modeló algún día Julio con una gracia y una delicadeza infinitas. Pero no pudo recogerla el escultor, porque prefirió el fulgor de un momento al rescoldo tibio que los corazones obscuros saben ofrecernos, cuando nos entregamos a ellos sin recelo y con abandono.

El Adelanto (19-02-1925)
El Pueblo (25-02-1925)

Una evocación de Margarita

¿Recuerda usted, Margarita? Fue en Barcelona donde la conocí a usted cuando estrenaba, en su recia y bella lengua catalana, «La reina joven». El público pidió a usted que hablase y usted habló. Luego, el glorioso don Angel Guimerá, ya ciego, anciano y achacoso, saludó en usted, a quien llamó «Su Margarita», «la seva Margueride», su brioso temperamento de mujer, dúctil a todas las impresiones, ora compleja, ora ingenua, ora mimosa, ora bravía, cogiéndola de la mano como un abuelo coge a su nietecita, hasta que la emoción cortó las palabras temblorosas de aquel anciano, gloria de Cataluña, de la Cataluña «rica i plena», que fue la cuna de usted, Margarita, y que yo, castellano, recuerdo a todas horas como un paraíso con sus montes y sus valles, y sus sardanas, y sus «donas» y su «seny» y su mar azul.

¿Recuerda usted, Margarita? «La reina joven» es un cuento de hadas. Una princesa se enamora de un revolucionario –¡váyale usted con lógicas al corazón!– y un revolucionario se prenda de una princesa. Los enamorados se casan, como es natural. La princesa abandona el poder por el

amor y el político violento, harto de vivir para los demás, vive un poco para sí mismo, creándose su hogar y su ensueño. En la sala de aquel teatro había, por lo menos, un castellano que comenzaba a entender la lengua catalana y que saboreó a placer el hondo temperamento dramático que ya había en usted entonces. Y yo la saludé con unas palabras que tradujeron bellamente al catalán, Margarita, en aquella revista «Catalunya» que murió de fiebre rabiosa, por no ser comprendida y por no ser estimada.

Han pasado algunos años, Margarita, pero la evocación es hoy más fuerte y melancólica que nunca. Ya no vive don Angel Guimerá. Ya no vive tampoco don Miguel de los Santos Oliver. Santiago Rusiñol ha dejado de zarandear al senyor Esteve y es un ancianito risueño y jaranero. Cambó tiene yate y «Xenius» se olvidó de Teresa, la bien plantada. ¡Qué pena, Margarita! Y ya no se danzan las sardanas en los pueblos, cara al mar azul, ni bailan los ancianos con las niñas contando los compases como antaño:

La sardana es la dansa más bella
de totes les danses que es fan i es desfan

Margarita: en esta Castilla tan ancha y tan triste, porque en Barcelona la añoraron lejana del mar y sin poderse asomar a él, usted es un recuerdo vivo de la eterna Cataluña campesina, de las masías, de los campanarios blancos y de los cementerios que son jardines. A esta Salamanca tan bella, tan exquisita, tan espiritual y tan escéptica, usted trae el perfume de su turbulenta ciudad mediterránea con su puerto, y las tintas infinitas de su Tibidabo, y el infernal estrépito de su civil y sensible Paralelo. Y princesa del arte, desde que Guimerá la ungiera con su cariño, con su admiración y con su ternura, me trae usted, señora con su voz pastosa y cálida, con su gesto apasionado y vibrante, con su feminidad exquisita y sugeridora, el eco de personas, de paisajes, de cosas que viven muy dentro de mi espíritu y que hoy resucitan al conjuro máximo de la presencia de usted en esta dulce Florencia de las Españas:

Dolça Catalunya
Patria del meu cor…!

En serio, Margarita: ¿esperaba usted oír estos acentos en Castilla? Porque yo los oí, muy gratos y cariciosos, junto al mar que trae ecos de Italia y de Grecia en sus ondas, yo se los devuelvo generosamente, al cabo de los años, señora, en esta llanura, que si no pude ver el mar, sabe espejarse a todas horas en el cielo.

El Adelanto (06-09-1925)

Isabelita Ruiz

En París –ha contado esta bellísima muchacha– es donde mejor se aprende la danza española. En aquellas tierras y en las de Italia he procurado siempre representar el alma de mi país.

Sí. Ha representado Isabelita, con su magnífico busto peregrino y las columnas de alabastro, que son sus piernas maravillosas, el alma y la raza de nuestro país.

Baila mejor cada día. Subraya menos. Es siempre elegante y siempre, sobria. No tiene un momento de mal gusto ni de plebeyez. Y París, la ciudad de los contrastes, ha prestado a Isabelita mayor seguridad en la interpretación personalísima de sus bailes, que son poemas, para acentuar, con las calidades de su figura, estados de pasión, momentos fugaces, de los que apenas señala los contornos para conmoverse en las vaguedades de un ritmo siempre nuevo y siempre decoroso.

Decoro. Gracia. Elegancia. Ligereza. Arte exquisito, para no repetirse y para acentuar cual instante de indecisión graciosa: he aquí Isabelita Ruiz. Nunca deja de ser ella. ¿Españolísima? Le basta con ser mujer, y mujer guapísima siempre. Y a fuerza de ser hembra, siempre es contradictoria consigo mismo, y siempre cristalina y transparente.

El Adelanto[184] (13-10-1925)

[184] Un año antes, y en este mismo periódico, Sánchez Rojas había publicado otro artículo, más extenso, con este mismo título, también dedicado a esta artista y bailadora española (O.C. Tomo IV, página 179).

El homenaje a Rusiñol

Cataluña entera ha celebrado estos días un homenaje en honor del gran pintor y costumbrista, del bohemio incorregible Santiago Rusiñol. Para escenario de este homenaje eligieron los organizadores, Sitges. Sitges es una de las aldeas más hermosas, limpias, blancas y azules de Europa: parece de Italia, parece de Grecia, parece del Reino de la Buena Ventura la blanca aldea de Sitges, frente al mar azul...

En Sitges reposa este formidable humorista de sus andanzas y devaneos; en el «Cau Ferrat». Con el producto de sus libros y de sus cuadros, condensa y cuaja sus sueños nuestro hombre; en Sitges pone en práctica sus humoradas más deliciosas. Hace ya algunos años que Rusiñol inventó un homenaje en honor del Greco. Pasaba por la estación del ferrocarril un gobernador que iba a tomar posesión de la ínsula de Barcelona; advirtió gran revuelo en el pueblecillo; preguntó a qué obedecía:

– Descubren –le dijeron– un monumento en honor del Greco.

– ¿El Greco? –preguntó cándidamente S. S.– No conozco a ese diputado provincial.

Rusiñol merece este homenaje de Cataluña. A él se sumó –muy cordialmente– toda la España inteligente, tolerante y comprensiva. Rusiñol, como Maragall, como Mossen Cinto, como Bagaría, como Margarita Xirgu, se ha incorporado –sin dejar de ser un valor catalán– al patrimonio de los valores nacionales. «El Místico» ha sido aplaudido en todos los escenarios de España; con «El patio azul» se han solazado generaciones enteras de coterráneos nuestros; «El pueblo gris» –traducido discretamente por Gregorio Martínez Sierra– figura en todos los estantes de las librerías de nuestra clase media intelectual; los jardines y paisajes de Aranjuez, de la Alhambra, de Palma de Mallorca, han sido galardoneados con las más altas recompensas oficiales y celebrados en todas las revistas artísticas del mundo. La misma figura de Santiago Rusiñol, con su chambergo de anchas alas, su chalina, su pipa, sus ojos soñadores y su barba y pelambrera blancas y revueltas, es tan popular en España como lo era la de Galdós y lo es la de Unamuno. Viajero infatigable, Santiago Rusiñol, que se deja ver a la hora del vermut en el Lion d'Or, o en la Maison Dorée polleando en plena calle de Alcalá, acompañado de artistas y pintores incipientes, aparece, a lo mejor, en un pueblo de Castilla, de la Mancha, o de Andalucía, con su paleta, sus pinceles y su pluma retozona y agresiva. Y cuando se ha cansado de deambular y se ha asomado a las alturas de Montmartre a enterarse del último grito que domina en los círculos pictóricos y literarios, torna a su amado reposo de Sitges a dialogar con las casitas blancas y con el mar «blau». Y allí nuestro hombre entre hierros roñosos, cacharros, casullas medioevales, faroles frailunos, anchas mesas de masías, y santos y devotos barbudos bizantinos, ríe, canta, medita; sueña; escribe; pinta y se solaza como un perfecto «bon vivant» que es Santiago Rusiñol.

Séale permitido a un escritor castellano, gran amigo de Cataluña, de sus hombres y de sus costumbres, que glose a su modo, brevemente, con la rapidez que requieren estas impresiones periodísticas, el alcance espiritual que tiene este homenaje a un gran artista, que lo es, no por solicitaciones económicas subalternas, que diría Benedetto Croce, sino por regodeo y expansión naturales de su propio espíritu. Cuando Cataluña, cuando la hermosa Cataluña quiere exaltar a un bohemio, rico y de buena casa, que ha sabido casar los sueños con las facturas comerciales, se propone deprimir un poco y jugarle una mala partida al «senyor Esteve», que querría, por las trazas y a lo que yo barrunto desde lejos, apoderarse del dominio espiritual y corporal de su región. El canto al pintor es en puridad, una diatriba contra la cursilería y mezquindad sanchopancescas de los tiempos que corremos tan tristemente y con tantos abonos de paciencia. El mismo Rusiñol ha debido percatarse de la intención recóndita y civil de sus paisanos. La presencia en el homenaje de un pícaro tan pícaro como nuestro Luis Bagaría, y la adhesión de un espíritu tan puro, y tan alto, y tan noble; como don Gabriel Alomar, no deja lugar a dudas en este respecto.

Por eso Sitges fue el día del homenaje, con su «Cau Ferrat», con su «Mar i Cel», como una Meca adonde han ido en peregrinación los devotos y esperanzados de una nueva Cataluña. Y también los muertos estuvieron; estuvo Prat de la Riba, atento y vigilante, huertano y nuncio del futuro; estuvo Maragall con su oda a Barcelona, con su canto a las regiones hermanas de la madre Iberia, contando desde el cielo los compases de la sardana ideal; estuvo Mossén Cinto, solitario y pobre, como un niño saboyano que ha perdido la casa de sus padres y se destierra voluntariamente a lejanas tierras; estuvo Serafín Pitarra, burlón y práctico, riéndose de las bribonadas y bellaquerías de los hombres...

Permitidme a mí, castellano, que salude al pintor de los jardines y que evoque, con emoción, el paso de estas sombras venerables durante el día del domingo último, por la blanca Sitges, frente al mar azul, que también tiene girones de los mejores sueños de mi vida moza...

El Noroeste (16-01-1926)
El Luchador (15-01-1926)
El Pueblo (17-01-1926)

Hablando con Eugenia Zúffoli

– Estoy completamente afónica con el viajecito –me dice, una vez cambiados los saludos preliminares, esta bellísima mujer, invitándome a tomar asiento–. ¡Hace un frío terrible!

Lo hace, en efecto. Eugenia Zúffoli viste una sencilla blusa negra y un abrigo de calle. Sus ojos, negros y rasgados, me contemplan infantil y cucharonamente. Su graciosa figurita –está más delgada y esbelta la señora Zúffoli que el año pasado–, se destaca armoniosamente tentadora y grácil, en el modestísimo camerino donde se viste y se retoca.

– ¿Quiere usted decirme algo? –la pregunto llanamente para iniciar el diálogo.

– Pero usted me conoce –replica– en mis actuaciones de Apolo primero, y de Eslava después. ¿Qué voy a decirle que usted no sepa?

– Algo que yo no sé. Usted, señora, se me antoja, por ejemplo, que no es española.

– ¿Y eso por qué? –pregunta la señora Zúffoli, intrigada.

– Verá usted... Cuando usted baila, no baila como mis compatriotas. Tiene usted un sentido decoroso del ritmo y de la gracia. Es usted maestra en la mímica. Y eso...

– Eso es italiano ¿verdad? –interroga complaciente.

– Sin duda alguna –respondo.

– Pues bien. Sí. Soy italiana...

– ¿Meridional?

– Romana, nacida en Roma. De padre italiano y de madre española.

– Su figura morena, su aire, sus gestos, sobre todo, sus gestos son completamente italianos. «Dunque»...

– ¡Ma é vero, mio signore!

El profesor de orquesta interrumpe nuestra charla. Consulta con Eugenia el ritmo de la canción «Mon homme», de Minsinguette, que ha de cantar después en «El cabaret de los pájaros».

La señora Zúffoli deshace, más con el gesto que con las palabras, las dudas del músico. Su carita correcta, sus facciones purísimas y completamente clásicas, su cuerpo escultural, se animan insinuando el aire canallesco pero gracioso, decente pero femenino, de la hembra del apache –vestida de negro y de rojo– que vive de los crímenes de su hombre. La mujer sabe que es un miserable, pero le quiere.

Está asustada de la brutalidad de sus caricias, pero, hembra, le gusta ser desdeñada, pensando en el día terrible en que se vuelvan las tornas y pueda ella desdeñar, a su vez. El profesor de orquesta parece convencido...

Reanudamos nuestra charla. Recordamos sus campañas de Apolo, de Eslava, de Maravillas últimamente. La señora Zúffoli está más guapa y más joven que nunca. Es la artista a la que proclaman los madrileños, la actriz española más bonita, la émula de María Caballé, de Rosita Rodrigo, en los días triunfales de las revistas costosas y magníficas de Mario Victorio. La mujer que comparte con Catalina Bárcena la admiración de los abonados de Eslava. La graciosísima cantante, dueña siempre de su gracia elegantemente picaresca, sin un gesto de plebeyez y sin un mohín de mal gusto. La deliciosa mujercita, ídolo de la Habana, de Méjico, que tiene que compartir sus fatigas teatrales entre España y los principales pueblos sud-americanos.

Hablamos de su «tournée» actual. Está muy contenta del recorrido. En todas partes ha vuelto a firmar nuevos contratos con las empresas respectivas.

El público de Salamanca, añade, está muy cariñoso con ella.

Suenan los timbres para la representación de «El cabaret de los pájaros», juguete hecho a propósito para que luzca su figura la señora Zúffoli. Me despido de ella.

– ¿Volverá usted por aquí?

– Seguramente, señora.

En el escenario, soledad y silencio. Está limpio de admiradores del respetable cuerpo de coros. Medida policiaca es esta que nos parece de perlas; nunca se nos antojará bastantemente perseguido el tenorio pueblerino que hace de la mujer cosa de bruja y reclamo de vanidad. Medida policiaca que sería más admirable y completa todavía si obligase a los condueños de este teatro, a la empresa o a quien sea, a mayor holgura en los asientos, a mayor decoro en la sala, a evitar esos empujones y atropellos inverosímiles en un teatro de nuestros días. En las butacas de los extremos no puede permanecer el que no quiera ser atropellado o magullado.

El Adelanto (03-02-1926)
El Diario Palentino[185] (11-03-1926)

Bartolomé Esteban Murillo

A Bartolomé Esteban Murillo no se le comprende del todo más que en Sevilla; hay que pasear mucho por el barrio de la Santa Cruz –su barrio–; que tener los ojos muy abiertos ante los tipos y escenas populares, para explicarse y definirse uno la obra del gran pintor sevillano. Aquel chico huérfano que correteaba por la calle de las tiendas tirando piedras a los mendigos y trotacalles de Sevilla; aquel adolescente que en el taller de Juan del Castillo, su maestro, molía los colores y limpiaba los pinceles como aprendiz; aquel hombre hecho y derecho que, a la hora del triunfo, se casa con una hembra rica y de buen ver, Dª Beatriz Cabrera y Sotomayor, olvidando las modelitos con las que ha conjugado el verbo amar en sus horas de bohemia y de pobreza, pinta en Sevilla y para Sevilla, su pueblo, solamente. Se requiere esta luz para comprenderle y este ambiente gracioso e inefable para juzgarle. El Murillo de las Concepciones y de las Vírgenes se me antoja siempre poco entonado y fuera de lugar. En Sevilla se toca con el chambergo de anchas alas y cecea graciosa e irresistiblemente. Bartolomé Esteban es, antes que nada, un castizo. Hoy sería amigo del *Chicuelo*, figuraría como cofrade en la Hermandad de la Macarena y no perdería una corrida de toros, desde barrera, en la Plaza de la Maestranza.

Siempre he preferido, entre sus cuadros, aquella linda florista de turbante blanco y con su *écharpe* sobre el hombro derecho que se admiran en la Galería de Delwick, a *Santa Isabel de Hungría curando a los leprosos*, que nuestro Museo del Prado arrebató al Hospital de la Caridad, y *El Piojoso* del Museo del Louvre o *El Borracho* de la Galería Nacional de Londres, a la *Natividad de la Virgen* o a los *Desposorios místicos de Santa Catalina*. Y, en general, toda la obra que se guarda y conserva en Sevilla. *El Mendigo joven* se me antoja la obra suprema de Murillo. Nada hay en este cuadro maravilloso de relamido y amanerado; el pincel del sevillano llega aquí a su grado máximo de expresión y de eficacia; pinta lo que ve con serenidad y con justeza absolutas. El espíritu de Ribera, por la firmeza del dibujo y la desconcertante solución del color, vaga por el espíritu de este cuadro. Los cuadros de la Catedral y del Museo son también muy superiores a los que figuran en las demás galerías españolas, aunque puede afirmarse que la flor de la obra de Murillo está en Londres y en París. Pero sus figuras, graciosas, llenas de vida y de donaire, son sevillanas, y es el cielo de su ciudad el que sirve de fondo a los ojos de sus Vírgenes, y son sus pícaros y sus muchachuelos desarrapados y sin hogar, y sus floristas insinuantes y lindas, y sus trazados, lo más personal y lo más expresivo de sus obras.

Conocer Sevilla es conocer Murillo. Yo vengo muchas tardes a los jardines donde se guardan sus cenizas, a la vera de la humilde casa de sus padres donde naciera, y veo pasar sus mendigos, y sus piojosos, y sus niños, y sus floristas, sonrientes, soleados y pletóricos de vida. Y he aprendido a reconciliarme con un pintor que fue el más alegre glosador, con sus pinceles, del alma inquieta y errabunda de Sevilla.

Mundo Gráfico (08-01-1930)

[185] En *El Diario Palentino*, publicado un mes más tarde que en *El Adelanto*, de donde afirma haberlo obtenido, se omiten los dos últimos párrafos de este artículo, finalizándolo en: "En el escenario, soledad y silencio".

Romero de Torres[186]

Vicenta, la gitana, me llama aparte, en Villa-Rosa, y me dice:
– ¿Tú eres amigo, muy amigo, de D. Julio?
Digo que sí a Vicenta. Y ella replica:
– M'alegro. Pintar, dicen que pinta argo; yo no lo sé. Pero yo, lo que te digo, ez que ez una coza mu zeria en cante jondo.
Se lo digo a Julio.
Julio –¡el pobre!– ríe con todas las ganas la ocurrencia de Vicenta.

En el barrio de La Latina. Fiestas de la Virgen de la Paloma. Elección de la reina del barrio. Presidente del jurado, Romero. Vicepresidente, Lezama. Secretario, yo. Adjuntos, miembros del jurado: Antonio García de Linares, Montero Alonso, el duque de Canalejas, otros amigos.
A Julio le gustan todas. Por largas, unas; por morenas, otras; por airosas y gentiles, la mayoría. Pero Benlliure y yo tenemos una candidata para el trono. Y con procedimientos electorales iguales a los de los romanonistas en el viejo régimen imponemos la niña a la presidencia.
– Sois unos granujas –me dice Julio.
A Julio le llama entonces un paisano suyo, cordobés, cabo de los guardias de Seguridad:
– ¡Pero qué birrias –le dice– habéis elegío ustés!
Romero de Torres me mira iracundo. Yo río hasta llorar.
– ¡De esta vez te majo, querido Rojitas! – me dice el pintor glorioso.

El embajador de Yanquilandia –hace ya algunos años– ha comprado un cuadro. ¿Holandés, flamenco? ¿Quién lo sabe? Y llama a Julio para que dictamine en unión de dos técnicos.
Sus compañeros sentencian:
– Esos verdes. ¡Tela holandesa! –dice uno.
– ¡Más bien, un primitivo flamenco! –asevera otro.
Julio no sabe a qué atenerse. Sonríe. Fuma. Pasea. Y dice al fin:
– ¡Bueno, zeñore! ¡Ya se pondrán de acuerdo!
Y se despide y torna a la tertulia a discutir un rato con Enrique Marín.

En el estudio.
Hablamos de toros.
Julio dice que él pica como nadie.
Anselmo Miguel le coge por la palabra. Picará en El Escorial. Vísperas de la fiesta, se raja Julio:
– ¡Oye, tú! –le dice a Anselmo–. ¡A lo que me obligo yo es a vender limón en el tendío de zombra!
Julio se presenta casticísimo esta noche. Con sombrero cordobés. De capa. Litúrgicamente, con unción, la recoge y la coloca en el perchero.
– Los Quintero me han dicho –le digo yo para darle guerra– que ningún cordobés sabe llevar la capa.
Julio ruge, indignado:
– ¡Zerafín y Joaquín son dos críos! ¡Ellos zi que la yevan mal! Nezesitan un palo en la diestra y unos pasos delante. ¡Pan, pan, pan!

Anselmo Miguel Nieto habla a un periodista de Angustias, la modelo gitana:
– Romero asistió a su bautizo –le dice. Romero lee la interviú. Llama al reportero:
– Oiga, compare. Complete usté la información asegurando que Anselmo azistió al bautizo de la madre de la niña.

Mundo Gráfico (04-06-1930)

[186] Con este mismo título, aunque distinto contenido, Sánchez Rojas había publicado previamente otro artículo en *El Adelanto* (O.C. Tomo IV, página 32).

Rafael Romero Barros[187]

Este glorioso pintor sevillano –padre de Rafael, de Julio y de Enrique Romero de Torres–, muerto en Córdoba después de desarrollar durante cuarenta años una intensa vida ejemplar, dedicada al arte y a su enseñanza y docencia, al frente de la dirección del Museo Provincial de Pintura y Escultura, tiene que ser recordado con emoción en estas páginas consagradas a la ciudad de los califas. Un busto de Juan Cristóbal recuerda el rostro grave y apacible a un tiempo del benemérito cordobés adoptivo; una calle que comunica la plaza del Potro con la calle de la Feria recuerda su nombre; la memoria de D. Rafael Romero Barros vive, llena de fuego y de energía, en la memoria de las generaciones cordobesas que aprendieron en sus aulas a pensar y a sentir. En una época de recio vandalismo para Córdoba, Romero Barros logró que la Mezquita fuese declarada monumento nacional; una bella cosmografía consagró a su estudio; columna por columna, dibujólas preciosamente este formidable dibujante con maravillosos dibujos que nosotros hemos admirado, y que conservan, como oro en paño, sus hijos con hondo fervor filial. La docencia de Romero Barros coincidió con una época en que Córdoba no pagaba sus atenciones; poco menos que en quiebra se habían declarado la Diputación y el Ayuntamiento de la ciudad; Romero Barros, al frente de la Escuela de Artes y Oficios, de donde surgieran Mateo Inurria y sus propios hijos Rafael y Julio Romero de Torres, lograba, con su crédito personal, que el cerero siguiera surtiendo de bujías las aulas, y de lápices y cartones los pupitres y las carpetas de los alumnos.

Una vida ejemplar consagrada a la exaltación consciente de la gran ciudad luminosa fue la vida de Rafael Romero Barros. A su entierro asistió, conmovida y silenciosa, toda la ciudad. Y hoy podemos escribir en LA ESFERA, sin hipérbole, que la prestancia y la gloria artísticas de la gran urbe andaluza subsisten «todavía», gracias al modesto ciudadano y excepcional pintor, cuyas glorias continúan los hijos por inclinación del ánimo y un estrechísimo deber.

Representaba Rafael Romero Barros en Córdoba la honrada y cordobesísima clase media, tan distante del señorito ocioso, como del plebeyo corrompido y mal educado.

Sabía que el arte es inspiración y es también oficio. Realzaba el valor de la obra con la modestia de la persona, y sin bajar la cerviz ante el poderoso, ni ostentar demasiada familiaridad con el plebeyo, era la encarnación más pura de este pueblo, tan señoril y aristocrático, que ya pensaba con Séneca, meditaba con San Isidro, soñaba con los poetas árabes, se llenaba de luz con Pablo de Céspedes y con Luis de Góngora y Argote; decía sus amores a la reja de Luscinda y de Dorotea en los tiempos de Cervantes, y hablaba siempre con el decoro de un Juan Valera, cordobés y españolísimo.

La Esfera (19-07-1930)

Cómo ensaya Miguel Fleta

Este excelente niño grande que es Miguel Fleta, de cuyo arte y de cuya gloria no queremos hablar con adjetivos, porque no los necesita, ya comienza a impacientarse un tantico en su tertulia. Miguel, que ahora padece el virus de la política como excelente barítono y como excelente español que es, acaba de consumir un turno; los diputados contertulios que le escuchan, grandes amigos suyos, Matías Peñalba, César Gusano y Tomás Marcos Escribano, abandonan los asientos del café para ocupar los escaños del Parlamento. Yo, indeciso entre la música y la Constitución, entre Miguel Fleta y Pérez Madrigal, me decido por Fleta y por la música.

– ¿Me acompañas tú, Pepe?

El auto y al barrio de Salamanca en busca de esta formidable pianista aragonesa, de esta guapa y dulce Pilarín Cavero, la recogemos y a Villa Fleta, a ensayar toda la tarde. Miguel puede ser un ejemplo de trabajador en esta República de trabajadores; sus canciones las vive y las crea emoción a emoción, nota a nota, sin un desmayo y sin la más subalterna concesión a la pereza. En Villa Fleta, al fin; los niños del gran tenor nos salen al paso, presentando sus caritas de rosa y de nácar a nuestras caricias; la mamá –esta paisana mía, señora de todo mi afecto, que se llama Carmencita Mirat y Rúa– sonríe satisfecha. La señorita Elia, una muñeca preciosa, de tres años, tararea brava-

[187] Artículo firmado como Jorge de Alba.

mente, familiarmente, las primeras notas de "La Marsellesa"; Miguel Ángel, un diablillo travieso de dos primaveras, quiere que juguemos con él al "football"; la nena, Palomita, junta las manos, batiendo palmas, saludando a papá. En esta casa de Miguel Fleta es un problema de muy dudosa solución averiguar quién tiene menos edad; si los padres, o los nenes. Dejémosla por ahora, porque ya Miguel, ante el piano, escuchando las primeras notas de la señorita Cavero, desparrama su voz de oro por el ámbito "hall".

Una dramática canción francesa. "La simoun", atrae su enorme curiosidad de virtuoso. El viento del desierto azota y quema la faz del caminante; los bancos de arena le interrumpen en su marcha, enterrándole. Pero el caminante es hombre duro y terrible, que vive siempre con la faz tranquila y con la figura recta y sin abatir. En el sendero de la vida conoció el amor de una mujer y tampoco el viento de las malas pasiones le arrastró al abismo. La canción, durísima para el divo, va cobrando, poco a poco, en su garganta, toda su espléndida tristeza. Corrige la frase musical a cada paso, la subraya, acierta con la dicción justa, torna a acertar, la hace, al fin, personal, precisa, inconfundible, única. Abandona la "chanson" por una maravillosa melodía rusa, que canta en francés. Es "La canción del soldado", contento de ofrendar su vida por la patria. Pero en el campo de batalla recuerda el fuego del hogar y las caricias de la compañera. Aquí la voz de Fleta es acariciante, dulce y mimosa; es una terneza y un suspiro. La voz, prodigada a torrentes, se recoge ahora en un hilo, que se pierde en la garganta, para surgir de nuevo impetuosa y cordial.

No se cansa de ensayar Fleta. Yo soy el único espectador de la fiesta maravillosa y ejemplar. Ni interrumpo, ni aplaudo, ni grito. Quiero que Miguel se olvide de que le escuchan. Y consigo mi propósito, porque nuestro cantante advierto que ya canta para él solo. Es su espectador y su juez. Como los pájaros, alejado de toda idea de tiempo y de espacio, canta por cantar, por una exigencia espiritual más fuerte que todos los estímulos subalternos de la conveniencia o del interés. Fleta ya no ensaya; ahora juega, ejercita un deporte, se entrega a una necesidad del espíritu. Y por esta cautela mía, borrándome adrede con mi silencio del ambiente donde el gran tenor español se está produciendo, sorprendo su corazón, y sin saberlo me hace confidencias que no puede hacer a los públicos que le escuchan, y para suerte mía, gozo de uno de los espectáculos más bellos de que puedo gozar: el de un hombre que al cantar, olvidado de toda contingencia terrena, reza, y ora, y alaba, y tiembla, y suspira, y amenaza, sin más arma que esta voz que es un tesoro y su revelación, que es la mejor expresión de un alma que no sabe ser muda y que se dice a sí mismo lo que tiene vergüenza de escuchar a las demás.

Ocho, diez canciones más escucho a Miguel en esta tarde inolvidable. No falta el "Adiós a la vida", de Tosca, que le piden todos los públicos. No sabe prescindir de los gemidos del "Lamento indio", que forma parte obligada de su repertorio de conciertos. Ahora canta porque sí, como un alarde de su juventud, de su frescura, de su salud espiritual y lírica, la romanza de "la flor" de "Carmen". Lleva más de dos horas al piano; ni Pilarín, ni él, parecen fatigados. Yo salgo de mi escondite, de mi silencio. Preparamos el regreso. Dejamos a Pilarín en su domicilio y tornamos al centro de Madrid. Todavía presenciamos unos minutos de sesión de nuestras Cortes Constituyentes. Miguel ha de brujulear por los pasillos, saludando al ministro de Instrucción Pública, bromeando con Indalecio Prieto, pidiendo un té con leche en la cantina de la Cámara. Está tranquilo y despejado, como si no hubiese jugado alegremente con el tesoro de su voz, durante dos horas bien corridas.

El Adelanto (10-12-1931)

ESCRITORES

José María Gabriel y Galán[188]

Costumbre es cuando se conoce el nombre del poeta premiado con la Flor Natural en los Juegos florales[189], hacer biografías o estudios críticos del mismo, donde la lisonja se asocia a la semijusticia, y las palabras pomposas y bombos altisonantes corren parejas con la verdad a medias.

Sucede a veces, como en el caso presente, que el poeta laureado no es versificador ripioso, y que por el contrario, hay testimonios que acreditan bien a las claras el merecido papel que juega en la república de las letras, ¡y es de ver las biografías que de él se escriben y lo reverentes que se muestran con la inspirada musa del vate, los que, en otras ocasiones, le hicieron la guerra y se asociaron al discreteo de la envidia y la murmuración!

Yo no puedo hacer ninguna biografía de Galán; sólo sé que es de Frades de la Sierra y que se dedicó al magisterio, carrera que después abandonó para dedicarse al laboreo de la tierra. Ni más ni menos.

Más fácil me es hablar de sus composiciones y del entusiasmo que éstas me producen, y del benéfico influjo que en sus versos tiene su fe ardiente, la convicción religiosa de su espíritu. Galán es un versificador bueno; pero es mejor poeta que versificador, no es poeta modernista, ni sistemático. Sin que esté afiliado a escuela alguna, sabe apreciar su belleza, aunque no necesita imitarla. A mano tiene la pintoresca habla de sus paisanos, una reunión de rabadanes, el canto de un gañán que conduce el carro lleno de haces a la era cuando se pone el sol, un juego de calva, o si quiere internarse en las esferas de la sátira, el eterno secretario de manos sucias, o el pleitista marrullero y concejil.

No quiero meterme en la cuestión eterna de la bondad o malicia de nuestros hombres del campo. Yo que, por temperamento, me inclino siempre a lo mejor, tengo motivos más que suficientes para alabar a los charros, y no reírme de lo que gente poco observadora llama con desdén *cosas de la charrería*.

Cante siempre Galán los amores de los charros, sus ilusiones, sus ideales, el labrador que labra uno y otro y otro día, la canción del arador cuando la reja se mete en los surcos de la tierra seca y rompe los terrones, la sencilla plática del padre de almas a los feligreses humildes y sencillos, el dulce coloquio de los amantes rudos, los chismes de la vieja entrometida, más amiga de vivir en la casa del vecino que en la propia.

Que su canción sea charra, que glorifique a los salmantinos.

Que si algún día feliz para Salamanca cuenta con su regionalismo poético, podamos proclamar a Galán el jefe de la escuela salmantina en el siglo XX, como lo fueron Fr. Luis de León en el XVI y el maestro de la entonación, Quintana, en el XVIII.

Siga, siga su labor. Que en la Salamanca de hoy, pobre y escarnecida, trabajen hombres de alma tan noble como la del señor Galán, y el charro tendrá su eterno cantor.

[188] Existe otro artículo con este mismo título, aunque distinto contenido y mayor extensión, publicado en la revista Siluetas en diciembre de 1923 que más tarde, en abril de 1926, reproduciría con ligeras variaciones en su opúsculo *Elogio de Gabriel y Galán* (O.C. Tomo VI, página 293).

[189] En 1901 se celebraron en el Teatro Bretón de Salamanca unos Juegos Florales en los que fue galardonado con la flor natural por su poesía *El ama*.

Yo, por mi parte, y en lo que a mi toca, felicito muy de veras a Galán por su éxito reciente; al Jurado que tan a maravilla ha sabido distinguir la poesía de buena ley de la falsa y postiza, y a Salamanca, que escuchará extasiada los sabrosos versos de Galán y el discurso de Costa, lleno, sin duda, de altas y levantadas miras.

El Adelanto (06-09-1901)

Luis Maldonado[190]

Aquella Plana Literaria de "El Adelanto" que hizo Ramón Barco, reveló a Maldonado como purísimo escritor de nuestros campos. Desde entonces leo todas las cosas que publica con interés creciente.

Recuerdo una deliciosa narración, en que explica el cura de almas a sus discípulos el misterio de la Santísima Trinidad. Un cuento hermosísimo, "Oficio nuevo". Aquella "Golisa de Alizán" que publicó "Blanco y Negro" ilustrada con unos mamarrachos de Méndez Bringas. Y sobre todo aquel "Tío Cavila", la más grandiosa producción de Maldonado.

Su decir es castizo, tiene una prosa, de concisión clásica, que maravilla. Maldonado llama maestro a "Zeda", y a mí me sucede aquí, que admiro mucho más al discípulo.

"Crotontilo", que es el cantor de todas las glorias salmantinas, chicas y grandes, fuertes y flojas, ha comparado a Maldonado con Pereda. A mí no me parecen odiosas las comparaciones. Y la de autos facilita enormemente mi labor.

La prosa de Pereda es clásica, cervantesca. Popular, hablada, corriente, con tales o cuales reminiscencias, la de Maldonado. Pereda pinta las cosas hasta la saciedad; no pierde ni un detalle. La retina del escritor montañés es deliciosa. Maldonado no es tan cargante; es más sobrio. Pero la ventaja que le encuentro a Maldonado sobre el insigne autor de "Peñas arriba" es la siguiente: los personajes de Pereda cuando hablan, dicen majaderías. Son unos sermones preñados de ñoñeces.

Aquella comparación de D. Ramón de la Llosía, en "D. Gonzalo" cuando compara a los políticos con los relojeros, es de lo más rancio. Y a los "tíos" que pinta Maldonado hay que oírlos; dicen cosas de mucha enjundia y de mucha fuerza. Prefiero una sentencia del tío Cavila, a las divagaciones de los sabios de la montaña. De Pereda, haciendo hablar a sus personajes, solo resisto los discreteos de Neluco Célis. Los galanes no me convencen nunca.

Maldonado, como Pereda, me parece, solo «pintor».

Más comparaciones. No siento hacia ellas odio de ningún género. Comparémosle con Berrueta.

Las caricaturas de Berrueta se convierten en apologías para Maldonado. Escribe como un amable burgués, después de una comida substanciosa.

El punto de vista de cierto amigo mío, hablando de Maldonado, me hizo pensar no poco.

"¿Por qué –me dice– es avanzado el distinguido escritor como civilista, y conservador cuando actúa de literato?" Tiene razón mi amigo.

Yo recuerdo haber oído al señor Maldonado en el Círculo de Obreros recientemente. Hablaba con fuego, aconsejaba a los trabajadores salmantinos que no diesen crédito a los que les predican las viejas cantinelas de la resignación y del trabajo.....

Y luego escribe cuentos de la tierra, que trascienden a viejos tiempos, y todo le parece bien y aconseja la calma y canta el quietismo y la panza llena, como un perfecto silvelista,

¡Paradojas!

Yo quiero a Maldonado porque es un señor que hace algo más que proposiciones incidentales; hace cuentos hermosos de la tierra salamanquina, de cuyos encantos es el primer amante.

Maldonado ha de ser –por las trazas que lleva– uno de los primeros escritores regionales de España.

El Diario (19-03-1904)

[190] Firmado con las iniciales del autor: J.S.R.
Sánchez Rojas escribiría otro artículo con este mismo título, publicado en *El Adelanto*, interesándose por la faceta política de este personaje (O.C. Tomo II, página 98).

Luis Romano[191]

Mi querido amigo Luis Romano es un muchacho de 23 años que ama el progreso, echa piropos a la niña del gorro frigio y hace crónicas muy lindas y versos bonitos. Solo puedo hablar de Romano corno poeta; como orador apenas le conozco.

Romano colaboró, primero, en la plana literaria de *El Adelanto*. Yo le he dicho a él particularmente, y se lo repito ahora en letras de molde –ya que estos artículos no son otra cosa que ensayos de sinceridad– que todo eso del modernismo; de los pequeños filósofos, de las vírgenes densamente pálidas y de las esposas estériles, no debe tomarse en serio.

Martínez Ruiz me gusta mucho, a Medina le envidio, a Marquina no le entiendo; pero todos estos señores –a quienes mi amigo Romano rinde ahora fervoroso culto– son poetas despreciables cuando se meten a predicadores y el sectarismo es lo que les empequeñece y mancha. Compárese, por ejemplo, algún largo capítulo de «La Voluntad» de Martín[ez] Ruiz con cualquiera de los artículos que componen sus *Confesiones*, *Mi primer amor* o *Esas mujeres*. Y el Medina anarquista de *Alma del pueblo*, el Medina terrible, vale ni muchísimo menos que el narrador ingenuo de los amores y venganzas de los huérfanos.

Un joven puede y debe hacer versos, y presentar noblemente al público sus ensayos y tanteos como Romano lo hace. Y como tiene que cantar el amor, un amor humano, amor de cuerpo y de alma, todo en una pieza, cántelo sinceramente sin rastrear las formas que adopte la literatura al uso.

Una de las poesías «De la Vida», *Mi hogar* me enternece, pero en esas tristezas desesperantes que amargan la existencia de los poetas jóvenes, no creo.

Estas advertencias son advertencias del amigo leal. Yo agradeceré a Luis Romano, que, a su vez, me sermonee cuando publique algún libro.

Yo quiero decirle que los muchachos que emborronamos cuartillas no somos todos los muchachos y que nuestras penas les tienen sin cuidado a los mortales. Y dígole esto porque en algunas poesías amorosas que ha escrito, preñadas, por otro lado, de noblote erotismo, se preocupa demasiado de sus trovas y de sus ternezas rimadas.

Yo no sufro el amor *literario*. Estoy convencido que las muchachas, por muy sensible que tengan el espíritu, prefieren las caricias de un necio a las de un Petrarca pongo por caso, que jamás pudo lograr una mirada cariñosa de Laura, a pesar de estarla cantando toda la vida en versos inmortales. Ya sabe también Romano como prefirió Roxana el bigote rubio de Cristian a los hermosísimos requerimientos del pobre Cyrano.

Decía el señor Unamuno en el prólogo que puso a otro libro del joven y fogoso literato salmantino, *Horas grises* que Romano se buscaba a través de este o del otro poeta conocido. Dispénseme el maestro; creo que no; me parece que Romano *se ha encontrado*.

Y no lo digo en son de censura, precisamente. Romano se preocupa de sus pensamientos y de sus cosas, necesita más lastre, porque tiene alma de poeta, tiene inspiración, y la poesía no consiste en que los versos tengan esa interna hermosa armonía de moda, sino en *pensar sintiendo y en sentir pensando*, y para pensar hay que leer todo lo que han dicho tirios y troyanos.

Como cronista, merece mil enhorabuenas. Tiene un alma grande y siente hondo. Y como poeta, ya nos ha demostrado que tiene música y forma. Pero debe dedicarse a pensar cosas nuevas, a amplificar otras que hayan dejado en germen los grandes poetas y a leer todo lo que caiga en sus manos.

Es un muchacho que vive al día. Es sincero y debe ser más trabajador.

De *Horas grises* al libro *De la vida*, hay un paso enorme aunque haya estas o las otras remembranzas de Machado, de Zola, de Medina. Estudie y seguirá avanzando, que con estudiar no perderá su juventud

¡Adelante!

El Diario (07-04-1904)

[191] Firmado con las iniciales J.S.R.

Curros Enríquez

Encontrarme en este delicioso pueblecito de Celanova, patria de Curros Enríquez, y no hablar del más grande poeta gallego, sería una herejía imperdonable. Mis primeras impresiones son para él.

Escribo frente a la casa de sus padres, convertida hoy en cuartel de la guardia civil. Y el viernes, cuando llegaba a Celanova, desde ese terrible horno de Orense, contemplé la Virgen del Cristal, santuario famoso en las letras regionales por la leyenda de Curros; más allá *O Mosteiro* «á igrexa fría», el lugar de los paseos nocturnos del poeta, y muy cerca también, en la falda de un montecito, Einibó, el pueblo de la boda[192], Penalta, a quien hace guardia de honor un salvaje peñasco, el lugar del gaitero, muerto no ha mucho. Toda esta alegre campiña recuerda a Curros...

Curros, en efecto, llena Galicia. Es el poeta más vigoroso y expresivo, no solo de Galicia, sino también de España. Se rebela con frecuencia, y sabido es que los rebeldes son de la madera de los mártires. Los que no chillan suelen parecer imbéciles y... serlo las más de las veces. Curros, no; Curros tiene su alma impetuosa como las corrientes de un río, silvestre como su país y fecunda como su terruño. El hijo ilustre de Celanova deja una muy honda estela en el espíritu. No es de los poetas que *pasan* después de entretener nuestros ocios burgueses; *queda* y queda con justicia.

Su poesía es sintética, concentrada más bien, de concentramiento de ideas. No se diluye como ciertos ilustres poetas de mi Castilla. Curros maneja la paleta y su pincel; es rico en colorido y es notable, no por lo que dice, sino por lo que deja de decir. Me recuerda mucho a Eça de Queirós y Grandmontagne, deliciosamente irónico como el primero; de ironía *gallega* y me recuerda al segundo por su cantidad de espíritu; faltándole, sin embargo, la cultura del publicista bonaerense. He dicho, no ha mucho, que el alma portuguesa es irreductible. También es así el alma de estas gentes.

Curros tiene una historia terrible, de dolores silenciosos y ocultos, que le han agarrotado la vida. Conoce esta vida por el lado triste. Y los que padecen no son pesimistas, son furiosos derrocadores de ídolos añejos. Cuando yo mismo me he divertido en soñar y en asustar un poquito a los viejos que murmuran en las farmacias, siempre he escuchado la misma estúpida cantinela: «¡esas ideas! ¡esos profesores!» Y los infelices reumáticos, objetos de todo mi cariño y respeto, no comprendían que no son las ideas las que mudan a los hombres, sino esos sentimientos escondidos, que no pueden saborear las gentes, porque no son para ellas.

La composición más hermosa que conozco de Curros, a excepción de la leyenda de «La Virgen del Cristal» es su *Mirand'ó chau*[193], imitación de *Le bon Dieu* de Béranger, pero muy superior, por el nervio y la malicia, al modelo francés. Esos lacayos, vecinos nuestros, que tanta gimnasia hacen con el cuerpo, son incapaces de odiar tanto como Curros.

Más, muchísimo más daño que todas las inocentadas de monsieur Combes cerca del Papado, ha hecho la poesía de referencia en el alma gallega:

N'un sólio sentado
Qu'envidian os reises
Y en capa revolto
De topedas peles,
Ceibando saudades
Arrotos d'henchente

.....
Dios dixo entre dentes:
– Bah, bah!.. Si «tu es Petrus»,
Que o demo me leve.

Y así es Curros; espontáneo, fuerte, malicioso, *gallego*. Se dice que es naturalista.

[192] Uno de los poemas de Enríquez se titula *Unha boda en Einibó*.

[193] En el gallego normativo de hoy *Mirando ó chau* (Mirando al suelo). Corresponde a su libro *Aires da miña terra*. Este romance y *A igrexa fría* fueron considerados por el obispo de la diócesis censurables por heréticos y blasfemos.

Perguntan todos; – ¿Y os noivos?
.....
¡Vai boa! ¡Vin c' un candil![194]

pero, claro está, el asunto este es de digestión. Y de mejor tono se me antoja alabar abiertamente a Curros que no pregonar moralidad como los burgueses castellanos, para luego encenagarse en las porquerías del *Piripilipi* y de la *Vida Galante*.

Curros se ha sentido con el pueblo. No es su poesía «tarazeo de tilingos» (Grandmontagne) ni poesías quinta-esenciadas de poetas melenados.

Por las noches, los *moziños* de estos lugares alegres y fecundos, cantan aquella cantiga de Curros.

Una noite na eira do trigo
ó refrexo d'ó branco luar etc.

Y a este hombre, que ha entrado de este modo en el alma de su *terriña*, donde no se loa aún «ó cristo do ferro» le reciben ahora en Orense, como un paisano *distinguido*. Es natural, Curros no es Diputado a Cortes.

Chegar á podreso[s],
Venteiros d'aceite

es algo bastante chico para el poeta que ha querido y que ha llorado...

El Castellano (24-06-1904)

Enrique Díez-Canedo

Todos los días, en el Ateneo, a las once de la noche, unos pasos menudos se acercan a mi mesa.

– Hola, *caro*.
– Hola, Enrique.
– ¿Qué hay?
– *Non c'é niente*.
– ¿Qué te haces?
– ¡Ya ves! Papini, siempre Papini.
– Oye, ¿salimos luego juntos?
– Sí, saldremos.
– ¿Hasta la plaza de Santo Domingo?
– Sí. Enfrente de donde duerme la rubia esa.

Todas las noches, el mismo diálogo. Canedo que bebe mucha agua –tanta como el cronista– hace sus cuartillas de crítica para *La Lectura*; lee; se apiporra de agua, y no deja en paz, como yo, a los mozos del Ateneo.

Y salimos juntos. Suele salir con nosotros, hasta la calle de la Montera, Jacinto Grau, un formidable catalán enamorado de Castilla. Ya hablaremos otro día de Jacinto Grau. Allí nos despedimos del catalán. Y seguimos el poeta y yo nuestra caminata nocherniega.

En esas horas, Canedito me habla de sus proyectos. Ha hecho un soneto ¡ha traducido a Carducci! Otro lírico inglés le quita el sueño. Y Canedo está siempre de buen humor. Contento de la vida, sin marcar nunca rencores, rodeado del afecto de los buenos y de la admiración de todos, Canedo no tiene una frase incisiva, ni un gesto vehemente. Correcto, discreto, siempre en guardia como un florentino del Renacimiento, oculta flores entre sus ironías.

– Rojitas, te dedicaré una oda para inmortalizarte.

– Te advierto que ya me la dedicará Cavestany cuando yo sea académico y diputado provincial por lo menos. ¿Qué te has creído, valiente?

– Que duermas ¿eh?

– Adiós… pero escucha. Unos muchachos me piden una poesía tuya. Otra quiero para EL CASTELLANO. Te pagaré en caramelos para quien tú sabes.

[194] El poema original dice *¡Nin c'un candil!*

– Gracias. Y mañana las tendrás.

Y al día siguiente, con una cariñosísima carta en italiano viejo, Canedo –que es mozo cultísimo– me envía dos poesías. «La llorona de Messina ¿eh?» Y los otros versos han venido aquí. EL CASTELLANO se honra hoy, publicándolos, con una cabeza mía, donde no quiero hablar del poeta, que ya habrá oportunidad para ello, sino del amigo, del gran amigo Enrique.

Alegría primaveral

El alma doliente
subía llevando su cruz:
en la cumbre florida y riente
se baña en aromas y mares de luz.

Melódica risa
del campo parece surgir.
Al reclamo sin voz de la brisa
contestan los hombres con claro reír.

El río modula
cantares de gozo al correr.
Hay un sol sobre el campo que ondula,
y un sol en los ojos de cada mujer.

E. Diez-Canedo.

El Castellano (23-02-1909)

Hablando con Azorín

Todas las tardes me encuentro con *Azorín*, a las tres en punto, en el salón de conferencias. Y charlamos unos minutos. Al sonar los timbres, *Azorín*, correcto, ministerial, acude puntual a la sesión. El cronista, correcto muchacho, se larga a gozar estas hermosas tardes abrileñas que le inundan de alegría el espíritu. Entre el sol y Maura, con respetar mucho al presidente, prefiere el articulista el sol con esa chica. Me calientan más y me rejuvenecen más los rayos solares que los apóstrofes a los chicos y a los grandes de la Prensa, tan conocidos para el que, sin vivir en ellos, husmea los bastidores de la farsa.

Azorín, esta tarde, como todas, está dormitando en la poltrona roja. Acaba de llegar de Sevilla. Viene entusiasmado. Y yo le digo de mis entusiasmos de la corte del oso. Y hablamos del próximo viaje a Salamanca:

– ¿Cuándo es eso, *Azorín*?

– Este mes, desde luego. A ver si nos ponemos de acuerdo con Paco Acebal y Palomero.

– ¿No conoce usted Zamora, verdad?

– ¡No, y creo que es estupenda!

– ¡Sí lo es, *Azorín*!

Y hablamos, luego, de crisis:

– ¿Cuándo cae esto?

–Por ahora, no. Eso sí: los periódicos –determinados periódicos– fantasean de lo lindo. A mí, hombre pacífico como el ventero, me regocijan en extremo.

– ¡Calle usted, mal compañero! –le increpo fingiendo desdén.

Y *Azorín* ríe ingenuamente. Porque *Azorín*, el insignificante *Azorín* que dicen los bloquistas, danzantes y taurómacos de mayor cuantía, es un alma infantil y candorosa. Se ha hecho una leyenda absolutamente falsa de su arribismo, de sus *adulaciones*. Y yo sé mejor que nadie cómo es. No cobra sueldos; no adula; se divierte con los liberales como las niñas traviesas con los gatos caseros y no siente odio por nadie ni por nada. Además tiene cultura, un estilo maravilloso y una ironía refinada, pachorrada, castiza. Y siente por la verdad un profundo culto. La verdad le ha llevado a la derecha, como a otros nos lleva a desdeñar la candidez provinciana del que lee ciertos

periódicos y la intención grosera de los que compaginan los ideales *soi disant*[195] democráticos con el puchero y con el tacto de codos. Yo, radical, deseo que Maura siga en el poder para bien del país. Sé muy de sobra que con otros elementos, aparentemente más cercanos del articulista, se va al predominio del garrote, de la calumnia, de la borrachera y del matonismo. Entre la democracia vacía en una nación que carece de *pueblo* como España y se encuentra harto sobrada de *plebe*, me declaro tirano. ¡Viva el despotismo ilustrado del sombrero de copa, antes que la imposición de la chaqueta, pagada en antesalas, oficinas y redacciones! Entre dos males, me quedo con el menor...

Mientras pienso esto y digo esto a *Azorín*, más correligionario mío que Burell, por ejemplo, suenan los timbres. *Azorín*, calmosamente, recoge su sombrero y su bastón. Allí nos damos un afectuoso apretón de manos hasta el día siguiente. Yyo salgo, calle de Alcalá arriba, cruzando por la Presidencia. La gente sale de la ciudad para gozar del buen sol. Y ríen las muchachas y corren los chiquillos, ignorando el cataclismo que nos anuncian los periódicos del *trust* desde el día de la manifestación. *Azorín* sonríe seguramente, en aquel momento, desde su banco, con su cara llena y casta de fraile fracasado...

El Castellano (06-04-1909)

Apóstol ruso

Es de creer que el espíritu del conde León Tolstoi viva en el siglo que abandona. Pocas vidas, en efecto, habrá más fecundas y más provechosas para la Verdad y para el Bien que la del ilustre novelista ruso. Contemos, en breves trazos, los episodios más salientes de su existencia, que de ella, mejor que de sus obras, se pueden desprender consecuencias para todos.

Descienden los Tolstoi de un emigrado prusiano llamado *Dick* –grueso– que es lo que en ruso significa la palabra Tolstoi. La lista de los antepasados del ilustre autor de *Anna Karenine* es fecunda en príncipes, embajadores y guerreros. Su padre fue el teniente coronel Nikolai Ilistch Tolstoi y su madre la princesa Volchonskaïa, amena y fecunda narradora de cuentos. Un escritor ruso, Ossip-Lourié, asegura que la imaginación creadora de Tolstoi procede de su madre.

Tolstoi nos ha contado en algunos de sus libros sus impresiones de infancia y mocedad. Escribe que era extremadamente feo y que de su fealdad derivó su timidez congénita. En 1832, a los cuatro años justos de haber nacido Tolstoi –según el cómputo ruso nació el conde el 9 de Septiembre de 1828– murió su madre. Los Tolstoi se establecieron en Moscou. En 1837 murió el coronel. La familia, bajo la tutela de una parienta lejana, de la señora Egorskaia, tornó de Moscou a Yasnaia Poliana, donde ha vivido casi siempre el conde. Según el testimonio de los parientes, Tolstoi, durante su juventud, fue de humor alocado, de carácter vivo, de conducta rara, pero siempre de corazón bondadoso. Un día quiere volar por los aires, pone en práctica su idea, y se da una caída tal que necesita guardar cama algún tiempo para curarse. Otro día, yendo de paseo en coche, abandona a los suyos y se corta el pelo al rape. A los once años compone versos a la memoria de la princesa, su madre. Un año después conoce a Sonia., una mocozuela «con vestido corto de muselina rizada», de la que se enamora, en un baile infantil, con esa atracción santa e inexplicable de los niños. A los catorce años, cambia Tolstoi de conducta. Desde entonces comienza a tener vida interior, a recoger sus impresiones, rumiándolas y analizándolas. Ingresa en la Universidad de Moscou, matriculándose en la facultad de Lenguas Orientales. Después, abandona estos estudios para ser estudiante de Derecho. Le atrae el espíritu claro y armonioso de Montesquieu; luego le seducen los libros de Rousseau, donde hay, en germen es claro, muchas de las ideas que después desarrollara Tolstoi. La Universidad en la vida de Tolstoi, como en la de tantos grandes hombres, no influyó para nada: al concluir su tercer curso de Leyes, la abandona para siempre, dedicándose a la existencia campesina.

Trasládase luego a la corte el joven oficial y comienza a relacionarse con los escritores de aquella época, Nekrassow, Ostrovsky, Dronjini. Su carácter austero se agria con la vida bohemia y rechaza las opiniones de sus colegas. Vuelve Tolstoi a Yasnaia Poliana y emprende un viaje largo.

[195] *Llamado, que se dice*, en francés. "… ideales llamados democráticos…"

Visita Suiza, Alemania, Francia. En París presencia una pena capital. «Siempre que los hombres pretendan demostrar –escribe en *Confesión*– que tal castigo es saludable y necesario, nuestro corazón lo negará.»

De retorno en su patria, funda la famosa escuela para los campesinos en Yasnaia Poliana, que ha dirigido personalmente hasta su muerte. Vuelve a Alemania para estudiar Pedagogía. Por entonces se emancipan los siervos en Rusia. En Yasnaia Poliana nombran al conde juez de paz. Con toda su alma se dedica a la escuela, fundada en el principio de la libertad más absoluta. Pero al cabo de tres años se cansa de nuevo, cae enfermo más moral que físicamente, y se marcha al desierto «a vivir la vida animal».

El año 62, a los treinta y cuatro de su vida. se casa Tolstoi con Sofía Andreivna, hija del doctor Berce, de Moscou. La mujer, la actual condesa, contaba a la sazón diez y ocho años. El amor aquietó los nervios del misántropo, y, con el matrimonio, comienza para el conde una vida de bienestar y de paz, interrumpida de tarde en tarde por sus *murrias* incurables de melancolía que le hacían despótico y brutal. Trece hijos ha dado la condesa a Tolstoi, de los que viven nueve. El más pequeño nació en 1891; la madre los ha amamantado a todos. Una de sus hijas, Alejandra, ha servido de secretario a Tolstoi y ha sido una de sus más fervientes partidarias, porque es de advertir que no todos los hijos del gran escritor participan de sus ideas.

La vida de Tolstoi luego ha sido de trabajo continuo, de caridad y de sacrificio. Cedió sus fincas, numerosas, a los mujiks [196] y él ha vivido vida sencilla con el producto de su trabajo, de sus libros. El Sínodo ruso excomulgó a Tolstoi, el cual estuvo siempre apartado de la religión oficial de su país.

Es harto difícil exponer, sistemáticamente, las ideas del pensador ruso en torno a la moral, al arte, al derecho, a la religión. Las tiene diseminadas, apuntadas en sus novelas, sin formar, naturalmente, un cuerpo de doctrina. Entre nosotros, el sabio profesor, mi querido maestro, Sr. Dorado, ha expuesto las ideas penales de Tolstoi, consignadas, aquí y acullá, en las páginas de su famosa novela *Resurrección*.

Para Tolstoi, el hombre irreligioso es inconcebible. Mientras la religión consiste para él en las relaciones del hombre con Dios –Dios «es el principio del mundo eterno, infinito»– la moral estriba en los actos del hombre en su relación con el Universo. La moral puede ser pagana y cristiana. Esta última exige la renunciación de la voluntad humana para acatar la divina. Así es que la determinación de la ley moral es el fin único de la moral toda. En el fondo, Tolstoi es judío, ya que rechaza las autoridades del Cristianismo y va contra la Iglesia. Su Dios es el Dios de los semitas.

Las soluciones de Tolstoi respecto a la cuestión social son igualmente radicales. Para él, la sociedad actual –toda la sociedad– se funda en el egoísmo, en el mal, en la fuerza. Como armas opone el amor al prójimo, la resignación, el precepto evangélico de devolver bien por mal. Combate, por ende, las instituciones militares y la administración de justicia. Su anarquismo, puramente platónico, le ha hecho odioso al *entourage*[197] del czar y al kaiser que no deja leer a sus súbditos, sino convenientemente revisados, los libros tolstoyanos.

No voy a hacer aquí una crítica del tolstoismo, que no consienten tampoco la extensión y el carácter de un artículo de vulgarización. Con sus errores, con su austeridad demasiado poco humana, Tolstoi ha llegado a ser la primera figura mundial de nuestro siglo. Lo fue por su arte exquisito, por la nobleza de sus sentimientos, por la elevación de su alma candorosa y buena. Tolstoi fue, sobre todas las cosas, un gran artista. Y ha señalado a la humanidad doliente sus llagas. Y –rara virtud de nuestro siglo– practicó sus ideas con el ejemplo. Pudo ser un equivocado, pero no fue un histrión. Y de estos hombres necesitamos en los presentes tiempos de quietud y parálisis colectivas.

Nuevo Mundo (08-12-1910)

[196] Campesinos.
[197] Séquito.

Maeztu en el café

Cada día nos sorprende este buen mozo de Ramiro de Maeztu con una postura nueva, un día, condena las tertulias de los cafés; otro, los espectadores de los teatros; un tercero, los que asisten al Ateneo; mañana, los que no conocen Londres. Pero Maeztu perora en el Ateneo y Maeztu va al café, donde charla las horas muertas.

Esta tarde he visto a Maeztu charlando en el café. Y me ha explicado por qué condenaba a Tolstoi y defendía a la mujer del pensador ruso. ¿Será sincero Maeztu? A veces me parece que no. A veces sospecho que tiene su manera, de la que prescinde bonitamente cuando se le antoja. A veces su enorme talento no sabe excluir una vulgaridad tan enorme como su talento. A veces este chico –un poco añoso ya– tiene preocupaciones de hortera. Cuidado que yo no soy sospechoso de admiración por Maeztu. Creo sencillamente que le anulará la fatigosa labor diaria del periódico. Su espiritualismo de antaño se ha trocado en un materialismo de buen tono, en un sentido práctico, que me desagradan.

Hoy, al ver a Maeztu en el café, me he dicho: ¿Es este quien nos habla a los muchachos de silencio, de soledad? ¿Es éste quien condena el café, el teatro, la charla, la tertulia, el ateneo? ¿No es doloroso que un lector que le admira desde lejos le vea de cerca en el cuarto de hora de vulgaridad?

No creo ya en los escritores. Me sucede con el café de Maeztu lo que con el tresillo de Unamuno. Pegaba a los tresillistas desde la *España Moderna*, y luego, tranquilamente, se dejaba dar codillos[198] todos los domingos por Cándido Pinilla.

El Adelanto (09-01-1911)

Maeztu y "El Mundo"

Ha concluido de ser intangible Ramiro de Maeztu; ¡ya era hora! ¡Y se meten con él! Y le dicen cosas. Y se atreven a sospechar de la eficacia de su labor. Y detrás de Maeztu, vendrá Fulanito, y Zutano luego, y Perencejo más tarde. Así. En este país no debe ni puede haber escritores indiscutibles. Hagamos pedestales para tirarlos luego de un soplo.

Porque Ramiro de Maeztu ha comenzado a poner en sus cosas una cantidad enorme de petulancia, ha gustado a las gentes el artículo de *El Mundo*, Maeztu es un globo hinchado, muy hinchado, sin advertir que el gas se le va por un agujero de la tela.

Desdeña, juzga, condena, define, absuelve, habla en apotegma. "Sentir es comparar", escribía la otra noche en el *Heraldo*. Sentir ya supondréis que es cualquier cosa menos comparar. Se compara con la razón; se siente con otra cosa.

Y Maeztu además quiere educar a latigazos; y eso no.

Yo, que admiro y leo a Maeztu, que creo en muchas cosas en las que él cree y que no creo en la eficacia de otras muchas que él sostiene y defiende, lamento que pierda la cabeza, no ya en Londres, sino en esta aldea de Madrid.

El excelente divulgador de ideas no ha sido nunca un pensador. Ha reflejado mucho pero ha refractado poco. Y de pontífice está muy mal Maeztu. Hay que humanizarse. Y para hablar recio y para hablar fuerte, amigo mío, separarse de la farándula como se ha separado Baroja, como se ha separado Valle-Inclán.

El Adelanto (06-02-1911)

Azorín[199]

Y observo con estupor que *Azorín* torna a sus mejores tiempos. Estos artículos últimos, *Canalejas y el Rey, Doce meses, Estado hipotético*, que publica el *ABC*, son del mozo aquel que en España evocaba tiempos de la España vieja, que se reía de las marrullerías parlamentarias, de

[198] En algunos juegos de cartas, lance de perder quien ha entrado, por haber hecho más bazas que él alguno de los otros jugadores (RAE).

[199] Véase la nota del artículo "`Azorín´ y Canalejas", *El Adelanto,* 02-03-1911 (O.C. Tomo III, página 211).

las hipérboles de los oradores, de las artes trapaceras de los políticos. Y *Azorín* ha ganado en contención; es más dueño de su pluma, y, sobre todo, de su espíritu. Escribe clara, elegante, castizamente. Hiere con daga florentina. Burla burlando, con una sonrisa, con una ligera capa de desdén compasivo, apuñala a mansalva. *Azorín*, en una palabra, resucita. Y los que le queremos, los que lamentamos sinceramente que haya tomado una posición, él, que debiera predicar desde lo alto, nos apresuramos a mostrar nuestro entusiasmo por el más culto, por el más limpio, por el más seguro de los escritores mozos.

Yo he escrito, alguna vez, en contra de *Azorín*, verdad es que he escrito otras muchas, casi siempre, con elogio y devoción. *Azorín* es absolutamente honrado. No le llevaron a la política codicias, ni afanes de dinero, ni ansias de sinecuras. No es como quiere insinuar la Prensa callejera que le es hostil, un vividor, un logrero. Me descubro ante el hombre puro, ante el artista colosal, ante el estupendo evocador de nuestros tiempos viejos. Pero... Pero *Azorín* vive atado a un partido. Vive dentro de los hábitos, de las mentalidades, del espíritu de los conservadores de este país. La limpieza de conducta le ha unido a un hombre enérgico y probo: don Antonio Maura.

¿Y el señor Maura es acaso algo más que un hombre probo? ¿Puede llamársele, sin hipérbole, estadista, un gran estadista? Cierva ¿pasa acaso de un excelente gobernador civil de tercera clase? ¿Dónde está la obra de cultura del partido conservador? Recta administración; higiene; limpieza de costumbres; cierre de tabernas y tahúres y... los empleados que madrugaban un poquito más para leer *El Imparcial* en la oficina, lo mismo que ahora.

Azorín ha debido entregar solamente su corazón a los conservadores, pero yo no hubiera hipotecado su pluma. Su pluma, que ya ven los señoritos que le desdeñaban, levanta ronchas entre Canalejas y los suyos.

El Adelanto[200] (06-03-1911)

Maeztu el objetivo

Es una cosa harto lamentable que los devotos tengamos que cambiar de ídolos a cada instante. Hace tres, cuatro años, admiraba a Maeztu; después le iba poniendo reparos y me parecía que quería abusar un poco de la ignorancia del público; ahora no le leo. ¿Por qué?

Maeztu va descubriendo lo único que tiene dentro: un buen *repórter* que sabe inglés y que juzga con la ligereza, con la precipitación, con la osadía con que juzgan los *repórters*.

Ha llegado a Berlín hace unos días. No sé si sabe o si desconoce el alemán. Si lo desconoce, tiene que esperar a aprenderlo para estudiar aquello. Si lo sabe, tiene que esperar a reunir datos, juicios, apreciaciones, pareceres, para disertar sobre el espíritu tudesco. En un caso o en otro, no es la suya labor de quince días, si ha de hacer algo sólido y de relativo buen sentido.

Pero Maeztu ha llegado a Berlín; ha cogido su Kant –probablemente en francés– ha bebido sus vasos de cerveza, ha visto al Kaiser con sus bigotes fieros y su cara de vinagre, y enseguida se ha puesto a disertar sobre la filosofía, el consumo de la cerveza, el militarismo y los peluqueros de Prusia. Si sus impresiones fueron eso: notas de viaje, apuntes, esbozos, sin finalidad docente, sin plataforma de Magisterio, sin ínfulas de dómine, pasadera sería su pretensión.

Pero escribiendo como escribe, desde lo alto, desdeñándonos en su calidad de europeo, asegurando que todo anda muy mal por estos barrios, es cosa de reírse de su filosofía, de su Kant, de su pedantería y de su objetivismo.

El señor Maeztu no quiere reconocer una cosa, y es que cada cual se mueve en su zona y que todos sirven a su Dios desde su sendero. Y todos van tirando, gracias a él.

Diga Europa lo que quiera, vamos bien, mejor que nunca, y se va preparando una juventud que le desbancará pronto, tirándole el birrete doctoral y poniendo en su lugar un gorro de clown con cascabeles.

Las revistas no son toda la cultura y hay muchos lectores en España que leen algo más que revistas.

El Adelanto (15-05-1911)

[200] Posteriormente Sánchez Rojas publicaría otros artículos con este mismo título, y distinto contenido en ambos, en *La Ciudad* (O.C. Tomo IV, página 104) y la revista *Mercurio* (O.C. Tomo II, página 308) editada en la localidad estadounidense de Nueva Orleans.

La sombra de Clarín

De noche, me dirijo al casino. ¿Os acordáis de *La Regenta*, amigos? ¿Recordáis aquellos indianos groserotes y zafios, cargados de brillantes los dedos burdos, con los cabellos repegados a fuerza de cosméticos, con la cara brillante a fuerza de harina? ¿Y sus discusiones en el casino de Vetusta, sus terribles discusiones sobre ortografía, sobre mujeres, sobre dotes? Entro en el casino de Vetusta. El conserje me detiene; le cito nombres de socios, me deja pasar. Y yo solo, oyendo la respiración fatigosa de dos viejos asmáticos que se aburren dulcemente en el salón de lectura, saboreo un café excelente, remembrando la figura de Clarín.

El espíritu de Leopoldo Alas, flota en Oviedo; flota en los chalets presuntuosos de la calle de Uría, en el paseo del Bombé, en las naves de su Catedral, dura y seca, en su cielo nuboso y grisáceo, en su escuela, en sus gentes. Aquel hombre ingenioso y bueno, que lloraba lágrimas como garbanzos ante sus alumnos cuando murió Sanz y Forés, infundió vida a la ciudad quieta y murmuradora, recordando que también el espíritu necesita un ideal que lo nutra si no quiere vegetar estérilmente. Y Clarín fue el iniciador de este renacimiento universitario que se dice existe en Oviedo y que parece cemento armado, achaque de corresponsales ganosos de no perder el premio del telegrama, humo de papel de periódicos.

Porque estos maestros de Oviedo, que parecen tener el don de la ubicuidad, han abandonado todos ellos la dulzura de la cátedra, ora por el Parlamento como Melquiades, ora por la poltrona del Supremo como el gran Aramburu, ora por la sinecura substanciosa y pingüe como Altamira, ora por cátedras de nuevo cuño de favor ministerial como Posada. Clarín, no. Clarín vivió siempre en Oviedo, en continua protesta, en constante inquietud de nervios, bajando los humos literarios de aquel Cánovas que todo lo podía, despotricando contra los poetas chirles, preparando una generación más seria y culta que las anteriores, escribiendo aquellas páginas gráficas de *La Regenta*, que inmortalizaron a Oviedo.

¡Pobre Clarín! Tú me hiciste amar Oviedo desde lejos y yo veo tu sombra en la adusta ciudad asturiana. Te quería porque enjugabas tus lágrimas con piruetas de clown; te respetaba porque hincaste la espuela en el asno matalón de nuestra pereza colectiva. ¡Descansa en paz, amigo! Si todavía te denigran, como denigrarán mañana en Salamanca a Unamuno –el hombre que más ha hecho por su gloria– nosotros, los muchachos y los poetas, hacemos un culto de tu memoria, llevamos flores a tu tumba y creemos ver, sugestionados por tu fantasía, el tórax robusto del canónigo Pas, subido en lo alto de la torre de la Catedral, contemplando su presa con sus ojillos alegres y dominantes.

El Adelanto (20-09-1911)

La estatua de Ganivet

Claudio Frollo, en un periódico conservador, recoge la idea de *La Publicidad*, de Barcelona, de levantar una estatua a Ángel Ganivet y suplica al señor Jimeno que haga correr *El Idearium* del agudo escritor granadino entre los estudiantes españoles. Si la idea de Frollo se votara en público concurso, yo votaría seguramente en contra. Ganivet no ha sido un escritor popular; si preguntáis a los que no tienen más lastre de cultura que la universitaria, moverán la cabeza.

¿Ganivet? decís. Sí, Ganivet. ¿Fue un diputado? preguntarán. No, no fue un diputado. ¿Fue un torero? Tampoco: no fue torero. Y cuando les digamos que Ganivet fue un hombre raro que se suicidó a los treinta y tres años, acaso porque no podía soportar la ebullición de su vida interna, se encogerán de hombros y pensarán que no vale la pena hablar de un hombre que no discurseó en el Congreso, ni mató toros, ni colocó a los amigos. Atravesamos un período angustioso de vida mental en España. Los que se precian de cultos admiran el talento de los políticos, porque es el único que están capacitados para admirar.

Muchos creen de buena fe que Romanones, o Fernando Merino, o Alejando Lerroux han pasado toda su vida entregados a altas y profundas consideraciones. ¡Y es tan miserable, tan bajo el nivel de nuestra vida política! El político es un tránsfuga de la vida normal; el político, con el periodista, forma las capas altas de la hamponería nacional.

A veces, en las bibliotecas públicas, me entretengo en pedir periódicos viejos de hace treinta, de hace cuarenta años. Nada más triste ni más instructivo. ¿Quién recuerda hoy a López, ministro

de Isabel II, y a Pérez, ministro de la revolución? ¿Quién sostiene hoy en serio que Lorenzana no fue un majadero? ¡Y pensar que Canalejas, que Maura, que Moret, serán para nuestros hijos nombres sin contenido, nombres de líneas de periódicos viejos y coleccionados!

No; créalo Claudio Frollo. Ganivet no debe tener estatua. Eso se queda para Requejo en Zamora, para Sagasta en Logroño, para Merino en León, para Montero en Santiago.

Un hombre que no ha sido subsecretario, no merece los honores de hombre. Y luego, Ganivet fue un chiflado: perdió unas oposiciones, piropeaba en la calle a las mozas guapas, comía uvas en las calles... Su jefe, el señor cónsul español de Bélgica, le despreciaba profundamente. Gastaba el sueldo en libros, en alquilar un piano; además, no sabía hacer facturas. Las cuentas oficiales hechas por Ganivet eran la desaparición[201] del señor Cónsul.

La segunda parte de la proposición de Frollo es como la primera, inaceptable. *El Idearium* no es un libro para estudiantes. Los libros de texto más socorridos son las novelas de Felipe Trigo.

El Adelanto (12-10-1911)
Tierra Soriana (09-11-1911)

La mocedad de Leopardi

Che angoscia era la tua, fra quel pensiero,
Presso al qual t'era noia ogni contento?[202]
(Leopardi: *Il primo amore).*

En el banco donde estoy sentado, viendo como danzan unos charros al son de la dulzaina y del tamboril, había unos mozalbetes. ¿De qué han de hablar sino de amor? Los dos se comunican sus impresiones mutuas sobre la mujer, sobre el amor, sobre la primera batalla del corazón que apenas han librado en sus primeras escaramuzas... Recordemos brevemente al poeta, recanetés, al dulce y melancólico Leopardi. El también, a los veinte años, sintió la primera batalla, la primera rebelión y la primera dulzura. Era jorobado y feo el conde Leopardi; los ojos, enfermos, estaban casi siempre cerrados; sutilísimo y raquítico era el cuerpo y quebrada el color. La madre, la marquesa Adelaida Antici, una seca y estirada señora, ocupada solamente en restaurar el patrimonio casero corroído por la usura y amenazado por los hebreos de toda la Marca, no hacía caso alguno de su hijo. El padre, el conde Monaldo de Leopardi, educado a la antigua usanza güelfa por un jesuita español, el P. Torres, estimaba torpe familiaridad reñida con los cánones del buen gusto, el sorprender los primeros anhelos de los hijos, el enjugar las primeras lágrimas que producen los encontronazos con la vida.

Los amigos de Leopardi eran Carlos, su hermano, y la graciosa hermana Paulina, cuyas bodas imaginarias, soñadas por el jorobadito, han pasado para siempre a la lírica italiana. No había un momento de alegría en la vieja casona condal. No se conocían la intimidad, la llaneza, la confianza, la sencillez, el continuado y sostenido buen humor en la casa de los padres de Leopardi. La violencia, la grosería, la cautela, esa incomprensión angosta tan frecuente, que reside no tanto en la inteligencia como en el corazón de las gentes, hacía insoportable la vida a Giacomo Leopardi. El poeta pasaba largas horas en su biblioteca, leyendo a los clásicos y escribiendo largas cartas a su amigo entrañable, el gran Giordani. Apenas hablaba el poeta con los suyos. Pensaba en la hora de la liberación, lloraba con los profetas, se reía con los satíricos, y las aventuras y andanzas de los antiguos contrastaban con la monotonía de su pobre existencia. Daba un beso en la frente a su hermana Paulina, y ambos se miraban con tristeza, hablando de mamá. «Mamá –escribe Paulina a una amiga suya– es ultrarrigorista, un verdadero exceso de perfección cristiana; no puedes hacerte idea del rigor que despliega para las más pequeñas menudencias de la vida doméstica. Se ha fabricado para ella sola reglas de austeridad, perfectamente impracticables, y se ha impuesto deberes para con sus hijos que éstos no saben agradecerla.»

En este ambiente de cárcel, de cuartel, crece el poeta más delicado, más exquisito, más hondamente triste, del siglo XIX. El año 1817 –en 1789 nace el poeta en Recanati– entra un rayo de luz en la casona austera. El 11 de diciembre, en el ancho portalón de la casa, suenan las esquilas

[201] Posible errata de imprenta por *desesperación*.
[202] "¡... qué angustia era la tuya al pensamiento / junto al cual era hastío todo goce?" Giacomo Leopardi. Cantos. "El primer amor".

de una diligencia; llega a Recanati una lejana parienta de los Leopardi, la condesita Gertrudis Cassi. Es una mujer alta, fornida; los cabellos son castaños y abundantes; los ojos negros, son tan negros y tan profundos que juegan en un leve, gracioso estrabismo, que les presta más dulzura, cuando vagan absortos. Gertrudis se hace grande amiga de Giacomo; le ampara, le protege, le mima, se hace leer los versos del poeta. La amistad es primero afinidad de gustos literarios; luego coincidencia de apreciaciones, de puntos de vista, de afectos; después descubren que gustan de los mismos platos, que piensan en las mismas cosas, que les place oír las mismas sonatas en el clavicordio. Aquí hay un misterio que no ha logrado descifrar la literatura, tan copiosa y abundante, sobre la vida del poeta; digamos, de paso, que doña Carmen de Burgos y Seguí ha publicado una biografía del poeta, llena de apreciaciones tan gratuitas, inspirada en un sentimentalismo tan ñoño, que ni aún con el nombre de la amada de Leopardi acierta. El misterio se reduce, sencillamente, a saber si el poeta fue correspondido por la condesita Gertrudis Cassi. Creemos que no. Ella le amó un poco maternalmente, se compadeció de sus cuitas, elogió su talento y su sensibilidad, sintió piedad por él. Pero la piedad no es el amor. Leopardi cae perdidamente enamorado en el primer asalto; esto sí lo sabemos. Apenas duerme. La aurora le sorprende siempre despierto, luchando sus pensamientos, ante los cuales era *noia ogni contento.* Pensaba en la amada en el silencio de la noche, y era para la amada el primer pensamiento al despuntar el día. Palpitábale fuertemente el corazón ante el ensueño. En medio de las tinieblas, surgía, envuelta en luminosa claridad, «la dulce imagen», y los ojos enfermos del poeta no se hartaban de contemplar tanta hermosura. Recompone las frases, los gestos, lo que calla y lo que dice la condesita; inicia diálogos imaginarios el poeta triste; percibe a las veces rumores nocturnos que le sobresaltan; oye dentro de su alma la voz querida; siente escalofríos que le calan hasta los huesos; se da cuenta, por primera vez, de los matices y de las razones ocultas de las cosas.

¿Quién no recuerda con estremecimiento aquella estupenda, inimitable evocación de los ensueños mozos que se llama *Il primo amore?* Gertrudis Cassi abandona Recanati; pierde el poeta su serenidad, su sosiego. En adelante, llora sin saber por qué; su pobre sensibilidad enfermiza le hará luchar, desde entonces, con fantasmas. A nadie muestra la llaga lacerante de su fracaso amoroso. Apenas encontramos rastro de su dolor sino es en las cartas a Giordani. Se hace fuerte en el silencio y en la soledad. Ocho días después de la marcha de Gertrudis escribe al amigo entrañable. «No sabéis mi alegría cuando escribís que dentro de pocos meses nos veremos. Necesito de vuestra presencia más de lo que vos mismo imagináis. Por primera vez en mi vida, y por razones no de salud sino de ánimo, me he sentido incapaz de volver a mis estudios en esta soledad, a mi Tasso y a mis otras lecturas. Conservaos bien; quered al más ardiente y entusiasta de vuestros amigos, que se holgaría mucho de ser tan feliz a vos, como será siempre de desdichado en sí mismo, lamentando siempre *su hado y la perdida flor de su fuerte juventud.»* ¡La perdida flor de su fuerte juventud, pobre! La soledad lejos de cancelar las heridas, se entretiene en renovarlas siempre. Leopardi será, desde aquel momento, él poeta del pesimismo y de la desolación.

Su primer error juvenil *(il mio primo giovanil errore)* llama Leopardi a esta aventura que le inició en las desesperanzas, en las tristezas de la vida… Esta tarde, mientras oigo a unos mozalbetes hablar de las primeras escaramuzas del amor, evoco la memoria del mozo, que ahora hace noventa y cuatro años –en el verano de 1818 precisamente– componía esa maravillosa canción triste al primer amor, esta elegía soberana al primer desengaño,

Tornami a mente il di che la bataglia
D'amor sentí la prima volta...,[203]

que será tan eterna como la humanidad que se nutrirá, de ellos, creando nuevos sueños para ver cómo se van deshaciendo ante otras terceras, cuartas, quintas ilusiones que hacen en el fondo amable la vida y tan vacío de sentido el optimismo absoluto como el absoluto pesimismo.

La Vanguardia (10-09-1912)
El Adelanto[204] (31-08-1912)

[203] "Vuelve a mi mente el día en que el combate / de amor sentí por primera vez...". Giacomo Leopardi. Cantos. "El primer amor".

[204] En *El Adelanto* se tituló «El mozo Leopardi».

Martínez Sierra

Gregorio Martínez Sierra[205] pertenece a esa generación de escritores preciosistas, acicalados y pulcros que escriben cuidadosamente, con ritmo, lamentando que la prensa no sea verso y que el verso no sea música. Hizo su profesión de fe Martínez Sierra prologando su traducción de *El pueblo gris*, de su gran amigo Santiago Rusiñol. "Quisiera –escribe– en castellano, en mi muy amado, muy noble y muy hermoso castellano poder decir (como los catalanes) *celistía* para decir resplandor de noche estrellada y nombrar *moradenzca* a ese matiz del aire en la hora violeta del crepúsculo." Así, no advertiréis jamás una estridencia, una frase vulgar, una dicción plebeya, en Martínez Sierra. Esto en cuanto a la envoltura. El fruto que quiere envuelto en vestido de tal linaje es el de una ironía mansa, apacible, señoril, ironía de damiselas que charlan en los jardines de Versalles en un atardecer de otoño, ironía de abates mundanos que platican con petimetres ligeros de las eternas y pintorescas paradojas de amor.

"Las palabras, nos dice Martínez Sierra, son amigas constantes, discretas compañeras de nuestras soledades, evocadoras de músicas y de maravillosos pensamientos". Y de esta laya, el zumbido de una plegaria monjil, oída a lo lejos, en calle solitaria, más allá de las tapias de un convento, el cristalino cantar de un romance infantil, toma cuerpo, allá en los adentros de su espíritu y crea la *Canción de cuna*. Otro día es la melodía ronca de un fole, una palabra vulgar de un indiano, un gesto cómico de un *parvenu*, el que le dicta calladamente *La sombra del padre*. Otro día un Ave María, oído entre los estampidos del cañón, una noche de la semana sangrienta de Barcelona, entre las carcajadas de un prostíbulo, le sugiere *Lirio entre espinas*. Las palabras, vulgares palabras que el profano desoye con indiferencia, dejan su zumo, su rico contenido espiritual en la emoción del poeta, que va cantando sencillamente su trova en el ajetreo frívolo de la vida corriente.

Martínez Sierra ha venido a Salamanca; bien venido sea a la noble ciudad. Estas piedras doradas nuestras también evocan maravillosos pensamientos. Se dejan oír muy pronto y no son avaras de su hermosura. Óigalas el poeta y rime su canción risueña, frívola, de pueblo alegre del Renacimiento, de ciudad fabricada para estudios de mozos, y sobre todo, para sus sueños.

El Adelanto (13-09-1912)

Eduardo Marquina

Para el público actual, para el gran público, es Eduardo Marquina el poeta civil, el de los versos recios y el del empuje bravo, el de *Doña María la Brava*, el de *En Flandes se ha puesto el sol*, el del *Rey Trovador*. Sus versos, templados como el acero, parecen llevar en sus entrañas el eco de los viejos romances. A las veces, entre una imprecación, susurra el poeta una plegaria; entre las melenas del león asoma su vellón blanco el corderito. Don Diego, que adiestra a su hijo en las peripecias del duelo, descansa, al fin, entre los brazos de Magdalena.

Pero hay otro Marquina más crítico, más maestro, el poeta de *Elegías*, el poeta de *Odas*. Hace del verso música; la trompa de hogaño era antaño órgano; el poeta enamorado ruge también entonces como ahora.

¡Dios te bendiga si me guardas fe,
sino me guardas fe, Dios te bendiga,
hoy que me haces vivir bendita seas,
cuando me hagas morir seas bendita.
Bendiga Dios tus pasos hacia el bien,
tus pasos hacia el mal Dios los bendiga,
si al morir te bendice el asesino
que por su bendición, Dios le bendiga!

Dime tu mocedad y te diré tu madurez. La madurez del espíritu poético de Eduardo Marquina se nutrió del seno de su exaltación lírica. Hoy, al preocuparse del problema nacional, al dar orientaciones patrióticas a su lira, no puede ocultar Marquina su procedencia. Es noble su verbo

[205] Dramaturgo madrileño. Estuvo en las fiestas septembrinas de Salamanca para estrenar la obra *Mamá* con la compañía Guerrero-Mendoza.

y briosa su estrofa y cálida y viril su entonación, pero el guerrero impetuoso es como castellano, enamorado, y como enamorado domeña el sentido de la raza.

Nada como el amor para estar en comunicación con las cosas, para saber de sus matices, para sorprender sus riquezas, para apoderarse del canto que surge del silencio interior de nuestro espíritu. Y la obra de Marquina es obra de amor. Para cantar nuestra tradición tenemos que humanizarla; para humanizarla tenemos que vivir también nosotros la leyenda dorada, con tal que al sorprender su derrumbamiento, nos demos cata del peligro y continuemos nuestra ascensión por las nubes del ideal. Marquina, como poeta, no adula nuestra caída, pero espolea nuestro cansancio para acelerar la marcha hacia la patria del ensueño.

Marquina ha venido a Salamanca. Realmente, estaba ya en ella porque vivía en el corazón de su juventud. Los que tenemos la funesta manía de admirar más un bello soneto que un escalafón cerrado, forjamos nuestros sueños al calor de sus versos. Bien venido sea el poeta a esta noble ciudad nuestra. Aquí, donde las piedras enrojecen de amor porque el sol no se harta nunca de besarlas, vive dormido el sueño de los viejos troveros y juglares.

No echó raíces la austeridad de la raza, la pobreza del suelo y la sequedad afectiva del ambiente, en Salamanca. También en la llanura, entre los surcos quebrados, entre los mares de mieses, prendió su floración el Renacimiento. Y estallaron los besos, y dijo su jácara picaresca el licenciado pobretón, y más duchos fueron los escolares en hacer madrigales que en comentar Papiniano[206].

Fray Luis, elegante, pagano, señoril, no pudo enseñar más que en Salamanca, como el Dante no pudo escribir más que en Florencia. Y ya que Marquina vive en Salamanca y sus versos han dejado regueros de luz en su Escuela, yo quiero que Salamanca viva en él y que se la lleve para siempre en canciones remotas donde evoque estas piedras, que no son castillos, sino rejas labradas. Pueblo de patios y de rejas es Salamanca, poeta que tiene jirones de nuestros sueños y ecos de tus versos por todas partes. Castilla no rezó ni peleó en nuestra ciudad; amó, que amor es achaque de muchachos. Y por eso es tan bella y por eso te la ofrecemos para corona de tus cantos.

El Adelanto (18-09-1912)

El Instituto

Desde la plaza de Santa Ana, por la calle del Obispo, comienza la Barcelona vieja.

Unas callejas estrechas, curvas, negras; algún caserón gótico; algún muro alto, de castillo; silencio, paz.

Llueve mansamente. Allá lejos, la línea recta de las luces del paseo de Gracia, hasta la Diagonal, aparece como empañada en una telita azul. Tintinean los tranvías; pasa un automóvil con una bocina bronca, absurda; una francesita sospechosa asoma, al pasar, una linda pantorrilla.

Llueve mansamente. Estoy frente a la Catedral; asoma un patio gótico del palacio del señor obispo. Y luego, en la vieja Audiencia, remozada, limpia, un letrero: *Institut d'estudis catalans*.

Entro en el portal ancho, limpio, decoroso. Pregunto por el señor Ors; una chiquilla rubia, una hermosa nena de doce años, me indica:

– Por aquí, por aquí...

Y luego, al despedirme:

– *¡Bona nit tinga!*

– *¡Bona nit!* –respondo con mi acento de Alba de Tormes.

Entro en la portería; un mozalbete escribe a máquina. Hay un silencio de paz, de trabajo, de sabiduría. Tan hermoso, tan grande silencio no lo he gozado más que una sola vez, visitando con mi respetable amigo el reverendo padre maestro Conrado Muiños, el colegio de los Agustinos, de Madrid. Aquel día sentí deseos de ser monje y hoy siento deseos de ser catalán para quedarme en el Instituto, en una mesa clara, con muebles fuertes, rimeros de cuartillas, plumas nuevas, nobles y viejos libros confortadores. Y en una celda confortable, silenciosa, silenciosa sobre todo, escribir un libro bello.

– ¿El señor Ors?

– Por aquí, por aquí...

[206] Jurisconsulto romano.

Una habitación de libros, un despacho, un enorme salón biblioteca, con los libros sobre las mesas, otro despacho, el de Eugenio de Ors, el sutil, el maravilloso glosero de *La Veu de Catalunya*.

– Hola, amigo Rojas; hablo con este señor, profesor francés de Argel, sobre un trato editorial. Tenemos que hacernos pagar cada día mejor. Los editores son unos judíos.

– No insulte usted a los judíos –le replico–. Y volviéndome al francés:

– Tanto gusto, señor.

– ¿Podemos hablar en francés? –me dice Ors, siempre correcto, con un cuello ancho, ligeramente encorvado, pulcro y como hablando siempre consigo mismo.

– Desde luego.

– ¿El señor...? –demanda en francés.

– Escritor; compañero nuestro. Es de Salamanca. Amigo de Unamuno.

– Hombre fuerte, muy fuerte, extraordinariamente fuerte –dice el profesor de Argel–. Un bello tipo original y robusto. ¡Ah, sí, Unamuno! –concluye, mirando al techo en profunda meditación–. El señor Unamuno, rector de Salamanca, ¿no es eso?

– Sí, es eso –le digo–.

Concluyen Ors y el francés su trato. Es de pensamiento muy ágil, muy simpático, el francés. Sus ojillos pardos alumbran con fulgor de ingenio. Se mueve de un lado para otro. Ors –irónico– parece contento y satisfecho.

Se despide el francés. Ors, que es secretario general de la casa, me enseña el Instituto; hace la casa unas publicaciones espléndidas; me muestra una maravillosa edición sobre *Arqueología románica en Cataluña*, de Puig y Cadafalch; los Archivos de la sección de Ciencias, de la que Ors es secretario. Apunta mi dirección para enviarme regularmente las publicaciones del Instituto; quedo anonadado ante tal presente de gran señor.

– Si en *La Lectura* usted nos ayudase... –me dice Ors.

– Sí, señor; con gusto; con gusto y sin prejuicios.

– Vea, vea usted esta edición sobre geografía de los Estados Españoles en el reinado de Carlos I… Se hizo en Amsterdan para los Reyes... Vea qué mapas; donativo de un particular... La Enciclopedia Británica; veintiocho tomos que salieron de Cambridge el 31 de Diciembre pasado, de un tirón; un alarde editorial que maravilla y aturde ¿eh?... Filosofía; mi rincón: Hegel, Kant, Spinosa... ¡Vea qué bonito Spinosa!... Cambios con la casa; enviamos a los que nos envían, a los que hacen propaganda de nuestra labor. Tiramos de cada publicación mil ejemplares. Mi sección de Ciencias tiene año y medio de vida... Este otro despacho de historia; es secretario Rijoan; como no está Rijoan, le sustituye Santos Oliver... Vea, vea el catálogo... Hacemos notas sobre manuscritos, sobre cosas concretas; al trabajar, tenemos el material reunido... Vea; la sala de Filología...

– Estos días se han metido ustedes con la ortografía del catalán...

– Sí; para unificar las normas. Vea qué regalo. Las guerras de Cataluña. No son libros estos mamotretos, sino cajas. Papeles, proclamas, manifiestos, documentos oficiales; todo reunido pacientemente por un señor que hizo este legado. Completísimo; el que quiera historiar las guerras de Cataluña tiene que apechugar con todo esto... Libros; todo lo que se recoge, lo que se puede comprar. El Ayuntamiento y la Diputación subvencionan espléndidamente el Instituto. Es lo que queda, amigo mío, es lo que queda de todas nuestras zalagardas... Vea usted, vea usted en esta otra sala: la biblioteca de Mosen Cinto. Estas cajas contienen sus originales, sus notas, sus apuntes. He aquí: *La Atlántida*. Al principio vea usted estos cuadernos indescifrables; borrajetas y más borrajetas. La idea, el pensamiento inicial. La segunda mano, más clara, pero todavía difícil. La tercera. Una copia de un amanuense; otra del pobre Verdaguer. Y luego, cartas. Editores que le devuelven los manuscritos, borradores de cartas pidiendo dinero a plazos inexcusables, negativas, Verdaguer lo reunía todo, lo guardaba todo... Su biblioteca comprada a sus herederos...

Sigue charlando el gentil novelista de *La ben plantada*, el espiritual, exquisito, sutilísimo *Xenius*. Me explica: la sala de la biblioteca se abrirá al público pronto; acaso en Octubre... Unos libros: la librería de un abogado, de un crítico además –el señor Sardá– que han regalado sus hijos al *Institut*… ¿Y don Miguel? Estrenará una obra suya Pepe Tallaví a últimos de mes; habrá que hacer venir a don Miguel; yo me permito dudarlo...

¿Vendrá don Miguel? ¿No vendrá don Miguel? Llueve a cántaros y son las nueve de la noche; tenemos que retirarnos. Los dos estamos sin paraguas… *Xenius*, poco expresivo generalmente, se desborda, se abre un poco... Hay que hacer venir a don Miguel… Tallaví –el ingenuo, el bon-

dadoso, el infantil, el trabajador Tallaví– se las promete muy felices con *El pasado que vuelve*…[207] Hay que hacer venir a don Miguel.

– Se lo rogaremos todos, todos –dice *Xenius*.

Yo ruego encarecidamente, humildemente, con insistencia, con respeto, a mi maestro, a mi rector, a mi amigo don Miguel de Unamuno, que venga a Barcelona.

Lo quiere *Xenius*; lo quiere Montaner; lo quiere Tallaví; lo quieren todos...

Llueve a cántaros. La línea de las luces del paseo de Gracia, hasta la Diagonal, están empañadas por una sutil neblina azul. Parece que bailan y parece que tiemblan...

El Adelanto (26-02-1913)

La tumba de Maragall

A don Cándido R. Pinilla

He ido a ver la tumba de Maragall, con un amigo mío, Joaquín Montaner, que tanto quiso y admiró al amado poeta. Nos perdimos, primero, por la Avenida del Tibidabo, que habéis profanado, catalanes –permitídmelo que os lo diga– con manos pecadoras. Desde un altozano, contemplamos, a lo lejos, la veta azul del mar. Era espléndida la mañana, azul el cielo y el sol resplandecía como ascua de oro. Y Montaner me llevó por un vericueto: florecía el almendro que era una bendición y daba gusto, y solos –con el placer que da eso de ir solos, callados, entregado cada uno a su meditación propia y a su afán espiritual– nos encaminamos al Cementerio de San Gervasio.

No son estos camposantos catalanes como aquellos otros donde reposan para siempre mis personas queridas: una hermanita de ojos azules, mis abuelos, un buen amigo que me enseñó las delicias del pensar. Son mis cementerios trágicos, y alegres y sonrientes los catalanes. Allí parece que continúan los dolores de la vida, y en vuestros camposantos que se goza el eterno reposo. Allí dan ganas de arrodillarse, y de cantar en estos cementerios de Cataluña. Yo me sentía contento en el Cementerio de San Gervasio, y pedía a Dios que un día, cuando cesaran mis tormentos y pudieran cerrar mis ojos almas atadas a la mía, me dejara descansar aquí.

Visitamos el Cementerio. Tuvimos que despojarnos de los gabanes; hacía mucho calor. Buscamos la tumba de Juan Maragall. No iba casi nadie a ver la tumba; su viuda sí, todos los días. También los hijos del poeta.

Encontramos dos losas blancas de mármol; en una de ellas florecían unos pensamientos y había una cruz de pino, natural, sencilla, sin otro ornamento. Ninguna inscripción en las dos losas.

– Esta es –me dijo Montaner.

– No puede ser otra, repliqué conmovido.

Preguntamos al buen hombre que cuida aquel jardín de la muerte. No nos habíamos equivocado. ¡Era la tumba del puro, del santo, del humilde Juan Maragall!

Callamos. ¿Qué íbamos a decir nosotros que no fuera mezquino y pobre? Poeta: tienes encima de tu cuerpo el azul del cielo; columbras, a lo lejos, la veta azul del mar. Te trae aire sano la montaña. Tienes a tus pies tu Barcelona. ¿Qué más quieres, poeta?

Y dos mozos castellanos vienen a verte. Y hacen más. Arrancan dos pensamientos de tu tumba y no saben cómo guardarlos para toda la vida. Que si para el Maestro –que te quiso tanto–; que si para la Amada –que tu hubieras cantado–. Se deciden al fin; los mozos se deciden pronto.

¡Sea, poeta, el pensamiento que arranqué de tu tumba la flor de una esperanza y el remate de un dolor!

Me acuerdo de tu vaca ciega.

¡También tú estás sólo como ella, y como ella caminas por el sendero del misterio, y como ella fue a abrevar, también, tú, poeta, no apagaste nunca la sed de pureza y de eternidad que te devoraba!

Y te moriste por eso: por no quejarte. Dejaste hijos de carne en tu Barcelona, e hijos de espíritu por toda España, hasta por mi Castilla. ¡Por mi Castilla, sí, Juan Maragall! bendícenos a todos!

Escondiendo el pensamiento, salgo del camposanto. Ríe el sol; la montaña trae frescura y alegría; es un regalo de los ojos la perspectiva lejana del mar.

[207] Por problemas económicos del actor José Tallaví, no llegó a representar la obra.

Y yo salgo murmurando bajito, bajito, con una inquietud, con una alegría, con una emoción santa, poeta, que tú me prestas:

Siam la mort una major naixenca.

Y agrego:

– ¡Viva Maragall! Maragall vive en nosotros.

Bajito, muy bajito lo digo, catalanes, como si me confesara con una mujer querida...

El Adelanto (24-03-1913)

La juventud de Leopardi

Cuando se conoce la vida íntima de los genios y se estudia luego el sentido de las obras por las que han pasado a la posteridad, casi siempre puede advertirse que la vida y la obra no son paralelas, sino muchas veces diversas y aún contradictorias. ¿Quién puede creer, por ejemplo, en la sinceridad de Rousseau y quién puede dudar de la de Enrique Federico Amiel? En planos distintos están la vida íntima y la pública del filósofo ginebrino, más el espejo acabado y fiel de los anhelos, de las angustias, de los sobresaltos, y aún del silencio del obscuro Amiel está en esas páginas incongruentes, extrañas, rabiosamente melancólicas y plañideras de los *Fragments d'un Journal intime.*

Sobre la vida íntima de Leopardi, se escribe ahora muchísimo. Italia, por instinto de vitalidad, ha llenado de polvo cuidadosamente los papeles amarillentos de los condes de Recanati, hasta que ha cimentado, con fuertes recosidos y pintorescas añadiduras, la obra nacional de la unidad. Italia sabía perfectamente que no debía presentar a la consideración de la juventud la obra de un escéptico doliente, para quien los embates externos apenas tenían realidad junto a las rudas batallas del espíritu. Un escéptico no puede intentar nunca obra política duradera; Leopardi, italianísimo, exaltado en los momentos del peligro nacional, hubiera engendrado soñadores y no soldados, filósofos y no patriotas, lamentos y no cañonazos.

Pero, concluida la acción política de los italianos en lo que a su solidez interna se refiere, han tenido que extraer el viejo sentido patriótico de sus autores y poetas para trasladarlo en bloque a las andanzas del siglo. Carducci, cantor civil por excelencia, ha hecho pensar a sus contemporáneos que la pluma ha ido siempre mucho más allá de la espada en los asuntos nacionales. El eco secular, lejano, de los tercetos dantescos ha concluido con los pequeños príncipes italianos antes que las habilidades de Cavour, el sentido político de Víctor Manuel y el caballo blanco de José Garibaldi.

Leopardi, es después de Manzoni, el que acertó a dar un sentido nacional y casticísimo a toda su enorme labor de publicista. Acertó a más, acertó a reflejar en su tristeza la tristeza del pueblo suyo y en su dolencia moral la enfermedad de siglos que Italia padecía. Tan de su tierra y de su tiempo es el pobre erudito de Recanati, tan mezclados van su destino personal y el destino de su pueblo, que maravilla y sorprende esa identidad peregrina, esa comunión tan perfecta entre un hijo y una patria, entre una vida individual, lenta, obscura, de mansa e irremediable rebeldía, y el azar nacional, sujeto siempre a las mismas opresiones y a las mismas influencias morales.

Leopardi es, como sus compatriotas, un esclavo más. Un esclavo atenazado por el ambiente de su hogar, por la angostura de su biblioteca paterna, por la ausencia de amores en su juventud gastada en leer clásicos griegos y latinos y en revolver diccionarios. Leopardi arrastra una existencia obscura, sin que sus padres se den cuenta de su valor y de su altura espiritual. El pobre jorobado, triste, no puede contar sus esperanzas y sus amores más que a la dulce hermana Paulina y al socarrón de su hermano Carlos. El padre, el conde Monaldo Leopardi, tiene demasiado en que pensar con los apuros económicos de la casa recanatesa. La madre, marquesa Adelaida Antici, de encopetada estirpe, hierática y tiesa como un ídolo mejicano de museo colonial, no consiente que sus hijos, y muy especialmente nuestro poeta, la molesten con sus confidencias de mozos.

La grandeza de ánimo de Giacomo pugna con la estrechez moral de su gente. La tristeza se va apoderando, mansa y triunfalmente de su corazón, en la edad de los dulces sobresaltos y de los grandes embates del amor adolescente. Una muchachuela que cae por su casa, parienta de los Antici, ilumina con el resplandor y el misterio de sus ojos negros el alma conturbada de Leopardi. Leopardi se encuentra demasiado chico para actuar de galán con aquella Julieta de sus sueños. Su timidez social es tan enorme como la potencia intensiva y hermética de su callado

amor. Y no duerme; se revuelve en el lecho de su soledad con febriles saltos; aquella Silvia de su musa austera y casta ha de romper para siempre el ritmo interior de su corazón:

Oh! E come in mezzo alle tenebre,
Sorgea la dolce imago, e gli occhi chiusi
La contemplavan sotto le palpebre![208]

¡Oh, los amores contrariados, inconfesados en plena mocedad, que son ejes de vida y esperanza de muerte, pobre Leopardi! ¡Y qué fecundos son para las Musas! ¡Aquella tu tristeza, es como la del Caballero de la Mancha, como la de nuestro Don Quijote, plantel de aventuras y acicate de la voluntad! ¡Y como no te dejan amar cosas concretas, tus ojos vidriosos y casi cerrados, tu cuerpecillo miserable y tu timidez ingénita, persigues el ideal del gran amor, te revuelves contra el hado, y nuevo Salomón moralista, pero con hartas más razones que él, cantas, poco después de tus veinte y cinco años,

L'infinita vanitá del tutto![209]

Y no es solamente un amante despechado, más que despechado desconocido por su propia dama el gran Leopardi. Otras llagas más escondidas y dolientes descubre la atenta lectura de su nutrido epistolario. Al fin y al cabo, en la juventud, la muerte de un ensueño es el principio de otro mayor que comienza a tomar forma. Leopardi no conoce los besos de su madre. La buena señora no tolera que sus hijos se le acerquen; ante ellos, tiende desdeñosamente su mano hidalga para que la besen y la reverencien sus retoños con gestos cortesanos y de minué. En los *Pensieri*, hay una página que nos sobrecoge más que las confesiones más cínicas de Rousseau. Habla Leopardi de las madres y sin querer –ex abundantia cordis loquitur os– nos pinta el carácter y la estructura moral de su propia madre, de Adelaida Antici. El hijo amoroso se descubre difícilmente en el escritor irónico y en el moralista austero. «Hay madres –escribe con estas o parecidas palabras– que quieren que sus hijos mueran pronto para que así libren mejor de las garras del diablo. Realmente, los hijos les enojan.» ¡Y qué sollozos ocultos, y qué amargas remembranzas, y qué triste eco tienen estas palabras en los recuerdos monótonos del autor! Hablando de ello, recuerda un crítico ilustre de Leopardi, Michele Scherillo, una carta de Adelaida en que confirma al hijo, llamándole de vos, su «afecto sincero» y en que se despide del pobre poeta así: «Creedme vuestra buena amiga y vuestra mamá que piensa continuamente en vos.»

Tampoco el padre, Monaldo, es capaz de advertir los tesoros ocultos de sensibilidad exquisita, de inteligencia soberana y de voluntad de hierro que hay en el alma de su hijo, el cantor de *Silvia y La Ginestra*. Monaldo Leopardi es, en verdad, un personajillo de opereta. Grafómano, pobre, sometido a la voluntad de su mujer, el padre del poeta es víctima, como sus hijos, de Adelaida Antici. En el fondo, se trata de un pobre diablo; la crítica reciente en torno a Leopardi le ha absuelto de las terribles acusaciones que su propio hijo, desde Bolonia, desde Florencia y desde Pisa le dirigiera en sus cartas. Monaldo no pudo nunca socorrer al pobre hijo escapado del hogar, porque la marquesa Adelaida era dueña absoluta y administradora única del exiguo caudal de la familia. Pero cuando puede favorecer Monaldo a su hijo, sin que lo sepa la tirana, lo favorece de buen grado, escribiéndole frases de acendrado efecto paternal.

Sin embargo, el divorcio entre padre e hijo está siempre latente. Les separa un mundo de ideas y de propósitos. Monaldo no tiene voluntad alguna y el hijo es de una constancia y de una firmeza verdaderamente extraordinarias; Monaldo sueña en resucitar el viejo poder güelfo, a expensas de los demás ducados y reinos italianos, cada vez más desunidos, pequeños y agotados, y el hijo canta la gloria de la futura Italia y de la fuerza de la unión entre sus reinos. Monaldo es regionalista, firma sus libros *«Il conté Monaldo Leopardi, di Recanati»* considera a los que no son súbditos del Pontífice como extranjeros y Giacomo, por el contrario, con entera conciencia intelectual de sus deseos, sabe que hay que enlazar la nueva historia de Italia con las viejas gestas gloriosas del Imperio Romano. El estudio, no el sentimiento, lleva al poeta a su concepción de patria. Cuando Ángelo Mai, el erudito milanés, descubre los libros de Cicerón, Leopardi, en un hermoso canto, vislumbra la Italia única, unida en sus victorias y en sus desgracias, bajo la cruz de los Saboyas.

[208] "¡Oh, qué viva aparecía en las tinieblas / su dulce imagen, y los cerrados ojos / la contemplaban bajo de los párpados!" Giacomo Leopardi. *Canti*, "Il primo amore".
[209] "¡La infinita vanidad de todo!" *Canti*. "A se stesso"

Leopardi, por instinto vital, se defiende del medio de incomprensión e indiferencia que le rodea, y desde su casona solariega de Recanati, a los veinte años, sostiene una correspondencia amistosa con las primeras figuras de su país. Un editor de Milán, aconsejado por Gioberti, Monti y Angelo Mai, propone colaborar a Leopardi en una revista. Leopardi traduce y comenta en ella con donaire y juicio los clásicos griegos y latinos. Su estilo es entonces rebuscado y ampuloso; escribe sin frescura y con énfasis; pero en aquellas composiciones largas y petulantes se descubre una crítica certera, un sabor clásico y un estudio pasmoso de los textos. Del crítico, del filólogo y del exégeta, surge el poeta. Que la poesía alta e intensa no es solamente empeño de corazón sino obra del cerebro. Aprendan de este mozo nuestros mozos que nos dan sus sensaciones de belleza sin haber recogido antes, en su espíritu, el eco de los cantores que dejan huella permanente, estela de luz y de gloria, en su país.

La juventud de Leopardi se presta a tantas consideraciones que con ellas puede escribirse un libro entero.

Otro día he de volver sobre el poeta de *Il Canti*, señalando la huella que en sus composiciones más celebradas dejaron la soledad de Recanati, la figura seca y orgullosa de su madre y la amistad dulce de su hermana Paulina.

La Vanguardia (16-08-1913)

Gabriel y Galán[210]

Nuestro amigo José María vive aquí, en esta casa de dos pisos, con ancho soportal, de entrada apuntalada en arco. Unas macetas de flores decoran el balcón. Hay un grato olor a heno quemado. En la ancha antesala, colgadas de las paredes, vemos unas viejas litografías de santos anémicos, retorcidos y tristes. Adelante. En la cocina cuelga de una argolla la ancha caldera, y al lado, en el rústico escaño de nogal, se sientan unos mozallones. Un pasillo largo y obscuro comunica con el corral. Picotean en él unas gallinas y oímos el relincho de dos potrancos en la cuadra cercana. Sobre las bardas del corral, columbramos, a lo lejos, sobre este lienzo de manchones grises de la loma extremeña, los picachos siempre blancos de la sierra de Gredos. Hay un grato silencio en este lugarejo del Guijo de Granadilla. Asomado al balcón del corral, se destaca la rapada cabeza de José María besuqueando a su hijo mayor, un nenote rubio, caribobo y nutrido, que sonríe.

Subimos al despacho del poeta. Es una pieza sencilla, modesta, casi franciscana. Un armario viejo guarda una ringlera de libros. El Cancionero de Jorge Manrique, los *Auctos* del paisano y amigo Juan de la Encina, una Antología del señor Jarrín y Moro, el *Kempis,* el *Flos Sonctorum,* las Florecillas del pobrecito de Asís, Don Quijote, las Novelas Ejemplares, La Celestina, Baltasar de Alcázar, Gutierre de Cetina, Manuel Esteban de Villegas, los Nombres de Cristo, la Perfecta Casada, el Lazarillo, las poesías de Fr. Luis, la Guía de Pecadores, el Romancero, los Aires Murcianos de Medina, Campoamor, Zorrilla, Bécquer, Núñez de Arce, Quintana; libros de Unamuno, de Macías Picavea, del P. Cámara, de Luis Maldonado, de cordiales dedicatorias. Periódicos, revistas, folletos... En los claros, retratos de personas conocidas. El hermano del poeta, don Baldomero, retratado el día de la boda, con la esposa; la fisonomía ancha, abierta, simpática, risueña, del P. Cámara, con los hábitos episcopales, de pie ante una mesita, con un crucifijo, bendiciendo efusivamente a su amado feligrés; la cabeza de Unamuno sumida en meditaciones tempestuosas, con los ojos desprendiendo luz detrás de los quevedos; una litografía de Laurent del Cristo velazqueño y los hidalgos macilentos, escuálidos, tristes, que presencian el sepelio del conde de Orgaz...

Sobre una camilla redonda escribe el poeta; hay debajo una dorada caja de brasero. Apíñanse, sobre la mesa, cartas, cuartillas y pruebas...

Habla el poeta, risueño. Sus ojillos azules bucean, errabundos, de acá para allá; su ancha frente requiere el apoyo de la diestra; el chiquillote rubio, caribobo y nutrido, nos hace la merced de

[210] Posiblemente, esta publicación de *La Vanguardia*, sirviese de base a Sánchez Rojas para su definitivo artículo dedicado a Gabriel y Galán y publicado en su libro Paisajes y cosas de Castilla bajo el epígrafe «Un poeta campesino».

Posteriormente se publicaría en *La Ilustración Española y Americana*, *La Basílica Teresiana, España,* y *La Esfera*, omitiéndose los últimos párrafos (Desde «¡Galán, Galán! Hace pocas tardes…» hasta el final), en los que Sánchez Rojas hace referencia a la muerte de su padre; y ampliando el resto del artículo.

También existe otro artículo de Sánchez Rojas, publicado con este mismo título, aunque distinto contenido, en el diario cacereño *El Noticiero* (O.C. Tomo IV, página 102).

su carita para que estampemos un beso sonoro en sus mofletes. Es el poeta ocurrente y chancero. Bromea, ríe, traspira salud y fuerza, salud, optimismo, equilibrio. Estos versos del poeta, empapados en paisaje, oliendo a tomillo y a romero que dan gloria, silvestres, lozanos, alegres, limpios, nos dan la más exquisita, la más espontánea impresión de la raza.

Salimos al campo. Están trillando en las eras. Gravemente charla José María con sus aperadores y trilliques. Bromea, ebria de sol, de luz y de naturaleza, la gente campesina. Una churra ha parido aquella noche; no hay churra como la *Galana* en el Guijo; ¡habrá que ver la cría, dentro de unos meses, cuando vaya a la feria de Plasencia, talluda y gorda como la madre!

Luego paseando lentamente, para cruzarnos con el médico, con el cura que salen de casa cuando no quedan de los rayos del sol más que unas franjas rojas como la sangre por el Oriente, llegamos hasta la ermita. La ermita pobre, desnuda de todo ornato, rústica, descansa sobre un altozano, como si hubiera surgido naturalmente de la roca, sin manos del hombre que allí la levantara, para adorar al Señor. Hay unos canchales pedregosos por el camino; los uniformes manchones grises decoran el paisaje; las crestas blancas de la sierra de Gredos se levantan al Norte; una cigarra canta su canturía monorrítmica. Y momentos después, rasga el silencio la campana sonora del lugar. *¡Ave María!*

¡Galán, Galán! Hace pocas tardes regresaba yo de un lugarón, tendido como el de tu cuna, en la llanura verde, acurrucado en derredor del pobre campanario de piedra. Doblaba la campana del lugarón y doblaba por mi padre. Por la mañana, temprano, me tendieron en la casa de los abuelos la mano todos los campesinos. Rezaban en una sala las mujeres por el cabo de mes; en la antesala, junto al escaño, a la vera del señor cura, me rodeaban los aldeanos de capa parda y de angarina, con el sombrero temblando entre sus manos callosas, rumiando en silencio la palabra sencilla, viril y sincera que habían de darme al pasar a mi lado.

Y por la tarde, al anochecer, hubo uno de esos crepúsculos mansos, de puro resbalar, otoñales, que tú has cantado para eternizarles. Era manso y triste el atardecer. La luz se iba borrando dulcemente, sin transiciones bruscas, llenando de tonos, cada vez más azules pero siempre blandos, la infinita extensión de la llanura. Me parecía que casaba la luz de fuera con la luz de dentro; con Amiel repetía que no es otra cosa el paisaje que un estado de alma...

¡Galán, Galán! En el silencio preñado de misterio, en el silencio fecundo donde los dolores al retoñar parece que se funden con el dolor universal humano, un verso tuyo, el que lloraste cuando murió tu madre:

¡Dios lo ha querido así!
¡Bendito sea!

llenó de luz y de consuelo, mi alma acongojada. Al trasponerse el sol dobló la campana del lugar. Y tu verso fue mi plegaria que dije por el alma tuya y por la de mi padre, a la vez, José María...

La Vanguardia (04-03-1914)
La Ilustración Española y Americana (08-11-1915)
La Basílica Teresiana (15-09-1915)
España[211] (28-08-1919)
La Esfera (14-01-1922)

Vicente W. Querol

Nuestro poeta –tan amado en Cataluña– vive aquí, en la corte de la Mancha que llamamos Madrid, calle de Lope de Vega, números 50 y 52. La casita donde vive don Vicente está próxima al Prado. No la turba el estruendo del gran villorrio. Sale tempranito el poeta de casa; acaso escucha el tañido de la campana de las Trinitarias rasgando el silencio mañanero; tal vez oye el piar de los jilgueros en la plaza del Congreso; no es aventurado suponer que se para a contemplar la donosura y gentileza de alguna chulilla, que, con el mantón terciado, taconeando fuerte y mirando con altivez, camina a la compra con la cesta. Don Vicente, abogado de lo Contencioso de la línea de Madrid, Zaragoza y Alicante, se dirige despacio a las oficinas de la estación de Atocha. Pita, tal vez, un tren, con rumbo a Barcelona, con rumbo a Valencia, y don Vicente que tiene que re-

[211] En *España* y *La Esfera* su título fue «Un poeta campesino».

solver minutos más tarde algún problema enojoso del tráfico, añora la luz de su Valencia, el azul de su Mediterráneo, la paz, la dulzura, la quietud majestuosa de sus playas levantinas, las palmas brezadas por el viento halagador, las cimas rojas al rayo de la tarde y compone algunas rimas –las de *Ausente,* las de *María*– Prado abajo, en silencio.

Don Vicente parece un comandante retirado. La frente es ancha y calva; unos mechones revueltos decoran los parietales; los ojillos vivos parecen contemplar absortos algo lejano y misterioso –una embarcación perdida en el mar, una estrellita saltona en el cielo–; los bigotes canosos son lacios y caídos y tiene en la barba una perilla de ordenanza. Aquel hombre, tan aparentemente tranquilo, de facha tan corriente y aburguesada, de caminar tan lento, es un exquisito, es un altísimo poeta, que por bromas del destino, sabe resolver expedientes, conoce los negocios mercantiles, discurre en la soledad de su oficina graves sutilezas jurídicas y merece loas de hombres tan sesudos y graves como Trénor –el banquero de Valencia– y el señor marqués de Campo.

A la estación de Atocha se dirige nuestro amigo don Vicente. Nuestro poeta, que leyó a Quintana en su mocedad, que fue como Quintana altisonante y declamatorio en sus primeras trovas, saluda –irónicamente– a los leoncillos del Congreso. Ya en el Prado, contempla los muros rojos del Museo, las gallardas torres de San Jerónimo y las verjas del Botánico. De pronto, torna a ensimismarse. Más le place Valencia con sus huertas; acaso se acuerda de un torreón morisco puesto en lo alto de una loma; la torre del Miguelete se le aparece con toda su graciosa serenidad; el mar estará tranquilo, los naranjos henchidos de fruto y María... ¿Qué será de María, de la dulce María, cuyas blancas alas cubrían al poeta en los rudos combates de la vida? Y de aquel balcón ¿qué será? ¿Y cómo se ha perdido tan pronto, en el mar del olvido, el recuerdo de aquella mañana cuando el sol le sorprendió con la mano, quieta y fría de su dulce dueño, entre las suyas, trémulas? ¿Y Adelita, la hermana muerta? Surgen los versos de su boca:

Yo pido sólo a Dios que el primer rayo
De luz que vi bajo el paterno techo
Sea el que alumbre mi postrer desmayo;
Que en torno de mi lecho
Callada vele, al acabar mi vida,
La amistad de la infancia, con estrecho
Lazo su mano por mi mano asida;
Que entre rotos sollozos comprimidos
Bañen mi faz con lágrimas y besos
Mis hermanos queridos
Que son mi sangre y hueso de mis huesos

Rumia sus versos el poeta; nacen, acaso, por primera vez, en su espíritu, tomando la forma para siempre. Ya entra en la oficina don Vicente. Un portero le saluda.

– ¡Buenos días, señor Querol!

Y el señor Querol, volviendo del mundo del ensueño, despojándose de su sombrero, de su gabán, encerrándose en su despacho, resuelve arduas cuestiones del tráfico, lejos de su madre, lejos del querido Teodoro Llorente, en este Madrid, que es para el poeta

. . . . . como la estéril rama
Donde el ave al pasar duerme una noche.

Vicente Wenceslao Querol, como Ventura Ruiz Aguilera –de quien hablaremos con emoción otro día– es un poeta casi desconocido para el gran público español. Su libro, su único libro, *Rimas,* apenas tuvo resonancia; los periódicos casi no hablaron de él. Don Juan Valera, que no era, acaso, el temperamento más indicado para hablar del poeta, le consagró dos artículos, llenos de elogio, en *Los Debates.* Para don Juan «Querol era uno de los más elegantes, cultos, discretos y tiernos poetas que han subido en este siglo a la cima del Parnaso español». Don Pedro Antonio de Alarcón consagró muy vivas, muy sinceras y cordiales frases de admiración al poeta. Otro crítico catalán, sagacísimo, José Yxart, escribió, aquí mismo, en LA VANGUARDIA, a raíz de la muerte de Querol: «Tiene predilección por los sentimientos íntimos y naturales, y la facultad de expresarlos con una llaneza singular que redobla la emoción». En Barcelona, donde Querol actuó de mantenedor en los Juegos Florales de 1872, era admiradísimo el poeta. No poco contribuyó a su celebridad en Cataluña el gran Aguiló. Sus versos en lengua catalana, aquellas famosas poesías *Als*

poetes provensals, A María Llorente, Reina dels Jochs Florals, el *Brindis en una felibrejada, Los terratremols d'Andalusía,* y, sobre todo, la famosa composición *Patria, Fides, Amor,* con aquel bellísimo final:

May com avuy que'l odi esmola els ferests glavis
Y veu al encant l'ánima sos sentiments per l'or,
May com avuy n'es digne qui l'olivera planta
Y coronat de roses al mon, trovadors, canta
La dolça lley d'amor,[212]

le señalan un puesto de honor entre los trovadores de lengua catalana.

Querol es el poeta de los afectos íntimos. La dicha vale más que la fama para el poeta. Como él mismo dice a su *María,* en la segunda carta –una de las composiciones más estupendas por su entonación, por la emoción sostenida y vibrante, por la delicadeza y exquisitez del tema:

Gloria fuera, mi bien, dejar escrito
Mi amor más duradero que los bronces
Tus versos más eternos que el granito.

Delicado, exquisito, íntimo, el poeta ha nacido para ser recitado, no ante las muchedumbres, en tono teatral y declamatorio, sino regaladamente, en tono menor, al oído de la amada, en el regazo de la madre, a la lumbre del hogar cuando

. . . . . baja de los montes del ocaso.
El viejo invierno hacia el risueño valle.

Querol no vive para la lisonja fácil, para el aplauso frívolo, sino para la devoción callada y para la admiración íntima. Es, a la vez, el autor favorito y el amigo entrañable. Es uno de esos pocos poetas; el autor de *Rimas,* que, a fuerza de admiración constante, de grata adhesión espiritual, llegan a quererse cordialmente, asociando sus versos a nuestros dolores, a nuestras alegrías, a nuestros entusiasmos, a nuestros sinsabores más crueles y más callados...

La Vanguardia (02-05-1914)
El Adelanto (11-06-1914)
La Ilustración Española y Americana (08-08-1915)
El Pueblo (24-05-1926)

Pío Baroja

Estoy releyendo las obras completas de Pío Baroja. Me seduce y me encanta este escritor. Escribe sencillamente a la pata la llana, con una fluidez y facilidad maravillosas. Dice las cosas cuando quiere y como quiere. No se detiene ante las dificultades; desprecia los cánones consagrados, *sawir faire*[213] corriente, las modas deleznables del literatismo al uso. A fuerza de ser sencillo, es incorrecto, puntúa, a las veces, donde no debe puntuar, tiene una despreocupación verdaderamente admirable. Un académico de la Española, un pedagogo en ejercicio, un inspector de primera enseñanza, un preciosista que relama y adobe el estilo, deben de mirar con una aversión profunda las novelas del buen vascongado Pío Baroja.

Es vascongado Pío Baroja. La simple razón étnica nos explica esta despreocupación que por la forma siente el autor de *La ciudad de la niebla.*

Como en Unamuno, como en Zuloaga, como en el pobre Sturrino, hay en Baroja algo de deforme, de asimétrico, de primitivo y de rudo. Concibe las cosas en bloque pero no las perfila. Da una sensación maravillosa en bruto; no se detiene a sutilizarla, a literalizarla, y *falsificarla* para

[212] De la poesía *Patria, fides, amor*. El texto en catalán actual sería: Mai com avui que l'odi esmola els ferests glavis / i ven a l'encant l'ànima sos sentiments per l'or, / mai com avui n'és digne qui l'olivera planta / i, coronat de roses, al món, trobador, canta / la dolça llei d'amor.

"Nunca como hoy que el odio afila las pavorosas espadas / Y vende a su encanto el alma los sentimientos por oro, / Nunca como hoy no es digno quien planta el olivo / Y, coronado de rosas, en el mundo, trovador, canta / La dulce ley de amor."

[213] Por *savoir faire* (Saber hacer).

decirlo de una vez. Su prisma interior no refleja las cosas; las refracta. Pasan por su espíritu para ser ellas mismas. Y violento, agresivo, paradójico, arbitrario, Pío Baroja, yo no conozco escritor español alguno que dé una sensación más recia de la realidad.

Conoce el mecanismo del lenguaje, sin embargo, como pocos. Tiene un léxico abundantísimo y completo. La educación científica de Pío Baroja –Baroja es médico– nutre sus metáforas literarias, dándolas un relieve extraordinario. Se documenta antes de escribir. No a la manera de Zola, que el hecho aislado y el personaje aislado excluyen todos los demás personajes y hechos, ganando el vigor el novelista lo que pierde en verdad la narración, sino bordando el cañamazo de la trama con el hecho sucedido, real, que todos recordamos, pero que ninguno acierta a distinguir con precisión.

Baroja, a fuerza de querer separarse de la corriente, no es más que un restaurador de la vieja novela picaresca española. Todos sus personajes son ahílicos, misteriosos, con toda suerte de chifladuras y rarezas. Todo lo que gusta de la vacilación, del titubeo, de la duda, le espantan la acción, el entusiasmo, la energía consciente, la línea recta. Es como un *chauffeur* loco que dirige el carruaje, lo echa fuera de la carretera, goza el obstáculo, salta el abismo y sigue corriendo siempre, siempre, por amor al peligro.

Un problema solo palpita a través de la obra de Baroja. Llámese Aracil el protagonista, llámese Hurtado, llámese Paradox, llámese Manolo el cajista, llámese Ossorio, llámese César, llámese María, llámese como quiera Baroja, el protagonista vive en desacuerdo con el medio.

El medio es España y el personaje cualquiera español culto, educado en la escuela de nuestra catástrofe nacional. Entonces –para fortuna nuestra– se subvierten todos los valores. Lo que aparece como castizo es lo exótico y lo que los beocios llaman extraño es lo que está más dentro de nuestro organismo social. Nuestra historia es un tejido de nombres, y al revisarla nos quedamos sin historia. Lo que entonces se llama literatura es un devaneo inocente, bebido en los abrevaderos de París, sin formar un todo orgánico con la visión española de las cosas. La prensa que entonces obra como dictadora en el cerebro del noventa y cinco por ciento de todos los españoles, contribuye a la tremenda derrota, tanto por maldad como por ignorancia –dos aliadas muy frecuentes– con una inconsciencia verdaderamente trágica. Nuestros físicos no saben física, ni química nuestros químicos; don José de Letamendi es el símbolo nacional; España es un país de abogados, de literatos, de políticos, de empleados, de toreros y de chulos.

El dolor de la derrota nos hace mirar, cara a cara, el porvenir, y advertimos que tenemos un problema de reconstrucción, pero que ignoramos los términos del problema. El problema es el pasado, el presente y el porvenir de España. Y la juventud desorientada, atontada, confusa, lee a Nietzsche, busca en las fuentes extranjeras, desempolva con cuidado los viejos libros y desamortiza –como ha dicho con una feliz expresión el querido y admirado *Xenius*– el caudal de nuestra tradición clásica.

El novelista de la derrota es Pío Baroja; el problema nos lo han descubierto Costa, Unamuno, Ganivet, Macías Picavea, Maragall, Santos Oliver, *Azorín*, Sánchez de Toca y tantos otros, pero conocemos la realidad del ambiente español de hogaño por Baroja.

Él, un vasco, nos da una sensación perfecta del ambiente. Él nos reconcilia con la sequedad de nuestras llanuras. Él exalta el individualismo de la raza. Él nos hace sentir la solemnidad del momento. A su prosa fácil, abundosa, clara, incorrecta, plástica, –como una vieja página del Arcipreste, como una cara atormentada de hidalgo del Greco– lleva Baroja el problema total de nuestro pueblo. Y por ser tan de su época, y por ser tan original, y por habernos dado una impresión tan recia del medio, Baroja es un escritor de todos los tiempos, del que tendrá que hablar con todo tiento el futuro historiador de nuestra cultura a principios del siglo XX.

El Adelanto (16-06-1914)
La Vanguardia (21-02-1914)

Armando Palacio Valdés[214]

La casa Nelson e hijos, de Londres, acaba de enviarnos una bonita edición de *La Hermana San Sulpicio*, de Armando Palacio Valdés. Un retrato del viejo maestro asturiano figura al frente

[214] Con este mismo título, aunque con distinto contenido, Sánchez Rojas publicaría, en el mes de junio de 1923, otro artículo en la revista argentina *El Hogar* (O.C. Tomo II, página 263).

de la portada. Aparece don Armando sentado en un sillón; cubre su frente un sombrero flexible; los ojos azules y dulces –un poco velados por la tristeza y por los achaques de la vejez– nos miran con fijeza; la diestra está apoyada en el respaldo del sillón; la barba es blanca como la nieve y el bigote enhiesto y cuidado. Se diría que los agujeritos de la nariz –carnosa y firme– están oteando algún perfume –el azahar de las riberas del Guadalquivir, tan grato al maestro– y las cejas son dos líneas negras, dos rayitas, que parecen apéndices de las aletas del sombrero flexible.

Estamos familiarizados con esta fisonomía y la contemplamos con deleite un rato. Conocemos ese gabán a rayas, ese sombrero flexible de ancha cinta negra. Conocemos ese viejecito pulcro, tranquilo, equilibrado... Le hemos visto caminar despacio muchas tardes por las avenidas más íntimas y silenciosas del Retiro, cuando nosotros, estudiantes y enamorados, veíamos quebrar el sol por entre los árboles y oíamos el rumor sordo de los coches hacia el Ángel Caído a la vera de alguna muchacha pizpireta y habladora como la novicia sevillana.

¿Quién es, cómo vive, qué ha hecho este viejecito de los ojos azules y de la barba blanca de nieve? Es un crítico travieso, un exquisito autor de cuentos, un novelista amenísimo y gracioso y, sobre todo, un hombre bueno. Muy larga es la lista de sus libros: *Marta y María, Los majos de Cádiz, El cuarto poder, El maestrante, Maximina, Riverita, La alegría del capitán Ribot, La aldea perdida, La fe, La espuma, El señorito Octavio, El idilio de un enfermo, José, Aguas fuertes, El origen del pensamiento, Tristán o el pesimismo, Papeles del doctor Angélico…* En los pueblos del Norte –Suecia, Noruega, Inglaterra, Holanda, Rusia– conocen a nuestro viejecito. No hay libro suyo que no esté traducido a media docena de idiomas. La pizpireta monja sevillana, la figura trágica del maestrante ovetense, la dulce y abierta alegría del capitán Ribot, el idilio casto de Maximina –la niña de Pasajes– son, acaso, más populares que en España, en los liceos franceses y yanquis, en el *home* inglés, en los prados verdes de Escocia y en los *fijords*[215] noruegos.

Esta popularidad de don Armando en otros climas y bajo otros cielos se explica fácilmente. No parece un escritor castellano el señor Palacio Valdés. Sus giros, a las veces, son un tantico exóticos y extraños. Tampoco su gracia es española. Su humorismo es *humour*, heredado directamente de Dickens. La noble literatura inglesa ha dejado profunda huella en el espíritu de este escritor. Ama la cultura clásica y le son familiares, además de los grandes poetas ingleses, Homero, Virgilio, Horacio y el Dante. Es amenísimo y delicado. Su ironía es bondadosa y humana y es la máscara de su sonrisa ante la travesura ajena. No siente, al igual de Baroja, la preocupación del estilo y escribe llanamente, sin la más leve sombra de afectación.

Asturiano don Armando, nacido entre los valles llenos de niebla, dúctil y maleable, con sus pasos de escéptico y sus ribetes de socarrón, educado en la vetusta Oviedo, oyendo el lamento monótono de la lluvia y el traqueteo de los zuecos en las calles, ha sabido pintar en delicioso contraste, los pueblos jaraneros, despreocupados, alegres y llenos de sol.

Ni Fernán Caballero, ni el padre Luis Coloma, ni Pedro Antonio de Alarcón, han podido darnos una sensación más plástica de Sevilla que don Armando; ahí está *La hermana San Sulpicio*, con el patio de las Anguitas, con la deliciosa excursión por el Guadalquivir, con aquellos tipos tan exactos de Suárez el malagueño y de Paca la cigarrera. Y en ponderar la calma, el equilibrio, la gracia, la serenidad y la luz sostenida y constante de las playas levantinas, nadie ha podido igualar tampoco al viejecito asturiano; compárese *La Barraca* –un poco artificiosa – de Vicente Blasco Ibáñez, con *La alegría del capitán Ribot*, y hasta si gustáis, en este respecto de ambiente y de escenario, *El niño de la bola*, de Alarcón, granadino, con *Los majos de Cádiz*, de nuestro autor.

Treinta años hace que comenzó a publicar libros don Armando; su carrera ha sido tan larga como gloriosa.

La prensa no se ha cebado demasiado en él, y el viejecito ha tenido el buen gusto de apartarse de toda exhibición y farándula. Sus lectores han sido ganados uno a uno, sin que los periódicos, desdeñosos para el que sabe prescindir de ellos en su vida espiritual, hayan tocado a rebato, ni mucho menos, para llamar la atención de las gentes. La obra de Palacio Valdés –paralela a la de Clarín– no se explica acaso sin la de Pérez Galdós, pero la visión contemporánea de los literatos hoy flamantes, y, sobre todo, el arte de la narración, el modo de agrupar los incidentes de más bulto, prescindiendo de las naderías y minucias que los naturalistas franceses pusieron de moda, proceden, más de lo que se cree, del delicioso autor de *Maximina* de *Aguas fuertes*.

El autor de cuentos está a la altura del novelador.

Algunos como *¡Sólo!* y *Nieve* pasarán, por las trazas, a la antología. Un cronista del *Daily Chronicle*, afirmaba, en 1894, que «Valdés es digno de un lugar entre Turgneff[216], Dostoiewsky y

[215] Fjords (Fiordos).
[216] Iván Serguéyevich Turguénev (1818 - 1883). Escritor, novelista y dramaturgo ruso.

Tolstoi». Tal vez. Es vigoroso y sobrio. Sus cuentos están llenos de emoción y encierran una fuerza trágica que maravilla y suspende.

Sin trampa ni cartón, tiene ese don sintético, ese ojo clínico que sabe prescindir de la escoria que envuelve el diamante para proyectar toda su luz en el mineral precioso, y bruñirle y engastarle. Sus cuentos de última hora, los de los *Papeles del doctor Angélico*, son ya más flojos y corrientes. La Musa, que no quería tornar a cantar ni salir de los valles natales de la *Aldea perdida* –las riberas del Sella, las noches mimosas de luna plateando los arroyuelos, la tierra mojada, las orillas del Deva– no supo sujetar su albedrío al viejecito de los ojos azules y de la barba de nieve.

Y ahora, al contemplar su retrato, al recordarle perdido, paseando lentamente por las avenidas silenciosas del Retiro; entre los árboles de la Moncloa frente a la mole rojiza de la cárcel Modelo; entre los senderitos del Parque del Oeste ante el telón velazqueño del Guadarrama; al recordar al viejo maestro, cuando estudiantes y enamorados dejábamos los pesados libros de Ureña y los bruscos discursos de Azcárate por una muchachita pizpireta como la novicia sevillana, nos parece que vemos todavía cómo el sol enviaba su beso todas las tardes a la frente de este viejecito, de este don Armando, al que todos hemos leído y releído con deleite.

El Adelanto (17-06-1914)
Mercurio (Nueva Orleans) (Octubre-1914)
Iberia[217] (23-02-1918)

Juan Maragall

La casa del poeta

Un ilustre maestro muy estimado de la juventud, el Sr. Unamuno, ha hecho un llamamiento a los escritores para que hablen de Juan Maragall…

El poeta es un burgués. Es rico, es feliz, tiene una esposa joven, tiene hijos, muchos hijos… Vive en un hotelito claro, sonriente, gracioso, de la barriada de San Gervasio. Tiene de espaldas la montaña, y de frente, la veta azul del mar. Es muy tranquila la barriada del poeta; suena, tan sólo, el tintineo metálico de los tranvías. Hay los domingos un suave rumor de fiesta del pueblo que sube a la montaña. Y una paz fecunda envuelve la barriada.

Aquí tenéis la casa, el hotelito de Don Juan. Los bebés que se asoman el balcón son hijos suyos. Una verja de hierro da acceso al hotel. Acabáis de dejar el tranvía a la puerta. Ha sido luminosa la tarde. Plácido está el Mediterráneo. La ciudad tranquila trabaja en las fábricas, en las oficinas, en los almacenes, en los despachos; vosotros queréis saludar al poeta que es el símbolo más grato, más excelso, del alma catalana.

Y en la verja os recibe el poeta. Chilla la chiquillería en el jardín; el patriarca os dice una frase halagadora, risueña. Su frente –¿no lo habéis advertido?– despide luz. Luz y bondad. Es muy bueno el hombre; es muy grande el poeta. De la explosión de su humanidad, de la sonrisa de su patriarcalismo, de su eterna juventud que teje y desteje proyectos, de su amor intenso a la ciudad, brota su poesía creadora.

Ya hablaremos de su poesía… Fijaos en estos muebles claros, en este ambiente de paz, fecundo, preñado de misterios. Asomaos a una ventana; el Tibidabo con sus luces rojas, moradas, añiles, verdes, en esta hora augusta del atardecer. Respiráis el perfume de los pinos. Y de frente el mar.

Un borrón deforme: Barcelona. Y esta veta azul inmensa que parece cielo, porque con él se confunde, pero que no es cielo, es el mar nuestro, el *mare nostrum*, el Mediterráneo que nos trajo las sutilezas italianas del Renacimiento. ¡El Mar! ¡Amigo, mar, buenas tardes! Tu visión ensancha la creación del poeta; el ritmo de tus olas engendra su ritmo. Paz arriba, en tu superficie; inquietud honda abajo, en el reinado de las algas y de los monstruos submarinos. Eres, amigo mar, como tu cantor. Su frente despejada es serena y plácida como el alma de sus hijos, mas dentro de su fantasía, el ritmo que pugna por su pureza, por su majestad, riñe una batalla interior, que se percibe en el fulgor de sus ojos; en su frase viva, personalísima, inconexa; en su gesto amplio, expansivo, de cordialidad inteligente que todo lo comprende.

[217] En *Iberia*, donde años más tarde se reproduciría este mismo artículo, con ligeras variaciones y omitiendo algunos párrafos, se tituló «Don Armando Palacio Valdés».

Tarde de sol. Cielo azul. Mar plácido. Barriada de San Gervasio. Tintineo lejano de tranvías, tres nenes, muchos más nenes, que gorjean en el jardín. Y un poeta bueno que tiene frente de luz. Y muebles claros. Y esposa. Y amor franciscano para todos y para todo…

La estética del poeta

La estética del poeta se condensa en un tomito que se llama *Elogios*. Abrámosle. Diez ensayos contiene: *Preliminar, Del Amor, De la Palabra, De la Poesía, Del Pueblo, De la Danza, Del vivir, De la gracia, De una tarde de Agosto…*

La poesía es, para Maragall, el arte de la palabra, de toda la palabra. La belleza es la revelación de la esencia por la forma, y la forma la huella del ritmo de la vida en la materia.

Del ritmo de la vida, esto es, del esfuerzo, del cambio incesante y del eterno remudar de las cosas. Y el logro supremo de este esfuerzo es el hombre, que "el hombre es la tierra en su mayor sentido de la revelación de Dios a través de ella". "Sentirse tierra y Dios, al mismo tiempo –añade Maragall– ser la cúspide anhelante, es la gran dignidad y la gran tragedia humana".

Mirad cómo se crea el fin estético en las cosas. Un ejemplo nos pone el poeta para que nos demos cata de su estado de espíritu. El poeta, esta tarde, está solo a la orilla del mar. El poeta es la misma naturaleza que se siente. Ve cómo se rompen y destrozan las olas en una playa soleada y limpia. La inmensidad le hechiza, la brisa marina acaricia la frente de luz del poeta, oye la grata música del mar. Nada quiere, nada piensa. Aspira con delicia la brea del mar; tiene los sentidos suspensos y como embobados. Y Dios roza con sus alas inefables el espíritu de este hombre que contempla las olas en la playa soleada. ¿Quién ha creado el mar, quién le ha creado a él? Le agita el sentimiento de un Creador, el corazón late con fuerza, alza los ojos al cielo, el germen de la plegaria nace en su espíritu. "es –dice Maragall– mi momento religioso".

Y piensa en el *por qué* y *para qué* ha sido creado todo esto. La oración calla; habla el análisis. La emoción se detiene allí donde empieza el razonamiento. Mas la idea del *por qué* le lleva a la idea del *cómo*; ha llegado el instante en que la ciencia pura busca en el poeta "definiciones, clasificaciones, descomposición en términos, análisis".

Sigamos con tan curiosa investigación. Advertimos que no nos separamos un ápice del *ritmo* ideológico del poeta; casi empleamos, para mayor exactitud, sus mismas palabras. Una barca pescadora sale a alta mar en busca del sustento cotidiano de los que la dirigen; al poeta le interesa el mecanismo de la barca, estudia la fuerza de la vela que la dirige y el arte del timonero que la conduce; le preocupa la industria del hombre. Y la barca se aleja, y hay el peligro del mar, y las mujerucas y los niños que esperan con anhelo el retorno de los hombres. Y siente el poeta que es hermano de los pescadores y germina en los santos repliegues de su corazón el momento moral. Y la barca se aleja, y ya es punto negro que apenas se divisa, y los deberes, los derechos del hombre, las relaciones sociales son parte [¿de?] su momento jurídico. Y llega ya –¡supremo instante!– aquel momento en que le interesa sólo mar, y cielo, y tierra. El mar por su rumor, el cielo por su movimiento. Todo es puro desinterés, por su forma "He aquí –concluye el poeta– la emoción estética que ha transcendido no a oración, no a reflexión, ni a curiosidad, ni a piedad, ni a industria, sino solamente a un afán de expresión sin otro interés que la expresión en sí; a dar mi forma de aquella forma. He aquí la emoción artística, y naciendo de ella el arte, la belleza trashumanada: la expresión humana de la forma natural". He aquí el arte del poeta: forjado por la emoción, sostenido por la pureza, suelto de todo interés subalterno. Como los pájaros, canta por cantar. Pero su ritmo no es el ritmo de todos; es el suyo, su esfuerzo, su huella, la forma de su forma. Su ritmo es su revelación del alma de las cosas que hacen vibrar su espíritu. Y es la vibración primitiva, el balbuceo, el canto ingenuo, no aprendido, en que rompe su alma, libre de las trabas del tiempo y del espacio, a revelar su esencia.

Un canto a la pureza, al desinterés, a la palabra viva que brota pura del manantial de la emoción, al silencio fecundo en que nos circundan, es este bello libro de los *Elogios* que contiene la estética del poeta. El odio a la broza, al talco, al ripio, al hablar por hablar; al canto a la emoción del niño, de la mujer, del pueblo "que es la costra espiritual humana en que todos tenemos nuestras raíces"; a la consideración de la palabra como símbolo, como Sacramento, es este libro de los *Elogios*.

Maragall, periodista

Maragall, poeta; Maragall, símbolo del desinterés, de la pureza contemplativa; Maragall, acomodado en su casa clara con sus muebles claros y la ringlera de sus hijos, ha sentido, ha vivido sus deberes de ciudadano. Y nació el periodista. Cinco volúmenes –de la edición de sus *Obras*

completas, castellanas y catalanas, que ha publicado el benemérito Don Gustavo Gili– encierran sus artículos. Encabézalos un prólogo muy substancioso, muy nutrido, férvido, de Don Miguel de los Santos Oliver, uno de los escritores más nobles de la España contemporánea.

Repasemos, rápidamente, esos volúmenes. Comienza su magisterio Maragall modestamente, dando cuenta de las sugestiones que debe a sus lecturas, a las conferencias que ha oído, a las lecciones que le sugiere la realidad ambiente. Un artículo muy agudo consagra en esta época –1892 a 1895– a Federico Nietzsche; antes que las brumas del filósofo vislumbra el corazón de Maragall las emociones del poeta.

En la segunda época de su periodismo –de 1895 a 1899– estudia Maragall el problema de nuestra catástrofe nacional. ¡Con qué indignación! ¡Con qué lucidez, con qué serenidad, con qué ecuanimidad de espíritu! Le irrita la doctrina de Monroe[218], se revuelve contra nuestro inútil parlamentarismo; desenvuelve sus primeras ideas sobre la región viva; se conduele del problema cubano y de las consecuencias funestas que de él se han de derivar para la patria; comenta la actitud de la prensa yanki en vísperas del conflicto; hace votos por la regeneración política; surge el patriota.

El patriota, siempre. El patriota que odia la bullanga y la frase hecha; el que, antes de estallar una vergüenza, trata de evitarla, y, sucedida, se suma al dolor común. Y el poeta siempre, el poeta en prosa, el *vir bonus*, el ciudadano prudente con la conciencia de sus deberes y derechos, el glosador sugestivo de la actualidad barcelonesa, el que habla siempre en su tono menor, pacífico, dulce, lleno de unción y de majestad, el soldado de fila que canta la solidaridad catalana como principio de un organismo vivo que sustituya a una masa descompuesta.

¿Y su poesía? El tema es largo. Es largo y tentador. Muy pronto lo esbozaremos en estas mismas páginas.

***Mercurio** (Nueva Orleans)* (Septiembre-1914)

Giosué Carducci

Se habla demasiado de Gabriel D'Annunzio a propósito de la intervención italiana en la guerra europea. Se habla demasiado de D'Annunzio, de su lirismo, de sus bienaventuranzas en la fiesta de Quarto, de las arengas romanas del insigne *posatore*. Y se habla de él y de su intervención en las agitaciones preliminares un poco a humo de pajas. Aún estoy asombrado de las afirmaciones de Jacinto Benavente achacando a bajos estímulos de cierta clase el patriotismo de buena ley del ilustre autor de *La Nave*. No puede extrañarse nadie, y Benavente menos que nadie, de que espíritus selectos, exquisitos, aristocráticos, se dejen arrastrar de vez en cuando por los sentimientos espontáneos de la plebe. Un italiano puede pensar de buena fe en el irredentismo de Trento y de Trieste, como un español insigne –aunque esto sea para mi menos explicable– se deje guiar del señuelo de Gibraltar, que no es anhelo colectivo de las masas españolas, ni mucho menos.

Más poderosamente que D'Annunzio han contribuido a formar el momento actual del patriotismo italiano otros escritores y poetas. Dejemos al Dante, a Maquiavelo, a Bocaccio, a Alfieri con su enorme latigazo:

Servi siam si, ma servi ognor frementi,[219]

pasando por Silvio Pellico y por José Mazzini, hasta llegar a la modernísima literatura imperialista de los Alvi y de los D'Annunzio. Hablemos hoy de uno de los italianos que más han contribuido a formar el alma nacional de su Patria: de Giosué Carducci.

Giosué Carducci vivió casi toda su vida en Bolonia; en la Universidad explicó durante muchos años literatura italiana. Su labor fue copiosísima durante más de cincuenta años –de 1850 a 1903–, antes de formarse, por ende, la *terza* Italia. Deja publicados más de una treintena de

[218] Principio de la política exterior de estadounidense basado en los postulados ideológicos de su quinto presidente, James Monroe (1758 – 1831), y fundamentado en no permitir la intervención de potencias europeas en los asuntos internos de los países americanos y en apoyar sus aspiraciones independentistas. Podría sintetizase en la frase "América para los americanos".

[219] "Somos esclavos, sí, pero esclavos siempre palpitantes"

volúmenes literarios y políticos –*Discorsi litterari e storrici, Pricui saggi, Confessioni e battaglie, Il Parini Maggiore, Poesia e storia*, etcétera–. Y su labor poética forma un nutridísimo volumen editado por el librero boloñés Nicolás Zanichelli, en 16ª, de 1.075 páginas.

Para Carducci se inventó con toda precisión la frase de que era el poeta civil, *il poeta civile*, de su patria. Las más tenues palpitaciones del sentimiento italiano en el pasado, azaroso siglo XIX, están registradas reciamente en el viril cantor. El sentimiento de esclavitud, de servidumbre, de torpe dependencia, atenazaba la pluma de los grandes escritores del siglo XVIII –para no hablar de tiempos más remotos–, Manzoni abrió hondo surco con *Los Novios –Il promessi sposi–* al sentimiento nacional. Alfieri, Fóscolo, Goldoni, creaban un teatro para escuelas del patriotismo. En Leopardi retoñaban los viejos sueños del Petrarca y del Alighieri. De Sanctis estudiaba en Nápoles, su patria, la literatura italiana. Los Borbones decaían; los Saboyas, Reyes del Piamonte, conquistaban la simpatía de los liberales italianos. Giosué Carducci llego precisamente en estos momentos, lleno de juventud y de brío, a formar, con sus versos, la conciencia del patriotismo de los italianos de la *terza* Italia.

Carducci era en 1860, cuando aún vivía en Pistoya, un mozalbete que no tenía de común con este anciano cuyo retrato reproduce LA ESFERA, más que el fuego y la entereza de la mirada. Llevaba la melena romántica de la época; el amplísimo lazo de la corbata cubría las vueltas del chaquetón; la boca se cerraba enigmática, con un pronunciado gesto de desdén. Eran los años de *Juvenilia*, sus años de sonetos mozos, las rimas de

O cara al pensier mío terra gentile,[220]

del *Canto a la primavera* y del *Brindis*, las recias estrofas a la libertad, las evocaciones de Metastasio, de Parini, de Monti; los cantos a Beatriz.

Vinieron después *Levia Gravia*, el canto a Satanás o a la razón, los *Gianbi ed Epodi* (1867-1879), el *Intermezzo*; los versos carduccinaos, que sabía la juventud estudiantil de memoria, eran un barómetro de las altas y depresiones del espíritu público; allí los cantos a los amigos del Valle Tiberino; allí el homenaje fúnebre a Eduardo Corazzini, muerto a las puertas de Roma en 1867, allí *Las bodas del mar –Le nozze del mare–*; allí el canto al LXXVIII aniversario de la proclamación de la República francesa:

Ma il ferro e il bronzo è de tirannicis mano,
E Kant aguza con la sua Ragion
Pura il fredd ago del fucil prussiano,
Körner strascica il bávaro canon;[221]

allí el *Canto dell Italia che va in Campidoglio*; allí, finalmente, los versos sobre el escandaloso proceso Fadda[222]…

Italia tenía su poeta, su poeta civil. Italia tenía una lengua enérgica, elocuente, llena de fuego y de virilidad, que traducía sus angustias, sus alegrías, sus entusiasmos y sus desesperanzas. Aparecieron las *Rimas nuevas* hace veintiocho años, en 1887.

El soneto *Al Soneto*, treinta y cinco sonetos, el Brindis de Abril, la Primavera clásica, glosas a Enrique Heine, San Martín, el idilio de Mayo, los dos Titanes –Prometeo y Atlante–, los campos de Marengo, los sonetos del *Ça ira*, baladas sobre motivos de Herder, de Planten, de Goethe; el estupendo romance –tomado del castellano– *El paso de Roncesvalles*:

Malediva, andando, il vino,
Malediva, andando, il pan,
Quel che mangia in saracino
E non quello del cristian…[223]

[220] "Oh, dulce tierra, querida a mi pensamiento". *Juvenalia*. Canto I, XXI

[221] Ma il ferro e il bronzo è dei tiranni in mano; / E Kant aguzza con la sua Ragion / Pura il fredd' ago del fucil prussiano, / Körner strascica il bavaro cannon. (Mas el hierro y el bronce es para la mano del tirano; / Y Kant aguza con su Razón / Pura el frío percutor del fusil prusiano, / Körner arrastra el bárvaro cañón). Giosué Carducci. Per il LXXVIII anniversario dalla proclamaciones della Repubblica Francese.

Körner fue un militar prusiano que desarrolló su profesión contratado por Chile, donde modernizó su ejército y participó victoriosamente en diversas batallas.

[222] Juicio celebrado en el año 1879 por el asesinato –a manos del amante de su mujer– del capitán Giovanni Fadda, que despertó en Italia una enorme curiosidad morbosa alimentada por cierto tipo de periodismo.

[223] "Maldito, sea el vino / maldito, sea el pan / que come en sarraceno / y no aquel del cristiano".

La *Odas bárbaras*, en fin; el violentísimo *Congedo*; el desdén del poeta contra los retóricos huecos:

Odio l'usata poesía…

las Fuentes de Clitumno. Roma. En una iglesia gótica, evocaciones boloñesas –las dos torres que contempla el lector ilustrando estas páginas, tan gratas a Carducci– otra vez Garibaldi… Miramar, amigo mío, para no cansarte; Miramar vibrando de odio contra Austria, la roja costa de Nabresina; Miramar con Trieste allá en lontananza coronada de nubes, frente a Venecia; Maximiliano en la fatal Novara, yendo a buscar su muerte a Méjico; el irredentismo, todo lo que ha venido después. Y en seguida el canto a la mujer de Humberto, a la dulce Reina Doña Margarita, que provocó una zalagarda tremenda en las huestes republicanas y que hundió el alma de los Saboyas con la democracia más abierta:

Salve, o tu buona, sin che i fantasimi
di Raffaello ne puri vesperi
trasvolín d'Italia e tra lauri
la canzon del Petrarca sospiri![224]

En la literatura italiana contemporánea estaba prevista la intervención actual. El papel de D'Annunzio ha sido meramente secundario; verdad es que el poeta tenía que liquidar viejos agravios con Austria, que había tratado de molestarle cuando publicó *La Nave*…

Mas de otros polvos vienen estos lodos. Si los italianos entran en Trieste, yo os aseguro que todos los soldados entrarán cantando en aquella ciudad irredenta las cálidas estrofas de *Miramar*:

Quant'è che aspetto! La ferocia bianca
strussemi il regno ed i miei templi intranse:
vieni, devota vittima, o nepote
di Carlo Quinto!...[225]

La Esfera (10-07-1915)

Las cartas de Leopardi

Hemos hablado ya de Julia de Lespinasse y de sus cartas. Séanos lícito recordar hoy las de otro de los grandes espíritus del siglo XIX, el poeta italiano conde Santiago Leopardi.

El poeta nace, 1798 –el 21 de Junio– en Recanati, ciudad de la Marca, perteneciente a los Estados Pontificios. Son sus padres el conde Monaldo y la marquesa Adelaida Antici. Santiago pasa toda su juventud en la horrible soledad del pueblo, encerrado en la rica biblioteca paterna. Allí aprende griego, latín y lenguas modernas. El poeta es jorobado. Debilita su vista con el estudio de tal suerte, que a sus veintiún años –en 1819– pasa una larguísima temporada sin leer una sola línea. También su pecho anda resentido. Apenas tiene tratos con las mujeres de fuera de su casa.

El padre, Monaldo, es un pintoresco señor supeditado a la voluntad de su esposa, una señora estirada, seca y nada afectiva, que es el mismo espíritu de la tacañería.

El padre de nuestro poeta ha disipado una fortunilla en su juventud. Adelaida quiere limpiar el patrimonio de la polilla de la usura y de las hipotecas. Se suprimen platos pero no se suprime el coche. Se carece de lo necesario pero no se prescinde jamás de lo superfluo. Todos en la casa, comenzando por el muñeco del esposo, están supeditados a la tozudez de la buena Marquesa.

Leopardi apenas se entiende con su padre, pero la Marquesa ha declarado la guerra al pobre y dulce jorobado, encerrado en la biblioteca casera. Leopardi intenta escapar de Recanati, y del coche –le llevan en coche hasta para ir a casa del vecino– y de los pergaminos de la acartonada mamá. Escribe entonces cartas Leopardi a sus amigos, que son un modelo de concisión, de vigor y de energía. Acusa a sus padres y estas cartas tienen –¡ay!– una belleza pocas veces superada en lengua italiana. Se adivina el martirio de un hombre delicado, que vive en medio de personas mediocres y vulgares. «Yo no quiero –escribe– vivir en Recanati. Si mi padre me procurara, como me

[224] "Salve, o tú bondadosa, mientras los espíritus / de Rafael en las vísperas puras, / sobrevuelen Italia y entre laureles / la canción de Petrarca suspire". Giosuè Carducci. *Odas bárbaras*. "A la reina de Italia".

[225] "¡Qué estoy esperando! Blanca ferocidad / destrozó mi reino y destrozó mis templos: / ven, víctima devota, o sobrino / de Carlos quinto". *Odas bárbaras*. "Miramar".

ha prometido, los medios de salir de este encierro nauseabundo, de esta gentuza, de esta petulancia acartonada, de esta cloaca, viviría digno y respetado como el hijo mejor. Mi padre cree que yo soy un jovenzuelo inexperto que no conoce a los hombres. Quisiera no conocer lo malvados e idiotas que son. Estoy más curado de espantos de lo que él cree. Cree que me engaña, pero su disimulo es profundo y eterno; él no se fía de mí y yo jamás me he fiado de él... Me pareció que hablaba con el corazón en los labios; le presté fe y me engañó por última vez».

¿Qué le pasa a Leopardi para huir de Recanati? Se trata, repetimos, de un abismo moral entre los padres y el hijo. Santiago es contrahecho, está casi ciego; es un solitario reconcentrado y huraño. Su madre no ha besado *jamás al hijo*, le parece monstruoso por su fealdad y su joroba. El oso del padre baila al son que le toca la mujer. Se salta el corazón dentro del pecho al leer la correspondencia de los días anteriores a la fuga. El padre confiesa su vergonzosa debilidad; el padre quiere ayudar económicamente al hijo y reconoce su impotencia. Se habla claramente del «enemigo común» aludiendo a la Marquesa.

El último favor que le pido –escribe el poeta al Conde– es que si alguna vez recuerda a este hijo que tanto le ama y le venera, no deseche ese recuerdo como maldito ni odioso; y si la suerte ha querido que usted no se puede alabar de su hijo, compadézcame, que también a los malhechores se les compadece. ¡Pobre muchacho!

La casa de los Leopardi está agujereada por las deudas y los plazos que se echan encima con toda celeridad. La madre no se preocupa del hijo. Le sabe sin vocación religiosa y le propone que busque una carrera eclesiástica. Repugnancia de Santiago. Le propone una novia rica. El poeta monta en cólera ante la frivolidad materna. Santiago huye a Bolonia y allí vive estrechísimamente de traducciones mal pagadas y de lecciones de latín y de griego a los escolares.

El terrible clima invernal de Bolonia quebranta la salud de Leopardi. El padre, a escondidas de la Marquesa, socorre alguna vez al hijo. La madre le manda, en cambio, higos de la tierra y le encarga buenos novios para la hermana Paulina. «Adiós, hijo –le dice en una carta– continúa teniéndome afecto sincero.» Leopardi no puede vivir en Bolonia; se traslada –1827– a Pisa, en busca del suave clima toscano. En Pisa escribe a su madre una carta donde la dice, con una delicadeza primorosa, todo su dolor de hijo abandonado.

Es una madre de la que cuenta otro hijo, hermano del poeta, Carlos, que tendía con rigidez la mano a sus pequeños para que se la besaran ceremoniosamente. Es una mujer Adelaida Antici, que no lee, porque le fatigan las cartas del pobre Santiago. Es una señora tan poco... señora que espía e interrumpe la correspondencia entre el jorobado y los hermanos y el padre abúlico. Hace su voluntad, sin parar en remilgos, como la más castiza verdulera del Avapiés.

Conocemos muchos hijos privados de todo sentimiento filial que abandonan a sus padres en las horas de la tribulación. Sólo conocemos una madre, esta madre, a quien no conmueve la soledad de un pobre enfermo. Pocas lecturas más desgarradoras que la de la correspondencia de esta familia Leopardi. «No escribo a mi mamá para no enojarla; – dice el hijo– usted, papá, ya le dará cuenta sucinta de ella». Santiago se refugia en el amor de su linda hermana, de Paulina, y la colma de piropos y ternuras. A la madre le parecen mal estas expansiones. «¡No sabe contenerse –dice la gran lechuza– en las galanterías!» ¡Y la pobre Paulina que goza tanto, tanto, con los arrumacos del jorobadito, digno, solitario y enfermo!

Leed este fragmento de Leopardi. Figura en sus *Pensamientos*. La rigidez de la madre, de la propia madre, está disecada para siempre. Yo no conozco página más íntimamente dolorosa. Es la protesta del hombre, que no encontrando por su figura ese amor que como rayo de sol alumbra los sueños de casi todos los mortales, no tiene ni el refugio en su soledad de los besos de la madre. «He conocido íntimamente una madre de familia, que sin ser supersticiosa, era finísima y exactísima en las creencias cristianas y en las prácticas religiosas. Era de tal suerte, que no solamente no compadecía a los padres que lloraban la muerte de sus hijos, si no [sic] que los envidiaba íntima y sinceramente, ya que habían volado al paraíso sin peligro alguno y evitaban a los padres la molestia de mantenerlos. Peligrando alguna vez la vida de sus hijos en la niñez –habla Leopardi de un incidente suyo– no pedía a Dios que se muriesen, porque la religión prohíbe esa demanda, pero gozaba cordialmente, y se ponía furiosa, y se disgustaba sensiblemente, si advertía el llanto o aflicción de su marido. Muy exacta en visitar a los enfermos, deseaba en el fondo del alma que fueran inútiles sus servicios, y llegó a confesar que temía, al preguntar a los médicos, que la diesen esperanza de mejoría. Viendo en los enfermos una señal de muerte próxima, sentía una alegría profunda, que sólo trataba de ocultar delante de las personas que la conocían a fondo; el día de la muerte era un día alegre para ella, alegre y ameno, y no comprendía cómo el marido era tan sandio que le daba por afligirse.

¿Habéis leído alguna vez una diatriba más violenta de un hijo contra su madre? ¿Comprendéis ahora por qué el corazón lacerado del conde Leopardi había de formular con una resignación clásica y sombría, el más peligroso pesimismo que vio nacer el siglo XIX? ¿Comprendéis que fuera este pobre jorobado, este hijo sin ventura el que afirmase que en la Naturaleza habitaba un feo y oculto poder nacido para sembrar el dolor entre los mortales? ¿Os parece ilógica la afirmación de este desventurado, que no conoció más que desdenes y frívolas risotadas femeninas envolviendo la dulce ternura de su corazón, os parece ilógica, decimos, la amargura insondable del más dulce poeta italiano del siglo XIX?

¿Os extraña que, por las noches, oiga extraños ruidos en su habitación obscura, y tiemble, y suspire esperando la claridad de la mañana? ¿Os extraña que el pensamiento sea para su mente un terrible don del cielo? ¿Os extraña que evoque, con el amor, la mueca fría y repulsiva de la muerte? ¿Os extraña que este hombre escriba las cartas más sombrías, más espantosas y más bellas que se han escrito, durante los muchos siglos en esa dulce Italia de los cipreses, del aire dulce, de las mujeres melancólicas y enamoradas y de los jardines llenos de rosas blancas que convidan a las confidencias, a los besos, a las ternuras inefables y calladas?

El Adelanto (04-11-1915)

De la acera de enfrente

Don Benito Pérez Galdós

Hace ya mucho tiempo que no veo a don Benito Pérez Galdós en la calle. Está enfermo, está torpe, está cieguecito el venerable patriarca de las letras españolas. Con su flexible viejo, con su gabán roído, con su bufanda, con su eterno cigarro puro en la diestra, don Benito tiene todo el aspecto de un comerciante de ultramarinos retirado del mostrador, de un comandante de cuchara retirado, de un empleado de Rentas Estancadas al que dejaron cesante en una revuelta ministerial. Hablaba poco don Benito y miraba, mascando su puro, a la cara de su interlocutor.

Hablé con él varias veces. Una tarde en los pasillos del Congreso, cuando el glorioso maestro era diputado a Cortes por Madrid. Otra tarde le acompañé a la Universidad Central, donde era presidente de un tribunal a cátedras; nos acompañaba un muchacho inteligente y soñador ya muerto, Víctor Said Armesto. Galdós hablaba de una revuelta política del 48. Conocía los nombres, las casas, las fechas, las genealogías, los gustos, las aficiones y la descendencia de los conspiradores. Nos relató aquella tarde su visita a Isabel II, en París, en su Palacio de Castilla; la Reina ligera estuvo deferentisima con el escritor glorioso. Le contó pormenores muy curiosos de su destierro, que ya he olvidado. Galdós, lentamente, hablando despacio, con cierto dejo de monotonía, nos deleitó así un buen rato, hasta que los opositores tomaron puesto y el Tribunal se constituyó bajo su presidencia.

Ahora son muy escasas las comunicaciones de Pérez Galdós con el público. Un delicado y exquisito literato, don Francisco Acebal, ha llevado al teatro, con un éxito rotundo, una novela galdosiana: *El amigo Manso*. El amigo Manso, que se sacrifica por verter el bien a raudales en el alma de los demás, nos parecía un símbolo del autor cieguecito. Ante la guerra, el espíritu noble, liberal y cristiano de don Benito ha sufrido una violenta sacudida interior. Como era natural, no cabrá en su alma perplejidad alguna. La criminal invasión de Bélgica –que Cambó, por ejemplo, justificaba con su mezquindad judaica como una consecuencia necesaria de la real-politik y del derecho del más fuerte frente al débil– a don Benito se le antojó un crimen monstruoso. Y dictó páginas enardecidas y vibrantes a su secretario en defensa de los pueblos aliados. Y condenó con fiereza las demasías de los sables y de los cascos de Prusia.

¿Tendré yo que trazar ahora una breve semblanza de don Benito Pérez Galdós? No lo creo. No puede existir un español medianamente culto que desconozca su labor literaria. Es, acaso y sin acaso, la más copiosa, la más rica en cantidad y calidad, de todos nuestros novelistas contemporáneos. Cuatro series nutridas de *Episodios Nacionales*, veinte novelas contemporáneas, comedias... su labor puede parangonarse con la de un Carlos Dickens o con la de un Honorato Balzac. Como dique a la reacción romántica, don Benito introduce en sus libros al pueblo humilde, sufrido y generoso. Su labor novelesca es el poema épico de la clase media española. Las viudas de los comandantes venidas a menos, las niñas de «mírame y no me toques» que tiñen todos los años la falda de merino y hacen evolucionar su sombrerito poniéndole una pluma, quitándosela, dándole forma abollada de cesto o larga de bandeja de té; el periodista hampón que sueña con la gloria, que será ministro y que, por el momento, no puede pagar la casa de huéspedes; el luná-

tico, el señorito, el torero, el chulo, el cura; esta mesocracia española, mejor aún, madrileña, tan aguda y tan inteligente, ha vivido en los libros de Galdós la misma vida aperreada y trágica de su existencia corriente y moliente.

Galdós ha creado una conciencia nacional sencillamente. Como escribe con su agudeza habitual *Azorín* en *Lecturas Españolas*, «ha hecho vivir España con sus ciudades, sus pueblos, sus monumentos, sus paisajes». «Cuando pasen los años, cuando transcurra el tiempo –continúa lúcidamente *Azorín*– se verá lo que España debe a tres de sus escritores de esta época: a Menéndez y Pelayo, a Joaquín Costa y a Pérez Galdós. El trabajo de aglutinación espiritual, de formación de una ciudad ideal española, es idéntico, convergente en estos tres grandes escritores».

Subscribimos *casi* íntegramente las frases transcritas de *Azorín*. Y decimos *casi* íntegramente, porque Menéndez Pelayo es un desbrozador; Costa, un iluminado que padece por todos los insensibles los males de la Patria en su corazón, y Pérez Galdós, un albañil. Menéndez y Pelayo no nos muestra sino el andamio, y no es poco; nos enseña a estudiar. Costa es más bien un intuitivo que un investigador paciente. Pero don Benito hace la casa, divide las habitaciones, las decora... Tienen un llamador con borlita de seda; sobre la cómoda, dos daguerrotipos nos muestran la faz de nuestros abuelos; un viejo piano, allá en el rincón, deja al aire su teclado amarillo con vetas verdosas. Un viejo empleado entra en la estancia; la mujer, discretamente, le cepilla; las niñas –novias de nuestros abuelos– Isabelita, Carmencita, Purita, oyen a papá que Prim ha sido herido en la calle del Turco, que Sánchez Ruano ha estado feroz con Sagasta esta tarde en el Congreso, que Nicolás María Rivero empina el codo más de lo debido.

Isabelita hace resonar el llamador. Aparece la Maritornes. Extiéndese el mantel sobre la mesa. Yanta pobremente la familia. Una ensaladita; un guisadito; un pedazo de queso manchego por único postre. El revolucionario torna a salir a Fornos; Isabelita teclea el «Vals de las olas»...

¡Oh Galdós, oh España, oh nuestros abuelos bobitos y románticos, ensoñadores y buenos!

Hoy... no vamos a las barricadas. Pensamos en un escalafón; somos mauristas; oímos a la Chelito.

Azorín

Azorín, físicamente, es un hombre gordo, apacible, tímido y corto. Parece un fraile del yermo, un cochero de buena casa o un bravo jayanote vestido de señorito. Moralmente es un hombre ecuánime, justo, templado, *conservador*; no tiene más defecto garrafal que haber tomado en serio a ese abogado, nimio y detallista, que se llama don Juan de La Cierva. Intelectualmente, *Azorín* ama lo claro, lo sólido, lo limpio y lo concreto. Literariamente, José Moliner Ruiz[226], el flamante subsecretario de instrucción Pública y Bellas Artes en este Gabinete de Renovación que nos gestamos, representa el culto consciente y reposado a los valores clásicos y permanentes de nuestras letras.

Muy sentida y abundante es ya, a estas horas, la tarea literaria de este escritor. Más de una veintena de volúmenes pueden contarse en su haber. Desde *La Voluntad*, primer libro serio y considerable de nuestro amigo, hasta *Al margen de los clásicos* o *Un pueblecito*, el pensamiento de *Azorín* ha pasado por distintas evoluciones dignas de ser anotadas por un curioso investigador de nuestras humanidades. Hay, primero, en *Azorín* una preocupación única por la elegancia formal. Su prosa es limpia como el cristal, correcta, clara y elegante. Recuerdo mejor el estilo de los clásicos franceses que el de nuestros escritores. Pues así como el clásico español gusta del párrafo largo y rotundo, el francés ama lo recortado, lo sobrio y lo preciso. *La Voluntad* pertenece a esta primera etapa del escritor; a esta primera etapa pertenecen también *Antonio Azorín*, *Los Pueblos*, *El Político*.

La sensación de cosa eterna y perdurable, que da el tiempo, frente a los cambios y mudanzas de la vida corriente moliente, informa otros libros del elegantísimo escritor francófilo. El libro *Castilla* señala la cúspide de esta preocupación. Las nubes –siempre iguales y siempre distintas–, los ríos –con su techo renovado por aguas flamantes que ya hendieron su cauce–, las figuras permanentes de nuestra literatura vistas con un sentido contemporáneo y actual, son consecuencias y derivaciones de este punto de vista, contemplaciones siempre gratas al prosista. *España, Un pueblecito*, el ya citado Castilla, los pueblos de Castilla con sus portales anchos y lóbregos, la

[226] Así en el original por *José Martínez Ruiz*, nombre y apellidos de *Azorín*.

llanura encarada en el firmamento azul en toda su eternidad, la vida de nuestros perailes, jornaleros, labradores, pelentrines, dueños y mocitas tímidas y buenas, son las figuras que destaca *Azorín* en esta su faceta literaria, tan característica e interesante.

Azorín, finalmente, ha tratado de hacer una historia *viva*, libre de prejuicios escolásticos y partidistas, de nuestras letras. Cuatro o seis volúmenes de crítica confirman esta empresa. Larra, Cadalso, Boscán, Garcilaso, Teresa de Jesús, Cervantes, son los autores tratados con más deleite y cariño por el crítico. A veces nos ha descubierto autores sin un gran valor subjetivo, como Mor de Fuentes, notable sólo por sus chifladuras, o el clérigo Bejarano, cuyo libro sobre el vivir aldeano es uno de tantos libros que pueden leerse sin gusto ni enojo. De todos modos, las glosas y los comentos del autor en torno a estos libros tienen un valor independiente y atractivo. En resumen, los estudios de *Azorín* han abierto el gusto de las generaciones nuevas hacia las cosas clásicas, que él ha desamortizado y libertado de las manos muertas y sin espíritu de los eruditos bibliómanos.

Desde que empezó la guerra, Martínez Ruiz se ha alistado férvida, decididamente, en el grupo de los escritores aliados. Dentro de los países de la *Entente*, *Azorín* ha mostrado, a toda hora, su predilección por el genio noble, claro y elegante de la dulce Francia. En el diario de Luca de Tena, en *ABC*, ha llevado a cabo esta tarea nuestro amigo. Gracias a él, y a Camba, y a Insúa, el periódico de la calle de Serrano no se nos ha caído irremisiblemente de las manos. Acostumbrado, no obstante, a este portavoz de la frivolidad cortesana, de los señoritos bien, de los mauristas de estos achulados y de los ciervistas de mírame y no me toques, *Azorín* ha padecido, en algunas ocasiones, de torcuatitis. Esta enfermedad consiste en la presencia, dentro del espíritu de los que escriben o colaboran en *ABC*, de la personalidad del fabricante sevillano del agua de los azahares. Y se escribe inconscientemente con azahar, y se piensa con azahar, y el cacumen se diluye, y el pensamiento se reblandece, y la emoción se marcha por la posta. Una de las víctimas de la torcuatitis es el pesimista y doliente del estómago don José María Salaverría.

Azorín, actualmente, con Felipe Rodés, disfruta de los automóviles del Ministerio de la calle de Atocha. Y no escribe. Yo espero que su silencio ha de ser fecundo en sorpresas. Y que despojado totalmente de la tutela que soporta de La Cierva, escribirá aún páginas fervorosas y duraderas.

Iberia (02-03-1918)

Don Ramón del Valle Inclán

Varias tardes, cuando no me apura cosa mayor el trabajo, suelo caer por la tertulia de don Ramón, en el «Gato Negro»[227]. Don Ramón del Valle Inclán es un hombre peligroso porque es un amenísimo *causeur*. Y no habla de literatura casi nunca. Esas leyendas que han hecho circular sobre el querido Valle Inclán los literatos sin editor y los periodistas sin periódicos, decid conmigo que son, evidentemente, calumniosas. No se murmura demasiado en la tertulia de don Ramón. No se habla demasiado de cánones literarios. En el fondo, el noble señor de la Puebla de Caramiñal es algo tumboncillo, escribe como el que bebe un vaso de agua, y los envidiosucos han inventado eso de que se quema las cejas, haciendo párrafos de cadencias cortas y largas. ¡Pura fantasía todo eso, lo sé muy bien!

Porque don Ramón y yo somos viejos y buenos amigos. Llegó un día a la tertulia de unos amigos míos y nos conocimos. Estaba entonces Unamuno en Madrid y fuimos de paseo hasta el Retiro, hablando de estética y de teología. El choque de los dos espíritus de don Miguel y de don Ramón me regocijó no poco. Se quieren bien ambos maestros, pero el uno es un condenado vizcaíno y el otro un galleguito bastante peligroso. Cuando el carnero embestía con las astas, el zorrito dilataba las narices y no dejaba huellas de su paso. Para Unamuno no había más contemplación que la del espíritu, o mejor dicho, la de *su* espíritu. Para Valle Inclán, la Naturaleza tenía un sentido tan profundo o más profundo que el del espíritu. No se entendían, o, tal vez, aparentaban no entenderse don Ramón y don Miguel. En el fondo, el carnero tenía que embestir y el zorrito que divertirse, haciendo vigilar a los pastores. Yo les escuchaba con embeleso en este fondo del Retiro, viendo cómo se quebraba la luz del sol por entre las ramas de los árboles y contemplando las finas siluetas de las novias, que iban por las avenidas, pegaditas a sus prometidos, ante las mamás complacientes y tolerantes.

[227] Antiguo café madrileño –desaparecido en 1956– situado en el nº 14 de la calle del Príncipe, que albergó, entre otras, las tertulias de Jacinto Benavente y de Ramón Mª del Valle Inclán.

Don Ramón –ya lo sabéis– dice que es carlista. Podéis tomarlo un poco a broma. Su carlismo puedo subscribirlo yo, sin que me echen del partido socialista al que tengo el honor de pertenecer. La visión carlina de don Ramón es puramente estética. Y no está mal. Reniega del *Correo Español*, de las mentalidades del partido, de la vacuidad insigne de ese gran mamarracho que se llama Vázquez de Mella, del trogloditismo de las masas de la boina roja, del asesino del cura Santa Cruz y del gran bandolero que se llamó Cabrera. Y don Ramón es francófilo.

Naturalmente, no es ningún indocumentado. Ahí está toda su obra literaria para demostrarlo. Ha purificado, ha limpiado, ha llenado de gracia y de decoro la prosa castellana, infundiéndole la blandura y la suavidad gallegas. Por las altiplanicies de la vieja lengua acartonada se desbordaron las rías bajas. Y el terrón apelmazado se hizo mollar. Y fue morada de la espiga rubia. Y la canción solemne se tornó tierna, Y mimosa, y rica, y fresca, y hechicera.

Esto debe la lengua de Castilla a don Ramón del Valle Inclán, novelista, poeta y dramaturgo. Es claro que con tales impedimentos no ha podido entrar en la Real Academia Española. Para ser académico hay que escribir tan mal... tan rematadamente mal, por lo menos, como don Antonio Maura y Montaner.

Iberia (09-03-1918)

Luis Antón del Olmet

Hace días, los queridos redactores de *El Parlamentario* con su gerente, Luis Antón del Olmet, firmaron un documento comprometiéndose a marchar de legionarios a Francia si París caía en poder de los invasores. Un camarero del café de la Latina, Segundo Rubio, comunicó a los valientes periodistas su decisión de acompañarlos a la frontera.

El gesto de nuestros amigos fue acogido con sorna por esa chusma pagada por los alemanes. ¡Antón del Olmet! ¡Caramba con Antón del Olmet! ¡Es demasiado brío el de Luis Antón del Olmet!

En efecto, Luis Antón del Olmet fue hace años germanófilo. Y secretario particular de don José Sánchez Guerra. Y diputado idóneo por Almería. Y redactor político del hediondo *ABC*. Y desde agosto se tornó izquierdista, notificó a Dato su salida del partido conservador, llevó las notas más agudas de su clarín guerrero a las páginas de *El Parlamentario* y se trocó en un ardoroso, en un entusiasta defensor de la causa de los Aliados.

El público germanófilo, poco dado a explicaciones psicológicas de cierta complejidad, no vaciló en calificar de interesado e inconfesable el cambio de rotación de Antón del Olmet. Perdía un acta, perdía una carrera política, renunciaba a las subvenciones vergonzosas de Gobernación, a las sonrisas y palmaditas en el hombro de la morralla idónea, y sin embargo... Y sin embargo, los germanófilos le acusaban. Pero cuando yo torné a Madrid en octubre y fui a dar las gracias a Olmet por las frases cariñosas que me dedicó cuando me detuvieron en Asturias los esbirros de Sánchez Guerra, me encontré con una redacción pobre en la calle de Santa Catalina, con un Olmet ocupado en idear combinaciones fantásticas para pagar las facturas de la Papelera, y le estreché cariñosamente entre mis brazos.

No. Antón del Olmet es romántico. En realidad, no ha perdido nada. Las actas de diputado están hoy solamente al alcance de los tontos y de los ricos. Hay cosas que se marchan para no volver y cosas que vendrán para no marcharse. Situarse hoy en un partido viejo vale tanto como asistir al propio entierro. Un billete gratuito de ferrocarril no vale que se le sacrifique toda una juventud. Antón del Olmet vio todo esto y rompió con todo esto. Más listo que el pobre Azorín, ha sabido sacudirse antes de que fracasara rotundamente el hombre que quiso hipotecar su pluma, llena de caireles y de adornos, como mantilla de manola en tarde de corrida.

Antón del Olmet es un impulsivo. Ardoroso y pasional, tiene todas las ventajas y todos los inconvenientes de este linaje de temperamentos. Su periódico es un espejo de su propio espíritu. Nada de convenciones, de ironías amables y de dulces eutrapelias.

A García Prieto le llama bobo, y bestia repugnante a Lacierva. Por eso se le persigue tan despiadadamente. Creo que durante el mes de febrero padeció cuarenta y tantas denuncias, que con los impulsivos son demasiado celosos los fiscales de S.M., sobre todo cuando sientan las costuras a Su Excelencia el Príncipe de Ratibor. Antón del Olmet padeció, sin el paraguas de la protección oficial, todo el chaparrón que se le vino encima.

Y *El Parlamentario* comenzó a cobrar entonces una gran popularidad, que ha sabido sostener.

Con Antón del Olmet lucha Basilio Álvarez. Este presbítero varioloso, de encrespada y revuelta cabellera, cálido, impulsivo, nacido para morir matando en las barricadas, es un Dantón redivivo. A la cabeza de los gañanes gallegos, no deja vivir a los caciques de la provincia de Orense. Pero este cura gallego merece capítulo aparte.

Iberia (27-04-1918)

José Francés

He aquí otro de los escritores –de los más prolíficos y fecundiosos [sic] de la raza– que sostiene, en las Revistas sudamericanas, sobre todo, la causa de los Aliados. José Francés es un caso de voluntariedad. Escribe a todas horas, en todos los momentos y sobre todas las cosas. Artículos, novelas, cuentos, ensayos, críticas de arte: a todas las actividades y manifestaciones literarias consagra su atención el joven escritor madrileño. No hay semana que no os tropecéis, en alguna Revista o Diario, con algún artículo suyo; no hay primavera en que no organice alguna exposición; no existe invierno en que no aparezcan en los escaparates de las librerías varios volúmenes suyos; no transcurre, finalmente, mes de enero alguno sin que Francés recoja en un volumen las manifestaciones y publicaciones artísticas del año anterior.

Ante una balumba tan enorme de cosas, es muy difícil acertar con una semblanza literaria del fecundo escritor aliadófilo. Sus críticas de arte hechas con la mejor buena fe, se resienten, por ejemplo, de falta de sensibilidad artística. La ejecución preocupa al crítico más que la emoción suscitada, el secreto del *métier* más que la idea artística creadora, y como diría Unamuno, los árboles le impiden muchas veces ver el bosque. Sus cuentos y sus novelas acusan también un exceso de profesionalismo; Francés sabe escribir una novela de cincuenta cuartillas y un grueso volumen de 450 páginas. Ha nacido escribiendo tan naturalmente como los demás nacimos berreando.

Francés, en su constante colaboración de la magnífica Revista *Esfera* y demás excelentes publicaciones de *Prensa Gráfica*, nos trae, todas las semanas, aires de fuerza y un eco de las preocupaciones estéticas de otros pueblos. Pero el eco viene a través de Revistas especiales, de recortes de diarios, y, pocas veces, del sacudimiento y de la vibración directa de su espíritu ante los modelos naturales. Francés no ha salido, a lo que parece, de España, ni ha visitado, por ende, los Museos y Pinacotecas del Extranjero. Y el ambiente de otros pueblos, además de tonificarnos, nos da una más aguda sensación del ambiente propio. Así como el estudio de las lenguas vivas da una mayor destreza para manejar el castellano y nos proporciona una seguridad casi absoluta del valor de las palabras, del mismo modo el conocimiento directo de otros pueblos nos presta orientaciones comparativas y nos enseña el lugar que España ocupa en el mundo de la cultura. Con la curiosidad ingénita de Francés, el día que este escritor abandone por una temporada la villa del oso y del madroño, las peñas y cotarrillos literarios, su espíritu oteará nuevos horizontes espirituales y ganará ciertamente ante el contacto de las cosas.

Su buena voluntad, verdaderamente admirable, su amor al trabajo constante y diario –nulla dies sine linea[228]– hará de Francés un elemento aprovechable y útil. Buena madera hay en él. Un paseo por Europa le limpiaría de ciertos caireles que estropean, tal vez demasiadamente, su estilo, dándole mayor sobriedad y sencillez. Francés, buen amigo de los Aliados, sostenedor de su causa en las infinitas Revistas en que colabora de continuo, prestará, de este modo, una cooperación decidida y eficaz, hoy verdaderamente necesaria, ante la ola de memez en que quieren ahogarnos los señoritos germanófilos.

Iberia (04-05-1918)

Luis Araquistáin

Luis Araquistáin es, acaso y sin acaso, el mejor y más agudo de nuestros periodistas políticos. Por la claridad y por la rigidez de su lógica. Por la braveza de su acometividad. Por la elegancia de su léxico. Y, sobre todo y ante todo, por la diafanidad de su vida pública y privada, que no le

[228] Sentencia latina: *Ningún día sin una línea.*

permite aceptar empleos, ni sinecuras, ni sueldos inconfesables. Prefiere ser modestamente un periodista más. La palabra hablada no le seduce tanto como la palabra escrita, porque sospecha que en aquella hay algo de histrionismo y de farándula. Con la pluma ya es otra cosa; en su mano es una espada, bellamente cincelada en Toledo, cuando discute doctrina; un zurriago cuando se digna contender con los sapos germanófilos que croan en nuestras charcas; un garrote, blandido por dura mano de jayán, cuando hostiga al fuerte. Recuérdese, a propósito de sátira política, viril y recia, uno de sus artículos últimos de *España*, comentando el intento de su detención en los últimos días de la dictadura de Cierva.

Araquistáin, personalmente, es un simpático mozallón norteño, fuerte, sano, optimista, satisfecho de la vida, chorreando salud y frescura espirituales por todos los poros. Sus ojillos se mueven detrás de unos lentes, risueños y levemente irónicos. Nos da, espiritualmente, o me da a mí al menos, la impresión de un gañán, de un aldeanote, como me la dan también Maura y Unamuno. Doy a la palabra gañán un valor absoluto y traslaticio. Quiero decir, hablando en romance, que Araquistáin no es un hombre comido por las taras sociales de las grandes urbes, con haber residido en ellas toda su vida, sino que conserva, para fortuna suya, esa ecuanimidad no exenta de pasión, y esa calma hija de la fuerza interior, que dan el contacto con la Naturaleza, la salud, los propósitos logrados y la continua ascensión recta hacia un ideal cualquiera. Y esa característica suya se refleja en su prosa gris y colorida al mismo tiempo, irónica y seria, diluida en meditación donde caen, de vez en cuando, los posos de una castiza cazurrería. Modelo de sagacidad campesina fue su encuentro periodístico con ese Cid Campeador de los jabones que se llama Luca de Tena y con ese revoltijo de malas pasiones sostenidas que se llama Juan Pujol, al que acaban de dar un disgusto los magistrados del Supremo, anulándole el acta de Loja, donde habrá tirado a la rebatiña los dineros llegados de Austria para comentar en la Cámara la destrucción de nuestros barcos mercantes y las exquisiteces del espionaje en la villa del oso y del madroño, más del oso que del madroño.

La personalidad de Araquistáin se proyecta principalmente en la orientación de la Revista *España*, que él dirige desde hace algún tiempo. Esta bella Revista semanal chorrea santa y bendita independencia. Mejor o peor, ella es el índice de la mentalidad de nuestra juventud y el reflejo de cuanto se piensa y se siente en los Madriles en torno a los grandes problemas del día. El lápiz de Bagaría es la glosa gráfica más profunda y atrevida del contenido espiritual de la Revista. Por algo ha merecido persecuciones tan bárbaras como las de agosto, y lo que vale más, la hostilidad agresiva de los señoritos bien que dividen sus amores entre Vázquez de Mella, la Chelito, Hindenburg y el Gallo. Yo sé, porque salgo frecuentemente de Madrid, la aversión con que la distingue nuestra horrenda chusma conservadora. Y al mismo tiempo, esos médicos, esos abogados, esos negociantes que hacen vida interior en los más apartados pueblecitos de nuestra España, buscan la Revista, la releen de cabo a rabo y sirve de reactivo a las truculencias del optimismo de Salaverría, el gastrálgico, de Azpeitúa, el espía y de Armando Guerra, el analfabeto.

Revista que despierta de este modo odios y afectos, en estos tiempos menguados de calma chicha, merece una cariñosa consideración en estas columnas. Como la merece Araquistáin, padre de esta remoción que tiene la eficacia de molestar a los idiotas y de llevar aires de ideal a las pocas almas vivas que vegetan por esos helados páramos de nuestras mesetas españolas.

Iberia (18-05-1918)

La huella de Jorge Manrique

Todavía más sobre el poeta

De tal palo, tal astilla… Jorge pertenece a una familia de poetas; su padre D. Rodrigo, ha rimado más de una vez; el tío, Don Gómez, es un orador elocuente y afamado, que enciende el entusiasmo en las muchedumbres realistas contras los próceres revoltosos; el marqués de Santillana, el de los "cantares e dezires…", el que gusta de las mozuelas del Moncayo y de las serranitas de la Hinojosa, pertenece también a la familia de los Manriques

Parece que Doña Guiomar es el único tema de los amores y de las trovas de Jorge. "Desde que conoció a la que, al fin, tuvo la dicha de llamar su esposa –escribe el Sr. Nieto–, la dedicó, no sólo aquellas composiciones ligeras, fugaces y no pocas veces frívolas, tan comunes en los amantes ordinarios, sino que desde el anagrama y el acróstico, hasta la extensa composición dividida en cantos, al modo de los poemas épicos, convergen al único objeto de su único amor."

Es posible… Hábil guerrero Jorge y sabedor de que Doña Guiomar de Meneses Castañeda Ayala y Silva es poco menos que una fortaleza inexpugnable, esos anagramas, esos acrósticos, esas cosas ligeras, fugaces y hasta frívolas, según el prudentísimo Sr. Nieto, son las primeras escalas para abrir brecha en el muro de granito del corazón de la señora doña Guiomar. Hay ocho salidas al campo, ocho tentativas, esto es, ocho declaraciones públicas que fracasan lindamente. La beldad finge no darse cata de las tempestades que levanta en el pecho del trovador enamorado. Los versos artificiosos, laberínticos, indescifrables, si se leen con prisa, son claros y transparentes con la clave del erudito de Tariego. Las iniciales de los versos, unas veces dicen Guiomar, otras Castañeda, otras Silva, muchas más Meneses. Al fin, el guerrero pone sitio a la plaza con un "Memorial" en regla. En ese memorial todo es ordenado, lógico y prudente, con la prudencia, la lógica y el orden de un enamorado que suele andar bastante mal, por lo común, de tales cosas; hay un método inconsciente en los poetas, lo mismo que en un violinista incomprendido o que en un bohemio sin editor; lo difícil es dar con él. Pues en este Memorial, Jorge pinta primero las fatigas de su corazón; luego hace su "profesión" de caballero enamorado; después traza la "escala" del amor; a renglón seguido, asalta con la escala el castillo amoroso, que defienden los fosos de la coquetería… Y después de tanto requilorios y de tanta metafísica –habas contadas–, Jorge se casa como cualquier mortal, en la iglesia de Paredes de Nava.

Con estos pasatiempos al alcance de toda fortuna y de toda posición poéticas, Jorge no logra destacarse, como es natural, de la turbamulta de rimadores y troveros de la época. Alguna vez, sin embargo, aparece el poeta puro y limpio de escena. Generalmente cuando sabe burlarse donosamente de los demás o… de sí mismo, Jorge logra alzarse sobre el nivel común. Las burlas tituladas "Un convite que hizo a su madrastra" y las "Coplas de una mujer que tenía empeñado su brial en la taberna" son, aunque libres y desenfadadas, que aquella buena sociedad no se asustaba de remilgos como ahora, muy libres y graciosas.

¿Influye Jorge en la literatura española? "Como poeta –escribe el Sr. Nieto–, no hubiera figurado su nombre a mayor altura que los de Vélez de Guevara, Fernández de la Serena, fray Lope del Monte y tantos otros como formaban las delicias de la corte de don Juan II, los cuales, en su mayor parte, vinieron a ser una especie de rimadores mercenarios que ponían su vena al servicio del Rey para cantar las gracias de sus mujeres o de sus amigas". Más de sus amigas que de sus mujeres. Pero en Jorge hay emoción, gracia, espiritualidad y donosura. Sus canciones amorosas se leen con deleite todavía.

Y la muerte –hermana del amor y la mejor explicadora de las ansias, de los anhelos y de las inquietudes que nuestro pobre corazón pone en otros seres que nos descubren el trágico misterio de la semejanza entre el Amor y la Muerte: la Madre, la Amada–, la muerte, el espectáculo de lo que fue y ya no es, la visión plástica de lo caduco y de lo transitorio, el paso de la vida a la muerte, y de la muerte a otra nueva vida, despierta el corazón del poeta, y con el corazón las ideas, a un temblor y vigilia desconocidos de luz, de paz, de resignación y de amor. Tienen frescura de eternidad, niñez de emoción virgen, perpetua verdura, las coplas del poeta de Palencia a la muerte de su padre Don Rodrigo. ¡Dios mío, y qué momento, tan dulce y tan amargo a la vez, aquel momento en que cerramos para siempre, para siempre, los ojos del que nos engendró! Nos resguardaba de los embates de la vida un muro amigo, y el muro se ha desplomado para siempre, para siempre. No existe ya aquel que siempre nos llamaba niños. Nos desposamos–¡ay!– con la madurez, con la seriedad, con la melancolía –inexorable– de las cosas. Ya somos responsables de nuestra vida; ya somos continuadores de nuestra tradición familiar; con el patrimonio de los bienes y del hombre, recibimos otro legado espiritual, del que tenemos que responder en lo futuro.

Y desde aquel día –y Jorge comprendió y tradujo al lenguaje del corazón las emociones de aquel día–el Amor ante el desquite de la Muerte, ha cambiado de sentido. Nuestras vidas son como ríos que van a dar a muerte, y al amor, que es más fuerte que la muerte. Cuando morimos descansamos, pero si hemos amado en verdad y en espíritu, seguimos viviendo en nuestras obras y en nuestros hijos. Solamente los estériles están condenados a la desesperanza. Perpetuémonos, no importa en que, en frutos de carne o en frutos de alma; plantemos un árbol, escribamos un libro, tengamos un hijo, algo que justifique la huella de nuestro paso. Y de esta suerte, no moriremos del todo porque somos un eslabón, y nada más que un eslabón, de la cadena. Y en los ojos de la mujer amada, de la Guiomar eterna a la que todos hemos visto sonreír alguna vez en nuestros torneos y en nuestras justas del corazón, labremos la luz de otros ojos, que vivan en perpetuo hechizo y en asombro perenne; dejemos sonar el grito de la especie dentro de nosotros mismos. Y no es digno el hijo que ante el cadáver de su padre no ha visto nacer en aquel minuto preciso, en aquel minuto preñado de eternidad, en aquel minuto en que damos un sentido nuevo a las cosas,

el hijo que espera, nacido del amor, entre los brazos píos y terribles, de los que ya descansan para que los demás laboremos y trabajemos sin cesar.

El Sol (14-10-1919)
El Correo de Galicia (18-01-1920)

Armando Palacio Valdés[229]

Don Armando Palacio Valdés vive en un piso de la calle de Lista del barrio de Salamanca. Es un ancianito menudo, pulcro, sonriente, atildado, de dulces ojos azules y de barba blanca el ilustre novelista asturiano. Tiene una esposa bella; con ella me encuentro en los escalones:

– ¿El señor Sánchez Rojas?

– Yo soy, señora; a sus órdenes.

– Lo esperaba. Armando le aguarda. Pero no hay corriente en la casa. Pique usted con el bastón a la puerta. ¡Buenas tardes!

– ¡Buenas tardes, señora!

Don Armando me recibe llanamente en un despacho opaco, penumbroso, gris. Curiosos libros, estantes, cuadros. Es la hora del atardecer, tan bella y tan lánguida en este Madrid de mis pecados. Y advierto que unas cuantas mujeres sonríen y acarician al novelista. La pizpireta, morena y aturdida Gloria, por otro nombre, la hermana San Sulpicio, es la que con mayor decisión le besa en los mofletes; Maximina, filialmente le acaricia y atusa los cabellos blancos; Demetria, vestida de aldeana, le tira unos besos sonoros y efusivos con los dedos rollizos y rojos; María, pensativa, le sonríe, y Marta le abraza.

Yo contemplo estas delicadas figuras de mujer en silencio y sin asombrarme, porque ya estoy familiarizado con el mundo de la fantasía, mucho más intenso que el de la borrosa realidad...

– ¿Vende usted mucho sus libros, don Armando? –pregunto al glorioso abuelito.

– ¡Mucho!

– ¿Qué libro ha vendido usted más?

– "La hermana San Sulpicio". Van una enormidad de ediciones. También se vende mucho "Maximina". En general; estoy contento porque se venden bien todos mis libros.

– ¿La crítica no le ayudó jamás?

– Muy poco. Casi nada. Nada. Mi cliente ha sido el público. Los lectores han recomendado mis libros a otros lectores.

– ¿Quiere usted decirme algo del momento actual?

– No, porque quiero morirme sin zaherir a nadie y sin que ningún compañero tenga que decir que he hablado mal de él.

– ¡Ya es un juicio ese, don Armando! –insinúo.

Palacio Valdés, sonríe. Calla. Callamos. Me ofrece un cigarro puro, lo enciendo y el novelista glorioso sale un momento a firmar unos ejemplares que regala, delicadamente, a unas amiguitas mías. Curioseo los estantes de los libros y no sé por qué me acuerdo de los libros que leía Riverita en el Ateneo de Madrid. Son los mismos libros golosos y eternos: Spinosa, Pascal, Platón, Aristóteles... libros queridos y permanentes, gustados por cien generaciones.

Don Armando me habla de su libro último: "La novela de un novelista". Recuerdos de niñez y mocedad tejen esas últimas páginas de Palacio Valdés que son saboreadas glotonamente por el público. El viejecito pulcro está satisfecho de su vida, su crepúsculo declina lenta y suavemente, como una puesta de sol en Madrid. Y como este, al ponerse, inunda de luz roja las tierras acres, así también el espíritu de don Armando, al declinar rendido por el peso de los años, se tiñe noblemente del carmín de sus recuerdos, allá en Oviedo, la ciudad generosa y señoril de los primeros reyes, allá en las aldeas asturianas, donde el puntito encarnado de las punas, en la arboleda verde, a la falda de los montes, pone una nota de frescura en el paisaje viril; allá, en Rivadesella [sic], y en cangas de Onís, y en Avilés, pueblos de niñas en trenza que tienen un hablar cantarino y de hombres parlanchines y rumbosos, que beben sidra y más sidra, hasta caer rendidos.

Yo no hago, –ya lo habrá notado el lector– yo no hago precisamente una entrevista al señor Palacio Valdés. Le admiro y le quiero demasiado para hacérsela. Además, don Armando se descompone un poco cuando tiene que "posar" ante la lente de un fotógrafo o ante la estilográfica

[229] Existe otro artículo con este mismo título y distinto contenido publicado en *El Adelanto* (O.C. Tomo II, página 248).

de un periodista. Charlo con él amablemente, cambio unos cigarrillos de papel, hablo del actual retablo literario de Maese Pedro con los Laiferos y Melisandras que ahora se mueven movidos por los hilos y resortes que todos conocemos, y me río un rato, en este cómodo butacón de su despacho entre sombras...

Don Armando es uno de los últimos prestigios literarios que nos quedan. Fue un ídolo en mi mocedad cuando iba al Retiro en busca de unos ojos negros que me alegraran el sendero de mi vida de mozo y de estudiante. Entonces leía yo ávidamente "Maximina", "Riverita", "La hermana San Sulpicio", "Lo mejor de Cádiz", "Marta y María", "La alegría del capitán Ribot". Recientemente, al abrirse mi espíritu de nuevo a las emociones que yo creía soterradas para siempre en el arcón un poco mohoso de mis ilusiones, he vuelto a repasar aquellos libros, y, con ellos, a repasar, de nuevo, las horas pasadas que toman –¡bendito sea Dios!– un renovado empuje. He vuelto a advertir que quiero a don Armando como se quiere a un abuelito.

¡Abuelito noble, abuelito trabajador, abuelito de cabellos de plata y de ojos dulces y azules que miran y se reposan en el infinito! Un escritor mozo te venera y te lo dice en público. Alejado de los cotarros literarios, antros de vanidad, de estulticia, de analfabetismo, yo sigo creyendo que estos contemporáneos míos, envenenados con el ajenjo de la vanidad, con el opio del reclamo insincero e interesado que busca diariamente la reciprocidad, con el whisky del hambre y de la impotencia, no saben crear, abuelito noble, aquellas delicadas figuras tuyas de siempre, novias que te sonrieron, de estudiante, en una ventana junto al paseo Bombé de Oviedo, en un patio sevillano que bien pudiera ser el de las Anguitas, en un chalet valenciano desde el que se divisa, allá, en lontananza, el lago azul y quieto del "mare Nostrum", del mar latino que nos trajo de Grecia la paz, la gracia, el equilibrio, la serenidad, el optimismo, el amor al trabajo y al amor…

El Hogar (08-06-1923)

D'Annunzio conde de Fiume

El estilista maravilloso de *Il piacere*, de *Il fuoco*, de *La figlia di Jorio*, vuelve a estar de actualidad. Gabriel D'Annunzio ya no es sólo el señor poeta, el comendador egregio, el caballero *chiarissimo,* sino también su excelencia el conde de Fiume. En el río revuelto de la postguerra pesca nuestro hombre un título nobiliario. Así da que gemir a las prensas durante unos días.

Hombre que se presta al comentario, que lo busca, que lo vigila, Gabriel D'Annunzio es desde hace veinte años, un tema socorrido de actualidad, por lo menos una vez al año.

Un día escribe *Il piacere* y con un impudor, tan grande como su arte, hace públicos sus amores con la dulce Eleonora Duse. Ningún secreto de la amorosa pareja queda desapercibido. Ella es su hembra, su diosa, su heroína, su ideal y su musa. Las manos blancas, pálidas y largas de la gran actriz, refrescan las sienes calenturientas del poeta. La risa de Eleonora es como gorjeo de ruiseñores en la mañana y su voz más cristalina y transparente que el chorro de un surtidor en un jardín de Verona. Pero el poeta se cansa y la pobre compañera está a punto de enloquecer de soledad y de dolor.

El poeta se arruina una, dos, tres, cuarenta veces. Actualidad de dos meses. Se venden a precios muy altos los originales de sus libros y de sus poesías, las plumas, los cartapacios, el reloj de la mesa de trabajo, apuntes y esbozos de futuros *capolavori*[230], crucifijos, libros raros y preciosos. D'Annunzio se queja amargamente de su mala estrella. Unos cuantos americanos le protegen y los editores le ofrecen contratos ventajosísimos. El pavo real luce la policromía de su plumaje. Se deja querer, explota dulcemente su situación, deja en ridículo a unos usureros y a unos letradillos y se hunde en la obscuridad de una *villa* para trabajar y redimirse.

Pero es inquieto y asoma por los bulevares, con un monóculo, unos gemelos de campaña, un hotel en el Midi –Canes, Niza– y una bailarina rusa, guapa y muy rica. Interviews por papanatas, planas enteras de grandes rotativos y de revistas ilustradas, declaraciones sensacionales. El hombre no puede trabajar si antes no se sahuma su gabinete de trabajo con unos raros y exquisitos perfumes orientales. La mujer le fatiga y le embrutece. Necesita soledad. No puede escribir sino mirando al Mediterráneo. Los pinares influyen deliciosamente sobre su sistema nervioso. Hay que fumar cigarrillos turcos –aquí el reclamo de una marca– para sentir inspiración. En los ojos

[230] Obras maestras, en italiano

de su hermoso perro de San Bernardo, lee el futuro conde las graves torturas de la pobre Humanidad.

Y un día, italiano y lírico, se siente poeta civil, conductor de pueblos y verbo encarnado de su raza. ¿Recordáis? Las imágenes del discurso de Quinto, tienen cambiantes y matices y reflejos como las piedras preciosas. D'Annunzio vuela sobre los pueblos irredentos, sobre Fiume. Vuela sobre Viena. Es teniente y capitán y comandante de una flota aérea. Pierde un ojo. Le nombran senador. Se nombra a sí mismo dictador de Fiume. Tiene soldados que le siguen y cruzados que le animan en la empresa.

Y se da un golpe y se queda medio bobo. Se habla de recluir en una casa de salud a este enfermo mental de siempre, hermano de Eróstrato. Pero se repone lentamente. Y habla de anhelos místicos. Y de ideales religiosos. No sabe si decidirse entre la Porciúncula[231], la Trapa o la Cartuja. Gabriel nos amenaza con una nueva edición de Fray Gabriel. Italia, que ha presenciado la conversión de Giovanni Papini, no se asusta nunca por evolución más o menos de un poeta lírico, pero todavía le hace caso y hay majaderos que se consagran a buscar huellas del misticismo lancinante en la prosa opulenta del gran sensual y del gran orador.

En estos momentos surge D. Gabriel hecho conde por obra y gracia del fascismo y por imposición de los *arditi*[232]. El poeta es capaz de demostrarnos que su apellido Rapagnetta deriva de los Médicis, se entronca con los Colonna, tiene parentesco muy próximo con los Sforza y allá, en las lejanías históricas, relaciones románticas con los Saboya y con los Pitti. El gran niño disfrutará unos días con las armas de su escudo y con la prestancia de su abolengo. Y no se le ocurrirá pensar que Italia ríe, gozosa de permitir a un poeta naturales expansiones aristocráticas porque no hay mejor escudo que una pluma de oro ni mejores armas que las que teje un soñador.

El Pueblo Gallego (13-02-1924)

Maragall, poeta

¡Yo que quisiera –tantos momentos sujetar
al día– para en mi corazón eternizarlos!
(Canto espiritual)

La casa

La casa familiar presta espacio y luz a la esposa y a los hijos. Los muros, recién levantados, muy firmes se agarran al corazón. La casa nueva, levantada en San Gervasio, con la veta azul del mar cercando el horizonte, es el hogar de todos. ¡Casa más tranquila para el poeta! Su despacho es claro y luminoso: el cuarto de costura de la esposa da al jardín; los bebés corren y juegan y saltan en el parque y en la terraza.

¡Casa querida!... Esta casa se ha levantado para siempre para la esposa y para los hijos, para los nietos y los hijos de los nietos. Todos ellos irán dejando su rastro, su perfume, su huella en la casa nueva. En ella reinará la mujer, coronada de risas infantiles. Esas puertas son las de la fortaleza de la paz y se abrirán solícitas al paso de los que lloran y están solos, errabundos, sin hogar, sin el calor de unos ojos, de unos brazos amantes…

Y canta el poeta:

Y vosotros, los hijos, tenéis ya un hogar vuestro.
Sabréis lo que esto vale cuando al Mundo partáis;
recordareis entonces la lluvia en su tejado,
y como es dulce sombra la del hogar del padre[233].

El cantar de San Ramón

«La Virgen María plantaba un rosal». La rusita canta el bello cantar de Cataluña: «La Virgen María plantaba un rosal…». Una rama nació del rosal de la Virgen María. Con el Niño en brazos la Virgen cantaba…

[231] Pequeña iglesia, incluida dentro de la Basílica de Santa María de los Ángeles (Asís), donde comenzó el movimiento franciscano.
[232] Nombre adoptado por los soldados de asalto de élite del ejército italiano durante la Primera Guerra Mundial.
[233] Juan Maragall. "En una casa nueva"

¡Dios mio, la canción de Villafranca, como se pega al corazón! La hemos oído a la «dida» cuando éramos nenes; tiene el ritmo del balanceo de la cuna el cantar del Penedés. «La Virgen María plantaba un rosal».

Y el rosal floreció bien enraizado en la tierra virgen de nuestro corazón de niño. Nos recuerda la primera niña a la que dimos un beso en nuestros juegos y corros infantiles cuando allá, a la caída de la tarde, cantábamos el romance de Alfonso y Mercedes, antes del toque de la oración:

Nació San Ramón,
Nació en Villafranca;
Confesor de reyes,
De reyes y Papas.
¡La Virgen María
Un rosal plantaba!...[234]

La mujer hermosa

Eres humilde y te haces leal y contemplativo, si tienes algo de ángel, en la presencia de la mujer hermosa. Hay en ella como un ritmo de reposo definitivo. ¡Cómo te ilumina la sensibilidad y el pensamiento la mujer hermosa! En su presencia, las cosas todas reciben la luz de sus ojos y quedan hermoseadas y tocadas de esta luz. Y cuando se va, y parte de tu lado, y te deja solo, entregado a la soledad fecunda, madre de la meditación y de la poesía,

hay un rastro de luz que se va apagando.

Pero –solo– recuerdas luego a la mujer hermosa que te ha herido. Te deja tristón, dulcemente melancólico, fácil al ensueño y a la reconstrucción de sus facciones: de sus ojos, manantial de luz; de su boca, plantas de claveles y de jazmines; de sus brazos, frescos y blancos, que sueñas apretados a tu cuello o apoyados en los tuyos para caminar por la vida. ¡Intensa y suave meditación la sugerida por el recuerdo de la Mujer Hermosa Ausente! Y no la olvidas nunca. Vive dentro de ti sin que tú lo sepas. Aun olvidándola, no la olvidas del todo… Estás ya para siempre tocado de su gracia, de su belleza, de su decoro, de su armonía; estás salvado para siempre si te hiciste un cielo, si supiste crearlo para ti, en la presencia de la Mujer Hermosa.

La Libertad (26-08-1924)

Don Ventura

De paso para el Liceo, enseñando la ciudad antigua a un querido amigo nuestro que comienza a sentir la atracción de Salamanca dentro del espíritu, pasamos anoche por la calle de Ventura Ruiz Aguilera.

– ¡Buenas noches, don Ventura! –saludó gentilmente mi amigo.

Y los dos comenzamos a departir sobre la noble figura del gran poeta salmantino, muerto en Madrid el año 1885. Pocos prestigios más gloriosos y más puros. Hijo don Ventura del boletero del Concejo salmantino, que a la vez era empleado de los marqueses de Cerralbo, pasa su niñez en el palacio de San Boal. Adolescente, estudia inglés, francés e italiano, lee a lord Byron, a Víctor Hugo y a Leopardi, y en la calle de Calderón de la Barca gusta de la sabrosa miel de sus primeros amores. Estudia don Ventura la carrera de Medicina en Salamanca. Licenciado, ejerce, de médico rural en Baños de Montemayor, y, cerca de sus treinta años, marcha a la corte.

Los marqueses de Cerralbo le recomiendan a Isabel II y al marqués de Valdegamas; pero don Ventura, avanzado y republicano, prefiere la amistad de Tomás Rodríguez Pinilla, de Julián Sánchez Ruano, de Álvaro Gil Sanz y de la peña de los revolucionarios que hicieron su tertulia diariamente en el café Oriental, de la Puerta del Sol. Escribe don Ventura versos y artículos políticos en «La Nación», en «La Discusión», en «El Pueblo». Y ya cerca de los cuarenta años, casa nuestro ilustre paisano con una linda madrileña.

Con paz en el hogar y en el corazón, don Ventura escribe versos que muy pronto llegan a ser populares. Comparte con Gustavo Adolfo Bécquer la admiración de las mujeres. Más que admira-

[234] Juan Maragall. "La canción de San Ramón en labios de una rusa"

do, don Ventura es querido del gran público. Y le nace entonces Elisa, su hija única, un botón de rosa, una nena rubia y seriota, de ojos azules y melancólicos, de óvalo perfecto, de frente ancha y despejada.

Yo conservo un retrato de Elisa hecho en 1865 por el señor Brueghel, grabador de Leipzig. Apenas, vive la nena tres años. Los ángeles tienen prisa por llevarse a Elisa al cielo, y detrás de la nena, muere también la abnegada esposa del luchador.

Con el hogar deshecho, compara [¿compone?] don Ventura «Elegías». A todas horas evoca el padre la figura de la nena. Páginas son estas desgarradoras, trágicas... La muerte del padre es dulce, tranquila; sentimos que nosotros somos su continuación; el dolor se suaviza prestamente por el tamiz de los recuerdos. Pero la muerte del hijo es desgarradora de la propia entraña; es la muerte doble del corazón; es la anticipación trágica de nuestro propio acabamiento.

Don Ventura no vive ya sino para recordar a Elisa. El viudo se levanta con el alba, y después de conspirar contra la reina, reza y llora en la iglesia solitaria de la corte... D. Armando Palacio Valdés, este viejecito glorioso, nos ha contado muchas veces la vida de don Ventura por estos años. Nada le anima, nada le distrae; ni la sátira de Julián Sánchez Ruano, ni el empaque de Diego Madrazo, ni la curiosidad insaciable de Benito Pérez Galdós, ni los discursos de Manterola y de Castelar, en el Congreso...

Con don Ventura Ruiz Aguilera se ha portado muy mal su pueblo, Salamanca. Hoy es casi desconocido de nuestra juventud. Sus libros, tan bellos, tan ricos de amor y de respeto a la mujer, son desconocidos de los salmantinos. Yo os propongo que un buen día –cualquier día– dediquemos una velada a la memoria del poeta... ¿Podemos contar con el apoyo de nuestros periódicos?... El director de EL ADELANTO tiene la palabra.

El Adelanto (21-09-1924)

Don Juan Valera

A propósito del centenario de su nacimiento vuelve a rodar estos días por los diarios el nombre glorioso de D. Juan Valera. Los que, muy mozos aún, asistimos al fulgor de los últimos alientos de aquel ingenio, siempre lozano y burlón, y de aquel estilo, siempre elegante, porque era siempre natural y sencillo, evocamos la figura de aquel viejecito, noble y atildado, que en la cuesta de Santo Domingo dictaba, ya ciego, sus últimos artículos para las revistas y sus postreras correspondencias para los diarios americanos, hará cosa de veinte años, entre zumbas y donaires, que trascendían del silencio de la biblioteca del académico y volaban por los corrillos y círculos literarios de la corte cuando nosotros éramos estudiantes. El autor de "Pepita Jiménez", de "Juanita la Larga" y de "El comendador Mendoza" consagraba sus últimos ocios literarios a bromear a propósito de Pompeyo Gener, a reconocer que en Rubén Darío habría tal vez el poeta futuro de la raza, y a sospechar que Benavente, Unamuno y otros escritores se abrirían paso entre la turbamulta de logreros y arribistas que intentaban cerrarles el camino.

Pero con haber alcanzado Valera los albores del siglo XX, su figura es muy siglo XIX, más de principios que de fines del XIX, y hasta si me apuráis, hijo directo de los regeneradores del reinado de D. Carlos III y de los patriotas de las primeras Cortes de Cádiz. Liberalote por herencia, escéptico por temperamento y erudito y muy dado a la lectura de los libros clásicos de todos los países, porque D. Juan era un formidable humanista, lo mismo recuerda a Voltaire que a Juvenal, y más cerca está de Martínez de la Rosa o del duque de Rivas, su protector y su maestro, que de los que parecen sus contemporáneos cronológicamente: Pereda, López de Ayala o Pérez Galdós. Valera, que pasó casi toda su vida en las Embajadas y Legaciones, no tiene más relación que la cronológica con los literatos de su tiempo, porque él vive a la vez la vida artística de varios pueblos, y lo mismo le atrae traducir al castellano un poemita del griego moderno que saludar la aparición de Nietzsche con el asombro, un poco irónico, del gran señor andaluz que sólo concibe como fin de la vida la libación del buen jerez y el amor sabroso y aprovechado con las hembras magníficas y generosas.

Sensual, egoísta, de un sentido muy práctico y de una ponderación muy humana y muy sagaz, D. Juan Valera enriqueció las letras españolas con la prosa más rica, atildada, noble, correcta y natural que se escribiera en todo el siglo XIX. Hay que acudir a los buenos días de "Fígaro" para

toparse con un castellano de tan noble estirpe. Lector asiduo de los místicos y de los pícaros Valera, "Pepita Jiménez", por ejemplo, nos trae la fragancia de San Juan de la Cruz, la llaneza de la Santa de Ávila y el sabor clásico y meditado de "Los nombres de Cristo", a la vez. Y en todas las novelas de este escritor, en todas ellas, la discreta alusión al pasaje clásico concreto, este giro, aquel vocablo, esotra alocución, determinada metáfora sabiamente engarzada e incrustada en el joyero de su estilo, denotan a cada paso su familiaridad con nuestros autores y con sus fuentes naturales, los latinos y los griegos.

A distancia, el busto de Valera tiene para nosotros el relieve de un medallón de alabastro. Muy cercano a nosotros, está muy lejos en el espíritu y en el procedimiento. Como ciudadano, toda su vida fue liberal. Figuró como diputado en las Cortes Constituyentes, y en el Senado representó, en ocasión señaladísima, a la Universidad de Salamanca, derrotando al obispo de aquella ciudad, señor Martínez Izquierdo. Fue liberal Valera por elegancia espiritual innata; porque ponía las Humanidades, madres de la libertad y del renacimiento, sobre las niñas de sus ojos. Para Valera el que no era inteligente no era nada, y el inteligente había de nacer por temperamento tolerante y liberal. Sabía muy bien que los frutos del espíritu crecen robustos en época de libertades, y él era un aristócrata, más que por la nobleza de su sangre, por su inclinación natural a los grandes rebeldes –Dante, Maquiavelo, Alfieri, Leopardi–, que tanto amaba y que con tanta complacencia solía evocar a todas horas.

El Liberal (23-10-1924)

El centenario de Valera

El centenario del nacimiento de don Juan Valera ha pasado sin pena ni gloria entre nosotros. Realmente, el espíritu del noble estilista cordobés está muy lejano de nuestra época de transición y de crisis. Un humanista, un pagano o, en todo caso, un clásico sereno y ecuánime, no puede ser gustado plenamente en horas de inquietud y de sobresalto. Los amores de la viuda Pepita con don Luis el estudiante, o los del secretario machucho y ganguero con la hija de Juanita la Larga, y, mucho menos, la inocente y cruda sencillez de la atracción sexual de Dafnis y Cloe, no se conciben hogaño, ni pueden ser hogaño completamente comprendidos.

La figura de don Juan Valera gana con los años aroma y gusto como el vino añejo, diestramente encerrado en las bodegas. Con estar unido cronológicamente a nuestra edad, don Juan, académico, humanista, escéptico y siempre sencillo, elegante y natural, parece un contertulio de Voltaire en las amenas veladas de Ferney, o uno de los amigos de D'Alambert, que acude a la casa del gran matemático para saber qué clase de relaciones le atan con la señorita Julia de Lespinasse.

No podemos enfocar a Valera hoy sino en un salón francés, o, a lo sumo, en una tertulia señoril cordobesa, en aquellos benditos tiempos en que el sereno canta por las noches el Ave María y las muchachas se acuestan después de hacer la señal de la cruz para espantar al diablo con un camisón largo, púdico, con mangas hasta la muñeca, sin escote. Don Juan Valera, curioso lector, hombre dicharachero y españolísimo en sus maneras y en sus gustos, lleva en su espíritu el desconcierto del hombre que ha vivido mucho y que no es completamente de su edad, sino de la pasada, y un poco también de la venidera.

Don Juan Valera no se explica sin los místicos y sin los… heterodoxos a la vez. Él mismo no sabe concretamente lo que cree, y si cree alguna cosa. Cuando parece un hombre devotísimo y religiosísimo, y recuerda las más gloriosas páginas de nuestra mística en las cartas del estudiante a la enamorada viudita, remata la fábula con un tropezón carnal lo mismo que un albañil y una obrerita ligera de cascos. Y cuando, por el contrario, juzga el naturalismo francés a Emilio Zola y su escuela, don Juan siente pudores de patriarca cordobés que no puede dar mal ejemplo a las mocitas tempranas y abrileñas.

Ha pasado el centenario de Valera sin pena ni gloria, acaso porque el pueblo no acaba de entender a los hombres de poca fe, aunque tengan un arte exquisito y de subidos quilates. Valera era un escéptico frío y burlón, y hombres de su talla mental y de su complejidad de espíritu no pueden ser seguidos por las masas. Valera nunca, ni en sus años mozos, se dejó atraer por el espejuelo de la gloria.

Escribió para tener dinero, según nos confiesa, estando en la Legación de Nápoles con su amigo y protector el duque de Rivas; con el dinero quería comprar la sonrisa de las mujeres gua-

pas, las viandas magnificas y los vinos gustosos y gratos al paladar. Fue un sensual desde la cuna, y, desengañado, estuvo Valera más allá del bien y del mal toda su vida.

La Noche (29-10-1924)
El Adelanto[235] (25-10-1924)

"Azorín" en la Academia

El domingo pasado, 26 de los corrientes, tomó posesión de su silla en la Real Academia Española, el ilustre y silencioso «Azorín», que vivía preocupado, hace más de doce años, de la solemnidad ceremoniosa y fría de este momento.

El libertario furioso y el bohemio empedernido de antaño, el pequeño filósofo del paraguas rojo y de la maleta de cartón, después de pasar por las subsecretarías, las direcciones generales y las actas parlamentarias del ciervismo, había de concluir, lógicamente, retratándose entre obispos y generales y al lado de Cavestany, de Cotarelo y del marqués de Figueroa. ¡Fíese usted, lector, de los ímpetus mozos, de las rebeldías y de las desafinaciones tan simpáticas de la primera edad!

Triste y melancólica, como tarde otoñal, fue la recepción de nuestro querido «Azorín» en este museo paleontológico de nuestras letras. En los escaños destinados al público, marquesas ajamonadas que se solazan con Grilo y contemplan la faz correcta y hebraica del señor Maura y Montaner; exministras, exdiputadas y niñas casaderas que se desayunan todas las mañanas con las reseñas de Gil de Escalante en «ABC» y de «Montecristo» en «El Imparcial»; uniformes, grandes cruces, pecheras inmaculadas y escotes tentadores.

Entre los académicos, cabezas calvas, abdómenes ventrudos, bigotillos recortados y lentes gordos y eruditos. «Azorín» temblaba de emoción y leía con la inexperiencia de un estudiante malo. Y eso que a Martínez Ruiz no le cuesta mayor decoro la Academia; la Academia recibe, en cambio, el más exquisito cincelador de nuestro idioma en la época actual, un espíritu sutil y un gracioso observador de las pequeñeces y menudencias de la vida cotidiana.

«Azorín», que ha desamortizado a nuestros clásicos, lanzándolos a la circulación y a la admiración corrientes, ha escrito bellísimas páginas sobre Castilla, y al margen de los libros de nuestros clásicos Rojas y Montalbán, Cervantes, Lope, Fray Luis, Gracián, Quevedo –y de nuestros modernos– Larra, el Duque de Rivas, Cadalso, Somoza y Carvajal. Libros como «Castilla», «Lecturas», «Los pueblos», «Alma castellana», «Antonio Azorín», «La voluntad», «Confesiones de un pequeño filósofo», «Un pueblecito», «Clásicos y modernos» y «Al margen de los clásicos», son lindas miniaturas que siempre se contemplarán con deleite y con provecho.

El discurso, una preciosidad.

«Una hora de la vida española de 1560 a 1590» se titula. Y destilan caballeros hambrientos, galanes, pajes, trinitarios, damitas enamoradas, dueñas sabidoras de tretas palaciegas, mendigos, postulantes, arbitristas, en una prosa limpia, depurada, casticísima, pero demasiado trabajada tal vez. Desde la recepción de don Juan Valera en aquella casa, haciendo elogio de Santa Teresa y de nuestros místicos, no se ha oído allí un castellano más rico, más literario y más sabio y amorosamente trabajado.

Contestó, en nombre de la Academia, don Gabriel Maura y Gamazo, conde consorte de la Mortera, que dijo discretas y atinadas palabras acerca de la producción literaria de este buen «Azorín», que ya tiene derecho al uniforme, y que ya es, como un cacique cualquiera, excelentísimo señor.

El Adelanto (31-10-1924)

Papini, el filósofo

Los discretos y sesudos varones que distribuyen todos los años el premio Nobel de la Paz acaban de adjudicárselo ahora al gran filósofo y escritor florentino Juan Papini. Sería curioso estudiar las razones que han movido a esos señores de Estocolmo a considerar campeón de la paz

[235] En *El Adelanto* se publicó bajo el sencillo título de «Valera»

en este momento histórico al más vibrante, sugestivo, curioso e inquieto tal vez de todos los escritores italianos contemporáneos. Nos hablarán seguramente esos jurados de la "Storia di Cristo", de la estela de paz y de amor que deja su lectura en el espíritu; pero un libro suelto, en una serie de quince o de veinte volúmenes que lleva ya publicados Papini, no caracteriza la personalidad de un escritor ni la "Storia di Cristo", por otra parte, puede explicarse sin los antecedentes que a ese libro aportan otros ensayos filosóficos y religiosos del gran escritor. Toda obra de un artista es, en cierto sentido, el germen de otra futura obra del mismo artista, y las encendidas emociones líricas que la presencia del Crucificado despierta en el espíritu de Papini, han de hallarse a buen seguro en "Il crepuscolo dei filosofi", en "Il pilota cieco", en "Il trágico quotidiano", en "Itomo finito"[236] y en otras páginas conocidísimas del antiguo anarquista.

Y Papini ha sido, ante todo y sobre todo, un sembrador de inquietudes, de rebeliones y de osadías. Toda su labor es una protesta contra las limitaciones que imponen al espíritu el tiempo y el espacio. "Il crepuscolo dei filosofi"–que yo mismo traduje a nuestra lengua a raíz de su aparición en Italia– y el lamento angustioso del hombre que se debate en inquietudes infinitas, para aprehender y superar los males, sólo cuenta con medios finitos y limitados. Kant aturde a nuestro escritor; pero Nietzsche le enamora y le seduce con sus trinos de pájaro que duerme cada noche en la rama de un árbol y que no tiene nunca asiento fijo. Papini es tal vez un discípulo del melancólico poeta alemán, que ha perdido la fe en el "devenir" y en la aparición del superhombre sobre la tierra. Y cuando quiere Papini construir su pensamiento con los escombros de los pensamientos de los hombres, advierte con dolor, que si la fe salva, él no puede abrazarse ya con la fe.

Son los días románticos y libertarios de "Il pilota cieco" y de "Il trágico quotidiano". Papini, con los cabellos revueltos, monologa a solas por las calles viejas de Florencia, encima de cuyos muros asoman las copas elegantes de los cipreses, con el Diablo, con Hamlet –el pálido príncipe de la duda–, con el Judío Errante, con los mitos eternos de los hombres. Escribe páginas encendidas de un lirismo desolado y de un pensamiento rico en sugestiones de todas clases, y no adopta un camino, porque entonces renuncia a los demás, ni se abraza a un credo porque quiere hollarlos todos. Pasea a solas, frecuenta las bibliotecas, bebe tazas y más tazas cargadas de café, y en los momentos más intensos de su juventud, una mujer le alumbra las tinieblas. Escribe entonces su ensayo "¿Por qué quieres amarme?", se casa, hay un momento de intervalo en la pelea, se abraza a un pragmatismo "sui gèneris", y de nuevo torna a sus inquietudes con "Stroncature", con "Cento pagine di poesía", y con las violencias que escribe durante la guerra y a propósito de la guerra.

Papini sigue siendo el mismo Papini de siempre, el alma que se busca y no se encuentra, el eterno anhelo insatisfecho, la inquietud hecha carne, hecha verbo y hecho pensamiento. Su italiano se enriquece con los matices más tenues y con las armonías más inefables. Llega a expresar las cosas como quiere expresarlas, y en el siglo de D'Annunzio y de Fascoli[237], Papini no cede ante ellos ni en colorido, ni en gracia, ni en viveza, ni en plasticidad. La guerra le descubre que un pueblo, o es una cultura o no es nada. Y en los días en que Italia coquetea con los Balkanes [sic] para que ellos aticen el fuego contra Austria y al final Italia se reparta los despojos de vencido y de vencedor, Papini habla de una alianza natural de su pueblo con el nuestro, con España, y evoca nuestra hidalguía, nuestra historia común y pide que Barcelona y que Valencia –cuyo renombre evoca tantas gestas en Italia– divida con Génova el Mediterráneo, el mar común.

Papini se desplaza por estos años –1915, 1917– hacia el periodismo, y dirige un gran diario en Roma. A diario comenta los temas más variados de derecho y de política internacional. Y en 1921 o en 1922 surge la "Storia di Cristo", y las derechas, alborozadas, hablan de la conversión del hijo pródigo, y el Santo Padre le bendice, y el "Osservatore Romano" se erige en gaceta de cámara para "Gian Falco"[238], y en Italia se habla de la conversión de este hombre, que... no se ha convertido a nada, que sigue siendo el mismo y que pasa por una de las fases de la evolución atropellada de su espíritu.

Si se lee con atención la "Storia di Cristo", después de haber seguido atentamente también, toda la labor literaria y polemística de este formidable escritor, se observará que ni el alto en el sendero es definitivo, ni que la evolución es la última postura. El Cristo de Papini es tal vez el mismo Cristo de Renán. Combatiendo a Nietzsche, nuestro autor cuando Nietzsche acusa de débiles a los cristianos, Papini le recuerda las violencias por que ha pasado el drama personal del Nazareno. Ahora mismo, Papini, a través de sus bellísimas alegorías delante del Calvario, exalta a

[236] Seguramente se trate de una errata por *"Un uomo finito"*.
[237] Errata de imprenta, por *Pascoli*. Giovanni Pascoli (1855 – 1912). Destacado poeta italiano de finales del siglo XIX
[238] Seudónimo utilizado, en alguna ocasión, por Giovanni Papini

Jesús, no solamente por dejarse perfumar los pies de María de Magdala, sino por arrojar violentamente del templo a los mercaderes. Y bien se advierte en el converso que está más preocupado que de la doctrina, del carácter de Jesús.

Los señores de Estocolmo que han concedido a la "Storia di Cristo" el premio anual de la Paz han procedido con justicia, porque han recompensado un magnífico libro; pero han procedido a la vez sin cautela, porque la "Storia di Cristo" puede ser también un toque de clarín que preludie el gran combate, un intervalo de descanso ante el desenlace de la gran tragedia. Volver los ojos al Crucificado en estos tiempos es una labor de paz, si no olvidamos que la paz de Cristo es consecuencia de la guerra. Y Papini, que no ha cesado de pensar, que no ha cesado de sufrir, puede sorprendemos el día menos pensado con una excitación a la guerra contra los mercaderes, que son hoy los que quieren paz, toda la paz que necesitan para cobrar créditos por los platos rotos de la gran contienda que ellos provocaron.

El Liberal (03-12-1924)
El Pueblo (12-12-1924)

Apostillas a una conferencia

¡Deliciosa conferencia la de nuestro amigo el marqués de Villaurrutia sobre «Don Juan Valera, diplomático y hombre de mundo», deliciosa de verdad! Villaurrutia, este autor de libros que se llaman «Fernando VII, rey constitucional», «Las mujeres de Fernando VII», «Lucrecia Borgia», «Las cortesanas del Renacimiento», ha sido el prototipo de nuestros diplomáticos escépticos, mundanos, inteligentes, sagaces y burlones; nadie con más autoridad para juzgar a Valera, un espíritu gemelo del suyo…

Valera fue diplomático, según el marqués, porque sí, porque tenía que vivir de algo, porque le placía vivir fuera de España; acaso, añadimos nosotros, porque las mujeres de Nápoles o de Nueva York son más fáciles, infinitamente más fáciles que las de Madrid y Barcelona. Esta obsesión por el flirt, por el galanteo fácil, es la obsesión del Valera mozo. Pensamiento que ni a su madre recata don Juan. «Mire usted, mamá –escribe desde la Legación de Nápoles– necesito dinero, mucho dinero, porque ante él se rinden estas mujeres, tan guapas, mejor que en otras partes».

La carrera diplomática, que el vulgo, según Villaurrutia, considera carrera digna de tontos, es la que mejor se presta para los devaneos y aficiones de Valera. La profesión del diplomático entre nosotros –¡así pasamos en Europa!– es un oficio puramente mecánico. Hay que saber bailar, hay que saber comer y encabezar cada ocho días al ministro de Estado una carta que inevitablemente diga así: «Excelentísimo señor: Muy señor mío.» Diplomáticos hemos conocido nosotros en el extranjero que no sabían otra cosa:

– ¿Entra el tango como asignatura en la carrera diplomática de su país? –me preguntó, en Bolonia, la condesa Giacobazzi Pulcini, y como yo manifestara mi extrañeza ante su pregunta, la muchacha me probó documentalmente que trató de convertirse el Colegio de los Españoles en plantel de diplomáticos y que se había aconsejado al ministro del ramo la conveniencia de que los candidatos aprendiesen a bailar, «aunque ignorasen quiénes eran, por ejemplo, el conde Cavour o José Mazzini».

El diplomático es también, según Villaurrutia, un Camaleón y a ratos un Prometeo. Ha de saber sonreír, fingir y mentir con el mejor de los humores. Ha de parecer tonto, sin serlo. La sonrisa de Valera se advierte en todos sus documentos y en todas sus actuaciones oficiales.

«Valera no fue ministro» –añade con melancolía Villaurrutia–. A nosotros, lejos de indignarnos el hecho de que don Juan no figurase en los Consejos de la Corona, nos parece naturalísimo. Ministro lo es cualquiera, Salvatella, Matos, Goicoechea, hasta Pepito Calvo Sotelo, si no se tuerce, que no se torcerá. Pero autor de «Pepita Jiménez» no puede serlo más que Valera. La carrera de ministro es facilísima en España. Si eres periodista, escribe cuatro artículos elogiando al jefe de los perecistas o de los gomecistas, que tu acabarás en Instrucción pública. Si eres soltero y te tiene sin cuidado la belleza y la gracia en la que mañana puede ser tu esposa, haz el amor a la hija de un personaje, que tu acabarás en Estado o en Fomento. En nuestro medio social, precisamente lo elegante es no ser ministro, querido marqués de Villaurrutia, por ser negocio asequible a todo el mundo.

Del Valera mundano dijo también cosas muy sabrosas en su «causerie»[239] de la Real Academia nuestro amigo el ex-embajador del Quirinal. Valera, como Cánovas, fue el encanto de las damas y damiselas que le escuchaban embobadas en los salones. Decía siempre lo que quería, como quería decirlo. Sus anécdotas en casa de la linda duquesa de Medinaceli, de la simpar Angelita, tan amiga de los escritores, de los artistas, se han multiplicado y bastardeado hasta lo infinito.

Valera, como es sabido, fue senador por esa querida Universidad de Salamanca. Luchó frente al señor Martínez Izquierdo, obispo de la diócesis, derrotándole, gracias a la intervención liberal del que fue rector don Mamés Esperabé Lozano. Don Mamés, que me quería mucho, que fue mi contertulio de estudiante y que me permitía hacerle todas las noches trampas, jugando a la lotería, para que me llevase mi pesetilla diaria de ganancias, me contó muchas veces los incidentes de aquella lucha electoral universitaria. No sé por qué la recuerdo ahora... Pero oyendo al marqués, surge ante mi espíritu, del brazo de don Juan, la figura venerable y simpática de aquel viejecito don Mamés, tan liberal, tan humano y tan comprensivo.

– ¡Nosotros, Pepito –me decía al dejarle en su casa invariablemente, a las nueve y cuarto, todas las noches– valíamos de mozos más que vosotros! Dejábamos a las novias y nos íbamos a conspirar al Rollo con tu tío Julián Sánchez Ruano y con otros amigos. ¡España era también una novia para nosotros, hijo mío!

El Adelanto (17-12-1924)

Más sobre D. Juan Valera

La celebración del centenario de D. Juan Valera está deslizándose –bien lo advertiréis– sin ruidos ni estridencias de ninguna clase. Unas conferencias muy bien parladas y compuestas en la Academia Española, que son hogaño festín de eruditos, y la promesa de levantar un monumento y de crear unos jardines en la linda cuesta de Santo Domingo, donde vivió D. Juan, constituyen, conferencias y promesas, todo el programa oficial de los festejos. En Cabra, el pueblo natal del gran humanista, las fiestas tuvieron un matiz más íntimo y casero, sin llegar a convertirse precisamente en festejo popular. Y es que Valera sigue siendo hogaño, como lo fue en sus días, pasto de pocos y selectos espíritus, diseminados entre la turbamulta que se deja cautivar por el folletín y por la intriga.

Valera, en cambio, amaba las digresiones. Toda su obra literaria es una digresión saladísima. Compone novelas, no para entretenernos, sino para entretenerse él. Prefiere la anécdota picante a la narración seguida, y sus personajes todos hablan como si fueran académicos y humanistas de raro y peregrino ingenio. Su concepto hedonista de las letras casa en híbrido contraste con su terrible concepto materialista de la vida, siempre de bajos vuelos y a ras de tierra. El pesimismo inicial está envuelto en el manto de un gusto depurado y de un estilo primoroso. Luis de Vargas se prepara con la sabrosa lectura de los místicos, a poseer, antes de las bendiciones del cura, los encantos de Pepita; pero en la hora de la caída y del pecado, el escéptico redomado que hay en D. Juan sonríe con la sonrisa inteligente y tolerante del Renacimiento. Don Juan sabe que los viejos no convencen demasiado a las mocitas casaderas; pero proclama la soberanía del ingenio y de la caballerosidad para que las niñas se prenden de los que pudieran ser muy bien sus padres. Su pesimismo, a fuerza de serlo, le permite tener esperanzas y vivir con el corazón alerta. Es el sensual que prefiere la caricia razonable a la posesión material, y en su vejez gloriosa, cuando todavía el sol dora los bardales de su espíritu. D. Juan es el eterno chico que sabe remozar la atracción eternamente sexual y espiritual a la vez de Dafnis y de Cloe.

Don Juan, al escribir, cuenta siempre, en tono menor, como si estuviera rodeado de bellas damas, en uno de los salones de su Legación o de su Embajada, a la hora confidencial del té. Con escribir sencillamente y naturalmente, que en la naturalidad y en la sencillez estriba siempre la gracia del estilo, D. Juan no desciende nunca a la chabacanería, a la familiaridad desenfadada ni a la pedantería grosera y de mal gusto. Se presenta de frac, de chaquet al menos, y no se permite a sí mismo, en los momentos de mayor calor, quedarse en mangas de camisa ni siquiera en bata.

[239] Conferencia, en francés

Da a entender que no es el abuelo; pero que ha podido ser el amante de las abuelas de las niñas que le escuchan con embeleso. Ya los timoratos les recuerda que a veces es dulce compensación romper con los moldes hechos de las fórmulas sociales, y a los disolutos les da a entender que siempre hay un freno, el del gusto y el del decoro estéticos, a cuyas normas debe someterse la sensibilidad.

Valera, que es un humorista, un "bon vivant", harto aficionado a las lindas mujeres, a los vinos generosos y también a los tranquilos y sosegados placeres del espíritu, es el mismo en sus novelas, en sus críticas, en sus ensayos y en sus poesías. Procede siempre por largas y sabrosas digresiones, y el tema es el pretexto, el trozo de seda o de raso donde borda las más frescas rosas de su ingenio y de su ironía. Hombre de mundo y de salones, ante todo y sobre todo, D. Juan se manifiesta también mundanamente en sus escritos. Y cree de buena fe que adoctrina, cuando no hace otra cosa que deleitar. No sé por qué sospecho que toda la obra de Valera es una inmensa y deliciosa autobiografía que él mismo compone para defenderse de los achaques y de los hielos de su propia ancianidad.

Un hombre como este hombre no puede ser del vulgo, y en su centenario es natural que el vulgo pase de largo y no se conmueva. Pero su figura gana en vigor y en fuerza, como los vinos de su tierra bien cerrados en vasija. Veinte años después de su muerte, "Pepita Jiménez", "Juanita la Larga" o "El comendador Mendoza", nos saben a vino de jerez, que apetecemos en horas de convalecencia después de un pequeño trastorno gástrico que ha alterado la normalidad de nuestra economía.

El Liberal (19-12-1924)

Eugenio de Castro

Eugenio de Castro, el más delicado y exquisito poeta peninsular de nuestros días; ha estado entre nosotros, con motivo de la celebración de las fiestas del centenario de Luis de Camoens. Conocemos mucho, desde que éramos estudiantes, a Eugenio de Castro. Él actuó de mantenedor en unos Juegos florales que nosotros inventamos de mozos en Salamanca, para recitarnos las maravillosas estrofas de «La monja y el ruiseñor». Gran amigo de la bella ciudad del Tormes, el poeta de Coímbra, confidente y compañero de D. Miguel de Unamuno, Castro nos llevaba a nuestro rincón académico las suaves quejas del dulce Mondego, que repite todavía las dolientes quejas de la pobre doña Constanza, la mujer enamorada de su esposo y de su rey.

Eugenio de Castro es socialmente un hombre de derechas, es un gran amigo de España. En Galicia y en Salamanca es popular su figura de «gentlement» lusitano, rasurado, esbelto, de ojos negros y vivos y de ademanes señoriles y elegantes y su hija doña Mafalda, que es poetisa, como su progenitor, canta también, en bellos sonetos, sus «saudades» y sus anhelos íntimos. Eugenio de Castro, formado espiritualmente al cobijo de los grandes poetas extranjeros, es hoy, tal vez el vate más íntimamente portugués. Apenas sale de Coímbra si no es para darse un largo paseo por Europa, cargar la maleta de libros y volver a rumiarlos, al cobijo del Mondego, en la ciudad universitaria evocadora. Exquisito artífice de la forma, Castro encierra, en veste modernísima, los sentimientos más raciales de su pueblo, que tiene siempre los ojos fijos en el mar y en la aventura. Este dulce y pequeño Portugal, tan suave, tan mimoso, es inquieto bravo como el Océano que le baña y sigue siendo la sede de los anhelos épicos y de las posibilidades líricas. Eugenio de Castro, hombre de su siglo y del futuro, ha creado su espíritu en las grandes tradiciones, no perdidas, de su raza, y muy de su pueblo y de su ciudad, es el poeta más europeo y más universal hogaño de los ingenios portugueses.

Hemos evocado, junto al nombre de Camoens, el de nuestro Miguel de Cervantes. Ambos ingenios, hermanados con el dolor y con la tragedia, son la voz y la conciencia de los respectivos destinos nacionales. La epopeya de Miguel es un lino de ironía y de desesperanzas; cuando la luz poniente dora con su color nuestras ilusiones postreras, comenzamos a confundir con las señoras las rameras y las mozas de partido, y las manadas de borregos con los ejércitos de combatientes. Es la tragedia del llano, que no sabe ver el mar, que se asusta de la aventura y que se confía en los muros de un monasterio. Portugal, que es costa, que es faja costera, sueña con el mar, seguro de encauzarlo, de domeñarlo y de no marearse en sus rutas infinitas. Cuando Don Quijote muere haciendo testamento a favor de la sobrina, los navegantes no se amilanan y sueñan con locuras nuevas. Lo que en el «Quijote» es renunciamiento es en «Os Lusiadas» retoño y plantel de ilusiones, siempre renovadas.

Representando a su país en estas fiestas Eugenio de Castro nos ha traído con su persona y con su obra, con su concepción de la solidaridad peninsular, lo mejor del espíritu de Camoens.

El mesianismo, que no sé si es vicio o virtud, pero sí que es calidad portuguesa, se diluye, también en los versos de Eugenio de Castro, lleno de esperanzas y de risueños optimismos. Un pueblo que, al dominar el mar, quiere escribir en los aires su epopeya es un pueblo lleno de turbulencias y de ilusiones infantiles. Eugenio de Castro, tan de Portugal, tan de Coímbra, es también, a su modo, un navegante y un aeronauta del espíritu y de la emoción.

El Liberal (26-12-1924)

Más de Ángel Ganivet

He insistido más en la muerte que en la vida de Ganivet, porque la vida de los hombres que piensan y que sienten, no tiene demasiadas caras. Ganivet nació el 13 de Diciembre de 1865, en Granada, y murió, como ya he dicho, en Riga, el 29 de Noviembre de 1898. No llegó, pues, a cumplir los treinta y tres años de edad. Se licenció en Derecho y se doctoró en Filosofía y Letras. Ingresó en el cuerpo de Archiveros y después, con el número primero, en la carrera consular. Casóse, creo que en 1895, con doña María Amelia Roldán, y murió tres años después, por renunciamiento voluntario de la propia vida.

Lo interesante de Ganivet, el panorama multiforme de su vida interior, sus preocupaciones, sus anhelos, sus inquietudes, sus amores y sus desmayos. Sus libros nos descubren, de vez en cuando, sus tempestades espirituales e interiores. Este hombre tan de su tiempo, de la humanidad toda, es muy de su pueblo, muy de Granada. Sus primeros libros –«Granada la bella» y «Cartas finlandesas»– los publica en un periódico de la tierra, en «El Defensor de Granada», desde Febrero de 1896 a julio de 1897.

Hablando de Granada, hay frases que podemos aplicarnos ahí, a Salamanca, cuando Ganivet traza una «Estética urbana» de su ciudad. No cree en la manía innovadora ni en las iniciativas de los concejales. La ciudad es para él lo que debe ser: una incubadora de ideas. «Porque las ciudades donde falta el contrapeso de las ideas son como los desiertos: un día en silencio mortal y otro agitados por los más violentos huracanes» –escribe Ganivet–. «En las cartas finlandesas», comienza a perfilarse la ironía del gran escritor, cuando habla de la mujer, y de la vida doméstica, y de las fiestas populares, y de los estudiantes –que tanto amó– de Finlandia.

Viene, luego, el «Idearium español», uno de sus libros manoseados de estudiante, un libro que, cuando lo hojeo hoy melancólicamente, me trae el recuerdo de Unamuno, de Dorado, de Sáez, de nuestras veladas estudiantiles y de un plantel de muchachas salmantinas que hoy son –¡y Dios quiera que lo sean por muchos años– felices madres de familia. ¡El «Idearium español», leído una y mil veces en la carretera de Zamora, en el turno del «Rojo» del Suizo, en nuestra querida «Gente Joven», un libro bienhechor, que me obligó a pensar y a sentir! ¡«Idearium español»; bendito seas! Es hermano carnal de «En torno al casticismo» y padre de todos nuestros ensayos mozos. Después del «Idearium», vienen «Los hombres del Norte» –estudios sobre Lie, Ibsen y Bjornson–. Después las audacias y trabajos del buen «Pío Cid» y «La conquista del reino de Maya». Los versos del «Escultor de su alma», donde ya palpita el amor a la muerte:

Un sueño de largos siglos,
por vuestros muros resbala;
cuando llegue a los cimientos
vuestra muerte está cercana.
¡Quién fuera como vosotros,
y largos siglos soñara,
y desde el sueño cayera
en las sombras de la nada!

Y las cartas a Francisco Navarro Ledesma, recopiladas con el título de «Epistolario», y las que cambiaron Unamuno y él, a raíz de las oposiciones a la cátedra de Lengua y Literatura griegas de Salamanca, que recogió «Renacimiento» con el título de «El porvenir de España». «Me encuentra usted completamente cambiado –dice Ganivet a Unamuno– y yo tampoco le hallo en el mismo punto en que le dejé. Por algo somos hombres y no piedras. Hay quien de la consecuencia hace una virtud, sin fijarse en que la consecuencia del que no piensa participa mucho de la estupidez,»

Si los restos de Ganivet, que se han paseado por Madrid para ser trasladados definitivamente a Granada, hubieran cobrado su forma corporal y su soplo anímico, el genial escritor andaluz no hubiera modificado una sola coma de estas líneas, a los treinta años de haberlas escrito. Consecuencia y estupidez van hoy de la mano, tan campantes, provocando el entusiasmo de los idiotas y de los pícaros que son legión. Más que entre hombres, vivimos entre piedras, que ni sienten, ni padecen, ni se mueven, ni se cambian. Vivimos en un desierto donde no se oye, donde nadie quiere ni sabe o ir.

El Adelanto (04-04-1925)

Una evocación de Valencia

Para las bellas "actrices" de la Cruz Roja

En la fiesta de la Cruz Roja celebrada en Salamanca, el señor Espinós Moltó ha recordado a los salmantinos los versos del ruiseñor de la huerta, Vicente Wenceslao Querol. Para nosotros, los que nos educamos y vivimos al lado de Unamuno en nuestros días universitarios, no puede ser más vivo ni más cordial el recuerdo del amoroso autor de las «Cartas a María», que, de estudiante, llenaba de sonetos los bancos de las aulas, y, de hombre, con el peso de sus desengaños y contrariedades, añoró continuamente los años mozos y los sueños que no supo realizar.

En este Madrid, que era para nuestro querido poeta como

> ...la estéril rama,
> donde el ave, al pasar, duerme una noche,[240]

el ilustre valenciano, que se ganaba el pan como subjefe de lo contencioso en las oficinas de los Ferrocarriles de Madrid, Zaragoza y Alicante, evocaba, a todas horas, su huerta llena de luz y de flores, las rojas lomas valentinas [sic], la quietud azul del Mediterráneo en el Grao, las palmeras, los naranjos y los limoneros y aquellos ojos anchos y aquellos óvalos perfectos y pálidos de las valencianas.

Y cuando el señor Espinós Moltó recordaba la huella de Querol, no sabía seguramente que, en Salamanca, una generación de estudiantes arrulló sus esperanzas con la música de las trovas nacidas en la huerta por uno de los hombres de más exquisita sensibilidad y más olvidados de la generación que en Valencia educó y formó aquel benemérito Teodoro Llorente, traductor de Enrique Heine, y poeta él también de noble y decoroso estro y de tierna y personalísima inspiración lírica, devota de los afectos humildes, callados, familiares y sencillos.

¡Sí, señor Espinós Moltó! Los estudiantes adorábamos en Vicente W. Querol, y el ejemplar único de sus versos, «Rimas», compartía con las «Elegías» de Eduardo Marquina y con los primeros versos de José María Gabriel y Galán, lo más puro y exquisito de nuestras fervorosas devociones literarias de entonces.

Junto a las expansiones líricas de Marquina:

> ¡Hazte cáliz y altar, hostia y custodia,
> mi corazón, por la que vive lejos![241]

y al lado de las afirmaciones del mismo poeta catalán,

> Los ojos de la Amada,
> matan la voluntad con la mirada[242]

comentábamos los primeros desengaños con palabras de Querol:

> De tu hipócrita fe roto ya el velo,
> hoy con vergüenza mi pasión escondo;
> fingir supiste el amoroso anhelo,
> cual copiar sabe el cenagoso fondo
> de charca vil la claridad del cielo[243]

[240] Vicente Wenceslao Querol. *Rimas*. "Ausente".
[241] Eduardo Marquina. *Elegías*. "Amor lejano".
[242] Ibidem. "Los ojos"
[243] Vicente Wenceslao Querol. *Rimas*. "Rima VII"

y soñábamos para nuestras primeras citas el traje negro y la sonrisa dulce de aquella valencianita, para quien compuso Querol sus sonetos últimos, que acaso hoy guarda la misma María en una cajita junto a un retrato borroso del caballero de la perilla, de la frente alta y del corazón de niño…

Lindas muchachitas: Pacitas, Charitos, Gabis, Teresitas, Lolitas, Nenés, Joaquinitas, Carmelas, Pilines, si queréis agotar el perfume y la fragancia de las flores que para vosotras trajeron de la huerta valenciana, pedid a vuestro librero, junto al número corriente de «Elegancias» o de «Vogue», vuestras revistas, las «Rimas» de Querol. Su novia, su musa, María, es el clavel más delicado de la huerta. No tiene un color muy pronunciado, porque este clavel de feminidad es una gama de matices. Hay flores más olorosas y más ardientes, pero se marchitan en seguida. Este clavel tiene el tallo fresco, la flor húmeda y no se acaba nunca de formar. Es un clavel, más que de recuerdo, de esperanza, y sólo lo descubren a primera vista los buenos y los humildes.

Sueña este poeta, locuelo y aturdido, que compone sus versos en sus paseos solitarios por el paseo del Prado, en una cita de amor, allá, en Valencia, con su María. Sueña Querol que enlaza sus manos con las de ella, mientras en el cielo de su huerta, más morado que azul, tiemblan de luz las estrellas suspendidas en el espacio infinito, y las olas del mar juegan alegremente con las rocas de la costa. María teme, se lo dice al galán, que las trovas de éste le roben lo más personal y libre de su novio. El poeta la consuela, Amor y poesía fueron siempre hermanos. El que no ha sabido leer lo infinito a través de una sola mujer, ese no es poeta.

Siendo tú de mi canto única musa,
tus celos son los celos de ti misma[244]

suspira Querol, hondamente convencido de la hondura de su amor.

La rival de mi amor llámase gloria, objeta todavía María. Y el galán entonces se desborda con el ímpetu de las pasiones largo tiempo contenidas:

Gloria fuera, mi bien, dejar escrito
mi amor, más duradero que los bronces
en versos más eternos que el granito.[245]

Y el diálogo inacabable de los dos novios valencianos –real o supuesto– se prolonga hasta que azulean la ciudad de las flores las primeras luces del alba. En el rostro de María hay huellas de lágrimas; sus manitas descansan todavía en las anchas, recias y trabajadoras de Querol. La codorniz se despereza con sus primeros cantos metálicos; la huerta se inunda de perfumes; el lecho del sol que se levanta tiene una coloración de rosa.

¡Valencia, Querol, María...! La huella de esta mujer humilde y silenciosa, llegó hasta la tierra salmantina y fue gustada por mozos y por estudiantes que hoy son hombres, porque es eterna como el olor de tus naranjos, Valencia inquieta y soñadora, y como la gracia de tus palmeras, junto a las orillas de tu mar azul, tranquilo y luminoso.

El Adelanto (28-04-1925)

Otra vez, Querol

Y he vuelto, en otro momento de sosiego espiritual, a orearme el corazón y la cabeza con la lectura de las «Rimas», de Vicente W. Querol. Es este uno de los pocos libros gratos de la mocedad que resisten gallardos la prueba decisiva de una lectura serena y meditada. La emoción no envejece nunca, y el análisis frío vale bien poco contra el hechizo del entusiasmo y de la sinceridad. Los poetas malos se parecen a las mujeres que se acicalan demasiado, pasan enseguida; pero los grandes cantores de la pasión humana por excelencia, del amor, son como las mocitas, siempre novias, a las que la edad y la convicción de sentirse queridas y adoradas, renueva, eternamente y a diario, el encanto inagotable de su pudor y su frescura. El viejo Dante es hoy tan

[244] Vicente Wenceslao Querol. *Cartas a María.* "Segunda"
[245] Ibidem.

actual, más actual que cuando cantó a Beatriz, porque hoy le comprendemos y le sentimos mejor. Beatriz, vestida de blanco, con los ingenuos ojazos abiertos ante el misterio de

tutta vestita d'umiltate,

es hoy tan creación nuestra personal como del atormentado ciudadano gibelino de Florencia, sobre esta María de Querol salvando las distancias y las calidades consiguientes –que estos días ha recordado en Salamanca el señor Espinós Moltó– no pasan años tampoco, y la encontramos tan bella, como cuando discurríamos por las aulas salmantinas, oyendo a Unamuno salmodiar los sueños del poeta valenciano:

Desde el rústico albergue en que hoy me encuentro,
dolido y triste, a tu risueña estancia,
vuelo invisible y silencioso entro.
Aspiro los efluvios,
que, como de sus pétalos, las flores,
dan al ambiente tus cabellos rubios.
Veo que en la penumbra
clavas la vista, y la labor suspendes,
y que el casto rubor de los amores
cual santa llama en tu mejilla enciendes.

Vicente W. Querol va siendo olvidado injustamente; los mozos de hoy apenas le conocen; las mujeres –que no olvidan a Gustavo Adolfo Bécquer– no saben que inspiraron raudales de ternura y de emoción al estro, siempre noble y decoroso, del gran poeta valenciano.

No todos los versos de Querol son iguales; hay desmayos, hay lágrimas en su labor, pero cuando canta lo que siente, su poesía adquiere una sonora y elevada entonación, muy castellana, y los versos surgen, limpios y perfectos, naturales, maravillosamente naturales, de su pluma:

Cuando entro en la capilla,
y ante el altar me postro,
fíngome que la Virgen sin mancilla,
tiene algo de tu rostro.
Bulle la fuente con tu blanda risa,
da la rosa el perfume que tu exhalas,
y cuando por mi sien cruza la brisa,
siento que son las plumas de tus alas.

Algunos versos de Querol han pasado a las «antologías»; a manos de todos han llegado las estrofas de «Noche Buena»:

Un año más en el hogar paterno,
celebramos la fiesta del Dios-Niño,
símbolo augusto del amor eterno,
mientras cubre los montes el invierno,
con su manto de armiño,

pero en general, sus más bellas e inspiradas composiciones poéticas, solamente se oyen recitar alguna vez de tarde en tarde, en alguna peña de artistas de Barcelona o de Valencia, o en algún grato rincón del Ateneo, al lado de las disputas acaloradas de los sabios de la «cacharrería», que niegan la existencia de las cosas cuando no les caben en la mollera ni en el corazón.

En su canto a Valencia, «Ausente», Querol añora la luz y la serenidad de su tierra natal. Vibra en estos versos con una emoción continua y sostenida que no desmaya un momento. Quiere cerrar los ojos donde los abrió, volver a ver el balcón –ya cerrado– de María, tornar a pasear en los claustros de la Universidad, donde rumió sus sonetos, tropezar en la vejez con las firmes amistades de la infancia. Y el recuerdo de una hermanita le llena de dulzura. Al morir, ante la incertidumbre de las sendas del misterio, sólo se le ocurre pedir a este niño que

encuentre señalándome el camino
la dulce sombra de mi hermana muerta.

Ante la evocación que de Querol se ha hecho recientemente en nuestra Salamanca, yo quería devolver la fineza al señor Espinós Moltó, recordándole que muchos salmantinos hemos gustado mil veces de las mieles de su poeta, y que cuando los estudiantes de Valencia nos visitaron, resonaron en el Paraninfo, recitadas por D. Miguel desde su sillón rectorar las estrofas de «Ausente»,

cuyo ecos se pegaron a los viejos muros, que ya habían oído las odas de Fray Luis, separado violentamente de su cátedra y de sus versos por la envidia y la mentira de los hombres de antaño.

El Adelanto (07-05-1925)

Silvio Pellico

Como la censura de Italia no permite, lo mismo que la española, ni blancos ni espacios ociosos en las páginas de los diarios, es muy frecuente encontrarse, en los de Roma y de Milán, con textos de la Epístola de San Pablo, un fragmento de los evangelistas, con sentencias del juicioso Tomas de Quempis[246] o con páginas escogidas de los mejores poetas y de los más elegantes prosadores. Un periódico que leo ahora, en esta santa paz de Salamanca, publica precisamente un fragmento de «Mis prisiones» de Silvio Pellico: aquel en que habla el famoso revolucionario italiano, azote del emperador Francisco José, de sus primeros días de prisión y de soledad en la terrible fortaleza de Spilzberg[247], esperando la hora de la ejecución que le liberte de sus torturas y sufrimientos de toda laya.

No sé si el lector recuerda el momento. Silvio Pellico acaba de estrenar una tragedia que le asegura la tranquilidad moral, y de hablar con Teresa, su prometida, concertando el matrimonio para unos meses después. Apenas ha abandonado el umbral de la casa de su novia, unos esbirros le detienen y en un coche cerrado le llevan a la prisión de los Plomos de Venecia, al lado del Puente de los Suspiros. En un calabozo queda encerrado unos cuantos meses sin cambiar más que las precisas palabras con el cancerbero que le sirve el rancho carcelario. Todos los días hay ejecuciones de prisioneros políticos, cuyos cadáveres son echados, en un saco, al Canal Grande. Un duque idiota, es su vecino de celda; un viejo venerable pasa, de vez en cuando, por el pasillo y dirige al joven escritor liberal unas cuantas palabras de consuelo. ¿Recordáis?

El prisionero se dedica a la lectura de la «Biblia». Poco a poco, su espíritu se va serenando con la suprema resignación. Sus palabras no tienen ya hiel; son claras, son luminosas y son nobles. Sabe contemplar la vida desde los umbrales de la muerte, y la muerte, como la suprema liberación del espíritu acongojado. La muerte es el descanso, y, sobre todo, la piedad. Leyendo estas páginas de Silvio Pellico, fuente de paz y manadero de consuelo, nos damos cuenta de aquellas palabras del poeta, cuando canta a la muerte como hermana del amor, gemelas nacidas tal vez en las obscuras entrañas del espíritu inquieto, errabundo y misterioso de los hombres.

Estos fragmentos de Silvio Pellico, que hoy publica por supremas exigencias del ajuste, un gran periódico liberal italiano, nos reconcilian con la fe en nuestras propias ideas y en el porvenir de nuestro pueblo, hermano hoy, como ayer, del italiano.

Siempre, siempre las ideas abren un surco profundo en la inteligencia y en el corazón de las muchedumbres, aun en los momentos de mayor desaliento y pesimismo. «Piensa y vencerás», parece ser el lema supremo de las aspiraciones políticas de los pueblos. En fortalezas como la de Spiltrberg [sic] se afirman los hombres y se afirman las ideas. No sé qué es preferible para los intereses de Mussolini: si autorizar los blancos o permitir los fragmentos de «Mis prisiones», de Silverio Pellico, el «odioso jesuita», como le llamó aquel fantasmón de Francisco José de Austria, el viejo de los tristes y melancólicos destinos.

El Adelanto (15-08-1925)

Jovellanos en Salamanca (I)

La calva Armuña

«Salimos a las cinco menos cuarto –escribe en sus preciosas «Memorias íntimas» don Gaspar Melchor de Jovellanos el lunes, 3 de Octubre de 1791–; monte de encina por espacio de media legua; gran llanura; entra la famosa Armuña de Salamanca» ¿Y qué sensación tiene don Gaspar Melchor de nuestro campo? ¿Cómo ve este hombre triste, sobrio, inteligentísimo y sagaz los campos que nos rodean?

[246] Tomás de Kempis (1380 - 1471). Canónigo agustino alemán, autor de la *Imitación de Cristo*.

[247] Spielberg. Fortaleza medieval situada la cima de la colina de Brno, (República Checa) considerada la prisión más dura del Imperio austrohúngaro .

La Armuña –escribe– es tierra de mucho cultivo y muy poblada; se nota en este punto mayor diligencia, pues sobre ser las tierras gruesas, negras y coloradas, por la mayor parte se ve hacer uso de los abonos». «Lugar de Robada, de Pedro Sillo, de Monjas», apunta. Nada más. Pero en este viaje, el señor magistrado recuerda con horror el parador, posada o mesón de Rubiales.

«Parador de Rubiales» a la legua de Cañizal. «Llegamos al término; Dios nos saque de él bien». No puede descansar Jovellanos en el horrendo e incómodo camaranchón de la posada. Las campanillas de las mulas y de los machos no le dejan conciliar el sueño. Duerme en la cama como si descansara en el establo.

Ha llegado a la posada en una noche fría y clara de principios de Octubre. «Buen camino; luna». Le duele la pierna que se ha lastimado en Cañizal; la cadera golpeada le molesta también extraordinariamente. Y madruga. Y se da grandes fricciones de agua fría.

Salamanca

Don Gaspar Melchor llega a nuestra ciudad a las nueve de la mañana; en ella permanece más de un mes, hasta el 14 de Noviembre. De sus andanzas por nuestra ciudad, de sus juicios, de sus amistades, hablaremos hoy y mañana sobriamente. Con mayor extensión –otro día– dedicaremos unas páginas a estudiar las sensaciones del ingenio asturiano en Salamanca. La posada donde se aloja Jovellanos en la ciudad está en la calle de Bermejeros –hoy de Eloy Bullón–. Le place a Jovellanos su alojamiento. «Casa nueva, buena habitación, buen despacho».

Una hermosa ventana gótica del torreón de un palacio columbra tal vez, desde su cuarto, el melancólico y solitario don Gaspar Melchor. Se encuentra muy a gusto el escritor. Ve el día de su llegada a muchos de sus «buenos amigos». Saluda al marqués de Tolosa, que ha llegado enfermo de los baños de Ledesma. Le visita don José Bermúdez, detenido, por orden del rey, en el Convento de San Francisco. Come en casa del intendente. Y por la tarde, pasea con sus amigos por el Rollo.

El Rollo, es, entonces «una plazuela allanada, plantada, adornada con buenos canapés de piedra». Nada se oculta a los ojos negros, vivos, penetrantes y sagaces del glorioso asturiano. Se fija en el camino de Madrid que desde la plazuela «baja a la Aldegüela» o Aldehuela.

La «composición» del camino le parece «una obra provisional, mal dirigida, de poca duración por falta de limo, altura y vertientes; dos norias, o más bien, dos pozos; la una alta, sin agua, de cincuenta y dos pies de excavación, que se piensa continuar; la otra llena y bien abastecida, aunque por bajo del camino».

Don Gaspar Melchor, tal vez por la bellísima calle del Azafranal, vuelve a su posada. Es amigo de Iglesias de la Casa; le visitan don Juan Meléndez Valdés, su mujer y su sobrina; nos habla de Ruano, de Franquitos –tal vez un primogénito del conde de Francos–, de los Castellanos, de Mantecón, de Iriarte, el clérigo vascongado que es preceptor de Miguelito Durán, el hijo del marqués de Tolosa. Curiosea y compra volúmenes en casa del librero Alegría, uno de los ascendientes maternos de nuestro querido Mariano Núñez. Se mete con Fernández de Ocampo –profesor de la Escuela– a quien moteja de «fatuo y de intrigante» y de pertenecer a la cofradía de San Crispín, patrono, como es sabido, de los zapateros...

Don Gaspar Melchor, que viene a Salamanca a realizar una inspección universitaria, se familiariza muy pronto con los salmantinos. Pasea. Elogia sus monumentos. Trabaja y escribe en su «buena habitación» de la posada de la calle de Bermejeros. Sale con Meléndez en coche.

Una visión de los Irlandeses

Don Gaspar Melchor, el día de los Santos, visita el patio del palacio de los Irlandeses. Llueve... Doblan a muerto las campanas de las iglesias. Hace frío. Es un día muy «crudo» el de los Santos, en Salamanca, el año 1791. El patio de los Irlandeses subyuga a nuestro huésped. Es de «bellísima arquitectura –escribe–; arcos esbeltos y elegantes, con gallardas columnas abajo; arcos rebajados con estípites del gusto de Berruguete (unas y otras arrimadas a los machones) arriba; medallas con cabezas de hombres y de mujeres. A los lados de cada uno, arriba y abajo, la graciosísima escultura». Todo lo fisgonea Jovellanos. Ve la rectoral; las arañas, los cristales, la mesa de nogal, la sillería de vaqueta. Y deja para el día siguiente la visita a la capilla y a la librería.

El retablo le parece de Berruguete y las figuras, por sus contorsiones, de Juan de Juni; las pinturas, en cambio, se le antojan terriblemente dibujadas. Y en la librería repasa con deleite los libros, muchos «comunes»; le parece completo el ramo de la Historia y muy selecta el de la erudición...

El Adelanto (07-11-1925)

Jovellanos en Salamanca (II)

Varios paseos

El día 27 de Octubre de 1791, nuestro don Gaspar Melchor, ya curado de su pierna doliente y de su cadera maltrecha, da un largo paseo por las afueras de la ciudad en la buena compañía de don Juan Meléndez Valdés y de Díaz. Por la calle pina de Santiago, bajan a la Puerta del Río; se internan por la calleja de las tenerías a la derecha: toman la calzada; bordean las peñas Celestina y por el Campo de San Francisco adelante, se dirigen a la Puerta de Toro.

Nuestros paseantes son incansables y tienen mucho que charlar. Desde la Puerta de Toro, por el Rollo, van a la Aldehuela, y por la Puerta de Santo Tomás, se dirigen a Sancti-Spíritus. A su posada de la calle de Bermejeros llega medio molido, don Gaspar Melchor. «Se me hizo una vejiga en el pie», apunta sobriamente en sus «Memorias íntimas».

Los últimos días de su estancia en Salamanca pasea de veras Jovellanos. Apenas si le queda rincón por visitar de nuestra urbe. Ha conocido los Colegios Mayores que tiene que reformar: Ha tenido querellas con clérigos, colegiales y profesores; se ha visto precisado a corregir abusos y corruptelas.

Pero él lo ha visto todo al día siguiente de su paseo por el Rollo; por ejemplo: ha oído misa en San Julián. Luego ha comido opíparamente con el intendente. Y después, ¡ah! después, éste solterón empedernido, a quien tanto agradan las mujeres, ha paseado en coche con la señora de Melchor, con doña Gertrudis Palomeque, y con la sobrina del poeta, que no sé porque [sic] se me antoja una señorita callada y pavisosa. Jovellanos no la consagra ni un aplauso ni una censura. Y en las afueras de Salamanca, ha oído un cantar que le ha regocijado.

«Cantiña» lo llama en su dulce habla nuestro escritor; «cantiña afortunada». ¿Se lo ha oído a un gañán, a un artesano, a una moza, a un estudiante? No lo dice Jovellanos. Pero lo recuerda y lo traslada a sus cuadernos.

Una impresión de conjunto

Con las «memorias íntimas» de don Gaspar Melchor puede intentarse una reconstrucción de la vida, de la ciudad y de la influencia universitaria en ella, en las postrimerías del siglo XVIII. No hay más que seguir el rastro de los personajes que cita y tragar un poquito de polvo en los archivos de los Colegios. Tarea de andamiaje, sencilla, que no tiene ningún valor si nos olvidamos de que la reconstrucción no estriba en casar dato, sino en animarlos y revivirlos para dar una sensación estética.

¿Dónde está la huerta del Colegio de San Ambrosio? «Buena casa de campo; mejor huerta; noria de mano en ella». ¿Quién es este librero Alegría, que tiene tantos y tan buenos libros –Tamburinis, Tibulos, Cátulos y Ropercios– que compra Jovellanos para llevarlos a su retiro de Asturias?

Un día –el 24 de Octubre– asiste Jovellanos a un entierro, muy sonado, en Salamanca. Muere uno de los labradores más ricos de la ciudad. Don Pascual Real se llama este hombre. Labraba –nos dice el curioso escritor– «los términos de once lugares; cogía de catorce a diez y ocho mil fanegas de grano, veinte mil cántaros de vino, y tendría más de trescientas vacas de vientre».

No, no estaba descalzo nuestro Don Pascual. ¿Quién era? ¿Cómo vivía? ¿E Iglesias de la Casa, el clérigo vecino de la Plaza? ¿Y Meléndez, el formalote? ¿Y Sánchez Barbero, el inquieto charrito? He aquí un tema que brindo al ocio, y a la diligencia de los estudiosos.

No tiene –hasta llegar a León– ninguna aventura amorosa, ningún tropiezo sentimental nuestro hombre. De las muchachas salmantinas no dice una palabra este escritor que lo cuenta todo.

«No acepta ningún convite» el severo censor; no habla más que con sus amigos. Pero habla de una cabecita de mujer pintada por Mengs[248], que era de un lego con cuya hermana estaba casada este pintor. El modelo de aquella cabecita fue precisamente la mujer del poeta, Margarita Guazzi, hermana, por lo tanto, del lego que viviera entonces en Salamanca. Seguramente conoció a esta bellísima mujer en Madrid nuestro Jovellanos.

«Muy bella», dice a secas. Sí, muy bella la preciosa modelo, que tenía irisaciones de nácar en su faz morenita y ojos grandes, negros y rasgados. Nada más. De las salmantinas, no dice nada el señor Jovellanos. De los doctores, en cambio, se ríe. Un don Justo le parece un intrigante; y vacío

[248] Antón Raphael Mengs (1728 - 1779). Pintor neoclásico de origen checo alemán

de seso; sabios y perversos muchos colegiales. Tan sólo elogia a don Juan Iriarte. Pero Iriarte, como Unamuno, es vascongado. «Don Juan –confiesa– es un clérigo vascongado, hábil, estudioso y erudito». Poco es, pero bastante, en este hombre sereno, juicioso y ecuánime, que todas las noches, después de cenar, escribe con extraordinaria concisión –telegráficamente diríamos hoy– las ideas que han pasado por su cerebro y las sensaciones que han agitado su espíritu durante el día.

El Adelanto (08-11-1925)

Sobre Bretón de los Herreros

De Bretón de los Herreros apenas saben las generaciones mozas que era riojano, tuerto y liberal. Hombre, además, de malas pulgas, como su paisano don Miguel Villanueva y Gómez, las páginas que le consagran estos días, conmemorando el centenario del estreno de su primera obra teatral, pecan de frialdad y de ligereza.

Bretón de los Herreros llena, sin embargo, con su figura y con su talento, toda la primera mitad del siglo pasado. Durante cuarenta años, surte a los teatros de piezas dramáticas, originales o traducidas del francés. En 1825 estrena su primer sainete, y en 1867 su última comedia, «Los sentidos corporales». El catálogo completo de sus obras abarca un centenar de títulos. Para Fitz Maurice Kelly, el historiador inglés de nuestra literatura, es el escritor cómico de más cuenta y el costumbrista más admirable de los dramaturgos contemporáneos.

Pero no es solamente dramaturgo el escritor riojano que se recuerda estos días. Es también poeta, periodista y político. Como poeta, compone sátiras morales, algunas tan conocidas como las tituladas «Contra la hipocresía», «El carnaval» y «Contra la manía de escribir para el público». Como periodista, colabora continuamente en los diarios y revistas de su época. Como político, ataca continuamente el absolutismo y la dictadura, llevando al teatro sus preocupaciones, como en las comedias «Los carlistas en Portugal», «El liberal por fuerza» y «Mi empleo y mi mujer».

Bretón de los Herreros, con el Marqués de Molins, Martínez de la Rosa, Olózaga y otros amigos, preconiza el dichoso momento histórico de las barricadas y de los clásicos pronunciamientos.

Castizo, elegante y ático[249] siempre, es un exquisito y refinado artista siempre, que cuando se burla de las cosas y de las personas que le rodean, sonríe sin hiel y sin amargura, un poco asqueado de las bribonadas de los hombres que no le sorprenden, y de las contradicciones de las mujeres, de las que habla siempre con amor, con veneración y respeto.

El Adelanto (17-11-1925)

Discutamos sobre el amor

Tuve que escribir el sábado pasado mi impresión sobre el estreno de «La [boda de] Quinita Flores», con los apremios intolerables del cajista, que pide original con urgencia y del tiempo que no espera a que meditemos, con algún reposo, sobre los temas. En poco más de veinte minutos tuve que trazar –inexorablemente– mis cuartillas. Hubiera querido detenerme, con mayor espacio, sobre la concepción que del amor tienen los saladísimos autores sevillanos para contraponerla, por ejemplo, a la mía, que es radicalmente opuesta.

En cuanto los señores Álvarez Quintero bordean esos problemas, siento la comezón de discutirlos y de contradecirlos. Para estos autores, el amor es consecuencia del optimismo, de la juventud, de la atracción de los temperamentos y de las circunstancias normales –¿cómo diría yo?– de la existencia física y animal del hombre. En realidad, no han llevado más que un sólo problema al teatro, los señores Álvarez Quintero: este Fulanito quiere a Zutanita y se casa con ella. Las familias se regocijan, los novios se arrullan como tórtolos, se crea el sistema de gananciales entre los cónyuges, y Dios con todos.

Para ellos, halagadores de las grises virtudes de nuestra añoñada burguesía, todo tiende y se dirige fatalmente hacia la felicidad. Tal vez, por eso, son mis queridos amigos, los autores favori-

[249] Derivado de *aticismo*. Vendría a ser delicado, elegante en el decir.

tos de las niñas candorosas de veinte años, de las mamás complacientes de cuarenta y cinco y de los hombres bonachones y optimistas que no han querido o sabido encarar sus ojos con los ojos de la esfinge y del misterio.

Pero para mí, la fuerza trágica del amor consiste en que por no estar sujeto a reglas fijas ni usuales, no puede crear nunca situaciones cómicas corrientes. El hombre o la mujer que ama, por el solo hecho de amar, es de un individualismo salvaje y anárquico, que vive siempre en una máxima tensión de violencia espiritual. Con el amor pueden hacerse tragedias o dramas, bufos y grotescos si queréis –como el magnífico «Le cornil», tan aplaudido en París– pero nunca comedias de costumbres y menos sainetes.

Todo lo que agradan, divierten, solazan y convencen los Quintero en la pintura exterior del ambiente, desmerecen, a mi juicio, cuando plantean problemas simplemente humanos. Abusan del cantar, o del dicho «decidero» del vulgo, o del tópico, o de la trivialidad. Así que sus hombres o sus mujeres sienten o piensan, se convierten en monigotes de papel o en muñecas, más o menos lindas, de celuloide. No es una crueldad decir que cuando Quinita, por ejemplo, se queda sin novio en el acto mismo del casamiento, su situación no logra conmoverme un sólo momento. Su misma imprevisión atrae la catástrofe. Por lo demás, ni Amalio es tan malo como dicen, ni tan bueno como se imagina Quinita. Las cosas que sorprenden a los Quintero son corrientes en la vida y aquel matrimonio de sorpresa final nos arranca, fatalmente, una carcajada.

La carcajada es, siempre, el mejor comentario a toda sensiblería. Los Quintero, andan ya por esta pendiente, que iniciaron –digámoslo con toda claridad– en «Cancionera», que, aparte de sus versos, es una producción endeble, arbitraria y aburrida.

Yo creo que los autores sevillanos debieran tornar al costumbrismo puro, sin más afeites, aditamentos ni extravagancias. En eso son maestros insuperables. En lo otro, cualquiera que ha pasado por tempestades de ideas o de afectos, se ríe, se ríe sin remisión, enseguida que los niños bien y las niñas bien de los Álvarez Quintero se plantean un problema sentimental, que ni bordear pueden apenas. «On ne badine pas avec l'amour»[250], decía el atormentado Musset. No, no se juega con el amor. Ni con las ideas tampoco. Nuestro paso por la tierra no es alegre más que para los inconscientes y para los tontos.

El Adelanto (18-11-1925)

Juan Maragall, español

La oda a España

Catástrofe de 1898; pérdida de las colonias; el *Oquendo*, el *María Teresa*, los barquitos de cartón. Blanco, Weiler, Primo de Rivera, rendición de Santiago, embotellamiento de la escuadra, regreso al hogar de los soldaditos escuálidos y famélicos. Juan Maragall contempla, en el puerto de Barcelona, el regreso de las tropas. Y solloza. Y canta:

Yo vi los barcos marchar repletos
de hijos que dabas para la muerte:
Alegres iban, cara al azar,
y tú cantabas cerca del mar
¡como una loca!

¡Y cómo vuelven los que iban alegremente cara al azar! Muchos se mueren en la travesía, otros en el tren, cuando ya están a punto de besar a la madre y a la novia. En las estaciones esperan las santas mujeres el transito doloroso con caldos, con botellitas de leche, con bocaditos de ternera y de jamón serrano. Los enfermos, devorados por la fiebre, no pueden comer. Yo soy un niño, y mi padre me lleva todas las tardes, de la mano, a la estación. Aún recuerdo unos ojos azules, intensamente azules y desorbitados, una faz pálida y desencajada; la faz y los ojos del general Toral. Pocos días después era recluida la pobre víctima en una casa de dementes…

Maragall contempla análogas escenas en el puerto de Barcelona. Aquel rebaño de vencidos se sostiene en pie por un milagro. La burguesía catalana, la que ha vendido su alma al diablo por los aranceles, habla de desgarrarse del tronco común hispano y de parlamentar con los yanquis.

[250] *No se juega con el amor*, título de una obra de teatro de Alfred Musset.

"San Juan" nuestro San Juan Maragall, joven, enamorado, en la plenitud de su talento y de su emoción, siente entonces su solidaridad espiritual con la desgracia colectiva, y entonces también proclama su fe en la raza, pero su fe consciente y viva, su fe de santo y de poeta:

¿Dónde tus barcos, dónde tus hijos?
Dilo al Poniente y a la ola brava.
¡Perdiste todo, ya nada tienes!
¡España, España, vuelve en ti misma
y rompe en llanto
de madre!

Llorando, meditando, pensando en el futuro de paz y de trabajo, España puede volver en sí misma y salvarse. Aún hay tiempo. El *finis Hispanix* no ha sonado, todavía, en el reloj de la Historia:

Sálvate, sálvate de tantos males;
Que el llanto te haga fecunda y viva;
Piensa en la vida que en torno tienes;
Alza la frente
Hacia los siete tonos del iris.

Maragall, a fuerza de ser catalán y barcelonés, a puro de ser de su raza y de su pueblo, es, más que español entonces, encarnación viva de todos los españoles que tienen el alma llagada y lacerada por el error irreparable. El patriotismo duele siempre en el corazón y en el cerebro de los españoles conscientes y sensibles. Es un torcedor que llevamos en el pecho, un obstáculo que tenemos en las entrañas, una duda que nos llena la mente de confusiones y de inquietudes. La Patria, muchas veces, más que una madre, se nos antoja una esposa y también una hija, a las que tenemos que proteger y alimentar con nuestro trabajo diario y acunar y besar con canciones nuevas, para que sueñen con los ángeles. Tradición, sí, pero también progreso. Antes que velones funerarios para alumbrar muertos, gorritos de recién nacidos.

¿En dónde, España, que no te veo?

¿Mi voz no sientes atronadora?
¿No sientes esta lengua que te habla
entre peligros?
¿O tienes miedo de oír en ella
la de tus hijos?
¡Adiós, España!

"¡Adeu, Espanya!" –suspira el santo poeta, y no en son de despedida, sino como se despide el amante de su dueño: pensando, por anticipado, en las mieles de la entrevista futura, siempre esperada con anhelo. Y es de creer que España no tenga miedo al oír la lengua catalana, de escuchar una lengua forastera, porque fue la única verdaderamente nacional, la única verdaderamente española, en aquellos días en que el sol dejó de alumbrar a los pueblos remotos que había dado a luz, a lo largo de sus andanzas, correrías y aventuras.

II. La muerte de san Juan Maragall

El 20 de diciembre de1911 muere, en su hotel de San Gervasio de Barcelona, Juan Maragall. "Ha muerto –escribe Joaquín Montaner a don Miguel de Unamuno– de no quejarse; ha muerto por no quejarse." Meses antes de morir, nuestro San Juan de Cataluña escribe su *Canto espiritual*. El poeta, a fuerza de ser humano, es ya divino y ha llegado a las cumbres de la perfecta serenidad. El alma del hogar se le ha colado alma adentro para siempre. El decoro de su esposa, doña Clara Noble, las greguerías y risas infantiles de sus numerosos nenes, le han hecho patriarca y le han familiarizado con el sentido de la eternidad…

¡Yo quisiera
tantos momentos sujetar al día
para en mi corazón eternizarlos!

Ante la muerte, San Juan no sabe quejarse. Realmente, el poeta no sabe lo que es la muerte. No es el acceso a una vida mejor, a la esperanza de una alta vida, como en Teresa de Jesús; pero si es el acabamiento de esta vida tan bella, San Juan no entiende el sentido de la muerte. ¿Para qué morir? Si una mujer nos ama y nos entiende, si hemos hecho una obra –plantar un árbol, escribir un libro, engendrar un hijo–, ¿para qué más cielo, Señor, que nuestra tierra? Si Tú, Señor, vives

en nuestra obra ¿para qué verte, Dios mío? ¿Por qué no vivir así, eternamente, como Tú vives, eternizando los instantes en que nos saturamos de lo infinito?

Venga a nos el tu reino, dijiste Tú a tu Padre Celestial que está en los cielos, es decir, venga aquí abajo, a nosotros, a esta tierra, donde los hombres, cuando no son ángeles, son viscosos, y las mujeres, cuando no saben serlo, son peores que las serpientes que chupan la sangre a los pobres animalitos de Dios. Pero cuando ha venido el tu reino a nosotros, y hemos gozado de él, ¿para qué, señor, el otro?

…¡Yo quisiera
tantos momentos sujetar al día
para en mi corazón eternizarlos!

San Juan presiente su muerte. ¡Ah, qué alegría! Su mundo ultraterreno espejará el terreno que ha vivido.

Si el mundo es ya tan bello, si se mira,
Señor de vuestra paz, los ojos llenos
¿qué más en la otra vida podéis darme?

¿Qué será la muerte? ¿La eternidad del instante, del buen instante? ¿Será sombra del mal momento que pasa? ¿La apariencia de lo lejano o de lo cercano? ¿Será resumen falaz de lo poco, de lo mucho, de lo demasiado tal vez? ¿No es todo ya este mundo, este amor de las bellas mujeres, esta paz de conciencia de los buenos, este rumiar los hondos pensamientos, esta familiaridad con los libros eternos, permanentes y clásicos? ¿Serán los paisajes de la muerte como estos? ¿Con qué sentido llegaremos a gustarlos?

Pues, ¿con qué otros sentidos podré ver
este azul de los cielos que se cierne
sobre los muertos, y este mar inmenso,
y este sol que fulgura en todas partes?

"Mi patria –canta el santito iluminado– es mi tierra." La tierra del poeta es Cataluña: mar, llano y monte. Su cielo es una Cataluña celestial, con sardanas, con caramellas en las mañanas de Pascuas, con ramblas llenas de pájaros y flores, con el pórtico de Santa María junto al mar…

Esta tierra tan vasta y tan distinta,
tan temporal, con lo que en ella vive,
es mi patria, Señor. ¿Y no podría
ser también una patria celestial?

¡La muerte! No la teme nuestro santo; no la temen jamás los hombres que son hombres.

Y al llegar el momento tan temido,
en que se cerraran estos mis ojos,
abridme, Señor, otros más grandes,
para ver vuestra faz resplandeciente.
¡Séame así la muerte mayor vida!

"Mayor vida", traduce Maseras. "*Major naixença*" canta el santo catalán. "Nuevo nacimiento", traduzco yo, porque en verdad os digo que el que sabe morir nace dos veces.

El Hogar (25-12-1925)

Gustavo de Maeztu, íntimo

Hace pocas noches venía a EL ADELANTO a corregir las pruebas de mi crónica del día siguiente, y Angelito el regente, me entregó una carta. Era de Gustavo de Maeztu[251]. Me esperaba en Novelty. Venía helado, con una camisa gorda de color café, una gorra vasca hasta las orejas, un tremendo gabán inglés. Fumaba filosóficamente un cigarrillo y se tragaba un copazo de ginebra, con cierto aire holandés, de protagonista cachazudo y sonriente de los bodegones de Téniers. Nos abrazamos con verdadera cordialidad. Hace muchos años que Gustavo y yo nos queremos mucho...

[251] Hermano de Ramiro de Maeztu, el escritor. Era amigo personal de Sánchez Rojas.

Gustavo, con Serafín Menchaca, Juanito Larrinaga, Ricardo Power, Anguiano, «Cochecito» y otros bilbaínos, es gran amigo de Indalecio Prieto, a quien todos llamamos familiarmente, por su faz redonda de luna llena «el Padre Indalecio». Gustavo puede ser también, por su aspecto monacal, el «hermano Maeztu». En la dinastía que forman los tres hermanos alaveses, María la pedagoga, Ramiro el austero y Gustavo, Gustavo es el más humano, decidero y efusivo. Tiene algo de «glober trotter» y es de la piel del diablo este hombre tan comprensivo y tan bueno. Pinta un cuadro, escribe un drama –casi siempre irrepresentables por sus proporciones– y desaparece de la terraza del café Regina de Madrid o del Boulevard de Bilbao. Dos, tres meses nos preguntamos todos por el querido Gustavo. Una postal, nerviosamente escrita en la cubierta de un barco, o en una ciudad rusa, alemana o flamenca, nos cuenta al fin sus andanzas, trotes y retrotes.

Ha hecho una Exposición; a ella han asistido el Ministro del país, los críticos europeos, el Nuncio de Su Santidad y dos o tres príncipes de exportación, amigos suyos. Recibimos con la postal unos diarios que no logramos entender. La postal, a los quince días, viene acompañada de una epístola larga y efusiva...

Y todos sonreímos. Gustavo tiene un idilio. Gustavo va a casarse... Ahora va de veras; una Mary, una Ketty, una Vera –holandesa, rusa, británica– se ha apoderado de su corazón y guía sus pinceles hacia la expresión eterna y definitiva. El suegro es un burgomaestre gordinflón y rechoncho y la suegra una señora con una cofia blanca, que acaricia a una gatita y se adormila mientras Gustavo entona el dúo de amor con el dueño de sus amores.

Seguimos sonriendo. Este Gustavo es –para fortuna suya– un perfecto niño grande. Aparece, al fin, con la cartera repleta de florines o de libros.

– ¿Y tu amor, Gustavo? –le pregunta Indalecio.

Gustavo calla, calla sus buenas cosas... Las flamencas, ¡vete tú a fiarte de las flamencas...! Lo interesante son sus cuadros nuevos. Ha dado con la gracia de la mantilla prendida en una cabecita retrechera, ha dado con el color de unos chinos que conoció a bordo comiendo los granos de arroz con sus palitos; hay, sobre todo, en la colección, unos negros de mirada maravillosa, un poco complejos, que sobresaltan a nuestro Gustavo.

Gustavo ha recalado ahora en Salamanca. ¿Por unos días, por unas semanas, por unos meses? «¡Chi lo sá!»

– Salamanca, tu ciudad –me decía ayer tarde Gustavo, mientras gustábamos un magnífico solomillo en el Hotel del Comercio, donde ha trasladado sus carbones, sus apuntes, sus cuadros, sus dibujos, sus pinceles, sus libros y sus bártulos– tiene una luz maravillosa. ¿Sabes? Voy a pintar hasta hincharme. ¡Qué río, qué Tormes, chico! Vamos a tomar café en seguida, porque quiero aprovechar la luz para trabajar.

Gustavo nos hace el honor de exponer sus cuadros en el Casino. De estos cuadros –admirables y personalísimos– hablaré con emoción. Salamanca admirará la obra de este gran artista vasco que es, para todos nosotros, un niño grande y un exquisito y admirable camarada.

El Adelanto (22-01-1926)

Juana de Ibarbourou[252]

Para la señorita Mary Santiago Mirat[253]*.*

¡Oye, Mary, oye! Es una mujer, una morenita como tú, uruguaya, esposa de un comandante de Montevideo, la que canta:

¡Oh, lino, madura, que quiero tejer
sábanas del lecho donde dormirá
mi amante, que pronto, pronto tornará!
(Con la primavera tiene que volver).

Y sigue diciéndole a su esposo en voz baja, para que sólo lo oiga él:

Yo respeto y adoro la luz como si fuera
una casa que vive, que siente, que medita,
un ser que nos contempla, transformado en hoguera.

[252] Juana Fernández Morales que firmaba como Juana de Ibarbouru tomando el apellido de su marido, Lucas Ibarbourou. Reconocida poetisa uruguaya.

[253] Joven salmantina que mantuvo cierta relación de amistad con José Sánchez Rojas.

Así, cuando yo muera, he de ser a tu lado
una pequeña llama, de dulzura infinita
para tus largas noches de amante desolado.

Se acarician los dos –santamente– una mañana de primavera, como esta en que te escribo, Mary.

Y Juanita le dice, mimosa y femenina:

¡Tómame ahora, que aún es temprano,
y que tengo rica de nardos la mano!
Hoy, y no más tarde. ¡Antes que anochezca
y se vuelve mustia la corola fresca!
Hoy, y no mañana. ¡Oh, amante!, ¿no ves
que la enredadera crecerá ciprés?

El alma de Juanita vibra, vibra siempre. Como una estrella. Como un astro. Como una flor. Más: como una madre que es Juanita, Oye, Mary:

Es mi alma, ¡mi alma!, que sufre la tortura
y se exalta en extraña ansiedad de ternura
lo mismo que su hermana Teresa de Jesús.

Es mi alma, ¡mi alma!, que desea una cruz
de amor grande y doliente, de pasión y martirio.
¡Mi alma roja y blanca, de rosal y de lirio!
Juanita sufrió y lloró; por eso es buena y santa.

Oye, Mary, oye:
Y ahora está mi alma abierta a cuatro vientos;
fue cada sufrimiento una nueva ventana
hacia los dilatados y puros firmamentos.

Era inhospitalaria, insensible y oscura;
dolor abrió sus puertas y ahora de ella mana
un gran haz de luz clara de infinita dulzura.

A Juanita la besaron sus hijos en las manos. ¡Oye, Mary, oye! Y le nacieron rosas en las manos de Juanita:

Y murmura al verme la gente que pasa:
– ¿No veis que está loca? ¡Tornadla a su casa!
¡Dice que en las manos le han nacido rosas
y las va agitando como mariposas!

¡Ah, pobre la gente que nunca comprende
un milagro de estos y que sólo entiende
que no nacen rosas más que en los rosales
y que no hay más trigo que el de los trigales!

Que me digan loca, que en celda me encierren,
que con siete llaves la puerta me cierren,
que junto a la puerta pongan un lebrel,
carcelero rudo, carcelero fiel.
Cantaré lo mismo: Mis manos florecen,
rosas, rosas, rosas, a mis manos crecen.
¡Y toda mi celda tendrá la fragancia
de un inmenso ramo de flores de Francia!

¡Mary, bonita: un desterrado envía a otro este ramillete de flores del Uruguay! Lo guardo para ti: en el correo te lo envío. Y despojo los más lindos claveles y los pongo a tus pies, amiga mía, al levantarme, antes de ganar el pan mío de cada día, una mañana de Marzo, en que ha comenzado a florecer el almendro, cara a la montaña!

El Adelanto (19-03-1926)

Luis Bello, o de la pureza

Luis Bello ha visto, hace días, remontar el Tormes, camino de Alba, villa donde nació y nací, en compañía de un fraternal y queridísimo amigo mío: de Filiberto Villalobos. En Alba de Tormes quedan los muertos de Luis y quedan también mis muertos. Ni él ni yo tenemos ya raíces familiares en aquel pueblo. En Alba hay para Luis Bello «algo en el cielo claro, en la luz clara», que le atrae por el esfuerzo del espíritu «como un deseo de reconocer aquella primera luz de infancia y aquel suelo» donde nació. Va a su pueblo en peregrinación devota y callada. Está visitando Bello las escuelas de Castilla y de León…

Luis Bello es el escritor de la pureza y de la niñez perennes. Es bueno como un niño y firme y recio como un hombre. Escribe con un dejo de castellanía que recuerda la luz clara y el cielo claro de su pueblo natal. En su pueblo y en el mío murió Teresa de Jesús, tal vez de tedio, presintiendo la pequeñez de los homúnculos que se mueven en aquella ancha y deleitosa vega; en Alba de Tormes representó sus autos Juan del Encina; en Alba de Tormes estuvo desterrado Calderón de la Barca; en Alba de Tormes obtuvo su primera mención honorífica, en un certamen literario, con una oda dedicada a la beatificación de la madre Teresa de Jesús, Miguel de Cervantes Saavedra; en Alba de Tormes parece que pintó Goya el retrato de lord Wellington. La fecha más cercana de todo eso ha cumplido ya, harto holgadamente, su primer centenario. En la hora de ahora Alba de Tormes es la sede del tedio y de las zancadillas calladas. De Alba, que no del sitio donde dejó toda esperanza el florentino al entrar, dijo Teresa, mi Teresa de Jesús, que «es al lugar donde no se ama».

Pues en Alba y en Peñarandilla, y ahora en León, pasea su rostro cetrino, su faz un poco cansada y melancólica, nuestro querido Luis Bello. En Alba, en el pueblo de su infancia, ha visto las escuelas con «unos helios[254] lamentables que carecen de todo lo preciso, desnudos, polvorientos». Están los helios como los espíritus de los que adrede las han dejado abandonadas, después de haber consignación para eso, que se gastó en otros menesteres. Eso sí; a los abandonistas, analfabetos de profesión, no se les cae la palabra cultura de los labios. Presidiendo casinos, han llegado a la ocurrencia de dividir los novelistas en buenos y malos. Y como ciudadanos entronizaron la chulería y el matonismo, y calumniando y mintiendo, y viviendo del pecado de la ingratitud, gastaron los ahorros comunales en simplezas. Si saco a relucir el contraste es para ensalzar y ponderar justamente la niñez y la pureza espiritual de Luis Bello, nacido en este ambiente. Pasó por allí, por Alba, de largo, con una intuición exquisita… Temieron Villalobos y él al no verme a mí, al estar ausente de Alba el padre de sus pobres y aristócrata, delicado y bueno D. Luis de Zúñiga y Clavijo, prócer de corazón y de estirpe, la soledad terrible de paramera que allí se masca…

¿Qué busca este niño grande que hay en Luis Bello en las escuelas nacionales de nuestra España? Caballero andante del ideal, nuestro Luis quiere saber cómo se forma la niñez de hoy… ¿Sabe cómo se forma en Castilla? ¿Sabe cómo se ahoga todo grito generoso, toda protesta honrada, toda sed de justicia o de patria, que es lo mismo? De aquellas escuelas que tienen helios «desnudos y polvorientos» han surgido, naturalmente, almas desnudas y polvorientas. El maestro es el hazmerreír, el héroe de sainetes de hace treinta años. La maestra, una mujer; es decir, una hembra que no vive de sus rentas, en contraposición a las señoras de pro, que la desdeñan poniendo un hociquito de cuatro varas si las amenaza su compañía. Repitamos que al lado del claro Tormes, bajo el cielo claro y diáfano, esta la sede del señorío castellano.

Al pasar Luis Bello por allí ahogado en sollozos, como yo los ahogo cuando por allí paso, sus congojas íntimas y sus recuerdos de la infancia, quiero creer que el ambiente ha quedado un poquitín purificado. Él y Villalobos son capaces de tornar los charcos en fuente. Fuente de emoción, de pureza, de cordialidad, de liberalismo, de arte, de bien decir, es este exquisito Luis Bello, a quien me complazco en saludar, lleno de emoción, desde esta ciudad de Huesca que me ha señalado la Providencia de retiro, no sé si temporal o eterno. ¡Qué más da!

La Democracia (31-03-1926)

[254] Creemos que se trata de un error del cajista. En realidad, Sánchez Rojas, al igual que Luis Bello, hablaba de "patios".

Galerías fotográficas

Hace ya mucho tiempo que el escritor Guipuzcoano D. José María Salaverría cultiva, con diligencia digna de mayor fortuna el deporte fotográfico, que ahora comienza a decaer visiblemente entre los amateurs. La lente que utiliza para sus negativos el señor Salaverría no es tampoco de las más lucidas y flamantes; padece, como algunos ojos humanos, de presbicia. Tan lejana y borrosa refleja la imagen esa lente del escritor guipuzcoano y reaccionario, que apenas si le distinguimos de entre los demás. Y el fijado, y el viraje y la positivación adolecen también del mismo defecto.

Psicológicamente, el caso del señor Salaverría es el de una mocedad ficticia y de pega. Ha cumplido ya el medio siglo el discutidísimo escritor y no ha provocado grandes aplausos ni grandes censuras con su pluma. Sus escritos no han sido estimados nunca como muy buenos ni como muy malos. No han pasado nunca su discurso ni su prosa de los decorosos y discretos límites de una mediocridad dorada y risueña.

Discurre con el mediano y buen sentido de los burgueses que no se han inquietado nunca mucho por las grandes batallas del pensamiento; escribe como tantos otros, ni bien ni mal, sus impresiones de hombre tranquilo y un poco enfermo. Las muchedumbres, injustas con él, han decretado, por ejemplo, que Ortega y Gasset escribe mejor, que Unamuno escribe mejor, que Gabriel Miró escribe mejor, que Pérez de Ayala escribe mejor, que Valle Inclán escribe mejor. Y Salaverría, en el momento en que otros comienzan a tomar sopitas de ajo y acostarse con las gallinas, se siente remozado, bélico y ardoroso. Y se imagina víctima de conjuras subterráneas y de complots misteriosos. Y todo su malhumor contenido se desborda. Se desborda en libros como estos «Retratos», que han aparecido estos días, y en interviús como la que no ha muchos días aparecía en «La Unión», de Sevilla.

¡Diablo con los tajos, mandobles y estocadas que da en el vacío el discretísimo señor! ¿Ortega? ¡Psch! No vale la pena. Ni aun levantando el campo en la acera opuesta puede decirse eso del catedrático de Metafísica de la Universidad Central. Al contrario precisamente, porque no nos preocupa hay que combatirle con otras armas muy diferentes. A Unamuno le despacha de una sentada el antiguo delineante de la Diputación guipuzcoana, hoy colaborador preferente de «ABC». Todo el prestigio de D. Miguel estriba en su chaleco cerrado y en su barba blanca. Miró, por su parte, es un colorista mediterráneo y levantino, sin enjundia alguna. Pérez de Ayala, un mosaico, un cajón de sastre de estilos, de malos estilos. Y el hombre se queda tan tranquilo, después de estas inocentadas, creyendo que ha puesto una pica en Flandes...

Estos retratos son todos así: de brocha gorda. De pintor de rótulos y de paredones. Ni una observación discreta dentro de la oposición; ni un rasgo de ternura ni de inteligencia para con los modelos que pone delante de su lente de fotógrafo... ¿Estará enfermo el Sr. Salaverría?

Pestes, dolencias, asolamientos, fieros males son las dolencias que acierta, a ver D. José María en la república de las letras. Sus pontífices están comidos de la envidia, de la crueldad, de la farsa, de la mentira. Nadie sino D. José María se mantiene ecuánime en esta república, donde él es completamente un «parvenú». ¿Estará enfermo el señor Salaverría? ¿Padecerá de esa enfermedad a la vista que los doctores llaman daltonismo? ¿O necesitarán sus jugos gástricos de una buena dosis de bicarbonato? El dolor de estómago hace irascibles e iracundos a los que padecen de él...

El Liberal (22-05-1926)

Músico y poeta

Yo me estaba reposando

Reposando y durmiendo, como suele, se está el trovador del Castillo, componiendo romances y villancicos, piropeando a las doncellas, charlando con los hidalgos en el atrio de Santa María y yendo todas las tardes al jardín que está en la vega. Pero una tarde ve a una mocita; los ojos azules tienen un cerco morado; la barbilla saliente descansa en un cuello más blanco que la leche; los senos se afirman graciosamente detrás del juboncillo. Se llama Rosa la doncella y el juglar la llama Rosa Fresca; es una humilde criada de los duques y él la dice su señora; es una chicuela aturdida, mimosa, loquilla, Rosa Fresca, y el poeta se indigna porque a la causadora de su desventura, ignorante de la llaga que ha logrado abrir en el alma del músico, un poco viejo, un poco canoso ya, se le da una higa de los sobresaltos y dolores del infeliz amador.

Y va creciendo la pasión en su pecho, y todos la conocen menos Rosa Fresca, y el poeta pensando en la niña se levanta de la cama «muy sin tiento», y a todas horas vive «cercado de pensa-

miento» Juan del Encina. A su lado, teniéndole compañía, está la muerte, más él no teme morir, sino vivir sin amor:

Servía yo a una señora
que más que a mí la quería,
y ella fue la causadora
de mi mal sin mejoría.

Esta noche no ha dormido nada el poeta en el Castillo. Ha oído el murmullo del río lamiendo las murallas; y el piafar de los caballos en las cuadras de abajo, y el agorero graznido de las lechuzas en las grietas de la torre. La aurora extiende sus cabellos rubios –anchos y húmedos como los de Rosa Fresca– sobre la vega. El juglar sale de su estancia, recorre unos pasillos, desciende unas escaleras excusadas y secretas y se dirige

...do moraba
aquella que más quería.

Pero Rosa Fresca duerme a pierna suelta. A cada «sospiro congojoso» del viejo amador contesta la niña con el ruido franco y abierto de su respiración normal.

Y las luces de la mañana entran ya con descaro en la cámara de la doncella. «Esclaresce tanto» que el juglar teme ser sorprendido por los pajes y criados madrugueros del Castillo. Juan del Encina, hombre grave, maestro de capilla en la catedral salmanticense, amigo y deudo de eclesiásticos sesudos, no quiere ser sorprendido en estas andanzas; que repetirá mañana, que repetirá todos los días.

Y, sin ruido, torna el poeta a su estancia. Su gran «tristura» no cabe, de tan grande como es, en su corazón. Y el maestro de capilla acaba unos versos que comenzara anoche:

En estas cuitas estando
como vi que esclarecía,
a mi casa sospirando
me volví como solía.

Mi libertad en sosiego

Ahora vive en el pueblo, en su pueblo, de vacaciones, el donoso trovador. ¿Es de Encinas de Abajo el poeta? ¿Es de este pueblo, acurrucado en una ringlera de olmos, lleno de viñas, espejado en el Tormes, de horizonte limpio, que remata de un lado con el monte del Carpio y del otro con los oteros y lomas de Babilafuente? ¿O es del lugar de Encinasola de los Comendadores, achaparradete, hosco, polvoriento y pajizo? Los eruditos, los señores eruditos, no lo saben.

Juan del Encina ha huido de la Escuela desde los calores de San Juan hasta las vendimias de San Miguel. Le gusta la visión de las parvas en las eras; los trilladores sudorosos, jadeantes, cantan largas melopeas[255] que riman con el trote cansino de las mulas viejas al patear el grano; las muchachas rezuman y desprenden de sus poros el aroma del trigo maduro.

Como unas locas tiran las muchachas los haces de grano sobre las parvas; ríen, cantan, juegan, se caen, se levantan, y sus cabellos –mal sujetos– les caen a lo largo de las espaldas. El poeta no se harta de mirar. Y aquella imagen de Rosa Fresca, tan viva en su espíritu antaño, es ya una sombra borrosa y sin contornos.

Los campos, la trilla, las alboradas con sus cantares de labriego y las noches de Julio con el polvo de luz que levantan las estrellas en su carrera, han vuelto «descuidado» el corazón del poeta y han dejado su libertad en sosiego. No nos fiemos demasiado. Apenas han transcurrido unos días cuando ya siente el poeta su fortaleza cercada por nuevos amores. Su fe, que era su alcaide, ha entregado sus llaves prematuramente al recién venido amor. Otra mozuela como aquella ninfa del Castillo, le persigue ahora. (Ojos negros, cabello de endrina, faz roja y curtida, boca breve, brazos rollizos, tiene la doncella.)

«Dos mil sospiros»; nada más y nada menos que dos mil suspiros le cuesta al trovador la morenita. Y ya no puede defenderse del nuevo hechizo:

Cuando quise defenderme
ya estaba todo tomado.

[255] Cantares monótonos.

Por las vendimias, tornan las mozas a sus alocamientos. El poeta quiere cerrar los ojos. Y cautivo de sus males de amor, Juan del Encina vuelve a Salamanca, a cantar a los escolares, revoltosos y atropellados, las excelencias de la música y de las trovas; en el silencio y en la obscuridad de una capilla.

Por unos puertos arriba

Un caballero «lastimado de tristura», camina, puertos arriba, hacia una montaña fragorosa y abrupta. El caballo, cansado de trotar días y días, ha muerto en el camino, pero el caballero, abandonando la pobre bestia con melancolía, sigue caminando de sierra en sierra, sin retroceder jamás. Vestido de luto, «con las manos añudadas», los ojos en tierra, suspirando de continuo, no ve la hermosura del paisaje, ni aspira el perfume de las rosas silvestres, ni se da cata del frescor de las matas. Sin volver la vista atrás, sigue caminando siempre. La «amiga» acaba de despedir al caballero; recreándose en ella, recordándola en la soledad del camino, no come, ni bebe, ni sosiega. La tristeza que le invade, tiene una dulzura infinita:

–¿Quién te trajo; caballero,
por esta montaña obscura?
–¡Ay, pastor, que mi ventura!

Con este villancico, remata uno de sus últimos romances Juan del Encina. Eternamente joven, sabe calentar con una sonrisa las nieves de su vejez el trovador. Los recuerdos de mocedad, los ojos azules de Rosa Fresca, los negros de la guapa la labradora, alumbran su ascensión hacia la obscura montaña de la muerte. Así, sus versos tienen la perenne frescura del rocío de la mañana, y huelen hoy mismo, después de cuatro siglos de existencia, a romero y a mejorana, eterno perfume de mis campos salamanquinos, que vieron nacer al poeta.

El Luchador (01-10-1926)
El Pueblo (08-10-1926)
El Adelanto[256] (27-12-1925)
El Imparcial (18-11-1923)
España (23-12-1922)
El Sol (10-11-1918)

La vida de Dostoyewski

Amada Dostoyewski –la única hija del gran escritor ruso, porque Fedor murió de hambre en Leningrado hacia 1922, abandonado por los bolcheviques– ha publicado una preciosa y nutrida biografía de su padre. La ha puesto en castellano don Huberto Pérez de la Ossa, el benemérito escritor, y acaba de editarla Mundo Latino en un lindo volumen. La hija del gran escritor esperaba haber publicado este libro con motivo del centenario del autor de "Los hermanos Kamarazof", en 1921. La viuda se proponía "editar los recuerdos acerca de su ilustre marido", y ella, Amada, la hija, "tenía la intención de escribir una nueva biografía de su padre y de contar al público sus impresiones de la infancia".

Pero el propósito no ha podido realizarse, sin embargo, hasta el momento actual. La señorita Dostoyewski –que es una furiosa antibolchevique– echa la culpa a la terrible tormenta que ha pasado sobre Rusia, "destruyendo toda nuestra civilización europea". "Me he decidido, pues –añade–, a publicar en Europa la biografía de mi padre, que en otro tiempo pensaba publicar en Rusia, y con mayor motivo, ya que toda mi fortuna ha quedado en manos de los bolcheviques y en el presente me veo obligada trabajar para ganarme la vida...".

Fedor Dostoyewski, hijo de lituanos, es un niño vivo, apasionado y emprendedor. Sus padres le llaman un "verdadero fuego". Le interesan al niño las gentes humildes y se apasiona vivamente por su suerte. Además, es y será siempre muy religioso. En todas sus obras, recordará después la inmensa impresión que le producía en su niñez la lectura de la Biblia, escuchada en la iglesia. "Un recuerdo de infancia –escribe Amada– quedó profundamente grabado en el espíritu de mi padre. Una tarde de primavera se abrió bruscamente la puerta del salón donde se hallaba reuni-

[256] En *El Adelanto* su título fue «Los amores de Juan del Encina»; en *España*, «Coplas de Juan de la Encina»; y en *El Imparcial* y *El Sol*, «Juan de la Encina».

da toda la familia de mi abuelo, en Moscú, y el administrador de las tierras de Daravoie apareció en el umbral. "La posesión se ha quemado", anunció con voz trágica. En el primer momento, mis abuelos creyeron que estaban arruinados, y he aquí que en lugar de lamentarse se arrodillaron ante los iconos, poniéndose a pedir a Dios que les diese fuerzas para soportar dignamente la prueba que les enviaba. ¡Qué magnífico ejemplo de resignación y de confianza dieron a sus hijos, y cuántas veces mi padre ha debido recordar esta escena durante su vida, que fue tan agitada y dolorosa!"

La adolescencia del gran escritor se desliza apaciblemente en Petrogrado y en la escuela preparatoria de Petrogrado. Dostoyewski es un niño cándido, soñador y novelesco. Vive el gran escritor con su hermano Miguel una temporada; pero tienen que separarse ambos hermanos, porque Miguel marcha a Reval y Fedor tiene que permanecer en la Escuela de Ingenieros. Como buen lituano, "se refugia en la soledad". Le disgustan sus compañeros, y solamente se amiga con el joven Grigorovitezt. Salido de la escuela, obtiene una plaza en el departamento de ingenieros militares. Muerto su padre, aspira a ser novelista. Siempre al lado de su amigo Grigorovitezt, deciden vivir juntos; alquilan una "garçonniere"[257] y toman un criado.

Las deudas amargan los primeros pasos de la vida del gran escritor. Los editores y los periódicos le explotan inicuamente. Hace traducciones; pero no gana todo el dinero que necesita. Una tía suya socorre al joven novelista, señalándole una pensión.

Sin embargo, Dostoyewski es siempre, a pesar de sus gastos, un joven laborioso y aplicado. Escribe por entonces "Las pobres gentes"; Nekrasof queda maravillado de esta primera obra de Dostoyewski. Así que la publica este, se ve célebre de la noche la mañana. Y enseguida se encuentra mezclado en el complot político de Petrachewski. Conspira contra el zar, y como Dostoyewski es la figura más relevante del proceso, se le toma, naturalmente, por el caudillo de la conspiración. El gran escritor es condenado a muerte. "El emperador –escribe Amada Dostoyewski– no quiso quitar la vida a los conjurados; pero quiso dar una buena lección a la juventud". Sus consejeros le sugirieron una lúgubre comedia. Se anunció a los prisioneros que iban a morir. Los transportaron a una plaza pública donde acababa de levantarse el patíbulo. Los subieron a él; uno de los conjurados fue atado al poste con los ojos vendados. Los soldados fingieron que iban a disparar... Pero en este momento llegó un correo anunciando que el emperador computaba la pena capital por la de trabajos forzados.

Y Dostoyewski marcha a Siberia. Allí se forma ya definitivamente su personalidad literaria, como veremos otro día.

El Liberal (24-11-1926)
La Prensa (09-12-1926)

Más sobre la vida de Dostoyewski

Dostoyewski, en la estepa siberiana, «se traza un plan de acción –escribe su hija–; adopta una actitud». Condenado a vivir muchos años en presidio, encuentra en este «la verdadera Rusia que ha buscado vanamente en Petersburgo». Sus compañeros –ladrones, asesinos, incendiarios– le observan con curiosidad, pero sin ninguna benevolencia al principio; pero luego se acostumbran a él y le aman y reverencian a su modo. En los cuatro años de presidio Dostoyewski lee constantemente la Biblia y toma notas y apuntes para sus maravillosas «Memorias de la casa muerta». Y en el presidio cambia del todo la psicología del gran escritor. Se trueca en gran eslavo, en rusófilo, en un ferviente y austero cristiano. El último de los cuatro años que dura la deportación del glorioso escritor es mucho más blando y dulce para el cautivo. Le destinan a los trabajos llevaderos de secretaría, le sirven buenas comidas, le llevan libros y le permiten la lectura de periódicos y revistas. Hasta puede circular por la ciudad, y gracias a su joven amigo el barón Vragel, alquila en los alrededores de Semipalatinks una pequeña villa, donde se solaza plantando flores en un jardincillo.

Poco después se casa con la viuda de un oficial, que no lo quiere y que se burla de él. Gracias a la influencia del general Todleben el escritor puede volver a Rusia. Consigue de la censura el permiso para publicar las «Memorias de la casa muerta», que obtiene un éxito resonante, colocando a Dostoyewski a la cabeza de los grandes escritores rusos.

[257] Piso de soltero

Abandona a su mujer, que no siente el menor reparo en engañarle públicamente, y se enreda en una aventura pasional con una muchacha estudiante, que tampoco deja huella alguna en el corazón de Dostoyewski. Durante varios años, en compañía de su hermano Miguel, redacta unas hojas periodísticas, donde va insertando sus mejores trabajos literarios. Muere su hermano y Fedor se encarga de pagar sus deudas. A los cuarenta y siete años contrae segundas nupcias con la madre de la autora de este libro, una linda muñequita de diecinueve, que llega a amarle con frenesí. Entonces se asienta definitivamente la vida de Dostoyewski.

La hija describe con sagacidad y con ternura los últimos catorce años de la vida de su padre, sus viajes de amor por Italia, Suiza, Austria y Alemania: sus empresas editoriales, y, sobre todo, la evolución íntima de sus ideas sociales y religiosas en torno al gran problema de Rusia. Interesantísimos estos capítulos finales que se titulan «Dostoyewski, íntimo», «Dostoyewski, padre de familia», «Dostoyewski y Turgueneff», «Dostoyewski y Tolstoi». Para la hija, el padre, mejor que Tolstoi, de origen alemán y extraño verdaderamente a las influencias íntimas del espíritu eslavo, Dostoyewski es el escritor ruso por excelencia. Él ha estudiado mejor que nadie el papel verdadero de Rusia en la causa de la civilización. Las instituciones europeas nada tienen que hacer en Rusia. Los intelectuales seudoeuropeos forman en Rusia una casta aparte que es profundamente antipática y hasta extraña en el medio donde actúan y se desenvuelven los campesinos moscovitas. El bolchevismo es un producto exótico, que ha sido trasladado a Rusia desde Zúrich «en un vagón blindado». El pueblo ruso preconiza la república cristiana en la tierra. Según Dostoyewski está más civilizado que Occidente. Y su radio de acción es Asia más que Europa, porque en Europa el ruso «es tártaro»; pero en Asia representa la civilización y la cultura.

Momentos antes de morir, en 1880, Dostoyewski insiste en sus puntos de vista, en el programa del «Diario del escritor». Este programa es una violenta invectiva contra los intelectuales. «No despreciéis al pueblo –dice a estos–. Queréis un Parlamento europeo, en donde esperáis asentaros y votar unas leyes, sin preguntar al pueblo su opinión. Este Parlamento no será más que un parloteo. No podéis dirigir a Rusia, porque no la comprendéis. El único Parlamento posible en nuestro país es un Parlamento del pueblo. Que se reúna y que anuncie su voluntad. Y vosotros, intelectuales, escuchad con respeto las humildes palabras de los diputados campesinos y procurad comprenderlas bien, a fin de dar una fórmula jurídica a estas palabras». Y añade después: «Ya es tiempo de abandonar a la ingrata Europa; nuestro porvenir está en Asia. Europa es, ciertamente, nuestra madre; pero en lugar de mezclarnos en sus asuntos la serviremos mejor trabajando en nuestra nueva idea ortodoxa, que más tarde traerá la felicidad al universo entero».

Estas palabras constituyen, por decirlo así, el testamento político de Dostoyewski. Leyendo con atención esta biografía asistimos a las razones íntimas del pensamiento del autor de «Crimen y castigo». Felicitamos a la editorial Mundo Latino por habernos dado el placer de saborear en castellano un bello libro que está llamado a provocar las más vivas polémicas en los asendereados tiempos que corremos.

El Liberal (09-12-1926)

Homenaje a Luis Bello

El homenaje a Luis Bello va prendiendo, poco a poco, como no podía menos de suceder, en el corazón y en la conciencia de las gentes. Araquistain ha tenido la fortuna de saber decir en voz alta lo que todos pensábamos en la intimidad. Las listas de *El Sol* van cuajándose, día a día, de nombres conocidos y de donativos eficaces. Luis Bello tendrá su casita clara, alegre, limpia, confortable, soleada, en este Madrid que él ama tanto. Es la primera casa –y esta es la ejemplaridad del homenaje– que España levanta no a un figurón de tanda ni a un muñeco mimado por la Fortuna, sino a un hombre que no ha querido y que no ha sabido ser más que escritor y más que periodista.

Con el pretexto del viaje a las escuelas españolas que está realizando Luis Bello nos está descubriendo este gran escritor no solamente los problemas futuros sino también los problemas del presente en España. Nos está diciendo, sencillamente, cómo es España. España, para casi todos los españoles y singularmente para los madrileños, no pasa de ser una abstracción y una entelequia; desde luego un tópico. Hay una cosa que se llama Madrid, la corte, y otra, muy vaga y general, que se llama las provincias. Para cada región había su cliché y su diagnóstico, seguido de su sencilla terapéutica: Castilla era gris, y Andalucía alegre, y Cataluña laboriosa, y Galicia

resignada, y Levante rico, y Aragón viril y Extremadura retardataria y pobre. Luis Bello nos está deshaciendo estas pobres concepciones de mesa de redacción. Madrid está rodeado de aduares, y en las provincias, en cambio, comienza a sentirse la inquietud del futuro. Cataluña, por ejemplo, tiene sus puntos negros –Lérida–, y Castilla sus oasis prósperos y fecundos –León, Soria, Salamanca, Santander–. El dinero de los indianos lleva su cultura a Asturias, y en los pueblos de señorío, donde la propiedad está en muy pocas manos, la escuela arrastra una vida lánguida y precaria. La escuela es hija del ambiente que la rodea y su modificación requiere la de los distintos factores que contribuyen a formarla e integrarla. Por eso este viaje de Luis Bello a las escuelas primarias es el espejo de nuestras costumbres y el índice de nuestra mentalidad en los tiempos que corremos.

Luis Bello, con su figura seca y espigada, con sus ojillos escrutadores y escépticos, con su melenita gris y su abrigo color café con leche, nos recuerda un poquito a Madoz, a Ponz, a Quadrado, a los clásicos viajeros del siglo XIX en España. Pero les gana a todos en fervor, y, sobre todo, en humanidad. No le interesan las ruinas, sino los niños. Si le atrae el pasado no es como elemento pictórico, sino para extraer el presente, y con él las entrañas del futuro. Lo muerto no le dice nada junto a lo vivo, aunque no puede menos que reconocer que lo vivo está lleno de ruinas en nuestro país. Partiendo de la escuela, y desde la escuela, completa este curioso viajero el paisaje espiritual de los pueblos y comarcas que recorre. La escuela es la síntesis mejor y, desde luego, el único punto de mira, la atalaya más discreta para un hombre todo sagacidad y pureza. Fijaos bien: en el cinturón que rodea a Madrid es la barbarie suelta lo que campea, y en el hambre de las escuelas rurales andaluzas el problema agrario el que asoma, y en Castilla y en Aragón el ansia de pertrecharse bien en la vida, y en León y en Asturias la posibilidad de cambiar de ruta. Luis Bello, que ve España, toda España, desde las escuelas, no cesa de señalarnos, con el dedo vigilante, el mal de cada sitio, advirtiéndonos de paso que la dolencia es compleja, que adquiere mil tonalidades diferentes, y que, como problema vivo que es, no puede tratarse más que en cada caso particular, yendo al foco de la dolencia, atajando indirectamente toda la escala de sus causas próximas y remotas.

La escuela sigue siendo entre nosotros efecto de nuestra desidia, sin que pueda considerársela todavía como causa de cosa alguna. Mucho se ha adelantado ya substrayendo al maestro del radio del sainete, pero aún no se le ha redimido lo suficiente para que pueda poner fervor en su magisterio y en su apostolado. Sobre todo no se puede decretar humanamente la asistencia obligatoria a las escuelas de niños que tienen que ganarse la vida fuera de ella. Solamente los pueblos ricos pueden permitirse el lujo de imponer sanciones a los analfabetos. El problema escolar es, en suma, todo el problema español, y Bello es el primero que ha llevado este postulado a la conciencia de las gentes.

No vamos a decir nosotros con cuánta alegría nos asociamos a la idea de Luis Araquistain, el querido y cordialísimo ex director de *España*. Bello ha sido el único del grupo de la gloriosa revista que ha seguido, en años de pereza y de silencio, fiel al lema de aquella publicación, que gana, después de muerta, batallas tan sentadas como las que está librando en las escuelas. Como no ha tenido tiempo de crearse un hogar Luis Bello es justo que se lo regalemos los demás. La idea está en marcha y la idea se realizará. Confesemos que en este delicado presente de lo mejor y más vital de nuestra España a Luis Bello nos sentimos un poco halagados los que damos más valor en el comercio humano a los sueños posibles que a las realidades inmediatas, aunque con realidades inmediatas tengamos que vivir para soñar.

La Semana Gráfica (14-04-1928)

La política de Rubén Darío

En las *Obras completas*, en buena parte absolutamente inéditas y desconocidas, que de Rubén Darío está publicando en Madrid el señor Villacastín, me interesan, de momento, dos volúmenes muy curiosos, el XI y el XIII, que contienen los escritos políticos del gran poeta nicaragüense durante su juventud. El volumen XI *Crónica política*, se entrega ahora, por vez primera, a la voracidad del público; contiene informaciones y noticias muy interesantes de las luchas intestinas de casi todas las repúblicas sudamericanas y centroamericanas: Argentina, Venezuela, Colombia, Paraguay, Bolivia, Perú, Cuba, Brasil, Chile, Uruguay, Nicaragua, Guatemala, Ecuador, Santo Domingo, Honduras, San Salvador, Puerto Rico… Son escritos de combate, rudos, atroces desconsiderados, liberalísimos, de hombre que lleva a América en sus entrañas y al que duelen de todas

veras sus dolencias y enfermedades de toda laya. "Excelentísimo Señor –le espeta al Presidente de Costa Rica. Don José Rodríguez–; en política, los hijos políticos son sencillamente funestos. Por más que el efecto, por más que las conveniencias sociales se presenten en tentadoras circunstancias, ante el criterio de los hombres rectos y honrados como lo es usted, los hechos demuestran que sobre todo está cierto poco de sangre que sube a la cara". En su viaje a Guatemala, Rubén, acordándose de Daudet, piensa escribir una novela *Los presidentes en el destierro.* Da en imaginar, por ejemplo, el caso del tirano Rosas, fuera de su patria, la Argentina. Rosas ha convertido a su hija Manolita, en una lady. En el exilio el tirano se ocupa de los caballos, de los carneros, de los percherones y discute con los entendidos de los Durham y de los Yorkshire. Hasta se atreve a leer y a escribir el tirano; "pero no comprende nunca la ortografía". El desterrado contempla el mar todas las tardes. Algunas veces intenta recordar su país. Y "cada vez que lo intenta se estremece y torna a quedar abrumado y pensativo. Siente que algo formidable y centellante se cierne encima de su frente. Y es la verdad; son las estrofas de mármol que pasan volando, amenazantes, sobre su cabeza, como una bandada de águilas furiosas".

No pierde nunca Rubén, a lo largo de sus crónicas su ferviente entusiasmo por la libertad. Antes que poeta, se siente siempre ciudadano, al revés de estos pobres muchachos de hogaño que se entretienen en redactar *La Gaceta Literaria*, y otros menesteres de menor cuantía, inventando encuestas donde sostienen la donosa opinión de que el poeta está por encima de las luchas políticas en que se debata su país en un momento determinado. Convengamos, ante todo en consignar que esa no es la buena teoría. Abilio Guerra Junqueiro, en Portugal, ante las enormidades de aquel Carlos de Braganza, el de los *adeantamentos*, abandona la lira para ocupar el banquillo de los acusados. Josué Carducci en Italia pelea en su mocedad al lado de los garibaldinos y se desata en injurias contra el "vulgo vile" que sigue las inspiraciones del Papa Rey. En el presidio de Melilla vive unos años Martínez de la Rosa, con don José María Calatrava y Francisco Sánchez Barbero, antes de convertirse en "Rosita la pastelera" y en el último puntal de la Monarquía. Y aquí está, en fin, Rubén Darío, que pelea los momentos que no quiere cantar.

Tal vez por eso desentierro su memoria en estos instantes. Releyendo estos XVII tomos que van, hasta la hora de ahora, publicados del gran poeta nicaragüense, advertimos con deleite que abandona su torre de marfil por la barricada, siempre que tiene que opinar. Y cuando opina lo hace siempre a voz en cuello y sin sordina de ninguna laya. Tal vez ha entrevisto en su ídolo Víctor Hugo, que el poeta ha de ser civil, esto es, ciudadano siempre, si ha de ser verdaderamente poeta. En América, Rubén Darío pasa por todos los dolores y por todas las amarguras durante su juventud. A cada paso es expulsado de tal o cual país y él aprovecha todas las etapas de su doloroso calvario para sustentar su famosa teoría de la única nacionalidad centroamericana que se oponga a la rapacidad y al sentido imperialista de los yanquees [sic]. Ni por un momento abandona su tono de panfletario apocalíptico. Lo mismo se encara con los tiranuelos mediocres que con los soldadotes brutales y sanguinarios, que han hecho, en sus años de mocedad –1888-1895– un campo de Agramante de toda la América española. Y es curioso advertir que estas prosas contienen en embrión sus mejores cantos de años después. Rubén es siempre precursor de sí mismo. Ahora que ya podemos hacer la valoración del gran poeta advertimos en toda su obra una formidable unidad, que va desde estos cantos en prosa, apasionados y brillantes, por la Argentina y otros pueblos de gran porvenir, hasta sus imprecaciones poéticas a los Estados Unidos y al imperialismo al uso de Teodoro Roosevelt.

El Luchador (16-01-1929)
El Mañana (17-01-1929)
El Pueblo (17-01-1929)
El Pueblo Gallego (18-01-1929)

Antonio Machado[258]

«La meva infantesa són records d'un pati de Sevilla –canta el meu caríssim Antonio– un pati de Sevilla i un hort on el llimoner madura». En el pati sevillaníssim de la «Casa de las Dueñas», propietat del duc d'Alba, nasqué el poeta. Fins als vint anys s'està a Sevilla. Després –no cessa de cantar–, després «la meva joventut són vint anys en terres de Castella – la teva història, uns casos que no em fa goig recordar».

[258] Publicado en catalán. Insertamos también su traducción al castellano para una mejor comprensión.

Però Antonio és sevillà. Com Velázquez, com Murillo, com Gustau Adolf, com aquell pobre rossinyol mort, quan començava a refilar, aquell deixeble de Maragall, que es digué Josep Maria Izquierdo, el qual intuí, després d'haver meditat els «Elogios» del poeta de Sant Gervasi, tota la inefable gràcia de la seva ciutat. Antonio és sevillà, àdhuc quan no voldria ésser-ho, àdhuc quan afirma que la seva pàtria espiritual és la meseta de Castella i les valls on llisca el Duero i els pins d'Almazan, vistos al capaltard des d'un vagó de tercera. Quan somiem, Antonio, que l'amor ens fa una pàtria nova. allò que fa realment és enfondir-nos en el cor la nostra. Tu ets castellà adoptiu, però sevillà de naixença. El pati de la teva infantesa és Sevilla i el paisatge de la teva infantesa dringa i viu en les teves estrofes.

I perdona'm que reveli el teu secret a aquesta noble Catalunya que adorem tots dos, abans de divulgar-ho per Castella. Vaig copsar el teu secret en la teva ciutat; vaig fer-me'l a mans amb bones armes, ja ho saps. La teva ciutat és la meva: la placeta de Santa Marta i de Sant Francesc on somien també Joaquim i Serafí Alvarez Quintero, Sant Climent, Santa Palma, la Roldana, la Pastora i la Macarena i el «Cristo del cachorro» i Sant Llorenç i la Torre de l'Or, que es guaita al riu. És l'adoració a la meva ciutat que m'ha dictat el teu secret, trovaire. Sevilla és una mica núvia meva i, en dir-me a flor de reixa les primeres paraules trèmules per la meva fidelitat de castellà, m'ha dit que és en honor meu que s'avé a que coquetegis amb el Duero, a desgrat de brindar-te el seu Guadalquivir.

Deixa'm afirmar que els teus versos, tan de Castilla, són d'allò més sevillans, tan sevillans com la capa del nostre Manolo, del nostre Manolo Machado, autor de la corranda:

Tu calle ya no es tu calle,
que es una calle cualquiera,
camino de cualquier parte.

Tan sevillans com les assonàncies de gitana mora de Gustau Adolfo, tan sevillans com els «lindos» de Diego de Velàzquez i de Silva, que tenen llum de Sevilla i reflexos del riu: tan sevillà com les verges de Murillo, com els «golfíllos», com les floristes, que saben el secret dels seus ponts: tan sevillà com les teles i la vida de Rafael Romero Barros, el pare del pintor Juli i d'Enric l'erudit: tan sevillà com la prosa de Izquierdo, aquell que volia una talaia que toqués el cel per veure, des de ben amunt, el clar somriure de Sevilla.

Allò que no és ni sevillà ni andalús, ni castellà ni espanyol, és precisament tot el demés. Els cristalls de colors de Pep Muñoz San Roman; l'art de novel lar de Muñoz Paorin, els epitafis de Lluís Montoto. L'erudició –bon Déu. quina erudició– del bo de Gestoso i Peier; l'hotel d'Alfons XII, la prosa dels seus diaris, dels seus organismes oficials. Allò que no és sevillà és el sevillanisme i el tipisme i el flamenquisme i el cabaret. Allò que no és sevillà –perdó, perdó!– és el Certamen íbero-americà[259]: allò que no és sevillà i tu saps prou bé que no dic blasfèmia, Antonio –és l'obra dels seus arquitectes de l'última fornada. Allò que no és sevillà...

Però deixem de banda tot això, caríssim Antonio, que no vull fer sinó divulgar el teu secret.

La Veu de Catalunya (06-07-1929)

Antonio Machado (TRADUCCIÓN)

«Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla –canta mi carísimo Antonio– un patio de Sevilla y un huerto donde madura el limonero». En el patio sevillanísimo de la «Casa de las Dueñas», propiedad del duque de Alba, nació el poeta. Hasta los veinte años estuvo en Sevilla. Después –no cesó de cantar–, después «mi juventud son veinte años en tierras de Castilla – Tu historia, algunos casos que no quiero recordar».

Pero Antonio es sevillano. Como Velázquez, como Murillo, como Gustavo Adolfo, como aquel pobre ruiseñor muerto, cuando comenzaba a gorjear, aquel discípulo de Maragall, que se dijo José María Izquierdo, que intuyó, después de haber meditado sobre los «Elogios» del poeta de San Gervasio, toda la inefable gracia de su ciudad. Antonio es sevillano, aun cuando no quisiera serlo, aun cuando afirma que su patria espiritual es la meseta de Castilla y los valles donde se desliza el Duero y los pinos de Almazán, vistos al atardecer desde un vagón de tercera. Cuando soñamos, Antonio, que el amor nos hace una patria nueva, lo que hace realmente es ahondar en el corazón de la nuestra. Tú eres castellano adoptivo, pero sevillano de nacimiento. El patio de tu infancia es Sevilla y el paisaje de tu infancia tintinea y vive en tus estrofas.

[259] La Exposición Iberoamericana tuvo lugar en Sevilla del 9 de mayo de 1929 al 21 de junio de 1930.

Y perdóname que revele tu secreto a esta noble Cataluña que apreciamos ambos, antes de divulgarlo por Castilla. Voy a captar tu secreto en tu ciudad; voy a hacerlo a mano con buenas armas, ya lo sabes. Tu ciudad es la mía: la plazoleta de Santa Marta y de San Francisco donde sueñan también Joaquín y Serafín Álvarez Quintero, San Clemente, Santa Palma, la Roldana, la Pastora y la Macarena y el «Cristo del cachorro» y San Lorenzo y la Torre del Oro, que se asoma al río. Es la adoración a mi ciudad que me ha dictado tu secreto, trovador. Sevilla es un poco mi novia y, al decirme a flor de reja las primeras palabras trémulas sobre mi fidelidad de castellano, me ha dicho que es en mi honor por lo que se aviene a que coquetees con el Duero, a pesar de brindarte su Guadalquivir.

Déjame afirmar que tus versos, tan de Castilla, son de lo más sevillanos, tan sevillanos como la capa de nuestro Manolo, de nuestro Manolo Machado, autor de la copla:

Tu calle ya no es tu calle,
que es una calle cualquiera,
camino de cualquier parte.

Tan sevillana como las asonancias de gitana mora de Gustavo Adolfo, tan sevillanos como los «lindos» de Diego de Velázquez y de Silva, que tienen luz de Sevilla y reflejos del río: tan sevillano como las vírgenes de Murillo, como los «golfillos», como las floristas, que saben el secreto de sus puentes; tan sevillano como las telas y la vida de Rafael Romero Barros, el padre del pintor Julio y de Enrique el erudito: tan sevillano como la prosa de Izquierdo, aquel que quería una atalaya que tocara el cielo para ver, desde muy arriba, la clara sonrisa de Sevilla.

Lo que no es ni sevillano ni andaluz, ni castellano ni español, es precisamente todo lo demás. Los cristales de colores de Pep Muñoz San Román; el arte de novelar de Muñoz Paorin, los epitafios de Luis Montoto. La erudición –buen Dios, qué erudición– del bueno de Gestoso y Peier; el hotel de Alfonso XII, la prosa de sus diarios, de sus organismos oficiales. Lo que no es sevillano es el sevillanismo y el tipismo y el flamenquismo y el cabaret. Lo que no es sevillano –¡perdón, perdón!– es el Certamen íbero-americano: lo que no es sevillano y tú sabes muy bien que no blasfemo, Antonio– es la obra de sus arquitectos de la última hornada. Lo que no es sevillano ...

Pero dejemos de lado todo esto, carísimo Antonio, que no quiero otra cosa que divulgar tu secreto.

La Veu de Catalunya (06-07-1929)

Barrés y el secreto de Toledo

En un discurso, que a su muerte dejó inédito, dice así:

«En España podemos hallar tesoros espirituales, potencias renovadoras de nue*stros sentimientos fundamentales. Lo que separa aún Francia y España no son los intereses, son los prejuicios, y para derribar esta barrera es preciso que entre los dos países se cambie la palabra: la palabra que precede y guía la acción».*

Toledo: panorama de la Virgen del Valle, bramidos del Tajo, que lucha por desprenderse de sus barranqueras; puente de San Martín, castillo de San Servando. Toledo: Zocodover, hornacinas, Virgen de los Alfileritos, camposanto del Cristo de la Vega, Puerta del Sol, cigarrales. Toledo: espadañas y torrecillas arañando el aire azul, campanario de Santa Isabel, de San Román; torre graciosa de la Primada, patio de San Juan de los Reyes, ermita de la Luz, tejaroces, cuestas empinadas, calles silenciosas, plazoletas con cruces empotradas en los muros. Toledo: posadas, mesones, la casa del Sevillano, que aún conserva el perfume de Costancica, la siempre novia; la casa de la Santa Hermandad, callejones, cobertizos, conventos. Y el Tajo, que encincha y aprieta a la ciudad, bramando, orgulloso de su presa. Toledo: sombra de Padilla el Bueno, torrecillas civiles del Concejo frente a la mole catedralicia, eco de la Cava, de D. Pedro el Cruel, de Berruguete; hospital de Afuera, rostros de varones de vida interior que acompañan al de Orgaz en la hora de su entierro, sepulcro de Tavera…

Cuando concertamos nuestras propias impresiones personales con las extrañas, destacan y adquieren relieve las de Mauricio Barrés. El francés pálido y señoril de mirada errabunda y de amplio mechón sobre la frente, no visitó Toledo con el Baedecker en la diestra, en calidad de turista; vivió en él como un indígena, M. Barrés fue en seguida para los canónigos, para los profesores de la Academia, para los hosteleros y «cicerones», nada menos y nada más que D. Mauricio. Y D. Mauricio, que venía a Toledo a descansar de sus fatigas y a escapar del ruido de la rumorosa plaza de verduras, donde tenía instalado su estudio de procurador en Cortes por la capital del Sena, sorbió y reflejó en sus libros el espíritu y el ambiente toledanos, escribiendo las impresiones más densas y profundas que se han escrito en todo lo que va de siglo sobre la ciudad del Tajo.

Mauricio Barrés tenía entre otras sutiles y exquisitas cualidades espirituales, el don de las evocaciones, y por oposición con la dulzura y suavidad de su pueblo, percibió los contrastes bruscos, la luz cruda y los matices violentos de España mejor que los españoles. Sus páginas en francés –sobre Toledo– son las más españolas que yo conozco. Allí el judío de nariz puntiaguda, mandíbula saliente y ojos de lince, que discurre un domingo bajo los porches de Zocodover, oyendo un concierto provinciano; allí, la toledanita pizpireta y alegre, donairosa y callada, fina como un lirio y esbelta como una paloma, que tanto place a Isabel la Católica, y excelente conocedora de las prendas femeninas que hace de Toledo, según el gracioso «Tesoretto» publicado en lengua toscana, el paraíso español donde los hombres son bravos y caballeros, y dulces, apasionadas y gratas para el amor las mujeres; allí, el hidalgo seco, anguloso, estirado, con los ojos brillantes consumidos por una fiebre interior, que sigue al anochecer su linda damisela, matando de paso al adversario de una estocada y rezando de noche a María, mientras le confía sus cuitas y dolencias amorosas; allí, el soldado pinturero, que ha rodado por las hosterías de Flandes y por las «trattorie» de Milán, olvidándose de los ojos de Inesilla y provocando el juramento, ante escribanos, de los Cristos… Mauricio Barrés supo ver, como otros escritores, las piedras de la gran ciudad y dialogar con ellas; pero lo que acertó a expresar mejor que ninguno fue los rasgos peculiares de la raza que puebla Toledo todavía. Nosotros no vemos acaso lo diferencial, lo que nos hace ser precisamente españoles, porque carecemos del término de comparación sobre el que hayamos de ponderar y de medir nuestros juicios. Barrés, en cambio, bucea y analiza nuestro carácter y nuestras particularidades raciales, nuestros rasgos fisonómicos y espirituales, lo que queda en nosotros del morisco y del muzárabe [sic], porque sabe percatarse inmediatamente de lo diferencial y de lo específico.

Muy justo y muy espiritual el homenaje que consagró, en fecha no lejana, la ciudad de Toledo al gran escritor francés. El mostró el secreto del Tajo, y de los cigarrales, y de las torres, y de los tejaroces, y de los patios, y de los mesones de la ciudad española a los europeos.

Lo que hizo Pérez Galdós dentro de España por Toledo, supo hacerlo Barrés fuera de ella. Siempre con sutileza, siempre con sagacidad y discreción, el autor de «El secreto de Toledo» paseó su rostro pálido, sus ojos distraídos y tristes y su enorme mechón de pelo sobre la frente, en la cuesta del Carmen, bajo los porches de Zocodover, sorbiendo lo que hay de trágico, de sentimental y de arbitrario en el alma española, mística y voluptuosa a la vez.

Toledo (01-08-1929)
El Liberal (15-06-1924)

El marqués de Santillana

Don Iñigo López de Mendoza, primer marqués de Santillana y padre de doña Mencía Mendoza de Vega, condesa de Haro, nace, como sabe el lector, en Carrión de los Condes. Don Íñigo es muy poeta y es muy rico. Piropea a las mozas coloradas y fuertes de sus vasallos y pecheros y gusta de amor y de caballería. El amor, para nuestro marqués, es un deporte agradable:

Pero en esto es engañada
en pensar por tal razón,
que yo faga mi morada
donde no es yntención,
ca de cuerpo e coraçon
me soy dado por syrviente
a quien dice que no siente
mi trabajo e perdición.

Y la caballería es, para el bueno de don Íñigo, toda suerte de achaques de montería mayor y menor, que a todas las castas de piezas lanza el gentil montero sus venablos.

A los diez y ocho años, se casa nuestro marqués con doña Catalina de Figueroa, hija del maestre de Santiago. A los diez años ha firmado ya en Ocañá sus capitulaciones matrimoniales; las bodas con Catalina –rumbosas y tan memorables entre los estudiantes de sopa boba, como lo fueron después las de Camacho entre pastores– celébralas el marqués en Salamanca, en los primeros días del mes de Junio de 1416. Santillana anda de un lado para otro sin hacer caso mayor de Catalina. Intriga en la corte de Castilla por el infante don Enrique; tiene amores tapados en Tordesillas con una buena moza, un poco desganada, que le da disgustos a granel; hace incursiones por estas tierras de Burgos, enamorando, como siempre, doncellas rústicas y lozanas:

Yo loé las de Moncayo
e sus gestos e colores
de lo qual non me retrayo,
e la moçuela de Bores;

traspone el Moncayo, y en sus posesiones de Santillana, torna a su ejercicio favorito, con aquella mozuela de la Finojosa, que no responde derechamente a las demandas mondas y lirondas del cazador que no quiere perder el tiempo. Ítem más: nuestro don Iñigo pelea en Villalba, y en Talavera, y en Montalbán. Luego reposa unos años en Guadalajara, vuelve a la vera su Catalina, hace las paces con ella, y en el amor que retoña y en el reposo, le nacen los hijos y los versos al Marqués.

Me vienen a los puntos de la pluma y de la memoria estas andanzas del querido poeta carrionés, porque su hija doña Mencía está enterrada, precisamente, en la preciosa capilla del Condestable de la catedral burgalesa. De la condesita de Haro sabemos que es alta, fuerte y morena. Ama, como papá, la caza, los perros, los caballos, las trompas y los hurones. Mocita, se le muere el padre, y Catalina, que está aún harto hermosa y que muy desengañada de las serranillas y de los deportes venatorios de don Iñigo, se enamora fuertemente del Condestable de Castilla, don Pedro Fernández de Velasco, y contrae con él segundas nupcias: A Mencía le va mejor con el padrastro que con el papá, cazador y poeta.

Doña Mencía, doña Catalina y don Pedro, levantan esta capilla; encargan las obras a Simón de Colonia; traen de Italia la divina Magdalena, nacida no sabemos si del pincel de Leonardo de Vinci o de Sebastián del Piombo. Y sin acordarse para maldita la cosa del arriscado marqués los tres fundadores, no pueden evitar, al cabo de los siglos, que un curioso glosador castellano vea en la gracia de esta capilla, en los primores de sus sepulcros y en las figuritas y adornos que les decoran, un trasunto cercano y un reflejo vivo del espíritu del marqués, a quien amaron las dos mujeres antes que al condestable, fundador de la capilla. El perrillo que vigila el sueño eterno de doña Mencía, es un alegre can de caza que persiguió mozas y codornices con el marqués.

El Adelanto (04-01-1930)

Los ríos de Fr. Luis

Para Pepe Crespo y Salazar

El Tormes

"Del monte en la ladera", plantado por su propia mano –la mano que escribe "Los nombres de Cristo" y "La vida del campo"– tiene un huerto nuestro fray Luis de León. Cuando quiere gozar el poeta de "un no rompido sueño", cuando no puede soportar a los necios y a los aduladores que ensalzan los encumbramientos anejos al oro y la sangre; cuando la presunción y la ignorancia de sus colegas en la Escuela suben de punto, nuestro poeta se cobija por unas horas, o por unos días, si la vacación lo consiente, en el "almo reposo" de su graciosa granja agustiniana. Muy cerca de Salamanca está la granja. Apenas si la separa una hora de camino. Tierras paniegas, huertos, laderas, algún pinar. La granja se asienta en las mismas orillas del Tormes y el huerto a las espaldas de la granja. El río defiende su curso en semicírculo por aquella vega y los dos tesos de los Arapiles, el grande y el chico, se destacan enfrente, recortando el horizonte azul. Más lejos de los tesos, la sierra zarca de Béjar y los primeros encinares pardos de las tierras de Alba. A la izquierda, las rojas lomas de Aldealengua, y a la derecha, la ciudad. Un bosque de torres es Salamanca desde la granja de los Agustinos. Cuando Fray Luis la contempla, hace cuatro siglos, no ve la perspectiva que nosotros columbramos hoy. Ni las torres de la Clerecía ni la de San Juan de Sahagún sobresalen en el conjunto; las murallas encinchan el barrio de Toro; la torre de la Catedral Nueva se está edificando y la del Gallo defiende el gracioso campanil de las Escuelas. Los huertos de los Colegios y monasterios, muestran su verdor fuera de la cerca. Y una ermita –la del caserío de Santa Marta, detrás de un islote que forma el Tormes, frente a la Granja– luce su espadaña, junto a un molino escondido por un bosquecillo de zarzamoras.

El huerto de Fray Luis, protegido y encerrado en dos laderas, está lleno de árboles frutales, puestos sin orden ni concierto. Hay sombra de parras, cubriendo el cenador de los frailes. Detrás de la granja, nace una fuente de una cuesta. Canta y corre y tropieza el agua en la fuente de tal modo, que "parescía reirse". Hay también una alta y hermosa alameda. Tumbado en ella Fray Luis, compone sus versos, cara al Tormes.

¡Río sugestivo y maravilloso! Él ejercerá siempre una atracción singular sobre los poetas. De su puente nos ha hablado ya el Lazarillo; Garcilaso ha cantado ya "la vega verde y deleitosa", que domina el castillo de los Toledos en Alba... El Tormes ha de poblarse, dos siglos después, de pas-

torcillos y de ninfas, de Batilos, de Filis y de Cloris, que han de platicar de amor cerca de aquí; en las Salas Bajas, al lado de Tejares. Pero esta fontana, y este huerto, y estas lomas, donde ha de menear, sabiamente acordado, su dulce plectro, el agustino, han de convertir al Tormes –"el manso y claro río"[260] de Garcilaso– en el río lírico, por excelencia, de nuestra España.

El Tajo

Fray Luis visita varias veces la ciudad de Toledo; en ella se hace bachiller, antes de ingresar como novicio en el convento de San Agustín, de Salamanca; a Toledo ha de volver el fraile, ya de provincial de la orden, en los años postreros de su vida. La visión del Tajo, bramando en su cárcel de peñascos, a los pies del Alcázar, ha de impresionar vivamente la imaginación del poeta. Cuando rima su famosa "Profecía del Tajo", no describe su cauce estrecho ni la visión de los cigarrales, los esfuerzos que hace la corriente en su lecho de Piedra, para aprisionar, a su vez, a la ciudad imperial. No le recuerda amores como a Garcilaso:

> Vosotros, los del Tajo, en su ribera,
> cantaréis la mi muerte cada día,

sino que expresa las voces, y las armas; y el bramido, y la ferocidad de Marte. El Tajo toma cuello humano para llorar los males de la patria. Interrumpirá broncamente la siesta de Rodrigo cuando este platica de amor con la Cava en sus orillas y le vaticinará sus infortunios. El Tajo, que después de nacer allá, en la falda del cerro de San Felipe, de tierras de Teruel, y de caminar por escarpes de rocas, penetra en el corazón del reino para desaguar sus caudales en Portugal, es el mejor centinela de las Españas. Siempre está alerta y a todas horas escapa de los peligros que en su curso se amontonan. El poeta adivina que la suerte del Tajo es la misma de la patria, y que ha de moverse con desembarazo en toda su carrera, para afianzar nuestra independencia natural. El iberismo "fluvial" del agustino se adelanta unos siglos a nuestras exclamaciones líricas sobre el mismo tema. El Tajo, más que el Duero, ha de fundir, en uno sólo, el espíritu de los peninsulares. Su radio de acción es enorme, como fuente del centro de la patria. Si los ríos vecinos a su brote manantial, el Turia, el Júcar o el Cabriel, vierten sus aguas en el Mediterráneo, antes de morir bañará, con sus afluentes, las sierras portuguesas de la Estrella, de Caixeiro y de Monfurado.

Fray Luis de León advertirá que el desgarramiento español vendrá por el Tajo; Rodrigo ha de tener imitadores en la historia. Las llamas, y las muertes, y las guerras, y los dolores, y los asolamientos, de la famosa oda, vendrán después. No mucho después de cesar en su canción agorera Fray Luis de León. Y una vez más se prueba, a lo largo de la historia, que solamente los poetas adivinan los acaecimientos futuros.

El Tormes, idílico y manso, de corrientes cristalinas, y el Tajo, hosco, trágico, anunciando tempestades y vaticinando ruina en sus bramidos de prisionero; he aquí los dos ríos de Fray Luis de León. Si Garcilaso les describe en sus Églogas para poner en boca de Silicio [sic] y Nemoroso su propio estado de alma, fray Luis, más objetivo, discurrirá que, a la vera del Tormes y a la sombra de sus parras, debe platicarse de Dios, y que a la vista de las hoces del padre Tajo, no es permitido a los reyes holgar con las favoritas, porque los imperios se hunden a la vista de la molicie ajena, del Betis llegan en son de guerra legiones de sarracenos y por las serranías de Lusitania se fomenta y se procura la desmembración de unas tierras que bañan las mismas aguas y espejan los mismos cielos.

El Adelanto (08-01-1930)

[260] Los versos de Garcilaso dicen "dulce y claro río".

PERSONAJES LITERARIOS

Esclavitud

A Esclavitud le pasa algo. "Es humilde, modosa y callada", –escribe doña Emilia en *Morriña*. Es monita. Habla pacato y suave. Lleva pañuelo negro que le tapa la cabeza. Esclavitud ama. No es mal parecida. Viste de luto. De aspecto humilde. De origen un tantico complicado… ¿Qué se yo? Esclavitud, con ser una niña, es ya una mujerona de las lozanas, apetitosas y guapetonas de la *tierriña*. Esclavitud… pues, Esclavitud se ha enamorado del señorito de casa, del señorito Rogelio, del hijo de la señora doña Aurora.

¡Por Dios! ¡Cada oveja con su pareja! ¡Habrase visto la coitada, poner los ojos en el señorito Rogelio! Las rapazas tienen unas cosas para volverle loco al más cabal. Esclavitud calla; tiene la firme voluntad de la raza sufrida; aguarda y espera como su región que también espera y aguarda siempre. Algo hay de mesiánico, de hebreo, en esta voluntad siempre despierta y vigilante, así de los gallegos como de los lusitanos. La coitadita quiere al señorito, y…

Y el señorito quiere a Esclavitud, a la rapaza de la tierra. El chico no ha tratado muchachas. Damas morales que no os asustáis si oís una historia complicada de torpes amoríos galantes, y que ponéis un hociquín de tres varas cuando las Esclavitudes y los Rogelios se entienden, no apartéis los ojos de esta historia de mal tono, dejádmelo decir, *shocking*. (Así, en inglés, que viste más hogaño). Hay su ternura en este idilio. Acaso Esclavitud, que sirve, es una señorita, como hay muchas señoritas, en descargo, que parecen arrancadas del fuelle de un fogón. O acaso Rogelio tiene alma de aldeano como hay muchos aldeanos, de contrapeso, con trazas de hidalgos y muchos hidalgos con espíritu de cocheros, dicho sea con todo el respeto que se debe a la noble profesión de los aurigas.

La mamá huele el tufillo del idilio, cuando un amigo de fuera de la casa se lo advierte. Tenemos ojos en la cara, y cuando no vemos, siempre hay almas piadosas que miran por nosotros. Se impone, pues, un viaje, un viaje para que el chico no se acuerde más de eso. Las madres con hijos, disculpan a los hijos; las madres con hijas, hallan siempre la víctima a su lado; las madres con hijos y con hijas, suelen ver un poco más en este mar sin fondo del corazón humano.

A la estación ¡pobre Rogelio! De lejos, la Esclavitud, despedida de la casa, sigue al señorito, a la señora. Ya no alumbrará más el sol para Esclavita. Una pastilla de sublimado, ¡y se acabó! Como Esclavitud es criada, dirán los periódicos una línea, un nombre. Acaso el *Duende* inventará una historia misteriosa de la suicida. Esclavitud se castiga demasiado porque no sabe que los grandes amores se levantan –siempre– en el solar de los desengaños y de las desventuras. Muy tristes cosas, pero muy dulces. Tan dulces como las aguas de las rías de Arosa. Como el panorama de Redondela. Como la campiña de Padrón. Como los versos de Rosalía. Como la prosa de doña Emilia. Como el silencio de Compostela, como una alborada, como una cántiga de la tierriña. Como una noche de primavera en Pontevedra, sentado en las ruinas de San Francisco, junto al Lérez.

Mundo Gráfico[261] (14-01-1914)

[261] Además de esta, también contenía la semblanza de «María».

Ana María

"No hay bajo el cielo divino
del campo salamanquino,
moza como Ana María..."
(GABRIEL Y GALÁN. *La Montaraza*.)

Vente conmigo, mozo, a la alquería de Carrascal. Está muy cerca, una hora de caballo al trote. Dejas las riberas del Tormes a la derecha. ¡Oye cómo canta el río su canción de quietud! Después un puebluco de adobes y un montecillo después. Fumamos dos cigarros y listos, mozo. Columbramos una alameda; luego un altozano. Mira en el altozano una casita; allí es.

¿Vamos, amigo mío? Los caballos se aparejan presto; yo te cedo el mejor. En marcha. Coge bien las riendas, que ese Lucero es un loco. Me lo compró padre en Salamanca, cuando fue a ver al diputado, a D. Isidro, que tiene buenas aldabas y ha subido mucho. Ahora es gran empeño en el Ministerio donde se reparte el dinero de las contribuciones. Espera que líe mi cigarro. No le piques mucho los hijares [sic], que es muy loco Lucero. Mira el río, ¡qué plácido, qué hermoso, qué tranquilo es el río! ¡Y qué encanto tiene ese castillo abandonado!... No, no es cosa de moros... Es del duque, del amo, de D. Jacobo... Digo, de D. Jacobo, no, que se murió... Sí, también murió la duquesa, doña Rosario; quedan los hijos: don Santiago, doña Sol... No hacen nada por el castillo; el administrador quiso venderlo, pero se armó gran ruido en los papeles por el rector de Salamanca... Sí, hombre, es Unamuno... En el pueblo estuvo, con el sombrero pavero, con el chaleco cerrado, viendo la comedia por San Pedro... No; aquí vivían los Jerónimos; ¡tenían unas bodegas más grandes!... Sí; era de los frailes esa Aceña... Navales. Se perdieron los Sánchez; buena gente. La curia es así; el diablo debió ser abogado... ¡Ojo con Lucero, hombre! La alameda... No; dos cuestas más. ¿Te cansas? ¡Ea, hemos llegado! Bueno; venga otro cigarrillo. ¡Lo que es la Tabacalera! Debe ser prima hermana de la curia...

Prepárate. Verás mi Ana María. La flor silvestre, la vividora hormiga, la mozallona fuerte, sencilla, prudente, recatada, honesta... ¡Salamanca hecha mujer! Es cereza, y es manzana, y...

– ¡Buenos días, Ana María!

¡Se pone colorada! ¡Si es más tonta! ¿Que si queremos almorzar? Sí, hija mía; nos apetece chorizo, y huevos, y queso de cabra, y vinillo nuevo. ¿Lo sirves tú? ¡Qué gozo, mi Ana María! Mírame con esos ojos castaños, que me dan sosiego. ¿Me quieres, Ana María? ¿Que si te quiero dices? Como a mi madre, como a mi padre, como a nuestro Santo patrono... ¡Perdona, mi moza!... Dios no toma en cuenta pláticas de enamorados; es más generoso que las comadres...

Sí. Pon el blanco mantel sobre la mesa de pino. Aquí mismo, viendo la alameda. Y tráeme vino de tu bodega, y chorizo de tu matanza, y huevos de tus gallinas, y de tus cabras queso, y agua pura de la fuente aquella.

Y luego dile al pastor que traiga la gaita.

Voy a dormir a la alameda. ¡Y que el pastor me despierte de mi sueño!

Mundo Gráfico[262] (21-01-1914)
La Ciudad[263] (12-04-1913)
La Libertad (10-03-1922)
El Pueblo Gallego (08-04-1924)
El Adelanto (25-04-1925)
El Pueblo (29-04-1925)
La Semana Gráfica (12-05-1928)

Dolores

"Porque esa palabra de encanto llena el nombre
de mi esposa y el de mi pena."
(Balart.- "Resignación".- Dolores.)

Nos descubrió el misterio Eusebio Blasco, el gran Eusebio Blasco, el bohemio impenitente, el baturro que añoraba la Pilarica desde los bulevares de París…

[262] En *Mundo Gráfico* se publicaron, en un mismo artículo, las semblanzas de «Rosa» y «Ana María».
[263] *La Ciudad,* además del de «Ana María», incluye también el retrato de «Dolores».

Él conoció a Dolores. Era una garrida moza de Andalucía; alta, fina, de talle esbelto, con unos ojos muy negros y muy grandes. Hechizaba con la magia de su voz –desgrane de perlas, tintineo del oro contra el mármol, ruido de fuentecica–. Cautivaba con el encanto de su sonrisa. Era buena y pura Dolores. Y compañera de un literato; esto es, de un luchador silencioso, de un amargado por el fantasma de la gloria, de un enamorado del ideal. Al tornar del estruendo de la calle, al acabar de vencer el diario afán, el crítico buscaba el reposo de la vida en los ojos y en los brazos de su Dolores.

Y su Dolores le sonreía y le echaba los brazos al cuello…

Tuvo un duelo el crítico; la sinceridad tiene tropiezos de este jaez. Balart fue herido por el adversario, y quedó cojo él, el mozo gallardo, para toda la vida. ¡Cómo le cuido Dolores! ¡Que palabras le dijo la compañera en la adversidad! Se cicatrizaron las heridas con el bálsamo de los besos de la mujer fuerte. Consagrose el hogar del crítico en el dolor. Y un día cualquiera, el día mejor, cuando aquel amor de todos los días se renovaba cada momento con una emoción nueva y peregrina, murió Dolores.

Murió Dolores. Nadie supo de Balart en mucho tiempo; semanas, meses, años. ¿Qué hacía D. Federico? Besaba el retrato de la muerta; llevaba en un relicario colgado al cuello mechones de la muerta; hablaba –en éxtasis, en visiones, en sueños– con la muerta todos los días. Y todas las mañanas, temprano –madruguero es el dolor– oía misa de rodillas, D. Federico, en la iglesia de San Ginés, de la villa y corte de los Felipes. Eusebio Blasco, aquel niño tan grande y aquel corazón ingenuo, comunicativo, baturro, le encontró un día, de rodillas, en la iglesia, como iluminado por una visión extraña. Rezaba el crítico. Y hacía versos…

El dolor hizo poeta a Federico Balart, sin saberlo él, sin quererlo él, espontáneamente, naturalmente. Oraba y cantaba. Las canciones que a su Dolores consagraba D. Federico, nacían en su mente por un milagro. En ellas no tomaba parte su voluntad. Palabra y pensamiento, ritmo, era de Dolores. Desde el cielo se las dictaba al esposo que oraba de rodillas en la iglesia de San Ginés. El poeta era, sencillamente, un amanuense, un copista; copiaba las huellas de palabras y de silencios que le venían del cielo…

Y apareció Dolores.

Mundo Gráfico (25-03-1914)
Fray Mocho (15-04-1919)
La Ciudad[264] (12-04-1913)

Maximina

> "Era una mano de virgen, maciza y fría, un si es no es grande, pero perfectamente torneada… la apretó tímidamente primero, después con más energía… Maximina le dejaba hacer" …
> (Palacio Valdés.- Riverita.- Cap.XI.)

Maximina, la niña de Pasajes, podrá tener quizá quince años de edad. En buen fiel no es guapa. Tiene una carita redonda, morena, insignificante, inexpresiva, poquita cosa. Lleva el cabello en trenza. Habla con voz temblona a Miguelito Rivera, el hijo del general, el forastero, el señorito de Madrid, el simpático tarambana, amigo de la generala Bembo. Deja caer de los labios Maximina una risa inocente y humilde.

No baila. No sabe bailar. Es huérfana.

El padre –un lobo de mar– era el capitán del vapor *Duero*, que fue a pique en aguas de Manila. Encerrado en el camarote, creyendo su honor perdido, el padre de la niña de Pasajes se levantó la tapa de los sesos. Vive Maximina con una tía suya, gruñona, que no soporta de buen grado la leve carga de la niña. Es estanquera la tía; se ayuda para vivir con los huéspedes; ha llegado Miguelito Rivera a su casa.

Miguelito –todos le conocéis– está aburrido, asqueado de los amores cortesanos. Ha caído ahora en brazos de una mujer mundana, rubia, de romanticismo tan ñoño que pone al pobre

[264] La semblanza publicada en *La Ciudad* recogía, además del retrato de «Dolores», el de «Ana María».

Miguelito en ridículo. ¡Pobre Miguel! Él es bueno, y el ambiente le hace malo. Con una mujer digna y generosa, este muchacho donairoso, listo, simpático, de plática zumbona y agresiva, encontraría su grato reposo en la mirada de unos ojos que le mirasen con amor. Se acuerda de su pasado, y es un pasado vacío. Amoríos de estudiante; una fortuna disipada en el ocio triste. Sus horas felices se deslizaron en el Ateneo leyendo filósofos, leyendo poetas. Ahora escribe el hijo del general porque eso de escribir para quien no vive de su pluma, es cosa de buen tono. Desde luego, manda crónicas a Madrid el señorito madrileño. Le felicitan sus amigas al día siguiente.

– ¡Qué bonito, Rivera, que bonito! ¡Qué bien escribe usted! ¡Qué bueno y que simpático es usted, Rivera!

Rivera –¡Dios mío si lo supieran en la redacción y en el Ateneo!– juega esta noche a las prendas con las ingenuas chicas de Pasajes. Se ha sentado en una silla junto a Maximina; ha osado apoderarse de una de las manos de la virgencita guipuzcoana; la niña –¿coquetería, disimulo, demasiado disimulo tal vez?– no la retira. ¿Qué haces, Miguel? ¿Qué haces Miguel? ¿No te remuerde la conciencia? ¿Por qué visitas al día siguiente a tu amante? ¡Qué haces llorar a una niña, Miguel; que has enamorado a una niña, Miguel! ¡Mira bien lo que haces!

Miguel, el divo de los salones, el lector de Bocaccio y del Arcipreste, el que ha disipado con mujeres fáciles casi toda la fortuna de su padre, está enamorado.

¡Enamorado! Un hijo de un general –guapo, inteligente, rico– se ha enamorado de una estanquera de Pasajes –poquita cosa, educación de colegio, pobre–. No es una obra de Pérez Escrich; es una broma del señor corazón que así las gasta de tal linaje. Miguelito es hombre; como hombre que es Miguelito, escribe a Julia, su hermana, de su pasión repentina. "¡Vamos hombre, vamos! ¿Enamorado tú, tú?" Sí, Julia; enamorado él, él, tu hermano. Julia, con el olfato de las hermanas para tales casos, comprende que va de veras. Y escribe a la presunta cuñada. Y luego la protege. "Lo que es tú, pillo, no engañas a esta buena chica."

Miguel Rivera torna para Madrid. Los primeros días escribe a la niña de Pasajes y hasta espía al cartero. Luego, no la escribe más. Vuelve Miguel a su vida azarosa, inquieta, de redacción, de política, de faldas. Tiene un duelo y le hieren gravemente. El dolor le devuelve el recuerdo de la niña de Pasajes. La niña de Pasajes ha comprendido que tales amores tenían que concluir. En el lecho, recuerda Miguel a Maximina. Primero, piedad; remordimiento luego; amor al fin. Julia vigila los pensamientos del herido; sabe leerlos de corrido como si fueran letras. Piensa Miguel en Maximina.

– Julia: ¡si la escribieras tú! ¡Dila que me quiero casar con ella!
– ¿Y qué más?
– Que me perdone.
– ¿Y qué más?
– ¡Que es más guapa que la Virgen del Carmen!
– ¡Bruto!

Miguel se casó pocos días después con Maximina. Tuvo alegrías, tristezas. La niña de Pasajes murió después de haberle dado un hijo.

Mundo Gráfico (13-05-1914)
La Ciudad (26-04-1913)

Las mujeres en el teatro de Benavente

"JOAQUÍN – *Es una de esas mujeres que le trastornan a uno la vida, que le desconciertan*".
(BENAVENTE – *Al natural* – Acto II – Escena XI.)

Anita es popular en Madrid, muy popular. Casi tanto como la Moreno en el Español, como Tirso en el Gato Negro, como el negrito en la Comedia, como la nariz de Toca y como los retratos –muchos retratos, demasiados retratos– de *El Duende de la Colegiata*. Anita está en todas partes, como este señor *Duende*, y cuando ella anda a caza de algo, ya la gente está de vuelta. No vale nada físicamente. Llama de tú a los muchachos. Fuma cigarros fuertes, de sargento de carabineros, que es el que debe fumarlos más suaves. Asiste a los estrenos. Habla con los autores. Paró una vez a Garibaldi en la calle. Dijo un chiste sangriento a propósito de un ministro, algo travieso, a quien sirvió la cartera para guardar papeles, como le sucede a todo el mundo que tiene papeles

y cartera. En tauromaquia es *bombista* Anita. Prefiere, entre las cómicas a Loreto; entre los novelistas a Trigo; entre los oradores a Melquíades; entre los cantantes a Anselmi; entre los poetas a Cavestany. Lee también a Insua y a López de Hoyos y descendiendo un poquito más a Dorio de Gadex y a los colaboradores de *The Kon Leche*. Se viste de cualquier modo y tiene modales hombrunos. Los ojos grises, la boca grande, el andar masculino… ¿Habéis conocido a Anita?

No sé como dice Joaquín que trastorna, que desconcierta la vida. Será la vida de los Joaquines la que desconcierta Anita. ¿Su ingenio? El ingenio de una cocinera que no es cocinera. ¿Sus frases? Apenas si repercuten sus frases más que entre cierto ambiente. Como los colmos de *La Tribuna* apenas si repercuten también. Lo que pasa es que Madrid, el buen pueblo de Madrid, es tan inocente que venera lo que no conoce, que no discute lo que le dicen, que acepta la reputación, buena o mala, que le aderezan cada día, ora los turiferarios del cuarto poder, ora los socios del Casino del Congreso, ora los aburridos por turno en el Real. Y así, Madrid cree en el ingenio de Anita. Y en la firmeza de Lerroux. Y en la potencia misteriosa de ese enano de la venta que llamamos el periódico. Y en otros enanos de la venta cree además el buen pueblo de Madrid.

Anita sabe las zarzuelas y los cuplets [sic]. Los nombres de las queridas de sus amigos; tiene el alma de querida Anita. Y las tutea y hasta las convida a almorzar en su propia casa. Donde nunca está Anita. Porque Anita tiene el espíritu de calle. No es de sí misma; es de todos los demás y así la discute y zarandea el vulgo. Anita es amiga de todos. No es amiga de nadie, ni conocida de nadie, por lo tanto, pero desde hace algún tiempo nos hemos empeñado en decir al revés todas las cosas.

Anita es popular. Necesita público, escenario, jefe de la claque y espectadores de tifus para hacer algo, para decir algo Anita. Lo mismo que una bailarina, los mismo que un socio de prestigio del Casino del Congreso, lo mismo que un diputado cuando va al distrito, no a verlo, sino a que el distrito le vea a él, que no es lo mismo. Anita no trastorna, ni desconcierta la vida a nadie; divierte. El que la sufre de cerca puede llamarse a engaño; pero desde lejos, es tan pintoresca como la opinión de un francés sobre España, o como un artículo de fondo desde el punto de vista del sentido común.

Anita divierte. ¡Pobre Anita! Y lo que es más triste; divierte de balde, como los ciegos que tocan en la Carrera por las mañanas. En el fondo, oculta su fracaso en la caja de música de su atrevimiento, de su frescura, de su osadía.

Silvia

"PEPE – *No vas a creer que se ríe de ti, (Ap.) Aurelio: De mí se ríe sólo con reír…*"
(BENAVENTE, *La gata de Angora*, Acto IV, escena IV.)

Mira el retrato de Silvia, amigo mío: ahí está. Si eres pintor, si eres músico, si luchas a puñadas por la gloria, si has olvidado el camino recto de tu vida alguna vez, si has tropezado por algún vericueto con alguna mujer frívola, casquivana, que amó un minuto, no tu espíritu como es y a pesar de como es, sino el eco de tu nombre en la plazuela, el estruendo del escándalo de tu fama, tu desmesurada exhibición histrionesca, recuerda. ¡Recuerda, amigo mío! Mira ese retrato; ahí está: contémplalo un momento y vete luego donde te llaman tus afectos puros, la madre de tus hijos, la novia que te espera anhelante, tus hermanos, los amigos que luchan silenciosamente, como tú, por la gloria, gran loco.

Mira el retrato de Silvia, de la gatita de Angora. El cuello tiene una cadena de perlas. Con muchos dijes. Los ojos son azules, sucios, fríos como el puñal, pero bellos, muy bellos. Está vestida de blanco, como su espíritu que es una caja de muerto, forrada también de moaré blanco. Tiene frio. Se abriga con un cuello de plumas. Sobre la falda blanca, blanca, juega una preciosa gata de Angora; parece hermana de Silvia. Lleva también dijes al cuello la gatita. Todo es felino, monstruoso, en Silvia, ¿Su voz? Su voz miente; no habla, maya, maya ¿Sus ojos? Mienten también: no miman ni acarician, ni consuelan, ni reprochan nada. Son lindos ojos de muerta. ¿Su risa? Ya lo dice Aurelio, el favorito de unos días de triunfo… "De mí se ríe, tan sólo con reír…" De Aurelio se ríe, y de ti, y de mí, y de todos Silvia, solo con reírse. ¿Su amor? Pero no encallemos esa palabra, la única viva, y primitiva, y personal de cada lengua, así que sale un poeta que la interpreta, volcando en la calle lo que lleva en el corazón. Silvia no sabe de amor. Hoy te acaricia a ti, pintor glorioso; mañana a ti, torero guapo; al mes que viene a ti, cantante forastero. No a vosotros: al estruendo de vuestro nombre, al éxito consagrado, al resultado final, a la espuma que rebrota arriba, no al liquido de que procede. No entiende de calidad; la basta el prospecto. Quiere su vanidad Silvia;

se arroja sobre la presa gloriosa para que el Señor Todo el Mundo presencie la función como en un circo. Silvia no se quiere más que a sí misma. Ni a sí misma se quiere Silvia. Nació para sembrar el dolor en los pobres Hamlets que quedan por el mundo; alimenta deseos sabiendo que no puede saciarlos; rompe el ritmo de muchos corazones nobles, puros, candorosos.

El espíritu de Silvia ya nos dice Aurelio "que es un espíritu felino de gatita traicionera". Es el espíritu diabólico, el espíritu del mal.

No llores, escritor, músico, político, torero, cantante, por un amor que crees muerto, cuando en realidad, no ha sido nunca. ¡Nunca! Ya has contemplado bastante la imagen de tu tortura, de tu dolor oculto del apartamiento de tu deber…. Ahora vete donde te llaman tus afectos puros, la madre de tus hijos, la novia que te espera anhelante, tus hermanos, los amigos que luchan silenciosamente, como tú, como yo, por la gloria… ¡gran loco, Aurelio, amigo mío, hermano mío!

Cristeta

"CRISTETA – *Y otra vez la casa volverá al silencio y a la tristeza… Parecía otra casa estos días… hasta la tía se había reído alguna vez"*

(BENAVENTE – *El primo Román* – Escena XII – Acto II.)

Volverá Cristeta al silencio y la tristeza cuando se vaya primo Román a los madriles a pronunciar discursos al Congreso, a lucir su aburrimiento a los pasillos, a escribir cartas y más cartas, a chupar caramelos y más caramelos, a dar una palmadita al Conde, a admirarse de lo listo que es Lerroux, a soltar una preguntita en la Cámara, a primera hora de la sesión, sobre si debe ser cacique del distrito el Gatejo u otro pillo redomado de la comarca. Volverá Cristeta al silencio y la tristeza y dice la pobre niña que es la casa la que se tornará triste y sola. ¡Ay, Cristeta! Las casas no son tristes ni alegres: somos nosotros los que proyectamos nuestra alegría y nuestra tristeza en ellas. Salió el sol el día que murió tu padre y volverá a salir cuando te mueras tú. Y, yo que te quiero y que conozco tu dolor, tornaré, después de tu entierro, a mis quehaceres, a mis cuartillas, a mis amores y a mi deber. Es la vida más fuerte que todo y más fuerte que el dolor.

Todos vosotros conocéis a Cristeta. Y al primo Román también. Cristeta es una niña bravía, rustica, educada en una aldea con una tía rica y beata, huérfana, que no tiene más amigo que un viejo criado, Magín, soldado de Prim, que conoció Tetuán, se batió en los Catillejos y guarda del caudillo y de la batana el dorado recuerdo que ilumina su noble vejez. El viejo ama a Cristeta porque es buena, y lista, y vivaracha, y huérfana. Porque el viejo está solo en el mundo y también está sola en el mundo la niña. Magín no sabe más que coplas, y coplas enseña a la muchacha bravía. Romances de moros, de Doña Isabel en su caballo blanco, de Boabdil llorando la pena al marcharse de Granada. No tiene más pedagogo Cristeta que Magín ni repasa otras asignaturas que coplas. ¡Y así sale el corazón! Débil para la lucha, quebradizo, sensible, sin voluntad firme que ahogue sus impulsos, sin brújula que oriente el dolor hacia la calma triste y plena.

Y llega el primo Román al pueblo, hinchado de palabras porque de silencios está vacío. Dice cosas de pompa, sonoras, hechas a compás del repique del tamboril: patria, democracia, libertad, progreso, cultura, sufragio. Para Cristeta todo eso es música y de la música se enamora la pobre niña. Y para que no derroten al primo Román, ella, la niña, gasta sus ahorros en votos para la cultura, y para el sufragio, y para la democracia. No sabe Cristeta que su amor es un estorbo para el primo, y le quiere con toda su alma, y comprende que no la quiera él, y justifica el desvío de su dueño, y espera sin embargo, merecerle. Llegan las elecciones; vencen el Gatejo, el primo Román, el sufragio soberano; torna el presunto diputado a Madrid para que le limpien ciertas másculas que lleva su acta y se despide de la niña. Acaso vuelva. Acaso no. Cuando vuelvan los amigos de primo Román, le señalarán otro distrito, de los que se reparten, de los que se someten. Acaso con la música de sus palabras, el político en agraz tronche el ritmo del corazón en otras Cristetas, de apartadas aldeucas, cuando los suyos vuelvan…

Marchase el primo y queda Cristeta con Magín. Y unos romances en los que antes no se fijaba, la hacen llorar ahora.

Ojos que le vieron ir
nunca le verán volver.

Y concluye la copla, quedo, quedo

La princesa llora y llora
puesto el pensamiento en él.

¡Y la pobra niña que antes de ver al primo no se había fijado en el romance!

Pilar

"PILAR – *Son los aires… Como yo que parezco una muñeca de estas ordinarias, una pepona*".
(BENAVENTE – *Al natural* – Acto II – Escena XI.)

Pilar es una pepona. Una muñeca de esas ordinarias. Son los aires, los aires del pueblo; las aromas, las aromas del campo. Los ojos, negros, son dulces y destilan sencillez. El cabello, castaño, está peinado con alguna prisa. ¡Trajina tanto en la casa Pilar! La color sana, tirando a morena. Conoce el sol que curte, y el frio que entona, y el aire que resquebraja. No conoce el pañuelo y lleva en el bolso del mandil –lleva siempre mandil– una bellotita con no sé qué esencia, para cuando va a la cuadra, para cuando va al establo. La faldita negra, de merino; una blusilla más o menos gorda según la sazón. En el cuello una cadenita de oro con una medallita de la Virgen de Lourdes, apareciéndose a la Bernardeta en la gruta, de oro también. La nariz aristocrática; los senos firmes; alta la figura. Si queréis completarla, os diré que los zapatos son gruesos, hechos por el zapatero del lugar, aunque Pilarita le llevó las hormas de Madrid, cuando estuvo con su padre en la Corte, hará cosa de tres años. La falda –¿qué se os escapará a vosotras, lectoras mías y a mí que tanto observo?– está teñida. Hogaño negra, fue este invierno verdosa, como la falda de aquella hilandera de Velázquez, que se destaca, con sus brazos macizos, en el primer término del cuadro. ¡Vaya, os diré más! Pilar orea su ropa blanca con membrillo. Huele a campo, a salud: un señorito de Madrid diría de Pilar que tiene el pelo de la dehesa.

Y ya lo dijo un señorito de Madrid, el sobrino de la Marquesa, de la Señora Marquesa. Ya quisieron casarle con Pilar, porque Pilar es rica. El señorito sintió desvío por el encogimiento de Pilar, por el corte de la chaqueta del suegro, porque la mamá se dormía y se sentaba mal en la silla, y aquel proyecto de enlace pasó a la historia.

Pilar está en el campo; apenas se acuerda de Madrid; el recuerdo del señorito caza-dotes está dormido en su corazón. Está Pilar en el campo. Ha llegado de vacaciones la familia de la Marquesa, pero Pilar no sabe nada del tarambana del sobrino, de aquel Joaquín, que andaba enamorado en los Madriles de una prima suya que cantaba al piano canciones obscenas. ¡Con un dejo! ¡con una música! ¡con una letra! Bueno; lo de la letra no lo entendía del todo Pilar, porque ella sabía francés, pero francés del *Midi* para entenderse por casa, y la misinguina desvergonzada pronunciaba *chic*, parisién puro, riendo bromas del idioma que no se entiende bien. –¡Loreto Prado, traducida al francés por un psicólogo de bulevar en un tomo de tres francos cincuenta, nos parecería hasta espiritual, hasta complicada y hasta psicológica!– *¡Méfier des contrefacons!*

Pero Joaquín ha llegado al campo y ha visto a su antigua prometida. La ha visto al natural. Sin el tocado cortesano. Sin el vestido que desfiguraba su cuerpo. Sin aquel aire de timidez, de susto, de desconfianza que adoptan los provincianos ante los madrileños no fueran los seres más simpáticos de la tierra. Mejores, menos socarrones, más inocentes, más infantiles, que los provincianos que son ya –¡vive Dios!– de más cuenta y de manejo más difícil que los paisanos de San Isidro, de Vicente Pastor, de Jacinto Benavente y del Conde de Romanones. Y Pilar ha gustado de Joaquín. Y la boda se hace en sazón, queriéndose los muchachos. Y Joaquín encuentra más bonitos los colores de la pepona que los artificiales de la prima Anita, que se estuca en París todas las primaveras y padece de neurastenia, y de melancolía, y de otras enfermedades que –¡bendito sea Dios!– no se conocen en el campo.

Rosina

(BENAVENTE – *La losa de los sueños* – Acto II – Escena final.)
"¡Es la vida la losa de los sueños!"

Rosina que no querías vivir por la vergüenza de tener un hijo sin padre y que ahora solo quieres vivir porque lo tienes; Rosina que eres madre; Rosina que quieres a un hombre que no es el padre de tu hijo; ya lo sabes. Oye, de labios de Cipriano, los últimos versos del poeta moribundo.

¡Es la vida la losa de los sueños!

Un hombre, un señorito de esos que coleccionan aventuras como pipas de ámbar y de espuma de mar, te ha engañado. Y queriendo encanallarte, te purificó; te hizo madre. Perdónale; no le odies. Cierto que para abandonarte a ti siempre hay pretexto y que no lo hay para abandonar al hijo, de crimen de lujuria, de amor, de lo que sea. ¡Perdona al seductor, Rosina! Yo le conozco; yo tomo café con él todos los días; le veo en el Ateneo, en el Congreso, inconsciente, colorado, feliz, a caza de dotes y de lo que salga. Le desprecio como tú, pero le doy la mano.

Y en el fondo del fondo de mi espíritu, le compadezco. Es un abúlico, es un suicida. Te ha dejado, Rosina, porque eres pobre, porque eres cursi, porque eres buena, porque tiñes tus vestidos, porque arreglas tus sombreros cada tres años, porque vas al paraíso del Real, porque llevas las botas con medias suelas, porque entras de gorra en los teatros; por todo esto te ha dejado, Rosina. Él no lo dice, pero yo sé que por eso te ha dejado. Y por algo más, porque te entregaste a él sin condiciones. Cuando una mujer resiste, la lloramos esquiva; cuando se entrega, calculadora; cuando juega, sabia; cuando besa, pobrecita; cuando aúlla, fiera. Yo no llevo, Rosina, sobre mi alma, más que la sombra de una mentira que también me pesa como una losa sobre el corazón, pero… Pero yo soy hombre como Enrique, esto es, miserable como Enrique, y conozco mi corazón, que es como el suyo, como el de todos los hombres. ¡Sólo vosotras, mujeres, sabéis amar!

Perdona al padre de tu hijo. Tiene los ojos del nene, sus manitas regordetas que con las tuyas juegan, su sonrisita, su media lengua, sus brazos de rosa. Es tu hijo el nene, sólo tuyo, y no del Don Juan cuyos juramentos osaste cubrir con el pabellón limpio de tu honra. Solamente es hijo el hijo del amor. Por amor le diste vida; es hijo tuyo el nene.

El mágico poeta que te creara, ese Jacinto Benavente, que cuando quiere se codea son Shakespeare, ha dicho que más criminal que la premeditación para dar la muerte, es la impremeditación para dar la vida. Enrique es, pues, dos veces miserable, Rosina. Pero es desgraciado; está triste; quiere aturdirse en los brazos alquilados de las cocotas; yo sé lo que le pasa.

Se casará pronto; la novia –fea– es rica. No se ha vendido mal Enrique. Es el pobre un Tenorio de baratillo, de cabeza de partido judicial; tiene dentro de su vileza, una psicología ingenua, primitiva, transparente. Pero no es feliz. Por hacerse el fuerte, no besa al hijo suyo y al hijo tuyo, Rosina. Cuando habla de ti se ríe, pero es una mueca amarga, sardónica, la de su risa. Huye de ti. No es el pecador purificado por su amargura; es el ladrón nocherniego que anda en la sombra y de la sombra vive Y por las noches llora de rabia, de impotencia, de cobardía. Teme el amor, que con ser más peligroso que la muerte, es lo único que nos consuela de haber nacido.

¡Perdónale tú, Rosina! No conocerá nunca amor sino de nombre; no besará a su hijo; pasará por la terrible amargura de sentirse despreciado por una mujer que le amó y a la que él amó también a su modo, ¡como se ama a las cursis con que jugamos! Tú tienes, Rosina, el cielo en los ojos del hijo tuyo y en el alma pura de tu Cipriano; él ya conoce el infierno de la novia que se compra y saboreará, hasta la hez, el amargo cáliz de conocer unos hijos, en los que no pensó, cuando vivía distraído en los brazos de la mujer comprada.

Mercurio (Nueva Orleans) (Agosto-1914)

Azorín[265]

"… La anciana mira, inmóvil, desde la puerta,
la maleta que aparece en el centro del cuarto.
– ¿Se marcha usted, Azorín?
Yo le contesto:
– Me marcho, Doña Isabel…"
(*Azorín.– La ruta de D. Quijote).*

Azorín se marcha. Se marcha a los *pueblos.* Hace de esta excursión cerca de diez años. Vive en una casa de huéspedes de la calle de Ventura de la Vega. Doña Isabel es la patrona de la casa. Se murió Doña Isabel hace seis años, en 1909, al llegar el mes de Octubre, y siendo *Azorín* diputado por Purchena. *Azorín* asistió al entierro, ya sin monóculo, ya sin paraguas rojo, con su cara de luna llena, con sus ojos azules y tímidos, correcto y atildado. Murió Doña Isabel, la patrona de *Azorín,* y yo quiero revivirle, resucitarle hogaño.

Evoquemos. *Azorín* lleva todavía melenas; escribe en *El Imparcial;* en Ontaneda; –el balneario donde descansa D. Antonio Maura– ha querido detenerle la policía porque *Azorín* no lleva cédula; los mozos adoran el hechizo singular del estilo de *Azorín.* Y *Azorín* prepara su maleta –su maleta de cartón–, sus plumas, sus cuartillas para marcharse a la Mancha; mejor sería decir que a otra zona de la Mancha, porque en la geografía espiritual, Madrid es la capital manchega.

[265] Hemos localizado otros dos artículos de Sánchez Rojas publicados con este mismo título en *El Adelanto* (O.C. Tomo II, página 233) y en *La Ciudad* (O.C. Tomo IV, página 104).

Doña Isabel contempla los trotes y retrotes de *Azorín.* Doña Isabel es vieja ya; tiene unas bolsas en los párpados; la cabeza de nieve; los ojos pequeños, fofos y lacios los senos; abultado el vientre. Doña Isabel es la viuda de un comandante que murió en la guerra de Melilla cuando el general Margallo[266]. Para vivir ha abierto la casita de huéspedes. Doña Isabel quiere mucho a *Azorín. Azorín*, a pesar de ser literato, paga religiosamente todos los meses, así que trae el dinero de la redacción de *España; Azorín* no dice embustes, paradojas, ni metáforas, a los compañeros de la mesa; *Azorín* come en silencio, con gravedad, como requiere todo yantar sosegado y manchego. *Azorín* acaricia y hunde sus manos en los cabellos de una niña rubia, sobrina de Doña Isabel, Juanita, hermana de un clérigo rural, también sobrino de Doña Isabel; *Azorín,* finalmente, es exacto, callado, limpio, madrugador y no da guerra a nadie. No es como Pepe –el estudiante– que discute a voces y no deja títere con cabeza, ni como Don Juan –el empleado de Hacienda, oficial quinto– que ha de leer, todos los días, a los pacientes comensales, las revistas de toros de *Don Modesto,* de *Dulzuras* y de *El Barquero*[267]. *Azorín* no se mete con nadie, deja sus terribles ocurrencias para la calle, pero en la casa, en la casa de huéspedes, es como ya queda referido y trazado sobriamente.

Azorín prepara su maleta y sus cuartillas. Tiene *Azorín* una vaga, una profunda melancolía.

–¿Dónde va usted, *Azorín?* –pregunta Doña Isabel–. Y *Azorín* contesta:

– No lo sé, Doña Isabel.

Doña Isabel parece comprender. ¡*Azorín* se va a los *pueblos;* a las callejuelas estrechas y serpenteantes de los pueblos; a las plazas anchas, con los soportales en ruinas; a ver las viejas fuentes; a ver las tiendecicas lóbregas; a charlar con sus amigos, los merceros, cereros, talabarteros, pañeros, carpinteros, herreros; a oír cómo hablan en el casino del pueblo los señoritos de las gracias de Arniches y de la elocuencia de Moret; a ver salir de la vieja iglesia –con ventanales de vivos colores– a Lola, a Pepita, a Isabel, a Doña Carmen, a Don Jenaro, a Don Francisco. *Azorín* se marcha a los pueblos.

Hay un breve silencio. Doña Isabel, maternalmente, susurra un leve reproche:

– "Yo creo, *Azorín;* que esos libros y esos papeles que usted escribe, le están a usted matando. Muchas veces –añade sonriendo– he tenido la tentación de quemarlos todos durante alguno de sus viajes".

Azorín también ha sonreído, de dulzura, de tristeza; ¡quién sabe de qué ha sonreído *Azorín*!

Pero por creer Doña Isabel que están matando a su amigo esos papeles y esos libros que él escribe, por haber intentado quemarlos todos en una de las ausencias extrañas de *Azorín,* por ese gesto, por ese interés con el escritor de sensibilidad más refinada y aguda que ha tenido España en estos últimos tiempos, por haberle querido Doña Isabel momentos antes de recibir *Azorín* en su cara de luna llena el sonoro y doloroso beso de la gloria, yo, su amigo más devoto, consagro este recuerdo a la patrona del autor de *Lecturas,* del autor de *Los pueblos,* del autor de *Castilla,* del autor de *Al margen de los clásicos*, a la buena Doña Isabel, viuda de un comandante que murió en Melilla cuando los moros mataron al general Margallo, espejo de soldados valientes y sufridos…

Juana María

"… Ea –ha dicho Juana María– todas las cosas vienen por sus cabales…"

(*Azorín.– La ruta de D. Quijote).*

Juana María, la mocita manchega, se ha sentado un momento en la cocina. En la cocina del pueblo está *Azorín*. Juana María es alta, delgada, esbelta, fina; los ojos son azules; rojos y húmedos los labios; la cara es un óvalo perfecto; la nariz griega. Anda con desenvoltura, con gentileza, Juana María. Sonríe. Tiene el gesto de una gran señora; es toda una gran señora Juana María, a pesar de su vestimenta pueblerina, rústica y manchega.

Azorín recoge del bolsillo el monóculo; contempla a la buena moza. *Azorín* –a quién los papeles y los libros le están matando, harta razón tenía Doña Isabel– saborea, absorto, la donosura de la muchacha. Y sus andares. Y el trajineo de los brazos rollizos junto al fogón. Y pensando en Madrid, en las muchachas artificiosas de Madrid, en ese empaque extranjeril de las altas damas de copete de Madrid; en esa timidez, cobardía y pobreza espirituales de las burguesitas de Madrid

[266] Juan García-Margallo y García (1839 – 1893). Militar español, gobernador de Melilla entre 1891 y 1893.
[267] Conocidos críticos taurinos.

que van a Lara y leen a Campoamor a Trueba, a Ricardo León; en la pérdida, lenta, irreparable de la castiza manola, de la hembra brava, de la maja, que se advierte en el pueblo de Madrid –¡oh, donosura de Consuelito Fornarina, que ya duermes en tu cementerio de San Isidro, frente al telón velazqueño del Guadarrama!–; pensando en todo eso nuestro buen amigo, el escritor andariego, perdido ahora en los lugarones de la Mancha, deja asomar a sus ojillos azules, tímidos, de colegial modesto que no quiere subir por los diplomas en día de fiesta, una leve sombra de tristeza. ¡Ay, los libros, eso de ver toda la vida a través de los libros! Pero Juana María ha roto el sueño de *Azorín* para darle otro sueño. Juana María ha hablado en un castellano recio, denso, sonoro, *suyo*, en el castellano que hablan los gañanes y las mozas de los pueblos de la Mancha, de Castilla y de León:

– *"Ea* –ha dicho Juana María– *todas las cosas vienen por sus cabales".*

Azorín, que ha vivido diez años seguidos en la Corte, que sale a la Mancha a caza de las huellas del espíritu de D. Quijote, se asombra del encanto, del hechizo, de la magia de estas palabras tan nuestras, tan castellanas. ¿Por qué se asombra, por qué se admira *Azorín?* ¿Por ventura Juana María es literata, escribe en los periódicos y asiste a las reuniones de nuestra discreta amiga Carmen de Burgos y Seguí? ¿Acaso ha leído a Navarro Ledesma, a Cejador, a Cañete, a Ricardo León, a Diego de San José, a José Rocamora, a Manuel R. Blanco Belmonte, a Maura y Montaner, a Conmelerán, a Vázquez de Mella, a Pidal y Mon, a la Condesa de Pardo Bazán, Juana María? Pues si Juana María no lee a la excelente Doña Emilia, al metafórico Pidal, al vidente y visionario Vázquez de Mella, al retorcido de Conmelerán, al obscuro Don Antonio, al correcto Blanco Belmonte, al brillante Rocamora, al pulidito Diego San José, al clásico Ricardo, al aristocrático Cañete, al castizo Cejador, y al no menos castizo Navarro; si Juana María no conoce a la prudente *Colombine*, ni escribe en los periódicos, ni es literata de profesión: ¿de qué se admira, de qué se asombra, nuestro sutil, nuestro delicado, nuestro ilustre amigo y maestro *Azorín?* "Se goza el chocho en el vaso" –le dijo un gañán, mostrándole una espiga, a nuestro querido Don Miguel de Unamuno. A un gañán, condenado a muerte por la Audiencia de Salamanca, al parricida ciego de Cantaracillo, le oí exclamar cuando le mostraban la sentencia y recibía el consuelo de las palabras retóricas de su vocero:

– ¿Pena de muerte? ¡Bah! *Cosas de la vida.* ¡Cosa de la vida, la muerte!

Azorín medita, piensa, reflexiona. Escribe… *"¿De dónde será Juana María? ¿Es de Argamasilla? ¿Es del Tomelloso? ¿Es de Puerto Lapice? ¿Es de Herencia?"* Es de todas partes, amigo *Azorín*, de todos los lugares donde no llegan los papeles, donde no saben de cadencias cortas y de cadencias largas, de prosas poéticas y de poesías prosaicas; es de todas partes Juana María, de todas partes donde se lee el *Quijote* de los abuelos. *El Lazarillo* de los abuelos, *El año cristiano* de los abuelos. Puede ser Juana María de Salamanca, –Alba de Tormes, Ciudad Rodrigo, Ledesma, Peñaranda–; de Burgos –Aranda de Duero, Salas, Belorado–; de Ávila –Piedrahita, El Barco, Cebreros–; de Ciudad-Real –Valdepeñas, Manzanares, Infantes, Alcázar–; de Cuenca –Cañete, Priego, Motilla–, de Guadalajara –Brihuega, Pastrana, Molina–; de León –La Vecilla, Murias, Villafranca, Astorga–; de Palencia –Astudillo, Saldaña, Carrión–; de Santander –Villacarriedo, Cabuérniga, Torrelavega–; de Segovia –Sepúlveda, Santa María, Riaza, Cuellar–; de Soria –Agreda, Almazán, Burgo de Osma, Almarza–; de Toledo –Talavera, Illescas, Ocaña, Orgaz, Escalona, Oropesa–; de Valladolid –Medina del Campo, Olmedo, Nava, Tordesillas–; de Zamora –Toro, Villalpando, Benavente, Puebla de Sanabria–; seguramente aquí vive, en un lugarón, en un aldea, en una rinconada oculta.

Juana María –lo dice *Azorín*– "es la mujer española", pero la mujer española, libre de influencias exóticas y morbosas, la mujer que nos han legado la tradición y la historia.

La Xantipa.

"La Xantipa camina de una en otra estancia, de uno en otro patizuelo, lentamente, arrastrando los pies, agachada sobre su palo"

(*Azorín.– La ruta de D. Quijote).*

Si Juana María es por su rancia y sabrosa plática la mujer castellana, y por su donaire , discreción, cautela y honestidad la mujer española –de Castilla, de Aragón, de las Extremaduras, de la noble Cataluña, de la dulce Galicia, de la luminosa Valencia, de Cantabria, Asturias y demás rincones del patrio solar– la Xantipa es la vieja aldeana española, la pobre analfabeta que se deja robar por curiales, cazurros, usureros y malandrines, la vieja aldeana que perdió el marido

cuando era moza, que dio la sangre de sus dos únicos hijos varones a las vergüenzas de nuestras catástrofes, la pobre idiota antañona que vino al mundo en tiempos de Doña Isabel II, que ha vivido siempre dentro de su rincón –manchego, asturiano, leonés o catalán–, alejada de todo comercio humano.

Miradla, nos la describe *Azorín* en *La ruta de Don Quijote*; la encuentra en una de sus correrías manchegas, en una casa "de techos bajitos, de puertas chiquitas y de estancias hondas". En una casa de estancias hondas –advertid el vigor, la fuerza, el grado de expresión del adjetivo *hondas*– encuentra nuestro amigo *Azorín* a la Xantipa. "La Xantipa –escribe– tiene unos ojos grandes, unos labios abultados y una barbilla aguda, puntiaguda; la Xantipa va vestida de negro y se apoya, toda encorvada, en un diminuto bastón blanco con una enorme vuelta". Arrastra los pies perezosamente, torpemente, la Xantipa al caminar. Se agacha sobre su palo. Se detiene a lo mejor un momento en el zaguán en la cocina en la sala. Al detenerse, al pararse la Xantipa un momento para recordar algo, para fijarse en algo, suelta el palo, lo arrima –mal arrimado– a la pared, junta sus manos sarmentosas pero blancas, y mejor que blancas –como las ha visto *Azorín*– de un color de vieja, de pergamino lavado, con manchitas rojas, azules, añiles, que habría que descubrir con todo reposo y con todo amor. La Xantipa junta sus manos y exclama:

– ¡Ay, Señor¡

Azorín siente una fiera comezón, un extraño hormigueo; quiere preguntar a la señora Xantipa por sus penas. ¿Y qué sabe la Xantipa de sus penas ya? Como un estado constante de alegría, de buen humor, nos torna ligeros, ruidosos y vanos, al calar lentamente el agua del dolor y la piedra berroqueña de un propósito, de una esperanza, de una ilusión, el que ha padecido la honda tragedia de sobrevivir al cadáver de su yo más noble y más puro, el que ha sentido los muerdos de los lobos hambrientos cuando la vida se tornaba dolorosa, sabe que la Xantipa no sabe sus penas. Y da gracias a Dios –todo bondad y misericordia– porqué esté imbécil la pobre vieja triste, vestida de negro.

A la Xantipa –nos lo cuenta *Azorín* con una emoción que yo quiero comunicar a mis lectores, tal como yo lo siento, al pasar por el tamiz de mi arte y de mi espíritu– le robaron un huerto. Y el notario dijo a la Xantipa que ella lo había vendido, pero ella no lo había vendido. La Xantipa, sí, quería vender el huerto para pagar los funerales del difunto y los derechos de la testamentaría –¡antes la muerte que una deuda a clérigos y curiales!– pero el notario dijo a la Xantipa que ella lo había vendido. ¿Comprendéis, amigas mías, amigos míos? Es la tragedia del aldeano y la burla del pillo; del escribano que cobra ocho veces los derechos del Arancel y sigue siendo escribano; del abogado ramplón, miserable, canallesco, que cierra su casa y se va de ella cuando un aldeano quiere pagarle su crédito, al rédito anual del trece por ciento con hipoteca, para venderle, al día siguiente, hasta los últimos aperos de su labrantía, hechos sudorosamente en días de cosecha espléndida; es el dolor que llevó a su pluma indignada Gabriel y Galán, en *El Embargo*, el dolor de la tía Xantipa ...

Ese escribano, ese vocero, robadores de la Xantipa, malandrines, galeotes, carne de presidio, espíritus por donde no ha pasado nunca la emoción más liviana, merecen, en el fondo más compasión que la Xantipa. La Xantipa no puede odiarlos, porqué está imbécil y se apoya en un diminuto bastón blanco con una enorme vuelta. Pero España les odia, y día llegará en que tenga que desembarazarse de ellos, que Figueras, San Miguel de los Reyes, Burgos, Cartagena, Ocaña[268], están no muy poblados de galopines.

Mercurio (Nueva Orleans) (Enero-1916)
Salamanca:[269] *Revista de Bellas Artes* (31-01-1914)
Salamanca: Revista de Bellas Artes (Febrero-1914)

Don Luis Mejía

Don Luis Mejía –a pesar de los esfuerzos de los señores Marquina y Hernández Catá– no llega a ser lo que debiera ser en el poema dramático de este título: «la contrafigura de Don Juan». Si

[268] Algunos de los centros penitenciarios existentes por entonces en España.
[269] En esta efímera revista salmantina Sánchez Rojas había publicado previamente, bajo el título «Las creaciones de Azorín», los epígrafes correspondientes a Doña Isabel (31-01-1914) y Juana María (Febrero 1914).

Don Juan es el burlador profesional, Don Luis debiera ser el eterno enamorado; es decir, el eterno niño. Y si a Don Juan no le interesan nunca las mujeres, porque al fin y al cabo, las domina siempre y las vence sexualmente, Don Luis debiera ser como contrafigura, el hombre burlado, del que se despegan de continuo todas las hembras, por la razón sencillísima, de que son, desde el principio, dueñas de la situación y saben mover todos los hilos y resortes del mozo al que, efectivamente, desdecían.

Don Luis surgió en el drama de Zorrilla como tenorio vulgar, que había de dar, en su insignificancia, la altura de la talla de su adversario. Nace, por motivos puramente técnicos y constructivos de la trama. Pero es una figura borrosa y secundaria, que no ha debido dejar surco mayor en el corazón de doña Ana de Pantoja, cuando esta se deja seducir por don Juan en un santiamén. Hernández Catá y Marquina, al tratar de destacar el tipo, hacen de don Luis, otro tenorio, pero no un contratenorio. Un mozuelo que disipa su patrimonio en aventuras fáciles. Un niño bien que no riñe del todo nunca con mamá. Un pobre chico que tiene remordimientos de corazón ante la deshonra de la novia de turno. Un hombre, en fin, que ya predica al punto de cabaret y al señorito que se fuga con la tanguista para casarse oportunamente con la niña rica que sus progenitores lo destinan desde la nebulosa.

Y Don Luis no debiera ser así. Don Luis, frente a su enemigo, que es sencillamente un macho, un mico, un pobre animal sin complicaciones, pudiera ser un sentimental, esto es, un hombre que se enamora perdidamente, y que, por enamorarse, sale siempre de sus aventuras con las manos en la cabeza. Las mujeres no le estiman acaso porque se dan buena cuenta de que no las ha de dominar nunca. Caminará Don Luis de fracaso en fracaso y levantará siempre, en el solar de sus decepciones pasadas, el edificio de sus ilusiones presentes. Don Luis ha de representar el drama moderno del sentimental en constante pugna con el macho que es el hombre de acción y el victorioso en última instancia.

Claro está que un amador moderno, si quiere vencer siempre, ha de tener el espíritu y el patrimonio de Don Luis con las apariencias de Don Juan. En el juego con su propio corazón, ha de ser siempre un poco hipócrita, precavido y cauteloso. Fuego por dentro, nieve por fuera, ha de ocultar cuidadosamente los latidos más tenues de su corazón sangrante. Desdeñoso con las mujeres que ama precisamente porque las ama, se esforzará en sostener una amabilidad puramente exterior con aquellas otras que no le han interesado nunca.

Al final, las lanzas se tornarán en cañas y el perfecto amador habrá purgado todos sus pecados porque él también ha sido víctima de sus propios impulsos. Ya desde el tiempo del Dante,

Amor... a nullo amato amar perdona[270]

y para sentir en holocausto el homenaje de los corazones ajenos, tiene uno que disolver el propio corazón, de cuando en cuando, ante la primera mujer bella que levanta polvaredas de luz a nuestro paso.

El Adelanto (31-01-1925)

La bella guantera

«Azorín» ha cantado bellamente –más bellamente que cuando habla de libertad, de Parlamento y de otras cosas que no ha acabado de digerir todavía–, «Azorín» ha cantado, elogiando el teatro de los Quintero, en la solemne recepción de uno de ellos, de Joaquín, en la Academia Española, el episodio que nos cuenta Sterne de la bella guantera en su «Viaje sentimental».

Este libro, como sabe el lector, es una preciosa colección de retratos de mujeres. Entre esos retratos descuella el de la linda parisienita [sic] de ojos «negros y vivos». Sterne llega a la guantería y pregunta una dirección a la empleada. La empleada le contesta concretamente envolviéndole en una mirada de tranquila y mimosa deferencia. Sterne olvida las señas, y la guantera, «sonriente ya», vuelve a darle de nuevo la dirección olvidada, Pero nuestro amigo, el fino humorista inglés, por segunda vez fuera de la tienda, olvida.

[270] Amor, ch'a nullo amato amar perdona ("Amor que a ningún amor perdona de amar"), *Divina Comedia*, canto V, verso 103.

Olvida –¡diablo, qué cabeza la suya!– olvida que no se ha comprado unos guantes. En la tiendecita de París, tal vez en el Barrio Latino, frente a unos pórticos donde discurren parejas de modistillas y de estudiantes, el escritor torna a ver, por tercera vez, la muñequita. Ahora, con el codo sobre el tablero, la mano enhiesta, el escritor vuelve a mirar a la linda muchacha. Sus ojos son cada vez más habladores y más dulces. Y las manos son finas, y blancas, y señoriales. Sonríe la muchacha; sonríe –un poco avergonzado– el escritor; los dos sonríen de alegría. Los dedos de la muchacha van escurriéndose, suave y cautamente por entre los dedos de Sterne. Y sus ojos vuelven a brillar, bondadosos y prometedores.

«Azorín» recuerda a la bella guanterita de París ante las mujeres del teatro de los hermanos Álvarez Quintero. Todas ellas son románticas y sentimentales, y son profundamente buenas. El teatro de estos hombres es fino y es suave porque son suaves y son finas las mujeres en que se concreta. Lo mismo «Cristalina», que «Malvaloca» que «Cancionera», son unas excelentes muchachas. Pero «Concha la limpia» –escribe «Azorín»– las representa a todas. «Concha» –continúa– tiene algunos momentos en que se queda pensativa, ensimismada.

Quisiéramos acercarnos entonces a ella y mirarla fijamente en sus anchos y negros ojos. Entonces, en silencio también –adivinando en la bella mujer un íntimo dolor– le tomaríamos la mano. En silencio, nos atreveríamos a llevarla respetuosamente a nuestros labios. Y acaso asomara una lágrima a esos ojos tan anchos, tan tristes, tan negros, tan hermosos.

Sí. «Pipiola», y «Cristalina», y Pepa Reyes, y Concha Puerto, y Nita, y Nena Teruel, nos recuerdan un poco los ojos cuya luz llevó para siempre en su alma Lorenzo Sterne, «Dear sensibility! –escribe en su bello inglés de «A sentimental Journey–. Source inexhausted of all that's precious our joys, or costly in our sorrows!»[271] Las ventanas del alma de la mujer son siempre los ojos, y en ellos, los que saben leer de corrido, no se cansan de leer jamás.

El Adelanto (01-05-1925)

De la leyenda y de la historia del Cid

En este pueblo del Arlanzón, y de la puerta de Santa María, y de los condes castellanos, y de Santa Gadea, y del monasterio de San Pedro de Cardeña, y de las arcas un poco problemáticas de don Raquel y de don Vidas, y de los restos del Cid y de doña Jimena, en este Burgos gentil, ciudad que ha ido perdiendo sus huellas medioevales para convertirse en una magnífica floración del Renacimiento castellano, aparece, por todas partes, el recuerdo de Rodrigo Díaz de Vivar. El caudillo "que en buen hora nació", va dejando, poco a poco, de ser un mito, para convertirse en un símbolo del carácter y hasta de la historia de Castilla.

Rodrigo no es un héroe de la guerra, sino meramente un profesional. Pelea no por el renombre sino para vivir. Es guerrero porque guerreando se gana la vida. Es el buen padre de familia que tiene que atender al sustento de los suyos en las horas amargas del destierro. Excelente caudillo, que es, sobre todo, un gran financiero, lleno de ponderación y de buen sentido, que se administra, perfectamente y que no atiende, en sus relaciones con los moros sometidos, más que a las conveniencias de su persona y de su bolsa.

El mejor documento de todos, este cantar rimado que copiara aquel oscuro monje de Pedro Abad en 1307, adquiere leído aquí, en Burgos, a la vera del Arlanzón, un sentido nuevo, que le despoja de todos sus atributos cristianos y épicos, de la leyenda caballeresca. Mío Cid es un buen Sancho de la tierra y su Babieca tiene más relación con el rucio del escudero que con el Rocinante del caballero de la Mancha. Se le da una higa de la gloria como no vea el botín al alcance de su lanza o de su espada. La misma codicia parece que tiene buena parte en el destierro que le impone el rey Alfonso. De Andalucía, y de su encuentro con el conde García Ordóñez, y de la aventura no muy clara del castillo de Cabra, el Cid torna a Burgos con más provecho que gloria. El destierro acobarda realmente al Cid. Antes de salir de Burgos, la leyenda, y con ella el cantar, le atribuye el primer timo del portugués, el episodio de las arcas llenas de arena y empeñadas a los judíos para procurarse el alimento de los primeros días. Hasta hay su gancho en el negocio:

[271] "¡Querida sensibilidad! … ¡Fuente agotada de todo lo que es precioso para nuestras alegrías, o costoso en nuestras penas!"

Martín Antolínez, el "burgalés cumplido", que cobra su buena comisión de treinta marcos. Con los dineros en el bolso, Rodrigo ofrece hasta mil misas a Santa María, si con el así procurado, obtiene venturas ante lo desconocido, en tierras extrañas. Y en San Pedro de Cardeña, vuelve a temblar el desterrado ante el porvenir, incierto, sin otro cuidado que el de hacerse rico, casar bien a las hijas y descansar a su lado cuando el monarca le alce el castigo:.

Fuera de Castilla, ya pasado el Duero, sus primeros asaltos al dinero ajeno no son de gran importancia. Sus incursiones en la Mancha y en Aragón le procuran los lugares de Castejón, en plena Alcarria, y de Alcocer, en las mismas orillas del Jalón; pero sus ganancias son en especie, que él se apresura a convertir en metal contante y sonante, vendiéndolas a los mismos despojados. Hita, Guadalajara, Alcalá –los lugares cercanos a Castejón, junto al Henares– son literalmente robados por las huestes de las trescientas lanzas y por las mesnadas que acaudilla Rodrigo. Aprovechando el derecho de algara, el Cid cobra el quinto del botín en Castejón y ofrece otro tanto a Alvar Fáñez de Minaya. El negocio del reparto de lo de Castejón ocupa cerca de dos cantos del poema. En Alcocer se vale Rodrigo de un ardid para arramplar con los primeros dineros aragoneses, degollando previamente a los confiados. Ateca, Terrer, Calatayud, sufren la misma suerte. La misma clemencia del Cid, a pesar de las alabanzas del juglar, se nos antoja demasiado sospechosa. Perdona la vida a unos cuantos sencillamente porque no puede venderlos. Así el héroe magnánimo los destinará a servidores suyos y les utilizará en su provecho.

En Valencia no cambia de mañas ni de condición Rodrigo. No le preocupa sino su bienestar futuro. Sabe que las honras y los honores son la corte obligada de las riquezas, y no pelea sino cuando le conviene, y, sobre todo, cuando hay botín copioso de por medio. Si hace regalos y presentes al rey, harto se advierte que no es por generosidad, sino para bienquistarse con él, sembrar la envidia entre los magnates castellanos y procurarse toda suerte de honores cuando llegue el momento de la privanza. Procede, para decirlo de una vez, como un buen rico de hogaño que quiere desquitarse de los sinsabores pretéritos. Y en las cortes de Toledo, después de la afrenta que hicieron a sus hijas doña Sol y doña Elvira los infantes de Carrión, el padre vejado no se cura de las heridas hechas a su amor propio, sino de la restitución de los presentes que ha hecho a sus yernos. El reto viene después, muy después, cuando las dos espadas, la Tizona y la Colada le han sido devueltas, y cuando, terciados y todo, ha logrado rescatar parte de los tres mil escudos de oro y de plata que diera a los infantes para ayuda de bodas. Como se ve, entre el Cid y los héroes de Calderón media todo un abismo.

Y, sin embargo, este Cid apañadito, paternal y casero, este Cid que gana batallas después de muerto, es, con todas sus manchas auténticas, el héroe castellano por antonomasia. En no perder nunca el sentido de su propia limitación estriba su verdadera fuerza. Su escepticismo, la conciencia de su pobreza, el recuerdo de las mujeres que allá en Cardeña han pasado por "muchas vergüenzas malas", no le permiten tumbarse a la bartola. El Cid, como buen castellano, es héroe a la fuerza. Y dotado de la fría sagacidad de la raza, sabe que, si triunfa, los juglares y los poetas se pondrán de su lado, y que de un hombre acosado por el hambre y por el hombre obligado a pelear, harán los romances un semidiós, símbolo de una raza, a la que también llaman las historias aventurera, porque, en realidad, no ha podido ser otra cosa nunca.

El Noroeste (16-03-1928)
El Luchador (09-03-1928)

La sombra de Calixto

Muy pronto va a desaparecer de Salamanca la clásica Posada de las Cadenas. Tiene una bella tradición esta posada: fue palacio de los Reyes Católicos; en ella nació aquel Príncipe Juan, que fue guapo mozo, enamoradizo y rubio. Tal vez, de no haber muerto tempraneramente este guapo mozo, los destinos de nuestro pueblo hubieran sido harto diversos. Pero el sino de don Juan fue breve y melancólico. Cuando le parió su madre hubo eclipse total de sol en la urbe. Y una fuerte inundación del Tormes. Aquel buen bachiller talaverano que se llamó Rojas y Montalbán hace alusiones a estos cataclismos en su linda tragicomedia. Porque el buen Calixto, que se mira en los ojos verdes de Melibea, es nada más y nada menos que el lindo Príncipe, enterrado, como sabe el lector, en la iglesia de Santo Tomás, de Ávila.

Con la desaparición de la Posada de las Cadenas y de los bellos ajimeces que decoran sus balconeras de hierro, ya no queda otro escenario salmantino de la tragicomedia que las tenerías,

junto al río. Por allí tuvo su casita, baja y discretamente asentada, la buena madre Celestina. Al cobijo de la peña de su nombre, la vieja, que no fue ese monstruo infernal que nos describe Cejador, ni mucho menos, arreglaba sus hierbas y sus perfumes para trastornar a los mancebos. Pero los mancebos no habían menester de tales niñerías para quererse. Calixto hubiera amado del mismo modo a Melibea. Melibea, igualmente, se hubiera mirado en los ojos de Calixto. Las terceras, en todos los tiempos, son un puro artículo de lujo que viven parasitariamente de las inclinaciones naturales de la juventud. Harto lo saben las herederas legítimas de la buena madre salmantina. Pues el escenario donde se movía la buena vieja sigue en pie en la ciudad académica y doctora. Podemos evocarle con fuerza todavía. El Convento de los Mercedarios, donde el buen Tirso compuso algunas de sus comedias mejor parladas y donosas, decora la prominencia de un cerro. Abajo se extienden las tenerías. El puente romano corta la visión de los sotos de los Arapiles y la más lejana de la sierra de Gredos.

Desaparecen las huellas de Calixto y quedan las de Celestina. Esta Posada de las Cadenas, que se trocará dentro de unos meses en una casa más, acaba con la huella del buen Príncipe don Juan. En cambio, el mundo celestinesco se agrupa, detrás de la Peña, en un mundo aparte, que aprovecha el cobijo de la Escuela. Los Calixtos de ahora, para gozarse en el deleite de unos ojos verdes y serenos, siguen creyendo en la necesidad de una tercería, que, lejos de precipitar, embarulla y ensombrece sus trotes y retrotes de buen amor.

Mundo Gráfico (21-01-1931)

OBITUARIO

El P. Cámara y Alba

Ha muerto el P. Cámara, el hombre de las grandes iniciativas, de los alientos vigorosos, de la voluntad férrea. Su proyecto de levantar en Alba de Tormes un templo magnífico a la reformadora del Carmelo sufrirá sabe Dios qué contingencias. Los albenses todos tienen que llorar la muerte del padre, del padre y del protector. Nadie como él contribuyó al engrandecimiento de mi pueblo; nadie como el P. Cámara trabajó con más entusiasmo por meter en digno relicario los huesos de la Santa.

Es preciso contemplar qué gastos de energías significa esto de tirar manzanas enteras de casas, de pagar a toca-teja para tener contentos a dueños y colonos, de llevar mensualmente, con toda exactitud, cuentas y presupuestos de las obras. El alma de este resucitar de Alba ha sido el señor Obispo. Y él atendía, a todas las quejas y reclamaciones, paternalmente, con dulzura evangélica.

Alba de Tormes tiene la obligación, si no quiere pecar de ingrata, de llorar a su Prelado, no con pompas y honras fúnebres solamente, sino con lágrimas en el corazón y en los ojos.

Muchos pobres le deben el pan que llevan a la boca, muchos burgueses han enriquecido con su proyecto acariciado. Las calles se hermosean. Un bonito edificio terminado, que servirá de hospedería para los peregrinos, pregona, a la entrada del puente, lo mucho que quiso el Rvdo. P. Cámara a Santa Teresa y los suyos.

Llórenle mis paisanos. Ante las tumbas, yo siento alguna de estas dos cosas, o cariño o respeto. Cuando el muerto estaba unido a mí con vínculos de sangre, de corazón o de cabeza, lloro. Y cuando no, me descubro, silencioso, ante el dolor ajeno. De respeto y de cariño deben ser los funerales de mis paisanos.

Y no importa que haya gentuzas por estas calles de Dios que guarden rencores a los desvalidos y a los muertos. ¡Que les aprovechen sus torpes lanzadas, que a ellos nadie les odiará siquiera! Morirán en el desprecio, con sus procacidades y groserías.

El Castellano (19-05-1904)

Mis recuerdos del P. Cámara

Estimaba al P. Cámara porque era un hombre bueno, un corazón ingenuo, un espíritu candoroso.

Y le admiraba, porque había en su voz dulzura, y fuego en su corazón, y elocuencia en su palabra.

Con grandes arrebatos, con arranques impetuosos, con bellos y enérgicos apóstrofes, la elocuencia del Padre Cámara se revolvía, airosa, contra los infieles.

Otra de sus cualidades, y de la cual no han hablado, que yo sepa, los cronistas, era la de una observación perspicaz en las cosas y en las personas.

Yo mismo (y perdóneseme la vanidad de citarme) pude apreciar que el insigne Prelado, fallecido, de Salamanca era un fisonomista sin igual.

A mí me conocía, desde pequeñuelo, en Alba de Tormes, donde le besaba el anillo con mis compañeros de escuela.

Luego, tuve que salir para un Colegio a estudiar el bachillerato, y en esos cinco años, no tuve la suerte de besar de nuevo el anillo al P. Cámara.

Pero luego, aquí en Salamanca, le saludé con ocasión de una velada literaria que presidió él, y me habló así:

– A usted le conozco yo.

– Es muy posible, señor Obispo, porque soy de Alba de Tormes, y yo recuerdo también a S. E. I.[272]

– Sí, usted es... Su fisonomía no ha variado en ningún rasgo, y, por cierto –añadió– que hace ya cuatro o cinco años que falta usted del pueblo de Santa Teresa.

– Así es, señor Obispo.

La página más gloriosa del Prelado la escribió él mismo en la Villa Teresiana.

Hablaba en las Escuelas públicas de su hermoso proyecto de levantar en Alba una basílica para Santa Teresa de Jesús.

«Se han presentado al efecto –decía– unos planos pequeños, modestos, pobres; otros más elegantes y esbeltos. Y como no tenemos recursos, ¡a ver si quiere la Santa que las agujas de las torres lleguen al cielo!»

Y en esta Basílica consumió el sabio agustino buen caudal de sus fuerzas y energías.

Como buenos castellanos, elevemos, desde el fondo de nuestra alma una oración sentida por el Prelado salmantino.

Yo le lloro también por mis amigos, por mis paisanos. ¡Quizás algunos pobres no tengan pan que llevar a la boca, si no tenemos la fortuna de que venga otro Prelado con tanta voluntad como el P. Cámara!

El Castellano (24-05-1904)

La muerte de Galán

Ha muerto Galán. Yo quisiera que los pájaros enmudecieran, que se pusiera el sol en toda la andante charrería, que los mozos no rondasen estas noches y que los viejos labriegos callasen sus consejas, para celebrar todos los charros, en la gran oración del silencio, la muerte del poeta.

La muerte de Galán no será una noticia de gran monta para un escribano de actuaciones, o para un notario rústico. Esos hombres habrán exclamado al saberlo: "¡pobre muchacho, tan listo y tan joven!" Pero a nosotros, a sus admiradores, a sus amigos, a los que rendimos culto a las modernas Dulcineas, más Aldonzas que las antiguas, a los que nos fabricamos un mundo interno, porque andamos a testarazos con el otro, la noticia no puede ser más triste, ni de más honda transcendencia.

Los viajeros que, arrebujados, en el tren pasaban por estos campos pelados, jamás miraban a través de la ventanilla nuestros pueblos tristes, nuestros viejos sentenciosos, nuestras mozas garridas. Las tonadas populares, un poco largas, un poco soñolientas, eran desdeñadas por los músicos. El charro servía de burla a los señoritos holgazanes, y nuestra tierra entera vivía gozosa en sus tradicionales modorreras, cansada de haber luchado, en épocas pasadas, contra moros y flamencos.

Galán cantó, y sus trovas traían auras de amor y de fe sana. Sus versos de campesino los repetíamos los urbanos, y Castilla fue grande con Galán.

Todo su mundo poético, de montaraces que se quieren con toda el alma, de mozos que se emboban con el amor primero, de almas sencillas que piden al Cristo aldeano pan y dichas para los suyos, hacían estremecer de gozo el alma castellana.

Sus versos, sin afectación, alejados de simbolismos, sin retorcimientos de último cuño, eran inspirados por musas primitivas, no por histéricas de pasiones refinadas.

Era el poeta muerto, el de las almas sencillas, el de las muchachas candorosas que se asustan de las picardías de la ciudad, el que amaba el joven que pela la pava, el gañán que ara con las yuntas y el que recomienda el devoto para evitar la corrupción.

[272] Su Eminencia Ilustrísima.

Galán, sin embargo, no fue un sectario, le calumniaron en vida los que quisieron llevarle por los senderos de la beatería, de la ñoñez. Galán fue un espíritu hondamente cristiano, y como tal, saturado de humana tolerancia.

Galán no fue el poeta de este bando o del otro, fue el poeta de todos.

No separó a nadie, unió a los rivales más *aparentemente* engreídos y todos coincidían en alabar sus versos y en admirar su figura.

Los que nos llamábamos amigos, le debemos consejos, alientos, energías, orientaciones. Con todos fue bueno y sencillo. ¡Ya no le veremos más!

Recemos cristianamente por su alma, en oración sincera. Y los que no quieran o no sepan hacerlo, que inclinen con respeto la cabeza ante su tumba.

Galán ha muerto. Y sus versos morirán cuando muera con ellos el alma charra.

El Castellano (09-01-1905)

Sobre la muerte de Edmundo de Amicis

La muerte de Edmundo de Amicis ha causado enorme sensación en Italia. Prescindiendo del mérito literario del autor de *Spagna*[273], es indiscutible que De Amicis era un buen ciudadano y un hombre honrado. Antes que del literato, se ha hablado del hombre: he aquí todo. Antes de encomiar las virtudes cívicas y artísticas del ilustre torinés, muerto casi repentinamente en Bordighera, los poetas, sus colegas, le han llorado en la habitación del hotel donde acaba de morir, sus amigos íntimos, su editor. Treves, la hija de Treves que está inconsolable, todos los que le amaron que fueron todos los que le conocieron.

Hace un rato, me hablaba un estudiante del escritor muerto. «Era un hombre alto y bueno» –me dijo–. ¿Hay algo más elocuente, más expresivo que estos dos adjetivos en la apariencia absurdamente colocados?

Y la muerte de este ciudadano ilustre, de este escritor sincero y apasionado que leímos de niños, del "hombre alto y bueno" que dijo mi amigo, merece unos breves comentarios. De Amicis sin tener la pulcritud y la suprema elegancia de D'Annunzio, ni la soberana fuerza de expresión de Carducci, ni el vivo interés de las cosas de Fogazzaro, sin rebasar, en una palabra, la *aurea mediócritas* en achaques de ingenio y de estilo, ha muerto querido de todos. De los italianísimos, de los *chauvinistas,* porque fue un excelente patriota y uno de los más fogosos partidarios de la unidad. De los tradicionalistas, porque jamás acometió a nadie, ni sintió ese odio literario que perdió al pobre Clarín en sus últimos años, porque, en una palabra, escribió por gusto y no fue ese profesional inaguantable que aborrece a los registradores de la propiedad, a los notarios y a los abogados que dicen «haciendo caso omiso» y emplean otros giros por el estilo.

De Amicis era literato para el público que compraba sus interesantes libros, amenos y un poco fantásticos, de viajes, pero para sus amigos fue un hombre sencillo que jamás se dejó admirar. Sometiose también a la moral común, porque entendía, con certero instinto, que el hombre de talento, por el hecho de tenerlo, tiene que imponerse más reglas de conducta que el resto de los mortales. Ningún pueblo hay más compuesto y más continente que el inglés y nadie le aventaja en el desarrollo de la conciencia colectiva de su libertad. De Amicis, que fue libre, supo ser bueno, y porque lo fue, ha sido llorado. Cien mil veces de más valor es aquí D'Annunzio, y yo os aseguro, que, cuando le llegue la hora postrera, han de estallar regueros de pólvora que su *pose* inaguantable va acumulando en el corazón de gentes a quienes la preocupación literaria interesa de un modo muy secundario.

Gíovanni Pascoli hizo ayer, en cátedra, a sus estudiantes de Bolonia el mejor panegírico que puede hacerse del escritor que nos visita durante el reinado de D. Amadeo, y que no tuvo para España, más que frases de afecto y de cordialidad. De la hermosa improvisación del poeta Pascoli son estas palabras:

«Acaba de morir, señores, el poeta que tuvo un don, sobre todos: el de conmovernos en un tiempo en que todos son irónicos, ironistas, amargos, ásperos, acres, punzantes o feroces. Leyendo los libros de Edmundo de Amicis, hemos sonreído, entre lágrimas, con sonrisa natural, de esa que jamás nos hace torcer la boca. De Amicis con su sinceridad y con su sonrisa honrada, hones-

[273] Coincidiendo con el reinado de Amadeo I de Saboya, D'Amicis visitó España y escribió un libro de su viaje titulado *La Spagna* (1872).

ta, se me antoja, hoy, fuera de tiempo y fuera de lugar. No era un escritor y un poeta naturalista, pero sí natural; no *sincerista,* pero veraz; no humanista, pero humano, a veces hombre, a veces chiquillo.»

¿Y no vale más que todas las prendas humanas, esta virtud incomparable de ser a ratos chiquillo, y a ratos hombre, pero siempre, siempre alguna de estas dos cosas?

Nuevo Mundo (02-04-1908)

La muerte de un amigo

... al gener nostro il fat
Non donó che il morire...
(Leopardi–*A se stesso*)[274].

Hace días he leído *El Imparcial*. No llegan a dos las veces que he leído *El Imparcial* este año. Y en sitio visible, en la primera página, veo *suicidio*. Y luego, unas noticias, escritas con ligereza, describiendo el fin trágico de mi pobre amigo Clemente González Alonso[275], Rector del Colegio de España en Bolonia.

Lo que pasó por mí no sé decirlo. Me envolvió una nube de tristeza. ¡Aquello tenía que ser!

Yo que conocía muy a fondo a aquel infeliz paisano nuestro, que paseaba todas las tardes conmigo bajo los pórticos boloñeses, que me decía todas sus confidencias y sus intimidades, que tenía en mí una confianza tan ilimitada que me llamaba siempre *mi sobrino Rojitas*, de tal modo que las condesas y demás aristocracia casquivana de Bolonia me preguntaba en serio por *mi tío Clemente*, barruntaba, de un mes a esta parte, sobre todo, la catástrofe. La neurastenia devoraba aquel cuerpo de hierro, aquel corazón bueno y leal, aquel charro que perdió la salud del cuerpo y del alma al pasar a un ambiente frívolo, sensual, cruel, lleno de mujeres encantadoras y de hombres ingeniosos, pero vacío de afectos. Clemente, lejos de los suyos, de su sobrinilla, padecía mucho. En Julio último llegamos a temer por su salud sus mejores amigos.

Y esta tarde, amigos míos, llegan a mí las primeras noticias de Florencia. Leí la carta en la calle. Una mueca de amargura contrajo mi rostro franco, incapaz de disimulo, como acostumbrado a reír de veras y a llorar de veras. Donde me cogió la carta no podía llorar, amigos. Tuve que dominarme. Luego –esa es la vida– me olvido un minuto del amigo leal y la alegría invadió mi espíritu. Más tarde, otra vez solo conmigo mismo, ha vuelto la tristeza mansa y dulce a este pobre cronista que le conoce tanto y tan de cerca.

No insultéis, hombres resignados y rectilúceos [sic], la memoria del infeliz Rector de Bolonia.

No ha sido un suicida; ha sido un enfermo y un débil. Dios ha de perdonarle. Descubríos con respeto ante su tumba. Decid oraciones los creyentes; vosotros, niños y mujeres, arrojad flores.

Ayer lo enterrarían en Bolonia. Ha querido vivir siempre junto a su colegio de patios tristes y de paredones cubiertos de tupido verdor. Unos cuantos mozalbetes frívolos habrán llorado seguramente en la lectosa [sic]. Cuando yo torne a Bolonia, tendré dos tumbas queridas en aquel cementerio pagano. La de Carducci, un poeta; la de Clemente, un hermano mayor.

¡Pobre tío mío! Mi primera visita será para ti y juraré que me oirás, con alegría, si tarareo, bajito, una tonada de tus llanos y de los míos. ¿Recuerdas aquella Nochebuena de 1907? Todos reían. Tú y yo cantábamos una canción casta,

En el cantar conozco
la que está virgen;
tiene la voz delgada
y el eco triste,

que tú me enseñaste. Recordaba yo a mis padres; tú al hermano y a la sobrina. Cerca, bajo los pórticos, un puñado de ebrios canturreaba canciones torpes que aumentaban nuestra murria. Aquel ambiente impúdico nos era extraño a ti, a mí, a la virgencita del cantar.

[274] … el destino a la humanidad / no le dio otra cosa que la muerte. (Leopardi.- A sí mismo)

[275] Nacido en Mata de la Armuña (Salamanca) en1896 desempeñó la rectoría del Colegio Español de San Clemente de Bolonia. Se suicidó disparándose un tiro en el pecho.

Ahora, en secreto, amigo, que duermes lejos de tus encinares. No éramos tú y yo los tristes solamente aquella Nochebuena. Alguien lloraba con nosotros y a muchas leguas de nosotros. Alguien que ha sabido primero que nadie mi pena por ti. ¡Esta tarde, al ponerse el sol, he visto un Cristo y me ha dicho que te perdonaba con sus ojos extraviados! A sus pies estaba el ángel de las lágrimas lejanas y dulces. Y Cristo seguía perdonándome a mí...

¡Descansa en paz, amigo bueno, charro murrioso y melancólico! ¡Déjame solo con mis alegrías, tú que me has llenado de angustias una tarde! ¡No te olvidaré nunca, amigo de la tierra ingrata donde fui ave de paso, que pía de tristeza, lejos de su nido! Yo tengo que vivir. ¡Señor de los buenos y los malos, da hogar a mi corazón, da un sentido a mi vida, dame un Amor que mate los amores pequeños, dame juventud, bondad, fuerza, alegría! ¡Bondad, Señor, bondad! ¡Da una patria definitiva a mi corazón errante, Dios mío! Tú sabes Señor, que haré de mi corazón un sagrario con velas encendidas para ti.

¡Ya ves, Señor! Un charro salió de su llano, dejó de oír los sabrosos decires de sus hijos, dejó de ver los rostros encendidos de las campesinas sanas. Y vivió solo. Y amó mucho. Y lloró solo. Y una mañana, débilmente, no supo sujetar sus nervios. ¡Perdónale, Señor, tú que no sabes de venganzas chicas como los hombres de aquí abajo!

El Castellano (16-03-1909)

Don Joaquín Costa

El crepúsculo del solitario de Graus ha sido lento como una puesta de sol en el llano; Costa murió, y con él algo del corazón de esta España, madre nuestra, que tanto amó el león de las melenas grises y de los ojos de fuego.

¡Pobre don Joaquín! Yo le conocí, achacoso y enfermo, en el Ateneo, tres años ha, cuando derrengado, herido ya en la médula, con los ojos apagados y los movimientos torpes, estudiaba, en librotes, el alma generosa de nuestro pueblo. Cogía difícilmente la pluma; apuntaba algo; tornaba a la lectura; volvía a escribir. Y en sus ojos estaba toda la tristeza de nuestras catástrofes, todo el cansancio de nuestra raza, la sangrienta terminación de nuestra leyenda, su propia rotura de árbol corpulento que destroza el rayo.

Se levantaba raras veces don Joaquín de su asiento. Con las manos encogidas, tropezándose, agarrándose a los muros de la biblioteca, salía unos minutos don Joaquín. Yo le acompañé algunas veces. El pobre hombre trabajaba doce, catorce horas y no podía trabajar. Para no molestar a los mozos, no pedía agua. Yo, que lo sabía, pedía un vaso, e intacto se lo ofrecía al tribuno. Llegaba a las diez de la mañana el grande hombre a la calle del Prado; hasta las once de la noche no abandonaba su trabajo. Y no comía; seis, ocho tazas de café cargado eran su alimento muchos días. De mozo, es sabido que para estudiar dormía una noche y velaba otra.

A mí me espanta que este hombre se haya marchado de esta España, que era más suya que de nadie. La ha vivido en los libros tan intensamente, que las desgracias nacionales se trocaban en su interior, en desgracias propias. Acaso su crepúsculo es nuncio de otro crepúsculo mayor que amenaza al pueblo.

Le mataron tal vez el despotismo erigido en sistema, el chanchullo en norma, el favoritismo en regla de concurso. Le oigo gritar con su voz estentórea:

"Que devuelvan a cien mil madres españolas los hijos a los que han matado el hambre, el zapato de cartón, la quinina falsificada." Le oigo su tremenda ironía de Salamanca: "En este país no quedan más hombres que las mujeres". Le veo, desilusionado, romper con los comediantes y renunciar su acta de Zaragoza. Le veo también investigando, en sus fuentes puras, el derecho consuetudinario español, desempolvando a Vives, desentrañando los conceptos pedantes de nuestros teólogos, enseñando a la mocedad la estrella del camino.

¡No, no! No es gloria de partido la gloria de Costa; es gloria nacional. Correligionarios suyos éramos todos los españoles. Debía serlo el Rey que ha preguntado por su salud; el villano; el noble; el clérigo; el labrador; todos.

Un trozo de terruño español formó su corazón; la historia española su cerebro; una bala de cañón que mató a los soldados anémicos en Cuba, su indignación apocalíptica. Lloró por los que reíamos; rezó por los que iban a los toros a reír del desastre de Cavite; sintió por todos los inconscientes, y peleó por todos los abúlicos. Costa era España, herida en su médula, torpe, avejentada, pero con el corazón lleno de ansias y el cerebro de pergaminos. Y se nos fue a todos.

Republicanos, soltad la presa y engrandeced el homenaje. Monárquicos, no pongáis peros a la gloria del santo y del héroe. No le cubráis con la bandera roja de la rebelión: cubridle con la bandera española. Y pensad que se os fue algo como Cisneros, como Teresa, el último español que lloró por su patria, el último que pasó por las amarguras, los crímenes, las tristezas de todos, con el corazón lleno de sangre.

El Adelanto (10-02-1911)

La muerte de Costa

Hoy salen los periódicos de luto: murió el león de Graus.

Y el entusiasmo fúnebre de nuestras gentes, todos esos políticos que no conciben que a una gloria nacional se la entierre pobremente, todos esos admiradores espontáneos de Costa que no leyeron nunca un libro suyo, quieren un entierro de campanillas, trasladando el Cadáver a Madrid.

Y mañana pedirán estatuas.

Y el Ateneo no se saldrá sin su veladita necrológica. Y las indelicadezas de los periódicos, que ayer auscultaban su cartera y hoy discuten la religión del gran tribuno, acompañarán en su tumba al último español, que ha muerto.

¿Por qué no dejar que repose en su rinconcito de Graus el cadáver del gran hombre? ¿A qué amargarle la muerte con estas farándulas, tan desacreditadas ya, desde que cualquiera es genio, a cualquiera le levantan estatuas y a cualquiera le acompaña todo el Gobierno en la presidencia del duelo?

Sea más hondo y más callado nuestro tributo de dolor. Para llevar amarguras no hacen falta retablos de Maese Pedro. Si queremos que el pueblo le llore, hagamos que le conozca antes, cara a cara, sin las antojeras de la Prensa. Editemos sus discursos y sus libros. Repártalos profusamente el Ateneo; repártalos la Academia de Jurisprudencia. Hágase una edición popular, barata, de las obras del insigne jurisconsulto. Su figura no es popular; la política, en él pegadiza y más anhelo de corazón generoso que cotarrillo jerárquico de bobos que juegan a las barricadas abogando mientras llega la hora suprema, no tapaba en él la erudición.

Costa es un erudito por esencia y un político por accidente. Fracasó la Unión Nacional, porque los que le seguían no querían ideas, sino actos, y porque no era elegante eso de indignarse demasiado. Fracasó Costa en el partido republicano, porque no comprendía esa familia de republicanos de palacio, que es el modo más cómodo de servir a la monarquía, ni esos petroleros de ética dudosa, ni esos señoritos que van a los mitins por deporte, ni esos varones apacibles que esperan la evolución política de las ideas de un pueblo que no tiene ideas. Costa fue un solitario. Y la soledad le dio fibra y le dio coraje.

Y que descanse ahora en la soledad de Graus el pobre don Joaquín, herido en la médula como su pueblo. Si nosotros, los mozos, sabemos cumplir con nuestro deber, tiempo tenemos de peregrinar a su tumba aragonesa, que no debe cerrarse con siete llaves como él quería que se hiciera con el sepulcro del Cid, sino abrirlo de par en par al corazón del pueblo,

El sendero para llegar a la tumba es el de crearnos un contenido espiritual de patria, el de servirla y el de sacrificarnos por ella. Y de aquella tumba de un escéptico que amó mucho, hagamos cuna de optimismo y de acción.

¡Pero que no le traigan a Madrid, por Dios! Habrá discursos lacrimosos allí donde deben estallar las injurias; habrá sollozos mujeriles allí donde debe haber una pena de resignación estoica. No quiero que los políticos achiquen el homenaje. ¡Cien mil veces más juiciero será el de los aldeanos de Graus que le llevarán al cementerio, en silencio, suspendiendo luego la partida de tresillo, apenados, en la rebotica del lugar!

El Adelanto (11-02-1911)

Maragall[276]

Ha muerto Maragall, el hombre sano, el indulgente, el bueno, el contento de sí mismo y de la vida. España pierde un hombre, aquí donde son tan escasos; Cataluña, el pueblo de la tramoya, de Cambó y de Lerroux, un poeta, allí donde croan tantos renacuajos; mi corazón de mozo un maestro ecuánime, justo, clásico, sereno.

No sé, pero la muerte de Maragall no me ha producido tristeza. Veo al buen patriarca, con sus doce hijos, en el chalet de San Gervasio, de Barcelona, cerrando los ojos, volviéndolos a abrir, tornándolos a cerrar, escribiendo, henchido de alegría, aquel *Elogio de la palabra* intenso, de emoción relleno y de poesía, aquella *Vaca ciega*, aquella oda, *A España*.

De madera de bondad está hecho el hombre; de madera de alegría el poeta. No me gusta Maragall haciendo de poeta civil, sino contando, en la intimidad, la triste marcha de la vaca ciega, topando entre vertientes y cañadas, sola, levantando el testuz al cielo que no ve la pobre, o haciendo de periodista, descubriéndonos su Cataluña y su ciudad, su ensueño poético de bienandanza, levantando una patria nueva. ¿No recordáis su artículo cuando nació Solidaridad? O filosofando placenteramente desde su despacho, cerca de donde los nenes juegan, en el calor del ruido, escribiendo aquellos ensayos que mandaba a *La Lectura* –"manden lo que quieran: vale tan poco lo que yo hago"– dignos de Goethe y de Croce, dignos de Shelley o de Maeterlinck. ¿Qué es el *Elogio de la palabra* del poeta catalán sino *El elogio del silencio* del poeta belga? ¿Qué es su teoría del arte y de la expresión artística sino la misma visión aguda y justa de Benedicto Croce? ¿Qué es su poesía-idea sino la poesía palabra de Shelley? ¿Quién no advierte la simiente de Goethe, el arte como recreo, como creación de lo creado, en el buen barcelonés? ¿El ritmo clásico no es en el poeta muerto, el ritmo de su serenidad?

Los salmantinos tenemos con él una deuda. Maragall fue el prologuista de *Extremeñas*. En obra aparte y con entero reposo, en *El elogio de Galán*, que preparo para la *España Moderna*, antes de que me sorprendiera la muerte de Maragall, hago notar coincidencias, poco advertidas, entre el poeta charro y el poeta catalán. Que son puramente de temperamento, de infantilismo, de calidad ingenua de espíritu, con la diferencia que pueda existir entre un hombre que sabe lo que se guisa por el mundo, como Maragall, y el que no conocía más que el garbanzo casero, como nuestro José María. Fuerza de la idea en uno e instrucción de artista ingenuo en el otro.

Ha muerto un poeta, amigos míos. Un poeta no reparte favores, ni construye carreteras, ni obtiene sinecuras, ni revuelve los tablados. Un poeta es un ser débil, que deja fuego en el corazón, estela de pureza en el recuerdo. Maragall fue muy español porque fue muy catalán. Y la patria no era mezcolanza burocrática, para él, sino comunión viva de ideas vivas. Yo no sé cómo rezar por él; recitaré quedamente, paladeándola, su *Vaca ciega*. ¡Dios, de quien tantas cosas buenas dijo el hombre bueno, se habrá sentado a su diestra.

El Adelanto (26-12-1911)

D. Francisco Jarrín

Ha muerto Jarrín[277] en Plasencia. Mejor decimos Jarrín que el señor Jarrín porque Jarrín es algo nuestro, casero, íntimo, que no necesita de motajos mundanos para conocerle. Y ha muerto en plena visita pastoral, en las estrecheces de una aldea, cumpliendo con sus deberes tranquilamente. Ha muerto, como todos los hombres bravos, de una enfermedad del corazón.

Ayer le enterraron en la Catedral de Plasencia, cerca de los arabescos del coro, en un templo recio como su temple, donde los escultores y arquitectos supieron unir a la soledad la gracia y a la robustez la confianza de una fe serena en la vida y en las alegrías de la vida. Símbolo que tiene su significación y hasta su alcance espiritual, al enterrar las cenizas del excelentísimo señor don Francisco Jarrín Moro.

[276] Existe otro artículo con este mismo título y distinto contenido también publicado en *El Adelanto* (O.C. Tomo II, página 333).

[277] El salmantino Francisco Jarrín Moro dejó Salamanca para ocupar la sede episcopal de Plasencia cuatro años antes. Murió en Ibahernando (Cáceres), famoso pueblo en toda España porque su alcalde había denunciado y prohibido cultos evangélicos contraviniendo el derecho constitucional. El obispo se encontraba precisamente allí para establecer una escuela que contrarrestase las enseñanzas evangélicas del pastor Cándido Rodríguez Gil. Resulta curioso que Sánchez Rojas no haga mención ni referencia a estos hechos cuando Miguel de Unamuno promovió y defendió como rector la creación de la escuela evangélica de Ibahernando, impidiendo que el obispo de Plasencia la cerrase.

Jarrín humilde y cristiano, fue también alegre como todo el que hace del deber, no su cruz amarga, sino su sendero de flores.

El "señor Magistral", como nosotros le llamábamos cuando vivió entre nosotros, deja, para ejemplo eterno de todos, una historia de actividad, de abnegación y de altruismo. Fue fuerte con flexibilidad, bueno sin intransigencias, tolerante sin debilidad, sabio sin soberbia, alegre sin frivolidad. Entre nosotros dejan reguero de luz sus obras. En nuestra memoria un eterno recuerdo. En nuestro corazón de creyentes una plegaria y en nuestro afecto de paisanos un vacío muy difícil de llenar, en esta época donde hay que buscar los caracteres como Diógenes buscaba los hombres.

El Adelanto (08-11-1912)

Pedro Dorado Montero

Ayer tarde bajo un cielo plomizo y una lluvia pertinaz y monótona, dejamos en el cementerio civil de Salamanca, adherido a la tierra de que surgiera, el cuerpo del catedrático de Derecho Penal D. Pedro Dorado Montero... Cuando Unamuno, conmovido y recio rezaba su oración fúnebre por el amigo muerto, por el obrero silencioso y abnegado de la cultura patria desposado toda su vida con el trabajo y la sencillez, ante un grupo de catedráticos y de estudiantes, nuestro espíritu sorbía con unción sus palabras, que se llevaban, con el cuerpo inerte del hombre sabio y bueno, toda nuestra primera juventud, tejida de nobles luchas escolares y de confidencias de amor...

La figura de Pedro Dorado Montero desaparece del escenario académico de Salamanca en el momento en que ya vive incorporada, para siempre, en el espíritu de la mejor parte de la mocedad española. Los que han estudiado Derecho saben hasta qué punto era noble y era limpia la huella del profesor. En su cátedra de Derecho Penal, terror de patronas y de botarates, las ideas tomaban carne de emoción, riñendo, en el alma virgen del estudiante, la más donosa y descomunal de las batallas. El cerebro, alimentado de entelequias y de los torpes verbalismos escolásticos, cobraba luz nueva ante el mundo apasionado y sediento de justicia del maestro, y el que tenía coraje, y el que tenía espíritu, amuchachaba y rejuvenecía sus entendederas para toda la vida y se libertaba de esa peste del abogadismo y de la confusión. ¡Los raudales de luz que vertió en los muchachos el espíritu claro y limpio de Pedro Dorado! ¡Las inquietudes y los anhelos que sembró a boleo y a manos llenas en nuestro corazón de los veinte años! La ciencia, nuestra tirana, se trocaba, poco a poco, en la más dulce y querida de las amigas, porque el maestro aparecía ante nuestros ojos como un hombre, y el pensar como una alegría y una liberación, y la gimnasia del entendimiento, como un juego alto y noble de la juventud.

A través de los problemas penales, de las disputas de las escuelas y del anhelo de los siglos por el acercamiento a un tipo de justicia cada vez más claro y definido ¡cómo nos mostraba el alma este hombre, su propia alma, infantil y candorosa, quemada por la llama viva de la emoción! Se decía escéptico y gustaba del encanto de todos los senderos. Se llamaba pesimista, y el llanto de un niño, la soledad de un recluso, el abandono de un delincuente, daba a su protesta los tonos más cálidamente humanos que jamás oímos. Era más muchacho que todos nosotros juntos el buen Pedro Dorado. Acaso para soñar a ojos abiertos, el profesor Dorado, que tenía fama de esquivo y un tanto huraño, se había ido apartando poco a poco de las gentes, para guarecerse en los libros y en las meditaciones, y era en su cátedra y ante sus muchachos donde este romántico impenitente, que había hecho profesión de escepticismo, se cobraba de los agravios y esquinazos que le había ido infiriendo la realidad ambiente y cominera de un pueblo mezquino y académico.

Dorado se valía de su magisterio para regalarnos con las confidencias más exquisitas y pudorosa de su corazón solitario. De los pórticos de Bolonia, donde deslizó su juventud a la sombra del colegio albornociano, trajo a las orillas del Tormes la claridad, la elegancia y la justeza del pensamiento italiano. Aunque los positivistas fueron sus primeros guías y rectores en el campo del Derecho penal y de la Antropología, pronto abandonó toda aquella pedantería, tan postiza y hueca como la de la acera de enfrente, para caminar por su cuenta y en libertad. En el fondo, Dorado despreciaba toda elucubración mental. Sabía, como el Eclesiastés, que el que añade ciencia añade dolor.

Su clásico y su maestro era el pobre conde de Recanati[278], aquel hermano suyo solitario a quien le era dulce naufragar en el mar de lo infinito, aquel suavísimo poeta que cantaba el engaño extremo en el que creyó eternamente y que sorbía en los ojos de Silvia,

quando beltá splendea
negli occhi tuoi ridenti e fuggitivi[279]

todos los misterios e interrogaciones de lo infinito.

Cuando ayer, en la mañana sucia y lluviosa, pedía Unamuno para el espíritu de Pedro Dorado paz eterna, porque se debatió siempre en la más honda inquietud, nuestras lágrimas no nos dejaban contemplar el velado y austero paisaje castellano que teníamos delante. Las banderas de las sociedades de resistencia y de las agrupaciones socialistas daban guardia de honor al pobre cuerpecillo comido por una dolencia terrible, resguardándole de la lluvia. La campana de la ciudad y la campana de la escuela tañían tristemente. Cuando la tierra piadosa cubría sus despojos –a la una de la tarde– para siempre, cuando esta madre Castilla le prohijaba y le daba el calor de su seno para arroparle, me daba la sensación de que con el cuerpo de Dorado enterraban también, de un solo golpe, lo mejor de su raza: la austeridad, el trabajo persistente, la nobleza, el odio a la farándula, la semilla que brota de la santa, de la hosca y altiva soledad...

Boletín de la Institución Libre de Enseñanza[280] (31-03-1919)
El Sol (04-03-1919)

La Fornarina, en el gramófono

En el hotel de Ofelia de Aragón, después de almorzar una colmada y abundante paella, una audición en el gramófono… Consuelito Fornarina canta la matchicha de Don Procopio y el cuplé canallesco:

Costanilla, número tres...

Y su voz pastosa sigue viviendo en el disco, y la figura de mi angelical, de mi querida amiga Consuelito, revive ante mis ojos, después de nueve años, con sus anchos ojos azules, con su preciosa cabellera rubia, con su rostro aniñado y con su ingenio vivaracho y madrileño.

¡Pobre Consuelito! Te recordaré siempre, siempre... Primero, en Barcelona, una mañana soleada, de Diciembre, yendo a mi casa para darme las gracias por un artículo mío de «Gente Joven». El paseo de las Ramblas, luego; la cena en el Marthín, después; el viaje a Palma de Mallorca, por último. Y aquella encantadora intimidad tuya, relatándome tus aventuras en París, tus primeros pasos por la áspera senda de la gloria, tus días de triunfo y de renombre, cuando los príncipes y los potentados de la tierra ofrecían hoteles, joyas, caballos, coches, y tu reías, reías... Y la enfermedad traidora, en fin, cuando recluida en el Palace, abrazabas a una muñequita de cartón, porque tus pecados no te consentían abrazar a una muñequita de carne y hueso a ti, pobre muchacha, que habías nacido para notaria, para registradora de la propiedad, para profesora de Instituto, a ti, linda muñeca rubia, que despertaste todos los deseos, pero inspiraste también los amores profundos y callados que temen la expansión para que el vendaval no los agoste y se los lleve.

¡Pobre Consuelito! Te recuerdo leyendo «El elogio del silencio», de Maeterlinck. Joaquín Montaner y yo vamos a buscarte, muy de mañana, para llevarte a Tarragona. «La Nati», ya vestida, te mete prisa, y tú, perezosa impenitente, aún descansas en el lecho, consagrada a tus lecturas favoritas. El tren, el vino del Priorato, la visión del Mediterráneo desde la Rambla tarraconense. Y la visita a la Catedral, y al Museo, y al Puente del Diablo, y el encanto de internarnos por las vías solitarias de la vieja ciudad catalana, y tu admiración ante una muchacha que pasa, con el cántaro en la diestra, camino de la fuente:

[278] Giacomo Taldegardo Francesco di Sales Saverio Pietro Leopardi (1798 – 1837). Poeta, filósofo, filólogo y erudito italiano del Romanticismo, referenciado con frecuencia por José Sánchez Rojas y sobre el que escribió varios artículos.

[279] *A Silvia*. Para su mejor comprensión añadimos los dos versos que preceden a estos: Silvia, recuerdas aún / aquel tiempo de tu vida mortal / "Cuando la belleza brillaba / En tus ojos risueños y fugitivos."

[280] En el *Boletín*… se reproduce literalmente el artículo que publicara en *El Sol*.

– ¡Oye, Pepe...! ¡Ahí tienes una tanegrilla[281]! ¡Qué bella es! ¡Mira!

Y yo que recuerdo, murrioso, triste y callado, y tú que cariñosamente me interrumpes y me consuelas:

– ¡Vaya, hombre! Todos los años traen su primavera. Ya llegará la tuya. Espérala siempre, que ya llegará…

Tu entierro, en fin, Consuelito, el 17 de Julio de 1915. Te llevamos al Camposanto, vestida de monja carmelita. En el cortejo, unos cuantos escritores, y luego, gente del pueblo: modistas, chalequeras, bailarinas, acomodadores de teatros, gente humilde y sencilla que recordaba tu generosidad y tu despilfarro:

– ¡Qué buena era la señorita! ¿Verdad? Cuando estuve enfermo, ella corría con todos los gastos. ¡Era tan buena! ¡Que Dios la tenga en el cielo!

Y en el cielo Dios te tiene, Consuelito, junto a María de Magdala, la María Egipciaca de nuestra vieja literatura. Pecaste mucho, acaso, pero amaste más.

Amaste tanto, Consuelito, que tus pecados te fueron perdonados porque fueron mayores, más puros y más delicados tus sacrificios de toda laya.

El Adelanto (28-12-1924)

Enrique Nogueras

«Enrique ha muerto», reza el triste papelito azul que tiembla entre mis manos y trae una cortina de lágrimas a mis ojos. Ha muerto el buen doctor, allá en Boltaña, en las montañas del Alto Aragón, cerca de los Pirineos, al lado de la vieja casa de los Coronas y al lado de su amado Benasque, el pueblo donde ejerció de mozo, su medicato rural, antes de marchar a Barcelona y de ganar sus oposiciones a la Beneficencia municipal y de inaugurar sus triunfos de Santiago y de Salamanca.

¡Pobre Enrique! Le conocí ahí, en esa quieta y dulce Salamanca, recién nombrado catedrático de Enfermedades de la infancia de su Facultad de Medicina. Enseguida fuimos íntimos y entrañables amigos. Enrique, nacido en Bilbao, tenía, junto al infantilismo y a la espontaneidad de los vascos, la ruda franqueza del Alto Aragón, de donde era oriundo, y el sentido práctico de los catalanes, entre los que se había educado, con los Trías, con los Suñer, con los Martínez Vargas y con los Rodríguez Méndez. Nogueras era muy bueno, muy inteligente, muy caballeroso y estaba dotado de una rica y sorprendente sensibilidad.

Sentía, como muy pocos hombres lo sienten, el amor a la mujer y el amor al niño. ¡Cuántas veces al cobijo de los soportales de esa Plaza Mayor, contándonos nuestras decepciones y esperanzas recíprocas, en el seno de la más estrecha y pudorosa confidencia, su alma –bilbaína y aragonesa a la vez– vibraba de ternura, refiriéndome algún acierto clínico y el consiguiente placer de la pobre madre con el niño redivivo y devuelto a la salud y a la alegría!

Vivimos tan estrechamente unidos durante algunos años, que, fuera de las horas que a sus enfermitos consagraba Enrique, estábamos continuamente juntos. Años aquellos de terribles luchas, vacilaciones y crisis para mi espíritu, el contacto con Nogueras me serenaba, inundándome de optimismo y de fe. Más de una vez le acompañé en sus visitas. Cuando estaba contento de sus intervenciones médicas –y lo estaba casi siempre– charlábamos de arte, recitaba sus poetas favoritos –Rubén, Maragall, Verlaine– e inventaba excursiones a Alba, a Béjar o a Ciudad Rodrigo, para discurrir en el silencio y en la quietud de estos lugares.

Antes que médico, era un hombre hecho y derecho aquel mozo, lleno de vigor y de salud, que todos conocimos y quisimos en Salamanca.

Artista siempre, manejaba el bisturí con elegancia y con respeto. Sabedor de que pinchaba en carne doliente y humana, ahorraba con usura y con unción el dolor inútil. Su mano, firme y segura, al herir y al tajar, se extendía cariciosa y cordial sobre el enfermo, prometiéndole con la mirada y con la actitud, un lenitivo y un bálsamo para su dolor. Dos o tres veces le vi practicar la incubación con el querido y común amigo Emilio Firmat. Aquellos minutos eran terribles para un profano como yo. Había momentos que veía morir materialmente al nene, ante los estertores de la agonía. Miraba entonces a Enrique y su firmeza y su sonrisa eran el anticipo del remate

[281] Tal vez quiera decir *tanagrilla* bella figura de terracota encontrada en Tanagra (Grecia)

feliz, cuando el bebé tornaba a la respiración normal, y a los colores normales, y a la quietud, y a la alegría.

Muchas mañanas le acompañé también al Hospicio. Los niños le esperaban con ansiedad; yo también tenía mis amiguitos en este asilo, que levantan la cobardía y la abyección de todos. La presencia de Enrique tenía acaso mayores consecuencias terapéuticas que sus drogas y que sus consejos.

Algunos angelitos, desde sus camas, le llamaban sencillamente «papá». Y Nogueras les prodigaba sus caricias, sus besos y sus caramelos, y ordenaba, con la monjita encargada de las camas, sus disposiciones hasta el día siguiente.

La muerte de Enrique –digan otros su valor como médico y como catedrático– me ha impresionado tan hondamente como una tragedia familiar. A lo largo de la vida, los lazos de la amistad son tan recios y duraderos como los de la misma sangre.

La memoria del querido, del entrañable doctor Nogueras, vivirá en mi recuerdo y en mi corazón. Cuando el dolor me abate, cuando la alegría me traiga la perspectiva de nuevos senderos en el paisaje un poco gris y melancólico de mi vida solitaria, yo sé que el espíritu del gran amigo estará presente en mis fiestas y en mis fracasos íntimos. Nunca podré olvidar su fisonomía abierta y franca, su rostro alegre y optimista, el tesoro inagotable de inteligencia y de ternura que encerraba en su cerebro aragonés y en su pechote vasco. Salamanca no puede olvidar tampoco a Enrique Nogueras y Coronas. En nuestra ciudad deja discípulos y en esa Escuela de Medicina perdura la huella de su magisterio luminoso, de su palabra sencilla y cordial y de su amor al niño, tan sincero y tan humano.

El Adelanto (28-01-1925)

Aranaz Castellanos

Ayer, por la mañana, lunes de Carnaval, junto a los muros de un caserío de Recalde-Berri, en Bilbao, se ha pegado un tiro en la cabeza, quedando muerto en el acto, Manuel Aranaz Castellanos[282], el amigo cariñoso, tan hablador y tan optimista siempre, tan gustador de la vida que a última hora se le había rendido fácilmente, ha buscado la muerte para abrazarse con ella y descansar en ella por un «quítame allá esas pajas.» Aranaz Castellanos era a la vez un gran escritor y un honradísimo agente de Bolsa. Y en esta dualidad de profesiones, creo que ha de encontrarse la causa de su muerte, que a mí, amigo suyo, me ha impresionado muy dolorosamente.

Aranaz Castellanos no era un escritor festivo, como dicen con su ligereza acostumbrada las gacetillas necrológicas de los diarios de esta mañana, sino un humorista.

Más que humor, era sarcasmo lo que destilaba su prosa flexible, elegante y facilísima. Odiaba al aldeano, al «jebo»[283]; odiaba su recelo, su malignidad, su sordidez, su tacañería, su amor al dinero, su limitación de horizontes, su incapacidad para la tolerancia, para la comprensión y para el amor. Y Bilbao estaba y está inundado de «jebos» que se daban vagamente cuenta de la aversión irreductible de Aranaz Castellanos. Como en sus libros, el hombre se producía en sus relaciones sociales; pensaba y sentía en alta voz. Y pensaba y sentía en alta voz, porque, como agente de Bolsa, era un modelo de caballero y jamás había sido desleal a su palabra de honor. Y acaece lo del crédito de la Unión Minera, y llega la escandalosa suspensión de pagos, y aparece una respetable estafa de setenta u ochenta millones de pesetas, y los consejeros van derechos a la cárcel. Aranaz entrega toda su fortuna, amasada ochavo a ochavo, de un millón de pesetas para conjurar la crisis. No basta su crédito de agente; puede provocar comentarios mordaces. No resiste a la prueba y se suicida...

Él, que ha hablado siempre lo que ha tenido por conveniente, que no ha dado su brazo a torcer, era también un escritor. ¿Comprendéis? Un escritor no puede ser perdonado nunca en un ambiente de «jebos», de aldeanos enriquecidos, si en otras actividades distintas, en las económicas por ejemplo, no sabe tener alguna iniciativa determinada. Aranaz sabía ganar dinero también. Pero la miseria era para nuestro amigo la burla y el descrédito; era, sobre todo, el comentario. Y no pudiendo con el dolor supremo,

[282] Nacido en Cuba en 1875 fue un escritor costumbrista. Escribió novela, teatro y artículos periodísticos. Entre 1906-1912 fue director de *El Liberal* de Bilbao

[283] Aldeano, joven fornido, de maneras y formas toscas.

...nessun maggior dolore
che ricordarsi del tempo passato,
nella miseria…[284]

sabe acabar su vida en un caserío de Recalde-Berri.

Muere Aranaz por dejar un nombre inmaculado en las letras y en los Bancos. Aquel Bilbao, que tanto le divertía, le tragó y le ha hecho la única víctima sensible del escándalo bancario local. Porque los «jebos» saben ir a la cárcel, promover incidentes, salir a la calle, aventar las cenizas del pasado y seguir viviendo. Los «jebos» no se suicidan. Ni se suicidan, ni pagan.

El Adelanto (26-02-1925)

Ángel Ganivet

Hemos acompañado los restos de Ganivet desde la estación del Norte a la Universidad central. Con nuestra presencia hemos querido rendir un tributo de gratitud intelectual al muerto, y también a su gran amigo, el ausente. Hoy hablaremos más que de su vida, de su muerte tan obscura y misteriosa. Mañana hablaremos de su vida y de sus libros.

¿Cómo murió Ángel Ganivet? Recordamos haber oído a Unamuno, de estudiantes, curiosas confidencias. Posee don Miguel la última carta que escribiera el glorioso pensador granadino. El 29 de Noviembre de 1898 muere «ahogado» en Riga –cuenta la partida de defunción– «en estado irresponsable». La farsa curialesca tiene estas honras dolorosas para un hombre que, antes de morir, cuenta a sus dos grandes amigos, Unamuno y Navarro Ledesma, la negra desesperación de su espíritu. Sigue hablando la partida de defunción «Causa de la muerte: ahogado en estado irresponsable. Lugar del nacimiento del difunto (no sé el nombre). Edad, treinta y tres años. El difunto deja: su esposa, María Amelia Roldán y un hijo, Ángel». Los periódicos de Riga cuentan muy poco más. Por ellos sabemos que «el doctor don Angel Ganivet García» ha muerto repentinamente, y que en la ciudad rusa asiste al funeral «numeroso público». Nada más. «La familia del fallecido –añaden– ha llegado en estos días a Riga».

Hay que buscar en los libros de Ganivet, en «Granada la bella», en «Cartas finlandesas,» en el «Idearium español», en «El escultor de su alma», en «La conquista del reino de Maya» y sobre todo, en las cartas que publicó Navarro Ledesma, los antecedentes del suicidio de Ganivet, bien meditado y bien pensado.

Ganivet se mata lleno de hastío. Ha conocido el veneno leopardiano, «la infinita vanidad del todo». Está solo; no es comprendido ni es amado. En vano sonríe con sus hermosos ojos negros este granadino moro, lleno de sol y un tiempo ahíto de alegría. Dentro de su sonrisa hay siempre dos lágrimas que le queman las mejillas. Pide al cerebro lo que no ha sabido resolverle el corazón, y se encuentra atado de pies y manos con unas cadenas que le pesan mucho y no puede ya romper.

Desde Amberes, primero, en algunas escapatorias, que hace a París y en su más tranquila estancia en Helsingfors –Finlandia– donde los cambios y ascensos de su carrera consular le llevan, se adivina, más de una vez, el trágico fin. Se ha equivocado y él sólo castigará su equivocación, soportando, apenas, treinta y tres años de vida. Por las calles de Madrid han paseado sus restos los estudiantes esta mañana. Nos le hemos imaginado los que no le hemos conocido, alto, vivaracho, triste, con sus ojos negros, su tez morena y su barba completamente nazarena.

«En España –decíale a Unamuno en una carta– sólo hay dos soluciones racionales para el porvenir: someternos en absoluto a las exigencias de la vida europea, o retirarnos en absoluto también y trabajar para que se forme en nuestro suelo una concepción original capaz de sostener la lucha contra las ideas corrientes, ya que nuestras ideas actuales sirven sólo para hundirnos, a pesar de nuestra inútil resistencia» ¡Pobre Ganivet! Los problemas de España siguen como los suyos del corazón: sin resolver. Y en este mar de hielo, que es nuestro ambiente, sólo oteamos la muerte –como él– en nuestro derredor.

El Adelanto (01-04-1925)

[284] No hay mayor dolor que acordarse del tiempo pasado [(felice), feliz, en la obra original] en la miseria. La *Divina Comedia*, canto V.

Responso a Ganivet

En la velada necrológica celebrada en el Paraninfo de la Central, ante los estudiantes que han tenido durante todo el día de ayer un bello gesto, ha resonado, toda la tarde, como un eco del responso que ha sabido rezar el ausente por el muerto, su amigo y compañero de «buen combate», en los días de la juventud de ambos, «radiante y esperanzosa». Los nombres de Miguel de Unamuno y de Ángel Ganivet han aparecido esta tarde continuamente juntos –salvo en las palabras relamidas, envidiosas y pedantes de Eugenio d'Ors–, porque a los dos amigos les unió el mismo amor a la común patria española «más nuestra hija que nuestra madre» y el mismo sueño en la Grecia inmortal, que Ganivet soñara en la Alhambra y don Miguel pintó al Nervión, junto a la ría sagrada que convirtiera a Bilbao de un pueblo de mercaderes en una ciudad de liberales, treinta y cuatro años ha. Y en más de un corazón habrá tristeza, y en muchos ojos lágrimas de estas que refrescan y lavan el corazón que ha de ser polvo al rodar de los siglos.

Los dos amigos, que soñaron y fraguaron a golpes de inteligencia y de pasión el sueño de todos nosotros, sus hijos, en la libertad y en la grandeza y en el esplendor de este suelo –de este suelo de España, que es regazo de mujer cuando soñamos y que será regazo de mujer cuando nos arrope en la fiebre el último frío– de estos amigos que soñaron, uno de ellos ya no habla, y el otro, el desterrado, añora, viendo un sol pálido que se desliza en la bruma parisién, su sol rojo de España, dorando las mieses de su campo y las piedras de su ciudad que es la mía. Las almas vivas y dolientes de ayer que elevaban el dolor de España en el cogollo del corazón, son hoy espectros lejanos que nos invitan melancólicamente a la meditación y que nos afean nuestra conducta con voces eternas de ultratumba.

Pero ¿qué hemos hecho todos nosotros de España? Pero ¿en qué hemos empleado nuestra juventud? Pero ¿dónde está el fruto de la flor de nuestra mocedad, dónde la mies de nuestras obras, dónde los hijos de nuestro sagrado desposorio con el ideal y con la inquietud? Estos intelectuales ¿qué han hecho sino medrar como ganapanes robustos, silenciar la tiranía y acomodarse con el ambiente? Y los obreros, aferrados al pan de hoy, no se curaron de la alegría de mañana. Y los muchachos se casan con la mujer rolliza, que les destinaron desde la nebulosa y se agarran a las levitas del suegro, llenos de juicio y de cordura. Y esto es un ejército de tontos, de memos, de sandios, de castrados, de cobardes, de hipócritas, de pobres hombres, sin seso y sin corazón, que vegeta dilucidando si la libertad es sustantiva, si adjetiva, si la inquietud no vale la pena de ser superada, si el egoísmo es la meta suprema de la vida.

¡Pobre Ganivet! Has venido a irritarnos, a exacerbarnos y a entristecernos. Somos los habitantes mudos de un desierto infinito, helado por el soplo de la muerte. Ha venido tu espectro a recordarnos que todos somos un espectro como tú. Cuando mañana, al enterrar el polvo de tu corazón que tanto amó, y de tus huesos que tanto crujieron de esperanza en la fosa definitiva, suene la torre de la Vela de tu Granada, no podrá estremecerse el Darro de alegría, porque tus cantos no se oyeron jamás. Hoy, como ayer, eres un loco solitario que grita a tontos que no se han estremecido jamás por un pensamiento ni por una emoción en este páramo terrible que fue tu cuna y que nos servirá a todos, como a ti, de mortaja. ¡Feliz tú que ya no puedes oír tu silencio eterno que sólo nos irrita y nos sobrecoge a unos cuantos!

El Pueblo (01-04-1925)

Ramón Cuesta

¡Pobre Ramón Cuesta[285]! ¡Tan buen amigo, tan leal, tan bondadoso, tan apacible, tan indolente! Dinos, Ramón, ¿qué hay del otro lado de la vida? ¿Es la muerte menos piadosa con los hombres que la vida? ¿Se disuelven en ella, lo mismo que aquí, todas las esperanzas? ¿Acaba todo o empieza todo? ¿Es la muerte un nuevo nacimiento, que cantaba Juan Maragall:

sia´m la mort una major naixença,

o la renuncia definitiva de nuestros sueños? ¿Empezamos, acabamos al morir? ¿O es esta vida un sueño que soñamos y del que despertamos luego?

[285] Licenciado en Farmacia y con un establecimiento de su propiedad en Salamanca, casado con Mercedes Martín Veloz. Murió el 16 de mayo.

Ramón Cuesta es el amigo y el compañero de nuestra hornada que paga primeramente su tributo a la vida. Vino con nosotros a Madrid, y en aquella casa de la Ricarda, de la calle de Jacometrezo, hoy desaparecida con la Gran Vía, y en la de Hita, después, que siguió la misma suerte de la de Jacometrezo, compartió con todos nosotros, con Federico y con José María de Onís, con Pedro Sánchez Bustos, con Tomás Rodríguez Mata, con Marcelino Martín González, nuestras alegrías y despreocupaciones de la mocedad.

Ramón era el temperamento ecléctico; todo le parecía bien; él no reñía nunca; él no sabía imponerse jamás. Candoroso como un niño, tenía una gravedad de hombre y una lealtad sin límites para seguir y cumplir las órdenes de la «asamblea». Yo estaba unido a él por la vieja intimidad de nuestros padres, y don Torcuato Cuesta era para mí –y lo sigue siendo– una especie de pariente honorario, cuyos consejos se demandan y cuyos regaños se temen infantilmente. Ramón, todo bondadoso, era el mejor amigo de todos.

A los años de habernos separado con los destinos que nos trazó la suerte, llega la noticia de la muerte de Ramón, y con ella, la nostalgia de aquellos tiempos y la amargura de que el compañero de la mocedad se lleva con él buena parte de nuestros recuerdos y de nuestros afectos. La nostalgia de aquellos años. Este Madrid era otro Madrid. Era el Madrid de la «cuarta» de Apolo, con María Palou y del estreno de «Bohemios» a que nos llevaba don Torcuato. Era el Madrid de la Cervecería Imperial de la Carrera de San Jerónimo, hoy desaparecida, del Suizo con su café helado y de Romea, y de la Fornarina.

Y esa Salamanca era otra Salamanca también: la de Maldonado, la de Isidro Pérez Oliva, la de las fuerzas vivas y la de las comisiones permanentes. Nosotros, que vivíamos aquí, añorábamos lo de allá, y ante nuestros radicalismos madrileños y salmantinos, surgía, siempre apacible y discreta, la opinión de Ramón Cuesta, que se imponía por su templanza:

– ¡Qué exagerados sois, hombres! Todo tiene su pro y todo su contra…

Hace pocos meses encontré aquí al pobre don Torcuato. Ya temía por la salud de Ramón. Charlamos y charlamos, evocando toda una tarde, en la quietud de un café céntrico, tiempos gratos que pasaron y personas queridas que desaparecieron. Al leer hoy la muerte, tan rápida, del pobre Ramón, advierto que él nos entierra, al enterrarse aquellos años de intimidad efusiva, desinteresada, noble y esperanzosa. Es el primero de nosotros que falta a la lista. Sí, le veré aún muchas veces con sus ojos negros y huraños, pero tranquilos, con su cutis moreno y con su voz dulce reaccionar ante nuestras sacudidas con su comentario templado, lleno de sensatez, poniendo a su glosa la protesta amistosa y franca:

– Porque no dudareis de que os quiero. Es que discurrís con el deseo y con el deseo no se discurre.

¡No, no se discurre con el deseo, querido Ramón! ¡Si lo sabrás tú ahora!

Al advertir la huella que tu paso por la vida deja en nosotros, advertimos la añoranza de tu amistad sedante y tranquila, serena y varonil, y queremos hilvanar unas oraciones remotas, aprendidas en la niñez, para unirlas a las de tus viejos, y a las de tu compañera y las de tus hijos, porque tú sabes bien que no son extrañas en ese triste concierto.

El Adelanto (22-05-1925)

El alcalde ha muerto

Pongamos fin al descanso de estos días y comentemos la triste actualidad salmantina: Federico Anaya ha muerto. Y en su honor y en su memoria ha doblado la campana del Concejo de la ciudad, porque Salamanca recuerda con orgullo la gestión de este alcalde que, siendo republicano, acompañó hidalgamente a reyes y príncipes y que llamándose demócrata, acabó, acaso para siempre, con un estado caótico de opinión, que no separó del todo la paja rubia del grano maduro y el oro de ley del metal bajo.

Decía La Rochefoucauld[286] que la hipocresía es un homenaje que el vicio rinde a la virtud, y anoche, el señor Calama, que tal vez siente añoranzas de sus días de munícipe de elección popular, hizo el bello gesto de recordar que hasta la excepción política debe rendir tributo a los escasos momentos que en Salamanca imperaron la normalidad y la pasión ciudadanas.

[286] Francisco VI, duque de La Rochefoucauld (1613 – 1680). Escritor y filósofo francés.

Federico Anaya simbolizó esos momentos y por eso a su cadáver se rinde toda clase de honores en el Concejo. «El mejor alcalde, el rey» decían nuestros abuelos. Con eso querían decir que el sufragio de los vecinos unge con la majestad las sienes del que sabe representarles, y llevar su anhelo, y traducir sus pensamientos, y plasmar un sentimiento común a todos los que conviven en una ciudad determinada.

Federico Anaya no fue un alcalde más, sino el alcalde en una ciudad acéfala como la nuestra, que siente tal vez hambre de prerrogativas y preeminencias, pero que no ha tenido nunca, o ha tenido muy pocas veces, conciencia de su responsabilidad ante la historia y ante el momento presente. Se le juzgue desde el plano que se quiera no podemos olvidar que obró siempre, no al dictado de su lerrouxismo claro y contundente, sino guiado por el claro instinto de su ciudadanía, de su independencia y de su rectitud.

Y esta Salamanca, que hija de Castilla al fin y al cabo, hace los hombres para gastarlos y enturbiarlos en el polvo de una anécdota, y con el rodar de los años se descubre hoy con respeto ante las cenizas de un varón que, por ser muy de su época, supo representarla dignamente en horas de pasión.

Echemos sobre su cadáver brazadas de flores, y recordemos que es la democracia la que confiere siempre estos honores de respeto y de cordialidad a la memoria de los hombres que supieron ser fieles y respetuosos con la soberanía que solamente radica en el sufragio de los pueblos y en la libertad de las ideas.

El Adelanto (12-08-1925)

Dos Hombres[287]

Pablo Iglesias

Pablo Iglesias era eso: un hombre. Nada más que eso y nada menos que eso. Todo un hombre. Un hombre abnegado, magnánimo, fuerte, contra el que nada pueden las adversidades y al que no saben embotar tampoco los éxitos. Pablo Iglesias era rectilíneo, de una sola pieza, tallado de un golpe. Su matiz consistía acaso en no tener matices. Su voz era áspera, y su ademán sobrio, y su conducta lógica, y su ética inmaculada y pura.

Pero en su aspereza de varón había ternuras infantiles, y en su inflexibilidad de doctrina, todas las concesiones de una vida de trabajo y de lucha. Cuando sus enemigos le suponían dueño de dos hoteles en el Escorial, sus amigos se reunían para comprarle una capa española, porque no tenía ropa con qué arroparse durante el invierno. Cuando sus amigos, en un cisma censurable, trataban de morderle, sus adversarios le proclamaban sobre todos los partidos y sobre todos los rencores un apóstol.

Pablo Iglesias es el trabajador español. El menestral. El pueblo hecho ideal; hecho esperanza, educado en el sacrificio, templado en la adversidad. Ante su tumba, nosotros, conmovidos, arrojamos una brazada de flores.

Esta tumba será, muy pronto, un símbolo, una justificación y un fruto. Muere Pablo Iglesias a tiempo, cuando ya no necesita vivir, porque toda su obra –toda ella– queda en pie.

Los hijos llegan a la mayor edad cuando el dulce Abuelo se desposa con la Muerte, que le acoge, piadosa, en su seno con una sonrisa de madre.

Antonio Maura

Y con Pablo Iglesias desaparece otro hombre: don Antonio Maura. El creyente fervoroso. El hombre que se cree predestinado para ocupar varias páginas de nuestra historia contemporánea. El artista de la palabra. El cultivador del gesto. Todo gesto era él, don Antonio Maura. Y todo voluntad. Quiso salvar a la monarquía, y la salvó.

Intentó imbuir en nuestra patria una ética y fracasó en su empeño. ¡Y con qué grandeza fracasó este hombre! El caballero se retiró a su hogar; sus amigos le abandonaron; en el pedestal que sus virtudes le erigieron se encaramaron, al escindirse su partido, los arribistas y los rastacueros. ¡Cuánta grandeza en el crepúsculo político de este hombre, ejemplar y artista!

[287] Existe otro artículo, publicado en el *Heraldo de Madrid*, con este mismo título y con Indalecio Prieto y Francisco Cambó como protagonistas (O.C. Tomo II, página 137).

Muere al mismo tiempo que su gran adversario. Parece que el dique desaparece cuando el peligro se aleja. Y los dos dejan su obra. El uno, el Pueblo organizado. El otro, un ejemplo de elegante honestidad y de gentil alejamiento de todo lo pequeño y de todo lo mezquino.

Don Antonio Maura amó mucho esta tierra salmantina. Cuando se organizó la velada de Gabriel y Galán en el Ateneo de Madrid, tuvo para nuestro poeta sus frases más galanas y fervorosas. Por su entereza, parecía castellano.

Era fuerte como un roble, y muere de un soplo, al primer vendaval, llevándose con él el amor de los más y el respeto de todos.

El Adelanto (15-12-1925)

Enrique de Mesa

¡Perdóneme, lector amigo! Me dan ganas de llorar, y he llorado esta tarde como un niño al regreso del cementerio del Este. Lágrimas dulces, lágrimas buenas, no me avergüenzo de haberlas vertido... Un amigo menos, un hermano menos, que se nos va dulcemente, suavemente, sin una queja en las horas de lucha... Se nos va con su pluma de oro, con su innata delicadeza, con su caballerosidad congénita, con su honestidad inmaculada, con su recio liberalismo, con su brava y férrea y altiva independencia. Se nos va cuando sus hombros se iban acostumbrando a la dulce carga del hijo cuesta arriba. ¡Adiós, Enrique[288]! Las manolas se ponen mantilla negra para ir a los toros porque faltas tú en la fiesta. Los luchadores vierten una lágrima y tornan al combate a cobrar tu baja. Pero ¿quién escribirá en adelante como tú escribías y quién dirá las cosas claras, y decorosas, y limpias, y puras que decías tú?

¡Adiós, Enrique! Te recuerdo en la Maza, camino de Alba, con la escopeta y el morral al hombro, cazando perdices, a la vera de mi buen padre, de regreso del palacio de tus parientes los condes de Aldana. Llegabas a Alba saturado de campo y de encinares. Leías a Rojas el Bachiller y al marqués de Santillana –tu hermano mayor–; decías unas palabras amables a todos y hacías una gentil reverencia cortesana a las mujeres, que tan hondamente respetabas tú, y cuando la campana de San Pedro tañía al anochecer, tú retornabas a la Maza, carretera arriba, después de haber oído a mi padre anécdotas de las Constituyentes y elogios de su tío, sangre de mi sangre, que se llamó Julián Sánchez Ruano y que dejó el acta de Salamanca, andando los años, a cualquier Diego Martín Veloz. Eras a la vez, Enrique, un caballero y un jacobino. Aristócrata por linaje, amabas al pueblo y te fundías y confundías con él por el buen gusto de pasar inadvertido. Mas, al fundirte, te destacabas. Te destacabas siempre. ¡Eras tú mismo resalte, y cumbre, y cima, y montaña, Enrique! Tu nombre surgía radiante cuando querías sumarte a los demás y diluirte y perderte en el anonimato. No podía ser. Se oía tu canto de cisne cuando los demás graznaban.

¡Adiós, Enrique! Te recuerdo, hace doce años, a las puertas de la Casa del Pueblo, vibrante de entusiasmo y de indignación civiles, esperando conmigo la salida de Marcelino Domingo una noche gloriosa en que el pueblo madrileño pedía cuentas de su ineptitud a los gobernantes. Confundido con todos, sin que nadie advirtiera tu presencia, marchabas después al hogar y cantabas a los perseguidos, a Besteiro, a Saborit, a Largo, a Daniel Anguiano, en una oda que publicabas en aquella revista nuestra, «España», de santa memoria. ¡Lo que nos hace rectificar el tiempo! Pasaron las personas, pero queda el símbolo. Todo es efímero y deleznable y pasajero, menos el ideal que nos alumbra. Y tú lo llevas encendido y puro a la tierra madre que, como a un niño dormido, arropa tu cuerpo desde hoy.

¡Adiós, Enrique! Mi Castilla ya no tiene su poeta. Los pastores de Coreses ya no tienen su cantor. Ya no llevas a tu hijo Diego al hombro cuesta arriba para que no se fatigue.

Ya no verás más los crepúsculos de sangre en la llanura abierta que se abraza con los cielos en toda su inmensidad. Te vas a la vez clásico y romántico, doctrinario y jacobino, templado y ardoroso, cuando más falta nos hacías. ¡Mis fervores y mis lágrimas y mis flores, tú sabes bien que no faltarán jamás en tu sepultura mientras yo aliente!

Heraldo de Madrid (29-05-1929)

[288] Enrique de Mesa Rosales (1878 – 1929). Poeta, articulista y crítico literario al que algunos adscriben a la Generación del 98.

Maragall[289]

Un delicado presente, desde Barcelona, de este altísimo y delicado poeta, director de la fundación Bernard Metge, que se llama don Juan Estelrich: los dos primeros volúmenes de las "Obres completes", en catalán, de Juan Maragall. "Poesies", el primer volumen, y "Fisonomías de santos", en castellano, el segundo. El alba me sorprende en Cercedilla con los trinos del alma más pura y noble que ha dado Cataluña en este siglo. Y releyendo esta evocación, que se llama "La presencia de la mujer hermosa", atravieso estos pinares que empieza a dorar el sol naciente, paso por los montes de Segovia, por los valles luminosos de Soria, por los ríos bajos de Aragón, y por los montes dentados de la moreneta, y sorprendo el mar azul como una esperanza y tranquilo como la inocencia.

Estoy en San Gervasio, en el hotel del poeta, donde me llevara en mis años mozos, en busca del poeta, una carta amistosa de Unamuno. El poeta es un patriarca; tiene doce, catorce hijos, y una esposa, doña Clara Noble –no podía llamarse de otra manera la esposa de don Juan– que camina por la casa sin dejar huella. La sonrisa de esta señora ilumina el hotelito de luz suave y discreta. Apenas se le ve, y está en todas las cosas doña Clara. El hotelito es como una prolongación de su gusto y de su bondad. El patriarca va con los ojos desde la cabecita de los nenes, que cantan y juegan en el jardín, a la frente casta y melancólica de su dulce compañera. Es la musa eterna, constante, de este soñador –tan catalán y tan de Barcelona– doña Clara. Ella lo sabe y sonríe complacida. El poeta para ella es el cariño mayor; el poeta, a su vez, prohíja la "estimada" carne de su carne, y flor siempre fresca de su inspiración, y la besa con los ojos y en silencio.

Yo no puedo olvidar, preparando la maleta para Génova, aquella mañana de Diciembre, radiante y bella, en el hotelito de San Gervasio. Me hablaba de don Miguel don Juan:

– ¡Cuánto estimo yo a don Miguel, Rojitas, cuánto le estimo! Él nos dice sus picardías a los catalanes, pero sus picardías son hijas del conocimiento cabal que tiene de esta tierra, y, en definitiva, de su amor. Picardías de amor no ofenden nunca. ¡Jordi, hijo mío; no juegues así, con tanta violencia! ¡Clara, pon la paz en este dulce infierno!

Y aquellos ojos suyos sonreían al querer reñir y aquellas narices suyas, aquellas aletas de su nariz se dilataban respirando aquella paz cuajada y densa, de hogar catalán. Maragall me regalaba unos libros para el viaje. Y a sus instancias, colorado como rapaz sorprendido en una travesura, humilde como San Francisco cuando da la bendición a la mesa de la hermana Clara brotaban cruces de luz en los panes, me recitaba "La presencia de la dama hermosa". No sé por qué, abriendo amorosamente este librito, busco aquella página y renuevo aquella emoción inolvidable.

Años después, en una mañana invernal, buscaba una tumba, con mi amigo Joaquín Montaner, en el cementerio de San Gervasio. Llevábamos, ocultándoles como un pecado de las miradas profanas, una brazada de violetas de las Ramblas para esa tumba. Y no la encontrábamos.

– ¿Sabe usted –dijimos al guardián– dónde está la tumba de Maragall? El guardián hacía memoria:

– Esperen, esperen. ¿Este era un señor que tuvo un gran entierro?

– Seguramente.

– ¿Al que vinieron Cambó, y el Obispo, y Prat de la Riva, y el Orfeo Catalá, y los Coros Clavé cantaron el responso?

– Sí.

– ¡Pues, aquí está! Era una tumba de piedra, sin labrar. Encima, dos iniciales: J. M. Nos descubrimos instintivamente. Montaner recitaba el "Cant espiritual":

Siam la mort una maior naixença![290]

¡Sea la muerte un nuevo nacimiento, sea la muerte, Señor, nacimiento del Corazón y de los sentidos! Y cubrimos la tumba de violetas de los Pirineos. Pasó la sombra de una mujer enlutada, airosa, bella, rubia... Llevaba sus flores de cada día a la tumba del Esposo. Nos distanciamos. Pero

[289] Existe otro artículo con este mismo título y distinto contenido también publicado en *El Adelanto* (O.C. Tomo II, página 323).

[290] "Sia'm la mort una maior naixença!" (Séame la muerte un superior nacimiento)

aquella señora, que no nos había reconocido, nos saludaba desde lejos. Había comprendido. A lo lejos, brillaba Vallvidrera como una ascua de oro; a nuestros pies el mar azul cantaba una canción de cuna, guardando el sueño eterno de Juan Maragall.

El Adelanto (07-09-1929)

Eduardo Gómez de Baquero[291]

Cada día era más tolerante, y más comprensivo, y más ágil de pluma y más joven de alma el ilustre escritor fallecido el lunes. Ganaba en años a medida que se hacía más viejo. Era siempre más actual y más nuevo que la víspera y se renovaba continuamente. Cuando, en 1924, la Academia Española le abría sus puertas, era un hombre rebelde, no a toda norma, que de normas altas se guio siempre su espíritu claro y luminoso, sino a todo artificio y a toda convención. Ejercía la edad que representaba Gómez de Baquero, y representaba últimamente sus buenos veinticinco años. Bien es cierto que su entusiasmo estaba templado por su serenidad y su espíritu de independencia por su comprensión y por su tolerancia ejemplarmente humanas. Recordábamos, leyéndole en *El Sol* y en *La Voz*, aquellas páginas clarividentes de Benedetto Croce en torno al liberalismo, que para el filósofo napolitano reside siempre en las zonas templadas, siempre equidistante de las estridencias de todo linaje, absorbiendo de los radicalismos lo que éstos tienen de solubles y de posibles.

Gómez de Baquero era un humanista que se había refugiado en el periódico, acaso porque en sus mocedades no dispuso de unos meses libres para opositar a una cátedra y marchar a Santiago o a Salamanca a explicar el Digesto a los chicos o las nuevas corrientes del Derecho penal. Pero en el periodismo era un catedrático generoso que sin bajas pasiones y lleno de amor a la juventud, adoctrinaba sin proponérselo y tenía la curiosidad y la avidez de los grandes panoramas intelectuales. Así como hay muchos catedráticos desplazados del periodismo, que no son más que periodistas de segunda clase, Gómez de Baquero, desterrado, no sabemos por qué fatalidades del Destino, del magisterio, que era su segunda naturaleza, actuaba siempre de profesor a la moderna. Pero él sabía muy bien que la ciencia es disciplina amable y gentil, y trocaba el discurso propio en el deleite de los demás. Contrastaba la jugosidad de su estilo con el tono de suficiencia y la contextura plúmbea de la prosa de los colegas, y se daba la paradoja de que lo sólido era lo ágil y lo ameno, y lo inconsistente y deleznable aquello que se presentaba a la vera de sus escritos con todo el aparato retórico del tecnicismo que no tiene contenido. La ausencia de revistas en el mercado literario español ha echado sobre los diarios oleadas de sabiondez y de pedantería; pero *Andrenio*[292] se mantenía en su puesto, pensando y escribiendo con eterna mocedad, sabiendo que el fondo y la forma son hermanos inseparables, porque el que piensa pulcramente, pulcramente tiene que expresarse por la misma naturaleza de las cosas.

En este año que ahora muere han quedado vacantes dos altas tribunas críticas que no sabemos si se cubrirán algún día. Enrique de Mesa, en *El Imparcial*, y *Andrenio*, en *La Voz* y en *El Sol* –y durante muchos años en nuestro fraternal *Nuevo Mundo*– guiaban a los aficionados al teatro, a los amigos del libro con una independencia y con una ecuanimidad que comenzamos a echar muy de menos. *Andrenio* era un glosador por temperamento o, mejor todavía, un panegirista. Su curiosidad intelectual era, en el fondo, amor y comprensión por todas las criaturas y por todas las cosas. Sonreía muchas veces *Andrenio* como un abuelito; pero sonreía sin hiel. Se adivinaba que su mocedad había sido fecunda en amores y desengaños y que había sabido vivirla noble y generosamente. En este humanista de buena ley había, no bien disimulada por la tersura y la pulcritud de una manera impecable y sencilla, buena dosis de ternura, que se traducía en hondo respeto a toda suerte de actividad espiritual.

Deja *Andrenio* una copiosa labor periodística, que ha ido reuniendo sucesivamente en varios volúmenes. Consagró su juventud a la colaboración en las revistas de la época. En aquella *España Moderna*, de grata recordación, trazó semblanzas de los grandes estadistas de su época y escribió la crónica política, traduciendo, además, los libros más en boga durante el último decenio del siglo XIX.

[291] Obituario firmado con el acrónimo J.S.R.
[292] Seudónimo del periodista Eduardo Gómez de Baquero

En *La Época* y en *Nuevo Mundo*, durante muchos años, glosó aladamente la actualidad, ganando en espontaneidad y en emoción a medida que iba definiendo y perfilando su espíritu de humanista generoso y henchido de probidad. Últimamente fueron *La Voz* y *El Sol* su tribuna predominante y tal vez exclusiva. Hasta el momento de morir estuvo en la brecha este gran escritor. No rehuyó los combates de su época; tomó partido en ellos y jamás pudieron recusarle los adversarios ni una vacilación, ni un gesto inelegante o plebeyo. Y nos deja con una labor intelectual considerable, una conducta que imitar, y unas normas, nacidas del buen gusto, que son siempre inconmovibles y eternas.

Nos descubrimos con respeto ante la tumba de Gómez de Baquero, y hacemos votos para que el decoro, la ecuanimidad y la templanza de que siempre hizo gala el ilustre muerto sigan rigiendo las relaciones espirituales desde el periódico, y la grata confianza, bien aliada con el respeto, que debe existir entre el escritor y su público habitual y corriente.

Crónica (22-12-1929)
El Adelanto[293] (22-12-1929)

Ha muerto…

De una embolia… dicen los médicos. De la melancolía que le ha producido la ausencia del poder, nos damos a pensar nosotros. Porque este hombre –digámoslo en su honor– ha muerto dramáticamente.

Si. Dramáticamente. Era un actor de buena fe que se había quedado sin escenario. Y no se resignaba a eso. En España hubiera resistido más: seguiría siendo sombra y eco de lo que fue. Pero en París, en su hotel, era un número nada más, el 2016 o el 326, apenas Mr. Primo; en los bulevares, las mujeres no volvían la cabeza para verlo pasar, y para los hombres tenía mucha menos importancia que Mr. Mussolini. Y este gran expansivo no podrá comunicarse con nadie. No son los resortes del Poder los que añora al marcharse, son sus notas oficiosas. Él tiene un sentido espectacular de la vida; diariamente nos ha de contar sus opiniones y sus contrariedades. Un día nos dirá que tuvo gestos rebeldes en su carrera, y otro que comemos demasiado: actuación de crítico teatral y de crítico taurino; nos dirá las mujeres que ama y los deportes que le enorgullecen.

Escribo –bien lo sabe Dios– sin ironía. Ante un cadáver, no queda más gesto elegante que el de descubrirse. ¡Y yo me descubro, ante el hombre, lleno de emoción!

Su muerte es la de un buen compañero que cumple con su deber hasta última hora. No fue Alba el culpable de la Dictadura; fue Luca de Tena. Dicen que un buen día el marqués de Estella solicitó la colaboración de "ABC" y que don Torcuato le cerró las puertas de su diario. Primo no se resistía a permanecer inédito. Él tenía sus cosas que contar y se las arregló de suerte que su tribuna tuviera la mayor resonancia posible. Amó el lápiz y las cuartillas, sobre todas las cosas. Había nacido polemista y el tráfago de su vida no le consintió estudios de mayor enjundia. No le importaba más que la victoria dialéctica. Suprimió la censura sencillamente porque se creía infalible. Pulverizado el adversario en la palestra, se inclinaba al perdón inmediatamente. A mí me daba la impresión el dictador de un hombre que se dedicaba a pisar callos a la gente, para luego exclamar reverencioso: "¡Usted dispense, caballero! ¿En qué puedo servirle?"

No era malo Primo de Rivera. Había nacido para la efusión y yo creo que él creía de buena fe que la Providencia le utilizaba a su servicio para la salvación de la Patria. Era un iluminado de Jerez, ahíto de sol, de colores, de luz y de confidencias. Conversaba con todos y abrazaba a todos. Y a él le perdonábamos cosas que jamás perdonaremos a Calvo, a Yanguas, a Aunós o a Guadalhorce.

Él hacía que gobernaba, pero los demás gobernaban realmente por él. Era la cabeza del pim, pam, pum, pero el cuerpo, bien respaldado por fuertes muros, era de los demás. Había delegado su pensamiento en los demás y se limitaba a ser el órgano de relación con la masa gobernada. Sin él no hubiera existido la Dictadura, pero la Dictadura, gracias a él, fue puro y sencillo paso de comedia. No era sanguinario, repetimos; era simplemente un buen repórter, que inventó lo de la inserción obligatoria, porque lo único que le importaba era que su nombre fuera el tema de la conversación corriente durante los seis años que actuó de tutor de un pueblo que se encontraba a gusto en su menor edad.

[293] En *El Adelanto* se publicó con el título «Andrenio».

Ha muerto por querer ser inmortal. No supo resignarse al silencio en las horas de ostracismo. París le cayó como losa de plomo sobre el lápiz y sobre el corazón. Y muere, no con la espada desenvainada, sino con los lápices afilados.

¡Descanse en paz!

El Adelanto (19-03-1930)

"In memoriam"

"Murió de una embolia", han dicho los doctores. "De melancolía", ha sospechado el buen pueblo español. De ambas cosas a la vez, nos atrevemos a asegurar nosotros, para que el diagnóstico sea más completo. El marqués de Estella, al mes y medio justo de abandonar el Poder, es un viajero más en un hotel cualquiera de París. Para el gerente, para la contabilidad de la casa, el número 70 del piso tercero. Un Mr. P. de Rivera, natural de Jerez, que ha llegado de España. El gerente sospecha que puede ser el ex dictador, y cuando recibe confirmación de sus sospechas, le presenta sus respetos y le ofrece una habitación mejor…

Primo de Rivera, menos familiarizado de lo que era de esperar con el corazón humano, no ha sabido resistir el momento trágico del abandono y de las defecciones. Toda su obra –inconsistente– se derrumba de un soplo. Él ha asistido al espectáculo lleno de buena fe, y cuando le discuten los adversarios y le denigran los que auparon a su cobijo, se tapa los oídos y no quiere oír nada. Camino de Barcelona, en Aragón, un temporal de nieve le obliga a interrumpir el viaje en el tren y al llegar a la capital del Principado se queja de su suerte y lanza sus lamentos en unas declaraciones que ya no quieren recoger los periodistas. En París aprovecha los primeros momentos para saludar a Pétain. Pero en seguida, y mirando a España, advierte con dolor que se le ha escabullido el escenario. Se tapa los oídos con bolitas de algodón en rama y se acurruca detrás del muro amigo de "La Nación", que le defiende a ultranza. Hay cierta grandeza melancólica en el ocaso de este hombre impulsivo, que hace unos días lo era todo en España, y que no se resigna a callar y a pasar inadvertido. Todavía quiere reunir a sus huestes y comienza a sospechar que sus huestes se la han escamoteado también. Y la muerte llega al mismo tiempo a su espíritu que la revelación fatal de su soledad y de su abandono.

Porque en esta tragedia, comedia o sainete de la Dictadura, Primo de Rivera fue tal vez el único actor de buena fe y el que soltó su largo recitado ante las candilejas con absoluta seriedad. En su enorme simplicidad campechana y andaluza, imaginó que un hombre solo podía cambiar de raíz los destinos de un pueblo. Creía que la Providencia le había escogido para salvar esta España nuestra, que siempre resuelve por sí misma todas sus crisis del modo más imprevisto y anormal. Se había hecho a la idea peligrosa de que la patria, toda la patria, era él, y consecuente con esta única obsesión, que era por lo demás toda su ideología, había dado en la flor de imaginar que él, y solamente él, era el llamado a administrar el patrimonio espiritual español hasta que a sí mismo se relevara de esta obligación que reputaba consubstancial con su existencia. No creo que pasara nunca por su cerebro la idea de que pudiera equivocarse. Mucho menos, la de que pudieran apartarle sin resistencias del puesto preeminente a que le llevó el destino. Al encontrarse simple ciudadano, al sentirse lejos de la dirección de los negocios públicos, el marqués de Estella no se avenía a seguir viviendo desorbitado. El general que en Enero se encontraba casi bien, habíase agravado durante la estancia en París. Su estado de ánimo le acercó y le llevó, indudablemente, a la muerte. Ha muerto por no querer avenirse con el olvido.

Así su muerte tiene cierta grandeza melancólica. Hay que acostumbrarse a ver, en la Dictadura que pasó, un fenómeno histórico, que estaba sobre la voluntad de los hombres y que a su instauración contribuyeron, sobre todo, los viejos partidos políticos que hoy piden responsabilidades, olvidando las tremendas que sobre ellos recayeron. Primo, que consagró a esta interrupción de la vida ciudadana sus energías, expira al morir la Dictadura. Dejemos a la historia el juicio postrero. En estos momentos, no cabe otro gesto piadoso y elegante que el de descubrirnos ante los restos de un hombre que no hizo retórica cuando aseguró que había ofrendado su vida al servicio de su pueblo.

Crónica (23-03-1930)

Julio Romero de Torres

Allá, en el pasado mes de Diciembre, charlaba, como de costumbre, durante años y años, con Romero de Torres, que se marchaba, en automóvil, a Córdoba, a la mañana siguiente. Una vez más, hacíamos proyectos para esta primavera. Él compraría un coche cualquiera, un Ford, y en él, los dos juntos, recorreríamos los viejos pueblos de nuestra España. Yo quería comenzar por Guadalajara, hasta las tierras de Aragón y a él le placía más comenzar por los pueblos segovianos, internándonos luego en la provincia de Burgos. Yo escribiría, a diario, mis impresiones, y el dibujaría a su placer, las caras de "las chiquitas guapas" que topásemos en el camino. Nuestro plan consistía precisamente en no tenerlo y en marchar a la deriva. Su estancia en Córdoba sería muy corta; necesitaba arreglar su exposición en Sevilla de la Casa Cordobesa, pero eso era negocio de pocos días; su hermano Enrique se encargaría de todo. Y él tornaría a Madrid cuanto antes, porque lo de su viaje a París era una simple broma dada a un periodista. ¿Qué iba a hacer él solito por los bulevares, con su acento gitano y cordobés?

Y me estrechó la mano y me dio el abrazo efusivo de despedida a la puerta de su casa en la [calle] Concepción Jerónima. Pero en Febrero supe que estaba enfermo. Jamás dio el enfermo importancia a su dolencia. Tampoco, hasta última hora, se la dieron sus familiares. "Ya voy pronto –me decía en Marzo–. Antes pintaré dos o tres cuadros que tengo contratados".

En Abril, ya hablaba de dilatar más su estancia y de pasar una temporada en la sierra cordobesa, "porque se sentía cansado". La vieja afección al hígado comenzaba a darle guerra. Y ahora, súbitamente, sabemos que ha muerto después de un colapso; es una amistad de veinte años, cincelada día a día, minuto a minuto, en las horas buenas y en las horas malas, que se rompe de pronto, y un viejo hábito que desaparece. Yo no sabía vivir, después de cenar, sin la charla efusiva, cordial, llanísima y señoril de Julio; primero, en el Gato Negro; después en Negresco. Luego, necesitábamos callejear.

En las noches claras de verano en el puesto de Vinsent, frente al ministerio de Estado, las primeras luces del alba rompían nuestra comunicación diaria. Muchas veces nos acompañaba "Pacheco", su galgo, que aullaba de alegría así que divisaba a Julio. Y hasta el día siguiente, en su estudio de la calle Pelayo, o en la terraza de un café, o en algún sitio donde nos citáramos previamente.

Pocos hombres han dejado más honda huella en el corazón de los que teníamos el orgullo de tratarlo y de conocerlo en la mayor intimidad. Estaba desprovisto de prosopopeya y de orgullo; era llano, sencillo y corriente como un gran señor. Poseía un admirable don de gentes y era la estampa más cabal que he conocido de la discreción y de la donosura. Parecía ignorar su popularidad. Jamás aludía a su persona y no tenía más que palabras de aplauso y de respeto para sus camaradas. Solamente con las personas que conocía a fondo, se permitía la más afectuosa familiaridad. Su gravedad simpática y afable, de pura cepa cordobesa, le hacía atractivo con las mujeres que se disputaban el honor de saludarle y de ser recibidas en su estudio. Efusivo en apariencia, tenía un fondo insobornable de pudor. El altar íntimo de sus ideales y de sus amores estaba herméticamente cerrado para los curiosos y para los frívolos. Solamente allí donde se sentía querido y comprendido sin ninguna suerte de reservas, ponía al descubierto su alma de niño grande. Yo tuve la suerte de asomarme muchas veces a su mundo interior, lleno de delicadezas y de ternuras inefables, envuelto en una capa de hurañez y de gachonería, que podía despistar, pero que no lograba ocultar del todo su alma trágica y cristiana donde el dolor había hecho escala, para cincelar y bruñir su corazón gigante y soberano.

Ante su muerte, desfilan, ante el mío, momentos inolvidables vividos durante veinte años de amistad inalterable y recíprocamente compartida. Le veo en su estudio, en su casa de Córdoba; en el campo; en la mesa del restaurant. Escucho sus confidencias, sus palabras de aliento, y también sus regaños. Y los ojos se me llenan de lágrimas, y sollozo, porque yo le quería con toda mi alma. Por ese instinto derecho del corazón que no se engaña nunca, sentía por Julio el afecto de un hermano mayor, que ha vivido mucho y que, en un momento dado, deshace, con un simple razonamiento, las más terribles tempestades de nuestro espíritu. España ha perdido su artista más glorioso y popular, pero sus camaradas de siempre –Ricardo Verdugo, Anselmo Miguel Nieto, Antonio y Abelardo Linares, Roldán– lloramos la desaparición de nuestro mejor amigo. Y ni aún puedo consagrarle siquiera unas líneas serenas y objetivas. Yo, que escribo como profesional, he necesitado dos días para urdir este artículo y otro que me ha encomendado "Crónica" para el domingo. Y advierto que lo mejor no saldrá nunca de mi corazón angustiado, pero nunca… Mi recuero en estos días, es una oración continua y huyo de los lugares habituales donde nos

veíamos, porque, también el dolor tiene sus fueros y quiere ser recogido y silencioso cuando esté pugnando por decir a gritos toda su intensidad y toda su trágica y desconsoladora grandeza.

El Adelanto (16-05-1930)

En recuerdo del gran artista y del gran caballero que fue Julio Romero de Torres

El gran pintor cordobés –hablen otros de su pintura y de la huella que ha dejado en el arte contemporáneo de nuestros días– era un modelo de caballeros y un espejo bruñidísimo de amistad y de camaradería. Su gravedad afable, de pura cepa cordobesa y senequista; su llaneza sin afectación; su ausencia absoluta de vanidad y de artificio; su socarronería sin hiel, y a la larga perfectamente comprensiva y humana, se colaban corazón adentro. Sus amigos íntimos le queríamos y le admirábamos a la vez.

En el fondo, no sabíamos decir si la admiración era hija de nuestro cariño o si el cariño era secuela obligada de nuestra devoción incondicional a las virtudes mágicas de su pincel. El hombre explicaba al artista, y el artista no podía estar envuelto en un ropaje carnal distinto del «maestro». Su muerte ha desgarrado en nosotros las fibras más íntimas y delicadas de nuestra sensibilidad. Julio era todo un hombre, y hemos sollozado ante su desaparición como unos niños, porque nos ha roto, a la vez, un afecto bien enraizado y un hálito viejo: el de disputar, bromear y charlar con él durante veinte años seguidos, en la tertulia y en la calle, hasta las primeras horas de la mañana, tejiendo y destejiendo proyectos y quimeras.

Pocos hombres más respetuosos con toda actividad inteligente que el glorioso pintor cordobés. Estaba siempre en todo, y poseía el don divino de hacerse cargo. Afable y comunicativo, tenía, sin embargo, el pudor de llevar bien ocultos y tapados sus mejores ideales y sus amores más puros. Hombre bien sensible a los afectos familiares, fingía tener a gala ser un hongo suelto en la vida. Cordobés de los de la Plaza del Potro y del Rastro, hombre que llevaba en sus ojillos traviesos la luz cruda y vivísima de su ciudad, sostenía la paradoja de que en Madrid se encontraba como el pez en el agua. Amigo capaz de todos los sacrificios y de todas las delicadezas, alardeaba de tibieza y de hurañería. Hartándose de decir a cada momento que era una cigarra que sólo sabía cantar, era la hormiguilla diligente que iba amontonando los granos en la hura para la mantenencia del invierno. Varón que se jactaba de poseer la más exquisita ponderación al comentar los acaecimientos de la cosa pública y política, era, por dentro, un jacobino y un rebelde, lleno de desdén y repleto de coraje. Su democracia, de la más pura estirpe, porque le brotaba de su sensibilidad, era, por una contradicción no más que aparente, hija del más refinado aristocratismo.

Julio Romero de Torres, el «maestro Julio», o simplemente el «maestro», como, por antonomasia, le llamábamos sus amigos en la intimidad, era el ejemplar más castizo de su pueblo cordobés, y el representante más excelso de la solera, inefable e inconfundible, de esa ciudad, matriz de nuestra España, que pasó por tres civilizaciones, asimilándolas, desde Séneca a Averroes, desde el obispo Osio hasta Almanzor y Maimónides, derivando luego desde Góngora al duque de Rivas y a don Juan Valera. La gente adivinaba por instinto esta calidad representativa de su espíritu excelso. Las mujeres añadían a la realidad los resplandores de una leyenda y se declaraban, por instinto también, devotas de su arte y hasta de su figura gachona y atractiva, digna por la gracia y la soltura naturales de sus movimientos de un alto patricio de la vieja Roma o de un melancólico príncipe árabe, que teje, en la soledad de su estancia, apasionadas trovas por una princesa cautiva y enamorada. La luz de Córdoba estaba como latente y diluida en los colores de la paleta de su hijo bien amado. Y la luz, la gracia serena, la melancolía, la gravedad sosegada, la discreción socarrona, siempre a la defensiva, del buen cordobés.

En la Corredera, en la Cruz del Rastro, junto a las barandas del Guadalquivir, en Santa Marina, y en el Puente de la Calahorra, y en el Campo de la Merced, adivinaba yo cada día, y me explicaba, y comprendía el arte inmortal de mi amigo, cuyo cuerpo arropan para siempre cariciosamente los terrenos apelmazados y fecundos de su solar nativo. Julio interpretó el alma de su pueblo, y muchas veces su dolor y su mansedumbre. Ahí queda su labor, cuya calidad irá depurando el tiempo; y cuando las disputas de los impacientes, que confunden la perfección con la impotencia, cesen del todo, Romero de Torres quedará como uno de los pintores más elegantes, naturales y llenos de emoción de nuestro siglo. Y cuando queramos evocar la luz de unos ojos cordobeses, o el aroma de unos nardos, o la soledad de una plazoleta andaluza –placita del Potro,

placita de los Dolores, campo de la Merced–, tendremos que repasar, al lado de un soneto de Góngora o de un romance de Ángel Saavedra, ese *Poema* de Córdoba, esa *Consagración de la copla* o esa *Virgencita de los faroles*, cuyo altarcito iluminado pone la fragancia de una oración en los labios del transeúnte que cruza hacia el Patio de los Naranjos, durante una noche de luna clara.

Crónica (18-05-1930)

A los ochenta años muere en Barcelona Narciso Oller el último superviviente del viejo romanticismo catalán.

Ha fallecido en Barcelona el último gran novelista catalán de la generación pasada. Su obra literaria, traducida al castellano por aquel gran poeta y hombre de bien que se llamó don Magín Morera y Galicia, por el difunto Ruiz y Pablo y por Enrique Gaspar, se había difundido por toda la Península. Amenidad en la fábula. Gracia. Dicción primorosa y ejemplar. *Pilar Prim*, por ejemplo, ha sido un libro saboreado en todos los hogares españoles. Coetáneo de Alarcón, de Pereda, de Galdós, de doña Emilia, Narciso Oller, que se había formado en el siglo XIX, incorporó a su patrimonio espiritual todas las inquietudes del XX. Era un lírico y sus más ricas impresiones literarias estaban henchidas de emoción y de poesía. Nacido en 1852, vivía muy a su gusto en el ambiente de la postguerra, y esta mocedad catalana de hogaño, abierta a todas las novedades, a todas las audacias, y de vez en cuando también a todas las recetas más estériles y efímeras del arte de escribir, se rendía a los talentos de Oller, le proclamaba guía y maestro, y modernizaba y actualizaba, con la frescura de su fervor, la vieja corona de robles que ceñía Oller en su frente noble y despejada.

Con Oller desaparece el último sobreviviente del viejo romanticismo catalán. Oller evocaba la Barcelona literaria de 1875. Amigo de Vicente Wenceslao Querol, de José Ixart, de Riera y Beltrán, inició y sostuvo, con la famosa «peña» literaria del Café Español, en la Plaza Real, el grupo de *La Renaixensa*, que había de incubar después, andando los años, las primeras campañas catalanistas. Almirall, Robert y Prat de la Riva aprendieron a la vera de Oller a bruñir sus primeras armas de combate. Ros de Olano, el general que rimaba en sus ocios cuarteleros sonetos primorosos e impecables, presidía las polémicas de la «peña» del Español, que ya publicaba *La Renaixensa,* que se apoderaba de *La Ilustración Catalana* y de los primeros diarios autonomistas, como *La Veu de Catalunya*, y que en 1888, con motivo de la primera Exposición Universal, presentaba a la Reina Regente Doña María Cristina su primero y resonante memorial de agravios, cantando las excelencias de la lengua catalana y reivindicando su empleo para las necesidades oficiales todas de la región.

Narciso Oller no descansa un momento, así en Barcelona como en sus largas estancias en Paris. Traduce a Zola y publica *La Papillona, Villanía, Febre d'or*. Al lado de las novelas, libros de crítica y descripciones viajeras, vierte al catalán los libros de Tolstoy y de Turgueneff, y lleva a los escenarios de la urbe mediterránea los dramas sombríos de Giacosa y los plácidos y serenos de Goldoni, el veneciano. La aparición de Juan Maragall obscurece un tanto la labor tenaz y constante del maestro que acaba de morir. Con la renovación de los valores estéticos se remozan también los políticos y detrás de ensayos tan bellos como el del *Elogio de la palabra* y de poesías como *La sardana,*

> La sardana es la danza más bella
> de totes les danses…[294]

y del *Himno Ibérico,* surge una nueva Cataluña, más europea y más audaz. Oller torna, sin embargo, a sus viejas tiendas, y la juventud vuelve a agruparse en torno a él. Montolín recuerda entonces toda la singular importancia de la obra literaria de Oller en la historia del renacimiento catalán, y hará cosa de ocho años Barcelona rindió un precioso tributo de admiración a su obra y al espíritu que la animaba.

Oller muere casi ochentón en su amada ciudad catalana. El novelista apareció por última vez en escena con motivo de la fiesta de aproximación de escritores castellanos y catalanes, y a su

[294] "La sardana és la dança més bella / de totes les dances...". Joan Maragall. *Poesías*. "La Sardana"

entierro han acudido reverentes todos los sectores intelectuales de Barcelona. Al lado de Apeles Mestres, cieguecito, Amadeo Vives. Junto al venerable Raimundo de Abadal, el padre Esplugas, y Millet, el compositor, y Rovira, el político. El nombre consagrado y el escritor anónimo: todos. Barcelona ha enterrado al último luchador de sus batallas del siglo XIX, coetáneas de la Restauración de España y de la fecunda evolución política de Cataluña.

Nuevo Mundo (08-08-1930)

Don Miguel Villanueva, paladín de la libertad a través de medio siglo de nuestra historia[295]

No traté nunca ni crucé la palabra con don Miguel Villanueva y Gómez, ex presidente del Congreso de Diputados y actual diputado a Cortes por su Rioja natal. No traté nunca a don Miguel Villanueva; pero su gesto avinagrado, su palabra sobria y tajante, su desprecio por los figurones y las figurillas que le rodeaban y su viejo morrión progresista me eran altamente simpáticos, y en la época de las claudicaciones se me antojaron también altamente simbólicos y españolísimos.

Villanueva era de la tierra de don Práxedes Mateo Sagasta y de don Baldomero Espartero, y aunque vivió casi un tercio del siglo XX, es lo cierto que no se desplazó jamás del XIX con su progresismo castizo, su amor purísimo a la libertad, su desprecio por los oropeles y las pompas de la vida y su concepto claro y españolísimo del gobernante frente a las intromisiones del Poder moderador y del brazo armado.

Muere don Miguel Villanueva cuando la Dictadura nos ha traído, bien sazonada y madura, una República que es todavía una interrogación, y cuando la Monarquía, hecha astillas, es impotente para suscitar y preparar nuevas restauraciones. Villanueva fue el político civil, por antonomasia, que no transigió un momento ni con las veleidades de la Corona ni con el ideario del cuartel. Su conducta, clara y rectilínea, tuvo el acierto de no arroparse jamás con las turbias vestiduras del oportunismo y de la sofistería. Siempre en su puesto, acogido por sus años y por sus achaques al amor del brasero familiar, sentaba en torno a sí a todos los descontentos y era el alma de todos los complots y de todas las conspiraciones. Jamás daba su brazo a torcer don Miguel Villanueva en el momento preciso de llevar a la práctica el propósito rebelde y madurado. Galán, si viviera, y otros militares que viven aún, podrían contar los arrestos de este viejecito con ocasión del complot de la noche de San Juan. Su intervención en los sucesos de Ciudad Real y de Valencia fue igualmente destacada. Él inspiró y aconsejó a los monárquicos que abandonaran las viejas tiendas ante una explosión de conciencia civil; él cortó sus amarras con Palacio definitivamente, cuando otros jugaban a cotizar su ausencia para seguir figurando como indispensables.

Don Miguel Villanueva y Gómez, pariente de aquel gran socarrón que se llamó Sagasta, paisano de aquel miliciano de la Libertad que se llamó Espartero y que desde su retiro de Logroño inspiraba el liberalismo militar clásico, añoraba el morrión, como su gran amigo y paisano don Amós Salvador, el viejo[296], y tenía toda la facha pintiparada de un miliciano nacional, y se le imaginaba uno, como en su propia salsa, en uno de aquellos desfiles clásicos bajo las arcadas de la plaza Mayor, ganando la calle de Ciudad Rodrigo, reviviendo un episodio galdosiano, lleno de luz y de color, de principios del siglo que pasó, acaso menos denso, pero mucho más dramático que el que vivimos.

Ante la tumba de don Miguel Villanueva, abierta cuando las Cortes Constituyentes de la República inician su labor peculiar de dotar al país de una Carta Magna, nos descubrimos con respeto y queremos que su cuerpo, bien arropado con la bandera de la Patria única, oiga por última vez los acordes alegres y populares del Himno de Riego. Advirtamos una rara coincidencia; en el momento preciso en que fallecía don Miguel la tarde del domingo pasado, se rendía un homenaje de admiración, en la Casa de la República, a los sublevados supervivientes de la pequeña revolución del 86, cuando el general Villacampa, con su tesón baturro, intentaba por última vez separar al Ejército de la suerte de la Monarquía. El homenaje, naturalmente, tuvo que extenderse a las heroicas locuras de Seo de Urgel, y de Badajoz, y de Madrid, y de Santa Coloma, y, finalmente,

[295] Obituario firmado como Jorge de Alba.

[296] Amós Salvador Rodrigáñez (1845 – 1922). Político español que estuvo al frente del Ministerio de Hacienda durante la regencia de María Cristina, y de los de Agricultura, Industria, Comercio, Obras Públicas, Hacienda, Instrucción Pública y Bellas Artes, y Fomento en distintas etapas del reinado de Alfonso XIII.

de Santo Domingo de la Calzada. Eran los hijos de los sublevados en esta heroica ciudad riojana los que traían de diputado a don Miguel a nuestro Parlamento, por esa tierra brava y masculina, donde crecen los liberales por generación espontánea.

Crónica (27-09-1931)

Don Jaime de Borbón el príncipe de leyenda que vivió siempre en el destierro y que, a pesar de ello, fue siempre muy español…

Don Jaime de Borbón, el pretendiente histórico a los supuestos derechos de una Corona española que ya no existe, el duque de Madrid y de Anjou, falleció el 2 de Octubre, casi repentinamente, en su domicilio parisino de la Avenida Hoche.

Don Jaime había recibido de su padre –aquel rubio y melancólico don Carlos que paseaba sus nostalgias por los canales venecianos del brazo de doña Margarita, primero, y de doña Berta, después– una herencia familiar que era un poco la tradición de los pueblos vascos y un poco también la manzana de la discordia que traía divididos y bien divididos a los tradicionalistas españoles. Porque una cosa era el tradicionalismo, otra el carlismo y otra, algo más complicada y moderna, el jaimismo de última hora. Se podía ser tradicionalista, por ejemplo, con aquel simple emblema "Dios y viejas leyes", sin sentir preferencias dinásticas de ningún linaje. El carlismo, que literalmente no pasa de ser la adhesión a un nombre más que a un programa, es, en Guipúzcoa y en Vizcaya, el amor al fuero, fue democrático en su mocedad, y no era esencialmente enemigo del liberalismo. Aquella novela *Paz en la guerra*, de don Miguel de Unamuno, nos enseñó muchas cosas a este respecto. El jaimismo, con la incorporación de don Jaime a los ejércitos imperiales rusos durante la Gran Guerra, rompía la unidad doctrinal de su comunión con afirmaciones de una democracia ingenua y moderada que transcendía a otros países bien quistos con la monarquía efectiva, reinante gracias a la ley sálica, según los buenos principios.

Don Jaime fue más español que su padre –aquel italiano de afición y de sangre encerrado siempre en las estancias de su Loredán[297]– y un príncipe de leyenda. Afortunado en amores durante su juventud, interesó entre otros corazones femeninos, el de la pobre Zita que paseó sus soledades por Lequeitio en estos años últimos. Allí, en la corte moscovita, con su buen uniforme de oficial zarísta, el príncipe de Borbón y Parma tejió más de una aventura sentimental que fue la comidilla de los grandes duques. Y en Venecia, y en Constantinopla, y en Budapest, y en los castillos franceses de la aristocracia rancia, y en las plazas rumorosas de la vieja Roma, don Jaime, luciendo muchas veces una capa española y un sombrero ancho, sembró el terror entre las bellas con sus ojos grises y gallardos bigotes siempre enhiestos. Aquí mismo, en España, era un poco el príncipe fantasma que se complacía en burlar a la policía y en aparecer y desaparecer de las romerías y reuniones de sus adeptos. Estuvo en Madrid diferentes veces, y en Vergara, y en Estella, y en Pamplona, y cuando ya se acusaba fuertemente su presencia y le saludaban las muchedumbres que le rendían homenaje como a rey y señor, manejaba el volante y desaparecía, dejando en la carretera un reguero de polvo y de esperanza. Trató y conoció a muchos españoles, y en las terrazas de los Cafés de Biarritz, de Bayona y de San Juan de Luz, era conocidísima su estampa.

Muere don Jaime inopinadamente cuando ya había cumplido sesenta y un años, contemplando la escisión de los suyos, iniciada por el inquieto e impetuoso don Juan Vázquez de Mella, al iniciarse la guerra europea en Agosto de 1914. Don Jaime, europeo y cortesano, tenía una sonrisa piadosa para los extremistas ultramontanos de sus huestes. Sabía que el triunfo de los aliados era, en el fondo, más conveniente a los intereses religiosos españoles que el de los imperios centrales, y el casticismo españolista de los suyos chocaba con su sangre francesa de Borbón y de Chambord. No se curó tampoco de asegurar su descendencia el hijo de don Carlos y de doña Margarita, ya que sus hermanas, por imperativos históricos, están excluidas de la herencia. Él prometió mil veces buscar una compañera digna de su rango, y asegurar la sucesión con toda suerte de garantías canónicas. El gesto de Vázquez de Mella, exigiéndole, en nombre de Dios y de la Patria, que diese a los tradicionalistas, con una princesa, un retoño, fue un semillero de amarguras para don Jaime. Se habló de la sobrina Fabiola, hija de su hermana Alicia, y el cuñado se opuso

[297] Palacio veneciano, residencia, durante buena parte de su exilio, del pretendiente carlista al trono español Carlos María de Borbón y Austria-Este (Carlos VII).

rotundamente al disparatado proyecto. Se habló también, y mucho, de la hija de don Miguel, pretendiente al trono de Portugal, doña Felipa, y cuentan los enterados que el rompimiento fue de la iniciativa del novio, que acaso, guardaba en los arcones de su espíritu recuerdos mozos de amores gratos que le robaron el sosiego para siempre. El viejo don Juan no podía avenirse, después de sus correrías por el Guadalquivir, a un buen matrimonio burgués y de contrata. Porque su fortuna, a pesar de los dos o tres castillos que había recibido a título de patrimonio, no era ni muy sólida ni muy clara. En los días amargos, Mella dijo demasiado y el fiel Melgar se defendió demasiado también. Don Jaime era un romántico y él no podía, ni quería, ni debía descender al contacto con las impurezas y contrariedades de la realidad.

Don Jaime de Borbón tenía una rica y fuerte biografía; sus sesenta y un años habían sido vividos plenamente. Su nombre se repite con frecuencia en los anales de estos últimos cuarenta años. Apenas sale de cadete de la Academia Imperial de Viena, hace un largo viaje, lleno de experiencias, por la India. A la vuelta visita Filipinas, cuando Filipinas es todavía territorio español –1890– y en Manila se retrata con un salacot y con un terno de cruda seda blanca. Cuatro años después recorre España con su amigo don Tirso Olazábal. Se acusa su presencia en los santuarios históricos: visita al Apóstol en Compostela, reza ante la Pilarica, se arrodilla en la cueva de Covadonga… Con el marqués de Villadarias visita Marruecos y reside una temporada en Fez. En el invierno del 96 amiga con Nicolás II y acepta el cargo de húsar del Regimiento de Dragones de Loubay. Tres años después, en viaje militar, recorre el Afganistán, Persia y Turquestán, y recala de guarnición en Varsovia.

La insurrección de los boxers en China le moviliza, poniéndole a las órdenes del almirante ruso, y se encuentra en el sitio de Puerto Arturo, donde es condecorado. A la vuelta, desembarca en Marsella y tiene que hospitalizarse. En 1904 torna al teatro de la guerra en Manchuria, ascendiendo a comandante; cuatro años después era nombrado coronel. Vuelve a España en esta época y promete a la muerte de su padre, ser fiel a la causa de la familia. Su intervención en la Gran Guerra es bien conocida para que aquí nos ocupemos ampliamente de ella. Su aliadismo ocasionó la escisión a que ya hemos hecho referencia y se le acusó de mal católico y de hombre influido por el libre pensamiento. Pero don Jaime no dio su brazo a torcer. Recordamos los folletos de Melgar, lanzados a la publicidad por la propaganda francesa, y aquel diario mellista[298], *El Pensamiento Español*, de vida efímera y azarosa. Solamente ante los notable jaimistas reunidos en Biarritz durante el verano de 1919, prometió ocuparse del afianzamiento de su dinastía, con el éxito que ya hemos visto, tal vez sin el propósito firme de enmienda y con el dolor íntimo y la protesta del hombre que no quiere regularizar su situación espiritual ante propósitos políticos en cuya eficacia acaso no cree del todo.

Muere don Jaime de Borbón, el viajero de la India, y de Colombia, y de China, y del Japón, el húsar del Grozno, el soldado de Puerto Arturo, el héroe de la Manchuria, el jugador afortunado de Monte Carlo, el castellano de Chambord y de Frosdhorff, en su humilde piso de soltero de la Avenida Hoche, tocado con el sayal franciscano de la humildad y de la pobreza. Nos conmovemos ante los restos de esta figura que fue, fuera de España, tan española. Lo que había en él de vacilante, de misterioso y de pacato era la huella de su madre, doña Margarita, que distraía la soledad de don Carlos en Loredán, junto al Canal Grande de Venecia, con su voz de oro y con sus magníficos ojos tristes de Virgen de Rafael Sanzio.

Crónica (11-10-1931)

[298] Partidario de Vázquez de Mella

OTROS PERSONAJES

D. Mamés

Invariablemente, todas las noches, a las ocho, mientras duró mi vida de estudiante de Leyes en Salamanca, era, durante los inviernos, contertulio de D. Mamés. Nos reuníamos en casa del Sr. Cura párroco de la Santísima Trinidad.

Generalmente llegaba yo antes. Minutos después unos aldabonazos conocidos nos anunciaban la presencia del Rector viejo. Nos estrechaba su mano ancha y carnosa, siempre fría, muy fría; nos tendía su mirada protectora de abuelo que se torna chocho con los arrumacos de sus nietos; hacía que yo le leyese *El Lábaro*, con la tinta todavía fresca; comentábamos la lectura, entre las reflexiones siempre discretas del buen párroco D. Lorenzo Domínguez, y entre las advertencias, un tanto irónicas, de D. Mamés; cesaba la lectura, y tomando pie del asunto del día, charlábamos largo y tendido, cuando no se jugaba a la lotería, *sport* casero muy del gusto de todos.

¡Cómo me gustaba charlando D. Mamés! El me quitó los resabios pegadizos del odio a los viejos con una charla espontánea, fluida, ajena a toda burla y siempre benévola, de hombre que había vivido mucho y que había comprendido todo. Conocía a todos, tuteaba a todos, de todos era querido y venerado. Si comentábamos un noviazgo, allá salía D. Mamés descifrándonos parentescos, puntualizando caracteres, describiendo, en ameno relato retrospectivo, aquellos sus tiempos en que la abuela de la gentil novia, guapa como una rosa de Mayo, era codiciada de sus condiscípulos.

D. Mamés hablaba mucho de su juventud. Discípulo de Sanz del Río en la Central, fue condiscípulo y amigo de D. Emilio Castelar. Conoció a los prohombres todos de la Revolución, y la Revolución le hizo jefe de la Escuela salmantina. Hasta tuvo sus conatos de conspirador en aquella brava época en que nuestros abuelos celebraban temibles reuniones secretas en el Rollo, dejando a sus prometidas en la reja y posponiéndolas al *ideal*.

La Revolución dejó en los adentros del espíritu del Sr. Esperabé posos de cierto escepticismo risueño, de ese suave y humano escepticismo que nos hace encoger gratamente de hombros en las situaciones difíciles.

D. Mamés era bueno, bueno ante todo y sobre todo. Su integridad aragonesa profesaba principios morales de roca viva. Era un hombre derecho, amable, curtido en la vida, de la que había salido triunfante, sin dejar rasgaduras en la maleza. No conocía el odio; creo que no ha dejado un solo enemigo.

A las nueve, D. Mamés se retiraba a su casa. Yo le acompañaba siempre. Y dándome un apretón de manos de camarada –camaradas han sido siempre la muchachez y la ancianidad– me decía, despacito, paladeándolas, algunas palabras que me servían de contento íntimo.

Aquellas pláticas han concluido ya. El sillón de nuestra salita, donde D. Mamés departía siempre, está ahora vacío. Y cuando visito a su amigo inseparable, el párroco de la Trinidad, tenemos un recuerdo piadoso para el muerto en el alma y una anécdota inolvidables en la memoria.

Homenaje[299] (1907)

[299] «Revista consagrada a honrar la memoria del Rector D. Mamés Esperabé Lozano en el primer aniversario de su muerte»; incluida en *Historia pragmática e interna de la Universidad de Salamanca*; Esperabé de Arteaga, Enrique; tomo segundo; Salamanca, 1917.

El viejecito venerable

Y mientras me adormezco con la insidiosa parla de este escribidor que deshace reputaciones, que destroza apellidos famosos, que me presenta *en camisa* a todos o casi todos los sabios, políticos, poetas y escritores de la villa del oso y del madroño, me acuerdo de este viejecito venerable de recortada barba, de mirar sereno, de conciencia pura, de inteligencia poderosa y de soñar tranquilo, que se llama don Paco Giner de los Ríos. Apenas hube cambiado con el ilustre maestro las frases corrientes de cortesía y de respeto, ya se adueñó, para siempre, de mi admiración y de mi cariño. Su discurrir era llano, efusivo y sabroso; el ambiente de la casa, familiar e íntimo. En su trato, había no sé qué de gratamente sensual, de cálidamente humano, algo del amor que siente el abuelo por sus nietecillos, aquel aire de alegría que invade la casa paterna cuando tornan a ella los hijos que se han casado ya.

Y de este buen don Paco, que ha visto nacer, al calor de su mentalidad, muchos y muy grandes ingenios, que ha hecho de la enseñanza un sacerdocio y de la amistad a los muchachos un culto, mi envidioso compañero no se ha atrevido a hablar mal:

– Giner, el... Giner es de un talento extraordinario... Es bueno... Ahora, con los suyos, con los *institucioneros* no estoy tan conforme...

Don Paco es conocido de todos los muchachos que venimos a Madrid con un caudal de esperanzas. A todos nos ha dicho una frase afectuosa, nos ha dado el consejo, nos ha prestado un libro, nos ha proporcionado relaciones. Y con una maravillosa perspicacia ahonda en nuestro carácter y descubre las aptitudes nuestras. Y cuando vamos a verle, en aquel su severo despacho de la Institución Libre de Enseñanza, y charlamos, en completo abandono, huyendo de todo linaje de afectaciones, de Salamanca, de su maestro, de sus estudiantes, de sus clérigos, creemos que aquella casa es la nuestra, que aquel don Paco es nuestro abuelo común, al que no se escapan ni los revuelos de nuestra inteligencia joven, ni los latidos de nuestro corazón.

El Castellano (23-01-1907)

Nuevo catedrático

Pedro Martín Robles[300], nuestro paisano y amigo, es ¡finalmente! catedrático. Catedrático de Lengua y literatura españolas.

Escribo finalmente, con admiración amarga, en este país donde tantos pollinos son catedráticos, en oposición flamante, a las primeras de cambio.

Hay quien cree en las oposiciones. Robles ha sido una víctima de ellas. Con ser un muchacho de una cultura maravillosa, de un talento inmenso y de una modestia ejemplar, ha tenido que luchar hasta última hora. Y le han robado escandalosamente, no ha dos años, una cátedra. Luchaba con ese gran timo portugués que se llama Julio Cejador, una de las reputaciones científicas más falsas en este país de reputaciones de cartón. Ahora sale catedrático a la rastra, en último lugar.

Desdeño cada vez más esa pantomima de las oposiciones. Hay que ponerse, para alcanzar victoria, al alcance del tribunal, al nivel de mollera de unos señores gotosos, generalmente, que supieron algo pero hoy no saben nada. ¡Hay cada camello, Dios mío, en esas Universidades de Dios! ¡Como que el articulista admira a Rodríguez San Pedro por el profundo desdén que le inspira el profesorado!

Estoy contento. La victoria de Martín Robles me llena de alegría como si fuera un triunfo personal mío.

Se irá, creo, a Figueras a desarnar[301] chicos. ¿Por qué no vendrá pronto a Salamanca, su pueblo, él que tiene por misión crear aficiones literarias entre la juventud? Porque en Salamanca –digamos la verdad– no son los profesores de literatura nacional los que poseen un sentido artístico más refinado ni más perfecto...

El Castellano (17-04-1909)

[300] Natural de Villanueva del Conde (1879) se licenció en Filosofía y Letras en Universidad de Salamanca. Optó a una plaza en la Universidad Central de Madrid que no obtuvo.

[301] Así en el texto. Seguramente deba leerse *desasnar*.

Arístides Briand

Hará cosa de dos años que los periódicos del bulevar comenzaron a murmurar despiadadamente. Se hablaba *sotto voce* de una linda actriz y de un ilustre político francés. La actriz amaba al político; le había conocido en sus años de bohemia; le había dado popularidad, prestigio, amor, quizás dinero. El político, hijo del pueblo, predicaba en los mitins [sic], organizaba huelgas, preocupaba a las gentes de orden. Y la actriz, la linda actriz, alentaba al buen hombre en sus ascensiones por el mundo de la gloria. El político se llamaba Arístides Briand.

Y el hijo del pueblo fue orador de crédito, ministro luego, después presidente. Los amores de la bohemia le apretaban demasiado. Las cadenas de unas crenchas rubias y de un seno palpitante se trocaron en estorbo. Briand abandonó a la actriz y los periódicos anunciaron el matrimonio del presidente con una burguesita insubstancial y rica, con abuelos de estirpe rancia y de solar conocido, solar y estirpe que necesitaba Briand para romper con el pasado.

Mirad la fisonomía del enérgico y astuto político francés, a quien monsieur Falliéres[302] ha encargado nuevamente de formar Gobierno. Es un rostro duro, masculino; los labios, sensuales y voluntariosos; la mirada, fría y recelosa; los bigotes plebeyotes y caídos. Es el hombre voluntad, el hombre esfuerzo. Del socialista de antaño nace el dictador de hogaño. Es el hombre rectilíneo, fijo, que marcha por su camino, con la vista, no en lo alto, que no le interesan las estrellas del cielo, sino a ras de tierra para separar los guijarros del camino.

Pero del hombre del día, nosotros, los que jamás negamos los amores de nuestra juventud, pensamos lo que la linda actriz abandonada, que le diera besos, hijos, calor de hogar y alientos de lucha.

El Adelanto (04-11-1910)

Andrés Ovejero

Andrés Ovejero, profesor de Teoría de las Bellas Artes en la Central, es un buen mozo despabilado, incisivo, irónico, charlatán y corriente y moliente a todo ruedo. Tiene una hermosa barba rubia y unos ojillos azules, miopes, que se revuelven airados detrás de unos quevedos. Siento por él un afecto vivísimo y una devoción entusiasta. Es un *causeur* delicioso. Verdad es que a ratos sacrifica una amistad por un chiste, pero el chiste es tan de buena ley, la ocurrencia es tan espontánea, tan natural, y fluye con tal donaire a sus labios húmedos y brillantes siempre, que vale más que la amistad sacrificada.

La moda, la tiranuela del día, le ha sonreído un momento. Los estudiantes y los ateneístas han protestado de su detención, que ellos juzgan arbitraria y que yo no juzgo de ningún modo, porque amo entrañablemente todas las leyes de mi Patria, y sobre todo, la ley de Jurisdicciones, de cuyas garras Dios me libre.

Ovejero, en su clase, es de una amenidad encantadora. Odia el profesor al uso, de doctoral pedantería, que se ciñe a la testa el consabido gorro y que adopta cara de juez con unos pobres chicos que aprenden de mejor gana los cuplés de una pecadora que la lista de los reyes godos. Es el amigo de sus discípulos, el camarada de sus discípulos. Fuera de la Central, en la calle, en el Ateneo, en algún café solitario, Ovejero se hace acompañar de los estudiantes, entre los cuales va disertando amablemente acerca de los encantos de una rubia que va por la acera de enfrente, de la oquedad de algún político con sombrero de copa que saluda a cualquier elector cándido, sobre la hermosura de la tarde que circunda de torrentes de luz el limpio y aristocrático paseo de la Castellana.

Y los ateneístas han protestado también. Es natural. Ovejero ha derrotado en la cacharrería al buen general Vallés, que sigue discutiendo la existencia del infierno con el doctor Maestre. A los muchachos nos interesa más Ovejero, que gusta de las paradojas y que no es razonable nunca.

Ovejero salió de la cárcel. ¡Alabado sea Dios! Apuesto doble contra sencillo a que se hizo amigo del guardián de la celda, a quien entretuvo durante algún rato de melancolía hablándole del estreno de Eslava y de la dentadura postiza de don Dalmacio.

El Adelanto (05-11-1910)

[302] Clément Armand Fallières (1841 – 1931). Presidente de la República francesa entre 1906 y 1913.

El señor Macías del Real

El señor Macías del Real[303], que es un guapo mozo, de negra y bien cuidada barba, de ojos negros, de discreta y proporcionada estatura, de buena inteligencia y de candor infantil, tornará a estar de moda dentro de pocos días. Padece la obsesión del reclamo el señor Macías. No le basta con acusar al pachorroso y bonachón señor Ferrándiz de no sé qué debilidades; no le basta con escribir unos terribles informes jurídicos para llamar la atención de los zapateros que leen *El Liberal*; no se conforma con ser una paloma candorosa, que ha perdido la carrera y que ha estado a punto de perder la libertad. Ahora quiere estrenar un drama; el doctor Madrazo se lo estrenará en el teatro Español dentro de muy pocos días...

En realidad, la idea del drama es anterior a la famosa acusación que valió tantos disgustos al exauditor de Marina. El señor Macías iba por los saloncillos de los teatros; en el mundo de las letras era absolutamente desconocido el Zola casero del *J'accuse* inocente. Presentó su drama a un autor ilustre y guasón. Quería estrenarlo en Lara; la pieza tenía tres asesinatos.

– Quite usted un asesinato y un acto –dijo el autor devolviendo los papeles a Macías.

Macías tornó a la carga; Pulió, limó, podó, usó tijeras. Volvió a preguntar al doctrino.

– Hombre, quite usted las dos hecatombes restantes. ¡Ya ve usted, Lara...!

Y obedeció el paciente cordero. La fama no venía por aquel lado. Se resignó a la nada. Pocos días después, la manía de la publicidad le llevaba a la acusación famosa contra Maura y Ferrándiz. Y en la cárcel no se resignó al silencio; seguía publicando alegatos terribles...

Y ahora sale el drama del héroe, que coincide con la publicación del poema de Garibaldi en Italia, como coincidió la muerte de Cervantes con la de Shakespeare.

Aplaudirá la gente en el teatro Español, el mundo de los inocentes tendrá su hora de entusiasmo.

¡Bien aventurados los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos!

El Adelanto (23-01-1911)

El secretario de don Amós[304]

No, querido *Repórter*, no. No es tu secretario el secretario del señor Salvador. Ríe poco Miguelito, el hijo de su excelencia; ríe poco y ríe a tiempo. Miguel Salvador, diputado a Cortes, hijo del ministro, es algo más que todo eso. Es uno de los mozos mejor orientados y más cultos de Madrid. Es un músico maravilloso que nos ha deleitado, con Henry Collet, en el Ateneo, interpretando a Wagner. Es un mozo que ha pontificado desde *El Globo* en cosas musicales con exquisita competencia. Y todos quieren a Miguel Salvador, y todos le admiran, y en todas partes encuentra afectuosas acogidas.

Hablo así de Miguel Salvador, porque él no ha de enterarse de mis elogios. Si fueran censuras ¡ya habría una mano piadosa que las haría llegar a su mano! Miguel está ahora muy ocupado; la secretaría de su padre le da molestias sin cuento. Luego, la escoba sigue barriendo en aquel Ministerio los papeles y colillas de cigarro del tiempo de Burell.

Los que miramos la política desde nuestro sitio, sin compromisos con tirios y con troyanos, nos felicitamos de que el joven señor Salvador y Carreras haya ido a la secretaría del señor ministro, de don Amós Salvador, cuyo nombre es pronunciado con respeto por los muchachos, porque don Amós es muy buena persona.

Miguel está muy bien orientado; es bueno y es justo. Y la influencia para con las ideas de su padre, para el arreglo del Ministerio, para el empleo de la equidad, la influencia del hijo, será bienhechora y fecunda.

No sé si Miguelito rió para quitarse unos moscones de la solicitud de unas maestras. ¡Bien puede permitirse ese desahogo un muchacho que trabaja todo el día!

[303] Juan Macias del Real, Teniente Auditor de la Armada. En abril de 1909 acusó al Gobierno Maura de prevaricación en su proyecto de renovación de la escuadra de guerra española. Tras su denuncia, fue encarcelado y expulsado del Cuerpo por un Tribunal de Honor.

[304] Amós Salvador Rodrigáñez fue en 1911 Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes en el Gobierno de Canalejas, sustituyendo a Julio Burell y Cuéllar. Miguel fue su tercer hijo.

Lo que se dice es que recientemente su padre atendió a una comisión de desconocidos que venían de un pueblo lejano a reparar un entuerto. Los pobres lugareños no encontraron un diputado que les acompañase...

Días después, el señor ministro dejó de atender a unos figurones que le pedían algo que no era precisamente la reparación de un entuerto. Los figurones aquellos hablaban de descortesías...

Y el padre y el hijo, el ministro y el secretario, son eso: justos. Deber nuestro es consignarlo así. Nada pedimos al uno ni al otro; ni buscamos empleos ni solicitamos favores.

Les saludamos, desde lejos, con afecto, y ellos se están en sus sillones mullidos y nosotros en nuestras sillas incómodas y duras de la casa de huéspedes...

El Adelanto (25-01-1911)

Un devoto de Shopenhauer

Carlos Verdugo, el director de *Nuevo Mundo*, me habla de la marcha de la popularísima publicación. Cuando murió Perojo, se tiraban 80.000 ejemplares; la cifra se ha doblado ahora. Durante el verano de 1909, cuando la campaña de Melilla, llegaron a tirarse 250.000 ejemplares. Y en el patio de la casa, zumban las máquinas vomitando ejemplares y más ejemplares.

El señor Zabala, gerente de *Nuevo Mundo*, llega al despacho del director. El señor Zabala es uno de los ciudadanos más singulares que conoce el cronista.

Es el alma de la casa y no escribe una línea. Acaso, en el fondo, desdeña a los escritores. Sabe que un periódico de grabados debe ser vario, ecléctico; junto al presidente del Consejo, la Fornarina; junto al mitin de los radicales, el pulpito del padre Zacarías. El público de *Nuevo Mundo* es todo el público, el que frecuenta los cafés, el que habla de toros; el que oye discursos.

Y de todos los públicos se acuerda *Nuevo Mundo*. Hay el comentario alto, la apostilla donosa, de *Andrenio*; las inquietudes culturales encomendadas a Ramiro de Maeztu; la inevitable sección taurina; el mundo de las modas para *Colombine*[305]; los libros, todo. Y nosotros, los colaboradores modestos de la casa que con menos frecuencia hablamos con el público, debemos mantenernos en cierto plano neutral que no desagrade a nadie.

Zabala tiene, sin embargo, un autor favorito que lee, torna a leer, que medita, torna a meditar. Es Arturo Shopenhauer [sic] el amigo de nuestro gerente.

Nos habla, una vez más, de *El mundo como voluntad y como representación*. Cada vez halla más ingenio, más cultura, más finura mental en el viejo filósofo simiesco. Pero ¿es pesimista Zabala? No lo es. ¿Comparte el odio a las mujeres del mísero filósofo que escondía sus dineros en la bodega? No, no, tampoco.

¿Entonces? Entonces es que Zabala admira el conocimiento profundo, exquisito, que de los hombres tenía el hijo de la amiga de Goethe.

Zabala es pesimista. Pesimista teóricamente. En la práctica, en la vida corriente, Zabala viste sus frases, sus silencios, de un humorismo encantador. Detrás del vestido de moda, quiere el cuerpo armonioso. Sabe, como su maestro, que la Venus del Nilo [sic][306] es, en el fondo, un animal de cabellos largos y de inteligencia corta...

Y Zabala ha departido amablemente con nosotros. Pero ha vuelto, a los diez minutos, al sillón de su oficina, a examinar unas facturas...

El Adelanto (02-02-1911)

Eusebio Díaz, orador

Nuestro paisano y amigo, el joven catedrático salmantino señor Díaz, hace política conservadora en Barcelona. Los conservadores le eligieron presidente de la Juventud conservadora barcelonesa. Anoche pronunció una conferencia en el círculo del partido.

[305] Pseudónimo de la periodista Carmen de Burgos.
[306] Por *Venus de Milo*. A buen seguro, errata del cajista.

Cuando llegué comenzaba su disertación el profesor salmantino. Entre los oyentes, estaba el señor Cierva jugando con su bastón; adiviné también, por la reluciente calva y los cabellos ensortijados, la cabeza artística del señor Dato. Unos pollos muy elegantes, correligionarios del señor Díaz, oían con interés y entusiasmo. Cerca de mi sentábanse varios paisanos, el señor Rodríguez Miguel, el señor Bullón, el señor Jiménez.

De tono doctrinal fue la conferencia del señor Díaz. Enumeró los tres pilares del partido conservador; la patria, la religión, la monarquía. Entre grandes aplausos de los adictos, dibujó la silueta del señor Maura. También tuvo elogios para la obra financiera de Besada y para las leyes sociales de Cierva y Dato.

Habló del lerrouxismo el señor Díaz. Ha crecido en Barcelona después de desgarrarse de la conjunción republicana el partido radical. Pero el señor Díaz y sus amigos quieren oponer un dique a las filas revolucionarias. Concluyó con palabras de aliento a la juventud conservadora. En el salón se aplaudió efusivamente al orador.

He de dar, sinceramente, mi opinión sobre la conferencia. No me cabe en la mollera esa paradoja de juventud conservadora. No veo tampoco clara la misión del partido conservador, en un pueblo donde no hay revolucionarios como España. El mismo Lerroux, con su automóvil, con sus dedos llenos de brillantes gordos, no ensangrentará su mano burguesa detrás de las barricadas. ¿Dónde está el peligro para la monarquía? ¿Dónde está en España el partido revolucionario de acción?

Maura y Cierva han gobernado con honradez, pero hubieran gobernado mejor si hubieran estudiado con más interés la psicología de las masas. Quisieron reformar todo, purificar el ambiente, y dieron el primer paso, enemistándose torpemente con la Prensa. Así caminaron de tropiezo en tropiezo con los sucesos de Barcelona, con la guerra de Melilla, con el asunto Ferrer. Este lo hubieran arreglado bonitamente subvencionando la Prensa extranjera, que se compra con facilidad. Maura quiso llegar al pueblo, pero la Prensa se interpuso. ¡Y la Prensa se contenta con tan poco!

Prescindiendo de exponer otros puntos de vista que no se conforman al criterio del señor Díaz, tengo que felicitarle cordialmente. Su discurso encuadraba perfectamente en el marco del círculo conservador. El señor Díaz hizo gala de su profesión universitaria.

El señor Díaz, finalmente, con su talento, con sus períodos floridos y cálidos, llegará muy pronto. Los conservadores no pueden prescindir de su concurso.

El Adelanto (16-02-1911)

Moret[307]

La otra tarde habló en el Ateneo su presidente, don Segismundo Moret. La calle del Prado estaba llena de coches y de autos; mil caritas adorables decoraron los pasillos de la docta corporación; señores de tubo reluciente, de levita impecable, altos, bajos, gordos de panza redonda, relamidos y delgaduchos, acudieron a aplaudir a don Segis.

Por don Segis no pasan años. Está siempre guapo, y como dice una amiga mía, siempre vestido. Las señoras siguen admirando las dulces inflexiones de su voz y las vueltas de su chalina. Las embajadoras americanas siguen perjurando que nada hay comparable al gesto de don Segis y los intelectuales de la política continúan afirmando que no hay conceptos como los conceptos de Moret, ni palabra como la palabra suya.

No tuve el gusto de oír al señor Moret anoche sino a los postres. Al entrar en el salón resonaba una ovación inmensa. Moret acababa de construir una de sus metáforas favoritas. El ilustre orador parlamentario cantaba nuestra hegemonía en Sud-América. Se repitió la ovación atronadora. Y luego, en los pasillos, escuché con fruición los comentarios.

No había disparidad en los juicios. Todos reconocían las altas prendas del señor Moret. Algunos mozos, sin embargo, procaces y atrevidos, ponían reparos a la oración formidable del ilustre hombre público. La envidia es señora del mundo. ¡Como si el ser exministro no valiera más que escribir un buen soneto!

[307] Con este mismo título y contenido distinto Sánchez Rojas publicaría otro artículo en *El Adelanto* el 12-08-1912 (O.C. Tomo II, página 100).

Sin embargo, yo tengo que lamentar que sea tan excesiva la admiración de las gentes que no me deje oír los períodos, acompasados y redondos, del príncipe de nuestros oradores. Cuando Moret levanta su brazo, bien para lanzar un apóstrofe vibrante, bien para construir una linda metáfora, bien para dar rienda suelta a su fantasía siempre lozana y juvenil, las damas gentiles y los elegantes diputados no dan paz a la mano, palmoteando con estrépito. Y esto no es elegante, señoras y señores. Esto es de tan mal gusto como aplaudir en el Real antes de que la orquesta haya lanzado su última nota y el tenorino de tanda el último gorgorito. La contención es el péndulo de la cortesía, inglesa. Por eso es ella tan admirable.

El Adelanto (18-03-1911)

D'Annunzio

Por centésima vez han sido vendidos, en pública subasta, los objetos artísticos de Gabriel D'Annuncio, uno de los danzantes de reputación más europea. Por una cuartilla de la *Nave* ha dado un inglés mil liras; por una plegadera vulgar, doscientas una duquesita boloñesa; por un carnet de apuntes, no sé cuánto un chiflado admirable. Aquel dinero ha pasado al Pretor, para responder de las deudas fantásticas del poeta. El día mismo en que el Estado se metía con D'Annunzio, el Papa excomulgaba al poeta por su drama *El martirio de San Sebastian*. El bondadoso Pontífice contribuyó, sin quererlo, al éxito del reclamo.

Porque D'Annunzio es el maestro de la insinceridad. Quiere pasar a los siglos venideros, aunque su ingenio decae visiblemente, y se acuerda de su maestro Erostrato. Una página en la historia se consigue de cualquier modo. En la historia de las subastas judiciales, D'Annunzio ha de ocupar, él solo, capítulos enteros. En la de las modas raras también. En la de las incorrecciones amorosas, otras cuantas. Lástima que no haya tratadistas de tales materias. Por fortuna, los eruditos rellenarán el hueco.

El ilustre *posatore* es un farsante de primera magnitud. Hábil aprovechador de sus medros tenoriescos, ha llevado a sus libros confidencias de las mujeres que le amaron. Ahí está la pobre Eleonora Duse retratada, analizada, disecada, martirizada en las novelas del antipático fantoche. No ha perdonado medio de atraer sobre sí la atención de las gentes. Cuando no vende un libro, desafía al crítico que lo censura para que las gentes se fijen en los escaparates de los libreros.

Cuando quiere que le agasajen, escribe algo adulando a una ciudad para que aparezcan las expansiones concejiles. Lo que le sale mal es lo de su mujer, una duquesa romana riquísima, de conducta intachable. Conoce demasiado al grande hombre.

Los franceses no se hartan de jalear a D'Annunzio. Son espíritus gemelos. Saben que se trata de una farsa pero se prestan admirablemente, actuando de coristas. La gente no va mucho al *Martirio de San Sebastián*. El poeta hará una locura, gastará sus cuartos, y el año que viene se anunciará la centésima subasta pública de los objetos que pertenecen a Gabriel D'Annunzio.

El Adelanto (09-06-1911)

Ismael Calvo

No conozco al señor Calvo; nadie conoce al señor Calvo. Tengo una vaga idea –que diría Luis Zulueta– de que, en mis tiempos del Doctorado, era secretario de la Facultad de Derecho en la Central. Después, con motivo del centenario de los Arapiles, pronunció un discurso enérgico ante las fuerzas vivas; el señor Calvo no volvió a aparecer por ninguna parte.

¿Qué cosa representa el señor Calvo en la provincia? Según dicen, a la Universidad. Esta pobre Universidad ¿anda tan mal de doctores que ninguno de ellos sepa representarla en el Senado?

Recuerdo los incidentes de la lucha senatorial y sobre ellos he de escribir brevemente. Con franqueza, no quiero hacer el retrato del señor Calvo: no es de la casa.

He de advertir –no hace falta la advertencia– que los juicios que yo firmo son personalísimos y que mis artículos de colaboración no representan, como es natural, el juicio de EL ADELANTO.

De la contienda entre el señor Muñoz Orea y el señor Calvo no se ha hablado, que yo sepa, con absoluta imparcialidad. El nombre prestigioso del señor Orea tenía entonces un defecto de origen; el de los doctores, harto de la derecha, que le propusieron para candidato. Pero frente al

señor Orea, ¿qué significaba el señor Calvo? Nada; el feudo universitario de Romanones, que con tanto ardor protegen la Facultad de Medicina y los directores de los centros docentes, sin excluir al señor Unamuno que en estas cosas cae siempre del lado del éxito.

Entre la tendencia nea y el predominio médico, yo, personalmente, sabría balancearme en un discreto equilibrio. El mejor protector que tuvo la escuela de Medicina fue el señor García Alix. Con su disposición, justiciera, de suprimir las Facultades libres, porque únicamente incumbe al Estado la dirección suprema de la enseñanza, dio lugar a una renovación muy conveniente del personal de enseñanza. Nunca se lo agradeceremos bastante.

¿Seguirá representando el señor Calvo la Universidad salmantina? Es de suponer que no. No es muy discreto eso de buscar fuera de casa elementos que dentro de ella tenemos, en calidad y cantidad.

El Adelanto (20-03-1912)

Marqués de Puerto Seguro

Don Luis Carvajal y Melgarejo, marqués de Puerto Seguro, es un simpático señor alto, moreno, delgado, que mueve los ojos con rapidez extraordinaria, que acciona vivamente con gestos expresivos, que tiene una inteligencia fina, sagaz y despierta cazando las cosas al vuelo, que une a la corrección cortesana la brava franqueza que fue siempre patrimonio de los Abrantes, sus abuelos. Cuanto más se le conoce, más se le quiere. Culto, hombre ingenioso y valiente, artista por temperamento y más amigo de los libros y de las aficiones espirituales que de los deportes que no desdeña, acaso su figura no se destaca en el Parlamento más que para interrumpir a Soriano, pero le hacemos la justicia de no confundirle con cualquier señor de estos, que, a pesar de haber sido ministros, tienen la inteligencia como un matorral bravío. En Salamanca ha sentado muy bien su acta. Si le conocieran de cerca los salmantinos, no se le pondría ningún reparo. Es un extraño, pero vino a librarnos de un señorito a quien le dijo Canalejas que Vitigudino estaba para el primer cunero de la esquina; con eso, ganó el marqués carta de naturaleza entre nosotros. Además, procedió a impulsos del afecto, y eso es muy simpático. Cembrano, cariacontecido, tuvo que dejar su habilidad para mejor ocasión.

Sospecho –no lo sé, no me gusta hablar de política, sino de otras cosas con Puerto Seguro– sospecho que hace un excelente diputado. Es hombre que sabe entrar sin timidez en los corredores de los Ministerios, donde almas generosas fabrican la felicidad del país; es hombre que debe saber pedir. Su acta es algo más que un membrete bonito de una esquela. Claro es que son factores del éxito, su posición social, su mismo carácter, las simpatías de que goza en el Ejército. Vitigudino ha tenido el acierto de elegir un procurador un poco a la antigua usanza.

Puerto Seguro, que ha tenido la delicadeza de no ser un amo vulgar de la Flecha, de la quinta Agustina donde los tres novicios cantaran las excelencias de *Los nombres de Cristo,* es un enamorado de nuestra tierra. Habla con arrobamiento de las bellezas de la Ribera del Duero. Comenta festivamente el arco de Cepeda. Se sonríe cuando recuerda las elecciones senatoriales. Poco a poco se va adiestrando en el conocimiento de nuestra flora y de nuestra fauna. Y una vez enterado, señores míos, va a ser difícil hacerle danzar con las comparsas.

El Adelanto (23-03-1912)

Julia de Lespinasse

I

Dos curiosos libros pueden consultarse para estudiar a todo placer la historia íntima de las cartas de la señorita Julia de Lespinasse. El del Marqués de Ségur, que lleva el título de la famosa heroína romántica, de fines del siglo XVIII, y el del padre Luís Coloma, que se llama *el Marqués de Mora*. El libro de Ségur está editado por Velson (París), rué Saint Jacques, 189 589, pags. en 8 sin fecha). El del padre Coloma ha alcanzado ya tres ediciones. Conozco la última (Madrid, imprenta de Razón y Fe, 1914).

No coinciden los libros de ambos pensadores católicos en sus líneas fundamentales. El marqués de Ségur estudia el caso psicológico de un corazón lleno de ternuras, con toda suerte de pronunciamientos favorables para la amiga de D'Alembert. El jesuita español, muy bien relacio-

nado con la casa Ducal de Villahermosa, quiere hacernos creer que la señorita de Lespinasse fue una aventurera vulgar que trató de apoderarse del corazón del aturdido español marqués de Mora, heredero de la corona Ducal de Villahermosa. Estudiemos hoy la personalidad de Julia, dejando para otro día la del marqués de Mora, para concluir presentando al lector bellos fragmentos epistolares de la señorita de Lespinasse.

La señorita de Lespinasse, nacida en Lyon, tuvo un origen oscuro. Sabemos que su madre fue la condesa de Albón; el padre, según todas las hipótesis racionales, fue el marqués Gaspar de Vichy. La niña vivió siempre alejada de los padres, en la provincia. Nace Julia en Noviembre de 1737; a sus veinte años se traslada a la capital.

Julia, a sus veinte años, es ya muchacha sin encantos físicos. Su hechizo estriba en la movilidad de su espíritu y en la delicadeza de su sensibilidad. Teme quedarse ciega; sufre dolorosamente y, poco a poco, se va resignando a la idea de perder la vista. Los dibujos de la época nos trazan su figura con un pelucón blanco; ese enorme polisón de su traje y muy larga la cola de su vestido; lleva mangas arrocadas, como los magistrados cervantescos de principios del siglo XVII y cubre su cuello largo y anémico con una cinta negra.

Está sentada sobre un sillón Luís XIV y sus ojos, pequeños e inexpresivos, contemplan los arbolucos de un raquítico jardín parisino.

Julia se instala primero en el convento de San José, haciendo una vida retiradísima, con su amiga la marquesa de Duffand, mujer que ejerce una influencia decisiva en la educación mental de la señorita de Lespinasse. Después intima nuestra heroína con la mariscala de Luxemburgo. Poco a poco, se va fijando el carácter de esta singular mujer, todo ternura e inquietud.

Es *coqueta* en el sentido francés de la palabra, es decir, penetrante, inteligente, viva, llena de atisbos y de felices y prontas intuiciones. Sabe agradar y gusta de saber ser querida. Tiene el don peregrino de desviar un poquito el camino de los que pasan junto a ella, de inquietarles, de removerles, de sugerirles toda suerte de novedades. Julia de Lespinasse es un misterio, el misterio en persona, que seduce como toda interrogación y atrae como todo abismo.

Julia es, lisa y llanamente, fea. Así tiene necesidad su corazón de hacerse fuerte con la seducción espiritual. El caballero de Aydie, el presidente Hénauit y el vizconde de Taaffe son las primeras víctimas de la inteligencia de Julia. Julia se defiende maravillosamente. No se entrega jamás. Su deporte es excitar la admiración y refrenarla una vez manifiesta.

El famoso matemático D'Alembert es muy amigo de la Marquesa de Duffand; la Marquesa presenta al gran escritor la señorita de Lespinasse. D'Alembert marcha a estudiar a Prusia; desde Berlín escribe a Julia; esta correspondencia es cada vez más firme y sostenida. El matemático –hombre al fin– se va insinuando poco a poco; Julia se mantiene en su puesto de verdadera y absoluta intimidad, de tal modo que el pobre D'Alembert no logra adelantar un paso en sus quebrados, sinuosos planes de amor.

Al tornar a París D'Alembert visita todas las tardes a Julia; la Marquesa de Duffand –que merecía ser una mediocre burguesilla española por sus sospechas– tiene una escena violenta con Julia, y la amistad de las dos mujeres se enfría para no volver a caldearse jamás.

La señorita de Lespinasse se traslada a la rué Saint Dominique. Allí padece de viruelas; don Alembert[308] cae postrado en el lecho con la misma enfermedad. Desde entonces, ambos amigos viven juntos, sin que entre ellos haya nunca intimidad sospechosa de otro linaje. No por eso ha perdido su libertad Julia; a lo que parece, esta libertad común está condicionada por el aviso previo de que ambos han de avisarse lealmente sobre los compromisos posteriores del corazón. Don Alembert, niño y matemático, se dedica al lado de Julia a graves estudios experimentales y deductivos; la señorita de Lespinasse funda un salón, famoso en aquella época, incubadora de revoluciones.

El nuevo cenáculo influye en el mundo de las letras y en las Academias poderosamente. Condorset se convierte en un gran amigo de Julia y ella la aconseja, separándola de sus devaneos amatorios. Ella, a toda ternura, aboga por la razón contra el sentimiento y separa al elegante y desenvuelto literato de sus pasiones juveniles. Y es tanta la influencia de Julia que consigue el ingreso en la Academia de Suard. Impónese por sus gustos. A las veces siente una sorda hostilidad contra algunas asiduas de su salón, como la condesa de Bonffers y la pobre duquesa de Chetillon, que, a fuerza de paciencia y de abnegación logra conquistar el corazón de Julia.

La colonia extranjera en París tiene su hogar en el salón de Julia. Todos los grandes hombres que pasan por París hacen grandes elogios del espíritu dé la señorita de Lespinasse. David Hume

[308] Así en el original, por *D'Alembert*.

es gran amigo de Julia y ella interviene en sus diferencias con Juan Jacobo Rousseau. El marqués de Caraccioli, que llega de Nápoles, no sabe marcharse nunca del lado de Julia; lo mismo les acontece al abate Galiani y a lord Shelburne.

Julia interviene en la vida política francesa. «Esta mujer exquisita, original, cuyo hechizo fue tan fuerte para todos cuantos la conocieron –según escribe su biógrafo, el marqués de Ségur– la incomparable seductora, la perfecta señora de su casa, la amiga devota y desinteresada, la consejera discreta, llena de ponderación y de circunspección» se asoma a los balcones de la farándula.

Pero aquí comienzan los dolores y los pesimismos de esta mujer. Aquí comienzan, en 1769, a sus treinta y dos años, sus tragedias íntimas.

Habíamos calculado mal. Necesitamos otro artículo para completar la fisonomía espiritual de Julia de Lespinasse. Dejémoslo para mañana...

II

Trazamos a grandes rasgos los hechos salientes de nuestra heroína; no consienten otras holguras los artículos de periódicos. Tenemos todavía que decir mil incidentes curiosos de la vida de esta gran amadora, castigada por todos los desdenes y groserías del ser amado.

Decíamos que Julia intervino en la vida pública francesa. Trata de contener los primeros fermentos revolucionarios, pero advierte que la Revolución es inevitable. Así escribe a Guibert, a este Guibert que ha de ser la pasión que más tarde la lleve a la tumba: «Detesto como vos la esclavitud, la tiranía, la plebeyez (*la bassesse*) y la insolencia. Ya sé que diréis que los rusos –Guibert marcha a Petersburgo con una misión diplomática– andan poco más o menos lo mismo que nosotros, y eso que nuestros vicios están tapados por nuestros defectos; en cambio, en Rusia, se advierte el exceso del pesimismo que modifica el exceso de la corrupción y de la flojedad morales.» Inglaterra, en cambio, la llena de admiración. «Me gustaría más ser el último miembro de la Cámara de los Comunes que Rey de Prusia.» «Solamente la gloria de Voltaire me consuela de no ser inglesa.» Cuando muere Luís XV, Julia dice a su amigo Morellet, de regreso de una excursión al campo:

– «¡Querido abate, vamos de mal en peor!»

El ministerio Turgot –ministerio de intelectuales– no la convence tampoco.

Teme por la suerte de Francia. Ante la honradez de los ministros, suspende su juicio pesimista. Los primeros conflictos sobre el encarecimiento de las subsistencias la llenan de terror. «Creo todo lo que temo –escribe– y pienso con espanto en el porvenir».

Con las desdichas de Francia comienzan las desdichas íntimas de la señorita de Lespinasse.

El amor ha sufrido una honda transformación de la primera a la segunda mitad del siglo XVIII. A la parodia sacrílega, a la profanación escandalosa del más puro y humano de todos los afectos –el de un hombre por una mujer, el de una mujer por un hombre– al regodeo grosero de los sentidos, a la satisfacción rápida de la vanidad, que se llaman amor en los reinados de Luís XIV y de Luís XV –Versalles, las amantes reales, las *liaisons* corrientes, tan pronto trazadas como deshechas– al libertinaje, al cinismo, suceden los sentimientos más opuestos. En el libro de la vizcondesa de Noailles, la seductora escritora contemporánea, titulado *El vie de la Princesse de Poix* (Calman Levy, París, 1912) se define perfectamente esta transformación. Se eleva la dignidad de la vida; a las tempestades suceden las devociones y amistades desinteresadas, un poco complejas, tal vez. Se crea algo así como un «nuevo matrimonio» más sincero que el legal, ya que este suele establecerse fuera de toda elección y de toda simpatía. La austera vizcondesa de Noailles añade literalmente:

«¡Dios mío! ¡Qué injustos somos con esta época! ¡Qué generosa, elevada y delicada es la sociedad distinguida! ¡Qué solidez en todas las amistades! ¡Qué respeto por la fe jurada hasta en las relaciones menos morales!»

Este cambio lo trae la literatura. La amistad dulce y tranquila de sensibilidad, un si es no es llorona y teñida de melancolía, la ternura confiada, forman el tono moral desde 1750 en adelante hasta la Revolución. El amor, que parecía una calentura reseca, se ha cambiado en un sentimiento sereno. Juan Jacobo se ha aliado con la naturaleza; Madame Staël comienza a racionalizar sus tardías inclinaciones de jamona desdeñosa y desdeñada; han aparecido *La nouvelie Héloise*, *Clarisse Harlowe*, *Sir Charles Grandisson*. Las mujeres que leen se han dado cata del vacío del amor sensible y pasajero; buscan lo ideal y lo eterno en las ansias del corazón; hay entonces un cambio de valores, que a lo largo de dos siglos de distancia, nos parece de una cursilería ñoña y de un romanticismo trasnochado. «La evolución –observa discretamente el marqués de Ségur– tal vez es más aparente que real; estamos ante una moda, ante un gesto, ante una elegancia, más bien que ante una metamorfosis interior».

Julia es la víctima del romanticismo roussoniano. Ardiente, impetuosa, entreviendo el abismo de la pasión, lo analiza hasta la médula y navega en el mar sin fondo de su amargura. Ama el amor por el amor mismo, por la necesidad de amar. «Para mí el amor es más necesario que el aire –exclama– pues no siento necesidad de vivir y sí la siento de amar». Y en las *Lettres inédites de Julia*, publicadas por Charles Henry hay una –14 Enero 1774– al Conde de Crillon que nos explica esta influencia de las letras sobre su espíritu. «¿Me creeréis loca, no? Pues leed una carta de Clarisa, una página de Juan Jacobo y entenderéis mi lengua. No es que yo hable la suya, pero habito en el mismo país y mi alma late al unísono con el corazón dolorido de Clarisa».

Así como la tisis fue la enfermedad elegante entre la primera aristocracia nuestra de la Restauración, así también no era de buen tono carecer de una tragedia personal en los años anteriores a la Revolución entre las personas bien, de la Francia de los primeros días del reinado del noble Luís XVI. A través de la convención artificiosa de la época, hay un alma realmente dolorida en Julia de Lespinasse. Está sobre su prosa caldeada la fealdad de su rostro, como pesa sobre los versos de Leopardi el fantasma de su joroba. Debajo de una aspiración literaria común a una ficción corriente, hay algo insaciable, inconquistable, oscuro, para el dominio del corazón de esta mujer. Julia ha de sufrir de veras y ha de llevar su dolor a las cartas más sobriamente trágicas que haya escrito mujer alguna sobre la tierra.

Hablemos ya del marqués de Mora. El Padre Luís Coloma nos da largas noticias de este personaje, entresacadas del archivo de la señora Duquesa de Villahermosa, heredera de ese marquesado. El marqués de Mora –hijo del conde de Fuentes– era un Pignatelli y Gonzaga, nacido en Zaragoza el 19 de Abril de 1744. El padre fue embajador de Fernando VI en la corte de Turín; el primogénito visitó Italia con el Conde. Su preceptor, el abate de la Garanne, un francés vivo y nervioso, era muy ducho y conocedor de la vida. Pepito Pignatelli habló y escribió prontamente el francés como su lengua de origen. A los doce años, Pepito se casó y recibió un título militar. Se casó con la hija del Conde de Fuentes, embajador a la sazón en Portugal –1756– con María Ignacia del Pilar, rica hembra si las hay, pues heredó toda la fortuna de su padre, evaluada en más de cuatrocientas mil libras anuales de renta, duquesa de Almazán y sosa, pazguata e insignificante la pobrecita. Lo mismo el matrimonio que el cargo militar de Pepito fueron puramente nominales y honorarios. La mujer *jouait encoré a la poupée*[309], y el marquesita es de suponer que a las cuatro esquinas, a la peonza, al trompo y a otros juegos de la edad. Pepito, a los veinte años, correteó a París sin María Ignacia.

Esta hembra pacata, ricachona y ducal, no se ve que influya cosa mayor en la vida del Marqués de Mora, pero el suegro, el Conde de Aranda, hace de su hijo político todo cuanto se le antoja. La influencia es, a la larga, beneficiosa en la vida del yerno. El Conde de Aranda se adelantó –ya lo sabéis– a su época; atento a los aires que soplaban del otro lado de los Pirineos, fue un gran ministro de Carlos III, progresivo, liberal, reformador, hombre en quien las palabras –como si no fuera político– se ajustaban a sus actos.

Aranda fue de embajador a París –1772–. Pepito marchó con el suegro; María Ignacia es tan insignificante, que de ella no hablan las crónicas para nada. Aparece Aranda en París como hombre grave, digno hidalgo, arrogante y misterioso. Pepito ama también el espíritu de Francia, y, sobre todo, las lindas damas de Francia. Aparece enseguida en todos los salones.

Y un día, Pepito hace cocos[310] a la célebre comedianta María Ladvenent, amada por el duque de Villahermosa. Los parientes se vienen a las manos. María muere arrepentida en Madrid –1 Abril de 1767– de sus escándalos, en plena lozanía de belleza y de ingenio. Pepito, finalmente, es presentado a la señorita Julia de Lespinasse...

III y último

El Marqués de Mora y Julia de Lespinasse se han conocido. En el mes de Diciembre de 1766, Julia escribe a una amiga suya: «Quiero hablaros de lo que me pasa, de una nueva amistad que me ha llegado a la cabeza y al corazón»... «Se trata de un hombre lleno de bondad y de alegría, que inspira confianza y amistad, de un carácter dulce y atractivo, al que me siento ligada con calor; de un espíritu firme, justo, lleno de recodos y de relámpagos. Un corazón... ¡Ah, qué corazón!... Este hombre responde a la idea que yo tengo de la perfección».

La romántica navega a velas extendidas. El héroe tiene forma mortal; Pepito es el príncipe soñado. Ni defectos, ni debilidades tiene. Pero tiene... mujer. ¡Pobre Julia de Lespinasse! «Esta

[309] Todavía jugaba a las muñecas.
[310] Hacer cocos: Halagar, hacer carantoñas, …

amistad –escribe al barón de Holbech– me llevará hasta el amor». Entre almas que se entienden –vivimos en el siglo XVIII y madame Staël anda escribiendo *Corina*– los lazos sociales son accidentales. No se trata –*¡nom de Diéu!*– de groseros apetitos, sino de anhelos de espíritus incomprendidos. Julia lucha, batalla, sufre, enferma; Pepito no sabe retirarse ni dejar de retirarse. Ha muerto María Ignacia... Los padres hacen que el Marqués vuelva a España; quieren casarle con una guapa y rica heredera, lejana parienta suya, Felicidad d'Egmont y Pignatelli.

Y no está el horno para bollos. Julia quiere a Mora y Mora quiere a Julia. El Marquesito marcha a España; se deshace la boda, o mejor dicho, Felicia casa con el hermano menor del Marqués, con Luisito Pignatelli. Da lo mismo; los millones quedan en la casa... En Madrid, Pepito frecuenta la casa de la duquesa de Huéscar, el salón de Olavide, todos aquellos sitios donde se rinde culto a Francia, a la Enciclopedia, a Diderot, a Juan Jacobo, al buen viejo de Ferney, el *apóstol* Voltaire. Se habla en voz baja en Madrid de ciertos proyectos de matrimonio entre Mora y la Duquesa de Huéscar; el suegro, conde de Fuentes, está furioso con su Pepito; la duquesa de Huéscar, madre de aquella famosa duquesita de Alba, María Cayetana –de la que tanto dió que hablar el pincel de Goya– no aportaría a la unión otra dote que su belleza y su talento. Aquellos rumores se acallan bien pronto. Estos rumores llegan a París y sobresaltan el corazón de Julia. A Mora le da el naipe por escribir unos folletos; compone, que sepamos, una elegía a la muerte de María Ladvenent y un poema cómico burlesco sobre las aventuras de un supuesto familiar suyo, el abate Casillón, pero las malas lenguas afirman que se trata de calaveradas auténticas de Pepito.

Al llegar el invierno, vuelve Mora a París a su hotel de la calle de la Universidad. Tiene el pobre chico una predisposición a la tuberculosis; tuberculosos han muerto algunos de sus ascendientes. Sus cartas son, a veces, irónicas y burlonas. El aristócrata español no se desespera vulgarmente como un cochero de punto. Pero la muerte le separará de Julia. Mora no cree en la vida de ultratumba, Julia tampoco y esa ausencia de fe, tan esencial en las almas enamoradas, les presta cierto estoicismo acerado y frío, como hoja de puñal. De tal modo se refleja la sensibilidad de Mora en Julia, que ella cae también enferma por una peregrina sugestión amorosa. De tal modo afectan a Julia las cartas de *La Nouvelle Héloise* que la hacen caer enferma, ¡No están mal las cartas de Eloísa! Es el estado del Marquesito el que inspira serios cuidados a la señorita de Lespinasse.

Y los dos, teñidos de romanticismo, teñidos de Rousseau, sintiéndose almas sublimes, obligados a rodar por las ruedas de la realidad, prorrumpen en apasionadas jaculatorias. No es un amor carnal; no es un amor humano tampoco. Julia –volvemos a repetirlo– es la víctima más insigne del romanticismo prerrevolucionario. «¡Qué grande es este amor! ¡Qué sublime! ¡Yo le respeto y venero como la virtud!»

A todas horas recuerda ella la fecha del conocimiento con Mora. Es una fecha que llega uno a saberse de memoria: «Hoy hace ocho años que me he retirado del mundo –escribe el 7 de Octubre de 1774–. Desde que amo ¡tengo un despego por el *éxito*!» Mora tiene veinticuatro años y Julia treinta y seis; no les preocupa la diferencia de edad para la *ménagerie* futura. Mora es arrogante y guapo; Julia, débil, flaca y fea. La extraordinaria sensibilidad de la señorita de Lespinasse, era, para el encendido español, la aurora de un día nuevo, la revelación del más sabroso misterio de la vida. Se aparta Pepito de sus estudios filosóficos, de sus lecturas; la gloria literaria y los incidentes diplomáticos le cansan. Julia ha perdido su ingenio, los hechizos de su *causerie*[311] penetrante y fina, el culto por la amistad. Viven el uno para el otro en esta grata libertad de París. Mora no sale apenas de casa de Julia. El burlón de Marmontel afirma «que más de una vez ha visto de rodillas a Pepe ante ella». «Tengo por vos un sentimiento dice Julia con su clarividencia psicológica que es el principio y lleva el germen de las demás virtudes: indulgencia, bondad, generosidad, confianza, abandono, abnegación de todo interés personal.» Y un día, Julia deja escapar de su pluma esta observación encantadora: «Me parece que tenéis toda suerte de derechos sobre los movimientos y sentimientos de mi alma. Os doy cuenta de todos mis pensamientos y no creo asegurarme de la propiedad de ellos hasta que no os los comunico.»

Así pasan los palomos el invierno y la primavera de 1768. Esta época tiene la magia del idilio y, ¡ay!, la brevedad del idilio también. Mora marcha a Ferney a saludar a Voltaire, «peregrinación» obligada de todos los liberales de la época. Julia proporciona a sus amigos una carta de D'Alembert, con esa crueldad inconsciente de los enamorados.

El pobre D'Alambert, que vive con Julia, aguanta sus desdenes en silencio, esperando días mejores. El abuelo acoge con entusiasmo a Pepito en su retiro delicioso. Mora marcha a Gine-

[311] Conversación.

bra. Las orillas del lago Léman, las agujas de la Catedral de San Pedro, los puentes, los cisnes, los castillos de las orillas del lago, exaltan su espíritu impresionable. Pepito marcha a España para renunciar su grado militar –es coronel– tornar a París y casarse con Julia.

En Madrid no se le admite la dimisión a Mora; anda en ello la familia, que no puede soportar a Julia de Lespinasse. Pero la hermana de Mora, María Manuela Pignatelli, se ha casado con el duque de Villa-hermosa. La ceremonia se verifica en casa del conde de Aranda; el marido, que estaba en París, dio sus poderes al señor Conde. Pepe acompaña a la flamante duquesita –tiene diez y seis años– a Francia. Cuatro carrozas y quince caballos empenachados forman el cortejo nupcial, María Manuela ve a su marido y el marqués de Mora a Julia de Lespinasse.

Otro periodo de exaltación romántica: «Soy amada –dirá Julia– como la imaginación no puede concebir. Todo es flojo y frío junto al sentimiento del señor de Mora. El llena mi vida; juzgad si yo debo llenar la suya.» Lo extraordinario del caso es que estas relaciones se mantienen casi ocultas en el mundo elegante de París. De su legitimidad, de su inocencia, no duda nadie, ni los padres de Pepe, y por eso mismo, se sienten doblemente preocupados. Un enredo se acaba y se paga con más o menos esplendidez; lazos de esta naturaleza ya es sabido que se fortalecen ante la hostilidad sorda o manifiesta.

La salud de Mora es harto precaria. Hay que sacarle del clima frío y húmedo de París. El regimiento de Pepe está de guarnición en Barcelona. Mora vuelve a España, se le nombra general de brigada a sus veintiséis años y se le da un cargo palaciego. La diplomacia paterna consiste en separarle de Julia. El 25 de Enero de 1771, el marqués comienza con los primeros vómitos de sangre, con las fiebres, con los desvanecimientos. Marcha a Valencia con Navarro, su médico, y dos amigos. A los dos meses de vivir en la luminosa ciudad levantina, Mora se reanima; tiene otro aspecto; recobra su alegría.

¿Y Julia? Julia pasa por las más crueles alternativas de esperanza y de espanto. Vive en perpetuo delirio. Tan pronto exaltada como abatida, la llegada del correo de España –dos veces por semana– la produce accesos convulsivos. Nos cuenta un amigo de Julia que las cartas de Julia tienen el movimiento y el calor de su conversación. Las de Mora son *negligées*.

Julia permanece callada en su salón, junto al fuego y dentro de su idea terrible, solitaria, única, aterradora: el Marqués morirá. El dolor de esta pobre mujer, sin los consuelos de la fe, sin la esperanza de un más allá, donde los espíritus tornan a encontrarse; sin esa resignación religiosa que nos hace callar, mirar a lo alto y bendecir el propio sufrir ante los más crueles latigazos de la adversidad, es tan triste como la muerte de Juan Jacobo o como la risa de conejo del castellano de Ferney. Mora escribe dos veces al día. Leed esta correspondencia. No tengo la osadía de extractarla. Mora quiere morir en París. «Burdeos, 23 Mayo, 1774. De viaje y casi muerto», dice la ante última carta del Marqués. Y la última: «Voy a veros; me muero. ¡Qué destino más espantoso! ¡Siento algo dulce, inefable! Muero por vos».

Muere Mora en Burdeos el 27 de Mayo, después de escribir estos renglones. El 2 de junio llega la noticia a la señorita da Lespinasse. Quiere envenenarse Julia; el conde de Guibert lo evita. Cae gravemente enferma; y sus cartas, desde entonces, están impregnadas de una tristeza dulce, mansa, infinita. Dos años justos sobrevive a Mora. El 23 de Mayo de 1776 tuvo lugar la inhumación de su cadáver en la iglesia de San Sulpicio.

Esta fue la autora de las cartas más bellas que se escribieron en el siglo XVIII; esta fue la señorita Julia de Lespinasse.

Epílogo

– Señor mío! –puede decirme el lector que haya tenido la paciencia de leer estos artículos– ¡Señor mío! En esos trabajos de usted sobre Julia de Lespinasse se han deslizado varias erratas de concepto, que está usted obligado a esclarecer.

– Desde luego; son erratas voluntarias, replicaré un poco mohíno.

– Alto ahí, señor cronista. Nos habla usted del conde de Guibert, de este Guibert que fue la pasión que llevó a la tumba a la señorita de Lespinasse. Luego nos habla usted de sus amores con el marqués de Mora... y no vuelve usted a acordarse para nada del señor Guibert. Además, yo sé que las cartas de Julia fueron publicadas por la condesa de Guibert, o dicho en plata, por la viuda del amante.

– Señor lector; espere un poco. El padre Coloma la emprende, en efecto, con la desdichada señorita de Lespinasse, llamándola mala hembra, amiga demasiado íntima de Fulano y de Zutano, asegurando que los Fuentes no quisieron jamás que el marqués de Mora hiciera un matrimonio indigno.

– Luego...

– Luego el padre Coloma demuestra con esas afirmaciones que no estudió la correspondencia de Julia y que, de buena fe sin duda, como los padres de la compañía hacen todas sus cosas, el jesuita español falló sin oír más que los alegatos de la Casa de Villahermosa.

– Bien; a lo del conde Guibert.

– A ello voy, lector impaciente. El conde de Guibert fue el amante –¡no!,– el amigo –¡no!, – de Julia de Lespinasse, fue el diablo que aprovechó un solo momento de debilidad de Julia, momento que acibaró toda su existencia, traición que ella consideraba cruelísima contra la memoria de su prometido, el pobre marqués de Mora.

– ¡Ya está usted cogido, señor cronista!

– ¡No; señor lector! Vivimos en 1770, en 1780, leemos a Rousseau, a Voltaire a Condorcet; llevan las damas pelucas empolvadas todavía; los clavicordios inician minués en las estancias claras; se recuerdan los gestos de la Pompadour, de la Du Barry. Las damiselas admiran el ingenio de los petimetres y de los currutacos; en las entrañas de la humanidad están germinando ideas y sensaciones nuevas. No es un pecado social –como no lo es tampoco hoy– el deleite físico, al menos para los hombres... que para las mujeres hay otra medida. Vivimos en París... Allá, en Ferney, en el silencio de un minucioso valle, cerca de Suiza, el abuelo Voltaire impone la moda moral, como años anteriores imponía los escotes la señora marquesa de Pompadour, y Julia...

– ¡Y Julia era de carne mortal!

– Como usted y como yo, lector; como todos. Y pecó una vez. ¡Sí! Algo obscurillo anda todo eso de su única caída con el Conde de Guibert. Lo que está bien claro es su dolor de haber pecado, lo que está bien claro es su remordimiento recordando al muerto, que no supo jamás la caída de la mujer adorada...

– ¡De modo que el Padre Coloma hace bien en indignarse!

– No; Dios no se indignó con la Magdalena. El Padre Coloma es bien indulgente con mujeres mucho peores que Julia; con aquella María Stuert, cuya leyenda se da de cachetes con su historia de hembra perversa y corrompida. El Padre Coloma tenía dos raseros para medir; uno para los plebeyos; otro para los aristócratas. Juzgando a Mora y a Villahermosa, no se acuerdan de los escándalos famosos de tan apreciables caballeros con la guapísima comediante María Ladvenent.

– De todos modos...

– De todos modos, lector, yo no quiero darte malos ratos. Te diría que prefiero el franco pecado a la hipocresía simulada. Te diría que, éticamente, moralmente, en las relaciones de amor, hemos adelantado poco desde los tiempos de Luis *Francia*, de los abates frívolos, de las fiestas de Versalles, de los empolvados peluquines y de los minués galantes.

Ayer las damas leían a Juan Jacobo; hoy las damas leen otras cosas harto peores. En Francia, psicologías de mozas alegres; en España, las aristócratas, a Trigo, Insúa, López de Haro, Ricardo León –otra forma de voluptuosidad, después de todo–.

– ¡Hombre; también Ricardo León!

– ¡También; ya lo creo! El estilo por el estilo, la forma, por la forma, es el enunciado de la lujuria estética. Sobre lo bonito, sobre lo elegante, sobre lo primoroso, está lo bueno.

– Y Julia...

– Y Julia fue buena. Porque pecó. Precisamente por eso. Una falta aislada no dice nada en una mujer. La segunda explica ya la primera. La tercera, explica, además, todas las posteriores.

Y Julia de Lespinasse conoció el arrepentimiento, que es la forma de inocencia que Dios reserva a los que amaron mucho.

– Moralista estáis, ¡señor filósofo!

– ¡Sí; hay días!...

El Adelanto[312] (27, 29, 30-10-1915 y 03-11-1915)
La Vanguardia (18-12-1915 y 07, 26-01-1916)

El reverendísimo señor Arzobispo de Tarragona

Conocí al señor López Peláez, hace once años, en Bolonia, cuando el simpático Pastor regresaba de su visita a Roma, en unión del entonces arzobispo de Burgos, cardenal Aguirre, ya

[312] Por su extensión, en *El Adelanto* este artículo se publicó en cuatro entregas; en *La Vanguardia* lo hizo en tres, quedando sin publicar, o al menos nosotros no lo hemos localizado, el Epílogo.

muerto, y del obispo de Burgo de Osma. La linda ciudad de los pórticos y de la terracota estaba preocupada con Murri, con la Liga Democrática Nacional, con el modernismo, con el surquismo y demás novedades de entonces. Fui a saludar a los prelados españoles al hotel donde se hospedaban en unión de mi querido amigo, el desgraciado rector del Colegio de San Clemente de los Españoles, de aquella ciudad, señor González Alonso. El cardenal, muy afectuoso, se mantuvo un poco reservón en nuestra plática, acaso porque ya hacía oposiciones a la Primada de Toledo o porque se había contagiado del ambiente de sus colegas en la Ciudad Eterna. El Prelado de Burgo de Osma, cuyo nombre he olvidado ya, no mostraba curiosidad alguna por las novedades de extranjis, acaso porque no habían turbado la tranquilidad de su diócesis; pero don Antolín estuvo con nosotros franco, abierto, risueño, optimista, alegre, llano, joven, se enteró de todo, lo husmeó todo y llevó a Jaca los aires de la ciudad de Gisosué Carducci y de Giovanni Pascoli.

Desde entonces he seguido con curiosidad, mejor dicho, con fervorosa simpatía las andanzas de este Quijote con mitra, báculo y pectoral. He celebrado sus campañas del Senado. Admiro su amor a los humildes y la independencia de su temple recto y varonil. Me alegró su ascenso a la suprema autoridad episcopal de la noble y ruda Cataluña. Sigo sus campañas de Prensa. Y hoy, ante la guerra...

Pues hoy, ante la guerra, el reverendísimo señor Arzobispo de Tarragona ha comprendido perfectamente sus deberes de Príncipe de la Iglesia y de Discípulo Humilde del Evangelio. Sabe que pelean nuevamente Mahoma y Fr. Martín, el monje lascivo, contra el Crucificado. Sabe que pelean la inteligencia contra la fuerza bruta, la iniciativa contra la organización, la masa contra la minoría, el espíritu, que es luz, contra la carne, que es tinieblas. Sabe los sueños que se esconden detrás de la mollera de un fatuo como Guillermo II, y no ha vacilado el buen Arzobispo. Por ser cristiano, se ha llamado amigo de Francia, y ha visitado sus campos gloriosos, sus pueblos destruidos por el plomo de la barbarie. Y ha bendecido sus *poilus*[313] y ha extendido su diestra ante las banderas santas de la dulce Francia.

Ha comprendido el buen Arzobispo. Francia, al redimirse, nos redime a todos. Y después del Calvario, y de la noche tenebrosa, y del llanto de las Marías, vendrá el sábado de gloria, que alejará de nuestro cerebro y de nuestro corazón las pesadillas más atroces.

Postdata.– Estos días he leído varios de los libros, opúsculos y folletos del señor López Peláez. Un discurso parlamentario sobre la represión de la mendicidad; la conferencia del Ateneo, del 4 del mes pasado, sobre el clericalismo en España; el *Elogio del obispo Grau*; su libro sobre *El presupuesto del clero*; los discursos pronunciados en el Senado siendo presidente del Consejo de Ministros el querido e inolvidable don José Canalejas; *El Derecho español en sus relaciones con la Iglesia*, y otras publicaciones que no recuerdo de memoria en este momento. Campea en todos los libros del señor Arzobispo un ingenio agudo y perspicaz. El estilo es jugoso y fresco; la idea, transparente y cristalina. Nuestro Arzobispo aliado ha realizado una muy provechosa y sólida labor cultural, que se lee con interés y casi siempre con agrado.

Iberia (16-03-1918)

Luis Bagaría

Y usted, querido Bagaría –pregunto al estupendo caricaturista en la cervecería de Álvarez– ¿por qué es aliado? Bagaría se sonríe, parte concienzudamente una quisquilla, se apodera del plato de percebes de Indalecio Prieto, da una chupada al cigarro, deja sitio a Luis Araquistáin y a Carlos Merino –el nieto de Sagasta– que quieren apiñarse en derredor del reducido velador y se abstrae meditando no sabemos en qué grandes problemas. ¿En qué pensará Bagaría?

Pero Bagaría no piensa en este momento: come. Sigue partiendo quisquillas, sigue partiendo percebes y recuerda entonces que le he preguntado algo. Y con su acento catalán característico responde lentamente:

[313] Peludo. Término utilizado para referirse a la infantería francesa durante la Primera Guerra Mundial.

– ¿Que por qué soy aliado? Pues mira, mira. Yo estoy con un inglés, con un francés, con un italiano, ¿eh? y son simpáticos. Son como yo, con los vicios míos y las cosas mías. Me entiendo con ellos, ¿no? Pues estoy con un alemán y él me aburre y yo le aburro. Y él está diciendo: ¡este tío me carga! ¡Y yo estoy demasiado bajito: ¡que le den dos duros!

La teoría antropomórfica de Bagaría, tan exacta y tan original, la traduce brillantemente con su lápiz. Esta incompatibilidad psicológica –viveza y rapidez en el latino, lentitud y grosería mental en el germano– la exterioriza el mejor y más grande de los caricaturistas con una puntita que no surge del casco sino de la cabeza misma, horadando el cuero cabelludo de los súbditos de Guillermo. Hombres vanos, gordos, ruidosos, inflados, Bagaría ha ilustrado su teoría haciendo rabiar a todos los sapos del concierto imperialista. Dibuja un oficial gordo el hombre; sus brazos son aspas de molino; calabaza salmantina su testa; el sable, endiabladamente, se le enreda entre las piernas; la barriga es un depósito de salchicha muniquesa. Y Bagaría comenta: «Él solo vale ocho catedrales, diez hospitales, cien escuelas públicas.» Y otro día se siente bíblico.

Y piensa Bagaría en la tentación alemana del paraíso terrenal. Dos teutones, macho y hembra, gorditos, desnudos, mantecosos, se contemplan babosamente, con miradas de balada nacional. Las ramas de los árboles son salchichas; del plato pende otra mayor. Y la carcajada es inevitable.

En Bagaría, como en todos los artistas que lo son de veras, la intención artística es inconsciente. Hace arte sin quererlo y a pesar de sí mismo. Se diría que la mano lleva ya su conciencia artística al trazar sus líneas, independientemente del cerebro y del pensamiento del autor. Hay algo de infantil, y de primitivo, y de ingenuo, en las líneas de Bagaría. No se parece nunca a nadie Bagaría en sus grandes aciertos y en sus grandes errores. Casi siempre se burla del lector, y, sobre todo, de sí mismo. Recuerdo una estupenda caricatura de Sánchez Guerra, del mes de agosto, publicada en *España*. Era un cadáver pútrido el ministro idóneo. Un obispo con báculo, un burgués gordo, corrían aterrorizados detrás de unos árboles de pura flora bagariana. Dato sonríe con su mirada triste de carnero degollado. Dos perritos con tricornio miraban insistentemente. Aquello era el único comentario a la realidad, que podía ocurrírsele a un hombre genial.

Porque lo menos que podemos llamar a Bagaría es genial. En estos momentos trágicos de guerra fuera y de guerra dentro, las inquietudes barren los cerebros pobres y las conciencias artísticas a ras de tierra, y afirman y robustecen los verdaderos y grandes temperamentos. En la caricatura, que yo sepa, solamente se han salvado Bagaría y *Apa* de la ola de memez que nos ahoga. Dejando a *Apa* para otro día, digamos hoy que Luis Bagaría es el único glosador fuerte que el momento espiritual, preñado de tempestades, tiene en Madrid. Sus caricaturas de *España* y las que hoy está dibujando para *El Sol*, son tan conocidas y celebradas, que no es menester de citarlas.

– Amigo Bagaría: tengo que hablar de usted.

– ¿Dónde, Sánchez Rojas?

– En IBERIA. Y como no es cosa de pedirle a usted un retrato, necesito, pero pronto, en seguida, una autocaricatura.

– Bueno, hombre: la tendrá usted.

Y horas después, Bagaría me sorprende con esta maravillosa sátira de sí mismo. Las intenciones de Bagaría son siempre tan recónditas que podemos substituirlas con aquellas otras que mejor nos cuadren. Pero la florecita que acaricia Bagaría con su mano izquierda me desconcierta un poco. ¡Oh, temible fuerza del símbolo!

Porque ocurre una cosa peregrina: Bagaría, además de un formidable dibujante, es un teórico del dibujo, aunque Pío Baroja, *Juan de la Encina* y otros espíritus comidos por el intelectualismo se atrevan a negarlo. De modo que la florecita su razón tendrá. Y Bagaría vive preocupado. Él dibuja maravillosamente; él recuerda como afirma Huber, a los grandes artistas japoneses, y se empeñan en negarle personalidad para mantener sus convicciones estéticas. Y Bagaría responde, medio en broma, medio en serio:

– Yo dibujo y yo no sé nada de dibujo, según éstos. Es demasiado fuerte, ¿no? Y ellos charlan, y charlan, y hablan de cosas raras, y con la pluma en la mano son una calamidad.

Resucitada la vieja cuestión de los artistas y de los críticos, de los Croce, de los Carducci, yo estimo que los poetas tienen razón. O lo que es igual, que Bagaría está en lo firme.

Iberia (21-12-1918)

La cátedra de Dorado

«…se colocará una lápida con la siguiente inscripción, en una de las aulas de la Universidad:
«En esta cátedra explicó sus lecciones el maestro Dorado Montero»
(Telegrama de *El Sol*)

La cátedra de Dorado era silenciosa y oscura; cobraba su luz de uno de los ventanales rasgados de la fachada plateresca de la Escuela.

Tenía su pupitre frailuno, su viejo aire del siglo XVI, sus estrados graves y doctorales y sus bancos incómodos y sucios.

En nuestros tiempos se modernizó un poquito.

Dorado no se sentaba jamás en el púlpito, y entonces se improvisó un sillón, presidiendo una mesita camillera, con faldas, para proteger el calorcillo que irradiaba de un brasero. Pero el sillón permanecía siempre vacío, porque Dorado, inquieto, nervioso, andaba de un lado para otro, sin sentarse jamás.

Y así el sillón, como la badila, eran siempre del primer ocupante, y aquella cátedra –cuyos muros, jirones de los sueños de nuestra adolescencia– tenía todo el aspecto de una reunión amigable y familiar.

Una lápida de mármol dirá a los estudiantes venideros dónde explicó sus lecciones de Derecho Penal D. Pedro Dorado. Pero no les dirá cómo las explicaba, ni sabrán tampoco qué ausencia de pedantería, qué calor de emoción y de amor a la verdad, qué raudales de frescura y de mocedad atesoraba la palabra viva, tajante, inconexa, recia y personalísima del querido profesor muerto.

A las nueve de la mañana, cuando el címbalo de la Catedral trenzaba las últimas notas de su melopea. Dorado llegaba, puntualísimo, a su clase.

Sin abrigo, con las orejas amoratadas, a priesa, el profesor penetraba en su clase. Y detrás de él, apurando el cigarrillo, tumultuosamente, nosotros, los escolares.

Nada de listas. Ni de monólogos necios, ni de «explicaciones» a la vieja usanza.

Diálogo rápido, desprovisto de afeites retóricos, cuajado de gracia y de naturalidad. El derecho se trocaba de esta suerte, en algo vivo y personal para nosotros. Los principios no eran intangibles, ni eternos; ocultaban siempre intereses y anhelos de la humanidad en lucha; no brotaban de la montaña, sino del llano. Eran la expresión de la casta dominante y el azote de los oprimidos e impotentes. La ley era siempre coactiva. El que llamaban «positivista», el que motejaban de ateo los de la acera de enfrente, era lisa y llanamente un místico, encendido y abrasado por la inquietud de una justicia más humana y más piadosa.

¡Mariposa, que se quemaba con las llamas, el espíritu de Dorado hollaba todos los senderos, y se coreaba con todos los irentos[314], y lloraba con todos los dolores, y se solazaban con todos los deleites del pensar!

¡Qué niño nos parecía entonces don Pedro Dorado! ¡Y qué hombre, qué hondamente hombre, aquel sabio, terror de las patronas y de los escolares trashumantes que invernaban al llegar al curso aquel en Valladolid o en Compostela, y de los catedráticos que nos manchaban el caletre con el polvo de los escombros de una dialéctica manida!

¡Ay, la clase de Derecho penal! Era descanso de la mente, alivio de la memoria, deleite de los sentidos, confidencia de los veinte años y preparación para la reja.

Dorado pensaba ante nosotros en alta voz. Y se rectificaba. Y daba a sus querellas y a sus presentimientos rienda suelta a las veces, y las veces las ponía freno.

Pero nosotros, los muchachos, oteábamos, encaramados en el maestro, nuevos paisajes mentales que tenían luz de Mediodía y frescura de recencio matinal, y los bosques umbrosos, y sotos altos, que también ollamos, para divisar horizontes lejanos, muchos horizontes.

Y la curiosidad nos daba conciencia de nuestra limitación. Y nuestras ganas de saber, noción exacta y dolorosa de lo que no sabíamos.

[314] Así en el original. seguramente por "vientos"

Dorado, crítico, polemista, escudriñador incansable del misterio, estaba trabajado, desde su mocedad en Bolonia, por un negro pesimismo que se acentuaba a medida que disciplinaba su inteligencia.

Me recordaba esos médicos enfermos de una dolencia incurable que estudian a través de sí mismos.

Dorado trabajaba, acaso, con el refinamiento ascético de sufrir más y más las torturas inacabables de su mente excelsa y de su corazón delicado. Lo que parecería una conclusión en su proceso mental, era sencillamente un grito y una queja. Sin confesarse con nosotros, se confesaba con nosotros a diario. Objetivo, impersonal, hasta esquivo y huraño con sus propios afanes, aprendíamos a leer en él, y su curso se componía de páginas de un diario íntimo, que todos sabíamos, al cabo de unos meses, leer con desembarazo y de corrido.

¡Pobre Dorado Montero! Su nombre quedará grabado en una lápida de mármol, pero su espíritu ¿dónde quedará grabado? ¿Qué mozo recogerá su pudor mental, su dolor encogido y angustioso, su odio a la farándula, su amor ardiente, impetuoso, por la verdad, que fue siempre su esposa y nunca, nunca, su querida?

¿Quién libertará los estudiantes venideros de Derecho del apestoso abogadismo que les corroe? ¿Quién les enseñará que el pensamiento, en siendo libre, es mozo, y efusivo, y generoso, y bueno, y tolerante, porque todo lo comprende y todo lo ignora a la vez?

Yo pondría en la lápida del maestro un verso, un solo verso de aquel su poeta favorito, Giacomo Leopardi, que él recitaba a todas horas y siempre que nos recordaba sus paseos de escolar, allá por las laderas boloñesas de San Michele in Bosco:

Il naufragar m'è dolce in questo mare
«Me es dulce naufragar en este mar»

Porque en aquellas olas del mar de la verdad –supremo consuelo y dolor supremo– naufragó verdaderamente el espíritu castellanísimo y recio de Pedro Dorado Montero. ¡Dios bendiga siempre su memoria!

El Adelanto (07-04-1919)

Coplas de pie quebrado

Don Rodrigo Manrique

¿Quién es D. Rodrigo, el maestre de Santiago, padre de nuestro Jorge? ¿Cómo vive?, ¿qué hace D. Rodrigo Manrique en su casa solariega de Carrión de los Condes?

Hernando del Pulgar, el delicioso cronista y biógrafo, nos ha dejado una estupenda agua fuerte del señor conde de Paredes de Nava, maestre de Santiago, e hijo grande de D. Pedro Manrique, adelantado mayor del reino de León. D. Rodrigo es de mediana estatura y bien proporcionado "en la compostura de los miembros". Tiene la nariz un poco larga. Desde niño, "en los actos que facía en su menor edad", parecía ya inclinado a la noble profesión de la Caballería. En la Encomienda de Segura –ya caballero de Santiago–, D. Rodrigo "fizo muchas entradas en tierra de moros". Hernando del Pulgar elogia dos excelsas cualidades del maestre. Es prudente y es fuerte. Su prudencia asiéntase, acaso, en su sagacidad, porque es hombre que conoce muchas personas, y cosas, y lugares. Y es fuerte D. Rodrigo, "no por aquellas vías en que se muestran fuertes los que, fingida e no verdaderamente, lo son", sino así bien por su buena composición natural y por lo mucho y diestramente que ejercita la virtud de la fortaleza.

Y es osado y es hablador D. Rodrigo. Mas su osadía es de calidad, porque ni ama los peligros ni los rehúye. Ningún trabajo de guerra sorprende a D. Rodrigo ni a los suyos. Le placen los criados decididos y valientes. En su casa no se hace ningún acto de nobleza, contrario al oficio de las armas. En las batallas es el primero que hiere al enemigo, y es tan arrojado y valiente el señor conde, que sus servidores, al verle, "cobran osadía de pelear". En el reino de Granada espanta a los moros en gran manera el nombre del maestre; y es hablador nuestro amigo, y habla muy bien, y se deleita en centrar casos de amor y de guerra en los estrados de su casona, aquí en Carrión, cuando soplan los primeros fríos en esta terrible paramera palentina.

No hemos acabado –todavía– de trazar la silueta del padre mejor llorado por hijo alguno en lengua castellana. D. Rodrigo es amigo de campo y conocedor de sus dolores ocultos; en Paredes de Nava, en Carrión de los Condes, en Saldaña, es dueño de grandes propiedades, y los colonos

le aman y le reverencian como a un buen señor. Es muy liberal y muy dadivoso el señor conde; los pobres que llaman en su puerta tornan todos satisfechos y agradecidos. Y es un poco tufiñas, en fin, el señor D. Rodrigo Manrique. "No podía sufrir cosa que le paresciese no sufridera –concluye Hernando del Pulgar–, e desta condición se le siguieron grandes peligros e molestias."

Y el hijo, nuestro Jorge, se queda sin este padre prudente, fuerte, campesino, liberal, hablador y un poco cascarrabias. ¡Y como duele el acabamiento de la vida de aquel que nos dio la suya en un momento de amor y de juventud!

Ha muerto el padre de Jorge Manrique. Su dolor –nosotros lo sabemos muy bien– no es desgarrador, sino suave y templado, dolor que se sustenta de pensamientos buenos y afanes, de anhelos de inquietudes para continuar la vida de un corazón que ha cesado de latir. Ante los ojos cerrados de un padre muerto, de un buen padre, aprendemos por primera vez una santa y terrible verdad; los padres viven en nosotros, como en nosotros vivirán nuestros hijos; somos consecuencia de lo que pasa, pero somos a la vez –¡oh dulce consuelo del dolor!– causa viva de lo venidero y juramos no interrumpir nunca esta cadena de la noble y fecunda tradición familiar humana.

Releemos, en Palencia, patria de Jorge y de Rodrigo, las eternas coplas del sereno y reposado poeta carrionés, en horas de calma y de alegría:

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando…"

¡Tan callando, sí…! Pero ¿qué importa la muerte si nuestros pensamientos han de retoñar, algún día, no sabemos cuándo, en carne que es nuestra carne y en corazones que nosotros engendramos en una hora de amor y de sacrificio?

El Sol (06-10-1919)

La muñeca de "Bon"

«Bon», el delicioso dibujante catalán, que con Luisito Bagaría comparte el trono de la caricatura española, es un queridísimo, es un fraternal amigo mío. Más que amigo, «Bon» es como hermano. Juntos abandonamos Madrid los domingos en busca de soledad por las anchas plazas de Ávila, las pinas calles de Toledo o los jardines de Aranjuez; juntos pasamos los ratos libres que nos consienten su lápiz y mi pluma: juntos soñamos proyectos así que tenemos uno de esos tres billetes de mil pesetas que circulan por España. Los otros dos ya ha averiguado «Bon» que están uno en poder del conde de Romanones y el otro en los sótanos del Banco. El que circula entre todos los españoles ya ha descubierto también «Bon» que no suele visitar ninguna cartera arriba de dos o tres veces al año.

Anoche –uno de estos domingos tediosos de Madrid, con lluvia y horteras, que nos hemos quedado sin salir– me citó «Bon» en el trozo de la calle de Alcalá comprendido entre la Academia de San Fernando y la Puerta del Sol. Fui puntual a la cita y me costó Dios y ayuda arrancar a mi amigo de aquel sitio. El paseo modistil estaba en su mayor apogeo. «Bon», amigo de las modistas, de todos los modelos, de todas las mecanógrafas, hasta de las cuarenta mil peripatéticas que circulan por aquella acera, decía, en aquella hora, sus madrigales más exquisitos a las muchachas. Y después de citarse con una Charito a las once, con una María en Maxim's; con una Lola en Fornos y con una cocinera de buena casa en el Colonial, emparejó conmigo.

– ¿Qué querías, tú?

– ¡Oh, que tuve una idea genial y por eso te he escrito! He tenido una idea genial, la de cenar juntos, y para eso te he llamado.

Y husmeando los menús de todos los cafés, comentaba las delicias de cada bocado, repleto de glotonería.

– ¡Chico, me apetece todo esta noche! Lo que me preocupa es el sitio. Quiero un sitio castizo, popular.

– ¿Vamos a casa de Santiago, el segoviano?

– ¡No!
– ¡A la Sevillana!
– ¡No! A un sitio que yo no conozca. Di tú…
– ¿Al café del Avapies?
– ¿Dónde cae?
– No sé, pero sé ir. En el riñón del Madrid popular y castizo.
– ¡Un coche, y andando!

Llegamos al café del Avapiés.... Chulillas, novios, parejas equívocas, tipos de merchantes, de dueños de casas de préstamos, horteras con toda la quincallería en el chaleco y toda la petulancia en la figura. «Bon», amiga inmediatamente con unas preciosas muchachitas, a las que ofrecemos aceitunas y salchichón. Los horteras le miran fieramente. «Bon», que se ha dado cuenta, les increpa:

– ¿Son ustedes los papás?
– ¡Caballero!
– Pues si no lo son, ni son novios tampoco, porque las chicas estas tienen gusto... ¡miren ustedes para el mostrador!

«Bon» hace una mueca de pillo de playa y sonríe. Las chicas no aceptan más que una taza de café, pero tiene «Bon» pretexto para pegar la hebra toda la noche. Y dibuja a las chicas, y las regala caricaturas y apuntes, que son una verdadera maravilla.

Se habla de la muñeca del «Heraldo». «Bon», como sabéis, es el dibujante, el caricaturista, o como rezan sus tarjetas, el repórter artístico del querido diario de la noche. Sus figuras del «todo Madrid» han sido reídas y celebradas este invierno. La de Paco Avial era un asombro, la de Cristino Martos pudo costarle un duelo a José Pérez Bances... Si he de deciros que «Bon» quiere hacer dos caricaturas de dos salmantinos: de Emilio de Zúñiga, querido amigo de los dos, y de Juan Mirat, a quien le presenté una noche, y del que hubo de decirme que vio en seguida su «rasgo».

Hablamos de los muñecos. «Bon» pide una botella, una servilleta y una manzana roja. En la manzana traza unas rayas y unos puntos: nada más. Y reviste luego la botella, corta, raja, adereza... Y ya está. La muñeca de «Bon» acaba de nacer...

Al día siguiente, «Bon», con estos ingredientes, presenta su muñeca al «Heraldo» fuera de concurso. En los escaparates de París-Madrid, no hay muchacha que no ría con la muñeca de «Bon».

Y yo os cuento a vosotros como ha nacido esta muñeca, anoche domingo, en el café del Avapiés, mientras su padre nos describía a unas chulillas y a mí una procesión del Santo Entierro, de Tarragona, que presenciaremos el próximo viernes santo si uno de los billetes que circulan por España vuelven a visitar temporalmente –¡muy temporalmente!– nuestros bolsillos.

El Adelanto (07-12-1924)

En Villa Rosa (I)[315]

La señá Rita.

La señá Rita, Rita Ortega, la gitana, hermana de José, el famoso banderillero del Guerra y hermana también de la señá Gabriela, madre de los Gallos, es una mujer ancha, cuarentona, de vivos y grandes ojazos verdes y de faz cetrina y aceitunada. Más que oriunda de Egipto esta gitana, parece transportada de la India. Bate las palmas con una graciosa cadencia; habla breve y sentenciosamente y canta las soleares, las bulerías, con una voz bronca y con un dejo religioso de ofrenda y de fatalidad. Diríase que oficia y que reza la señá Rita cuando canta. Todas las tristezas milenarias de su raza han dejado un hondo surco en el espíritu de esta mujer singular, que es toda expresión y toda ritmo.

Lo de menos es oír lo que canta para saber lo que dice. Hay que mirarla al semblante: Julio Romero de Torres se la come con los ojos, e Ignacio Sánchez Mejías, contemplándola, me dice con esa seriedad, tan llana y tan española, que es patrimonio común de los toreros valientes y de sangre:

[315] Antiguo tablao flamenco madrileño situado en la calle Núñez de Arce, esquina al callejón de Álvarez Gato.

– ¡Esta Rita es más seria que la Biblia, tú! Y la señá Rita pone los ojos en blanco y contrae los músculos de la boca en un rictus de espasmo, pero también de sacrificio. Al darse entera en el cantar, recibe en holocausto otro corazón que posee por completo. Amor, muerte, voluptuosidad, son términos equivalentes, cuyo sentido se comprende, allá en lo íntimo de las entrañas de la conciencia. ¡Destino misterioso el de estas tribus gitanas, hijas de Reyes, hijas de Faraones! Donde dicen dolor dicen también placer, y cuando evocan el amor, están pensando en la muerte...

La señá Rita acaba de bailar. Sus ojos de pantera herida ya se humanizan y sonríen... La señá Rita, que, cantando y bailando, ha perdido la noción del tiempo y del espacio, acoge nuestras palmas con un gesto de reina, y nos impone silencio para seguir oyendo las carceleras que ahora dice Rosalía.

Rosalía.

Rosalía, la gitanilla cobriza, se ha sentado, como un perrito faldero, a los pies de Romero de Torres y a los míos. Marujilla la sevillana, la hija de José Ortega y prima de los Gallos, acaricia suavemente su pelambrera revuelta y limpia el sudor de su frente morena, Y se ha levantado de un salto como un gato. Y en actitud de reto, poniendo los ojos en blanco y los brazos carnosos en jarra, ha dicho sencillamente:

– ¡Por uztez!

Perico, «El Niño de los Lunares», no tañe la guitarra. Son las gitanillas las que llevan el compás del martinete, el compás de la carcelera, que es el compás de los herreros cuando martillan en el yunque, ritmo lento y gracioso que es también confidencial e íntimo. A la vez canta y gesticula Rosalía. Sus ojos, negros, fosforecen ahora en la penumbra con toda suerte de matices; sus brazos se mueven en el vacío como buscando un cuello amigo, que no encuentra, para descansar en él.

Y comienza la larga relación del amor trágico que acaba en la reja del presidio. Las palmas, que llevan las gitanas, tienen el sonido fúnebre de la cadena que acompaña al reo, tal vez «amarrado en blanca»[316]; el peso de su tristeza al pensar en la chavala que apuñaló, es de tal linaje que no hay consuelo para él.

Rosalía gime, llora, suspira, cantando el martinete. Las gitanas jalean en plena zambra y en pleno frenesí. ¡Olé, olé, olé, ya; olé, olé, olé, ya! Asistimos a un rito milenario cuyo sentido se nos escapa. Todas bailan ahora. Son bayaderas sagradas que danzan ante un Dios ignoto, ofreciéndole todas las penas de amor para que no descargue su ira sobre la raza trashumante.

Marujilla.

Marujilla –ya conocéis su abolengo– No es una gitana pura, sino de mezcla. El «pare», gitano; paya la «mare», y ella es una sevillanita de melena, ojos negros y reidores, labios rojos, boquita de piñón y melena de divette[317]. Viste una blusa de seda negra y ríe como un pilluelo. La hemos prestado la gorra con la que acaba de tocarse la cabecita. Romero le ha colocado un pañolito rojo al cuello, y ahora es la deliciosa amiga de un «apache»[318] de Montmartre.

– ¿Estoy así bien, mi arma?

La decimos que sí. La mimamos, festejamos y regalamos con cigarrillos turcos y con copitas de champaña con frutas. Se arregla la melenita, marca un fandanguillo, y con voz mimosa y de cristal, canta Marujilla.

Catalina María Mázquez,
cómo haz tenido valor
cazándote con Juan Lucaz
¡etando en el mundo yo!
Catalina María Mázquez.

Marujilla tira la gorra al aire, que recoge Ignacio, contra el que va disparado el proyectil, con una agilidad asombrosa, Cañero chicolea a las gitanas; Ortiz de Zárate ronca; Chacón el maestro, don Antonio el maestro –que acompañaba a don Alfonso XII a Tamames y a Sexto en las famosas juergas de Fornos– felicita a Mariquilla.

[316] En la jerga carcelaria, estar sujeto a la pared por una cadena muy corta.
[317] Cantante de café-concierto, corista.
[318] En el argot francés, malhechor, que vive al margen de la ley.

– ¿Bailo bien, mi arma?

Y cuando voy a decirle que mejor que los ángeles del cielo, «El Niño de los Lunares» preludia unas granadinas y don Antonio se dispone a decirnos toda su fe en la Virgen morena y granadina de las Angustias, allá junto al Albaicín, cuando florecen los claveles en las rejas de las mocitas –siempre novias– y ríe Sierra Nevada, rellena de blancura y de pureza, y canta el Darro una canción moruna, que llena el corazón de escalofríos…

El Adelanto (19-12-1924)

En Villa-Rosa (II)

Don Antonio.

Don Antonio ha requerido el auxilio de la cachava para llevar el compás, golpeándola contra el suelo... Las gitanas iban cesado de batir palmas... Del cante jondo puro pasamos al cante flamenco; de los martinetes y carceleras, a las granadinas. Y don Antonio dice todo su amor a Granada en la famosa copla:

Viva Graná, que es mi tierra,

y el canto tiene en su voz temblona y emocionada, todos los matices, todos los colores del Albaicín en primavera, contemplado desde la Torre de la Vela.

Este don Antonio, sesentón, ya viejo y calvo, pero siempre de noble y aristocrática presencia, es el último gran vestigio que nos queda de la restauración saguntina. Evoca en nosotros las numerosas noches de Fornos, el callejón del tío Lucas, en lo que es hoy calle de Sevilla; Julio Burell y don José Canalejas, en el apogeo de su mocedad; Cánovas, haciendo las delicias de las señoras; Angelita Medinaceli, reuniendo en su caserón a los artistas; Sagasta, con su tupé y don Francisco Pí y Margall, del brazo de su mujer –los dos ancianos, modestos y sencillos– paseando a pie por Recoletos y la Castellana. Y más concretamente recuerda don Antonio, con su maestro Juan Ruiz, a su gran amigo don Alfonso XII. A don Alfonso XII y a la linda doña Mercedes, su prima, pelando con él la pava en una reja de Sevilla, y la casita del labrador de Aranjuez, y los triunfos de Elena Sanz, y las desgraciadas excursiones cinegéticas de Romero Girón. El mundo de nuestros padres que dividían el mundo en dos mitades –Frascuelo y Lagartijo, Cánovas y Sagasta, Salmerón y Pí, Calvo y Vico, Valera y Alarcón– más humano, más español, más madrileño que el actual de tanguistas, de «chauffeur», de motos y de taxis, de tés en Molinero y de souper-tangos en Maxim's.

Don Antonio dice luego su Copla, su mejor copla:

Rosa, si no te cogí,
fue porque no me dio gana,
al pie de un rosal dormí
y rosas tuve por cama,
por cabecera un jazmín.

Sentimos, al oírle, el remoto perfume de aquellos jazmines que orearon, de mozos, nuestro corazón, y que dejamos por unas flores de trapo, marchitas y envenenadas, que rompieron el ritmo de nuestros latidos, hasta que llegue otra primavera en que vuelvan a florecer...

Cepero

Cepero que tiene cara de clown, mofletes abultados y rojizos, frente ancha y noble, cabellos azulados de puro negros y labios gordezuelos y sensuales es el último juglar flamenco que nos queda. Cepero improvisa, inventa los versos a medida que los va cantando. Son versos asmantados, de órgano, de guitarra, versos de amores, y de celos, y de olvido. Y la guitarra, al acompañarle, suspira y rabia, y llora, y ríe, y canta, y calla con él.

«El niño de los lunares», que sabe tañerla diestramente, la trata como a una mujer en cuyo corazón no hemos entrado por completo y de cuyo amor recelamos demasiado. Y la pega, y la acaricia, y la mima, y la castiga, cuando Cepero mal va cantando las confidencias de su amoroso sentir.

Un amoroso sentir el suyo, bravío, montaraz, sin convencionalismos. La sombra de la madre, única mujer que lo olvida todo y que nos perdona siempre, sirve a la musa de Cepero de contraste.

Por una vez, Cepero dice una copla que no es suya, la copla de Manolo Machado, el querido poeta sevillano que se vio en Sevilla con su hermano Antonio, en un patio que tenía limoneros y que perfumaban las flores de azahar:

Tu caye ya no es tu caye,
que es una caye cualquiera,
camino de cualquier parte.

¡Camino de cualquier parte la calle de ella, al cabo de los años!... ¿Quién lo diría? Calle que nos lleva a todas partes, calle de paso, calle de todos y que perdió su encanto de ser aquella que cruzábamos por hábito, esperanzados y temerosos a la vez. Cepero nos ha hecho sentir toda la honda amargura de la copla de Manolo, y en los ojos de Rosalía tiemblan dos lágrimas, que dejan un surco de quemadura al descender lentamente por sus mejillas.

El Adelanto (27-12-1924)

Antoñito Casero[319]

En la plaza de Bilbao, al salir del Metro, entreveo una pañosa, un hongo, un rostro mofletudo, rojo y sonriente, una «andatura»[320] marchosa y madrileña: es Antoñito Casero, medio charro, medio madrileño. Dialogamos breves momentos

– Antoñito, tengo que hablarle.

– ¿De la velada de Bretón? Ya he comenzado a trabajar.

– Es que me escribe «El Timbalero» y me ruega que le diga a usted que prepare un diálogo representable entre una charra y una madrileña hablando de Bretón.

– Se hará y salude al «Timbalero».

– Pero tiene que hacerlo enseguida, Antonio

– ¡Sí, enseguida! Venga por el «Heraldo» alguna tarde. Allí me recoge y nos pondremos de acuerdo. ¿Qué hay?

– ¡Nada! Este catarro que no me deja vivir. Voy a refugiarme a Maravillas.

– ¡Pero allí, con tanta chica guapa, corre usted el peligro de asfixia!

– ¡Quiá! Estoy curado de espantos... Voy, modestamente, a sacar de aquel antro a Luis Esteso, para divagar un rato juntos.

– ¿Sigue allí Luis?

– ¡Sigue! ¡Venga usted...!

– No me es posible. Me esperan en casa. Otro día será. Pero ese diálogo... –¿qué digo en ese diálogo?

– ¿Usted, hombre de la Cava Baja y de Embajadores, me lo pregunta a mí?

– Usted ¿qué va a hacer?

– ¡No lo sé aún! Tal vez una divagación sobre los pensamientos íntimos de Susana, revolviéndose en la cama la noche de la verbena sin dormir. Pero esta Susana ¡qué transformada está!

– ¡Mucho, Pepe! Hace ahora de tanguista y nadie la conoce. Estamos asistiendo a la desmadrileñización de este pueblo. Está tan remota en el tiempo una Chula como un miliciano.

El mantón de cuatro puntas desaparece. La melenita está reñida con la alta peineta. ¡Esto se va y es sensible!

Antoñito se emboza garbosamente la capa; hace un frío infernal. Al cobijo de un kiosko nos refugiamos para seguir hablando.

– ¡Qué ganas tengo –exclama– de pasar unas horas en Salamanca!

Y hablamos de Salamanca, El primero de nuestros recuerdos es para don Miguel, hoy flamante profesor de la Sorbona. Luego, Antonio, habla de dehesas, de ganaderos, de tientas, de los manchones de los encinares y de la paz de los campos.

– ¿Cuándo hacemos algo, usted y yo, sobre Salamanca?

Urdimos bellos proyectos para el porvenir. Él está de momento atrancado con encargos de Catalina Bárcena y de Lola Membrive; yo metiendo prisa al músico para otra cosa de Apolo,

[319] Antonio Casero Barranco, poeta popular madrileño, dramaturgo y colaborador del *Heraldo de Madrid*, cuya capa pañosa era su vestimenta habitual en invierno.

[320] En italiano, por *andadura*.

además de los quehaceres ingratos de la colaboración continua. Elenita Cánovas, que llega del teatro con un magnífico abrigo de pieles, corta el hilo de nuestras divagaciones. Antoñito y ella se apedrean con un diálogo lleno de ingenio y de picardía. La dejamos en el metro y retenemos en las nuestras su mano breve y enguantada.

– ¿Quedamos?

– En que «El Timbalero» y «El Adelanto», cuentan siempre conmigo. ¡Deles un abrazo...!

El Adelanto (30-12-1924)

En Villa-Rosa (III)

Para «El Timbalero»

Romero de Torres.

Podéis decir al maestro Julio que pinta mal; se sonreirá maliciosamente, os replicará al punto:

– ¡Ezo creo!

Pero si le decís que no entiende de cante jondo, que no es castizo, ni cañí, ni gitano, que no sabe marcarse por bulerías, ni por seguidillas, protestará ruidosamente, se enfadará con vosotros y acudirá al testimonio de la señá Rita, de Vicenta, de Rosana o de Maruja –nuestras amigas–que os dirán inmediatamente:

– ¡Aquí, don Julio, e mú gitano, pero que mú gitano, zeñó! ¡Y zabe un rato largo!

¡Vaya si sabe un rato largo nuestro querido Julio Romero de Torres de achaques de gitanería! Con las gitanillas forma Julio un grupo pintoresco. Sentado a horcajadas con Ignacio Sánchez Mejías y conmigo –Cañero está roncando plácidamente sobre dos sillas– las mujeres le miman, le sonríen, le acarician con la mirada. Pero Julio, oyendo a don Antonio religiosamente, no está ahora para galanteos.

– ¿Cuándo me pintaz, rezalao? – le dice Marujilla.

– ¡A cayá, nena, que etoy oyendo al Papa!

– ¿Me pintaraz? –insiste la prima de Pastora Imperio.

– ¡Zí, caya, zí!

Y Romero, ensimismado, absorto, marcando rítmicamente sus olés, saborea golosamente la voz robusta y plena, llena de color y de gracia, del gran amigo de Alfonso XII.

Julio es mi cicerone:

– ¿Az oído? Er cante jondo e lúnico zerio der mundo. Yo anduve por ahí en mi primero año con Flamenquiyo y Flamenquiya, ante de puntá. Chanelo un rato largo deztaz cozaz. Y ziempre la fataliá ze me interpuzo. Una ve me trajo a Córdoba una gitaniya pa pintala; me la mató er novio. Me pazó lo mimo, año dezpué con otra peque de Tánger. Aquí, en Madrid, cuando buzcaba chavaliyaz pa la muza gitana, otro novio ezaborío me zortaba un tiro a quemarropa. Yo zoy un fracazao pintando. Ar Viviyo, amigo mío, le quize hacé un retrato a cabayo, tomé con él una copa cerca de Córdoba, y cuando ya eztaba to lizto, se interpuzo la Guardia civí. Er Pacheco, otro bandío, me regaló er gargo que tu conoze.

Ignacio nos ofrece una copa de champaña:

– ¡Por ezo cuadro! –le dice a Julio.

– ¡Por ezo artículo! –me dice.

– ¡Por esos toros, maestro¡ –le replicamos.

Ignacio empieza que, con corazón, con un poco de corazón, no pasa nada y se queda bien siempre en los circos; todo es cuestión de arrimarse. Pero él daría todo su prestigio torero por un pincel, por una pluma estilográfica, o, simplemente, por ser un gran orador. Ignacio, antiguo estudiante de Medicina, no es el torero patoso, achulapado, que hable con tosquedad y se divierta con los señoritos analfabetos en la Venta de Eritaña; es el gran señor, fino e inteligente, amigo de los artistas, que oye con deleite una canción de Grieg, que lee un libro bonito, que saborea el perfume de una copla o que filosofa ante una zambra de gitanos.

Una pausa. Y las tres y media. Levantamos el campo de Villa-Rosa. Llegamos al Palace con botellas, con gitanas. El buen maitre se asusta. Romero y yo nos escabullimos. En la calle Echegaray, dos autos se detienen ante nosotros. Cañero con dos botellas no puede agredirnos. Ignacio, de gabardina, gorra y pañuelo al cuello, nos increpa:

– ¡Todoz dentro!

– ¡Pero si estas muchachas, Ignacio –le replico– están muertas! ¡Si quieren acostarse!

Son unas amigas nuestras, prudentitas y modosas, que tenían una gran curiosidad por presenciar una juerga gitana. Ignacio las ofrece galantemente el brazo. No hay modo de escapar.

Paseos en auto por la Castellana, por el Hipódromo, con las primeras luces del alba. Romero, en el fondo, tiene curiosidad de saber en qué parará todo aquello:

– ¡Vaya, me rezignaré! –me dice–. Y luego, a laz ocho, a laz diez, a laz doce, cuándo ezto acabe, que sabe Dió cómo acabará, un bañito de aguia tibia y a pintar un rato.

– ¿Sin dormir?

– ¡Zin dormir, amigo! ¡Azi e la vía! Tú también tendrá que ezcribí zin gana o con gana. Y la gente no yamará juerguizta. No zaben que eta coza que a lo zeñorito zacan de quicio, a nozotro no elevan er arma y no zirven dizpiración y de repozo.

Y dirigiéndose a Mariquilla, ya contento, Julio exclama:

– ¡Te pintaré, nena!

Y Mariquilla, loca de contento:

– ¡Gracia, mi vía!

El Adelanto (04-01-1925)
La Voz (30-09-1925)

Raquel Mussolini

Los periódicos fascistas de Italia, que son casi todos los periódicos, como si obedecieran a una consigna; comienzan a publicar bellas semblanzas de la esposa del presidente del Consejo, Benito Mussolini. Sabido es que las mujeres italianas, al casarse, pierden su apellido personal, adoptando el de sus maridos, y así Raquel Citlé se convierte sencillamente en Raquel Mussolini.

Las fotografías que yo conozco, la presentan con un sombrero ancho, con una sonrisa triste de mujer buena y apesadumbrada y con un sencillo boá. Al lado de su marido, vestido de gran jefe de las huestes fascistas, con la diestra extendida a la romana usanza, saludando a las muchedumbres, Raquel sonríe forzadamente... Y en otro retrato; que circula estos días profusamente por toda Italia, la esposa resignada no abandona su aire pacato y modesto, como si deseara escapar cuanto antes a la penumbra hogareña y al lado de sus bebés...

Los diarios exaltan, naturalmente, las cualidades de la hembra buena y abnegada. ¡He aquí una mujer singular! El marido, continuamente perseguido, acorralado como bestia feroz, no tiene tiempo, hasta cerca de los cuarenta años, de formalizar su idilio.

Un buen día en presencia de un párroco aldeano, ante unos emigrados, Mussolini se casa. No acaban las persecuciones por eso; Raquel, siempre inquieta, le espera con los brazos abiertos. Una amnistía general le permite volver a Italia y el marido saborea la vida hogareña durante unos días; pero un artículo violento le obliga a pasar de nuevo la frontera y a cenar una sardina con un coscurro de pan y un vaso de vino. Raquel espera siempre.

Y cuando llegan las horas de los entusiasmos populares, Raquel se aparta de la exhibición y no se confunde con esas ministras cursis que asaltan el Quirinal las noches cortesanas, goloseando con la mirada el palmito de la Reina Elena y mendigando una palabra real que les haga olvidar la prosa del libro mayor de los maridos.

Y los periódicos antifascistas, siempre galantes y respetuosos con las intimidades del hogar, evocan estos días la figura de esa mujer morenita, delgada, de ojos negros y expresivos, enlutada, que es la pobre viuda de Santiago Matteotti. La mujer habla del marido con un dolor vivo y lacerante que desgarra las entrañas:

– Santiago era muy bueno y jamás hablaba de política. Era mí sostén y el de los pequeños. Jugaba con nosotros a todas horas y era un perfecto niño.

¡Un perfecto niño, si, el terrible revolucionario, cuyo asesinato ha conmovido profundamente la conciencia civil de toda Europa! Sin saber por qué, las dos mujeres, la del dictador y la del revolucionario, despiertan en mi corazón la más viva simpatía. Raquel porque es discreta y porque tiene el aire de una muchacha bondadosa que no quiere marearse en las alturas; de Matteotti –la hermana de Titta Ruffo– porque la tragedia de Italia se ha reducido a desgarrar su corazón, ne-

cesitado del apoyo moral que era para ella el amor de aquel muchachote que se llamó Santiago Matteotti.

La Voz (21-01-1925)
El Pueblo (12-03-1925)
El Adelanto (18-01-1925)

En el aniversario de Lenin

Conocí a Lenin en Ginebra, en el mes de Agosto de 1908, cuando yo preparaba febrilmente la memoria sobre mis estudios de Derecho internacional, hechos en Italia y en Suiza. Vivía en la bohardilla de mi casa, Rue Lévrier, 3, al lado del palacio de la Posta. Apenas si contaba con otros recursos, el futuro czar [sic] rojo, que con los 150 ó 200 francos que le pagaba, mensualmente, por dos informaciones sobre política rusa, el sesudo y documentado «Journal de Géneve». Era un hombre seco, rudo y áspero, que apenas si llegaba entonces a los cuarenta años. Los ojos tenían un fulgor metálico que se desmayaba cuando los párpados, caídos y medio paralíticos, se cerraban; la frente era ancha y espaciosa, y las cejas densas y pobladas; el bigote, en sus extremos, tapaba celosamente ciertas taras que le habían salido en las comisuras de los labios. El perfil, francamente judío; la figura, desmedrada; la palabra, flexible y elocuente; los movimientos, vivos y nerviosos.

Me lo presentó una tarde en la Biblioteca de la Universidad, Moisés Berline Ivanoff, estudiante ruso de Letras, a quien había conocido en Bolonia, así corno a su hermana Vera, una preciosa rubia de hermosos ojos negros, doctora en Ciencias Químicas. Vladimiro, el publicista oscuro e ignorado de entonces, me habló de España, a la que conocía muy parcialmente, a través de los diarios franceses. Creía posible una revolución campesina en nuestro país, a base de la distribución de las tierras. Le regalé el Quijote, y una tarde, sentados en un banco de la isla de Rousseau, junto al lago Leman y junto a la desembocadura del Ródano, comentó con agudeza el pasaje de la liberación de los galeotes. Otro día me habló de «El sombrero de tres picos», de Alarcón, que acababa de leer en francés. Conocía la España de Amadeo, a través de las narraciones de Edmundo De Amicis, que había muerto meses antes en Turín. De la organización española había llegado muy vagamente a sus oídos, el nombre de Pablo Iglesias, que pronunciaba muy mal, el eco de los fusilamientos de Montjuich, de la organización de la Mano Negra[321] en Andalucía y de los tratos que tuvieron hace más de cincuenta años, con Carlos Marx y su yerno Lasalle, los federales de Pi y Margall.

Vladimiro Illanoff [sic][322]Lenin, que, en épocas de persecución policíaca, prescindía del primer apellido, tan grato a los sabuesos del Czar [sic], y convertía el segundo en Illín y en Tumin, gozaba entre la colonia universitaria rusa fama de santo, y, a pesar de la parvedad de sus ingresos, de generoso y desprendido, vivía con dos o tres mujeres, su esposa y su hermana, cuando menos, bajo aquellos tejados de la rue Lévrier, al lado del puente de Mont Blanc, lleno de libros y de revistas, sin calefacción, sin comodidades, alimentándose muchos días de rodajas de pan, untadas de miel o de manteca y de tazas de café y de samovar. Nadedja Constantinova [sic][323], su mujer, con su sombrerito de paja y su chal sobre los hombros, le acompañaba casi siempre al café y a la cervecería.

Hablaba mucho Lenin y casi siempre con gran exaltación. Yo tengo para mí que fue Vladimiro Illanoff el más sorprendido de la terrible conmoción política de Rusia, en la que supo jugar un papel tan decisivo, hoy ya histórico. Hombre educado en Marx, rendía, sobre todo, culto a la eficacia. Sin el apoyo de los ejércitos Imperiales de Alemania, sin la protección financiera del Káiser, Lenin que fue deportado a Rusia, que rodó por todas las prisiones, cárceles, fortalezas y presidios, que conoció en la horca a su hermano Alejandro dentro de los fosos de Schulnessemburgo[324], cuando organizó y llevó a cabo el asesinato de Alejandro II en 1885, siendo Vladimiro un muchacho de quince años, no se hubiera arriesgado a aquella famosa incursión a través de

[321] Organización anarquista, secreta y violenta, que actuó en Andalucía en la década de 1880.
[322] Por *Ilich Uliánov.*
[323] Por *Konstantinova.*
[324] Shlisselburg: Ciudad rusa en el óblast (región o provincia) de Leningrado, hoy San Petersburgo.

Alemania, facturado como una cuba en vagones precintados, hasta llegar al frente ruso para predicar el abandono de los fusiles, el reparto de las tierras y la fuga ante el enemigo.

Nunca volví a saber nada de Lenin, ni de Moisés, ni de su hermana, la preciosa judía Vera. Pero de Lenin supe por los periódicos extranjeros cinco años más tarde, cuando provocó, en el Congreso de Londres de 1913, la famosa escisión entre bolcheviques y mencheviques, quedando él al frente de los minoritarios. Entonces tornó a rodar Lenin con su esposa y con su hermana por los suburbios de Londres, por el Barrio Latino entre grisetas y anarquistas; por Finlandia, por Alemania y por Italia. En su querida Ginebra volvió a encontrar refugio durante la guerra y colaboración en el «Journal de Géneve». Y en 1917, preconizando la paz con Alemania desde las columnas del «Pradva»[325], entra definitivamente por la puerta grande en el número de las dos o tres grandes figuras que ha dejado la gran guerra. Y el año pasado, al comenzar Febrero, muere en la cúspide del Poder, de dueño absoluto de vidas y haciendas, de dictador máximo, de Czar rojo, pesadilla de toda la burguesía mundial.

¿Cómo se juzgará definitivamente a Lenin? Aventurado es hoy todo juicio, porque nadie sabe con exactitud lo que pasa en Rusia. Además, este artículo no es crítico, sino puramente informativo y anecdótico. Creo, sin embargo, que tenía madera de dictador aquel hombrecillo que conoció el hambre en los crudísimos días del otoño ginebrino, aquel modestísimo publicista de ojos febriles y de párpados caídos, que en la isla de Rousseau y en el jardín inglés, comentaba la aventura de la liberación de los galeotes; o se extasiaba leyendo las páginas que dedicaba a la soledad del cementerio de Clarens, aquel filósofo que se llamó Enrique Federico Amiel, o nos mostraba el paso de aquella linda Marta Verdier –enlutada, pálida y rubia– que amase toda su vida en silencio, y con la continencia de las grandes pasiones, que se encauzan, el mismo Enrique Federico, que dijo siempre del amor, por experiencia, y por triste experiencia, las más exquisitas y sutiles palabras que oyera nunca Suiza, la de los relojeros, beatas calvinistas, quesos mantecosos y cocotes de exportación.

El Adelanto (06-02-1925)
La Libertad[326] (19-02-1924)

Don Pedro Dorado Montero

Hoy, 28 de febrero, hace seis años –si mi memoria no flaquea– que dejó de existir el por tantos conceptos ilustre y sabio profesor de Derecho de esa Escuela, don Pedro Dorado Montero. Una mañanita lluviosa y gris le llevamos sus amigos a un rincón del Cementerio, donde sus restos –al lado de los del doctor Arés– descansan para siempre. Unamuno, emocionado, dijo unas cuantas palabras cordiales y sinceras acerca del amigo y del maestro que despedíamos todos por última vez. Y los obreros, y los profesores, y los estudiantes, tornábamos a la ciudad con la sensación de que algo muy nuestro y muy de esa tierra se marchaba dejando, con un vacío difícil de llenar, un surco muy hondo en nuestros cerebros y en nuestros corazones.

Yo no concibo mi Salamanca, «la mía», sin la figura exigua de aquel hombre, sin su hongo color café, sin su cuello de pajarita, sin sus ojos negros, huraños y expresivos y sin su frente ancha y noble, morena, que había reñido todas las batallas del pensamiento y de la emoción. Me lo imagino, a las nueve de la mañana, entrando en su aula, inquieto, menudito, vivaracho, a cuerpo gentil, paseando incesantemente en derredor de la mesa, mientras nosotros ocupábamos su sillón de catedrático y movíamos con la badila la grata lumbre del brasero, recién encendido.

¡Horas aquéllas que recordaremos siempre con alegría!

No le teníamos miedo alguno los estudiantes de mi grupo a don Pedro Dorado Montero. Al contrario: anhelábamos su clase como una confidencia y como un regalo. Allí, en la penumbra, mientras el maestro limpiaba de nuestros cerebros mozos los cardos de la pereza y del miedo al pensamiento, ¡cómo calentábamos nuestros ideales de justicia y de paz, al cobijo de las palabras atormentadas, expresivas, de don Pedro!

[325] Pravda (La Verdad). Periódico fundado en la antigua Unión Soviética, publicación oficial del Partido Comunista.
[326] En *La Libertad* su título fue «Mi amigo Lenin»

Aquella cátedra era, sencillamente, encantadora. Muchacho entre muchachos, niño entre niños, sabía el maestro que sus palabras resbalaban mansamente en nosotros, donde germinarían para florecer y fructificar en sazón. No se discurseaba nunca, se dialogaba siempre, y muchas veces, cuando queríamos cambiar ideas, lo que cambiábamos entre todos era emoción, entusiasmo y juventud espiritual.

Los monólogos del maestro eran confesiones. Nos decía, a través de sus palabras densas y de pensamientos prietos y carnosos, que acaso, el que añadía en la vida ciencia, añadía dolor. Y eran aquellas palabras como un eco del «Eclesiastés», a través de los siglos, y como un trasunto de las amarguras de aquel pobre condesito Santiago Leopardi que a los veintisiete años ya contaba «la infinita vanidad del todo».

Hidalgamente pagamos todos nosotros a don Pedro su magisterio de cordialidad y de emoción; los condiscípulos que lean estas líneas lo recordarán seguramente. Tanto como nosotros anhelábamos su presencia, gustaba él de la nuestra y la buscaba y procuraba a todas horas. Con mi grupo suspendió Dorado, por algún tiempo, la leyenda que circulaba en torno a él. Aquel ogro, terror de patronas y preocupación de clases vivas, era una bonísima persona que tenía noción de la seriedad y de la elevación de su magisterio y un hondo respeto y un amor ferviente a la juventud que tenía el deber de adoctrinar.

¡Y qué magisterio! ¿Recordáis vosotros, Íscar, Ruipérez, Camarasa y demás amigos de aquellos años mozos? El primer encuentro con Dorado era ciertamente duro; deshacía, en nuestra mollera, toda aquella carroña escolástica, lepra del corazón, que habíamos amontonado en los cursos anteriores. Dorado, brutalmente, nos encaraba con algo más fuerte que la idea, con la vida, eterna paridora y sugeridora de ellas: «Ahí la tenéis –venía a decirnos aquel hombre lleno de emoción–. El derecho es muchas veces la fuerza del más bruto. La clase dominante impone a las demás su fuerza, su tradición, sus intereses, y eso es muchas veces, el manantial vivo de donde brota el derecho. Eso no debe ser así. Pero así es. Y vosotros tenéis una misión: la de crear una conciencia más pura, más noble, más elevada, el terreno virgen de donde brote otro derecho ... más humano».

Esa lección la aprendimos bien y la aprendimos ¡ay! demasiado pronto. Muchas de nuestras rebeldías allí se nutrieron y Dios quiera que no nos abandonen ni más allá de la muerte.

Don Pedro fue siempre nuestro consejero, nuestro amigo, mejor todavía, nuestro camarada. No conoció nunca la vanidad aquel niño grande, sin cuyas ideas jurídicas no se podrá hacer la justicia del pensamiento español contemporáneo… Ni a mis compañeros, ni a mi nos abandonó un solo día. Él quiso licenciarnos cuando llegó el día ¡triste día! en que abandonamos las aulas universitarias. Me aseguraron que Dorado no aceptaba aquellos platos de dulces con que los estudiantes solíamos obsequiar a nuestros profesores en el momento de nuestro credo:

– Don Pedro –le dije citando en nombre del Rey (q. D. g.) me declararon licenciado en ambos derechos– ¿de dónde le mando a, usted los dulces? Dorado sonrió, y aquel don Manuel Bedmar, que presidía –otro de los profesores de quienes conservo el más grato recuerdo por su palabra sencilla y elegante, su espíritu vivaracho y por su inteligencia aguda y agilísima– intervino conciliador:

– ¡Yo creo, don Pedro, que de La Mallorquina! ¿No son los mejores, Rojitas?

– El caso es –intervine nuevamente – que mis compañeros me han encargado que...

– De todos ustedes –replicó Dorado Montero, satisfecho– acepto, este año y por excepción, este recuerdo.

Y cuando ya me levantaba con mi sobresaliente y mi título, me retuvo Dorado paternalmente:

– ¡Enhorabuena! Salude a su padre. Ahí está, fuera, esperándole, con Onís y con Pepe González, el médico de la Armada. ¡Dele un abrazo más, a mi cuenta! Los títulos sirven para dar una satisfacción a los padres. ¡La vida le enseñará a usted que no sirven apenas para otra cosa! Antes de que se marche a Madrid, venga por casa. He de darle cartas para don Francisco Giner y para Aramburu. ¡Y no olvide usted sus años, tan inquietos, de estudiante! ¡Cuánta guerra ha dado usted, hombre!

El Adelanto (03-03-1925)
El Pueblo[327] (15-03-1925)

[327] En *El Pueblo* se publicó con el título «Dorado Montero» y su extensión, posiblemente por razones de espacio, fue algo menor que la del artículo publicado en *El Adelanto* que aquí recogemos, finalizando en el párrafo "Esa lección la aprendimos bien y la aprendimos ¡ay! demasiado pronto. Muchas de nuestras rebeldías allí se nutrieron y Dios quiera que no nos abandonen ni más allá de la muerte".

Los sueños de "Bon"

Penetro en el Colonial, ya de madrugada, como un monarca en sus dominios. En el rincón de siempre me esperan «Bon», radiante con su medalla de Oro ganada en una exposición de París; Fontdevila fumando su pipa y pendiente de sus perros; Romero de Torres, cetrino y cordobés, con su aire gitano de rey de Egipto, envuelto en su pañosa sevillana, y Pérez Bances fumando su pipa melancólicamente. «Bon» inicia la «Marcha Real»:

– ¿Te has metido cartujo, Pepiño?

– No.

– ¿Te quedas aquí?

– No, vuelvo mañana.

– Todos tenemos el billete del periódico en el bolsillo para el día de tu banquete. ¡Búscanos una muchacha!

– ¡Para mí la quisiera yo, pintamonas!

– ¿Nos darás chorizo?

– Sí, hombre.

– Haré caricaturas. ¿Hay modelos en Salamanca, Pepiño?

– Muchos y muy variados, Miguel Angel.

– ¿Y morenas? –interrumpe Romero de Torres.

– Extraordinarias.

– ¿Juncales?

– ¡Muy juncales, maestro!

– ¿Mimosinas, niñas bien, pero bien?

– Pero que muy bien, Julio.

– Entonces –agrega Julio– me estoy allí ocho días con éste.

La conversación se prolonga, íntima y cordial, a las dos de la madrugada. Acaso la razón íntima de haber venido unos días a Madrid ha sido el deseo vehemente de pasar unas horas con estos amigos, en este rincón, gozando de las delicias de una amistad desinteresada y a prueba. Todos luchamos, cada uno en su esfera; todos nos queremos; el éxito del amigo nos regocija más que el propio, y el fracaso lo sentimos como un íntimo y callado dolor inconfesable. Y pasamos revista a nuestra vida de unos meses:

– ¿Y tus novias, «Bon»?

Pero dos preciosas muchachas –siempre distintas y bellas siempre– vienen al formidable caricaturista catalán en demanda de un chocolate. Presentaciones... Lulú, de Burdeos; Monserrat, de Tarragona.

– Buenas chicas, ¿eh? Aquí, mi primo Pepiño, concejal de Salamanca.

Risas, algazara. Julio entorna los ojuelos para verlas mejor. Aprueba con el gesto y las ofrece un cigarrillo turco.

Proyectamos el almuerzo. Pérez Bances nos habla de un exquisito restaurant berlinés donde confeccionan unas tartas y confituras extraordinarias. «Bon» se relame de gusto pensando en el menú.

Y ahora, antes de salir para Salamanca, nos reunimos a almorzar. Protestas de amistad inalterable, de mutua ayuda, de fervoroso y cordial compañerismo. «Bon» –una vez más– me sacude una caricatura insultante. Habla él solo; sueña en alta voz este querido amigo mío... Volverá a París y a Suiza por otro brillante gordo y claro; pondrá un estudio en Montmartre; se colocará –es su sueño supremo– unas vértebras de platino, porque las naturales le molestan un poco.

– «Bon» o el vertebrado de platino –exclama Manolo Fontdevila.

Dejo a la amada grey para hacer los últimos, inevitables encargos. La dejo con pena... Este día, 12, que tan amargos recuerdos tiene para mí, me advierte que también tengo mi familia espiritual, que mi espíritu puede consolarse un poco ante la amada compañía. Ella es acaso, con el Museo del Prado, con alguna casa amiga, el único lazo que me ata hoy a este Madrid, tan humano, tan compasivo y tan abierto. Unos abrazos silenciosos y largos.

– ¿Volverás, Pepiño, para Semana Santa?

– Volveré.

– ¿Iremos a Aranjuez?

– ¡Iremos!

– Antes –exclama Julio– iremos a Salamanca. Pero yo quiero torear. Y me parece que estoy un poco desentrenado –exclama el pintor de la morena y cálida «Musa Gitana»...

El Adelanto (14-01-1926)

Mi amigo Pitouto

Hace pocas noches, tomando una taza de café en uno de los rincones del Lyon d'Or, en Madrid, un camarero me ofreció un magnífico habano, obedeciendo a indicaciones del señor Pitouto[328].

– ¿Pitouto? –le repliqué.

– Sí, señor; el mismo. El «as» español de la cinematografía. El Pitouto de «La Casa de la Troya», para que lo entienda el señor.

– ¡Pero si yo no conozco a ese Pitouto...!

Una carcajada del mismo Pitouto –cuyo nombre verdadero no tengo para qué darte, lector– cortó mi diálogo con el camarero. Mi asombro no tenía límites. Pitouto, el verdadero Pitouto, el auténtico Pitouto, estuvo a mis órdenes dos o tres meses que tuve la humorada de aceptar, en compañía del malogrado Luis Antón del Olmet, la triste víctima del pobre Alfonso Vidal y Planas[329], la subdirección de «La Revista Política, Parlamentaria y Financiera»[330], que tenía sus oficinas en la casa editorial Renacimiento, calle de San Marcos, 48.

Pitouto era un empleado verdaderamente laborioso y ejemplar. Con un sueldo modesto hizo la valentía, verdaderamente excepcional, de casarse con una buena muchacha. En Salamanca, en Alba de Tormes, en Béjar, estuvo Pitouto haciendo suscripciones para la revista; aquí trajo cartas mías de recomendación para don Filiberto Villalobos y para don Enrique Esperabé.

Yo dejé aquello muy pronto, por incompatibilidad de carácter con el pobre Luis, que se había imaginado convertirme en un romanonista incondicional por la sencilla razón de que el conde era uno de los socios industriales de aquella empresa.

Con la muerte de Antón del Olmet, sucumbió la revista, y Pitouto, dando tumbos, desapareció algunos meses de Madrid.

Pero torné a encontrarle flamante y majestuoso, dueño de un auto, en el Lyon, a donde yo acudía a una peña de gallegos, de la cual eran elementos integrantes el famoso abad de Bieiro Basilio Álvarez, Pepe Bermúdez de Castro, el conde de Castelo, Abilio Muiños y otros amigos. Pitouto me dijo que se consagraba a los negocios y me paseó y me llevó varias veces a los toros en su coche.

Luego, luego... no supe más de Pitouto. Pequeño, regordete, expresivo, muy expresivo, se ha lanzado mi excelente amigo al mundo de la cinematografía. Las casas españolas le traen y le llevan. Es un hombre feliz, vive en una casita clara y su compañera viste ahora magníficos abrigos de pieles. Hace ocho o diez días me refería, emocionado y satisfecho, el amigo Pitouto, su excursión triunfal por Galicia, con las huestes de Pérez Lugín.

Ahora prepara nuevas producciones Pitouto; se lo rifan los editores de cintas españolas. Y a él le place, cuando se encuentra conmigo, recordar aquellos sus tiempos de subalterno humilde y obscuro en las oficinas de la calle de San Marcos, cuando temblaba ante las órdenes rajantes y estentóreas del pobre Luis Antón del Olmet, o hacía conmigo ejercicios de paciencia, mecanografiando mis cartas, siempre innumerables y siempre largas y detalladas.

El Adelanto (23-01-1926)

Dorado Montero y D'Ors

"A veces –escribe D'Ors[331] en un artículo intitulado "Dorado Montero", que leo en el diario "El Pueblo", de Valencia–, a veces en nuestra sociedad literaria me sobrecoge la sensación sorda y lacerante de ser el único poseedor de memoria en una colectividad de desmemoriados." Y agrega este hombre, dotado de memoria tan perspicaz: "¿Quién habla hoy –que no es día de Difuntos ni se cumplen cien años de nada que a él se refiera– de Pedro Dorado Montero? ¿Quién escribiría este castellanísimo nombre si no lo escribiera yo?"

[328] Pedro Elviro Rodríguez actor y director cinematográfico, *Pitouto*. Filmó más de 170 películas.

[329] Luis Antón del Olmet fue asesinado por Alfonso Vidal y Planas en 1923.

[330] Comenzó a publicarse en 1923 y aún existía en noviembre de 1925.

[331] Eugenio D'Ors y Rovira (28-11-1881 – 25-11-1954). También conocido por su seudónimo "Xenius", fue un escritor, periodista, filósofo, crítico de arte…, principal impulsor, junto a José Ortega y Gasset, del Novecentismo, un movimiento cultural y artístico de carácter renovador surgido en España en los primeros años del siglo XX como reacción contra el Modernismo.

Con perdón de Eugenio D'Ors, también nosotros, discípulos predilectos –lo decimos con orgullo– y amigos íntimos de Pedro Dorado Montero, tenemos tanta memoria por lo menos como él.

Recordamos que a raíz de muerto el glorioso penalista liberal –el 27 de febrero de 1919– "Xenius" escribió en su "Glosario" de "La Veu" un comentario irrespetuoso, procaz, contra la memoria de nuestro amigo, de nuestro maestro. Recordamos que nos lo leyó Unamuno a los pocos días de haber rezado este ante la tierra madre una piadosa oración por el alma de su compañero, en el cementerio Civil de Salamanca. Recordamos más; recordamos que la conducta nobilísima de don José Ortega y Gasset –lo cortés no quita lo valiente– con motivo de la destitución del Sr. Unamuno por el señor Bergamín, contrastó con la de "Xenius", que se dolía de que D. Miguel no hubiera protestado de la destitución justísima de "Xenius" de las ciento cuarenta bicocas que tenía en la Mancomunidad. Recordamos... Pero Dorado Montero –¡bendita sea su memoria!– ha muerto ya, y no podríamos contrastar ciertos juicios en caso necesario. Ya ve Eugenio D'Ors cómo los demás, sobrecogidos de sensaciones "sordas y lacerantes", somos también poseedores de memoria, y cómo él mismo es más desmemoriado de lo que su discreción pudiera aconsejarle.

El Sr. D'Ors recuerda las excelentes calidades de su memoria para contar que a propósito del error judicial de Tresjuncos[332], el nombre de Pedro Dorado Montero ha acudido involuntariamente a su memoria. Pero Pedro Dorado Montero, ante los errores judiciales, hacía algo más: intervenir para reparar la injusticia. Dos hombres, dos inocentes condenados por un asesinato que ni siquiera presenciaron, Serapio y Leandro Reyes Hernández, fueron indultados ante unas palabras rudas y emocionadas de Dorado Montero. Referiré el caso. El Jurado se equivocó al contestar a las preguntas, larguísimas, de un veredicto. Al darse cuenta de la condena –creo que diecisiete años–, dijo que se había equivocado públicamente en la sala de audiencia pública de Salamanca. El Tribunal de Derecho acordó no escuchar al presidente del Jurado, D. Carlos Dueñas, que hizo tal afirmación en nombre de sus compañeros. Los inocentes, a sabiendas de que eran inocentes, fueron condenados. Yo mismo –me vanaglorio de eso más que de haber escrito todas las páginas que pueda haber escrito– inicié el indulto. La ayuda de Dorado Montero fue definitiva. Serapio y Leandro salieron del penal de Cartagena, después de dos años de gestiones, en agosto de 1915. Y a Dorado y a mí y al hoy arzobispo de Santiago, D. Julián de Diego y Alcolea, y al ilustre prócer salmantino D. Luis de Zúñiga y Clavijo nos besaron, llenos de emoción, aquellos hombres. Yo me gasté en aquello las cuatro o cinco mil pesetas que me dejara mi padre, al morir, un año antes...

¡Sí, Sr. D'Ors, sí! ¡Al pan, pan, y al vino, vino! No se puede ser hoy nacionalista, y después sindicalista, y luego conservador, y siempre camelista y aprovechado. Si Pedro Dorado Montero hubiera presenciado el gesto de usted ante el tremendo error de Tresjuncos, le hubiera desdeñado profundamente.

El Liberal (28-04-1926)

Un liberal aragonés

Pesa sobre la memoria de Mallada un silencio de muerte que es de todo punto inexplicable, ya que se trata de uno de los hombres de mayor inquietud espiritual del siglo XIX y uno de los mejores conocedores de nuestra España. Recorrió como ingeniero la mayoría de las provincias de nuestra península, cuya geología estudió, y cuyos mapas compuso, siendo el asombro de todos los conocedores y estudiosos de nuestro suelo. Su prosa es clara, elocuente, castiza y llanamente varonil. Brioso y sincero su espíritu como de buen aragonés. Don Lucas Mallada murió en Madrid hace tres o cuatro años, siendo director de la Escuela de Ingenieros de Minas, y su ciudad levantó un busto consagrado a su recuerdo, no lejos del gracioso ábside de las Miguelas, a orillas del río, enfrente de los restos de la muralla que aún conserva la ciudad que fue corte de don Ramiro el Monje y de su nobleza orgullosa y levantisca.

En su libro "Los males de la patria y la futura revolución española" (Madrid, 1890), Mallada diserta sobre "Nuestros partidos políticos". Vistos desde fuera, dice, "nada remeda juego de niños

[332] Sentencia por la que dos aldeanos inocentes, después de numerosas torturas y abusos policiales, fueron condenados a prisión como autores de un supuesto asesinato, que más tarde –doce años después– se demostraría inexistente, cometido entre las localidades conquenses de Tresjuncos y Osa de la Vega. Este caso se ha convertido en un paradigma de negligencia judicial y policial y sería recreado en 1980 por la película dirigida por Pilar Miró *El crimen de Cuenca*

tan completo como los tales partidos". El partido que lejos de sestear en la oposición, sube rápidamente al poder, tiene de antemano a su disposición "una masa inerte colosal, metida a cuanto de ella quiera hacerse". Y en este libro, publicado en 1890, y escrito posiblemente cinco o seis años antes de su publicación, continúa diciendo el vidente de Mallada: "El ruido y los escándalos de los partidos dejaron a la nación adormecida y alelada, de modo que no tiene voluntad. No sabemos si despertará algún día queriendo regenerarse o precipitándose en los abismos de su propia perdición. Entre tanto, cualquier partido puede tomar como suya la masa inerte, haciéndose la ilusión o simulando que cuenta con ella y que casi por completo responde a sus intenciones."

El señor Mallada, en ese estudio sobre los partidos, comenzado hace la friolera de cuarenta años, intenta el análisis de esa masa inerte, desigual por su cultura, por su ética y por sus diferentes aspiraciones. Semejante esa masa a las rocas "compuestas de muchas especies mineralógicas, compenetradas y mezcladas con apariencia homogénea", cada uno de los elementos que la componen es desemejante, o por su color, o por su coherencia, o por su dureza, o por su cristalización, o por sus proporciones. Pero solamente entra en ebullición a temperaturas muy altas. Es opaca, es bastante refractaria esa masa inerte. No se descompone, sino por las grandes reacciones, "Al interior –escribe don Lucas Mallada– es más pura y compacta; al exterior más alterada y deleznable por las influencias de los políticos".

La casi totalidad de los españoles entra hoy –un hoy que comprende cerca de medio siglo– entra hoy a formar parte de esa masa inerte, "masa que pudiera tornarse activa en momentos determinados". "¿Estamos hoy próximos a esos momentos? –se pregunta el liberalísimo autor oscense–. Nuevos moldes reclaman dos partidos monárquicos –continúa Mallada– pero nuevos moldes necesitan también las huestes republicanas. Y no será por falta de programas y proyectos, sino por falta de caudillos verdaderamente revolucionarios."

Estamos –estaba el autor de "Los males de la patria", cuando escribió su libro– en un período de transición. Las divisiones de los partidos le parecían una causa natural del excesivo incremento que iba tomando esta masa inerte. Para Mallada la división de los republicanos duraría hasta más allá de la tumba del último de los apóstoles de la Revolución de Septiembre y la disensión íntima de los grupos monárquicos será un hecho hasta que desaparezca el último desertor de la Democracia. Hasta ese día, el país se agitará en convulsiones, sumido en su amargura, sin brújula ni orientación posible.

La Voz de Guipúzcoa (02-12-1926)
El Pueblo Gallego (03-12-1926)
El Luchador (02-12-1926)

Carmencita Mirat

Carmencita Mirat –la prometida y dentro de unos días, muy pocos, la esposa de Miguel Fleta– es, fundamentalmente, una buena muchacha, una muchacha angelical. No tiene malicia. Es una niña completa en sus gestos, en sus actitudes, en sus palabras y hasta en sus silencios. Sonríe siempre. Cuando está contenta no sabe disimularlo, a pesar de ser mujer. Cuando está contrariada, tampoco. Espiritualmente no ha pasado Carmencita de la primera infancia...

De su ventura próxima, de estos amores que han de ser posiblemente su felicidad y su alegría, parece Carmencita la única sorprendida. Miguel Fleta es para ella sencillamente Miguel; es decir, el novio, el prometido. Nada más y nada menos que el prometido. Su propia ingenuidad ha salvado a la bellísima muchacha salmantina –por cuya ventura hacemos votos muy fervientes– del artificio y teatralidad de que nos sentimos poseídos, ante las lentes de los fotógrafos o las Waterman[333] de los reporteros.

Carmencita lleva su papel con la elegancia espiritual que es sólo patrimonio de los naturales y de los sencillos. No la extraña, allá, en sus adentros, ser el centro en estos días de la atención nacional, porque ella debe considerar muy justo que la sonrían cuando ella sonríe y que el mundo se trueque en ambiente de caricias y de mimos cuando su alma –blanca– es, toda ella, una deliciosa interrogación en vísperas de boda.

Muchas veces he pensado, y no sé por qué me vine ahora esta idea a los puntos de la pluma, que las muchachas castellanas han nacido para ser esposas de los aragoneses. El famoso matri-

[333] Prestigiosa marca de pluma estilográfica.

monio real, que fundió la sagacidad del infante de Sos con la ternura de la princesa de Madrigal, tengo para mí que antes que un símbolo, es una premisa del carácter español así en sus venturas como en sus reveses. El aragonés, varonil, noblote, encuentra su complemento por acá con estas mujeres que, por contrapeso, necesitan hombres de acción, que saben señalarse un mundo hasta dominarlo y vencer.

Miguel Fleta es de una tierra –¡bendita tierra la del Alto Aragón, con su Gállego y su Cinca, sus valles y sus sierras!– que ha producido los hombres más fuertes y viriles de nuestra historia: Fernando V, Ramiro el Monje, el papa Luna, los Argensolas, Gracián, el solitario de Graus que bramaba y que rugía en los días de nuestra terrible amputación nacional. Fleta es lo mismo que estos paisanos suyos, uno de esos hombres a los que la naturaleza ha dotado de recursos asombrosos, pero naturales y de imposible transmisión. Cuando dentro de unos días, del brazo de su mujer, se acerque a sus tierras de Monzón y de Albalate, habrá encontrado nuevo sentido a su vida, y Carmencita, ingenuamente, infantilmente, llevará a la aspereza y austeridad de aquel suelo aragonés, su inocente sonrisa de buena muchacha, que está contenta, que es feliz y que se encuentra muy en su casa ante la entereza de aquellas gentes y la bravura de aquellas sierras, que sólo invitan a la lucha, a la conquista de la gloria y al suave deleite del amor, cuando ya se ha logrado la corona de roble para las sienes.

El Adelanto (17-04-1927)
El Diario de Huesca (20-04-1927)

San Isidro, labrador[334]

San Isidro labrador, este buen San Isidro, esposo de Santa María de la Cabeza, cuya imagen pasean los labradores con su aguijada a la diestra y sus vaquitas rojas cuando Mayo viene seco y Agosto asoma tormentoso, es el patrono, como sabe el lector, de esta villa del oso y del madroño. La tradición que se conserva del santo es dos veces linda. San Isidro era muy piadoso. Amaba la contemplación y la plegaria. Vivía en éxtasis continuo, como los grandes místicos que vinieron después: Teresa de Ávila y Juan el de Fontiveros. Arañando los surcos de esta tierra parda, seca y apelotonada de Madrid, con su aguijada y mano a la esteva, contemplaba el cielo, hincaba las rodillas en tierra y comenzaba su oración. Entonces los ángeles araban por el santo: la tierra apelmazada se removía; los surcos renovaban su capa laborable; la lluvia besaba la tierra seca. Y cuanto más intensa era la plegaria de San Isidro bendito, más fecundo era el trabajo de los angelitos labradores.

De dos maneras podemos interpretar la piadosa tradición del santo. La contemplación que es también acción, dentro del franciscanismo, por ejemplo, es, dentro de la mística española, un grado supremo, no de identificación con la Naturaleza, sino de exaltación y de renunciamiento personales; lo explicaré. Quiero decir que San Francisco de Asís, Santa Clara, San Antonio, Fray Ginepro[335], al orar se confundían con las cosas circundantes, extrayendo de ellas su sentido religioso, y que nuestros grandes santos, comenzando por el madrileño labrador, al orar, después de haber trabajado, se aíslan del ambiente, curándose tan solo de su problema de salvación personal ante el Creador. Y Santa Teresa reza al descansar de sus fundaciones. Y Juan de la Cruz reza cuando cesa de curar dolientes en el hospital de Medina o cuando deja de estudiar sus lecciones en las aulas de Salamanca.

Así interpretada la tradición, es bellísima. Los hombres deben vivir vida interior cuando se ha colmado la actividad de los sentidos. No de otro modo que las espigas se tronchan al peso de su fruto. Y de la vida del espíritu surge la actividad. Y el deseo. Y el noble oriente de una vida superior.

Pero los devotos que en la mañana de hoy van a la pradera a ver al santo para danzar luego con las buenas mozas al son del organillo y ahitarse en los colmados y merenderos de callos y caracoles, interpretan de otro modo, bien distinto, la piadosa leyenda del santo labrador. Se aspira a que los ángeles cojan la aguijada, mientras nosotros, tumbados al sol de la tarde, descansamos. Y con un sentido materialista de la fe, se le pide a Dios, al ángel custodio y al santo favorito, protección en la pereza. Y se convierte a San Isidro, madrileñamente, en el santo de la lotería.

[334] Existe otro artículo con este mismo título y distinto contenido publicado en *La Actualidad* en mayo de 1914 (O.C. Tomo I, página 80).
[335] Así en italiano, en español Fray Junípero, compañero de San Francisco de Asís.

Con la protección del Cielo, con la lluvia de Mayo, con la pesada calor de Agosto, con el dulce rescoldillo del otoño al enterrar la semilla en el subsuelo, queremos paneras repletas de grano rubio en la hora de la recolección. Que nos ayuden los ángeles, que harto tenemos que rumiar nosotros el cotidiano afán.

Y así San Isidro se convierte no ya solo en protector de los Madriles, sino en patrono general de toda España. ¡Pobre santo! Se le pide el empleíto para leer el periódico, entre sorbo y sorbo de café, en las horas tediosas de la oficina. Se le pide en matrimonio a la ricahembra, con el suegro de muro protector, para defenderse uno de los embates de la vida. Se le pide que salga el billete de la lotería con el gordo que nos liberte de apuros para siempre. Se le pide los once golpes al bacará, abatiendo con nueve, para veranear por el Norte, ahora que comienza a apretar el calor y las tardes bochornosas empiezan a embotar nuestro espíritu… Se le pide… Pero el buen santo no hace caso de tales demandas y solicitudes de favor, porque sabe que solo merece el sueño quien, como él, no pereceó por las mañanas y dejó el lecho al huir temblorosamente las primeras estrellas en el cielo.

La tradición del santo, amigos míos, debe ser fecunda en enseñanzas a la hora de ahora precisamente. Si los ángeles bajan a la tierra a trabajar por nosotros, a mimarnos y a acariciarnos, y a quitarnos el sudor de la frente, cuando nosotros, sin dejar la aguijada de la diestra, –la aguijada, que es el norte de nuestra actividad consciente–, pinchemos en el lomo a los bueyes perezosos y torpotes de nuestra abulia. Trabajemos, que el trabajo es manantial de canciones, de plegarias y de ayudas celestiales. Y aprendamos a santificar la mañana como todos los labradores. "¡Adiós, que ya viene el alba!", dice un buen gañán en el Toboso a don Quijote cuando el pobre enamorado busca los palacios de su Dulcinea. Seamos tempraneros, que de madrugada se recoge el grano.

"Quien pierde la mañana –dicen los libros sagrados–, pierde el día; quien pierde la mocedad, la vida pierde."

Nuevo Mundo (18-05-1928)
La Nación[336] (15-05-1917)

Colón y Sevilla

Continuamente leemos estos días, en los periódicos, que las casas proceres españolas envían al riquísimo Archivo de Indias, de Sevilla, cuantos documentos importantes conservan en sus bibliotecas acerca del descubrimiento del gran continente americano y de la historia –o de la leyenda– del intrépido, por más de un concepto, navegante genovés. El señor Duque de Alba, que es además Presidente de la Academia de la Historia, ha remitido al Archivo nada menos que el famoso Diario de navegación. Los Duques de Tarifa y Veragua, otros documentos interesantísimos. En vísperas de la Exposición Iberoamericana, se quiere, y es loable el intento, que los sudamericanos puedan estudiar en la graciosa ciudad del Guadalquivir todo lo que pueda relacionarse con Cristóbal Colón y con sus colegas y colaboradores. Y al Archivo de Indias llegan estos días materiales que, a pesar de su novedad aparente y puramente circunstancial, están más que trillados por nuestros americanistas y que ya fueron conocidos y juzgados por Humboldtz, Cessare Lellis, Fernández de Navarrete, Fernández Duro y recientemente por ese gran amigo de España, fallecido en plena madurez espiritual, que se llamó Marius André.

La tesis que sostiene este historiador, sugerida acaso en la lectura de los libros de Carlos Pereira, es ya dogmática en la historia del descubrimiento de América. En derredor de Colón, que no fue gallego, ni catalán, ni mallorquín, ni aragonés, ni extremeño, como acaban de descubrirnos en Badajoz, sino genovés, hay una leyenda que se da de cachetes con la historia. La leyenda es que España sin Colón no hubiera descubierto ni conquistado América. La verdad es que Colón sin España no hubiera pasado de un vulgar aventurero y que la epopeya fue colectiva, hija de la fe de un pueblo entero, y completamente ajena, en realidad, a los esfuerzos de un hombre que, al decir de los marineros andaluces y vascos que le acompañaron en sus viajes, desconoció siempre el manejo de los aparatos náuticos más elementales. Los hermanos Alonso y Martín Pinzón, de Huelva, con el apoyo económico de Juan de la Cosa, otro insigne navegante, fueron los que fi-

[336] En *La Nación* su título fue «San Isidro bendito.

nanzaron[337], como diríamos hoy, el viaje, que Colón retrasó aviesamente para trocar en provecho material y tangible los privilegios que le habían concedido los Reyes Católicos en la entrevista de Granada. La verdad es que los Pinzones descubrieron las tierras ultramarinas y que Colón estuvo a punto de estrellar dos o tres veces sus carabelas en el viaje. La verdad es que Colón no se curó nunca de otra cosa más que de arramblar monedas y de comerciar cuanto pudo, a espaldas de Doña Isabel, con la carne de color. La verdad es que escritores de la talla de Pedro Mártir de Angherea[338], en sus correspondencias a Italia, no concede el menor crédito a las trapisondas del navegante que no sabía navegar, y que las afirmaciones del P. Bartolomé de las Casas, que se dedicó a fabricar la reputación del héroe con castillos de naipes que no se han desmoronado hasta ahora, hacen hoy sonreír a todos los hombres enterados.

Así Colón no pasó hambre en Córdoba porque en Córdoba fue siempre huésped de los Duques de Medinaceli y en Córdoba sostuvo amores con una bellísima dama, doña Beatriz Enríquez, que le dio un hijo. Así, Colón no discutió jamás con los doctores de la Universidad en el histórico convento de San Esteban, ni contendió jamás con los sabios oficiales y universitarios que no le tomaron en serio nunca, extremo este último que ya había demostrado hasta la saciedad don Tomás Rodríguez Pinilla.

Por eso, la leyenda colombina acaba en el mundo de la historia cuando a nosotros nos da el naipe por reunir materiales para una empresa que ya está juzgada definitivamente. Después de la publicación de *La veridique aventure de Cristophore Colon*, de Marius André, libro que se ha traducido ya o que está en vísperas de ser traducido al castellano, la exaltación colombina pasa a ser, lisa y llanamente, un tópico antiespañol a expensas de la verdad, que no puede ser más bella ni más simpática para nosotros. América es una creación de España, de toda España, de sus Reyes, de su Corte, de sus frailes, de sus proceres, de sus soldados, de sus navegantes; de su pueblo, para decirlo de una vez. Colón aprovecha el candor de la nación que le acoge y que le va volviendo las espaldas, hasta el punto de expedirle a la metrópoli encadenado como un malhechor en su tercer viaje y de abandonarle justamente a su suerte, en Valladolid, donde muere pobre y obscuro. Sin los Pinzones y sin Cosa, el honor del descubrimiento hubiera pertenecido seguramente a los gloriosos navegantes portugueses. Colón, soñador, romántico, incoherente, inculto, lector de un solo libro, el de Marco Polo, y atento a sus visiones de las tierras del Cipango y de las tierras del Gran Kan, no supo nunca lo que tenía delante de los ojos, ni sospechó jamás que se las hubiera nunca con un verdadero continente. La misma reposada lectura del Diario de navegación –cuyo cuaderno original entrega ahora el caballeroso Duque de Alba al Archivo de Indias, de Sevilla–, es un verdadero arsenal de argumentos para demostrar la parte, puramente episódica y accidental, que tuvo Colón en las gestas del descubrimiento. Y nuestros primeros ordenamientos de Indias, nuestros primeros admirables ordenamientos, son también un dique que puso la generosidad de un pueblo a la rapacidad de un hombre sin asiento que quiso trocar una aventura casi mística en una especie de empresa industrial.

El Archivo de Indias, de Sevilla, va a demostrar ahora, al completarse de momento con motivo de las fiestas de la próxima Exposición, que todos los españoles de antaño fueron los descubridores y que el huevo de Colón fue nuestra bravura y nuestra esplendidez. Los papelotes amarillos servirán para demostrar que España fue la madre de América. Y la verdad histórica será de esta suerte, manantial inagotable de nuevos amores para ellos y para nosotros, para los sudamericanos y para los españoles.

Mercurio (25-04-1929)

Jiménez e Iglesias

Conocí a estos dos bravos y simpáticos muchachos –gloria de la Aviación española– el año pasado, una madrugada lloviznosa y sucia, en el aeródromo de Tablada, con motivo de su primer raid a tierras orientales. Ignacio Jiménez tiene la frente ancha y noble, pobladas las cejas, la nariz recta y firme y la boca cerrada en un gesto continuado de reflexión. Francisco Iglesias, un poco más muchacho, más jaranero y alegre, sonreía sin cesar, y sus labios delataban al hombre gozador y optimista, que se preparaba al vuelo como a una excursión de placer. Toda la noche velamos

[337] Así en el original por *financiaron*.
[338] Así en el original por *Pedro Mártir de Anglería*, humanista italiano al servicio de los Reyes Católicos.

con unos amigos mientras ellos dormían a pierna suelta en uno de los pabellones del aeródromo. Hacia la madrugada caímos en él, y gracias al jefe de la Base, al Sr. Brandebury, tuvimos pronto acceso en el recinto. La mañana era fría y desagradable; el relente del Guadalquivir salpicaba de agua nuestro calzado, y las luces de Sevilla temblaban bajo el firmamento amoratado que empezaba a azulear con el alba. El comandante Franco apareció poco después en la base, felicitando a los viajeros. El Infante D. Carlos, con su hijo el Príncipe D. Carlos de Borbón y Orleans, madrugaba también para despedir a los viajeros. En unos automóviles marchamos desde la base al punto de partida. Unos soldados custodiaban al *Jesús del Gran Poder*. Pero la niebla se adueñó del horizonte, y los aviadores, ya en su sitio, tuvieron que abandonar el vuelo para mejor día. Y salieron pocos días después, cuando las nieblas, razonablemente, huyeron de Tablada.

En aquel vuelo, estos muchachos probaron su temple y su valor. "Tienen cabeza y manitas", comentaba Franco, hablando de sus compañeros. En este raid de ahora ratifican ambos aviadores su temple y su arrojo, y su temeridad y su energía. Escriben sencillamente, sin alharacas, una bella página. Dan de una sola vez, en un solo aliento, iba a decir que con un solo ritmo, el salto al Atlántico, y todavía les queda aliento en el corazón para seguir adelante. Por un detalle que se escapa a la precisión más elemental, la falta de gasolina, después de luchar con temporales y vientos adversos a todo lo largo de la terrible caminata, no se ponen ambos muchachos materialmente a la cabeza de la aviación mundial, aunque de hecho se coloquen moralmente. Ganan un nombre y un prestigio, y saben ganarlo entre sonrisas. Entre Natal y Bahía, por el estado atmosférico, pierden dos horas, que, de haberlas ganado, les hubiera hecho casi borrar la hazaña gloriosa de los italianos Ferrarin y Del Prete. Y Jiménez estaba enfermo. Sin embargo, no quiso, no pudo, no supo abandonar su cabina de mando en la hora de la responsabilidad. Y enfermo y doliente llega agotadísimo a Bahía, sonriendo sin tregua a las muchedumbres, que le aclaman.

Bello gesto el de estos dos muchachos que conocí el año pasado, con motivo de su primer vuelo, en el delicioso aeródromo de Tablada, en Sevilla, una mañana llena de nieblas y preñada de amenazas. El *Jesús del Gran Poder*, airoso y gris, pequeñito, magnífico juguete que les lleva por el aire a otras tierras, se siente tan joven como sus dueños, y no quiere ni sabe dar pruebas de cansancio. En él completarán su raid Río, Buenos Aires, Santiago, Lima, Guayaquil, Panamá, San José, Managua, Tegucigalpa, San Salvador, Guatemala, Méjico, La Habana, nuestros amigos. ¡Qué la suerte les acompañe! ¡Y que nosotros les aclamemos a su retorno en Sevilla, una tibia mañana primaveral, llena de rumores alegres y de amores penetrantes! Sevilla, orgullosa, quiere pagarles con la mejor de sus sonrisas, cuando retornen, vencedores, de su empresa, un poco loca, como son todas las empresas que protege la gloria.

Mundo Gráfico (19-06-1929)

Don Gutierre de Vargas y Carvajal

Este buen eclesiástico y prócer madrileño, que yace enterrado en la lindísima capilla de San Andrés, de nuestra Villa y Corte, es el obispo de Plasencia, y como tal obispo, señor de los lugares de Jairecejo y de Miajadas, Don Gutierre de Vargas y Carvajal. Del obispo madrileño, liberal, rico, noble y dadivoso, se conserva el mejor recuerdo en la ciudad episcopal del Jerte. Amigo de la pompa y del atuendo, vive siempre rodeado de sus pajes, fámulos, criados y limosneros: su biblioteca es la más rica de la ciudad; sus perros de caza, los mejores, y las fincas de recreo y de esparcimiento, donde le gusta reposar de las graves tareas de su pastoreo, las más codiciadas de las comarcas del Valle y de la Vera. Goza fama de tolerante y de bueno el obispo placentino. De cuando en cuando abandona su palacio almenado por su casa solariega de la plaza de la Paja, en Madrid, donde pasa grandes temporadas, y cuando torna a su redil don Gutierre, devuelve el sosiego a los canónigos levantinos que toman parte en las graves disputas que llegan de la vecina Salamanca y de la escuela con los teólogos y con los escriturarios.

Don Gutierre es muy popular en Plasencia. Todas las mañanas se le ve salir de palacio muy de madrugada, recibir junto al balcón almenado de la casa del deán las reverencias de la clerecía y permanecer largas horas en el coro, admirando sus tallas y paciencias. De vez en cuando, contemplando los respaldos y los asientos de las sillas capitulares, su Ilustrísima sonríe con una sonrisa amplia, humana, de hombre del Renacimiento que conoce todas las paradojas y fantasías y locuras y desconciertos de estos buenos entalladores que están acabando de decorar la iglesia. En un brazal bajo hay una mujer con las faldas abombadas hacia arriba y con los pies diminutos

dentro de un barreño, que sonríe alegremente al espectador. En otro hay un fraile, grave y doctoral, que hace el amor a una hembra que está hilando en una rueca. En el momento preciso en que Su Ilustrísima penetra en la Iglesia, un artesano aragonés está tallando la figura de un torero que presenta el capote en la mano izquierda a un fiero cornúpeta, mientras le amenaza con el estoque. Don Gutierre felicita al artista y departe con él amablemente. Hablan de Italia, de Bolonia y de sus pórticos, de Nápoles y de sus hosterías, de Florencia y de sus palacios, y el obispo, versadísimo en la lengua toscana, recuerda sus horas de mocedad en Roma, a la vera de los espléndidos cardenales que decoran, con su prestancia y con su amor al arte, la ciudad de los Pontífices.

Desde la Catedral torna a palacio Don Gutierre. Dos pajecitos le recogen la cola en el pequeño espacio que separa su casa de la Catedral. Las personas más doctas y nobles de la ciudad –los Loysa, los Zúñiga, los Carvajal– le acompañan siempre a la mesa. De diez y siete pajes se compone ordinariamente el cortejo oficial de Su Ilustrísima. Un lector florentino le recita los versos del Alighieri y del Petrarca; otro le recoge el birrete y permanece de pie a su derecha; unos músicos tañen dulcísimos instrumentos mientras dura el yantar, copioso y sazonado.

Don Gutierre despide luego a sus huéspedes y se defiende del calor y del bochorno de la sazón con una reparadora siestecita, hasta media tarde.

Cuando Don Gutierre muere en Madrid en 1550, decide que le entierren en la misma capilla donde yacen los restos de sus padres. Don Francisco de Carvajal, el consejero de los Reyes Católicos y del Emperador Carlos V, y Doña Mencía, su esposa.

Giralte, que ya ha tallado con gentil magnificencia las puertas y el retablo de la capilla, se encarga del monumento funerario de Don Gutierre. El obispo ora en su magnífico trono prelacial; dos pajes le recogen la mitra y cuidan de su cola.

La pequeña corte de Plasencia, con sus niños cantores, sus alegres pajecillos, sus escuderos, sus fámulos y sus familiares, sirve de fondo a la figura señorial y majestuosa de nuestro obispo.

Hasta en el momento de su plegaria, hasta en el recuerdo de su muerte, el artista ha sabido revestir de gracia, de elegancia, de suavidad y –¿por qué no decirlo?– de alegría la figura de Don Gutierre de Vargas y Carvajal. La evocación de Plasencia con sus jaras y sus peñascales, y sus olivos, y su altar de azulejos de la ermita de San Lázaro, y las paciencias del coro de su Basílica, y su Jerte bramando entre barrancos, y las manchas verdinegras de sus encinares, surge, por una necesidad espiritual, ante el hermoso enterramiento de alabastro de nuestro Giralte que puede admirarse en la más bonita y elegante capilla, medio gótica, medio renacentista, que tenemos en la Villa y Corte, y que no todos los madrileños conocen, como es natural.

La Esfera (27-07-1929)

Dámaso Ledesma

La última vez que vi a don Dámaso Ledesma, fue una tarde de verano, en nuestra Plaza Mayor, acompañado de su gran amigo don Clemente de Velasco. Charlamos como siempre, largamente e íntimamente. Yo era para Ledesma "Rojitas", a quien él había conocido de niño y de colegial, y Ledesma era para mí una de las personas más queridas y respetadas. Hablamos de planes, y de música, y de libros, y de no sé cuántas cosas más. Proyectando, le sorprendió la muerte. Y antes de llegar, componía Ledesma su Canción de Cuna, que yo escuché no ha mucho, con los ojos velados de lágrimas, en una fiesta familiar de mi amigo Pepe Núñez Alegría...

A don Dámaso le han erigido un busto la comprensión cordial y el respeto unánime de su hidalgo pueblo: Ciudad Rodrigo. Nada de estatuas. Un busto. Un recuerdo. El que más ha placido al ilustre muerto en el cielo donde está, tocando en el órgano celestial su "Canción de Cuna" a los ángeles, que se saben de memoria Cantos de la Tierra. Ciudad Rodrigo no ha mucho que erigía otro busto a la santa memoria de aquel bendito Obispo que se llamó don José Tomás de Mazarrasa. Es un pueblo que tiene positivamente conciencia de sus valores verdaderos, que los acata, y que los perpetúa, y que sabe consagrarlos con un gesto de amor.

Dámaso Ledesma; cuya loa ha dicho con palabras nobles y justas Fernando Íscar Peyra, era un campesino señor, de los que aún quedan ejemplares en aquella solera mirobrigense. Más que a Cristóbal de Castillejo como a Fernando, evoca en mi espíritu el recuerdo de Ledesma, salvo la vida inquieta y errabunda, otro clérigo músico y salmantino que se llamó Juan del Encina. La socarronería castiza de nuestro don Dámaso, no era festera ni conceptuosa como la de Cristóbal, sino llana, campesina, mansa, como la de nuestro trovero. Después de los villancicos, componía

el clérigo aquel apólogo del caballero "lleno de tristeza" que viaja sin objeto, para acallar su dolor íntimo. En Ledesma había también una seriedad risueña, muy de casta y muy de solera. Luego de coleccionar por esos pueblos sus cantos, hacía para sí su "Canción de Cuna"...

Este precioso pequeño poema musical se me antoja el tributo del hijo a la madre, de don Dámaso a esta tierra nuestra. Le sirve de tema una canción infantil que hemos cantado todos. Luego, sueña, arropa el tema inicial con toda suerte de ternuras y delicadezas, le cuida, le mima, le aniña, le acuna, le arrulla. De vez en cuando suspira el músico. Y solloza también. Pero solloza de alegría, de amor al terruño, de piedad al humilde, de comprensión para el anónimo que nutre con el sudor de su frente a personas que no saben que viven de su esfuerzo. Y cuando levemente, virilmente –es un momento– ha sollozado de alegría el músico, torna a oírse, con su cadencia justa, el cantar infantil.

Yo hubiera inaugurado el busto de Ledesma oyendo los lamentos del violoncelo y las quejas del violín en esa canción tan suya. En ella dio todo lo que de noble, de cordial, de íntimo, de delicado, de sutilmente señorial, tenía nuestro querido don Dámaso. Yo no le he vuelto a ver más desde aquella tarde de verano en la Plaza Mayor, pero cuando escucho su "Canción de Cuna" reanudo con él un diálogo que me desata de la tierra y que me hace pensar en el cielo, donde hay niñitos de la tierra que cantan, para que sonría el buen Padre Eterno, de las barbas de nieve. Don Dámaso, con su hábito sacerdotal, lleva la batuta y le pide al buen Dios que le deje ver su Miróbriga por un agujerito y charlar con don Clemente, para encargarle que lea al piano una partitura nueva.

El Adelanto (26-10-1929)

Trotsky en España

León Trotsky ha prologado la traducción española de su libro "Mis peripecias en España", que se ha publicado recientemente con unas notas sobre el autor de Julio Álvarez del Vayo, tan conocedor de los hombres y de las cosas de la Rusia de los Soviets. Graciosísimo libro –aunque no haga sonreír, naturalmente, ni a "Azorín" ni a Salaverría– esta narración de las aventuras en nuestro país del ex ministro de la Guerra y organizador formidable del ejército rojo. La "Editorial España" ha logrado difundir unas páginas de buen humorismo eslavo, menos solemne y más a la pata la llana que el eslavo.

León Trotsky viene a España de pura casualidad. Le meten en un vagón de tercera hasta Hendaya, y en Hendaya, por libertarse de la presencia de los acompañantes policíacos, siente el deseo natural de visitar San Sebastián. "San Sebastián –apunta Trotsky en su carnet de viaje– capital de los vascos. Un mar severo, pero sin malicia; gaviotas, espuma, aire, espacio." Y a continuación: "Españoles con boina, mujeres con mantilla, en vez de sombrero; más variedad de colores y más gritos que allende los Pirineos. Una calle, una plaza, y otra vez el mar. ¡Magnifico! Y sin policías. Aquí hay un mar como en Niza. La Naturaleza no es tan dulzona; hay más sal y pimienta; esto es mejor."

En seguida, Madrid. El viaje le sugiere nuevas reflexiones a Trotsky: "Esto no es Francia, sino algo más meridional, más primitivo, más provincial, más tosco. Sociabilidad. Se bebe vino en botijos. Se charla mucho a gritos. Las mujeres se ríen a carcajadas. Tres frailes leen en su breviario y, después, fijan devotamente la mirada en el techo barnizado del vagón, y balbucean. Hay mucho de pintoresco."

En Madrid se hospeda en la Pensión París, modestísima fonda. Emilia, la patrona, no habla más que castellano. Con los dedos dice el importe de la factura al viajero. En la calle presencia este la llegada a Palacio del Embajador de la Argentina Marcos Avellaneda. Llueve. En la Plaza de Oriente ve golfillos jugando al cané[339]. Se detiene en la Almudena, en el Puente de Segovia. El guía que le acompaña le habla con desdén de Wagner y con arrobo de la música italiana.

En Madrid, Trotsky no ve sino Bancos e Iglesias –1916– pero a pesar de aquellos, la capital española le parece una buena urbe provinciana. El Museo del Prado le encanta. Le seduce el Palace y sus salas de billar. Visita a Anguiano, secretario a la sazón del Partido socialista. El 9 de Noviembre, a los ocho o diez días de llegar, entra en la Cárcel Modelo por sus ideas pacifistas. Se

[339] Juego de azar, parecido al monte, consistente en apostar a una carta previa.

acuesta, duerme bien, ríe... Todo lo que le pasa a Trotsky se le antoja absurdo y pintoresco. Está en una celda de pago de la primera galería, y en el patio, hace sus amistades con los reclusos. Uno de ellos, por las señas, gordinflón, bajito, charlatán impenitente, parece el nunca bastante ponderado "Chachito", rey del timo, monarca del engaño y príncipe natural de la tahurería. Pocos días en la Modelo. Pronto le dan una orden de expulsión; Romanones es el titular del Ministerio de la Puerta del Sol. Le ponen en libertad, pero sujeto a estrecha vigilancia. Ya Cádiz en seguida, sin perder tiempo. Los policías españoles le tratan muy bien durante el viaje y murmuran de sus colegas, los franceses. Por el camino algunas notas, justas, del paseo forzado. Camino de Cádiz. En este momento estamos parados en Alcázar de San Juan. La Mancha. Cerca de aquí, se halla el Toboso, la patria de Dulcinea. Dulcinea sigue siendo una realidad auténtica y de ella recibe su propia realidad Toboso.

Todos los nombres suenan de un modo expresivo por obra y gracia de Cervantes y viven con vida propia, únicamente por haber tenido existencia real en las páginas del "Quijote". Y más atrás: "Chumberas, naranjos, de vez en cuando palmeras, "villas" blancas de arquitectura geométrica; cubos blancos, sin adornos. Edificios más suntuosos, con torreones moros; muros blancos con arcadas. Sevilla..."

En Cádiz, al fin. Pasea bien los rincones de la blanca, melancólica y tediosa ciudad andaluza. Oye polémicas sobre Dato, Maura y Romanones. De vez en cuando le dejan sólo y discurre por los parajes típicos. He aquí una sobria impresión: "He recorrido –¡Solo!– el barrio antiguo de la ciudad, con calles estrechas, con un olor que os persigue por todas partes de aceite, vino, ajo y pobreza humana". Visita la biblioteca, el museo, en este mes largo de ocio forzoso. El 21 de Diciembre, por Madrid de nuevo, a Barcelona. Nuevas notas de viaje, pasando por Aragón. "Estepa árida. Desierto. Lomas. Arcilla roja, arena, guijarros. Pueblos: piedra y arcilla sobre arcilla y piedra, y el mismo color ocre."

Trotsky embarca en Barcelona para América. Barcelona se le antoja "una gran ciudad de tipo hispano francés". No le dejan desembarcar en Valencia, ni en Málaga, ni en Cádiz; hay esa orden terminante con relación a Trotsky. Tiempo magnífico durante la travesía. Al fin, Trotsky, con su familia –el 13 de Enero de 1917– desembarca en Nueva York.

El libro está ilustrado con unos preciosos dibujos del ruso Rotova y publica, como ya se ha dicho, al final, una linda semblanza de Trotsky, del señor Álvarez del Vayo.

El Adelanto (05-11-1929)

María Rasputín

Un colaborador de "Crónica" nos contaba esta mañana sus impresiones sobre María Rasputín que ha llegado de Lisboa para actuar como bailarina, en el teatro de la Zarzuela. La hija del famoso pope, favorito de la Zarina, es alta y rubia; sus ojos pardos y de mirar intenso, duro; tiene apenas treinta años y viste sencilla y modestamente. María Rasputín recordaba que el próximo domingo, 15, hará precisamente once años que fue asesinado su padre; que era un hombre muy sagaz, muy inteligente, y –es una hija la que habla– muy bueno; que gozó en sus últimos años de una inmensa fortuna personal y que en el palacio de Dsarcó Yeselo, era el personaje de más predicamento e influencia.

– Yo jugaba de niña –contaba María a nuestro amigo– con los hijos de los Zares y toda mi infancia fue un sueño delicioso. En cambio –añadió– hoy no se me ocurre volver a Rusia, porque me fusilarían. María, sin embargo, ha tenido más suerte que tantas y tantas grandes duquesas que en París, y en Londres, y en Roma, y en Milán, actúan de mecanógrafas y de contables, o simplemente, de señoritas de conjunto. La infancia, y la juventud, y el matrimonio, fueron un terrible sueño para esas pobres mujeres. Ellas, que tenían propiedades mayores que muchas provincias españolas, hoy apenas si pueden adornar una modesta alcoba para guarecerse durante la noche. Ellas, que disponían de ejércitos de "moujiks"[340] y de colonos, tienen que aguantar ahora la plebeya llaneza del camarero, del "régisseur"[341], del avisador o del patrono tosco y enriquecido. Sus preciosas joyas, requisadas, sirven hoy a los Soviets para pedir oro prestado a los Bancos de los

[340] Siervos campesinos
[341] Director de escena, en francés

judíos. Y de sus pianos de cola donde ejecutaban las danzas de Tcheikowsky[342], de sus preciosos libros en piel con los relatos de Gogol y de Dostoyewsky[343], de sus cuadros, de sus tapices, ya no queda ni el recuerdo de las escandalosas almonedas donde fueron vendidos, entre las sonrisas de los rojos y las excesivas formalidades burocráticas de los comisarios.

María, muerto su padre, tuvo que huir a Siberia con los suyos. Los amigos de la víspera le hicieron el vacío y sus bienes fueron decomisados antes de la bárbara carnicería que acabó con la línea directa de los Romanoff. Pero María sabía bailar. En las grandes fiestas coreográficas del Teatro Imperial de Petrogrado, María estudiaba los preciosos bailes de Ana Paulowa[344], a la que recuerda constantemente, y su afición la salvó de la miseria. Hoy, entre empresarios que la anuncian como hija del trágico y funesto fraile, viene de Lisboa a Madrid, de Madrid a París, de París a Nueva York, y en todas partes recuerda sus juegos infantiles con los hijos de los Zares.

En Madrid, donde la invasión rusa no ha sido muy considerable, estos relatos excitan todavía la curiosidad del público. En París, en cambio, cualquier estudiante afortunado puede convidar en un modesto Doval a una ex-princesa moscovita, hoy modelito de Paquín, estrella del Moulin Rouge, o simplemente "mecano" de "Le Matin" o de "Le Figaro". Y a la puerta de un cabaret, no es difícil reconocer en uno de esos porteros enormes que tienen a la entrada para echar a los beodos, a un duque cosaco, a un antiguo oficial de la Guardia o a un conde campesino del Volga, que cobraba la renta de dos mil tierras y cortaba la madera de doscientos bosques.

Rusia ha iniciado la inestabilidad social de nuestros días. El que nació duque puede morir en la horca y el que no tuvo pan que llevarse a la boca de niño, puede acabar de jefe del Estado en su pueblo. María lo sabe, y por eso su mirada es dura y agresiva, como la de su padre. Ella, que jugó con el delicado Czarevitz, con las preciosas Tatiana y Anastasia en los jardines y en los parques del Palacio de Hielo, no se acostumbra al espectáculo del mundillo, en el que ha tenido que moverse, al despertar.

El Adelanto (14-12-1929)

"Bon", el caricaturista bohemio[345] que pasea su estudio-automóvil por todas las carreteras de España.

Desde La Línea anunció *Bon* a sus amigos y compañeros de Prensa Gráfica que se ponía en camino para Madrid con su carro y con su perro, con su fiel «botones» y su extraño indumento de gitano catalán. Ya las veinticuatro horas justas de su telegrama, aparecía nuestro hombre, calle de Hermosilla abajo, risueño y jovial, para descansar unos días en estos Madriles, que le recuerdan su café con tostada en el Colonial[346], sus días de caricaturista político, y de músico honorario, y de otros mil personajes que hay en Bon, contradictorios y paradójicos, armando entre sí, a todas horas, la más alegre zarabanda que vieron los siglos.

Desde que este gitano de la Barceloneta abandonó Madrid, hace ya cuatro años, se ha oreado por todos los vientos y se ha dejado tostar bajo todos los soles. Dibujó en Nueva York, y a la vuelta hay quien dice que conspiró en Veracruz. Luego, de secretario, de administrador y de cicerone de la bailarina Doris Niles, una yanqui sugestionada por el cante jondo, Bon recorrió Andalucía de punta a punta, y su silueta se hizo familiar en el Parque de María Luisa, de Sevilla, y entre los gitanos del Sacro Monte [sic], en Granada. La Exposición de Barcelona le devolvió a su ínsula, y en los parques de Montjuich su carro fue popular. En él ha girado por Aragón y por la Mancha, por Levante y por Extremadura, por Vizcaya y por Asturias. Y su carrera no ha concluido aún.

La silueta de Bon evoca entre nosotros otra figura de un español de adopción, que hace ya más de un siglo paseó por toda España vendiendo y regalando *Biblias* a los campesinos estupefactos; la de don Jorge Barrow, llamado don *Jorgito el inglés* por los arrieros y caminantes, sus amigos favoritos. Como don Jorgito, *Bon* se ha hecho un poco de todas partes, y apenas hay comarca española que no haya dejado bien grabada su huella en este trotamundos, tan arbitrario y

[342] Por *Chaikovski*
[343] Por *Dostoyevski* o *Dostoievski*
[344] Por *Pávlova*
[345] Artículo firmado con el acrónimo J.S.R.
[346] Antiguo establecimiento hostelero madrileño, ubicado en el nº 3 de la calle de Alcalá, famoso por sus tertulias literarias, al que se le considera el último café bohemio de Madrid.

tan optimista. Sin embargo, su gitanismo no se nos antoja a nosotros –que le conocemos y que le queremos bien– un gitanismo de buena ley. Él no le lleva, como a don Jorge, su predecesor, al Saladero, ni le cuela de rondón en la cárcel de Sevilla. Es mucho más ingenuo y, al mismo tiempo, más complejo, porque *Bon* es el gitano catalán que se administra mejor. El día menos pensado, embaúla su carro en un barco para reaparecer en Nueva York, convirtiendo su familiaridad con el sol y con el viento, con la escarcha y con la nieve de los pueblos de España, en dólares contantes y sonantes, dibujando alegremente con el lápiz trazos de gentes con las que ha convivido en los mesones y en las posadas de nuestro país.

Crónica (21-06-1931)

Dos tumbas cordobesas[347]

Córdoba es más cuna que sepulcro de sus hijos ilustres. Esta ciudad de solera, que ya es grande con los romanos, que llega a su apogeo con los árabes y que, después de Sevilla, recoge como ninguna otra ciudad andaluza las palpitaciones de la civilización cristiana, no ha querido trocase en sepulcro de sus glorias. De Pablo de Céspedes se sabe, sin embargo, que está enterrado en el pavimento de la mezquita, denunciando una lápida sencilla y humilde el funerario emplazamiento. De Garcilaso de la Vega, el Inca, se afirma que también está enterrado en una capilla, aunque ningún recuerdo lo confirma. En la capilla de San Bartolomé, notable por el frontal del altar, que es de alicatado de azulejos del Siglo XIV, yacen los restos mortales del poeta de Córdoba: don Luis de Góngora y Argote.

Góngora, tan cordobés, no podía descansar más que en aquella ciudad, cuyas bellezas había loado tantas veces, y cuya ausencia había añorado con la mayor ternura desde las vegas del Genil. Góngora y Argote, cuyos versos huelen a nardos y cuyos matices solamente pueden percibirse por los ojos en las noches luneras de verano, cuando las casas enjalbegadas parecen de plata y el río refleja el añil del cielo, descansa, naturalmente, en la Iglesia Mayor, de la que fue racionero, no lejos del coro, donde se distraía de continuo mirando a las muchachas, con la irritación del Claustro y los anatemas episcopales de castigo continuo y ejemplar. La lápida, sencilla, costeada por el marqués de Cabriñana en 1858, refleja, en un latín un poco pedante y atrevido, las calidades del gran trovero, que tanto se divertía con las cañas en las Correderas. Ante la graciosa reja de San Bartolomé nos es dulce evocar, en el silencio, la memoria de Góngora, cada vez más actual y contemporáneo, como todo verdadero artista. Góngora, travieso, grave, siempre sensual y lleno de color, es romano como Séneca, árabe como Almanzor y cristiano como uno de aquellos pintores primitivos de la ciudad, ingenuos y sencillos, que distraían sus ocios dibujando los mantos de las Vírgenes y poniendo en sus rostros, junto a la color morena, todo el pudor y toda la niñez que presta la gracia al corazón henchido de pureza. Si las letrillas parecen hijas de Marcial, los romances tienen la rudeza de las huestes sarracenas y los sonetos la grave melancolía del cristianismo. Por eso, por reflejar el espíritu eterno de la ciudad, es tan cordobés Góngora; por eso descansa junto al Patio de los Naranjos, cerca de las plazas donde él gustaba jugar de niño con las mocitas a juegos no muy reverentes, y dentro de la Basílica, que si fue la llave de su despensa, fue también el torcedor de su espíritu y la angustia de su vida.

Y en el cementerio de San Rafael, a las puertas de la ciudad, ya en el campo fecundo y cálido, arropado por la tierra que le criara, duerme también su sueño eterno, desde el 10 de Mayo de 1930, el gran pintor cordobés Julio Romero de Torres, cuya memoria no se ha borrado ni se borrará jamás de nuestro corazón. Con una hilera de cipreses elegantes y señoriles que le sirve de guardia, y que recuerda las cercanías de Fiésole, cuna de aquel fray Angélico que pintó la Anunciación en un momento de éxtasis, la sepultura de Julio Romero de Torres, que es una grave columna romana, remata con la cruz del Cristo. Las flores decoran la caja de piedra que sirve de arca a sus restos, a la vera de los muros del camposanto. Todo es grave, y decoroso, y noble, y entonado, en la última morada del pintor cordobés. Ni una concesión al gusto mediocre de la época; algo que es romano como su nombre y cristiano como su apellido, sonoro y español. El basamento de la columna con el nombre, que es por sí solo la mejor evocación, y sobre la columna, la esfera del mundo, y sobre nuestros afanes, y nuestros dolores, y nuestras alegrías,

[347] Artículo firmado como Jorge de Alba.

sobre nuestra pobre vida, la cruz que llevamos todos de expiación. La cruz de la gloria efímera y del ideal que se disuelve en la realidad. La cruz que disipa los sueños que no tienen consistencia, y que da, en cambio, relieve a una vida que no quisiéramos vivir.

La cruz como pingorota en el monumento funerario de Julio Romero de Torres, es un verdadero acierto porque es el símbolo más estilizado de todo su arte pictórico. Los ojos que no sepan ver o, mejor aún, entrever lo que tienen delante de ellos, dirán que el arte de Julio Romero de Torres es sensual y realista. Nada más. En la *Musa gitana*, en *Carmen*, en *La consagración de la copla*, en los retratos de tantas y tantas mujeres que pintó Romero con deleite, hay algo más. Hay una tristeza que no sabe ni quiere disimular. Hay un sabor místico, un hálito religioso, una intuición del cielo, una amargura del pecado, que Romero, conscientemente, acentúa a cada paso, a lo largo de su labor. Sus chavalas de grandes ojos negros, negros como la muerte, como el misterio y como la pena –que diría el cantar–, son mujeres insatisfechas que saben que el mejor amor es el que se recuerda o el que no se logra; pero jamás el que satisface los sentidos. Sobre la guitarra, y la reja, y el novio, y los celos, y el amor, flota la fe en este hombre, que yace enterrado en el camposanto de San Rafael.

Hoy, día de los difuntos, recordamos las dos tumbas de Góngora, y de Romero, dos cordobeses que tanto se parecen. El que quiera evocar la Córdoba pasada de la Corredera, y de las grandes casonas hidalgas, y de los graneros henchidos, puede detenerse ante la lápida de la capilla de San Bartolomé, que está en la Mezquita. El que quiera evocar la Córdoba de hogaño, con sus convulsiones campesinas y su tristeza ambiente, vaya de paseo al cementerio de San Rafael. Allí, con la cabeza descubierta, verá como Julio Romero de Torres, glorioso artista, duerme su sueño como vivió su vida: con decoro y con melancolía. Una columna, una cruz, unos cipreses. Más arriba de las tapias, lucen los olivos sus copas verdinegras. El río, camino de Sevilla, canta gravemente su canción de angustia y de inquietud, como Andalucía.

Crónica (01-11-1931)

Cordobeses ilustres

José Sánchez Rojas, el gran escritor que fue amigo y colaborador muy querido de nuestras revistas tuvo una fuerte devoción personal y estética por Córdoba, la ciudad andaluza que une en sus piedras esencias romanas y nostalgias árabes. Eco de aquel fervor es una interesante serie de artículos que José Sánchez Rojas escribió en torno a temas cordobeses y que iremos publicando a partir de este número. Cuantos se deleitaban con la prosa limpia y castellanísima del gran escritor, sabrán estimarnos la publicación de estos trabajos que inspiró Córdoba a nuestro llorado amigo.

Averroes

Jurisconsulto, astrónomo, filósofo, matemático, nace Averroes en Córdoba en 1126 y muere en Tánger en 1198. Su padre y su abuelo fueron *cadis*, jueces en Córdoba. Averroes estudió en la Universidad cordobesa. Los aschanitas le enseñaron Teología; Abu-Djafán-Ibu-Harum, el médico árabe de Trujillo, la Medicina; aprendió las Matemáticas y la Astronomía, y en la filosofía fue dilecto discípulo de Ibu Badjá, y en realidad de Aristóteles. El famoso fresco de Rafael, que se custodia en el Museo Vaticano, muestra a Averroes moreno, fino y con turbante oyendo las lecciones de Aristóteles. En Marruecos, Averroes organiza la enseñanza. Vuelto a Córdoba goza de la protección de Yatruf-Yussuf, fervoroso lector de Aristóteles, gracias al cual publica nuestro Averroes un comentario completo a la obra aristotélica. Con Almanzor en cambio, cae en desgracia, y acusado de herejía musulmana, confisca sus bienes y le condena al destierro.

Sus libros han llegado a nosotros. Son los famosos *Comentarios* a Aristóteles, el *Tehafot al Tehafot. El final de los finales*, dos libros sobre el entendimiento activo y el pasivo; un Tratado de Física basado en el de Aristóteles, el libro *Colliget*, de Medicina, del cual hay una edición veneciana de 1527, y, finalmente, el compendio astronómico del Almagesto de Tolomeo.

Juan de Mena

Juan de Mena nace en Córdoba en 1411 y muere en Torrelaguna en 1456. Pocos datos concretos suministran los biógrafos de este poeta. Sabemos que su abuelo fue el señor de Almenara, Rui Fernández de Peñalosa, y su padre regidor y síndico de Córdoba. Mena estudia en Córdoba, en Salamanca y en Roma. Cronista de Córdoba, elegante cincelador de versos latinos y castellanos, es amigo íntimo del marqués de Santillana, el poeta predilecto de la corte de don Juan II y

del favorito don Álvaro de Luna al que alababa o reprobaba sus actos públicos con una exquisita y constante ecuanimidad castizamente cordobesa.

Mena, que conoce la poesía toscana, ocupa un lugar insigne en nuestro parnaso gracias a su famoso *Laberinto*. Su *Coronación* tiene versos tan finos como estos:

Los sus bultos virginales,
de aquestas doncellas nueve,
se mostraban bien a tales
como flores de rosales
mezcladas con blanca nieve

La leyenda dice que murió de una coz de mula en Torrelaguna. El señor Menéndez Pelayo rectifica la leyenda, advirtiendo que puede tratarse, y bien, de aquel incidente que refiere el poeta "sobre un macho que compró de un arcipreste". En Torrelaguna no quedan huellas del magnífico sepulcro que le costeó el marqués de Santillana. Tampoco cree en la suntuosidad del enterramiento don Marcelino, ya que, en época de Ponz no quedaba de él otra cosa que una piedra en las gradas del altar mayor con un epitafio corriente.

Ambrosio Morales

En 1513 nace en Córdoba este famoso historiador, muriendo en la misma ciudad el 21 de septiembre de 1591. Aunque su padre fue catedrático de Filosofía en Alcalá, elegido por Cisneros, Ambrosio vive y estudia en Salamanca hasta 1533, en compañía de su tío, el catedrático cordobés de aquella Universidad don Fernán Pérez de Oliva. Se retira entonces a un monasterio de la sierra cordobesa y se consagra a la meditación. Estudia en Alcalá con Medina y con Melchor Cano, siendo nombrado luego catedrático de Retórica, logrando discípulos tan ilustres como don Juan de Austria, don Diego de Guevara, José de Rojas –marqués de Pozas– y su hermano don Bernardo, después cardenal de Sevilla.

Sus *Anales* han llegado hasta nosotros, lo mismo que su célebre *Crónica general de España*. En la Bibliografía de Pérez Pastor, premiada por la Academia, hay datos muy interesantes de la vida y obras de este cordobés insigne.

Carlos Rubio

Este gran periodista de la revolución, notable por su acometividad y por su descuido en el vestir, nació en Córdoba el año 1832, muriendo el año 1871. En Madrid se consagra al periodismo sin terminar su carrera de Derecho, formando parte de las redacciones de *El semanario pintoresco, La Ilustración y Las Novedades*. Fue progresista, y estuvo en Inglaterra durante el destierro del general Prim, como secretario de este. Con Castelar tuvo desde la *Iberia* una famosa polémica que fue muy comentada. Al ocupar Prim el poder, fue diputado, y no quiso más que un modesto destino para vivir. Sus folletos políticos son inmensos, y cultivó también la poesía, la novela, la crónica periodística y la sátira. Su paisano don Juan Valera elogia sus notables cualidades literarias que no sobresalieron del todo por la agitación singular de su vida inquieta. Diputado por Zamora en 1868, dirigió a sus electores un manifiesto que fue popular en su época. Después de muerto Carlos Rubio, estrenóse su drama *Rienzi*, con extraordinario éxito.

Nuevo Mundo (01-07-1932)

MUJER

En torno a la mujer

Releyendo hoy números de revistas atrasadas, me encuentro dos artículos de asunto *femenino*. En «Alma Española», uno de Baroja, *La secularización de la mujer*, estudio muy ligero, muy parcial, escrito en un momento de pasión, cosa que impresiona, pero que no convence. Otro, un resumen del artículo de O'Connor, en *The Fortnightly Review*, del mes de Enero, donde se comenta un libro de M. Hay. ministro de Negocios Extranjeros de los Estados Unidos, sobre España y sus cosas. Y hay que convenir en que nos conocen mejor los de fuera que los de casa.

En estos asuntos del feminismo, de la educación y secularización de la mujer, soy excesivamente tibio y débil. Me asusta cualquier solución, por floja que sea. Ni resisto el discreteo empalagoso y escolástico de nuestras abuelas, que retrata Calderón, ni me parece excelente educación, ni educación a secas, la que endilgan a nuestras mujeres de hoy con las noticias de pintura ñoña, francés barato y música callejera.

Y el acudir al insulto, tratándose de ellas, me parece pueril, en España al menos, donde no andamos los hombres por otros derroteros. Y si quiere pregonarse que tenemos por estas tierras problema *feminista*, confesemos que lo hay también masculinista, hombruno o como quiera decirse.

"Las mujeres españolas son incapaces de regirse por sí mismas; son impresionables, crueles. Ni tienen sentimientos en el corazón, ni pensamientos en la cabeza", escriben todos los que blasonan de psicólogos en el café y de conocedores del corazón de la mujer, que como dice un ingenioso amigo mío, se parece a las pirámides de Egipto, por lo confuso y multiforme de los jeroglíficos que tiene dentro de su alma.

En capacidad, en eso de la autonomía individual, del *self-control* que dicen los ingleses, maldito si nos sobra algo a los hombres. No servimos para nada. En los derechos políticos, tenemos la misma competencia que la Maritornes del vecino. Nuestros sentimientos ganan en extensión, pero no en intensidad a los mujeriles. Llevamos en ellos un lastre enorme de brutalidad. Tenemos en el fondo, ya que no en la forma, la misma rudeza que los hombres primitivos. El que sabe barnizar sus pensamientos, con tintas delicadas, es, a menudo, un bribón redomado. El que no entiende de florete, sabe manejar el garrote y se le tiene por hombre franco. Y confundimos a menudo la franqueza con el desahogo.

El cerebro me parece una pieza inútil para la mayoría de los españoles. No pensamos poco ni mucho. Somos, por naturaleza y por hábito, despreocupados y ligeros. Cosa llena de verdad y hondura fue aquella amarga ironía del señor Unamuno, cuando se reía de la libertad de pensamiento, cuando en España no piensa nadie.

Y resulta que esos cargos que dirigen a las mujeres los psicólogos de tanda, son aplicables a los hombres con mayor razón.

Se dice también que «las mujeres ven en el matrimonio, primero, la cuestión económica, luego, el *trousseau*, las galas, el vestido de la ceremonia.» Otra niñería, y dispénseme Baroja, que no puede decirse, en lo que a las españolas se refiere. Y si se dice, habrá que extenderlo también a los varones. Supongamos que, efectivamente, la mujer ve en su marido una mina explotable, que no la preocupan ideales de ningún género, sino cosas que suenan y se cuentan. Nuestro desprendimiento no llega tampoco a lo extraordinario. Los catálogos de las herederas ricas, han estado siempre en alza entre los mozos casaderos. Hay muchos que deben su posición a la bolsa

de sus mujeres. Si las mujeres buscan en el hombre la independencia económica, los hombres buscan en ellas una cosa muy parecida.

Y las galas de la fiesta, la satisfacción de la vanidad que nunca se harta, es también aplicable a «los contrapuestos sexos» que dijo Cánovas. El sastre tiene las mismas relaciones con los hombres que la modista con las mujeres. Dígalo, si no, la gente militar joven y nuestra decantada hidalguía, nuestra aristocracia externa. Y crea Baroja que si hay hembras que no tienen otra cosa de particular que los vestidos, hay muchos hombres que no tienen más prendas que las prendas de vestir. A M. Jhon [sic] Hay, que siendo yanquee y todo, mira con indulgencia a nuestras mujeres, de las que asegura que «tienen una inteligencia más rápida y más activa que los hombres», se le ocurren cosas de alguna originalidad, sobre nuestras costumbres, de las que hablaré otro día por ser el tema entretenido y sabroso.

El Diario (23-02-1904)

En torno a la mujer

M. Hay se ocupa de asuntos femeninos, con una seriedad verdaderamente yanquee. Y en el artículo que dedica O'Connor a su libro, encuentro yo buen arsenal para defender a las mujeres españolas, o si se quiere, para acusar a los hombres. Mi aserto es que los tan cacareados defectos de la mujer española nos tocan muy de cerca a nosotros.

M. Hay se detiene a examinar las faltas ortográficas «en las que, –dice– se entregan por completo a nuestra benevolencia». Yo mismo, hace dos años, en un trabajo intitulado *Cartas de mujeres*, escribía, de mi cuenta, algo parecido. «La mujer española siente mucho y bien, pero escribe poco y mal. Tiene sensibilidad exquisita, desde luego, pero mala, muy mala ortografía. Hay médula en lo que dice, pero carece de forma.

Hay alma, sentimiento, algo fuerte, en las cartas femeninas. Nosotros nos dedicamos solo a la factura, a la fachada externa. Y en las cartas de amor ¡oh el amor! dicen algo de su cuenta; pero los galanes copian las cosas más vulgares que contienen los manualetes del ramo.»

Es verdad que las mujeres olvidan pronto las reglas gramaticales. Pero a los hombres nos pasa lo mismo. Nos llevan, sin embargo, una ventaja. Que ellas confiesan sus errores y nosotros los atribuimos a confusiones lamentables.

Yo sé de un abogado que escribe *bovo*, de un político que escribía *circunspezión*, de un galán que soltaba el chorro de su amor a la novia llamándola *veldaz*, y por último, de un famoso y notabilísimo profesor de mi niñez, que nos hablaba de las *torías* y *toremas* de las ciencias matemáticas. Y esto en personas que tenían la obligación de saber estas menudencias. Y los ejemplos están tomados al azar, que si rebuscase en mis apuntes sobre el caso, habría tela cortada para una lista enorme.

Si el noventa por ciento de las mujeres ignoran las reglas de ortografía, al noventa por ciento de los hombres les sucede lo propio. Y he visto apuntes de escolares que cursan facultad, escritos de abogados, informes de arquitectos y cartas de literatos, donde hay dificultades para *el uso acertado* de la b y de la v, de la g y de la j, de la m y de la n, etc.

El argumento fundamental para demostrar la inferioridad de la mujer española estriba en su inteligencia escasa. Y por una Teresa de Jesús, por una Carmen Silva, por una Emilia Pardo, por una Concepción Arenal, dicen, hay millares de medianías. Esas excepciones confirman la regla general. Y yo digo que por un Giner, por un Joaquín Costa, por un Juan Valera, hay también millares de Domínguez, de Fernández. Y esos buenos señores confirman la regla general de la ignorancia masculina.

«Las mujeres españolas –dice Hay–, son ardientes, felices, amantes, y al mismo tiempo, calculadoras». Y luego añade que «saben un poquito de francés y algo de música», y no leen novelas porque sus mamás no lo consienten. Eso de la complejidad psicológica en nuestras mujeres me parece un poquito pasado de moda. Son demasiado unilaterales. Para tener un temperamento, una cantidad de alma como Nora, como Edda Gabler, las heroínas de Ibsen, necesitan otro ambiente y el español ahoga y empequeñece lo pasional y lo grande...

Hablan medianamente el francés, pero la mayoría de los hombres ni bien ni mal: no lo hablan. Y si su erudición consiste en unos versitos de Lamartine, una novela de Coppée y otros libros cargados de moralidad, la nuestra consiste en aquellos diálogos de los que, con tanta donosura, se burlaba P. Valdés en su Hermana San Sulpicio –¿Ha visto usted los calzoncillos del notario? – No, señor. He visto la camisa de la lavandera.

De música, la generalidad de los hombres no decimos más que sandeces.

Y no importa que salgamos por ahí afirmando que Wagner es un hombre, que Valverde cansa y que los italianos están de capa caída porque son uniformes y aburridos.

Y si las mujeres no leen novelas, la mayor parte de los españoles tampoco. Con esa maldita casta de los hombres sensatos y formales, el leer una novela es perder el tiempo lastimosamente. Prefieren los artículos de fondo. Y no sirve predicarles que ya no es la novela un mero pasatiempo y que la patria alemana fue hechura de literatos. No lo creen.

En el hogar doméstico, ve Hay mucho de anticuado, pero en él tiene sus simpatías. Y de esto y de la *educación* de la mujer, tal como a mí se me antoja, hablaré otro día, cerrando, de ese modo, mis artículos sobre este asunto.

El Diario (28-02-1904)

Elecciones feministas[348]

De dos casos notables de elecciones feministas, han hablado en estos últimos meses los periódicos extranjeros.

En Australia, han votado, por primera vez, las mujeres. Los elementos conservadores han tenido con ellas su defensa más brillante. Y la mujer burguesa atrajo a las obreras.

Lo notabilísimo del caso es que no han votado a las «mujeres-candidatos». Siguen los hombres, aquí como en todas partes, atrayendo a las hembras. Y el reclamo mujeril maldito si atrae a las del sexo bello.

En todos los distritos de Australia, solo han triunfado tres mujeres. En Inglaterra no tienen estas sufragio universal. Pero intervienen con brío en la propaganda, hacen discursos, enganchan prosélitos y hasta suben a la tribuna a exponer los principios políticos de sus maridos.

Por un distrito rural se presentaban, hará cosa de dos meses, dos candidatos, liberal el uno, conservador el otro. Uno de ellos enfermó, y entonces, su dulce esposa organizó meetings. Afirman los periódicos que habló con exquisita corrección, con sobriedad y con ninguna retórica. Manejó, sí, la única imagen que saben zarandear los ingleses, la ironía. La mujer del candidato contrario no quiso ser de peor condición que su rival y con todos los permisos competentes, discurseó también. Y por cierto, que empezó su perorata deseando que se restableciese la salud del candidato enfermo.

Y como ven ustedes, con una cultura, con una galantería a que estamos muy poco acostumbrados los españoles.

El Diario (02-03-1904)

Despedida a la Guerrero

Pardon, mademoiselle Gueguegó! ¿Quiere usted sostener conmigo una conversación en voz alta? No tema incorrecciones ni violencias. Hablemos femeninamente, como nuestros escritores, en un correcto castellano traducido del francés.

Ca va, mademoiselle? Oui? Pues he de decirla, primero de todo, que tiene usted unas formas bellas, unos ojos epatantes, unos collares que valen –esto es simplemente un pequeño *soupçon*[349]– muchos miles de francos. He de agregarla que estuve pendiente de su gesto varias noches, desde mi butaca del teatro de la Zarzuela; que aplaudí a usted galantemente, *comm' il faut* aplaudirla; y que finalmente –emplearé la frase exacta– me causó usted una impresión agradable de muchacha parisina, picaresca, de bulevar.

Oui, c'est just, mademoiselle Gosagió! Me epato del todo cuando los bellos chicos que escriben en los diarios de extrangís afirman que usted es España, que usted es una gentil andaluza de ojazos negros, que les ramenta la sevillana que les sirvió los churros una noche en Sevilla en-

[348] Sánchez Rojas firmó este artículo como Jorge Sánchez, una firma que utilizó en muy raras ocasiones y que no puede considerarse un seudónimo ya que se trata de su segundo nombre y su primer apellido.

[349] Sospecha, en francés.

señándoles luego la navaja de *Alvacette*[350] que llevaba en la roja liga, con que asesinó al amante, canónigo de la catedral y anciano colega de *Vivillo*[351], dos minutos antes. Me epató –*una chére mademoiselle*– de las afirmaciones de esos deliciosos y alados chicos, amigos de usted, y de las cosas peregrinas que usted les sugiere y les ramenta.

Mademoiselle, ma charmaute mademoiselle, coeur de l'Espagne! Voy a serla franco. Así agradecerá usted, que no es boba a buen seguro, ni de inclinaciones monjiles *non plus*, mis caldos elogios y mi franca simpatía. Usted representa la España de pandereta, –*oui, c'est ça*– la España de los cajones de pasas malagueñas y de mandarinas valencianas; la España de aquel pobre diablo de Catulle Mendés –¡Dios le haya perdonado!– que puso su pluma de libertino ocioso sobre la figura para él incomprensible de la Doctora Castellana. Usted, Rosario gentil, sin quererlo, queriéndolo, como sea –que no trato de confesarla ni hay para qué ahora– también traduce del francés. Es usted la Carmen de Bizet; ramenta el *Barbero de Sevilla*, de inspiración francesa como usted sabe; da la razón a Míster Taylor cuando afirma que nuestras señoras van vestidas por la Castellana, en sus coches, de la cintura para arriba y desnudas de la cintura para abajo; y con sus bailes franceses, con su gesto francés, con su dramatismo de modistilla reñida con el novio la víspera por una discusión sobre un sombrero de calle, pasea usted, triunfante, por Europa y Norte-América, en sus piernas, en sus trajes, esa España pintoresca que tenemos que hacer desaparecer los españoles si aún nos queda un adarme de vergüenza.

Oui, mademoiselle, c'est triste, je le sais bien, c'est fort triste! Pero usted es española y debe serlo en su arte, en su oficio, sin mescolanzas sin concesiones torpes. ¿Que no la dice a usted eso su *entourage*? Yo sí, por afecto. No sea usted chovinista; basta con que usted se acuerde de España, que es su pueblo, y de Sevilla que la vio nacer.

Y aplaudiré a usted mucho, y conmigo cien mil más, el día que usted contribuya a tirar esta España repugnante de tablado y de bandoleros, para mostrar la otra, la inerte, la grande, la naciente España.

Y que ayuden a usted en su labor sus bellas y desaprensivas colegas, los cronistas que viven fuera de la patria común –amigos de usted–, los hispano-americanos que no sean como ese Santos Chocano[352] que nos insulta desde Nueva York, en unos versos muy malos, después de habernos adulado en otros peores. ¿Conoce usted a la Molina, Rosario? Ese es el camino, ese solo. Bien están los cuerpos de las morenas, cuando son como los de ustedes dos, pero está muy mal ese redactor de *Le Journal* que descubre los amores del Greco y de Santa Teresa cuando los dos vivieron en épocas distintas,[353] ese otro poeta que conoce personalmente a *Monsieur Vivillo* y ese otro turista extranjero que vio retardar una corrida de toros para que el Cardenal de Madrid, primo del Rey acudiese con el cabildo y la cruz alzada al palco presidencial[354].

Mademoiselle! Que la llamemos a usted señorita que es más claro y menos peligroso…

Nuevo Mundo (01-04-1909)

A las muchachas de Ciudad Rodrigo

Me lamentaba yo no ha muchos días de no saber bailar ni pizca, ni de haber cultivado más deportes que los de la lectura, ni de haber convertido jamás la reja en público devaneo, sino en confesonario de mis intimidades y en hogar de mi espíritu. Y me lamentaba de ello, muchachas, en vuestro casino, tieso dentro de mi *smocking*, cuando un mi amigo me replicó con viveza: –Tampoco yo he bailado nunca. No tuve más relaciones que con la que hoy es mi mujer, y me felicito de ello.

Porque tened para vosotras que yo, que quiero hablaros desde lejos, no soy un galanteador profesional: Dios me haga D. Quijote, aunque no goce jamás de las miradas de Dulcinea, y me aparte de D. Juan Tenorio con su largo catálogo de víctimas inmoladas a su vanidad. No he po-

[350] «Alvacette, una de las capitales de la Mancha, patria, como es sabido, de Hernán Cortes» (De un Diccionario francés). (Nota del autor)

[351] Joaquín Camargo Gómez, (1866 –1929), alias «El Vivillo». Uno de los últimos bandoleros de las sierras andaluzas.

[352] José Santos Chocano poeta peruano.

[353] Catulle Mendés encontró gótico el Escorial y puso otro edificio gótico en Alba de Tormes donde murió Santa Teresa. (Véase La Víerge d'Avila). (Nota del autor)

[354] De un periódico francés. Las citas serian interminables y renuncio a ellas. También se ha dicho que Mr. Mazzantini es alcalde de Madrid y que Ricardo Torres, Bombita, es secretario particular del jeune roi espagnol. (Nota del autor)

dido decir nunca a la mujer amada que era bonita. Delante de ella, forjaba mis sueños de hogar, brotaban plegarias y no piropos, canciones y no requiebros. Y lejos de ella, advertía con dolor que algo me faltaba que decirla, que para el amor es torpe cosa el lenguaje de los hombres, que mi alma se inundaba de deseos cuando mi boca quería palabras y que no se puede ni se debe nunca tratar literariamente esas miradas, mundos de deseos que nos hacen llorar, ni esas confesiones de reja que nos hacen vivir en el cielo y sobre las estrellas, ni esos anhelos que nos llenan de frescura, de coraje y de ímpetu nuestra mocedad risueña.

Mujeres de Ciudad Rodrigo, el problema de España está en vosotras; vosotras seréis como nosotros acertemos a formaros y nuestra suerte en la vida dependerá principalmente de vuestra energía y de vuestro amor. Cada una de vosotras, en vuestro pueblo, en vuestra calle, sois anónimas heroínas de cien acciones generosas o autoras directas y responsables de una derrota, de un sueño interrumpido y de una deshecha ilusión.

Mi maestro Unamuno ha dicho que os educan para novias y no para mujeres, y mi maestro Unamuno dice verdad. Oídme un momento. Puedo decir sin jactancia que os hablo en nombre de la juventud de España. Y puedo deciros algo más; puedo, mejor, debo deciros, con llaneza, con amargura, con emoción de recuerdos y temor de esperanzas, que acaso esta convicción mía ha traído a mi vida íntima de muchacho los primeros amagos de tempestad y –¡Dios lo sabe!– las primeras lágrimas caldeadas y lentas.

¿Por qué no hacéis culto de la reja, muchachas? ¿Por qué no os consagráis de lleno a vuestro novio, que será, si os dais maña para ello, vuestro compañero y el padre de vuestros hijos mañana? ¿Por qué no colaboráis en su vida amistosamente, de hermana a hermano, aplacando sus iras, excitando sus amores, apagando sus ímpetus, deshaciendo sus timideces? ¿Por qué vosotras, que sois inteligencia y que sois disimulo, no combatís a nuestro lado la batalla de la vida, más grande que el cerco de vuestra ciudad, animosamente, como leonas? ¿Es que no queréis que ciñamos en vuestra frente los laureles de la victoria? ¿Es que no queréis tampoco, amigas mías, hermanas mías, recogernos en vuestros brazos cuando hemos caído heridos, apuñalados, deshechos, en el fragor del combate, para llamaros a engaño?

He vivido algún tiempo fuera de mi España. Y fuera de ella, en las ciudades nobles de Italia, en los valles melancólicos de Suiza, en los mimosos pueblos de Francia, me ha unido a las mujeres un sentimiento desconocido entre vosotras y en los muchachos; el sentimiento de la amistad. Ni aquellas mujeres eran para mí, ni yo era para ellas. Y hacíamos, sin embargo, vida común en la calle, en el teatro, en el restaurant, en el paseo, visitando una iglesia, contemplando los cuadros de un museo o extasiándonos ante un paisaje. Con cualquiera de aquellas amigas, cuya amistad nunca enturbió la charca de un mal deseo ni la sombra de una frase atrevida, tenía más serenidad de presencia y más intensidad de expansión que ante una novia. ¿Por qué? Porque nuestras relaciones de amor en España comienzan en un juego y terminan ante una conveniencia.

De conocernos, nada; de sondear nuestra alma recíprocamente, nada. Y hay mujeres, que han sido novias nuestras, a las que hemos sido completamente extraños. Y vosotras conoceréis muchachos, que os han querido un día, pero cuya alma es tan desconocida para vosotras como un rostro nunca visto. Ese novio ha sido para vosotras un acompañante, no un compañero. Esa novia ha sido, para nosotros, una vanidad más en la lista grande de nuestras vanidades de conquistador.

Y el amor no es eso, no puede ser eso, ni debe ser eso. No es cobardía, sino pujanza; no es convencionalismo, sino sacramento de paz; no es achaque de vanidad, sino manantial de sacrificio.

Amigas mías: dejemos a nuestros padres sus recuerdos del tiempo mozo, para que nosotros cantemos nuestro porvenir. Sean cantares de cuna los nuestros y no plañideros rezos por muertos que están bien enterrados. ¡Vais a ser madres! Cantad, balancead al niño al ritmo de la cuna. Nosotros, vuestros compañeros os abrazaremos santamente en los brazos del hijo.

Reina de un día, princesas de un día. Que vuestro reinado efímero, luminoso, de una fiesta, sea largo y duradero mañana, en un hogar obscuro, ante un nene rubio, ante un compañero fuerte que os ame de veras.

Y que esa corona de laurel que os ciñó a las sienes el poeta, deje huella de luz y de sangre, para siempre, en el corazón de un hombre que os lleve de la mano por el camino de la vida, que es, para los que saben merecerla, el camino de la gloria.

Avante (13-08-1910)

Provincianas y madrileñas[355]

El primer día primaveral que hemos gozado en Madrid, ha tenido un crepúsculo lento, con un cielo rojo, que fulguraba en telones de púrpura, allá al remate de la calle del Arenal, sobre el palacio de Oriente. Y en la clásica calle han alegrado nuestros ojos estas mujeres menudas, risueñas, expresivas, nietas de las que pintaran don Francisco de Goya y don Vicente López, con sus mantillas negras, con la peineta de caray[356] sobre lo alto del promontorio, con las faldas oscuras y el zapatito impecable, avanzando, decidido, en actitud gallarda y desenvuelta.

Todas estas lindas muchachas de mantilla negra de encajes, de alegre mantilla blanca con flor roja, de mantilla de madroños, están en la edad de las ilusiones y tienen un novio. Pero hay otras muchas lindas muchachas que no lo tienen y que quieren tenerlo. Las comprometidas son un poco babosucas; van amarteladas con su galancete, comiéndole con los ojos, dejándose admirar, excitando sus tranquilos quereres. Las meritorias son un escaparate de joyería, una barraca de feria, un muestrario de gracias. Venus que juegan con el amorcillo ciego, Ceres opulentas que ofrecen sus fragancias al que quiera recogerlas al pasar. Y yo me digo con pena que la calle madrileña tiene un cierto aire de burdel. Y yo, al pensarlo, añoro nuestras dulces provincianitas, tímidas y buenas, que no se atreven a mirarnos demasiado, que no se atreven a querernos demasiado, pero que luego, en la vida, al hacerse compañeras nuestras, nos dan lo que poseen: confianza, pudor, seguridad, sacrificio.

Y el provinciano y el madrileño que llevo dentro, han comenzado a dialogar de cosas harto profanas durante este dulce crepúsculo del jueves Santo. ¿Bastan el sacrificio, el amor fuerte, la seguridad de la confianza para la facilidad[357]. ¿Acaso no hay que llevar algo de arte, de buen gusto, de instinto inteligente, de elegancia, de donaire, de coquetería a la vida? ¿Basta la bondad en la persona amada para que nos haga feliz? ¿Basta su certero instinto maternal, su parquedad de caricias, sus ensueños contenidos, su devoción que nos aparta de los celos, de los sobresaltos y de las inquietudes? ¿No dijo bien Musset cuando dijo que el amor sin celos es un triste y pobre amor? Las provincianitas ¿pueden ser colaboradoras de nuestra obra en la vida, compañeras conscientes, espuelas que nos lleven a la lucha, enfermeras de nuestras dolencias del alma cuando nos sangre el corazón? ¿No tienen sus noviazgos algo de monótono, de cronométrico, de reglamentario, de pasivo? ¿No nos abruman con ñoñeces, normalizando nuestra marcha acelerada, empujándonos a la quietud, a la rutina, al escalafón, trocándonos en porta-monedas de su modista, en acompañante de sus paseos, a cambio de su amor?

Y el provinciano ha replicado: "Sí, amigo mío, todo eso es verdad. Pero... pero a cambio de esta soledad moral, te dan reposo. No bucerán tus penas ni tus alegrías, pero te curarán un catarro. Y te darán un hijo hermoso. Y te coserán tu ropa. Y te enraizarán en la vida, despertando tu sentido económico, tu amor al trabajo y al bienestar. Curarán tus sobresaltos. Y te querrán, hombre, te querrán a su manera, silenciosamente y abnegadamente. Las educan así a las pobres. Son novias como tú estudiante. Las educan en la frivolidad. Las enseñan la caza del hombre. Y luego que lo cazan, se abandonan, porque su misión en la tierra ha concluido".

Y ha objetado el madrileño: "Estas mujeres, en cambio, son más peligrosas porque son más artistas, pero se cuelan más dentro de nuestro corazón que las otras. Son mimosas y teatrales, pero inteligentes y con un instinto sagaz que penetra en tus intenciones y que se da cata de tus pensamientos. Lentamente, desaparece la novia por la amiga. Te entienden enseguida. Te animan. Te ven luchar y te empujan. Te ven vencido y te sonríen. Te ven vencedor y se burlan. Acaso no son constantes como las otras, pero cuando se abandonan, se abandonan sin reservas. Se viste y se atenúa la casa del marido. Al aceptarte, ocultan su reconocimiento. Al abandonarlas tú, te hablan de los fueros del amor y no del tiempo perdido inútilmente. Al abandonarte ellas, te tienden la mano amistosamente, aceptando lo irreparable, dolidas de su desamor".

Y el provinciano y el madrileño han seguido discutiendo amigablemente. Es el tema sabroso y harto complejo para un muchacho convencido de que en la vida enseñan más las novias que los profesores. Y nadie ha convencido a nadie. Cada cual sostenía sus puntos de vista con igual tesón, dejando el problema sin resolver, que es como está mejor.

El Adelanto (17-04-1911)

[355] Existe otro artículo de Sánchez Rojas con este mismo título y distinto contenido, también publicado en *El Adelanto* en 1924 (O.C. Tomo II, página 423).

[356] O *carey* como se dice más frecuentemente.

[357] Seguramente debería decir *felicidad*.

A "una lectora"

El correo de hoy me trae una sorpresa: un sobre gris, de clara y elegante letra de colegiala, donde *Una lectora*, anónimamente, manifiesta, con mimosos rodeos, que no la convencieron mis razonamientos de una crónica publicada el mes pasado y que lleva por título *Provincianas y madrileñas*[358].

Lamenta muy de veras el cronista que su corresponsal femenino se mantenga en el secreto. Yo quisiera decirla algo; piropearla, si fuera bonita; hablar de su tino, de su ingenio y donosuras si no lo fuera. Pero no acierto a orientarme. Ni remotamente puedo sospechar de quien se trata; tengo para mi capote que la gentil lectora –no hay duda de que es gentil– está muy hecha a ocultar sus impresiones, que sabe fingir, que sabe decir con gracia y que, finalmente, ha querido echar su cuarto a espadas en una cuestión que, por ser de instinto, está mejor en plumas femeninas que masculinas.

"Usted –comienza diciendo– ha hecho comparaciones entre madrileñas y provincianas, de las que, sin usted quererlo acaso, salimos mal paradas las últimas. Como estas psicologías las hacen ustedes al compás del corazón, resulta que son muy flojas y que no tienen más valor que el de una impresión personal que dura lo que dure la rabieta o la felicidad que la produjo. Mire usted: una madrileña es tan provinciana como cualquiera de nosotras, y nosotras nos hacemos tan frívolas como esas en cuanto llegamos ahí. No hay más sino que ellas viven entre hombres y nosotras no.

Nosotras vemos el marido y ellas el novio. Pero, por dentro, en la vida diaria del matrimonio, le aseguro que tienen el mismo mucho o poco valor que nosotras. No hay diferencias esenciales, sino tan de poca importancia, que no hay para qué citarlas. Cuando nosotras decimos "¡qué malos son los hombres! o ¡qué buenos son!", queremos decir qué canalla es Fulano y qué simpático es Zutano. Cuando usted compara, compara dos tipos que, acaso, le han interesado a usted. Pero nada más. Por consiguiente, su artículo es falso. Por consiguiente, si a mi me parece eso, debo decírselo y se lo escribo".

Verán los lectores que el párrafo es de una agudeza singular. Mas a mí no me importa confesar que estoy de acuerdo con mi amable comunicante y que yo suscribo también, enteramente, sus puntos de vista. Nunca quiero probar, refutar, contradecir ni apoyar a nada ni a nadie. No tengo tampoco la pretensión de sostener mañana lo contrario de lo que sostuve ayer. No me importa ser consecuente "esto" o consecuente "lo otro". La inconsecuencia es despreciable cuando utilizamos las ideas de ganzúa para abrir puertas. Mientras tanto, todo es uno y lo mismo. Nuestra cabeza, nuestro corazón, amiga mía, están siempre en continuo movimiento, en eterna ebullición mental. A las veces, tornamos a hollar con nuestras pobres sandalias senderos ya conocidos, y a las veces, sin quererlo, nos vamos alejando de nuestro punto de partida. Y como las ideas son máscaras de nuestro dolor o de nuestra alegría, expedientes personales para justificarnos ante nosotros mismos, yo no tengo la vana pretensión de definir, ni de defenderme, ni de atacar.

Hablé de provincianas y de madrileñas, porque el buen sol lucía en la Castellana, enrojeciendo caras bonitas, cuerpos deliciosos, niñas mimosas de ojos grandes y respetables jamonas de singular fragancia.

Si hubiera escrito eso mismo, ¡qué se yo! desde Zamora, desde Salamanca, hubiera escrito otra cosa contraria a la que escribí, y hubiera loado el recogimiento, la gravedad suave, la devoción tierna de las provincianas que recorrían las estaciones, encontrando de mal gusto la coquetería, la frivolidad, la exhibición de las mujeres de las grandes urbes. En aquella crónica escribí que la "calle madrileña parece un burdel", y no me arrepiento de haberlo dicho.

En achaques de mujeres, crea mi graciosa comunicante que todos somos eclécticos. Amamos las mujeres menudas de Goya, las espléndidas bellezas rubias de Rubens, los lindos rostros virginales y puros de Rafael, los cuerpos arrogantes y sensuales de las hembras tizzianescas, todos. En mi cuarto, junto a la maja desnuda de don Francisco de Goya, luce sus opulencias Dánae, y sus carnes blandas y fofas las tres Gracias, y su eterna sonrisa bienhechora, Monna Lisa, la de los gestos enigmáticos...

El Adelanto (06-05-1911)

[358] Publicado en *El Adelanto* el 17-04-1911 (O.C. Tomo II, página 394).

Tarde de otoño

Caen las hojas de los árboles. Comienza el paseo de coches en la Castellana y las burguesitas, a pie, siguen la eterna caza del novio, al lado del papá distraído, de la madre satisfecha y de la hermana menor que te mira seriecita y aburrida. ¡Atrévete, anda con la muchacha! Estos idilios se atan enseguida pero se desatan con mayor facilidad. Es muy mona la chica; diez y ocho años, rubia, ojos negros, carita de nácar en nimbo de oro. Acaso canta; acaso sueña con Mimí[359], desde las alturas del Real, cuando la pobre bohemia se ahoga tosiendo y las notas de la orquesta entonan un canto fúnebre y melancólico; seguramente la chica sueña con un príncipe lejano que ha de pedir su mano de esposa al papá que se la otorgará muy serio; acaso ella sabe de las angustias del vivir, y del poco sueldo del padre, y de los arreglos y tintes de los cintajos y vestidos. Atrévete. Una mirada, dos, tres...

Las mujeres se enteran de estas cosas volando; no hay que subrayar casi nunca. La mamá, con el rabillo del ojo, te contemplará de arriba a abajo. Procura que tu pantalón no lleve hilachos, que tu gabán sea limpio y amplio, que tus botas crujan de salud. Del examen sumario dependerá tu salvación, porque en la vida se juzga por impresión y si la primera es favorable irá siempre *in crescendo* como una melodía de Lleó, pero si es adversa, tarde o nunca se modifica. De la impresión que produzcas a la mamá y de la que a ti te haga, se enterará la chica, sin quererlo. Si sabes leer de corrido la escritura de los ojos, no pierdas coma, ni tilde de admiración, ni dejes de enterarte del sentido de la frase porque haya puntos suspensivos, que amor es reserva cuando nace y abandono cuando va crecidito y talludo. Y a la chica se sonríe: comienza el asalto, los ojos se buscan sin querer, se caerá un abanico "¡ay, qué tonta!", para que tu lo recojas, se dirá en alto una frase para que tú sepas que la niña toma chocolate "todas las tardes" en la Mallorquina, sonará un nombre conocido para que no dudes de la calidad de la familia, apretará el frío, llegaréis cerca de la estatua de Castelar y el papá embarcará a la familia en el tranvía, no sea que tu supongas... Sube al tranvía. Ya procurará la chica enfrentar contigo. No pagues todavía; saca un duro mejor que una peseta y una peseta mejor que una moneda de cobre; saluda a todos los conocidos y a los que no conozcas; enguanta tu diestra aunque no sientas frío y saca tu reloj aunque puedas consultar el del Banco. Tu suegro, tu suegra, tu cuñadilla y tu futura –bella como una *bambina* de Rafael– entrarán en la Mallorquina. Entra tú también. Procura que adviertan que tienes antigua relación con el camarero; dile misteriosamente al oído que no quieres bizcochos y que te apetece más la ensaimada. Paga con otro duro si te es posible, y si es principio de mes, luce tu cartera. Tu suegra observará todos tus movimientos y conferenciará con el papá. Saldrá la caravana calle de Montera arriba, llegará a Fuencarral, atravesará Desengaño. Aquí es. La chica, antes de entrar en el portal, te mirará con sus ojos negros y misteriosos. Aguarda; paladea tu dicha en silencio. Unos visillos jugarán al escondite con la cara rafaelesca; si ella es decidida –que suele serlo– abrirá el balcón. Mirarás su busto gentil quince, veinte, treinta minutos. Cerrará las maderas del balcón. No te vayas todavía. Al cabo de un rato, surgirá una criadita, bien peinada, agradable, traviesa, habladora. Irá a la frutería de enfrente o al comercio de la esquina. Abórdala. Se mostrará enérgica, inabordable, reservada; no te preocupe cosa mayor. Acude al resorte del soborno de tan feliz resultado en estos tiempos de democracia. Rechazará con la boca lo que recoge con la mano.

– ¡Ay, como lo sepa la señorita!

¡Ah, no, la señorita no sabrá nada! Tú eres hombre reservado y formal. ¿Cómo se llama la señorita? No se lo digo. ¡Sí, dígamelo usted! No, otro día. ¿Para qué otro día? Bueno; se llama Lola. Lola ¿qué? Y ya sabes lo que quieres, y como la pluma es más desvergonzada que la lengua, consulta tus clásicos y escribe tu carta.

Y escribes tu carta, y comienzan los amores, y los paseos del Retiro, y las noches de Lara, y la misa de los Jesuitas, y las confidencias de la Moncloa, hasta que un día cortes porque sí. A los dos, a los tres años se casa Lola y siempre te saludará con un gestecillo distinguido, encogiendo la mano. Y tendrá una hija, bonita como ella. Y tú la verás en la Castellana, y por tu alma pasará la amargura de un recuerdo grato, acaso la tristeza de un remordimiento.

Evocan tantas cosas, tantas, estas tardes de otoño en la Castellana, estas mamás gruesas, estos padres distraídos, estas nenas silenciosas y seriecitas.

El Adelanto (07-12-1911)

[359] Protagonista de la ópera *La bohème*, de Giacomo Puccini.

Retratos de mujeres: Prólogo

¡Si vieras, lector amigo! Cada día me desanima, me cansa, me desorienta más y más este oficio de periodista. Somos esclavos de lo efímero, de lo actual y de lo que pasa: la sonrisa de Pastora, la estocada del Machaco, el sermón del fraile listo, el debut de la artista guapa. Apenas nos queda tiempo para hacer obra nuestra. Servidores del público, él nos impone los temas, dejando a un lado los nuestros. Y escribimos años y años para no dejar labor duradera.

Y bien, lector. Quiero ser un poco inactual para que puedas leer estas impresiones, ayer con la fragancia de hoy, hoy con el perfume de mañana. Me cansa esta farándula del teatro, de la política, del crimen, de la literatura.

Se acabaron los retratos de los políticos; hoy comienzo otra serie de retratos, perfiles y trazos femeninos que dejaron huella en mi espíritu.

Los dibujaré con amor, calurosamente, sin prisas. Cuando te sonríe la vida, cuando te azota la realidad con un azote nuevo, recuerdas aquella voz ansiada que no has vuelto a oír jamás, aquellas manos breves que te acariciaron y que no tornarán a acariciarte nunca, aquel gesto con que tu compañera de juego te imponía silencio, aquella palabra solemne ante la que detuvo su ritmo el universo.

¿Y por qué no recoges esos momentos eternos, perennes de nuestra vida? ¿Por qué no dibujar la cabecita de María, describir el cabello de Carmen, cantar la pureza de Pepita, la picardía de Lola, los celos de Juana?

Provincianos serán unos retratos, de mujercitas caseras y fieles. Otros cortesanos. Junto a resplandores de luz, habrá manchas negras, sombras. Conocerás la pícara, la celosa, la romántica, la inocente, la calculadora, la bobita, la fea con sus violentos odios, la perfectamente bella con su frivolidad, con sus faltas de ortografía. Todas estas mujeres serán de la cantera de la realidad; luego piadosamente las velará el artificio de la composición literaria...

El Adelanto (15-04-1912)

Retratos de mujeres: María Luisa

María Luisa se ha levantado temprano, se ha lavoteado durante buena media hora, ha salido al balcón pensando en el novio, y, luego, un poco apresuradamente, se ha puesto una falda gris, un abrigo negro y la mantilla a la cabeza. De un cajón –junto a unas cartas– ha sacado un rosario sencillo y el kempis, ha tornado a abrir el balcón y ha visto lo que quería. Dando un alegre salto, tarareando bajito una canción vulgar que la enternece sin saber por qué, baja María Luisa las escaleras y en el portal ha saludado a su prometido.

Es una mañana limpia de Abril. Apenas pasea nadie en la vieja calle de la ciudad. Un ciego vocea unos periódicos con voz aguardientosa. Los novios, sin hablar, sonríen. Él la encuentra muy guapa. Los ojos, de un azul obscuro, inocentes y puros, miran fijos y confiados. Los arcos de las cejas les definen y hermosean. El cabello, castaño, asoma por el encaje de la mantilla. La carita, redonda, concluye en una barbilla carnosa y fresca. Rodea el cuello una cintita roja y un mechón revoltoso asoma por la nuca.

Los novios, sin hablar, sonríen.

María Luisa no es cicatera, ni tonta.

Amapola de la tierra, su amor es callado y firme. El novio la contempla absorto. Y ella, sintiéndose amada, es tan feliz en esta mañana limpia y abrileña, que sonríe a su novio con la misma ternura que sonríen las mamás jóvenes a los nenes cuando les brezan la cuna.

La misa, en una capillita de luz discreta y dulce. Los lugares sagrados –piensa María Luisa– son hogar del recogimiento. Abriendo el kempis, ha tenido un momento de tristeza. El viejo libro habla de lo efímero de la felicidad, de la mentira de la felicidad, y María Luisa ha comprendido.

En aquel momento, sólo en aquel momento, la moza casta ha tenido el presentimiento del sacrificio futuro.

A la salida, los novios han hablado mucho. María Luisa, mimosa, aprovechando un minuto de soledad, ha abandonado su mano, fina y breve, en la de su novio. El contacto se ha transmitido al corazón. En este momento, único para dos almas, ella ha pensado que tiene entrañas de madre. Él ha pensado con asco en los torpes goces de la carne que creía insaciable, cuando sólo es insaciable el corazón.

Luego en casa, María Luisa ha limpiado, fregoteando, puesto en orden, los muebles del comedor. Ha cantado de alegría esa música frívola y callejera que suena en los organillos. Después, ha escrito una carta a una amiga, contándola sus peripecias, el novio, el traje de la modista, el baile del casino, el arreglo del sombrero. Jugando con su hermanito, le ha besado ruidosa y sonoramente.

Con Pepa, la criada, ha tenido una plática cordial y, borrando distancias, la ha dicho secretos a cambio de otros secretos. La criada agradecida ha besado a la señorita. Y la señorita, creyendo que la lumbre del amor es eterna lumbre, se ha dejado henchir de esa alegría interior, de ese goce apretado que es el resorte de nuestra mocedad, en los umbrales de la vida.

Hoy María Luisa, casada, con hijos, perdido el ritmo de su corazón, recuerda su mañana clara y limpia, la capilla de luz discreta y dulce, y llora muchas horas en silencio...

El Adelanto (17-04-1912)
La Vanguardia[360] (18-01-1913)

Retratos de mujeres: Asunción

Si os fijáis atentamente en Asunción, ahora que mira con insistencia a ese guapo mozo del palco de enfrente, diréis, a primera vista, axiomáticamente, que esta muchacha tiene un mohín levísimo, una mueca imperceptible de desdén, de orgullo, de hieratismo aristocrático... No lo sé, es posible... Pero fijaos más; la función es imbécil; la orquesta destroza ese insoportable fragmento de *Marieta* y la sala está cuajada de gente. Tomad los gemelos. Ese mohín, ese gesto de Asunción es sencillamente miopía. El cabello rubio está peinado con cuidado; ese lacito azul está demás; la cabeza está mejor suelta. El lacito ese –creación de las parisienses– obedece al principio de moda francesa de que lo superfluo es lo preciso en el tocado. Teoría falsa, como la que más. Una cabecita española me place desnuda o con mantilla. Y con sombrero grande, enorme. Si es negro, miel sobre hojuelas. El sombrero grande hace muy bien, porque presta un cierto fondo a la carita y nos obliga a contemplarla a cierta distancia, desfigurando, normalizando, perfeccionando, los defectillos de poca monta...

Os decía que Asunción debiera quitarse ese lacito. Los arquillos de las cejas son muy monos; el pabellón de la oreja, pequeñito, blanquecino. Por los brazos desnudos, carnosos y redondos, serpentea la linfa.

Está un poco enfermucha Asunción. Sonríe discretamente, habla en voz baja con ese señor del smoking, sus ojos azules se han iluminado con un relámpago de picardía cuando el tenor ha dicho esa ñoñez escabrosilla a la tiple, un momento se ha recostado sobre el rojo del terciopelo del balconcillo, en el palco, en actitud pensante.

¿No conoces a Asunción, amigo?

Yo, sí. Creo que la he amado en silencio; creo que he dejado de amarla, en silencio también... Verás... Es de las de puedo y no tengo.

De familia distinguida han ido haciendo agujeros en la hacienda de papá, la usura, el tapete verde, las chicas guapas y mal vestidas. Parece rica y no es rica.

La blusa parece de seda y no es de seda. En el despacho de papá, los sillones descubren vergonzantemente el mullido de paja, la vejez.

Asunción es buena, pero Asunción no vive dentro de la realidad. Se llena la boca con la miel de las glorias de sus abuelos. Vive en una atmósfera falsa y sabe que la modista cobra tarde o no cobra nunca, que el sastre pide la cuenta malhumorado, que en el Registro hay unas cosas que se llaman hipotecas. Asunción será digna si casa con un hombre digno. Asunción será una víctima más de la frivolidad y de la mentira si, en la hora de casarse, impone en lugar de rogar y exige debiendo someterse.

Y en esos ojos miopes hay tristeza.

Acaso sueñan los lindos ojos azules. ¡Que Dios la liberte de su ambiente, que sea mañana su hogar mansión de paz, de amor y de trabajo!

El Adelanto (19-04-1912)
La Vanguardia[361] (24-01-1913)

[360] En *La Vanguardia* se publicaron, en un mismo artículo, los retratos de «María Luisa» y de «Julia».
[361] *La Vanguardia* publicó en un mismo artículo los retratos de «Asunción» y de «Conchita».

Retratos de mujeres: Conchita

Conchita acaba de cumplir los diez y siete años y ya no tiene madre. Se murió de pena una noche muy fría, porque papá era calavera y violento, y faltaba muchos días de casa.

Conchita, de luto, está lindísima. El sombrero grande, enorme, atravesado por un pasador capaz de rematar ejércitos de gigantes, sirve de gracioso marco al rostro, levemente rosado, de la chiquilla. Los ojos, a pesar de ser azules, del color del mar, del cielo y de las niñas románticas, esconden su fondo de burla y picardía. La boca es una raya roja y breve. Los dientes apretados y blancos, dejan escabullir una lenguecita roja que pasea por los labios, lubrificándolos. El velo de Conchita, de motitas como moscas, hace un arco airoso ante la nariz, recta y aristocrática, que pone una nota de distinción en su figurita de *lady* pintada por uno de esos grandes pintores ingleses, –Reaburn[362], Malbourgh– del siglo XVIII.

El cuerpo de Conchita es toda una tentación. Dibújanse los senos pequeños, apretados y firmes, como naranjas de mármol. El traje, ceñido, entalla un cuerpo flexible y recio, como el de una amazona, como el de la diosa Diana. Los zapatitos, que pisan el suelo como la nieve los pájaros, mueven aquella estatuilla con gracia, con ritmo, con deliciosa armonía pagana.

Todos conocéis a Conchita. La veis por la mañana, desde la Carrera, entrar en casa de Lhardy, por los postres; por las tardes, en la Castellana. En Lara, por la noche, que ya el luto es de alivio y va para tres años lo de la pobre mamá. Y a todos sonríe Conchita; todos conocen su gesto, su saludo, acaso su voz. Los que nos hemos asomado un poco a su corazón, tenemos el deber de descubrirlo en esta galería de retratos.

Conchita es de una viveza, de una agilidad, de una frescura de espíritu que encanta.

Impresionable, hija de cada momento, su espíritu brinca como su cuerpo cuando salta por la Moncloa las tardes de sol. Estratega indiscutible, tiene para cada pregunta su respuesta, donosa y desconcertadora. Niña mimada por el papá viudo, tiene un carácter desigual, asequible lo mismo a la violencia que al arrumaco. Nacida para dominar, inteligente, burlona, se ríe de las conveniencias de la sociedad y piensa que amor es algo tan sabroso como el *foie gras* y el pastel de aves.

Nadie sabe cómo vive Conchita, si es rica, si es pobre, si papá es ministro o portero, rentista o empleado. Conchita, sin hablar, sin referirse a sus rentas, habla de su palco, de su cocinera, de su *madame*, de su *fraulano*[363], de su mesa, de sus cuadros, de sus perfumes. Conchita es frívola y embustera. Acaso es un poco liosa. Acaso Asunción, la camarera, ante la confianza que os une con la doméstica de la señorita después de un duro que escapa ¡ay! de vuestro bolsillo para no tornar jamás a él, os pone en antecedentes… Vaciláis, no queréis creer... Conchita os ha ganado el corazón, lo sabe ella y deshace la verdad con un mimo, pasando a una confesión terrible que os parece emocionante y es hija del artificio cortesano.

Conchita deja de ser vuestra novia sin saber cómo. Os duele la ruptura por la fuerza del hábito. Os escribís unos meses. Al año sabéis que es madre. Pocos meses después –Madrid es muy pequeño– os dicen que el marido buscaba una boda de dinero. Conchita os sigue saludando...

La niña mimada es la esposa adúltera, por fin. Aquel corazón era de arena. Nació para el capricho y el capricho la consume y la devora.

El Adelanto (22-04-1912)
La Vanguardia (24-01-1913)

Retratos de mujeres: Pastora Imperio

En el público inocente, bobalicón y novelero de estos teatros de Madrid, la aparición de Pastora Imperio ha sido un acontecimiento extraordinario digno de que un modesto cronista lo comente. Hablemos brevemente de Pastora. El cronista la conoce desde sus mejores tiempos. Es, sin disputa, la mejor bailarina española. Pasará a la posteridad en los lienzos de Romero de Torres. Pasará a la posteridad con sus cabellos negros, tan negros y tan gitanos, que parecen azules, con su tez de bronce, con la movilidad de su cuerpo gallardo... Pastora Imperio, con la Fornarina, forma los dos ejes de la picardía española. Lo que en Consuelito es malicia refinada,

[362] Se refiere a Henry Raeburn (no Reaburn), pintor escocés.

[363] En *La Vanguardia* figura *bräulein*. Creemos que en ambos casos se trata de un error, y que debería decir *fräulein* (doncella, señorita en alemán).

estudio, conciencia de su arte, exotismo, *literatura* en una palabra, es en Pastora majeza, instinto, espontaneidad, casticismo, empuje bravío. Consuelito es una damisela de la Corte de Luis XV que oye lánguidamente apicarados madrigales en los jardines de Versalles. Pastora, la bayadera de un sultán asiático, la hembra por la que llora Boabdil al salir de Granada, la moza desgarrona que quiere a su torero, la devota de la Macarena. La sonrisa de Consuelo Fornarina, sonrisa pecaminosa, invitación al pecado elegante, es en Pastora lamento, cantar andaluz de cementerio, ataque bruto de celos, de mimo, de esclavitud, de renunciación a la vida, de sacrificio por el ser amado. Recuerdo, cuando veo las contorsiones de Pastora bailando el garrotín, aquella danza de Salomé ante la cabeza ensangrentada del Bautista. Ella sólo sería capaz de un amor así y de una venganza así.

Anoche he vuelto a ver a Pastora después de algunos años. No necesito contaros mi emoción. Pastora es uno de los pilares más firmes en que descansa la sociedad española. Si un pintor genial quisiera simbolizarnos en un tríptico, no podría olvidarse de Pastora. La figura central sería la de Rafael Gasset, manejando una escoba, escribiendo con ella esas blancas cuartillas que tanto ama. Machaquito a la derecha, matando un toro, escupiéndole, denostándole. A la izquierda. Pastora de rodillas, cantando su *pena, pena*, moviendo el cuerpo rítmicamente, con los ojos en blanco. Y como detalles accesorios, Canalejas pronunciando un discurso en el banco azul, el marqués de Comillas rezando un Paternóster y Pérez Zúñiga escribiendo unas quintillas para el *Heraldo*.

La sugestión, el encanto, el atractivo de esta mujer singular está, sobre todo, en los ojos, ojos de fuego, de pecado, de misterio. La Pastora es la naturaleza, como la Fornarina es el artificio. Las contorsiones de Pastora son gestos primitivos de ninfa salvaje que sabe defenderse bravíamente de los zarpazos de los sátiros. Fijaos en una bailarina gloriosa, en la Argentinita, por ejemplo. La Argentinita danza con delicadeza, con gracia, con cierto ritmo exquisito. Y la Pastora, no. La Pastora baila naturalmente, personalmente, como ella sólo baila, sin recordar a nadie y sin que nadie pueda imitarla. Como los poetas exteriorizan sus emociones en los versos y los pintores en los cuadros. Pastora se vale de la danza para referirnos su estado de espíritu. Cuando mueve los brazos, promete; cuando entorna los ojos, sueña; suplica cuando, perdida en el bello ritmo del baile, se deja seducir, envolver, dominar en este mar inmenso de la voluptuosidad. Y cuando canta con esa voz suya, bronca, áspera, gitana, un poco dura y opaca, Pastora reza, mima, jura, canta, llora, ríe, promete, desdeña, ruge de celos, vibra de odio, tiembla de amor, castiga con el desdén, con el silencio, con la burla.

Pastora Imperio es Andalucía, pero la clásica, la castiza, la *cañí*. Yo formaría un cuadro de baile para que resaltara su figura gentil: Adela Cubas arañaría las cuerdas de la guitarra. La *cantaora*, Amalia Molina. Y Pastora bailando, retorciéndose como una culebra, coronaría esta apoteosis de la tradición de un pueblo que, como el andaluz, come poco y sufre mucho.

Faros de luz los ojos de Pastora, antorchas orientales, lumbre que ciega, abismo que atrae, mirándoles fijamente, se adivina que amor es misterio insondable y que nuestras pasiones de civilizados son pobre y torpe cosa, comparadas con estas sacudidas de las ninfas primitivas a quienes acechan los sátiros, en el silencio de las selvas vírgenes.

El Adelanto (23-04-1912)

Retratos de mujeres: Pepita

¿Os digo cuántos años tiene Pepita? No, no os lo digo. Seamos galantes, seamos piadosos. Hay varias cosas que deben ocultarse siempre: las canas de los viejos verdes, los años de las muchachas, los sueldos de los escritores. Esas cosas no deben saberse nunca, nunca... Pepita tiene la edad que ella asegura: veinte y siete años. No tengamos interés en desmentirla. La edad en las mujeres muchas veces es un patrimonio, una dote. En España no nos hemos enterado todavía que la edad adorable para las francesas comienza a los treinta años y que las italianas están lozanas y apetitosas hasta cumplir el medio siglo. El manicuro, el masaje, el baño diario, los perfumes, el lavoteo, la higiene...

Pepita, sin embargo, está un poco ajada. La carne de gallo comienza a denunciarla en las mejillas: los polvos baratos y una brocha maldita que tiene en su tocador, han ido descolorándola el cutis. No sabe que el mejor de los potingues baratos es el agua limpia.

Los ojos, con el consabido cerco negro, son obscuros y grandes. Los labios, con la imprescindible raya del carmín, han perdido esa fragancia de la adolescencia y de la primera mocedad.

Las manos, huesosas y largas, finas, blancas manos de muerta, están cuajadas de sortijas enormes, truculentas, que nos hacen mover la cabeza a los escépticos. ¡Está el boro tan barato! Pepita viste mal. Ama los colores violentos, los chillones, los que denuncian la presencia, los que obligan a volver la vista, los que hacen decir a la doméstica: "Qué maja va la señorita". Ama los verdes, los amarillos, los rojos, los azules. No conoce el chic de los tonos discretos, grises. Adora lo complicado, lo extravagante, lo absurdo. Quisiera que su pecho fuera un escaparate. Quisiera tener en el sombrero una arboleda con flores, con pájaros y con frutos. Busca abanicos con paisajes. Su cuarto lo tiene lleno de cachivaches necios, de bibelots costosos y frívolos.

Impresionista para vestir y para juzgar, para enamorarse y para leer, amiga del conjunto, de lo total, no ve el detalle, el matiz, lo que llaman los franceses la *nuance*. Por ejemplo, no repara en el vestido interior. No se ha dado cata de que una mujer superior pone más cuidado en una camisa que en una blusa, en unos zapatos que un sombrero, en unas medias que en un abrigo.

Para juzgar es lo mismo. Con un simplicísmo encantador mira las cosas, sin verlas nunca. En achaques de amor, no repara en las cartas anodinas, en los tenorios vulgares, en las pláticas de reja lánguidas. Lo principal es casarse. Y Pepita, por dentro, es escéptica. Escéptica y tonta. Como que lee a Campoamor y a Fernán Caballero, sus favoritos.

El mundo está lleno de Pepitas, lector. Así andan por el mundo tantos desengañados, tantos solterones, tantos escépticos. Amaron un momento los colores chillones, el sombrero-arboleda, los brillantes de boro, las doloras de ese asturiano ramplón que celebró la medianía sentimental de nuestras burguesas y se cansaron muy pronto de esas preferencias. Y las Pepitas ¡pobres! viven más de recuerdos que de esperanzas.

El Adelanto (29-04-1912)

Retratos de mujeres: Julia

Con el nene, con los mimos del nene, con las gracias del pequeño príncipe, caribobo y revoltoso, que ha dado en la estupenda manía de llamarla a ella, a su novia, bebe y a su papá piyo, sin que ninguna regla filológica explique la extravagancia de Juanito, el espíritu de Julia vive fiesta completa de alegría y de amor. Al contacto del nene, se ha aniñado también Julita. Juega, corre, salta, gesticula con el pequeño tirano todo el día. Silba como el tren, hace ¡pum, pum! con un gestecillo fiero para imitar los cañonazos ante moros y cristianos, toca una trompeta, monta un caballo de cartón, juega con Nini, la amiga de Juanito, la perrita blanca, dormilona, que tiene unos ojos verdosos, grandes, como dos esmeraldas. Y Juanito quiere tanto a Nini como a mamá y a mamá como a Nini. Ríe el muy bobo con el más leve pretexto o sin pretexto alguno, besa a mamá, la toca la frente, el pelo, los ojos, la mete los dedazos en la boca, ríe, ríe siempre con estrépito, como si no hubiera manuales de educación que prescriben el tono de la risa, como lo que es, como un pequeño salvaje a quien se le da una higa de todas las reglas de la buena crianza.

Con Juanito se ha remozado Julita, su mamá. Ha adquirido un aire más serio, de cierta gravedad petulante, muy simpática. La pobre tiene su historia. Un militar primero, que la hacía versos. Un abogado después, que habló formalmente de boda y marchó por los papeles para no volver nunca. Otro tercer novio que tardaba en colocarse. Y, finalmente, el cuarto, Emilio, con el que casó. Este último iba decidido a la coyunda. Hablaron un día de las relaciones, largas, conviniendo en que eran mejor las cortas, y se pusieron, naturalmente de acuerdo. No tardó la petición de mano. Se casaron una mañana fría, en una iglesia obscura, ante un clérigo de voz bronca. Julita, al recibir el anillo de esposa, se acordó del militar, y una oleada de carmín bañaba su carita cuando recibía las arras: unas peluconas amarillas. Los primeros días matrimoniales fueron felices, plácidos, algo dulzarrones. El marido, que durante cinco o seis semanas apenas salía de casa, comenzó a reanudar sus partidas de tresillo, sus amigotes, sus negocios, hay quien dice que sus amiguitas. Julia se acostumbró a la soledad como el pez al agua. Llegó la gran revelación, y Emilio cambió brevemente de vida, pero por poco tiempo. Julita, desde entonces, no tuvo más esperanza que la de ser madre. Y desde hace año y medio que lo es, ha renacido en su espíritu la alegría de la adolescencia.

La maternidad la ha vuelto niña. Apenas se acuerda de las largas ausencias de Emilio; se diría que apenas existe para ella. El pequeño príncipe es el gran tirano de la señora mamá y la señora mamá aprieta ella misma al cuello los bracitos rosados, macizos, del caballero rubio, y festeja, y mima, y atusa las níveas lanas de Nini, la perrita de los ojos color de mar.

Observadla como el cronista, con amor. Advertid que el amor humano, los celos, la inquietud, el desasosiego de la felicidad que se busca, da lumbre a los ojos, animación, movimiento al cuerpo. Hasta las feas parecen bonitas cuando están enamoradas. Pero cuando la pasión ha cuajado en nuestro corazón, cuando la dicha es perfecta, cuando ha pasado de ensueño a realidad, se espiritualiza el cuerpo, el cuerpo, quieto, sueña en la vigilia; el desasosiego se ha transformado en éxtasis. Mirad a Julita con el nene en brazos. Sonríe con bondad, con tolerancia suprema, sin huella alguna de amargura, como sonríen las madres. El óvalo de su cara lo habéis visto en Florencia, en la virgen de la Silla de Rafael, en la Anunciación del Beato Angélico, cuando recibe la embajada del Ángel. Sus ojos negros miran con infinita dulzura. Sus manitas breves parecen nacidas para enjugar lágrimas. Su charla juvenil, animada, cristalina, borra de vuestros oídos el torpe rumor de las estridencias que nos conturban.

Y cuando la divina figurita maternal se mueve, cuando los labios de Julia besan la frente del hijo, cuando juega con él, y con él corre, y con él salta, y con él imita el estampido del cañonazo y el silbato de la locomotora, detiene el dibujante su pluma y quiere tirarla, ante la impotencia de nuestras mezquinas expresiones para trazar el cuadro.

Juanito ríe sin advertir nuestra vacilación angustiosa; Nini ha enredado sus patitas con un pelotón; Julita, santamente, besando al niño con estrépito, sigue diciendo:

– ¡Vida, vida mía! A ti te quiere tu madre, precioso.

Y Nini, quietecita, deja su pelotón, extasiada ante la música con que las madres –¡santas!– arrullan a los pequeños príncipes.

El Adelanto (30-04-1912)
La Vanguardia[364] (18-01-1913)

Retratos de mujeres: Lola

"Tú no conoces a Lola, *una chère*, te lo aseguro. Tú no conoces a Lola. Está siempre sobre sí misma, preparada a la defensa. Ni por un momento, querida Carmen, deja de estar en guardia. ¡Si tú supieras todo lo que hay en el fondo de esas relaciones suyas con el marquesito del Soto!"

"Pues hay sencillamente el afán de vengarse de Isabel: *voilá tout*. El marquesito es un tonto haciendo el amor.

Es uno de esos monumentos consagrados de la *crémme* –patina en el *scating*, es diputado de Canalejas, asiduo del *camerino* de la Fons, coche, querida malagueña, saluda al Bomba, lee a Cavestany– que en cuanto una le suelta un sofión, se nos planta delante de los hocicos con la Amparo en el auto, riendo a carcajadas, haciéndose el interesante y esquivando la mirada.

Lola, que no es tonta –¡qué va a ser tonta!– le desprecia, pero como murió el tío aquel de Extremadura de las catorce dehesas –un tonel sobre dos zancos– Lola huele dinero. Y ya ves, hija, a lo que estamos"

"Es muy guapa Lola. Hay que ponerse en lo justo. Pero su belleza es de esas que la hacen antipática, orgullosa, una beldad que marca las distancias, belleza de mármol, fría y solemne. No mueve los ojos para no descomponerse. No ríe porque la risa achaque de gente ordinaria la parece. Cuando se sienta en una silla, dijérase que se clava en ella. Coloca los brazos simétricamente; procura que se perciba, a través del calado de la blusa, la respiración ondulante de su hermoso pecho. Está escotada aunque se muera de frío. ¡Y tiene su palabra favorita –*schoking*! – para las que hacemos mangas y capirotes de tantas sandeces con las que tenemos que transigir en nuestro círculo."

"Parece que se casa Lola y va de veras. Eso me dijo anoche *Monte-Cristo* que lo sabe todo, en los salones de la condesa. La Reina estaba muy mona: Lola estuvo en primera fila para que la Reina la mirase y la cambiase el saludo. Don Alfonso, tan simpático como siempre, habló con papá largamente de la guerra de África. Allí estaba también Canalejas con los pantalones caídos. En seguida reunió doce marquesitos como el del Soto y les largó un discurso, moviendo mucho los quevedos y retorciéndose sus mostachos. Lola, que se quedó sin la pareja, amiga de figurar, de que todo el mundo se dé cuenta de su presencia, acudió al lado de la Pardo-Bazán, que ha querido ser académica y no la han dejado."

[364] En *La Vanguardia* se publicaron, en un mismo artículo, los retratos de «María Luisa» y de «Julia».

"Está recelosilla doña Emilia, y aunque disimula bien, y ocultaba su coraje mirando con el impertinente una americana preciosa que ha presentado Lázaro Galdeano en sociedad, todos advertimos que la procesión andaba por dentro.

Ya se encargó de pregonarlo Lola. Yo lamento lo de doña Emilia, porque, hija, escribe novelas preciosas. No dejes de leer *Insolación* y *La quimera*, ahora que estás en el campo, y tienes tiempo, y no tienes que vestirte. Yo estaré en Madrid hasta Mayo. Y está divertido esto, no creas. Nosotras, la aristocracia, repartimos el tiempo entre Lyda Borelli, una italiana muy guapa que está en la Comedia, y el perrito que sabe escribir, de Price. *C'es la mode*! El *Orfeó catalá* cantó en el Real la consagración de Graal, de *Parsifal*. Cosa estupenda, Carmen, grandiosa. Conmovía aquello. Ya sabes, hija, que yo soy muy wagneriana."

"No te preocupes más de Lola, Carmen, y no te fíes del pajarito. ¿Y tú Luis? ¿Y las gallinitas? ¿Los encinares? ¿El agua límpida de los regatos? Cuenta, mujer.

Necesito aire puro, olor de campo, algo sano, que tonifique. Tú verás: anoche aguanté el perfume de las de Gómez, el senador, que desde que se ha dedicado a prestar dinero a nuestros papás y a nuestros hermanitos, se cobra en los asientos de las niñas, que tienen hambre feroz de pergaminos. Escríbeselo a Pepe. Treinta mil duros cada chica, saneaditos. Yo le recomendaré como cosa mía".

"Vaya, adiós"

"Muchos besos de Fanni."

Postdata: Mándame el cuaderno de Griego. No te olvides.

El Adelanto (03-05-1912)

Retratos de mujeres: Carmen

Hace una semana que se ha casado Carmen y no parece la misma. Se casó enamorada y contenta; al despedirse de sus hermanas, de sus amigas, al dejarse zarandear el vestido de novia por Anita, la doncellita de ojos verdes, que lagrimoteaba a moco tendido, Carmen no tuvo uno de esos gestos románticos que se llevan en ocasiones por el estilo. No lloró al besar a los papás, al despedirse de los suyos, al repartir la flor de azahar entre las amigas casaderas. Respondió con un "sí", alegre y rotundo, a la pregunta del sacerdote; rió de gozo, sin saber por qué, con una risa dulce, cuando el ministro del Señor puso sobre sus hombros la blanca tela, símbolo del yugo. Jamás se vio menor encogimiento en una doncella. Amiga fea hubo en la fiesta que murmuró por lo bajo de la falta de encogimiento, de timidez, de vacilación, de Carmencita.

La novia se dejó besuquear nuevamente en la sacristía, cuando el oficial del Juzgado –con gafas, con una verruga en la nariz– la hizo firmar el acta civil del enlace. Firmó con seguridad, con sus rasgos ingleses, claros y grandes. Luego, al tornar a casa, al cambiar el traje blanco de esposa por otro gris, de viaje, lloró en silencio. Fue su llanto como lluvia de Mayo sobre los campos secos. Las lágrimas, al colarse por los resquicios de su corazón, lo empaparon de tranquilo bienestar. Se dio cata entonces de las palabras del sacerdote sobre la mujer casta, guardadora del honor del esposo, sobre los hijos. Al encontrarse después con el novio, le miró con una de esas miradas que son caricia, promesa, lealtad, protección, al mismo tiempo.

Hablemos de Carmencita: no podemos prescindir de su retrato físico, de su fisonomía moral, en esta galería de mujeres contemporáneas y españolas. Carmencita, en rigor, no es guapa; un poco respingona es la nariz. Los ojos son al rostro lo que la luz a los faroles; los de Carmencita, ojos color de uva, ni muy grandes, ni muy bellos, son expresivos y revelan bondad. Un ligero bozo se destaca sobre el mentón; su barbilla es fresca y adorable. Mirada fríamente Carmencita, como un pintor mira sus modelos, mirada fríamente, buceando el detalle con el microscopio, no nos sorprende demasiado. Es una de esas muchachas, con todos los reparos, que agradan sin saber por qué. Los andaluces dirán de ella que tiene *ange* y los italianos que es *molto carina*.

Nosotros nos conformaremos, a falta de otra expresión más vigorosa, diciendo de ella que es simpática, muy simpática. Que atrae su conversación franca, risueña, agradable, ponderada, discreta, juiciosa. Que en su cuerpecito menudo, apretado, sano, limpio, lavoteado y fresco, se esconde un alma de mujercita. Que no tiene el instinto del disimulo, el feo pecado de la doblez, los ribetes y puntas de la coquetería común.

En una palabra, Carmencita es una de estas muchachas que llevan en su espíritu un fondo moral, harto arraigado, fondo moral que sale fuera, iluminando, embelleciendo su exigua figurita de retrato goyesco.

Va para una semana que se ha casado Carmencita y no parece la misma. Hace ahora su viaje de novios. Ha pasado cuatro días en Barcelona, por las Ramblas, contemplando el mar –tan azul y tan sereno– de las luminosas playas catalanas. Anoche regresó a Madrid, y del brazo de su marido, la he visto en el circo. Ríe menos que de soltera. Camina con más aplomo. Sus ojos miraban con infantil curiosidad las incidencias de la pista; de ellos brotaba un resplandor de dicha íntima.

El amor, del que dijo el poeta florentino que mueve el sol y las demás estrellas, al convertirse de presentimiento en realidad para Carmencita, le ha prestado esa quietud inefable, esa seguridad encantadora, esa alegría seria y contenida, que es patrimonio de los que no han disipado a tontas y locas, en fútiles devaneos, el tesoro de su corazón y de sus ilusiones.

El Adelanto (04-05-1912)

Retratos de mujeres: La Encarna

– ¡Vaya usted con Dios, vida! –dice Juanito, al salir de clase de Torres Aguilar, con el cerebro fatigado, contento de la luz de la calle y de la música metálica, respingona y nerviosa de los organillos–. ¡Vaya usted con Dios, mi prenda!

– ¡Quede con él, hijo! –replica la Encarna, la modista del entresuelo, con el cabello todavía pringado de bandolina, mirando al estudiante con sus ojazos negros y rasgados, provocativa, insolente, segura de su belleza, de su arrogancia de chula madrileña, del encanto de toda su persona, de la pequeñez de sus pies que reclaman a voz en grito la oriental babucha, de la finura y de la rapidez de su ingenio donairoso.

Juanito vacila. Quiere decir algo –requiebro galante o grosería callejera– que muere a flor de labios. Se decide; sigue a la Encarna.

La bella le anima con la mirada en este escarceo, en esta vacilación de la voluntad. Juanito ha tomado instantáneamente una resolución heroica; "fumarse" –piensa– la clase de Mercantil. Admira más a la Encarna que al señor Álvarez del Manzano. No puede remediarlo. ¡Pobre ciencia y así está el país! Estas tristes consideraciones las hace el cronista; Juanito ha trazado ya su plan alegremente. Rápido, ágil, se ha puesto al lado de la prenda.

– ¿Puede ser? –interroga con una reverencia cómica, llevándose la diestra al flexible.

– Se pregunta antes de acompañar a una señora si esta es gustosa, –replica la chula.

– Pero yo invierto los términos, nena –dice Juan mucho más suelto y seguro de sí mismo que en la clase de Procedimientos–. Y no es extraño. Con usted no se pueden hacer las cosas a derechas.

La Encarna sonríe; le parece bien la osadía del mozo.

– ¿Se va muy lejos? –advierte Juanito.

– Cosa de tres leguas. Hasta más allá de la puerta de Toledo. Allí tengo mi hotel –replica la Encarna.

– Pues eso está lo menos tres estaciones más allá –agrega Juanito al divisar la plaza de Santo Domingo–. Necesitamos parada y fonda. ¿A la señora le gustan los bocadillos?

– Con delirio, hijo –dice la Encarna que no repara en miramientos–. Me apetece el *foie gras*. Los criados nos lo ponen en la mesa. Ya le invitaré al señor. Hoy está Canalejas convidado –añade jocosamente la gentil chulilla.

– Disponga de cinco con cuarenta para todo –exclama Juanito echando la mano al bolsillo–. No hay más. Repare la joven que estamos a 27, con las boqueadas.

– Eso es una fortuna –asevera la Encarna, descendiendo al terreno práctico.

La pareja dobla la esquina de la plaza. Entran los dos en una cervecería clara y limpia. El agua corre por el mármol de la mesa del mostrador. Un camarero gallego sonríe como un oso; pregunta por el servicio. Bocadillo de *foie gras* con doble ella; bocadillo de *foie gras* con doble él. Tienen –singular coincidencia– los mismos gustos la chula y el estudiante; les apetece lo mismo, precisamente lo mismo.

Ella recuesta sus brazos sobre el velador; también Juanito. El discípulo del señor Torres Aguilar, no será un buen estudiante, pero es, desde luego, un galán afortunado. Comienza sus protestas amorosas; la chula le oye con sonrisa burlona. Cerca el sitio él con toda suerte de apreturas, con toda suerte; interviene Arniches más que Calderón en la preparación del asalto. La plaza se ha bebido el doble a sorbitos; nota cierta pereza, cierta languidez, cierto dulce cansancio por la falta de costumbre. A él la cerveza, por el contrario, le ha tornado más locuaz y comunicativo. Y la plaza se rinde, se rinde al enemigo solapado y cauteloso.

Se ha abierto una brecha en un lienzo de la fortaleza; preparase el enemigo, confiado. Él, Juanito, es muy raro; le "revientan" las señoritas –¡palabra de honor!– es capaz de casarse con la Encarna, "si ella es gustosa".

La Encarna –que es buena, inocente en medio de sus descuidos de palabra, honrada contra lo que el vulgo de los diputados provinciales que viene por Madrid asevera– cree. Es todo posible. Recuerda una pieza de Apolo: La suerte de Isabelita. El destino es loco; entroncan marqueses con pastoras por amor, ¿por qué no han de casarse con chulillas estudiantes de Derecho, con lo simpáticos que son los estudiantes?

Ella conoce a un notario que se casó con una camarera. Todo es posible en el amor, tan caprichoso siempre.

La fortaleza se rinde al enemigo. Juanito parece emocionado. O lo está realmente. Hablar a una chula es más serio que hablar en el Congreso. Ella consiente en ir el domingo a la Bombilla, pero con formalidad, no vaya a creerse otra cosa. El agradecido galán la roba un besito en la mano; replica ella con un guantazo dulce, de agradecimiento. ¡Habas contadas! El camarero, discreto, protector como buen gallego, no aparece por allí.

Un organillo, que se ha colocado en frente de la cervecería, preludia el vals de los besos. El vals, el sol, la cerveza, el ambiente exterior, que dicen Taine y el doctor Pulido, inducen a Juanito a poner en práctica una idea atrevida. Se decide con cautela. Acerca sus labios a los de la bella; la bella, repuesta, contesta con un bofetón sonoro. Y la voz del camarero responde:

– Vaaa!

Ríen los dos. Juanito, que sabe psicología aunque no sepa Procedimientos, recuerda la profunda sentencia de Arniches: "La mujer es como la cola, pega cuando está en punto." Y como dude de la veracidad del texto, aleja sus sospechas mirando los ojos, negros y rasgados, de la Encarna, que le sonríen…

El Adelanto (08-05-1912)

Retratos de mujeres: Mercedes

La encontré hace pocos días en el Prado en la sala de Velázquez, delante de Las lanzas, contemplando con arrobamiento la señoril figura del marqués de Spínola, recibiendo las llaves de Breda de manos del general flamenco... Torné a encontrarla en el Real, oyendo la consagración de Graall a la Sinfónica y al *Orfeó*...

Ayer tarde volví a encontrarla en el Parque del Oeste, enlutada, elegante, sencilla, un poco más delgada, con el cutis un poco más blanco, con los ojos negros llenos de bondad y de melancolía. El cuerpo, esbelto, gentil, dibujaba un semicírculo, mientras sostenía su diestra, perezosamente, en el palo de la sombrilla y trazaba, en la arena, no sé qué letras misteriosas y sibilíticas...

¡Mercedes! Muy pocos la conocen y los que tienen esa dicha andan en silencio enamorados de ella. Verdaderamente, vale la pena Mercedes de que se la descubra. Es muy buena y muy inteligente Mercedes. Idealista, cree en los grandes sueños del corazón humano. Romántica impecable, de un romanticismo candoroso y optimista, vive una fuerte, una robusta vida interior, con sus alzas de entusiasmo y de esperanza, con sus decaimientos de ánimo y de tristeza.

Con una fría perspicacia intelectual, no es ajena Mercedes a los santos y consoladores placeres del arte. Siente la pintura y tiene sus favoritos: Velázquez, con sus cabezas españolas; Rubens, por la riqueza de sus tonos; el Ticiano, por su majestad, por su aplomo; Murillo, con sus corderitos, sus vírgenes aniñadas y graciosas, sus niños de carnes macizas, color de rosa. El fuerte de los entusiasmos de Mercedes es la música. Su naturaleza soñadora, que la envuelve en suaves ensueños de bondad, la lleva a Beethoven. Cuando se acerca al piano, y desgrana las primeras notas de la novena sinfonía, se transfigura, se remonta a un mundo mejor. Ejecuta con la placidez de un ángel, con tal majestad y aristocracia que hacen brincar de gozo en su tumba al divino sordo.

Mercedes ha tenido sus aventuras de amor llenas de curiosidades psicológicas, de alternativas misteriosas, poco corrientes en estas muchachas. Merceditas no es vulgar. Ha cultivado su espíritu, ha viajado por Europa, ha sufrido...

Exigente en achaques de corazón, quiere un amor inmenso para corresponderle sin condiciones, sin tacañerías, jugando todas las ilusiones a una carta. La solicitan mucho y ella no da su brazo a torcer. ¿Orgullo? No; Mercedes es la misma sencillez. ¿Cálculo? ¡Ah, tampoco, tampoco! ¿Miedo de sí misma? Tal vez, pero el deber la ha contenido siempre. ¿Esperanza de lo insaciable, del gran amor que borra los amores pequeños? Seguramente.

Ayer –como os he dicho– trazaba Merceditas, sentada en el Parque del Oeste, con el palo de la sombrilla, unas letras misteriosas en la arena... No somos brujos, no creemos en almanaques de amor, en estrellas de suerte, en ruedas de fortuna, en piedras misteriosas. Nos reímos, con toda nuestra ignorancia, de la grafología. Mercedes, mirando la mole roja de la cárcel Modelo, los arbolicos tísicos del pobre Manzanares que comienza a tomarse sus vacaciones contemplando el fondo azul, velazqueño, del Guadarrama, soñaba en su vida futura. La tarde era limpia y grata la sazón. Corrían unos bebés de blanco palmoteando alegremente con la rolla...

Unos novios repetían los eternos juramentos en un banco cercano. Y Mercedes soñaba... Ella quería un hogar tranquilo, un marido luchador para restañarle las heridas de la lucha virilmente, unos hijos fuertes, sanos, alegres, revoltosos. Pensaba en él, en un sueño que se esfuma y pierde sus contornos si no se le sueña con anhelos, si no se le espera con dignidad y sin prisa. Ella sería su colaboradora, su compañera, su mujer; ella sabría todos sus secretos, le ayudaría en todas sus empresas, le llevaría, con sus manitas veladas, por el camino de la gloria. El sería muy bueno, muy fuerte, capaz de leer de corrido toda su emoción, todos los matices de su emoción, de vislumbrar todos los tonos de su alma. Quería un compañero, no un acompañante. Quería ser ella mujer, no muñeca caprichosa y contentadiza. Pensaba en amor manantial de sacrificio, fuente perenne de goces interiores, banquete de la inteligencia y del corazón. Ser amada y amar. Ser comprendida y comprender. Quería todo un corazón, no migajas y partículas de pasiones frívolas. Y ella entonces...

Merceditas tornó a contemplar el paisaje del Guadarrama, con los picachos cubiertos de nieve. Sintió una plenitud de vida, una serenidad, un reposo, una quietud interiores que la hicieron sonreír. Anochecía. Dio una vuelta por la estatua del doctor Rubio. El cielo estaba iluminado por unos tonos rojizos, cárdenos. Allá arriba había fiesta de fuego. El verdor de los campos se trocó en una mancha gris inmensa, luego negra. Tintineaba un tranvía en el paseo de Rosales. Subió a él Mercedes. Llegó a su casa en unos minutos. Despojóse del traje de calle; atavióse caseramente. Sentóse al piano... Jugó con los dedos en el teclado. De allí surgió una armonía extraña, dulce, incoherente, tan rica de color como pobre de técnica, de artificio. Entonces dióse cata de que inventaba Merceditas y de que lo que inventaba era hermoso. ¿Cómo había de imaginarse que aquellas notas sueltas, incoherentes, rápidas, eran hijas de su ideal que resplandecía allá dentro, en el altar más escondido de su corazón de soñadora?

El Adelanto (09-05-1912)

Retratos de mujeres: Epílogo

Amigo lector. He concluido mi tarea; he cumplido la palabra que te di; por tus ojos han desfilado mujeres soñadoras y mujeres ruines, almas candorosas y almas rastreras, ángeles con alas que viven en el cielo y sapos bonitos que croan junto a las charcas, al ponerse el sol. Corazones escondidos y sepulcros blanqueados. Nos interesa poco la mujer; nos interesa poco el niño. Aquella sirve de fondo a la novelería erótica, ñoña y puerca de último cuño. Entregamos este a la palmeta del pedagogo, al descuido y ligereza de la rolla.

Estos seres delicados, quebradizos, débiles –mujeres y niños– nos sirven de pretexto para nuestro erotismo, para nuestra vanidad. Gustamos de una mujer determinada cuando de ella gustan nuestros amigos; admiramos y cultivamos su frivolidad; hacemos de ella un objeto bonito, un detalle de lujo, una muñeca traviesa y bien vestida. Sirve el niño de elemento decorativo de nuestra existencia; reímos sus egoísmos y sus malas inclinaciones. En nuestra soberbia masculina, les miramos como cosa aparte, inferior, buena solamente para distraernos de nuestros asuntos y de nuestra lucha por el pan diario.

Por esta galería han desfilado unas cuantas mujeres. Todas ellas las extraje de las canteras de la realidad. Las tomé en bloque; luego el artificio ha recortado esta línea, aquel perfil, aquellos ojos, aquellos piececitos, aquella cabecita loca recién peinada.

Respeté lo que me dijo la emoción que respetase. Desfiguré aquello otro que tan sólo me interesaba como espectador sereno de la vida. Y aunque te diga un malandrín, lectora, que aquella eres tú, y aunque te asegure, lector, un envidioso, que como te tengo cerca y soy vecino tuyo, me aproveché de tus afectos para sacarlos a la plazuela, decidles, lector y lectora, que mienten como bellacos y ruines que son. Hay defectos que nada tienen que ver con el revelar, con el virar, con el fijar, con el retocar; hay líneas que no pueden alterarse, porque con ellas se borrarían los modelos.

Además, la pintura del señor Béjar ha caído en descrédito, la gente murmura por lo bajo que su pincel no pinta, sino adula, y eso comienza a no llevarse más.

El problema del amor en España empieza a ser tan difícil como el de la confección de unos presupuestos generales. El matrimonio ha comenzado a convertirse en artículo de lujo. Aquí, en Madrid, donde vivo, no se casa la gente del pueblo y apenas se casa la clase media. Son muchas cargas; las enfermedades, los hijos, la pérdida de la aturdida y alegre independencia de soltero...

Pero ese aspecto económico demasiado evidente para que insistamos sobre él, es un sólo aspecto. El moral es harto más terrible. Nuestra juventud, nuestra generación, tienen unas exigencias espirituales que no tenían nuestros abuelos. La mujer tímida, sin alcances mentales, esa mujer española, cerrada en su casa como en un harem, que aduló aquel tonto de Campoamor, mitad querida, mitad esclava, ha dejado de ser el sueño de nuestros mozos. Estos quieren una mujer consciente, sabedora de su deber, inteligente, abierta a toda suerte de emociones, espuela y no freno, ensueño y no cucaña. Se sabe más que antes; se sufre más; vivimos una vida de desasosiego, de lucha; nos adormimos pensando en un descansadero, en un alto...

Y seguimos sin educar a nuestras mujeres. Aprenden música y no salen del vals de *La viuda alegre*. Aprenden a pintar y fabrican esas terribles flores, esos verdes mares bravos, que se premian en los colegios. Cultivamos su vanidad y no su corazón. Las enseñamos que el matrimonio es una plaza, no un mundo de ideales. Van a la reja a mentir, a colocarse. Aprenden el artificio de la oposición. Hacemos de su timidez un arma para nuestras exigencias. Algunas mujeres van al altar como las reses al matadero.

Y esto depende de nuestro escaso culto al hijo, a su juventud, a las expansiones naturales y legítimas de su corazón sin amarguras. Para casi todos los padres, los hijos y las hijas no tienen edad; son los eternos niños en brazos de la niñera.

Yo pido a Dios que refresque nuestro siglo una ráfaga de sueño, que, a la vez, será una corriente fresca de sentido común. Que elevemos el nivel mental de las mujeres, que inteligencia y corazón son hermanos gemelos.

El malo es bruto siempre... No hablemos aquí de feminismo; eso no puede llevarse nunca en España, pueblo de coupletistas, de camareras, de erotismo fácil, de inconsciencia moral. No pedimos mujeres sabias, pero queremos que cesen las mujeres tontas; queremos que las mujeres aprendan que tienen que ser madres; que sepan que la maternidad –manantial de consuelos– es, a la vez, yunque de terribles pruebas. Queremos que se las respete y que no se las adule; que el piropo meridional se convierta en el callado culto; que calle la lengua y muestre su fortaleza el brazo...

Y he trazado estos retratos, lector, para que pienses en la mujer, en el niño, en estos seres sagrados que saben sonreírnos cuando la traición, la malquerencia, o la debilidad propia ponen un gesto de tristeza en nuestro camino por la tierra, que podemos convertir de valle de lágrimas en tierra de promisión. "Venga a nos –dice el Padre nuestro– el tu reino." A nos, es decir, aquí abajo, a nosotros el reino de Dios, que es el de las mujeres y el de los niños.

El Adelanto (10-05-1912)

La Musa[365]

Che la lingua divíen tremando muta e
gli occhí non s'ardiscon di guardare.[366]
(Dante, *Vita Nuova)*

Invocación

Eres luz y eres verdad, Amada. Concluyo este libro; tú me lo has dictado; no sé si mi pluma de trovero triste por sus propios yerros de amor, ha sabido reflejar la emoción que anidaba en mi espíritu, cuando hablaba de María Luisa tarareando una canción vulgar, o de las mentiras de Conchita, o de los arrumacos de Julia al pequeño príncipe, o del grave empaque de Carmencita desde que se ha casado, o de los verdes chillones de los vestidos de Pepita, o de la frescura de la Encarna, o de la unción religiosa de Mercedes que arrancada parece de una tabla de Fray Angé-

[365] Retrato final del libro (Nota del autor).

[366] Ch'ogni lingua divien tremando muta / E gli occhi non ardiscon di guardare. ("Que toda lengua se vuelve muda temblando / Y los ojos no se atreven a mirar.")

lico –y que tanto se asemeja a ti, ¡oh Musa mía!– de la cabeza revuelta, de Carolina, de la alegre carcajada de Cascabelito, de la inefable dulzura de Chirris, o bien, cuando se han atrevido mis manos pecadoras a resucitar mujeres del desenfadado Arcipreste, del Romancero, del alegre bachiller Rojas y Montalbán, de Tirso, de Lope, de Cervantes, de Hurtado, de Fray Luis, de Zorrilla, de Gabriel y Galán, de Benavente. Alguna vez he llorado: al evocar los ojos azules, cerrados para siempre, de Teresita; al revolver los mechones crespos de Carola; al recordar las muecas de Cascabelito ante el pintor... Y al evocar, de lejos, la vega dulce donde Teresa de Jesús exhalara su último suspiro, he llorado también.

Estos días profanan la vega unos hombres cobardes, mezquinos, prosaicos; días de tristeza alegre porque tú sabes que es tristeza de esperanza, purga de vanidad y querella de amor. Y yo quiero invocarte –¡oh Musa!– ahora que acabo mi tarea, para que la paz sea plena y el descanso perfecto. Descienda a mi espíritu la gracia de la emoción; déjame cantar tus perfecciones, una a una. Salga el canto limpio y entonado. Broten el ritmo, la cadencia que hay en mi corazón. Evoquemos en él las perfecciones de la Amada. Sobriamente. Limpiamente.

Los ojos

Los ojos de la Musa son claros. Son tanto más claros cuanto más hundimos la mirada en ellos. En su reposo, en su fijeza, en su dulzura, tienen los ojos de la Musa algo de la serenidad del mar y de la majestad del cielo. Ojos que han mirado el cielo y el mar como los suyos, han robado la limpieza al firmamento y la majestad, la infinitud al mar. Guardan siempre su equilibrio como el Mediterráneo, a cuyas orillas nacieron; sería mejor decir que se sumaron a la luz del sol los ojos de la Musa. Ningún poeta será tan osado que sepa definir el color de los ojos de mi Musa. Ni yo mismo sé pintarla. Es que cuando los miro me hundo en el abismo de su serenidad. Es que los bebo como si fueran agua fresca de una fuentecica. Es que son sutiles, transparentes, gaseosos, como las nubes del cielo. Es que reflejan tiernamente, sutilmente, las irisaciones de la luz interior que desde el corazón, desde la frente, los anima, enciende y presta vida.

La frente

Pensad en un prado cubierto de nieve, en una tabla luminosa de Fray Angélico, en una pieza blanca de lienzo casero que cose en una máquina una virgencita. Imaginad la lana de un cordero, blanca, blanca, blanca. Evocad –si tenéis fuerza para tanto– la luz del alba antes del alba, el resplandor de la última estrellita que se acuesta, de la estrellita más calavera que torna a su lecho al quebrar el sol nuestros ojos con su luz de rosa. Esa estrellita, esa lana del cordero, esa pieza blanca de la virgencita casera, esa tabla del ingenuo de Fiésole, ese prado cubierto de blanco tapiz, dan mezquina idea de la blancura, de la nitidez, de la gracia de la frente de la Musa... Pero el Arte no sabe decir más.

El cuello

El cuello es perfección. Y es armonía. Y es plenitud. Y es ritmo. El cuello es blanco como la frente y claro como los ojos. Pero es más: es vida. Y es más que vida: es Amor. ¡Es Amor el cuello de la Musa!

Amor –que mueve el sol– dirige y alumbra su vida. Por el cuello su vida distribuye. Va su vida a todo su cuerpo, –el movimiento a sus brazos, la caricia sencilla y el quehacer grave a sus manitas veladas, el pensar noble a su frente, el sentir silencioso a su corazón. Todo esto va por su cuello y se para y aquieta en él. Todo va por su cuello. Anoche tenía envidia de su blancura, de su claridad un hilito de oro forjado por las sutiles gracias de los plateros salamanquinos. Todo va por su cuello.

Por su cuello, que es su vida y es su amor, cuello perfecto, cuello armónico, cuello pleno, cuello rítmico, cuello blanco, cuello claro, ¡cuello de Ella!

Los brazos

Cuando la Musa está silenciosa –¡cómo sabe callar la Musa!– tiene los brazos apretados y juntos. A veces los abre en arco, con majestad; habla la Musa. Rara vez –y sino [sic] fueran mis pecados nunca– rara vez se indigna la Musa. Entonces sus brazos vibran, se estremecen, tiemblan; tiemblan como espigas azotadas por el viento, como las olas rizosas que braman contra los peñascales, como los pliegues de una bandera en día de sol. Son blancos los brazos y en la blancura tienen un tenue, imperceptible matiz de oro. Se dibujan las venas firmemente. Junto al tono del oro, dentro de él, sin perder su blancura, hay un matiz rosa. Son nieve, oro, zafiro, cuarzo, los brazos de la Musa, ¡de la Amada!

La voz

Ruge como una leona en las horas de celos –que la Musa es celosa–. Es cristalina y clara, chorro de surtidor, cuando se ríe como una nena –que la Musa es nena–. Es sobria, plañidera, amarga como el agua del mar, triste como niebla de pueblo junto al río, cuando llora como una Madre –que la Musa es Madre–. Llora, a veces de alegría, y es otra su voz: suave, tierna, mimosa, de ángel, de poeta donde tiembla el ritmo, de músico que anda a tientas con su nota en el piano, de niño que halla un nuevo nombre para aplicarlo a una cosa nueva.

Es caricia la voz de la Amada. Mimo. Verso. Algo inefable, inexplicable, intraductible al lenguaje de la poesía. ¡Sólo el pensamiento de Dios hablando por su boca, puede darle esas inflexiones, esos medios tonos, esos matices! ¡Es Música la voz de la Musa, de la Amada!

Letanía de la Musa

Descanso de mi sendero. Arroyo de mi sed. Lumbre de mi hogar. Espíritu de mi cuerpo. Sangre de mi cáliz. Tabernáculo de mi custodia. Madre de mis hijos. Hija de mi amor. Vena. Vida. Corazón. Esperanza. Consuelo. Estrella. Descanso. Arte. Religión. Retiro.

Otros epítetos más actuales: Amargura. Tristeza. Pena. Redención.

Otras breves señales

Ama el mar, la inmensidad del mar. Hunde su mirada en la infinita visión y sueña. Nació a orillas del Mediterráneo. Es dulce, gentil, animosa, grande, abnegada, cristiana, cariñosa, seria, amable. Grandes alegrías, grandes tristezas han surcado su espíritu.

Es soñadora.

Ofertorio

Y a esta Musa ofrezco yo mi libro, y todos los libros que vengan después. Y mis palabras, y mis silencios, y mis lágrimas, y mis alegrías, y cuantas emociones pasan por mi espíritu. Todo mi arte, que es toda mi vida, y el amor de mis amores.

Tened siempre –¡oh, poetas!– musas de carne y hueso. La realidad es fecunda en sueños; el sueño en realidades. Por triste que sea la vida, se torna a la ventura cuando nos alumbra, la esperanza de un ideal. Mujeres que leáis este libro; amigo, enemigos –pero todos hermanos–; pronunciad con fervor el nombre de la Musa.

Moriré pronunciándolo. Haced vuestra musa de una mujer. Tened en cuenta, mujeres, que hay pocos Quijotes porque hay pocas Dulcineas.

Acabo mi libro. Amanece. ¿Será el alba un símbolo de la vida de mi espíritu? Me retiro a descansar. Estoy triste de... alegría. Mundo, sombra, sociedad: todo ficción.

No hay más verdad que la del Amor.

Mujeres, amigos, enemigos –pero todos hermanos– ¡buenas noches! ¡Buenas noches, Amada mía. Musa mía! ¡El alba te besará en la frente, sino [sic] está envidiosa de tu blancura!

La Vanguardia (07-03-1913)

Mujeres españolas

"Josefina… ¡De más buena gana te hubiera dado un bofetón muchas veces! Por tonto, por cobarde…"
(Benavente. La gata de Angora. Acto III – Escena Iª)

Josefina es la hermana de aquel pintor, Aurelio, amigo nuestro, hermano nuestro, que sintió sobre su alma el zarpazo de la gatita de Angora, de Silvia –la mujer sin corazón– que jugó con él en los días de triunfo y le arrojó en el mar del olvido cuando quebró la reputación de Aurelio ante otras reputaciones. Josefina es la hermana del loco, del bohemio, del pintor. Cuando los hombres honrados se escandalizaban de Aurelio, de sus amores con la gatita de Angora, de las trampas y falsedades en que andaba metido el famoso retratista; cuando del pueblo de Aurelio llegaban hasta Madrid paletadas de cieno de esos buenos señores y de esas buenas señoras que no han reído nunca de veras ni llorado nunca de veras tampoco; cuando aumentaban las deudas y llegaban los plazos inexcusables que había tomado por amor Aurelio, para fingir lo que no tenía, para complacer de tal suerte a Silvia, para no descubrir la pobreza que huele mal siempre y es mal recibida siempre, Josefina la santa, la buena, la fuerte, la brava, la abnegada, la grande Josefina –¡mujer al fin!– justificaba a su hermano, y le besaba en la frente, y entraba despacito en el taller

para proteger sus sueños. Los sueños de los hombres, que no saben comprender las mujeres. Josefina sí los comprendía. Y los alentaba. Y cuando más grande era el batacazo, más grande era la esperanza. De esta mujer, de Josefina, apenas nos ha revelado Benavente, en un brochazo y como de pasada, sus amoríos con el pintor honrado, con Pepe, pero no nos ha dicho su lucha silenciosa en el hogar, los peligros que evitó a su hermano, como ella vivía por amor, sin exhalar una queja, para el arte de él, para el sueño de él, para la gloria de él, sacrificándolo todo, su sentir oculto, sus callados amores, el momento de dar el bofetón a su Pepe –al pintor que pinta marina sin ver el mar, mujeres sin adorar mujeres y barquitos sin haber contemplado una mala lancha pescadora– "por tonto, por cobarde".

Josefina no es guapa. Se atavía caseramente para que el hermano luzca frac, y tenga tapices en su estudio, y suenen los estampidos del champaña en la mesa del comedor. Huimos del dolor de la vida cuando no sabemos ganarla, y es el caso que al escapar de ella, nos enredamos más en sus redes, para que los buenos señores –usureros, hombres que no tuvieron que luchar porque por ellos lucharon sus padres, discretos que antes prefieren pecar a pasar por pecadores– y las buenas señoras –las que se casaron sin emoción a su tiempo, las que tienen pasta flora en lugar de carne viva en su corazón– nos execren y maldigan. Es natural que el ambiente se rebele contra Aurelio, contra el artista, contra el artista que quiere hacer de su sueño su moneda de vivir. Es, en el fondo, la envidia de no haber luchado, de no haber soñado, de no haber padecido hambre, de no haber tenido que torear a usureros, galopines y ladrones, de no haber estrechado brazos de mujeres enamoradas, lo que mueve a hostilidad al ambiente farisaico, beocio, necio, anticristiano y cazurro de nuestros días, contra los Aurelios que luchan y que quieren afirmarse. Josefina lo sabe, y sin dar la razón a su hermano, enjuga sus lágrimas. Y sufre como sufren las mujeres: en la soledad, en el silencio, en la ignorancia del bien callado que vierten a raudales sobre los hombres que, queriéndolas mucho, necesitan para quererlas dinero, porque no hay sin dinero redención ni dignidad.

No es guapa Josefina. No es elegante. Tiene sobre la tez la huella de un amargo dolor que, al cristalizar para siempre en ella, se ha trocado en una sonrisa. Sonrisa de comprensión, de tolerancia, de piedad, de piedad infinita para los Aurelios, para los artistas. No sabe la buena gente de hogaño que cuando es el arte vocación y no mercancía, se vence tarde, pero se vence. Y eso sabe Josefina, y eso espera, y esa es la luz que, al verterse fuera, traza la silueta de su sonrisa a la vez triste y confiada.

Aurelio ha vencido ya. Es Académico de Bellas Artes; los mozos discuten sus cuadros y tienen para ellos palabras de desdén. Aurelio lo sabe pero es la vida la que le ha impuesto ese sacrificio. Para orientarse, para definirse, hay que volar primero; las águilas nos dan el ejemplo, rasgando el azul. Y Aurelio ha sacrificado su arte a su hermana. Hoy come bien; no tiene deudas; Josefina es una buena burguesa que casó con Pepe, pero Pepe ya no es pintor, sino empleado de un Banco. Y ha dejado Josefina de ser mártir, que es la profesión de centenares de mujeres en los hogares españoles. Nosotros las sacrificamos a nuestra vanidad de ser, a nuestra hambre de ser, y es el caso que las Josefinas, pero solo las Josefinas, nos disculpan y ayudan, vertiendo a raudales el bien callado sobre nuestros pobres corazones de artistas.

La viuda de Rodríguez

La viuda de Rodríguez –yo no sé, nadie sabe cómo se llama la viuda de Rodríguez– reza todas las mañanas en la capilla de San Antonio de la Catedral. Yo voy también a la Catedral por las mañanas. Me place ver las chicas de mantilla, con el librito de rezos, con el devocionario, recién peinadas y lavoteadas; me place ver esas viejucas que suspiran a ratos, y a ratos sollozan, y a ratos callan; me place ver el Cristo bizantino de las enagüillas, de los mechones de cabello natural y de la mirada selvática y errabunda; me place ver a los canónigos, madrugadores, contentos, el confesionario del Sr. Magistral, la nariz roja del Sr. Penitenciario, el andar castizo y jacarandoso de Don Joaquín, el beneficiado. Me place, sobre todo, ver a la viuda de Rodríguez. Es casi una niña. Tiene una lozana cabellera rubia, y un cuello que parece de leche, y unos ojos tan azules como el azul del cielo en las costas levantinas y catalanas. No digo, para no ser cursi, que sus manos son de nácar; además, no quiere el autor de estos Retratos ofender las manos de la viuda de Rodríguez con imágenes de baratillo y con metáforas artificiales y gastadas.

Oye la misa de rodillas ella. Toda la misa. No levanta sus ojos del suelo. Yo sé que son azules porque espero siempre que se levante para verla. Lleva en su rostro el espejo de la resignación. Y cuando a hurtadillas, alguna vez levanta los ojos del suelo la viuda de Rodríguez, los dirige al Cristo de las enagüillas, de los mechones de cabello natural, de la mirada selvática y errabunda,

al Cristo del Cid, al Santo Cristo de los Milagros, que es la joya que tiene mi Catedral de la fe ruda y primitiva, tosca, de los caballeros de la Edad Media.

¿Qué dice al Cristo de los Milagros la viuda de Rodríguez? Le dice que está triste; que está sola; que sufre con resignación los golpetazos de la adversidad; que sus amores no tuvieron fruto; que acata, resignada y humildemente, las órdenes del Señor; que la fe cura las heridas del amor. Le dice que ella –la viuda de Rodríguez– ofrece su vida en holocausto, en sacrificio; que añora la paz, la infinita paz de un convento monjil donde suene una esquilita por los pasillos en las mañanas y donde se rezan guturalmente, gangosamente, al caer de la tarde, los salmos de David. De abadesa estaría muy guapa la viuda de Rodríguez; ella preferiría la orden de San Benito. Tendría la toca unas borlas negras junto a la frente; el peto blanco y almidonado, planchado como camisola de un Marqués, caería muy bien debajo de la toca. Y si era abadesa la viuda de Rodríguez, llevaría un báculo de plata y haría mil reverencias y ceremonias al esperar, a la puerta del Monasterio, una paloma blanca, una gentil novicia que renunciase al vuelo para siempre. Y el Cristo de mirada selvática y errabunda parece sonreír. ¡Cualquiera diría! Pero así es; sonríe ¿Qué sabe la niña viuda de la vida? Los rosales florecen todas las primaveras; el corazón florece también todas las primaveras, cuando vive su vida normal. Se va una ilusión, pero otra ilusión vuelve. Eso de la constancia del amor primero yo sé de buena fuente que lo dijo un mocosuelo poeta de quince abriles. Murió a los quince abriles el mocosuelo; de haber vivido más, hubiera dicho que todos los amores son un amor primero. Tiene golosos, con ser viuda, la viuda de Rodríguez. Todos admiran su cuello de leche; sus manitas limpias, perfectas, chiquirritinas; sus ojos azules como el azul del cielo de las costas levantinas y catalanas. Renunciará a su monjío la viuda rubia; un buen mozo derrotará a San Benito; el tiempo, ese amigo tan dulce, tan bueno de nuestro corazón, borrará, aplacará el dolor de la viudez, la soledad y el frio del hogar roto.

El Santo Cristo de las Batallas, de los Milagros, sonríe. Y sonríe San Benito presintiendo su derrota. Y yo también sonrío. Y la viuda de Rodríguez, decidida, con su andar de Diana Cazadora, sale de la Catedral, rozagante y fresca, como una flor en un jardín.

Y yo dejo la Catedral por la Escuela. Habla el profesor, con petulancia de Kant, de Fichte, de Hegel. ¡Válgame Dios y de qué cosas hablan los profesores! Yo llevo en mi alma la estela de unos ojos azules. Y reviviéndolos, paso la clase. Me preguntan la lección; no la sé; me ponen una mala nota....

Mercurio (Nueva Orleans) (Mayo-1913)

Ojos azules...

Aquí, en esta diminuta tierra vasca, ha parado el expreso un momento. Hay en este paisaje alavés, cerca, muy cerca de Vitoria, un extraño eclecticismo del paisaje austero de nuestra Castilla con la gradación dulce, suave de matices y de tonos del panorama vasco. Ha parado el expreso un momento. Y nosotros nos hemos asomado a la ventana. Unos ojazos azules, misteriosos, melancólicos, nos han mirado con fijeza. Hemos sostenido la mirada. Han tornado los ojos azules a mirarnos, a sonreírnos, a acariciarnos, a mimarnos. Son los ojos de una mujercita que viste de luto. Lleva en la cabecita rubia un sombrero de paja negro. Viste con elegancia, con sencillez. La campanilla ha sonado. El tren se ha puesto en marcha. Hemos continuado buscando el encanto, el hechizo, el secreto de aquellos ojos azules que nos siguen mirando, acariciando, bañando en un ambiente de paz interior, de aquellos ojos azules que hemos visto un instante, de aquellos ojos azules que no tornaremos a ver más en nuestra vida...

Y hacemos el viaje –románticos impenitentes– desasosegados, inquietos, con la obsesión de aquellos ojos. ¿Quién es esta muchachita? ¿Por qué ha ido esta tarde a la estación a ver pasar el expreso? ¿Por qué nos ha hecho el regalo, la merced, de su mirada azul, confortadora, intensa, inefable? ¡Ay! No nos miraba a nosotros; no era para nosotros la caricia de su mirada azul; verá en nosotros la estación lejana, los rostros nuevos, la ciudad desconocida que nosotros, dentro de unas horas, al día siguiente, Dios sabe cuándo, hollaríamos con nuestros huesos cansados y molidos del traqueteo de la caminata. La mozuela ensoñadora esta tarde, en la estación humilde de su pueblo donde para el expreso unos minutos, se ha encerrado con lo desconocido y ha sabido desafiarle con la pureza de su mirada. ¿Es la mozuela forastera? ¿Ha vivido su niñez en una ciudad grande, populosa, alegre? ¿Por quién está de luto la niña de los ojos azules? ¿Por qué es triste su mirada? ¿Vive ahora sus primeros amores? ¿Tiene el novio fuera? ¿Por qué un instante, sólo un instante de nuestra vida, fugitivo, efímero, que llena la frase de una sonata, la mirada de

unos ojos, el silencio inefable, el volteo de una campanita, ha de dejar eterna huella en nuestro corazón?

Amigos míos: estos ojos azules tienen su poesía. Hemos devaneado y corrido mucho; hemos amado y sufrido mucho; las cosas han pasado rápidamente ante nuestra juventud. Y sabemos que la amistad no necesita de palabras para manifestarse. Un día, en un balneario, hemos hecho una amiga; nos hemos sentado a su vera en el diván de la sala de fiestas; hemos charlado con ella unos momentos; nos ha dicho su nombre y donde vive. Insensiblemente, en unas horas claras y luminosas, hemos oído una plática animada, pintoresca, dicha con una voz de virgen, de cristal. Unos meses después, en un teatro de Madrid, en la plaza de soportales de una ciudad vieja, a la salida de la iglesia de un pueblecito risueño, hemos tornado a sonreír con nuestra amiga. Al cabo de los años, nos han dicho que se ha casado o que se ha muerto. Ha sido otra vez en una diligencia; el camino es largo, pesado, abandonamos nuestras horas a la confidencia de un buen libro o a la rumia sosegada de nuestro mundo interior; de pronto, hemos visto el relámpago de unos ojos negros en el interior de la diligencia; una muchachita pizpireta, nerviosa, nos ha distraído más que el libro y que nuestros recuerdos. Y hemos llegado a Ledesma, o a Torrijos, o a Medina del Campo, o a Fontiveros; al día siguiente, en la procesión del Carmen, hemos columbrado el rostro de nuestra compañera de viaje de la víspera, y al iniciar un saludo, ella ha correspondido con largueza a nuestra galantería. Otra vez ha sido durante una estancia breve en una ciudad; hemos ido a saborear con deleite sus piedras viejas; hemos hecho amistades; hemos arraigado un poquitín; nos hemos puesto al corriente de los amores de Paquita con Rodríguez; hemos paseado por la Plaza, hemos ido a San Pedro a la entrada de la novena, hemos vagado por la noche en la Alameda, en el Espolón, en el Paseo de Arriba a oír la música, los domingos. Sin que nadie, ni nosotros mismos, nos diésemos cata de ello, no teníamos mejor deleite que ver pasar un rostro agradable, que oír la chachara de una voz querida, que sentir cerquita unos pasos conocidos. Y esos instantes, esos minutos intensamente gozados, no repetidos jamás, la charla del balneario, el saludo de la procesión, el secretillo de la diligencia, un cuellecito de nieve visto en el paseo de una ciudad remota, una voz de cristal oída en la monotonía de una caminata, tejen toda una vida moza y dejan huella sabrosa en el espíritu.

Ojos azules que vemos una tarde en una estación vasca; ojos negros que sacudís nuestra modorra y nos hacéis esperar la vida con deleitosa esperanza; ojos verdes que nos inquietáis y llenáis de sobresalto, abriendo un sendero nuevo en nuestra vida. Sois como el tiempo de hogaño. Pasáis, y pasáis, y pasáis, como la vida, con priesa, atolondrada, loca, fugazmente. Apenas os gustamos, apenas sabemos desflorar vuestro hechizo. El tren reanuda su marcha y la niña de los ojos azules comienza otra vez su regreso al pueblo que se columbra en la ladera de la montaña. Lo mismo que nuestro corazón, que no atreviéndose a sostener la mirada de la esfinge, está siempre de vuelta, de regreso, sin más compañía que la de su afán diario y la de su esperanza vaga que concluye –o que empieza– con la muerte.

La Vanguardia (06-08-1914)

Bondad, inteligencia

Estoy observando muy de cerca la conducta de tres mujeres a quienes la vida plantea un deber elemental: el de ayudar a sus padres, ya viejos y achacosos e incapaces de ganarse el sustento cotidiano. La primera, a quien aquí designaremos con el nombre de Prudencia, es muy inteligente, pero poco buena. Jamona de buen ver todavía, autónoma y pedagógica, se gana la vida con la palmeta y ocupa un lugar preferente en el escalafón del Magisterio de primera enseñanza. La segunda, muy buena, muy buena, y no tan inteligente como Prudencia, a la que aquí daremos el nombre de Angelita porque se trata ciertamente de un ángel, se casó para no ser una carga en la familia, pero quedó viuda y con una nena, y con su cuota viudal y las rentas no muy pingües del retoño, vive con los padres para servirles de puntal en su vejez. Finalmente, la tercera de mis heroínas no es buena como Angelita, ni inteligente como Prudencia. Amasijo de indiferencia y de crueldad, sería capaz de dejar a su anciana madre en el arroyo, a pesar de haber hecho un buen matrimonio, de tener dinero y de sonreírla la vida. Y trata de justificar su actitud, alardeando de una compasión falsa y llevando el alza y la baja de los ingresos de sus hermanos, con la estrechez económica de estos, como si el deber filial pudiera cederse e hipotecarse.

Prudencia, la profesora, ayuda a los suyos. De su deber hace, sin embargo, literatura. Convierte en gesta del romancero un deber vulgar y corriente. No se casa, un poco por egoísmo y otro

poco por altivez y soberbia, y caminando muy a su gusto sobre el machito de la soltería, finge que renuncia a los ensueños de la juventud para no mermar el auxilio de sus viejos. Podía casarse sin que el mundo se desquiciara, sin que los suyos tuvieran que privarse de la carne y del chorizo en la olla, pero no casándose Prudencia, se estima más a sus propios ojos y se presenta mejor de modelo y de arquetipo a las niñas de la sección tercera.

Angelita ha sufrido mucho. Fue la más elegante y hasta la más bonita de la ciudad, y un drama vulgar de juego en el que anduvo enredada su familia, dio al traste con sus galas, con sus joyas y hasta con la admiración y el entusiasmo de los pretendientes. Despertó de bruces cara a la vida en lo mejor del sueño. Y padeció, y se resignó, y sorbió sus lágrimas en el silencio y en la alegría de la expiación. Para que sus padres viviesen, Angelita se casó con un hombre averiado de cuerpo y de espíritu y amodorrado de sensibilidad.

Quedó viuda Angelita, y Angelita ha renunciado a sus sueños, que los tiene y muy vigorosos, por cumplir sencillamente con su deber de hija. No se la ha ocurrido pensar que pueda proceder de modo distinto a como obra. Se ha encastillado en su hogar, acariciando a sus padres y espejando en la azulez de los ojos de su hija sus ojos castaños, confiados y puros. Y cuando una ilusión la sonríe desde lejos, cobra fuerza en su deber y cierra los oídos Angelita para no estremecerse con el canto de la sirena.

La tercera de nuestras mujeres, cuya conducta vengo observando desde muy cerca hace algún tiempo, ha disfrutado siempre de la vida. Es una sensual. Adora el becerro de oro y las posiciones equívocas. Mató a su padre a disgustos. Cargó con todas las joyas y objetos de valor de su casa al contraer matrimonio y llamó la pobreza en el hogar de su madre. No ha tenido jamás una peseta, una arroba de patatas o un retazo de tela usada para esta. Con los hermanos ha seguido la misma conducta. Y alardea de piedad y habla a sus amigos de una protección natural que no realiza, gasta el dinero en sandeces e insulta a los suyos con el bienestar de que disfruta. Sensual, sensual, sensual, ha vendido su mocedad por unos cuantos billetes, aliándose con un modorro, por cuya mente no ha cruzado nunca una idea, por cuyo corazón no ha llovido nunca el rocío del entusiasmo.

Y ante estos tres casos, auténticos, que estudió con la misma frialdad con que examina un entomólogo las aletas de un insecto, me pregunto: ¿quién camina más "inteligentemente" por las roderas de la vida? ¿Prudencia, Angelita, la devota del becerro de oro?

Con toda seguridad Angelita –me responde mi corazón–. La bondad es más inteligente, más ágil, más suelta, más perspicaz, más graciosa que el raciocinio. El instinto vale más que el ejercicio metódico de la inteligencia. Una madre, una mujer, una hija, poco perspicaces y despiertas; escudriñan, por ejemplo, mucho mejor el valor de nuestros afectos y amistades, que nuestros compañeros más agudos y listos.

El amor es la fuente y el manantial vivo del conocimiento. El amor, "che muove il sole e l'altre stelle,'' como decía el pobre Enamorado de Beatriz Portinari, es a la larga y a la corta también, ¿verdad, Angelita? el mejor resorte de nuestras acciones y el eje de la prudencia bienhechora. Y así, la bondad es más segura que la inteligencia, y la inteligencia a solas, sin raíz en el corazón, es un pobre y deficiente chirimbolo.

Y tal vez los enamorados son los sabios y el amor es la profunda sabiduría. Y un descubrimiento científico es un acto de amor. Y una nueva verdad es una revelación en un momento de abandono amoroso. Pero de todas estas cosas, tan sugestivas e inquietadoras, de la influencia de Beatriz en la investigación científica, otro día.

El Hogar (09-08-1918)

Feminismo[367]

Han concluido las discusiones feministas en el Ateneo, con grave quebranto para la doctrina feminista. Y ¡cosa rara!, se ha tachado de no comprender el espíritu femenino a una mujer tan inteligente y tan sagaz, a una mujer… tan mujer como Margarita Nelken, y se me ha tachado de

[367] Posteriormente, en mayo de 1925, Sánchez Rojas publicaría otro artículo con este mismo título, y distinto contenido, en *El Adelanto* (O.C. Tomo II, página 427).

antifeminista a mí por creer sencillamente que el humorismo disuelve la tontería mejor que el razonamiento, y se ha tachado, en una palabra de antifeministas a los únicos que han llevado alguna emoción personal a la polémica. La discusión giraba en derredor de una memoria harto pobre y raquítica, de un buen mozo llamado don Vitoriano Lillo, vicesecretario séptimo honorario de no sabemos qué sección de la docta casa, un buen mozo que no ha tenido tiempo de familiarizarse con los libros, ni de bucear en la vida.

Nuestras feministas, por su parte, han adoptado una postura bastante pintoresca. Todos sus razonamientos han sido invectivas contra el hombre. Todo eso podía pasar, para animar la discusión, pero es que, además, las señoritas, señoras y viudas de buen ver de nuestro feminismo militante han insultado con ingenio de plaza de la Cebada, a Beatriz, la del Alighieri, y a Julieta, la de Romeo, el mozo de Verona. Por eso, naturalmente, no podía pasar, con su ingenio sutil y delicado, Margarita Nelken; ni tampoco nosotros podíamos pasar por eso. Porque si la mujer no ha de ser faro, estrella y meta y descanso del corazón del hombre, esté bien meneando palillos de randa, en la cocina, como la áspera y antipática sobrina de don Quijote de la Mancha.

El sufragismo integral ha sido el "dernier cri" de nuestras orondas y agresivas feministas. Les ha parecido prudente comenzar la casa por el tejado. Yo me preguntaba asustado para qué quieren el voto las mujeres aquí donde no nos dejan votar a los hombres. O donde pasa algo peor; donde los hombres calzonazos votan por quienes le indica su dulce costilla, que suele ser la gran electora en muchos pueblos y distritos de tierra adentro. –"O el voto integral o la muerte", – gritaban aquellas energúmenas dispuestas a meternos por el cogote la aguja del sombrero, ya que no la navaja de la liga. ¡Y nosotros nos reíamos, nos reíamos, nos reíamos! Porque el sufragio supone el final de una evolución pero no el principio de ella. El voto femenino, sin haber formado, de antemano, la conciencia femenina, dará el mismo estéril fruto que el voto del hombre, aquí donde el hombre tampoco está educado para la vida pública y civil. Y será, además, ese voto de una injusticia formidable y de una consistencia no menos formidable.

Todo lo que sea abrir la oposición, la hostilidad entre los dos sexos, es hacer, no obra feminista ni masculinista, sino un montón de desatinos y disparates. Los dos sexos han nacido para entenderse, que no para hostilizarse. Las mujeres, que sean verdaderamente mujeres, han de reflejar la proyección que en su espíritu deja el amor del hombre, como los hombres, que merecen verdaderamente el nombre de tales, han de grabar, en sus palabras y en sus actos, la estela que la dulzura de mujer dejó en sus corazones. Todo lo demás es perder lastimosamente el tiempo. Julieta fue Julieta, no por naturaleza, sino por el amor de Romeo, y el gibelino, el Dante, llegó a las más altas cumbres del pensamiento y de la poesía, por el amor de su Beatriz Portinari. Así, para nosotros –y de veras y de broma lo dijimos cuantas veces tuvimos ocasión en nuestras intervenciones del Ateneo– las mujeres llegarán a la plenitud de todos sus derechos y al logro de su colaboración integral con el hombre cuanto más mujeres sean. Y paralelamente, los hombres, a su vez, se dignificarán más y más, a medida que amen más y que comprendan mejor a las mujeres. Y para conocer a todas las mujeres, para tener una sagacidad psicológica que nos permita analizar graciosa y profundamente su temperamento, bastará con amar a una sola con todo amor y con toda pureza.

El feminismo español nos ha parecido estos días, en el Ateneo, una trinchera donde muchas mujeres se refugian para aliviar sus amarguras íntimas. Así, nosotros, pedíamos, no votos, no sufragios, no leyes para imponer la hegemonía de la mujer en España, sino sencillamente, novios, maridos y en todo caso, amantes. Y recordábamos, para nuestros adentros, una caricatura del "Punch". Un "policeman" detiene a una sufragista inglesa por la muñeca, un varal huesudo, largo y sin sexo; él tiene cara de pocos amigos, pero ella, sujeta por el puño férreo del agente de la autoridad, no puede disimular su alegría.

El caricaturista inglés burlonamente comenta:

– ¡He aquí el primer contacto de la sufragista con el hombre!

La Publicidad (03-06-1922)

Un mi amigo de Italia

Un amigo y condiscípulo mío de la Universidad de Bolonia –el conde de… (todos son condes en Italia)– ha venido a Madrid. Hemos ido a los teatros, hemos almorzado en algunos hoteles. Mi amigo ha pasado ratos deliciosos en el Museo del Prado y en la Armería Real. Todo le ha parecido bien.

– ¿Y… vida social? –me ha preguntado

– Yo no hago vida social –vida social es una cosa y vida de sociedad es otra–; nadie hace vida social –he respondido– en Madrid

– ¡"Capisco"!

– Y las mujeres ¿no influyen en vuestra vida? –me ha dicho el conde.

– ¿Cómo? –he preguntado

– Sí –me dice, si "caro amico"– es bien fácil mi demanda. Pregunto si las mujeres no hacen vida común con vosotros. No me has presentado a ninguna mujer. Y las que he conocido se me han presentado solas.

– No –le digo–, esto no es Milán, ni Roma, ni Florencia, ni Bolonia; esto es Madrid, capital de España y de la Mancha. No hacemos vida común con las mujeres, "caro conte". No paseamos, no charlamos, no viajamos, no comemos con ellas. No hay amistad entre mujeres y hombres. ¡Esto es la Mancha, este es el infierno, este es Madrid!

Y el Conde, viéndome exaltado, ha dicho una de las exclamaciones más naturales en su país.

– "¡Per Bacco!" "¡Me ché…!" "¡Povera donna!"

– ¡No, querido, no; pobre mujer y pobre hombre!...

– Entonces –ha dicho este condenado florentino que cuando se asoma a un tema lo agota con una tenacidad extraordinaria y con una calma intolerablemente lenta– entonces… ¿aquí os casáis sin conoceros?

– No, hombre; nos declaramos; pelamos la pava; pedimos la entrada…

– ¡No comprendo una palabra!

– Espera, que yo te explicaré. Declararnos es decir a una mujer que la queremos.

– Pero si no la conocéis…

– Sí, hombre, la conocemos en la calle, preguntamos dónde vive, damos un duro a la portera, averiguamos su nombre y… listos…

– Pues no me negarás que eso es muy pintoresco.

– Mucho. Y pelamos la pava.

– ¿Qué pava?

– ¡Pelar la pava, señor florentino, es un modismo! Pelar la pava es hablar por la reja, coger la manita, decir ternezas, y si no hay reja, hacer ejercicios telefónicos desde la calle al segundo, al tercer piso.

– ¡Pero es absurdo! ¿No se está mejor dentro de casa?

– Pues luego viene eso: pedir la entrada…

– ¿Tú te burlas?

– ¡Yo, no, hombre!

– ¿Por qué no se pide desde luego?

– Pues no se pide, chico, porque lo racional es que se pida.

– Pero eso es inmoral.

– ¿Inmoral, dijiste?

– ¡Digo y repito, "caro"! Inmoral. Y además, inestético y absolutamente absurdo. En mi tierra no es así; tú lo sabes. Las mujeres son amigas, son compañeras. Viven con nosotros. Las elegimos con pleno conocimiento y nos eligen ellas sin engaños. ¿No temes, español, que amores que empiezan en la calle, en la calle terminen?

– ¡Después de todo!

– ¡Ea, no seas "bambino"! Me duele hablar de cosas feas en esta España que tiene tan bello sol y tan lindas, tan lindas mujeres. ¡Soberbias mujeres las mujeres de España! Ahora comprendo el embrutecimiento de Amicis y de Croce y de tantos otros. Me placen las madrileñas, son como la Maja de vuestro Goya, desconcertante y sagaz. Sus ojos, llenos de luz y de dulzura, tienen el encanto de una promesa de caricia íntima; su ritmo al andar –¡oh, "bello", "bellísimo ritmo, Dios mío", "bello ritmo, per Bacco, caro!"– tiene la suavidad del ave que, sin mancharse, se posa en el barro. Y hablan con una "vivacitá" ¡Oh la "vivacitá spagnola"! Me recuerdan estas mujeres las de Nápoles. Cuando hablan, pintan, dibujan, esculpen; su palabra tiene el auxilio de su gesto y de su brazo y de su cabecita. ¡Y cómo se peinan! ¡Y cómo se calzan! ¡Lástima que no sepáis hacerles vuestras amigas y vuestras compañeras!

Y el Conde ha seguido desgranando sus impresiones, a la caída de la tarde, mientras vuelven nuestras mujeres de los toros, en la acera de Regina, durante un hermoso atardecer de junio.

La Publicidad (16-06-1922)

Diálogo de la perfecta novia

Una amiga.- ¿Y cuándo escribes ese *Tratado de la perfecta novia?*

El cronista.- Pensando en ti, lo escribiré en seguida. Pensando en ti y en tus amores con ese chico. El público para mí, escritor, es siempre un pretexto. Cuando digo algo, pienso en una persona. Cuando formulo un juicio, en un grupo o sector de amigos. El público, esa cosa inorgánica y vaga y estéril que se llama público, es siempre un pretexto.

A.- Pero volvamos al *Tratado de la perfecta novia*. ¿Cómo ha de ser esta señorita?

C.- Madre, hija, hermana, amiga y amante, todo a la vez, del hombre amado. Madre, porque todo hombre busca en el amor un regazo donde descansar. Ha vivido en posadas y mesones y quiere hogar. Se ha debatido en amores fugaces y presiente el Grande Amor… Hija, amiga mía, hija, porque el novio, el esposo, es también padre, padre en la vida de relación. El trae las migas de pan a la boca, fuego y leña al hogar, el sustento, la estimación social. Mujer amada, ha de sentirse mujer protegida. Tu esposo será tu padre, no en los primeros soleados días del amor atropellado, sino después, cuando hayáis llorado juntos una pena común, cuando le hayas dado un hijo, cuando la vida, al trasponer la cumbre de los treinta a los treinta y cinco años, se te aparezca como lo que es: como un sacrificio y como una renunciación. Cuando te bese en la frente con toda pureza, cuando al besar a tu hijo te bese a ti con el mismo beso y os comprenda a los dos en la mirada, y vea en ti tu reflejo y en ti la luz de los ojos de tu hijo, entonces será tu padre. Es decir: serás tú su hija. Y su hermana. Te contará sus éxitos con vanidad y sus amarguras con ironía. ¡Ironía, santa palabra, Lolita! Hablo de esta ironía que sonríe sin amargura, de esa ironía que conoce su pequeñez, pero se siente fuerte en su corazón. ¡Porque mira que somos pequeños, amiguita mía! Inteligentes… ¡Psé! ¿Qué es la inteligencia? El que sabe mucho, sabe –¡el pobre!– que ignora mucho más. Buenos… ¿Y qué es la bondad? ¿Por quién nos hemos sacrificado nunca? Hasta cuando amamos, ¿no pedimos con egoísmo, en cambio, que nos amen también? Voluntariosos… ¡Sí, sí, eso vale más! Pero ¿Quién no se asusta pensando en lo que ha hecho y en lo mucho más que ha podido hacer? ¡De mí sé decirte que estoy tan descontento de mí mismo, tan descontento!

A.- Decías…

C.- Decía que la perfecta novia debe ser amiga: la amiga por excelencia, la confidente, la colaboradora, la compañera. Interésate por las cosas de tu novio, para que tu novio se interese por las tuyas. Sus cuartillas, sus enfermos, su laboratorio, sus libros, su bisturí, sus reacciones, sus conferencias, han de ser para ti cosa santa y sagrada. Interésate, preocúpate, espoléale en sus triunfos, sírvele de almohada blanda cuando descanse. Así y solo así, tus pequeños quehaceres, tu costura, tu amiga, tu teatro, tu *tennís*, tu lectura, tus galas, serán su mimo, la sal de su pan, el hechizo de su fatiga, el agua de su sed, el lecho de su noche, la estrella de su cielo, la meta de su senda, la luz de su oscuridad, la carcajada de su gravedad, amiguita mía. Si es político, politiquea tú. Si es escritor, sé tú su lectora. Si pinta o esculpe, su modelo. Si hace música, su motivo. Si médico, ten la coquetería de inventarle una enfermedad tuya para que estudie. ¡Entretenle siempre! ¡Pero siempre! Amenidad, variedad, desconcierto hasta la contradicción, si quieres, son los factores del perfecto amor. Mira: el amor no se deshace trágicamente… más que en las comedias. En la vida se deshace por nada y por todo; así es de delicado, tenue e inefable caballero amor. Una palabra dicha a destiempo, un gesto de indiferencia, de incomprensión o simplemente de ordinariez espiritual dan al traste con el amor. Por eso…

A.- Por eso, ¿qué?

C.- Por eso la mujer, la novia, ha de ser también la amante. Esa palabra se ha encanallado; yo te hablo con toda pureza de intención. Amante es la que ama, la que da su amor, no la que lo vende, compra o alquila. Vístete y engalánate para él. Péinate antes de que él se levante. Procura estar siempre guapa.

A.- ¿Nada más?

C.- ¿Oh, sí, amiga mía! Ese tema requiere un Tratado. En quince en veinte capítulos cabe todo él. Muy pronto, en el campo, libre del editor, de la Empresa periodística, lo escribiré lentamente, gozándome en él, diciéndote hasta que punto nuestra amistad es respeto y ternura y efusión cordiales. La Perfecta Casada la escribió un fraile. De la Perfecta Novia escribirá un pobre diablejo, que harto de diabluras, se metió fraile. Y habrá ejemplos, y anécdotas, y citas históricas.

A.- ¿Palabra de honor, señor cronista?

C.- Palabra de honor, señora mía.
A.- ¡Dios lo haga!
C.- ¡Amén, y tú que los veas, amiga!

La Esfera (29-09-1923)
El Informador (México)[368] (07-01-1924)

Elogio de Teresita

En el estudio de Julio Romero de Torres… Las cinco de la tarde. Menijilla que nos sirve cigarros, coñac, café con leche. Montero Alonso, el delicioso "chroniqueur" de "La Libertad", que husmea el estudio con sus ojillos inquietos y aniñados, detrás de las gafas azules. Isabelita, aragonesa, ojos negros, pestañas perfectas, sonrisa de mujer que se sabe guapa. Teresita, madrileña, "romero–torresca", esto es, ojos grandes y negros, pelo casi azul de puro obscuro, peinado sencillamente en bandos, manos blancas y largas, busto relleno de falsa delgadez, cuello que es una tentación.

El maestro dice:

– He aquí mi "cante jondo" –y exhibe su cuadro último–. Para mí todas las cosas son hijas de la fatalidad. Fatalidad ese perro que ladra oliendo el cadáver de la mocita que va en esa caja blanca. Fatalidad ese beso lento y angustioso de los dos amantes que acaso se despiden para siempre. Fatalidad esa puñalada del novio celoso. Fatalidad todo, todo, en la vida, querido Pepe.

Prefiero el pincel del maestro Julio a su interpretación. El artista que no es inconsciente no es artista. El pintor, como el poeta, como el músico, tropieza con un símbolo porque no lo busca. Aquello que decía Carducci de la "ruina generatrice" –de la ruina creadora de ideas– puede aplicarse al color, a la línea, al dibujo, al pentagrama y al pensamiento puro.

Charlamos con Teresita. La bella niña tiene en sus ojos vislumbres y lejanías de lo infinito. La ofrecemos coñac, que bebe a sorbitos, enseñando una lengua roja y unos dientes magníficos de salud y de blancura. Más que bella es expresiva Teresita. Como su patrona, la virgencita de Ávila, es alta, y morena, y graciosa, y alegre, y comunicativa. Monjita, tañería el pandero y sabría reírse de las novicias que murmuran latines que no entiende. Tendría al buen Jesús, al dulce Jesús bueno, en las niñas de los ojos, y al cerrar los parpados y al enarcar las cejas donde hay sombra fresca de penas, esta Teresita tendría la faz iluminada por un éxtasis perenne.

Teresita sigue con curiosidad los movimientos del pincel de Julio. El modelito está tendido sobre un tapiz azul; un galgo olfatea, silencioso, sin ganas de retozar, a la vera del modelito. Va muriendo la tarde dulcemente; en el hotel cercano se encienden las primeras luces; Romero tiene prisa por asistir a su cátedra de ropaje en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando…

Salimos todos. Teresita, risueña, comunicatriz, sigue contándonos sus impresiones infantiles, no sabe –¡supremo encanto!– que es bonita. La gustará ser la figura central para un cuadro que hiciera Julio de la virgen castellana. Tocada con el hábito blanco de la Reforma del Carmelo, estaría muy bonita. Se arrodillaría ebria de pasión y de amor, a los pies de un Santo Cristo. Las tapias de un huerto castellano –patatales, lechugales, una rosaleda, una parra– limitarían el horizonte con un cielo de azul prusia…

Teresita charla, charla, charla… Nosotros, acostumbrados a las pláticas de los senadores vitalicios, de los literatos profesionales, de las peripatéticas de última hora del Colonial, oímos embobados. Lluvia mansa que nos cela y refresca el corazón, las palabras de Teresita son de plata y de cristal. Su gracia –madrileña– es como un resumen y una síntesis del donaire de la raza. Grave sin ceño, alegre con ponderación, comunicativa con su buena reserva de prestancia y de decoro, esta bella Teresita, que bebe coñac a sorbos, una tarde soleada de Febrero, en el estudio de Julio Romero de Torres, nos hace pensar con tristeza en aquellos buenos años mozos en que unos ojos puros, castaños y confiados nos alumbraban el sendero de la vida.

El Pueblo Gallego (24-02-1924)

[368] *El Informador*, diario editado en la ciudad mexicana de Guadalajara, reproduciría este artículo intercalando en él, entendemos que por error, un dialogo entre dos personajes –Tormento y Benigno– que, aparentemente, nada tiene que ver con el trasfondo del mismo.

Emilia

Los ojos negros y anchos, profundos; la frente pequeña y tersa; la boquita, breve, que deja a cada paso, para lubrificar los labios, el hechizo de una lengüecita roja... Y después, el cuello firme y recio, la nuca decorada de ricitos tentadores, el sombrero encuadrando la cabecita atropellada y ligera de cascos, la capa envolviendo su cuerpo grácil y esbelto. Completan la fisonomía y el indumento de Emilia los brazos, rollizos y carnosos, blancos, entrevistos a través de la seda de las mangas; una eterna sonrisa indiferente de muchacha que sonríe por sonreír; una voz suave y dulce, cristalina, semejante al gorjeo de sus hermanos los pajarillos madrugadores; un aire gracioso de petulancia grave y postiza...

Emilia es –passer le mot– una muchacha bien. Desde muy pequeña ha venido a Madrid. A todas horas se la ve por la calle iluminando con su sonrisa la transparencia de cristal y la grata familiaridad del ambiente callejero de la Villa y Corte. Asiste a los estrenos; pasea por las tardes –a la caída del sol– por las veredas del Retiro; acude por las noches a los tés de Molinero; cuenta con muchas amigas y se duerme, a prima noche, agitada con los episodios y acaecimientos de *Muñecos* y de C*orazones sin rumbo*. Lee, sin fatigarse y sin grandes tropezones, el francés, y cuando acude a la Princesa a deleitarse con la arrogancia romana de Vera Vergani o al Real a escuchar las fáciles melodías de Puccini, sigue la acción y se entera de lo que pasa entre candilejas. Tiene un álbum con versos de poetas desconocidos y con monos de artistas que están a punto de llegar. Fuma cigarrillos turcos, y se toca para estos menesteres con un delantalillo de cuero. Siente Emilia una curiosidad insaciable por las cosas, y por ellas pasa sin mancharse, sin perder su sonrisa, como pasan los cisnes por el lodazal.

En las primeras fiestas del corazón anda ahora empeñado el espíritu alado y gracioso de nuestra amiga Emilia. Todas sus nociones teóricas se le están demostrando ante el presentimiento del divino misterio. Sus libros favoritos –las novelas de Pedro Mata–; sus mujeres predilectas del mundo de la ficción –Gloria, la pizpireta novicia sevillana de *La hermana San Sulpicio*; Carmina, la santiaguesa que sueña con paraísos de luz entre la sucia neblina de las rúas de Compostela; Maximina, la dulce niña de Pasajes– la permiten soñar un momento; pero cuando despierta se encuentra ella sola ante dudas, y vacilaciones, y angustias, y presentimientos que no le han definido nunca. ¿Qué será el amor, Dios mío? ¿Un pasatiempo liviano y bonito? ¿Una angustia nueva que no ha conocido jamás? ¿Un dolor placentero? ¿Un placer doloroso? ¿Qué será el amor, Dios mío? Emilia sujeta las sienes entre sus manecitas y se compone los revueltos ricillos de la nuca, y termina sus meditaciones con una mueca de burla que es un gesto disfrazado de impotencia y de dolor.

Pero el amor está cambiando, modificando a cada paso la fisonomía física y espiritual de nuestra linda amiga. En su faz, en su sonrisa, en su sombrero, en su capita, en la composición armónica y deliciosa de su figura, unos ojos sagaces pueden leer a todas horas, como en libro abierto, las huellas y progresos del estrago. Su petulancia grave y postiza, compuesta, arrancada tal vez de la faz tediosa de una muchacha que bosteza, se humaniza y dulcifica por momentos, y en las horas de sorpresa y de abandono es un gesto risueño, el hervor de la sangre roja de los veinte años, la patente de salud y el anhelo de una esperanza que nos permite seguir viviendo. La voz, dulce y mimosa, tiene ahora matices graves y grandes intervalos de reposo. Los cigarrillos turcos, que antes eran un signo de buen gusto, son ahora una necesidad y un excitante. El sombrerito-toca ha adquirido la gravedad de su misión, porque en el nidal vacío que antes cubriera viven hogaño quimeras locas que se hacen y deshacen a cada paso como combas de espuma. Los ojos negros, francamente parleros de antaño, saben hogaño callar y tienen vislumbres y lejanías de lo infinito. Y su figura toda nos ofrece hoy el espectáculo de una armonía suprema, de una quietud extática [sic], de un reposo henchido de maravilla.

He visto anoche por la calle del Arenal a Emilia. Miraba el escaparate de una librería, olfateando con los ojos la tinta fresca de las últimas novelas. Vaciló Emilia, no compró las novedades y continuó su paseo hacia la calle de Alcalá. Un muchacho giraba en torno a ella, marcando en sus giros las más extrañas figuras geométricas. Emilia, atenta a las divagaciones de su adorador, sonreía, y su sonrisa había perdido su complejidad habitual: era transparente, tranquila, aniñada, y había en ella como un anticipo de maternidad. Las mujeres quieren un poco maternalmente a los que saben nutrirlas de ensueños y de imaginerías.

La Esfera (05-04-1924)

Divagaciones sobre la bella España

Mi amigo el conde italiano de… –bajo su título se oculta un título tan ilustre en la heráldica de su país como el de Alba o el de Medinaceli en la nuestra–, acaba de realizar por España el "giro" que aconsejan los buenos manuales de educación. Ha paseado por Córdoba, rezado en las ermitas, navegado bajo el cielo tachonado de estrellas en el Guadalquivir, soñado en los cármenes granadinos y en las huertas valencianas. De retorno a Madrid, el conde me cuenta todas sus impresiones de viajero rico, elegante y despreocupado.

– ¿Y mi España? –le digo

– Tu España es muy hermosa; pero está completamente desplazada de la realidad. Vengo de Andalucía, "caro" y allí sigue reinando Boabdil el Chico. Traigo todavía en la cabeza el resol de aquellos pueblos blancos, y en el corazón el fuego de los ojos de sus mujeres. Pero Andalucía es triste.

– ¡Ah, sí, muy triste!

– Es que yo venía con la obsesión de Amicis, de sus Lolas, y de sus Consuelos, y de sus Amparos, de sus ligas, de sus navajas y de sus amores trágicos. Y allí no hay romanticismo, porque se come poco y mal.

– ¡Explícame eso! –interrumpí

– El espíritu se permite lujos, "caro", cuando el cuerpo tiene todas sus necesidades orgánicas satisfechas. *¿Hai capito?* El pueblo andaluz es tétrico y sombrío. En Sevilla apenas si he visto mujeres por la calle; lo mismo en Córdoba y en Málaga. Sigo creyendo que en España tenéis aún que resolver un tremendo problema: el de la aproximación, estimación y conocimiento de los dos sexos. Aquí –ya te lo he dicho más de una vez– creo que no tratáis más mujeres que las de vuestra propia familia.

– Así es…

– ¡Claro que es así! Y por serlo, la juventud se me antoja lasciva, lujuriosa y melancólica. El amor debe andar *da se*. Pero aquí no puede ser eso. Como los chicos y las chicas no se tratan apenas, el amor, que es algo alegre y cordial, se trueca en una obsesión trágica y dolorosa que enerva las calidades físicas, morales e intelectuales de la raza. Advierto que casi todas las solteras ven en los hombres presuntos candidatos. Y los hombres en las hembras posibles conquistas… ¡Esto debe ser horroroso!

– ¡No lo sabes tú bien!...

– Pero me lo imagino. El hombre que lleva a su lado una mujer bonita va retando con la mirada al pacífico transeúnte. Se me antoja escucharle. "¡Es mía! ¡Ay del que la toque!" Y veo en ella la pasividad de una favorita de harén, de una mora que no se atreve a escaparse de la casa de un sultán tedioso…

– Así pienso yo también.

– Y pensaréis otros; pero pensáis así una minoría, cuya opinión no influye para nada, a lo que vislumbro, en la del país. Tú piensa en tu vida de mocedad en Bolonia, en Florencia o en Milán, y compárala con la juventud de tus compatriotas en Madrid, en Sevilla o en Barcelona. Conociste todas las chicas: te abrieron las puertas de su casa y las confidencias de su candor. ¿A que no atravesó por ti jamás la sombra de un deseo salaz? Eran tus amigas del teatro, del aula, del paseo, del viaje, del museo. ¿Recuerdas? Las estimabas por sí mismas, independientemente de su hermosura y de su juventud. Pero entre vosotros advierto sensualidad disimulada y sin disimular; muchachas solteras que exhiben como en un escaparate sus prendas físicas; muchachos que a su primer acercamiento a la mujer se atolondran o pierden, solicitados por el misterio de unos amores que, o son trágicos, o son algo peor: idiotas. ¿No crees? ¿Me engaño?

– ¡No, no te engañas, por Baco! –interrumpo en su cadenciosa y sugestiva charla a mi amigo.

– El problema del matrimonio, tan fácil y tan asequible en todas partes, debe trocarse en una cuestión inabordable insoluble… –afirma el conde, sentencioso.

– ¡Sí, así es! Nuestros muchachos se casan o no se casan: pero muchas chicas, superiores al ambiente en que se desenvuelven, tienen que acallar sus anhelos íntimos a la sombra de los claustros. Aquí está prohibido el divorcio y, sin embargo, en perpetuo divorcio viven las almas. Las chicas se educan o para novias o para monjas: rara vez para esposas. Los hombres para conquistadores, y así se hacen chulos o tontos. Aquí espanta la vida. ¿Colaboración de sexos? ¡Sí, sí! Las señoras suelen odiar la profesión de sus maridos. Como madres –oye a los médicos– matan a fuerza de ignorancia, a sus hijos. Como esposas, no saben lograr que el hombre prefiera su casa a su club. Como amantes, te ponen y se ponen en ridículo y…

– En Barcelona, y acaso en Madrid –insinúa el conde, atajándome–, me ha parecido advertir que hay ya sectores de la vida pública donde se advierte la necesidad de un cambio.

– ¡Sí, así es! –replico–. Pero son tanteos vagos, inconcretos, poco eficaces y sin trascendencia mayor.

Callamos. Pensamos en Mimosa, Cechina, en Halia, en Eleonora, en sus confidencias, en sus ternuras, en la estela de su dulce y suave amistad, y pensamos que en España nos encerramos en el tremendo círculo de no tener hombres porque carecemos de mujeres, y de carecer de mujeres porque no tenemos hombres.

Nuevo Mundo (22-08-1924)
La Publicidad[369] (06-07-1922)

Diálogo acerca del amor

– ¿De modo que tú crees, Luis, que en todo asalto amoroso llevamos la iniciativa siempre nosotras las mujeres?

– ¡Exactamente, Carmen!

– ¿Y que nosotras no somos, por ende, conquistadas, sino conquistadoras?

– ¡Eso creo!

– Hasta me parece haberte oído la terrible petulancia de que somos nosotras las que iniciamos y despertamos en el hombre la amorosa inclinación. ¿No es eso, Luis?

– ¡Eso es, Carmen! Eso he dicho y eso diré siempre. La inclinación amorosa nace en realidad al mismo tiempo en los dos seres que están llamados a amarse y a entenderse. Pero la iniciativa estratégica parte de vosotras, querida amiga, aunque ni nosotros ni vosotras nos demos cuenta de ello. Antes que el hombre diga envido, la mujer dice quiero; antes de que el hombre juegue, ella, la mujer, ha aceptado previamente la apuesta. Hablo siempre en el caso de una inteligencia futura. Si el hombre y la mujer no están llamados a entenderse, es claro que la iniciativa femenina no se da y queda para mejor ocasión. Una mujer y un hombre, inteligentes y sensibles, se lo dicen ya todo al sondarse recíprocamente con los ojos la primera vez. La primera impresión, en realidad, es la última. Que luego se juegue con cartas falsas, nada quiere decir contra mi tesis, Carmen, créeme. Se trata en el fondo de una ficción elemental muy socorrida. La mujer, al solicitar, finge que es ella la solicitada, porque tiene un talento intuitivo y porque necesita, cosa muy natural, cubrir las líneas de retaguardia en el caso de una fuga posible. El hombre, que es un animal egoísta y vanidoso, más vanidoso que egoísta, hagámosle justicia, finge a su vez imaginar que es él el despertador de los sentimientos íntimos de la mujer, que él inicia el asalto, que él conquista la fortaleza, que él establece a su arbitrio las condiciones del rendimiento y de la capitulación.

– ¡Majadero! (Pausa.)

– ¡Pero si tú crees lo mismo que yo, Carmen, y en realidad provocas esta polémica para entretener las horas discutiendo!

– ¡Pero, hombre de Dios! ¿Serás capaz de sostener que Doña Inés conquistó a Don Juan?

– Naturalmente que sí. Y vosotras sostenéis lo mismo cuando afirmáis que hoy los hombres están muy duros de pelar. A nosotros, cuando hablamos con toda confianza de las mujeres, dejando la petulancia del sexo a un lado, del sexo masculino, ¿eh?, nos ocurre asegurar que vosotras sois muy fáciles de ganar. Es un modo tácitamente elegante de afirmar que nosotros estamos a disposición de todas las empresarias que nos contraten.

– ¡Donosos disparates estás ensartando, amigo Luis! ¿De modo que, según tú, nosotras nos declaramos y os hacemos el amor y nos postramos de hinojos esperando el momento de que nos levanten del suelo y nos den la alternativa? ¿No es eso, sin rodeos ni perífrasis, lo que sustentas?

– ¡Eso exactamente, Carmen, eso!

– ¿Y cuándo vosotros insistís?

– Estratagema para vendernos caros, para dar un valor a la mercancía.

– Y cuándo nosotras nos negamos?

– Si al fin os rendís, achaques de juego, estratagemas, trampas más o menos lícitas también.

[369] En *La Publicidad* su título fue "La bella Spegna", así en el original por *Spagna*.

Hasta que no he pasado de los treinta años no he visto clara la partida, Carmen. Ahora juego siempre en tahúr y nunca en caballero. Hago lo contrario de lo que me dicta el corazón, y gano. Como en amor lo único razonable es la osadía y el disparate, cultivo la paradoja a caño libre.

– Y sales volteado, ¿no?

– Te diré, Carmen. La mujer que rehúsa, rehúsa con un monosílabo o con un gesto breve. Entonces es idiota prolongar la partida. Solamente se da jaque a los tontos. Pero la mujer que explica y que razona su desvío es que va a apresurarse a dar marcha contraria en el volante del corazón. Las noticias buenas o malas de las cartas de mujeres se conocen, por ejemplo, antes de abrirse, en el peso. Pocas líneas, ¡malo! Muchas, ¡aquello marcha! Pueblos hay en Castilla donde toda mujer que se estime ha de calabacear tres veces, por lo menos, al pretendiente. Hasta la cuarta vez no comienza realmente el juego. Pero se niega..., porque está segura de la presa. Eso es todo. Y en realidad es una táctica sabia. Anhelamos una mujer porque todavía no es nuestra. Cuando ya lo es..., al lado de la vanidad satisfecha, del éxito obtenido, del triunfo que nos empeñamos en creer que es una consecuencia natural de nuestros talentos de toda laya, sentimos como una disminución de libertad que nos fatiga y nos ahoga un poco, Carmela. Y buscamos el desquite en las revueltas aguas de la aventura.

– Sí que sois muy capaces. De oírte y de creerte, todo hombre es un poco canalla.

– Sí. Casi siempre. El amor es un simple episodio. En la mujer, por el contrario, el amor borra toda otra actividad espiritual. Una mujer tiene bastante con el hombre. Un hombre, además de la mujer, del amor, necesita la gloria, el renombre, el prestigio, el dinero; muchas cosas necesita el hombre además del amor...

– El amor que nosotras os ofrecemos y que vosotros rechazáis.

– ¡No es eso, Carmen! Sin el sentido del matiz es inútil hablar de estas cosas. Digo solo que entre almas destinadas a entenderse y amarse, la mujer es la que ataca primero.

– Sí. Doña Inés a Don Juan, Romeo a Julieta, Francesca a Paolo... Pero ¡qué Luis este!

– Claro que sí. La necia de Doña Inés está enamorada en Don Juan del hombre, de todo hombre, de *cualquier hombre*, y de lo más deleznable de todo hombre además: de su literatura, de sus cartas. Don Juan sabe que va a tiro hecho al convento. Julieta persigue inicialmente a Romeo porque es de otro bando. En cuanto a Francesca, ¿acaso anhelaba cosa distinta que la protección de Paolo y la frescura de su boca? Lo que ocurre es que los señores poetas han complicado las respectivas historias. Pero no les hagas caso, Carmen. La tesis no falla.

– Te fallará conmigo; te lo prometo.

– ¡Tan largo me lo fías...! A tus pies, Carmen.

– ¿Tan pronto? ¡Si apenas son las siete!

– ¡No! ¡Me voy!

– ¡Quédate!

– ¿Ruego o mandato?

– Mandato.

– ¿Mandato?

– Sí, mandato. ¿Lo oyes? Mandato

– Así, pues, me quedo.

– ¿A gusto?

– ¡Tú lo mandas!

– ¿Y si yo no lo mandase?

–Me quedaría también para ganar la apuesta. (*Pausa*) ¡Te quiero, Carmen!

– Eres tú y no yo quien rompes el fuego.

– Lo has roto tú antes en realidad, Carmen.

– Eres un grosero.

– Manera poco académica de aprobar mi teoría. Pero te quiero. Y no me place teorizar más. Déjame ahora que te diga todo sin decirte nada... ¡Carmen, mi Carmen! Déjame decirte al oído, en voz baja, de corazón a corazón...

– ¿Las experiencias de tu teoría?

– No. Las eternas quiebras de todo el que teoriza ante vosotras.

– ¡Gané!

– ¡Vosotras no perdéis nunca!

Nuevo Mundo (10-10-1924)
Horus (Montevideo) (06-01-1925)

María Isabel, en Córdoba

Para Julio Romero de Torres.

– ¿Vamos a Sevilla a probar el coche?
– ¡Vamos!
– Ahora mismo ¿no?
– ¡Ahora mismo!

Y de Regina salimos, a las dos de la madrugada, unos amigos. Yo me duermo apoltronado en el relleno del auto, hasta llegar a Córdoba. En Córdoba descansamos unas horas.

Veo las ermitas, me pierdo en las cimbras y columnas árabes de la Catedral, bajo a la Puente Vieja; en la calle del Caballo veo unos ojos negros, anchos, luminosos y dulcísimos. ¡Querido Julio Romero de Torres: es tu sibila, es tu esfinge, es tu musa gitana esta muchacha cordobesa, tan bella, tan esbelta, tan recatada, tan triste, tan maravillosamente pía, que me deleita los ojos y el corazón por unos minutos y que seguramente no tornaré a ver más en la vida...!

Como no tengo nada que hacer y –¡felicidad suprema!– nada que escribir, sigo los pasos de la muchacha. Callejas árabes, patios, hornacinas, rejas labradas con manos de maravilla. De nuevo, en las ermitas... El paseo del Gran Capitán: surge Guerrita, con sombrero de la tierra, disertando gravemente en un grupo de amigos. El sol regala y acaricia los sentidos; el cielo es más bajo que en mis tierras paniegas y castellanas y tiene un azul intenso, casi amoratado...

La chica se detiene a la vera de una reja. Un chaval le regala dos claveles que se lleva al pecho para que se agosten de vergüenza y de rubor.

El chavalillo:
– ¡María Isabel, guapa!
Ella:
– Pepiyo ¿y tu mare, y Zoleá, y Amparito?
– No han vuerto entavía, María Isabel, guapa.
– ¡Pues me voy!
– ¡Quéate!
– Digo que me voy, Pepiyo.
– Pué andando, descastá.

Me alejo de esta calle. Me ha parecido leer en un rótulo Calle del Potro. Pero ya llevo alegría en el alma para toda la jornada. Los ojos de María Isabel danzan y brincan dentro de mi corazón como en mañana de primavera.

¡María Isabel, cordobesita anónima y primorosa: de lejos, discretamente, te ha seguido los pasos un pobre poeta castellano, que sobre las ruinas de unas ilusiones que se fueron, fabrica a todas horas el solar de otras, muy bellas y muy puras, que no vendrán de seguro! María Isabel: que un chavalillo beba, en la fuente de tus ojos negros y tristes el agua de manantial de su ventura. María Isabel: que sea el sueño eterno de un hombre que sea hombre, como has sido diez minutos deleite para mis ojos y reposo para mi corazón. ¡María Isabel, buenos días! ¡María Isabel, María Isabel...!

El Adelanto (19-10-1924)

Elenita Cánovas o una teoría sobre la mujer madrileña

Desde bastidores, en este castizo y popular teatro de la Latina, estoy contemplando la gracia, la belleza y el donaire de una linda muchacha, Elenita Cánovas del Castillo, que, tocada con el precioso pañolón de Manila, baila unas sevillanas con Teresita Silverdi. La cabecita de Elena es pequeña y graciosa, los brazos muy lindos y muy llenos, los ojos grandes y negros, y la figurita simpática y atrayente. Es toda una estampa, Elenita, de don Francisco de Goya, el Chispero. La he visto en la famosa colección de estampas, diciéndole a la bruja que perdonase, por Dios. La he visto en la plaza de toros aplaudiendo la suerte trágica de un torero. La he visto, finalmente en todos los dibujos del siglo XIX, por la Pradera del Corregidor, enterrando la sardina; en la calle de Cuchilleros, dejándose hacer el amor de un estudiante, y en la Puerta del Sol, la mañana de la Gloriosa, con mantón de cuatro picos, vitoreando la república, haciendo chacota de la raza espúrea que se extinguía, y profiriendo otros gritos, que son nefandos y pintorescos en estos tiempos de Primo, Magaz, Musleras, Hermosa y demás generales de apellido sicalíptico.

Me extraña mucho que Elenita haga papeles secundarios, de conjunto. Se me antoja un dislate, y casi se lo digo al empresario. Y luego me acerco a ella:

– ¿De dónde es usted, Elena?

– ¡Madrileña, hijo!

– ¿Y sus padres?

– ¡Murcianos!

– ¿Y sus abuelos, Elenita?

– ¡Hijo, no pregunta usted poco!

– ¿De dónde son, en serio, preciosidad?

– Creo que gallegos… ¿Y esa pregunta?

– ¡No la hago a humo de pajas!

Y no hago, en efecto, esas preguntas a humo de pajas, aunque Elenita Cánovas del Castillo se imagine que me estoy quedando suavemente con su palmito. Los padres, murcianos, y los abuelos, gallegos, me sirven de precioso dato para construir una teoría sobre la mujer madrileña, sobre el tipo de la mujer madrileña, teoría que destinaré a mi próximo libro "Misticismo y picardía", que escribo con gran lentitud y con harta desesperación de mi editor, Santiago Valentí Camp.

La mujer madrileña, que tan bellamente simboliza esta preciosa Elenita Cánovas del Castillo, muchacha de toda mi admiración y afecto, es, físicamente, como una condensación y síntesis de los tipos regionales todos. Hay ojos de ensueño, amasados de niebla, galaicos, nórdicos, en estas madrileñitas; hay el matiz fresco, juvenil, limpio, de la "noya" catalana; hay coloración de "terracotta", de barro cocido, que vemos en Granada, en Ronda, en Sevilla y en Tánger; hay, como producto de tanto cruce, como resultado de tanta mescolanza[370] en los padres y en los abuelos, una afinación, una sutilización de tipo. Madrileña quiere decir crisol de española. Goyesca, tipo característico de madrileña popular, madrileñita, no de Chamberí, sino de la Latina o del Avapies; mocita de la calle del León, de la calle de Cervantes, de la Ronda de Atocha, o, mejor todavía, de la calle del Olivar, de la plaza de la Cebada, de la Carrera de San Francisco y de la calle de Calatrava, de Oriente o del Mediodía Grande. Elenita Cánovas equivale a encarnación rediviva y atrasada de un sueño del gran don Paco, el atrabiliario aragonés.

En todo esto pensaba yo cuando Elenita contestaba sonriente.

Su figura es tan vigorosa y española, tan castiza y tan madrileña, que ha de ser disputada muy pronto por las mejores y más exigente empresas teatrales de Madrid y de Barcelona.

El Hogar (07-11-1924)
El Adelanto[371] (04-09-1924)

Provincianas y madrileñas[372]

Hojeando las producciones líricas de los muchachos de veinte años que hogaño se dedican, como antes nos dedicábamos los demás, a contar a las chicas sus impresiones íntimas sobre el mundo, advierto un fenómeno que antes no me chocaba y que ahora me sorprende. Los noveles provincianos hablan de las madrileñas como de mujeres peligrosas y de sus paisanas –las chicas de Bilbao, de Zamora, de la Coruña o de Belchite– como de excelentes palomas torcaces, candorosas y buenas, incapaces de la mayor doblez. Los madrileños exaltan las mismas calidades en cortesanas y provincianas, poniendo toda la malicia en la hembra que ha nacido entre la Cuesta de San Vicente y las Ventas, y achacando las mejores virtudes a la hija del presidente de la Diputación, o a la sobrina del delegado de Hacienda de cualquier poblachón castellano o manchego, andaluz o gallego.

Lo de menos en todo zumbido de un moscardón lírico es que sea arbitrario, con tal de que sea agradable. Nosotros somos tan tolerantes con los rapaces que creemos de buena fe, que siempre tienen razón. Con veinte años y una novia bonita –queridos Arril, Goicoechea, Donoso y demás

[370] Así en el original. Palabra más antigua que la de mayor uso "mezcolanza".

[371] En *El Adelanto* se había publicado previamente con un título ligeramente distinto: «Elenita Cánovas y una teoría sobre la madrileña».

[372] Previamente, en 1911, Sánchez Rojas ya había publicado en este mismo periódico (*El Adelanto*) otro artículo con este título y distinto contenido (O.C. Tomo II, página 394).

principiantes madrileños y provincianos– pueden ustedes escribir cuanto les venga a los puntos de la pluma. Un auditorio tan amable no suele ser demasiado exigente en achaques de lógica. Pero abusan ustedes demasiado del contraste ¡cosas de la edad! –entre madrileños y provincianos– contraste psicológicamente falso, porque comparar grupos de mujeres con grupos de mujeres, es comparar términos abstractos. No se puede comparar más que una mujer con otra mujer.

Y en eso de las madrileñas y en eso de las provincianas, tengo para mí que patinan ustedes demasiado. La experiencia de cualquier varón curtido está en flagrante contradicción con las exaltaciones líricas que se llevan hoy. No vamos a caer nosotros en la manía de comparar madrileñas con provincianas, pero sí de escribir que el matiz provinciano es, en estos achaques del amor y de la estrategia amorosa, mucho más denso que el de Madrid. O dicho de otro modo: que la provinciana es más lista y de mayor cuidado que la madrileña.

La intensidad de nuestras preocupaciones está siempre en relación inversa de su extensión.

A una madrileña no le preocupa sólo el novio: le preocupa la modista, el teatro, el paseo, las amistades, la jerarquía social, la continuidad en la ficción y esas mil pequeñeces que embargan la existencia en un núcleo denso de población. Muda, pues, la madrileña de novio como de medias, y en el deporte no suele poner jamás el corazón, sino una curiosidad. Hasta llegar al marido, o al amante, o al protector, ha de pasar por un largo y complicado aprendizaje. Aprende una asignatura, de la que se ha de doctorar, después de muchos reparos. Pobre mujer, antes de engañar, empieza por ser engañada, y habla de la buena fe del hombre con el escepticismo con que un general del Directorio habla de la buena fe del moro. La madrileña es candorosa precisamente porque en los grandes centros de población el disimulo es un arma inferior de combate.

La provincianita hila ya más delgado, queridos moscardones líricos. Amparito, la hija del presidente de la Audiencia, o Lolita, la sobrina del delegado de Hacienda, nacen ya educadas para novias y jamás las sorprenderéis con ninguna estratagema porque ya las han previsto todas.

Ese candor y esa honradez de buena ley envuelven y ocultan siempre la preocupación continua del matrimonio. Juegan a los novios, no con cestas mercadas[373] como en Madrid, sino a juego limpio y con todos los cinco sentidos puestos en el deporte. En los pueblos de sobre población más culta, las mujeres se dan a valer, en los de escasez –Galicia– se hacen las pecatas y las encontradizas. Un forastero que cae sobre una ciudad de esas, es un bólido. Y en general, en la provincia –¡oh, la provincia, donde crece y se desarrolla el alma de madame Bovary!– se aprecia y sutiliza más porque hay más competencia, competencia que jamás se da en Madrid, donde siempre hay varios rotos para un sólo descosido.

La inocencia provinciana y la malicia madrileña, sigue siendo un tópico de poetas líricos, y agradable, pero muy falso. La provinciana dispone de más tiempo que la madrileña para pensar en el amor, para resistir el envite, para defenderse del ataque, para llevar la ventaja en la estrategia. A los veinte años se puede pensar así; pero después que se han corrido varios temporales con diversa fortuna, se piensa, queridos poetas líricos, todo lo contrario.

El Adelanto (04-12-1924)

Mujeres y hombres

Donde quiera que haya hombres solos, he llegado a observar que se hablará, fatalmente, de mujeres, y conjeturo que allí donde haya mujeres solas, la plática se enredará para hablar, al fin y al cabo, de varones. No es que yo censure la costumbre, que, para mí no hay tema más sabroso ni digno de ser escuchado, que el de cantar las excelencias, nunca suficientemente ensalzadas ni conocidas, del eterno femenino. No es que tampoco celebre la costumbre, que es muy preferible hablar con mujeres a hablar de ellas en su ausencia. Lo que hago, modestamente, es consignar una observación que está al alcance de todas las fortunas mentales, por muy romas y obtusas que sean como la mía, y atribuirle a la escasez de trato que todavía subsiste en nuestra España de mujeres y de hombres.

Porque la conversación sobre mujeres –entre hombres, al menos– deriva enseguida por los cauces de la más intolerable grosería y del más elemental y primitivo de los erotismos. No se ha-

[373] Ignoramos si fue esto lo que escribió el autor o es una lectura errónea por parte del linotipista, pero el texto parece exigir más bien "cartas marcadas".

bla de las mujeres como compañeras, ni como amigas; se habla de ellas tan solo como hembras. Jamás una observación original sobre su carácter, sobre su espíritu o sobre su belleza; un montón de tosquedades y de torpezas sobre unas formas que se adivinan, porque nunca se conocen, para acabar con la petulancia terriblemente masculina de dar a entender entre líneas que somos nosotros, sino los usufructuarios de sus perfecciones, los dueños seguros de sus pensamientos.

A decir verdad, estas conversaciones me repugnan. Del extranjero, de los meses vividos en Italia, en Suiza y en Francia, siempre entre muchachas que convivían con nosotros en los estudios, en los viajes, en los hoteles y en los paseos, conservo intacta otra sensación completamente distinta.

Nuestra valoración sobre la mujer era más desinteresada y más compleja. Dejando a un lado sus cualidades físicas; que estábamos muy lejos de despreciar, las morales también formaban parte de nuestro inventario. Y como vivíamos entre ellas, a todas horas teníamos que acentuar nuestra delicadeza en el trato y ellas afinar su espíritu, un tanto infantil, de justicia, en su relación con nosotros. Y del simple instinto sexual no había para qué mencionarlo nunca. No era cosa atañadera a la vida íntima de cada uno y de cada una, y del que no podía jactarse nadie, porque se reputaba insigne sandez la de aludir jamás a las necesidades fisiológicas que cada uno atendía como le era dable, sin molestar a nadie y sin hacer gala de ello.

Para mí, todo el problema de España es sencillamente un problema de acercamiento de sexos. Al dicho decidero ese de entre «santa y santo, pared de canto», se me antoja un estúpido apotegma de incomprensión y de brutalidad. El día que las paredes vengan a tierra, y vivan unidos y amigos mujeres y hombres, desaparecerá del todo la preocupación sexual, que es triste y que es estéril, y las mujeres se acercarán a nosotros sin recelo, y nosotros a ellas con los sentidos limpios y con el corazón sonriente y despreocupado. El amor, digan lo que quieran las historias, no es una causa del conocimiento, sino una consecuencia y una derivación de él.

No cabe más amor racional que el «amore d'inteletto», del que nos habla el Alighieri cuando se le enciende el alma toda con el recuerdo de su Beatriz. Y antes de cantarla para que todos los hombres, a lo largo de los siglos, vibremos de emoción en los sonetos maravillosos de «Vita Nova» la conoce cuando pasea con sus amigas por el Puente Viejo, a las orillas del Arno.

¡Es triste cosa que una educación moruna, que no sabemos abandonar del todo, aleje de nuestro lado las mujeres dignas y solo ponga al alcance de nuestros deseos las profesionales de las caricias que se alquilan y de los besos que se pagan a demasiado precio!

El día que el acercamiento en nuestra España, de una mujer a un hombre, o al contrario, sea cosa corriente y natural, desaparecerán, como por arte de encantamiento, la grosería del hombre y el encogimiento infantil de la mujer. Y si para nosotros, como para Oscar Wilde, las mujeres no pasan de ser «esfinges sin secreto», nosotros seremos para ellas unos pobres Diablos, que necesitamos de su piedad y de su amor, y hasta de su indulgencia, para andar por el mundo.

El Adelanto (18-02-1925)

Las modistas de Italia

Mi querido amigo, la excelente persona que es José Sagües, gerente de la Sociedad Editorial «Mundo Latino», ha tenido la bondad de mostrarme, en pruebas, el último libro de Guido de Verona, «Lettera d'amore alle sartine d'Italia». Carta de amor a las modistillas italianas, traducido al castellano por el señor Pellicena. Aunque Guido de Verona no es, precisamente, un santo de mi devoción, he leído con el mayor placer este libro. La sensualidad, un poco decadente y morbosa, de Verona, no es la cochinería de cualquier ganapán de nuestras letras, de cualquier cochero, algo civilizado, metido a escritor, como «El Caballero Audaz», o Álvaro de Retana, pongo por cocheros. Verona está familiarizado, al menos, con las lecturas clásicas y con las mujeres verdaderamente guapas. Ídolo de las hembras, el mimado novelista milanés no pierde nunca la noción del gusto en sus mayores extravíos, escribe con ortografía y tiene muchas veces emoción. Esta «Carta a las modistillas italianas», se deja leer muy agradablemente y de un tirón y recomiendo su lectura a todas las muchachas, un poco románticas y un poco soñadoras.

Verona sabe que su público se compone precisamente de modistas y a ellas quiere rendir el debido tributo de gratitud. Pero las modistas italianas, las deliciosas «sartine» de Milán, de Nápoles, de Roma, de Florencia y de Bolonia, merecen capítulo aparte.

Son unas criaturas verdaderamente extraordinarias, tan inteligentes como bonitas. ¿Quién que haya vivido en Italia los días esplendorosos de la mocedad, no los recuerda con embeleso? En sus amigos –en los que entonces éramos estudiantes– han sabido dejar una huella que los años, que todo lo borran, no han sabido laminar enteramente. ¡Cuántas veces las recordamos nosotros! A las siete, a la salida de los talleres, nos esperaban amorosamente, bajo los pórticos, con «Il santo» de Fogazzaro bajo el brazo, o con la tarea del día, que concluirían en casa, al amor de la lámpara. Casi todos mis compañeros tenían una novia modista, con la que se han casado después. Las actuales directoras de periódicos, diputadas radicales, pintoras, etc., son, casi todas modistas. Conscientes de su divino papel, aquellas muchachas, explotadas por la codicia del modisto o de la maestra; nos contaban, de paseo, todas sus ingenuas intimidades, desplazando de nosotros, los estudiantes, las señoritas de la clase media, que no sabían ser íntimas y hacerse respetar a la vez, misión la más difícil que ha de realizar en la vida toda mujer que verdaderamente se estime.

Guido de Verona no aspira a más gloria que a la de andar continuamente, con su nombre literario, en labios de mujer, en labios de modista. Por todo el libro circula como un eco de los cantos amorosos de estas muchachas.

Hay un hilo,
como una aguja de hilo,
que me cose a ti,
de amor!

como una evocación de aquellos cantares universitarios que, de noche, cantábamos los estudiantes, al cobijo de las dos torres inclinadas, al retorno de San Michele in Bosco, después de haberle comido el salume[374] y la mortadella al buen Perotto;

Bologna, Bologna,
citté delle belle donna,
voi siete le colonna
dell Universitá!

¡Columnas de la Universidad de Bolonia, las mujeres bonitas –suspira la bella canción, que nosotros recordamos ahora melancólicamente, repasando la «Lettera d'amore alle sartine d'Italia!» Columnas de aquella Universidad, y de todas, y de la cultura, y de la ciencia, y de la poesía, son siempre las mujeres bellas. Pero Verona no se atreve a formular el gran aserto: el de que la Italia moderna es obra, principalmente, de la mujer, y de la mujer que vive de su trabajo, de la modista. La modista que es musa del poeta, del escritor, modelo del dibujante o del artista y estímulo siempre del hombre, merece esta consagración definitiva del novelista más adulado y discutido, a la vez, de la Italia contemporánea.

Hasta en los incidentes políticos actuales juega un papel decisivo la mujer –tanta importancia como el «duce» y como Santiago Matteotti, tienen en la actualidad, las dos mujeres de los hombres, Raquel y la hermana de Titta Ruffo–. En la intangibilidad de la monarquía de los Saboyas, igualmente, tienen buena parte las muchachas, que han declarado al príncipe de Piamonte el rapaz más simpático del mundo; que se emocionan cuando la princesa Yolanda renuncia a los príncipes para vivir con un condesito obscuro que la escribe madrigales, y que esperan para Mafalda y para Juana, las dos princesitas solteras, un buen noviazgo donde el amor rechace, de una vez, las habilidades de esa vieja Celestina, melancólica y desagradable, que llamamos diplomacia.

El Adelanto (07-03-1925)

Dos mujeres

Diga lo que quiera esta hermosa mujer morena, que se llama la señora vizcondesa de Llanteo, tiene que estar en completo desacuerdo con la señorita María Echarri, por la razón sencilla de que una mujer que sea muy mujer, como la vizcondesa, no podrá partir nunca un piñón con amable paz y compaña con una pedagoga, muy pedagoga, como la concejal, colega suya.

[374] Salchicha

De nada sirven las rectificaciones de la señora vizcondesa. La señorita Echarri, y la señorita Calonge, y todas las pedagogas habidas y por haber, que no sean más que pedagogas, serán siempre, lisa y llanamente, «las carabinas», las pobres «carabinas» de las mujeres bellas, que echen a un lado el feminismo y no se olviden nunca de la feminidad.

Las mujeres atraen a los hombres, desde los tiempos bíblicos del Paraíso, no porque sean sabias ni porque sean inteligentes, sino porque son bonitas. La belleza es en la mujer lo que el talento en el hombre. La hermosura nos dice y nos revela mundos que en vano tratará de explorar la sabiduría, y si Elena fue causa de la guerra de Troya, según nos cuenta el padre Homero, una pobre pedagoga cualquiera, jamás podrá levantar el más pequeño desacuerdo entre los humanos. El argumento de la mujer será siempre el conjunto de sus encantos físicos personales, y jamás, jamás, la señorita Echarri, seca, estirada, pedagoga, y concejal del Ayuntamiento de Madrid, podrá formar una disidencia respetable frente a la bellísima vizcondesa de Llanteo, porque los concejales harán más caso de la media melena de la mujer bonita que de los argumentos «ad feminam» de la pedagogía corriente y moliente a todo ruedo.

¡Pobre señorita Echarri! Diga lo que diga, no logrará convencer a ningún munícipe de la villa del oso y del madroño. Su compañera, la señora vizcondesa de Llanteo, acaparará todos los sufragios. No necesita argumentar: le bastará sonreír. Y en su sonrisa leerán siempre los hombres razones que les moverán a aceptar como buenas las de un semblante, a través del cual puede adivinarse lo infinito.

La señora vizcondesa, sin leer a Pestalozzi, ha dado la verdadera fórmula del feminismo. «La mujer, ha dicho, ha de cultivar simplemente la feminidad». ¡Simplemente, señora Vizcondesa, simplemente! Pero este adverbio es, por una verdadera paradoja que no me entretendré en desenmarañar del todo, una cosa harto sutil y compleja. El hombre es un perpetuo niño que busca en la mujer –en toda mujer– un poco de piedad, un poco de compasión, un poco de tolerancia. En toda mujer a quien un hombre quiere de veras ve, sin darse cuenta de ello, la sombra querida de la madre, y, a la vez, una nena a la que necesita proteger y mimar, para descargarse un poco del gran tesoro de ternura que lleva dentro. Y cuando pide un cachete o pide un beso, y le dan simplemente razones, el hombre se llama a engaño, y se ríe de la palmeta, y se rebela, y hace un gesto de pillo de playa contra la tiranía. ¡Siempre, siempre nos convencerá más la señora vizcondesa de Llanteo, sonriendo, que la señorita María Echarri, razonando y argumentando!

El Adelanto (25-03-1925)

Feminismo[375]

Un amigo y paisano mío, de Alba de Tormes, me cuenta las impresiones que le produjo el domingo la conferencia del padre Conejos en el teatro de aquella villa, sobre un tema de tan sugestiva importancia y permanente actualidad como es siempre el feminismo. En efecto; la mujer, reina y señora nuestra, anda y se mueve en los hombres y lo que parecen iniciativas varoniles, son siempre sugestiones femeninas. En la comedia de la vida, el hombre grita, pero la mujer actúa de traspunte, casi siempre metida en la concha. El padre Conejos, que es un fervoroso sociólogo cristiano ha averiguado, desde la soledad de su celda, que la mujer mueve siempre los hilos y los muñecos de las tablas. Ya lo dijo antes el Dante. Para el Dante, el amor era sencillamente el secreto del movimiento de los mundos y de los soles en el espacio:

Amor che mueve il sole e l'altre stelle

Y Santa Teresa veía el amor, veía a Jesús, hasta en el hervor del agua dentro de los pucheros de la cocina. Y Pero Grullo, siempre malicioso y socarrón, quiere descubrir una «ella» en todos los actos y en todos los propósitos humanos.

Para el padre Conejos, la mujer es nada menos que cabeza de hielo, corazón de fuego y brazo de hierro. La frase es muy bonita, ¿pero está muy seguro el padre Conejos de que es completamente exacta? El que afirma demasiado, corre el riesgo de no afirmar nada. Eso de llegar a la

[375] Previamente Sánchez Rojas había publicado otro artículo con este mismo título pero distinto contenido en *La Publicidad* (O.C. Tomo II, página 413).

definición de la mujer por silogismos, ¿no cree el ínclito hijo de San Ignacio de Loyola que es un poco candoroso e infantil? ¡Cabeza de hielo, sí, sí! En Alba de Tormes no se puede decir eso; protestaría Teresa desde su tumba. ¿Cabeza de hielo la mujer? Si la mujer razonase sería tan miserable como el hombre y no valdría la pena de soñar con ella y para ella. ¿Corazón de fuego? Si el padre Conejos pasara desde el confesionario a la reja, del consejo cristiano a la amistad franca y tolerante, es muy posible que pensara que el hombre ha inventado eso del fuego, sencillamente porque necesita calor. En lo de brazo de hierro, no discuto. A mí me parece que el brazo de la mujer es blando, demasiado blando. Brazo de madre, sostiene porque estrecha.

El feminismo es otro cantar. Lo han inventado las jamonas que no tienen novio. En el Ateneo de Madrid, hace dos años, mi amiga Margarita Nelken y yo sostuvimos ese punto de vista, con gran copia de razones, frente a las señoritas que usan gafas y piden el sufragio en los comicios públicos. Los dos tuvimos razón, porque Clarita Campoamor, la señorita Seguero y otras, estuvieron a punto de arañarnos. Cuando la mujer araña, padre Conejos, es que se cree íntimamente derrotada. Si canta victoria la canta con una sonrisa.

Dos mujeres muy guapas, Rosita Chacel y Cristina Arteaga, la hija de los duques del Infantado, se sumaron al bando de Margarita y al mío. La mujer no tiene más problema que el de querer y el de que [la] quieran. A falta de novio, se entretiene en soñar con las concejalías. Pero dela usted un bebé y... ¡adiós, sufragio! Cuando pide derechos la mujer no son derechos lo que pide precisamente; pide amor. Como el hombre, lo mismo. Busca la gloria, busca el dinero, busca los honores, pero lo que persigue es un poco de mimo: la luz de una sonrisa, el pliegue de una boquita en flor, y que unos brazos le sirvan de almohada y que unas palabras de mujer le consuelen de un fracaso que él no confiesa nunca.

¡Cómo jugamos todos, mujeres y hombres, al escondite con nuestro propio corazón! ¡Qué cosas hemos inventado para distraernos! Esta del feminismo es la más donosa invención. Cuando una mujer me dice que es feminista, pienso yo para mi capote: ¡el día que te quieran dejarás de serlo! Y cuando un hombre, muy serio, habla de la mujer en general con desprecio, yo sé muy bien que se cura en salud de un desengaño que no puede disimular el infeliz.

La mujer debe ser masculinista; el hombre, feminista. Ellas deben exaltar nuestros derechos y nosotros los suyos. Hasta tanto, estaremos inevitablemente juntitos pero vueltos de espaldas, como hermanos siameses. ¿Feminismo? Tolerancia, amor y comprensión de hombres. ¿Masculinismo? Comprensión, amor y tolerancia de las mujeres. Todo lo demás, reverendo padre Conejos, de la Compañía de Jesús, es ganas de pasar el rato para poner galantemente a prueba el talento y la palabra de vuestra reverencia.

El Adelanto (15-05-1925)

Por qué se casan ellas

– Aquí tienes –me dice un querido e ingenuo amigo, esgrimiendo, a guisa de zorros[376], un inmenso periódico americano y refregándolo delante de mis narices –aquí tienes una estadística curiosa que debes repasar. Es de «The Sun», el diario norteamericano, diez mil mujeres han contestado a la encuesta en que se las preguntaba por qué se han casado. Aquí viene el resumen de las opiniones. Tres mil han contestado que «por curiosidad», mil trescientas aseguran que «por variar de estado». Más de mil que «por ser ricas», y más de mil quinientas que «por lucir trapitos y por ponerse de acuerdo siempre con las exigencias de la moda».

Solamente unas doscientas noventa y siete, es decir, apenas un tres por ciento, han contestado que «por amor». Decididamente, el romanticismo está en baja. Sin duda, los Estados Unidos no es un país idealista, ni mucho menos. ¿Qué te parece?

Releo el resumen de mi amigo, y no sé qué pensar. Ninguna mujer es igual a otra, y, en cambio, todos los hombres son iguales entre sí. Por otra parte, estas estadísticas de periódicos son siempre un poco arbitrarias e incongruentes. Es posible que las señoras que se han tomado la molestia de contestar a la pregunta de «The Sun» sean sinceras; es posible que no lo sean. De todos modos, una mujer es siempre más ducha e infinitamente más sagaz ocultando que manifestando y expresando su pensamiento. Dime, mujer, lo que callas y te diré como eres.

[376] Adviértase que se refiere a las tiras de piel o tela que se unían a un mango y se usaban para sacudir el polvo.

Lo curioso, pues, en este caso, no es tanto el resumen de la estadística, como el matiz, la «nuance», o dicho de otro modo, el silencio que acompaña a estas respuestas. Por lo demás, no comparto el parecer de mi amigo sobre la ausencia de idealismo en los Estados Unidos, y, en general, en los pueblos ricos, prósperos y fuertes. El dólar es siempre un grato acompañante y amigo del amor. Esas Evas curiosas, que por curiosidad han comparecido ante el pastor y ante el juez de distrito, esas muchachas alocadas que han visto el matrimonio como un inmenso almacén de sombreros, abrigos, zapatos y medias de seda, con la añadidura de un Roll, de un Lincoton [sic][377] o de un Cadillac, esas chicas inquietas para las que el matrimonio es simplemente un cambio de estado social, es posible que hayan encontrado el amor a lo largo del camino. Y es posible también que las 297 bravas que han confesado categóricamente su enamoramiento, tengan que variar de opinión, cuando se hayan dado cuenta de que el amor, más que iniciación en la vida, es un proceso integral del desenvolvimiento completo de toda nuestra personalidad en ella.

Más curioso para mí sería que se hiciera la misma pregunta a diez mil españoles, en cualquiera de nuestros diarios de gran circulación.

Desde luego, serían bastante menos sinceros e interesantes que las diez mil señoras norteamericanas. Tomarían ante las cuartillas la misma postura de languidez interesante que los niños bonitos ante la lente del fotógrafo. No tendrían el pudor de tomar la pregunta a broma, ni el buen gusto de desviar la cuestión hacia un plano imparcial y objetivo.

El último rastacuero tomaría, entre nosotros, actitudes de un Romeo incógnito, haciendo que desdeñaba los gananciales y las demás fórmulas jurídicas que regulan las relaciones económicas entre los cónyuges. Y apostaría doble contra sencillo, que no llegaría a un tres por ciento entre diez mil el número de españoles preguntados, que dieran una respuesta materialista a las causas que les movieron a crear un hogar, una familia y a tomar una compañera.

El Adelanto (04-07-1925)

Pilarín

– Pilarín... ¿ya?

– Sí, don Pepico. Son ya las siete, ¡ea! A levantarse, perezoso.

– ¿Me traes el café, Pilarín?

– ¿Aquí está?

Y Pilarín, ante mis pantalones, ante mi chaleco de punto, prorrumpe en pintorescas exclamaciones:

– ¡Ay, Virgen mía del Pilar, don Pepico! Le falta un botón aquí atrás, en los tirantes. Y otro aquí, el de abajo, en el chaleco. Yo se les pegaré en un momentico. ¡Pero qué dejado es, Madre mía!

– ¡A mí no me cuida nadie, Pilarín!

– Le voy a cuidar yo, ¿quiere, don Pepico?

– ¡Con mil amores, Pilarín! ¡Dios te lo pague, Pilarín!

Pilarín es una real moza. Trigueña, con grandes ojos negros. Arrogante. Guapísima. Lleva el pelo en dos bandos, con una rayita en medio, sencilla, señorilmente. Aparentemente, es esquiva y hurañota, pero tiene un corazón aragonés, noble y limpio y hermosísimo. Fue modista de sastre y ahora sirve en el hotel. Encargada de mi cuarto, del 19, ella solaza y anima mis horas –¡tan alegres!– de la ausencia. La trato como a una amiga; más aún, como a una hermana. Y ella dice que me ha cogido «ley», y yo –honradamente– también se la he cogido a ella.

Pilarín me lleva los botones pegados. Ya me he vestido y me dispongo a bañarme y a escribir. Pilarín curiosea una pila de libros nuevos, de periódicos, de fotos.

– ¡Es majica esta!

– Sí, una vasca, Carmenchu, de Vitoria.

– ¿Su novia?

– Yo no tengo novia, Pilarín. ¡A mí no me quiere nadie, Pilarín! Estoy en el mundo solo, como un hongo.

[377] Por *Rolls* y *Lincoln*.

– Por eso es tan desaliñadico.
– Sí, por eso, Pilar.
– Pues yo le voy a cuidar, hijo. Porque usted no es malo.
– No he hecho daño a nadie, en efecto. A mí, sí, alguna vez.
– Ya verá que majico le pongo... Aquí hay unas chicas muy guapas, pero muy guapas. Josefina, la del Coso, la del Ingeniero, la de don Matías, y tantas más. Y las hay con perras.
– Yo no quiero perras, Pilarín. No pienso redimirme a metálico –como tanto gandul– con el matrimonio. El día que me quiera una, trabajaré para ella.
– ¡Así debe pensarse, don Pepico! El hombre para ganar y la mujer para gastar lo que gana el hombre.
– ¡Es mi teoría de siempre, Pilarica guapa!
Y cambiando de conversación, la digo:
– ¿Vas al cine?
– No me dejarán.
– ¿Pido permiso para ti, Pilar?
– Dan «Currito de la Cruz». Yo te pago la butaca.
– Te digo que es una satisfacción llevarte al cine.
– ¿Es bonito «Currito»?
– Sí. Sevilla. Semana Santa. Claveles. Saetas.
– Saetas. ¿Qué es eso, don Pepico?
– Canciones breves, dichas en primavera, cuando florece, con la naturaleza, el corazón.
– ¡Ay, qué gusto! ¿Sabe alguna?
– Si; yo hice «saetas» también.
– Si; ya me han dicho, don Pepico, que anda usted en papeles. ¿Cómo es?
– Oye:

¡Eres preciosa, morena
Virgen de la Encarnación!
También es morena ella...
¡Cómo os parecéis las dos!

– Majica copla! ¿Y esa morena?
– ¡Fantasías, hija!
– ¡Sí, sí; ya, ya! ¡Ay, don Pepico, don Pepico!...

El Adelanto (03-03-1926)
El Socialista (16-03-1926)

Mi nueva sobrina

– ¿Quieres ser mi sobrina, Lolita?
– ¿Y mis deberes?
– Aguarda; has de tener conciencia de tu ciudadanía. Primero, tus derechos.
– ¿Son, tío Pepe?
– Ser siempre sincera contigo mismo y conmigo. Nada más. Así seremos siempre grandes y buenos amigos.
– ¿Sin «arriére pensée»?
– Sinceramente; por hoy, sin «arriére pensée».
– ¿Y mañana?
– ¿Qué sé yo, chica?
– Eres de oro, tío.
– De barro mortal, sobrina.
– ¿Y mis deberes?
– Continuar siendo, como hasta aquí, bonita y celosa de tu hermosura, inteligente y cuidadosa de tu inteligencia, buena y cultivadora de tu corazón.
– Es todo un programa.
– Más sencillo que el de Costa,
– ¡Estás muy contento!

– ¡Mucho!
– ¿Cuándo vas a Boltaña?
– ¿Y yo qué sé cuándo me dejarán? Ayer estuve en Arguis, en el pantano, a 1.100 metros sobre el nivel del mar. Traje un apetito formidable. Respiré el aire puro de las cumbres. ¡Qué bien se vive en las alturas, Lolita! Eleva siempre tu corazón sobre los valles y las cañadas, de la miseria y de la murmuración. Aprende a estar en santa paz contigo misma. ¡No hay placer como este placer, muchacha!
– ¿Cuándo vas a Ordesa, a Hecho, a Ansó?
– ¡No lo sé, Lolita! Algún día. Pero estoy sinceramente encantado en Huesca. De la ciudad, de los aragoneses y de vosotras. Mira esta carta de un paisano mío: de Pérez Oliva…
– Le conozco. Me recomendó una vez...
– ¿También a ti?... Ya ves lo que dice: «Los de Huesca no son como... otros. Cuando dicen que quieren, quieren de veras. ¡Qué suerte tienes, mal hombre!»
– ¡Así son mis paisanos, tío Pepe!
– Y vosotras, ¿cómo sois, sobrina?
– Como ellos. Mejor que ellos aún. Sinceras. Francas.
– Te advierto que yo soy enemigo de la franqueza.
– Sí; cuando se confunde con la grosería; yo también. Pero aquí la franqueza es delicada y generosa, tío Pepe.
– Pues entonces, ¡viva la franqueza!
– ¡Viva, hombre! Me contagia tu buen humor. Te sienta estupendamente tu papel de víctima, aunque lo representas bastante mal. Pero yo te guardaré el secreto... ¿Vienes mañana?
– Sí.
– Entonces, ¿mañana, aquí: en el Coso?
– Sí. ¡Adiós, sobrina!
– ¡Hasta mañana, tío Pepe!

El Adelanto (13-03-1926)

Lolita, o de la amistad

Mi primera amiga –¡dulce amiga!– de Huesca, se llama Lolita, Lolita... Del centenar bien granado de muchachas guapísimas que tiene Huesca, han surgido dos bandos, el bando de Lolita y el bando de María Teresa. Yo, un poquito ecléctico, voto por las dos. Lolita y Tere, tienen diez y ocho años; las dos son morenas, altas, esbeltas y gentiles. Los ojos de Lolita son pícaros y los de Tere, miradas de confianza a quien los mira. Lolita es vivaracha, y un poco paradota Tere. Lolita es reservona, y un tanto esquiva y desconfiada Mary Tere... Pero en ambas chiquillas ha puesto Dios su mano con el mayor placer. Cuando las veo de mañana por el Coso, ya tengo alegría en el corazón hasta la noche. Mi amigo Rivera, el catedrático de Historia Natural del Instituto, me presentó anoche a Lolita. Ya somos grandes y buenos amigos. Nada más –charritos suspicaces– y nada menos que dos grandes y buenos amigos. Lolita había leído mi «Tratado de la perfecta novia» y ese era el pretexto de la presentación. Ese libraco ha sido también el motivo de la amistad.

– Me impresionó –me aseguraba Lolita– que aquello que usted dice de que la novia ha de ser la amiga y el «amigo» del esposo. Me di cuenta en el acto del matiz justo que usted quiso dar a las dos palabras para completar el pensamiento.

En efecto: Lolita se ha dado cuenta del matiz justo que un modesto escritor castellano dio al sueño que tiene de la vida en común con la mujer amada. Amiga y «amigo»: he aquí, lectora, la novia perfecta.

Amiga para que nos sirva de almohada en nuestro reposo, de vaso de agua para calmarnos la sed, de eco velado de nuestros sueños, de árnica en nuestros porrazos, de fuego en nuestras tibiezas, de nido al que volvemos con amor de nuestras correrías. Y «amigo», amigo también: para levantar un poco ante ella el telón de nuestros fracasos y de nuestras vanidades, para descansar en su lealtad y en su sonrisa.

¿Dónde estará, Dios mío, esa amiga y ese «amigo» que todos buscamos en la mujer? Cuando jugamos limpio, topamos con la incomprensión, o con algo peor: con la grosería. Cuando no jugamos limpio, nuestros éxitos son tan torpes y deleznables que los abandonamos en seguida por extraordinariamente fáciles...

He aquí el tema de mi primera conversación con esta bella, espiritual y gentil Lolita, muchacha de todo mi afecto desde ayer. Lolita está aprendiendo inglés desde hace días: le he enviado «El príncipe feliz», de Oscar Wilde. Es fina y penetrante Lolita, como el aire del Pirineo que la breza; es aguda y un poquito melancólica esta bellísima muchacha altoaragonesa. ¿Quién me había de decir a mí hace un mes, Dios mío, que había de encontrar nuevos encantos en esta segunda mocedad, más plácida y serena que la primera?

Anoche, cuando me despedía de Lolita, iba yo, Coso arriba, hacia el hotel, tarareando una canción de la tierra, sagaz y sabia, sobre todas:

A la mar se van los ríos,
paloma revoladora;
no pongas el pie delante,
deja que ruede la bola
¡y al aire!
¡Sí; al aire, corazón, al aire!

El Noroeste (17-03-1926)
El Adelanto (10-03-1926)

Pepita, de paseo

El sombrerito, el traje de calle, los guantes, el gesto vivo y rápido, la mirada inteligente y expresiva, los zapatitos cuidados y nítidos, el peinado reluciente y holgadote... Es la hija de Madrid en el paseo de la Castellana, en Recoletos, saliendo de misa, yendo a compras, apeándose del *auto* o del *simón*.

Para concertar este tipo armónico y bello de la madrileña han hecho falta años de selección lenta y cuidada. En *La Maja* de Goya vemos su mejor expresión gráfica; pero siglos antes de la maja del aragonés ya nos sorprende Cervantes con aquella maravillosa Clarita, hija del Oidor, menudita, ágil y pizpireta, que vive por el barrio de San Andrés y que se hace amar de un estudiante principalísimo trocado en mozo de mulas, en un mozo de mulas que canta romances y que sigue la luz de una estrella que ha visto en el camino.

La madrileñita es un tipo de selección porque es de cruzamiento de las más bravas razas peninsulares. Los padres acaso nacieran en la villa del oso y del madroño; pero la abuela fue vasca y andaluz el abuelo, y ya los bisabuelos se criaron cada cual en su región distinta. Y andando los años se fundieron la dulzura del gallego, y la fastuosidad del andaluz, y el ámbar del valenciano, y la gentileza del leonés, y la socarronería del astur, en esta damisela, tocada con el traje de calle –distinción, finura, gracia– que vemos en el paseo de la Castellana, en Recoletos, saliendo de misa, yendo a compras, apeándose del *auto* o del *simón* con la majestad de una reina auténtica.

Bien miradas nuestras mujeres, la catalana es más hermosa, y más decorativa la de Valencia, y más bonita la de Galicia, y más entonada y noble la de Castilla...

Pero... pero la hija de Madrid es más simpática y mimosa y expresiva y sagaz. Es más inteligente, en una palabra. Es Clarita, la hija del Oidor, que cumple diez y siete años para las vendimias de San Miguel, y que no se atreve a hablar con el novio por miedo a romper el encanto del silencio; es la Maja desnuda y la del Espejo también, inconscientes las dos de su divina hermosura corporal y más cuidadosas de las calidades de su espíritu; es, en fin, aquella linda obrerilla que se llamó Consuelo Fornarina, y que a su primer contacto con la distinción supo ser una duquesita, un poco libertina, del Renacimiento, que hubiera sido la desesperación y la delicia de las cortes ducales de Módena y de Ferrara.

Nuevo Mundo (17-12-1926)

Una glosa a Maragall

Todo está igual al regresar a la corte. Calma chicha en las gentes, literatura en los periódicos. Los temas vivos, los temas sangrantes siguen excluidos por real orden. Aprovecharemos para nuestra glosa de hoy algunas de las notas de nuestro cuaderno.

"En la contemplación de la mujer hermosa –canta Maragall– hay algo así como un reposo definitivo". Y su estela deja una suavidad permanente en nuestro recuerdo. Y su perfume –el perfume de la mujer hermosa es la sonrisa– nos deja iluminados, subyugados, enhechizados, hasta que una palabra tosca, un objeto feo, una acción zafia, ordinaria, nos rompe el delicioso ritmo interior que la nueva presencia de la mujer hermosa vuelve a prestarnos.

Para mí, la belleza de la mujer hermosa no es propiamente, en términos de estética, "l'espresione riuscita[378]" lograda, de que nos habla Benedetto Croce. Es más que eso. Es el concierto, el divino y misterioso concierto, entre la figura y el espíritu de un lado, y del tocado y de la figura, de otro. Los ojos han de ser expresión del semblante y ventanas por donde el espíritu asoma toda su calidad. Y ese concierto ha de ser siempre, siempre, hijo del pudor para que sea rítmico, permanente y eterno. Ha de revelar estáticamente la expresión y dinámicamente la gracia. El reposo ha de ser como un gesto, es decir, como un movimiento bello que se detiene al revelar su gracia suprema. "En la contemplación de la mujer hermosa –canta Maragall– hay algo así como un reposo definitivo".

Divino reposo, sin embargo, que ha de ser nuncio y presagio de inquietudes de toda clase. La belleza sólo de líneas y de ritmos, no es la belleza de la que yo hablo aquí. Belleza efímera, no eleva nuestro espíritu porque no tiene tiempo de grabarse en él. La belleza de la mujer hermosa ha de ser revelación de Dios en la criatura, aleteo de lo infinito en nuestro espíritu. Y al refractarse en nosotros, ha de purificarnos, como belleza eterna que es, como revelación del paso, de la huella de la divinidad en las criaturas. Y la mujer hermosa ha de ser inconsciente de su hermosura. Ha de ofrecerse a nuestra contemplación como un desafío a nuestras dos limitaciones –tiempo y espacio–, segura de que las supera, de que las borra, de que las disuelve para siempre, dándonos precisamente el concepto de la belleza en la eternidad y de la eternidad en la belleza.

El paganismo acertó a medias, y sólo a medias, en la expresión de la belleza. Necesita desnudar a sus modelos para fijarlos. No pasa nunca de la serenidad. Nos muestra sus mujeres, nos enhechiza simplemente el sentido de la vida y pasa. Pero después, la hermosura de la mujer hermosea todo lo que ella mira. El mundo se hace mujer, ternura, delicadezas, abnegación, sacrificio. Han de llegar después Miguel Ángel y Leonardo de Vinci para enseñarnos a meditar y a sonreír. El efecto de la contemplación de la mujer hermosa es entonces la fusión, la identificación entre el ser contemplado y el ser que contempla. Se establece una relación misteriosa entre la obra creada y nuestro propio espíritu.

En la mujer hermosa ha logrado poner el artista todas las cosas y el germen de toda belleza. Contemplándola, surge un verso balbuciente, una melodía que no tornaremos a reproducir jamás, un sosiego, un reposo, un equilibrio, una alegría íntima, una plenitud, en una palabra, que no son otra cosa sino la seguridad de que nuestro espíritu es el eterno vencedor de nuestros anhelos subalternos. Ante la presencia de la mujer hermosa, no pensamos, recordamos, ni esperamos nada. No nos importaría morir en aquel momento. Una faceta, una sola faceta de la faz inmensa de Dios nos ha sido mostrada entonces.

Porque el desinterés, la pureza, la elevación de que hace gala nuestro espíritu en ese momento divino de la contemplación, es, en verdad, amigos míos, un anticipo gracioso de la gloria. La mujer hermosa hace con su presencia primavera del invierno, luz de las tinieblas, ritmo del ruido, gracia de la plebeyez y eternidad de lo efímero. La estética se torna entonces en una rama de la teología; por eso Beatriz es símbolo de la gloria. Y comprendemos de una vez que toda la omnisciencia divina es obra del amor. Y que el amor es la razón cósmica que hace mover a los seres todos:

Amor che mouve il sole e l'altre stelle.

La presencia de la mujer hermosa deja en nuestro corazón semillas de luz que fructificarán en ideas, en emociones, no sabemos cuándo, no sabemos cómo. "En la contemplación de la mujer hermosa –canta Maragall– hay algo así como un reposo definitivo".

[378] "l'espressione riuscita" ("la expresión lograda"). Benedetto Croce. *Estetica come scienza dell'espressione e linguistica generale: teoria e storia.*

Reposo que nos dicta los versos de la oda inacabable que todos llevamos dentro de nuestro corazón y con cuya cadencia inefable solamente acertamos de muy rara en rara vez. Reposo que nos hace desear para la hora de la muerte un mundo como este mundo tan bello, tan bello, y que muy pocos saben gozar y merecer. Es el reposo santo, el reposo definitivo en que se amodorra casi del todo la bestia que llevamos dentro, para dejar paso al ángel que nos vigila, sonríe y acaricia, recordándonos la promesa eterna, que sólo disfrutarán los que sientan las huellas de Dios en la contemplación de la mujer hermosa.

El Pueblo Gallego (07-10-1927)
El Pueblo (06-10-1927)
El Luchador (05-10-1927)
La Esfera[379] (30-09-1922)
La Publicidad (02-06-1922)

Charito

En San Juan.

Iglesia de San Juan, junto a la Plaza del Mercado. Volteo jubiloso de campanas, víspera de fiesta, silencio, sol. Y nos guarecemos en el templo donde fue bautizada Teresa de Jesús. Unas lindas muchachas rubias, en la capilla de los condes de Superunda[380], ponen tiestos de flores sobre un altar. Voces apagadas, cuchicheos, sonrisas y toses contenidas; un curita que vigila de cerca la amada grey, unos turistas pintorescos que se entusiasman ante unos cuadros grandes, negros y borrosos. Suenan cinco campanadas en el reloj vecino. Las chicas, familiarmente, ante los sepulcros de los viejos condes de Superunda, comentan sus entusiasmos y devociones.

– ¡Oye, Charito! ¡Mira qué bien están estas macetas a los pies del Santo Cristo!

– ¡Ya verás, Rosita, cómo pongo yo mejor el altar de San Ramón Nonnato! –replica Charito.

– ¡No te das tú poco tono con tu San Ramón, mujer! –advierte de nuevo Rosita recortando unas flores de papel y riendo alegremente para que advirtamos la blanca y menuda hilera de dientes en su boquita.

Charito juega, muy seria, con la rubia melena de su pelo, cierra los ojitos azules, entornando los párpados, para mirar su Santo Cristo, saca la lengüecita roja, torna a arreglarse la melenita y sonríe.

– ¡Ea, ya está! –exclama convencida.

Y Rosita interviene, implacable:

– ¡Vaya, vaya! ¡No le va a gustar así a don Manuel!

– ¿Y a mí qué me importa don Manuel, tú? –dice iracunda, la bella sacristana.

Siguen volteando las campanas de San Juan en el silencio y en el sol de la tarde. Otras muchachas barren la iglesia, riendo con estrépito. Un sacristán, con las manos dentro de las mangas, pisando quedo, impone silencio:

– ¡Señoritas, que es la casa de Dios!

Pero las señoritas acogen con alegres gestos la presencia del buen señor.

– ¡Huy, chacha, qué risa!

– ¡Cállate!

– ¡Pues no se pone poco serio el buen señor!

– ¡Pero si estamos barriendo!

– ¡Ayúdame a levantar la alfombra, Carmen!

– ¡Allá voy, Rosita!

– ¿Y Charito? ¿Dónde está Charito?

Charito, en la capilla donde se guardan los despojos de unos señores de muchos nombres y de apellidos muy complicados, que se llamaron en vida los condes de Superunda, sigue adornando de flores, entre penumbras, el altar del Santo Cristo.

[379] En *La Esfera* se publicó bajo el epígrafe «Divagaciones sobre la mujer hermosa»; en *La Publicidad*, sin embargo, su título fue «La contemplación de la mujer hermosa».

[380] Título nobiliario español otorgado Fernando VI en 1748 a favor del virrey del Perú, José Antonio Manso de Velasco y Sánchez de Samaniego. En 1866 obtuvo la Grandeza de España.

Trajina Charito con estrépito. Y sonríe y vuelve a sonreír contemplando su obra. Sin compasión, esgrimiendo unos zorros, levanta el polvo de una imagen que yace en la rinconada; luego la emprende con los cuadros a latigazo limpio; después, agarrando con su manecita izquierda la melena de un león de alabastro que hay en un sepulcro, torna con la diestra a libertar la blanca nuca de los cabellos revoltosos e invasores.

Campanas, más campanas... Ahora tañen también en alegre algarabía las solemnísimas de San Pedro y las claras y recias de Santo Tomás. El sol penetra por las vidrieras de la capilla de los Superunda iluminando la faz amoratada del Santo Cristo. Y el Santo Cristo parece sonreír contemplando el ajetreo de esta buena Charito y la luz suave y velada de sus ojos azules, que son una interrogación constante al misterio y al infinito

De paseo.

Y Charito, con Teresa –que lleva el hábito del Carmen– y con Rosita –que ya tiene ofrecido el de los Dolores– sale de la iglesia, camino de la Santa, hacia la puente, con dirección al Adaja. Hay un ritmo gracioso en el andar de la muchacha y un gesto petulante que imprimen los ojos miopes a su expresión, paradoja viviente en su rostro tan aniñado y en su voz tan clara, mimosa y musical. Charito habla de rosarios, de novenas y de sermones con sus amigas. Le place, predicando, a Charito el Padre Florentino de la Virgen del Carmen; Rosita replica, sin embargo, que sobre gustos no hay nada escrito, y que ella prefiere, en cambio, la plática del señor Magistral. Reparos, objeciones suaves, transacción inmediata... Los dos predican bien, muy bien; por algo ganó sus oposiciones el señor Magistral; por algo el Padre Florentino es nada menos que Provincial de los Carmelitas Descalzos.

Y las murallas, y los cubos, y el torreón de San Segundo resguardando la ermita. Allá lejos, el macizo gris de Gredos. Charito contempla el maravilloso paisaje de su ciudad entornando los ojos. Anochece. Parpadean unas luces amarillas y temblonas; vuelven a cantar los bronces la plegaria final del día. Charito se escabulle; luego, después de cenar, tornamos a encontrarla bajo los porches de la plaza del Alcázar oyendo *El huésped del Sevillano* a la Banda Municipal y los piropos de los cadetes que celebran su frescura y lozanía.

La Semana Gráfica (21-04-1928)

Elogio de Carmen Rivas

Carmencita Rivas –la «Señorita Sevilla», elegida como reina de la belleza de la ciudad del Guadalquivir por los queridos amigos y compañeros de *El Liberal*– es, naturalmente, rubia, por los fueros de su ciudad y por los imperativos de su sevillanismo. La vieja expresión del viejo Campoamor

digna de ser morena y sevillana[381]

es todo un lugar común. Debió escribirlo don Ramón al salir de su tertulia de la librería de Fernando Fe, en la Carrera de San Jerónimo, o en las orillas del Nalón, encerrado en su Pravia nativa, que no a la salida de San Lorenzo, un viernes por la tarde, después de besar la peana al Señor Jesús del Gran Poder, o después de haber presenciado una de esas procesiones típicamente sevillanas, como la de la Pastora, cuando sale rodeada de flores y de mujeres, patio de los Capuchinos adelante, una fragante tarde del mes de Junio.

Hay ciudades que se desbordan en España, que dejan de ser ellas mismas, que pierden todo localismo y toda etiqueta, y que son un compendio, o síntesis, o resumen, de mil razas y cruzamientos diferentes; así, entre nosotros, Madrid y Sevilla. Y del mismo modo, las mujeres de estas ciudades. La mujer madrileña es, sencillamente, el crisol donde se funde el tipo de las distintas mujeres peninsulares.

Pues Sevilla, dejando a un lado a Campoamor y a todos los fabricantes del tipismo sevillano apto para decorar las panderetas y los abanicos, es, a la vez, el crisol de las distintas hembras europeas que pasaron por Sevilla desde el siglo XVI hasta nuestros días. Los árabes salen de Sevilla echados por San Fernando, y quedan sólo los judíos o hebreos, y comienza a tomar carácter

[381] El tren expreso. *Canto I.* "La noche".

después de la conquista de las Américas. A Sevilla, puerto franco y único puerto interior de España, acuden los mercaderes de toda Europa: flamencos, italianos, griegos, tudescos, ingleses. Apenas si hay familia vieja sevillana que no tenga entronque extranjero, a lo largo de las edades. Las rubias son siempre mayoría. Un tipo de rubia que solamente advertimos en el Norte o en el Centro de Europa. La morena es, generalmente, importada de Granada, de Málaga, de Cádiz, de Córdoba. Pero allí donde se contemple una cantidad de sevillanas –en la iglesia, en las procesiones– abunda este tipo, tan maravillosamente representado por la gentil Carmencita Rivas.

La sevillana recuerda mucho, por ejemplo, a la mujer del norte de Italia. Ejemplares estupendos de mujer, finas, armoniosas, esbeltas como palmas, hechas de ritmo y de luz que solemos contemplar en los canales y en los viccoli[382] venecianos, tornamos a verlas en las casetas de la feria, a la salida de San Lorenzo o cantando seguidillas por las calles de Triana la noche en que retornan a sus lares, con sus «sin pecados» y sus carritos, los romeros jacarandosos del Rocío. Hasta podemos aducir ejemplos literarios insignes en apoyo de nuestra tesis.

La duquesita de Ferrara, rubia opulenta y sensual que nos describe Cervantes en *La señora Cornelia*, es hermana carnal de Luscinda, rubia, o de Dorotea, rubia, o de Isabelita, rubia, o de la monjita sevillana, rubia también. Las andaluzas de Cervantes son siempre sevillanas, y sus sevillanas, siempre rubias. Murillo, sevillano, ama también las mujeres blondas. Becquer, sevillano, prefiere las cabelleras de oro y los ojos intensamente azules como el cielo de su ciudad, y los ejemplos pudieran multiplicarse hasta lo infinito.

Carmencita Rivas, rubia, prosigue la tradición de su ciudad. Es rubia y fina y expresiva y grácil. No es morena, ni hace falta que lo sea, para representar dignamente a las beldades de su raza. Don Ramón de Campoamor y Campossorio habló de memoria cuando consideró su enigmática rubia ensoñadora del tren expreso como contrafigura de la mujer sevillana.

Tal vez ceceaba un poco la gentil viajera y había nacido en el barrio de Santa Cruz, sin que lo advirtiese el abuelo de las *Doloras*. Carmencita Rivas, en fin, negámoslo en su alabanza, es la sevillana de ayer y de hoy y de mañana, la sevillana eterna, rubia como las duquesitas del Betis, que guían sus caballos de pura sangre por el prado de San Sebastián y que acuden, tocadas de mantilla, a los esponsales de Alfonso y de Mercedes, en el palacio de San Telmo, a la vera del parque de María Luisa.

Mundo Gráfico (20-02-1929)

[382] Callejones

PRENSA

Crónica ligera[383]

Ayer tarde me ha traído el cartero una revista de forro encarnado. Tiene por lema *La Bandera de la Inmaculada*; en una tira de papel se leía con finísima letra inglesa, señor don Jorge de Alba, y, adentro, un amigo cariñoso me escribía así: «Está escrita por muy buenos chicos. Mírala con calma.» La revista merece una crónica. Mi impresión ha sido excelente.

Los redactores, en primer lugar, son muy buenos chicos, como decía mi amigo, decentes, listos, de convicciones profundamente católicas.

Nuestra desgraciada sociedad, tornadiza y voluble, necesita ser azotada, de vez en cuando, con la lógica inflexible, irrefutable de estos muchachos. Además, poseen una erudición histórica y filosófica, que verdaderamente espanta. En un artículo donde se desentierran las glorias genuinas de Salamanca, un verdadero escolar, el señor Cimas, a quien tengo el honor de conocer personalmente, hace un hermoso estudio sobre el fundador de nuestra «suntuosa» casa de dementes. Además, la sátira tiene representación en *La Bandera*. El satírico se llama *Pol Vorín* así, en dos piezas. No necesito decir que sus terribles chispazos se llaman salvas. Y aquí vienen mis sospechas.

Yo sé algo de artillería, porque estuve en Ciudad Rodrigo. Y las salvas sirven de espectáculo sin matar a nadie. El señor *Pol Vorín* (que tiene una erudición pasmosa para meterse con el pobre diablo de Combes, con Weyler y con Canalejas) debiera titular sus finísimas bromas Cañonazos. Sería de más efecto, y sobre todo, de más ruido.

¿Existe algo más irónico que reírse del Doctor Cottón, norteamericano, por añadidura, que ha descubierto que el *amor* es producido por un bacilo semejante al microbio del cólera? *Pol Vorín* dice con mucha gracia que cuando extirpemos el bacilo, nuestra sociedad estará asegurada de incendios. El asunto no será muy inmaculado, pero es cierto.

Luego, llama pez a Salmerón, al propio don Nicolás. ¿No sería de más efecto llamarle tiburón? Y aquí está el encanto de *Pol Vorín*. *Pol Vorín* es fuerte, se mete con Martínez Ruiz, con los intelectuales, con la ropa vieja de Weyler y no es soez.

Esto, y el profundísimo estudio que va al frente de la Revista, sirviéronme ayer de agradable solaz.

¡Un apretón de manos, cámaradas! Vuestra labor es obscura, pero, a la larga, quizás dé fruto.

El Castellano (25-08-1904)

Tristes comentarios

Acabo de leer, en una revista italiana que se ocupa con agradable frecuencia de nuestras cosas, un comentario tan preciso como violento, a propósito de la actitud de una parte de nuestra prensa, con motivo del proyecto de ley para la extirpación del terrorismo. El comentario es verdaderamente un poco importuno a estas alturas, pero merece meditarse. Desde fuera, se juzga y se pondera mejor toda suerte de acontecimientos, aunque se incurre en enormes inexactitudes de detalle. He aquí el comentario en cuestión, que traduzco con la mayor fidelidad:

[383] Firmado como Jorge de Alba

«Algunos ateneístas de Madrid –dice la revista– discutieron meses atrás en el Parlamento contra un proyecto de ley que, para la extirpación del terrorismo, remitió el Sr. Maura a la aprobación de las Cámaras.

Desconocemos el articulado del proyecto, pero sabemos a ciencia cierta que los encargados de agitar la opinión pública han sido aquellos mismos periódicos que dejaron pasar la ley de jurisdicciones, aquellos que la votaron, aquellos que embarcaron a su país en la insensata guerra colonial última, y aquellos que ocasionarán la desmembración de Cataluña si persisten en su campaña de hostilidad absurda. Esto sí lo sabemos, y nos duele que la intelectualidad de Madrid esté compuesta de pregoneros, no de la libertad que difícilmente peligra con el Sr. Maura, sino de la prensa que no sabe cumplir con sus deberes cívicos.»

Tengo para mí que este comentario merece una consideración detenida. No es creíble que Cataluña piense en desmembraciones, solamente porque las redacciones de ciertos periódicos la emprendan, a tontas y a locas, con la política barcelonesa. No es tampoco exacto que los directores de los periódicos aludidos votaran con el Sr. Moret la ley de jurisdicciones. No se debe, finalmente, toda la culpa de nuestra catástrofe nacional a los grandes rotativos, aunque éstos, lejos de oponerse entonces a la patriotería andante, se dejaron arrastrar por nuestro tartarinismo y por nuestra profunda ignorancia de la realidad. En cambio, –y aquí el comentarista anónimo está en lo fuerte– es más que verdadero que esos señores periodistas no han sabido, ver claro en el problema catalán, confundiendo el despertar colectivo de una región trabajadora con la formación artificiosa de una nueva agrupación parlamentaria, y es asimismo exacto de toda exactitud, que esa última algarada de algunos periódicos, ha privado para siempre de fuerza moral a sus autores y les ha separado cien codos más de esa opinión callada y firme «muda de lengua pero en obras larga», que alejada de los bastidores, juzga con serenidad y condena con justicia, y algunas veces con encono.

La explicación de los errores que condena violentamente el anónimo periodista extranjero es, sin embargo, transparente y clara. En España, muchos grandes periódicos, lejos de ser de opinión, son sencillamente de partido, y dentro del partido, de los diferentes grupillos y tendencias en que aquellos –si se exceptúa el conservador– suelen dividirse y hasta atomizarse. Y como no están sobre los partidos, sino dentro de ellos, ni tienen independencia de criterio, ni aunque se lo propongan, rectitud de juicio, ni representan una opinión firme, sino el parecer tornadizo del jefe del grupo, del director de la hoja o del lugarteniente del santón. De aquí proceden, naturalmente, los traspiés y las rectificaciones infinitas. Los mismos diarios que aplaudieron la actitud de los oficiales de Barcelona cuando las mortificaciones del *Cu-Cut* y elogiaron, a raíz de aquellos hechos, el nombramiento del Sr. Luque para Ministro de la Guerra, fueron los mismos que se opusieron, no sé si con hostilidad verbal o verdadera, a la aprobación de la ley de jurisdicciones. Y el mismo partido que la aprobó contra viento y marea, se oponía hace unos meses, jaleado y aplaudido por la gran prensa, al proyecto de ley contra la extirpación del terrorismo.

Claro está que quien ha metido en estos callejones oscuros y estrechos a los aludidos periódicos ha sido el partido que dispone de la mayor parte de ellos. Y es que el partido liberal español está interiormente, doctrinalmente, muerto sin remedio. Yo creo que sus ligerezas y errores, no dependen tanto del poco acierto de las personas que lo componen, como de la pobreza y poca virtualidad de su programa o credo. El programa liberal de ahora es el mismo del año 68 y no transcurren en balde, para la vida política de un país, nada menos que cuarenta años. La libertad de cultos, de opinión, de asociaciones, el jurado, el sufragio universal, etc., están ya definitivamente incorporados a nuestra vida pública. Y como el partido liberal ha agotado todo su programa, no tiene ninguna razón, si no lo renueva, para seguir existiendo. Cuando el Sr. Maura dijo que «la libertad se hacía conservadora» hizo algo más que defenderse; definió, sin sospecharlo en el momento acaso, un exacto principio que regula la evolución actual de la política, no solamente española, sino también mundial, los conservadores, por un acto fatal de sustitución necesaria, impuesta por los tiempos, han venido a ocupar el hueco de los antiguos liberales, y ante ese fenómeno, los liberales no pueden seguir existiendo como partido político natural sino cambian radicalmente de postura. Los liberales de todas partes –de Italia, de Inglaterra, de Francia, de Suiza– han evolucionado con lentitud pero con firmeza cada vez más frecuente hacia el socialismo. Y solamente en este campo pueden defenderse y en este terreno combaten y pelean. Los liberales españoles ya no pueden entonar el Himno de Riego, tan desacreditado por todas las charangas de los pueblos chicos… Y si no se mueven, perecerán, y nosotros, los que somos liberales del año actual y no de cuarenta años hace, debemos contribuir a que ese partido acabe de morirse mansamente de anemia consultiva.

Me gustaría que llegase mi artículo al periodista extranjero que me ha dado ocasión para escribirlo. Tal vez llegase al convencimiento de que las culpas están fatalmente diluidas en nuestro ambiente nacional. Además nos ha dado una lección que he creído conveniente recoger para que llegue a los oídos de los políticos, escritores y ateneístas a quienes alude con discreción pero al mismo tiempo con dureza.

Nuevo Mundo (03-12-1908)

Infancia

Leopoldo Alonso y Esteban García Bellido son dos jóvenes salmantinos que han fundado el lindísimo semanario infantil, con cuyo título encabezo estas líneas. Han tenido la bondad de regalarme una colección de los números que llevan ya publicados.

Me creo en el deber de elogiar su simpático esfuerzo editorial; los que me conocen saben de sobra que ni por requerimientos de amistad, ni por solicitaciones de paisanaje –de Alba de Tormes son los señores Alonso y García Bellido– sería capaz de elogiar, cosa que, realmente, me desagradara.

Muy bonita, muy linda, maravillosamente presentada está la colección de *Infancia*, niños salmantinos. Decid a vuestras mamás que os compren esos monos ingenuos, con cuya venta se enjugan, a las veces, las lágrimas de los nenes pobres.

Vosotros mismos podéis colaborar en la *Infancia*, niños.

Os publican vuestras impresiones donde se esboza a ratos un ligero matiz irónico, compasivo, dulce, austero, de vuestra personalidad futura. *Infancia* también pública vuestros grabados, nenes. Y los hay admirables. Son ingenuos y toscos; pero en su tosquedad, en su elaboración difícil, se advierte ya vuestra impresión directa, personal, de las cosas. Y hay una galería de retratos con cabecitas pensativas de niñas rubias, con ojos preguntones de muchachos inquietos. Yo contemplo estos misterios con simpatía, con amor. ¿Qué haréis mañana, ojos preguntones, cabecitas pensativas?

Infancia no es revista de información, sino de preguntas. ¡Y pensar que de ese interrogante penderá el porvenir de España!

El Adelanto (21-01-1911)

La Buena Prensa[384]

Nuestro venerable amigo y colega, el señor obispo de Jaca, acaba de pronunciar un discurso en el teatro Arriaga, de Bilbao, que ha sonado a escándalo en los oídos de las personas sensatas y de orden. El señor obispo ha disertado sobre la Prensa católica. Sinceramente ha confesado que se cae de las manos por aburrida y por sosa. Don Antolín es partidario de romper moldes, cuantos más moldes mejor, y cree que los órganos de la que él llamó buena prensa deben abstenerse de publicar encíclicas y pastorales y competir en buena y excelente información con los periódicos de la izquierda. Los curas y los frailes que quieran hacer propaganda, deben hacerla desde el púlpito, según el venerable prelado. Al periódico han de llevar solamente cuestiones de actualidad, combatiendo concretamente los errores y las procacidades de los periodistas liberales. El señor obispo sabe, indudablemente, dónde le aprieta el zapato, con hebillas de plata y todo. El periodista católico, con muy raras excepciones, confunde el artículo con el libro, con la pesada disertación doctrinal, con el confesonario y con la cátedra. Cuando discute, hipoteca la razón en el insulto. Cuando elogia, confunde el ditirambo con el elogio. Cuando razona no sabe ser breve, ni ameno. Y el periodismo no es eso. Es nervio y agilidad. Es gracia y donaire. Un punto de ironía debe ser para el periodista más eficaz que un aforismo pasado de moda, que una

[384] Para combatir la prensa liberal, la Iglesia Católica crea una red de periódicos aunados en Asociaciones de la Buena Prensa (a partir del *Correo de Andalucía* de Sevilla en 1899) que conocerán varios congresos (Sevilla,1904; Zaragoza,1908…) donde establecer directrices. La idea era poner en circulación periódicos, no sólo doctrinales, sino sobre todo noticieros, con información local, regional y nacional, si bien censurados por el episcopado. Uno de los paladines fue el obispo de Jaca, Antolín López Peláez.

sentencia de un docto, que un sabio apotegma aunque esté escrito en latín. El periódico, lejos de ser un manualete de lógica, debe ser un muestrario de donosura.

Una burla fina, una frase aguda, un giro de expresión elegante, entretienen al lector por todas las disertaciones eruditas. El periodista, que lo sea verdaderamente, más bien ha de ocultar su bagaje de cultura que enseñarlo a tontas y a locas. En nuestra economía mental, el periódico es un aperitivo, pero si es plato fuerte indigestará al lector que lo ha convertido, con certero instinto, en compañero del desayuno y del café y en despertador mañanero. Suscribo enteramente el parecer del señor obispo de Jaca. El secreto del periodismo está en contar; el lector, que sea discreto e inteligente, formará su criterio con arreglo a los datos que el diario favorito le suministre cotidianamente. Y el público quiere información y más información, como pide en los circos taurinos caballos y más caballos. El señor obispo sabe que, por desgracia, en los tiempos que corremos hurga más la curiosidad del público una cogida de Pastor y un tango de la Fornarina, que cualquiera disposición eclesiástica.

El Adelanto (05-10-1911)

La Noche

Antonio Palomero, el flamante director del nuevo periódico, es un charro más, nacido en Madrid por casualidad, como *Clarín* nació en Zamora. Sus padres, salmantinos de pura cepa, eran del campo de Peñaranda, y a la corte vinieron protegidos por aquel político que se llamó Sánchez Ruano. Nació Antonio en Madrid. Se apoderó del ingenio de los gatos –Palomero es un admirable *causeur*– y heredó el grave y zumbón donaire de sus antepasados. Republicaneó de mozo en *El País*, en *El Liberal*. Hizo reír a medio mundo en *El Gedeón*. Escribió comedias, libros, cuentos admirables. Con Luca de Tena en *Blanco y Negro*, en *ABC*, dio rienda suelta a su escepticismo.

Hoy dirige *La Noche*. ¿Cómo será *La Noche*? ¡Ah, *La Noche* será como es Antonio; no lo dudéis un momento! Él ha logrado sacar una enormidad de duros a Lleó, según cuentan, y a varios capitalistas y meterlos en el berenjenal de una empresa periodística. Aquí, donde hay tantos periódicos, no hay un solo periódico español, verdaderamente nacional. Los catalanes son muy exclusivistas; también lo son los madrileños, a quienes no interesan las cosas que no se desarrollen en el radio comprendido entre la Bombilla y las Ventas del Espíritu Santo. Todos conocéis al *trust*; oculta la verdad y no le importa más que la caja. Es una empresa que hace ministros, que coloca a sus redactores con toda clase de gangas, que es republicano en una calle y monárquico en la otra. *La Corres* ¡demonio con *La Corres*! Tiene una sección truculenta de crónica extranjera que francamente, no encaja. El *ABC* tiene formalidad, pero le falta vida, animación, ligereza, genio periodístico, frivolidad. Hacía falta algo. Y este algo es *La Noche*, que todavía no tiene historia.

Pero la tendrá. Palomero será el ave fénix de los directores. Los señores directores de los periódicos ¡Dios me valga! Están un poco viejos, cuando no de edad, de espíritu.

Suelen darles cruz y raya los reporteros recién llegados del pueblo, y estaba por decir que los pegafajas. Están levemente fosilizados, se les da un comino del ingenio, siguen admirando a Echegaray y añoran con angustia los artículos de aquel majadero de Lorenzana. Palomero será un director a la moderna, es un artista, tiene una lozanía de ingenio realmente asombrosa, tratará a los chicos de la prensa a la buena de dios y en mangas de camisa. Husmeará los gustos del público y no tendrá espíritu de grey.

Ya lo veréis. Ha convencido a nuestro don Miguel, que colaborará asiduamente en *La Noche*. Ha hablado ya dos veces, y me dicen, al escribir estas cuartillas, que terciará esta noche, dando un dulce y suave meneo, piadoso meneo, a la buena prensa, que suele tener de todo, menos de prensa y de buena. Y con don Miguel escriben los magnates de la pluma, que, como son pocos, no pueden renovarse así como renovamos de esteras la casa y de bombillas el aparato de luz.

Los peones de la cuadrilla son Federico García Sanchiz, un inquieto valenciano que dice las cosas con gracia y que será todo un hombre cuando se olvide de ciertas mandanguitas y acabe de humanizarse; Andresito González Blanco, formidable devorador de libros y terrible enamorador de modistas; Pepe Francés, Diego de San José y otros. Palomero, director de orquesta, sacará partido de la gente joven.

Y piensa *La Noche* en cosas formidables, comprar casa, tener imprenta propia, anunciarse con grandes cartelones como *Excelsior*, valerse de un cinematógrafo para anunciar las noveda-

des, regularizar el reclamo y epatar al buen público, que sacará los cinco céntimos del bolsillo. Y lo conseguirá. Nosotros deseamos que lo consiga. Palomero es capaz de eso. Para lucirse necesitaba cuartos. Y ya los tiene y sabrá lindamente gastarlos para hacer un periódico que sea como él es: donairoso, zumbón, alegre, frívolo, ameno, dueño y señor de una pluma castiza, ocurrente, chistoso y muchacho, no tanto de años como de espíritu.

La Ciudad (16-12-1911)

Los dos Mundos

Todos Los miércoles, cuando me levanto –y me levanto pronto– oigo la misma cantilena en las cuatro calles:

– ¡Señorito: el *Gráfico*! ¡Señorito: el *Nuevo Mundo*! ¡Cómpreme el *Gráfico* que viene bueno con la Pardito de aviadora! ¡Cómpreme el *Nuevo Mundo* que trae a la Pardito sacando fotografías!

Y el eco se repite calle de Alcalá arriba, llegando a la Cibeles, resonando por el retiro, subiendo a los tranvías los rapaces en el barrio de Salamanca, atronando luego en la Puerta del Sol, en todas partes, a todas horas, todos los miércoles. ¡Señorito, el *Gráfico*; el *Nuevo Mundo*, señorito! ¡Que vienen buenos!

Las dos empresas se pelean con encarnizamiento, con odio. Ambas conocen el asunto y ambas se disputan la presa. *Nuevo Mundo* refuerza la parte literaria. Benavente: está bien Benavente. ¡Pero si estos ingenios no quieren ser comparsas de los monos y apenas dan otra cosa que las escurrajas de su espíritu! Martínez Sierra. ¡Bah! Martínez Sierra es un Sinesio Delgado; morirá con la ola de sentimentalismo cursi que le ha dado a luz. ¿Cavia? A don Mariano le desdeña la juventud con todas sus gramáticas, con toda su habilidad puramente exterior, con su insoportable prurito de cultura de prospectos. Y al público le convencen más unas pantorrillas, una cara bonita, unos ojos grandes. A Benavente le leemos… cinco mil locos en España; ante las carnes abultadas de doña Úrsula López, la adiposa, sonríen, babeando, cincuenta mil compatriotas.

Y el *Gráfico* lo sabe. El público –nuestro señor– admira más el objetivo de Campúa que el artículo de *Andrenio*. Las gentes compran los monos, para hacer colección. Para leer a Benavente, en este pueblo de gorronería literaria, presta el número un amigo. Un grabado, visto después de diez años, evoca, recuerda, como evoca y recuerda el retrato, que llevamos en la cartera, de una novia que nos quiso y a quien adoramos. Un artículo, perdido el perfume de la actualidad, nada sabe decirnos. Tampoco recordamos bien del todo una carta vieja de amores pasados. Aquella alusión, aquella reticencia… nada, nada. El tiempo, compasivo, va borrando de la pizarra del corazón el trazo borroso del recuerdo.

¿Quién vencerá a quien? *Nuevo Mundo* tiene un nombre. El *Gráfico* gusta por su novedad, porque es más *periódico*, porque el maquinista encaja mejor. Yo le daría más sueldo al jefe de máquinas que al director en los papeles gráficos.

Por ahora, ninguno caerá. Como ambos aprietan, el público, cucharón, compra los dos. Pasa con los periódicos bien hechos lo que con las mujeres guapas que son también dadivosas. No se hacen nunca la competencia. El hombre, eterna mariposa, ronda a todas las luces y de todos los perfumes gusta.

La Ciudad (06-01-1912)

De la vida social

Advierto, desde lejos, que es como se advierten mejor las cosas, un cierto ambiente de estudiada indiferencia en torno a *La Ciudad*, el nuevo semanario fundado en Salamanca. Es cosa de felicitarse porque suceda eso. Las gentes toleran mejor un ataque formal, una acometida seria, que no el tonillo de alegre desaprensión con que comenta un periodista de buen humor un acto transcendental de un señor cualquiera. El arma más peligrosa en un pueblo chico es la del ingenio. Salamanca es un pueblo chico y no tiene de ciudad sino el nombre. En punto a educación cívica, a solidaridad, a vida orgánica, vive la misma vida de un pueblecillo cualquiera.

Ahí se hace poco uso de la crítica social, de la crítica colectiva; que al opinar en cosas opinables del dominio público, deja intangible lo sagrado de la vida íntima. Se quiere tapar a los periodistas la boca o pararles los puntos de la pluma con la varita mágica de la amistad. Se confunde el aspecto privado con el aspecto público de la vida y no se advierte que un amigo muy bueno nuestro, puede ser un mal alcalde, por ejemplo, sin que ello rece, de cerca o de lejos, con nuestro grado de afección personal.

Si bien se miran las cosas, es preferible ser un mal amigo a un mal alcalde, siguiendo con el ejemplo, que no es alusión a ese pueblo, sino a todos y que lo mismo puede rozarse con el señor Hernández Sanz que con el señor Francos Rodríguez. El mal amigo me perjudica a mí solamente y el mal alcalde nos perjudica a todos. Un mal administrador de su hacienda privada no corre más riesgo que el de arruinarse; un mal alcalde impide el progreso de una colectividad numerosa.

Un zoquete que tiene poca perspicacia en sus propios asuntos personales, corre la aventura de dificultar su vida; un mal catedrático, por muy buena persona que sea, por excelente padre de familia que sea, por decoroso ciudadano que sea, estropea legiones enteras de jóvenes a los que cierra horizontes mentales que debe descorrerles. Para eso le pagan.

Luego el periodismo debe ser un sacerdocio. No puede llamarse escritor ameno al que escribe libros insoportables, ni buen empleado al que lee *El Imparcial* en la oficina, ni buena cómica a la que se vale de recursos de mala ley, para arrancar aplausos a la galería. Se le estafa al público su perra chica. Por no haberle dicho la verdad nunca, el público se divorcia de la prensa. Le hemos querido educar como a un niño chico y ha comenzado a advertir que pasa de la mayor edad.

Únicamente se reconcilia con ella cuando se le cita benévolamente con motivo de un viaje, de una fiesta onomástica, de un grato acontecimiento familiar. Y bien puede tolerar el público a su diario favorito, que a cambio de bollos, reciba coscorrones de vez en cuando, que no suelen ser heridas de pronóstico reservado.

El Adelanto (10-01-1912)

El libro del periodista

Un escritor muy distinguido, don Basilio Álvarez, acaba de publicar un libro. El del periodista. Manual de las condiciones literarias que debe reunir todo aquel que dedica su actividad al periodismo, es el volumen que acaba de publicar el señor Álvarez.

Leyéndole despacio, se advierte muy pronto que no está escrito en periodista. El señor Álvarez ama la brillantez. Y el periodista no debe ser brillante. El señor Álvarez es un ameno cronista, un poco chapado a la antigua. Y no todo el periodismo es crónica.

El periodismo es una profesión como otra cualquiera. La evolución que se impone en todas las esferas de la actividad mental alcanza también al periodismo. De la brillantez se ha pasado a la precisión. Del relato ingenioso a la narración exacta. El público gusta de juzgar por sí mismo y no quiere más que el hecho crudo para derivar del mismo las consecuencias que más oportunas le parezcan.

La hoja periódica fue un artículo de lujo, que poco a poco ha ido trocándose en una necesidad imprescindible de la vida corriente. Comenzó siendo perfectamente literario. Consúltense *El Conciso*, la *Gaceta del Ciudadano*, cualquiera de los periódicos que se publicaron en Cádiz en los albores de nuestra vida constitucional. Cualquiera de estos diarios –y la observación es común para los periódicos extranjeros– no contienen más que artículos doctrinales y noticias puramente oficiosas. Yo he consultado muchas veces estos periódicos. Tienen algo de ingenuo, de infantil, de candoroso, visto al cabo de los cien años, pero que entonces acusaba una tremenda bravura. Martínez de la Rosa da con sus huesos en la cárcel. Sánchez Barbero también. El periódico, entonces, no refleja estados de conciencia; se puede decir mejor que los crea.

Luego el periodismo, abandonando un poco las elucubraciones puramente abstractas, es político. Se conspira dentro de las redacciones. La previa censura crea el libelo; el énfasis de la época la sátira. Del periódico sale Emilio Castelar al Parlamento; periodistas son también Cánovas del Castillo, Figueras, Salmerón, Pí, Roberto Robert, Suñer, Sánchez Ruano, todos. El periódico vive entonces combatiendo a los colegas. Los "fondos" se suceden sin descanso.

Aparecen desde 1860 –y aún no han muerto definitivamente– los periodistas hinchados, palabreros, vacuos, hojarasqueros y retóricos. La información ocupa un lugar secundario. Véase, por ejemplo, la colección de *El Imparcial* de 1871.

Hoy la prensa ha variado del todo. Se requiere rapidez, precisión, exactitud. Se vive muy de prisa. Queremos las cosas al vuelo. La facilidad de comunicaciones ha hecho semejante milagro. El periódico es un índice de la actualidad, nada más que un índice. Se relaciona más con los intereses que con las ideas. Los partidos políticos han sido reemplazados por los intereses económicos.

Habla el señor Álvarez de las condiciones que debe reunir el estilo del periodista. Nosotros creemos más bien que el estilo no puede someterse a reglas. Cada cual debe escribir como es, aclarando el pensamiento en lugar de velarlo; procurando siempre la mayor sencillez posible; limpiando el árbol de las plantas parásitas que le chupen y agobien. El día que se escriba con toda llaneza y con toda sencillez, alcanzaremos la mayor elegancia y la mayor donosura posibles.

El Adelanto (11-07-1912)

De la Prensa, del público y de los periodistas

Se acaba de publicar un diario de índole puramente informativa: *Ecos*.

Y comienza una lucha cruel, encarnizada, entre los periódicos de la noche. *La Tribuna* lleva a sus lectores a una playa norteña; el *Heraldo* regala un automóvil; *Ecos* regalará dinero contante y sonante. Y con haber tantos periódicos, no hay un sólo periódico español. Los de Madrid no son más que madrileños. Todo lo que no ocurra en la zona comprendida entre las Ventas del Espíritu Santo y la Bombilla, no les importa cosa mayor. Yo prefiero, para enterarme con exactitud de lo que ocurre, acudir a *La Vanguardia*, de Barcelona, entre cuyos colaboradores tengo el honor de contarme. *Ecos*, muy bien hecho, es un diario puramente suplementario. *El Heraldo* se anega en los torrentes de la prosa de Ramiro de Maeztu, para uso de los tenderos inteligentes y de las informaciones truculentas del *Duende de la Colegiata*, al servicio de las amas de cría y de las modistas con tendencias al romanticismo. *La Tribuna* es un diario taurino; Alejandro Pérez Lugín es el amo del cotarro; *La Tribuna*, que nos amenazaba con la seriedad barcelonesa, ha hecho renacer los colmos y demás juegos de ingenios desocupados. De los periódicos de partido no puede decirse más sino que cumplen su misión de exaltar a los jefes y de cargar todas las desdichas que nos ocurran a los adversarios de les jefes.

El periódico, como eco imparcial de la opinión pública, tolerante, dúctil, ágil para apoderarse de los sucesos y ducho para interpretarlos certeramente, no aparece por ninguna parte.

No basta el relato escueto de un hecho, como quiere *Ecos*; hace falta algo más, explicarle, razonarle, relacionarle, colocarle exactamente en el plano preciso que le corresponde. Carecemos del sentido de la ponderación. Un discurso parlamentario, por ejemplo, es la preocupación del político, pero no es la preocupación del comerciante.

Una jugada de bolsa no suele preocupar a los poetas, pero saca de su normalidad la vida económica del país. No teniendo más fuente de información que los periódicos, se ven las cosas abultadas, desfiguradas y jamás en sus proporciones naturales. No refleja el diario la vida diaria, sino la anormal, lo violento, lo que está fuera de lo corriente: el crimen por celos, la estocada del torero, la patadita de la estrella, el discurso del divo. La explicación de esos hechos, las razones en virtud de las cuales se producen, el conocimiento exacto, preciso, regular, del por qué de estas manifestaciones, no suele aparecer nunca en los diarios.

Se diría que pecan todos de frivolidad. Se desdeña lo pequeño cuando por lo pequeño se explica uno lo grande. Se procura distraernos, no interesarnos.

Se nos oculta la razón viva de las cosas. El público estropea al periódico y el periódico al público. Convierte aquel en novela lo que es un relato vulgar. Y luego, previamente antes de ocurrir un suceso, se sabe la opinión del periódico. Se habla a una *parte* del público, a *un* público, a un *su* público. Los que tenemos cierta independencia mental para ver las cosas, solemos reírnos de los esfuerzos que necesita una empresa para seguir cultivando su postura, adoptada de antemano por creerla más conveniente.

Aún no tenemos un periódico objetivo, sereno, que recoja toda la vida nacional. Acaso consista esta carencia en que no tenemos periodistas que sepan ver las cosas por su propia cuenta.

Se requiere para ello cultura, sagacidad, ingenio, discreción, perspicacia, amenidad. El secreto de las cosas estriba en saberlas hacer; el secreto de escribir, en saber escribir. El periodista plúmbeo, de sociología pesetera, hinchado, va desapareciendo, afortunadamente. El tono pedagógico nada tiene que ver con el tono periodístico. El mundo marcha de prisa; el escritor que

quiera caminar con él, ha de ser espontáneo, natural, lleno de buen sentido, zumbón, irónico, ameno. Como ha de ser indiscreto, vele su indiscreción con el donaire. Como ha de ser un poco precipitado, tape la precipitación con la cautela. No sea nunca pesado. Ame los buenos libros, estudie, vea lo que se guisa fuera, compare el plato extranjero con el cocido nacional. No sea extraño a las emociones. Aprenda a interesar.

Y con periodistas de esta suerte se formará la prensa nueva, ni literaria, ni política, ni sociológica, ni con mote alguno.

La información con donaire, la claridad, la agrupación sistemática de los hechos, el requerimiento a la opinión del docto, el amor y la ayuda a los ingenios mozos que despiertan. Tiene que desaparecer el sectarismo de las redacciones. La verdad no es liberal, ni conservadora, ni republicana, ni carlista; tiene de todo un poco.

El mejor plano estriba en verlos todos y en no detenerse en ninguno. A medida que la Prensa vaya siendo más impersonal, irá ganando de buen grado el corazón del público, que está un poco hastiado de nosotros. Tan hastiado como nosotros de él. Como vivimos en mundos diferentes, no hemos llegado a amarnos ni a comprendernos.

El Adelanto (15-07-1912)

La crisis del periódico[385]

Con el epígrafe *Cupones y toreo* diserta D. Miguel Santos Oliver, uno de los más sagaces periodistas españoles, en *La Vanguardia*, de Barcelona, acerca de esa manía, que se ha apoderado de algunos rotativos madrileños, de fiar el éxito periodístico, no a la destreza y amenidad de sus redactores, al arte de confeccionar el diario, a la abundancia y amenidad del texto literario y de la información telegráfica, sino al contrato aleatorio de la empresa con el público, mediante el cual éste goza de ciertas ventajas materiales, como asistir a los toros, veranear en una playa, asegurar el cubierto de un restaurant durante unos días, etcétera, etc.

El señor Santos Oliver, discretamente haciendo las salvedades que la verdad reclama, cree que la manía de los cupones lleva aparejado sencillamente el fracaso del periodismo serio. Que el periódico español no puede quejarse de la indiferencia pública, a la que apenas se ha logrado interesar. Que debe fiarse la restauración de la prensa a la elevación de su espíritu y a la brújula suprema que debe guiar la pluma del periodista, a su responsabilidad. Que se intente un ensayo con esta orientación, acudiendo al sentido patriótico y "a la conciencia vigilante que nos hace temblar, por nuestros errores, antes de afirmar que la única vía posible sea la del cupón y las páginas del toreo".

Sencillamente el espectáculo es vergonzoso, sobre todo en Madrid. Da grima hojear los periódicos, desde que *La Tribuna*, con la sosería de sus colmos, la insoportable consagración de los héroes taurinos y los cupones para veranear, ha entrado de lleno en la viciosa existencia de los mendigos y de los hampones, que pasan todo el santo año de Dios añorando la lotería y la bolsa de la mujer que haya de salvarles.

Lejos de avivar la dignidad del lector, se la rebaja y anula. Se les embrutece el ingenio con el ejercicio de esos horrendos equívocos y calambres que demuestran la ineptitud de un pueblo que no come para el humorismo sano, salado y de buena ley. Se le ofende además con la limosna continua que es la continua humillación.

Ni una palabra para el examen atento de nuestras desdichas, para formar en las gentes una conciencia colectiva de sus deberes y de sus derechos en los tales periódicos. El crimen del chulo, la apoteosis de Gallito, la patadita de la excocinera que exhibe los lomos en las candilejas de un teatrillo, el automóvil y el retrato, dos retratos, muchos retratos de *El Duende de la Colegiata.*

El periódico y el público parecen dos viejos sátiros que, sabedores de toda suerte de iniciaciones, se complacen echándole el lodo a la cara. Los escritores –mientras tanto que no han perdido enteramente su pudor y la conciencia de la responsabilidad y el buen gusto, este buen gusto contra el que tanto ha clamado el señor Unamuno para rendirse ante él– tienen que guarecerse en los libros y en las revistas puramente literarias, cediendo el puesto a los desaprensivos que aprendieron la crítica literaria en las mesas de café, la economía en las cuentas poco corrientes con la patrona y la ciencia del corazón en aventurillas con damas tapadas de simón corrido.

[385] Unos meses más tarde, el 11 de enero de 1913, Sánchez Rojas publicaría otro artículo con este mismo título, aunque distinto contenido, en el diario salmantino *El Adelanto* (O.C. Tomo II, página 448).

Advertid como impera la farándula. El criterio artístico se supedita a la soberanía de la caja. Se adulan los instintos más viles y soeces de las gentes.

El fetichismo taurino ha sido obra de los revisteros de toros. Notad que desconcertados andan nuestros periodistas ante el problema más elemental que la política, el arte o la hacienda le presenta dentro de la actualidad. Mirad como falsean la vedad, como la retuercen, si tenéis la fortuna de conocer un poquito los hilos ocultos del retablo nacional. Notad como las reputaciones que fabrican artificialmente no resisten el análisis más elemental. Levantad un poco la cabeza: mirad el juego de los malandrines. Mientras repartan ilícitamente las ganancias del botín indecoroso, os hablan de ética, de progreso, de democracia. No les hagáis caso.

Las palabras del señor Oliver responden a un estado de conciencia de buena parte de escritores españoles. El señor Oliver, que dirige *La Vanguardia*, ha buscado el público, lícitamente, haciendo un diario sin colmos, sin toreros, sin criminales, sin brujos y sin duendes y un buen diario. Y el público ha respondido.

Verdad es que el ambiente catalán está bien saturado de preocupaciones graves y serias. Acusa mayor cultura que el nuestro. En aquel ambiente floreció, desde el periódico, el alma pura y buena de Maragall. En Madrid tenemos muchos papeles, pero los periódicos apenas si pueden contarse por los dedos de una mano. Son demasiados dedos para la cuenta. Urge que convirtamos el periódico-empresa en periódico-idea, que residenciemos a los que no saben ser dignos, que nos unamos los descontentos para destrozar la farsa con la medida más eficaz, con la del silencio, con la de la protesta firme y vibrante.

¡Al público se le llevaría de la mano, educándole, enseñándole, haciéndole soñar con cosas nobles y bellas! Se le corrompe y se le envilece: esto es todo. Y es tan bella esta tercería, que apenas hay palabras fuertes para maldecirla lo bastante. Ya veis si es triste, amigos míos, bien triste. Cuando queramos ser sinceros tenemos que refugiarnos en estos periodiquitos provincianos.

En esta querida casa de LA CIUDAD podemos mirarnos unos a otros sin sentir vergüenza. Como el bufón de Herve procuramos, al llorar, que suenen bien las rodajas y los cascabeles. Que nuestra vida no es alegre, cuando nos reímos de las tonterías colectivas de esta tierra, de su individualismo exagerado, de su apatía, de su desgana moral, es para disfrazar la tristeza que nos produce este ambiente, que es casi todo el ambiente español, amigos, casi todo.

La Ciudad (31-08-1912)

Más sobre la sentencia

Mi artículo *Honor y dinero*[386], publicado en EL ADELANTO y reproducido después por algunos periódicos, me ha valido no pocas advertencias y reflexiones. Se me asegura que adopto una posición personalísima: no me apura nunca el estar solo. Se me dice que ha sido herida de muerte la que se ha inferido a la libertad de la prensa con esa sentencia; no acierto a ver esos peligros por ninguna parte.

Se oye decir que no se ha creado una doctrina nueva, sino una industria nueva; bien, eso quiere decir que ha desaparecido otra industria vieja. Se habla del derecho positivo, de que los jueces han legislado en lugar de sentenciar, de que debiera existir previamente, en una ley una tabla de valoración para regular las indemnizaciones. Este argumento no es muy sólido. Tenemos un derecho supletorio para todos estos apuros. El Derecho Romano, la legislación de las Partidas, el Fuero Juzgo están para eso: para suplir el silencio del Código civil en un asunto concreto como este.

Se nos quiere decir que la cuestión no es de huevo, sino de fuero. Aunque hay de todo en la viña del Señor –que las costas del pleito no son humo de paja aun para las empresas más florecientes y galanas– hay, efectivamente, en este caso una condenación –no sé cómo decirlo– de cierta escuela periodística, muy española, que aviva la sensibilidad romántica del público, sirviéndoles fugas, raptos, escalamientos, crímenes y fieros males, como única y exclusiva representación. Lo que no es pasional no es noticia. Lo que no es privado, lo que no sazona la pimienta

[386] "Honor y dinero", *El Adelanto*, 29 de noviembre de 1912. (O.C. Tomo III, página 73). Desconocemos los otros periódicos en que se reprodujo.

de la murmuración, lo que no es un trastorno de nervios, una manifestación de esta neurosis colectiva que padecemos, no vale para el periódico.

Así es que un diario, no todos, nos cuenta lo anormal, lo extraordinario, lo nervioso, no lo corriente y normal; y corriente, y callado, y de siempre, que es el perenne argumento de toda crónica, verdadera y exacta. Un escándalo político –revuelo de dos minutos– ocupa tres columnas y el estudio de un libro –fruto de años, muchas veces– apenas línea y media, desdeñosa. Se telegrafía una cornada de Vicente Pastor y se da cuenta de una enfermedad de Ramón y Cajal, el mismo día, en dos líneas hechas de prisa. La aparición del *Duende de la Colegiata* y sus informaciones son todo un símbolo de tal estado de cosas. En una palabra, el periódico –no todos los periódicos– no refleja la vida diaria del país, sino los estremecimientos parciales de la vida.

Si es el público o si es la prensa la que ha iniciado esa desviación morbosa, no es cosa de fijarlo en este lugar. Basta consignar el hecho. De paso, resulta que el periódico es todo menos un instrumento *público* de opinión; se ven los muñecos, y los hilos de los muñecos, en este retablo que el señor La Cierva ha querido desmoronar ahora, con un lanzazo rabioso. Todo es caserito, apocadamente caserito, en esta feria de Sanchos que callan cuando deben hablar y que hablan cuando el silencio es de elemental discreción.

¿Que se escapan una señorita y un fraile? Bien. Y eso ¿qué es, qué le importa a nadie? Ese es un incidente menudo de la vida social, tan subalterno, como si al morir el señor Canalejas se hubiera consignado que fumaba tantos cigarrillos al día. Eso no es asunto de periódico, ni prueba nada contra los frailes ni contra las señoritas, naturalmente. Eso es sencillamente indiscreto, si no fuera además de mal gusto. El indiscreto no puede invocar su libertad, que no ha sabido mantener. El telegrama –se dice– era apócrifo. *El Liberal* –yo lo creo muy de veras– obró, como siempre, de buena fe. Pero no basta la buena fe para no delinquir, hay una responsabilidad moral y unos daños a reparar, hijos, sino [sic] de nuestra maldad, de nuestra inadvertencia.

La sentencia –¡válgame Dios!– no es reaccionaria, ni lesiona derechos de la prensa; advierte tan sólo a los descuidados. Le dice a la gran prensa que va por mal camino. Le exige mayor cautela, mayor formalidad, mayor respeto, hasta si queréis, más arte periodístico. Claro es que la tasación ha sido alta, demasiado alta; perfectamente de acuerdo, aquí donde se tasa la vida de las personas en dos o tres mil pesetas. Venga una ley a contener las licencias soeces de los que se desbordan y de los que injurian, amparándose tras la mampara de las ideas. Y reconozcamos, sin excitaciones, que acaso han pagado justos por pecadores; achaques de los justos que son también bobos. Pero, en principio, la sentencia del Supremo ha venido a refrenar la impunidad en que vivía, desbocada, buena parte de la prensa. La prensa será tanto más libre cuanto mejor refrene sus impulsos de populachería. Si se crea la industria de las indemnizaciones, será que ha concluido la industria de las injurias.

El Liberal ha perdido por tablas, y eso es lo más triste del caso.

El Adelanto (14-12-1912)

La crisis del periódico[387]

Perdone el lector que insista sobre cosas de periodismo; me interesan porque son parte de mis aficiones favoritas. Me gusta apurar los problemas, sino [sic] precisamente para resolverlos, para estudiarlos desde aquellos puntos de vista que están al alcance de todos.

El periódico está en crisis. Mejor: el periódico español está en crisis. Concretando todavía más: el periódico español está en crisis. Con él se desmorona una vieja concepción del periodismo. Y un tinglado que parecía resistir todas las quijotiles bravuconerías. Y unos prestigios que por escamoteos del artificio profesional, parecían sólidos. Y con los prestigios despatarrados, el tinglado pobre y la concepción vieja, bellos castillos en el aire. Digámoslo en buena hora; el público va siendo mayor de edad; sabe lo que es oro y lo que es boro; comienza a discurrir por su propia cuenta. No quiere ser ya carnero de Panurgo, después de la incon[s]ciencia periodística ante la catástrofe colonial y después de su ética discutible ante los problemas políticos. Sencillamente esta es la verdad y es inútil empeño disfrazarla.

[387] Ya escribió otro artículo con el mismo título en *La Ciudad* (31-08-1912) si bien de distinto contenido (O.C. Tomo II, página 446).

No encaja el ambiente de la realidad española en la composición, en el mecanismo, en la topografía del periódico al uso. La política es el tema palpitante y sólo a los profesionales importa la política al menudeo, de intrigas y de calendarios.

Después de la política, antes que la política, los toros; en el país hay más gente, mucha más gente que la que se acuesta pensando en las estocadas del Gallo y en las hazañas de Vicente Pastor. A renglón seguido los crímenes; el chulo celoso, la hembra histérica, los estallidos del vino y de la lujuria. Y nada más.

Un artículo de fondo declamatorio; una crónica huera; un suelto procaz y malicioso. Todo ello con las excepciones consiguientes; hay un *Azorín* y un Manolo Bueno, un Jacinto Benavente y otros más, pocos más, periodistas profesionales. Lo que no ocurre entre la Bombilla y las Ventas del Espíritu Santo, no ocurre para el periódico. Y luego chistes, ¡qué chistes! Y colmos, ¡qué colmos! Machaquito se parece a mi criada, porque mi criada quita manchas, y ella dice mancha quito y mancha quito es igual a Machaquito. (*La Tribuna* ha publicado ese colmo; no sé si fue premiado, aunque sí reído por los profesionales del colmo).

Así, de esta suerte, el periódico traduce una realidad que no es la realidad ambiente. Intrigantes y toreros; desocupados, graciosos y oradores de café. Y ni una visión clara, serena, objetiva, del problema nacional; ajeno a la emoción de los poetas, a las investigaciones de los sabios, a las murmuraciones inocentes de los eruditos, el periódico recoge lo más grosero y lo más subalterno de la realidad española. Y se da la paradoja de que los hombres que se llaman liberales y progresivos –sin haber sentido en su espíritu qué sean el progreso y la libertad– exhiban una España de cajas de pasas y de panderetas.

Para el periódico, no hay comercio español, ni industria española, ni problemas vitales –el socialismo agrario que asoma la cabeza en Castilla, las modalidades regionales, el problema del trigo, etc–. Huye con cuidado de lo que vale la pena e importa verdaderamente al público. El tipo de periódicos a que aludo, como la compañía italiana del *Grand Guignol*, solo se nutre de estremecimientos medulares y nerviosos.

El público se aburre insensiblemente y hacen las empresas bravas contorsiones para atraer al público.

¿Haciendo un buen periódico que recoja todos los tonos y matices del ambiente? Parecería lo natural una lucha iniciada de esta suerte. Pero no; se le atrae con cupones. Se rifan pavos, cerdos, títulos de la Deuda, automóviles, viajes. El periódico vive a la sombra de lo que promete. Ha llegado la hora de la crisis. El renovarse o morir de Gabriel D'Annunzio debe ser el tema de la lucha y el fin de la polémica para cazar moscas... amaestradas.

Frente a este tipo de periódico, hay otro catalán, o mejor todavía barcelonés. De ello hablaremos otro día con reposo. Este artículo va siendo demasiado extenso para los espacios habituales de EL ADELANTO.

El Adelanto (11-01-1913)

El extraordinario de "ABC"

Para festejar la paz, los periódicos que han mostrado su adhesión a la causa de los aliados han comenzado a publicar estos días números extraordinarios para celebrar la victoria de los pueblos contra los cuarteles y las repúblicas contra los imperios. En *El Parlamentario*, el conde de Romanones ha dicho con donosura, tal vez un poco amarga, que otro gallo le cantaría al país si la mitad de los que hoy se llaman aliados hubieran mantenido con energía sus convicciones hace cosa de doce meses. El sospechoso *Fígaro* ha publicado también un número muy bonito. Nuestros queridos y entusiastas amigos de *La Publicidad*, nada sospechosos, han hecho igualmente un magnífico alarde de sus devociones por los pueblos libres.

Y con los extraordinarios ha coincidido, naturalmente, la etapa de los banquetes. Apenas si queda algún rincón de España donde no se haya cantado «La Marsellesa» entre huesos de aceitunas y tripas de salchichón. Algunos banquetes han tenido una significación tan simpática como la que inspiró a los organizadores del ofrecido a nuestro amigo «Fabián Vidal».

Se protestaba en ese banquete contra el tecnicismo. Los estrategas están, en efecto, de capa caída. Así, «Fabián Vidal» ha derrotado a los genios de las Academias. En Inglaterra, un antiguo revistero de teatros, Hilario Belloc, ha resultado también el mejor crítico de guerra. Y todos

saben que un procurador de los tribunales, el general Allenby, ha sido el encargado en Tierra Santa de rematar la organización alemana de paso doble y opereta que había en el ejército turco.

Don Torcuato Luca de Tena me dicen que está un poco mal humorado con el éxito de los extraordinarios y un tanto cariacontecido con su ausencia obligada a estos banquetes. Y, sin embargo, tiene el remedio en la mano. Nosotros proponemos una solución muy elegante, para salir del atolladero, al honrado protector de nuestras bellezas teatrales. El *ABC* no se ha equivocado nunca, nunca. Cuando el caballero de las tres estrellas tomaba una plaza a los franceses, era que realmente tenía que suceder así. Si los alemanes desmentían al día siguiente al caballero de las tres estrellas, es porque no tenían en cuenta las más elementales reglas de la balística. Así, pues, fracasaban estos, pero no el crítico militar de *ABC*.

Lo mismo puede decirse con respecto a las afirmaciones de Domingo Tejera, el *Scheneider* de la casa. Su afirmación de que Alemania no podía vencer porque había vencido ya, era igualmente de la más notoria evidencia. El hecho de que los aliados no se hayan convencido de semejante axioma demostrará en todo caso, la torpeza de estos, pero de ninguna manera flojedad de razonamiento de Tejerita. ¿No cabe decir otro tanto de los aforismos de Salaverría, de las sospechas de Antich, de las oficiosidades bien intencionadas de Javierito Bueno, de las teorías de todos los escritores de guerra de *ABC*?

Pues don Torcuato podía y hasta debía confeccionar un extraordinario, explicándole todas estas cosas al lector, Y así quedaría demostrado que si la guerra se ha perdido ha sido sencillamente porque el bloqueo ha impedido a los alemanes la lectura constante del periódico más honrado de España, del más discreto, del más digno de los respetos del adversario. De otro modo... Foch hubiera perdido seguramente la partida.

Iberia (04-12-1918)

Señor censor…

Señor censor, señor censor de mi alma; pero ¿qué le he hecho a vuesa merced que así me trata? Una letra, la inicial del artículo, y la firma: he aquí todo lo que deja vuesa merced de mi glosa de la semana del día 25 de enero[388]. ¿Tan terrible era esa glosa, señor censor? ¿No comprende vuesa merced que con esos rigores tan inauditos y estrechos la gente da en hablar y en convertir en terrible y demoledor comento una glosa que era más inocente que la mentalidad del señor González Rothwos[389], pongo por cosa inocente y rudimentaria?

Es inútil, señor censor. Las ideas no se borran con el lápiz azul o rojo –no sé a punto fijo la color de su lápiz–, sino con otras ideas. Las protestas no se ahogan con un silencio forzado e impuesto, sino dándolas satisfacción, haciendo que el cauce de las leyes sea tan abierto que por él quepan holgadamente todas. El pleito este no se arregla gritando ¡Viva España! o poniendo bozal a todos los que chillan demasiado. Desengáñese, señor censor; su papel es de todo punto inútil. Si no borra nada, la gente lee, sonríe y pasa de largo. Si lo borra todo, el público da en imaginar truculencias de mal gusto y en cargarle a un pobre escritor cosas que no ha escrito, que no ha pensado escribir y que no escribirá nunca.

¡Luego, señor censor: son ustedes tan difíciles de dar gusto! Los dedos se les antojan huéspedes casi siempre. Pero alguna vez los huéspedes se les antojan dedos. Con ustedes no sabe uno jamás a qué carta quedarse. Nada más difícil que trazarse o imaginarse la psicología de un señor censor. Le imagino a usted bonachón y risueño, levantándose temprano. Al llegar al Gobierno Civil se cala usted las antiparras y lanza miradas asesinas a las pobres galeradas de imprenta que le envían de las redacciones. Ante ellas, se siente usted un nuevo neroncillo.

¡Ah, no pasará una línea equívoca ante las miradas de usted! En la duda, funciona el lapicerito y ¡el matadero!

Yo no le quiero mal, señor censor, aunque no le conozco sino para servirle. Al contrario: ¡de qué buena gana le libraría de esa carga tan horrible de mutilar, deshacer y triturar el pensamiento ajeno! En un país donde se dice todo, no peligra nada. En un país donde no se deja decir nada, peligra todo, por lo visto, hasta el poder de los censores. La medida del desasosiego

[388] Se refiere al artículo "Glosas de la semana", *Iberia* de 25 de Enero de 1919 (O.C. Tomo III, página 330) .

[389] Carlos González Rothwos (1865 – ?). Político y abogado nacido en Burgos que desempeñó el cargo de Gobernador Civil de la provincia de Barcelona de abril de 1903 a julio de 1905 y de enero de 1918 a marzo de 1919.

público suelen darla, generalmente, los censores. La censura es el barómetro de la presión mental en los pueblos y contra la censura hay, sobre todo, el peligro del ingenio. Todo puede decirse sabiéndolo decir...

Recuerde usted, señor mío, lo sucedido este verano. El camello ese, partidario de la política pneumática, el avestruz con ricitos que dirige, como dice Prieto, en sus ratos de ocio, el partido conservador, dio las consignas más terminantes y tremendas para que toda España se convirtiera en una sucursal de la Trapa. Nunca mejor hemos sabido todas las cosas que este verano. Los secretos se decían a voces, el silencio estaba interrumpido por las más acres y fuertes interjecciones que venían, nadie sabe de dónde, pero que llegaban, definidas y claras, a nuestros oídos. Y no hubo modo de que todos los censores de España juntos evitasen con sus lapiceritos rojos y azules la inquietud ambiente y el malestar nacional.

Tres cuartos de lo mismo está ocurriendo ahora, señor censor de mi consideración más distinguida. Lo que hogaño acaece en Barcelona lo sabemos acá también en Castilla. Tenemos unos procedimientos para enterarnos que no fallan jamás. Así, por ejemplo, lo que usted tuvo la bondad de borrarme hace quince días, con una saña diabólica y con un placer asesino que me ha producido un verdadero espanto, era precisamente lo que hasta mí llegó a través de las reticencias de la censura. ¿Estaba o no estaba en lo cierto, señor censor?

En adelante, le prometo ser un buen chico y no desentonar jamás, para no darle qué hacer. Así esta semana quiero dedicar un comentario lleno de elogio al bravo gesto que ha tenido en el Senado el histórico general Aznar, frente a las intemperancias del señor Garriga y Massó, que se atrevió a decir ¡mentira! a un compañero que afirmó que en Barcelona se grita a todas horas contra el Ejército. El señor Aznar, enardecido, vibrante, vitoreó a la patria con su hermosa voz de bajo profundo... Los demás senadores secundaron los vítores del ex ministro de la Guerra con un entusiasmo que contrasta, ciertamente, con el recelo y el silencio de otros sectores de la opinión pública.

Cuando en un pueblo los ancianos gritan con ese ardor y ese entusiasmo juveniles; cuando los viejos, en lugar de curarse el catarrito, se sienten tan animosos y llenos de pelea, ¡es que la patria del Cid, de Pelayo, de don Juan de Austria, del Gran Capitán, de los Reyes Católicos, del Empecinado y de Agustina de Aragón, alienta todavía y alentará mientras quede un pecho generoso, una espada y un corazón, dignos del solar sagrado de nuestros mayores!

Iberia (08-02-1919)

La censura previa

Hablemos de la censura previa; es el tema, de actualidad; algunos periódicos, con "El Liberal" a la cabeza –con "El Liberal", que está haciendo una campaña tan bonita– suspiran por su levantamiento. No hay que decir que nosotros suspiramos también por escribir sin trabas, cortapisas ni limitaciones de ninguna clase. Pero la misma campaña de "El Liberal" demuestra que se puede escribir a pesar del lápiz rojo, o mejor dicho, gracias a él. Los iniciados sabedores de unas cuantas cosas no pasan en la vida [¿Villa?] y Corte de un centenar de personas. Para este centenar escribe siempre el periodista y ya cuenta con el hecho de que el gran pueblo no se entera nunca de los matices ni de los aspectos más delicados de las cosas.

La censura, en realidad, afina el ingenio y sutiliza el donaire del que escribe. Con la censura traza Larra sus artículos más intencionados. Con la censura se prepara la septembrada. Con la censura, se dan cuenta las gentes del movimiento abortado de 1917. Como es inútil poner puertas al campo, es inútil también refrenar a los lenguaraces, sujetar la fantasía de los soñadores, y convencer a las gentes de que todo marcha por su cauce normal y corriente. La censura previa es, si bien se mira, un exquisito resorte revolucionario; pero nunca, nunca, un discreto recurso gubernamental. Comprendemos que suspiren por ella los amigos de la situación, pero no los adversarios de ella. Suprimida la aduana, se acaba de hoz y de coz el contrabando; suprimida la censura, se mete en flor toda información sensacional.

La censura lleva la intranquilidad a las tertulias de las buenas gentes, el pánico a los que viajan; el embuste a la boca de los que informan y el desasosiego al espíritu del gobernante. El adversario político, en cambio, se refocila y aprovecha de la situación. Gaceta viviente, actúa de correveidile por entre los grupitos de la calle. Hay siempre un *se dice* aterrador, que pone los pelos de punta, un *se cuenta*, que jamás puede aprehenderse por los cabellos y determinar su procedencia. Los

puntitos suspensivos, los blancos, son el mejor estímulo para la divagación antigubernamental. Cada cual, llena los espacios a su talante, y como por naturaleza nos inclinamos a lo terrible y a lo desmedido, es evidente que cunda la alarma sin razón que lo justifique.

Nuestro Directorio debe decidirse a ser tolerante con los chicos de la Prensa. Ya debe conocerla; es buena, y cariñosa, y tolerante, y compasiva con él. Y no le pone en evidencia, como no sea ponerle en evidencia eso de publicar las notas oficiosas, tan razonadas, tan finas, y tan impregnadas de ardiente misticismo. Son los periódicos hoy secuelas o filiales de la "Gaceta", y si el Directorio continua con sus medidas de excepción, va a matarla, porque el público no leerá más que las disposiciones oficiales en el periódico que se vende en la trasera del Ministerio de la Puerta del Sol.

Que se levante la censura cuanto antes, si es que en realidad existe entre nosotros, un fermento revolucionario. Muy microscópico debe ser, cuando nadie acierta a situarlo con precisión. Los obreros, con su teoría lúdica y con su opinión sobre el desgaste, trabajan ahora más que nunca. El separatismo catalán ha desaparecido por Real decreto. El orden público se ha asegurado del todo con los somatenes; los cuatro comunistas y medio que había en España, se han fugado a la frontera. Esto es una balsa de aceite. Realmente la censura es un lujo caro que no tiene razón de ser. Quietitos los empleados, disueltos los organismos del viejo régimen menos las Academias –¿por qué no suprime también el Directorio las Academias?– nada hay que cortar, ni que tachar, ni que dejar en blanco: Huelga la censura por inútil y por innecesaria.

Que se chinchen los revolucionarios, que aunque digan otra cosa, son los únicos empeñados en que subsista. Descanse nuestro querido y respetable jefe el señor censor, que debe necesitar, a estas horas, de sueñecitos reparadores y profundos. Torne la libré expresión del pensamiento para el que piense y para el que sepa expresarse. Los torpes harta censura tienen en sí mismos con el poco alcancé de sus entendederas, y con la flaqueza notoria por su falta de expresión para lo más sencillo de expresarse y de decirse.

El Pueblo Gallego (21-03-1924)

Sobre el periodismo

«Andrenio» ha cantado en su discurso de ingreso de la Academia Española las excelencias del periodismo como obra de cultura. El periódico, en efecto, es la única lectura de la mayor parte de los hogares españoles. Por el periódico se entera generalmente España de casi todas las preocupaciones intelectuales del mundo. Si en un momento dado desapareciera la prensa –toda la prensa– de España, puede asegurarse que automáticamente dejaría de leer más del noventa y cinco por ciento de los lectores españoles.

La venta de libros y de periódicos da, en efecto, toda la razón al señor Gómez de Barquero. Es muy posible que pase de diez millones de ejemplares el número total del tiraje diario de la prensa española. En cambio, son escasas las ediciones de libros que llegan a la cifra de diez mil ejemplares. Creo que pueden señalarse con los dedos estas ediciones.

Actualmente no viven con entera holgura del libro más que «El Caballero Audaz» con sus relatos indecentes y francamente estúpidos, para uso de tanguistas, y Pedro Mata, con sus novelas del gusto de las señoritas cursis de nuestra clase media.

Las ediciones corrientes oscilan casi siempre entre cuatro y cinco mil ejemplares. De modo que si el cincuenta por ciento de españoles lee periódicos, solamente la exigua cifra del uno por mil da su contingente, su dinero y su clientela al libro.

El periódico es el único órgano de difusión cultural que tenemos en España. Lo sepa o no lo sepa, el periodista es un educador y un maestro de muchedumbres.

Desde el gacetillero al cronista, desde el simple «reporter» de sucesos al comentarista más sutil del gesto y del matiz del momento, todo el que emborrona nerviosamente cuartillas y más cuartillas, forma, poco a poco, la mentalidad y el espíritu de sus lectores. Y cuando el periodista olvida esta misión inefable y este deber elemental es algo así como una celestina que corrompe menores o como un histrión que juega con los sentimientos más delicados y exquisitos de sus hermanos.

La fuerza del periodista reside, precisamente, en la intensidad y en la eficacia de su magisterio. Estas cuartillas que escribimos, generalmente entre apremios de tiempo, son, a las veinticuatro, a las cuarenta y ocho horas, el único manjar espiritual de muchos hogares. Vuelan a las ciudades

tranquilas, a los pueblos apartados, a las alquerías remotas, y si no pusimos pureza de intención, emoción sencilla o alteza espiritual en ellas, es como si lanzáramos microbios venenosos que producirán la dolencia del envenenamiento de muchos espíritus. La pluma debiera ser en todos nosotros un símbolo augusto de nuestra fuerza, y a la vez de nuestra humildad. El público, dígase lo que se quiera, sigue discurriendo con nuestra cabeza y sigue sintiendo con nuestro corazón. Eterno niño, a todas horas nos pregunta cuándo debe reírse y a todas horas cuándo debe enfurecerse. Y si, a la larga, después de una labor penosa y diaria de muchos años, no hemos enseñado o hecho sentir a nuestros lectores alguna cosa, tenemos la obligación de romper la pluma en mil pedazos; porque no supimos escarbar con ella en las ideas y en los sentimientos de los que a diario tuvieron el mal gusto y la santa paciencia de soportarnos.

El Adelanto (27-06-1925)

"Crónica"

La mesa en que confecciona "Crónica" este querido amigo nuestro, gran escritor y excelente persona que se llama Antonio G. Linares, está siempre de mírame y no me toques. Los objetos –todos los objetos– se sostienen en ella por un gracioso equilibro inestable. Rimeros de pruebas, montones de fotografías, grandes dibujos en cartón, tijeras, lápices rojos y azules, cuartillas, revistas extranjeras, libros, botes y frascos de goma, compases y tira líneas, cajas de chinches… y todavía le sobra sitio a Linares para trabajar. En mangas de camisa generalmente, caladas sus gafas de concha, pega, recorta, mide, escribe pies, fuma y no olvida jamás donde deja algo. Yo entro en su despacho sin hacer ruido, le saludo apenas para no distraerlo, me acomodo en un sillón, callo, y con todo cuidado, para que no se derrumbe la montaña, me apodero del número corriente de "The Sphere"[390] o del "Ye sais tuot"[391] y callo hasta que él no me dirige la palabra.

– ¡Hola, maestro Pepe!

– ¡Hola, maestro Antonio!

Todos los que tratamos familiarmente a Romero de Torres, somos maestros. Sin darnos cuenta, nos saludamos así. Es la vieja costumbre del gran pintor cordobés y a ella nos atenemos. A veces, es un tranquillo suyo para salir del paso. Por la tertulia aparecieron una vez dos señores, cuyas ocupaciones habituales no nos eran conocidas. Pero uno era pequeñito y con "mestre peque" se quedó. Del otro supimos que es un probo juez de instrucción y el "maestro juez" se le llama y así le designamos siempre entre nosotros.

El maestro Antonio está confeccionando gravemente una página de "Crónica", la nueva revista que ha sido la actualidad literaria de hoy domingo, en todas las manos. Fuma y charla, pero no olvida lo suyo. Una terrible fotografía, la del traslado de los penados de la Guyana a un remolcador desde el presidio de Saint Martín del Re, ocupa su atención en estos momentos.

– Tremenda ¿eh?

– ¡Horrible!

El pobre joyero Mestorino[392], arropado en su manta, calado el gorro en la testa, tiene el aspecto de un hombre a quien ya se le ha acorchado la responsabilidad. La República de Derechos del Hombre goza de un bárbaro régimen penitenciario que ya ha rechazado Hotentocia[393].

Ahora es otra foto, alegre y llena de color la que preocupa a Linares. Son unas chiquitas inglesas monísimas, vencedoras en un concurso de belleza, que reciben en un cheque el importe de sus premios respectivos

– ¡Contrastes! –subraya Linares

– De modo que estas dos fotografías deben ir en la misma página.

Y lentamente veo surgir del taller las maravillas gráficas del nuevo semanario popular, que se ha puesto hoy a la venta, agotándose en pocas horas, lo mismo que habrá ocurrido en provincias. ¡En buenas manos está el pandero! Para las cosas administrativas y financieras hay dos hombres, socarrón y asturiano el uno, que asume las funciones de la gerencia de "Prensa Gráfica", don

[390] Revista semanal británica, editada por London Illustrated Newspapers, y caracterizada por sus numerosas ilustraciones en blanco y negro.

[391] Je sais tout ("Lo sé todo"), revista mensual francesa que inició su publicación en 1905.

[392] Autor confeso del asesinato, en febrero de 1928, de un corredor de piedras preciosas francés.

[393] País de los hotentotes. Antigua región del África austral situada a orillas del Atlántico.

Mariano Zabala, y pequeñín y atento a todo el otro, que es el administrador delegado, y que tiene siempre en la cabeza, con la red de corresponsales, el número de puestos, los nombres de los capataces, el itinerario de los nuevos: Don Tomás García Lara.

Paco Verdugo y José L. Campúa, directores de las publicaciones de la casa, son el gusto y la perspicacia personificados. Ninguno de estos hombres vive endiosado, como suele ocurrir con cierta frecuencia entre sus colegas. Para mí es evidente que el empaque externo de un director de periódicos está en relación directa con su pobreza intelectual. Hombre grave y solemne en puerta, asno a la vuelta. Estos hombres, Zabala, Lara, Verdugo, Campúa, Linares, que han sabido concebir y ejecutar "La Esfera", "Nuevo Mundo", "Mundo Gráfico", "Crónica", son sencillos, corrientes y cordiales; humanos… No han sabido labrase pedestales huecos y han tolerado, en cambio, yo creo que con sus ribetes y puntas de ironía, que se encaramen los precipitados. La labor silenciosa y abnegada, obscura y constante, es la de ellos, y por eso saben sonreír.

"Crónica" será un acierto más de la casa, que compartirán todos sin alharacas. Zabala, entre lectura y lectura de su amado Shopenhauer[394], lanzará una iniciativa; Lara la ejecutará entre linotipistas, grabadores, cabeceros, capataces, corresponsales. Verdugo, Campúa, Linares, la vestirán con decoro y elegancia… Y estos hombres, que han creado la prensa gráfica más popular de España, no tendrán tiempo ni ganas de hacerse populares, de retratarse a diario y de banquetearse recíprocamente con asiduidad. Tienen mucho en qué pensar y el trabajo les tiene ocupadas todas las horas del día.

El Adelanto (19-11-1929)

Adelita Tejero[395]

Oficinas de "Prensa Gráfica", la colmena de escritores, de dibujantes, que llevan sus cuartillas y sus dibujos a la revista de la casa. Señor G. de Linares, señor Verdugo, señor Campúa, Montero Alonso, de un lado para otro, recibiendo a los visitantes. Una nena, maravillosa. Pelo de ébano, ojos negros, grandes, dulces y picarzuelos. Una carpeta bajo el brazo.

– ¿El señor Linares? –me pregunta.

Digo a Linares que Carmen, la auténtica Carmen, de Bizet, le espera en la sala de visitas. Sale Linares con el lápiz rojo, fatigado y sonriente. Espero con Adelita la llegada del director. La nena habla.

– Soy, señor, de Castilla, zamorana. Nací en Toro. La Diputación me dio una pensión y me la ha quitado. Estoy en la residencia de señoritas. Quiero trabajar para vivir. Traigo a usted estos dibujos a ver si...

Linares contempla estos dibujos, satisfecho.

– ¡Sí, señorita! –exclama Linares–. Estos dibujos valen dinero. Y con ellos puede usted, vivir.

– ¡Ay, qué gusto! –comenta Adelita.

Yo cojo un recibo impreso.

– ¡Ponga usted la cantidad, Adelita!

– Pero si yo no sé...

– Entonces, ¿la pongo yo?

– ¡Es mejor!

– ¿Cincuenta pesetas dibujo, señorita?

– ¿Tanto?

– ¡Usted tiene que pagar su Residencia, señorita! Firme aquí. Y aquí, más abajo, su domicilio.

Un empleado regresa con unos billetes nuevos. Adelita los guarda en su bolso de mano. ¡Es feliz la nena en aquellos momentos, y con ella, nosotros!

– ¿Usted es de Toro?

– Sí. Conozco aquello bien y también Salamanca.

Linares sonríe y medita. Yo sé qué medita y sé perfectamente por qué sonríe este caballeroso compañero que dirige "Crónica".

[394] Así en el original por *Schopenhauer*.

[395] En 1929 comenzó a firmar como Delhy Tejero. Fue una excelente dibujante y pintora de carácter abierto y progresista. Colaboró como tal en importantes revistas como *Blanco y Negro, Crónica, La Esfera*...

– El caso es –dice– que usted debe escribir cosas de Castilla. ¿No? Para que las ilustre Adelita. Claro. ¡Piense algo!

– Estoy haciendo la unión de los grandes españoles, paisana. Necesito un Cid, un Castillo de Zamora. ¿Quiere usted dibujarlos?

– ¡Con mucho gusto!

– ¿Tiene usted algo de Toro?

– Vea –y vuelve a exhibir su linda carpeta– una plaza, en un día de mercado. Este portal de una casona de allá. Este matrimonio reciente, que regresa de la aldea.

– ¡Me sirven…!

– ¡Pero si...!

– Señorita: lo natural es que un dibujante comente las cuartillas de un escritor. Pero no es menos natural que un escritor comente, también, unos dibujos, cuando son tan lindos como estos.

– ¿Sirven?

– ¡Sirven! –asevera Linares.

Adelita Tejero queda así nombrada colaboradora de "Crónica" en el momento en que la Diputación zamorana suspende su pensión. ¡Dibuja, muy bien la señorita Tejero, señores diputados provinciales de Zamora! Y es muy linda y es muy inteligente, y es muy modesta la paisanita. ¿Por qué no han de compartir ustedes con el señor G. de Olmedilla[396], la grata tarea de ayudar a una excelente artista y a una brava muchachita que quiere ganarse la vida sin una claudicación?

Heraldo de Zamora (31-01-1930)
El Adelanto (28-01-1930)

[396] En *El Adelanto* figura "G. de Linares", dato que nos parece más acertado ya que hace referencia al director de la revista *Crónica*, Antonio González Linares.

ENSEÑANZA

Impresiones sobre la enseñanza universitaria en España[397]

I. Universidad

Qué es la Universidad en la actualidad y qué pueda ser en el porvenir, son temas a los que referirme quiero en el presente trabajo: Estudio de las diversas evoluciones que vienen sufriendo las Universidades, qué causas las motivan; procedimientos para suscitar reformas, o mejor aún, revoluciones; inutilidad de reformas gacetiles y necesidad de remover las dormidas entendederas del espíritu colectivo: he ahí otras cuestiones de mucho interés relacionadas con el tema de marras.

Y como estas, surgen muchas y muy complejas indagaciones, hermosas todas, de hondo alcance social todas, que, tratadas por un entendimiento superior al mío, y por un artista de la pluma, constituirían una piedrecilla más, sólida y bien pulida, para el edificio nacional de la enseñanza, que hoy necesita, más que nunca, grandes cimientos, y, sobre todo, una perfecta oxigenación, es decir, lo que el señor Costa llama, *europeizarse*.

Es cierto –en el sentir del señor Giner de los Ríos[398]– que nosotros, los españoles, archicastizo, tradicional y amigo del «créeme o te devoro», andamos a capirotazos y mandobles, con los problemas docentes, de los que solo conocemos «una decoración de teatro, donde el mar, las naves, los montes, todo es figurado, o a lo sumo, una especie de parodia, una farsa burda, plebeya y mal representada». La decoración es para muchos, aunque no para todos los autores, que han hablado de estas cosas, un montón de tópicos y frases huecas, donde es más importante el escalafón que el sistema de Megel[399]; de más interés el sueldo mensual que el invento novísimo.

Y tan desacreditada está la Universidad actual por los sancho-pancismos que van apuntados, que es, para el numeroso *vulgo* español, para los *filisteos*, en una palabra, un lugar donde se fabrica el título que supone ciencia, y que da el *ius utendi et abutendi*[400], para ingresar en la andante empleomanía… o para morirse de hambre sin ningún arrimadero, muchas veces.

Eso para el vulgo la Universidad; que los sabios y los que tienen abierto el espíritu a las oleadas de vida nueva, piensan de otro modo, más despreciativo, aún si cabe, de nuestros centros docentes superiores. Son –dicen ellos– las Universidades algo así como una oficina administrativa, con su expedienteo constante, sus escribientes y sus resabios secretariles[401]. Las clases son oficinas, donde se despacha ciencia, con la que hacen sus expendedores, cosa parecida, a lo que, según la célebre sátira jesuítica, acostumbraba a decir un pastor protestante al final de sus prédicas. «Solo me resta recomendar a ustedes la magnífica sombrerería de Mr. Jranás Morton, 24 Catherine Street. Net cash. No se fía»

Si. ¡Net cash! No fían nuestros maestros en la ciencia, porque lo esperan todo de la predicación sectaria, del bando amigo, de nuestro aserto.

[397] El artículo se publicó, dividido en dos partes, en los números de *Noticiero Salmantino* de fechas 31 de julio y 4 de agosto de 1903. Posiblemente se trate de una conferencia leída en la Academia de Santo Tomás (Salamanca) bajo el título "Reflexiones sobre la enseñanza universitaria en España" (1902).

[398] Francisco Giner de los Ríos.– Problemas urgentes de la educación nacional. (Nota del autor)

[399] Así en el original, seguramente por "el sistema de Hegel".

[400] Derecho de uso (ius utendi) y abuso (ius abutendi) de una propiedad

[401] Los señores Romanones, Giner, Unamuno, Gil Robles, M. Álvarez, etcétera, las han calificado así. (Nota del autor).

De la postración a que hemos llegado en estas cosas, tenemos la culpa profesores y estudiantes, y cuenta que soy escolar, del oficio. Con poca atención y ninguna fe en la ciencia nosotros, y con una dosis recargada de intransigencia menuda, ellos, los catedráticos.

El tipo más aborrecible del *filisteísmo* es, seguramente, el estudiante español. El que estudia Derecho, y lo mismo puede decirse, con las consabidas variantes, de los que cursan otras ciencias y a otras carreras se dedican, no sabe que sea un oxido, desconoce las piezas de una máquina de Watt, y anda a tropezones con una página del francés.

Muchacho talentudo conozco yo, que no sabe traducir aquella poesía de Víctor Hugo, *L'enfant*, una de las páginas más brillantes de sus *Feuilles d'automne*, ni aquel dichoso final:

> Seigneur, préservez-moi, préservez ceux que j'aime
> Frères, parents, amis et mes ennemis même,
> Dans le mal triomphants,
> De jamais voir, Seigneur, l'été sans fleurs vermeilles,
> La cage sans oiseaux, la ruche sans abeilles
> La maison sans enfants![402]

teniendo que servirse de traducciones ramplonas y mal hechas.

No tienen, como asegura el señor Unamuno en el precioso folleto sobre *La enseñanza universitaria en España*[403], ninguna fe en la ciencia, y se les da un ardite de sus ensayos y tanteos, de las experiencias nuevas y de los inventos de última hora. Consideran la ciencia como un medio de obtener un fin burgués, el zarandeado título oficial; y esta manera de ver las cosas les conduce a cualquier lado menos al levantamiento de su nivel intelectual.

En el deseo, pues, de poseer la ciencia, se esconden dos fines bien distintos, fines que en egoísmo se traducen: el amor a las notas de prueba de curso (¡vanidad humana!) y el afán de adquirir el título, sabe Dios para qué.

Porque en los tiempos añejos, un título académico suponía la «suficientia scientiae», daba actitud para pedantear y ser la admiración de las comadres, y a poca costa podía ejercerse de dómine. Hoy no sirve para tanto, que es bien poco.

Tienen los españoles fama de perezosos, de poco atentos, de irreflexivos; y no son los escolares, seguramente, los más limpios del defecto de la raza. En algunos dignos maestros, dignos de veras, de nuestras facultades universitarias se muestran galantes, les elogian en el café y en el mentidero de los corrillos, pero pocos, muy pocos, una cifra escasísima de ellos; todo lo más el uno por ciento, se toman el trabajo de pesar, medir y calcular la potencia discursiva del maestro. ¿Cuesta tanto el tener atención? Además, los sabios –según la jerga estudiantil corriente– suelen ser latosos[404].

Yo no condeno a los que se motejan de aburridos. Me parece natural que así suceda. Porque los fáciles, los sueltos de lengua, son oradores de *meeting*, (descontando, siempre, claro es, las excepciones consabidas). Los hay que cantan a la libertad estirados himnos; muchos de ellos afiliados están a la burguesía plutocrática y en sus discursos hay notas a este diapasón arregladas. Los hay de todos los colores, de todas las procedencias. Y, por último, yo sé de algunos catedráticos, reservando sus creencias para mejor ocasión. No todas han de ser tintas negras.

Atribuyen estos vicios profesoriles los muy versados en el positivismo a ocultos atavismos de la pobre y calumniada raza latina. No sé cuáles sean. Acaso en el individuo hay algo de fatal, de necesario, algo así que mil generaciones imprimieran con signos imborrables. El *grito moral* de la sangre que diría Pereda e sus metáforas fisiológicas.

El mal externo oratorio de nuestros catedráticos, es, desde luego, vicio colectivo. Pero no le entronquemos porque andaremos por las ramas.

[402] Victor Hugo. Hojas de Otoño. "¡Señor! protégeme, protege a todos los que amo, / a mis hermanos, a mis padres, a mis amigos y aun a mis propios enemigos, / triunfantes en el mal, / de ver el estío sin flores, / la jaula sin pájaros, la colmena sin abejas / y la casa sin niños."

[403] Colección de artículos publicados en números consecutivos de la *España Moderna* y publicados, luego, en el libro arriba citado, editado por la casa Rodríguez Serra. (Nota del autor)

La nota del autor es imprecisa por no decir errónea. Miguel de Unamuno publicó 8 artículos con ese título en la *Revista Nueva* (1899), si bien anteriormente en *España Moderna* (1894) había publicado *La enseñanza del latín en España*. Éste y los 8 anteriores los publicó en un folleto la editorial de *Revista Nueva* (Madrid: Revista Nueva, 1899. Impresor Antonio Marzo).

[404] Cid. Unamuno. (Nota del autor)

La manera retórica de hablar es vicio español. «En la España moderna –dice Joseph Me Cabe– el arte de hablar parece ser la primera preocupación de todos». Atribúyela, en gran parte el articulista de *The Contemporary Review,* a los políticos. Pero también nuestros catedráticos rinden a la forma culto fervoroso. Pero es una digresión aquí. Volveré sobre la cuestión más adelante.

Vuelta con los vicios tradicionales de catedráticos y escolares españoles. Insistir quiero sobre el particular.

Todo lo que no sea tocar en estudiantinas, mezclarse en jerigonzas, organizar banquetes y pedir aprobados de Real orden, les parece a estos últimos insoportable. Este es el mote. Y para no aburrirse, para distraerse como se pueda, los libertinos de la enseñanza transigen, casi siempre, con que un profesor de monta o algún chico despejado, les den conferencias sobre los cuadros de Goya o el Renacimiento Clásico, en las Uniones Escolares. Es todo lo que a la ciencia consagran los hombres de mañana. El grito noble de algún escolar aventajado se pierde. La voz de la holgazanería, con el visto bueno de la mayoría, cunde y prospera. Bien hizo el señor conde de Romanones, en ahogar por la fuerza, aquella vergonzante suplica, a la del presidiario análoga, del mes de Mayo de 1902.

Para muchos estudiantes, hay que decirlo muy claro. La Universidad es un presidio con sus patios de claridad tibia, sus barrotes y sus calabozos.

¿Y con una juventud semejante podrá hacerse una revolución seria y fecunda en asuntos de enseñanza?

Tema será del artículo siguiente.

Noticiero Salmantino (31-07 y 04-08-1903)

Los Exámenes

José S. Rojas
Alumno de Derecho

El examen actual, a cuya desaparición completa tiraron las notables reformas del señor Conde de Romanones, se me antoja una gimnasia espiritual, poco útil, que amodorra el cerebro y que roba vigor al organismo.

Con ellos, se desarrolla una mecánica discursiva, generatriz de los peores males. Y las Universidades modernas, templos de libertad y de cultura, deben arrojar de su seno esos abortos producidos por los exámenes, abortos a quienes damos, en nuestra jerga universitaria, el mote de empollones.

El examen no ha perdido, todavía, su carácter de acto solemne, lleno de formulismos y liturgias. Entiendo que debe suprimirse enteramente.

¿Cómo? Con un trabajo natural, metódico, calmoso, tranquilo y modificando, claro es, la concepción que de estas cosas tienen profesores y alumnos.

Esto es lo que se me ocurre, señor Pinilla, en contestación a las dos preguntas de su "enquête"[405].

El Castellano (31-05-1904)

Pedagogía y otras zarandajas

Con motivo de los procedimientos ensayados por el señor García Sánchez en el Paraninfo de la Universidad, he visto desfilar, en las columnas de este periódico, artículos y más artículos sobre cuestiones pedagógicas, y no he leído ni en las defensas, ni en los ataques de esos procedimientos, más que cosas chicas, murmuraciones caseras; verdaderas zarandajas.

Pero todos sienten un culto idolátrico hacia la pedagogía, todos escriben Ciencia, con c grande, y todos entran a saco por las grandes generalidades y síntesis. A mí, que no tengo ídolos, ni quemo incienso, ha de permitírseme también que me ría de esas cosas tan serias, tan respetables

[405] Desde principio de siglo se pusieron de moda este tipo de encuestas periodísticas sobre los más diversos temas. *El Castellano* organizó este sobre "Los Exámenes". A la vez que la de Sánchez Rojas, se publican en el mismo número las opiniones de Guillermo H. Sanz, catedrático de Fisiología, González Calzada, catedrático de Química y Ramón Barco (hijo), alumno de Medicina.

y tan ñoñas y que diserte un ratito sobre el aire de ramplonería y de infantilismo, que sopla de las alturas pedagógicas. No es extraño que los pedagogos pequen de pueriles. Algo tenía que influir en su espíritu, el continuo rozamiento con la niñez. No es sorprendente, tampoco, el que se atrincheren en el campo de una moral cursi; están acostumbrados a predicar que los niños malos que hacen novillos y que roban los huertos, se caen de las paredes y que, en cambio, los chicos buenos, serán honrados padres de familia, ¡lo malo es que también llevan trazas de convertirse en insignes predestinados! Pero esto pudiera parecer taurómaco y no entra en la jurisdicción de la moral ni de la pedagogía intuitiva.

Los pedagogos sufren la misma enfermedad mental que los burgueses listos que compran volúmenes y frecuentan la amistad de los sabios empalagosos; aman las ciencias de poco uso, la filosofía, la filología, la crítica histórica. Cuando no dan con el hilo de un razonamiento, se atosigan con la consabida receta de los sanos principios o pasan sobre ascuas con aquello otro de la verdad inconcusa. Y la pedagogía, que es un torpe retazo inorgánico de todas las cabriolas y volteretas más simples de los libros, es el empasto que se aplica a los niños para su mejora y perfeccionamiento.

Un buen pedagogo, es, por regla general, un señor modesto, que habla correctamente y con eufemismos, que cree sentir un inmenso cariño a la infancia y que se imagina llevar, en su alma, dos sentimientos muy hondos y arraigados; el de la religión y el de la patria. En rigor, no merece censuras el tipo representativo de la casta pedagógica, aunque a veces se ponga pesado, porque es bueno y candoroso.

El templo, que, por lo común, se consagra a la pedagogía, es un sitio muy limpio, de perfecta simetría, que tiene, a los extremos, escupideras de serrín para la saliva de los fieles y ceniceros para los cigarrillos.

La higiene tiene un parentesco inmediato con la pedagogía; es prima carnal, por lo menos. Y de las paredes pedagógicas cuelgan anuncios para la extinción de la tuberculosis y máximas, empedradas con motes bonitos, considerando al pedagogo como al primer forjador en el trabajo de hacer patria; llamándole segundo padre, no primero, de los chicos cuya inteligencia forma y asegurando, en fin, (esto es complemento de la caída de los niños que hacen churros) que «cada escuela que se abre es un presidio que se cierra». De donde se deduce que desde el aumento de las escuelas por el Sr. Conde de Romanones, ha disminuido la criminalidad de un modo increíble y extraordinario.

Todo esto no merecería la pena de ser tomado en serio, pero hoy constituye un estado ridículo de opinión, que se traduce en material fecundo de chistes irónicos para uno de los sainetes y de las zarzuelas del género chico. Y esto en España, que fuera, donde también se toma el pelo a la pedagogía, incluso a la manjoniana, ha servido de continuo *ritornello* a Mark-Twain para burlarse de los que estropearon su niñez. ¡Lástima que no conozca el humorista yanquee *La Juanita* y las tontas *Páginas de la infancia*! Hay, por último, quien confunde la verdadera pedagogía con Cristo.

¡Cuidado con esas confusiones! Si a Cristo se acercan los niños porque son limpios y puros de corazón, es cristiana labor también el separarles de esa pedagogía de cachivaches y simplezas, para que no envenenen sus almitas con toda una serie de zarandajas inútiles.

El Castellano (12-11-1904)

La Universidad Ibero-Americana

> "Lo que hace falta es que piensen, sea como fuere, y que tengan valor para manifestar lealmente lo que piensen".
> (Unamuno, GENTE JOVEN, n.º 4)

También yo recojo, como mi compañero el Sr. Cimas Leal, el consejo del señor Unamuno, y también yo quiero echar, sin más títulos que los de estudiante, mi cuarto a espadas en el asendereado asunto. Tratelo ya en broma, y con tan mala fortuna, por sacar a relucir bailarinas y cómicas, que no vi a mi alrededor otra cosa que honestidad y pureza. Hora es ya, en efecto, de hablar del asunto, con alteza de miras, sin apasionamientos de ningún género, puesto que tras de esos bastidores del "alma antigua", y del "espíritu moderno" no se esconden más que mezquinos odios personales. Y de eso tenemos que protestar los muchachos.

Se ha hablado, tiempo ha, del establecimiento en esta población de unos Estudios Ibero-Americanos. No sabemos en qué consisten, ni cómo ha de ser el nuevo centro de cultura que se proyecta; pero "algo" tiene que ser, sin duda alguna.

Lanzó la idea, en la Asamblea Ibero-Americana que se celebró en Madrid hace dos o tres años, el profesor salmantino D. Fernando Araujo y Gómez, y la propaga, con verdadero entusiasmo, un enviado de los españoles residentes en Buenos Aires, el Dr. D. Francisco de los Cobos.

Los salmantinos han agradecido al Doctor Cobos la meritísima labor que lleva a cabo, y han sacado a relucir las viejas glorias de la Escuela, como los mejores títulos que pueden alegarse para residenciar, en la vieja ciudad castellana, el nuevo centro de estudios, si es que llega a establecerse.

Y mientras unos esperan que la idea ha de trocarse en hecho, muy pronto, con unas cuantas visitas a los gobernantes, otros, menos cándidos, pero al fin y al cabo optimistas, sostienen que la cosa va muy despacio y que puede hacerse, si se unen todos, en aras del bien común y de la conveniencia colectiva.

Y donde comienzan las divergencias y donde se tiran los trastos a la cabeza unos y otros, es en el punto concreto de los medios que han de ponerse en práctica para conseguir el establecimiento de la futura Escuela. Y yo, vacilante, sin saber a qué carta quedarme, soy optimista con *El Lábaro* y *El Adelanto*, y pesimista, de muy negro pesimismo, con *El Castellano*.

Repito que creo muy difícil el establecimiento de esa Universidad. Depende de nosotros el que se haga. Y nuestro trabajo ha de ser intelectual exclusivamente. Como no nos dejemos de dimes y diretes blancos y negros, ya que todos somos culpables, nos quedaremos como el gallo de Morón, y nuestra ciudad seguirá de cotarrillo de comadres, con muy buenas promesas, pero burlada del todo.

Nuestras glorias antiguas –por otra parte– no producen rentas en el mercado actual, como no salvan del hambre al hidalgo de gotera, los pergaminos de sus antepasados. A crear glorias nuevas, contemporáneas, deben tirar todos nuestros esfuerzos. Y estamos muy a tiempo de mostrar que amamos a Salamanca de veras.

La Universidad de Oviedo, con parecidos elementos a la nuestra, ha hecho que la gente se ocupe de sus conferencias universitarias, de las publicaciones de sus maestros y de los estudios de sus escolares. Y se han dedicado aquellos al publicismo, sin temor al fracaso, pensando en el engrandecimiento de Asturias.

Este es el trabajo que debe intentarse en Salamanca. Tenemos buenos catedráticos, que habían de adquirir renombre si se dedicaran al publicismo; a los escolares también se les mueve el cerebro. Y ya que se censura al profesorado español por la escasez de publicaciones científicas en que colabora, fúndese una revista universitaria; trátense con preferencia de asuntos americanos; dense de lleno al publicismo nuestros maestros; trabajen con ahínco y con verdadera perseverancia, que los americanos vendrán espontáneamente a nuestra ciudad.

El ambiente intelectual de Salamanca es mejor que el de muchas Universidades españolas. Los estudiantes salmantinos tienen infinitas academias, señal evidentísima de que se preocupan de algo. Y si vamos recorriendo los centros de cultura universitaria, veremos que Santiago es un verdadero centro gótico, donde tienen sabor arcaico hasta las chisteras de los profesores; que la Universidad de Madrid no figura para nada en el movimiento intelectual de la Corte, y que, a excepción de Granada, Barcelona, Zaragoza y Sevilla, los escolares de las demás Escuelas españolas arrastran una vida vegetativa, oliendo donde mejor se aprueba y pidiendo, con motivo de cualquier suceso fausto, ventajas legales que garanticen su pereza; la canción del trabajo es la que deben entonar los salmantinos. La convivencia espiritual con los americanos ha de ser más fructífera que las negociaciones diplomáticas entre los Ministerios de Estado.

Nuestro deber cívico, como españoles primero, y como salmantinos después, consiste, no en recordar glorias pasadas, sino en crear otras nuevas, en las que tampoco podrán cifrar su orgullo nuestros hijos, si no las remozan ellos.

Gente Joven (28-01-1905)

El compañerismo

Escribo estas líneas, después de la reunión del Paraninfo, que presidida por el Rector de la Universidad señor Unamuno, hemos celebrado los estudiantes salmantinos esta tarde.

Allí se trataba de no sé qué. A la verdad, la lectura de los periódicos madrileños de estos días no me ha hecho entender de qué se trata. Tal vez, como la derogación de esos artículos que se pide al señor Lacierva[406], no me interesa personalmente, no he podido apreciar el fondo de justicia que haya en las reclamaciones y protestas escolares que han agitado la opinión; y que, acaso, sigan agitándola, durante varios días.

Pero no es de esto de lo que quiero hablar en este artículo. Aseguro, –porque me sirven de garantía las aseveraciones hechas por el Decano de Medicina señor Segovia– que tales reclamaciones son justas, justísimas, y por haber oído también al señor Unamuno, que una de esas disposiciones, cuya derogación se pide, hace de mejor condición a los alumnos suspensos que a los no presentados en una convocatoria, sea esta ordinaria o extraordinaria.

Lo que a mí me preocupa hondamente, lo que me saca de mis casillas y se me hace cada día más intolerable, es eso que llaman compañerismo escolar, compañerismo de que se hace alarde a todas horas, sin ton ni son, para alcanzar fáciles aplausos entre las muchedumbres inquietas o que se invoca cada vez que se trata de algún asunto estudiantil.

Y no resisto el compañerismo, porque implica siempre un fondo de imposición injusta, porque lleva siempre consigo la abdicación del juicio propio.

Repito que no me refiero al caso concreto de hoy, aunque la reunión de esta tarde me haya dado ocasión para hablar de estas cosas del compañerismo. Es triste en efecto, que se nos vende los ojos, y nos tapemos los oídos, y se nos enfrene el paso, teniendo que sujetarnos a lo que piense siempre una Comisión, y que hayamos de seguir sus actitudes, resignándonos borregamente a todo.

Entre estudiantes, –lo mismo que entre no estudiantes–, hay que abogar por la libertad de cada uno, por la independencia individual. El compañerismo tiene un límite siempre y puede romperse a todas horas, cuando a uno de los compañeros se le ocurra.

Por eso, jamás me cansaré yo de aplaudir la actitud adoptada esta tarde por el estudiante de Medicina, señor Muñoz, el cual no se avenía a sufrir intolerancias de arriba ni de abajo y el cual abogaba también por la libertad individual, arrostrando valientemente la hostilidad de la mayoría, de una mayoría, de chiquillos de catorce años. Hay que terminar con esos tópicos del compañerismo escolar, origen de tantos males y de tantas ridiculeces. Nos reímos del clericalismo y del militarismo, que son plagas de importancia y tronamos contra ellas.

Y es conveniente burlarse y matar en germen el *estudiantilismo*, que significa, casi siempre, la opinión formada por los revoltosos o inconscientes.

El Castellano (01-04-1905)

Sobre el 2 de Abril

Conmemoramos hoy el segundo aniversario de los sucesos del 2 de Abril y no está de sobra que nos paremos a considerar aquellos tristes sucesos, no para recordar indignaciones pasadas, ni para excitar rebeliones callejeras, sino para sacar lecciones que pueden sernos útiles en el porvenir.

No he de juzgar, de nuevo, aquellos días de agitaciones violentas, de asonadas estudiantiles, de hijos que buscaban a sus madres, en las horas tristes, y de dos madres que no han hallado a sus hijos todavía... No he [de] recordar aquel tiroteo del Mauser, aquellas lágrimas de indignación, aquellas camillas que trasportaban al hospital cuerpos inertes, aquellos hermosos rostros de las muchachas salmantinas que lloriqueaban, a nuestra vista, cuando salíamos de la Universidad, cabizbajos, tristes, deseosos de poner un telegrama a nuestra madre, los que la teníamos fuera, o de dar un abrazo a la suya, los que estaban cerca de ella...

El recuerdo de los escolares muertos se va esfumando, poco a poco, en nuestro corazón. ¡Pobrecillos! Dentro de algunos años, cuando otra generación pueble la tierra, serán dos nombres sin contenido, dos cadáveres más del cementerio, los nichos número tantos de tal fila o dos lápidas que se encuentran en tal sitio. ¡Y el aniversario de su muerte, un día más de asueto, un pretexto de holgorio, un día tradicional para no acudir a cátedra!

[406] Se refiere a Juan de la Cierva y Peñafiel quien era ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes. No es Sánchez Rojas el único que escribe su apellido como Lacierva, se encuentra así en otros muchos artículos, especialmente en Azorín.

Y nuestros esfuerzos deben encaminarse a retrasar el día triste de la indiferencia; a conservar, perenne y viva, la memoria de los pobres compañeros, a no hacer de su nombre tema de discursos insinceros ni de excitaciones a solidaridad dudosa.

Yo querría que de todo esto sacásemos una enseñanza.

Los estudiantes queremos ser gente aparte, nos gusta vivir con privilegios, formamos una casta. Nuestros compañeros fueron inocentes, pero fueron las víctimas de mil asonadas impunes, de mil criminales tolerancias, de mil juegos y burlas contra las autoridades que habíamos convertido, en otras ocasiones, en juguetes y mamarrachos, aunque a las veces merezcan estos calificativos.

La sangre vertida en aquellos días ha de ahorrar muchas lágrimas, que, en otro caso se hubieran derramado ya y ha de servirnos de freno para no divertirnos en chanzas peligrosas.

No quiero justificar aquellos hechos, pero sí sacar de ellos la consecuencia de que los escolares somos tan ciudadanos como otros y tan sujetos al derecho común como las gentes de todas edades y condiciones.

Y ya se nos dio una lección dura, terrible, excesiva, para que nos sirviera de escarmiento.

Gente Joven (01-04-1905)

El Doctor Don Quijote Moliner

Para los estudiantes salmantinos

Escribe estas líneas el cronista verdaderamente emocionado. Acaba de escuchar al insigne doctor Moliner[407], al buen doctor, que habla formidablemente convencido de lo que dice, de lo que piensa, de lo que viene predicando. El cronista os asegura que ha visto anoche a don Quijote, en los mismísimos llanos de Montiel, con prendas algo modernistas, un sombrero de copa y un gabán de pieles, y que la visión del buen hidalgo manchego, en nuestra seca y adusta Salamanca, ha traído a su corazón un caudal fuerte de sensaciones y a sus ojos alguna que otra lágrima furtiva.

Con vosotros, estudiantes salmantinos, se entendía el buen doctor. Os hablaba con el fuego de la mocedad, con el optimismo del bonachón, con el coraje de su abuelo, el viejo hidalgo, cuando arremetía a los desalmados yangüeses que se atrevían a poner en tela de juicio la gentileza, discreción y donosura de la señora Dulcinea. "Yo –os decía don Quijote Moliner– yo he dimitido mi cátedra de la facultad médica de la Universidad valenciana por honradez profesional. No quiero engañar al país. No se nos dan facilidades para enseñar". Y el doctor Moliner se emocionaba. La enseñanza oficial española está muy mal.

En un asno tuberculoso que ha costado nueve pesetas, hacen sus experimentaciones los alumnos de la Escuela veterinaria de Zaragoza. Las clínicas no disponen de enfermos. Los catedráticos de Agricultura carecen de un palmo de terreno para demostraciones prácticas. Los aparatos de Física de la Facultad de Ciencias de una Universidad muy famosa por el enorme trabajo que se imponen sus maestros, parecen enseres caseros fabricados apropósito para arreglar un gazpacho. "Todo esto –decía el señor Moliner, con la tristeza de aquel hermano suyo Alonso Quijano– es amargamente chistoso. Vivimos en una atmósfera de mentira, en un ambiente brutal de cobardía. Podíamos arreglar todo esto porque España es un país inmensamente rico como ya os he demostrado con cifras. Solo España es pobre, pobre de espíritu". Y el doctor, en sus amarguras, en sus desencantos, acude a nosotros pidiéndonos el apoyo moral, la adhesión a su campaña. Tiene más fuego, más juventud, más entusiasmos e ilusiones que nosotros: por eso va de centinela. Nosotros, más rezagados, debemos guardarle las espaldas con nuestro respeto y con nuestro cariño.

No dejemos al doctor don Quijote Moliner con un desengaño más en su espíritu, que es todo él un almacén de desengaños quijotescos, que son los más rudamente dolorosos y los más incurables. No los merece el buen doctor, ni es digno que nosotros figuremos en las huestes de los indiferentes, de los neutros y de los despreocupados.

El Castellano (30-01-1906)

[407] Francisco Moliner y Nicolás (1851 – 1915). Médico, catedrático –rector de la universidad de Valencia durante algún tiempo– y político español.

Sobre el legado del señor Conde del Val

Habréis de dispensarme que me ocupe brevemente de las cuestiones universitarias que tanto agitan vuestra curiosidad estos días. He seguido con gran interés todos los incidentes relacionados con el legado testamentario del señor conde del Val[408], con las gestiones practicadas con éxito por el señor Obispo y los políticos locales, con la Real Orden aceptando la donación, etc. Y no resisto a la idea de hablaros sobre el asunto clara y francamente. Por último, con la imaginación he asistido a los fuegos artificiales ahí quemados recientemente; he oído, con más displicencia que nunca, esas frases consagradas de «todo por Salamanca y para Salamanca,» reveladoras, en quien las dice, de un cariño, demasiado retórico a mi tierra. Y como el asunto vale la pena de ser discutido, ahí va mi opinión, modesta pero clara, sobre estos estudios del doctorado en la Facultad de Derecho que se piensan instaurar en esa ciudad.

Ante todo, desgraciadamente, en España las cuestiones de enseñanza, se reducen exclusivamente a una selección del personal docente. Como la cosa está aún en vías de proyecto, y todavía no se han publicado las bases de la constitución de ese periodo del doctorado, no se deben prodigar aplausos ni censuras. La obra será buena, si esos profesores están bien escogidos; la obra será mala, no siendo para las patronas y para los fondistas, si en la elección no hay amplitud de miras, si los patronos, el Estado o quien nombre a esos catedráticos, no piensan en hacer bien esos nombramientos. *El Adelanto* ya da como nombres probables de catedráticos futuros los de los señores Hinojosa, Menéndez Pidal y algún otro de la universidad salmantina (¿Dorado Montero?)

Y yo, que no tengo nada que oponer contra estos señores, juzgo ya disparatado esto ¿Por qué hemos de desnudar a la Universidad Central para vestir la nuestra?

¿Acaso no se encuentra bien Dorado –ya supondréis que hablo sobre conjeturas– en su cátedra de Derecho Penal, salvo que fuese el futuro profesor de Estudios Superiores de Derecho Penal y Antropología criminal, ya que es el único –así, en seco– el único que hoy en España se encuentra capacitado para explicar tal asignatura y que por ser el único capacitado, no la explica desde Madrid? ¿O es que Dorado, – si se quiere cumplir la letra del testamento– no puede formar parte de esa banda? ¿Es, acaso, Gil Robles? ¿Es, tal vez, Sánchez Mata?

Yo no lo sé. Pero tengo para mí, que salvando y exceptuando siempre pocas individualidades prestigiosas de la ciencia jurídica en nuestro país, lo mejor de todo, sería que se contratasen profesores extranjeros, de fuera. No quitaríamos de otras Universidades españolas los elementos valiosos –ya que tan escasos andamos de ellos– y robusteceríamos la propia. Y los fondos del legado dan para dotar bien cinco cátedras –las del doctorado de Derecho– y a esos dos, tres catedráticos extranjeros que vinieran a explicar... ¿qué sé yo?... Filosofía del Derecho o Historia del Derecho Internacional, por ejemplo, se les podría asignar una subvención no inferior a ocho mil francos, cantidad más que suficiente, para vivir con holgura en Salamanca.

Ignoro si esa selección ha de hacerse, teniendo en cuenta el matiz confesional, religioso, del profesorado que se escoja.

Me parecería muy mal este punto de vista, pero sería tolerable, ya que la licenciatura, al menos legalmente, tiene que mantenerse en una discreta neutralidad científica. Además, eso provocaría una reacción, y las reacciones de tal linaje constituyen hoy el lado interesante de la vida interna salmantina ¿no es cierto, señor Obispo? Y, ante todo y sobre todo, conservando un carácter católico esos estudios del futuro doctorado, bien pueden traerse esos catedráticos ultramontanos de fuera. Lo hermoso es renovar, sanear nuestro ambiente científico, y solamente se renueva aumentando el personal, lo cual es cosa muy distinta de hacerle trashumante.

Esto se me ocurre y esto digo. Que los que tienen obligación de hablar, hablen. Yo ya he dicho lo que estimo justo.

El Castellano (18-01-1908)

Fiesta académica

Escribo al regreso del reparto de premios en la antigua y espléndida Universidad de Bolonia. El acto ha comenzado a las diez de la mañana, con asistencia de las autoridades civiles, militares

[408] Celedonio del Val y Cereceda, muerto de 1898, primer Conde del Val, dejó en su testamento 1.250.000 pesetas para que se creara una Universidad Católica. El obispo de Salamanca, patrono testamentario, consideró la imposibilidad de cumplir el testamento tal como el conde deseaba y propuso se creara un doctorado de Derecho Civil. Tras muchas idas y venidas, ese dinero terminó en una institución benéfica en Madrid, hoy residencia de ancianos.

y académicas. Y ha sido presenciado por multitud de estudiantes, entre los cuales se encontraba una notable representación de hermosas muchachas, que cursan la carrera de letras en la Universidad.

El acto ha sido todo lo sencillo que podáis imaginaros. Primero, el profesor de Filosofía, Sr. Carozzi, ha leído un discurso, donde ha aconsejado a los jóvenes que infiltren en todos los actos de su vida aquella franca y simpática independencia intelectual propia de sus años. El Sr. Carozzi ha aprovechado todas las incidencias de su vibrante oración para cantar la patria y la unidad italianas. Y nunca ha sido hojarasquero ni retórico, como esos pobres oradores que ocultan con flores de trapo su miseria intelectual. El patriotismo del Sr. Carozzi es, ante todo y sobre todo, patriotismo inteligente, y es, con el cerebro primero y con el corazón más tarde, como se ama la patria.

Me ha sido, en suma, extraordinariamente simpática la actitud de este distinguido maestro de la Universidad que, convencido de que la unidad italiana se ha hecho demasiado pronto y demasiado rápidamente, con recosidos pegotes y remiendos, quiere robustecer ese sentimiento entre la juventud universitaria. Yo pensaba, oyendo al Sr. Carozzi, que en nuestras solemnes y estiradas aperturas, jamás se habla del sentimiento patriótico; que los discursos de los doctores se limitan a disquisiciones demasiado secas para que interesen a alguien; que la patria nuestra, que la querida patria española –tanto más querida, cuanto más de lejos la contemplo– se nos está deshaciendo, despedazando sin remedio, porque en la Escuela no se cimenta el espíritu patriótico, ni ningún otro espíritu. El problema de la cultura nacional no interesa de veras sino a muy contadas personalidades, y con cultura se hace primero patria que con barcos, cañones, toxpiros y banderas. En Italia, un gran cerebro y un gran espíritu, profesor que fue también de esta Universidad, Giosué Carducci, hizo más por su pueblo que todos los Garibaldi habidos y por haber. En mi país no ha surgido, ni a raíz de nuestra catástrofe nacional ni luego después, el poeta de la reconstrucción colectiva, el poeta que es el augurio y el vaticinio de ella. Y no ha surgido porque las Escuelas, que deben ser el vivero de los grandes patriotas, son una mala fábrica que produce títulos de papel, pero que no presta espíritu a sus hijos.

...Luego, al sentarse el Sr. Carozzi, cuyo discurso ha sido muy elogiado, ha comenzado el reparto de premios. Primeramente ha sido llamada una señorita, cuya presencia ha sido acogida con aplausos. He creído ver en ellos una protesta fraternal y sincera de cariñosos camaradas, todo lo contrario, precisamente, de la exaltación erótica y grosera que produciría, en una Universidad española, un espectáculo semejante. También ha sido premiado un soldado, doctor en Farmacia, que se ha presentado con su uniforme humilde. Y por último, un escolar del tercer grupo de jurisprudencia que ha hecho, según me dicen, una exégesis maravillosa de uno de los trozos más difíciles y obscuros del Digesto. El señor Rector lo llama doctor.

– Pero yo no soy doctor –dice ingenuamente y en voz alta el estudiante premiado.

– Tanto mejor para usted –replica el jefe– por haber sido premiado justísimamente antes de ostentar esa investidura.

Una explosión de bravos y aplausos ha sido el remate de este diálogo inesperado...

Nuevo Mundo (30-01-1908)

Las becas de Salamanca

No hace aún mucho tiempo que un jesuita pedagogo refería en *Razón y Fe* a sus lectores el funcionamiento de las Universidades inglesas de Oxford y Cambridge, haciéndose lenguas de su perfecta organización, de la conservación de sus tradiciones de beneficencia y de sus bolsas de estudio. Naturalmente, el articulista quería que tales viejas y gloriosas Universidades sirvieran de modelo a las nuestras, ya que el apolillado patrón francés, en el que nosotros nos hemos inspirado, ha fracasado inútilmente y sin provecho para la cultura patria.

El uniformismo administrativo y burocrático, que ha dado al traste con la autonomía universitaria, no ha borrado, sin embargo, algunas instituciones de beneficencia que dieron algún día esplendor a la Universidad de Salamanca, la cual conserva una cantidad bastante respetable de "becas" o pensiones para sus escolares. De ellas quiero hablar con algún detenimiento en este artículo, no solamente porque se trata de una institución tan útil como poco conocida de los españoles, sino para que volvamos con amor la vista a las pocas cosas que tenemos aprovechables en nuestro país.

En Salamanca se fundaron, a la sombra de la escuela, varios colegios –los llamados "mayores" o "menores"– por particulares que legaron sus fortunas al patrimonio universitario. Cada colegio se componía de un número limitado de estudiantes, cuyas carreras se costeaban con arreglo a las rentas de la institución respectiva. Parece ser que en los siglos XVI y XVII –época que marca la prosperidad de la Escuela salmantina– se acentuaba una demarcación de castas, según el colegio, y que los había aristocráticos y populares. Los estudiantes, lo mismo que en París y Bolonia, se clasificaban en "naciones" por la región respectiva, cada una de las cuales tenía su jefe correspondiente. Y en algunos colegios –en los "menores" sobre todo– se exigen como condiciones precisas para optar a una beca, y a falta de ser parientes del fundador, pertenecer a un Municipio, a una Provincia o a una parroquia determinados. Así hay becas para gallegos, para vizcaínos, etc….

En los llamados colegios menores se exigen determinadas condiciones de parentesco, de procedencia, de pobreza para obtener la pensión. Cada vacante se anuncia en la *Gaceta de Madrid* y en el *Boletín oficial* de la provincia. La beca consiste en dos pesetas diarias durante los cursos del Bachillerato y Licenciatura y costeamiento de ambos grados. Se pierde, creo, a las cuatro reprobaciones que haya sufrido el escolar agraciado. Si obtiene, en cambio, las tres cuartas partes de Sobresalientes y la misma calificación en los grados, se le costea también el curso del doctorado con cuatro pesetas diarias y el título de doctor. Después se le entregan 4.000 pesetas para un viaje de ampliación de estudios por el extranjero. Los becarios de Teología eligen generalmente Roma.

En los colegios mayores el ingreso, por oposición, es siempre más amplio. Pueden optar a las pensiones todos los bachilleres que hayan obtenido brillantes calificaciones durante el Bachillerato. Se hacen los anuncios oficiales de rigor en la *Gaceta* cuando existan vacantes. Los colegios mayores no son precisamente instituciones de beneficencia como los menores. No se exige en los aspirantes más que una buena conducta académica, y también que sean hijos legítimos y de padres católicos. Los colegios mayores no costean más carreras que las que se cursan oficialmente en Salamanca: Derecho, Medicina, Letras y Ciencias.

Las oposiciones se celebran precisamente en Salamanca, en los comienzos del curso universitario, porque las vacantes se anuncian casi siempre durante las vacaciones estivales. Componen el tribunal tres catedráticos del Instituto Provincial y de la Universidad, catedráticos de la sección a que pertenezca la vacante, de Letras, si es de Letras, Derecho o Teología, y de Ciencias, si pertenece a Medicina o Ciencias, un doctor de la sección y un becario de colegio mayor, estudiante que actuará con voz y voto, de secretario del Tribunal. Las materias que componen el cuestionario –que es secreto– son, en la sección de Letras, Latín, Francés, Historia de España y universal, Literatura, Geografía, Psicología, Lógica, Ética y Religión; en la de Ciencias, Matemáticas –Algebra, Aritmética, Geometría, Trigonometría– Química, Física, Agricultura o Historia natural. En una palabra, las asignaturas cursadas en el Bachillerato en la sección que corresponda.

Los ejercicios son tres: oral, escrito y práctico. En el oral, se contestan preguntas, redactadas por los jueces, de las asignaturas de la sección, en un plazo de tiempo que no será menor de una hora y que puede prorrogarse hasta hora y media. En el escrito, redactar un tema importante sacado a la suerte, y responder luego a las objeciones que formulen los coopositores, divididos en bincas, trincas, etc., según su número. Y en el tercero, traducir del francés o del latín, en la sección de Letras, o resolver un problema de Química, de Algebra, de Física, etcétera en las Ciencias.

Con los aprobados se forma una lista numerada con arreglo al mérito de los coopositores. El primer número elige, de entre todas las becas, la de la Facultad que prefiera; el número dos de entre los que queden, etc., hasta cubrirse todas.

Estos colegiales disfrutan de todos los demás derechos consignados, más el costeamiento de los títulos de doctor y licenciado –si han obtenido sobresaliente en los dos grados y en todas las asignaturas del doctorado–. Para salir al extranjero necesitan también las tres cuartas partes de sobresalientes en el total de las asignaturas de la Facultad. Se pierde la pensión a la primera suspensión; los exámenes tendrán que celebrarse –salvo motivo justificado– en la convocatoria normal ordinaria. Tienen que matricularse oficialmente en la Facultad.

Los profesores pasan notas trimestrales sobre los becarios a la Junta. Si éstas son desfavorables se puede privar temporalmente de la pensión, durante uno o más meses, al estudiante que la disfruta.

El colegial seguirá, además, en cátedras costeadas por la institución, dos cursos, uno de Alemán y otro de Inglés.

Los colegios tienen su Junta presidida por el rector, de la que forman parte, además de los patronos, los decanos y el obispo de la diócesis.

A ella le corresponde la administración de los bienes de los colegios.

Como se ve por este articulo, la Universidad Salmantina, como su compañera la de Oxford, cuenta también con becas escolares.

Gracias a ellas y modificándolas con arreglo las exigencias modernas, pone sus estudiantes en comunicación con la cultura científica europea. Cuando el ministerio de Instrucción Pública pensó en el viaje al extranjero de los profesores y de los estudiantes, reglamentado hoy, ya hacía muchos años que, calladamente, Salamanca cumplía con este deber de cultura y de patriotismo, gracias al funcionamiento de sus Colegios Universitarios.

Alrededor del Mundo (02-03-1910)

Del congreso escolar

He presenciado una de las sesiones que acaban de celebrar los estudiantes con motivo de la Asamblea Escolar. Hubo una nota pintoresca, de juventud: la falta de organización, y un síntoma de vejez: el exceso de oratoria. Sin embargo, hay que convenir en que la clase estudiantil, como todas las clases, está sufriendo una transformación favorable, y que hoy se habla de los estudiantes para algo más que motines callejeros, alteraciones de orden público y vacaciones de real orden.

Con haberse discutido el programa de la Asamblea de prisa y corriendo, con haberse iniciado una diversidad de tendencias entre los elementos universitarios que tomaron parte en las deliberaciones, se echó de ver, desde luego, que había corrientes de fraternidad y alteza de miras, y que asomaban tímidas, en las preguntas del cuestionario, algunas orientaciones culturales dignas de tomarse en cuenta.

Así, cuando se trató de las bibliotecas, un escolar tronó, en una ponencia, contra el tipo, corriente y desacreditado, de las bibliotecas generales, y pidió una subvención ministerial para las bibliotecas de Facultad, delegando la selección de los libros en una Comisión mixta de profesores y alumnos. En distintos tonos se cantó la libertad de la cátedra, ora en décimas pedantes del cientificismo en boga, ora fogosa y espontáneamente, en prosa muchacheril, limpia de artificios. Se habló también de la intervención escolar en la provisión de cátedras. Acaso es un poco prematuro el planteamiento del problema. Mucho más fácil hubiera sido pedir esa intervención para la separación de los profesores ineptos y establecer el principio de que una cátedra no es una renta vitalicia, que se adquiera con una oposición oficial que garantice la pereza, la holganza y el descanso del que la alcanzó en un acto que no da capacidad pedagógica, precisamente.

¿Surgirá alguna reforma del intervencionismo escolar en la enseñanza, con motivo de la asamblea? Es de temer que no. Las oposiciones oficiales a cátedras son algo muy desagradable; pero mucho más desagradable es, entre nosotros, la arbitrariedad ministerial.

Y no se diga que puede sortearse el inconveniente estableciendo un concurso de méritos para los candidatos y que puede encomendarse la función juzgadora a juntas o corporaciones de personalidades prestigiosas, apartadas del trajín de la política. ¿Dónde se hallan verdaderamente tales personas? De hecho, tienen que sucumbir ante la política, si quieren vivir autónomas. Luego, nuestro tipo nacional de sabio es el de un delicioso cuco, que aparenta vivir en las altas regiones especulativas, pero que vive muy a gusto dentro de la farándula.

La intervención escolar en la provisión de cátedras es, hoy por hoy, otro sueño irrealizable. Legalmente, habría que tirar por la borda todo el retablo universitario; moralmente, para que la intervención fuese tal intervención, había que crear otros estudiantes y otros profesores, porque las reformas radicales, en achaques de enseñanza como en otra cosa cualquiera, se rozan muy subalternamente con el material científico, y muy principalmente con el personal encargado de la dirección pedagógica. El renacimiento universitario, que comienza a iniciarse ante nosotros, no consiste en haber variado los frascos de las etiquetas, modernizándolas, sino en que comienza a correr el tipo de catedrático joven que ha husmeado sus preocupaciones culturales fuera de España. Un buen maestro deja más huella en su cátedra, que cien planes de enseñanza que renueven y oreen aparencialmente la enseñanza que explica. Ese maestro fecundará de inquietudes el espíritu de sus alumnos, que tendrán que luchar, para crearse su cultura, con el ambiente, que seguramente será hostil al sembrador de ideas.

Y harán falta otros estudiantes. Va desapareciendo el tipo achulado y juerguista de las aulas españolas; pero el del estudiante ansioso de cultura no constituye seguramente mayoría a la hora de ahora. Más temible hoy que la elección ministerial, que el arbitrio del Poder ejecutivo, sería

la iniciativa estudiantil. Se elegiría lo maleable, no lo recio, y sería un retroceso peligroso en la provisión de cátedra. Precisamente, el año pasado, los alumnos de Estudios Superiores de Derecho penal y Antropología criminal del doctorado de la Facultad de Derecho de la Universidad Central, intentaron una intervención para proveer la cátedra, a la sazón vacante. Y se opusieron a la única candidatura posible y seria, la del señor Dorado Montero, que es la autoridad indiscutible de esta disciplina entre nosotros. Respetable hubiera sido su determinación si la oposición se hubiera fundado en discrepancias mentales. Pero no era esto. Se trataba sencillamente de evitar el rigorismo del candidato que repelían. La cuestión era, no la de ahondar más o menos en las cuestiones penales, sino la de pasar cómodamente un año en Madrid sin grandes quebraderos de cabeza. Y se trataba de hombres formales con títulos académicos, no de chiquillos de Instituto, en los que ese modo de pensar hubiera sido el más humano.

Con todo, esta Asamblea escolar, simpática, fresca, juvenil, ha revelado a las gentes que también los estudiantes quieren extender gozosos su fe de vida colectiva. Yo deseo que no fracasen en su intento y que prosigan su labor cultural. Esta Corte de los Milagros parecía estos días el Patio de Escuelas de Salamanca o la Rúa del Villar de Santiago de Compostela. Únicamente faltaba, para matizar el cuadro de las viejas ciudades universitarias, las muchachas en los balcones, que esperaran anhelosas el paso de los romeros de la alegría ante el amor que llega.

Mundo Gráfico (06-12-1911)

Un discurso Universitario

«Declaro, bajo mi personal responsabilidad, que cuando he ido componiendo este discurso, no he leído, como Stendhal, los artículos del Código, ni, como aconsejaba Letamendi, me he empapado en Beethoven o Wagner, como medio de dar tonos severos a lo escrito». Así, caseramente, en mangas de camisa, olvidándose del birrete y de la muceta doctoral, ha compuesto la disertación, que para despedirse de la Universidad donde ha profesado diez años como catedrático, ha leído a los estudiantes de Salamanca el 1º de octubre, el hoy catedrático de Hidrología médica de la Universidad Central, doctor Rodríguez Pinilla[409]. Escribe muy bien el doctor Rodríguez Pinilla; es ameno y vivo; tiene un espíritu lleno de curiosidad; no desdeña nada y, al aire de la estufa prefiere el de la calle. Así, su discurso no trata de la importancia de la hidrología y desdeñando la torre de adobes de las especialidades, que suele sostener efímeramente estos discursos universitarios de apertura de curso, trata de un tema tan vivo, tan interesante, tan descuidado por los doctores graves como la psicología del escolar.

El liceo, lo mismo que la universidad, tiende a nivelar la inteligencia de los estudiantes. No le parece bien esta nivelación al doctor Pinilla. Juzga preferible la *home-education* a la inglesa, el encauzamiento, la conservación, hasta la exaltación del carácter propio del niño o del joven. Para Pinilla: «la Escuela y el Instituto favorecen la cristalización de las facultades cerebrales, en una forma geométrica, igual y determinada». De esta suerte, se miden cantidades, no calidades. Se forman «cotorritas sumisas» cuando son preferibles los «pardales avizores». En lugar de formar caracteres, se malean y se matan en germen. Laboratorio, fragua de hombres, antes que fábrica de funcionarios, debe ser la Universidad española.

Formación de caracteres, de «hombres *capite ad calcem»,* de pies a cabeza, no formación de abogados, médicos o boticarios; no debe ser otra, para el doctor Pinilla, la misión de la pedagogía universitaria. Pero la formación de una cosa cualquiera supone previamente la substancia de ella. «Formar a los estudiantes, es, ante todo, no deformarlos». Y así, para amar estos complejos medios modificativos, hay que partir muy del principio, saltando por la pedagogía oficial, colándose de rondón en la educación casera, reflejo, que dice muy bien nuestro catedrático, de un espíritu educativo nacional.

¿Qué ideas tiene el estudiante sobre sus deberes? ¿Qué piensa de sus maestros? Los niños, la mayoría de los niños de los Institutos, no pueden formularse tales preguntas. Se les aburre. Sienten una sorda irritación por la hora mortal de la clase. No les agrada la lección que versa, generalmente, sobre cosas abstractas. Huyen de los maestros. El concepto del porvenir es de-

[409] Se refiere al doctor Hipólito Rodríguez Pinilla, médico y director que fue del balneario de Ledesma (Salamanca) y catedrático de la facultad de Medicina de la Universidad de Salamanca.

masiado vago en el espíritu de un niño. Como la virtud del maestro o el procedimiento de enseñanza –apunta nuestro doctor– no convierten la obediencia externa en mandato interno, en imperativo mandato de conciencia, el niño no se trocará jamás en hombre, ni serán estimables y dignos de loa los procedimientos de enseñanza.

Pero puede llegarse a este estado de hombría, a esta obediencia interna del propio deber. Traza, a este propósito, un cuadro de la vida escolar salmantina, el doctor Pinilla. El dorado patio de escuelas de la vieja ciudad académica se llena, durante las crueles mañanas invernales, de chicos del Instituto. Atraviesan tales chicos el patio, con mirada retadora, con el cigarro colgado del labio, desafiando las miradas de los profesores, a la hora de la lección. Los chicos se refugian en el tenderete de una castañera. Se refugian allí a la busca de una madre adventicia y de un adventicio hogar doméstico, donde encontrar «calor de humanidad... y... del otro».

Sin libertad de movimientos y de posturas, el niño escolar no siente casi nunca su atención espoleada. Luego, falta en esas cátedras de iniciación ese vaho de cordialidad que envuelve las cosas en un círculo de mutua simpatía. Con razón, se prefiere, amigo doctor, el tenderete de nuestra castañera. No hay sino convertir el deber en una carga liviana y agradable. Lejos de procurar que los niños adquieran el porte externo de severidad del catedrático, ha de extraer este toda la cantidad de niñez, todo el pozo de candor que conserve en su espíritu para entenderse, en espíritu y en verdad, con toda su pequeña grey.

En el estudiante universitario parece predominar, según el doctor Pinilla, un bajo sentido utilitario. No preocupa a nuestro catedrático que un estudiante piense hacer una carrera para crearse con ella una fortuna. «Lo malo –añade– es si piensa en hacer la fortuna como carrera».

Actividad alegre, buen humor, juventud... he aquí un programa escolar. Gustad del presente; haced del porvenir un vasto horizonte de libertad espiritual. Procurad todos que la Universidad no deforme, antes por el contrario, intensifique y ennoblezca los más puros anhelos de muchachez.

El presente quiere Pinilla que sea mañana un manantial de placer. El discurso del profesor salmantino tiene la virtud de hacernos olvidar en algunos momentos las horas inútiles que todos hemos consumido en las aulas escolares. Y de sugerir –de sugerirme al menos– algunas cuestiones relacionadas con el problema universitario. Sobre ellas –el tema es vasto– hablaré otro día.

La Vanguardia (10-10-1913)

Principio de curso

Hoy, día primero de octubre de 1914, declararán los rectores de las Universidades españolas abierto el curso académico de 1914 a 1915, en nombre de S. M. el Rey (q. D. g.). Evoquemos el cuadro. En las viejas ciudades universitarias –Salamanca, Oviedo, Compostela– sonará el cimbalillo a las doce en punto; los doctores, de punta en blanco, se vestirán en la sala de grados, con los achiperres profesionales; los estudiantes aplicados, con los vestidos domingueros, se aprestarán a recoger los diplomas compuestos a tres tintas por el tipógrafo más acreditado de la población. En los patios de la Escuela, entre las filas de los escolares revoltosos, pasará un enjambre de muchachas bonitas, piropos, rumor de faldas de seda, caritas rojas que quieren ganar a toda priesa los bancos del Paraninfo, la venerable retaguardia de las mamás, las fuerzas vivas enchisteradas: para unirse a la procesión de los doctores... Luego, la procesión doctoral de las togas rojas, azules, amarillas, moradas, entrará en el Paraninfo; la toga negra del Rector, con los vivos de rosa en la bocamanga, cerrará la comitiva; el secretario leerá la memoria de todos los años, donde se consigne la afirmación de que la población escolar decrece visiblemente y a todo escape; para remate, un señor catedrático –con las excepciones consiguientes– leerá un discurso técnico, cantando la importancia de su asignatura, viendo el Universo a través de la torrecilla de adobes que le ha correspondido en flamante oposición o en reñido concurso. El reparto de premios... y el vals de moda tocado por la charanga respectiva, para concluir con la solemnidad, un poco vetusta y acartonada, del año académico.

Los periódicos, al día siguiente, reseñarán la apertura; también son acartonadas las reseñas de los diarios. Darán un extracto de los discursos que suelen ser pesadísimos y largos, por regla general. Dirán del orador, si es viejo, que es un sólido prestigio de la ciencia española, y si es mozo, que su nombre figura con ventaja en las listas de la juventud intelectual. A continuación la

reseña de los estudiantes con matrículas de honor. Unas líneas; muy galantes, para las señoritas premiadas. Y mañana, Dios mediante, comenzará el curso académico hasta el primero de junio, ocho meses bien contados, que con las vacaciones reglamentadas y por reglamentar, las huelgas, motines, algaradas y festejos correspondientes, quedan reducidos a sus buenos cinco meses.

Y pasado mañana, tres de octubre, se conocerán los alumnos y catedráticos que han de comunicarse espiritualmente durante el curso. Lo natural sería que se estableciera, entre ellos, inmediatamente, una corriente de compenetración, de amistosa franqueza, de tolerancia, borrando distancias, perdiéndose mutuamente el recelo, el miedo, la timidez. No lo creáis. El tipo medio del catedrático español tiene *cosas.* Generalmente, hace profesión de *fiero.* Se cree tanto más catedrático cuanto peor trata a los chicos, cuanto más se hace respetar, cuanto más les obliga al cultivo intensivo de la paciencia. Entre ese profesor –que ni [sic] no de todos los profesores españoles, es el tipo medio de la clase, como he dicho más arriba– y los estudiantes, se produce pronto el primer choque. El estudiante travieso no vuelve por el aula; el aplicado y celoso se ocupa, antes de conocer la asignatura, de descubrir la manía del profesional que le ha tocado en suerte y darle por el gusto. Se crea una servidumbre mental bochornosa. El estudiante no discurre: repite. No indaga: tiene que aceptar conclusiones cuando desconoce el procedimiento ideológico para llegar a ellas. El espíritu, que se hace ágil con el diálogo, con la interrupción oportuna, con la observación discreta, tiene que renunciar a esta suerte de ejercicios que rara vez encajan en el engranaje universitario. Muy pocos catedráticos dialogan; la mayoría monologa, monologa siempre, ampliando retórica y verbalmente conceptos que pierden en claridad lo que ganan en difusión. Así, la atención, que necesita estímulos, acaba por embotarse. El estudiante –mozo despierto– graba a navaja el nombre de la novia en los bancos académicos, o compone versos mortificantes, o lee novelas sicalípticas, o duerme plácidamente sus siestecitas. La ciencia, hermana del amor, aparece ante sus ojos como vieja dueña cargante, como tirano insoportable, como tutor molesto que tiene la misión de romper sus sueños y de llenar de agua fría el jarro inagotable de su buen humor. Y sigue el curso. Y sigue el profesor con sus manías. Y la Escuela, que debiera ser mansión de confidencias, ventanal del espíritu para asomarse a él y contemplar desde allí los paisajes más complejos y sutiles de la razón vencedora y de la emoción triunfante, acaba, con todo su aparato, trocándose, para el pobre estudiante, en cárcel odiosa, sin aire, sin luz, enemiga de su mocedad y de sus ensueños.

Hoy comienza, con la apertura, ese calvario para la juventud española. Difícilmente añoraríamos con placer los años de nuestras aventuras universitarias, si, en las listas de nuestros profesores no hubiéramos tropezado con algunos, muy pocos, que se acercaron a nosotros con entera sencillez y con toda nobleza mental; abriéndonos regueros de luz en el espíritu. Sigue, sin embargo, la vieja pedagogía, cargando de cosas inútiles la mollera estudiantil, infiltrando lentamente en su alma el espíritu de la cautela, de la picardía, del arrivismo cobarde, de la servidumbre, de la frase sonora y hueca, de la habilidad abogadil, de la ampulosidad retórica, de la letra que mata. Y esa torpe mascarada tiene su símbolo en la fiesta bizantina de hoy, que tan poca influencia ejerce en la mentalidad del país. Fiesta que convierte al maestro en una máscara pintoresca, en algo grave e intangible, cuando el magisterio, que es amistad, apenas es fecundo más que en mangas de camisa.

¡Y es tan fácil al maestro sentirse hombre, mozo, entre las risotadas alegres de oportunismo y de confianza en la vida que se desgranan a su alrededor!

La Vanguardia (13-10-1914)

Glosas a un discurso

Recientemente, en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, ha cerrado un curso breve del Magisterio, en nombre de S.M. el Rey, el Director general de primera enseñanza don Eloy Bullón, antiguo alumno de la Escuela. Muy conocido es el Sr. Bullón por sus trabajos literarios y pedagógicos; el joven político ha conquistado su puesto después de algunos años de laboreo mental incesante; la especulación filosófica ha sido la predilecta de su espíritu. Y ha llegado a la Dirección con un bagaje de libros propios sobre *Luis Vives,* sobre *D. Alfonso de Cedro y el Derecho Penal,* sobre *El europeísmo y el clasicismo en la enseñanza,* y con otras publicaciones que merecieron el aplauso de los doctos y avisados.

Pocos Paraninfos habrá más democratizados que el de la Escuela salmantina. Por él circula el aire de la calle a cuatro vientos. Es el hogar de los obreros, de los estudiantes, de los publicistas,

de todo el que tiene que decir algo o quiere decirlo simplemente. En ese Paraninfo que evocó el Sr. Bullón con la elocuencia ardorosa de sus años juveniles, ha desarrollado el Director general de primera enseñanza un programa completo sobre la reorganización de la enseñanza elemental. Séame lícito glosar brevemente algunas de sus manifestaciones en estas hospitalarias páginas de LA ESFERA. El prestigio del Sr. Bullón y la amistad que con él me liga desde hace muchos años –todos los de nuestra juventud– me ponen en el gracioso trance de insistir más en aquellos puntos en que discrepo de su pensar que en aquellos otros en que estamos perfectamente de acuerdo. Si el publicista quiere tener alguna eficacia con el público ha de ser a costa de no disfrazar jamás su pensamiento.

Las divergencias obedecen, naturalmente, a la distancia de nuestros puntos de vista doctrinales. El Sr. Bullón es un conservador ortodoxo, y como ortodoxo, oportunista, atento a las modificaciones que puede imponer la realidad del momento a los problemas docentes. Yo soy un liberal convencido, estetista del todo, con un Estado que tiranice a los pueblos que, como el español, padecen de una continua y ascendente abulia. Para mi el Estado es el único que puede y debe enseñar, y sus enseñanzas son las únicas que me ofrecen garantías. Prefiero las escuelas públicas a los colegios privados, y los profesores públicos a toda esa ringlera de mentores caseros, más expertos en el arte de enseñar lo que agrada a los padres de los discípulos que de infundir en el espíritu de este una sólida disciplina científica. Y el Sr. Bullón, partidario, como hombre de Gobierno, como futuro Ministro tal vez, del Estado docente, cree que debe dejarse un margen a la iniciativa privada, que a mí me parece detestable en todo momento y sazón. Sé por experiencia que el Estado enseñará mal; pero es el único que enseña.

La enseñanza elemental –en el sentir del Sr. Bullón– debe tener, ante todo y sobre todo, un sentido educativo. La educación se refiere, en labios del señor Director general de primera enseñanza, más al cultivo, más al desarrollo de la sensibilidad que del entendimiento. Posición perfectamente razonable y discreta. La educación es la que gradúa la temperatura moral de los niños, mas para su eficacia se precisa acaso la renovación del personal. El Sr. Bullón lo sabe muy bien, y tal vez por eso, antes de intentar reformas escolares, las prepara de lejos, reformando las enseñanzas de las Escuelas Normales.

Conviene hablar, con toda clase de respetos para las excepciones, del personal que se reclute en las Escuelas Normales españolas. Soy de natural tan inocente que no aludo a nadie, pero no llega mi inocencia hasta el extremo de sospechar que exceptúo a los que, desde luego, se den por aludidos en lo que diré inmediatamente.

Me parece que algunos maestros no tienen conciencia honda de su misión educativa. Observo que anidan pocos ideales en el corazón, que lo esperan todo del nepotismo, que no creen cosa mayor en la santa igualdad docente, que adrede se echan atrás para que no se arroje demasiada luz sobre sus actos. Quiero decir, hablando en romance, que, en sus líneas generales, el magisterio normal es y se conceptúa inferior al restante profesorado. Lo más grave de todo es su propio juicio. Todas las reformas en la enseñanza elemental tropezarán con ese escollo. El señor Bullón lo sabe tal vez y por eso prepara, pasito a paso, los maestros ideales. Los esclavos no pueden educar a la niñez, y para ser esclavo, tanto vale serlo, como no siéndolo, conceptuarse como tal.

Y acaso es más grave esto que aquello. Con estas premisas, el Sr. Bullón abordó el problema de la reforma de la enseñanza elemental. No necesito encarecer que el Director general de primera enseñanza salió del paso con gran desenvoltura. Para probar que no se había dormido, enumeró todas las modificaciones que ha llevado a la *Gaceta.* Ha dado impulso a las mutualidades escolares, a las cantinas, a las colonias veraniegas. Ha creado becas en las Normales para que las disfruten alumnos distinguidos, que, mediante oposición, hayan dado pruebas de su capacidad. Se ha preocupado atentamente del material pedagógico. En una palabra, el Sr. Bullón, sin descuidar el fundamental problema educativo, que exige gran cautela y larga y subterránea preparación, ha trabajado con celo y entusiasmo en la higiene, en la limpieza de los edificios escolares, que eran viveros de enfermedades, antros de melancolía y cavernas prehistóricas, donde la enseñanza, alegría del espíritu, se trocaba en el más insoportable de los yugos.

Como hablaba en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca el Sr. Bullón, el vaho de ensueño y de gloria vieja que allí se respira, conmovió profundamente el ánimo del orador al evocar glorias pretéritas. La Universidad de Salamanca pesa demasiado sobre nosotros. Nos invita al silencio más recogido y austero. Aquellas piedras, aquellos muros rellenos de vítores escolares, aquellos ventanales góticos, cantan para los oídos que saben escuchar con unción y deletrear, sin

necesidad de andadores, por las páginas de la historia solariega. Y oiréis las estrofas de la vida del campo a Fray Luis, y escucharéis las algaradas con que los estudiantes de todas las naciones os atruenan en las primeras horas mañaneras, y veréis al brujo de don Diego de Torres con sus compases y sus esferas y sus almanaques y sus predicciones reclutando bobos, y sentiréis la música callada de un frailecito de sayal pardo que se llama Juan de Yepes, componiendo versos mientras el profesor le inicia en los misterios del Dogma, y os daréis cuenta del eco de la voz de un escolar que se llama Miguel de Cervantes, pobre y angustiado, huyendo de los estudiantes ricos y burlones, y hasta percibiréis, con más precisión, la baraúnda de aquellos graves doctores del siglo XVIII que proscribían, por indignos, de la docencia universitaria, las disciplinas experimentales.

La Universidad de Salamanca, donde se forjó a golpes de ensueño nuestra adolescencia, tiene la virtud generosa de darnos la visión de una España que retoña y se vigoriza, limpia de sauces, y a la sombra de sus muros, y en el silencio inefable de sus aulas, se desvanecen, como ante los ojos de una mujer –mujer y madre es aquella Escuela–, los más negros pesimismos y las incertidumbres más ahincadas en el corazón.

Por eso, el discurso del Sr. Bullón, que corrió de adolescente por aquellos patios y aprendió los versos que decoran el remate de las puertas de las aulas, fue un discurso de afirmación y de osadía juveniles, templadas con esa continencia que es patrimonio de los políticos que no quieren gobernar de espaldas a los tiempos.

La Esfera (30-10-1915)

El pleito estudiantil

Estos días se han publicado en EL ADELANTO comunicados escolares sobre el régimen de las clínicas del Hospital. ¡Simpáticos comunicados los de los estudiantes! Los que nunca dejaremos de ser estudiantes del todo, los que guardamos el culto de los años universitarios en nuestro corazón, los que también resolvimos nuestras diferencias académicas guerreando en los periódicos contra los profesores timoratos y pasados de moda –¡años de *Gente Joven*, años de *La Ciudad*– tenemos que mirar estas expansiones con toda simpatía. Sobre todo cuando son legítimas. Sobre todo cuando son honradas, como ahora.

Porque tienen razón hasta por encima de los pelos los estudiantes de Medicina. Hasta los profanos nos damos entera cuenta de que llevan toda la razón. A nosotros también se nos alcanza toda la gravedad del pleito que se ventila. Los profesores clínicos son también jefes de sus clínicas, sin limitaciones ni cortapisas de ningún linaje. La autoridad científica debe ser completa y absoluta siempre. El profesor tiene toda la responsabilidad de los enfermos que, por ministerio de la ley, le estén encomendados, dentro de sus prácticas. Sobre la libertad de la cátedra, sobre la independencia de la cátedra, no hay ni puede haber nunca razones valederas. La dirección técnica de ese Hospital y de todos los hospitales debe estar siempre sometida a la Facultad. En las clínicas la jefatura corresponde al catedrático titular.

Si ese Hospital es autónomo, que venga un Real decreto a imponerle esa limitación. No se pide por favor lo que puede y debe lograrse por la ley. Entre la Facultad y las ruedas administrativas de ese Patronato, búsquese, cara a cara, por nuestros diputados, por la fuerza de la opinión, por las manifestaciones públicas, como son siempre que sea a toda luz, la sumisión de lo secundario a lo principal. Salamanca tiene una Facultad de Medicina que hoy paga el Estado; que el Estado se encargue de proporcionarla clínicas suyas y no prestadas, donde entre el escolar por la puerta grande y no por las concesiones del favor y del acomodamiento.

Con ello ganará la enseñanza, ganará el pueblo y ganarán sobre todo, los enfermos y pacientes del Hospital de Salamanca. Pocas veces se han colocado los estudiantes en un plano más defendible que ahora. Claro está que sustento una opinión particular, honradamente expuesta. Los estudiantes de Medicina exponen sus quejas y el Profesorado las halla justas; los estudiantes formulan sus acusaciones y el Claustro deja decir... Como si esto fuera poco, los escolares quieren ganarse la opinión pública en esta campaña, notificando sus acuerdos a las corporaciones y pidiendo el auxilio popular. Las clases populares y en su nombre la Federación Obrera –me parece que yo no soy sospechoso de habilidades políticas– deben ponerse inmediatamente al habla con los escolares de Medicina, porque estas clases populares son las más interesadas en la solución del conflicto, que se resolverá como quieren los escolares si persisten en su actitud digna y altiva.

Yo no sé por qué hay quienes monopolizando el amor a Salamanca, toman posiciones contra los escolares, afirmando que hay cuestiones que no deben tocarse jamás, por las consecuencias

desagradables que puede acarrear el manoseo de ciertos temas. Esa es la teoría del miedo, y en el fondo, la del nepotismo. Nuestra Universidad, nuestras Facultades no peligran; peligrarán, en todo caso, si por apatía de unos o de otros, nos colocamos fuera del derecho común. Por pedir lo que ahora piden los escolares a los Poderes públicos, no se han de conmover las estrellas. Además, no se trata de colocar ni de descolocar a nadie; los profesores de Medicina no peligran en sus puestos porque se reforme el régimen del Hospital, dando su dirección técnica –para la administrativa está el Patronato– a los profesores de nuestra Facultad de Medicina.

Insistan los estudiantes en sus demandas; háganse fuertes; no teman, sino provoquen la publicidad. Lleven su pleito a Madrid, si desde aquí no se les oye; el reciente ministro de Instrucción pública, don Rafael Andrade, es hombre que sabe lo que trae entre manos; acudan a la Prensa; no cejen en su actitud.

La juventud defiende la independencia del profesor. Se defiende en último término, a sí misma, y con ella, a Salamanca. Ningún celo más loable que el de no dejarnos arrebatar la fuerza de nuestros años mozos, que son la mañana de nuestra vida y la preparación de nuestros sueños de paz y de reposo.

El Adelanto (08-11-1915)

La región y la escuela

Esta dorada Salamanca mía ha sido acaso, y sin acaso, la única ciudad castellana que ha tenido una comprensión abierta y una exquisita cordialidad para el actual momento político de Cataluña. La Marcha de Cádiz se ha proscrito definitivamente –¡loado sea Dios!– de las espontaneidades oratorias. Todos los escritores de cuenta de la ciudad, Fernando Íscar Peyra, Ángel Ledesma, Cándido Rodríguez Pinilla, G. Lago, César Real, Francisco Ruipérez, los muchachos que aprendieron a querer a Cataluña a través de las lecturas fervorosas que les hacía D. Miguel de Unamuno de los poetas catalanes, se han dado cata de la emoción, de la plenitud y hasta –para decirlo en catalán– del "seny" de la hora y la Diputación provincial no se ha sumado a la grotesca protesta de los burgaleses. Y el Ayuntamiento, declarándose pleno partidario de la autonomía, ha pedido, siguiendo las sugestiones de D. Miguel, que la libertad de las regiones se base en la de los concejos. Y los partidos locales tratan de emprender una intensa propaganda contra los abusos de la centralización. Y las clases mercantiles, finalmente, reunidas el domingo pasado en una Asamblea magna que se celebró en el Paraninfo de la Universidad, hallaron justas y españolísimas las pretensiones catalanas, después de oír los alegatos del joven abogado del Estado Sr. Redondo y la luminosísima disertación del profesor de Economía Sr. Bernis, en torno a los problemas económicos y financieros que ha de plantearnos a los españoles la concesión de la autonomía.

El sentimiento salmantino puede formularse sencillamente como la expresión de la conciencia libre de la meseta castellana. No quiere precipitaciones ni equívocos. Para que haya región, hay que crear antes un sentimiento regional, una conciencia castellana. El sentimiento político que se inicie ha de estar basado, por ende, en un conocimiento directo y en un estudio detenido de nuestros problemas locales. Ante el movimiento catalán, hace un acto de recogimiento colectivo Salamanca y se dispone a sembrar en los espíritus toda suerte de inquietudes para que Castilla se prepare, poco a poco, con lentitud, pero con eficacia, a hacerse digna de una libertad que, concedida ahora de sopetón por la "Gaceta", no serviría para otra cosa que para dar mayor consistencia a las cadenas de su servidumbre. Salamanca, en una palabra, reconoce que el movimiento de Cataluña es hijo de ese algo inefable que se llama cultura, y antes de crear el órgano de su expresión política, quiere definir, concretar y moldear esta en las gentes. Así hermana la discreción con la dignidad y la prudencia con la eficacia.

Pero estos días, en esta ciudad de tradición universitaria y académica, corren sugestiones un poco peligrosas, aunque habilísimamente disimuladas, que tratan de aprovechar la inquietud ambiente para sus fines, no muy clara ni fielmente manifestados. Hablan estas sugestiones de autonomía universitaria. «El movimiento autonómico salmantino –escribe un periodista más brillante que sólido– debe agruparse en torno al árbol frondoso de la Escuela.» Esta frase es tan vaga y general, que no se presta a la menor prosa concreta. Pero ante ciertos antecedentes no muy remotos, cabe sospechar que bien puede haber sido sugerida por gentes extrañas del todo al movimiento actual. Una conferencia reciente del distinguido director de *El Debate*, Sr. Herrera, que

ha venido a Salamanca a disertar sobre las relaciones entre la Universidad y la región, nos hace presumir que esa autonomía universitaria, que quiere implantarse a escape, lejos de ser un alivio, puede tornarse en una carga, y que en lugar de ser un asidero para afirmaciones posteriores de ciudadanía y de región, puede perfectamente convertirse en un estorbo y en un obstáculo para las sucesivas transformaciones del espíritu público castellano.

Una Universidad castellana, hoy por hoy, no puede recoger los latidos espirituales de esta región, por la razón sencilla y tristísima de que esta región carece de espíritu. Y no se nos hable de Cataluña, que está muy en otro caso que el nuestro. La Universidad –esta, aquella y la otra, todas ellas– no es un espejo de la mentalidad del territorio donde radica, sino una oficina central, extraña a él, con una enseñanza todo lo deficiente que queráis, pero superior a la enseñanza de las regiones, provincias y Concejos, e infinitamente mejor que la docencia privada. La autonomía universitaria no supone ni la anticipación de los ideales autonómicos regionales, ni menos, la compenetración del espíritu popular con el universitario. Sobre la Escuela salmantina pesan sus glorias pretéritas –no contrastadas debidamente– como losa de plomo.

El Estado tiene a sus facultades abandonadas a su suerte. Su único problema hoy es el de una demanda urgente y enérgica para una decorosa subvención de material de enseñanza. La Escuela de Medicina, digna de mejor suerte, con excelentes maestros, está completamente olvidada por el Estado. ¿Es que la autonomía arreglaría, de la noche a la mañana, la dejadez de los poderes centrales?

Digamos, desde luego, que no. Hoy por hoy, empeoraría su situación lamentablemente. Las Universidades merecen la autonomía menos que los últimos concejos. Carecen de espíritu corporativo. Sus claustros llevan al Senado, por regla general, agentes indocumentados y sin relieve. No ejercen influencia beneficiosa alguna sobre las regiones. El esfuerzo aislado de sus maestros suscita el enojo de los colegas amodorrados y perezosos. La autonomía sería hoy, en la práctica, la imposición de la rutina, de la hojarasca y de la servidumbre de los más sobre el trabajo, la savia y la libertad de los menos. Y serían catedráticos los hijos de los actuales, y bedeles los novios de sus criadas, y secretarios y escribientes los recomendados del senador y los impuestos por esos desdichados "claustros extraordinarios", que debieran ser suprimidos de una plumada.

La autonomía universitaria es, precisamente, una habilidad de los que se saben en mayoría para ahogar sabe Dios qué afanes culturales y ciudadanos. Sería lamentable que el sentimiento de responsabilidad que se inicia ahora en Castilla, y, sobre todo, en Salamanca, derivase por esos cauces ruines y estrechos del universitarismo autonómico. Si la autonomía es una cosa que se gana después de mil afanes, si su concesión gratuita, atropellada e inmediata ya hemos convenido que agrava las dolencias, en lugar de remediarlas, convengamos también en el aserto de que las Universidades son precisamente los organismos que más tienen que trabajar para desligarse de sus ataduras actuales. Es tristísimo, en efecto, que un Claustro de doctores sea, en la práctica y de hecho, harto más manejable que los concejales de un Municipio rural.

Y no se olvide tampoco –el catalanismo nos da el mejor ejemplo– que las inquietudes regionales no son hoy como antaño expresiones de intereses particulares, sino actitudes de conciencias colectivas y de pareceres homogéneos que tratan de fecundarse recíprocamente para crear un ideal superior que las defina y las comprenda a todas. Por eso, es muy posible –y los catalanes llegarán muy pronto a esa conclusión, aunque de momento parezcan rechazarla– que la enseñanza sea la expresión del ideal de las Españas por nacer, el índice de sus anhelos y afirmaciones antes que la concreción de las distintas culturas regionales.

Castilla tiene que pensar que lo urgente para su liberación es la libertad de su Municipio y la posesión de su suelo. No es dueña ni de su propio solar. Antes de reformar sus fachadas, ha de cancelar la hipoteca que pesa sobre su propia casa, de donde la han echado los más audaces...; vamos a una radical conmoción agraria; estas disquisiciones sobre la autonomía universitaria, que quieren interpolar hoy en nuestro camino, lejos de ser apremiantes, deben quedarse para el remate y el adorno de una obra que está por empezar.

El Sol (05-01-1919)

Apertura de curso[410]

Coincidiendo con el oro de los olmos, a los que besa plácidamente el sol otoñal en las viejas y quietas ciudades de Castilla, un señor respetable, vestido de muceta y con un bastón simbólico en la mano, declara todos los años, por esta época, abierto el curso académico en nuestros centros docentes en nombre de S. M. el Rey (q. D. g.). La ceremonia suele ser tan pesada como infructuosa. Un secretario lee gangosamente los nombres de los chicos premiados que han obtenido sobresalientes y matrículas de honor. Los chicos suben con traje nuevo las escaleras y estrados del paraninfo. Después otro señor suele disertar sobre la importancia y el concepto de la asignatura que viene explicando desde la nebulosa. A continuación, la charanga local ataca las notas del *Soldadito de Nápoles,* entre las risas, chacotas y donaires de las muchachas que asisten al espectáculo. Y el señor rector, sonriendo al obispo, que tiene a su derecha, y al capitán general, que tiene a su izquierda, declara abierto el curso académico, cumpliendo, como él dice, una mera formalidad legal.

Estos días de Octubre tienen en Valladolid, en Salamanca, en la dulce Compostela, un encanto indefinible. Tornan los estudiantes a sus nidos; las chicas tornan también a los balcones, y comienzan las sabrosas pláticas de reja. Se animan los cafés y los cinematógrafos, porque hay dinero fresco; hasta las clases suelen verse concurridas de bote en bote. En las librerías aparecen esos escandalosos libros de texto, donde un profesor de Agricultura nos dice, por ejemplo, que el buey es un animal muy conocido por su fuerza, por su leche, por sus cuernos, o donde un orondo catedrático de Derecho natural, nos conmina, en mala sintaxis, que nos libertemos en nuestros años mozos de los errores de Kant, de Rousseau, de Fichte o de Hegel.

Las patronas comienzan a servir los lenguados fritos en las terribles mesas de las pensiones. Se inician los idilios, que han de durar lo que duran las verduras en las eras, según la frase del poeta carrionés, y los álamos, y los olmos, y los negrillos de junto a los ríos mansos y plácidos de la meseta dejan caer sus primeras hojas dorándose ante el mimoso beso del sol de otoño.

La apertura de curso parece la negación de las ansias e inquietudes infinitas de la mocedad española.

No hay en esos actos la más pequeña chispa de emoción ni de cordialidad. El joven que no lo sea de veras, corre el riesgo de trocarse en viejo para siempre. La importancia de la asignatura adquiere tales vuelos en los labios del pobre profesor que la explica, que se diría que para él es algo más importante que la vida. Pero esta se venga donosamente de las graves mucetas doctorales. En los ojos de los estudiantes suele prender la luz de otros ojos parlanchines; el Digesto queda vencido; Papiniano resulta muy inferior a Gustavo Adolfo Bécquer, el de las obscuras golondrinas que volverán a posarse en la ventana del dueño amado, y el libro de Anatomía suele venderse, así comienza a mediar el mes de Octubre, en una librería de viejo, porque ha comenzado a funcionar la timba en un café solitario. Muy pronto se animan los paseos en la plaza. Hay viejos virotes, suspensos desde hace quince años en todas las asignaturas, que suelen ser los más duchos en el arte de interesar corazones femeninos. Hay chicos, muy eruditos y muy sabios, con los ojillos miopes cargados de lectura, que suelen ser el hazmerreír de los virotes. Hay pollos «bien» preocupados de la raya del pantalón y del último figurín que ha venido de Inglaterra, que se dedican a las niñas tontas de la población que sueñan con títulos nobiliarios. Hay, finalmente, estudiantes de Medicina, más positivos y materialistas, que organizan una sociedad de baile y que se dedican al usufructo de las gracias y sebosidades de todas las cocineras guapetonas y dadivosas de la ciudad.

La apertura de curso resucita todos los años en nuestro corazón recuerdos dormidos que tornan a despertarse con los primeros fríos de Octubre. ¡Ah, Salamanca, nuestra querida Salamanca, con las piedras rojas, con el rumor del río que dice su canción maravillosa de quietud junto a los aledaños de la Merced y de la Peña Celestina! ¡Ah, Valladolid, el ruidoso y tempestuoso Valladolid, con sus timbas abiertas, sus libreros de viejo olfateando alevosamente la primera víctima; con sus tenientes envarados y tiesos, dispuestos a disputar el amor de las chicas a los estudiantes! ¡Ah, Santiago, la dulce y lluviosa Compostela, con el acento cantarín de sus muchachas, con sus estudiantes juerguistas y oradores, con el ruido y el traqueteo de los zuecos sobre el pavimento de las rúas, con la divina plaza de la Quintana, donde siempre puede soñarse con los ojos abiertos, sin temor a que nadie, nadie, nos rompa el sueño en todo su delicioso ritmo! Estos días de Octu-

[410] Insertamos otros artículos con este mismo título, todos ellos de distinto contenido, publicados en *El Adelanto* en fechas 01-10-1925 y 03-10-1929 y en la revista *Nuevo Mundo* el 04-10-1929 (O.C. Tomo II, páginas 478, 481 y 482).

bre, de libros de texto, de despedida de los papás, de la novia reciente, de amores que se creen eternos y que tienen, en efecto la eternidad de los ocho días, llevan al recuerdo de la juventud española las más dulces nostalgias.

Era el mes de Octubre de no sé qué año, y nuestro corazón tenía el fuego de las quince primaveras... Conocimos a Unamuno... Conocimos a Dorado Montero, que hace siete meses bajaba a la tumba para que la tierra le arropase como a un niño y aquietase para siempre las tempestades de su cerebro enamorado de la verdad y de su pobre corazón tempestuoso... Llegaron los primeros fríos; comprábamos castañas a la señora Maximina, que se soplaba los dedos en su tenderete del Patio de Escuelas Menores; entrábamos con nuestro gabancillo y con nuestra gorrilla en la cátedra de Derecho penal; unos ojos castaños y puros nos esperaban a la salida... Mañana, cuando leamos los discursos que sobre la importancia de nuestra asignatura endilgaron unos hombres graves y tiesos a unos chicos y a unas chicas que están todavía al margen de la vida y mucho más allá de la más alta de las ciencias, que es la ciencia del amor, recordaremos aquellos ojos, aquellos versos de Unamuno cuando nos habla de Lola, de Teresa, de Mercedes y de Pura, que son brasa en el pecho, y el andar de aquel hombre sencillo, modesto y bueno que se llamaba Pedro Dorado, y que nos abría los ojos de la esperanza a la visión infinita de una humanidad nueva y mejor, para la que los sueños son realidades y las realidades el fruto más sazonado de los sueños...

La Esfera (01-11-1919)

Apertura de curso[411]

Hoy, Salamanca, Santiago de Compostela, Valladolid, las viejas y nobles ciudades universitarias, celebran la mascarada brillante de la apertura de curso. Desfile de doctores a medio día, címbalo universitario, muchachas bonitas en los paraninfos, idilios que retoñan en pleno otoño por la calle de la Rúa, por el Perguntoiro santiagués, por la Plaza del Ochavo vallisoletana. Dinero fresco en los bolsillos, clases que se estrenan y ventanas que se entreabren por primera vez.

El cerebro que pide horizontes nuevos y el corazón que suspira al contacto de unos labios. ¡Quién fuera estudiante! Hace ya muchos años que no pasaba el 1º de Octubre en Salamanca y temo, fundadamente, que el día de mañana, cuando estas líneas se publiquen, temo que los recuerdos se agolpen en mi espíritu, que sólo sabe angustiarse o solazarse a su antojo bajo este cielo y al contacto de estas piedras.

Apenas si me quedan más recuerdos en esta Escuela... Cuando yo vine de estudiante a cursar el preparatorio de Derecho, hacía don Miguel su discurso de apertura, que le valió el Rectorado. Precioso discurso aquél en que el querido maestro predicaba la supremacía de la reja sobre el aula y hablaba breve y sustanciosamente, no de la importancia de la asignatura, sino de las hondas emociones del corazón y de la mocedad. Entraban nuestros quince años en esta ciudad como en un templo, y el sosiego de su recinto, y la gracia de sus torres, y el decoro de sus monumentos, se nos pegaban para siempre en los rincones más gratos y penumbrosos del espíritu.

Y los libros de texto que invariablemente nos hacían bostezar, y el dinero del mes que nos duraba fatalmente veinticuatro horas, concertaban con las tertulias del turno del Rojo en el café Suizo y con el magnífico espectáculo del otoño en la ciudad, y con sus atardeceres lentos y rojos, cuando Salamanca se enrojece en las últimas horas de la tarde.

¡Salamanca, otoño, Octubre! Las primeras compañías en el Liceo, la fiesta del Rosario en San Esteban, las vueltas interminables en la Plaza a la husma de unos ojos –azules o negros– que nos daban contento para todo el día, los primeros encuentros con la mente –clara u obtusa– de nuestros profesores: qué lejos estáis ya de nuestras actuales preocupaciones. ¡Y, sin embargo, vistas estas cosas a distancia, que es cuando comienzan a verse por primera vez, advertimos que seguimos siendo estudiantes, que lo seremos toda la vida, que los ideales de los veinte años continúan siendo nuestros ideales de hoy, que la ciudad de entonces sigue siendo la misma, un poco nuestra madre por lo que nos ha dado, un poco nuestra esposa por lo que nos ha hecho soñar, un poco nuestra hija porque ya comenzamos a entregarla el fruto sazonado y fecundo de nuestras primeras obras de madurez!

[411] También publicado, con el mismo título y distinto contenido, en *La Esfera, El Adelanto* y *Nuevo Mundo* (O.C. Tomo II, páginas 477, 481 y 482).

Cuando el cimbalillo universitario comience a tañer esta mañana, sonará en nuestro corazón como un reproche y volveremos a jurarnos a nosotros mismos que siempre seremos estudiantes y que nos hemos desposado para siempre con el imperio de las ideas y con las santas emociones de la inquietud que nos abandonará el día que nos arrope esta tierra, al calor de las cenizas de nuestros padres. Hoy debiera leerse a los estudiantes en el Paraninfo la sentencia del Eclesiastés, cuando asegura que el que pierde la mañana pierde la jornada, y que el que pierde la juventud pierde la vida para siempre. ¡Amigos estudiantes: no perdáis vosotros la mocedad! Por mi parte, yo puedo juraros que conservaré la mía como un tesoro que solamente me robará la muerte.

El Adelanto (01-10-1925)

Un aula y una lección

He asistido a la primera lección de Paco Maldonado en su cátedra de Lengua y literatura Españolas de esta Universidad; a todo el curso del joven catedrático y del entrañable amigo asistiré, si Dios quiere. Paco Maldonado, que acaba de abandonar la universidad de Valladolid, ha pagado hoy su novatada en la de Salamanca. En la cátedra de Dorado Montero, en el aula discreta y silenciosa presidida por el busto en bronce del maestro, que remata en el lienzo izquierdo, junto a la fachada que mira a la calle de Libreros, Paco ha dicho hoy con emoción, un poco encogido, sus primeras palabras a los muchachos. Y yo le he escuchado también, como si me hubieran quitado algunos años de un golpe. Al sentarme en los bancos como un chico más, y tomar mis apuntes sobre los pupitres decorados con nombres de mujer –sueños de estudiantes que pasaron– ha resucitado ante mis ojos la figura de aquel hombre que me enseñó las delicias del pensar hondo y recto y de la polémica honrada y serena.

Le estaba viendo... Le estaba viendo como era, con su frente morena, con sus ojos anchos, vivos, luminosos y profundos, con su voz sugestiva y preñada de libertad y de decoro, enteco, lisiado, poca cosa. Aquella frente era toda luz y aquella palabra toda nervio. Jamás se sentaba don Pedro en el sillón presidencial. Caminaba de un lado para otro, empujado, movido por las ideas que le agitaban en un momento, y por la reacción que en su espíritu provocaban las observaciones en nosotros, los muchachos. Aquella cátedra de las nueve de la mañana era esperada cada día con emoción renovada y contenida. Hablábamos a diario, no con un muñeco, sino con un hombre. Y don Pedro a nuestro contacto se remozaba a su vez todos los días, ganando en agilidad y en juventud.

La cátedra ya no está hoy como estaba en nuestro tiempo. Ha cambiado su fisonomía; ha cambiado el púlpito por una plataforma; su traza de cátedra del siglo XVI –teología y lecciones– en cátedra del siglo XIX –monólogo y oratoria–. Pero Paco Maldonado la ha trocado hoy, con su hermosa lección inaugural, en aula muy de nuestros días. Pesaba sobre él, sin duda, el recuerdo de Dorado Montero y quería hacerse digno del cerebro de aquel hombre y del magisterio que sobre su espíritu ejerciera.

Durante una hora, muy grata, he seguido la palabra graciosa y los donosos razonamientos del catedrático novel en esta Escuela. Comprendo que sus compañeros y mis amigos de Valladolid, Andrés Torre Ruiz, Narciso Alonso Cortés y otros, hayan deplorado su marcha, de la ciudad de Pedro Ansúrez. En la cátedra de Dorado se han dicho hoy palabras nuevas con ideas nuevas, y los muchachos no se han sorprendido; como nos hubiéramos sorprendido nosotros, porque el antecesor de Maldonado –Emilio Alarcos– era también un hombre que sabía vivir plenamente las inquietudes de su momento.

El Adelanto (06-11-1925)

El patrimonio universitario

Hablando de las posibles ventajas que la restauración del patrimonio universitario ha de aportar a nuestros centros docentes, el director de Enseñanza superior, Sr. González Oliveros, acaba de declarar que «el único de nuestros colegios mayores que todavía funciona es el de San Bartolomé y Santiago, adscrito a la Universidad de Granada». Olvida, sin duda el Sr. Gon-

zález Oliveros que funcionan, muy cerca de treinta colegios, entre mayores y menores, en la Universidad de Salamanca. Alguno de ellos, como el de San Ambrosio, funciona con internado propio. En unos, en los menores, se ingresa mediante ciertos requisitos probados de pobreza en el candidato y de parentesco con el fundador. Alguno, como el de las doncellas, está reservado exclusivamente para señoritas que se dedican a la carrera del Magisterio. Y otros proporcionan becas para las carreras de Letras, de Derecho, de Ciencias y de Teología.

Estos colegios de Salamanca, mayores y menores, tienen patrimonio propio y están sometidos al alto patronato del Estado. Funcionan independientemente de la Universidad. El presidente de la Junta de los colegios es, por derecho propio, el rector de la escuela, y de ella forman parte los decanos de las Facultades, el director del Instituto y varias personas que inspeccionan, en nombre de los Patronatos, las calidades de los aspirantes.

En los colegios mayores se ingresa por oposición. Los hay de tan rancia estirpe como el de San Bartolomé o el Viejo, cuyo edificio ha sido habilitado recientemente para cuartel, y el de San Salvador, entre otros varios cuyo nombre no recuerdo. En ellos se ingresa por oposición

Los candidatos a colegialías o becas de Derecho, Teología o Letras han de contestar a temas literarios del Bachillerato; a temas científicos los aspirantes a Medicina o Ciencias. Los colegios les abonan un sueldo mensual durante el periodo de la licenciatura en Salamanca, durante el doctorado en Madrid, el costeamiento de ambos títulos de licenciado y doctor y un sueldo que no baja de seis mil pesetas anuales para la ampliación de sus estudios en el extranjero.

Estos colegios antiquísimos han tornado a funcionar gracias a las gestiones de los doctores Arés y Esperabé –Esperabé, el antecesor de Unamuno en el rectorado de la escuela salmantina–, hace cuarenta y un años. Gracias al funcionamiento de estos colegios han visitado las aulas del extranjero desde esa fecha centenares de alumnos salmantinos. Y siguen visitándolas en la actualidad; ya podrá observar el Sr. González Oliveros, director de nuestra Enseñanza superior, como en España funcionan en la actualidad más colegios que el de San Bartolomé y Santiago, adscrito a la Universidad de Granada.

El Liberal (05-08-1926)

Sobre la reforma del bachillerato

A medida que se van conociendo las opiniones de los profesionales sobre las reformas que acaba de implantar el señor Callejo en la segunda enseñanza, se advierte que tales opiniones son generalmente opuestas a esa innovación.

Ha presidido esas reformas una secreta habilidad, la equiparación, en el fondo, de la docencia privada a la docencia oficial. El catedrático de Instituto queda relegado a mero papel de repetidor de un texto único; en el examen, su voto tiene el mismo valor que el del profesor de un centro particular de enseñanza. En un país como el nuestro, donde la enseñanza oficial, con todos sus defectos, es muy superior a la enseñanza privada, con todas sus ventajas, esta igualdad de trato, ante la ley, equivale, de hecho, a la muerte de los Institutos y al florecimiento y esplendor de las instituciones religiosas de enseñanza, que acapararán el mayor número de alumnos, ante las ventajas del internado confortable y de la vigilancia que buscan los padres con preferencia a toda verdadera orientación pedagógica.

Pero no es este, con ser tan relevante, el defecto capital de estas innovaciones ministeriales en torno a la segunda enseñanza. La Gramática se suprime en esa reforma como un artículo de lujo. Se obliga al alumno a que conozca la sintaxis del francés y del inglés, del alemán o del italiano, y no se le exige, en cambio, que conozca, ni elementalmente, la extructura [sic] de su lengua española. Todo el bachillerato –con su bifurcación en dos ramas para Ciencias y para Letras– se convierte automáticamente en preparación oficial para otros estudios superiores, sin convertirle, como debiera ser, en una enseñanza independiente y sustantiva. Y para que nada falte en este "mare mágnum", el alumno, en sus doce o trece años, ha de decidir, por sí mismo, la carrera que ha de continuar en lo sucesivo, sin que le valgan subterfugios de ninguna clase, entrando de lleno en estudios monográficos y universitarios y sin otro bagaje que el estudio del texto único, que en la mayoría de los casos estará obligado a repetir como un lorito.

Con estas innovaciones, no nos explicamos el papel que va a desempeñar en lo sucesivo el catedrático de nuestros Institutos Generales y Técnicos. El texto único –sobre todo en aquellas materias y disciplinas que se mantienen de la controversia y de la diversidad en el juicio– mata

necesariamente toda iniciativa pedagógica en el profesor. No es él, sino el manualete, a cuyo criterio han de someterse también los juzgadores en los exámenes de conjunto, el que ha de formar y nutrir el patrimonio intelectual de todo candidato a bachiller. Se desplaza en la reforma una cosa viva, un hombre, por una cosa muerta, un libro. Y se mata, de esta suerte, en el alumno todo entusiasmo para investigación, al simplificarse el mecanismo que ha de convertirlo en bachiller.

A los pobres catedráticos de Universidad también se les crea un problema pavoroso, capacitándoles para juzgar el paso de los alumnos de la enseñanza secundaria a la superior. ¿Qué criterio va a presidir este juicio? Pero este criterio está condicionado también por el real decreto innovador. No creemos que los catedráticos universitarios puedan hacer, legalmente, otra cosa que comprobar si el alumno "se sabe" o no el texto único de las asignaturas correspondientes.

Es cierto, como afirma don Américo Castro, que, en este caso, "la tarea del examinador es necia y además, intelectualmente, innoble"; pero no es otra la tarea, según la letra y el espíritu del real decreto. Real decreto que está llamado a ser modificado fundamentalmente, si quiere servir los intereses de la enseñanza y de la cultura de nuestra patria.

El Luchador (14-09-1926)

Apertura de curso[412]

Con la otoñada, y las uvas primeras de las vendimias de Castilla, y los primeros trajes de entretiempo, coincide siempre la apertura de curso. Parece ser que fue el sabio Rey de las partidas, de acuerdo con los médicos y los higienistas árabes, el que dispuso este comenzar de los estudios con la otoñada. Por San Miguel, el tiempo refresca, las noches son más serenas y más largas, las tardes más plácidas y dulces. Tienen los mozos tiempo para estudiar y para amar. En algunas ciudades universitarias de hogaño –Salamanca, Valladolid, Barcelona, Sevilla– es verdaderamente deliciosa la otoñada, y el otoño es la estación mejor. En Salamanca, los atardeceres son de una majestad augusta y el sol es más bello que en la canícula. En Valladolid, pasead por el Portillo de los Muertos, pasead –Esgueva adelante– hasta Renedo y saturaos de serenidad. En Barcelona, desde el Tibidabo, desde Vallvidrera, es de rosa y de plata el casco de la ciudad y en los pinares de San Gervasio hay rumores de besos y compases de sardanas. En Sevilla, se quitan los toldos y las modistillas se dejan querer mejor que en el estío. Por el mercado de la Concepción, a la vera de la Universidad, veréis, al finalizar Septiembre, las clásicas parejitas de modistas y estudiantes. Y en la lluviosa y triste Compostela, los cafés se pueblan, se desperezan los camareros y suenan horrísonamente las fichas del dominó sobre las mesas de mármol.

¿Qué importa todo lo demás, la ceremonia del Paraninfo, la procesión de mucetas azules, rojas y amarillas, el discurso inaugural y el reparto de los premios? Estudiante: bien está que te suspendan –no te importe– pero aprovecha el tiempo. Fíjate en unos ojos parleros que digan "envido" a los tuyos, gana a la reja el tiempo que pierdes con el libro, vive espléndidamente, generosamente, tu juventud, que machará[413] algún día, acaso cuando más joven de corazón te sientas. ¡No seas bobo, estudiante! Entre Conchitas y Justiniano, opta por Conchita. Entre un diálogo con una chiquilla o con un profesor, escoge el de la chiquilla. ¡Haz de tu novia un culto y de su reja un altar, estudiante! Lo demás, todo lo demás, ¿qué importa?

Para nada te servirán los sobresalientes, ni las matrículas de honor en la vida. Harto harás en la Universidad si no te dejas deformar tu corazón y tu cerebro. ¡Ponte en guardia frente a la Ciencia, hijo mío! Todas las verdades de la tierra valen bien poca cosa si un sólo corazón te miente. "Quien añade ciencia –dijo Salomón– añade dolor". Y si sabes mucho, tendrás plena conciencia de todo lo que ignoras. Aprende a vivir, y, sobre todo, a amar. Todo lo demás se te dará de añadidura.

¡Estudiante, amigo mío, hermano mío! No te dejes deformar el corazón por esos individuos de birrete y de muceta que se imaginan que lo saben todo porque todos los años repiten el mismo programa. Tú sabes bien que hay muchos profesores, pero muy pocos maestros. El maestro es como tu padre; es el mejor aliado de tu novia; comprende tu pereza; respeta tu silencio; remoza con tu mocedad. Es siempre contigo llano y sencillo el maestro. Le comprendes y te comprende;

[412] Existen otros artículos con este mismo título, aunque distinto contenido, publicados en *La Esfera, El Adelanto* y *Nuevo Mundo* (O.C. Tomo II, páginas 477, 478 y 482).

[413] Tal vez *marchará*, aunque *machará* es la palabra que figura en el original periodístico.

te quiere y le quieres. Y vas a su cátedra como a una fiesta. Piensas, sientes en ella. ¡Si tú supieras, estudiante, qué huella dejaron en mi corazón –en mi corazón más que en mi cabeza– los maestros que yo tuve: Pedro Dorado Montero, Manuel de Bedmar, Miguel de Unamuno!

¡El otoño es la estación del fruto, estudiante! Haz tu recolección, como la diligente hormiga, para el invierno, ten una reja luminosa donde, de noche, se acode el busto de una niña. Y si mañana es madre de tus hijos, y puedes mirar el cielo al través de sus ojos, ¿qué te importa un juicio de Justiniano o una opinión de Hipócrates, estudiante?

El Adelanto (03-10-1929)

Apertura de curso[414]

El martes pasado, en las diez o doce Universidades del Reino, se ha declarado abierto, con la mayor solemnidad, en nombre de S.M el Rey (q.D.g.), el curso académico de 1929 a 1930. El curso académico empieza cuando el natural casi va expirando, en estos días de vendimia y de otoñada, que tanto placen a la mente y a los trabajos sencillos y camperos. Parece que desde los tiempos del Rey Sabio se dispusieron así las cosas. Se requiere el tiempo tibio y templado para estudiar, las escuelas del Reino han de ser situadas junto a los arbolados y, a ser posible, cabe a las dulces vegas de los ríos hispanos. El Estudio de Palencia, a la vera de los alisos y chopos del Carrión, se traslada a Salamanca, para que las ninfas del manso Tormes vigilen los sueños de los estudiantes. Huesca, en la otoñada, junto al Isuela, es un placentero lugar donde ha de meditar, andando los siglos, Gracián sus aforismos gustosos por ser dos veces breves. La Escuela de Alcalá, fundación del cardenal D. Francisco Ximénez de Cisneros, será buena amiga del Henares. Los musulmanes mirarán en la Escuela de la Mezquita el claro Guadalquivir descendiendo hacia la vega sevillana, reflejándose en un cielo, ora cobalto, ora añil. Úbeda se sombreará de olivares, y en Lérida, los montes cercanos de Montserrat llenarán de paz geórgica el paisaje.

Pero los estudios se han desplazado hogaño a las ciudades populosas. Que yo sepa, no quedan más que dos, acaso tres, ciudades castizamente universitarias: Salamanca la dorada, Santiago la lluviosa, Oviedo la vetusta. Las sombras de fray Luis, de Feijoo, de Jovellanos y las más cercanas de Unamuno, de Dorado Montero, de *Clarín*, aparecen todos los años el primero de Octubre con los primeros racimos de uvas castellanas y con los trajes de entretiempo y las trincheras de tres telas. La ceremonia es siempre la misma en las viejas Universidades. A las doce en punto, el cimbalillo universitario tañe solemnemente. En los claustros se organiza la mascarada: togas rojas, togas amarillas, togas moradas, togas azul obscuro, togas azul celeste. Y el rector, empuñando su bastón, con la manga rosa encuadrada en delicado encaje de Malinas, preside la comitiva. Un discurso inaugural. Los bancos doctorales, ocupados por las bellas; piropos que resuenan en los paraninfos, donde mañana hablará fríamente Justiniano del Derecho, y Galeno del arte de curar. Un pasodoble torero, y la distribución de premios a los alumnos aplicados. Luego, el cimbalillo torna a atañer, y la comitiva regresa a la severa sala de profesores a despojarse de su indumento académico para vestir la chaqueta ciudadana.

Estos días del otoño tienen en Valladolid, en Salamanca, en Oviedo, en Santiago de Galicia un encanto indefinible e inefable. Los mozos se apoderan ruidosamente de las terrazas de los cafés y de las cazuelas de los teatros; se iluminan ventanas y rejas que estuvieron cerradas y apagadas durante el estío; las librerías hacen su agosto, y las muchachas inician valientemente sus primeros paseos colectivos a los parques públicos. Con los estudiantes llegan los profesores nuevos, solteros y en estado de merecer. Desde mañana hay quien escribe, en lugar de apuntes tediosos, polvo de siglos, cartas de amor, germen del futuro. ¡La ciencia es hermana pequeña del Amor, su mejor aliada y encubridora, santo cielo! Nosotros saludamos con emoción este retorno de los estudiantes a su nido y de las hermosas a su reja. ¿La apertura de curso? Para nosotros es algo más que una ceremonia fría y hueca de sentido. ¿No sentís que se está fraguando una España nueva y moza? ¿No advertís vosotros que de estos idilios surgirán los niños de mañana, que serán los legatarios del patrimonio espiritual que nosotros les dejemos?

[414] Hemos localizado otros artículos con este mismo título, todos ellos de distinto contenido, publicados en *La Esfera* el 01-11-1919 y en *El Adelanto* en fechas 01-10-1925 y 03-10-1929 (O.C. Tomo II, páginas 477, 478 y 481).

Las sombras de fray Luis, de Feijoo, de Jovellanos y las más recientes de Unamuno, de Dorado, de Giner, de Fernando de los Ríos, de Ortega Gasset, de *Clarín* –el cuentista de ¡Adiós, cordera! – surgen estos días, sonriendo y animando a la Juventud que pasa…

Nuevo Mundo (04-10-1929)

España e Italia

Don Manuel Carrasco y Reyes, lector del Colegio de España en Bolonia, elevó, hace cosa de dos años, una Memoria al Patronato de Relaciones Culturales de nuestro ex-Ministerio de Estado, solicitando la creación en Bolonia –sede de las relaciones hispano-italianas– de un Instituto hispánico de cultura. Hizo más el señor Carrasco y Reyes: ofreció terrenos del Colegio de España que fueron aceptados. Entre las calles del Colegio y de Belfiore de la ciudad de los pórticos hay un precioso edificio aislado, que remata en agudas almenas guelfas, destinado desde tiempo inmemorial, a servicios subalternos. Al ofrecimiento acompañaban los planos del arquitecto para remozar y transformar el edificio, trocándolo en una preciosa casa española del Renacimiento, ambientada, es decir, influida en la tierra de la terracota y de los pórticos sencillos y elegantes. Las obras se están acabando ya. Para fines de año, por Navidad, ya puede funcionar este Instituto llamado "Casa de Cervantes". El señor Carrasco, excelente español que vive hace más de veinte años en Bolonia y lleva cerca de doce rigiendo el Colegio de los Españoles, no ha querido olvidar que Cervantes fue huésped de Bolonia, que una de las Novelas Ejemplares "Cornelia Bentivoglio" –a la que retrató después Ticiano cuando fue Duquesita de Ferrara– está inspirada allí, que en la novela figuran como protagonistas dos colegiales y que la cultura jurídica y la ciencia de los glosadores fue traída desde Bolonia a nuestra patria, a través de los Ramos del Manzano, de los Pérez de Oliva y de otros maestros, colegiales en su mocedad, y que fueron, en su inmadurez, asombro y gala de las cátedras salmanticenses y alcalaínas.

Según la memoria del señor Carrasco y Reyes, que tengo a la vista, el fin principal de la "Casa de Cervantes" en Bolonia ha de ser la difusión del libro español en Italia. La Casa ha de ser una especie de Biblioteca Central Española que preste, con garantía, libros a los estudiosos hasta en los rincones más apartados de la península hermana. Paralelamente, esta labor ha de estar apoyada en cursos de conferencias sobre temas de actualidad a cargo de nuestros ingenios y de la pléyade, tan selecta como numerosa, de escritores italianos que escriben continuamente sobre temas de nuestra literatura y de nuestro arte. ¿Necesitaré decir que el señor Carrasco cuenta con el apoyo entusiasta de Benedetto Croce, de Giovanni Papini, de Arturo Farinelli y de otros hispanófilos italianos ilustres? Finalmente, cree el joven y entusiasta rector del Colegio de Bolonia que la casa de Cervantes debe ser la propulsora de toda la política de atracción turística. El edificio está listo; listas las cámaras para salón de actos, para biblioteca, para salas de lecturas, para oficinas. Con un pequeño pellizco al presupuesto puede funcionar desde 1930 esta institución aneja al glorioso solar albornociano. ¿Cómo? ¿Con qué espíritu y de qué manera?

Digamos ante todo –ya se lamenta de ello el Rector en su Memoria– que el momento actual de la cultura española es desconocido casi por completo del gran público italiano. Todavía circula como única información sobre nuestro pueblo el inocente relato que de su viaje a nuestra patria publicara Edmundo de Amicis en 1872. Los italianos creen de buena fe que de Amadeo acá, del rey *galantuomo* hasta nuestros días, no hemos dado un solo paso. Miguel de Unamuno es bien conocido en ciertos medios de cultura, pero permanece inédito para el pueblo. Hay una confusión de colores y hasta de matices que coloca a Blasco-Ibáñez al lado de Carmen de Burgos y a Ramón Pérez de Ayala –el "viejo dramaturgo Pérez de Ayala" le llamaba no ha mucho un escritor florentino confundiéndole con don Abelardo, el autor de *Consuelo* y de *El tanto por ciento*– con el cuentista Isaac Muñoz "el mejor cuentista de la raza", según una revista literaria, *Nuova Rassegna di Litteratura Moderna*, que se publicaba hace cinco años en Florencia. Los editores traducen al buen tuntún y a salga lo que saliere libritos de gentes generosas que no cobran derechos de traducción. Hay que advertir que en Turín y en Milán funcionan grandes casas editoriales que publican cientos de miles de libros en español para la exportación sudamericana. Generalmente, esos libros están influidos por las letras y por la cultura de Italia. Las sociedades Dante Alighieri que funcionan en todas partes con la protección del gobierno tienen como finalidad la lucha contra la lengua española en todas las repúblicas, principalmente en la Argentina, donde la población inmigrante italiana supera a la española. Por eso, Carrasco y Reyes propone

también, con aguda perspicacia a mi juicio, que la casa de Cervantes edite y traduzca al italiano las mejores obras contemporáneas de nuestros escritores.

Pero si la casa de Cervantes en Bolonia ha de vivir una vida próspera, necesita, además del rescoldo oficial que nunca es fuego ardiente, el apoyo decidido de nuestros intelectuales y hasta de nuestros mecenas. Hay que llenar los estantes de esa Biblioteca con libros densos, y fuertes, y nutridos, que valgan realmente la pena de ser leídos. Hay que llevar a Bolonia conferenciantes que conozcan, además de nuestras letras, las letras italianas y que puedan hablar allá, como lo hablaba Dorado Montero, como lo hablaba Giner de los Ríos, como lo hablan los catedráticos Cuello Calón, Valdecasas y Rivera Pastor, el idioma del Dante. Hay que hacer una política turística; sagaz e inteligente, ya que Italia es la enemiga natural de España en este afán de atraer forasteros que se extasíen con sus bellezas artísticas. Una casa de Cervantes, española y bien española, donde el noble Benedetto Croce, hoy perseguido por el fascismo montaraz, pueda encontrarse como en su hogar propio y donde pueda profesar libremente su apostolado de verdad y de belleza. Una casa española que, además de los balcones, y de los lienzos, y de los escudos, y de los libros, y de las puertas, y de los empleados españoles, tenga el espíritu español moderno, que tan espléndidas floraciones tuvo siempre en aquel Colegio. Una casa de Cervantes, en fin, que no nos avergüence y que sea digna del nombre que ostenta. Los escritores, y los editores, y los mecenas de España tienen la palabra. Afortunadamente, hoy por hoy, el pandero está en buenas manos.

La Voz de Guipúzcoa (15-11-1929)
El Luchador (16-11-1929)
El Pueblo Gallego (16-11-1929)
El Mañana (15-11-1929)

Reformas de la República[415]

El colegio español de Bolonia, que funciona desde el siglo XV, reservando sus plazas a los estudiantes privilegiados de la fortuna o favorecidos por la privanza, debe convertirse en una institución democrática, abierta a los mejores alumnos elegidos por los Claustros respectivos y por sus mismos compañeros.

En la hermosa capital de la Emilia, entonando con los pórticos y con la terracota de la ciudad, cantada por nuestro Cervantes, hay un Colegio español de los más antiguos y prestigiosos. Lo fundó el cardenal Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, y desde el siglo XV funciona normalmente. En el XVI se forma en la institución albornociana la famosa escuela de nuestros glosadores. Nebrija, el Brocense, San Pedro Arbués, son, entre otros, colegiales de Bolonia. La institución deriva después, hasta nuestros días, en un colegio aristocrático y de casta. De las siete u ocho plazas con que cuenta en la actualidad, se excluye sistemáticamente el expediente académico del colegial. Una plaza la provee el duque del Infantado, como pariente del fundador; otra la otorga el duque de Alba; dos más las provee automáticamente el arzobispo de Toledo. El colegial que está instalado en uno de los palacios más bellos de Bolonia, con un magnífico patio lombardo y una riquísima biblioteca, goza de prerrogativas verdaderamente excepcionales. El Colegio sufraga todos sus gastos, le regala con una magnífica mesa, le paga la carrera, pone a su disposición un palco en los teatros, le aposenta en una villa durante las vacaciones del estío. Y le concede anualmente una bolsa de estudios para viajar durante dos meses por Europa y le abre de par en par los salones aristocráticos de la ciudad.

Las plazas que no otorgan los dos duques ni el cardenal de Toledo se daban caprichosamente por el ministro de Estado. Los estudiantes inteligentes y modestos estaban excluidos sistemáticamente de estas prebendas, con muy raras excepciones. En el advenimiento de la República, a nadie extrañará que pidamos al ministro de Estado, señor Lerroux, la revisión de las normas por las cuales se regía el Colegio de San Clemente, de Bolonia. De la nación española es el Colegio, y para provecho y gloria del pueblo y de sus estudiantes, para honra de sus Universidades y Centros superiores de cultura, debe convertirse en una institución honda y radicalmente democrática. Es muy sencilla su transformación urgente. Al rectorado del Colegio, mientras se revisan y

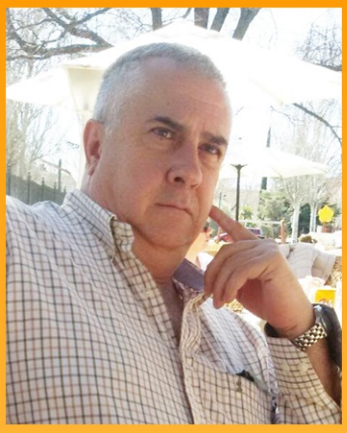
[415] Artículo firmado como Jorge de Alba.

modernizan las cláusulas fundacionales, podría llevarse a un intelectual prestigioso. Las plazas podrían cubrirse por turno riguroso de Universidades, con estudiantes que fueran elegidos por los Claustros respectivos y por sus mismos compañeros. Como los estudios cursados en la Universidad de Bolonia tienen validez académica en España para los colegiales, y en la universidad se cursan todas nuestras *Facultades*, la provisión podría hacerse al comienzo por sorteo, cubriéndose luego las bajas con las demás Universidades. Es una reparación que debe la República a la juventud escolar, separada de estas prebendas, que recaían siempre en retoños y herederos de títulos de Castilla y de políticos profesionales.

¡Lindo Colegio de España! Aquel palacio se hizo para la inteligencia, y el favor lo trocó en asilo de gente adinerada y ociosa. Los estudiantes españoles deben tomar, al cabo de los siglos, nueva posesión de una morada que es suya, y muy suya.

El señor Lerroux sabe muy bien que en los anales de los últimos cincuenta años, solamente por excepción, cuando fueron colegiales estudiantes que pertenecieron al pueblo, sus nombres han perdurado en la historia del pensamiento español; recordemos los nombres de Hermenegildo Giner de los Ríos y de Pedro Dorado Montero entre los muertos, y los de Diego Ruiz y Eugenio Cuello Calón entre los que viven, para decoro de la cátedra española de nuestros días.

Crónica (21-06-1931)



GERARDO NIETO ARIAS

Creador y propietario del blog *Entre el Tormes y Butarque* –un verdadero fondo documental de Alba de Tormes– donde lleva recopilando los periódicos en que escribió José Sánchez Rojas desde 2009. Fruto de esta recopilación fue la antología de este autor que publicó bajo el título *Sol entre nieblas* (Biblioteca de Temas Albenses, 2016).

JESÚS MARÍA GARCÍA GARCÍA

Ha dedicado muchas horas de su tiempo libre a estudios salmantinos y albenses. Es autor de *Prensa y vida cotidiana en Salamanca. Siglo XIX, Fernando Araújo: Un krausista salmantino. Alba de Tormes: páginas sueltas de su historia, Alba de Tormes: Historia y Urbanismo,* y *Fuero de Alba de Tormes.*

Ha escrito también breves estudios sobre *El Soplón del Diarista de Salamanca* y *Teresa de Jesús en los principios de la Psiquiatría.* Ha llevado a cabo ediciones de las *Leyendas de Bécquer* y *Vicente Sainz Pardo, un poeta suicida* entre otros trabajos.

En 2015 junto con Julián Moreiro creó una Biblioteca de Temas Albenses.

José Sánchez Rojas nació en Alba de Tormes (Salamanca) en 1885 y falleció en Salamanca en 1931. A pesar de los elogios que recibió en vida por su depurada y excelente prosa, fue olvidado relativamente pronto, aunque aún a mediados del siglo pasado algunos periodistas le recordaron en sus respectivos periódicos con nostalgia.

Su pueblo natal le dedicó una calle que aún lleva su nombre y su recuerdo. Y algunos albenses llevamos años reivindicando su buen oficio periodístico y su obra esparcida en más de ciento setenta y cinco periódicos de la época. Obra basada esencialmente en artículos de muy variados temas destacando los dedicados a crónicas del momento, retratos de personajes políticos, literarios y mujeres, descripciones de Castilla, de su paisaje, de su gente, de sus problemas... Y todo ello con un estilo elegante que mereció el halago de Antonio Machado: "Sánchez Rojas –diría de él– es, sin duda el mejor cronista contemporáneo. Escribe maravillosamente".

Además de los artículos periodísticos dio a la imprenta algunos libros que fueron compilaciones de estos. Entre los más conocidos se encuentran *Tratado de la perfecta novia*, *Paisajes y cosas de Castilla*, *Sensaciones de Salamanca* y *Las mujeres de Cervantes*. Este último fue reeditado en varias ocasiones desde 2005 a 2016.

Julián Moreiro además de su biografía (*Crónica de un cronista*, 1985) dio a conocer algunos de sus escritos en la antología *El encanto de la vega y otros artículos* (1986). Gerardo Nieto elaboró otra antología con artículos dedicados a Alba de Tormes en la Biblioteca de Temas Albense bajo el título *Sol entre nieblas* (2016).

Estas Obras Completas recogen y ordenan por temas cuanto dio a la luz este extraordinario periodista durante treinta y un años de su vida.